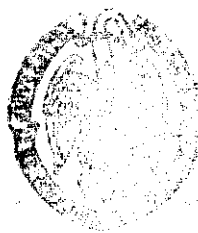


**LOS VETTONES.  
ARQUEOLOGIA DE UN PUEBLO PROTOHISTORICO.**

**JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS**



**ARCHIVO**

**TESIS DOCTORAL**

**1997**

**22.089**



**LOS VETTONES.  
ARQUEOLOGIA DE UN PUEBLO PROTOHISTORICO.**

**JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS**

Tesis Doctoral dirigida por el  
Profesor D. Gonzalo Ruiz Zapatero,  
Catedrático de la Universidad  
Complutense de Madrid.

Universidad Complutense de Madrid  
Facultad de Geografía e Historia  
Departamento de Prehistoria - 1997





## INDICE

INTRODUCCION	11
I. HISTORIA DE LA INVESTIGACION	17
1. Antecedentes (siglos XV-XIX).	19
2. Gómez Moreno y los inicios de la arqueología en el oeste de la Meseta (1876-1929).	21
3. La estructuración de la arqueología vettona (1930-1969): Juan Cabré y Juan Maluquer.	27
4. De 1970 a la actualidad.	27
II. LOS ESPACIOS NATURALES	35
1. El relieve.	36
2. El clima.	40
3. Cobertura vegetal y suelos.	44
III. DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE EN EL OCCIDENTE DE LA MESETA Y LA CONFIGURACION DEL SUBSTRATO INDIGENA	49
1. El substrato del Bronce Final y su vertebración en la nueva etapa. La documentación arqueológica.	51
1.1. La cerámica.	53
1.2. Las dataciones radiocarbónicas.	57
1.3. Referencias estratigráficas y asociaciones cronológicamente significativas.	61
2. Panorámica general sobre el hábitat en el suroeste de la Meseta.	69
2.1. Los yacimientos de Cogotas I. ¿Continuidad o discontinuidad?.	69
2.2. Valoración general. Los inicios del foco castreño y el primer poblamiento estable.	75
3. Las élites de Cogotas I y los recursos indígenas en el marco de las relaciones de intercambio.	81
3.1. El hecho metalúrgico y su contextualización.	81
3.2. Recursos ganaderos y vías pecuarias.	89

#### IV. LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

95

1. El horizonte Soto de Medinilla en la cuenca media del Duero.	95
1.1. Algunas notas sobre el hábitat y la cultura material.	95
1.2. El utillaje metálico del Bronce Final IIIb.	102
2. La secuencia cronológica y regional en el Suroeste de la Meseta.	107
2.1. Los yacimientos. Problemas inherentes al registro arqueológico.	107
2.2. La arquitectura doméstica.	119
2.3. La cerámica.	122
2.3.1. La cerámica pintada.	123
2.3.2. La cerámica a peine.	125
2.4. La aportación orientalizante.	128
2.4.1. Elementos asociados a la vestimenta, objetos de tocador y joyas.	129
2.4.2. Elementos de banquete asociados al consumo de carne.	130
2.4.3. Elementos asociados al ritual de libación.	131
2.4.4. Orfebrería y elementos votivos asociados al culto religioso.	132
2.4.5. Elementos asociados a nuevas tecnologías.	134
3. El poblamiento de la primera Edad del Hierro en el contexto socio-político de los intercambios.	139
3.1. Una primera reflexión: asentamientos en el territorio o estructuras territoriales.	142
4. A modo de conclusión. El substrato indígena en la configuración étnica de los Vettones.	148

#### V. LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

153

1. La ocupación del territorio en el marco general de la celtización y la evolución de los patrones de poblamiento a escala regional.	154
2. La Arquitectura de los Castros.	170
2.1. Estructuras defensivas.	172
2.2. Estructuras domésticas.	178
2.3. Las defensas vettonas y el problema de su datación.	187
3. Notas sobre la cerámica de Cogotas II.	199
3.1. La cerámica a peine.	199
3.2. La cerámica a torno.	210
3.3. La cerámica pintada.	214
4. Los Oppida.	225
4.1. La documentación histórica y arqueológica.	226
4.2. La organización interna.	235
4.2.1. Residencias domésticas diferenciadas.	235
4.2.2. Areas Cultuales.	241
4.2.3. Cercados de ganado.	244
4.2.4. Basureros y Cenizales.	245

4.2.5. Areas de actividad industrial.	248
4.3. El patrón de asentamiento regional.	254
4.3.1. El valle de Amblés.	254
4.3.2. El occidente de Salamanca.	260
4.3.3. El valle medio del Tajo.	266
4.4. Epílogo. Las ciudades romanas y la desarticulación del sistema.	273

## VI. LAS NECROPOLIS. LA PANOPLIA VETTONA Y SU SECUENCIA CULTURAL. 285

1. El registro funerario.	285
2. El modelo armamentístico.	289
3. Fase I.	296
4. Fase II.	306
5. Rasgos arqueológicos durante la conquista.	316

## VII. LOS VERRACOS 325

1. La escultura zoomorfa de la Meseta en la tradición historiográfica.	325
1.1. Antecedentes.	325
1.2. Las primeras interpretaciones (ca. 1860-1929).	327
1.3. La valoración del substrato arqueológico y la cuestión céltica (1930-1969).	331
1.4. La escultura zoomorfa en el debate contextual y tipológico (1970- ).	335
2. Propuesta tipológica para la clasificación de la escultura zoomorfa.	340
2.1. Características generales. La técnica de la escultura en piedra.	340
2.2. Cuantificación.	343
2.3. Descripción de las variables y análisis multivariante.	347
2.4. Tipología.	355
2.4.1. Toros (Tipos 1, 2, 3, 4 y 5).	355
2.4.2. Cerdos (Tipos 1, 2, 3 y 4).	373
2.4.3. Esculturas atípicas.	386
2.4.4. Cabezas zoomorfas exentas.	387
3. Interpretación General.	388
3.1. La plástica zoomorfa en el contexto de la evolución estilística.	388
3.2. Origen y cronología de los verracos.	394
3.2.1. Escultura de la segunda Edad del Hierro.	398
3.2.2. Escultura prerromana en el contexto inicial de la romanización.	406
3.2.3. Escultura romana de tradición indígena.	412
3.3. Notas sobre los paralelos extrapeninsulares.	420
3.4. Significado y función de los verracos.	421
3.4.1. Castros y necrópolis.	421
3.4.2. Los verracos en el paisaje.	428

3.4.3. Verracos y espacios sociales.	440
<b>VIII. SOCIEDAD Y ETNIA</b>	<b>453</b>
1. Sociología de las necrópolis vettonas.	453
1.1. Distribución de la riqueza.	453
1.2. Tradiciones cerámicas.	464
1.3. Paleodemografía.	468
2. Testimonios onomásticos, lingüísticos y religiosos.	470
2.1. Agrupaciones familiares.	470
2.2. Santuarios y Sacrificios.	474
2.3. Guerreros y Sacerdotes.	481
2.4. Teonimia y Lengua.	489
3. Fuentes, etnia y arqueología: elementos de identidad vettona y la cuestión de los límites.	496
<b>IX. CONCLUSIONES</b>	<b>509</b>
<b>APENDICES</b>	<b>529</b>
I. Catálogo general de la escultura zoomorfa.	529
II. Matriz de datos del análisis de correspondencias: Esculturas de toros y esculturas de cerdos.	571
<b>BIBLIOGRAFIA</b>	<b>578</b>





## INTRODUCCION

Este trabajo ofrece un análisis arqueológico del primer milenio a.C. en el Occidente de la Meseta, centrado en el proceso de etnogénesis de los pueblos vettones y su evolución hasta la conquista romana. El tema objeto de estudio cuenta con una importante tradición en la bibliografía; fue definido hace más de medio siglo por Juan Cabré y Juan Maluquer, e incluso los primeros tanteos arqueológicos remontan al siglo pasado. La historia posterior está vinculada al profesor Martín Valls, a quien se debe la sistematización de los datos reunidos por sus predecesores. Ahora bien, no es menos cierto que desde entonces, salvo aportaciones esporádicas sobre la Edad del Hierro, ningún trabajo de carácter general ha vuelto sobre la cuestión. La historia primitiva del suroeste de la Meseta ofrece todavía importantes lagunas y adolece de defectos que a buen seguro se irán subsanando en un plazo razonable de tiempo. Estas circunstancias, unidas al importante progreso de la investigación en zonas aledañas, nos han movido a centrarnos en tan interesante complejo arqueológico.

La metodología empleada ha procurado armonizar distintos modelos y fuentes de información. Inicialmente se llevó a cabo una labor clásica de documentación bibliográfica de sitios arqueológicos en determinados espacios y períodos, abundando en aspectos tan propios como la catalogación de yacimientos y esculturas zoomorfas, las secuencias estratigráficas, el análisis de las manifestaciones arquitectónicas, el equipamiento doméstico y las panoplias guerreras de las necrópolis; insistiendo especialmente en aquellos elementos de la cultura material que permiten dilucidar el proceso formativo, los límites y la

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

extensión del territorio que nos ocupa. Se imponían asimismo una serie de labores previas de campo, encaminadas a tomar conciencia de la identidad de los problemas a los que nos enfrentábamos. Las intervenciones realizadas en los castros abulenses de Las Cogotas y Ulaca, la visita de aquellos otros yacimientos de los que ya teníamos noticia gracias a las cartas arqueológicas, y la significación de algunos lugares en el paisaje, marcada de una forma identificable arqueológicamente a través de auténticos monumentos como las esculturas de verracos, aportan un complemento imprescindible aunque no siempre queden reflejadas de manera exhaustiva.

Los límites geográficos de este trabajo se justifican de alguna manera en virtud de los particularismos culturales que ofrecen los rebordes montañosos de la región occidental durante el primer milenio a.C., abarcando las tierras de Avila, Salamanca, el sur de Zamora, occidente de Toledo y la Alta Extremadura, y que cabe asimilar con el territorio donde los romanos hallarán asentados a los vettones. Naturalmente, el enfoque diacrónico de este trabajo sigue de una u otra forma una estructura clásica, al margen de los capítulos de obligada referencia que, sobre la historia de la investigación (capítulo I) y el marco físico (capítulo II), inauguran el presente estudio.

Así, el grueso de nuestro trabajo arranca de los grupos del Bronce Pleno-Final y de la Primera Edad del Hierro (capítulos III y IV). La sensación de cambios trascendentales que se suceden en estos tiempos se hace cada vez más evidente conforme se han ido desarrollando nuevas prospecciones y trabajos de campo. La emergencia de algunos castros amurallados en este momento fue un episodio importante. Contribuyeron a gestar un nuevo sentido del lugar y del tiempo y fueron, hasta cierto punto, el resultado de la adopción de nuevas tecnologías agrarias que se inscriben en un proceso general de intensificación económica en toda Europa Occidental y que facilitan un modo de vida cada vez más estable y permanente.

De cualquier manera, la consolidación definitiva de estos mismos grupos tendrá lugar al filo de la mitad del primer milenio a.C. (capítulos V y VI), en el contexto general de la celtización. Las élites guerreras incluyen nuevas formas de explotación de la tierra que les dotará de una alta capacidad expansiva y de un



## INTRODUCCION

fuerte impacto socio-ideológico. Esto bien podría explicar el desarrollo de nuevos límites y parcelaciones en los campos prehistóricos, la abundancia de sistemas defensivos junto a los castros y, en definitiva, una estructura más jerarquizada del poblamiento, rasgo que adquiere su máxima expresión en los últimos compases de la Edad del Hierro, justo cuando se operan cambios notabilísimos en las poblaciones vettonas. Alcanzan formas de organización regional complejas y crean auténticos centros urbanos con capacidad decisoria, los característicos oppida, que acabarán diluyéndose con la conquista romana.

Ahora bien, el proceso de transformación de estas sociedades en otras más complejas sigue siendo poco claro, y estas mismas razones son las que nos han llevado, finalmente, a plantear una consideración global del poblamiento en el territorio y una lectura del paisaje social de la Edad del Hierro, prestando especial atención a las trayectorias de continuidad y de cambio cultural, el cómo y el cuándo surge la etnicidad en el proceso histórico del occidente de la Meseta.

Con respecto al primero de estos dos últimos aspectos he utilizado la evidencia que proporciona la dispersión espacial de los castros y los factores básicos de emplazamiento, todo ello vertebrado en tres comarcas específicas: el valle abulense del Amblés, la cuenca media del Tajo y el reborde occidental de la provincia de Salamanca. A la vista de los datos aportados se plantean evidencias de relaciones jerárquicas entre los sitios, un diferente patrón de poblamiento y una diferente especialización en las estrategias de subsistencia, lo cual, en términos étnicos, plantea matices muy significativos. La evidencia arqueológica nos llevará asimismo a reconstruir una compleja y gradual evolución donde intervienen influjos externos de ámbito mediterráneo y continental y la repuesta de las comunidades indígenas a estos nuevos estímulos. Un hecho especialmente interesante ha sido también, con respecto al segundo, el estudio sociológico de las necrópolis vettonas (capítulo VIII) y de las esculturas zoomorfas, los característicos verracos (capítulo VII), en el universo socio-económico de la Edad del Hierro. Si la desigualdad en el acceso y distribución de los recursos es un hecho establecido a nivel territorial, de la misma forma en la disimetría de los ajueres funerarios y en la funcionalidad de los verracos en el paisaje como foco de competencia social hay que ver, según creo, la plasmación simbólica de todo este proceso.

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

Toda esta problemática, tan someramente esbozada, se analiza en las páginas que siguen. Pero antes que cite dichos avatares me satisface altamente el manifestar mi más profundo agradecimiento para con quienes, de una u otra manera, han contribuido a la elaboración de este trabajo.

Esencial desde todos los puntos de vista ha sido la labor del Profesor Gonzalo Ruiz Zapatero, del Departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense de Madrid, gran amigo y buen conocedor de la Protohistoria de la Meseta, bajo cuya dirección y magisterio se ha llevado a cabo esta Tesis Doctoral; igualmente, a los profesores Martín Almagro-Gorbea, Alfredo Jimeno y Marisa Ruiz-Gálvez, por sus valiosas orientaciones y ayudas. Más de una reflexión vertida en este estudio surgió al socaire de dichas conversaciones. Lo que les debe mi formación no puede aquí ser resumido. También quiero agradecer la colaboración de la Dra. Hernández Hernández, quien me facilitó documentación e información fotográfica inédita sobre la escultura zoomorfa, y del Dr. Fernández Martínez, responsable de los análisis estadísticos que, sobre esta misma materia, se recogen en el capítulo VII.

Por la ayuda recibida en diversos Museos, Bibliotecas e Instituciones, vaya en segundo lugar mi reconocimiento a María Mariné (Museo Provincial de Bellas Artes de Avila), Manuel Santonja (Museo Provincial de Salamanca), Jesús Carrobles (Servicio de Arqueología de la Diputación Provincial de Toledo), Rafael García (Museo de Sta. Cruz de Toledo), Francisco Fabián (Arqueólogo territorial de Avila) y al Dr. M. Blech (Instituto Arqueológico Alemán de Madrid). En más de una ocasión respondieron amablemente a mis solicitudes, aportando información básica e inédita. No menor es mi deuda para con los profesores Simon Keay, Tim Champion, Sarah Champion y Peter Ucko, del Departamento de Arqueología de la Universidad de Southampton, John Collis, de la Universidad de Sheffield y, muy especialmente, Richard Bradley, de la Universidad de Reading, por sus enriquecedoras conversaciones sobre la Arqueología del Paisaje y de la Edad del Hierro durante mi estancia en el Reino Unido.

Un entrañable recuerdo merecen asimismo compañeros y amigos que aguantaron estoicamente mis explicaciones sobre este trabajo, facilitándome su consejo y, en más de una ocasión, ayuda. En particular quiero referirme a Alberto

## INTRODUCCION

Lorrio, Ana Martín, Jose Enrique Benito, Pablo Alonso, Blanca Aguilar-Tablada, Eduardo Galán, Antonio Dávila, Rafael de la Rosa, José Ortega, M<sup>o</sup> José Crespo, Jesús Manuel Royo y Marisa Martín, así como a los participantes en las excavaciones y prospecciones, especialmente estudiantes de esta misma Universidad. Aunque no se recogen aquí sus nombres, su colaboración fue del todo inestimable.

A todos ellos mi reconocimiento y, muy especialmente, a mis padres y hermanos, que soportaron año tras año mi dedicación a este trabajo, tomando parte en todo aquello para lo que requerí su ayuda.

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

## I.

### HISTORIA DE LA INVESTIGACION

Las investigaciones sobre los vettones han gozado de una tradición dilatada pero parcial y poco densa salvo en los cinco últimos lustros. Las razones a primera vista no son fáciles de explicar, aunque no resulta exagerado decir que la temprana identificación arqueológica de los Celtas Hispanos a comienzos del siglo XX, y el atractivo popular en torno a las excavaciones de Numancia y los primeros cementerios celtibéricos, convertidos en símbolos para promover o reforzar planteamientos políticos específicos (Ruiz Zapatero 1989: 11-14 y 1993: 40 ss.; Burillo 1993: 237-239), colocó el conocimiento de la Edad del Hierro de la Meseta oriental en una posición ventajosa y eclipsó durante años la investigación del occidente peninsular.

He desglosado en cuatro etapas el desarrollo de la arqueología vettona. La división en buena medida puede considerarse arbitraria, aunque se han tenido en cuenta como criterios básicos: los hallazgos, prospecciones y excavaciones más importantes, la actividad de los principales investigadores en la región, el papel desempeñado por algunos congresos e instituciones y las publicaciones más notables (Fig. \*)<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Existen publicaciones que recogen algunos rasgos sobre la evolución historiográfica de la arqueología vettona, sobre todo a nivel regional, aunque el déficit historiográfico del que adolecen bastantes monografías recientes sigue siendo importante. Para una aproximación al desarrollo de la investigación me he basado fundamentalmente en los trabajos de Maluquer (1956 a-b), Molinero (1958), González-Tablas (1981), Fernández Gómez (1986: 25-33), Esparza (1987: 13-14), Museo de Avila (1987), Ruiz Zapatero (1988a), Rodríguez Díaz (1989: 165-170), Santonja (1991: 7 ss.), Martín Valls *et alii* (1991: 137-139), Jimeno y Fernández Moreno (1991: 117-118), Delibes y Romero (1992: 251 ss.), Delibes (1995: 70 ss.), Marín (1995), Sánchez Moreno (1995b) y Jimeno y Arlegui (1995: 98-99). Véase también los trabajos de García Morales (1983), Iglesias *et alii* (1991) y Barrios (1995) por su selección bibliográfica.

## 1. Antecedentes (siglos XV-XIX).

Los albores de la arqueología en el occidente de la Meseta, en el sentido más amplio del término y si por tal entendemos una atmósfera favorable al estudio de las antigüedades, arrancan del Renacimiento y la Ilustración. Según la tradición es Antonio de Nebrija, autor de la primera gramática española y cronista de Isabel la Católica, el responsable de los calcos en cera realizados en el año 1468 sobre las inscripciones latinas de los Toros de Guisando (El Tiemblo). La veracidad de algunas de ellas ha sido discutida (Arias *et alii* 1983: 21; Mariné 1995: 274-275), pero lo cierto es que los textos se difundieron con gran éxito en la historiografía abulense; desde entonces distintas hipótesis se han sucedido sobre estas y otras esculturas (Rodríguez de Amelta 1481; Cianca 1595; González Dávila 1596 y 1606; Ariz 1607) hasta llegar a las investigaciones más recientes (*vid. cap. \**).

Además de los verracos, la toponimia de algunas ciudades, su origen histórico y la romanidad de la Vía de la Plata fueron temas repetidos en la investigación secular y centraron la inquietud de los primeros tratadistas. De pionera habría que calificar en este sentido la redacción, entre los siglos XVII y XIX, de las Historias locales o provinciales, que incluían un estado de la cuestión sobre las antigüedades conocidas aunque apenas se hacía referencia a yacimientos concretos. Dorado (1776), Falcón (1867) y Villar y Macías (1887) en tierras de Salamanca, Garnacho (1878) y Fernández Duro (1882) en Zamora o Ariz (1607), Martín Carramolino (1872) y Ballesteros (1896) en la provincia de Avila, vienen a completar las noticias antiguas que se tenían sobre estas ciudades y las primeras síntesis sobre su origen y desarrollo histórico, que en algunos casos incluyen referencias de hallazgos y excavaciones habidos en la comarca, como uno de los famosos bronce del Berrueco (Ballesteros 1896: 55 ss.), y serios intentos de sistematización. (Cáceres\*\* Ana)

----- La creación de las Comisiones Provinciales de Monumentos a mediados del siglo XIX (1844) sirvió para proteger los restos históricos de cada provincia, en virtud de un cuestionario que era remitido a los municipios, por lo que de alguna manera constituyen el embrión de los inventarios arqueológicos y de los futuros museos provinciales (Maluquer 1956a: 2; Mariné 1995: 277-278). En todo caso la mayor parte de los testimonios antiguos enlazaba con la romanidad, lógico por

## HISTORIA DE LA INVESTIGACION

otra parte cuando en este momento se estaban creando los fundamentos de la Prehistoria. Notabilísima aportación constituye en este contexto la publicación, en 1869, del Corpus Inscriptiorum Latinarum por Emilio Hübner, que recoge un buen número de inscripciones salmantinas y abulenses, estableciéndose la falsedad de las atribuidas a los Toros de Guisando. Con posterioridad el padre Fita (1888, 1913a y b), en colaboración con el investigador alemán, aumenta de forma considerable el repertorio de inscripciones conocido, que publica en varios números del Boletín de la Real Academia de la Historia y en el Supplementum hispánico del primero (1892).

### **2. Gómez Moreno y los inicios de la arqueología en el oeste de la Meseta (1876-1929).**

Ciertamente existen otras referencias anteriores, pero podemos tomar la fecha de 1876 como el inicio de la primera etapa del estudio sobre los vettones, al producirse ese año el descubrimiento y las primeras exploraciones arqueológicas de los yacimientos abulenses de Las Cogotas<sup>2</sup> y El Castillo - solicitando entonces sus descubridores autorización legal y auxilio económico a la Comisión provincial de Monumentos de Avila (Cabré 1930: 6 ss.)<sup>3</sup> - y publicarse tres años después el primer estudio de conjunto conocido sobre la región, titulado La Vettonia, de la mano de Joaquín Rodríguez (1879). Abundan en la obra observaciones sobre los verracos y el poblamiento protohistórico y romano, aunque todavía se carece de referentes cronológicos precisos y se siguen apurando las evidencias escritas. Los textos clásicos, Estrabón y Ptolomeo en particular, facilitan la delimitación geográfica, que centra el autor en las tierras de Avila, Salamanca, Cáceres y provincias limítrofes (1879: 58-59; vid. Fita y Fernández-Guerra 1880: 16), mapa que ya fuera esbozado un siglo antes por el erudito padre maestro Flórez en el tomo XIII de su España Sagrada (33 vols. 1747-1782).

---

<sup>2</sup> En los primeros documentos relativos al cerro en cuestión y enviados a la Real Academia de la Historia, aparece como "Las Cogoterías", en vez de "Las Cogotas" (Cabré 1903: 6, nota 1).

<sup>3</sup> Después de cuanto precede Emilio Rotondo Nicolau realizó nuevas excavaciones en Las Cogotas en el año 1882 (Cabré 1930: 13), aunque desconozco si esta puede considerarse la primera intervención oficial llevada a cabo en el yacimiento. En todo caso los hallazgos habidos formaron parte de su colección, que acabó siendo adquirida a comienzos de los años veinte, en dos lotes, por el Museo de Antropología, Etnografía y Prehistoria de Madrid, y el Ayuntamiento (Pérez de Barradas 1929; Cabré 1930: 14 ss.).

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

El primer planteamiento científico sobre la arqueología en la Meseta occidental se debe a Gómez Moreno, al que se encomendó la tarea de elaborar el Catálogo Monumental de cada provincia, iniciándolo por la de Avila y siguiendo con las de Salamanca, Zamora y León, entre 1901 y 1907. Prácticamente hasta la fecha sólo se sabía de un conjunto de inscripciones latinas, de algunos hallazgos numismáticos y de una lista de toros y verracos no siempre fáciles de localizar. Pero la situación verdaderamente estratégica de los castros prerromanos del Duero, del Yeltes-Huebra, del Tormes y del valle de Amblés no podía pasar desapercibida, y las síntesis que redacta el joven autor reúnen por vez primera la información existente que se tenía en la época sobre Villardiegua de la Ribera, Villalcampo, Yecla la Vieja, Las Merchanas, Urueña, Saldeana, El Berrueco, Las Cogotas, Ulaca..., aderezada con inspirados dibujos, mapas, fotografías y descripciones, que amplía con nuevos hallazgos. Su trabajo permaneció inédito durante décadas (Gómez Moreno 1927, 1967 y 1983), si exceptuamos una breve síntesis sobre la zona (1904) y otras obras más dispersas, pero cosechó espléndidos frutos desde el principio, pasando pronto a manuales de mayor divulgación y estimulando así la afición por la arqueología local.

No cabe duda que la crítica actual respecto alguno de los postulados cronológicos defendidos por el autor es fácil. Pero para tener una idea del impacto que tuvo su labor es interesante destacar que el inventario de yacimientos y verracos compilado en sus obras, y en especial pienso en las provincias de Zamora y Avila, permaneció casi inalterable durante decenios, siendo utilizado como referente básico en el estudio de las culturas de la Edad del Bronce y del Hierro en la Meseta y el Noroeste. Como bien ha dicho Esparza (1987: 13), de alguna manera su enorme esfuerzo resultó contraproducente, ya que no existió ningún interés en volver a revisar sus informaciones tras casi tres cuartos de siglo de rodaje.

Esos mismos años coinciden con las exploraciones arqueológicas de Roso de Luna (1901, 1904 y 1908), Solano (1901) y Mélida (1924) sobre el poblamiento protohistórico en Extremadura, que relacionan con el complejo mundo de las citánias. Entre 1914 y 1915 el castro abulense de Ulaca es visitado por Pierre Paris, Raymond Lantier y el Abate Breuil, levantando los dos últimos el plano de sus murallas, que publican con posterioridad (1930). Poco después Martín



## HISTORIA DE LA INVESTIGACION

Jiménez (1919) realiza las primeras excavaciones en el castro salmantino de Yecla la Vieja, cuyo resultado fue reseñado en un importante artículo donde destaca la existencia de dos niveles arqueológicos, uno de ellos prerromano, y aborda el análisis de las insculturas rupestres. Amparado en la hipótesis invasionista de Schulten (1914) sobre los primeros pobladores de la Península Ibérica, que supone fueron los ligures<sup>4</sup>, esboza algunas consideraciones sobre la ocupación primigenia del yacimiento hasta conectar con los celtas saefes y los iberos, que identifica con los vettones (vid. Gómez Moreno 1949: 37 y 80).

Esta trayectoria culmina con la labor realizada a partir de los años 20 por el ilustre agustino César Morán. La provincia de Salamanca y comarcas limítrofes constituyeron el centro de sus investigaciones, prácticamente hasta mediados de siglo (Morán 1922, 1924, 1933, 1940, 1946). Los resultados obtenidos en sus prospecciones suponen un momento importante de acumulación de datos y un exhaustivo mapa arqueológico de la zona. En 1922 y 1923 efectuó excavaciones en el cerro de El Berrueco (Morán 1924), primero bajo el mecenazgo privado de Juan Muñoz y luego subvencionado por la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades. Aunque en muchos aspectos la labor del sacerdote se mueve dentro de las coordenadas propias de su tiempo, parcas en metodología, hay que ser justo y apreciar lo mucho que valen sus aportaciones, que llegó a divulgar en numerosas revistas y Congresos, trazando las líneas generales de la prehistoria salmantina. Aparte se pueden destacar las colecciones particulares del autor, que formarían el núcleo originario de la Sección de Arqueología del Museo Provincial de Bellas Artes.

### **3. La estructuración de la arqueología vettona (1930-1969): Juan Cabré y Juan Maluquer.**

A finales de los años 20 y durante la década de los 30 Avila era una de las provincias, probablemente junto a Soria y Guadalajara, donde se realizaban las excavaciones y prospecciones más importantes de la Meseta. Las primeras

---

<sup>4</sup> Propuesta originalmente por D'Arbois de Jubainville (1893 y 1894) a partir del análisis de los textos clásicos, según la cual este pueblo indoeuropeo sería responsable de la colonización del Occidente con anterioridad a la arribada de los celtas.

intervenciones realizadas con criterio arqueológico corresponden a este momento. En 1927 se iniciaron bajo la dirección de Juan Cabré los trabajos en el castro de Las Cogotas; en 1930 Molinero descubría el castro de La Mesa de Miranda (Cabré *et alii* 1932; Molinero 1933); en 1931, Joaquín M. Navascués y Emilio Camps Cazorla, asesorados por Cabré, comenzaron la exploración de Sanchorreja y los primeros sondeos subvencionados por la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades (Armendáriz 1989: 74 ss.)<sup>5</sup>; un año más tarde se exhumaban las primeras tumbas de la necrópolis de La Osera (Cabré *et alii* 1932) al tiempo que Fulgencio Serrano exploraba el Raso de Candeleda (Fernández Gómez 1990), y en 1933 Domingo Sánchez abordaba el estudio del castro de Irueña, en la provincia de Salamanca, con objeto de restituir el trazado de la muralla y la estructura urbana de la ciudad (Sánchez, sin fecha). Empleando siempre fechas arbitrariamente simbólicas creo que la publicación por Juan Cabré, en 1930 y 1932, de la memoria del castro y la necrópolis de las Cogotas, supuso un auténtico punto de inflexión en el estudio de las poblaciones de la Edad del Bronce y del Hierro en el Suroeste de la Meseta, y por tanto de la fase formativa de los vettones<sup>6</sup>. Desde luego una gran parte de sus planteamientos cronológicos, a pesar de las críticas recibidas, han permanecido válidos hasta tiempos muy recientes.

Sus excavaciones ofrecieron nuevos datos para la interpretación de la cerámica de incrustación, excisa y de boquique, que contrastaban con las más usuales del castro, a peine y a torno, únicas que por otra parte aparecieron en la necrópolis. Ante esta manifiesta dualidad de tradiciones cerámicas Cabré (1930: 44-46, 104 ss. y 1932: 146 ss.) se planteó el problema de la sucesión cronológica del castro y por tanto la de una probable superposición de poblaciones, a pesar de las reticencias estratigráficas que ofrecía la excavación, donde los materiales aparecían virtualmente "mezclados". Atribuía así la cerámica más antigua como perteneciente a grupos indígenas de la segunda mitad de la Edad del Bronce (Cabré 1929), que por tanto serían anteriores a la ocupación céltica del yacimiento durante la Edad del Hierro. Acerca de esta última manifestaba su relación con los

---

<sup>5</sup> Aunque el castro fue descubierto dos años antes por Claudio Sánchez Albornoz, que recogió muestras de superficie y efectuó algunas catas.

<sup>6</sup> También en esos años (1931), al ocupar la Dirección General de Bellas Artes, Gómez Moreno promovió la declaración como Monumento Histórico Nacional de algunos de los principales yacimientos arqueológicos provinciales.

## HISTORIA DE LA INVESTIGACION

celtas sefes y cempsí del Periplo de Avieno, sincrónicos del mundo final hallstático centroeuropeo, que se habrían asentado en el territorio de Avila, Salamanca y Segovia entre los siglos VI-IV a.C.. De todo lo cual se infería también su relación con los castros de Sanchorreja y La Mesa de Miranda. Con posterioridad, adoptada ya la cerámica a torno y el uso del puñal, estos grupos célticos que ocupaban la región de Las Cogotas se identificarían con los vettones históricos hasta la destrucción definitiva del castro, insinuando la posibilidad de que ésta fuera motivada por la famosa expedición de Aníbal contra los pueblos de la Meseta Norte en la segunda mitad del siglo III a.C..

No resulta exagerado afirmar que el trabajo de Cabré tuvo una consecuencia extraordinariamente importante para la investigación de la Meseta occidental. A partir de entonces se configura en la bibliografía el concepto de "Cultura de las Cogotas" o cultura céltica de la Edad del Hierro, que establece una absoluta identificación en el aspecto arqueológico con los castros fortificados, las necrópolis de incineración, las cerámicas a peine y a torno y las esculturas de verracos. Como puede verse, la arqueología vettona había entrado en consideración junto a otros problemas generales de la prehistoria peninsular, en el marco teórico de las invasiones célticas. De hecho, si excluimos el planteamiento de Schulten (1914) en sus trabajos sobre Numancia, amparado fundamentalmente en la información proporcionada por los textos clásicos, Bosch Gimpera (1921) fue quien primero desarrolló un concepto arqueológico de los celtas en la Península Ibérica a comienzos de los años 20. Con ayuda de la lingüística y las fuentes literarias, pero sobre todo a través del estudio de los castros y los ajuares de los cementerios, comenzó a construir el proceso formativo de la cultura celtibérica. En 1932 publica su ambiciosa síntesis Etnología de la Península Ibérica, que supone un estado de la cuestión sobre las poblaciones de la Meseta y el proceso de celtización, esquema que se mantuvo prácticamente hasta la década de los 70<sup>7</sup>. Su postura sobre la misma evolucionó con el tiempo en diversas publicaciones, pero podría resumirse en virtud de dos grandes fases: (1) una primera invasión céltica que relaciona con los Campos de Urnas catalanes a comienzos del primer milenio a.C. y (2) otras penetraciones más complejas entre comedios del siglo VII y VI a.C., asimiladas a presiones del mundo germánico, que en la Meseta y el Noroeste

---

<sup>7</sup> Sobre el concepto de los celtas en la Prehistoria europea y española, resultan esenciales los trabajos de Kalb (1990) y Ruiz Zapatero (1993).

peninsular estarían finalmente representadas por lo que el prehistoriador catalán denominó "culturas posthallstáticas", hasta la arribada de los romanos<sup>8</sup>.

Volviendo al concepto de Cabré sobre la Cultura de las Cogotas, es interesante destacar que no todas las connotaciones implícitas en el término acuñado por el afamado investigador gozaron de apoyo unánime. De hecho, la valoración del grupo de las cerámicas excisas y de boquique, con claros vestigios en los fondos de las casas del castro, constituía por aquel entonces uno de los temas de debate de la arqueología prehistórica española. Cabré reconoció que la mayor parte de los materiales recogidos en el castro, y la necrópolis en su totalidad, correspondían a la Edad del Hierro. No ocultaba sin embargo cierta insatisfacción sobre la adscripción de las cerámicas de incrustación, que llevaba a un momento avanzado de la Edad del Bronce, pero que también podían perdurar, llegando a ser contemporáneas "de las primeras fases de la Edad del Hierro y pertenecientes a los indígenas que convivían con los celtas invasores, cuyos naturales del país tenían su necrópoli aparte y de la cual desconocemos por ahora su situación" (Cabré 1930: 105). En todo caso, al discutir estas cuestiones se decanta decididamente por el origen arcaico y autóctono de los materiales.

Casi al mismo tiempo, sin embargo, Almagro Basch (1935 y 1952) retrasaba la primera invasión de Bosch Gimpera, a la vez que se manifestaba partidario de un único movimiento, lento y gradual, a partir del 800-700 a.C. Apuesta entonces por el celtismo de la excisión (*id.* 1939), que a su juicio supone un regreso a la Península con los grupos de Campos de Urnas de la tradición española del vaso campaniforme, lo que explicaría también el desarrollo del Boquique. Más preciso es Bosch Gimpera (1942 y 1944), quien venía utilizando desde esas fechas el nombre de Cogotas I para la cerámica arcaica del castro abulense, que relaciona con los grupos hallstáticos de Almagro; Cogotas II para los vettones celtas a partir del 600 a.C., por tanto para los tipos generalizados en el castro y exclusivos de la necrópolis; y Cogotas III para las cerámicas a torno pintadas, que considera debidas a un avance de los vacceos hacia el sur en el siglo III a.C., oriundos de la última oleada de los celtas belgas que someten y arrinconan a los vettones a las

---

<sup>8</sup> El paradigma invasionista de Bosch Gimpera todavía pervive en la bibliografía actual, tanto a nivel lingüístico como arqueológico. Para tener una simple idea, en el contexto de la Meseta occidental, véase Lomas (1980a: 92-93), González Rodríguez (1986: 108), Fernández Gómez (1986: 934-938 y 1995: 109-111) y Solana (1991: 13, 20-23).

## HISTORIA DE LA INVESTIGACION

altas cumbres del Sistema Central<sup>9</sup>.

En resumen, el planteamiento invasionista que a escala europea explicaba la arribada de los celtas a la Península Ibérica se reproducía de nuevo en la Meseta, sólo que a escala regional, mediante grupos que imponían nuevas modas cerámicas (Burillo 1993: 234). De hecho, el expansionismo celtibérico repercutía sobre los vacceos del Duero medio, y éstos, a su vez, sobre los vettones del occidente.

De alguna manera, se podría afirmar que el impulso decisivo de la arqueología vettona en el siguiente decenio gira en torno al Prof. Juan Maluquer. Familiarizado desde hacía algunos años con la arqueología de Ávila, Salamanca y Cáceres, a él se deben tres hechos clave: (a) la creación, en 1950, del Seminario de Arqueología de la Universidad de Salamanca y la revista Zephyrus, que propició de forma continuada el estudio sistemático de la provincia y en general del occidente peninsular y del mundo atlántico, (b) la elaboración de la Carta Arqueológica de España. Salamanca (1956), que incluye la sistematización de los datos reunidos por Gómez Moreno y Morán, y una introducción sobre la Edad del Bronce y del Hierro ejemplar, ciertamente la primera síntesis sobre el primer milenio a.C. en el oeste de la Meseta, y (3) la lectura de la estratigrafía correspondiente a las excavaciones de los castros de Los Castillejos de Sanchorreja y El Berrueco, editado por el autor en 1958, cuya huella se dejó sentir prácticamente hasta finales de la década de los setenta. A esta etapa corresponden asimismo la publicación de la zona VI de la necrópolis de La Osera (Cabré *et alii* 1950), nuevas excavaciones en los castros de San Vicente, Las Merchanas, El Berrueco (Maluquer 1951, 1956a: 74-87, 97-103 y 1958b) y el Raso de Candeleda (Molinero 1958: 25), la frustrada campaña del castro de Ulaca en 1949, pues no se pudo llevar a cabo y quedó en prospección de materiales de superficie (Posac Mon 1953; Gutiérrez Palacios 1955)<sup>10</sup>, y algunos trabajos de recopilación general sobre la Protohistoria abulense (Rodríguez Almeida 1955; Molinero 1958), que junto a las prospecciones efectuadas en Salamanca venían a completar el mapa

---

<sup>9</sup> Al mismo tiempo y con un enfoque esencialmente lingüístico, Tovar (1947 y 1957) ponía en relación las gentilidades con las primeras invasiones indoeuropeas preceltas, identificable con el sufijo de ciertos hidrónimos y formas arcaicas, que en la Meseta estarían representadas entre otros por los vettones.

<sup>10</sup> Además de un extracto de la memoria de las excavaciones redactado por Gutiérrez Palacios que, bajo el título "La Ciudad de Ulaca (Solosancho)", fue publicado en el Diario de Ávila, los días 28, 29 y 30 de Julio, y 3 de Agosto de 1953.

arqueológico de la región.

La asociación de Boquique y excisas en el nivel inferior de Sanchorreja, que juzga por lo demás característica, apuntaría según Maluquer a la fusión a partir de finales de la octava centuria a.C. de grupos indígenas que mantenían una tradición de cerámicas de punto en raya derivadas del mundo de Ciempozuelos, con los celtas de la *Europa hallstättica*, que aportaban una lengua indoeuropea, el ritual de incineración y el gusto por las cerámicas excisas y pintadas. Sin solución de continuidad, la fase más reciente de Sanchorreja (500-400 a.C.) significaba un cambio importante en la cultura material de estos grupos a favor de las cerámicas peinadas, que asocia a la vitalización de los pueblos del Alto y Medio Duero. La propuesta de Maluquer (1958a: 89-100; *vid.* 1956b) sugería por tanto identificar Cogotas I con las poblaciones vettonas de la primera Edad del Hierro - lo que para algunos supuso un auténtico alivio, obligado por otra parte ante el desconocimiento de la gestación de los grupos del primer Hierro en la Meseta - y Cogotas II para la segunda Edad del Hierro, siendo los vacceos los responsables de la matización cultural y de la destrucción definitiva del castro.

Al cabo de la década, tras la marcha de Maluquer a la Universidad de Barcelona, se abre un período "oscuro" con un importante descenso en el ritmo de publicaciones y excavaciones arqueológicas que no se acusa en la Meseta central y oriental, centrada esos años en la figura de Wattenberg (1959, 1960 y 1963) y las excavaciones de Numancia: sus trabajos contribuyeron a establecer las bases para una visión unitaria de la Edad del Hierro en la Meseta - en el marco de la Cultura Celtibérica - cuya área nuclear identificaba con los pueblos vacceo-arévacos del centro de la Cuenca del Duero. La expansión de estas gentes hacia el occidente encajaba muy bien con las fechas fijadas por Maluquer en el nivel superior de Sanchorreja y la arribada del peine, que marcaban el comienzo de la segunda Edad del Hierro entre los vettones. En procesos paralelos, las excavaciones sistemáticas (1957-1965) llevadas a cabo por Palol en el Soto de Medinilla permitían por vez primera identificar varios poblados superpuestos que barrían virtualmente cualquier indicio de ocupación previa, atribuyendo los más antiguos a un horizonte céltico - Soto I-II - distinto del vacceo y celtibérico - Soto III - éste último con las características cerámicas a torno (Palol 1966; Palol y Wattenberg 1974).

## HISTORIA DE LA INVESTIGACION

Pueden destacarse algunos trabajos en la región pero muy a finales de los 60: breves intervenciones arqueológicas en Ciudad Rodrigo (Martín Valls 1965), Botija (Hernández Hernández 1970) y Yecla de Yeltes (Martín Valls 1973a), un resumen de las excavaciones de Las Merchanas (Maluquer 1968), la recopilación de Roldán Hervás (1968-69) sobre las fuentes antiguas para el estudio de los Vettones y, sobre todo, la excelente síntesis de Schüle (1969) sobre los materiales metálicos de las necrópolis de la Meseta, que personaliza en las Culturas del Tajo y del Duero, con un cierto sesgo hacia los paralelos centroeuropeos y con el inconveniente de no contextualizar su estudio con otros datos de las necrópolis. De manera un tanto simbólica, como ha señalado Ruiz Zapatero (1988a: 359), su obra puede considerarse el final de una "etapa dorada" para la arqueología de la Edad del Hierro en la Meseta. El peso de unos pocos investigadores había sentado las bases de futuras actuaciones, que ahora serán recogidas por un nutrido grupo de discípulos.

### 4. De 1970 a la actualidad.

Los comienzos de los años 70 ofrecen a nivel general un cierto estancamiento en la investigación sobre la Edad del Hierro, sin muchos datos nuevos y sin nuevas propuestas teóricas (Ruiz Zapatero 1993: 48-49). Sólo las importantes contribuciones de Martín Valls y Delibes representan un impulso decisivo en la arqueología del occidente peninsular, dando a conocer nuevos yacimientos con materiales de superficie y estimulando otras vías de aproximación relacionadas con la Edad del Bronce y el tema céltico, que podrían resumirse en los siguientes puntos: (a) la interpretación crono-cultural del grupo de las cerámicas de incrustación, que ha propiciado la consagración definitiva de Cogotas I como una cultura indígena de la Edad del Bronce y (b) la sistematización de la segunda Edad del Hierro en la Meseta occidental, abogando por un desarrollo sin solución de continuidad. En su inédita Tesis Doctoral, Protohistoria y Romanización de los Vettones (1971), Martín Valls perfilaba una fase formativa para la segunda Edad del Hierro a mediados del primer milenio, Cogotas IIa, a partir de las cerámicas peinadas y ciertas asociaciones metálicas - ya pergeñada en parte por Maluquer en sus trabajos sobre Salamanca y Sanchorreja - que ha sido la base, y aún lo sigue siendo en parte, para la seriación cultural de la región.

En 1970-1971, desde el Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Valladolid, se inicia bajo su dirección la elaboración de la Carta Arqueológica de Zamora, dando comienzo a la serie de los Hallazgos..., muy pronto en colaboración con el Prof. Delibes, que verán la luz de forma casi ininterrumpida en sucesivos volúmenes (1973, 1975-1982) del Boletín del Seminario de Arte y Arqueología. Una mayor antigüedad de las cerámicas excisas y de boquique comenzó a plantearse entonces, en virtud de las dataciones radiocarbónicas y de ciertas asociaciones y observaciones estratigráficas en el cerro del Berrueco y otros asentamientos de la Meseta Norte (Martín Valls y Delibes 1973: 402, 1975a y 1976a: 15; Delibes 1978), que muy pronto se vieron confirmadas con las fechas aportadas por varios yacimientos andaluces del Sureste como el Cerro de la Encina de Monachil, Fuente Alamo o La Cuesta del Negro de Purullena, donde las fases finales del mundo argárico representaban un término post quem para la irrupción de Cogotas I (Arribas et alii 1974: 142-146; Molina y Arteaga 1976; Molina 1978). Casi inmediatamente, la aparición de estas mismas cerámicas en yacimientos de la Meseta como Arevalillo (Fernández-Posse 1981), Cogeces (Delibes y Fernández Manzano 1981) y Los Tolmos (Jimeno 1984a), ofrecían cronologías de los siglos XV y XIV a.C.. Los nuevos datos invalidaban por tanto la tradicional hipótesis de la aportación céltica y suponían, como ya advirtiera Cabré, una cultura de raigambre y génesis indígena, merecedora de mayor antigüedad de la que en principio se le atribuyó y adscrita a gran parte de la Edad del Bronce, con antecedentes claros en el mundo de Ciempozuelos (vid. Fernández-Posse 1986; Jimeno y Fernández Moreno 1991: 117-118)<sup>11</sup>. Quedaba así un vacío para los grupos del primer Hierro que a partir de ahora comenzará a valorarse en virtud de las cerámicas pintadas y de ciertos elementos metálicos, asimilables a la "facies Soto".

Casi en esas mismas fechas Hernández Hernández (1976) abordaba el estudio de los castros prerromanos del occidente de la Meseta, siguiendo la senda dibujada por Maluquer, mientras Almagro-Gorbea (1977) trazaba las líneas generales de la protohistoria extremeña, lo que se ajustaba bastante bien con la existencia de una conexión meridional en las tierras del interior (Martín Valls y

---

<sup>11</sup> Con un gran desenfoque, cimentado en la tradicional teoría de Maluquer, todavía se defiende la identidad de las cerámicas de incrustación de Cogotas I con las poblaciones de la primera Edad del Hierro. Véase como ejemplo Fernández Gómez (1986: 988 ss. y 1991) y López Monteagudo (1989: 17 ss.).



## HISTORIA DE LA INVESTIGACION

Delibes 1978a). Para la comprensión del Bronce Final y la primera Edad del Hierro en Extremadura continúa siendo fundamental su trabajo de síntesis y las excavaciones realizadas en la necrópolis y el castro de Medellín. La valoración del fenómeno orientalizante, su impacto sobre las comunidades indígenas - no se planteará ya como una nueva oleada de las colonias fenicias - y los procesos de aculturación esgrimidos por Almagro-Gorbea, tendrían amplio eco y larga aceptación.

A partir de los años 80 asistimos a la ruptura del concepto invasionista, al menos como clave explicativa en el desarrollo de los grupos del Bronce y del Hierro, que además coincide con un cuestionamiento en Europa sobre el concepto arqueológico de los Celtas, desde planteamientos procesualistas e incluso de rechazo total, rompiendo el consenso que había existido hasta entonces (Ruiz Zapatero 1993: 49 ss.). Desde diferentes corrientes metodológicas (arqueología espacial, arqueología de la muerte) se comienzan a ofertar nuevas preguntas y respuestas, aunque haya que reconocer que los esfuerzos iniciales en la Península Ibérica siguieron siendo minoritarios. Propiciada en parte por la nueva actitud de las administraciones públicas respecto al Patrimonio, con la creación de la figura de los Arqueólogos Territoriales, se han multiplicado las excavaciones arqueológicas de la Edad del Bronce y del Hierro, las prospecciones sistemáticas y los hallazgos aislados de diversa índole en las provincias de Ávila, Salamanca, Zamora, Toledo y Cáceres. Buen exponente de ello es la elaboración de las Cartas e Inventarios Arqueológicos auspiciados desde los Museos provinciales y las Diputaciones, sujetos a continua actualización puesto que no siempre se han llevado a cabo prospecciones intensivas. Si bien en algunos casos se trata de investigaciones actuales en curso, como la revisión de la antigua carta arqueológica de Salamanca, la re-excavación de importantes yacimientos abulenses o las prospecciones del Valle de Amblés, lo conocido es suficiente como para considerar sensiblemente modificada la base documental que utilizaran Gómez Moreno, Morán, Cabré y Maluquer en la investigación del oeste peninsular durante gran parte del presente siglo.

En primer lugar hay que destacar las revisiones de yacimientos clave, como Sanchorreja (González-Tablas 1983, 1990 y trabajos en curso), Las Cogotas (Kurtz 1987; Mariné y Ruiz Zapatero 1988; Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995), la

necrópolis de La Osera (Baquedano 1990; Baquedano y Escorza 1995) y Ulaca (Almagro-Gorbea y Alvarez-Sanchís 1993; Alvarez-Sanchís 1993a y trabajos en curso)<sup>12</sup>. La práctica ausencia de excavaciones en los monumentales castros del occidente salmantino se ha visto paliada por los trabajos de documentación planimétrica y restauración (Santonja 1991; Iglesias *et alii* 1991). Otras excavaciones preventivas y sistemáticas sí han afectado por el contrario a importantes yacimientos englobables en el Bronce Pleno/Final y la Edad del Hierro: El Teso del Cuerno en Forfoleda (Martín Benito 1988), La Mesa del Carpio en Villagonzalo de Tormes, La Corvera en Navalморal de Béjar (Benet 1993; Fabián 1993), San Pelayo en Martinamor (Benet 1990), Salamanca (Martín Valls *et alii* 1991), Ledesma (Benet *et alii* 1991), El Raso de Candeleda (Fernández Gómez 1986), El Cardenillo y Pajares en Villanueva de la Vera (Cordero *et alii* 1990), Arroyo Manzanas en Las Herencias (Moreno 1990) y El Carpio en Belvís de la Jara (Pereira 1989)... por citar sólo los más importantes. La intensidad de las últimas investigaciones al sur del Tajo queda asimismo plasmada a través de las intervenciones en los castros y necrópolis de Botija (Hernández Hernández *et alii* 1989; Hernández Hernández y Galán 1996), Alcántara (Esteban Ortega *et alii* 1988) y Aldeacentenera (Redondo *et alii* 1991), así como la excavación del Palacio orientalizante de Cancho Roano (Maluquer 1981). Los hallazgos aislados correspondientes a este momento aportan un complemento imprescindible en la arqueología extremeña de la Edad del Hierro, aunque no queden reflejados de manera sistemática.

Tampoco podemos dejar de referirnos a la publicación de otros estudios y monografías sobre áreas importantes, como el volumen de la Prehistoria del Valle del Duero (1985), en la Historia de Castilla y León publicada por la editorial Ambito (Delibes, Fernández Manzano, Romero y Martín Valls), y aquellos trabajos más específicos sobre el oeste peninsular, que en su primera redacción fueron frecuentemente Memorias de Licenciatura (Salinas 1982a; Alvarez-Sanchís 1990a; Sánchez Moreno 1995a; Aguilar-Tablada 1996) y Tesis Doctorales (Fernández Gómez 1986; Fernández Manzano 1986; López Monteagudo 1989; Rodríguez Díaz 1989; Hernando Sobrino 1994) o bien surgieron de un ámbito próximo al

---

<sup>12</sup> Los trabajos hasta ahora publicados sobre Ulaca son el resultado de prospecciones preliminares y pequeños sondeos (*vid. supra*). Entre 1975 y 1977 Pérez Herrero lleva a cabo excavaciones en el oppidum abulense, cuyos materiales son actualmente objeto de estudio.

## HISTORIA DE LA INVESTIGACION

académico (Sevillano 1978; Rodríguez Almeida 1981; Cordero y Quijada 1991; Jiménez de Gregorio 1992). Otra importante primicia es la aparición de nuevas revistas especializadas de ámbito regional - Studia Zamorensia (1980\*), Salamanca. Revista provincial de Estudios (1982), Cuadernos Abulenses (1984), Cuadernos Emeritenses (1989), Extremadura Arqueológica (1990) - y, sobre todo, la celebración en 1984 en la Universidad de Salamanca del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte, cuyas actas recoge el volumen 39-40 de la revista Zephyrus (1986-87), tardíamente editado (1990) por diversas vicisitudes. Este libro supuso una importante actualización de los estudios sobre la Protohistoria de la Meseta y puede considerarse el punto de arranque en la búsqueda de nuevas vías de aproximación sobre las etnias en general y el tema céltico en particular (Ruiz Zapatero 1988a: 359 y 1993: 55).

El proceso de transferencias llevado a cabo por las Comunidades Autónomas también ha propiciado el desarrollo de congresos y reuniones científicas de ámbito provincial. Para una aproximación a la arqueología de los vettones y del occidente de la Meseta en general es obligado recordar el I Congreso de Historia de Salamanca (1989), algunas de cuyas ponencias aparecen recogidas y actualizadas en el libro Del Paleolítico a la Historia (Santonja 1991, coord.), las Actas del primer Congreso de Historia de Zamora (1990), el volumen I de la Historia de Avila (1995), que contempla las etapas de Prehistoria e Historia Antigua, las I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990), editadas en 1991 en la serie Extremadura Arqueológica, y los coloquios sobre La Cultura Tartésica y Extremadura, El proceso de la Lusitania Oriental en época prerromana y romana y Celtas y Túrdules: La Beturia, en la serie Cuadernos Emeritenses (1990, 1993 y 1995 respectivamente).

En la secuencia tradicional establecida por Martín Valls (1985 y 1986-87) para la segunda Edad del Hierro en el valle del Duero, la fase Cogotas IIa venía a marcar un tránsito entre el Hierro Antiguo y la nueva etapa, siendo la cerámica con decoración sencilla a peine - que el investigador remontaba a comedios de la sexta centuria - y el amurallamiento de los poblados occidentales - avanzado el siglo V a.C. y por influencia del sector oriental - sus principales indicadores arqueológicos. En la siguiente fase o de "transición al mundo celtibérico", se asistía a la vitalización cultural de estos y otros elementos en los distintos sectores de la

Meseta, dando lugar a un proceso de regionalización durante los siglos IV-III a.C. que resumía en varios grupos: (1) los castros noroccidentales de León y Zamora (2) el grupo Miraveche-Monte Bernorio, (3) los castros "protoarévacos" de Soria, (4) "protovacceos" en la cuenca sedimentaria y (5) el grupo Cogotas IIb o "cultura de los verracos" al sur del Duero, identificado con los vettones históricos a partir de sus rasgos más señalados: las características esculturas en piedra de toros y cerdos, los castros y necrópolis del área abulense-salmantina y las decoraciones a peine barrocas. Sobre esta etapa de transición, se impondrían a finales de la Edad del Hierro las cerámicas pintadas a torno celtibéricas (Cogotas IIc).

La continuidad de la nueva etapa parecía por tanto evidente, aunque dicho planteamiento, en lo que al problema del tránsito de la primera a la segunda Edad del Hierro se refiere, comenzó a ser revisado en varios trabajos hasta fechas recientes (Sacristán de Lama 1986: 80-87, Esparza 1987: 364 ss. y 1990b: 115-120; Delibes y Romero 1992: 251-255, Romero y Jimeno 1993: 192 ss., 209-212; Romero y Misiego 1995: 78 ss.; Jimeno y Arlegui 1995: 98-100). La antigüedad de las cerámicas a peine del nivel superior de Sanchorreja o Sanchorreja II, de seguir a González-Tablas (1983, 1986-87, 1989 y 1990: 70-74), y la dificultad de individualizar estratigrafías a favor de un horizonte de transición de inicios de la segunda Edad del Hierro o Cogotas IIa, llevó a Delibes y Romero (1992: 251 ss.) a descartar la visión rupturista de la Meseta y aceptar la continuidad entre ambas etapas<sup>13</sup>. Matizaciones sobre el particular ya se venían advirtiendo en el sector occidental de la Cuenca del Duero (Martín Valls y Delibes 1977: 293, 1978b: 324 y 1981: 174-175). La relectura que hace Esparza (1987: 364-375 y 1990b) de los castros zamoranos como una facies particular aunque derivada del grupo Soto, datable desde el siglo VI a.C. y perdurando hasta la introducción del torno y prácticamente hasta la romanización, es uno de los puntos de referencia obligados. Precisamente la ruptura con Cogotas I y el papel desempeñado en la gestación de los nuevos grupos a partir de los componentes autóctono, meridional y de tradición de Campos de Urnas, se ha convertido en el centro del problema de la Edad del Hierro (Ruiz Zapatero 1988a: 361).

---

<sup>13</sup> Frente a otras interpretaciones que siguen defendiendo la entidad de esa fase inicial, y previa por tanto a la plenitud de la segunda Edad del Hierro. De hecho, los trabajos de J. Barrio (1988: 29-42, 395-415 y 1993: 184 ss.) sobre la necrópolis y el poblado segoviano de Cuéllar se orientan en esa dirección.

## HISTORIA DE LA INVESTIGACION

En idéntico sentido, la idea de continuidad y el rechazo a los esquemas invasionistas se desprende de los trabajos de Almagro-Gorbea (1985, 1986-87, vid. Almagro-Gorbea y Lorrio 1987), esgrimiendo con acierto (a) un modelo de aculturación más complejo en la Edad del Hierro, a partir de élites que imponen nuevas formas de organización socio-económica y (b) un enfoque interdisciplinar, cruzando la información arqueológica con la lingüística, las fuentes clásicas, medievales y etnográficas, para abordar una realidad difícil de detectar en el registro arqueológico: la etnicidad. Prueba de ello son los recientes cursos monográficos dirigidos por él mismo en El Escorial (Los Celtas: Hispania y Europa, 1992) y Cuenca (Los Celtas en la Meseta: orígenes y nuevas interpretaciones, 1993), que recogen la senda ya esbozada en Los Celtas en la Península Ibérica, editada por la Revista de Arqueología (1991).

Entrados por tanto en la década de los noventa, el problema de los orígenes de las poblaciones que Roma llegó a conocer en las Cuencas del Duero y del Tajo comienza a situarse en el punto de análisis que hoy conocemos gracias a estos trabajos. Las aportaciones más recientes de Almagro-Gorbea (1992 y 1993b) intentan descubrir en este sentido un substrato protocéltico que se conservaría en las regiones del occidente peninsular. La celtización de los vettones se vería así favorecida a partir de unos orígenes comunes y explicaría, en última instancia, similitudes con otras etnias de la Meseta. Este último modelo está dando lugar a una cierta controversia por sus dificultades de aplicación (Lorrio 1995), y desde luego puede afirmarse que no siempre existe unanimidad de criterios por parte de los especialistas a la hora de ofrecer una visión de conjunto. Pero lo cierto es que, como atinadamente señalaba Martín Valls (1986-87: 83) hace dos lustros, interesa mucho más estudiar el proceso a través del cual pequeños poblados se convirtieron en los grandes castros en las vísperas de la conquista romana, que el que éstos correspondan a los vacceos, arévacos, astures o los propios vettones. De hecho, la publicación de las actas de la Reunión celebrada en la Universidad Complutense de Madrid (1989) sobre la Paleoetnología de la Península Ibérica (Almagro-Gorbea y Ruiz Zapatero, eds., 1992), proporcionó a los asistentes la grata impresión de percibir la entidad de los pueblos prerromanos de la Meseta a partir de los grupos de Cogotas I y Soto, por tanto desde un proceso que arrancaba en el Bronce Tardío y Final.

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

Las perspectivas y aproximaciones recopiladas en estos trabajos ofrecen un panorama prometedor y a buen seguro pueden considerarse el punto simbólico de arranque de una nueva etapa relacionada con el tema étnico en la Prehistoria reciente española. Va a ser el análisis de la evolución de los patrones de asentamiento y la atención prestada a los aspectos socio-económicos y paleoambientales, los que van a servir para mostrar la personalidad de los distintos grupos arqueológicos en el espacio y en el tiempo (Jimeno y Fernández Moreno 1992; Burillo 1992; Ruiz 1992; Alvarez-Sanchís 1994 y e.p.) Buen exponente de ello son también los recientes volúmenes publicados sobre Arqueología Vaccea (Romero *et alii* 1993), Arqueología y Medio Ambiente (Delibes *et alii* 1995) y Poblamiento Celtibérico (Burillo 1995), en una visión integrada con la cultura material. Estas aproximaciones resultan muy productivas, y no parece baladí afirmar que el desarrollo de modelos útiles en términos de continuidad y cambio cultural, es el gran reto de la arqueología del primer milenio a.C. en la Meseta.

## II.

### LOS ESPACIOS NATURALES

La referencia más antigua que tenemos sobre el poblamiento prerromano en la Península Ibérica es la Ora marítima de Avieno, escrita en el siglo IV d.C pero basada en un periplo massaliota del siglo VI a.C. que situaba a los Celtas como pueblo vecino de los Ligures. La obra menciona otros pueblos, entre ellos los cempsi y los sefes, que Schulten (1955: 36-38, 104 ss.) identificó con los celtas y localizó en el oeste peninsular, en los valles del Guadiana y del Tajo-Duero respectivamente. La filiación de estas poblaciones y su relación con los grupos arqueológicos del interior de la Meseta tuvo un peso importante en la historiografía española como para suponer un trasfondo étnico en la génesis de los vettones (Bosch Gimpera 1932: 470 ss.; Cabré 1930: 104 ss.). Sin embargo, en el mejor de los casos, es importante destacar que la información del periplo viene referida exclusivamente por su contenido geográfico, y no permite deducir una identidad social, política o cultural específica.

Los testimonios etnográficos más completos referidos al oeste peninsular sólo describen hechos a partir de finales de la Edad del Hierro y provienen de los autores que acompañaron a los ejércitos púnico y romano en la conquista de Hispania. Del contenido de las fuentes geográficas, fundamentalmente Estrabón (3,1,6; 3,3,1; 3,3,2-3; 3,4,12), Plinio (N.H. 3,19; 4,112-113) y Ptolomeo (2,5,7), se desprende que los Vettones ocupaban en las postrimerías del cambio de Era un amplio territorio cuya zona nuclear debió situarse entre las cuencas del Tormes/Duero y el Tajo; unos 32.000 km<sup>2</sup> que se extienden por el SO de Zamora, la casi totalidad de las provincias de Salamanca y Ávila salvo su extremo norte, el

occidente de Toledo y la mitad oriental de Cáceres, prolongándose hasta las proximidades del Guadiana (Roldán Hervás 1968-69; Sayas y López Melero 1991)<sup>14</sup>. Este amplio espacio geográfico queda vertebrado por las alineaciones montañosas del Sistema Central, que constituyen a su vez la divisoria de aguas que vierten al Duero y al Tago. El río Coa, muy cerca de la frontera hispano-portuguesa, y las estribaciones de la Sierra de Guadarrama, entre Avila y Madrid, señalarían los límites occidental y oriental respectivamente. En cualquier caso, la correlación de todos estos datos con los aspectos históricos y arqueológicos que vamos a tratar a continuación nos eximen, por ahora, de prolijas descripciones.

Sí parece obligado insistir en la realidad física de estas poblaciones prerromanas. No nos cabe la menor duda de que el paisaje agrario tuvo ya en aquellos momentos una extraordinaria importancia, muy por encima de la que la realidad arqueológica nos permite entrever. Desde una perspectiva geográfica, son tres las variables que concurren en la organización secular del territorio: relieve, clima y suelos. Contamos además con datos paleoambientales indirectos. Su asunción global puede resultar problemática, pero ofrecen un marco bastante coherente que podemos hacer extensible en ciertos casos al oeste peninsular<sup>15</sup>.

## 1. El relieve.

La aparente imagen de monotonía con que, a menudo, se percibe el borde occidental de la Meseta, queda desmentida si se contempla en toda su extensión la marcada dualidad existente entre las llanuras y las montañas. El relieve viene determinado por una abundante superficie serrana en el centro y sur, con terrenos quebrados entre los que se intercalan amplias zonas de valle, y su extensa llanura al norte. Los rasgos básicos del paisaje vetton que hemos de considerar como constitutivos de este espacio son: (1) las penillanuras del oeste de Zamora y

---

<sup>14</sup> Hojas del Mapa Topográfico del Servicio Geográfico del Ejército (E. 1:200.000), números 3-5 (Vitigudino), 4-5 (Salamanca), 3-6 (Plasencia), 4-6 (Avila), 3-7 (Cáceres) y 4-7 (Talavera de la Reina).

<sup>15</sup> Los trabajos globalizadores que sintonizan con la redacción de este capítulo han sido fundamentalmente Conde (et alii 1966), Alonso Fernández (1981), VV.AA. (1985), Terán (et alii 1987), Cabo y Manero (1987 y 1990), VV.AA. (1993), así como las memorias explicativas del Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, para los mapas de Cultivos y Aprovechamientos (E. 1:200.000) de Cáceres (1983), Toledo (1983), Avila (1983) y Salamanca (1984). Para aspectos específicos sobre paleoambiente y comarcas tradicionales, se han utilizado otros trabajos que se irán citando seguidamente en el texto.



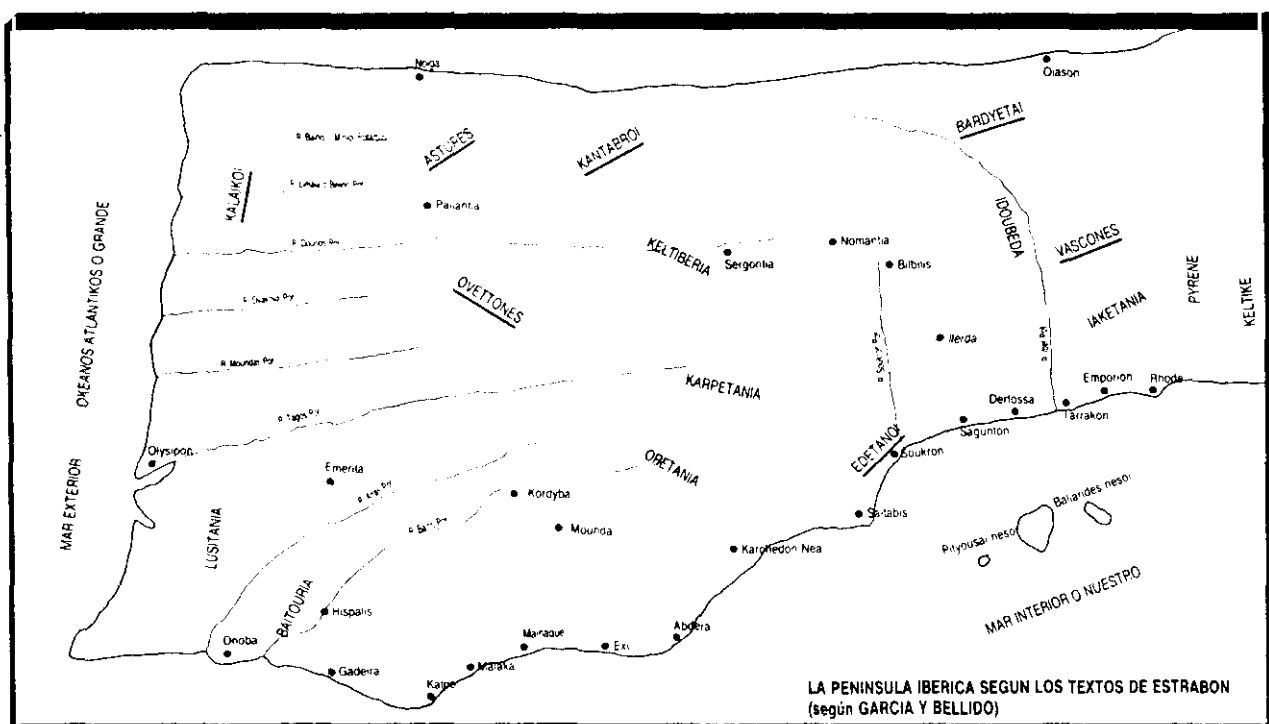
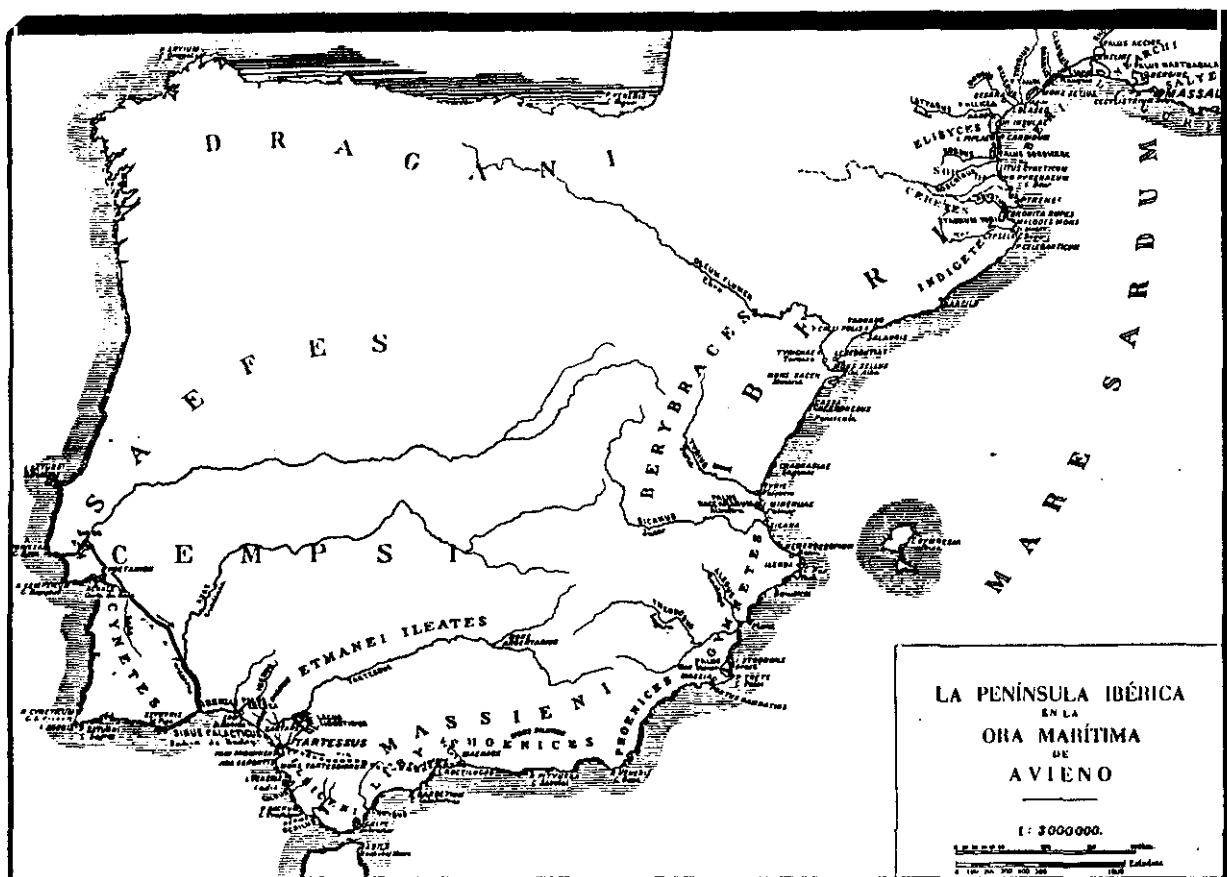


Fig. 1. La Península Ibérica según Avieno y Estrabón.

Salamanca, (2) las cuencas sedimentarias de los ríos Duero y Tajo, y (3) el Sistema Central. En esencia, toda la región forma parte del primitivo zócalo paleozoico de la Meseta, que ha ido configurando su aspecto actual debido tanto a los movimientos resultantes de la Orogenia Hercínica como a deformaciones Terciarias y Cuaternarias.

En primer lugar, destacan por su amplitud las tierras occidentales de Zamora y Salamanca, junto al perímetro que marca los "límites" con Portugal, labradas sobre granitos (Sayago, Campo de Ledesma, Campo de Vitigudino) y pizarras (campos de Argañán, Charro y Sierra de Tamames). Se trata de penillanuras originadas por el desarrollo de diversas etapas de aplanamiento sobre el zócalo de este sector, destacando algunos relieves residuales y pequeños resaltes. El umbral de altitud más vasto es el de 700/800 m., en el centro, mientras en el resto oscila de 900 a 1000 m.. Eso, con independencia de los relieves montañosos internos, elevados hasta 1400 m., y del profundo tajo fronterizo del Duero, encajado 400 m., en los llamados "arribes" del Duero, que separaba a los vettones de los astures (Plinio N.H. 4,112). Aquí, el fuerte desnivel existente entre la penillanura granítica y su margen portugués ha traído consigo una espectacular labor de abarrancamiento. El río, aprovechando el sistema de fracturas, ha llevado a cabo una intensa profundización de su cauce. Esta acción trasciende incluso a los valles, muy angostos, y ha permitido la aparición de la roca desnuda y de extensos berrocales. Las redes del Agueda, Huebra, Uces y Tormes por el norte, y la del Alagón por el sur, introducen ese característico paisaje quebrado. En todo caso estas cortaduras ocupan una pequeña porción de superficie y, escasos 20 km. hacia el este, se muestran como valles modestamente encajados. La relativa riqueza en mineralizaciones de las rocas de este complejo geológico ha permitido la aparición de placeres auríferos y minas de cobre, hierro y sobre todo estaño, en la mayor parte de los casos pequeños filones, cuya explotación ha determinado la emergencia de algunos castros en la protohistoria salmantina (Maluquer 1956a: 7; Gómez Moreno 1967: 9; Salinas 1992-93: 179-180)<sup>16</sup>.

Como solución de contacto con las penillanuras se extienden los dos grandes valles de la red hidrográfica actual, el Duero y el Tajo, que cubren la

---

<sup>16</sup> Mapa Metalogenético de España, E. 1.200.000, hoja 36 (Vitigudino). Instituto Tecnológico Geominero de España (IGME), 1975 (1ª edición).

## LOS ESPACIOS NATURALES

mayor parte del territorio, atravesándolo en dirección Este-Oeste, mientras sus afluentes lo hacen en sentido sur-norte y norte-sur. Estas cuencas sedimentarias fueron colmatadas por materiales terciarios liberados por la erosión en las áreas de montaña, en su mayor parte con posterioridad a la orogenia alpina. La cuenca del Duero ofrece una topografía en la que se advierten llanuras labradas sobre materiales blandos - arcillas y arenas - escalonadas a diferentes alturas, desde los 700 m. hasta llegar a los 1000 m. en el tránsito a los berrocales de la cordillera Central. Las campiñas centro-meridionales de la cuenca, desde el norte de Avila y noreste de Salamanca hasta el sureste de Zamora (Tierra del Vino, La Armuña, Campo de Peñaranda, Tierra de Arévalo), forman un conjunto unido donde los procesos de deposición cuaternaria se han desarrollado con gran amplitud, formando amplios valles y estrechos interfluvios, sólo interrumpida por pequeñas motas y tesos aislados, o por las terrazas que siguen el curso del río Adaja.

La cuenca del Tago es una fosa tectónica hundida entre el Sistema Central y los Montes de Toledo. Se articula en torno a los derrames que proceden de la Sierra de Gredos, Bejar, Peña de Francia y parte de la Sierra de Gata: el Alberche, el Tiétar y el Alagón. El encajamiento del río no permite un paso fácil, excepto en los vados de Alconétar - en la confluencia con el río Almonte - y Azután - entre Talavera de la Reina y Puente del Arzobispo - puntos fundamentales de comunicación desde la Prehistoria hasta nuestros días (Alvarez Rojas y Gil Montes 1988; Galán y Martín Bravo 1991-92). Ofrece mayor complejidad geológica aunque morfológicamente acusa las mismas formas que aparecen en el Duero, desmantelando los depósitos terciarios en los que ha encajado su valle y acusando un paisaje en el sector medio de campiñas labradas en margas y arcillas, de moderada altitud (400-500 m.). En el ámbito occidental propiamente extremeño, el valle entra en contacto sin solución de continuidad con la penillanura herciniana, formada por crestones de cuarcita, granito y pizarras, hasta alcanzar Cáceres y la frontera portuguesa.

Por su parte, en el centro del antiguo macizo ibérico los relieves del Sistema Central que se alzan a más de 2.000 m. - La Serrota (2.294 m.), Guadarrama (2.430 m.), Gredos (2.592 m.), Sierra de Béjar (2.401 m.) - y los contrastes climáticos y litológicos justifican una diferencia muy sensible con las llanuras y las cuencas sedimentarias, máxime cuando se comprueba la decisiva repercusión del

relieve en la distribución secular del paisaje agrario y del poblamiento. Geológicamente está constituido por roquedos graníticos, en forma de murallones, peñascales o planicies rocosas, y en menor medida por cuarcitas, pizarras, arenas y calizas. Estos materiales fueron afectados por la orogenia alpina, que es responsable de la dirección Nor-Noreste/Sur-Suroeste del sistema montañoso. Ofrece una notabilísima sucesión de grandes bloques macizos levantados (Sierra de Avila, Ojos Albos, Sierra de la Paramera, La Serrota, Gredos, Béjar, Gata, Peña de Francia) y fosas hundidas (valles de Amblés, Alberche, Tormes, Tiétar, Jerte) hasta unirse al Tajo, dando lugar a un paisaje típicamente serrano. La delimitación orográfica meridional es, finalmente, ostensible en la unidad de los Montes de Toledo, que se disponen entre las cuencas del Tajo y el Guadiana. Ofrecen un nivel de cumbres fuertemente abombado, que alcanza su culminación en las Sierras de Guadalupe y las Villuercas (1.601 m.), a partir de la cual desciende en sentido opuesto hasta enlazar con la penillanura trujillano-cacereña.

Una serie de pasos naturales y puertos de montaña - Béjar (Salamanca), Tornavacas (Avila-Cáceres), El Pico (Avila) -atraviesan estratégicamente de sur a norte todo este entramado y han condicionado muchísimo las comunicaciones entre Extremadura y la Meseta Norte, desde el Guadiana hasta el Duero: la relación de hallazgos de la Edad del Bronce y del Hierro que salpican el recorrido de la Vía de la Plata, la falla tectónica de Plasencia, los vados del río Tajo y los puertos del Sistema Central se nos antoja enormemente reveladora en este aspecto (Roldán Hervás 1971; Alvarez Rojas y Gil Montes 1988: 312).

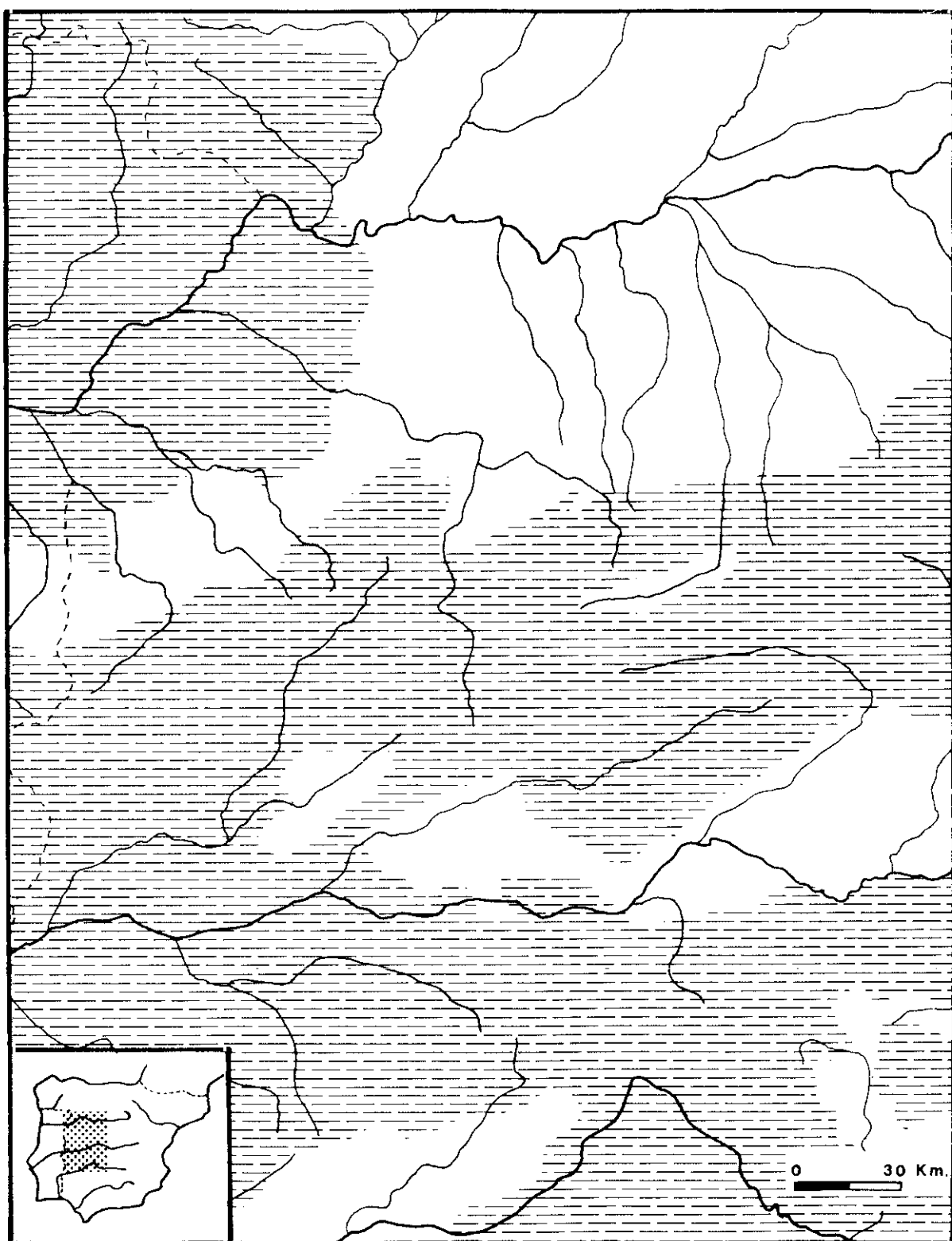
## 2. El clima.

Las variables termopluviométricas de la Meseta Occidental y su situación en la Península Ibérica la hacen partícipe del modelo mediterráneo, en un régimen de relativa regularidad. Pero si la orogenia actual debió coincidir básicamente con la de la Prehistoria reciente, en el caso del clima caben algunas consideraciones. Aproximadamente la fecha del 800 a.C. marca la transición entre los climas sub-boreal y sub-atlántico, que en la mitad norte peninsular debió de caracterizarse por un ambiente más fresco y lluvioso (Magny 1982: 40-42; Dupré 1988: 121-122). La coincidencia entre la emergencia de los poblados de la Edad del Hierro y la

## LOS ESPACIOS NATURALES

nueva fase abre por tanto algunas vías para ulteriores investigaciones (Esparza 1990b: 123). Desde entonces, no hay pruebas geomorfológicas o botánicas que testifiquen un clima muy distinto del actual, pero sí evidencias de que la red fluvial y los humedales hayan conocido importantes cambios de índole natural y antrópica (Calonge 1995: 530 ss.). Los ríos, de acuerdo con su basculamiento y la erosión lateral, sugieren un nivel menos encajado que en el presente, por tanto niveles freáticos menos profundos y humedales más amplios.

En el estudio palinológico del castro abulense del Raso de Candeleda (López García 1986: 153), el medio vegetal más importante aparece representado por pinos, fresnos y alisos. Los dos últimos tienen un significado de mayor humedad y representan la vegetación que debía desarrollarse a comienzos del subatlántico en las márgenes de ríos y arroyos. Por otra parte, los taxones arbóreos y arbustivos identificados según análisis polínicos, antracológicos y carpológicos en varios yacimientos del valle medio del Duero en el transcurso del primer milenio a.C. - como son los distintos niveles del Soto de Medinilla, La Era Alta en Melgar de Abajo y La Mota en Medina del Campo, en Valladolid (Yll 1995; Cubero 1995; Uzquiano 1995) - implican una mayor fitodiversidad, con bosques densos de encinas, enebros, pinos, quejigos, nogales, castaños, pequeñas agrupaciones de hayedos, bosques de ribera, helechos y entornos empradizados muy aptos para la caza y el pastoreo, lo que también tiene implicaciones extraordinariamente positivas desde el punto de vista faunístico. Masas forestales extensas y todo el cortejo propio de la vegetación del sotobosque - a una distancia relativa de los poblados - dio paso a mamíferos silvestres como el ciervo, el uro, el caballo salvaje, el oso, el lobo, el jabalí, el lince, el corzo, el gato montés o el castor (Morales y Liesau 1995: 492-495), algunos de las cuales todavía sobrevive en sectores marginales del valle del Duero, en las penillanuras salmantino-zamoranas y en Gredos, en un ambiente típico de arbolado, monte bajo y matorral. Incluso sobresalen en los antiguos asentamientos restos de aves y peces, como la garza real en La Mota o el salmón en el Soto de Medinilla (*id.* 1995: 496-498), que requieren importantes recursos hídricos, un mayor enfriamiento y aguas relativamente oxigenadas. Todos estos datos podrían explicar, en definitiva, un grado considerable de humedad superficial y la existencia de un paisaje distinto del que hoy se contempla.





 ZOCALO PALEOZOICO       SEDIMENTOS TERCIARIOS Y CUATERNARIOS

Fig. 2. Esquema geomorfológico de la Meseta Occidental.

## LOS ESPACIOS NATURALES

Por otra parte, los elementos bioclimáticos de la región vettona se hallan claramente mediatizados por la elevada altitud media y la compleja orografía del territorio. Desde un planteamiento general la altura determinaría una disminución de las temperaturas y un ligero aumento de las precipitaciones aunque existen muy importantes disimetrías entre las vertientes de barlovento y sotavento, además de la situación de los valles fluviales encajados frente a otros más amplios y poco profundos, y, en general, el obstáculo que representan las barreras montañosas. Como resultado de todo ello el paisaje se inserta en un clima mediterráneo pero fuertemente continentalizado, con elevadas amplitudes térmicas resultantes de inviernos largos y muy fríos, en torno a los 3-4 grados, y veranos breves y cálidos, con valores entre los 20 y 22 grados. Por su parte, la región extremeña puede considerarse un área de transición; a la diferencia de altitud respecto a la Meseta superior corresponden inviernos no tan rigurosos y veranos más largos.

En la distribución de las lluvias no hay sin embargo grandes diferencias y la mayor parte del sector queda comprendido entre las isoyetas de 300 y 500 mm.. Excluyendo las sierras, que introducen matices muy significativos, se trata de un territorio caracterizado por un nivel de precipitaciones no demasiado cuantiosas, que progresivamente se elevan de oeste a este y de sur a norte. La escasez de lluvias durante el estío es la principal seña de identidad. Los pastos adquieren entonces el color amarillento típico de la sequía, que recibe el expresivo nombre de "agostamiento". Numerosas piezas dentarias del ganado vacuno de la Edad del Hierro acusan lo abrasivo del régimen de gramíneas (Morales y Liesau 1995: 483), dato que podría explicarse en función de la dureza de los pastos durante la estación seca, lo que concuerda bastante bien, según Calonge (1995: 532), con las adaptaciones desarrolladas por las actuales razas autóctonas como la morucha y la avileña. Por el contrario en las estribaciones montañosas el volumen invernal suele superar la mitad de la media anual pluviométrica, que en la montaña representa en torno a las tres cuartas partes. Lo quebrado del relieve, los períodos de heladas y el régimen de lluvias, con medias anuales que pueden superar los 1.000/1.500 mm., facilitan el desarrollo de la ganadería y el aprovechamiento forestal en detrimento de la agricultura, que se convierte en una actividad muy secundaria. En suma, nos encontramos ante un territorio dominado por la sensación de contraste, la misma sensación que se percibe en la distribución y tipología de los suelos y la cobertera vegetal, claro que sin menoscabar la acción

antrópica.

### **3. Cobertura vegetal y suelos.**

Han sido los factores edáficos los que han favorecido el desarrollo de las coníferas en las campiñas meridionales del Duero y de los paisajes adehesados en las superficies suroccidentales del zócalo, desde el Sayago zamorano hasta la penillanura extremeña. Pero antes que nada hay que señalar que los suelos están condicionados por el relieve, siendo frecuentes las pendientes escarpadas y pronunciadas que imposibilitan en muchos casos la existencia de suelos bien desarrollados. Sobre los granitos y pizarras predominan los suelos silíceos ácidos, fácilmente erosionables, de profundidad variable, con escasa capacidad de retención hídrica y frecuentes afloramientos rocosos. Suelos, en cualquier caso, de escasa aptitud agrícola y vocación eminentemente ganadera. Cubren la mayor parte del centro, sur y oeste de la región, estando constituidos por las Tierras pardas húmedas y las Tierras pardas meridionales, matización que es debida a su altitud y grado de humedad. Por su parte, los tipos de suelos arcillosos del norte de Avila, noreste de Salamanca y sureste de Zamora, así como la cubeta tectónica de Ciudad Rodrigo, más profundos y desarrollados sobre los sedimentos terciarios y cuaternarios, les hace adecuados para buenos rendimientos cerealícolas: la primacía corresponde sin duda a los suelos pardos (calizos, no cálcicos y sobre depósitos alóctonos pedregosos) y a los suelos rojos mediterráneos, además de los fértiles suelos aluviales articulados por la red hidrográfica del Duero y parte del Tajo, incluyéndose aquí los fondos de los valles del Tormes, Ambles y Tiétar.

Los vegetales cultivados recuperados en los yacimientos del Duero medio han revelado una agricultura cerealista probablemente de ciclo largo a base de trigos y secundariamente de cebada (Cubero 1995), dato que no debió ser muy diferente en las vegas vettonas, de inferior extensión pero básicas desde el punto de vista económico. Los mismos análisis hacen verosímil un terrazgo dividido en "hojas", con tiempos de reposo y barbecho, y no una explotación intensiva, sistema que ha pervivido en algunos sectores marginales de la Meseta hasta mediados del siglo XX (Calonge 1995: 538; Delibes *et alii* 1995: 573). Así, en las penillanuras del oeste los espacios labrados suelen ser de dos tipos, uno representado por campos abiertos, a veces con reparto en hojas del término, y otro



## LOS ESPACIOS NATURALES

cerca de los pueblos, junto a pequeños regatos y limitados por cercas de piedra - bien visibles en la comarca sayaguesa - con un labrantío intensivo característico de la organización en huertas (Llorente 1990: 193).

En las cuencas sedimentarias hay que valorar un elevado grado de alteración de las formaciones autóctonas como consecuencia de las roturaciones que, ya desde el pasado, han abierto espacios nuevos para el cultivo y la ganadería. De ahí el carácter residual que hoy ofrecen las biomasa de frondosas mediterráneas. En este sentido, cabe destacar que los resultados polínicos de algunos poblados del espacio físico vacceo (Mariscal 1995; Ruiz Zapata 1995; Yll 1995: 363 ss.) confirman un incremento gradual de los espacios abiertos y de la vegetación herbácea xerófila y de secano frente a una disminución de las masas boscosas, que habrá que relacionar con la explotación de estas últimas y la ampliación del terrazgo para cultivos pero sobre todo pastos. Estos índices se refieren en cualquier caso al mismo asentamiento y a su área inmediata, pudiendo darse condiciones distintas, las propias de un paisaje más arbolado, a medida que nos apartásemos de aquellos (Delibes et alii 1995: 565).

Es lo que sucede a propósito de la encina, que constituye la especie más generalizada en la región occidental por su resistencia al frío y a la aridez estival, y su versatilidad en cuanto a suelos, ocupando todavía un lugar preeminente a mediados del siglo pasado (Madoz 1845). Prácticamente extinguida en el sector de los páramos y las campiñas correspondientes a las cuencas de sedimentación terciaria, pero muy importante en tiempos pretéritos (Mariscal et alii 1995: 445-447), hoy se mantiene de manera mucho más ostensible en las penillanuras occidentales de Zamora y Salamanca, en los bosques basales de la Cordillera Central y en el territorio extremeño, formando un componente de riqueza esencial por el ganado lanar, vacuno y de cerda que en ellos se apacenta, pues produce bajo su copa abundante pasto rico en proteínas. El encinar y también el matorral, en su forma de monte bajo, se conserva por tanto en su mayor extensión en las superficies ocupadas por el zócalo paleozoico, cuya escasa capacidad para el cultivo ha favorecido la pervivencia de las asociaciones originarias. Y esto, de alguna forma, contrarresta la escasez de estudios paleoambientales específicos al sur del Duero, si se exceptúa el caso de La Mota y El Raso (vid. supra). En compañía del quejigo, el rebollo y el alcornoque, ha desempeñado y desempeña

una función esencial en la estructura del sistema de aprovechamiento agrario. El encinar define por excelencia la dehesa y el paisaje adehesado (Campos Palacín 1984), donde el sistema mixto arbolado-pastos-tierras de labor, permite un aprovechamiento de los recursos naturales y el mantenimiento de su potencial ecológico, de tal forma que bien puede hablarse de "paisajes estables" en la región (Cabero *et alii* 1987: 92). En general sólo se dedica a los cultivos una pequeña parte del suelo, el más fértil pues se trata de suelos silíceos poco productivos, y el resto a pastos, complementados con bellotas.

El complejo descrito también se encuentra en el Sistema Central, no obstante condicionado por la altitud, especialmente en la vertiente meridional. Los enclaves húmedos ligados al relieve serrano, incluso elevados en época estival, facilitan en la actualidad el aprovechamiento de pastos permanentes o altos pastos de verano a partir de la cota de los 1.400 m. en la sierras abulenses - lo que ha condicionado seculares estrategias en los desplazamientos con el ganado - a la vez que incorporan una distribución escalonada de la cobertera vegetal (prados, robledales, castañares, quejigares, alcornocales, jaras y encinas), desde los pisos subalpinos a las condiciones microclimáticas del Tiétar o el Jerte. Contamos además con los datos paleoambientales de Lagoa Comprida, en la Sierra portuguesa de la Estrella (Figueiral 1990), un área montañosa a unos 1.600 m. de altitud y con dataciones de C-14 no calibradas de los siglos XIV y VIII a.C., que muestran la importancia de los bosques de Quercus, con escaso impacto del estrato herbáceo. Circunstancias análogas concurren en los datos palinológicos realizados en la Laguna de las Sanguijuelas, cerca de Puebla de Sanabria (Menéndez y Florschütz 1961: 85 y 88) y en el castro zamorano de La Cerca, en Sejas de Aliste (Boyer-Klein 1987: 393), que además incluyen una importante representación del pino silvestre. No obstante la muestra más reciente de Sejas, coetánea a la ocupación prerromana del castro, evidencia una fuerte desforestación, si bien hay que insistir que esta imagen se refiere al hábitat, pudiendo existir condiciones distintas en la periferia:-----

Aunque escasos en comparación con otros conjuntos naturales de la región, también sobresalen en el paisaje actual de las penillanuras y en las estribaciones montañosas algunos bosques de ribera con vegetación de sauces, chopos, álamos y fresnos, estos últimos acompañados de pastos permanentes. Se observan bien

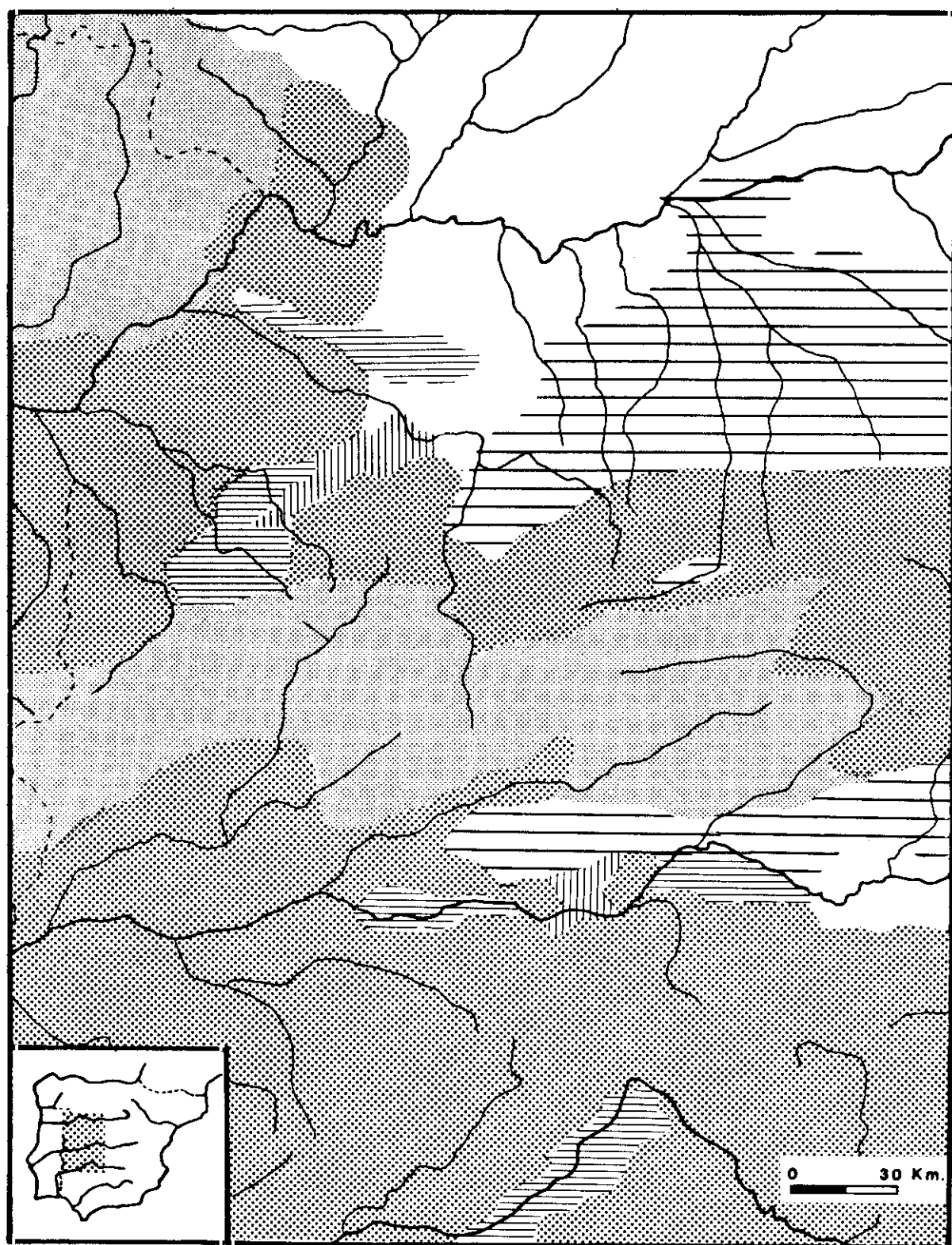


Fig. 3. Mapa de suelos. Tierras pardas (1-2), suelos pardos calizos (3-4) sobre depósitos pedregosos (5) y suelos rojos mediterráneos (6).

en zonas de valles - Yeltes, Huebra, Tormes, Amblés, Tiétar - allí donde se constatan importantes asentamientos prerromanos y una relativa alta densidad de población. No en vano, estas mismas especies coinciden con las documentadas en el Raso de Candeleda (López García 1986: 153) y en los entornos de los humedales del valle medio del Duero de hace más de dos milenios (Mariscal et alii 1995: 425-426).

Concluyendo, el hecho que reviste mayor trascendencia en la Meseta occidental desde el punto de vista geográfico, es la dialéctica entre superficies llanas y áreas de montaña. Esta dualidad no es únicamente de índole morfológica y está en la raíz de varios de los fenómenos que podemos apreciar en el poblamiento de la Prehistoria reciente de la región. Las características físicas favorecen los desplazamientos en sentido Este-Oeste, aunque los grandes ríos de la fachada atlántica, como el Duero o el Tago, sólo han sido navegables en ciertos tramos de su recorrido, forzando necesariamente la confluencia en vados. Los itinerarios norte-sur han estado condicionados por las barreras montañosas del Sistema Central, viéndose beneficiados los pasos de montaña y la Vía de la Plata, vía secular de comunicación entre Extremadura y la Submeseta Norte. Se observa también una disimetría en la región, que diferencia los terrenos graníticos y pizarrosos relacionados con el aprovechamiento de pastos, de las vegas fluviales, con tierras más profundas y cereal de secano. Estas circunstancias tienen una repercusión clara desde el punto de vista económico y han ahondado los matices y diferencias del hábitat en el transcurso del tiempo.

Puede afirmarse que la geografía actual de la Vettonia no enmascara demasiado su aspecto primitivo, al menos si nos referimos a la potencialidad de los suelos y a las formas básicas del clima y del relieve. No parece, pues, arriesgado aventurar que el paisaje agrario siempre se ha decantado a favor de la ganadería extensiva y el aprovechamiento forestal, teniendo en cuenta las particulares características del medio natural, el proceso histórico de ocupación y el dominio durante siglos de una economía cerrada, basada en la complementariedad territorial de fondos de valle y cumbres. Naturalmente el reverso de la medalla son los factores antrópicos, que han pesado en la cobertura vegetal, allí donde el paisaje actual enmascara con frecuencia el verdadero aspecto que ofrecería el territorio en la antigüedad.

### **III.**

#### **DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE EN EL OCCIDENTE DE LA MESETA Y LA CONFIGURACION DEL SUBSTRATO INDIGENA.**

Hay pocas dudas de que en la Prehistoria reciente de la Meseta tuvo lugar un cambio trascendental en el paisaje: ciertos tipos de cerámicas, yacimientos y estructuras desaparecen o se rarifican extraordinariamente y otros se hacen presentes. La transición a la Edad del Hierro también marca el cambio entre dos formas diferentes de concebir el pasado. La provisionalidad de las estructuras de habitación deja paso a poblados estables y fortificados que reflejan el carácter duradero y permanente de la ocupación. El alto nivel alcanzado por la metalurgia del bronce, propiciando una mejora evidente en el instrumental artesano, la progresiva utilización de útiles de hierro y de la tecnología necesaria para realizarlos o la intensificación agrícola, seguramente como consecuencia de todo lo anterior, fueron sin lugar a dudas determinantes en las secuencias de cambio.

Pero se asume demasiado a menudo que la sedentarización fue general en todos los casos, exageradamente dramática, en un marco temporal corto y homogéneo. Antes de la nueva etapa, los investigadores esgrimen tradicionales modelos de análisis que defienden un patrón de asentamiento móvil e inestable. Y sólo después de ese momento se aceptan sociedades permanentes y realmente complejas, capaces de generar excedentes para el intercambio o dedicar más energía a otras actividades. Habría dos maneras de contemplar esa transición (Romero y Jimeno 1993: 185-186): asumir la arribada de nuevas poblaciones y su implantación definitiva en el territorio o, por el contrario, valorar el papel que jugaron las comunidades indígenas del Bronce Final en el proceso de cambio hasta

bien entrado el primer milenio a.C.

Pese a la larga tradición y gran desarrollo actual de las investigaciones sobre el fin de la Edad del Bronce y la Edad del Hierro, la Prehistoria de la Meseta se ha desarrollado bajo la premisa de que existe una ruptura, una laguna en nuestros conocimientos relativo a una parte de los siglos IX y VIII a.C. que impide conocer el proceso de tales cambios. Desde el mismo momento que se excavó Soto de Medinilla, yacimiento que da nombre a la facies que caracteriza sobre todo a la I Edad del Hierro en el centro y occidente de la Meseta, se señalaron las divergencias que presentaba respecto al substrato indígena y su relación con los poblados del Hierro navarros y del sur del País Vasco (Palol 1966; Palol y Wattenberg 1974: 181-195). La sensación de discontinuidad entre el viejo y el nuevo mundo crecía y se hacía más evidente conforme se desarrollaban las prospecciones y trabajos de campo, al comprobar la disociación espacial entre los poblados del Hierro, que afectaba a todos los territorios sedimentarios de la cuenca del Duero y los atribuibles a Cogotas I (Delibes y Romero 1992: 242-243; Sacristán de Lama *et alii* 1995: 354-358). También en el plano del poblamiento este hecho se veía reforzado por la estabilidad del primer grupo frente a la inconsistencia de los hábitats del segundo y, probablemente, por el nuevo modelo de explotación agrícola que representaban, en clara oposición a la tradicional actividad pastoril de las sociedades del Bronce. Un último indicio, las cualitativas diferencias de sus respectivos materiales ahondaba todavía más el distanciamiento y la sensación de vacío entre ambos mundos.

Esta esterilidad podría relacionarse con ciertos aspectos de la investigación, como la falta de excavaciones extensas en los castros, que dificultan fijar de manera precisa sus momentos iniciales y su relación con Cogotas I o bien la inexistencia de un fósil guía característico en la región que llamase la atención de los especialistas, como ya ocurriera a propósito de las cerámicas de excisión y boquique para el Bronce Final. Nuestra visión estaba además condicionada por las características naturales de las diferentes áreas, que repercutían en la cantidad y calidad de la información disponible. Pero una explicación de este tipo es válida sólo parcialmente. Y sólo parcialmente porque quizás también sea el oeste de la Meseta donde este aparente vacío sea menos nítido y donde mejor se aprecie el problema secular del tránsito a la Edad del Hierro tras el ocaso de Cogotas I.

## **DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE**

La valoración de los primeros asentamientos de la Edad del Hierro en la región SO de la Meseta, su ubicación cronológica y, en el fondo, las circunstancias que dan lugar a su aparición, exige considerar la situación inmediatamente anterior, el Bronce Final, porque en algunos aspectos puede dar la clave de fenómenos posteriores.

### **1. El substrato del Bronce Final y su vertebración en la nueva etapa. La documentación arqueológica.**

A finales del segundo milenio a.C. los grupos que habitan el interior de la Meseta corresponden a la cultura tradicionalmente conocida como Cogotas I, con diferentes matices según las áreas pero con un fuerte arraigo en las tradiciones anteriores, situándose el origen de este complejo en el Bronce Antiguo (Romero y Jimeno 1993: 183-184). Estas comunidades presentan una serie de rasgos comunes:

(a) son comunidades mayoritariamente pequeñas y de cabañas simples, como revelan la superficie de sus poblados y hábitats. La movilidad de algunos grupos parece bastante segura, atendiendo por ejemplo a la escasa potencia de los niveles de ocupación (Fernández Manzano 1985: 72), prueba de que los asentamientos son abandonados en poco tiempo. El hábitat muestra una cierta diversidad que permite cuestionar la idea comúnmente admitida de vincular esta cultura única y exclusivamente a zonas montañosas y a grupos de pastores (Romero y Jimeno 1993: 176).

(b) un ritual inhumador acompañado de escasos ajuares, con las características cerámicas de excisión y boquique, es la tradición funeraria habitual, pero muy excepcional dada la rareza de los enterramientos descubiertos (Esparza 1990a). Parece evidente que sólo una pequeña parte de la población accede a esta práctica, inhumándose bien en fosa, hoyo, cista, cueva o dolmen, e ignoramos cómo se enterraba el resto. Esta heterogeneidad debe obedecer a la diversidad de tradiciones culturales muy arraigadas del grupo Cogotas I (Esparza 1990a: 136), aunque se desconoce el ritual característico de cada zona o incluso si convivían en una misma área diferentes tipos de enterramiento. Detrás de estos hallazgos

también parece existir una interpretación diferencial que vendría avalada por el contexto (Ruiz Zapatero y Lorrio 1995: 226); por ejemplo el hecho de que las fosas se vinculen a espacios domésticos frente a los enterramientos en cueva o dolmen, bien diferenciados de los espacios de habitación<sup>17</sup>. Admitido esto, se podría plantear la posibilidad de que determinadas prácticas mortuorias comenzaran a integrarse dentro del ciclo agrícola, a partir de la asociación entre depósitos funerarios y silos. En cualquier caso la parquedad de hallazgos y la discutible funcionalidad de estos últimos no permiten precisar mucho más.

(c) la economía de subsistencia está basada en una ganadería, donde la importancia de oveja y bóvido varía según las áreas, y una agricultura incipiente de cereal, cimentada sobre todo en la información paleobotánica y en el hallazgo de algunas hoces de bronce, molinos y dientes de hoz de sílex. El peso específico de estas actividades es difícil de evaluar, pero los análisis faunísticos sugieren una actividad ganadera relativamente especializada cuya importancia quedaría constatada en la presencia de yacimientos con elementos de Cogotas I en áreas periféricas, desbordando el núcleo original de la Meseta. Este hecho se ha explicado como el resultado de desplazamientos temporales de estos grupos (Fernández Manzano 1985: 69-72; Delibes y Romero 1992: 240-242), que muy posiblemente tengamos que poner en relación con las prácticas ganaderas. Por otro lado la inestabilidad del poblamiento y las limitaciones que impone una tierra no especialmente rica en nuestra región permitiría hablar de una agricultura de tipo itinerante, forzada ante la dificultad de estos grupos de mantener la fertilidad de los suelos (Ruiz-Gálvez 1991).

Estas características, unidas a los escasos indicios de metalurgia "in situ" y al hecho de que las cerámicas de almacenaje o provisiones no sean excesivamente grandes, indicarían una actividad productiva de carácter esencialmente doméstico, sin acumulación de excedentes. Se ha especulado con la posibilidad de que algunos fondos de cabañas hubiesen desempeñado la función de silos; sin embargo, hay que reconocer la rareza de hallazgos de semillas o el hecho de que las paredes del depósito carezcan de un recubrimiento interior para preservar de la humedad (Fernández Manzano 1985: 72-73). Aun aceptando esto,

---

<sup>17</sup> No falta alguna postura crítica, como la recientemente esbozada por González-Tablas y Fano (1994: 98-102), al plantear la posibilidad de interpretar los campos de hoyos en un contexto ritual relacionado con el mundo de la muerte.



## DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE

que parecería muy razonable incluso a nivel de producción familiar, desconocemos cuál era exactamente la finalidad de dichas estructuras y quizá haya que pensar en una funcionalidad polivalente para las mismas.

Una primera lectura de estos datos, sugiere que nos encontramos con grupos sociales organizados a nivel tribal cuya territorialidad parece en principio difícilmente identificable. El cuadro uniforme que emerge de todo esto, cuya referencia es básica para entender la transición a la Edad del Hierro, quedaría desdibujado por el aparente vacío entre este momento y la nueva etapa. Sin embargo, el dinamismo que ofrecen las sociedades del Bronce desde comienzos del primer milenio a.C. y el papel jugado por algunos elementos del substrato en el proceso de cambio, abre paso a una realidad mucho más compleja que la anteriormente descrita.

**1.1. La cerámica.** La adscripción al Bronce Final para la mayoría de los poblados conocidos en esta etapa parte del único hecho de que contengan ciertos materiales, en particular las cerámicas de boquique y excisión, a los que se ha otorgado un monopolio excesivo en detrimento de aquellos otros - menos vistosos, pero no por ello más abundantes - que han caracterizado el bagaje material de los grupos pastores de la Meseta. Sorprende también el hecho de que los intentos de periodizar la Cultura Cogotas I se base en la mayoría de los casos en el análisis formal y decorativo de estos vasos pues, salvo contadas excepciones como Los Tolmos de Caracena (Jimeno 1984a, Jimeno y Fernández Moreno 1991), Ecce Homo (Almagro-Gorbea y Fernández Galiano 1980), Arenero de Soto (Martínez Navarrete y Méndez 1983) o San Román de la Hornija (Delibes *et alii* 1990), los conjuntos cerámicos conocidos no constituyen una muestra suficientemente concluyente y una gran parte de las evidencias halladas proceden del muestreo de superficie. De alguna manera estos problemas han incidido de modo especial al acentuar nuestro desconocimiento, y por tanto la sensación de discontinuidad, entre el Bronce y el Hierro.

Fernández-Posse (1982 y 1986-87) planteó recientemente una clasificación de la Cultura Cogotas I a partir de estas cerámicas, estableciendo una primera etapa de formación (siglos XV-XIV a.C.), con vasos troncocónicos y predominio

de las decoraciones incisas sobre las típicas de "incrustación", seguida de otra de máxima plenitud y homogeneidad, con un aumento en los porcentajes de boquique y excisión.

Pero a partir del siglo X a.C., correspondiendo con la última fase de estos conjuntos, el elenco material de algunos yacimientos parece evolucionar independientemente en cada región, como demuestran las diferencias en formas y decoraciones del castro de Sanchorreja o algunos fondos de cabaña del Manzanares frente a yacimientos del Duero, el Pisuerga y la Tierra del Vino en Zamora (Fernández-Posse 1986-87: 232). Se observa al mismo tiempo una tendencia a acusar los perfiles de los vasos, que empiezan a volver el borde, antes recto y vertical, perder las carenas y reducir el fondo. En unos casos se trata de recipientes con carena media y aspecto bitroncocónico, por ejemplo los hallados en Sanchorreja (Maluquer 1958a: 37, fig. 8) o en El Castillo de Carpio Bernardo (Martín Valls y Delibes 1973: 401, fig. 4,6). En Arenero de Soto algunas vasijas ostentan cuerpos de tendencia globular o perfil en S e incluso en las piezas con las formas teóricamente más apuntadas, la línea de carenación resulta poco marcada (Martínez Navarrete y Méndez 1983: 204-205, 212, figs. 5-6). Junto a las tradicionales formas cuenquiformes y troncocónicas, Cogotas I incorpora así otras vasijas más evolucionadas con aspecto de urna, que incluso "tienen un aire que podríamos denominar hallstático" (Fernández-Posse 1986-87: 232). Además, estos yacimientos han sido considerados propios de la fase más evolucionada en virtud de los esquemas decorativos que ostentan sus cerámicas y del hecho de que algunas se asocien en un mismo nivel con cerámicas pintadas (vid. infra).

---

En este mismo contexto de comienzos del primer milenio a.C., Almagro-Gorbea (1987a: 114), refiriéndose a los yacimientos madrileños del Cerro de San Antonio y el Ecce Homo, habla de nuevas tipologías de Cogotas I caracterizadas por urnitas de cuello con tendencia a la verticalidad, generalmente bruñidas o decoradas a la altura de la carena y acompañadas en ocasiones de un mamelón. Y en un momento más avanzado señala que estas mismas formas "ofrecen una característica decoración pintada que resulta muy peculiar del inicio de la Edad del Hierro en la Meseta", poniéndolas en relación con los influjos meridionales del Bajo Guadalquivir. Producciones análogas a éstas también se han documentado en Pico Buitre y los poblados de la ribera del Henares (Crespo y Cuadrado 1990: 75).

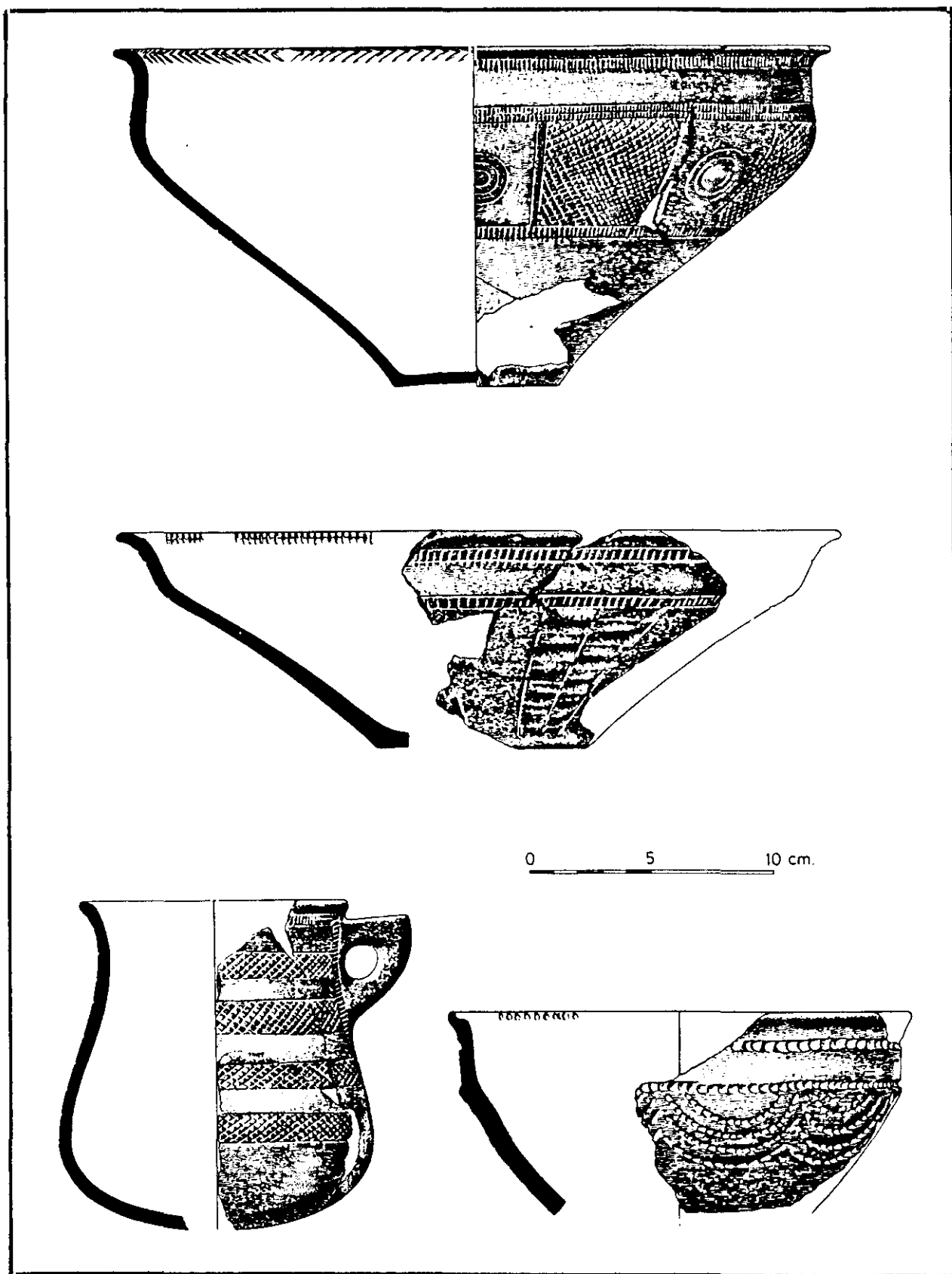


Fig. 4. Cerámicas de Boquique de La Requejada, S. Román de la Hornija.

Si, por otro lado, exceptuamos la vajilla tradicionalmente considerada de "lujo" en el repertorio cogoteño, en todo caso siempre inferior al cómputo total hallado en cada hábitat, los restos de cerámica indígena recuperados no debieron ser muy diferentes de los que integraban los ajuares domésticos del Primer Hierro. Los vasos lisos sintetizan el repertorio más amplio y abundante de la cerámica durante la mayor parte del primer milenio a.C., y aunque la caracterización de ciertos tipos para cada período y región resulta evidente también debe aceptarse un cierto carácter local a partir de las tradiciones de la Edad del Bronce. Por ejemplo Arenero de Soto (Getafe) incorpora un importante elenco de cerámicas lisas con perfiles muy suaves, e incluso respecto a estas últimas algo análogo podemos apuntar para San Román de la Hornija (Delibes et alii 1990: 104-105, figs. 20-21).

En la Edad del Hierro se aprecia una evolución local de estos tipos, lo que no excluye la aparición de nuevas formas como los pies anulares realzados o los vasos bitroncocónicos de cuello vertical (Delibes y Romero 1992: 250, fig. 7). De entre los materiales recuperados en los yacimientos a inicios de la nueva etapa, caso por ejemplo de Almenara de Adaja en Valladolid (Balado 1987: 174-175), podrían destacarse los típicos vasitos carenados y de superficie bruñida cuya distribución abarca la práctica totalidad de la geografía peninsular, pero cuya cronología arranca del Bronce Final en el mediodía y levante (Romero 1980: 139 ss.)<sup>18</sup>. Algo similar podemos decir también respecto a los cuencos hemisféricos de Sanchorreja, ahora con el borde reentrante (Maluquer 1958a: 48 ss.). Las formas de boca abierta y carena alta características de Cogotas I en este último, dejan paso a formas más cerradas y de perfiles suaves. Los barroos siguen siendo locales, continúan las cerámicas con decoración incisa e impresiones digito-unguladas, y tan sólo parece darse un mejor tratamiento en la pasta de las vasijas decoradas (Maluquer 1958a: 54; González-Tablas 1986-87: 52).

Otros testimonios pueden manejarse a favor de una evolución de las cerámicas entre el final de Cogotas I y la nueva etapa, si bien hay que considerarlos con las lógicas reservas.

---

<sup>18</sup> En el suroeste de la Península, los vasos con decoración bruñida, también los carenados, se han llevado al Bronce Tardío (Schubart 1971: 171).

## DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE

Así, el estilo inicial que ofrecen las cerámicas peinadas de la Primera Edad del Hierro, bien datadas en contextos a partir del s. VII a.C. (González-Tablas 1990: 72; Seco y Treceño 1993: 139, 162-163) y sin duda relacionadas con las cerámicas incisas del grupo Soto (Martín Valls 1986-87: 65), podrían ser no obstante una referencia indirecta en los problemas de articulación entre Cogotas I y la nueva etapa (Alvarez-Sanchís, e.p.\*). La predilección por los motivos quebrados y ondulados en zig-zag de la fase inicial, la adecuación en numerosas ocasiones de los temas decorativos a la práctica totalidad del soporte cerámico y la decoración interna de algunos cuencos, delataría una cierta relación de semejanza con la que ofrecen los conjuntos cerámicos de Cogotas I, en concreto con los vasos de la última fase, ya con posterioridad al cambio de milenio (Fernández-Posse (1986-87: 232 ss.), donde la decoración se ordena en bandas amplias ocupando también grandes espacios.

Por otro lado, los motivos que se ajustan a la carena, desarrollando series colgantes en la zona inferior de los vasos de Cogotas I - guirnaldas, festones o semicírculos (Fernández-Posse 1986-87: fig. 1, nº 6 y fig. 2, nº 3, 7, 15, 17) - tienen también su correspondencia en algunas producciones peinadas de los yacimientos del Hierro de Las Cogotas, La Mesa de Miranda y El Raso (Cabré 1930: láms. XXIII,13, LXII y 1932: lám. XXXVII,22; Cabré *et alii* 1950: lám. LXXXVII,20; Fernández Gómez 1986: fig. 292, nº 5 y fig. 320, nº 2), más excepcionales y tardías si cabe, pero no por ello menos significativas.

El estudio de las cerámicas del Bronce Final no está completamente resuelto, pero la obsesión por considerar las especies boquique y excisa como "fósiles directores" ha desvirtuado los intentos de valoración cronológica. En algunos casos, su vinculación al tránsito Bronce Final/Primer Hierro en la Meseta también debe ser considerada.

**1.2. Las dataciones radiocarbónicas.** La mayor parte de las fechas proporcionadas por el C-14 para contextos Cogotas I, en cronología no calibrada y a partir de la relación de Delibes y Fernández-Miranda (1986-87: 23), se agrupaban entre los siglos XV y IX a.C.. Con posterioridad, Ruiz-Gálvez (1995b: 79-83) ha calibrado las dataciones absolutas de la Ría de Huelva y de otros

yacimientos del Bronce Final peninsular, incluyendo las fases más recientes de Cogotas I en la Meseta así como algunos asentamientos de transición Bronce/Hierro o de inicios de este último<sup>19</sup>. Un efecto inevitable de la calibración es que amplía el marco temporal donde se encuentra la fecha real, pero tampoco es menos cierto que su empleo otorga una mayor fiabilidad a las correlaciones entre los distintos asentamientos y sus correspondientes secuencias (*vid.* Carballo y Fábregas 1991: 245-246; D'Arqueologia de Ponent \*\*).

Las dataciones de algunos yacimientos valorados por la autora pueden ayudar a fijar el límite cronológico de Cogotas I en un contexto del Bronce Final II-III. Las recogidas en Ecce Homo o La Paúl apenas traspasan el milenio, y hay que reconocer que son excepcionalmente pocas las que están por debajo del siglo X A.C. (Fig. \*)<sup>20</sup>. Este sería el caso de las cerámicas excisas y de boquique con incisiones de estilo Baiões en uno de los sectores de Bouça do Frade (Baião), un yacimiento considerado tardío dentro del Bronce Final (Oliveira Jorge 1988). Ofrece dos dataciones similares y con intervalos de calibración aceptables. De ellas, una se sitúa entre el último tercio del s. X A.C. y el 800 A.C.; con todo, la fecha más probable se concentra en el s. IX A.C. (Ruiz-Gálvez 1995b: 81). Igualmente orientativa puede resultar una de las dataciones absolutas del yacimiento palentino de Los Espinos en Mave (Santonja y Alcalde 1982: 381), donde los tramos más fiables se ubican entre fines del s. XII A.C. y mediados del IX A.C.

Las dos fechas del vallisoletano de San Román de la Hornija (Delibes 1978: 237) ofrecen márgenes más imprecisos, con intervalos de calibración superior al medio milenio, debido en parte a su alta desviación estándar (95 y 150 años). La más reciente se ubica entre el s. XIV A.C. y el primer cuarto del s. VIII A.C., con intervalos fiables a inicios del s. XII A.C. y entre mediados del s. XII/finales del s.

---

<sup>19</sup> El intervalo de edad manejado corresponde a dos desviaciones típicas, aumentando la incertidumbre cronológica pero otorgando un nivel de confianza mucho mayor, por lo que es habitualmente recomendado (Fernández Martínez 1984: 350; Pearson 1987: 103). Sobre el programa de calibración y las tablas empleadas, me remito a los datos citados por la autora (Ruiz-Gálvez 1995b: 79).

<sup>20</sup> He excluido las fechas del yacimiento aragonés de Moncín de Borja, publicadas por Harrison, Moreno y Legge (1987) y calibradas también por Ruiz-Gálvez (1995b: 82, fig. 15), al haberse replanteado la cronología del sitio debido a la detección de un error sistemático en la elaboración de las fechas radiocarbónicas (Harrison y Moreno 1990). Su adscripción cultural corresponde básicamente al Bronce Pleno y Antiguo en la zona. La datación más moderna para cerámicas de boquique, en cronología no calibrada, se desplaza hasta mediados del s. XIII a.C.

## DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE

IX A.C (Ruiz-Gálvez 1995b: 81, fig. 15). Recurriendo a la tipología podría esperarse una datación en los siglos X-IX A.C., dada la presencia de una fíbula de codo tipo Huelva asociada a las típicas cerámicas, que representaría la última fase de esplendor de este complejo cultural. Un problema de la misma índole es el planteado por la fecha del castro de Nossa Senhora da Guia en Baiões (Kalb 1974-77: 141), cuyo valor real, calibrado (1100-410 A.C.), ofrece un intervalo cercano a los 700 años (Carballo y Fábregas 1991: 260; vid. Ruiz-Gálvez 1995b: 80). Las fechas más probables se situarían entre finales del s. X A.C. y finales del s. VIII A.C.

Para finalizar, tendríamos las dos fechas del yacimiento madrileño de La Fábrica en Getafe (Priego y Quero 1983: 303; Priego 1986: 132). Una de ellas llega a ser excesivamente baja y no exenta de problemas (820-380 A.C.), lo que ha dado pie a desconfiar de su veracidad, pudiendo deberse a una contaminación de la muestra (Fernández Martínez 1994: 55). La otra se enmarca entre mediados del s. XIII A.C. y fines del s. IX A.C., con fechas más probables entre el último cuarto del s. XII/fines del s. X A.C. y primer tercio del s. IX A.C. Los intervalos de calibración siguen siendo amplios pero Ruiz-Gálvez (1995c: 132) cree factible una cronología en torno al s. X A.C., en consonancia con las importaciones precoloniales que llegan a la Meseta y vista la localización geográfica del yacimiento, en una vía natural a través del Tajo, que justificaría la llegada de las cerámicas pintadas en estos tiempos. Y en este mismo sentido hablarían dos de las tres fechas conocidas del cerro salmantino de San Pelayo (Martinamor) - cuya industria emparenta con el mundo del Soto aunque no se trata de un asentamiento estable - asociado a cerámicas pintadas monocromas (Benet 1990: 85). Los tramos más fiables podrían llevarse como muy tarde a la segunda mitad del siglo IX A.C. (Ruiz-Gálvez 1995b: 81), datación alta respecto a la considerada tradicionalmente para estas cerámicas.

En resumen, y al margen de posibles pervivencias locales, el final de Cogotas I abarcaría fundamentalmente el siglo X A.C. y parte del IX A.C. hasta conectar con las primeras ocupaciones del grupo Soto en el Bronce Final, cronología que concuerda grosso modo con las propuestas de periodización formuladas por diversos investigadores, que situaban hacia el 850 a.C. la disolución del grupo meseteño (Delibes y Fernández Manzano 1983: 51; Delibes

y Fernández Miranda 1986-87: 26), llegándose no obstante hasta el 800 a.C a partir de algunas referencias asociativas (Fernández-Posse 1986: 484-485; Fernández Manzano 1986: 146; Delibes y Romero 1992: 236 y fig. 2). Con todo, quisiera llamar la atención sobre tres aspectos:

(1) las dataciones de Cogotas I corresponden a diferentes contextos geográficos de la Península Ibérica, habiéndose obtenido un número variable de fechas para cada centuria. No es fácil aislar regiones homogéneas desde un punto vista cronológico y valorar cuándo acaeció el final de Cogotas I en cada sector, dado que, evidentemente, no debió ser un fenómeno idéntico en todas partes.

(2) La información radiocarbónica es a todas luces insuficiente. Apenas contamos con fechas calibradas para el final de Cogotas I en contextos de la Meseta, algunas con desviaciones estadísticas excesivamente amplias que repercuten en la datación del final de la Edad del Bronce y los inicios del Hierro. De la misma manera, sólo amplias series de dataciones en un mismo yacimiento permitirían abordar la sucesión estratigráfica y, en su caso, detectar anomalías en ciertos resultados. De ahí la necesidad de incrementar el número de fechas que puedan ser de alguna utilidad en esta etapa, facilitando su comparación con aquellas áreas del mediodía peninsular (Aubet 1994) que disponen de cronologías basadas en acontecimientos históricos.

(3) La incertidumbre es todavía mayor en el sector suroccidental de la Meseta. Sorprendentemente no tenemos dataciones absolutas de los yacimientos más emblemáticos - Sanchorreja, El Berrueco, Carpio Bernardo - allí donde las secuencias estratigráficas resultan discutibles y los episodios más evolucionados de Cogotas I parecen rebasar los límites tradicionales establecidos por el radiocarbono (Delibes y Fernández Miranda 1986-87: 26-28; Delibes y Romero 1992: 236-237). De alguna manera, las fechaciones calibradas de algunos establecimientos Soto del Bronce Final y de transición Bronce/Hierro, caso de San Pelayo en Martinamor o la Mota en Medina del Campo (Ruiz-Gálvez 1995b: 81-82, fig. 15), proporcionarían una data ante quem a mediados del s. IX A.C. o bien en el transcurso del s. VIII A.C.

-----El ocaso de Cogotas I y la cronología de los primeros asentamientos de la



## DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE

Edad del Hierro, guardan estrechos vínculos con cuestiones más amplias en la Prehistoria reciente de la Meseta. Determinadas asociaciones cerámicas y metálicas o la propia caracterización del poblamiento, podrían atenuar algunas aparentes incoherencias entre los datos estratigráficos y los radiocarbónicos. De ahí nuestro recurso a otros puntos de debate.

**1.3. Referencias estratigráficas y asociaciones cronológicamente significativas.** Si valoramos la dispersión de elementos de Cogotas I, lo primero que llama la atención es la elevada presencia de documentos aparentemente conflictivos sobre la transición Bronce-Hierro. La relación de estos en el sector suroccidental de la Meseta es la siguiente:

(a) *Los Castillejos de Sanchorreja*. Maluquer (1958a: 37 ss., 64) defendía para el yacimiento la contemporaneidad de las cerámicas de excisión y boquique con las pintadas bícromas en rojo y amarillo que databa en el siglo VII a.C, además de las fibulas de doble resorte más antiguas aparecidas en el nivel inferior. Llamaba el autor la atención respecto a una cierta continuidad de perfiles, pastas y cocción entre las cerámicas de los estratos diferenciados en origen, por distintas que fueran las especies y decoraciones halladas (1958: 54). Las recientes excavaciones de González-Tablas (1986-87: 50 ss. y 1990) han permitido precisar el desarrollo de la ocupación. El nivel inferior (VI) entraría dentro de los conjuntos clásicos de Cogotas I<sup>21</sup>, quedando circunscrito a la parte alta del primer recinto. La presencia de estas mismas cerámicas en el nivel siguiente (V) junto a especies pintadas monocromas en rojo<sup>22</sup>, cerámica con decoración de bolas de cobre incrustadas - con paralelos en el mediodía peninsular - y el hallazgo de dos pequeñas hojas de cuchillo de hierro en la vivienda Sa-18, podría considerarse un nexo de unión entre Cogotas I y la transición a la Edad del Hierro en el siglo VIII a.C.. Sin embargo, tampoco es descartable que este nivel apoye una fecha entrada en el siglo IX a.C., teniendo en cuenta la cronología de las pintadas de San Pelayo

---

<sup>21</sup> Se ha señalado la posibilidad de que los materiales del nivel de fundación correspondan a una etapa más antigua y, por tanto, no estrictamente de Cogotas I (González-Tablas 1989: 118 y 1991: 30).

<sup>22</sup> Se mantienen ciertas reservas respecto a si las pintadas del nivel V son cerámicas de estilo Carambolo (González-Tablas 1986-87: 57; Delibes 1995a: 84-85). En todo caso deben interpretarse como una adaptación a las modas cerámicas dominantes, que apuntan al foco tartésico y que hay que suponer introducidas junto a otros elementos culturales conexos.

y asumiendo un origen precolonial para estos primeros hierros. En el nivel inmediatamente superior (IV), ausentes las cerámicas del Bronce, avanzan las bícromas y se desarrolla la técnica a peine.

Que los hierros citados reposaran en la parte alta del nivel del Bronce Final y que uno de los fragmentos de cerámica bícroma apareciese en la base del nivel del Hierro I, en la misma vivienda, abundaría en la relación sin solución de continuidad del Bronce al Hierro. En cierto modo y pese a su ambigüedad estratigráfica, la lectura tradicional de Maluquer a propósito de la coexistencia de excisión y boquique con los cuencos bícromos no iría muy descaminada. También las cerámicas pintadas se documentan indistintamente en contextos de Soto I y II, por tanto hundiendo sus raíces en el Bronce Final. Incluso, desde un punto de vista estratigráfico no parece existir un corte significativo entre el nivel más moderno de Cogotas I y este último (González-Tablas 1986-87: 52 y 1990: 59). En los sectores excavados fuera de las viviendas el estrato resulta homogéneo, por lo que la división sólo sigue en ese caso criterios tipológicos. De todas maneras, en las recientes monografías y trabajos publicados sobre el yacimiento abulense hay que reconocer que no queda bien explicitado el desarrollo de la ocupación.

*(b) Cerro de El Berrueco (Ávila-Salamanca).* La asociación de cerámicas del Bronce Final con materiales del Hierro (Maluquer 1958b) en la parte alta del cerro o "Cancho Enamorado" arrojan una visión no muy diferente. Si bien algunos elementos parecen indicar un estadio relativamente antiguo del Bronce Final para la ocupación de este sector, como la fíbula de arco de violín publicada por Delibes (1983a) o el puñal de posible tipología antigua hallado por Maluquer en la choza Be6 (Maluquer 1958b: 69-70), la mayoría apuntan hacia una época más reciente como constata la fíbula de codo de tipo Huelva (Fernández Manzano 1986: 130; Fabián 1986-87: 278).

En la base del estrato más profundo de la choza Be2 apareció un depósito constituido por dos brazaletes de bronce, dos navajas de afeitar de hierro así como dos escoplos, un punzón y una anilla también de hierro (Maluquer 1958b: 48, fig. 8; Almagro-Gorbea 1993a: 86-87). Acompañaban al conjunto cerámicas de boquique, como también lo eran los materiales del nivel superior. Maluquer especifica que existen tres niveles en esta vivienda, quedando el intermedio estéril.

## DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE

Otros datos también sugieren un estadio avanzado en la evolución de Cogotas I, como la presencia de estampaciones circulares tipo Roquízal en algún vaso del yacimiento (Martín Valls y Delibes 1976a: 14-15) o los dos asadores de bronce de raigambre mediterránea fechados entre el 800 y el 700 a.C.. Uno de ellos fue hallado entre las estructuras Be1 y Be6, asociado a cerámicas excisas, boquique y una aguja de cabeza enrollada de hierro, ésta con unos paralelos que sugieren una fecha de transición a la Edad del Hierro (Fernández Manzano 1986: 127-128). El planteamiento, en consecuencia, implicaría que la excisión y el boquique prolongaron su existencia por lo menos hasta la octava centuria a.C.. No obstante, Almagro-Gorbea (1993a: 86 ss.) ha relacionado las navajas de afeitar del Berrueco con paralelos atlánticos e itálicos, considerándolas una adaptación a partir de los prototipos de bronce, por lo que defiende una cronología anterior al 800 a.C., asociada a la fase precolonial de introducción del hierro en las regiones atlánticas y occidentales. Con este marco coincidirían también las asociaciones citadas de Sanchorreja, pero es igualmente cierto que no se puede precisar nada más, tanto por falta de dataciones radiocarbónicas como por secuencias estratigráficas fiables.

*(c) Castillo de Carpio Bernardo (Villagonzalo de Tormes).* Se ha sugerido la continuidad de Cogotas I hasta el s. VIII a.C. (Delibes y Fernández Miranda 1986-87: 27) o ya traspasada la fecha del 700 a. C. (Delibes 1995a: 85). En esta ocasión, las cerámicas excisas en sus formas y motivos - vasos bicónicos y decoraciones metopadas y con incrustación de pasta roja - se han emparentado con los típicos recipientes de El Redal vinculados a los Campos de Urnas, por lo que los vasos excisos del yacimiento riojano fueron sincrónicos de una fase final de Cogotas I en el occidente de la Meseta<sup>23</sup>.

*(d) Ledesma.* El nivel más antiguo de la población está casi arrasado por las ocupaciones posteriores, pero la relación entre las cerámicas excisas y de boquique y la transición a la Edad del Hierro puede sospecharse razonablemente. En el nivel superior de la primera fase de ocupación, ya de contacto con los estratos del Hierro que se datan a partir de inicios del s. VII a.C., se constatan materiales de Cogotas I junto a fragmentos de cerámica pintada e incluso algún elemento de hierro. Puede ser una contaminación del nivel (Benet *et alii* 1991:

---

<sup>23</sup> Incluso apuntan los mismos autores a la posibilidad de relacionar la génesis de las excisas de Alava y La Rioja con la tradición de Cogotas I (Delibes y Fernández-Miranda 1986-87: 27).

119), pero dada la presumible persistencia de Cogotas I en el sector abulense-salmantino, resulta lícito plantear la ocupación del yacimiento en algún momento impreciso entre el 800 y el 700 a.C. si no anterior.

Resulta también común a las cerámicas Cogotas I de Sanchorreja, Carpio Bernardo, El Berrueco o ciertos areneros de Madrid, como Arenero de Soto y "La Fábrica", el uso de incrustaciones de pasta roja para destacar los motivos de los vasos, rasgo que se ha relacionado con las cerámicas de incrustación en rojo y blanco de tipo Crevillente - para las que se ha defendido una cronología en torno al 700 a.C. (González Prats 1979) - aunque su origen pudo ser más antiguo que el tradicionalmente postulado para estas últimas (Delibes y Fernández-Miranda (1986-87: 28). Desarrollan motivos geométricos y se hallan próximas aunque no idénticas a las producciones de tipo Carambolo del Bronce Final (Ruiz Mata 1984-85), que sí se documentan en la cueva del Boquique y Medellín (Almagro-Gorbea 1977: 124-125, 451). Pero las cerámicas pintadas más antiguas han podido ser introducidas en la Meseta desde el SO., a través de la Vía de la Plata y en fechas todavía de finales de la Edad del Bronce, de acuerdo por ejemplo con las dataciones calibradas de la mitad del s. IX A.C. en el yacimiento salmantino de Martinamor (Ruiz-Gálvez 1995b: 81-83), que deparó la presencia de cerámica pintada en rojo de clara raigambre tartésica (Benet 1990: 89-90).

A tenor de lo dicho, parece lícito pensar que la conexión meridional influyó de forma muy considerable en la gestación de la nueva etapa y en la recesión de la Cultura de Cogotas I a partir del cambio de milenio. En esa dirección apuntarían, desde los siglos X-IX a.C., las fíbulas de codo tipo Ría de Huelva, como las de El Berrueco o San Román de la Hornija (Maluquer 1958b: 86-87; Delibes 1978), las cerámicas pintadas monócromas, la cerámica con incrustaciones de bronce de Sanchorreja - con paralelos en Andalucía y Extremadura (Cerro de la Encina, Setefilla, Medellín) en contextos de la segunda mitad del s. IX/s. VIII a.C.<sup>24</sup> - y los primeros hierros anteriores o inmediatos a la colonización fenicia (Almagro-Gorbea 1993a: 89; Ruiz-Gálvez 1995c: 137-138). A este contexto también correspondería el hacha salmantina de apéndices laterales de Fuenteliante, con vínculos en el Mediterráneo, cuya vigencia llevaría a datarla con cierta imprecisión en un Bronce

---

<sup>24</sup> El primero aparece asociado a cerámica pintada bicroma, con anterioridad al 700 a.C. (Arribas ~~et al.~~ 1974: 88 y 141, Figs. 66-68) y los dos restantes a retícula bruñida (Aubert 1975: 139; Almagro-Gorbea 1977: 104).

## DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE

Final II-III (Fernández Manzano 1986: 71-78). Entre el 800 y el 700 a.C. se datan los asadores de bronce del Berrueco y en estas mismas fechas la expansión de las cerámicas bícromas confirman el éxito de las redes de intercambio entre las comunidades indígenas y el mundo colonial. Llegado el momento, estos grupos de tradición del Bronce Final conocerán la tecnología del hierro a través de nuevas llegadas desde el sur, portadoras a su vez de colgantes, broches de cinturón, las primeras fíbulas de doble resorte, recipientes rituales y otros elementos exóticos de ámbito orientalizante.

Por criterios radiocarbónicos, las dataciones finales para yacimientos con cerámicas de boquique y excisión parecen situarse en fechas centrales del siglo X y mediados del IX A.C. Pero, de admitir la veracidad de las asociaciones arriba propuestas, habría que pensar fundamentalmente en los siglos IX y parte del VIII a.C. para la disolución de Cogotas I en el sector abulense-salmantino, coexistiendo con los primeros poblados de tipo Soto todavía en el Bronce Final, e igualmente habría que considerar la aparición de los primeros elementos de hierro en la región por lo menos desde esas fechas, dato que a su vez justificaría su presencia con anterioridad al 650 a.C. en los niveles inferiores de Soto de Medinilla (Romero y Jimeno 1993: 196).

Una escueta panorámica sobre estas asociaciones del Bronce Final/Hierro I en los sectores central y oriental de la Meseta nos llevaría a similares conclusiones.

Como en Sanchorreja, la asociación entre el material de Cogotas I y las cerámicas pintadas se repite de modo análogo en Arenero de Soto (Getafe) (Martínez Navarrete y Méndez Madariaga 1983: 223, 235, 245), aunque el valor cuantitativo resulta insignificante. Las actuaciones arqueológicas del yacimiento de "La Fábrica", en el mismo término, depararon un interesante conjunto de piezas con decoraciones de boquique, impresas y excisas en gran variedad de temas. Presentan formas troncocónicas, algunas fuertemente carenadas y otras de perfil más suave o elipsoidal. De entre los hallazgos destaca una vasija de forma sinuosa, con incrustación en rojo, pero con una profusa decoración de la técnica boquique y también puntillado (Priego y Quero 1983: 301-302; Priego 1984: 194 ss.). La forma y decoración corresponden a una fase muy avanzada del horizonte Cogotas

I, aunque la primera fecha C-14 (I/12863) obtenida en uno de los fondos es aberrante.

En sentido análogo apuntarían las cerámicas pintadas, grafitadas y también incisas de tradición Cogotas I localizadas en el nivel más bajo de la secuencia estratigráfica de La Mota en Medina del Campo (Seco y Treceño 1993: 139, 155-156, fig. 3). Las grafitadas corresponden además a un vaso troncocónico de borde vertical, que se ha relacionado formalmente con los típicos cuencos troncocónicos con motivos excisos e incisos de Cogotas I. Se conocen cinco dataciones para varias fases de ocupación del yacimiento durante el Hierro I, aunque los intervalos de calibración son muy variables. Tres de ellas (GrN-11307, GrN-11308 y GrN-18907), las más antiguas y correspondientes a la fundación del poblado, se sitúan entre finales del s. IX A.C. y finales del s. V A.C., con los tramos de calibración más fiables en la primera mitad del s. VIII A.C. y en el s. VII A.C (Ruiz-Gálvez 1995b: 82). Desde este punto de vista, las cerámicas del Bronce Final podrían entenderse como una perduración en un contexto impreciso del siglo VII a.C., o, mejor, asumir una ocupación de tradición Cogotas I anterior, por lo menos desde la octava centuria. No obstante, la escasez de los materiales además de otros problemas asociativos, como el que se infiere del hallazgo en el mismo nivel de las primeras cerámicas con decoración a peine o bien la presencia de un fragmento de boquique en un nivel superior, a todas luces intrusivo, imponen comprobaciones más rotundas en el yacimiento soteño.

En el yacimiento madrileño de El Negralejo se documentaron cerámicas acanaladas asociadas a cerámicas de Cogotas I en algunos de los fondos excavados (Blasco 1983: 123). Del cerro del Ecce Homo proceden asimismo algunos fragmentos de similar decoración que hacen verosímil tal posibilidad (Almagro-Gorbea y Fernández-Galiano 1980: 104). La reciente excavación de una interesante cabaña fechable hacia los siglos VII-VI a.C., deparó un relleno homogéneo con cerámicas grafitadas y, en menor medida, pintadas, acanaladas y de boquique así como el fragmento de una fíbula de doble resorte (Almagro-Gorbea y Dávila 1989: 32). Recientemente se ha vuelto a insistir en la pervivencia de los tipos y técnicas del Bronce Final en la fase Pico Buitre del yacimiento (800-650 a.C), aunque en franco descenso (Almagro-Gorbea *et alii* 1994: 19). También en la Muela de Alarilla (Guadalajara) las cerámicas grafitadas, vinculadas a los

## DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE

Campos de Urnas Tardíos, conviven con boquique y excisión (Méndez Madariaga y Velasco 1984: 12).

Los poblados de Pico Buitre en Espinosa de Henares (Guadalajara) (Valiente Malla 1984) y El Testero en Numancia de la Sagra (Toledo) (Ruiz Zapatero y Lorrio 1988: 259), ofrecen en ambos casos dos tradiciones culturales, una que corresponde con un momento final de Cogotas I - fuentes carenadas, líneas cosidas, incisas, excisas y también boquique para el segundo de los citados - y otra con elementos de los C.U. - cuencos troncocónicos con pezones perforados, pintadas, grafitadas e incisas -. Podría pensarse en una cronología fundamentalmente de los siglos VIII y VII a.C.<sup>25</sup>.

Los hallazgos del supuesto enterramiento conquense de Reíllo (Maderuelo y Pastor 1981), que habría que llevar a la primera mitad del s. VII a.C. - entre otros, un vasito bicónico con técnica de boquique y motivo típico de los C.U., dos vasos con decoraciones incisas a caballo entre ambas tradiciones y una taza carenada cuyo perfil se vincula a Cogotas I - y del riojano de San Martín de Alfaro (Hernández Vera 1983) - con cerámicas excisas de tipo Redal y otras con decoración boquique en un mismo nivel que se puede fechar en la octava centuria - prueban claramente que el contacto entre la tradición cerámica final de Cogotas I y los C.U. del Valle del Ebro a lo largo de los siglos VIII y VII a.C. fue una realidad (Ruiz Zapatero 1984: 180-181; Ruiz Zapatero y Lorrio 1988: 258-261).

Otras evidencias de contacto entre la tradición del Bronce Final y los nuevos elementos las proporcionan Jimeno y Fernández Moreno (1985) en el yacimiento soriano de los Quintanares de Escobosa (Calatañazor), de donde proceden cerámicas datadas en la octava centuria con motivos decorativos Cogotas I y a su vez formas relacionadas con los C.U. del Ebro Medio. En Castilviejo de Yuba, en

---

<sup>25</sup> Las fechas propuestas por Valiente Maya (1984: 38) para el inicio de Pico Buitre, en torno al 1000-950 a.C., han sido consideradas excesivamente elevadas (Ruiz Zapatero y Lorrio 1988: 258). Dos dataciones radiocarbónicas procedentes de las recientes excavaciones vuelven a situar el yacimiento en torno al siglo X a.C. (Crespo y Cuadrado 1990: 77) lo que no encaja bien con los contextos que se conocen para las cerámicas pintadas y grafitadas, al menos si se las hace depender de los C.U. del Valle del Ebro, en torno al s. VIII a.C. (Ruiz Zapatero 1985: 765). Este mismo hecho advierte Barroso (1993: 36) a partir de los paralelos materiales conocidos, no habiendo elementos que obliguen a llevar la facies Pico Buitre, o de los Poblados de Ribera, más allá del 800 a.C., mostrando un trasfondo común de la cultura del Ebro y Cogotas I, y su relativa contemporaneidad con los yacimientos de tipo Riosalido. García Huerta (1990: 743 ss.), considera incluso demasiado alta una datación en la octava centuria a.C. para las grafitadas de los yacimientos de Guadalajara, y en términos análogos se refiere Romero (1991a: 292-294) en relación a las aparecidas en los castros sorianos.

la misma provincia, se documentan las típicas excisas y de boquique además de materiales de los Campos de Urnas Recientes, lo que ha llevado a Ruiz Zapatero (1984: 180, fig. 1) a plantear un contacto cultural entre ambas tradiciones. En el área levantina también se conocen varios yacimientos con cerámicas Cogotas I que podrían demostrar la coetaneidad de los momentos finales de este horizonte y la primeras penetraciones de los C.U., aunque se carece de contextos estratigráficos (Ruiz Zapatero y Lorrio 1988: 258). Por último, en la Serranía turolense, hallazgos como la Muela de Galve, la Tajada de Bezas, Almohaja o Cabezo de la Cisterna muestran nuevamente la mezcla de influencias de C.U. con las tradiciones de excisa y boquique en la transición al Hierro I, además de aparecer otros elementos nuevos como la cerámica pintada (Ruiz Zapatero 1982; Burillo 1992: 210). Muchos de los materiales proceden de prospecciones y no existe razón a priori para suponer una relación entre las cerámicas de los C.U. del Hierro y la de Cogotas I, pero está claro que la homogeneidad cronológica y cultural de las primeras y la excepcionalidad de las segundas, podrían dar por válida esa asociación. Y si, en algún caso, no existió un contacto en el tiempo, el hiatus entre uno y otro horizonte debió ser muy breve (Ruiz Zapatero 1982: 83).

Las analogías que muestran las cerámicas en sus formas, motivos y sintaxis decorativas con las de Campos de Urnas, permiten valorar las relaciones culturales entre el valle del Ebro y el oriente de la Meseta en la transición Bronce/Hierro y apreciar, por tanto, la relación cronológica sugerida por Delibes y Fernández-Miranda (1986-87: 27) entre los últimos compases de Cogotas I y el horizonte Redal. Lo cual permitiría, por otro lado, abordar el "hiatus" entre la mitad del s. IX a.C. y finales del s. VIII a.C. para el sector oriental de la submeseta norte, mucho más desdibujado desde el punto de vista de la cultura material (Romero 1984: 60-61; Jimeno 1984b: 42-43; Romero y Ruiz Zapatero 1992: 107-108; Romero y Misiego 1995: 67-69).

Resumiendo, el contexto arqueológico que ofrece la Meseta entre el 850-700 a.C. es diversificado: (1) yacimientos del Bronce Final, (2) yacimientos del Hierro de nueva planta, (3) yacimientos del Hierro con elementos de tradición



## DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE

Cogotas I y (4) materiales de Cogotas I en contextos retardatarios<sup>26</sup>. No obstante, conviene insistir en el hecho de que en el siglo VIII a.C. las cerámicas Cogotas I están emparentadas, en sus formas y decoraciones, con tradiciones culturales distintas. El alcance de estas conexiones aún no está bien explicitado, pero parece más conveniente interpretar algunos hallazgos como el resultado de pervivencias técnicas; lo que no implica una perduración de Cogotas I como cultura hasta estos momentos<sup>27</sup>.

Hasta ahora venimos abordando el problema de las asociaciones de los materiales, que refuerzan un contexto relativamente flexible para el Bronce Final en algunos sectores de la Meseta y una evolución sin solución de continuidad hasta la Edad del Hierro. ¿Ocurre otro tanto desde el punto de vista del poblamiento ?

### 2. Panorámica general sobre el hábitat en el suroeste de la Meseta.

#### 2.1. Los yacimientos de Cogotas I. ¿Continuidad o discontinuidad ?.

Aproximadamente hay localizados noventa sitios o áreas de actividad de la fase Cogotas I en nuestro sector, entre poblados conocidos y objetos aislados (Fig.\*). La adscripción cultural y cronológica de algunos hábitats no puede precisarse más, debido al escaso y apenas significativo número de restos documentados. La mayoría se distribuye en los valles del Tormes y Ambles (Santonja 1991: 24; Delibes 1995a: 66), si exceptuamos los hallados en la comarca de Béjar y Gredos. Cerca del Duero estaría el grupo de yacimientos concentrado en el término

---

<sup>26</sup> La datación de Bizcar en el País Vasco, de la primera mitad del siglo VII a.C. en cronología no calibrada (Llanos 1983: 102 y 1992: 435, fig. 10), es excesivamente baja y problemática aunque podría hacerse coincidir con la fecha obtenida por cronología cruzada para los vasos con boquique de Reillo (Delibes y Fernández-Miranda 1986-87: 24).

<sup>27</sup> En tal sentido, resultan muy interesantes las apreciaciones de Esparza (1990b: 109 y 111) a propósito de los materiales de tipo soto recogidos en el castro zamorano de San Pedro de la Viña (Martín Valls 1973b: 409-410). Apareció un fragmento decorado mediante triángulos rellenos de incisiones paralelas en uno de los lados, como corresponde a esta facies, pero con un zig-zag inciso en la cara interior, a la manera de Cogotas I. Esparza valora el fragmento como un fenómeno de simbiosis análogo al de Reillo, por lo que debe entenderse como una perduración. Idéntica interpretación sugiere el citado investigador para los fragmentos con decoración de boquique aparecidos en la necrópolis de Alpanseque (Cabré y Morán 1977: 114), cuyos materiales no irían más allá de la sexta centuria (Romero 1984: 70). De la necrópolis de El Atance (Guadalajara), en el Alto Henares, proceden también algunos materiales dispersos que se han relacionado con el complejo Cogotas I, pudiéndose plantear una situación análoga (Valiente Malla 1984: 35; Barroso 1993: 21); entre éstos, un fragmento decorado con una banda quebrada sobre campo de puntillado, otro exciso y un tercero con improntas cuadradas (Paz Escribano 1980: fig. 5, nº. 8, 10 y 13).

zamorano de Casaseca-Las Chanas (Martín Valls y Delibes 1975b: 453-455, 1976a: fig. 1 y 1978b: 326-328), en todo caso limítrofe a nuestra zona. A partir de la línea del Tiétar/Tajo y hacia el sur abundan los hallazgos metálicos del Bronce Final pero se enrarecen significativamente las cerámicas del complejo Cogotas I<sup>28</sup>, a favor de las bruñidas y pintadas tipo Carambolo, en lo que sin duda sería el límite suroccidental de la zona nuclear de este complejo, ceñido sobre todo al Sistema Central. En general, habría que señalar como las áreas más densamente pobladas no difieren sustancialmente de las conocidas para los yacimientos de la Edad del Hierro - a excepción del occidente salmantino<sup>29</sup> - lo cual, aunque refleja la intensidad de los trabajos realizados en la zona, dibuja también una tendencia real que a partir de este momento se convertirá en una constante del poblamiento protohistórico.

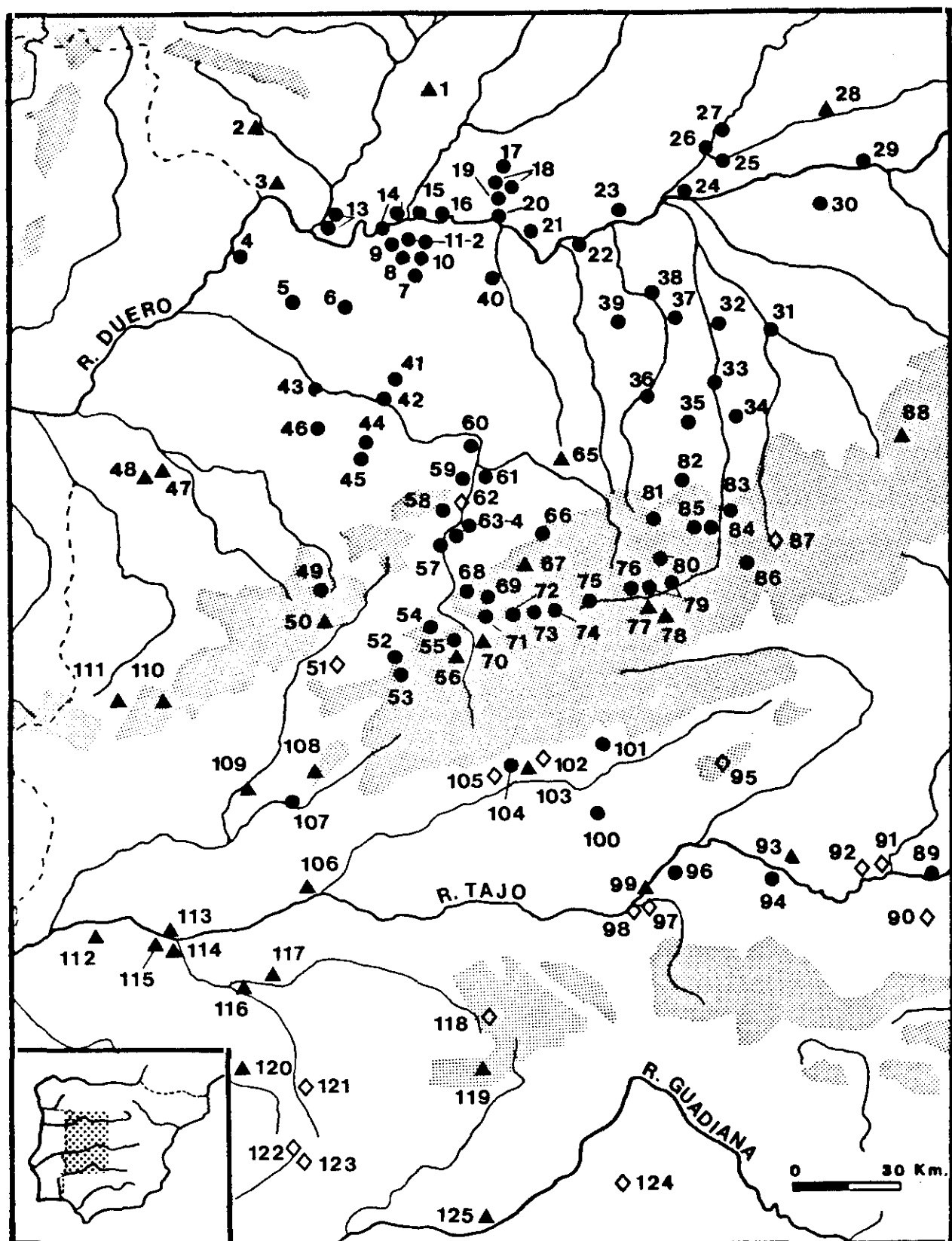
En la secuencia tradicional establecida para el occidente de la Meseta, la cultura Soto de Medinilla vendría a marcar el comienzo de la primera Edad del Hierro. Hasta muy recientemente no parecía existir contacto alguno, espacial y estratigráfico, entre los yacimientos de Cogotas I y la nueva etapa, argumento que justificaba las interpretaciones rupturistas sobre el particular a la vez que se insistía en la distancia temporal entre ambos complejos. La sensación de discontinuidad venía asimismo avalada al tratarse de dos contextos social y económicamente diferenciados. Y este contraste era todavía mayor hace algunos años, cuando la mayor parte de los yacimientos Cogotas I conocidos se adscribían únicamente a los rebordes montañosos y en posiciones marcadamente defensivas, frente a los agricultores de la campiña.

Sin embargo, algunos datos no encajan bien con este planteamiento y contradicen esa aparente dicotomía entre el Bronce Final y la primera Edad del Hierro.

---

<sup>28</sup> Sería el caso de las procedentes de El Conejar (Cáceres), el cerro del castillo de Alange y la Alcazaba de Badajoz (Celestino *et alii* 1992: 312). Cerámicas también emparentadas con el grupo Cogotas I se han localizado recientemente en el cerro de la Barca (Herrera del Duque) y Azagala (Alburquerque) (Pavón 1995: nota 4). No obstante la personalidad de algunos conjuntos extremeños, como el de Alange o Valcorchero, queda matizada por las decoraciones incisas de los poblados del centro de Portugal, en particular el Alentejo (Enríquez 1990: 68-69).

<sup>29</sup> Las escasas referencias del Bronce Final y también del Hierro I podrían relacionarse con la falta de excavaciones extensas en los castros del NO de la provincia (Santonja 1991: 26), situación que también podemos hacer extensiva para los rebordes montañosos del este de Cáceres.



● COGOTAS I    ▲ OBJETOS METALICOS    ◇ INDETERMINADO    [shaded box] Más de 1000 m.

Fig. 5. Grupos del Bronce Pleno-Final en el oeste de la Meseta.

En Avila y Salamanca contamos en primer lugar con los testimonios ya citados de Sanchorreja, el Berrueco/Las Paredejas y Ledesma, donde la asociación de elementos de tradición Cogotas I conecta directa o indirectamente con los niveles de la primera Edad del Hierro (González-Tablas 1986-87; Fabián 1986-87; Benet *et alii* 1991). Junto a estas referencias tenemos otros yacimientos en la zona donde si se da, cuando menos, una coincidencia espacial.

Ningún sector concreto del castro de El Raso de Candeleda puede adscribirse de momento al Bronce Final y a la primera Edad del Hierro, pero a dichas etapas corresponden indiscutiblemente algunos hallazgos metálicos hallados en superficie y en el interior del recinto amurallado: una punta de lanza tipo ría de Huelva y otra de flecha de tipo palmela muy evolucionada aunque menos elocuente desde el punto de vista cronológico, colgantes amorcillados de diferente tipología pero antiguos en su mayoría, un broche de cinturón de un garfio, cuentas de vidrio policromo o la conocida figurita de bronce etrusca (Fernández Gómez 1986: 479-480 y 1995: 152-153, 188-189; Fernández Gómez y López Fernández 1990: 96-98 ). Se conocen otras ocupaciones del Bronce Pleno/Final (Castillejo de Chilla<sup>30</sup>, Prado de la Carrera) y del Hierro (El Castañar) muy próximas al Raso, aunque los materiales son de escasa significación (Fernández Gómez 1995: 152-153; Fernández Gómez y López Fernández 1990: 96). En cualquier caso, hay pruebas de que existieron en el Raso y en sus inmediaciones uno o varios núcleos de población a finales de la Edad del Bronce y de la primera Edad del Hierro, quizás no estables en un solo lugar, pero sí permanentes en la zona<sup>31</sup>.

Otros yacimientos de esta época conocidos revisten menor relevancia o inferior extensión, siendo digno de anotar como en Las Zorreras, cerca de Muñana y sobre la ladera más inmediata al valle de la sierra de Avila, los sondeos practicados revelaron restos metálicos y cerámicos asignables al Bronce Final así

---

<sup>30</sup> Existen por otro lado algunas referencias de hallazgos de la Edad del Hierro en el yacimiento, según los informes de la Carta Arqueológica de la Provincia de Avila. Se menciona por ejemplo la existencia de algunos cimientos de viviendas. También hay noticias del hallazgo de un verraco al pie del yacimiento (com. personal de F. Fabián y L.C. San Miguel).

<sup>31</sup> En el cerro de San Vicente, solar originario de la ciudad de Salamanca y donde el grueso de los materiales recogidos arranca de la primera Edad del Hierro, Maluquer llamaba la atención sobre dos vasos orlados con tetones presumiblemente pertenecientes a la Edad del Bronce (Maluquer 1951: 66), pero que quizá deba encuadrarse en la facies Soto de Medinilla (Martín Valls *et alii* 1991: 149). En todo caso, en los alrededores de Salamanca se constatan emplazamientos con vestigios de la Edad del Bronce.

## DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE

como algunas vasijas encuadrables en la facies Soto (Fabián 1993: 288). Una situación análoga podría darse en los salmantinos de El Torrejón (Alba de Tormes) y El Castañar (Colmenar de Montemayor) aunque las referencias son más imprecisas<sup>32</sup>.

Ya en Cáceres, en el confín NE de la provincia, hay que citar los hallazgos e intervenciones puntuales realizados en La Cañada de Pajares (Villanueva de la Vera). En una amplia extensión de terreno se encuentran restos que han sido datados desde el Bronce Final a la plena Edad del Hierro (González Cordero *et alii* 1993). Estos hallazgos podrían entenderse como argumentos a favor del contacto entre Cogotas I y una primera Edad del Hierro con fuertes connotaciones orientalizantes<sup>33</sup>. En todo caso, la imprecisión en la descripción de algunos materiales - desconocemos las características de las cerámicas del Bronce Final a las que aluden sus autores - y las propias condiciones de obtención, impiden afirmaciones más rotundas. Análoga observación podría postularse para El Cardenillo (Madrigal de la Vera), sito sobre una pequeña planicie en la margen cacereña de la garganta de Alardos y a poca distancia del anterior (González Cordero *et alii* 1990: 131). En esta ocasión se documentaron dos niveles, separados por una capa estéril. Sin más precisión, se refieren sus descubridores al hallazgo de cerámicas "tipo boquique" en el estrato inferior y materiales encuadrables en la Edad del Hierro en el superior.

En Toledo, las ocupaciones de El Carpio (Belvís de la Jara) y Arroyo Manzanas (Las Herencias) abarcan una amplia secuencia y constituyen desde este punto de vista los hallazgos más elocuentes a la altura del Tajo (Fernández Miranda y Pereira 1992; Moreno 1990). El puñal de Carpio de Tajo - que enlaza bien con la metalurgia del grupo Ría de Huelva<sup>34</sup> - la estela de las Herencias, el famoso enterramiento orientalizante o las fibulas de Azután, proceden de puntos

---

<sup>32</sup> Se trata de materiales de superficie, la mayoría cerámicas lisas y otras con cordones y digitaciones. También se conservan algunas formas carenadas (Inventario Arqueológico de la Provincia de Salamanca).

<sup>33</sup> A escasos metros del sector en cuestión se localizó una necrópolis de incineración (González Cordero *et alii* 1990) bien emparentada con sus homólogas abulenses.

<sup>34</sup> Se trata de un puñal de bronce tipo "lengua de carpa" encontrado de forma casual en la orilla del Tajo. En la bibliografía ha sido citado como procedente de Carpio de Tajo o también de Ronda (Jiménez de Gregorio 1966: 179; Inventario Arqueológico de la Provincia de Toledo). Sin embargo Fernández-Miranda y Pereira (1992: 59) lo hacen proceder del término de Mesegar, en la finca denominada El Pagón.

geográficos muy próximos entre sí. El Inventario Arqueológico de Toledo revela la existencia en uno de los sectores del Carpio de materiales adscribibles entre el Bronce Final y la II Edad del Hierro, y a poco más de una decena de Km. el yacimiento de Arroyo Manzanas ha proporcionado cerámicas de boquique, excisa, retícula bruñida, pintada, peine, a torno, bronce orientalizantes y elementos de hierro<sup>35</sup>.

También en la Meseta Sur, en los hábitats más prominentes, es frecuente que los yacimientos Cogotas I hayan sido sede de poblaciones posteriores, este es el caso de La Muela de la Alarilla, Ecce Homo o el cerro de Alarcos en Ciudad Real (Blasco 1992: 286; Almagro-Gorbea *et alii* 1994), aunque en algunos casos se carece de argumentos firmes que confirmen que estos yacimientos estuvieron ocupados sin solución de continuidad.

El hallazgo de asentamientos y materiales de Cogotas I en el entorno inmediato de varios de los poblados del primer Hierro de la cuenca sedimentaria del Duero, como se comprueba en Almenara de Adaja (Balado 1987: 171 ss.), La Mota de Medina del Campo (Seco y Treceño 1993: 155-156), Medina de Rioseco (Martín Valls y Delibes 1975c: 197, fig. 2,4; San Miguel 1993: fig. 3), La Aldehuela o Zamora (Esparza 1990b: 109) y la presencia de indicios de ocupaciones poco estables en la base de la estratigrafía de algunos yacimientos tipo Soto tiende a matizar la discontinuidad espacial y económica entre los poblados de ambos grupos, a la vez que refuerzan los argumentos que señalan puntos de contacto entre ambos (Esparza 1990b: 107-111; San Miguel 1993: 31 y fig. 3). En más de una ocasión su carácter defensivo es indudable, hecho que acaso no sea mera casualidad.

La precariedad de los poblados iniciales del grupo Soto, con estructuras muy simples de hoyos de postes dispuestos en línea curva u oval y contruídos con materiales lígneos, como se comprueba en las recientes excavaciones del yacimiento epónimo (Romero 1992: 182), en el también vallisoletano de Melgar de

---

<sup>35</sup> El yacimiento abarca tres cerros de aproximada altura. Hasta ahora las excavaciones y prospecciones han sido puntuales, pero lo que se conoce de los materiales recogidos ha llevado a su autor a sugerir la hipótesis de que a cada etapa cronológica le corresponda un cerro determinado (Moreno 1990: 291). No se descarta que de este mismo lugar proceda la estela de las Herencias (Fernández-Miranda y Pereira 1992: 60). Por otro lado, a escasa distancia, se localizan dos esculturas de verracos (López Monteagudo 1989: 103).

## DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE

Abajo (Cuadrado y San Miguel 1993: 310), en el cerro de San Pelayo en Martinamor (Benet 1990: 84), en Los Cuestos de la Estación de Benavente (Celis 1993: 97 y 110-112) o en el segoviano de Cuéllar (Barrio 1993: 178-184), por citar sólo algunos ejemplos, es semejante a la tradición constructiva que se conoce de la Edad del Bronce<sup>36</sup>. Ello llevaría a considerar una relación genética entre Cogotas I y las primeras comunidades de tipo Soto (I), en torno a la novena centuria para este período formativo, que habrá que contrastar con nuevos hallazgos.

**2.2. Valoración general. Los inicios del foco castreño y el primer poblamiento estable.** Una primera impresión nos lleva a considerar que una parte de los asentamientos del Bronce Final continúa su desarrollo en la nueva etapa. Ciertamente, en unos casos los materiales proceden de hallazgos casuales, diversos en su tipología y a veces carentes del conveniente contexto arqueológico. En otros queda aún por precisar la cronología de los restos, a qué momento del Bronce Final corresponden y su proximidad temporal con respecto a la ocupación del Hierro. No obstante su valoración conjunta está fuera de toda duda y facilita algunas apreciaciones cuantitativas (Fig. \*): un 42% de los poblados del SO de la Meseta que han proporcionado materiales Cogotas I o afines vienen a coincidir con los emplazamientos de la Edad del Hierro. Casi un tercio, aproximadamente el 30%, continúa desde los comienzos de la nueva etapa. Pero los datos correspondientes a la modalidad de emplazamiento son todavía más elocuentes: al sur del Duero el 70% de los yacimientos del Bronce Final que continúan en la Edad del Hierro están emplazados en alto y en terrenos de pasto, en posición castreña y ocasionalmente amurallados. Si sólo nos ceñimos a las tierras de Avila y Salamanca los resultados son prácticamente análogos. No todos los sitios pueden considerarse equivalentes; la densidad de hallazgos que ofrecen algunos como Sanchorreja, El Berrueco, Ledesma o Arroyo Manzanas, contrasta con la

---

<sup>36</sup> Parece afianzarse cada vez más la presencia de una etapa formativa en el Bronce Final, previa a la utilización sistemática del adobe, con cabañas de postes en muchos de los yacimientos que se vienen designando de tipo soteño, análogas a las recuperadas por Palol en el Soto I-1 (Palol y Wattenberg 1974: 186-187 y figs. 62-63). Los trabajos recopilados en Romero, Sanz y Escudero (1993) sintetizan algunos de los aspectos más novedosos sobre el particular, a partir de excavaciones recientes en la cuenca media del Duero. Otra síntesis reciente sobre las estructuras de habitación del grupo Soto puede consultarse en Romero (1992). Asimismo para el valle del Ebro, en el contexto de los Campos de Urnas, se han detectado niveles anteriores en algunos poblados -como en el denominado PIIa de Cortes de Navarra (Maluquer *et alii* 1988), con un fondo de cabaña de postes -cuyas estructuras se han relacionado con el Bronce Tardío (Burillo 1992: 210).

escasez de la mayoría, lo cual no se debe exclusivamente a la pobreza de los trabajos realizados sino que traduce una realidad concreta, relativa a la intensidad, duración y jerarquía de la ocupación. Estamos, por tanto, ante una situación muy específica, dando la sensación de que la población comienza a concentrarse en unos cuantos núcleos especialmente seleccionados.

Los emplazamientos del Bronce Final muestran una cierta diversificación, generalmente en alto (60%) y en llano (30%), sólo en menor medida en cueva (10%). La primera dualidad es interesante pues no sólo se trata de cuestionar la tradicional vinculación de Cogotas I a zonas montañosas sino de ofrecer dos concepciones de poblamiento opuestas, situación que en el sector oeste peninsular y en torno al Sistema Central debió presentar una clara dicotomía (valle/montaña), dada la especial configuración del paisaje.

Desconocemos si la mayoría tuvieron defensas artificiales ciñendo los poblados, pero en todo caso la situación de los primeros, generalmente en cerros de fuertes pendientes sobre el río, varios de ellos por encima de los 200 y hasta 300 m. de altura respecto al llano, de difícil acceso y con un amplio control visual del entorno, denota una evidente intención defensiva y estratégica<sup>37</sup>. Las ocupaciones castreñas se conocen en Cogotas I a lo largo de toda su secuencia, por lo que en esta etapa fueron en algún momento coetáneas a los asentamientos en llano (Delibes 1995a: 80). Poblados en alto y en llano del Bronce Final serían realidades contemporáneas, posiblemente articuladas en un sistema jerárquico donde los emplazamientos de mayor extensión y en alto dominan testimonialmente el territorio sobre el que se dispersan las comunidades más pequeñas. El control del sector del valle donde están emplazados así como de sus vías de acceso evidencian una organización territorial incipiente y hasta cierto punto estable. La densidad de hallazgos que ofrece el valle del Henares en este momento y que se ha relacionado con la creciente importancia de esta zona para el control de la ganadería trashumante (Almagro-Gorbea *et alii* 1994: 18-ss.; 27-28); podría ser bastante ilustrativo en este sentido. El cerro del Ecce Homo aparece controlando uno de los sectores de la vega, en torno a la cual se distribuyen pequeños emplazamientos de la misma etapa que explotan el territorio (Cristóbal 1986).

---

<sup>37</sup> Por ejemplo desde la cumbre del Berrueco, con una cota máxima de 1354 metros s.n.m., es posible avistar en dirección norte un recorrido superior a los 30 Km. (Fabián 1986-87: 275).



## DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE

Defiende Almagro-Gorbea una jerarquización de asentamientos, supeditados al más grande. Así, desde la elevada posición del Ecce Homo se vigilarían las terrazas de la campiña del Henares, susceptibles de ser cultivadas (Almagro-Gorbea y Fernández-Galiano 1980: 116). Para Extremadura, y en particular para la ribera del Guadiana, también se ha defendido una cierta organización jerárquica del territorio (Enríquez 1990: 75-77), donde los poblados en alto ocuparían nuevamente el papel principal, hipótesis que en todo caso ha suscitado algunas objeciones (Galán 1993: 57-58).

El carácter nada provisional de alguno de estos asentamientos castreños desde el Bronce Final se puede empezar a vislumbrar en otros aspectos. Es bien sabido el hecho de que algunos de los poblados de la primera Edad del Hierro se rodearon de murallas de adobe o piedra, como algunos yacimientos del valle medio del Duero o los castros sorianos y zamoranos. Pero también del mismo modo merece la pena referirse a la presencia de algunos vallados y cerramientos de piedra más o menos elementales en los asentamientos de Cogotas I, significativamente en aquellos establecidos en las cumbres.

González-Tablas distingue dos momentos constructivos en la muralla de Sanchorreja. El más antiguo se correspondería con la primera fase de ocupación del castro y comienzos de la siguiente, estando formada por piedras trabadas con el mismo relleno, de más de cuatro metros de anchura, sin cara vista y sin formar hileras (González-Tablas *et alii* 1986: 120-122, lám.1, fig. 2). Descansa directamente sobre el suelo y tuvo que ser rehecha en varias ocasiones. El trazado de la muralla está completamente supeditado a las curvas de nivel y a los canchales graníticos y parece similar, al menos en parte, al seguido por el lienzo del Hierro I que hoy se conserva.

La cumbre del cerro del Berrueco presenta una muralla muy mal conservada pero cuyas características constructivas resultan prácticamente análogas a las del yacimiento abulense, levantada también sin cimientos, aunque de anchura algo menor, entre los 2 y 4 m. (Morán 1924: 5-6; Maluquer 1958b; Fernández Gómez 1995: 126 y 165). A la vista de los materiales hallados en su interior, podría llevarse a un contexto del Bronce Final o de transición Bronce/Hierro. En otros yacimientos salmantinos del Bronce Medio-Final se detecta también la existencia

de cerramientos más o menos elementales, casi siempre ocupando los cerros de mayor altitud de la zona, casos de La Corvera (Navalmoral de Béjar)<sup>38</sup>, el Tranco del Diablo (Béjar), El Castillo (Alaraz) o Gejo de Diego Gómez (La Mata de Ledesma)<sup>39</sup>. Análoga observación podría hacerse para el castro de Cabeza del Oso (Real de San Vicente, Toledo), marcadamente destacado en el paisaje de la Sierra de San Vicente, desde el cual se divisa todo el valle del Tajo por el sur y la Sierra de Gredos por el Norte<sup>40</sup>.

La existencia de murallas o cerramientos elementales para una parte de estos poblados en alto podría permitir la generalización del fenómeno. No existen argumentos decisivos en este sentido, pero el mismo hecho de su continuidad en el espacio y en el tiempo, con defensas más complejas en algunos de ellos a partir de la Edad del Hierro, podría haber influido decisivamente en el arrasamiento de estructuras anteriores y más endebles del Bronce Final, por lo que la situación reflejada en los yacimientos castreños pudiera ser incompleta. Por ejemplo, si seguimos las anotaciones de Cabré (1930: 41 ss., 104) cuando se refiere a los restos del Bronce Final hallados en el castro abulense de Las Cogotas (Cardeñosa), podemos apreciar como las cerámicas de incrustación aparecieron mayoritariamente en el interior del primer recinto amurallado del Hierro II. El hecho de que sólo en ciertas casas aparecieran estas cerámicas, su documentación también en la base de la muralla y sólo unas pocas al exterior, es consistente con la idea de unas cuantas cabañas de materiales ligeros aprovechando la protección de los roquedos de la colina que se sitúa estratégicamente entre dos corrientes de agua, el Adaja y el Rominillas<sup>41</sup>. El límite de su dispersión corresponde en parte

---

<sup>38</sup> El momento más antiguo del Alto de la Corvera data de mediados del Bronce, estando amurallado desde su origen (Benet 1993: 341). El cerro donde se ubica el yacimiento se sitúa en una posición privilegiada sobre el entorno, controlando el paso de la Vía de la Plata. Materiales de la Edad del Hierro que se localizan en la misma cumbre, en ocasiones intrusivos en los estratos anteriores, muestran la continuidad de la ocupación. Además, la muralla es también reaprovechada en esta etapa (com. personal de F.J. Fabián).

<sup>39</sup> En general, para los yacimientos salmantinos citados, véase Santonja (1991: 25) y el Inventario Arqueológico Provincial del Museo de Salamanca.

<sup>40</sup> La parte más alta del cabezo está formado por dos recintos y el poblado está ocupado desde el Bronce Medio (Barrio 1992: 303). Sin embargo, la escasa caracterización de los materiales recogidos en superficie apenas ilustran la posible continuidad del yacimiento hasta entroncar con los materiales de la segunda Edad del Hierro (Rodríguez Almeida 1955: 271).

<sup>41</sup> Cabré (1930: 41-46) insistía en su Memoria que las típicas cerámicas excisas y de boquique y el hacha plana de bronce aparecieron en los suelos de varias casas de la acrópolis mezcladas con los materiales de la segunda Edad del Hierro. Esa interpretación es insostenible por la imposible contemporaneidad de los dos tipos de materiales. En realidad lo

## DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE

al área cerrada por la muralla y se ajusta a un emplazamiento muy bien definido topográficamente, por lo que no hay que descartar que, con anterioridad al recinto hoy conocido, se erigiera en el mismo lugar y durante la Edad del Bronce una estructura más endeble pero de función análoga<sup>42</sup>. En todo caso, si no todos los asentamientos de Cogotas I ostentan cercados o vallados de piedra, los que lo hicieron fue en virtud de su especial posición estratégica sobre el territorio, controlando de hecho las vías naturales de comunicación<sup>43</sup>.

Esta incipiente estabilidad también se delata en algunas viviendas. Sorprende el contraste entre las cabañas redondas de adobe del grupo Soto y las chozas de entramado vegetal, apoyadas sobre postes y de planta semiovalada o subtriangular en el mejor de los casos de la Edad del Bronce (Jimeno y Fernández Moreno 1991: 17-20; Martín Benito y Jiménez 1991). Sin embargo, también se conocen estructuras más complejas de Cogotas I en Cancho Enamorado, en el cerro del Berrueco, a las que Maluquer se refiere por vez primera como "casas" (Maluquer 1958b: \*) o incluso en el abulense de Sanchorreja. La mayoría de las chozas de este último, de planta de tendencia rectangular y construidas con piedra y barro, aunque se levantaran en áreas ocupadas por viviendas de la primera fase pertenecen a la etapa del Hierro. Prácticamente no hay datos sobre las estructuras más antiguas pero cuando se han documentado paredes de chozas de este nivel, como la Sa 11, técnicamente no se diferenciaban de las del nivel superior (Maluquer 1958a: 92).

Recientemente Delibes (1995a: 80), tras un completo repaso de los

---

que debió suceder, a juzgar por las técnicas de excavación de la época, es que en la excavación de las casas rectangulares de la segunda Edad del Hierro se rompieron los suelos de éstas y se localizaron - sin reconocerlos - algunos fondos de cabaña sin obra aparente (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchis 1995: 214).

<sup>42</sup> Tal vez en el castro zamorano de Manzanal de Abajo nos encontremos ante un problema análogo, cual es la interpretación de los agujeros de poste y otros hallazgos muy próximos a la muralla. De seguir a Esparza (1990b: 103) dichos vestigios podrían representar una ocupación anterior a la estructura pétreo, aunque tampoco descarta posibles construcciones de madera anejas a dicha defensa.

<sup>43</sup> También otros sectores de la Meseta ofrecen emplazamientos en lugares estratégicos en alto y con buena visibilidad. Un caso paradigmático lo constituye el castro de La Plaza, en Cogeces del Monte (Valladolid) y a la altura del Duero. Resultan evidentes las posibilidades defensivas en casi todo su perímetro, habiéndose documentado una muralla o talud de piedras, o mejor la huella de un antiguo muro expoliado, y una puerta simple de acceso (Delibes y Fernández Manzano 1981: 52-60). Fue habitado en los últimos compases del Bronce Medio o inicios del Final, y no hay datos que acrediten una ocupación en el Hierro. En todo caso, la relativa magnitud de la muralla y el espacio que encierra no es la propia de un pequeño hábitat estacional, lo que abunda en la posibilidad de una ocupación relativamente estable durante el Bronce.

yacimientos y la cultura material de la Edad del Bronce en Avila, enriquece esta problemática al sugerir que los asentamientos en posición castreña fuesen los núcleos más estables del territorio, mientras los más pequeños y situados en el llano responderían a ocupaciones estacionales, condicionadas por el calendario de cultivos.

Si ponemos en práctica estos planteamientos para todo el sector que nos ocupa, podríamos hallarnos ante una jerarquía incipiente del territorio donde los más grandes sirven de punto de referencia visual y simbólica de un amplio espacio. La explotación agropecuaria, supeditada a éstos, correría a cargo de las pequeñas aldeas del valle. Por otro lado la organización de la trashumancia, aún a corta distancia, exige una marcada jefatura social (Almagro-Gorbea *et alii* 1994: 28) y esto también implicaría una cierta planificación del espacio. La existencia de jerarquización social quedaría constatada en la presencia cada vez mayor en estos mismos yacimientos (Sanchorreja, El Berrueco...) de elementos suntuarios y de prestigio, que obviamente no estaban al alcance de todos los miembros. Algunos, como las fíbulas de codo, justificarían la arribada de influencias mediterráneas precoloniales. Acaso se consiga valorar más adelante hasta qué punto resultan afines las últimas élites de Cogotas I con la nueva etapa fuertemente impregnada de rasgos orientalizantes, pero lo que sí podemos señalar es:

(1) la coincidencia entre una gran parte de estos poblados del Bronce Final en altura y la inauguración de la Edad del Hierro,

... ..(2) la provisionalidad de las chozas y silos a campo abierto frente a los emplazamientos castreños, que no son sólo los más grandes, estratégicos y defensivos, sino que además ostentan secuencias de ocupación Bronce/Hierro que parecen testimoniar un nivel de vida relativamente más estable y

(3) un patrón de poblamiento que marcará la pauta en los siglos venideros, prácticamente hasta la romanización, con el castro como piedra angular de todo el sistema y sede de las élites dirigentes.

## DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE

### 3. Las élites de Cogotas I y los recursos indígenas en el marco de las relaciones de intercambio.

**3.1. El hecho metalúrgico y su contextualización.** Durante la transición del II al I milenio a.C., gran parte de Europa está inmersa en un proceso de explotación intensiva del paisaje, con un incremento de la deforestación y la conversión de amplios territorios en pastos y tierras de cultivo, que se ha relacionado, entre otras causas, con la progresiva introducción de nuevas tecnologías agrarias (Harding 1987; Wells 1989; Ruiz-Gálvez 1992). Estas estrategias facilitaron asentamientos más prolongados, un incremento demográfico notable y marcados síntomas de jerarquización social, fácilmente rastreables en diversas partes del continente (Kristiansen 1994). Al mismo tiempo, como consecuencia lógica de todo lo anterior, la producción y acumulación de riqueza tuvo una extraordinaria repercusión en las redes de intercambio y en los contactos regionales (Wells 1984).

Este contexto favoreció el desarrollo de los focos metalúrgicos atlánticos, conectando las distintas áreas productoras entre sí y reactivando sus rutas comerciales con la proyección occidental de los Campos de Urnas de Centroeuropa (Rowlands 1980; Ruiz-Gálvez 1991). La dinámica de los circuitos de intercambio también afectó al Mediterráneo donde una creciente demanda de mineral y otras materias primas será la responsable de la llegada de objetos de prestigio y de nuevas tecnologías: vasos y elementos de cocina y de carácter ritual como los depósitos de Berzocana y Baioes (Almagro-Gorbea 1977: 22 ss., 243 ss.; Silva 1986: 182 ss.), cascots, broches y pasarriendas bien documentados en el depósito de Huelva (Ruiz-Gálvez 1995c), objetos de adorno y aderezo personal como espejos, peines de marfil y fíbulas asociadas al comercio de telas suntuarias, la aparición del hierro (Almagro-Gorbea 1993a), etc. Su incidencia será todavía mayor en los umbrales de la Edad del Hierro (Almagro-Gorbea 1991a), pero la abundancia de estos elementos a partir del 1200 a.C. demuestran la existencia de una ruta meridional y aculturadora del Mediterráneo, previa a la colonización fenicia, de indiscutible personalidad (Almagro-Gorbea 1989 y 1996a: 27 ss.).

La producción y circulación de los objetos metálicos y de la metalurgia en sí misma es por tanto uno de los aspectos clave en la mitad occidental de la

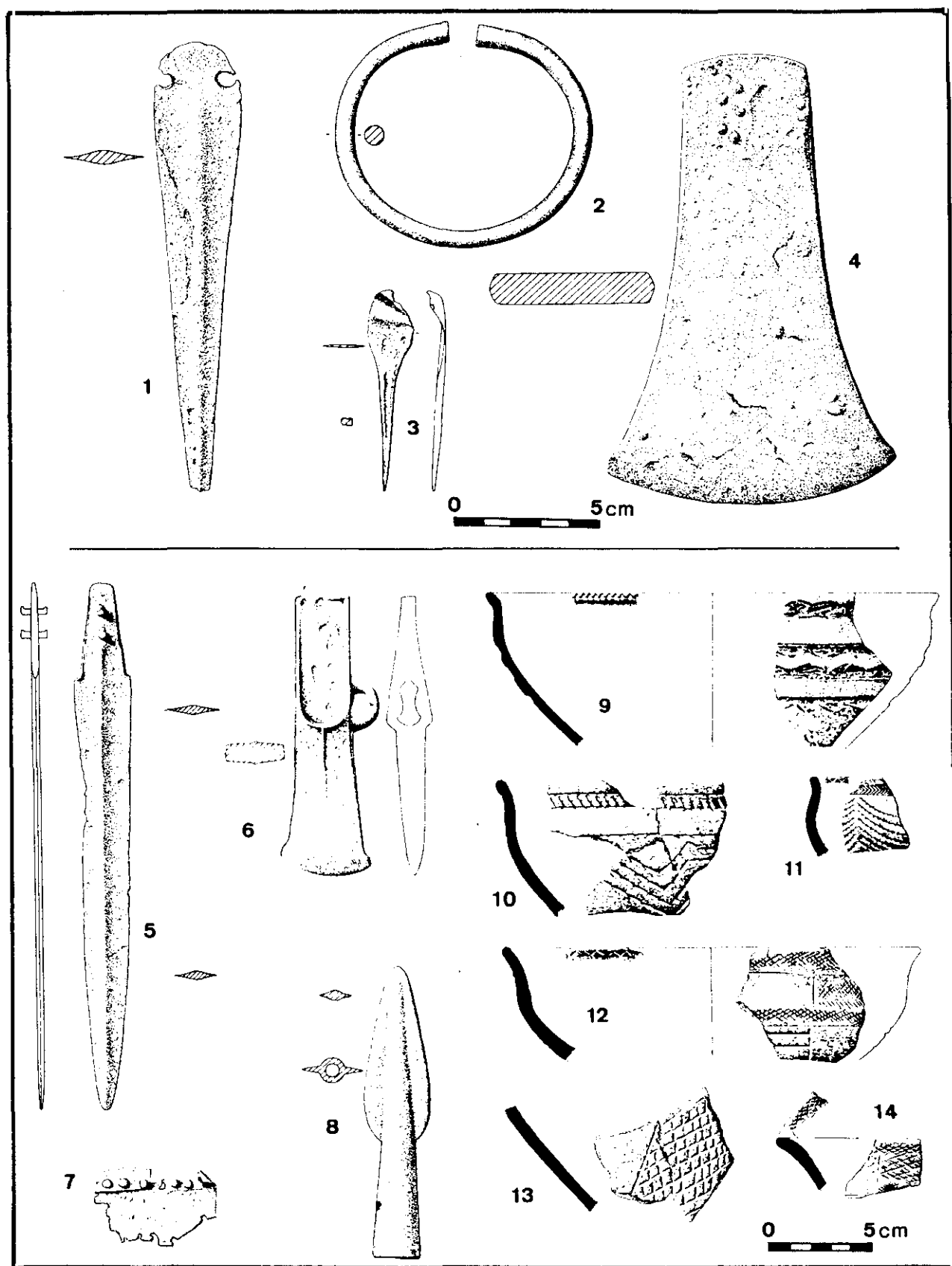


Fig. 6. Materiales del Bronce Pleno-Final de Avila.

## DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE

Península Ibérica para este momento (Ruiz-Gálvez 1984, Coffyn 1985, Almagro-Gorbea 1989). Junto a los elementos de adorno y de prestigio en yacimientos Cogotas I que comentábamos páginas atrás - fibulas de codo, asadores, hachas de apéndices laterales, cerámicas pintadas - inspiradas o bien oriundas del Mediterráneo y de las poblaciones tartésicas del Bajo Guadalquivir, disponemos de las hachas de talón y armas de bronce de tipo atlántico así como de algunos hallazgos áureos.

La Meseta occidental no permaneció ajena al incremento y transformación del utillaje metálico a partir de finales del II milenio a.C., pero una gran parte de los útiles asociados a contextos Cogotas I evidencian una tipología claramente arcaica (Delibes 1995a: 76), como se deduce por ejemplo de los puñalitos de roblones de El Mirón (Martín Valls y Delibes 1979a) y Sanchorreja (Maluquer 1958a: 57) o las hachas planas de Las Cogotas (Cabré 1930: 41-42) y La Mesa del Carpio Bernardo (Benet 1993: 341). Además, la distribución de los elementos de tipología atlántica no es uniforme en todo el espacio geográfico de Cogotas I (Fernández Manzano 1985 y 1986: fig. 46), restringiéndose sobre todo al norte del Duero, en la orla montañosa septentrional y oriental, en correspondencia con los terrenos cupríferos. Este último dato llevó a Delibes, en colaboración con Fernández Manzano (1991: 211 y fig. 4) y Romero (1992: 238-240), a plantear la hipótesis de que las élites de Cogotas I controlarían los veneros de la zona, explotados para la metalurgia cántabra y astur, obteniendo en contrapartida los objetos manufacturados. Estos circularían como elementos de prestigio, razón que podría explicar su escasez en contextos domésticos y una mejor adecuación a depósitos o escondrijos, con independencia del significado que pudieran tener dichas ocultaciones (Ruiz-Gálvez 1984: 529-536; Fernández Manzano 1986: 147; vid. Bradley 1990)

En el centro de la cuenca y en los rebordes montañosos meridionales la vinculación de orfebrería, armas y herramientas atlánticas a contextos Cogotas I es mucho menor, lo que en algunos casos se ha justificado por el desconocimiento arqueológico del sector (Delibes 1995a: 76). A nivel general el elemento más ampliamente representado es el hacha, aunque en territorio abulense se reduce a un hacha de talón y una anilla del Castillo de Diego Alvaro así como el filo de otra procedente de Sanchorreja (Fernández Manzano 1986: 13). Las evidencias son no obstante mayores en Salamanca - ejemplares de Peñaparda, Peñaranda de

Bracamonte, El Tejado, Santibáñez de la Sierra o una de las piezas de Fuenteliante (Fernández Manzano 1986: 25-26; Delibes 1995a: 76) - y Cáceres - Descargamaría, Villar de Plasencia, Villarreal de San Carlos o el Aguijón de Pantoja en Monroy (Celestino *et alii* 1992: 312-314 y fig. 1) -.

Sabemos de la existencia de importantes mineralizaciones de plomo y sobre todo estaño al occidente de Zamora y Salamanca - Muga de Alba, Aldeavieja de Tormes, Lumbrales, Barquilla - que teóricamente respaldarían la producción de piezas bronceas sin necesidad de recurrir a importaciones (Fernández Manzano 1986: 149). En todo caso sorprende el exiguo nivel de hallazgos recogidos en la zona, ya sean poblados o simplemente elementos metálicos aislados, sobre todo en el occidente salmantino; ausencia que probablemente está reflejando una realidad distinta frente a la que acontece en los centros bronceístas más septentrionales.

También son reveladores en este contexto del Bronce Final y de la transición Bronce/Hierro algunas armas y elementos de orfebrería. Por ejemplo, podría anotarse la presencia de alguno de los fragmentos de calderos con remaches y una lanza tubular procedentes de Sanchorreja, dos fragmentos de brazalete también de bronce, uno de ellos con decoración geométrica, del Berrueco, el fragmento de un regatón cónico de El Tejado (González-Tablas 1990: 18, 27; Fernández Manzano 1986: 13, 25-26), otra punta de lanza de El Raso (Fernández Gómez y López 1990: fig. 1) o la joya áurea de Navamorales (Delibes *et alii* 1991: 209-210). Tampoco se descarta la posibilidad de que algunos brazaletes peanulares de bronce de Ulaca o incluso la ajorca de oro procedente del mismo yacimiento pudieran corresponder a este momento (*id.* 1991: 211; Delibes 1995a: 76, 78-79)<sup>44</sup>. En todo caso la distribución adquiere mayor peso entre el Tajo y el Guadiana, como lo demuestran el puñal en lengua de carpa procedente de El Carpio (Fernández Miranda y Pereira 1992: 59-60), una espada a la altura del vado de Azután (Ruiz-

---

<sup>44</sup> Las piezas áureas conocidas en la Submeseta Norte, en contextos de la Edad del Bronce, cuentan con bien escasa representación. Podemos añadir las vallisoletanas de Fuenteungrillo (Villalba de los Alcores) y "El Castillo" (Rábano), brazalete y cuenta de collar respectivamente; existen otras referencias de León y Sepúlveda pero bastante más problemáticas (Delibes *et alii* 1991). Algunas han podido llegar desde la fachada atlántica, región donde abundan estas joyas (Ruiz-Gálvez 1988 y 1989: 48-50). Fuera de la Cuenca del Duero se conocen otros hallazgos que se han relacionado con los grupos de Cogotas I, como el tesoro conqueño de Abía de la Obispalía, Villena en Alicante o el brazalete madrileño de "La Torrecilla" (Almagro-Gorbea 1974b y 1987: 113-114). Presentan una carga simbólica intrínseca, por lo que no resulta difícil relacionarlos con la existencia de algún tipo de élite social.



## DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE

Gálvez y Galán 1991: 268), la espada de hoja pistiliforme del vado de Alconétar<sup>45</sup> o los ricos depósitos de Berzocana, Sagrajas, Valdeobispo, Monroy, Navalvillar de Pela/Orellana la Vieja y Alange (Almagro-Gorbea 1974a y 1977: 17 ss.; Enríquez 1990 y 1991).

Aunque escasos, se conocen algunos elementos bronceos de tipología centroeuropea para esta etapa. Determinados alfileres perforados o el puñal de empuñadura bipartita localizado en la cabaña Be2 del Berrueco apuntan a dicha procedencia (Fernández Manzano 1986: 37; Delibes 1995a: 76).

Pero en este marco de intensificación del comercio y la metalurgia a finales de la Edad del Bronce en el occidente de la Meseta, tan decisivo resulta el utillaje metálico como la valoración de los lugares donde aparecen estos hallazgos. Se concentran en dos ámbitos: (1) asociados al hábitat, generalmente en posición castreña y con un amplio dominio visual del entorno, y (2) en zonas de paso, concretamente en relación con los accesos a las principales sierras - Gata, Gredos, San Pedro, Guadalupe - y a determinados puntos vadeables de los ríos Tajo y Guadiana. Siguiendo el modelo propuesto por Ruiz-Gálvez (1988: 332-335 y 1992: 229 ss.) es muy probable que determinados presentes en el contexto de las sociedades de finales del Bronce representen el establecimiento de alianzas entre regiones, cuyos accesos y recursos agropecuarios además de mineros están ganando importancia en el marco de las relaciones comerciales.

Desde luego no debe pasar inadvertida la importancia estratégica de las zonas que dominan los yacimientos Cogotas I en alto, pues controlan las rutas de comunicación que constituyen la falla tectónica de Plasencia hasta conectar con el río Jerte (Alvarez Rojas y Gil Montes 1988) y los valles del Tormes, Ambles y Tiétar (Alvarez-Sanchís, e.p.), camino obligado entre las cuencas del Tajo y del Duero. La posición privilegiada de El Berrueco, Sanchorreja y El Carpio/Arroyo Manzanas explicaría en este sentido la extraordinaria riqueza arqueológica de estos emplazamientos a lo largo del primer milenio a.C., al controlar de hecho el acceso al interior de la Meseta.

---

<sup>45</sup> La posibilidad de relacionar las espadas pistiliformes a contextos Cogotas I, estaría confirmada a partir del fragmento de empuñadura hallado junto a cerámicas excisas en el yacimiento alavés de Solacueva de Lacoymonte (LLanos 1972).

Un aspecto parece claro y evidente, la distribución del poblamiento durante el Bronce Final está en franca relación con esas rutas naturales. La accesibilidad de ciertos pasos montañosos o determinados cursos de agua convierten en vías naturales de paso a las que, en un principio, debieron ser cañadas por donde transitaba el ganado, gran parte de las cuales se transformaron en un momento posterior en calzadas romanas (Mariné 1995: 290-298; Alfaro, e.p.) y en los tradicionales caminos de la Mesta (Klein 1979). Y de ahí la importancia de controlar no sólo estas vías de comunicación sino los accesos a dichas unidades: penetración que vendría dada sobre todo por tres puertos de montaña, Béjar (Salamanca), Tornavacas (Ávila/Cáceres) y el Pico (Ávila), y dos importantes vados del Tajo, el vado de Alconétar, en la confluencia de los ríos Tajo y Almonte, y el vado de Azután, entre Talavera y Puente del Arzobispo. Estos cinco enclaves determinan la comunicación con la Meseta Norte por lo que, en relación con este argumento, cobra sentido la dispersión de los hallazgos metálicos más significativos, ligados reiteradamente a los citados accesos o a su inmediata periferia<sup>46</sup> (Fig. \*). Más al sur, los ricos vestigios de Badajoz, Mérida, Medellín o el cerro Cogolludo en Navalvillar de Pela convergen nuevamente en los vados (Rodríguez Díaz 1994: 111), esta vez del Guadiana, que sin duda sirvieron para poner en contacto Andalucía con la Meseta.

El énfasis en controlar zonas de recursos estratégicos o el acceso restringido a los mismos, en un paisaje donde todavía abundan las formas de vida móviles, exige referentes visibles y estables de esa presencia humana en el territorio. Por ejemplo Bradley (1991) ha desarrollado estas cuestiones en el contexto del significado del arte rupestre y más tarde Galán (1993) ha manejado conceptos análogos en el estudio de las estelas de guerrero en el Bronce Final del Suroeste, interpretadas como referencias visibles en zonas de paso. A propósito de la dispersión de las hachas de tipología atlántica del SO., sugiere el mismo autor (1993: 71) que éstas puedan representar "peaje" o portazgo en las rutas comerciales. Hay que resaltar que una parte de las piezas localizadas entre el Duero y el Sistema Central son materiales rotos o reutilizados, por ejemplo las salmantinas de Fuenteliante y Peñaranda de Bracamonte. Desde luego parece

---

<sup>46</sup> El mapa de Álvarez Rojas y Gil Montes (1988: fig. 3) con la distribución de yacimientos y hallazgos del Bronce Final y el período orientalizante en Extremadura es particularmente revelador. Una década antes, Almagro-Gorbea (1977: 489) ya adelantaba la importancia de las vías de comunicación en la estrategia de los emplazamientos extremeños.

## DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE

posible que esta explicación pudiera aplicarse a aquellos objetos que, como forma de tributo o transacción comercial, se localizan en zonas de paso obligado. A cambio de dejar libres los accesos o determinados territorios administrados por las élites, éstas reciben objetos de prestigio.

En el término salmantino de Linares de Riofrío se hallaron dos moldes metálicos para fundir hachas de talón y anillas (Fernández Manzano 1986: 25), dato que confirmaría cierta producción semiindustrial. No obstante, el escaso utillaje minero-metalúrgico para este momento sería consistente con la idea de Delibes (1995a: 78) de un número de talleres más reducido y especializado con sistemas de producción en serie, frente a los pequeños centros artesanos de etapas precedentes. En todo caso, estos talleres se habrían dedicado a la fabricación de armas, útiles y herramientas frente a los objetos de prestigio, sin duda monopolizados por el mercado exterior.

De la importancia que progresivamente va adquiriendo el acceso estratégico a estos territorios es también fiel testimonio el hallazgo de armas y otras ofrendas de significación funeraria en los ríos que, como ha demostrado Ruiz-Gálvez (1995a: 31-32 y fig. 11), aparecen reiteradamente en los vados. Este sería el caso de las espadas del Tajo, oriundas de Azután y Alconétar, además de las halladas en los ríos del SO español y de la mitad noroccidental. Su dispersión es complementaria a la localización de algunos tesoros en puntos de paso o cruce, como los de Berzocana o Navalvillar de Pela/Orellana la Vieja, interpretados como ajueres funerarios (Ruiz-Gálvez 1995a: 23), circunstancia que se repite en otros ámbitos de la Europa atlántica (Bradley 1990: 122).

Otro aspecto que merece cierta alusión debido a su posible vinculación con la simbología y el lenguaje territorial de estos grupos, es el hecho de que una parte de los megalitos del occidente meseteño contengan también materiales de Cogotas I, por ejemplo los casos de Galisancho y Coto Alto en Salamanca (Santonja 1987: 208), Bernuy Salinero en Avila (Fabián 1988: 39) o la serie conocida de dólmenes zamoranos (Delibes y Del Val 1990: 62). La funcionalidad y la reutilización de estas construcciones en el Bronce Pleno/Final puede llegar a ser discutible (Esparza 1990a; Ruiz-Gálvez 1991: 281 ss.), pero como se ha señalado (Delibes *et alii* 1991: 209-210) no hay duda de que volvieron a ser puntos de una enorme

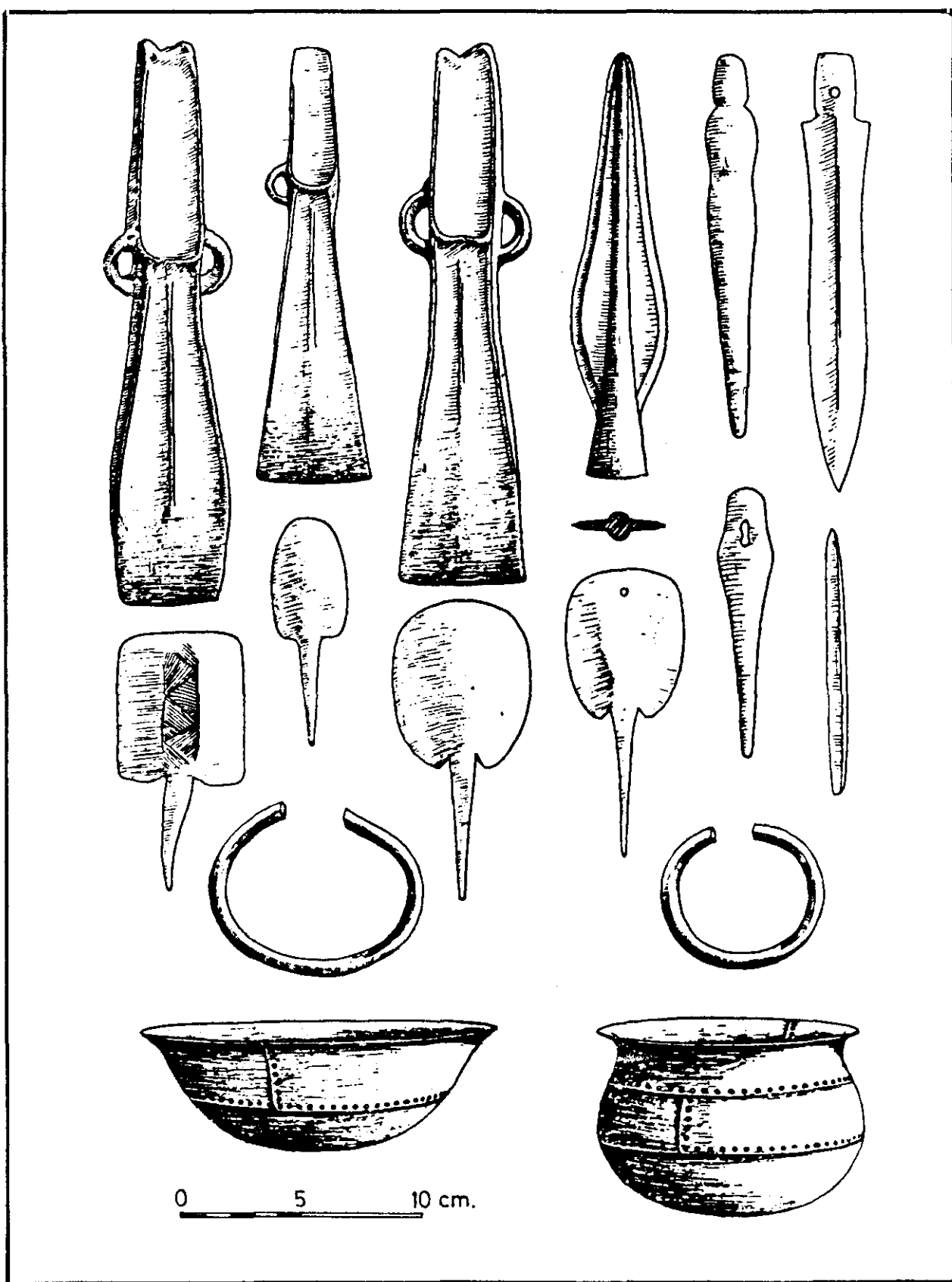


Fig. 7. Depósito burgalès del Bronce Final II de Huerta de Arriba.

## DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE

significación para estas poblaciones a finales de la Edad del Bronce - ningún material posterior a esa fase se documenta en dichas estructuras - situación que podríamos interpretar en el contexto de las relaciones comerciales, probablemente como referentes fijos del territorio en determinadas rutas<sup>47</sup>, próximos a los cursos de agua y en zonas fácilmente visibles que acentúan su monumentalidad.

**3.2. Recursos ganaderos y vías pecuarias.** De entre los recursos que se localizan en las regiones occidentales del interior, entre el Duero y el sur del Tajo, la ganadería debió ser una fuente de riqueza especialmente valorada. El hallazgo en las postrimerías del Bronce Final y del primer Hierro de elementos como los ganchos, asadores o calderos de bronce, asociados a las ceremonias de sacrificio de animales con consumo de carne (Almagro-Gorbea 1974c; Delibes *et alii* 1992-93), demostrarían el valor del ganado como vehículo de competición política entre las élites (Ruiz-Gálvez 1991: 288-289 y 1995c: 138-139).

El estudio de los restos faunísticos de yacimientos como San Román de la Hornija en Valladolid (Delibes 1978: \*), Zorita de los Molinos en Avila (Delibes 1995a: 81) o los del valle del Manzanares (Arenero de Soto p. 232\*) permiten confirmar un notable incremento de las cabezas de ganado, con valores significativos de vacuno, al tiempo que una reducción muy considerable de las especies cinegéticas. La importancia de los animales domésticos se constata también en otros yacimientos periféricos de la Meseta y Andalucía como Ecce Homo (Almagro-Gorbea y Fernández Galiano 1980: 117-120), Los Tolmos de Caracena (Jimeno y Fernández Moreno 1991: 101) o Purullena (Lauk 1976: \*), esta vez con predominio del ganado ovino, demostrando en todo caso que las especies dominantes varían según las características de los espacios naturales ocupados. Sin duda alguna, el entorno paisajístico del occidente de la Meseta ofrece excepcionales posibilidades para el desarrollo de una economía ganadera mixta basada fundamentalmente en el vacuno, ovino y porcino. Dichas especies encuentran un medio adecuado en los pastizales y encinares de la región, como lo prueba el hecho de haber constituido las bases económicas de la zona

---

<sup>47</sup> Por ejemplo la localización de los megalitos en la zona extremeña del curso medio del río Tajo aparece determinada a partir de los cruces y vados principales (Galán y Martín 1991-92). Asimismo también resulta llamativa la vinculación de los megalitos gallegos a vías de tránsito, a zonas privilegiadas de comunicación, de clara significación cultural y económica (Bello *et alii* 1982; Criado *et alii* 1990-91).

prácticamente hasta la actualidad, sobre todo los bóvidos.

Si el comercio precolonial trajo consigo un aumento de productos como la carne o las pieles, además de la demanda de mineral, es lógico pensar que el valor de los recursos ganaderos y naturales del interior de la Meseta hubiese empezado a aumentar en términos considerables. Tal situación podría derivar en una competencia por el monopolio comercial de su explotación y de sus rutas de desplazamiento.

De ahí quizás también la relación que se aprecia entre los yacimientos Cogotas I en alto mejor situados, las vías pecuarias de paso obligado entre los diferentes valles y sierras, y los pastizales. Controlar los pastos es una fuente de poder, y no es por ello casualidad que aproximadamente el 69% de los sitios o áreas de actividad del Suroeste de la Meseta conocidos en este momento se vinculen a terrenos de aprovechamiento ganadero. El dato es todavía más elocuente (85%) si sólo valoramos aquellos emplazamientos donde se han documentado hachas, armas de bronce y elementos áureos de tipología atlántica o bien elementos de adorno y prestigio precoloniales de procedencia mediterránea, y prácticamente absoluto (95%) cuando los hallazgos en cuestión se vinculan a yacimientos ubicados en alto, en consonancia con la residencia de las élites. Si estos vestigios del Bronce Final están indicando la presencia de grupos de pastores en la zona o en las proximidades, parecería lógico pensar que, de algún modo, se estuviese controlando el acceso a los pastos de dichos territorios. La existencia de una incipiente organización del espacio, como se deduce del patrón de poblamiento, es coherente con esta idea. Además, la abundancia de las hachas podría relacionarse en parte con trabajos de desforestación destinados a disponer de más tierras para el aprovechamiento ganadero (Romero y Jimeno 1993: 183)<sup>48</sup>. Por el contrario, la escasez de espadas ha hecho suponer que estas estuvieran destinadas a una minoría (Fernández Manzano 1986: 149; Delibes y Fernández Manzano 1991: 211), lo que evidenciaría nuevamente una organización social jerarquizada.

Sería interesante, inclusive, tratar de precisar si esa circulación de pastores

---

<sup>48</sup> Al menos en parte, dada la importancia de las hachas en el contexto de la tecnología agrícola del Bronce Final europeo, utilizadas para desbrozar las tierras de cultivo y para el trabajo de la madera (Wells 1984).

## DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE

y comerciantes pudo haber tenido un carácter estacional, teniendo en cuenta la riqueza de los pastos estivales, más acorde con un modelo trasterminante del ganado y las duras condiciones climatológicas del interior. La hipótesis de contactos selectivos valle/sierra en fechas señaladas entre las diferentes comunidades móviles y semi-sedentarias que habitaban el territorio, estimulando, a su vez, la circulación y el intercambio de objetos de diversa índole, se adecúa mejor a la realidad arqueológica de los yacimientos de Cogotas I (Delibes y Romero 1992: 242) y en general para la Edad del Bronce y también del Hierro (Alvarez-Sanchís 1990a: 224-226; Jimeno y Fernández Moreno 1991: 101; Ruiz-Gálvez y Galán, e.p.), en lugar de aceptar como una norma habitual los desplazamientos trashumantes a largas distancias, práctica en todo caso no excluyente (Purullena). Este planteamiento tampoco contradice la presencia de excisas y boquique en algunos yacimientos andaluces (Molina y Arteaga 1976), fuera ya del área nuclear.

En consecuencia, la actividad trasterminante de estos grupos no sólo explicaría la presencia de armas atlánticas en el Mediodía Peninsular y fíbulas de codo tipo Huelva en la Meseta. Los grupos dirigentes del Bronce Final al norte del Duero hacen ostentación de su poder al controlar la explotación del cobre de su territorio para consumo de los talleres atlánticos, por ejemplo exhibiendo objetos de prestigio en bronce y oro, además de otros productos perecederos. Al mismo tiempo, los castros y la metalurgia del Bronce Final al sur de la cuenca y en los rebordes montañosos de Ávila, Salamanca y Cáceres, debieron ser el exponente de una élite indígena cuyos mecanismos de poder descansaban no tanto en el monopolio de un mineral relativamente exiguo, como en su situación de intermediarios en las rutas interiores hacia el cobre y el estaño, ejerciendo el control de los pastizales y de las vías de comunicación entre el Duero y el Tajo. Administran rutas por las que discurren tanto los ganados como los productos comerciales, y con ellos personas e ideas sobre las que confluirá directamente el impacto orientalizador y la Edad del Hierro.

Tal situación pondría de relieve la existencia de una incipiente planificación del espacio, aún no estrictamente parcelado, pero acaso preludio de la organización que conocerá el territorio occidental durante la Edad del Hierro, y que hará posible finalmente el establecimiento de áreas de influencia bien definidas a partir de los lugares centrales u oppida (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995;

Alvarez-Sanchís e.p.\*) o bien la demarcación de terrenos especialmente significativos desde el punto de vista económico, tal y como ilustran los verracos de las élites vettonas (Alvarez-Sanchís 1994: 407-413).

En la línea de este argumento, y sin pretender ver en ello una estricta definición arqueológica, parece advertirse en la última fase de Cogotas I una personalidad cultural en esta zona del occidente de la Meseta que, dada la continuidad de algunos registros y las diferencias que se perciben a uno y otro lado del Duero, podría revelar ciertas afinidades étnicas o de substrato con las poblaciones conocidas en época histórica.

De seguir a Ingold (1986), la percepción del paisaje en las comunidades móviles difiere en gran medida a como lo hacen los pueblos agricultores. Las primeras definen recursos y territorios en términos de caminos y lugares, a menudo marcados por rasgos naturales del terreno. En cierto modo, los grupos del Bronce Final vigilan y controlan los recursos "señalando" los caminos principales que unen esos lugares: estelas de guerrero, ofrendas a la aguas, peñas y otros afloramientos graníticos, monumentos funerarios, cultuales..... Esta actitud estaría en consonancia con la idea de grupos en creciente proceso de diferenciación social o jefaturas incipientes, en parte como resultado del establecimiento de redes de intercambio regional con otros ámbitos privilegiados y de los fenómenos de emulación que ello produce (Almagro-Gorbea 1993a: 87 ss.; Ruiz-Gálvez 1995c: 136 ss. y 154), pero donde los roles políticos y religiosos aún no están suficientemente institucionalizados (Bradley 1982 y 1990, Ruiz-Gálvez 1995c).

Pero también estas mismas comunidades definen sus territorios en términos de los dominios más visibles y jerárquicos, es decir desde los emplazamientos castreños, dato que, en cierto modo, refuerza la idea de un afianzamiento progresivo sobre el espacio en los últimos compases de Cogotas I. Yacimientos en alto y situados en estos puntos estratégicos serían un referente visible para quien transitara un territorio aún no estrictamente acotado. Dicho de otro modo, la significación de algunos lugares a comienzos del primer milenio a.C. ayudó a crear las condiciones necesarias para el desarrollo, sin solución de continuidad, de determinados emplazamientos.



## DEL BRONCE AL HIERRO. LA PREHISTORIA RECIENTE

En conclusión:

- no hay una ruptura brusca entre el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro, conviviendo durante los siglos IX y VIII a.C las tradiciones del primero con las novedades del segundo. El elenco material de Cogotas I parece evolucionar independientemente en cada región a partir del Bronce Final II-III hasta conectar con la nueva etapa, por lo que algunos testimonios pueden manejarse a favor de un desarrollo sin solución de continuidad.

- las asociaciones de algunos materiales cerámicos y metálicos refuerzan un contexto flexible para la transición Bronce Final/Primer Hierro en ciertos sectores de la Meseta, con especial incidencia al sur de la cuenca sedimentaria y en los rebordes montañosos del Sistema Central. Las primeras comunidades de tipo Soto coexistieron en un mismo territorio con los últimos pastores de excisión y boquique.

- la coincidencia entre una gran parte de los yacimientos del Bronce Final en altura y la inauguración de la Edad del Hierro o el hecho de que algunos emplazamientos castreños ostenten secuencias de ocupación amplias, parecen testimoniar un nivel de vida progresivamente estable que marcará la pauta en los siglos venideros. La erección en unos casos de murallas o cercados es otro argumento a favor de una mayor fijación sobre el territorio a partir del Bronce Final.

- las comunidades de Cogotas I muestran indicios de jerarquización social y política, hecho que hay que relacionar con el control ejercido sobre las rutas naturales del interior, cuyos accesos y recursos agropecuarios además de mineros están ganando importancia en el marco de las relaciones de intercambio mediterráneas, en menor medida transpirenaicas y sobre todo atlánticas. Además, la concentración y distribución de los recursos naturales de cada región han podido jugar en este sentido un papel determinante en la organización socio-económica de las distintas élites y, por ende, en la configuración de una relativa diversidad geográfica y a la vez cultural.

A la vista de los argumentos expuestos, la recesión de Cogotas I en el occidente de la Meseta debió estar marcada no tanto por la existencia de drásticos

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

cambios en su desarrollo cuanto por sus posibilidades de evolución, aceptando, en el contexto de las intensas relaciones comerciales del Bronce Final, aquellas novedades que pudo adaptar a su estructura social y económica. Los grupos asentados al sur del Duero aparecen geográficamente inmersos en el ámbito atlántico, y participan en consecuencia de su desarrollo, bien es verdad que no con la misma intensidad que otros sectores limítrofes. Pero, de igual manera, los vínculos económicos con el mundo meridional resultan muy nítidos desde el s. X a.C., difundidos a lo largo de las principales rutas naturales de acceso, sin duda favorecidas por los recursos mineros y ganaderos. Este cúmulo de circunstancias serán las que permitan, sino negar, al menos desterrar la idea de la invasión y tablar a comienzos de la Edad del Hierro respecto a todo lo anterior.

## **IV.**

### **LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO.**

#### **1. El horizonte Soto de Medinilla en la cuenca media del Duero.**

**1.1. Algunas notas sobre el hábitat y la cultura material.** A comienzos de la Edad del Hierro las tierras occidentales de la Meseta presentan una serie de grupos diferenciados, con mayor peso en la actividad agrícola o ganadera. En la cuenca sedimentaria del Duero, sobre todo al norte de la vega, se observa la aparición de una serie de asentamientos en llano, de tamaño relativamente importante - entre 1 y 5 hectáreas (San Miguel 1993: 30) - y con una preferente vocación agraria por su situación y emplazamiento (Delibes y Romero 1992; Romero y Jimeno 1993). El caso implica un modelo de colonización gradual en la zona y de clara oposición al mundo de Cogotas I. Esta facies, que se conoce con el nombre de Grupo Soto (Palol y Wattenberg 1974: 181-194), permite definir la primera Edad del Hierro en el centro y occidente de la Submeseta Norte.

Se trata de poblados permanentes con casas de planta circular y arquitectura de adobe que, en un principio, muestran estructuras muy sencillas de habitación (Romero 1992: 180 ss. y 210; Romero y Jimeno 1993: 191). Las cerámicas, a mano, se caracterizan frecuentemente por el empleo de perfiles carenados y pies realzados, y una decoración mediante líneas incisas, triángulos rayados o impresiones digitales en el borde.

Desde el punto de vista del poblamiento, los trabajos de prospección llevados a cabo en el interfluvio Duero-Pisuerga han permitido señalar

recientemente (San Miguel 1993: 24 ss.; Sacristán de Lama *et alii* 1995) cómo no existe un único patrón de asentamiento, pues una parte de los poblados no responde al tradicional modelo de hábitat asentado junto a los ríos y ocupado a lo largo de un dilatado período de tiempo. Cabe plantearse, incluso, si lo que algunos yacimientos de tipo Soto representan no son sino pequeñas comunidades ganaderas trasterminantes que cultivan "in situ". El hallazgo de hábitats de escasa entidad o su proximidad espacial podría indicar que la población se trasladara de un lugar a otro, una vez agotados los recursos. Tampoco puede decirse que las necesidades defensivas obedezcan a un patrón uniforme; por el contrario todo parece indicar que la mayoría no se fortificó (San Miguel 1993: 29), lo que posibilita en cierto modo la diversa tipología que ofrecen los asentamientos.

El ritual funerario sigue siendo uno de los aspectos más desconocidos de este grupo, ausencia que conecta bien con la tradición de Cogotas I y con todo el ámbito atlántico en general. Se conocen restos inequívocos de inhumaciones infantiles bajo el suelo de las viviendas - Cuéllar, La Mota, Soto de Medinilla, Simancas, Roa .... - pero de difícil interpretación (Romero y Jimeno 1993: 196). Se podría especular desde ritos fundacionales a un tratamiento funerario específico en función de la edad. En cualquier caso, si se admite un contexto doméstico para estas inhumaciones a comienzos de la Edad del Hierro - con algunos precedentes desde el Bronce Medio-Final que se localizan cerca de los espacios de habitación - se plantearía la posibilidad de que la actividad ritual se integraba cada vez mas en el apartado de la posesión de la tierra. Los enterramientos infantiles podrían evidenciar así una nueva preocupación por la fertilidad del suelo.

A la vista de los datos, parece razonable suponer que el poblamiento del Soto de Medinilla representa un cambio importante en la utilización del territorio a partir del siglo VIII a.C.. Un proceso paralelo y en ambientes claramente vinculados a éste, como se deduce en algunos aspectos de la cultura material (Romero 1980: 148), se está produciendo en otros ámbitos geográficos aunque la evidencia arqueológica para los primeros compases del Hierro resulte bastante precaria. Este sería el caso de los castros y poblados de la cabecera del Duero, en el sector oriental de la Submeseta Norte, que a partir de un momento impreciso del siglo VII a.C. ofrecen una ocupación sistemática del territorio (Romero 1991a: 325-

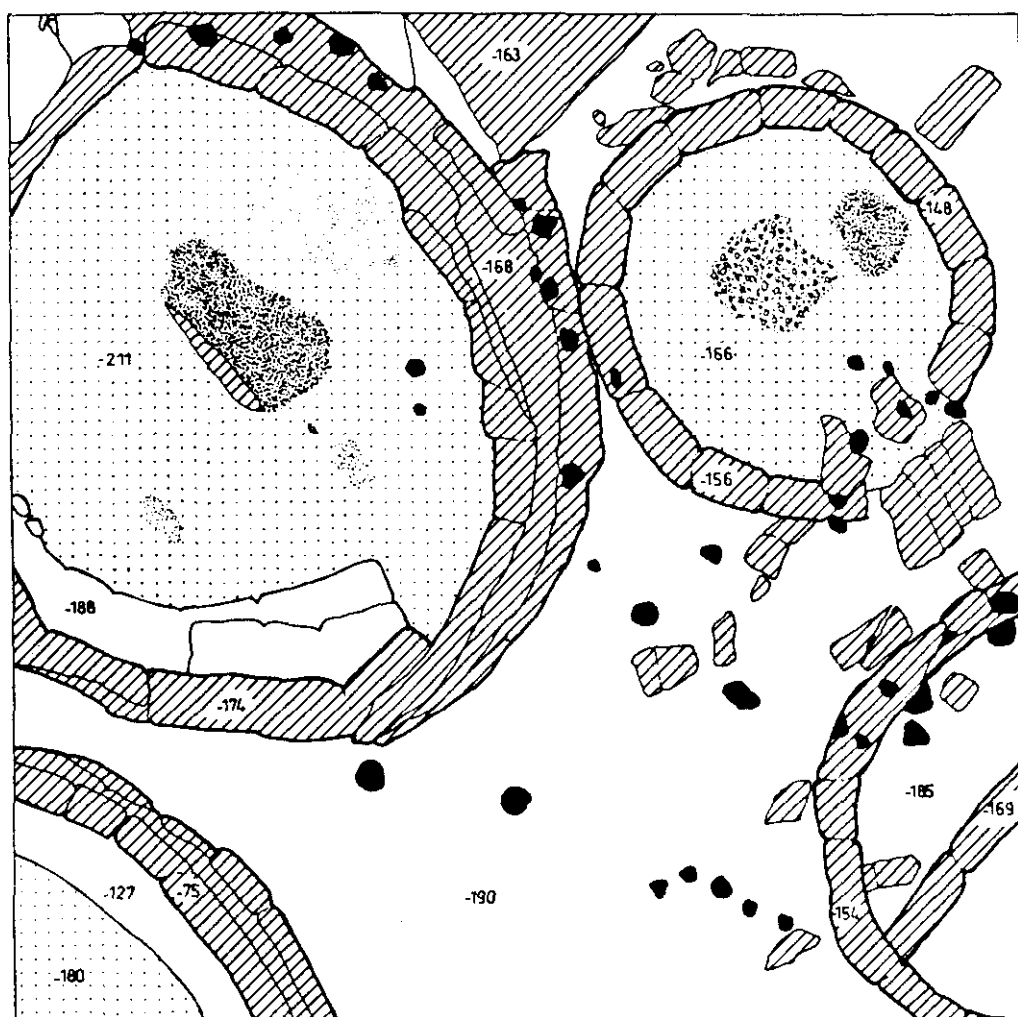


Fig. 8. Cabañas circulares de adobe de El Soto de Medinilla  
(Delibes y Romero 1992).

365; Romero y Ruiz Zapatero 1992: 108 ss.; Romero y Jimeno 1993: 200 ss.)<sup>49</sup>. De modo análogo, el arranque del foco castreño del occidente de Zamora, cuya relación es también evidente con el grupo Soto, apunta con bastante claridad a comienzos del s. VI a.C. si no algo antes (Esparza 1987 y 1990b: 114).

Abordar los motivos que provocan la aparición de estos poblados es un tema enormemente complejo, aunque se han abierto algunas vías de discusión (Esparza 1990b: 123; Ruiz-Gálvez 1991: 287 y 1995c: 141 ss.; Peña Santos 1992: 378). Desde luego es significativo contrastar los mapas de distribución de yacimientos durante el Bronce Final y la primera Edad del Hierro para apreciar como la transición a la nueva etapa revela una situación distinta (Fig. \*). Sin duda, la nueva realidad se inscribe en un proceso general de intensificación económica para toda Europa Central y Occidental, ya gestado en el Bronce Final, que permite la aparición del hábitat estable y permanente. Brevemente, se han esgrimido al respecto cuatro argumentos:

- 1- las profundas transformaciones en las redes de intercambio a raíz de los primeros asentamientos coloniales en el sur de la Península ibérica (Aubert 1983 y 1994),
- 2- la quiebra que se produce en la economía tradicional atlántica del Bronce Final (Rowlands 1980: 45-46) con la aparición en el mercado del hierro, que obligará a los focos metalúrgicos del interior a elevar el nivel de producción de bronce,
- 3- notables avances y mejoras en la producción y conservación de alimentos (Ruiz-Gálvez 1991: 287 ss. y 1992: 229 ss.),
- 4- la transición entre los climas Subboreal y Subatlántico que parece coincidir con este período, fase que en la mitad norte peninsular debió favorecer un aumento de la pluviosidad (Magny 1982: 41-42; Dupré 1988: 121-122) y por tanto posibilitado el desarrollo de nuevos cultivos.

---

<sup>49</sup> Síntesis recientes sobre el substrato de la Celtiberia Citerior y Ulterior, valorando respectivamente el problema de las invasiones y las últimas aportaciones ofrecidas por la bibliografía, pueden verse en los trabajos de Ruiz Zapatero (1995) y Romero y Misiego (1995).

## LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

Se ha insistido especialmente en el hecho de como la renovación del utillaje agrícola, la arribada de nuevos cultígenos - sobre todo ciertos tipos de leguminosas como la haba - y la explotación de la sal, favorecen la fertilidad de los suelos, la rotación de cultivos, la conservación de alimentos y un crecimiento sostenido de la población (Jäger y Lozek 1982: 173; Ruiz-Gálvez 1991: 287-292 y 1992: 229-231; Sherratt 1993a: 34). Todos estos cambios trajeron consigo la estabilidad de las poblaciones sobre las parcelas de cultivo. En Centroeuropa el número de asentamientos refleja un crecimiento muy ostensible respecto a las fases precedentes (Wells 1983: 147 ss. y 1984). No es por ello casualidad que también durante la transición del Bronce a la Edad del Hierro una parte considerable de los territorios de Europa Noroccidental sean testigos de la parcelación de tierras (Harding 1989: 177; Cunliffe 1990: 323 ss.; Barret *et alii* 1991: 227-242).

En la Meseta un proceso de estas características debió producirse gradualmente y a distintos ritmos, condicionada en parte por las características de los suelos de cada región. Naturalmente estas innovaciones no habrían sido posibles si, con anterioridad, no se hubiera desarrollado una red de intercambios a gran escala que favoreciese la difusión de ideas y nuevas tecnologías (Almagro-Gorbea 1989; Ruiz-Gálvez 1991). En tal sentido, la presencia de objetos atlánticos y mediterráneos desde finales del II milenio, pero con especial intensidad en las novena y octava centurias a.C., son indicativos del auge comercial que conoce el occidente peninsular en el marco de las relaciones Centro/Periferia/Margen (Sherratt 1993b; Ruiz-Gálvez 1995c: 141 ss.).

Los datos de macrorrestos que se poseen para la región occidental de la Península ibérica son todavía insuficientes (Ruiz-Gálvez 1991: 290) pero las estructuras permanentes de habitación que caracterizan a los poblados de tipo Soto de la cuenca media del Duero, cuyo número supera hoy ampliamente el centenar (Romero 1992: 180), sólo tienen justificación en el marco de las nuevas técnicas de cultivo y de la reorganización de la producción agraria. Recientes análisis antracológicos, palinológicos y carpológicos (Arqu. Vaccea-Medio Ambiente\*\*\*) procedentes de varios de los yacimientos vallisoletanos más emblemáticos del sector - Soto de Medinilla, Padilla de Duero, Melgar de Abajo, Montealegre de Campos - nos muestran: (a) un paisaje de arbolado poco denso en las inmediaciones de los poblados, posiblemente condicionado por las necesidades

de roturación, (b) la abundancia de herbazales de secano correspondientes a especies vegetales asociadas a la agricultura y por tanto a un paisaje más antropizado y (c) una práctica cerealista especializada sobre todo en el trigo, y en menor medida en cebada y avena. (\*\*y mayor explot. ganado)

También se ha llamado la atención sobre la presencia en estos poblados de estructuras complementarias de pequeño tamaño, rectangulares o cuadradas como las exhumadas en el yacimiento epónimo y que no serían viviendas, habiendo sido interpretadas como graneros y almacenes al figurar en su interior restos de cereal, leguminosa (?) y setas (Palol 1963; Palol y Wattenberg 1974: 188-189). Por consiguiente, si se documenta la necesidad de almacenar y conservar alimentos, con independencia del producto agrícola que se trate, es porque han aumentado las posibilidades de permanecer en el lugar. Otras estructuras domésticas asimilables a este horizonte, de planta circular y dimensiones también exiguas, se han identificado como hornos para cocer pan; tal sería el caso de los documentados en La Aldehuela (Santos Villaseñor 1989: 173 ss.) y Soto de Medinilla (Misiego *et alii* 1993).

Ahora bien, no todos los vestigios que se interpretan como graneros y estructuras de almacenamiento se asocian a los niveles más antiguos del Soto. Sin duda estas y otras novedades se adaptaron gradualmente. Al menos esa es la impresión que se advierte a lo largo de la secuencia estratigráfica de los poblados de la cuenca del Duero, con un desarrollo técnico y un dominio progresivo de la arquitectura del adobe que iría desde las cabañas de postes más antiguas y endebles del Soto I y bien enraizadas en el Bronce Final, como las de San Pelayo en Martinamor (Benet 1990: 84) y Los Cuestos de la Estación (Celis 1993: 97 y 110-112), a las relativamente sofisticadas viviendas del Soto II dotadas con vestíbulos de acceso, por ejemplo en Salamanca (Benet *et alii* 1991: 133) o el mismo Soto de Medinilla (Romero 1992: 182, 209-210). Un proceso análogo se daría en Zamora y León, donde los castros de Camarzana y Sacaojos han puesto de relieve un progreso técnico en las viviendas, las más antiguas con cimentación de piedra, hasta llegar a dominar la técnica del adobe (Esparza 1990b: 104).

Es por tanto posible que el proceso de intensificación agraria se caracterizara en algunas zonas y en una primera fase, en los siglos IX-VIII a.C., por un



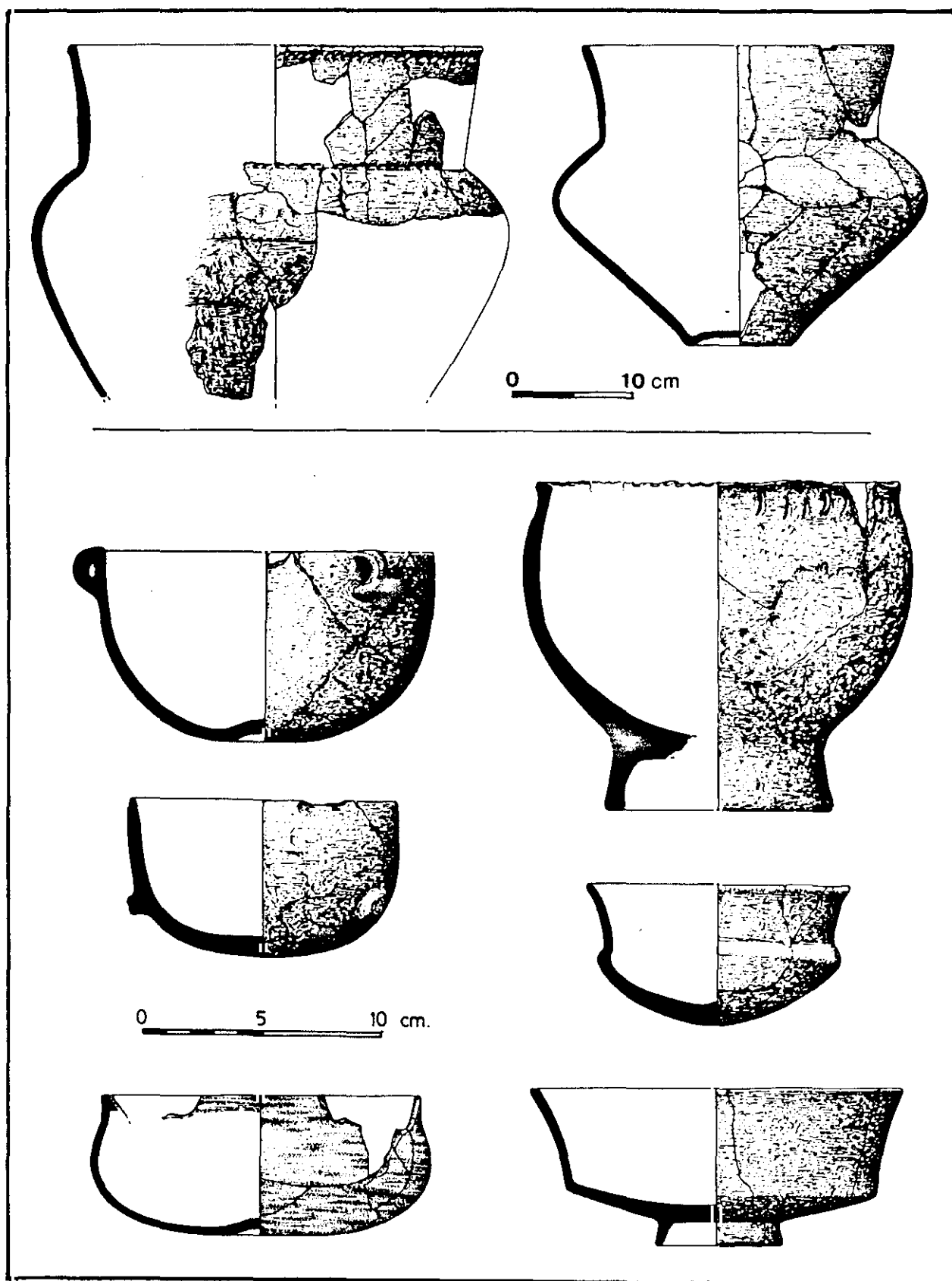


Fig. 9. Cerámicas de El Soto de Medinilla, Valladolid (Delibes y Romero, 1992).

crecimiento de población más que un asentamiento estable, para el que es requisito conservar la fertilidad de los suelos ya sea por abonado, barbecho o rotación de cultivos (Ruiz-Gálvez 1991: 287 ss.), técnicas que se irían haciendo comunes a lo largo de esta última centuria.

**1.2. El utillaje metálico del Bronce Final IIIb.** Sin duda, todo este proceso repercutió de forma muy notable en la renovación del utillaje agrario metálico (Harding 1976: 513 ss.). La abundancia de hornos de fundición, crisoles y moldes, como el procedente del castro leonés de Gusendos de los Oteros (Blas Cortina 1985) nos revelan una metalurgia considerable de factura local desde los niveles más antiguos del horizonte Soto de Medinilla. Puñales y espadas de lengua de carpa - Paredes de Nava (Palencia) y Villafranca del Bierzo (León) - cinceles de cubo - Otero de Sariegos (Zamora) - hachas planas con anillas y también de apéndices laterales - Quintana de Bureba y quizás la de Gumiel de Hizán en Burgos - hoces planas como las leonesas de Torre de Babia y una amplia categoría de piezas y utensilios representarían la pujanza productiva del momento (Fernández Manzano 1986: 97 ss., 145 ss.; Romero y Jimeno 1993: 195-196), datadas fundamentalmente en el siglo VIII a.C. y siendo algunas un claro exponente de la metalurgia Vénat. A una cronología ligeramente posterior, de fines de la octava centuria o inicios de la siguiente, podrían corresponder algunas puntas de lanza y de jabalina. En todo caso, la gran mayoría de las piezas se vinculan a la metalurgia atlántica del Bronce Final IIIb (Delibes y Romero 1992: 243-245).

Pero si es ahora, en contextos de Soto, cuando los núcleos bronzistas septentrionales alcanzan su máximo esplendor, la condición de bronce plomados de una gran parte de las piezas de este período reflejaría sin embargo ciertas dificultades en la obtención del cobre, que sin duda hay que relacionar con la crisis del mercado y de los centros de abastecimiento, algunos de ellos controlados por los fenicios. Muy orientativas para lo que estamos diciendo resultan las dataciones radiocarbónicas, calibradas, de las primeras factorías fenicias del sur de la Península, que sitúan el arranque de la colonización a mediados del s. IX A.C. en la zona de Málaga/Algarrobo y a partir del 800 A.C. en las costas portuguesa, levantina y ciertas áreas del interior (Aubet 1994: 317-323). Las colonias, y con

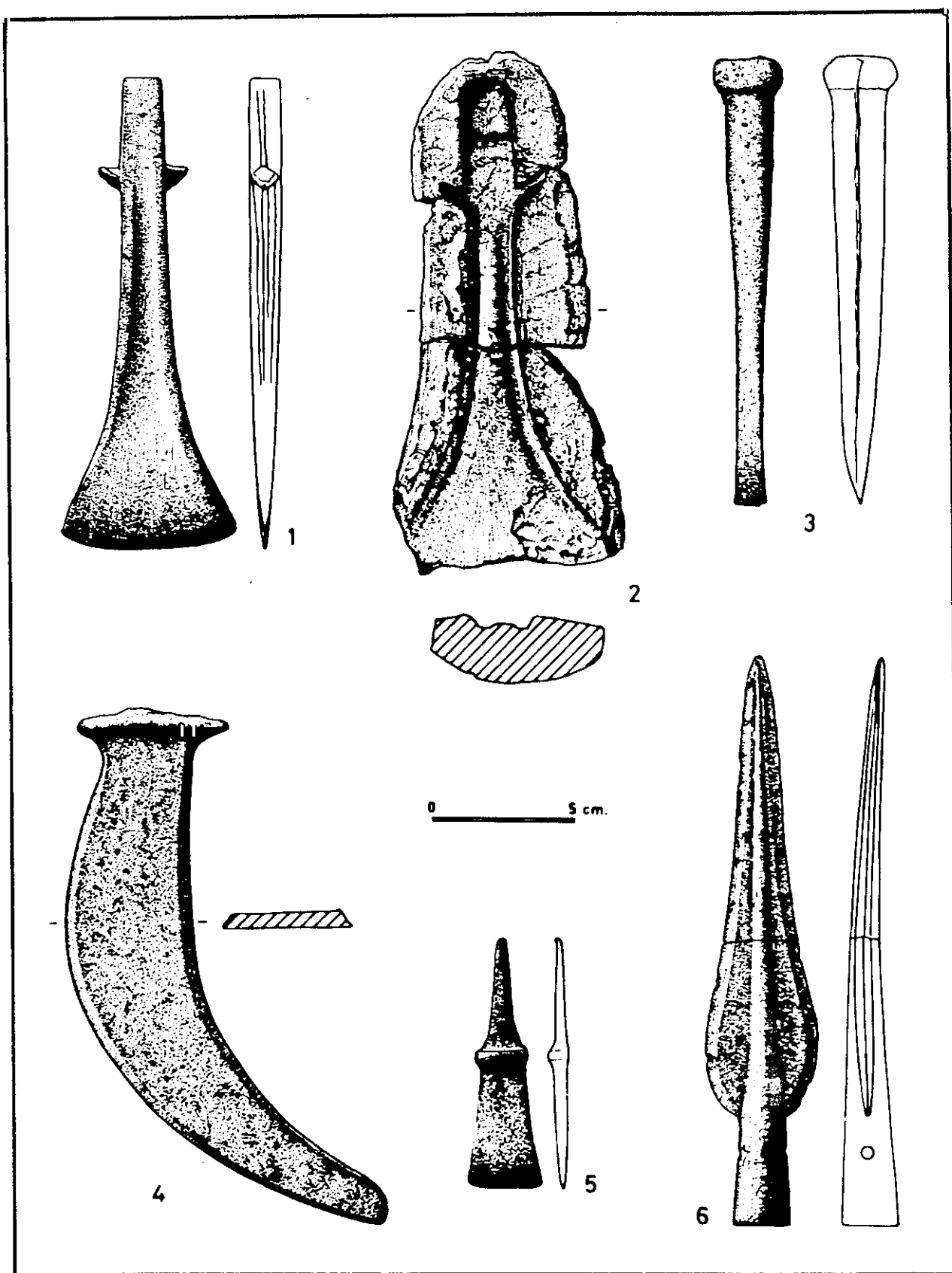


Fig. 10. Metalurgia del grupo Soto de Medinilla.

ellas la progresiva introducción de nuevas tecnologías entre las que se incluiría también el hierro, afectaron de algún modo al mercado tradicional atlántico, cuyos centros metalúrgicos iniciarán desde este momento un incremento en la producción de objetos para competir con los nuevos mercados. No parece que ello se justifique exclusivamente a partir de la aparición del nuevo metal, dada la escasez de vestigios para esta etapa. Naturalmente esta situación hay que vincularla con la fase de plenitud que conoce la Meseta Norte, donde los veneros cupríferos habían estado hasta hacía poco controlados por las élites de Cogotas I (Delibes y Fernández Manzano 1991: 211; Romero y Jimeno 1993: 187). El siglo VIII a.C. va a suponer el colapso de la economía atlántica (Rowlands 1980: 45 ss.), lo que traerá consigo la disolución de las tradicionales relaciones de intercambio, la desaparición del horizonte Baioes-Vénat y el paso a una realidad más fragmentada (Ruiz-Gálvez 1991: 290-292; Peña Santos 1992: 377-381 y e.p.).

La organización social y económica de las comunidades de finales de la Edad del Bronce, imbuídas en los procesos de extracción y comercio del metal atlántico, no debieron ser ajenas al impacto fenicio y la crisis del 850-750 a.C.. Que determinados asentamientos de Cogotas I se emplacen en el entorno inmediato de varios de los poblados de la primera Edad del Hierro conocidos en la cuenca sedimentaria (Esparza 1990b: 108-111; San Miguel 1993: 31), que los poblados más antiguos de tipo Soto enlacen con la tradición constructiva de Cogotas I, a la luz de ocupaciones poco estables en la base de la estratigrafía de algunos yacimientos (Benet 1990: 84; Romero 1992: 182), y que la metalurgia que practican sus gentes sea la propia del Bronce Final (Delibes y Romero 1992: 243-245; Romero y Jimeno 1993: 195), demostraría continuidad con el mundo Cogotas I anterior; o, dicho de otra manera, la disolución de Cogotas I se está sucediendo desde el s. IX a.C. y en amplios sectores del interior.

Adquieren así todo su sentido las dataciones radiocarbónicas en esta fase del final de la Edad del Bronce y de inicios de la Edad del Hierro. En primer lugar hablaría la cronología del teso salmantino de San Pelayo en Martinamor (Benet 1990), cuyas fechas calibradas nos sitúan no más tarde de la segunda mitad del s. IX A.C. (Ruiz-Gálvez 1995b: 81). No se trata de un yacimiento con materiales de Cogotas I pero ofrece un hábitat todavía inestable del Bronce Final, paralelizable al nivel V de Sanchorreja. Muy cerca, a escasos 10 km., se emplaza la conocida

## LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

estación de Cogotas I de Carpio Bernardo, cuyas cerámicas excisas se han emparentado con las cerámicas del Valle del Ebro vinculadas a los Campos de Urnas, sugiriendo la continuidad del complejo por lo menos hasta el s. VIII a.C. o en una fecha cercana al 700 a.C. (Delibes y Fernández Miranda 1986-87: 27; Delibes 1995a: 85). También serían orientativas en este contexto Bouça do Frade (Oliveira Jorge 1988) y San Román de la Hornija (Delibes 1978) para materiales de Cogotas I, con los tramos de calibración más fiables en los siglos IX A.C. y X-IX A.C. respectivamente (Ruiz-Gálvez 1995b: 81). Este planteamiento supondría equiparar el final de la cultura Cogotas I con los primeros asentamientos tipo Soto I; pero, de la misma manera, a la vista de las dataciones absolutas y la tipología metálica identificada en este momento, habría que replantearse qué se entiende por comienzos de la Edad del Hierro (Delibes y Romero 1992: 243; Ruiz-Gálvez 1995b: 83), dado que las influencias meridionales que acabarán por transformar la región están arribando ya desde el Bronce Final.

Todo este marco temporal coincide significativamente con la cronología calibrada para los inicios de la colonización fenicia. Sobre tales bases, la transición Bronce Final III/Hierro I en el occidente de la Meseta puede situarse en el siglo VIII a.C.. En términos generales esta fecha encaja bien con las dataciones propuestas recientemente por Ruiz-Gálvez (1995b: 82-83) para el occidente de la Península Ibérica y, en general, hacia el 750 a.C., para toda la Europa Atlántica (Gómez de Soto 1991: 372). En torno a un siglo o siglo y medio después el horizonte Soto habrá alcanzado su madurez, como demostrarían los materiales del asentamiento vallisoletano de La Mota (Seco y Treceño 1993) - donde no hay que descartar una ocupación previa del Bronce Final - desarrollándose ininterrumpidamente hasta el Hierro II.

Desde luego no parece que la ventaja del grupo Soto se apoye en un utillaje de hierro, pues son muy escasas las evidencias de auténticas herramientas de este metal prácticamente hasta mediados del primer milenio. Esto, y el hecho de que la metalurgia de sello atlántico tenga un desarrollo pleno en los siglos IX y VIII a.C., revelaría que las grandes transformaciones que conocen las tierras del interior son anteriores a la generalización del hierro (Delibes y Romero 1992: 245), por lo que deberíamos vincularlo mas bien a los cambios que se están sucediendo con desigual éxito en la tecnología agraria (Ruiz-Gálvez 1995c). Y si ello sucede con

anterioridad a la presencia del nuevo metal, es muy interesante traer a colación la sugerencia de Thomas (1989: 277-280) - recogida y defendida por Ruiz-Gálvez (1992: 237) - que plantea un aumento demográfico hasta llegar a un punto en el que el control de la tierra pasaría a ser más importante que el de los intercambios.

Es muy probable que la densidad creciente de población que ofrece la cuenca del Duero a partir de la octava centuria, sea consecuencia de la intensificación agraria que se está produciendo en distintas partes del occidente europeo desde el Bronce Final. La introducción y difusión por vía atlántica y mediterránea de nuevos cultivos y tecnologías permiten, en definitiva, la puesta en valor de las posibilidades agropecuarias de la región en yacimientos estables y permanentes. Este dato, más que asociarlo a la llegada de poblaciones invasoras, que no de ideas, comerciantes o incluso pequeños aportes étnicos, es el que justifica la inauguración de la primera Edad del Hierro en el occidente de la Meseta, aunque en un contexto tecnológico y demográfico inmerso todavía en el Bronce Final (Delibes y Romero 1992: 243-245; Romero y Jimeno 1993: 195, 200; Ruiz-Gálvez 1995b: 82).

En definitiva, la génesis del mundo del Soto de Medinilla debe entenderse en este contexto de mediados del siglo IX/siglo VIII a.C. como una suerte de transición entre un régimen económico mayoritariamente estacional o semiestable a otro más sedentario. Nos encontramos ante un proceso claramente endógeno pero muy receptivo a los influjos externos. Que otros sectores de la cuenca, como el núcleo zamorano occidental o los castros del oriente de la Meseta, muestren una ostensible ocupación del territorio a partir sobre todo del 600 a.C, pudiendo remontar sus comienzos a la séptima centuria a.C. (Esparza 1990b; Romero 1991a), demostraría en cierto sentido que la nueva situación cristalizó a distintos ritmos, manteniéndose hasta ese momento un poblamiento más inestable<sup>50</sup>.

Ahora bien, ¿esta situación es también extensible al sur del Duero y en los rebordes montañosos?

---

<sup>50</sup> Situación análoga es la que ofrece el poblamiento del NO, donde la génesis del mundo castreño galaico se ha relacionado con los procesos de intensificación económica del área atlántica durante los siglos VIII-VII a.C., reconociendo no obstante que la fijación definitiva al territorio no parece haber tenido lugar con anterioridad al siglo V a.C. (Peña Santos 1992: 378).

## LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

### 2. La secuencia cronológica y regional en el Suroeste de la Meseta.

Paradójicamente, es de los inicios de la Edad del Hierro en la región, que marca el comienzo de la Prehistoria reciente, de la que se dispone de menos datos para conocer su evolución. El número de yacimientos y restos arqueológicos resultan en apariencia insuficientes para llenar los aproximadamente 350 ó 400 años de historia que median entre Cogotas I y el Hierro Pleno (Cogotas II), sino fuera por la posibilidad de acudir a la analogía de lo conocido en áreas vecinas. En efecto, el vacío de referencias de esta etapa destaca de forma evidente si se compara con lo que se conoce de los poblados de tipo Soto distribuidos en la cuenca del Duero o la cultura orientalizante extremeña del valle medio del Guadiana. En consecuencia, no debe sorprendernos que la aproximación al Hierro I en la región se caracterice más por los grandes interrogantes que aún nos plantea que por las certidumbres que hasta el momento presente hayamos logrado alcanzar.

#### 2.1. Los yacimientos. Problemas inherentes al registro arqueológico.

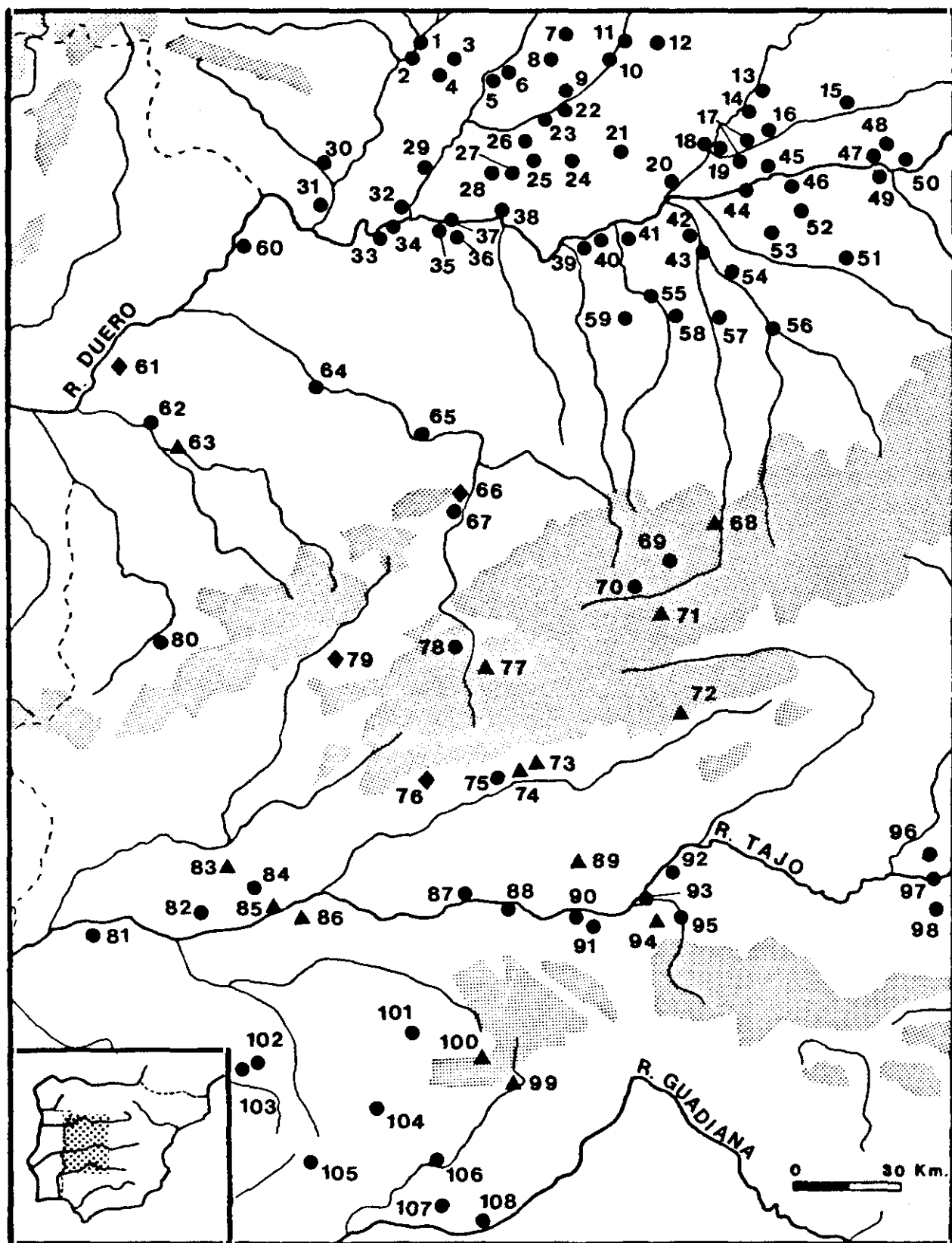
En el caso de los yacimientos vinculados al fenómeno Soto, tenemos un vacío muy significativo en las tierras que median al norte de los valles del Tormes y Ambles y su prolongación hasta el Duero; lo cual, aunque refleje la ausencia de prospecciones en la zona, dibuja un espacio fronterizo muy nítido que se mantiene prácticamente invariable hasta la conquista romana (Alvarez-Sanchís, e.p.\*).

En el suroeste de Zamora se han obtenido muy pocos hallazgos relacionados con esta etapa, sobre todo en tierras del Sayago. Respecto a ésta, Gómez Moreno dice que adolece de miseria y aislamiento (1927: 25). Algunos fragmentos del castro romanizado de Fariza, cuya muralla en talud se ha vinculado con el ámbito salmantino de Cogotas II, parecen corresponder al mundo del Soto (Esparza 1990b: 117 nota 90)<sup>51</sup>.

Se conocen en territorio salmantino varios yacimientos asimilables a esta facies. El poblado del Picón de la Mora, en Encinasola de los Comendadores

---

<sup>51</sup> A muy poca distancia se localiza la estación de los Castrilluzos, yacimiento estacional cuyos materiales se vinculan a Cogotas I (López y Santos 1985: 255 ss.; Esparza 1990b: 121).



● POBLADO    ▲ HALLAZGO AISLADO    ◆ INDETERMINADO    ■ Más de 1000 m.

Fig. 11. Grupos de la Primera Edad del Hierro y de transición Bronce-Hierro en el Oeste de la Meseta.



## LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

(Martín Valls 1986-87: 62-67) y junto al castro del mismo nombre deparó, entre otros, cerámicas con decoración a peine y de tipo Soto, varias agujas de bronce y fibulas, tanto de doble resorte y puente filiforme como de pie vuelto. La novedad del cerro de San Pelayo, además de las dataciones calibradas que lo sitúan en el Bronce Final y tal vez paralelo a las últimas perduraciones de Cogotas I en el sector, lo constituye el cuenco pintado en rojo y con decoración geométrica hallado en el nivel VI (Benet 1990: 84-85). Por otro lado, Ledesma y el Cerro de San Vicente, en la capital, han sido objeto de excavaciones arqueológicas que han permitido documentar una secuencia de la primera Edad del Hierro a partir del s. VII a.C hasta enlazar con el Hierro Pleno (Benet et alii 1991: 119 ss. y 135; Martín Valls et alii 1991: 139-140, 149-151). Los materiales en cuestión son muy numerosos, destacando las cerámicas a mano, un magnífico lote de cerámicas pintadas, las fibulas de doble resorte y las características viviendas de planta circular y fábrica de adobe.

Situados sobre emplazamientos que controlan el curso del río Tormes, Ledesma y el Cerro de San Vicente constituyen por el momento las estaciones más típicas en la dispersión meridional de esta facies, en la zona de contacto entre la campiña agrícola del Duero y el zócalo de la penillanura, de vocación ganadera (Benet et alii 1991: 133; Martín Valls et alii 1991: 149-151). Al sur, en la orla montañosa del Sistema Central y estribaciones, se aprecian ocupaciones que vienen a introducir una distinta orientación económica y un patrón diferente de asentamiento, más difuminado en sus características culturales. La dispersión aparece asociada a un paisaje granítico de pastizales y encinares donde el hábitat responde a un tipo de emplazamiento muy condicionado por la topografía local. El horizonte Soto de Medinilla en su expresión más típica parece no haber arraigado con la misma intensidad en este sector (Delibes 1995a: 84; Sacristán de Lama et alii 1995: 357-358) y ha sido precisamente la carencia de un horizonte cultural definido, la base que ha contribuido a dotar de una evidente personalidad a esta zona (González-Tablas 1986-87; Martín Valls 1986-87: 60; Álvarez-Sanchís, e.p. \*).

La estratigrafía del castro de Sanchorreja sigue siendo emblemática en la secuencia cultural de este ámbito de la Meseta. Parece evidente que el nivel V del yacimiento, caracterizado por las típicas cerámicas de Cogotas I asociadas a

especies pintadas, cerámica con incrustaciones de bronce y dos pequeños cuchillos de hierro, podría considerarse un nexo de unión entre el Bronce Final y la nueva etapa, fechable en algún momento entre el 850 y el 700 a.C.. En los estratos superiores o Sanchorreja II se documentan las cerámicas pintadas bícromas y la técnica a peine, que según González-Tablas (1986-87: 55-57) se iniciaría a partir del 650 a.C. y paralelo al Soto II. A esta cronología básica de la Primera Edad del Hierro - siglos VII-V a.C. - corresponderían asimismo otros hallazgos como los calderos con remaches de tipología atlántica, recipientes rituales, broches de cinturón de un garfio y varias fíbulas de doble resorte (González-Tablas 1990: 12-28; González-Tablas et alii 1991-92).

La atribución estratigráfica que plantea el famoso depósito de bronce orientalizantes constituye un caso más complejo. En la vivienda Sa-1 se descubrieron dos ajorcas con colgantes amorcillados, un broche de cinturón de un garfio con escotaduras laterales, un fragmento de una placa rectangular calada con la representación de un grifo sobre una palmeta y restos de la hembra en forma de parrilla, y otras chapas amorfas, algunas interpretadas como posibles recipientes o calderos. De su estudio tipológico se deduce una cronología del s. VI a.C. (Maluquer 1958a: 73-88); sin embargo su posición estratigráfica corresponde a la parte alta del nivel del Bronce Final. La interpretación a primera vista resulta complicada pero sería lógico pensar que, tratándose de un escondrijo o depósito, las piezas hubieran sido enterradas con posterioridad, lo cual estaría en consonancia con la atribución cultural y cronológica de los niveles del Hierro (Martín Valls 1986-87: 62; González-Tablas 1990: 59)<sup>52</sup>.

En el poblado abulense de las Paredejas (Medinilla), a los pies del cerro del Berrueco, se localizó un conjunto relativamente uniforme de cerámicas a peine y a torno, fíbulas de doble resorte con puente filiforme, botones radiales de braserillos metálicos similares a los de Sanchorreja, colgantes amorcillados, pequeños cuchillos afalcatados de hierro, cuentas de pasta vítrea y fragmentos de ungüentarios policromos (Fabián 1986-87: 279-286). Estos materiales no proceden de excavaciones sistemáticas, pero los datos tipológicos que proporcionan son firmes y permiten datar el yacimiento a partir del siglo VII a.C hasta conectar con

---

<sup>52</sup> Probablemente lo que debió suceder es que en la ocultación del depósito se rompió el suelo original de la vivienda, hasta conectar con los estratos inferiores del Bronce.

## LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

el Hierro Pleno, que también estaría representado en el inmediato asentamiento de Los Tejares. Algunos materiales, como los famosos bronce votivos (Almagro-Gorbea 1977: 255), proceden del área del Berrueco sin mayor especificación toponímica, por lo que no hay que descartar, sino todo lo contrario, una ocupación del Hierro I en lo alto del cerro, donde excisión y boquique pudieron prolongar su existencia hasta el siglo VIII a.C, máxime si se valora positivamente el lote de hierros del nivel inferior de la choza Be2 (Maluquer 1958b: 48, fig. 8).

Algunos sondeos y prospecciones sistemáticas en la región, como las efectuadas en Las Zorreras (Muñana) y El Castillo, en Herguijuela de Ciudad Rodrigo, nos llevarían a valorar nuevos hallazgos vinculados al Soto (Fabián 1993: 288; Martín Benito y Martín Benito 1994: 118-120). Del citado en segundo lugar se obtuvo un fragmento posiblemente pintado en rojo con decoración geométrica, además de un conjunto de piezas incisas y otras con digitaciones y ungulaciones impresas en los bordes. Citas más confusas del Inventario Arqueológico de Salamanca podrían sugerir la existencia de estaciones análogas en El Torrejón (Alba de Tormes) y El Castañar (Colmenar de Montemayor).

Al sur de Gredos, los vestigios con que contamos son también pocos, deudores en su mayoría de la cultura orientalizante. Este período cobra cada día más importancia pues su conocimiento es necesario tanto para establecer una secuencia que se pueda relacionar con los castros extremeños de la Edad del Hierro, de cronología todavía imprecisa, como para llegar a tener una visión general de los Vettones más meridionales y de su substrato orientalizante, en un espacio cuyo carácter fronterizo ha sido repetidamente señalado (Rodríguez Díaz 1994 y 1995; Alvarez-Sanchís e.p.\*). La base documental se encuentra en la conocida serie de objetos hallados fuera de contexto pero de extraordinaria significación. Las placas áureas del tesoro de Pajares (Villanueva de la Vera), los bronce de Las Fraguas en Arroyo Manzanas (Las Herencias), la rica tumba de El Carpio (Belvís de la Jara) o las fíbulas anulares del supuesto enterramiento de Azután (González Cordero *et alij* 1993; Celestino 1995: 74 y fig. 7; Fernández-Miranda y Pereira 1992: 63 ss.) constituyen los hallazgos más elocuentes, asociados casi todos ellos a cerámicas pintadas y en un contexto cronológico uniforme a lo largo del siglo VII a.C., y tal vez de mediados del VI a.C..

De otra parte, recientes prospecciones efectuadas a partir del Tajo han venido a enriquecer en un sentido amplio el poblamiento de la primera Edad del Hierro (Martín Bravo 1996: 118 ss.). Este sería el caso de los castros de La Silleta (Cañaveral), La Porra (Mirabel), La Muralla (Valdehúncar) y, sobre todo, Talavera la Vieja (Martín Bravo 1996: 158-162<sup>53</sup>; Jiménez Avila y González-Cordero, e.p.\*), solar de la Augustobriga vettona citada en las fuentes y el cerro "Cogolludo" (Navalvillar de Pela), en la orilla derecha del Guadiana e identificado, no sin controversia (Canto 1989: 183 ss. y 1995: 160; Aguilar y Guichard 1995: 28-39), con la ciudad vettona de Lacimurga<sup>54</sup>. Ambas han permitido constatar la importancia de las cerámicas grises, pintadas y otros restos arqueológicos al menos desde finales del s. VII a.C. o inicios del VI a.C. hasta la romanización, siendo un testimonio más de la intensa vinculación de estos grupos periféricos con el mediodía peninsular. Una situación análoga podría darse en Serradilla, Berzocana o Madrigalejo, aunque las referencias son más imprecisas, además de otros hallazgos aislados que han revelado restos de epigrafía tartésica - Almorquí (Madroñera), Cañamero, Monfragüe (Torrejón el Rubio) - al norte del Guadiana y en la cuenca del Tajo (Celestino et alii 1993: 315-317).

Este es, a grandes rasgos, el panorama que ofrece el sector suroccidental de la Meseta. Sólo Sanchorreja y el área del Berrueco, junto a los yacimientos del Tormes/Huebra, constituyen por ahora los emplazamientos más significativos para la valoración cronológica y cultural del sector abulense-salmantino durante la primera Edad del Hierro, algo que, sin duda, merecerá revisiones futuras. Cabría por tanto plantear a qué se debe el escaso número de yacimientos detectado en este momento frente a las comunidades del Bronce Pleno-Final; la muestra apenas alcanza una cuarentena de sitios entre poblados y hallazgos aislados, por lo que la relación es prácticamente de 2 a 1. Abordaremos en este apartado algunos problemas inherentes al registro arqueológico.

..... (a) El vacío de referencias debe relacionarse en primer lugar con el nivel de

---

<sup>53</sup> Haría referencia, en particular, al hallazgo de urnas y platos grises de tradición tartésica, algunas tipo Cruz del Negro, con buenos paralelos en Medellín.

<sup>54</sup> Del mismo término o en las proximidades, aunque en este caso descontextualizados, proceden diversos depósitos del Bronce Final (Celestino et alii 1992: 312-313), por lo que no sería del todo descartable una ocupación desde ese momento.

## LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

investigación. Faltan por un lado excavaciones en los castros del occidente salmantino (Santonja 1991: 26). No sería arriesgado pensar que algunos tuvieran su raíz en el Hierro I o incluso en la Edad del Bronce, pero en general los testimonios más antiguos y de cierta entidad no suelen remontarse más allá de inicios de la segunda Edad del Hierro (Martín Valls 1971b: 137-138 y 1973a: 94-95). También falta un estudio en profundidad del poblamiento en las estribaciones meridionales de Gredos, máxime en algunas áreas como los valles del Alberche y Tiétar, tradicionalmente abandonadas en el plano arqueológico. En las tierras al sur del Tajo la situación es relativamente precaria, aunque en los sectores más occidentales difiere sustancialmente de la conocida con anterioridad gracias a recientes trabajos de prospección y arqueología espacial (Martín Bravo 1994 y 1996). Sólo Medellín y Cancho Roano ofrecen un punto de referencia cercano desde el punto de vista estratigráfico (Almagro-Gorbea 1977: 415-481; Almagro-Gorbea y Martín 1994; Maluquer *et alii* 1986; Celestino y Jiménez 1993), pero se trata de ocupaciones orientalizantes vinculadas a la más inmediata periferia tartésica, a partir ya del Guadiana.

(b) Conviene recordar que una gran parte de los hábitats Cogotas I que se diseminaron a lo largo del territorio ostentaban ocupaciones poco prolongadas y estacionales, por lo que resulta a todas luces improbable asumir la contemporaneidad de todos los asentamientos reflejados en el mapa. Los poblados de la nueva etapa tienen mayor entidad que los del Bronce, pero a cambio son menos numerosos; hasta cierto punto ello reflejaría la existencia de un poblamiento mucho más selectivo y nuclearizado. Desde este punto de vista la sensación de vacío entre Cogotas I y la plenitud del Hierro quedaría relativamente atenuada.

(c) Carecemos de datos paleoambientales para tratar sobre posibles fenómenos de deterioro de los suelos, pero la disminución del número de yacimientos también podría relacionarse con las prácticas de pastoreo extensivo y de tala y roza, que habrían provocado su agotamiento, máxime en terrenos poco propicios para las labores agrícolas. Este desequilibrio entre población y recursos desde las postrimerías del Bronce Final e inicios del Hierro también podría relacionarse con las nuevas condiciones climáticas, acantonándose la población allí donde existía suficiente pluviosidad para permitir el aprovechamiento agropecuario del territorio. No es casualidad que los yacimientos que sobreviven a la nueva

etapa se distribuyan preferentemente en las estribaciones de las sierras que circundan los valles.

(d) En otros yacimientos, a la ocupación del Bronce Final sucede con posterioridad el Hierro II. Si hubiéramos de atenernos a estos elementos seguramente mantendríamos para los mismos la etiqueta de hiatus hasta el momento de los castros vettones. Sólo la presencia de algunos vestigios justificarían la referencia al Hierro I, dado que en algunos casos parece seguro que no estamos ante restos circunstanciales.

Un caso paradigmático sería el del castro de las Cogotas, donde tras una efímera y poco importante ocupación de la colina en el Bronce Final, fechable en algún momento entre el 1200 y el 800 a.C. el lugar parece abandonarse unas centurias hasta la plena Edad del Hierro (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995). Interesa señalar sin embargo un conjunto de vasos y cuencos que presentan la particularidad de estar decorados mediante aplicaciones o botones de cobre en la superficie exterior del cuerpo, en ocasiones acompañados con decoración sencilla a peine que sigue un diseño quebrado o en zig-zag (Cabré 1930: 53-56, láms. XXXVIII-XLII). El primer sistema decorativo es frecuente en recipientes del Bronce Final/Hierro del Mediodía Peninsular, con claros paralelos en Andalucía y Extremadura - Cerro de la Encina, Setefilla, Medellín - y en contextos de la novena y octava centurias a.C. (Arribas *et alii* 1974: 141 y 148; Aubet 1975: 139 y 153; Almagro-Gorbea 1977: 104). También se ha documentado un ejemplar en el enterramiento del Carpio, datándose el conjunto en la segunda mitad del s. VII a.C. (Pereira 1989: Fig. 3, nº 5) y otro en el nivel V de Sanchorreja, que puede llevarse a inicios del Hierro (González-Tablas 1986-87: 51).

Sugiere Martín Valls (1986-87: 62-64) la posibilidad de que algunos de estos vasos de Las Cogotas fuesen sincrónicos a las cerámicas a peine más antiguas, apoyando una fecha entrada en el siglo VI a.C.. Sin descartar que alguno sea más tardío - una de las piezas está torneada - otros sí podrían remitirnos a esta fase inicial de la Edad del Hierro en el castro, en particular el cuenco y la copa decorada con motivos de peces, hallados conjuntamente en la casa nº. 3 (Cabré 1930: láms. XL y XLI-2). La pieza con decoración zoomorfa y botones de cobre tiene su mejor paralelo en uno de los vasos de la tumba 65 del Raso de Candeleda, decorado con

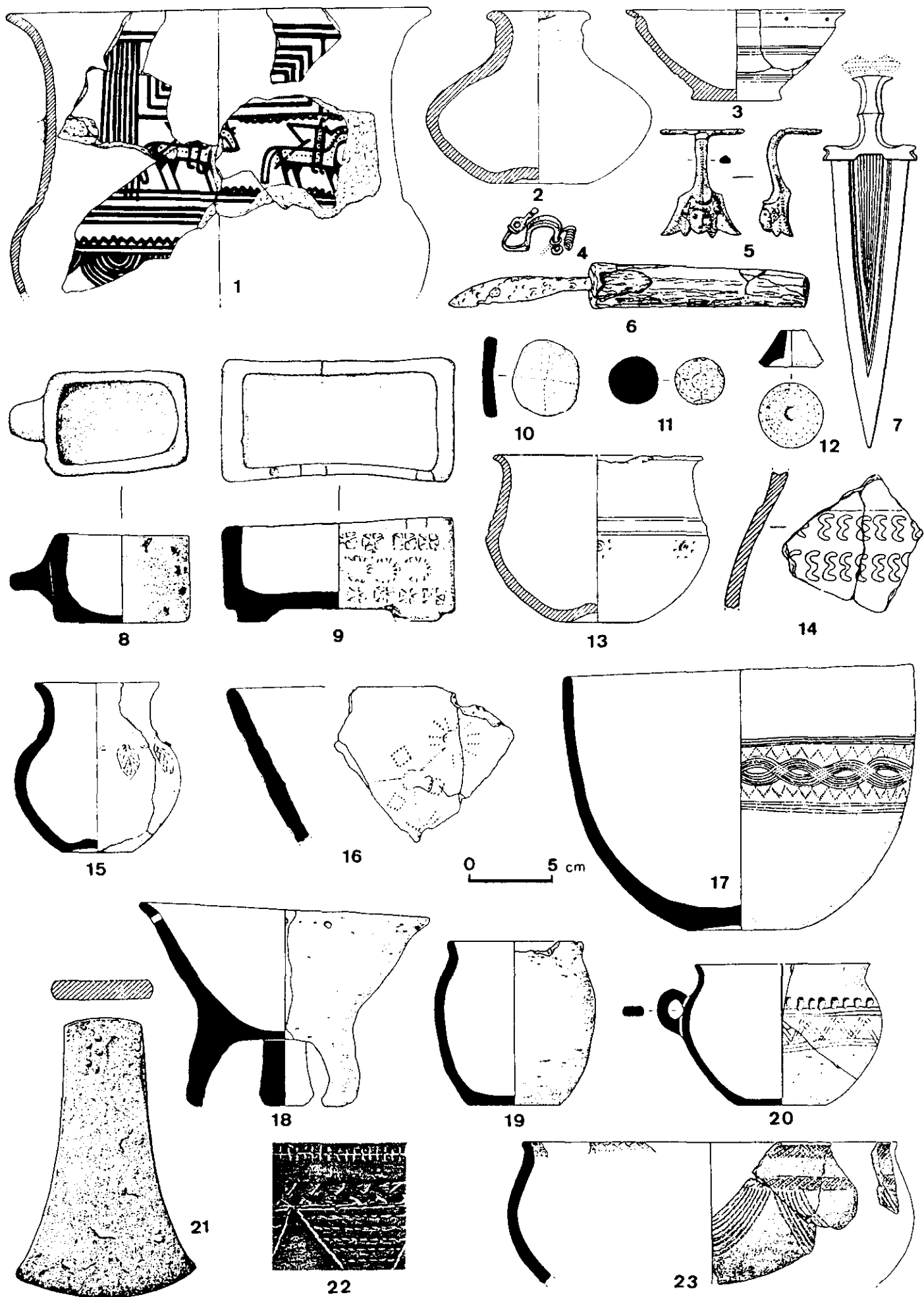


Fig. 12. Materiales del Bronce Final y la Edad del Hierro de Las Cogotas.

un pez inciso vertical; el enterramiento es de los más antiguos de la necrópolis y su excavador lo lleva a la 2ª mitad del s. V a.C (Fernández Gómez 1986: 873 y fig. 293) dándose además la circunstancia de que los fragmentos de la vasija en cuestión proceden del relleno de la tumba, luego podrían llevarse a una data algo más alta.

Parece probable que la excavación de Cabré afectó, sin reconocerlo, a niveles más antiguos de algunas casas de la segunda Edad del Hierro, máxime además si tenemos en cuenta que las cerámicas de la plenitud de Cogotas I halladas en el poblado aparecían también mezcladas con materiales más modernos (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995: 214). Adquiere así todo su sentido el hallazgo, también en la misma vivienda de Las Cogotas, de uno de los pies de bronce de un posible trípode o mueble en forma de garra de animal y una asa, ésta de localización imprecisa pero dentro del castro, cuyo extremo reproduce una cabeza de rostro femenino (Cabré 1930: 92: lám. LXIX y LXX; Kurtz 1980), análoga al fragmento de cabecita hathórica descubierta en Sanchorreja (González-Tablas 1990: 15, 23, fig. 5) y que encaja bien con los recipientes orientalizantes de los siglos VII al V a.C, como ocurre con el ejemplar decorado de la necrópolis de La Joya (Garrido 1970: láms. XVII-XVII)<sup>55</sup>. La cabeza con peinado hathórico es un elemento iconográfico bien conocido en el Mediterráneo y dentro del orientalismo peninsular, que vemos igualmente asociada a los bronce de El Berrueco (Almagro-Gorbea 1977: 254).

Estas fechas también pueden ser válidas para algunos materiales del Raso de Candeleda. Son por una parte objetos de importación, sobre todo la figurita de bronce etrusca, el ungüentario de vidrio polícromo - que debió perdurar un tiempo hasta ser depositado, ya roto, en una de las tumbas - o alguna cuenta de collar, y por otra diversos productos indígenas como el broche de cinturón de un garfio o los colgantes amorcillados (Fernández Gómez 1972, 1986: 479-480, 822-827 y 1995: 152-153, 188-189). Tampoco descartaría relacionar esta etapa con el inmediato yacimiento de "El Castañar", poblado que se ha vinculado cronológicamente a la necrópolis de incineración abulense del Hierro II, pero donde

---

<sup>55</sup> El asa de Las Cogotas debió formar parte de algún tipo de recipiente orientalizante o jarro, que Cabré (1930: 92) interpreta en forma de oinochoe. Por otro lado, dos discos de bronce con perforaciones y decoración incisa también procedentes del castro (1930: 92, lám. LXX), podrían interpretarse como apliques que se relacionan con los conocidos braserillos o recipientes rituales metálicos.



## LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

también resulta significativa la presencia de piedras de molino barquiformes y abundante cerámica a mano con decoración peinada (Fernández-Gómez y López 1990: 96-99; Fernández Gómez 1995: 154-155), que podrían elevar la datación antigua del sitio a fines del s. VI o inicios del s. V a.C..

Resta finalmente por saber la adscripción cronológica de los recipientes metálicos o aguamaniles de bronce hallados en el castro de Yecla y en el término de Gavilanes (Blázquez 1975a: 109, nota 1; Fernández-Gómez 1995: 164), de donde procede también alguna joya de oro, y que podríamos relacionar con el vecino castro de La Pinosa. A la vista de los datos no se puede descartar una ocupación puntual durante el Hierro I en estos emplazamientos. *Desafortunadamente la documentación es muy imprecisa, se trata por lo general de colecciones privadas y desconocemos la tipología de las piezas.* El encuadre temporal de estos objetos es relativamente amplio (Cuadrado 1966; De Prada 1986), pudiéndose tratar desde importaciones o imitaciones del área tartésica hasta producciones locales y seguramente más tardías, ya del Hierro Pleno. En Yecla se constata además cerámica a peine antigua, testimonio que podría llevar a fechas más altas el yacimiento o como mínimo de transición al Hierro II (Martín Valls 1973a: 91, 94, fig. 9), emparentando de este modo con Sanchorreja y el Picón de la Mora. De Solosancho/Ulaca se conocen por otro lado colgantes amorcillados que podrían llevarse a este momento (Molinero 1958: 50, nota 36), aunque hay que reconocer que la cronología de estas piezas sigue siendo muy flexible (González-Tablas 1990: 21)<sup>56</sup>.

La cuestión es determinar el significado de tales restos en el interior de los yacimientos. Ciertamente podrían responder a huellas de antiguas ocupaciones; pero también podría ocurrir que se tratara de objetos reutilizados o incluso resultantes de pérdidas casuales producidas en zonas que por sus características ejercieron cierto atractivo a las pequeñas comunidades de la primera Edad del Hierro. Por otro lado, la explotación agropecuaria y la actividad urbanística de la Prehistoria tardía aparejó de hecho la remoción de estructuras y otras evidencias de ocupación, apenas unos siglos después de su erección, por lo que no se puede

---

<sup>56</sup> El Inventario Arqueológico de Salamanca se refiere por otro lado a una posible asa de brasero, algunas cuentas de pasta vítrea y abundantes cerámicas a mano procedentes del Teso del Dinero, en Cerezal de Peñahorcada, que también podríamos añadir al conjunto. Sin embargo la imprecisión en la descripción de los hallazgos hace difícil su adscripción cultural y exige comprobaciones futuras.

descartar que el desarrollo de los oppida vettones haya influido decisivamente en la destrucción de vestigios del Bronce Final y de la primera Edad del Hierro. De ahí que la distribución que se observa en el mapa del Hierro I pueda ser, hasta cierto punto, incompleta.

Asumiendo, por tanto, la exigua documentación en la zona, hay que pensar no obstante que en la primera Edad del Hierro existió un poblamiento indígena, que aunque tampoco debió ser importante, si parece reconocerse en el registro arqueológico.

Una parte de estos yacimientos no responde al modelo habitual de asentamiento de tipo Soto, pero la mayoría manifiesta por lo general pautas muy sostenidas en cuanto a su ubicación estratégica y en sitios muy significados del paisaje (Fig. \*). Cerca del 67% se ubica en cerro, un porcentaje similar se desprende para los que se asocian a terrenos de pasto y más de un tercio de los hábitats (37%) viene a coincidir con los viejos castros del Bronce Final. La impresión que se obtiene sólo en las tierras de Avila y Salamanca es aún más significativa, con un 75% de los poblados en alto y un 62% ocupado desde Cogotas I, por lo que parece factible considerar una cierta diferenciación a la altura del Tajo y las estribaciones meridionales de Gredos.

Los poblados no cuentan siempre con muralla pero lo que si se observa es que la mayoría busca emplazamientos defensivos. La relación de algunos con el Bronce Final es innegable y el reaprovechamiento de estructuras antiguas debió ser común en unos casos, como pudo ocurrir con el Berrueco. El nuevo lienzo de Sanchorreja, que González-Tablas (1986-87: 52 y 1990: 73) fecha de forma un tanto imprecisa en la sexta centuria a.C., seguiría en parte el trazado de la muralla del Bronce Final (González-Tablas et alii 1986: 122). Más que como elemento estrictamente defensivo, apenas necesario por las dificultades de acceso, debió de servir para encerrar e identificar un espacio habitado y controlado por la aristocracia local, y separarlo de este modo del exterior. Entre las principales novedades debe reseñarse la muralla de El Castillo, en Herguijuela de Ciudad Rodrigo (Martín Benito y Martín Benito 1994: 119). La destacada topografía del yacimiento salmantino y las características de sus defensas, de aparejo sencillo y sin cara vista, son argumentos que podrían paralelizarlo con los castros más

## LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

antiguos del sector.

Tras estas evidencias subyacen dos importantes problemas. En primer lugar la propia condición de los materiales arqueológicos. Por su estilo, algunas cerámicas recuerdan notablemente otras del Soto de Medinilla, pero también resulta llamativa la abundancia de objetos suntuarios de raíz orientalizante en nuestro sector. En segundo lugar queda pendiente la interpretación del poblamiento en el marco general de la Primera Edad del Hierro. En la nueva lectura de los datos sorprende, con todo, el fuerte contraste que representa el elevado índice de ocupación del centro y norte del Duero, frente a los territorios suroccidentales de la cuenca. Estas diferencias requieren evidentemente una explicación, sin duda compleja, por cuanto en ella han de conjugarse no sólo los aspectos demográficos, sino también sociales y económicos. Abordemos ambas cuestiones.

**2.2. La arquitectura doméstica.** La existencia de una arquitectura de adobe y de viviendas de planta circular, han sido argumentos de carácter estructural favorablemente esgrimidos a la hora de identificar un poblado con la facies Soto (Romero 1992) y, por las mismas razones, su ausencia para negarle tal carácter. Las excavaciones de Salamanca y Ledesma han supuesto un importante empuje en la investigación del Hierro I al haberse comprobado el empleo de la planta circular. El dato no sólo es novedoso para las ciudades en cuestión, sino también por ser los puntos más meridionales en la dispersión de esta arquitectura de adobe conocida. En Ledesma (Benet *et alii* 1991) se han localizado tres cabañas superpuestas, con pinturas murales y bancos corridos. La concepción formal de las viviendas y el bagaje material hallado es uniforme, por lo que no plantea graves problemas de interpretación. Parecen evidenciar una ocupación continuada y quizá no excesivamente prolongada en la séptima centuria a.C.. En el cerro de San Vicente, donde también se han hallado materiales de tipo Soto (Martín Valls *et alii* 1991: 149 ss., fig. 2), los datos son más escasos. Todo apunta al hallazgo de una cabaña circular de adobes con vestíbulo pavimentado a la entrada, en un estrato reciente de la secuencia y con cerámicas pintadas y peinadas asociadas, que se ha datado a finales del s. VII a.C o comienzos del VI a.C. (Benet *et alii* 1991: 133-135).

En términos cronológicos las viviendas circulares podrían caracterizar una primera etapa en los diferentes grupos castreños conocidos, hasta ser progresivamente sustituidas por las rectangulares (Almagro-Gorbea 1994a: 23)<sup>57</sup>. Sorprende sin embargo el contraste entre las plantas redondas de los yacimientos salmantinos de tipo Soto frente a la arquitectura de piedra y planta rectangular o cuadrada de Sanchorreja (Maluquer 1958a: 28-32), tan próximas en el espacio y en el tiempo. Apenas se conocen en esta zona otros restos de viviendas que no sean las documentadas en el Hierro Pleno, si se exceptúan las estructuras de Arroyo Manzanas (Las Herencias), en uno de cuyos sectores se aprecian muros de piedra rectos - quizá un mero empedrado pues la descripción es muy imprecisa (Moreno 1990: 279, 291, foto 1) - lo que llevaría a considerar una relación de semejanza con las poblaciones serranas<sup>58</sup>. Los castros que se levantan entre el Tiétar y la sierra de Gredos ofrecen a menudo estructuras pétreas cuadradas y poligonales pero los materiales arqueológicos no son nada elocuentes (Fernández Gómez 1995: 163-164). Desde luego el uso mayoritario de la piedra o el adobe debe estar en función de la geología local; con dicho criterio Esparza (1990b: 104) hablaba de petrificación al tratar el núcleo zamorano, aunque fuese a nivel de los cimientos<sup>59</sup>. Eso mismo sucede todavía en las construcciones rurales de la región montañosa abulense-salmantina, donde el granito sigue siendo el elemento básico. Hay no obstante algunas excepciones. Este sería el caso del empleo - no exclusivo - de adobe en Ledesma, asentada sobre un canchal granítico (Benet *et alii* 1991: 133-134), cuya trascendencia sin duda se ha sobredimensionado.

Respecto al uso generalizado de una u otra planta podrían aducirse los influjos que desde el Mediodía peninsular o el Valle del Ebro han incidido en la configuración inicial del urbanismo doméstico (Palol y Wattenberg 1974: 33-34; Martín Valls y Delibes 1978a: 228-229; Romero 1992: 207), pero dichos estímulos

---

<sup>57</sup> Como confirmaría, por ejemplo, la vivienda rectangular exhumada en Salmantica, en un contexto del Hierro pleno (Martín Valls *et alii* 1991: 155-156), frente a la cabaña circular del cerro de San Vicente ya citada.

<sup>58</sup> Más clarificadoras resultan las habitaciones de planta rectangular excavadas en el sector III del mismo yacimiento (Moreno 1990: 279, figs. 3-4), pero tal vez correspondan a un momento más avanzado de la Edad del Hierro.

<sup>59</sup> Tampoco descarta el mismo autor (1990b: 104) variaciones de índole cronológica, al señalar la posibilidad de que el uso exclusivo del adobe, en sustitución de la piedra, fuera resultado de los avances técnicos. No obstante, habrá que deslindar bien el papel jugado por las características locales y los materiales empleados, dado que las respuestas no son idénticas en todas las zonas (Romero 1992: 208-209). En Cuéllar, por ejemplo, a las casas de planta rectangular con adobes del poblado II suceden, a partir del tercero, viviendas con cimientos de sillarejo (Barrio 1993: 184, 196).

## LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

no explican por sí solos la diferente gama de posibilidades que éstas ofrecen. Así lo evidencia el emplazamiento de viviendas cuadrangulares en tierras sedimentarias típicas del horizonte Soto, como La Mota o Cuéllar (García y Urteaga 1985: 128-130, figs. 41-42; Barrio 1993: 184-185, fig. 6).

Cabría valorar una interpretación más funcional, relacionada en cierto sentido con las actividades agropecuarias que predominan en cada sector, en el contexto de una organización social indígena más compleja. Por ejemplo no hay que descartar una diferente organización del espacio interno, como se ha puesto de manifiesto para las viviendas del Medio y Alto Ebro (Ruiz Zapatero *et alii* 1986). Las viviendas circulares del grupo Soto, que salvo alguna excepción no están compartimentadas<sup>60</sup>, destinan ciertas actividades artesanales o de almacenamiento a otras construcciones distintas y anejas (Romero 1992: 204-211). Por el contrario en Sanchorreja no se han localizado estructuras más pequeñas o de diferente morfología; podría presumirse que la función de despensa y otras actividades se organizaba entonces en el interior de la vivienda familiar. Esta idea se vería refrendada con los datos de los poblados superpuestos de Cuéllar, que ofrecen una trama arquitectónica cuadrangular relativamente compleja (Barrio 1993: 184, 196-197). El poblado II, fechado en la sexta e inicios de la quinta centuria, ofrece dos viviendas adosadas y a su vez compartimentadas por medio de tabiques de adobe. El siguiente, de transición al segundo Hierro, enriquece el esquema incorporando algún espacio porticado y áreas de actividades o usos diferenciados, como silos y hornos de pan. Los datos exhumados en La Mota, menos precisos si se quiere, confirman nuevamente la existencia de muros que delimitan habitáculos interiores (García y Urteaga 1985: 129, 135; Seco y Treceño 1993: 139).

De esta serie de evidencias podría desprenderse que las estructuras cuadrangulares en tierras al sur del Duero eran más frecuentes, aunque no exclusivas. También es verdad que los datos son insuficientes y se corre el riesgo de hacer más teoría general de la que en realidad puede hacerse. Pero del mismo modo hay que pensar que la caracterización de la planta es consustancial con un

---

<sup>60</sup> En concreto la vivienda salmantina de la fase III de Ledesma (Benet *et alii* 1991: 122, fig. 2), que conserva en su interior un pequeño muro y delimita un espacio no apto para la habitación. Significativamente, el muro divisorio aparece levantado con bloques de granito, frente al empleo mayoritario del adobe en el resto de la construcción.

determinado concepto del espacio doméstico y de la organización socio-económica del poblado.

**2.3. La cerámica.** Por lo que a la cerámica se refiere, el catálogo de formas y decoraciones presentes en los yacimientos son los habituales en el horizonte Soto II. Así lo atestiguan los típicos recipientes de pies realizados con molduras, los vasos con decoraciones incisas a base de triángulos rayados o las características digitaciones y ungulaciones impresas sobre el borde o bajo él (Martín Valls 1986-87: 60-65; Benet *et alii* 1991: fig. 5; Martín Valls *et alii* 1991: 149-151, fig. 2). Los conjuntos se pueden paralelizar con ejemplares del valle del Ebro que se fechan en los siglos VII-VI a.C., pertenecientes a los Campos de Urnas de la Edad del Hierro (Ruiz Zapatero 1995: 35), de la misma manera que se ha hecho con otros yacimientos del Duero (Romero 1980: 145 ss.). También ofrecen gran interés, en cuanto a sus paralelismos se refiere, los platos, fuentes o tapaderas de borde almendrado, que se han relacionado con influencias mediterráneas (Martín Valls y Delibes 1978a: 228-229). Tipológicamente, las formas de más amplia difusión son los cuencos, los perfiles carenados y en S y las vasijas globulares con cuello ligeramente vuelto (Armendáriz 1989: 90-91, 107-125; González-Tablas 1989 y 1990: figs. 12-15; Benet *et alii* 1991: 129). De todas formas no pueden excluirse perduraciones de formas cerámicas del Bronce Final hasta bien entrada la Edad del Hierro, como los vasitos carenados de superficie bruñida, que reclaman paralelos en el mediodía peninsular, los cuencos hemisféricos o las impresiones digito-unguladas.

La uniformidad arqueológica de este grupo parece diluirse conforme avanzamos hacia el sur. A partir de la línea del Tajo se enrarecen significativamente algunos hallazgos a favor de otros nuevos, como las cerámicas grises recientemente detectadas en Talavera la Vieja (Martín Bravo 1996: 158 ss.) o en el Cerro del Royo, junto al Puente del Arzobispo, aunque también es verdad que la información disponible en la zona es muy débil, la cerámica está insuficientemente descrita y necesita todavía de matizaciones importantes. La huella de una rica toréutica y orfebrería dejada por las élites sociales y religiosas son prácticamente los únicos datos de que se dispone para esta compleja zona (Celestino 1995: 67-68, 75 y e.p.\*).

## LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

**2.3.1. La cerámica pintada.** Entre las cerámicas decoradas merecen ser citadas las especies pintadas, cuya presencia se está generalizando en los yacimientos de la Meseta y de la Península Ibérica en general (Werner 1990). Hasta no hace mucho habían venido considerándose como un elemento significativo de procedencia ultrapirenaica (Maluquer 1957), valorándose su relación con varios yacimientos del valle del Ebro, en particular con el poblado PIIb de Cortes de Navarra (Maluquer 1954a: 114-117). Con posterioridad se ha llamado la atención sobre la raigambre meridional de éste y otros elementos. Estas cerámicas bícromas en rojo y amarillo se tipifican en el conjunto que Almagro-Gorbea (1977: 458-461) definiera en su día como "Meseta", inspirado a su vez en las cerámicas pintadas andaluzas, fijándose respectivamente sus cronologías en los siglos VII-V a.C. y VIII-VII a.C. A favor de esta hipótesis hablarían los hallazgos de Sanchorreja (Maluquer 1958a: 43-47), Ledesma, el cerro de San Vicente (Benet *et alii* 1991: 129, 134), El Berrueco/Las Paredejas (Fabián 1986-87: 281-283), La Mota (Seco y Treceño 1993: 156, fig. 14), El Castillo en Herguijuela de Ciudad Rodrigo (Martín Benito y Martín Benito 1994: 119-120) y el espectacular lote de cuencos de la tumba de El Carpio, en Belvís de la Jara (Pereira 1989: figs. 1-2). También en este mismo contexto hay que considerar el tipo denominado "Medellín" - probablemente emparentado en algunos rasgos con el grupo andaluz - que además de la bicromía puede incorporar otros colores, asociándose a motivos figurativos orientalizantes además de geométricos (Almagro-Gorbea 1977: 454-461; Almagro-Gorbea y Martín Bravo 1994: 112 ss.).

Uno de los recipientes de la Aldehuela (Santos Villaseñor 1990: 228-229) se ha relacionado con el tipo citado - dato que también es extensivo para alguno de los ejemplares de Ledesma (Benet *et alii* 1991: 129-130, 134) - por lo que no hay que descartar cuencos inspirados en este particular estilo orientalizante de la séptima centuria a.C. en tierras del Duero, aunque su representación a partir de este río sea lógicamente más débil. Asimismo Barrio (1993: 190) ha llegado a sugerir cierta similitud, desde el punto de vista técnico, entre el tipo "Medellín" y uno de los vasos policromos de Cuéllar, ejemplar que no obstante denota unas características propias (y una cronología más reciente \*).

En general, puede afirmarse que la mayor parte de los ejemplares decorados con pinturas geométricas en rojo y amarillo del suroeste de la Meseta, apuntan con

bastante claridad a los siglos VII-VI a.C. y sugieren la existencia de una red de estímulos culturales entre Andalucía y la Baja Extremadura con las tierras del interior. Con todo, se viene llamando la atención sobre la arribada de cerámicas pintadas a través de la vía de la Plata desde fechas bastante más antiguas, en concordancia con las cronologías calibradas que se conocen (Ruiz-Gálvez 1995b: 81-83). La pieza de San Pelayo en Martinamor, en contextos iniciales de Soto I, se ha vinculado con las cerámicas monócromas de la ría de Huelva, en asociación con especies de retícula bruñida e incluso con estas últimas, que se datan en los siglos IX y VIII a.C. (Benet 1990: 89; Benet *et alii* 1991: 133-135).

En la revisión de la bibliografía relativa a estos conjuntos suele advertirse sin embargo una preocupación reiterada sobre el origen y filiación de estas cerámicas, cuya presencia o ausencia en los yacimientos de la Edad del Hierro ha condicionado la cronología e interpretación de éstos, y con las que, en general, parece estarse gestando un fósil-director como lo fueran las propias cerámicas decoradas de Cogotas I. Pero lo fragmentario de los hallazgos, su amplia difusión y la falta de homogeneidad dibuja un panorama mucho más complejo, cuyo foco de origen no parece ser precisamente unilineal. A falta de un estudio desde el punto de vista técnico, es difícil saber si alguno de los cuencos pintados pudo fabricarse fuera del territorio. Los paralelos no son exactos y es muy plausible que algunas piezas imiten motivos no locales, como ponen de manifiesto las cerámicas vinculadas al estilo orientalizante de Medellín. Sin embargo también hay que advertir la relevancia del substrato indígena y el papel jugado en la gestación del nuevo estilo. Algunos argumentos apoyan de forma convincente la importancia del substrato y la complejidad del proceso:

- técnicas y motivos no constituyen una aportación "ex novo". Cerámicas pintadas monócromas en rojo y desarrollando motivos geométricos se conocen en contextos del Bronce Final. Así lo avalan yacimientos Cogotas I como Sanchorreja (Maluquer 1958a: 39-40), Ecce Homo (Almagro-Gorbea y Fernández Galiano 1980: 108) o Arenero de Soto (Martínez Navarrete y Méndez Madariaga 1983: 223), donde el gusto por lo barroco se pone de manifiesto en la presencia de incrustación en pasta roja además de la blanca que ya se había venido utilizando desde el campaniforme (Fernández-Posse 1986-87: 235). El carácter fuertemente local de las cerámicas pintadas también se ha señalado para las andaluzas, con



## LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

formas del Bronce Final y motivos de tipo geométrico local no orientalizante (Almagro-Gorbea 1977: 460).

- la pintura bícroma se advierte en formas de los Campos de Urnas (vasos troncocónicos y bitroncocónicos), además de otras de inspiración mediterránea (platos y recipientes de borde almendrado) y nuevamente de tradición del Bronce Final (cuencos carenados).

- la combinación en un mismo vaso de técnicas pictóricas y otras de indiscutible arraigo indígena, como las decoradas a peine, por ejemplo en La Mota y Cuéllar (Seco y Treceño 1993: 156; Barrio 1993: 189).

Este estilo geométrico se ha relacionado con la expansión de los motivos procedentes de las culturas pastoriles. Los nuevos patrones decorativos en las cerámicas que se difunden por el Mediterráneo reflejarían la llegada de telas decoradas de Centroeuropa (Sherrat 1993a), aunque también se ha sugerido la vía del comercio con Levante desde finales del segundo milenio a.C. (Ruiz-Gálvez 1995c: 149). Este proceso explicaría, en definitiva, el desarrollo de las cerámicas pintadas en la Península Ibérica e igualmente la decoración mural de las viviendas por lo menos desde los siglos X-IX a.C..

Por tanto, la posibilidad más lógica es la de ver en estas cerámicas la unión de influjos externos diversos, pero absorbidos por las comunidades indígenas y en las que se reflejan técnicas propias. Desde un punto de vista material podemos considerar a la mayoría como productos autóctonos aunque inspirados en modelos del mediodía peninsular, que habrá que relacionar con el horizonte precolonial. Probablemente este proceso arrancararía a finales de la Edad del Bronce con las pintadas monocromas del valle del Guadalquivir, Extremadura y las cerámicas de incrustación en rojo de Cogotas I. Las cerámicas pintadas del suroeste de la Meseta conocerían un nuevo y fuerte impulso a partir de inicios del Hierro, en el contexto del comercio protohistórico fenicio y tartésico de vajillas y telas suntuarias.

**2.3.2. La cerámica a peine.** Desde el punto de vista arqueológico Martín Valls señalaba (1986-87: 61 ss.), tratando de apreciar la personalidad de esta

zona, un horizonte antiguo, o "Cogotas IIa", que entroncaría con la facies Soto. Para ello tomaba en consideración una nueva especie cerámica caracterizada por sus decoraciones a peine, cuya cronología remontaba a mediados de la sexta centuria. La antigüedad de estas cerámicas en el grupo abulense-salmantino, según González-Tablas (1990: 70-74), vendría avalada por su constatación allí desde el 650 a.C. y constituirían un elemento característico de los niveles superiores de Sanchorreja, o "Sanchorreja II", al defender una cultura paralela a la de Soto de Medinilla en el SO de la Meseta. Sin embargo, una reciente y completa revisión sobre esta cerámica en el valle del Duero, llevó a Delibes y Romero (1992: 251 ss.) a confirmar su nacimiento en las comunidades del Hierro I y en contextos de la facies Soto. También es verdad que las especies a peine muestran una incidencia mucho más marcada en los territorios al sur de la cuenca, de donde proceden los conjuntos de piezas más representativos (Fig. \*), definiendo en la plenitud del Hierro la llamada Cultura de Cogotas II.

Un aspecto que podemos destacar es la relación que se observa entre los vasos de Sanchorreja, el cerro de San Vicente, el poblado del Picón de la Mora, La Mota y Cuéllar, todos ellos en contextos bien datados de la primera Edad del Hierro y de transición al siguiente (González-Tablas 1989; Armendáriz 1989; Martín Valls 1986-87; Seco y Treceño 1993; Barrio 1993). Sus posibilidades formales no evitan la impresión de una cierta similitud desde el punto de vista compositivo y un aspecto muy peculiar en su producción, que deriva esencialmente de cinco rasgos (Alvarez-Sanchis e.p. \*):

- (1) la predilección por ejecutar motivos simples, bandas quebradas y onduladas en zig-zag, y series de sogueados preferentemente,
- (2) la decoración también actúa en el interior de las vasijas, estilo que nos remite a las cerámicas pintadas y de tradición del Bronce Final,
- (3) el tipo de peine empleado es casi siempre inciso, rasgo que a la postre será característico de Cogotas II,
- (4) Los esquemas decorativos, resueltos generalmente con una sola técnica y motivo, cubren amplios espacios,

## LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

(5) las formas son las típicas del horizonte Soto (vid. supra), sobre todo en cuencos, platos y vasos de tendencia carenada<sup>61</sup>.

Por tanto es posible advertir un estilo inicial, ca. 650/600-450/400 a.C., para este primer momento de las cerámicas a peine. Recientes intervenciones en otros yacimientos del Duero, caso de Roa, el castro del Viso en Bamba o Simancas (Sacristán de Lama 1986: 78-79; Esparza 1990b: 115; Quintana 1993: 82, fig. 12) avalan la presencia de este tipo y su evolución a lo largo de la secuencia estratigráfica en contextos Soto. Otro tanto pudo haber ocurrido con algunas de las cerámicas halladas en Yecla de Yeltes, Las Cogotas, El Castañar de Candeleda, Sieteiglesias, Gorrita, Ledesma, Las Paredejas o Villanueva de la Vera. La simplicidad de sus motivos recuerdan a los arriba citados e incluso en la mayoría contamos con galbos decorados a peine tanto al interior como al exterior de la pieza (Martín Valls 1973a: 94, fig. 9; Palol y Wattenberg 1974: 93-94, 195, figs. 16 y 68; Benet et alii 1991: fig. 5, nº 4)<sup>62</sup>. No obstante subsiste en la mayoría el problema de su encuadre cronológico, habida cuenta sus condiciones de hallazgo, ya sea por proceder de prospecciones o de niveles de revuelto<sup>63</sup>.

La génesis de estas cerámicas se ha relacionado con las incisas de tipo Soto, aquellas que ostentan rayados muy finos, formando triángulos y en vasos de buena calidad (Martín Valls 1986-87: 65, fig. 1). Apreciación recientemente corroborada en La Mota, donde la cerámica a peine va apareciendo progresivamente en un proceso normal de evolución de las cerámicas de tipo Soto. Hacia el mundo de las cerámicas pintadas apuntan también algunos rasgos de estilo. Por ejemplo el hecho de que los vasos decorados a peine en su interior presenten una composición radial con motivos geométricos simples, como los platos y cuencos hemisféricos de Sanchorreja (Armendáriz 1989: 108-109, 124);

---

<sup>61</sup> Por su riqueza formal merece destacarse el lote de Sanchorreja (González-Tablas 1989: 119-122), pero antes habrá que deslindar con nitidez el valor cuantitativo de los tipos documentados.

<sup>62</sup> Las distintas necrópolis y el poblado localizado en La Cañada de Pajares (Villanueva de la Vera), donde se han realizado algunas intervenciones puntuales (González Cordero et alii 1990; Rodríguez Díaz y Enríquez 1992: 537 ss.; Celestino 1995: 81-82), han deparado abundante cerámica a peine. Entre estas destacan algunos platos con decoración interna en un contexto de los siglos V y IV a.C. (Sebastián Celestino, com. personal).

<sup>63</sup> La representación de esta cerámica en la submeseta sur es muy débil y seguramente importada; pero, por su estilo y cronología, podría también incluirse el conjunto funerario hallado en la necrópolis de Las Esperillas, en Santa Cruz de la Zarza (García Carrillo y Encinas 1990; Blasco y Barrio 1992: 292 y 301).

cuando la decoración es exterior, los temas ofrecen entonces una disposición metopada (González-Tablas 1989: 119, figs. 2 y 3). Es posible añadir dos consideraciones más. Por un lado, el dato de que algunas producciones vasculares ofrezcan la combinación de peine y pintura en un mismo recipiente, recordemos en este sentido algunos vasos de La Mota y Cuéllar a que ya hemos hecho alusión<sup>64</sup>. La otra razón estriba en la analogía de algunos motivos, que podrían apuntar a idéntica dirección. Este proceso se observa perfectamente comparando las series de sogueados y cestería que decoran los vasos pintados de Ledesma (Benet *et alii* 1991: lám. VI), La Mota (Seco y Treceño 1993: fig. 14) o la Aldehuela (Santos Villaseñor 1990: 231, lám. 3), con las cerámicas de Cogotas II<sup>65</sup>.

Los materiales, en definitiva, ilustran una simbiosis desde el punto de vista técnico e iconográfico entre las producciones incisas y las pintadas. Pero todos estos esquemas no son nuevos en la primera Edad del Hierro. Incluso sería factible que estas cerámicas entroncaran con la tradición compositiva del Bronce Pleno-Final. La decoración interior, el uso del cuenco como soporte más apreciado y que los motivos en zig-zags simples o en series paralelas ofrezcan mayor protagonismo, podría relacionarse con recipientes análogos de Cogotas I (Fernández-Posse 1986-87). Además, la dispersión de una parte de los asentamientos donde menudean estas cerámicas, coincide con los reductos donde tipos y técnicas del Bronce Final perduraron hasta imbricarse en la nueva etapa. El dato no puede concretarse más pues existe un lapso de tiempo, todavía impreciso, entre las últimas producciones de Cogotas I y el arranque del nuevo estilo. Desde este punto de vista, los vasos peinados podrían ubicarse a partir del s. VII a.C., paralelos al auge de las cerámicas bícromas y las incisas típicas del Soto, hasta su sustitución progresiva por el torno a finales de la Edad del Hierro.

#### 2.4. La aportación orientalizante. La valoración del fenómeno

---

<sup>64</sup> Los platos decorados a peine coinciden en La Mota con la irrupción de las cerámicas a torno de tradición ibérica, habiéndose sugerido una relación desde el punto de vista formal, en un intento por parte de los grupos indígenas de emular los nuevos tipos (Seco y Treceño 1993: 160).

<sup>65</sup> Motivos análogos, por ejemplo las series de sogueados y zig-zags, aparecen también decorando los broches de un garfio y escotaduras laterales, como los recuperados en Sanchorreja (González-Tablas *et alii* 1991-92: 314, fig. 4, arriba y fig. 5, abajo).

## LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

orientalizante en las tierras del interior ha ido creciendo estos últimos años hasta esbozar una situación lo suficientemente clara y a la vez compleja como para entender su impacto sobre las comunidades indígenas de estas regiones (Almagro-Gorbea 1977, 1991a y 1993a). Desde un punto de vista geográfico parece lógico pensar que la influencia del Mediodía peninsular fue evidente al sur de Gredos y con mayor incidencia en los territorios comprendidos entre el Tajo y el Guadiana, pero requiere de algunas matizaciones importantes ya que la presencia de objetos de similar categoría y funcionalidad es también evidente en los sectores serranos, contexto además avalado a partir de la existencia de importaciones de origen mediterráneo desde el Bronce Final.

*Al alejarse del hinterland tartésico extremeño, la menor intensidad de los influjos en las regiones más alejadas explica que los elementos orientalizantes se limiten a algunas importaciones dirigidas a las élites. No obstante, parece claro que sólo objetos muy determinados por su utilidad y significado ideológico traspasaron la línea del Tajo, o bien se fabricaron imitando modelos externos. Un breve repaso a las principales aportaciones en esta zona se podría organizar en varias categorías.*

**2.4.1. Elementos asociados a la vestimenta, objetos de tocador y joyas.** La generalización creciente de fibulas y broches indican cambios en el vestir, ya iniciados en la fase precolonial con las fibulas de codo, pero que tendieron a desarrollarse cada vez más conservando un estatus social elevado. Las fibulas de doble resorte se distribuyen en la mayoría de los castros de la región suroccidental, en contextos a partir del s. VII y VI a.C., cuyo uso probablemente se asociaba a tejidos de procedencia mediterránea. Algo semejante puede decirse para la fibula de pie levantado tipo "Bencarrón", los broches de cinturón de placa calada y también los de un garfio de Sanchorreja, El Raso o El Carpio (González-Tablas 1989: 125; González-Tablas et alii 1991-92: 311-316; Fernández Gómez y López 1990: 98; Pereira 1989: \*). De entre todos estos objetos habría que destacar la hebilla de cinturón tartésica con representación de un grifo hallada en el primero y datada en la sexta centuria (Maluquer 1958a: 73-88) - cuya temática decorativa se ha relacionado con algunas placas y peines de marfil de Carmona y Acebuchal (Cabré 1944) - y el fragmento de otra sin decoración cuyos paralelos se han buscado en la necrópolis de Medellín (González-Tablas et alii 1991-92:

316). Por su probable procedencia orientalizante y su relación con las nuevas formas de vestimenta y exhibición, podrían citarse algunas cuentas de collar de vidrio polícromo halladas en Las Paredejas, el Raso y Sanchorreja (Fabián 1986-87: 283; Fernández Gómez 1986: 480; González-Tablas 1990: 14, fig. 3,Q) y un colgante en flor de loto oriundo de este último (*id.* 1990: 15 y 22).<sup>66</sup>.

Entre los elementos de tocador de filiación mediterránea hay que resaltar el uso del perfume, tal vez de origen ritual, como evidencian los *aryballoi* de pasta vítrea hallados en Las Paredejas, El Raso y La Mota, y el alabastrón de cerámica de la tumba del Carpio (Fabián 1986-87: 283-285, fig. 5,2; Fernández Gómez 1972: 278-289 y 1986: 822-825, fig. 353,2; Seco y Treceño 1993: 137; Pereira 1989: 404). Los primeros podrían fecharse en los siglos VI y V a.C. a la vista de: (1) sus características tipológico-decorativas, bien sistematizadas por Fossing (1940), (2) sus paralelos más cercanos, como los alabastrones y *aryballoi* de Medellín y Cancho Roano (Almagro-Gorbea 1977: 279 y 470; Maluquer 1981: 277 y 340; Almagro-Gorbea *et alii* 1990: 257 y 279), y (3) las dataciones radiocarbónicas de La Mota en Medina del Campo<sup>67</sup>. alguna de las piezas, como la citada del Raso y dado su carácter excepcional, se ha podido amortizar en la necrópolis en un momento inmediatamente posterior, lo que permitiría interpretarlo como parte de un patrimonio familiar acumulado por herencia.

**2.4.2. Elementos de banquete asociados al consumo de carne.** Además de su estricta dimensión funcional, la introducción de elementos de banquete desde el Bronce Final supone la asimilación de prácticas de tipo ritual y funerario que seguramente enfatizan el rol del ganado como elemento de riqueza (Ruiz-Gálvez 1991: 288-289). En este momento estarían sobre todo representados por los asadores y calderos del Berrueco y Sanchorreja. Los recipientes de este último, muy fragmentados pero de evidente peso específico, evidencian sin embargo una

---

<sup>66</sup> Una valoración general sobre los objetos de filiación mediterránea documentados en la provincia de Avila, puede verse en el reciente trabajo de Baquedano (1996).

<sup>67</sup> Las dos fechas obtenidas en el sector C del yacimiento vallisoletano, en un punto superior de la estratigrafía, poseen desviaciones estándar aceptables (35 años) (Seco y Treceño 1993: 137), aunque sus intervalos de calibración son demasiado elevados (Ruiz-Gálvez 1995b: 80-81, fig. 15). La primera - GrN-17568 - se sitúa entre el 800-520 A.C., con los tramos más fiables entre la 1ª mitad del s. VIII y el 2º cuarto del s. VII/1ª mitad del VI A.C.. La otra datación - GrN-17569 - se enmarca entre el 720-380 A.C., con el tramo de la curva más aceptable a fines del s. V A.C.. Me inclino a considerar viables las fechas de los siglos VI-V A.C., cronología que está en consonancia con los materiales hallados en esta cuadrícula, entre ellos varios fragmentos de cerámica ibérica a torno, además del ungüentario en cuestión (Seco y Treceño 1993: 170).

## LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

tipología atlántica, datándose entre los siglos VII al V a.C. (González-Tablas 1990: 18, 27). En cualquier caso, el consumo ritualizado de comida responde en última instancia a tradiciones mediterráneas (Almagro-Gorbea 1974 y 1991a) donde, además de los calderos y asadores localizados en la región, también debieron participar los ganchos para la carne (Delibes *et alii* 1992-93).

**2.4.3. Elementos asociados al ritual de libación.** Probablemente se trata de las piezas más relevantes por su significado cultural. El primer grupo estaría representado por los jarros de Las Fraguas, Villanueva de la Vera y Coca, y se corresponden con los llamados jarros tartésicos como los de la Aliseda o Siruela, bien datados en los siglos VII y VI a.C. (García y Bellido 1970; Blázquez 1975a: 60 ss.). Los recipientes rituales metálicos con asas de manos o "braseros", sistematizados por Cuadrado (1966), se documentan bastante bien en la región, según ponen de manifiesto los hallazgos de tipo oriental e ibérico en los alrededores del Berrueco, Sanchorreja, Villanueva de la Vera, Las Fraguas o El Carpio, pudiendo llevarse los más antiguos a la sexta centuria a.C. o tal vez a la segunda mitad del s. VII a.C. (Maluquer 1956a: 26, 102, 115; González-Tablas *et alii* 1991-92: 316 ss.; Celestino 1995: 82; Fernández Miranda y Pereira 1992: 66, 68)<sup>68</sup>.

Jarros y aguamaniles de bronce podrían haberse utilizado en libaciones de carácter funerario. Por ejemplo las tres piezas de Las Fraguas, en Arroyo Manzanas (Las Herencias), constituídas por un jarro, un timiaterio y un posible brasero, se han identificado con un ajuar funerario (Fernández Miranda y Pereira 1992: 66). Este conjunto se ha considerado característico de los individuos más relevantes tanto del área tartésica como de su hinterland (Aubet 1984). La coherencia de las tres piezas también parece identificarse en La Cañada de Pajares (Villanueva de la Vera) aunque las connotaciones relativas a su localización y características no están bien explicitadas (González Cordero *et alii* 1993: 251, fig. 1). Además los contextos de aparición difieren de una zona a otra, desde posibles tumbas como

---

<sup>68</sup> Los datos sobre el hallazgo de ejemplares análogos en Yecla de Yeltes (Blázquez 1968: 109, nota 1) son muy imprecisos. Los testimonios más antiguos y de cierta entidad no parecen remontarse más allá del 500 a.C., pero no se descarta una ocupación todavía anterior (Martín Valls 1973a: 95). Por otro lado, teniendo en cuenta su morfología y los contextos arqueológicos asociados, entre los siglos IV y III a.C. se han fechado los recipientes de tipo ibérico hallados en el castro del Picón de la Mora (Martín Valls 1971b: 136-137), la necrópolis de la Osera (Cuadrado 1966: 35-37; Baquedano 1990: fig. 12 y 1996; Baquedano y Escorza 1995: fig. 5) y el hallado cerca del Raso (Fernández Gómez 1986: 893, fig. 473).

las citadas o las asimismo próximas del Carpio y Azután, a deposiciones rituales de significación más imprecisa en el caso de Sanchorreja, El Berrueco/Las Paredejas y los otros hallazgos de la región abulense-salmantina, la mayoría fuera de contexto. Dentro de estos conjuntos podrían añadirse el vasito de plata para libaciones de la tumba del Carpio, que se ha relacionado con las phiale mesomphaloi (Pereira 1990; Fernández Miranda y Pereira 1992: 68), el fragmento de cabecita hathórica de Sanchorreja y el asa de las Cogotas asociada a una cabeza de estilo análogo (González-Tablas 1990: 15, 23, fig. 5; Kurtz 1980), aunque desconocemos el tipo de recipiente al que debieron ir asociados, así como la pequeña figurita etrusca reclinada del Raso datada en la quinta centuria a.C. (Fernández Gómez 1986: 479-489). Ofrece un vástago y una perforación para fijarla a otra pieza, por lo que debió servir como asa o adorno de algún recipiente metálico, quizá un timiaterio. En idéntico sentido abundarían los prótomos de caballo en bronce de Las Paredejas y Sanchorreja (Fabián 1986-87: 283, fig. 5,1; González-Tablas et alii 1991-92: 324), que se han relacionado con los aparecidos en Zalamea de la Serena (Maluquer 1981: 290, fig. 10).

Es muy significativo apreciar la concentración de evidencias funerarias en torno a la vega del Tajo, dato que abundaría en su carácter fronterizo para esta etapa<sup>69</sup>, mientras los hallados al norte aparecen en contextos de poblados y podrían asociarse a ritos de libación domésticos. En cualquier caso, lo que si parecen reflejar todos los ejemplos citados es el énfasis de la aristocracia local.

**2.4.4. Orfebrería y elementos votivos asociados al culto religioso.** Repetidamente mencionados en la bibliografía son los famosos bronce votivos del cerro del Berrueco, que representan a una divinidad femenina oriental de carácter

---

<sup>69</sup> Como también se deduce en un contexto del Bronce Final y de transición al Hierro I, de la distribución septentrional de las estelas decoradas (Galán 1993: fig. 5), ejemplos de una tradición indiscutiblemente indígena aunque su interpretación siga siendo discutible. Posiblemente las estelas de las Herencias estén señalando uno de los pasos vadeables del río, lo que no excluye que su contenido tenga un carácter simbólico de tipo funerario (Id. 1993: 22 y 99). Otros testimonios arqueológicos, como los restos epigráficos tartésicos, evidencian una importante aculturación ideológica en los siglos VII-VI a.C. hasta la altura del Tajo (Almagro-Gorbea 1990: 97 y 1991: 588, 594, fig. 7; Celestino et alii 1992: fig. 3). Sin embargo, se han señalado recientemente elementos gramaticales indoeuropeos - concretamente celtas - en las inscripciones del SO. (Correa 1989 y 1992). La inscripción de Almorquí (Cáceres) podría evidenciar contactos entre las poblaciones autóctonas y grupos meseteños llegados a la zona. En todo caso, aun admitiendo este último ejemplo, los problemas de desciframiento son todavía complejos y probar que la lengua de las inscripciones del Suroeste es indoeuropea está lejos de ser logrado (de Hoz 1993: 386; Gorrochategui 1993: 414-415).



## LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

solar<sup>70</sup> y de culto a la fecundidad, además de una figura de guerrero y la cabeza de un carnero también de bronce. Los primeros, tal vez anteriores a inicios del s. VI a.C., se han relacionado con la egipcia Hathor (Blanco Freijeiro 1965: 49 ss.), la Ashtart fenicia (Blázquez 1975a: 95) y la diosa Shepesh sirio-canaanita (Almagro-Gorbea 1977: 255). Sus características son una cabeza considerada por su estilo hathórica, dos pares de alas, flores de loto y un disco solar en el centro, elementos todos ellos bien conocidos dentro del orientalismo peninsular e indiscutiblemente vinculados al ámbito colonial (Almagro-Gorbea 1977: 253-255).

El carácter sacro del tesoro áureo hallado recientemente en La Cañada de Pajares (Villanueva de la Vera), cuya cronología se ha fijado entre la segunda mitad del s. VII a.C. y comienzos del VI a.C. está también fuera de toda duda (González Cordero *et alii* 1993; Celestino 1995: 74 y fig. 7). Constituido por dos placas o diademas gemelas, una placa con la representación de un grifo, varias láminas igualmente de oro y otros materiales todavía en estudio, sus motivos iconográficos se han relacionado con el ciclo astral y elementos de gran arraigo en la orfebrería oriental, con temas como los discos y crecientes lunares, prótomos con peinados hathóricos, flores de loto, palmetas y otros motivos arborescentes, cuyas técnicas - filigrana y granulado - y representación volvemos a ver en el tesoro de Aliseda o en el cercano conjunto de Serradilla (Almagro-Gorbea 1977: 220, 226).

Desde un punto de vista tecnológico, cabría hacer la distinción entre aquellos elementos claramente ajenos a la región y los realizados por un artesanado especialista que imita o reproduce objetos importados. Alguno de los recipientes rituales metálicos de tipo oriental procedentes de Sanchorreja, los *aryballoi* de pasta vítrea o los jarros tartésicos, por citar los objetos más evidentes y excepcionales, podrían tratarse de productos importados llegados de los talleres coloniales o mejor fabricados en el ámbito del Guadalquivir. De procedencia foránea se han señalado asimismo algunos elementos del ajuar del Carpio, como el broche de cinturón, un posible brasero o el vasito de plata entre otros (Fernández Miranda y Pereira 1992: 68). Más discutible sería la procedencia de la hebilla tartésica, la cabeza hathórica y el colgante en flor de loto de Sanchorreja o alguno de los bronce votivos del Berrueco, pues se ha demostrado la aparente

---

<sup>70</sup> Se conocen hasta la fecha cinco ejemplares procedentes todos ellos de los alrededores del cerro, aunque uno de ellos podría tratarse de una falsificación realizada a partir de los anteriores (Almagro-Gorbea 1977: 254, nota 150).

tosquedad de los rasgos de las piezas (Maluquer 1958a: 84; Almagro-Gorbea 1977: 254; González-Tablas 1990: 22-23). Si el resto se trató o no de importaciones es más difícil de determinar. Por sus características la mayor parte podría ser el exponente de una metalurgia de producción local, aunque los modelos que reproducen son indiscutiblemente meridionales.

Estos elementos deben de entenderse por su valor como objetos de prestigio, alejados de la órbita del mundo cotidiano, ya que lógicamente no estaban al alcance de toda la sociedad. En general la cronología de todos ellos resulta algo incierta, abarca toda la primera Edad del Hierro hasta conectar con las importaciones precoloniales, pero puede afirmarse que su mayor esplendor acaeció entre el 650 y el 500/450 a.C., perfectamente afín a los contextos arqueológicos de los yacimientos considerados en la región occidental, a los paralelos de las piezas halladas en Extremadura y Andalucía y al desarrollo de las cerámicas pintadas.

**2.4.5. Elementos asociados a nuevas tecnologías.** Existe cierto consenso en otorgar a los fenicios la difusión de la metalurgia del hierro por el Mediterráneo occidental y la Península Ibérica (Snodgrass 1980; Ruiz Zapatero 1992), pero tampoco hay que olvidar que los primeros vestigios, con toda seguridad importaciones, ya se documentan en contextos pre-fenicios (Almagro-Gorbea 1993a; vid. Ruiz-Gálvez 1995c: 137-138).

Las evidencias más antiguas que poseemos para esta primera etapa en la región suroccidental serían: el famoso lote del nivel inferior de la choza Be2 del Berrueco y una hazuela de apéndices del mismo yacimiento (Maluquer 1958b: 48, fig. 8; Morán 1924: 22, lám. XIII,B), dos pequeños cuchillos del nivel V de Sanchorreja y posiblemente otras hazuelas aunque en contextos más imprecisos (González-Tablas 1986-87: 51; González-Tablas et alii 1991-92: 326), algunos fragmentos de hierro aparecidos en el nivel de contacto entre las fases I-II y en los correspondientes a las fases III y IV de la secuencia de Ledesma (Benet et alii 1991: 130), entre ellos una hoja y un cincel de pequeñas dimensiones; finalmente, dos cuchillos que formaban parte del ajuar de la tumba de El Carpio (Fernández Miranda y Pereira 1992: 68-69, fig. 11). Los últimos se asocian a un enterramiento cuya riqueza encaja bien con la idea de una aristocracia indígena que controla uno

## LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

de los vados del Tajo. Su emplazamiento sería una vía más en la introducción de este metal desde el SO. hasta las tierras del interior de la Meseta en un contexto de mediados del s. VII a.C., mientras los niveles de Ledesma se han fechado en torno a la primera mitad de la misma centuria.

A una data todavía anterior, en una fecha cercana al 800 a.C. y a la vista de los contextos cerámicos asociados, podrían llevarse los dos cuchillos de Sanchorreja y el depósito del Berrueco, que serían los más antiguos del sector. Su presencia no supone a priori un dominio de la producción local, pero el hecho de que se trate de útiles conlleva cierto conocimiento de su funcionalidad y tecnología en un contexto evidente de élite social. Este sería el caso de las dos navajas de afeitar, los dos escoplos y el punzón de hierro de El Berrueco (Almagro-Gorbea 1993a: 86 ss.). El depósito podría vincularse a un jerarca del poblado. Las navajas representan elementos de tocado personal que se identifican con un patrón estético muy determinado - el cuidado de la barba - y que, como en el caso de los peines de marfil o las pinzas de depilar, constituirían un símbolo de edad y jerarquía (Goody 1982; Ruiz-Gálvez 1995c: 139). Almagro-Gorbea (1993a: 86) señala que las navajas se basan en prototipos atlánticos y mediterráneos de bronce, por lo que reflejan una primera toma de contacto con este metal, llegando a defender una cronología precolonial (s. IX a.C.) para todo el conjunto.

Otro elemento muy interesante y que enlaza con lo anterior sería la hazuela de apéndices del Berrueco. La excepcionalidad de la pieza, al tratarse de un ejemplar de hierro, fue también valorada por Almagro-Gorbea (1993a: 82-84) juntamente con las hachas del depósito de Campotéjar (Granada), que fecha en los siglos X-IX a.C. y cuyas tipologías relaciona con las piezas de bronce itálicas continentales y de Sicilia, que a su vez derivarían de prototipos del Mediterráneo oriental. De Sanchorreja se conocen cinco hachas de hierro con alerones o apéndices laterales incipientes, que también tendrían su precedente inmediato en las hachas del Bronce Final (González-Tablas *et alii* 1991-92: 309, 325-326). Su forma, de lados cóncavos, se caracteriza por un estrechamiento de la hoja o talón a la altura de los apéndices, de modo análogo a las de Campotéjar y El Berrueco. Podría tratarse de un depósito a juzgar por el número de piezas halladas, pero no es posible saber nada más sobre su contexto. La ubicación cronológica es también muy problemática; su relación con las piezas de Granada y Salamanca podría

llevarnos a fechas elevadas, por encima del s. VIII a.C.; pero del mismo conjunto proceden otros siete ejemplares de distinta morfología - planos y de filo ancho, a modo de cuñas - similares al lote que recogiera Maluquer (1958a: 70, lám. XII, B) en un estrato alto del yacimiento. Ello haría posible mantener fechas de los siglos VII y VI a.C., salvo que para los de apéndices laterales estemos ante un fenómeno de perduración de viejos ejemplares.

A partir del "modelo de disponibilidad" propuesto por Zvelebil y Rowley Conwy (1986) para la difusión de la agricultura en Europa, Ruiz Zapatero (1992: 112) planteaba recientemente un esquema análogo para la difusión de la metalurgia del hierro en el NE de Iberia, añadiendo la figura del especialista itinerante. Desde luego la adopción rápida del hierro parece estar asegurada prontamente en Sanchorreja y El Berrueco. La idea de su difusión a través de artesanos puntuales explicaría casos como los citados, con conocimiento del trabajo del metal en fechas tan tempranas<sup>71</sup>. Vistas así las cosas, lo más lógico es pensar que los primeros hierros hayan sido importados en este contexto inicial como materia prima. Ello no excluiría una fabricación in situ, dado su carácter instrumental, habiendo sustituido a piezas generalmente de bronce. Podrían ser paralelos a los más antiguos establecimientos coloniales de la Península Ibérica, cronología que no contradice al resto de los materiales asociados y que, en el caso del nivel V de Sanchorreja, explicaría su continuidad con los estratos suprayacentes. Resulta difícil sostener una fecha anterior al 850/750 a.C. para estos primeros hierros, y si se hace hay que admitir que sobre un contexto precolonial que no permite mayores precisiones. También parece bastante evidente la importancia progresiva del hierro en los niveles superiores de Sanchorreja, que podríamos llevar a partir de los siglos VII-VI a.C., a la vista de las hachas, pinzas, cuchillos y algunas puntas de lanza recogidas en el yacimiento (Maluquer 1958a: 56, 70; González-Tablas *et alii* 1991-92: 326). Conviene asimismo tener en cuenta como otros testimonios más septentrionales, ya en el Duero medio, apenas si permiten remontar la presencia del nuevo metal por encima del 600 a.C. (Romero y Jimeno 1993: 196). Entre un momento avanzado del s. VII a.C. y el s. VI a.C.

---

<sup>71</sup> Ello también justificaría el hallazgo de hierros en los niveles inferiores de Soto de Medinilla y su datación con anterioridad al 650 a.C (Romero y Jimeno 1993: 196).

## LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

cabría fijar los hallazgos de La Mota (Seco y Treceño 1993: 142)<sup>72</sup>, La Aldehuela (Santos Villaseñor 1990: 231-232), Benavente (Celis 1993: 101) o Cuéllar (Barrio 1993: 189, 195). De todo lo anterior, parece evidente que la difusión del hierro permite establecer varias fases espacio-temporales hasta el conocimiento pleno de sus procesos tecnológicos (Fig. \*), fenómeno que corresponde en nuestra zona a la 2ª mitad del primer milenio a.C., en el contexto de la celtización.

Otro indicio importante es el de las primeras cerámicas a torno importadas, de origen claramente meridional. Algunos platos de borde exvasado y vasos globulares de pastas claras, con decoración pintada de color vinoso formando bandas paralelas y en ocasiones círculos concéntricos, se han recogido en los niveles de la primera Edad del Hierro de Sanchorreja, La Mota y Cuéllar - tampoco se descarta en Las Paredejas y en Villanueva de la Vera - relacionándose con modelos del horizonte ibérico antiguo a partir del s. VI y V a.C. (Maluquer 1958a: 92, lám. XII; González-Tablas 1989: 122, 125; Seco y Treceño 1993: 142, 169, fig. 7; Barrio 1993: 191-193, fig. 11; Fabián 1986-87: 283). A un contexto de mediados del s. VII a.C. podría llevarse alguna jarrita a torno lento del Carpio y otras referencias de cerámicas orientalizantes se conocen a la altura del Tajo - Talavera la Vieja, el Royo en Puente del Arzobispo (Martín Bravo 1996: 158 ss.; Jiménez Avila y González-Cordero e.p. \*) - límite que marcaría probablemente una primera fase en la aparición de estos productos<sup>73</sup>.

Los vestigios son pocos y han sido insuficientemente descritos y valorados, pero tienen un alcance relativamente importante que parece tener su umbral de penetración en una distancia de unos 200-250 Km. desde el valle medio del Guadiana y algo más de 350 Km. si se hacen llegar del Guadalquivir o el Sureste peninsular. A la vista de la cronología no cabe esperar su asociación a la expansión de los primeros hierros importados, pero sí a una fase inmediatamente posterior

---

<sup>72</sup> Además del fragmento en cuestión, localizado en el nivel VII del yacimiento, conviene tener presente el hallazgo de dos cuchillos de hierro y una fibula de doble resorte en otra cuadrícula que fuera excavada unos años antes (La Mota 2/nivel II-2 de García y Urteaga 1985: 77 y 79). Seco y Treceño (1993: 169-170) advierten la escasa potencia estratigráfica del sector excavado con anterioridad así como la uniformidad de los conjuntos cerámicos, mostrándose partidarios de identificar La Mota 1 y 2 con los niveles más antiguos del poblado. La posición estratigráfica de los dos cuchillos no está suficientemente explicitada pero, aún así, no descartaría la posibilidad de llevar a una data más alta estos hierros, en pleno s. VII a.C., a la vista de las fechas calibradas que se asocian a la fundación del poblado, con los tramos más fiables en la primera mitad del s. VIII A.C. y en el s. VII A.C. (Ruiz-Gálvez 1995b: 82).

<sup>73</sup> Platos de cerámica gris aparecen también entre la cerámica documentada junto al tesoro de Aliseda (Cáceres), con buenos paralelos en la necrópolis de Medellín (Almagro-Gorbea 1977: 218, fig. 79; Lorrio 1988-89: 312).

(ca. 650-500 a.C.)<sup>74</sup> que podríamos ligar con los primeros compases de la siderurgia local, paralelamente al auge de las cerámicas pintadas bícromas y al desarrollo de los vasos a peine. Las cerámicas a torno locales se documentan en la secuencia estratigráfica de algunos yacimientos a partir sobre todo de mediados del s. IV a.C., dato que abunda en el desarrollo sin solución de continuidad de la Edad Hierro, a la vez que demuestra que el proceso de adopción de la nueva tecnología en la Meseta se hizo de manera relativamente lenta.

La distribución de los hierros más antiguos en la región y de las fíbulas de doble resorte - de origen colonial fenicio - jalona claramente hacia el interior la difusión de los otros elementos orientalizantes y coinciden significativamente en las mismas áreas. Es decir, que puede seguirse perfectamente el camino de penetración del comercio tartésico a través de la Vía de la Plata y el valle del Jerte, hasta las altas tierras de Avila y Salamanca e incluso el Duero. Al valorar el mapa de dispersión general (Fig. \*), claramente se observa como la mayor densidad de hallazgos apenas traspasa la cuenca sedimentaria, observación que ya se había puesto de manifiesto con anterioridad (Martín Valls 1971b: 136-137, nota 42). El límite septentrional se localizaría entonces a la altura de Ledesma, el cerro de San Vicente en Salamanca, Sanchorreja, La Mota y Coca, cerca del Duero pero al sur del río, que parece marcar la dispersión hacia el norte de una gran parte de los objetos de raíz orientalizante.

A la vista de ello, parece que los castros occidentales que con más asiduidad mostraban durante el Bronce Final la presencia de objetos de tipología atlántica y mediterránea, aún mantienen una posición muy emblemática en la Primera Edad del Hierro, lo cual demostraría que (a) al menos una parte de las vías de comunicación por las que se desarrollaba el comercio indígena y precolonial sigue estando vigente, (b) las nuevas ideas y productos suntuarios tienen idéntica acogida en las élites del interior y (c) la estabilidad que ostentan los centros indígenas se ha desarrollado en buena medida a partir del control ejercido por las aristocracias locales sobre estas redes ganaderas y comerciales.

---

<sup>74</sup> Existen evidencias de la temprana presencia del torno en yacimientos andaluces con anterioridad a la colonización fenicia - Montoro, Purullena - por lo menos en el último tercio del II milenio a.C. y asociado a materiales tipo Cogotas I (Martín de la Cruz y Pertines 1994; vid. Ruiz-Gálvez 1995c: 137). Si, por otro lado, las cerámicas pintadas y los primeros hierros importados están llegando a la Meseta en fechas elevadas, tal vez haya que retrasar algo el conocimiento de las primeras cerámicas a torno si es que en un futuro se producen hallazgos significativos.

## LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

### **3. El poblamiento de la primera Edad del Hierro en el contexto socio-político de los intercambios.**

Cómo situar un fenómeno como el de estas aportaciones orientalizantes en relación con el aparentemente escaso nivel de poblamiento del suroeste de la Meseta, sobre todo si lo comparamos con la ocupación sistemática de los territorios periféricos del Duero y el Guadiana, no es tarea fácil.

- La aparente sensación de despoblamiento estaría parcialmente justificada si atendemos a las condiciones metamórficas de los suelos, menos aptos para el modelo de "colonización" agrícola. La región es más idónea para el desarrollo del ganado, de modo que la predisposición del ambiente no fomenta un cambio drástico en el equilibrio en favor del cultivo cerealista extensivo. En cualquier caso tal especialización no sería posible sin la práctica de una agricultura que proporcionara la base alimenticia para la mayor parte de la población. La abundancia de molinos es por ejemplo notoria en Sanchorreja, El Berrueco/Las Paredejas, Herguijuela de Ciudad Rodrigo o el Picón de la Mora, y seguramente sirvieron para majar gramíneas. Los análisis polínicos efectuados en el primero sugieren además un incremento muy significativo de cereal (González-Tablas 1986-87: 52), dato que ya corrobora Maluquer (1958a: 99) en los niveles superiores.

- Cabrían consideraciones de índole tecnológica; pudo así darse una dificultad en el aprovechamiento de los suelos pobres y duros de la región al no contar todavía con un instrumental de hierro suficiente y adecuado.

- En cierto modo la situación de partida era también diferente: al norte del Duero los incentivos que favorecieron la dispersión sistemática de los poblados de tipo Soto se vieron favorecidos no sólo por las ricas tierras aluvionales, sino por una organización social probablemente más compleja, que antaño ejercía su monopolio sobre los recursos minerales, los cuales todavía resultan muy atractivos a la demanda externa. Este mismo proceso de territorialización y de transformación económica favorecida por las élites se está produciendo en el hinterland extremeño de la vega del Guadiana posiblemente desde antes, aunque la expansión agrícola resulta más evidente en el contexto orientalizante (Almagro-Gorbea 1990: 98-100

y 1996a: 65 ss.; Almagro-Gorbea y Martín Bravo 1994: 122-124; Rodríguez Díaz 1994: 110 ss.).

Estos datos parecen apoyar la idea de que, no obstante los cambios que se están sucediendo desde la transición Bronce/Hierro en la propiedad de la tierra como consecuencia de las nuevas tecnologías agrarias y del aumento demográfico (Ruiz-Gálvez 1992), los procesos de transformación se están gestando a diferentes ritmos. Frente a un modelo de ocupación regular del territorio, es más realista en algunos sectores al sur del Duero, como el abulense-salmantino y las tierras septentrionales de Cáceres, un modelo irregular adaptado a las condiciones del paisaje y del substrato. Ello no excluye la aceptación social de los nuevos cambios, como queda demostrado en los yacimientos estables pero dispersos del territorio.

¿Qué buscaban los comerciantes en estas regiones?

El carácter perecedero de algunos productos, el hecho probable de que las aristocracias locales comerciasen indirectamente con intermediarios o que los intercambios tuvieran lugar en determinados asentamientos indígenas, hace muy difícil valorar qué tipo de mercancías se adquirirían en la región. Se darían a priori tres productos básicos e intercambiables a través de los cuales la élite accede a nuevas formas de riqueza: ganado, metal y hombres.

Cabe razonablemente suponer que el ganado y otros productos secundarios como las pieles jugaran un rol fundamental. Desconocemos si se criaban animales específicamente para su intercambio, pues los estudios faunísticos no proporcionan datos sobre estas actividades de producción y distribución. No obstante hay que reconocer la estrategia de algunos enclaves, que probablemente conjugaban la actividad productiva con la vigilancia de las rutas de paso. La posición privilegiada que ostentan los yacimientos de Avila y Salamanca sobre los pastizales (67%) y las vías pecuarias, o el hecho de que una parte importante de sus antecesores del Bronce Final manifiesten un patrón de poblamiento análogo, abundaría todavía más en esta cuestión. Los relatos míticos que recogen las fuentes y la riqueza de sus testimonios iconográficos permite suponerles un relevante papel socio-económico en las relaciones de intercambio (Pastor 1983: 166; Almagro-Gorbea 1991a: 586). Sobre la importancia del ganado en este momento podrían asimismo servirnos de



## LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

referencia los análisis faunísticos de Medellín y otros yacimientos orientalizantes que revelan un porcentaje elevado de bóvido (Almagro-Gorbea 1977: 472-474, 493; Almagro-Gorbea y Martín Bravo 1994: 122-123; Morales 1977 y 1994), acorde con las pautas generales de explotación ganadera para el suroeste peninsular<sup>75</sup>, habiéndose incluso atribuido a la influencia fenicia el incremento de cabezas y su mayor alzada (Amberger 1985). Pero esto era también común para toda la Europa Central de este momento (Jankuhn 1969: 75-79; Härke 1982: 200). (Medio Ambiente \*)

No existen evidencias arqueológicas ni tampoco textuales para esta etapa, pero la abundante demanda de esclavos en el mundo mediterráneo durante los siglos VII y VI a.C. (Härke 1982: 201; Nash 1985: 53 ss.), bien impulsado por griegos y etruscos, deja abierta la vía para este importante negocio.

Aunque escasos, la región también ofrece recursos minerales, en particular hierro, estaño y oro aluvial en el cauce del Tajo (Urbina et alii 1992 y 1994). En ello harán hincapié las fuentes antiguas al referirse a los placeres del aurifer Tagus (Estrabón 3, 2-5; Plinio n.h. 33,78, 34,55). Unas cuarenta citas de autores clásicos, según Roldán Hervás (1971: 182), se refieren al oro que arrastraba el Tajo. Desde luego la disposición de los hallazgos más ricos en la zona de Talavera y Puente del Arzobispo, cerca de los pasos de Tornavacas y el Pico por los que es factible cruzar el Sistema Central, apoya tal interpretación. Un origen filoniano se ha defendido para el oro utilizado en Villanueva de la Vera, en relación con el macizo de Gredos (González Cordero et alii 1993: 258). El occidente de Salamanca, sobre todo hasta la línea del Tormes/Duero, podría favorecer la obtención de estaño, aunque el registro arqueológico es particularmente pobre. La idea del control de la vía de la Plata, que conecta con las regiones estanníferas atlánticas, parece muy razonable; desde mucho antes determinados hallazgos y tesorizaciones muestran las conexiones atlánticas con este territorio.

Seguramente es a partir de mediados del siglo VII a.C., a la vista de la cronología de los objetos y la intensificación de los contactos con el suroeste, cuando podría estimularse una producción excedentaria y también un incremento

---

<sup>75</sup> Los ovicápridos constituyen la especie doméstica dominante en una parte de los yacimientos de Andalucía Occidental, si bien más por número de restos conservados que por aporte de biomasa (Belén y Escacena 1992: 76-77).

de capturas de hombres para acceder a los productos de lujo y otros elementos básicos de primera necesidad como la sal.

**3.1. Una primera reflexión: asentamientos en el territorio o estructuras territoriales.** Queda abierta la cuestión de si las mercancías indígenas se trasladaban a largas distancias hasta el Bajo Guadalquivir, de modo que los establecimientos extremeños se hubieran constituido en un intermediario privilegiado entre las demandas fenicias y tartésicas y las sociedades ganaderas más septentrionales de Avila y Salamanca. A juzgar por los datos disponibles, la existencia de comunidades asociadas a centros políticos de tipo palacial en la Alta-Media Extremadura y Valle medio del Guadiana como Cancho Roano, Torrejón de Abajo o Campanario-Magacela (Almagro-Gorbea 1996a: 55 ss.; Almagro-Gorbea *et alii* 1990; Rodríguez Díaz 1994: 112 ss.), que centralizarían las producciones e importaciones y las redistribuirían en su hinterland - como también se debe interpretar Medellín (Almagro-Gorbea 1990: 96-97; Almagro-Gorbea y Martín Bravo 1994: 124) - podrían corroborar esta idea. Las relaciones serían probablemente esporádicas e intermitentes en las regiones más septentrionales, pero los emplazamientos referidos dejan entrever un interés muy específico por el control de las rutas comerciales hacia la Meseta occidental, donde el espacio fronterizo del Tajo jugaría sin duda un papel relevante. Está claro que estas redes de distribución sólo eran factibles allí donde existieran centros de poder que garantizasen las vías de paso y la producción de excedentes. Desde luego la evidencia arqueológica apunta a la existencia de una jerarquización incipiente desde el Bronce Final, condición indispensable para poder afrontar nuevas fórmulas de alianza a partir de los siglos VIII y VII a.C.

Al norte del gran río nos encontramos por tanto ante unas pocas, pero muy significativas, comunidades jerarquizadas y estables. Mientras la mayoría de los asentamientos del Bronce Final en llano son abandonados (77%), muchos de los lugares de altura mantienen la ocupación dentro de un proceso sin solución de continuidad. Una ojeada a la distribución de los yacimientos parece demostrar que el problema estriba no sólo en la potencialidad demográfica del sector, sino en una reorganización del poblamiento acorde a un tráfico comercial intenso, donde el poder derivaría más del control de los intercambios que de la propiedad misma de

## LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

la tierra cultivable. Este interés por las vías de comunicación no prejuzga la estabilidad de cada uno de los hábitats, pero la lógica que rige en estos emplazamientos en alto se detecta ya desde Cogotas I.

Desde este punto de vista, parece razonable plantear que nos hayamos ante comunidades parcialmente inmersas en una economía de bienes de prestigio, que comercian con organizaciones políticas más complejas del hinterland tartésico extremeño, de modo relativamente análogo a los modelos formulados para las sociedades guerreras y las Jefaturas del mundo final hallstático centroeuropeo (Frankenstein y Rowlands 1978; Nash 1985; Wells 1988), trabajos que además han enfatizado el papel de las jerarquías preexistentes y el rol jugado por ellas en la construcción de las nuevas redes comerciales, en este caso con el mundo griego e itálico (Härke 1982; Brun 1987 y 1991; Pare 1991). Esto mismo es lo que propone Aubet (1990) a propósito del impacto fenicio en Tartessos y sus esferas de interacción. Sostiene la autora como las élites indígenas dominantes desempeñaron un rol de intermediarias entre los mercados coloniales y la periferia extremeña, a partir de un control socio-político y gradual del territorio. El modelo ofrecería otro nivel de interacción en los grupos aristocráticos asentados en el Valle del Guadiana (Cunliffe 1995: 16-17), proceso que se corresponde perfectamente con el ambiente orientalizante en Extremadura, ya preadaptado por los contactos mediterráneos del Bronce Final (Almagro-Gorbea 1990 y 1996a).

Considero por tanto que una dinámica comercial semejante a la conocida como centro-periferia, en un sistema jerárquico de circuitos de intercambio (*vid. Rowlands et alii* 1987; Ruiz Zapatero 1989b), favoreció en el occidente de la Península Ibérica la incorporación de otras sociedades más alejadas y marginales, cuyo nivel de interacción sería proporcionalmente inverso a la distancia recorrida. Los régulos extremeños, al igual que hicieron los fenicios respecto a las comunidades tartésicas del Guadalquivir, destinaron objetos de prestigio a los jefes locales de las tierras situadas al norte del río Tajo y su proyección hasta el Duero, asegurándose de este modo un suministro regular de materias primas (ganado, metal, hombres...) que a su vez reinvertiría en sus relaciones con los vecinos del sur.

Emergen así grupos aristocráticos protovettones en el suroeste de la Meseta,

probablemente asociados a territorios de control político, que se benefician de su posición geográfica y comercial. Algunos argumentos pueden resumir de forma más convincente nuestra hipótesis:

(1) La relevancia de las vías comerciales a media y larga distancia, a lo largo de las cuales se distribuyen los productos de la primera Edad del Hierro, se ve refrendada por la pervivencia de los núcleos de población hacia los altos que dominan directamente los vados de los ríos y las vías pecuarias, sucesoras de los viejos caminos de la Edad del Bronce.

Su influencia sobre el paisaje social del occidente de la Meseta se reflejaría en un incremento de las distancias entre los asentamientos jerarcas más importantes - a menudo determinados por barreras naturales como la sierra de Gredos - que oscilan con cierta regularidad entre los 50 y 75 km., completando el entramado de las vías de comunicación Norte-Sur<sup>76</sup>. Controlan territorios de cuatro unidades geográficas básicas (valles de Amblés, Tormes, Tiétar y Tajo) con un yacimiento jerarca de relativa entidad (Sanchorreja, El Berrueco, Cerro de San Vicente/Ledesma, Cañada de Pajares, Arroyo Manzanas...) y otros posiblemente más pequeños y subsidiarios que distan de los anteriores no más de 10 ó 20 Km.. Este modelo refuerza una interpretación en términos de incipientes estructuras territoriales y difiere respecto de los poblados del Bronce Final, aunque en numerosos casos subsisten los grandes hábitats. Esta valoración debe considerarse sólo aproximada, habida cuenta de los datos disponibles, y debe tomarse más como una vía de estudio que tendrá que mejorarse en el futuro, pero expresiva ya de por sí (Fig. \*). Incluso las distancias máximas (50/75 Km.) y el tamaño medio de estos territorios en torno a sus respectivos centros (20/40 Km. de diámetro), conforma un modelo relativamente análogo al de los principados centroeuropeos, con valores de 50/125 y 30/50 Km. respectivamente (Härke 1982: 196-197).

(2) El alto grado de convergencia, superior al 75%, entre estos centros dirigentes y los objetos de prestigio hallados en su interior. Lo que el registro arqueológico sugiere es mas bien la circulación y el intercambio de productos específicos, destinados a una clientela muy determinada, que accede a estos

---

<sup>76</sup> La cifra es ligeramente superior a la estipulada para los grandes poblados del Guadiana, entre 20 y 30 km., estructurados en torno al eje longitudinal Este-Oeste del río (Almagro-Gorbea 1990: 98-99).

## LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

mercados gracias a su capacidad adquisitiva y como tributo previo al establecimiento de alianzas y relaciones comerciales. La existencia de una orfebrería y toréutica orientalizante evidencia no sólo un proceso de aculturación, donde los artesanos copian los prototipos orientales, sino elementos integrados en las formas de pensamiento de las aristocracias locales, afectando incluso a las propias creencias religiosas. La diosa representada en los bronce del Berrueco (Almagro-Gorbea 1977: 254 ss.) es concluyente en este sentido. Este tipo de asimilación ideológica se manifiesta asimismo mediante la adopción, parcial o total, de nuevas prácticas funerarias (vid. infra). Es el caso de los jarros y braseros distribuidos entre el Duero y el Tajo, con los que se realizarían rituales y libaciones en honor de los individuos más relevantes.

(3) Un contexto dentro del cual los objetos de prestigio ostentan técnicas y decoraciones muy elaboradas, no constituye sólo un indicador del rango alcanzado por sus propietarios sino que también debe de indicar la alta estima en la que eran considerados ciertos especialistas. La fidelidad de algunos modelos tipológicos e iconográficos tampoco excluye la posibilidad de artesanos llegados de fuera y puestos al servicio de los régulos o jefes locales. Se ha puesto de relieve la existencia de un taller indígena en las faldas de Gredos de donde procederían las joyas de Villanueva de la Vera, a partir de las particularidades estilísticas, de los contenidos de aleación de oro, plata y cobre que estas ofrecen y de la disponibilidad de recursos metalíferos. En torno al lugar donde se produjo el hallazgo se recogieron dos toberas de arcilla, punzones y agujas diseñados para el repujado y grabado, un plato de balanza, un carrete de trefilar y un parahuso cilíndrico (González Cordero et alii 1993: 258-259), por lo que parece lógico deducir una actividad industrial de fundición<sup>77</sup>.

La carencia de análisis metalográficos impide conocer la tecnología del bronce y del hierro desarrollada en los yacimientos, pero algunos conjuntos metalúrgicos constatan centros de producción de cierta categoría. A la vista están los hallazgos de Sanchorreja, con piezas que imitan modelos foráneos y otros muchos de carácter indiscutiblemente local (González-Tablas et alii 1991-92), además de crisoles, moldes de fundición, escoplos, punzones de hierro y otros

---

<sup>77</sup> También se ha insistido en un taller indígena para las alhajas de la Aliseda, y no de Cádiz, poniéndose de relieve algunas analogías con las piezas de Serradilla (Perea 1990: 280).

útiles de trabajo industrial (Maluquer 1958a: 55-71). Desde un punto de vista social y tecnológico, parece evidente que el control sobre la producción de riqueza es tan conveniente como el control sobre las mismas fuentes, dándose un considerable incentivo para el desarrollo de estos técnicos especialistas (Megaw 1985: 167 ss.). Que tal conocimiento hubiera sido celosamente guardado por la clase dirigente también parece una inferencia razonable (Pauli 1978: 177).

(4) Los matrimonios mixtos o intercambios de mujeres de alto rango serían uno de los medios básicos de aculturación y de posibilitar pactos y sistemas complementarios de intercambio entre territorios (Ruiz-Gálvez 1992; Wagner 1995: 116-117). Así habría que interpretar el enterramiento de El Carpio (Pereira 1989), correspondiente a una mujer de elevada posición social y extraordinario por la riqueza del ajuar y el carácter orientalizante de muchos de los objetos - una clepsidra para trasvasar líquidos, jarritas fenicias, un vasito de plata cuyo origen debe buscarse en las phiae mesomphaloj para libaciones, algún recipiente a torno..... - . Un modelo análogo podría especularse para los vestigios de Las Fraguas y Azután (Fernández Miranda y Pereira 1992: 63-66, 70), y esta sería también la interpretación de los tesoros de la Aliseda (Almagro-Gorbea 1977: 204) y de Villanueva de la Vera<sup>78</sup>. Recientes hallazgos en esta última han deparado espacios funerarios, con la roca recortada en las laderas para ofrecer forma de túmulo artificial, imitando los túmulos funerarios tartésicos pero donde conviven materiales vinculados al ámbito inicial de Cogotas II y otros de tradición orientalizante, que se han datado sobre todo en los siglos V y IV a.C. (González Cordero et alii 1993: 260; Celestino 1995: 82; Celestino et alii e.p. y com. personal). Sería tentador vislumbrar la huella arqueológica de estos enterramientos aristocráticos en las tierras más septentrionales a finales de la primera Edad del Hierro, a la vista de la dispersión individualizada de jarros, aguamaniles de bronce y ungüentarios polícromos o aryballoj para perfumes y libaciones, reconociendo no obstante el ámbito doméstico de algunos de ellos.

(5) Varios datos sugieren que nos encontramos ante ceremonias

---

<sup>78</sup> Las joyas orientalizantes de Villanueva de la Vera aparecieron cerca de una vivienda (S. Celestino, com. personal), lo que no excluye su carácter sacro. En cualquier caso, el conjunto funerario formado por jarro, timiaterio y brasero también parece identificarse en la zona (González Cordero et alii 1993: 251, fig. 1). Este proceso quedaría bien patente en el túmulo de la Garganta de Minchones, donde se recogió el primer jarro tartésico de Villanueva (id. 1993: 260; vid. Blázquez 1975a: 60 ss.).

## LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

polivalentes, muy exclusivas de las élites, que en última instancia se convertirían en garantes de las alianzas políticas e intercambios comerciales. Los recientes descubrimientos de Sanchorreja, con un área de fuego muy intenso donde aparecieron fragmentos de cerámicas decoradas, calderos, braserillos, chapas metálicas con remaches, apliques y otros restos de bronce no autorizan a relacionar el lugar con una necrópolis en sentido estricto (González-Tablas 1990), pero desde luego pudo haber sido un espacio relacionado con el ritual funerario o más específicamente con banquetes rituales de comida ligados a aristocracias guerreras, actividad que no contradice la interpretación anterior (Delibes *et alii* 1992-93: 425-426)<sup>79</sup>. La estructura tumuliforme también hallada en la zona, construida con grandes bloques de piedra y adobes y donde se recogieron ofrendas muy seleccionadas - cerámica pintada y a peine, una fíbula de doble resorte, un asa en omega, un cuchillo y un escoplo de hierro así como fragmentos de mandíbulas de diferentes especies (González-Tablas 1990: 46-47, figs. 10-16) - abundaría en el significado ritual y emblemático del sector.

No resulta difícil imaginar que la funcionalidad de estas singulares construcciones y ceremonias subrayara connotaciones más propias de los santuarios o centros de culto, cuya fórmula más ambiciosa aunque ajena a nuestro territorio lo habrían constituido edificios públicos de corte palacial y religioso. Desde su destacada posición topográfica, debieron de presidir y sacralizar la actividad ritual y también comercial del territorio (Alvarez-Sanchís, e.p.\*). Si tenemos en cuenta que en el Hierro pleno hay constancia de la existencia de santuarios y peñas labradas en la fachada atlántica (Benito y Grande 1992; Almagro-Gorbea y Alvarez-Sanchís 1993), y que la significación de estos ritos revela viejas tradiciones desde el Bronce Final (Almagro-Gorbea 1996b), también podría resultar factible retrotraer la cronología de alguno de ellos a este momento. El altar prerromano de Ulaca, con diferentes tipos de escalinatas que sugieren al menos dos fases temporales en su utilización, podría servirnos para este propósito,

---

<sup>79</sup> Hasta cierto punto las prácticas rituales con acompañamiento de fuego se podrían interpretar como una primera fase en la aceptación de los rituales de incineración, consolidados en el Mediodía Peninsular en este momento. Por ejemplo se ha sugerido esta posibilidad a partir de la distribución de los ajueres del Carpio, guardados aparte en el interior de una urna y en un escalón distinto a la inhumación correspondiente (Fernández Miranda y Pereira 1992: 69-70). A este respecto también nos ilustra el túmulo donde se localizó el primer jarro de Villanueva. Las referencias que hay del hallazgo indican que apareció en un nivel de tierra y cenizas reposando sobre un enlucido artificial de cantos rodados, que se han interpretado a modo de *ustrinum* (González Cordero *et alii* 1993: 260). El ritual de incineración asociado a la celtización se vería así incentivado a comienzos de la segunda Edad del Hierro y explicaría en cierto modo - independientemente de las aportaciones étnicas y los desplazamientos recibidos en la región - su rápida expansión entre las comunidades indígenas.

aunque he de reconocer la imprecisión cronológica que ello entraña.

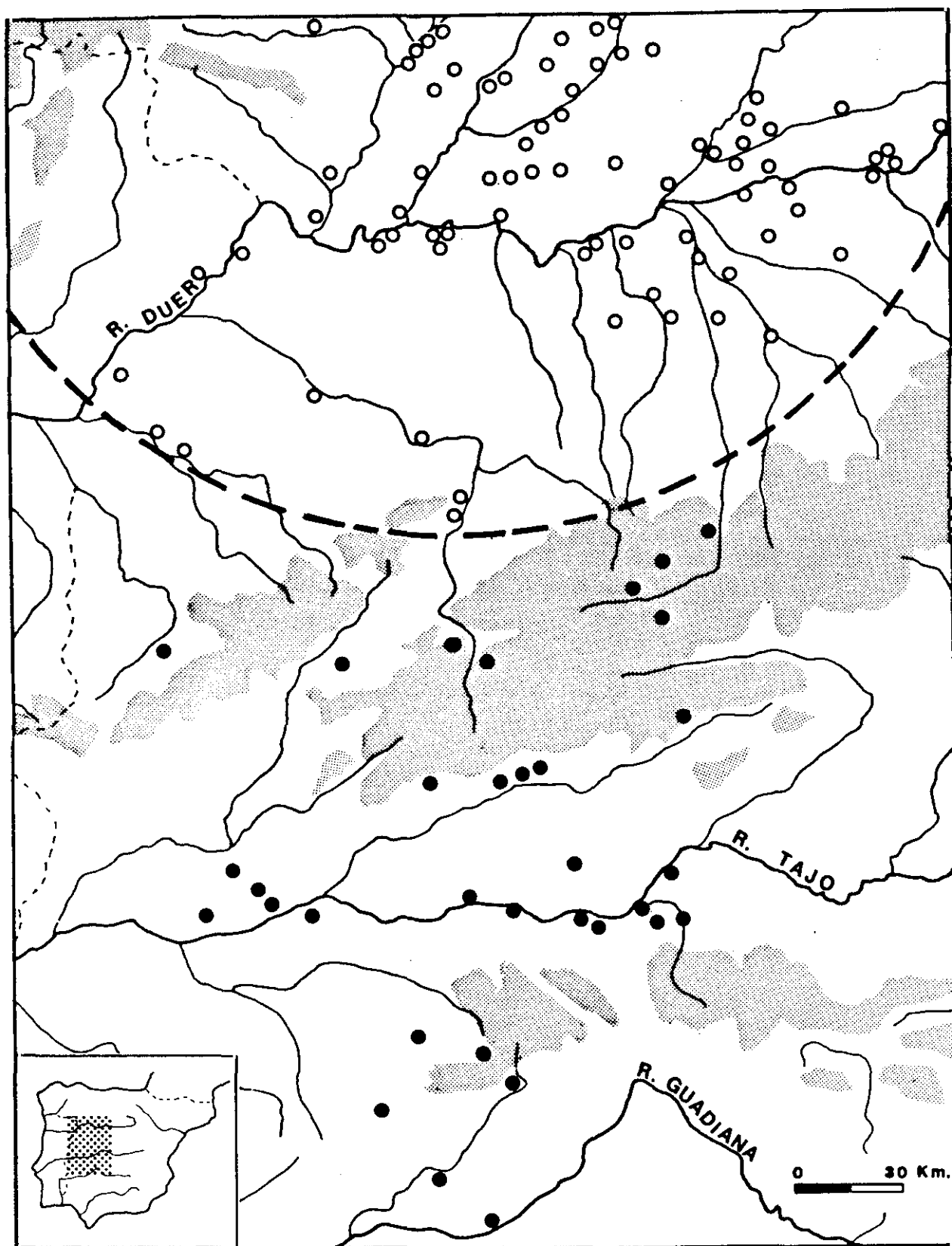
Aun así, se puede decir que la adquisición de esposas, clientes, regalos y prácticas rituales con sacrificios y acompañamiento de fuego, constituyen realidades de un mismo proceso donde los individuos más privilegiados compatibilizan el mantenimiento de costumbres y símbolos de estatus propios con nuevos elementos, seguramente imitados o importados. En todos los casos reflejan mecanismos socio-políticos de contacto que fueron habituales en la Antigüedad; y todo ello arranca en una secuencia diacrónica que se alimenta de los primeros contactos precoloniales, hasta alcanzar plena madurez en los siglos VII-V a.C.. Con estos testimonios, no es descartable la existencia de estructuras de poder en el Suroeste de la Meseta, a modo de pequeños réculos locales, que emularían instituciones políticas y religiosas más complejas propias de la cultura orientalizante extremeña y tartésica.

#### **4. A modo de conclusión. El substrato indígena en la configuración étnica de los Vettones.**

Parece evidente que en la gestación de la primera Edad del Hierro intervinieron influjos externos - tartésicos, atlánticos y continentales - sobre el substrato local de Cogotas I, pero estas aportaciones no explican por sí solas las peculiares características del nuevo mundo así como sus diferentes facies regionales, que dependerán de la respuesta regional del substrato del Bronce Final y de la adecuación de los modos de vida a los nuevos estímulos (Almagro-Gorbea y Ruiz Zapatero 1992: 477 ss., 490 ss.).

Las características del territorio suroccidental de la Meseta sugieren que desde el Bronce Final la economía poseía un fuerte elemento pastoril y probablemente exportaba ganado. Los cambios socio-económicos de los siglos IX y VIII a.C. crearon las condiciones necesarias para potenciar el desarrollo de las jerarquías locales y los acontecimientos que siguieron después (ca. 700/650 a.C.) actuaron de incentivo sobre ellas. Que el fenómeno castreño de una gran parte de estos hábitas, en el sentido de su posición en cerro y no necesariamente con defensas artificiales, no sea privativo de la primera Edad del Hierro sino que ya se





O CULTURA SOTO      ● PROTOVETTON       Más de 1000 m.

Fig. 13. Grupos de la Primera Edad del Hierro en el Oeste de la Meseta.

manifieste por lo menos desde el cambio de milenio, enfatiza esta idea de continuidad. A la vista de los datos queda claro que el desarrollo de la región estuvo principalmente determinado por factores indígenas de población y de economía de subsistencia.

Desde el punto de vista de la cultura material, las tierras que se extienden al suroeste del valle del Duero, llámese periferia de la cultura Soto o mundo Protovettón, presentan un bagaje no muy diferente al de las poblaciones asentadas en la cuenca. Una parte de los yacimientos parecen ser contemporáneos, o debieron serlo en algún momento, como indican sus contextos arqueológicos. Comparten un cierto grado de estabilidad en el hábitat e incluso la planta circular comienza a prodigarse en ambientes otrora considerados al margen del horizonte Soto (Romero 1992: 190). Buena parte de los materiales rescatados evidencian esa filiación, en particular las fíbulas de doble resorte y las cerámicas lisas, pintadas y a peine, bien emparentadas con sus equivalentes del valle del Duero. Una parte de los conjuntos vasculares muestran evidentes afinidades tipológicas con el grupo castreño soriano y del valle del Ebro, del que derivan en última instancia (Fig. \*). González-Tablas (1986-87), que ha defendido la existencia de una cultura paralela al Soto de Medinilla en el grupo abulense-salmantino, mantiene que fue la instalación de los primeros la que sirvió de impulso al cambio entre Sanchorreja I y II. Sin embargo no pocas relaciones advierte con el mundo orientalizante, habiéndose comentado repetidamente como alguno de los elementos típicos del grupo Soto reclaman paralelos con el Mediodía peninsular (Martín Valls y Delibes 1978a; Benet et alii 1991: 133-134).

Por tanto, la posibilidad de reconocer una facies local más del grupo Soto al sur del Duero parece razonable, al objeto de unificar el centro y el occidente de la Meseta durante la primera Edad del Hierro (Martín Valls 1986-87: 60; Delibes y Romero 1992: 245, 255). Pero así y todo creo que pueden valorarse tendencias contrapuestas (Alvarez-Sanchís, e.p. \*), cuya lectura podría resumirse en virtud de:

- ámbitos geomorfológicos distintos. Entendemos que hay que asumir una orientación económica mixta, pero con un peso más específico de la agricultura en la cuenca y de la ganadería en los rebordes montañosos, dato que a su vez pudo incidir en una determinada configuración de los espacios domésticos.

## LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

- una gradual y compleja transformación del substrato de Cogotas I, probablemente más arraigado en las zonas montañosas graníticas, cuando ya se daba por desaparecido en amplios sectores del valle del Duero. A ello debió contribuir sin duda la capacidad de cada región y de sus élites dirigentes de poner en práctica y con garantías de éxito las nuevas tecnologías agrarias, que habrían favorecido un cambio importante en la utilización del territorio frente a los grupos castreños, más especializados.

- la continuidad entre el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro parece fuera de toda duda, pero ofrece desiguales situaciones que varían de una zona a otra. La puesta en valor de las posibilidades agropecuarias de la región habría favorecido la ocupación de nuevos territorios en la campiña y en consecuencia la aparición de establecimientos de nueva planta. Por el contrario, un porcentaje muy significativo de asentamientos protovettones conecta bien con los viejos castros del Bronce Final.

- esta dualidad inicial tiene naturalmente su correspondencia en el patrón de asentamiento y en la densidad de ocupación, más diversificado y demográficamente más abundante en las campiñas del Duero. El sector suroccidental ofrece por el contrario un poblamiento generalmente en alto, disperso y más espaciado, pero estratégicamente localizado en las principales arterias de comunicación.

- no todos los núcleos de población recibieron con la misma intensidad los estímulos exteriores, y es muy probable que su ubicación geográfica haya sido determinante. Dado que ningún rasgo peculiar lo contradice, se debe aceptar la influencia orientalizante sobre el substrato étnico de las comunidades del SO de la Meseta<sup>80</sup>. Desde luego hay que llamar la atención en la dispersión individualizada y exclusiva de objetos suntuarios sobre el territorio donde quedará configurada la cultura vettona del Hierro pleno. Estos elementos de prestigio, la mayoría de los cuales no traspasó el ámbito del Duero, sugieren la existencia de relaciones

---

<sup>80</sup> En este sentido también habría que valorar algunos testimonios de la plena Edad del Hierro. La compartimentación que ofrecen las plantas de las viviendas del Raso y Ulaca, las estructuras tumulares de las necrópolis de la Osera y de Villanueva de la Vera, los recipientes rituales de tradición orientalizante del Raso, La Mesa de Miranda y el Picón de la Mora o algunas morfologías muy específicas de los verracos - que conectan con la escultura animalística ibérica - evidencian estímulos culturales del mediodía peninsular bien asimilados por el contexto social y económico indígena.

jerárquicas en un sistema de intercambio regional.

- el "vacío" de población que ostenta el espacio comprendido al norte de los ríos Tormes y Adaja y su proyección hasta el Duero coincide aproximadamente con la frontera entre la dispersión nuclear de los poblados de tipo Soto y el patrón de asentamiento castreño. Cabe razonablemente suponer que lo que se está gestando es un límite territorial entre dos agrupaciones socio-económicas distintas que establecerían sus áreas de control e influencia frente a presiones mutuas. La problemática atribución que reflejan Polibio, Livio, Ptolomeo y los Itinerarios, a propósito de esta misma franja territorial y de alguna de sus ciudades (Salmantica, Sentike) respecto a las entidades étnicas que habitaban la región a finales de la Edad del Hierro, abundaría en este mismo sentido.

Entendemos por tanto que hay que asumir una diferenciación zonal, marcada esencialmente por los dominios geográficos y económicos, y así poder explicar la caracterización cultural del sector, cuyos rasgos dependen de la propia evolución local y de la intensidad de las diferentes aportaciones recibidas.

Tendríamos así argumentos importantes en la discusión del proceso histórico y arqueológico del occidente de la Meseta, a favor de la hipótesis según la cual, a partir del s. VII a.C. se atisba una progresiva dualidad poblacional y socio-económica cuyos rasgos parecen relacionables con la formación de las etnias prerromanas. No se trata de plantear aquí el nacimiento de las primeras poblaciones históricas propiamente dichas, pero sí la existencia de una etnogénesis regional aún no suficientemente conocida - que arranca en las postrimerías del Bronce Final con los hábitats en altura - en la que se habrían ido gestando grupos con una evidente personalidad territorial; los primeros, en la cuenca sedimentaria donde los romanos hallarán posteriormente establecidos a los Vacceos, los segundos, en los rebordes montañosos del Sistema Central, ocupando el solar originario de los Vettones históricos.

## V.

### LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO.

Los siglos IV y III a.C. fueron un período de rápida expansión para las sociedades indígenas de la Meseta. El rasgo más importante que tuvo lugar en esta etapa fue la generalización del fenómeno castreño. A la falta de vigor de los grupos culturales preexistentes le sucede ahora un ascenso muy significativo en el número de poblados fortificados, muchos de ellos de nueva planta y más grandes que los del Hierro I, así como la diversificación del material arqueológico. Para este último dato se han tomado como punto de referencia dos novedades técnicas (Martín Valls 1986-87: 61): el desarrollo generalizado de la metalurgia del hierro, favorecido por la amortización de armas y otros objetos metálicos en las necrópolis de incineración, y la adopción masiva del torno de alfarero, con las características cerámicas de pastas anaranjadas y decoración pintada.

Estos cambios trascendentales que caracterizan el Hierro pleno no se producen de manera inmediata en nuestra región pero son los que permiten hablar de una nueva etapa, que no tiene porqué significar necesariamente una ruptura, como se infiere al menos del papel jugado por determinadas cerámicas o del discurrir estratigráfico y sin solución de continuidad de algunos yacimientos. Si la idea de continuidad es la que se deduce de las referencias y asociaciones más significativas, análogamente tendremos que preguntarnos si las modificaciones defensivas y topográficas que sufren los poblados en la nueva etapa responden a un proceso de evolución interna, si son por el contrario resultado de la vitalización de otros sectores de la Meseta, y si todo el fenómeno refleja un momento puntual en la geografía de los castros; al margen, claro está, de la arribada de nuevas

poblaciones.

Por más que se siga manteniendo artificialmente la división periódica de la Edad del Hierro, interesa estudiar el proceso a través del cual los grupos protovettones establecidos en las altas tierras de Avila-Salamanca y en el valle medio del Tajo alcanzaron a partir de la cuarta centuria una enorme pujanza desde el punto de vista demográfico y material. Desde un planteamiento teórico, el modelo de ocupación castreña supone, frente a la etapa precedente, la consolidación de aquél que definirá las características del patrón de asentamiento de los vettones durante la segunda Edad del Hierro. Hasta que no se generaliza el fenómeno castreño no empezamos a vislumbrar una estructura regional y organizada del poblamiento, que adquiere su máxima expresión en los albores de la conquista romana, momento en el que diversos territorios se articulan a partir de los oppida, entidades políticas de mayor magnitud y con capacidad decisoria.

### **1. La ocupación del territorio en el marco general de la celtización y la evolución de los patrones de poblamiento a escala regional.**

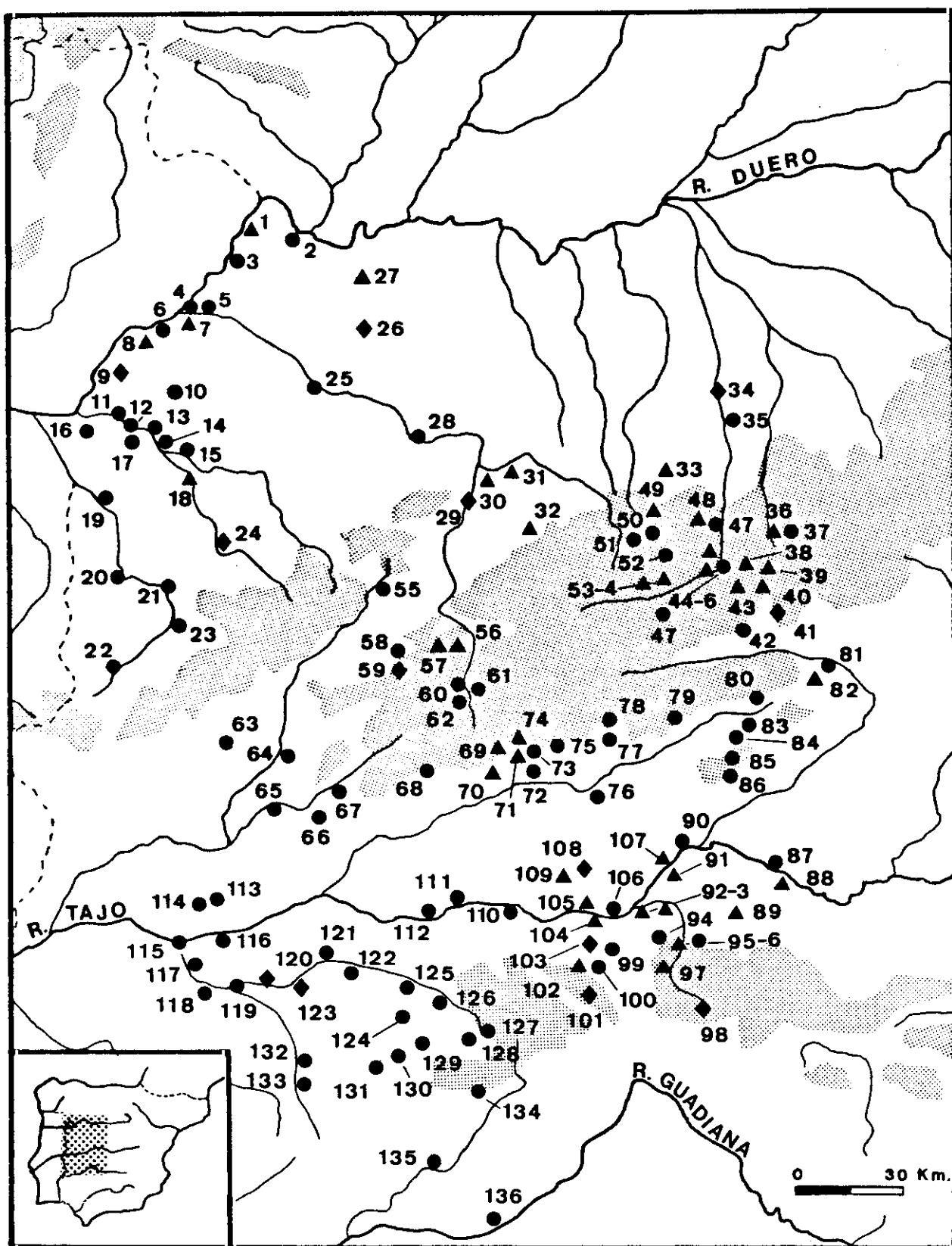
Nuestra aproximación al estudio de los hábitats no queda desprovista de problemas:

(a) las prospecciones arqueológicas llevadas a cabo en el suroeste de la Meseta, cuyos resultados recogen las Cartas e Inventarios provinciales no podrían calificarse precisamente como exhaustivas, por lo que no sabremos hasta qué punto son significativos los datos extraídos<sup>81</sup>.

(b) al trabajar con un cuerpo de evidencias incompletas, debemos generalizar

---

<sup>81</sup> En particular, se ha recurrido a los recientes inventarios de los Museos de Avila, Salamanca y la Diputación de Toledo, ya referidos sucintamente en alguna publicación (Alvarez-Sanchis 1990a: 215 ss.; Santonja 1991: 26-27; Fernández Gómez 1995: 113 ss., 163-164). Junto a los tradicionales trabajos de Gómez Moreno (1927, 1967 y 1983), Mélida (1924), Rodríguez Almeida (1955), Maluquer (1956a), Molinero (1958), López de Ayala-Alvarez de Toledo (1959) y Martín Valls (1986-87), así como la conocida serie de Martín Valls y Delibes (1973 a 1982) sobre el patrimonio arqueológico zamorano, otras aportaciones bibliográficas vienen a compensar la falta de información en este terreno o bien la ausencia de trabajos intensivos en determinadas comarcas. Este sería el caso de las tierras suroccidentales de Zamora, donde se conocen muy pocos yacimientos (Martín Valls 1974-75; Esparza 1990b: 102-103), el occidente provincial Toledano (Urbina et alii 1994) y el norte de Cáceres (González Cordero et alii 1990: 159-160; González Cordero y Quijada 1991: 154-155). Podemos reseñar asimismo otras aportaciones - mucho más limitadas y en ocasiones confusas - como los trabajos de Sevillano (1978) y Jiménez de Gregorio (1992).



● POBLADO FORTIFICADO    ▲ HABITAT    ◆ INDETERMINADO    [shaded box] Más de 1000 m.

Fig. 14. Grupos Vetttones del Hierro Pleno-Final en el Suroeste de la Meseta.

a partir de los casos mejor conocidos, centrando el análisis sobre los grandes núcleos de población y aquellos otros que han sido fruto de la excavación arqueológica: Las Cogotas, La Mesa de Miranda, Ulaca, El Raso, Salamanca, El Picón de la Mora, Yecla de Yeltes, Villasviejas del Tamuja, La Coraja....El resto se agruparía paradójicamente entre aquellos yacimientos fortificados de los que desconocemos sus materiales y aquellos otros que conocemos sus materiales pero prácticamente nada sobre sus estructuras o circunstancias de hallazgo. Una consecuencia evidente será la pérdida del detalle.

(c) la cronología no es tan firme como sería deseable. Los problemas más importantes estriban en la posición ambigua de algunos materiales y yacimientos en relación a la fase inmediatamente anterior al Hierro pleno, situación que por otro lado ha contribuido a enfatizar la idea de discontinuidad. Una parte de los castros fortificados tiene una amplitud de al menos cuatro siglos, frente a la inseguridad que conlleva la valoración tipológica de las cerámicas recogidas en superficie. Pese a ello, los datos que se infieren de los mapas de poblamiento se ajustan mejor a un marco de plenitud cultural, siglos III-I a.C. fundamentalmente, y no a todo el proceso.

----- Así y todo, creo que la dinámica del poblamiento comarcal durante la Edad del Hierro ofrece una lectura relativamente clara y unánime. Si atendemos al grado de concentración de vestigios relativos al hábitat y a las unidades geográficas más homogéneas del territorio, como se desprende de la Fig. \*, se pueden apreciar varias regiones con entidad propia.

- En el valle de Amblés (Avila), donde hay que destacar una importante ocupación desde el Bronce Final, las condiciones naturales marcan significativos contrastes en los patrones de asentamiento. En líneas generales puede hablarse de dos zonas de distribución de yacimientos, por un lado las estribaciones de las sierras que circundan el valle y que agrupan a la mayor parte de los castros fortificados - Las Cogotas (Cardeñosa), La Mesa de Miranda (Chamartín de la Sierra), Ulaca (Solosancho), Sanchorreja, Cillán - por otro, las zonas llanas próximas a la vega - Muñogalindo, Padiernos, Ermita de Sonsoles - ocupadas preferentemente por yacimientos no amurallados y de menor entidad (Alvarez-Sanchís 1990a). Del mismo modo, aunque conocemos de manera bastante



## LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

precaria las líneas generales del poblamiento - faltan prospecciones sistemáticas que aborden, por ejemplo, como se estructuran los yacimientos contemporáneos de menor categoría - hacia este mismo momento diversas ocupaciones castreñas se distribuyen en las estribaciones meridionales de la sierra de Gredos, a lo largo del valle del Tiétar. El poblamiento es fundamentalmente longitudinal - castros de Escarabajosa (Sta. María del Tiétar), La Pinosa (Mijares), Berrocal (Arenas de S. Pedro), Castillejo de Chilla (Candeleda), El Raso (Candeleda)... - lo que podría hacernos suponer que se está dando un nivel de respuesta relativamente similar (Alvarez-Sanchís e.p.\*).

Una parte de los yacimientos abulenses del Hierro Antiguo, con vasijas encuadrables en el mundo del Soto, como Las Zorreras (Muñana), probablemente desaparecen a finales del s. V a.C. o en el transcurso de la cuarta centuria. El esplendor de Sanchorreja se diluye en estas mismas fechas, aunque durante un tiempo pudo persistir una ocupación más esporádica. Falta la cerámica a torno estampillada (Maluquer 1958a: 96) cuyos inicios podrían situarse en el tránsito de los siglos IV-III a.C. y, dentro de las especies a peine, las decoradas con temas barrocos y otras técnicas como las acanaladuras, soles, etc, bien documentadas en los poblados y necrópolis de la región avanzada la cuarta centuria (Martín Valls 1986-87: 72 ss.; Fernández Gómez 1995: 122). Con todo, se conoce un fragmento de fíbula de torrecilla lateral procedente de las excavaciones así como algunos fragmentos de pastas rojas, tildados de "celtibéricos" y hallados en superficie (Maluquer 1958a: 51-52, 60; Martín Valls 1986-87: 61-62), por lo que no es descartable la ocupación de alguno de los sectores y recintos del castro hasta un momento indeterminado del Hierro pleno.

En otros establecimientos que serán característicos de la nueva etapa parecían advertirse indicios de ocupaciones previas, apreciación que ya reseñábamos a propósito de algunos vasos decorados y objetos metálicos oriundos de Las Cogotas y el Raso de Candeleda. En las inmediaciones de este último llamábamos asimismo la atención sobre la existencia de uno o varios núcleos poblacionales a finales de la Edad del Bronce y del Hierro I; este sería el caso de "El Castañar", que se ha vinculado con la necrópolis del Raso pero de donde también proceden abundantes molinos barquiformes y cerámica a mano con decoración peinada (Fernández Gómez y López 1990: 96-99; Fernández Gómez

1995: 154-155). Este contexto también es válido para el poblado y las estructuras funerarias de la Cañada de Pajares (Villanueva de la Vera), a escasa distancia de las cuales se ubica una necrópolis bien emparentada con sus homólogas abulenses (González Cordero *et alii* 1990 y 1993: 260; Celestino 1995: 82).

Algún otro yacimiento puede mostrar vestigios del Hierro I, pero los poblados que paulatinamente se dispersan en torno a los valles de Amblés y Tiétar a partir de la cuarta centuria a.C. son en una gran mayoría - con valores en torno al 74% y 71% respectivamente - hábitats de nueva planta. Ciertamente, es posible efectuar otra valoración de este hecho. Por lo general se documentan menos centros grandes que pequeños y, a pesar de la insuficiencia de datos, suele ser usual que los primeros ofrezcan materiales más abundantes e indicios de otras actividades ausentes en los más pequeños (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995; Alvarez-Sanchís e.p. \*). Sin entrar todavía en un análisis exhaustivo, esta situación implica (a) un patrón de poblamiento mucho más complejo que las centurias precedentes, (b) una jerarquización del territorio a nivel regional y (c) la aparición de sitios especializados.

- Si ampliamos la lectura a otras áreas, observamos nuevamente este proceso de ordenación estructurado a partir de las cuencas fluviales. Así, la distribución del poblamiento en la Alta Extremadura (Rodríguez Díaz 1990: 133; Martín Bravo 1993: 347-348 y 1994) y en las tierras occidentales de Toledo queda supeditada a la trama hidrográfica generada por el Tajo y sus principales afluentes. Por ejemplo más del 70% de los poblados fortificados del occidente de Cáceres, mayoritariamente habitados a lo largo del Hierro Pleno - Castillejo de la Orden (Alcántara), La Muralla (Alcántara), Sansueña (Cáceres), El Zamarriil (Portaje) - se repliegan en torno a las márgenes más accidentadas de las vegas, disminuyendo notablemente los emplazamientos en sierras en favor de meandros, espigones fluviales y en los tramos más cercanos a las desembocaduras, allí donde el relieve resulta más abrupto, los suelos degradados y las condiciones defensivas óptimas (Ongil 1986-87; Martín Bravo 1994: 281 ss. y 1996). Además hay que señalar que las aproximaciones teóricas destinadas a la evaluación de los recursos potenciales de estos castros ofrecen un entorno mucho más favorable para el aprovechamiento ganadero (Martín Bravo 1991), lo que en no pocas ocasiones hay que relacionar con un cambio en la concepción del hábitat y la consiguiente relocalización de los

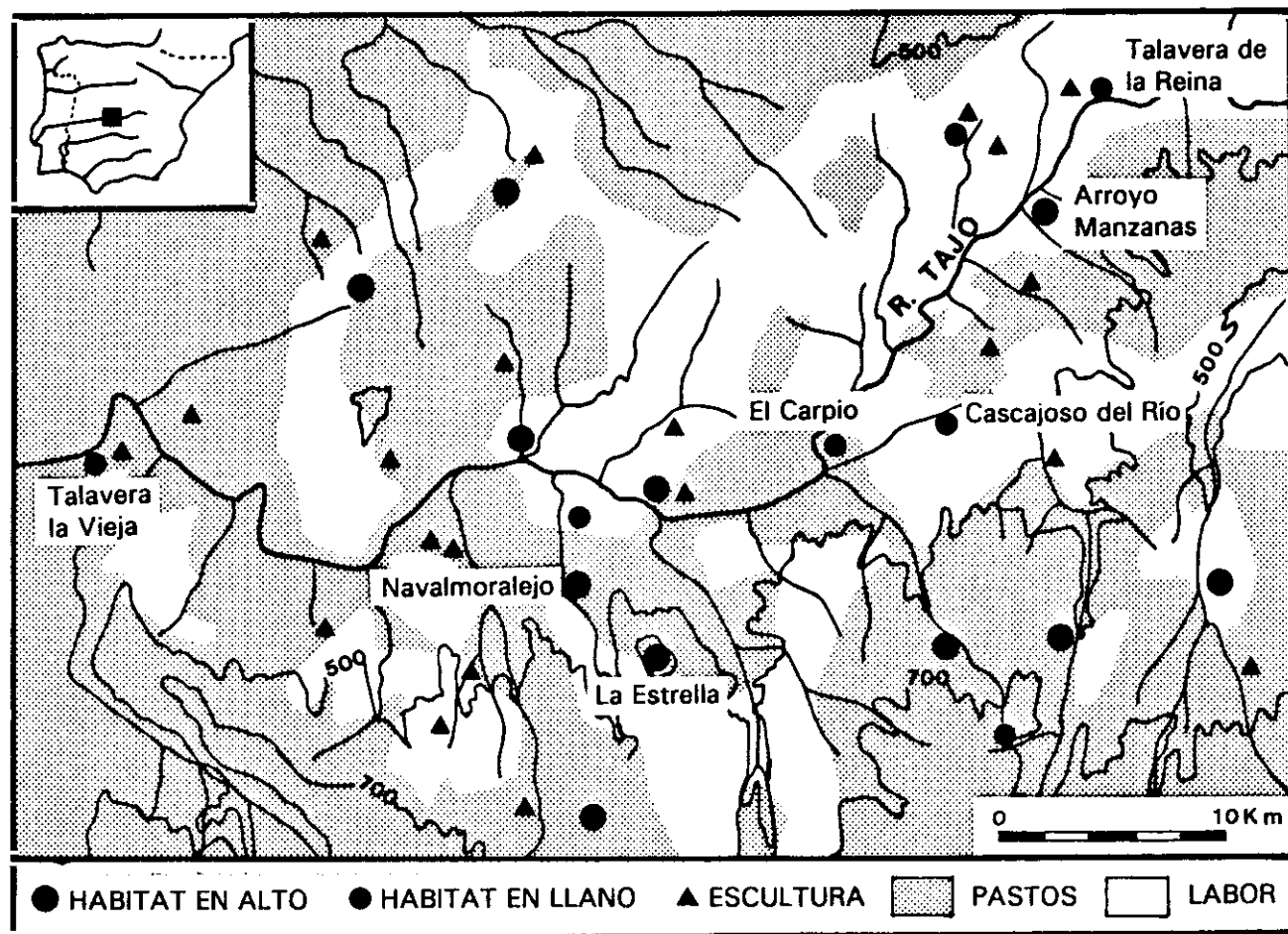


Fig. 15. Poblamiento de la segunda Edad del Hierro en la Cuenca media del Tago.

asentamientos respecto a la etapa anterior (Rodríguez Díaz 1995a: 112).

En la cuenca media del Tajo, el horizonte del Bronce Final y de la Primera Edad del Hierro aparece relativamente bien documentado aunque todavía mantiene el problema irresoluble de la descontextualización para una gran parte de los hallazgos (Fernández Miranda y Pereira 1992). Algunos yacimientos ofrecen continuidad con la fase del Hierro Pleno, como es el caso de las ocupaciones de Arroyo Manzanas en Las Herencias (Moreno 1990), El Carpio (Belvís de la Jara), Calera de Fuentidueña (Azután) y Talavera la Vieja (Aguilar-Tablada 1996), siempre aquellos emplazamientos en franca relación con los vados del río. Cobra así todo su sentido la amplia secuencia de estos sectores ligados reiteradamente a los citados accesos estratégicos. Como en sus homólogos abulenses, los sitios se ubican en alto y en llano pero, paradójicamente, un número importante no se rodea de murallas y sólo excepcionalmente alcanzan un tamaño importante. Con todo, podría aceptarse que algo más del 68% de los asentamientos son de nueva planta, dato que se incrementa hasta el 80% si tomamos en consideración la totalidad del poblamiento para el norte de Extremadura, prácticamente hasta el Guadiana.

- Por último, los castros que en las cuencas del Tormes, Huebra, Yeltes, Camaces y Agueda ocupan el centro y, sobre todo, el occidente de la provincia de Salamanca - Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores), Yecla la Vieja (Yecla de Yeltes), Las Merchanas (Lumbrales), Castillo de Saldeana, La Plaza (Gallegos de Argañán) ... - parecen corresponder a núcleos de cierta magnitud, aunque la concentración de la mayor parte en el Huebra/Yeltes y el Camaces resulta a priori de difícil justificación (Santonja 1991: 26-27). De ellos apenas se dispone de otra información que no sea la referida a sus extraordinarias defensas (Maluquer 1968; Martín Valls 1971b y 1973a). También algunos castros hunden sus raíces en la Edad del Bronce y en el Hierro Antiguo. En estos casos su emplazamiento aparece elocuentemente determinado por el valle del Tormes, principal arteria de comunicación, lo que estaría en consonancia con las zonas de mayor presencia humana desde el III milenio a.C. (Santonja 1991: 24).

A la vista de los datos aportados por el cerro de San Vicente y el inmediato Teso de las Catedrales, la capital salmantina no alberga dudas sobre la continuidad del poblamiento, por lo menos desde la Primera Edad del Hierro (Martín Valls *et alii*

## LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

1991: 149 ss.). La fechación de Ledesma también es segura desde este momento o incluso antes. Se podría afirmar que la historia de la villa enlaza con el Hierro pleno, a la vista del hallazgo de cerámicas celtibéricas y a peine, aunque proceden de un nivel de revuelto que cerraba la secuencia (Benet *et alii* 1991: 130, 136). Los materiales de la Edad del Hierro del conjunto de las Paredejas/El Berrueco (Medinilla) no proceden de excavaciones sistemáticas pero se pueden datar entre los siglos VII y III a.C.. Esta última centuria también parece estar representada en el inmediato asentamiento de los Tejares (El Tejado), probablemente en relación con el abandono paulatino del primero, hasta conectar con el cambio de era (Fabián 1986-87: 285-287). Otros yacimientos parecen mostrar ocupaciones esporádicas y pequeños hiatus desde el Bronce y a lo largo del primer milenio, como sería el caso de La Corvera, en Navalморal de Béjar (Benet 1993: 341 y Fabián, com. personal). En cualquier caso, los asentamientos salmantinos que surgen en la nueva etapa representan aproximadamente el 78% del total.

Conviene insistir en el hecho de que la configuración del poblamiento salmantino así como su secuencia cultural ofrece una visión compleja. A diferencia de lo que ocurre en las localidades del Tormes, en las tierras más occidentales de la provincia el horizonte del Bronce Final es virtualmente desconocido si se exceptúan algunos hallazgos metálicos aislados (Fuenteliante, Peñaparda). Las evidencias son asimismo tenues para el Hierro Antiguo, aun cuando pueda pensarse en una sucesión cronológica entre el poblado y el castro del Picón de la Mora o el hecho de que algunas cerámicas a peine muy sencillas y otros vestigios puedan elevar ligeramente la datación del castro de Yecla la Vieja por encima del 500 a.C. (Martín Valls 1971b: 137, 1973a: 94-95, 1986-87: 62 ss.). También es verdad que faltan excavaciones y estratigrafías, pero los castros occidentales que genéricamente se datan en el Hierro II no parecen tener ocupaciones anteriores o por lo menos de cierta entidad. De ahí que el hecho más significativo sea que más del 83% de estos yacimientos se pueda considerar de nueva planta. Hasta qué punto la revitalización del poblamiento en este sector y en este momento recibe estímulos célticos y se relaciona con la explotación minera del territorio, es algo que queda aún por dilucidar (Salinas 1992-93: 179-180), pero lo cierto es que a partir del s. IV a.C. representan una estrategia de ocupación muy particular, con núcleos poderosamente fortificados y un significativo nivel de concentración que desentona del conjunto.

Resumiendo, la ocupación del territorio ofrece desiguales situaciones entre las comarcas abulenses, la cuenca media del Tajo y las regiones más occidentales, lo que podría sugerir que el substrato del Bronce Final/Hierro I ha podido funcionar con distinta intensidad en cada área, dependiendo de factores tales como su accesibilidad e integración en los principales circuitos de intercambio<sup>82</sup>. Ahora bien, existe una coincidencia sustancial entre las diversas situaciones y áreas analizadas: a partir del siglo IV a.C. parece producirse un notable incremento de población, o, al menos, de territorio ocupado. Dicha proliferación podemos cuantificarla en términos globales. De los aproximadamente 136 poblados considerados en el territorio vetón, alrededor de un centenar (74%) es de nueva planta. Estas modificaciones que se detectan en la región son también reconocibles en el sector oriental de la Meseta. Los datos correspondientes a los castros celtibéricos del Alto Duero ofrecen valores del 43% y del 73% para núcleos de nueva creación en los siglos IV-III a.C y II-I a.C. respectivamente (Jimeno y Arlegui 1995: 108-109). Este crecimiento resulta muy significativo y está en clara sintonía con la intensificación de las explotaciones agrarias.

Un aumento gradual debió darse en las tierras suroccidentales del Duero, quizás más acentuado en los dos o tres últimos siglos antes de la Era, pero aún no estamos en condiciones de discriminar cuantitativamente todo el proceso siguiendo fases cronológicas<sup>83</sup>. La datación concreta de una parte de los asentamientos puede resultar prematura dada la falta de excavaciones para referenciar los materiales documentados en prospección, pero simultaneando lo conocido en áreas vecinas el diagnóstico es favorable al citado y paulatino crecimiento (San Miguel 1993: 31 ss.; Jimeno y Arlegui 1995: 105 ss.; Rodríguez Díaz 1995a). Por el contrario, la impresión que se obtiene en los territorios vacceo y astur, en

---

<sup>82</sup> Recuérdese no obstante algunos problemas inherentes al registro arqueológico a que ya hemos hecho alusión, como el nivel de investigación - secularmente abandonado en algunas áreas - la estacionalidad de los hábitats de Cogotas I - que distorsiona de alguna manera la cuantificación del poblamiento y su contrastación con otros periodos - o las condiciones ambientales del territorio.

<sup>83</sup> Algunos amplían su solar en un momento relativamente temprano; sería el caso de Salamanca, que además del cerro de San Vicente ocupa el Teso de las Catedrales probablemente a finales del s. IV o inicios del III a.C. (Martín Valls *et alii* 1991: 153). Bajo el punto de vista arqueológico otros denotan un cambio de emplazamiento. La dinámica que transcurre en el sector del Berrueco (Cancho Enamorado/Las Paredejas/Los Tejares) es paradigmática en este sentido. Otro tanto conviene para El Picón de la Mora, en Encinasola de los Comendadores, con el traslado del poblado abierto al nuevo emplazamiento fortificado en un contexto de transición al Hierro II. Con todo, sabemos de auténticas fundaciones a finales del s. III a.C. y en las dos centurias siguientes: El Raso de Candeleda, Avila/Obila, Talavera de la Reina/Caesarobriga, Talavera la Vieja/Augustobriga...etc.

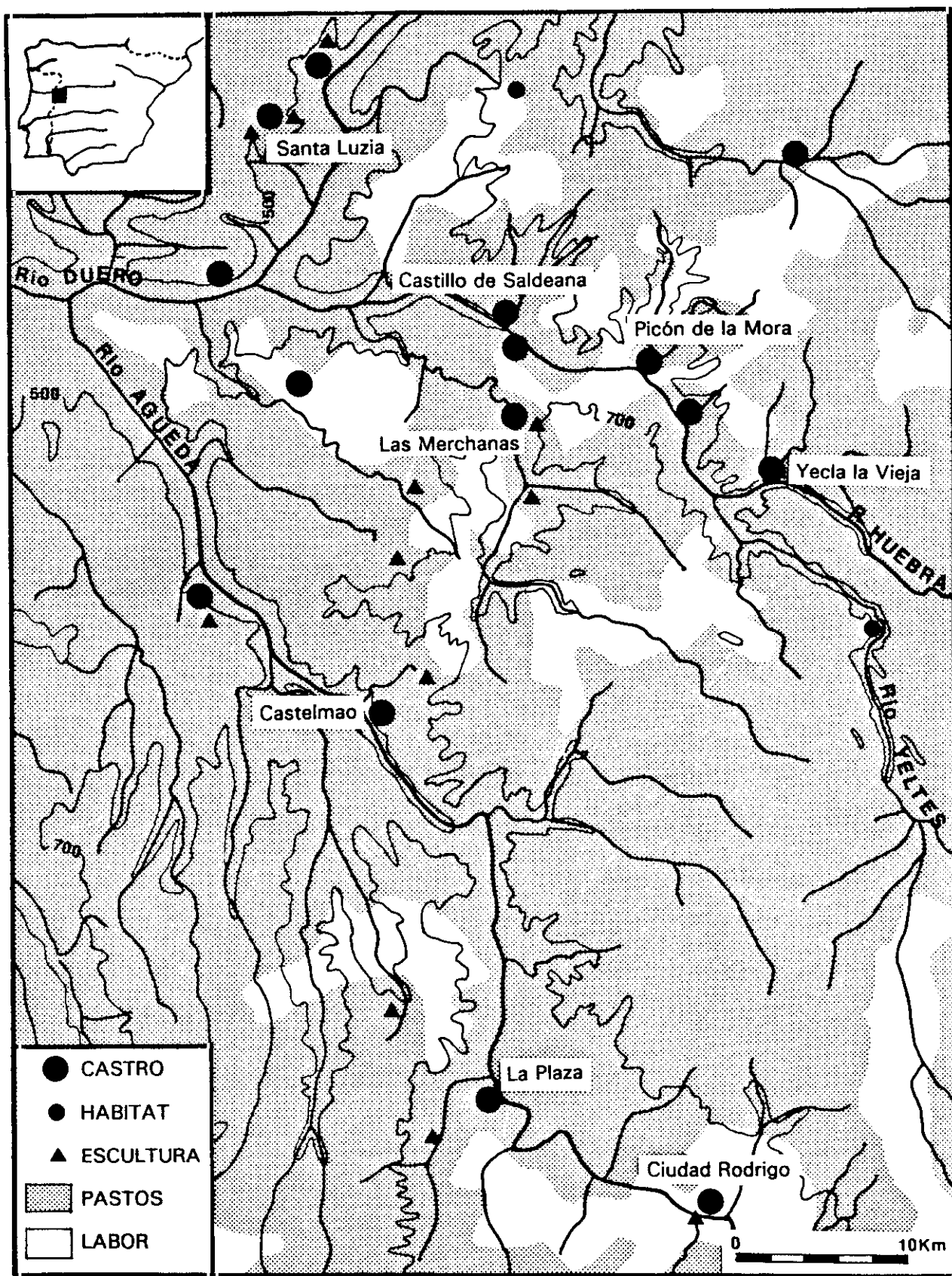


Fig. 16. Poblamiento de la Segunda Edad del Hierro en el occidente de la provincia de Salamanca.

particular en el centro de la cuenca y en la mitad oriental de Zamora, es bien diferente. El porcentaje de poblados ex novo es muy inferior, enraizando la mayoría con fundaciones del horizonte Soto al tiempo que se produce una concentración humana en grandes núcleos (Esparza 1990b: 119-120; Martín Valls y Esparza 1992: 267-268, fig. 1; Sacristán de Lama et alii 1995: 358, tabla 1).

Por supuesto, tras estas evidencias subyace un problema importante: las analogías entre los sectores oriental y suroccidental de la Meseta podrían entenderse como un argumento a favor del contacto entre ambas áreas. En caso afirmativo habría que preguntarse a continuación si el crecimiento de nuestra región comportó penetraciones étnicas y cuál fue el peso de los recién llegados, si se trató de un fenómeno de aculturación que se vería favorecido por una estructura socio-ganadera afín, o bien ambas cosas.

Creo que es posible efectuar otras valoraciones a partir de este hecho:

(1) Este momento coincide con la puesta en valor de las posibilidades agropecuarias de la región, que habrían favorecido en última instancia la ampliación del terrazgo y la ocupación de nuevos suelos, intensificación en la que sin duda tuvo mucho que ver la forja del hierro con vistas al aprovechamiento de los suelos más pobres y duros de la región. Numerosos poblados fueron ocupados durante varias centurias; que las personas pudieran subsistir más tiempo en un mismo sitio implica el dominio de las técnicas que conservan la fertilidad de la tierra, como la rotación de cultivos o la utilización de abonos (Ruiz-Gálvez 1992), presentes ya en algunos centros jerarcas de la etapa anterior.

(2) Desde el punto de vista de los patrones de asentamiento, es evidente que la etapa tuvo que representar un fuerte reajuste entre el paisaje social de los siglos VII-V a.C. y los nuevos modelos de ocupación territorial. La distribución de los poblados oscila ahora entre los cinco y los diez Km. de distancia al próximo más inmediato (Fig. \*). El dato es suficientemente expresivo y difiere respecto de las teóricas estructuras territoriales del Hierro I (10/20 Km.). Algunos asentamientos jerarcas de la etapa anterior sobreviven pero la mayoría se abandonan o pierden relevancia en el territorio. Las soluciones son varias y bien detectables a escala comarcal, como más adelante tendremos ocasión de ver, pero



## LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

lo que el registro arqueológico sugiere es una nueva y densa red de poblamiento que está reflejando, en unos casos la emergencia, y en otros la vitalización, de comunidades con una mayor capacidad política y socio-económica.

(3) La irrupción de nuevos poblados en la Vettonia no parece acompañarse del abandono sistemático de los anteriores, dato este que obliga a prescindir de la simplista ecuación Hábitat ex novo = Discontinuidad del poblamiento; más de la mitad de los antiguos emplazamientos, en torno al 59%, ha proporcionado las típicas cerámicas a torno decoradas con pinturas. No parece que estemos ante restos circunstanciales y el hecho de que en algunos yacimientos el substrato del Hierro Antiguo sea importante reafirma con nitidez la continuidad del proceso. Pero si la nueva situación no debe valorarse como una arribada masiva de "colonos" que levantan poblados a la vez que destruyen los anteriores, tampoco es menos cierto que en muchos casos se trata de asentamientos de nueva planta; a la vista está el nutrido número de castros que pueblan el suroeste de la Meseta frente al panorama que ofrece el territorio en los siglos precedentes. Desde luego todo ello implica un crecimiento, no sólo en cuanto al número de habitantes, sino también en lo que se refiere al desenvolvimiento de las actividades económicas, más diversificado, como se infiere de los modelos de asentamiento.

(4) Otro aspecto a destacar sería la expansión del nuevo ritual de incineración asociado a necrópolis amplias y bien diferenciadas. La adopción del ritual en el área abulense y su proyección hacia Extremadura (Martín Valls 1985: 115 ss. y 1986-87: 70 ss.; Rodríguez Díaz y Enríquez 1992), la analogía que ofrecen los ajuares metálicos con los celtibéricos o las posibilidades de combinación de la panoplia, deben entenderse como una respuesta indígena a los estímulos célticos del oriente de la Meseta. Parece razonable suponer que este fenómeno esté estrechamente interrelacionado con el apartado anterior, aunque un sector importante, la franja más occidental del territorio, no ha proporcionado información funeraria para este momento. Es muy probable que los nuevos estímulos actuaran con diferente intensidad en unas regiones respecto a otras más marginales, refractarias y fuertemente enraizadas en el substrato.

Entendemos que el desarrollo de la cultura vettona tiene lugar a partir de contextos culturales anteriores, como se desprende del discurrir estratigráfico de

algunos yacimientos. Ahora bien, algunas diferencias son muy significativas entre los mapas del Hierro I y II: (a) el traslado o abandono de los centros de riqueza más importantes, (b) un marcado incremento en el número y tamaño de los asentamientos fortificados, (c) distintos modelos de ocupación a nivel regional y (d) evidencias claras de relaciones jerárquicas y especialización entre los sitios.

A juzgar por los datos disponibles no es del todo excluyente la idea de la arribada de nuevas gentes, cuyo impacto debió ser limitado en cuanto a volumen, como corresponde por otro lado a un territorio donde no llegaron a establecerse enclaves a costa de la absorción, expulsión o eliminación de las poblaciones autóctonas. Este marco de referencia sería factible con la idea de casos deliberados de sinecismo y fundaciones *ex novo* en territorios alejados, acorde a concepciones sociales e ideológicas de indiscutible tradición céltica (Almagro-Gorbea 1994a: 30-31). Pero frente a un "modelo demográfico" de connotación invasionista, según el cual habría que considerar el surgimiento de una parte de los castros occidentales como un auténtico fenómeno de colonización externa, es más realista un "modelo socio-económico" de alta capacidad expansiva, como el propuesto por Ruiz Zapatero (1995: 33-34) para los grupos de tradición de Campos de Urnas y que pienso puede adaptarse perfectamente al ámbito vetón y lusitano. Incluso con una ventaja añadida, al tratarse de una zona muy favorecida por el medio ambiente pastoril (Almagro-Gorbea 1991b). De alguna manera, la movilidad implícita en comunidades de fuerte componente ganadero pudo ser el mecanismo de expansión y, al mismo tiempo, de comunicación y cohesión.

El proceso de celtización y su vertebración en la secuencia arqueológica del occidente de la Meseta implicaría entonces: (a) una economía mixta, que se expresa bien en un aprovechamiento agrario diversificado y una ganadería especializada de tipo extensivo, probablemente asociada a mejoras tecnológicas como el arado, el policultivo y la explotación de la sal, (b) la transformación del sistema de propiedad, con el amurallamiento de los poblados<sup>84</sup> y otras fórmulas de planificación del espacio que posiblemente incluirían la parcelación de tierras y

---

<sup>84</sup> La generalización de la planta rectangular y la complejidad de otras estructuras domésticas conectaría bien con este momento. La forma arquitectónica interviene teóricamente como un exponente del desarrollo de la propiedad privada y de la especialización, que en última instancia estimularían la economía de los poblados (Vela Cossío 1995: 263-264). Funcionalmente se adapta mejor a las nuevas necesidades defensivas de los castros, facilita la compartimentación interna para el almacenaje de excedentes y favorece el incremento demográfico por su mayor capacidad de agregación (Redman 1990; Vela Cossío 1995).

## LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

pastizales, y (c) una organización social jerarquizada de tipo gentilicio, bien evidenciada en la aparición de armamento de prestigio y de grupos de enterramientos diferenciados.

Este modelo teórico, con pequeñas e intermitentes aportaciones humanas pero de fuerte impacto socio-ideológico, resulta todavía más eficaz si atendemos al planteamiento de Almagro-Gorbea (1991b, 1992 y 1993b) sobre la posible afinidad de estos grupos con un substrato cultural anterior, considerado protocelta y conservado en el occidente de la Meseta, aunque también con indicios del mismo en el área celtibérica. Dicho substrato ha sido relacionado por el autor con determinados elementos lingüísticos indoeuropeos, como los que conservan la P inicial que habría perdurado en la lengua Lusitana<sup>85</sup>, además de otros elementos socioculturales e ideológicos, por ejemplo los santuarios rupestres o ciertas divinidades arcaicas (Almagro-Gorbea y Alvarez-Sanchís 1993: 204 ss.). Hay que admitir que la contrastación de alguno de estos aspectos está todavía severamente limitada por la escasez de datos y no permite mayores precisiones, pero esta hipótesis permitiría entender mucho mejor la rápida expansión y aceptación del modelo y el fuerte crecimiento experimentado a partir de los siglos V-IV a.C. bajo la presión del mundo celtibérico.

Desde el punto de vista arqueológico, el hallazgo de elementos de la cultura material céltica en áreas no estrictamente celtibéricas, como evidencia la dispersión de las espadas de antenas y los puñales biglobulares en las necrópolis vettonas o las fíbulas de caballito, sería un indicio más de una celtización de efecto acumulativo en estos territorios occidentales, a partir de un complejo proceso de evolución (Almagro-Gorbea 1993b: 154-158; Lorrio 1995: 82-84). Con posterioridad, al tratarse de elementos propios de sociedades celtas más evolucionadas, cabría considerar la generalización de genitivos de plural indicativos de la estirpe y la difusión del antropónimo Ambatus, tal vez relacionado con la clientela militar (Almagro-Gorbea y Lorrio 1986: 112-113, mapa 5; Almagro-Gorbea 1994a: 46). Otras referencias onomásticas de gran interés, que evidencian la emigración de gentes célticas en Vettonia y Lusitania, vendrían avaladas por la distribución de los antropónimos Celtius y Celtiber o los topónimos en -briga

---

<sup>85</sup> Sobre la problemática que rodea a la oclusiva labial sorda /p/ y sus posibilidades de interpretación, véase de Hoz (1993: 380 ss.).

(Almagro-Gorbea y Lorrio 1986: mapas 2-3; Albertos 1983 y 1990; de Hoz 1993: 366 ss.) así como una teonimia característica de las regiones occidentales, del tipo Bandue, Navia, Reve o Coso-, que demostrarían su celtización religiosa (Untermann 1985; García Fernández-Albalat 1990).

Por qué una transformación de estas características tuvo lugar a partir de mediados del primer milenio es un tema abierto a la discusión. Desde luego la cuestión básica para entender el devenir de las sociedades prerromanas radica en la interrelación e interacción de factores indígenas y externos. Queda claro que una compleja secuencia de acontecimientos entre el 550 y el 450 a.C. inaugura un drástico cambio en las relaciones entre la Europa Céltica y el Mediterráneo, el más importante de los cuales fue la expansión griega a costa de las talasocracias púnica y etrusca (Nash 1985: 55 ss.; Cunliffe 1988: 33-35). Las primeras víctimas de estos enfrentamientos fueron las poblaciones del interior por su dependencia con estas redes comerciales. Las antiguas jefaturas hallstätticas habrían perdido así su tradicional función de mediadoras entre el mercado mediterráneo y las sociedades guerreras celtas de su hinterland, siendo éstas últimas las grandes beneficiadas por su capacidad de expansión.

En un intento de adecuar este fenómeno al contexto peninsular, se ha llegado a plantear la posibilidad de que la desaparición de Tartessos tuviera consecuencias negativas para el oeste de la Meseta, al afectar a las redes comerciales de intercambio que discurrían por la vía de la Plata (Burillo 1987: 84 y 1989-90: 95 ss., 110-111; Romero y Jimeno 1993: 200). La ausencia de importaciones orientalizantes explicaría de alguna manera el colapso económico y comercial de las estructuras territoriales y de los centros jerarcas del Guadiana y su proyección hasta el norte del Tajo. Los cambios en la estructura de las relaciones políticas y económicas entre estas poblaciones y el Mediodía peninsular sirvió para trastocar los patrones de contacto establecidos, el más importante de los cuales sería el abandono de un comercio especializado a larga distancia que había vinculado de alguna manera a fenicios y tartésicos con el territorio extremeño y las poblaciones ganaderas más septentrionales. Los poblados de altura sólo prolongarían su existencia en los casos más relevantes desde el punto de vista estratégico, a la vez que poblaciones ganaderas comenzarían a proyectarse hacia el sur en este momento (Rodríguez Díaz 1994: 118-119),

## LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

emancipadas de su tradicional dependencia y sin duda beneficiadas del "vacío" de poder en los antiguos territorios. Con todo, la interpretación es demasiado sencilla y otros factores de índole económica y demográfica también debieron tener lugar. Por ejemplo, el concepto de "crisis" en el caso andaluz ha merecido una reconsideración a la luz de otros posibles modelos (Cunliffe 1995: 19-20), y estoy completamente de acuerdo con Kurtz (1995: 36-37), refiriéndose no obstante a la crisis de los principados hallstáticos, en el problema de sobrevalorar el papel del comercio a costa de otras causas internas gestadas en la propia sociedad, como por ejemplo las que se derivan del anquilosamiento de las estructuras de poder.

El modo más simple de explicar el nuevo patrón de ocupación sería suponer que estamos asistiendo a una profunda reorganización del concepto de propiedad de la tierra (Cunliffe 1990: 335). Bajo el punto de vista arqueológico la evidencia más importante en el occidente de la Meseta estriba en el contraste entre los pocos asentamientos estables con anterioridad al 500/400 a.C. y el nuevo paisaje social. Si ello responde a un rápido incremento de población, previamente habría exigido una reorientación en el uso de la tierra y de sus excedentes. La relevancia de esta etapa se vería asimismo refrendada con los distintos recintos fortificados que se suceden en el espacio y en el tiempo, cerrando espacios que pudieron haber estado en uso desde fases precedentes y abarcando núcleos de gran magnitud, todo lo cual habría exigido un considerable esfuerzo comunitario, organizado bajo las directrices de alguna forma de autoridad. Esta necesidad de definir nuevos espacios y territorios, acentuada por una población en aumento, podría entenderse como el paso de un sistema donde el poder se alimenta de la adquisición, intercambio y disfrute de objetos de prestigio, a otro donde el "prestigio" descansa en el control de la tierra y en su capacidad productiva.

La lectura que podría perfilarse entonces para el ámbito de Cogotas II es que cada valle contaría con una unidad de poblamiento, con personalidad específica y más compleja que la etapa precedente (Alvarez-Sanchís, e.p.\*). Sin embargo se trata de una ocupación sistemática muy selectiva, toda vez que las grandes comarcas agrarias como el Campo Arañuelo, la penillanura Trujillano-Cacereña, las tierras sedimentarias del sur y este de Salamanca y el norte de la provincia de Avila están escasamente habitadas. ¿ Existió realmente este contraste o no pasa de ser un hecho coyuntural agravado por el nivel de la investigación ?. Las facilidades de

explotación agrícola que ofrecen estos territorios podrían haber influido en el arrasamiento de pequeñas estructuras de la Edad del Hierro, pero el fenómeno es demasiado general como para considerarlo producto de la casualidad.

Triunfa, en definitiva, el modelo castreño que mejor se adapta a los movimientos trasterminantes del ganado. No se renuncia a explotar las pequeñas vegas en consonancia con las necesidades agrícolas de los poblados, además de la huerta para la subsistencia familiar. Hasta cierto punto se podría afirmar que existe un interés por ocupar o controlar estos suelos productivos, pero queda claro que las grandes extensiones agrícolas no se aprovechan, en clara contraposición al modelo vacceo, concentrado y en los terrenos más fértiles. En nuestro caso podríamos defender una economía diversificada con un fuerte componente ganadero, que en última instancia habría favorecido y necesitado de la ocupación de nuevos pastos y por tanto de nuevos territorios. En esta intensificación debió influir el aumento de las demandas suscitadas por las crecientes redes de intercambio entre las comunidades de la Meseta. La necesidad de controlar y almacenar los excedentes desembocará entonces en la vitalización paulatina de determinados núcleos en las principales vías de comunicación, tanto en las márgenes de las sierras como en las cuencas fluviales. Y es muy probable que paralelamente a este proceso haya que explicar la aparición de otros centros menores más subordinados - las pequeñas aldeas del llano - que explotarán los territorios agrícolas para beneficio de los primeros.

## **2. La Arquitectura de los Castros.**

La configuración topográfica de los castros vettones habitualmente pone de manifiesto cuatro tipos fundamentales de emplazamiento, bien planteados por Martín Valls (1971a) y recogidos posteriormente por Esparza (1987: 238) para los castros del NO de Zamora: (1) en espigón fluvial, (2) en cerro o acrópolis, (3) en meandro y (4) en ladera. Los sitios elegidos suelen ser puntos elevados y de difícil acceso, en cerros generalmente erizados de rocas graníticas, bien significados en el paisaje y junto a excelentes vías de comunicación. En unos casos aparecen asentamientos abiertos y en llano, bien conectados con la vega, pero sin duda la mayoría (80%) busca estos emplazamientos defensivos; y, aunque no se puede

## LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

afirmar rotundamente, una gran parte pudo haber contado con murallas en un momento determinado de su existencia, como avala el hecho de que más del 67% de los casos ahora documentados se fortifiquen.

Según la orografía de cada lugar, indistintamente concurren en un mismo yacimiento rasgos de uno, dos o más tipos, por lo que una caracterización precisa resulta inviable. Otras veces el núcleo de población se extiende habitando dos tesos contiguos - Salamanca, Virgen del Castillo (Pereña) - rasgo que difícilmente puede paralelizarse con alguno de los descritos.

Con todo, el emplazamiento en espigón fluvial es común a más de la mitad de los castros conocidos del suroeste de la Meseta. Son buenos ejemplos de ello La Mesa de Miranda, el Picón de la Mora, Yecla la Vieja, La Plaza en Gallegos de Argañán o La Coraja en Aldeacentenera. Ofrecen en general un cerro amesetado y escarpado, ubicado en la confluencia de dos o tres cauces. La proximidad a las corrientes fluviales y las facilidades naturales de la defensa también conviene a los poblados en acrópolis y en meandro, cuya accesibilidad viene determinada por la pendiente y el recorrido del río principal; así lo vemos en Saldañuela (Bermellar), Las Cogotas, El Raso o Castelmao (San Felices de los Gallegos). En ocasiones, la cresta destaca sobre una cadena montañosa - Sanchorreja, Ulaca, Villasviejas en Casas del Castañar - lo que les confiere un dominio prácticamente global del entorno y de los ríos que fluyen por sus inmediaciones. No parece existir un patrón rígido en la organización de los distintos recintos defensivos, por lo abrupto de la orografía, pero, frente a la variabilidad de los tipos citados, los poblados en ladera ofrecen un sólo núcleo de hábitat bien definido y una cota de visibilidad más reducida. La representación es escasa y una parte se concentra significativamente a lo largo del Tiétar: La Pinosa (Gavilanes-Mijares), El Moro (Higuera de las Dueñas), cerro de la Fuente Blanca (Mombeltrán)... etc.

La altitud absoluta es variable dada la extensión y los rasgos físicos del territorio; desde las altas tierras de Avila, Salamanca y Cáceres se desciende a las vegas del Tajo y el Duero. Una gran parte de las estaciones se hallan comprendidas entre los 700 y los 1100 ms. s.n.m., habiendo un grupo claramente destacado - el abulense - muchas de cuyas cumbres se reparten entre los 1000 y los 1500 ms. Su altura desde la base fácilmente puede alcanzar los 40 ms. y superar los 200

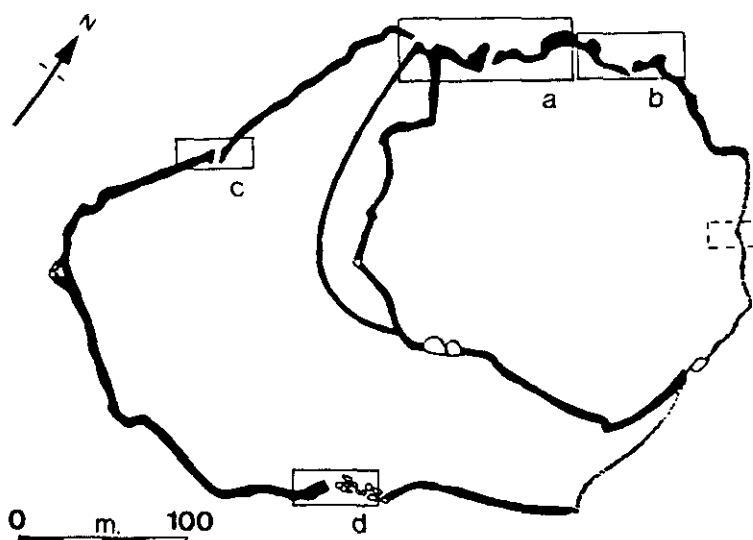
ms. Este dato es mucho más elocuente, sobre todo si se trata de señalar el fenómeno de encastillamiento de los poblados, pero su valor sigue siendo relativo habida cuenta de que la orografía de cada comarca resulta determinante.

Si los yacimientos manifiestan pautas muy sostenidas en cuanto al emplazamiento, no ocurre así en sus dimensiones (Almagro-Gorbea y Dávila 1995: 213). A juzgar por la extensión que abarcan los restos arqueológicos y los sucesivos recintos que a veces los delimitan, una primera impresión podría inducirnos a señalar un aumento de tamaño respecto a las fases precedentes. A falta de una cartografía detallada podemos señalar al menos la existencia de tres clases de asentamiento: (1) inferiores a una Ha. - pequeños castros y poblados abiertos, bien distribuidos en las vegas del Adaja y el Tajo - (2) entre una y 10 Ha. y (3) grandes castros/oppida mayores de 10 Ha. Tal observación nos daría pie para especular sobre la funcionalidad y jerarquización del poblamiento como ya se reflejó en el estudio del hábitat del valle de Amblés (Alvarez-Sanchís 1990a: 216 ss. y 1994: 408 ss.). De alguna manera, paralelamente al proceso de concentración del poder se ha podido producir la subordinación de unos núcleos respecto a otros, pero la diversidad de los modelos de ocupación a nivel comarcal imposibilita una lectura unánime (vid. supra).

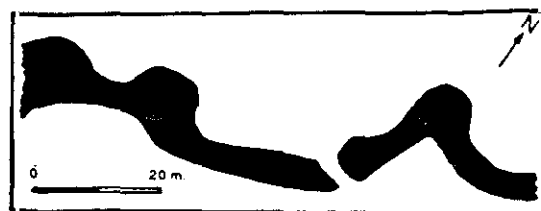
**2.1. Estructuras defensivas.** Esta preocupación por la defensa natural se completa con obras artificiales de fortificación. La existencia de grandes afloramientos de granito en ocasiones hace innecesario el amurallamiento completo y entonces éste se limita a rellenar los espacios libres entre los canchales.

La técnica constructiva de las murallas es relativamente uniforme en la mayor parte de los castros vettones: dos paramentos, externo e interno, de mampostería en seco muy bien ajustado, con un relleno de piedras, losetas y cantos de igual o menor tamaño dispuestas ordenadamente en capas horizontales y trabadas unas a otras (Maluquer 1956a: 28; Martín Valls 1971b: 127 ss. y 1973a: 83; González-Tablas et alii 1986: 117 ss.; Alvarez-Sanchís 1993a; Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995: 214-217). Ocasionalmente este esquema básico se enriquece al documentarse un refuerzo interno que evita el desmoronamiento de la muralla si a consecuencia de un ataque desaparece el primer paramento. En Las Cogotas su construcción es mediante un sistema de doble muro adosado al

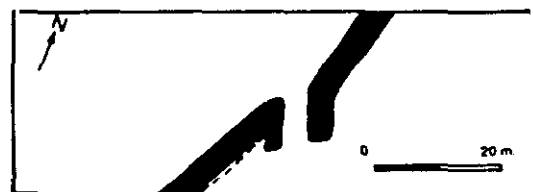




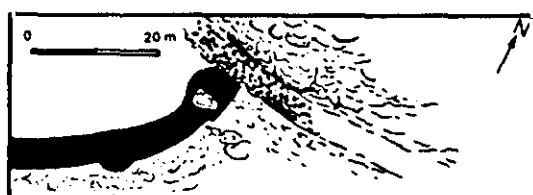
# Las Cogotas



(b)



(c)



(d)

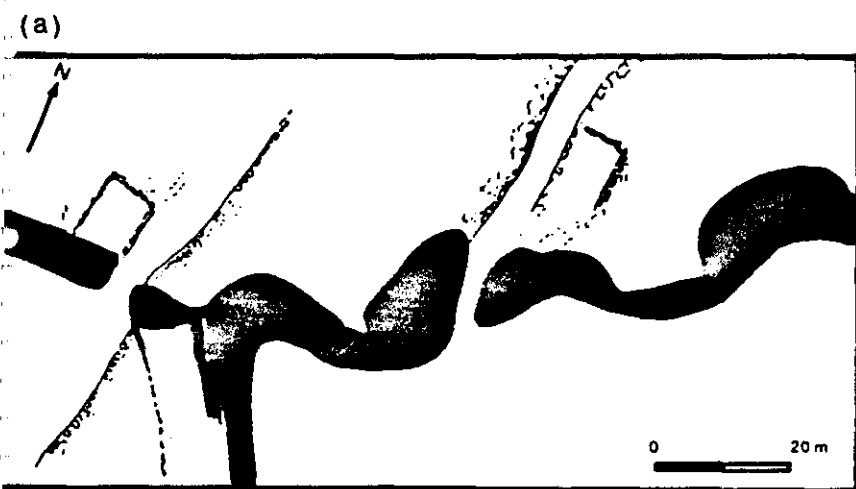


Fig. 17. Planta del castro de Las Cogotas y detalle de las puertas.



exterior; hacia el interior se levantaba otro paramento de similares características (Cabré 1930: 30). En los dos primeros recintos de la Mesa de Miranda se documentan tres paramentos (Cabré *et alii* 1950: 23-28) y esto mismo se da también en ciertos sectores de los castros salmantinos de Yecla y Bermellar (Martín Valls 1985: 110 y 1986-87: 68). En el Raso de Candeleda las torres y no la muralla parecen estar construídas de modo análogo (Fernández Gómez 1986: 506). Realmente la interesante técnica de los paramentos múltiples podría extrapolarse a otros castros de la región; a primera vista los núcleos salamantinos y sobre todo abulenses recurren a soluciones más complejas que los poblados del Tajo y la Alta Extremadura, pero al no disponer de ningún otro corte no podemos precisar nada más.

La muralla se construye sin cimentación alguna, directamente sobre el suelo de la roca natural, alcanzando una anchura de 4 a 8 m. por término medio<sup>86</sup>. Su grosor puede ser superior en la base, dependiendo del grado de inclinación de los paramentos externos. Este rasgo, el paramento en marcado talud, es muy característico en los castros de la zona occidental y meridional: los vemos en tierras de Zamora (Fariza), Salamanca (Picón de la Mora, La Plaza, Las Merchanas, Yecla la Vieja, Castelmao) y Cáceres (La Coraja, Santiago del Campo, Villasviejas del Tamuja), y desde luego difiere de los abulenses. En algún sitio el paramento se puede presentar extraplomado debido a un desplazamiento de la muralla y la escasa trabazón de los materiales empleados, pero es indudable que su vinculación geográfica, mayormente en los salmantinos, confiere una gran personalidad al sector.

No es fácil calcular la altura original de las murallas, podemos citar los casi cuatro metros conservados en El Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores), los cinco de la llamada "puerta-torre" de La Coraja (Aldeacentenera) o los seis del Castillo de Gema (Yecla de Yeltes). Probablemente estos testimonios nos den una idea de su magnitud media. A veces es muy posible que el remate de las murallas, especialmente en las zonas de entradas, estuviera

---

<sup>86</sup> En todo caso la potencia de la fortificación no es uniforme, pues si en determinados sectores de Las Cogotas o Yecla la Vieja alcanza magnitudes por encima de los 11 y 14 metros respectivamente, en otros el espesor apenas alcanza los 2,5 ó 3 m. Tampoco hay que descartar la realización de ciertas modificaciones en la roca para mejorar el asiento de la muralla o alguna otra variante; por ejemplo en Las Cogotas la mampostería descansaba sobre una o dos hiladas de adobe (Cabré 1930: 37).

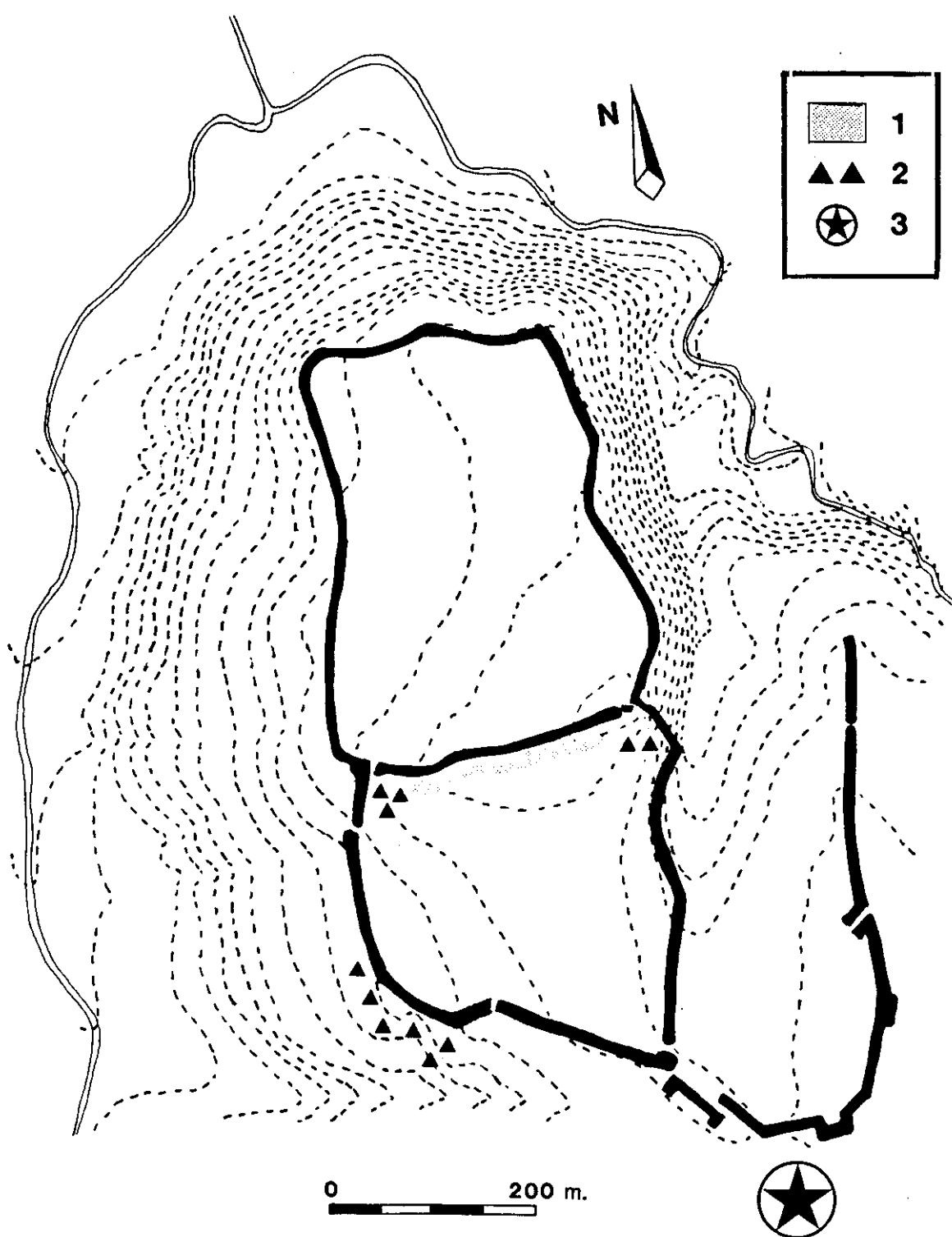


Fig. 18. Planta del castro de La Mesa de Miranda, Chamartín de de la Sierra. Foso (1), Piedras hincadas (2) y necrópolis (3).

realizado en madera, con una empalizada o postes entrelazados con ramas y palos. Así es como debe entenderse el episodio del incendio de la muralla de Pallantia en el año 74 a.C. tras el asedio a la ciudad de Pompeyo (Apiano B.C. 1,112). No existe ninguna prueba fehaciente de que haya existido ningún tipo de muralla céltica en Iberia durante la Edad del Hierro (Moret 1991: 19) y la referencia de la ciudad indígena nos parece que puede justificar un remate de estas características, aunque ciertamente tampoco se podría descartar que el remate hubiera estado construido con adobes.

El trazado ondulado de las murallas está bien adaptado a la morfología del terreno y a veces se acompaña de imponentes bastiones y macizos salientes curvilíneos - siempre engrosamientos y no elementos anexos - sobre todo en las inmediaciones de las puertas principales de acceso o en la misma entrada. Los vemos en Las Cogotas, Las Merchanas, Yecla, Bermellar, La Coraja.... Estos sistemas defensivos aprovechan al máximo los tiros cruzados, al tiempo que actúan como refuerzo arquitectónico y dan estabilidad a toda la fortificación. Sólo a finales de la Edad del Hierro algunos castros añaden nuevas fórmulas constructivas, con torres de planta cuadrada y una cierta regularización en la talla de sillares.

Las puertas vettonas presentan una organización relativamente homogénea. El esquema habitual ofrece dos tipos bien reconocibles: (a) en embudo y (b) en esviaje. El primero es el más repetido y se formaliza mediante la abertura que ofrecen los dos lienzos de la muralla al incurvarse hacia el interior formando un callejón en forma de embudo más o menos pronunciado. La estructura es sencilla a primera vista y usual en la mayoría de los castros pero admite diversas variantes. Por ejemplo en el Picón de la Mora los lienzos se engrosan hacia afuera y el paramento externo se incurva hacia adentro (Martín Valls 1971b: 128). Otras veces los extremos de la muralla quedan rematados por uno o dos bastiones proyectados hacia el exterior para permitir su defensa frontal, formando también un pequeño callejón en embudo; así acontece en los primeros recintos de La Mesa y Las Cogotas, en el Raso y en La Coraja (Cabré 1930: 34, fig. 3; Cabré et alii 1950: 23; Fernández Gómez 1986: 508; Redondo et alii 1991: 272-274).

En varios castros salmantinos - Pereña, La Plaza (Gallegos de Argañán),

## LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

Castelmao (San Felices de los Gallegos)...- en el tercer recinto de la Mesa de Miranda y, probablemente también en Ulaca<sup>87</sup>, los tramos de muralla se sobreponen. Tenemos por tanto una típica puerta en esviaje, consistente en que los dos lienzos adoptan en la entrada una posición paralela dejando un espacio libre entre ambos para pasar. Cuando hay incurvación pero el esquema en embudo resulta muy pronunciado, adoptando los lienzos un recorrido paralelo de varios metros, entonces el dispositivo también se convierte en ligero esviaje. La puerta principal de Yecla la Vieja (Yecla de Yeltes), "doblándose la muralla en forma aquillada para dominar todo el trayecto de entrada" (Maluquer 1956a: 127 y fig. 34) es muy ilustrativa en este sentido. Conjeturalmente puede pensarse en una simbiosis de ambas técnicas aunque es muy difícil precisar su sucesión en el tiempo. Como hemos de ver, las estructuras defensivas en sí no ofrecen indicios cronológicos fijos y han de encuadrarse en el período en el que estuvieron habitados los castros, a lo largo de la segunda Edad del Hierro. Lo que no obsta para que la organización en esviaje, más compleja frente al simple engrosamiento en embudo, pudiera corresponder a un momento relativamente tardío.

En ocasiones la muralla está precedida por uno o varios fosos de anchura variable. Pero la presencia en nuestros castros de dicho artilugio defensivo es bastante minoritario, tal vez por hacerlo innecesario los escarpes naturales de los ríos que discurren en su entorno<sup>88</sup>. Más comunes son los campos de piedras

---

<sup>87</sup> Merecen una particular atención las puertas septentrionales de Ulaca, en los sectores oriental y occidental del yacimiento abulense, aunque hay referencias a otros accesos para el resto del trazado (Lantier y Breuil 1930: 211 ss.; Alvarez-Sanchís 1993a: 272 ss.). La primera, la más importante a juzgar por su situación y tamaño, ofrece una entrada en esviaje similar a la que ofrece el tercer recinto del *oppidum* de La Mesa de Miranda, aunque no tan ciclópea. No obstante la descripción es muy problemática, debido al estado de destrucción en que ésta se halla. En la esquina oeste los amontonamientos de piedra son notables por lo que no hay que descartar la existencia de un bastión o torreón defensivo adosado a la muralla. La puerta noroccidental es todavía más compleja de interpretar. Ofrece un pasillo o acceso, quizás sólo se trate de un pequeño vano actual, precedido a su vez por el mismo lienzo defensivo principal, que en esta ocasión discurre en paralelo al anterior, a la vez que delimita un pequeño espacio que debió hacer las veces de recinto secundario. Cabría así la posibilidad de considerar una entrada en esviaje aunque la anchura del pasillo que dista entre ambas murallas es considerablemente elevada (40 m.). Pero también es verdad que con la documentación que hoy disponemos no se puede precisar nada más.

<sup>88</sup> Los vemos en El Raso - con fosos consecutivos que se unen en los extremos y uno mayor, de 14 m. de anchura, rodeando todo el perímetro (Fernández Gómez 1986: 512-516 y 1995: 166) - al sur del primer recinto de La Mesa (Cabré *et alii* 1950: 32), en los salmantinos del Picón de la Mora y Gallegos de Argañán (Martín Valls 1971b: 129-130; Inv. Arqu. provincial) y, finalmente, en algunos castros extremeños, bien evidenciados en Villasviejas (Botija), La Coraja de Aldeacentenera y El Pardal, en Trujillo (Hernández Hernández *et alii* 1989: 19 y fig. 3; Redondo *et alii* 1991: 273-274; Redondo y Esteban Ortega 1992-93: fig. 2).

hincadas, que repetidamente llegan hasta la base de los muros<sup>89</sup>. Al no dejar ningún espacio libre entre ellos y las murallas, creo, como otros autores (Moret 1991: 12), que estas barreras no tenían como finalidad el impedir o dificultar los ataques de la caballería. Sólo pueden tener sentido para entorpecer la arribada en tromba de atacantes a pie, y lógicamente se sitúan en los sectores de más fácil acceso. Tal sistema defensivo se extiende desde el núcleo soriano (Romero 1991a: 210-218, 328 ss.) hasta las regiones más occidentales de la Meseta y, desde ahí, a los asentamientos castreños de Tras-os-Montes y el NO., especialmente en el territorio astur (Esparza 1987: 241, 358-361). Casi un tercio de los castros fortificados de Avila-Salamanca conoce este artillugio defensivo<sup>90</sup>, pudiéndose advertir dos focos en la Vettonia: el abulense del valle de Amblés y los salmantinos del Yeltes/Huebra y Agueda. Todos ellos ofrecen características más o menos comunes aunque se da el hecho de que esta técnica resulta predominante en los castros más occidentales, por encima del 85%. Parecen detectarse al otro lado de Gredos (El Raso) aunque el fenómeno es más esporádico, siendo prácticamente desconocido en los castros vettones más meridionales.

**2.2. Estructuras domésticas.** Sabido es que el rasgo más llamativo en la región del Duero fue la imposición definitiva de la planta rectangular a comienzos de la segunda Edad del Hierro, aunque pudo persistir o darse la situación inversa (Romero 1992: 200 ss.)<sup>91</sup>. Así lo avala el sector II del castro soriano del Zarranzano (Romero 1991a: 142-161 y 222-224) o la detección en tierras vacceas de estructuras de habitación circulares en convivencia con las rectangulares, bien patente en Montealegre de Campos y Melgar de Abajo (Heredero 1993; Cuadrado y San Miguel 1993), aunque el emplazamiento diferencial que ofrece el primero no

---

<sup>89</sup> Como señala Esparza (1980: 81-82), el sistema defensivo de los castros de Avila-Salamanca ofrece un esquema más sencillo - piedras hincadas y muralla - frente a la acumulación de defensas en los castros de Zamora y el norte de Portugal, con la muy frecuente incorporación de fosos, lo que pudiera tener alguna significación cultural.

<sup>90</sup> Centrándonos en el territorio específicamente estudiado aquí, en Avila tenemos Las Cogotas, la Mesa de Miranda y tal vez El Raso (Cabré 1930: 36, Cabré *et alii* 1950: 32-33; Fernández Gómez 1986: 516; Alvarez-Sanchis 1993a: 266-272). En Salamanca tal modalidad defensiva se documenta en Las Merchanas, El Picón de la Mora, Yecla la Vieja, Bermellar, Gallegos de Argañán, Pereña, Saldeana y Castelmazo (Maluquer 1968: 106; Martín Valls 1971b: 130 y 1985: 110-111; Inv. Arqu. Provincial).

<sup>91</sup> Sobre las viviendas circulares atribuidas a la segunda Edad del Hierro, cabría pensar en criterios funcionales además de la relevancia del substrato; se ha sugerido la posibilidad de que algunas no fueran recintos estrictamente familiares, considerando el tamaño y otros argumentos de índole estructural (Romero 1992: 203-204 y 208).

## LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

deja de plantear algunos interrogantes.

En el borde suroccidental de la región, los espacios domésticos parecen responder a una tradición constructiva anterior. En este sentido cobra gran interés el yacimiento de Sanchorreja, donde se exhumaron estructuras pétreas cuadradas o rectangulares, algunas adosadas al paramento interno de la muralla, en un sitio que apenas conoció la celtiberización (Maluquer 1958a: 27 ss., 51-52). Este sería también el caso de los poblados superpuestos de La Mota y Cuéllar (García y Urteaga 1985: 128-130; Seco y Treceño 1993: 139; Barrio 1993: 184 ss.), con viviendas cuadrangulares de adobe o cimientos de sillarejo, relativamente complejas y compartimentadas, desde fines del s. VII a.C. y a partir de la sexta centuria respectivamente. De alguna manera, todas estas evidencias llevarían a considerar una relación genética con la arquitectura doméstica de Cogotas II<sup>92</sup>, aunque todavía habrá que deslindar posibles diferencias geográficas y cronológicas que subyacen en el nuevo modelo. Recuérdese por ejemplo la vivienda circular del cerro de San Vicente (Benet *et alii* 1991: 133 y 135), en un contexto típico del Soto de Medinilla, frente a la planta rectangular con paredes de adobe, hogar central y las típicas cerámicas celtibéricas que ahora ofrece la capital salmantina (Martín Valls *et alii* 1991: 155-156).

Se conocen viviendas en Las Cogotas, El Raso, Ulaca, La Coraja, Botija, Arroyo Manzanas, Salamanca y, de forma un tanto imprecisa, en La Mesa de Miranda, en los castros del Yeltes/Huebra y en el valle del Tiétar. Sólo unas pocas han sido excavadas o prospectadas y aún así la documentación, salvo veladas excepciones, no es tan elocuente como sería de desear. Como en sus homólogas de la primera Edad del Hierro, seguirán manifestando cierta diversidad desde el punto de vista de los materiales empleados, en relación con las características locales: si en las tierras sedimentarias se sigue utilizando el adobe, forzoso es hablar de petrificación en los ecosistemas ganaderos, aunque lo más habitual son las fórmulas mixtas: básicamente se trata de zócalos de granito o pizarra de altura variable y 60/80 cm. de grosor, junto al empleo de adobe o tapial para el

---

<sup>92</sup> De la misma manera Esparza (1990b: 104), al referirse a la planta rectangular con esquinas redondeadas descubierta en Lubián, en un contexto uniforme del s. III a.C., destacaba su parecido con una de las viviendas de la Mota en Medina del Campo, correspondiente a un horizonte del Hierro Antiguo.

recrecimiento de las paredes<sup>93</sup>. Bloques de barro con improntas de maderos cilíndricos hallados en los poblados abulenses (Fernández Gómez 1986: 490-491; Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995: 220) sugieren por otro lado que las cubiertas estarían construídas con troncos de árbol recubiertos de barro y paja.

Las hay de tipo sencillo y un único departamento, con disposición nuclear alrededor de una estancia que haría las veces de hogar, o espaciadas en varias habitaciones, generalmente entre dos y cuatro. Se disponen, bien adosadas con muros medianiles comunes, lo que implica una construcción conjunta y organizada, bien aisladas buscando la adaptación entre los canchales de granito. Este último modelo parece no obstante anterior en el tiempo, perceptible tanto en las casas circulares del grupo Soto como en algunas de traza rectangular antigua, caso de Sanchorreja. En una fase urbanística ulterior, con el castro como sistema de organización cerrado, la casa rectangular se hace más habitual. De hecho, parece relativamente probado que estos cambios implican una profunda transformación de la vida doméstica y social de la comunidad (Ruiz Zapatero *et alii* 1986; Almagro-Gorbea 1994a: 24-26; Vela Cossío 1995: 263-264). Su capacidad de agregación, su estructuración interna - que favorece el añadido de nuevas habitaciones o áreas funcionales - y su mejor adaptación a las fortificaciones, permiten dilucidar un patrón arquitectónico suficientemente homogéneo en el Hierro pleno.

Así, las excavaciones arqueológicas realizadas en Las Cogotas (Cabré 1930: 37-39), la Mesa de Miranda (Cabré *et alii* 1950: 22 y fig. 4) y Villasviejas del Tamuja en Botija (Ongil 1991), dejaron al descubierto grupos de viviendas adosadas al paramento interno de la muralla, rasgo característico que también recuerda a las celtibéricas del oriente de la Meseta y del Valle del Ebro. El caso se repite en Sanchorreja (Maluquer 1958a: 32), lo que debe responder a una tradición secular anterior. Ello permite optimizar el espacio interno y adecuarlo a las necesidades "urbanas". Las puertas parecen estar orientadas hacia un espacio central en los castros más pequeños, que se convertirá en calle longitudinal en los más organizados, ya de tipo *oppida* en las postrimerías de la conquista (Almagro-

---

<sup>93</sup> No hay que descartar otras diferencias, incluso a nivel microlocacional, condicionadas por la altura y el clima. Los escasos restos de tapial y barro recogidos en las inmediaciones de las casas de Ulaca y el elevado volumen de los derrumbes de granito, delataría la posibilidad de paredes de piedra hasta conectar prácticamente con la cubierta, de entramado de madera, pino y paja, lógico por otro lado si valoramos la arquitectura tradicional que hasta hace poco se levantaba en los poblados de la sierra de Gredos.



## LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

Gorbea 1994a: 24). Sin embargo, en el Raso de Candeleda no existen casas adosadas a la muralla y es probable que una de las calles rodeara el poblado por el interior de la fortificación (Fernández Gómez 1995: 168). La aparición de sólo tres estructuras anexas a las defensas de Ulaca<sup>94</sup> y cerca de los accesos, se convierte en el mejor argumento a favor de la excepcionalidad de este mismo rasgo, lo que podría interpretarse como un proceso final en la organización urbana de los grandes asentamientos, que harán prevalecer las redes "públicas" de comunicación interior frente a otras estrategias de carácter nuclear o familiar.

En el equipamiento doméstico destacamos algunos elementos como los molinos, mayoritariamente circulares, cuyo carácter familiar queda constatado con el hallazgo sistemático de uno o dos juegos en cada una de las casas de Las Cogotas (Cabré 1930: 38 y 85); las pesas de telar, reunidas a veces en un espacio determinado que delata su actividad textil (*Id.* 1930: 82-84; Fernández Gómez 1986: 474, 492) y, raramente, moldes de fundición y deshechos de forja (Esteban Ortega 1993: 63), que ponen de manifiesto una actividad metalúrgica a pequeña escala. Pero sobre todo son las cerámicas, cuyo catálogo de formas y decoraciones resultan las típicas del Hierro II, la representación más habitual.

La cerámica encontrada en el interior de las viviendas de Las Cogotas demostraría que el prototipo de planta rectangular y alargada se mantuvo prácticamente desde su fundación, una vez que se alza la muralla, hasta el abandono del castro en las postrimerías de la conquista romana. El dato parece firme si tenemos en cuenta el hallazgo, en las casas tercera y cuarta de la acrópolis según la numeración de Cabré (1930: 60, 65-66, 70, 75), de vasos a mano decorados con incrustaciones de bronce, a peine, estampillados y cerámica pintada a torno celtibérica. No obstante, es importante señalar que aunque el suelo ocupado por las casas fuera el mismo, la compartimentación interna y las

---

<sup>94</sup> Desde 1994 venimos desarrollando con el Dr. G. Ruiz Zapatero y un equipo de la Universidad Complutense prospecciones arqueológicas en el conocido castro abulense. Sólo en el recinto intramuros se han documentado en torno a 225/250 estructuras, que pueden llegar a los tres centenares contabilizando las casas que se distribuyen en los peñascales del sector noreste, a escasos metros de las defensas. No se excluye la posibilidad de otras construcciones de piedra inéditas y enterradas, pero el afloramiento de grandes superficies de granito, el elevado grado de erosión que ofrece el suelo y la escasez de aportes sedimentarios hacen muy verosímil que los restos de estructuras visibles correspondan a las estructuras realmente existentes. Estos datos podrían dar pie a hablar de una ciudad prerromana fosilizada, abriendo sugestivas vías de estudio sobre demografía y organización urbana.

reedificaciones debieron ser una constante en el tiempo<sup>95</sup>. Los sondeos realizados en algunos puntos del segundo recinto también depararon restos de viviendas de traza análoga pero más pequeñas y con equipos domésticos más pobres, que podrían fecharse de forma un tanto imprecisa hacia los siglos III-II a.C. En Botija y la Coraja los materiales más antiguos se datan a partir de la cuarta centuria a.C. (Hernández Hernández *et alii* 1989: 136; Esteban Ortega 1993: 70); pero la ubicación cronológica de buena parte de las cerámicas recogidas en las viviendas guarda una relación mucho más estrecha con los siglos III-I a.C. (Ongil 1991).

La superficie ocupada oscila por término medio entre 50 y 150 m<sup>2</sup>, aunque en datos absolutos las dimensiones avanzan en los dos sentidos. Repasemos los más importantes: entre 50/110 m<sup>2</sup> en el Raso de Candeleda (Fernández Gómez 1986: 486), 52/100 m<sup>2</sup> en la Mesa de Miranda (Cabré *et alii* 1950: 22-23), 45/210 m<sup>2</sup> en Las Cogotas (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995: 220 y fig. 5)<sup>96</sup> y 50/250 m<sup>2</sup> en Ulaca. Dimensiones más reducidas ostentan los castros extremeños de Botija y La Coraja, entre 20 y 60 m<sup>2</sup> (Hernández Hernández *et alii* 1989: 109; Ongil 1991; Esteban Ortega 1993: 61-64 y fig. 2), aunque hay que reconocer que no está muy clara su integración en la organización urbana del lugar. Uno de los modelos más frecuentemente extendidos en los castros es la planta de 50/80 m<sup>2</sup>, que podemos relacionar con una familia nuclear. Las más grandes pueden entenderse como argumento a favor de la existencia de viviendas contiguas que comparten los mismos muros, pero no es menos cierto el hecho de que otras responden a una funcionalidad distinta, ya sea como cercados de ganado, talleres o construcciones de finalidad política y sacra (Alvarez-Sanchís 1993a: 274-278; Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995: 220-222). Su aparición guarda una estrecha relación con los poblados más grandes, cuando no más modernos. La escasez de viviendas excavadas y la heterogeneidad de los materiales descubiertos imponen comprobaciones más rotundas, pero podría postularse una correlación, lógica en todos los sentidos, entre el tamaño de los poblados, su ubicación cronológica y la morfología de las viviendas.

---

<sup>95</sup> Algunos de los vasos decorados y objetos metálicos de aire antiguo hallados en las viviendas del Hierro II, podrían apoyar una fecha entrada en la sexta centuria, por lo que no descartaría una trama arquitectónica previa y relativamente análoga a la de Sanchorreja.

<sup>96</sup> De la descripción de las casas junto a la muralla del primer recinto cabe deducir que tenían grandes dimensiones, las mayores de 30 m. de largo por 7 m. de ancho, con superficies de hasta más de 200 m<sup>2</sup>, aunque por la acumulación de adobes es posible que algunas tuvieran divisiones internas (Cabré 1930: 37).

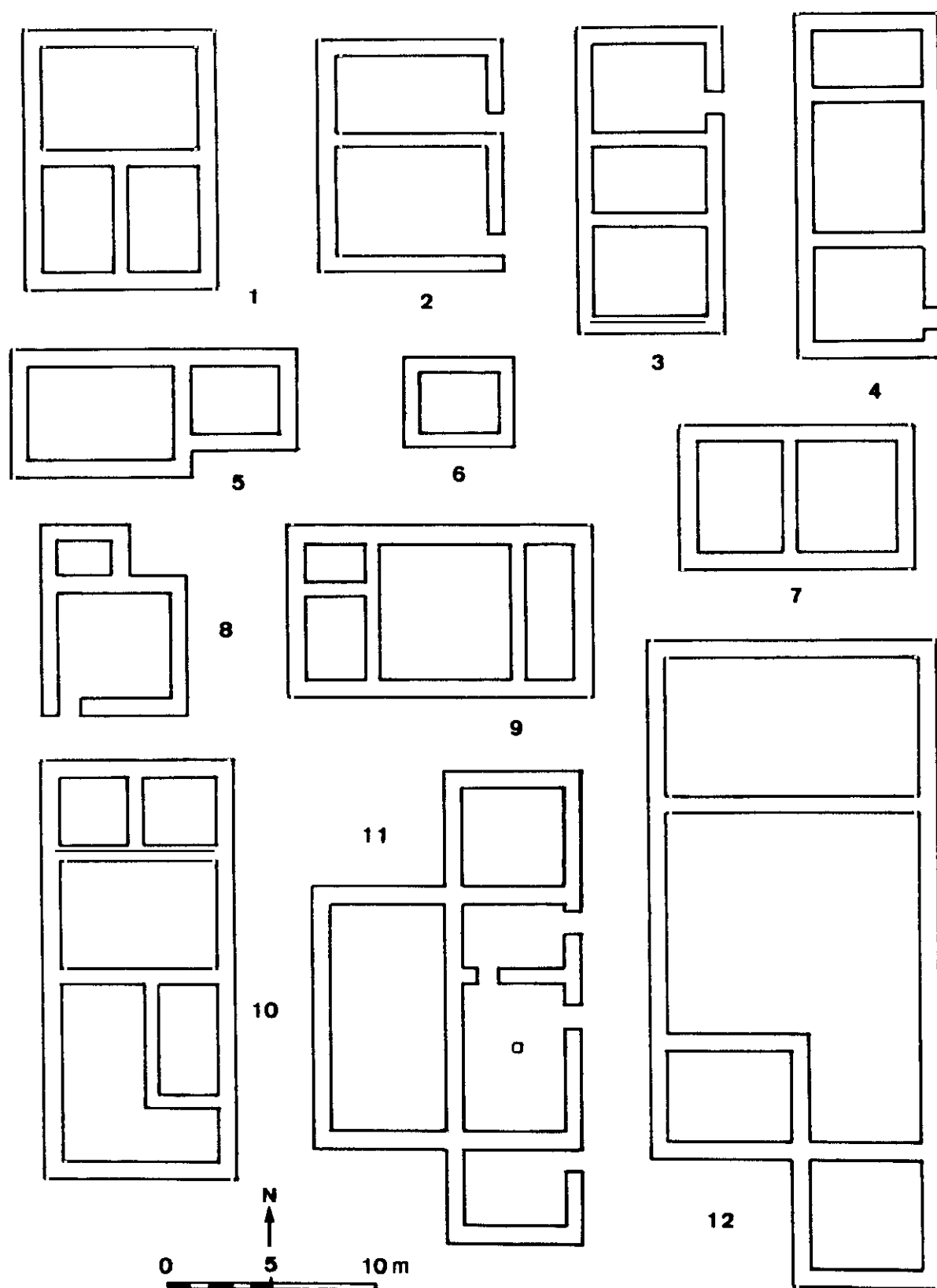


Fig. 19. Croquis de las plantas del castro de Ulaca, Solosancho (Avila).

Parece por tanto lógico que en un momento más avanzado de la Edad del Hierro se produjeran ciertas modificaciones en la arquitectura doméstica (Martín Valls y Esparza 1992: 275), algunas seguramente como consecuencia de la influencia romana. Los modelos iniciales subsisten, siguiendo la tradición constructiva, pero la tipología se diversifica extraordinariamente. Los ejemplos más patentes los tenemos en Ulaca y el Raso de Candeleda, donde se vislumbran (a) grandes complejos de varias habitaciones cuadradas y rectangulares con muros medianeros, cuya compartimentación guarda también espacios modulares<sup>97</sup>, (b) aparejos ciclópeos con muros de doble paramento que pueden llegar a 1 m. de anchura, relleno el interior con material menudo, (c) unas dimensiones excepcionalmente grandes en algunas estructuras, alcanzando los 400 e incluso 700 m<sup>2</sup> en Ulaca, y (d) una distribución más ordenada de las viviendas, en torno a calles o avenidas principales además de otras secundarias.

La mayoría de las casas se compartimentan en tres o cuatro estancias. La primera y más importante ocupa aproximadamente el 50% del espacio total y a ella se accede directamente desde la puerta exterior. A continuación se suceden las otras habitaciones que pueden aparecer contiguas a la primera (Fernández Gómez 1986: 49 ss.), lo más común, o bien dispuestas ordenadamente en torno a un eje longitudinal. Las primeras podrían reflejar el influjo de las viviendas turdetanas y de tradición orientalizante (Almagro-Gorbea 1994a: 34; Alvarez-Sanchís, e.p.) - con analogías muy significativas en la planta de Cancho Roano (Almagro Gorbea *et alii* 1990) - que en parte se explica por el enclave geográfico de estos poblados, en los pasos estratégicos que comunican la Meseta con Extremadura.

No obstante, queda pendiente la condición de las más grandes de Ulaca, ya que por falta de excavaciones no sabemos si siguen modelos foráneos, si son asignables a una barriada específica de casas, talleres y grandes residencias de la élite, o, simplemente, el resultado de sucesivas anexiones en el tiempo. Los materiales hallados son de imposible aprovechamiento cronológico y funcional,

---

<sup>97</sup> La prolongación de los muros hacia el exterior permite aventurar la idea de que algunas casas ofreciesen una especie de porche o zaguán. Tampoco hay que descartar el hecho de que se tratase de pequeños corrales para tener recogidos a los animales domésticos, como se ha interpretado en el Raso, aunque en ellos no se documentó ningún resto de animal (Fernández Gómez 1986: 487). Otras veces, caso de Ulaca, las viviendas aparecen talladas parcialmente sobre un gran canchal de granito, que ha sido rebajado haciendo las veces de muro o suelo, hasta ofrecer un aspecto "rupestre" o semihipogeo. Algunas casas conservan un pilar central o pie derecho para sostener las vigas de la techumbre.

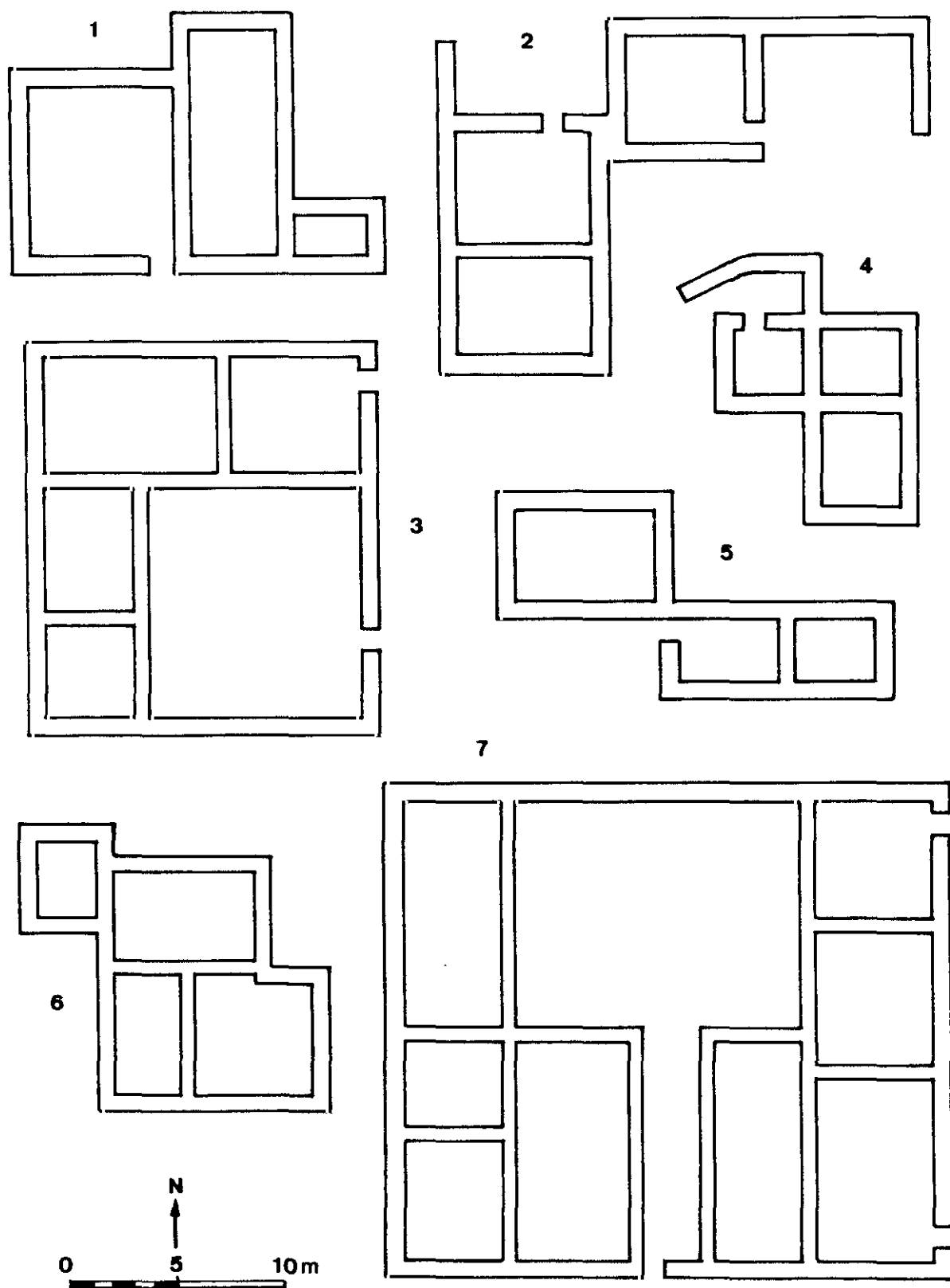


Fig. 20. Croquis de plantas de estructura compleja del castro de Ulaca, Solosancho (Avila).

pero en unas pocas construcciones resulta muy llamativa la magnitud de la planta, las proporciones modulares de las estancias internas y el empleo de grandes sillares en los zócalos, datos que a primera vista encajan bien con modelos netamente romanos o itálicos - con buenos paralelos en las ciudades del valle del Ebro (Burillo et alii 1995: 261) - y que en última instancia demostrarían la implantación de un modelo socio-económico muy específico en los siglos II-I a.C.

Un estudio más exhaustivo de la trama urbana y su contextualización desde el punto de vista arqueológico, demandaría una información que no podemos abordar con la calidad de argumentos necesaria. En cualquier caso, como rasgos de la arquitectura doméstica que caracteriza a estas zonas occidentales, podemos resumir lo siguiente:

(1) El desarrollo sin solución de continuidad de las ocupaciones referidas y la convivencia de estructuras de plantas diferentes en contextos tanto de la primera como de la segunda Edad del Hierro, por más que no siempre resulte fácil precisar el significado de alguna de ellas, confirma la evolución natural del substrato indígena.

(2) Es muy difícil señalar en qué momento el prototipo de organización del espacio doméstico adquiere verdadera carta de naturaleza, pero es casi seguro que su desarrollo se viese interesado por las reformas urbanísticas que trajo consigo el amurallamiento de algunos castros, sobre todo a partir de la cuarta centuria a.C.

(3) La vivienda protohistórica ofrece a primera vista cierta diversidad que no es posible atribuir a un momento preciso en el tiempo. Con todo, se intuye una evolución paulatina en los tipos hasta las más grandes y complejas. Existe también un progreso técnico en el trabajo de la piedra y el adobe, con zócalos más anchos y resistentes que responden a viviendas con capacidad más importante.

(4) La diversidad de plantas podría sugerir la exteriorización de diferencias sociales, pero también funcionalidades distintas y ajenas al ámbito de la vivienda, como parece evidente en los oppida de finales de la Edad del Hierro.

## LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

**2.3. Las defensas vettonas y el problema de su datación.** Cuestión importante sería establecer el momento inicial del amurallamiento de estos poblados, cuya arquitectura se ha valorado repetidas veces como un indicador cronológico. No en vano, la multitud de trabajos destinados a desentrañar la fechación de las defensas constituye la mejor referencia para comprender la importancia y la dificultad que todo ello entraña (Martín Valls 1985: 109 ss. y 1986-87: 65-68; Esparza 1987: 356 ss.; Moret 1991). El parentesco entre las poblaciones de la segunda Edad del Hierro del valle del Duero, manifestado en determinados tipos cerámicos, llevó asimismo a sospechar sobre determinadas similitudes constructivas, al partirse de la base de un amurallamiento de carácter general extensible a toda la Meseta. Se pensaba en una corriente de este a oeste para explicar su adopción (Martín Valls 1985: 111 y 1986-87: 68). Por ejemplo Harbison (1968: 147) propugnó esta vía al estudiar el sistema de las piedras hincadas. Pero la emergencia de los castros del noroeste de Zamora en el s. VI a.C., hasta alcanzar prácticamente a los sorianos, vino a complicar en parte la situación (Esparza 1990b: 103; Romero 1991a: 333-334, 363-364; Romero y Jimeno 1993: 205).

Los acontecimientos que se suceden durante el desarrollo de la segunda fase del castro de Sanchorreja, han sido también el punto tradicional de partida para la seriación cultural del SO de la Meseta. A mediados del primer milenio a.C. el yacimiento aludido se rodeaba de una muralla en piedra. Existía sobre el particular una cierta unanimidad entre los autores, no exenta de escepticismo ante la escasez de datos, de vincular este fenómeno y esta cronología a todo el ámbito occidental y suponer, de este modo, un proceso de cambios generales entre el 500 y el 400 a.C. que culminaba con el amurallamiento de una gran parte de los castros vettones conocidos. Martín Valls (1985: 109 y 1986-87: 68 ss.), a partir de las analogías que ya advirtiera Maluquer (1958a: 22), señalaba como las características de su muralla encontraba rasgos afines en los despoblados abulenses de Las Cogotas y La Mesa de Miranda (los dos primeros recintos) así como en los salmantinos de Yecla la Vieja, Las Merchanas, Castillo de Saldeana, Bermellar y La Plaza.

Al hilo de estos argumentos, la fortificación de los poblados pudo tener lugar en un marco temporal relativamente breve y bajo circunstancias similares. Sin

embargo, dicho esquema, en lo que a la incorporación de estos sistemas defensivos a inicios de la nueva etapa se refiere, dista francamente de estar resuelto:

(a) buena parte de los poblados ocupa emplazamientos elevados, de fácil defensa - en espigón, meandro o acrópolis - que probablemente en la fase inicial de ocupación no haría necesaria su fortificación,

(b) la parcialidad y el sesgo de las excavaciones, que sólo excepcionalmente consiguen abordar la estratigrafía de las defensas, con lo que la definición cronológica resulta extremadamente compleja y arriesgada,

(c) la estructura y organización de los poblados vettones, que no siempre, y no necesariamente, es posible correlacionar con las necrópolis. Su evolución hasta los grandes oppida en vísperas de la conquista romana parece paulatina, por lo que tampoco puede soslayarse la construcción de nuevas defensas en el transcurrir de la etapa,

(d) el papel que el substrato anterior puede haber jugado en el proceso de cambio. Se advierte en las murallas, obras de flanqueo, fosos y otros mecanismos defensivos elementos evolucionados a partir de las tradiciones indígenas del Bronce Final de la Meseta y del sur peninsular (Moret 1991). Debe quedar claro que el amurallamiento de los poblados es consustancial con su propia condición de permanencia, independientemente del grado de conflictividad de la época.

-----

La tradicional adscripción de las murallas y otros sistemas defensivos a orígenes célticos o centroeuropeos han sido matizados en estos últimos años (Moret 1991). Es verdad que la procedencia transpirenaica de las piedras hincadas parece reforzarse con los recientes hallazgos del poblado leridano de Els Vilars, en el Bajo Segre, que vendrían a confirmar su penetración desde el sureste francés (Garcés y Junyent, 1989; Garcés et alii, 1991)<sup>98</sup>, pero no es menos cierto el

---

<sup>98</sup> Piedras hincadas asociadas a una muralla y torreones. El conjunto se inscribe en un ambiente de Campos de Urnas del Hierro, datándose en la segunda mitad del s. VII a.C. Esta cronología, más elevada que las comúnmente admitidas para los grupos de la Meseta, así como su localización geográfica, vendría además a confirmar la filiación centroeuropea de las piedras hincadas como ya pusiera de manifiesto Harbison (1968), a partir de las estacadas de madera del Hallstatt C, para este característico sistema defensivo.



## LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

hecho de que se trata de la única técnica defensiva que se difunde en la mitad septentrional de la Península Ibérica<sup>99</sup> y queda ausente en la geografía no indoeuropea del territorio (Moret 1991: 11 y 41).

Una parte de los castros de Avila y Salamanca ofrece paramentos internos - Las Cogotas, La Mesa, Yecla, Bermellar (Martín Valls 1985: 109-110 y 1986-87: 68) - reforzamiento que no se encuentra en Sanchorreja, muralla que también acusa una mayor tosquedad. Del mismo modo, Martín Valls señala como los castros salmantinos presentan una técnica más depurada y una mayor riqueza en la organización de las entradas, por lo general en esviaje, indicios que podrían considerarse de una relativa modernidad frente a la técnica en embudo. Al menos ese parece ser también el dispositivo más apreciado en los grandes oppida abulenses a partir de finales de la tercera centuria a.C.. La cronología del último recinto de la Mesa de Miranda o las murallas de Ulaca, construídas en ciertas zonas con grandes piedras cuando no aparejo ciclópeo, algunas con alturas superiores a un metro y colocadas a veces de canto, confiere ciertas posibilidades. Por el contrario, las puertas en Sanchorreja son meras interrupciones de la muralla - sin descartar la existencia de brechas practicadas en tiempos históricos (Maluquer 1958a: 24) - y a veces se aprovechan los canchales para la constitución de alguna de ellas.

Otro indicio interesante es el que ofrecen los cuerpos salientes de las murallas, en particular los bastiones o refuerzos de planta curva de Las Cogotas, La Mesa, Las Merchanas o Yecla La Vieja. No hay elementos de datación segura pero es un rasgo característico para una parte de los yacimientos del oeste de la Meseta durante el Hierro II<sup>100</sup>. Este hecho es interesante como rasgo individualizador del grupo, máxime si valoramos además el dato negativo de su inexistencia en Sanchorreja. Maluquer creyó reconocer una de estas estructuras en el recinto de la acrópolis (1958a: 25), pero es prácticamente seguro que se trata de un afloramiento rocoso (González-Tablas et alii 1986: 120 ss.). La propia lectura estratigráfica del nivel superior del yacimiento, o Sanchorreja II, ligeramente

---

<sup>99</sup> Además de algunos castros célticos de la Baja Extremadura y el sur de Portugal (Berrocal 1992: 190-191 y 1995: 33).

<sup>100</sup> No obstante su origen, como también la técnica de los paramentos múltiples, hay que buscarlo en un momento anterior (Moret 1991: 33-34, 38-39).

envejecida por su excavador (González-Tablas 1990: 73), aconseja elevar la cronología de la muralla a la sexta centuria frente a la tradicional fecha del 500-400 a.C. (Maluquer 1958a: 34 y 96). Su relación con los castros citados resulta así más difusa y sugiere, por contra, un proceso sincrónico al de las poblaciones amuralladas del Hierro Antiguo en el occidente de Zamora y el Alto Duero (Esparza 1990b; Romero 1991a).

Bajo el punto de vista arqueológico, el primer hecho a destacar es que no existe ninguna prueba fehaciente de que la mayor parte de las murallas vettonas se hayan erigido a comienzos de la nueva etapa. Es verdad que algunos vestigios sugieren fechas de ocupación tempranas, sobre todo considerando la abundancia de molinos barquiformes en el Picón de la Mora frente a los circulares que son más escasos (Martín Valls 1971b: 137), las cerámicas peinadas con decoración sencilla del castro de Yecla la Vieja (Martín Valls 1973a: 94) o determinados vasos y objetos metálicos de raigambre antigua hallados en la acrópolis de Las Cogotas (Martín Valls 1986-87: 62-64 y Kurtz 1980), a los que nos hemos referido en más de una ocasión<sup>101</sup>. De todas formas, en los castros más occidentales y meridionales las excavaciones no han dado resultados muy positivos en este sentido. La muralla de Yecla no se asentaba sobre ningún estrato arqueológico, aunque los sillares caídos del paramento interno descansaban sobre estratos que proporcionaron cerámica a torno celtibérica y otros a mano con decoración peinada (Martín Valls 1973a: 95). Por otra parte, el corte que se efectuó en el lienzo septentrional de las Merchanas sólo dio restos cerámicos revueltos (Maluquer 1956a: 84).

Los materiales más antiguos de las necrópolis de Botija y La Coraja no son anteriores a la cuarta centuria (Hernández Hernández 1991: 266; Esteban Ortega 1993: 82), fechación que teóricamente podría convenir al hábitat amurallado. En el primero, los distintos cortes efectuados en la muralla y el torreón-bastión depararon materiales revueltos a mano y a torno con pintura, además de cerámica

---

<sup>101</sup> Alguno de los recintos de Sanchorreja podría llevarse hipotéticamente a un momento avanzado en la cronología del yacimiento, en consonancia con el hallazgo de materiales del Hierro II en superficie. Las tradicionales intervenciones arqueológicas del castro abulense se refieren sobre todo a la parte más elevada y al primer recinto (Maluquer 1958a: 27 ss.), que debió ser el núcleo originario de las comunidades del Bronce y de la primera Edad del Hierro. Cabría así plantear la posibilidad de una ampliación del yacimiento en un momento posterior, acorde a la erección de otros castros en la región. No obstante la cuestión es delicada y las intervenciones más recientes (González-Tablas 1990) tampoco han explicitado el desarrollo en cuestión.

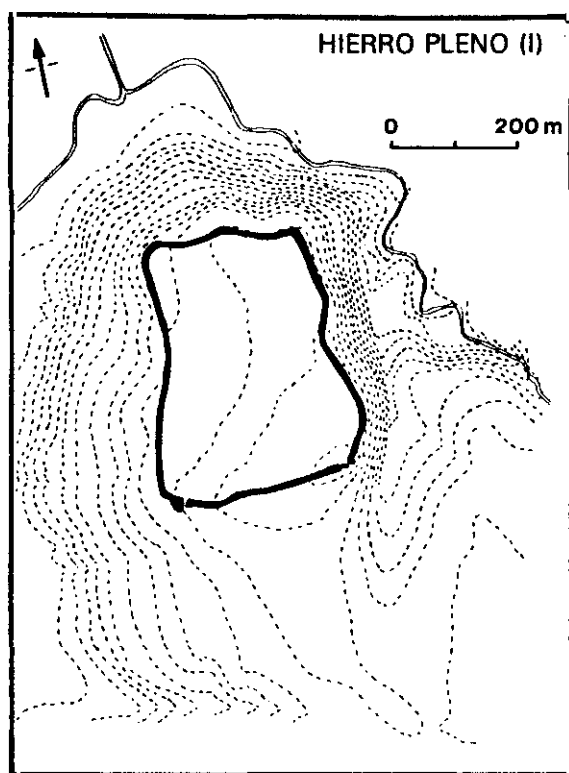
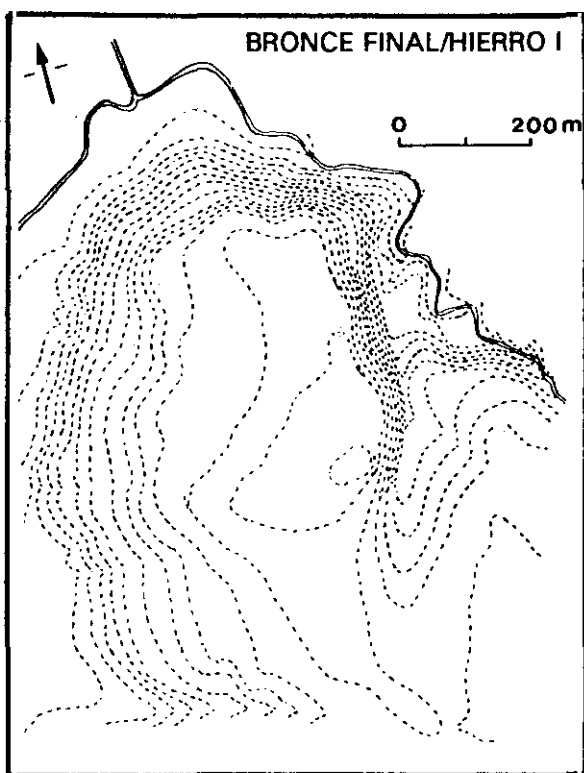
## LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

ática, campaniense y algunos fragmentos de ánfora romana. El hallazgo de cerámicas de barniz rojo ibero-turdetano en uno de los sondeos practicados junto al torreón podrían justificar la datación inicial referida para las defensas (Hernández et alii 1989: 47 ss. y fig. 27), pero su relación con los otros cortes no queda suficientemente explicitada. Los materiales del castro de La Coraja también se datan entre los siglos IV-II a.C., aunque las excavaciones no afectaron a las defensas (Redondo et alii 1991: 275).

En cualquier caso, en la relación de los castros de Avila-Salamanca con los extremeños al sur del Tajo pueden verse algunas tendencias contrapuestas: si la ubicación de estos últimos guarda cierta relación con el ámbito de la Meseta desde el punto de vista cronológico; en cambio, el estudio de los objetos tipológicamente asignables al siglo IV e inicios del III a.C. se encuadra mejor en el ámbito ibérico - muy bien atestiguado en la primera necrópolis de Botija (Hernández Hernández y Galán 1996) - lo que introduce importantes matices frente a la dinámica de la Meseta y la Alta Extremadura (Rodríguez Díaz y Enríquez 1992: 537-541). La necrópolis del Castillejo de la Orden (Alcántara) podría ser un buen punto de referencia en este mismo contexto. Ubicada muy cerca del Tajo, en ella concurren *cerámicas autóctonas, una ausencia muy destacada de la pintada de tipo ibérico y una panoplia guerrera - espadas de frontón y antenas - con buenos paralelos en sus homólogas abulenses* (Esteban Ortega et alii 1988: 93-96). En consecuencia, cabe razonablemente sospechar que, al menos en el transcurso de la cuarta centuria y a comienzos de la siguiente, la cuenca del Tajo todavía sigue marcando el límite a la dispersión de elementos de filiación meseteña. Esta cronología encaja perfectamente con la que se puede postular a partir del análisis y distribución de otros elementos de la cultura material, como delata la cerámica con decoración a peine.

Al norte del gran río, en el territorio que podemos considerar nuclear de Cogotas II, el marco cronológico de algunos centros emblemáticos ofrece una lectura más amplia.

Las actuaciones arqueológicas en La Mesa de Miranda se limitaron a la recogida de materiales en superficie, así como la limpieza de las inmediaciones de las murallas y algunas estructuras de viviendas (Molinero 1933; Cabré et alii 1950:



### LA MESA DE MIRANDA

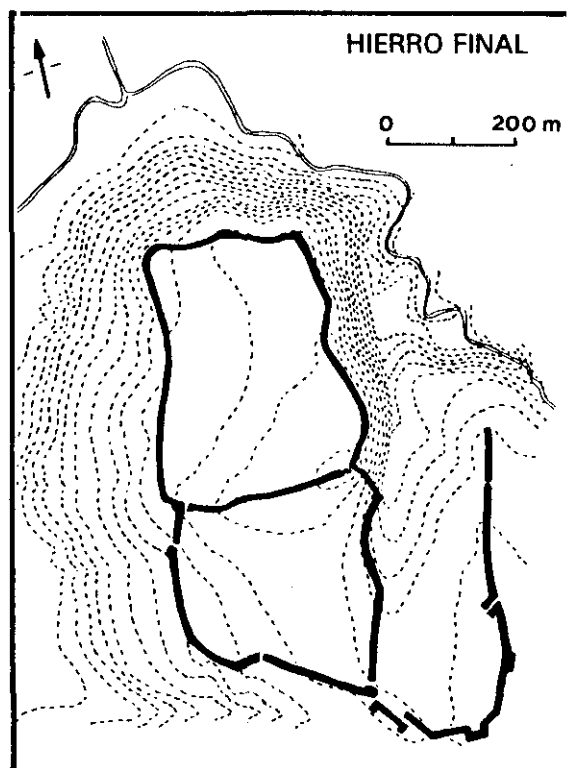
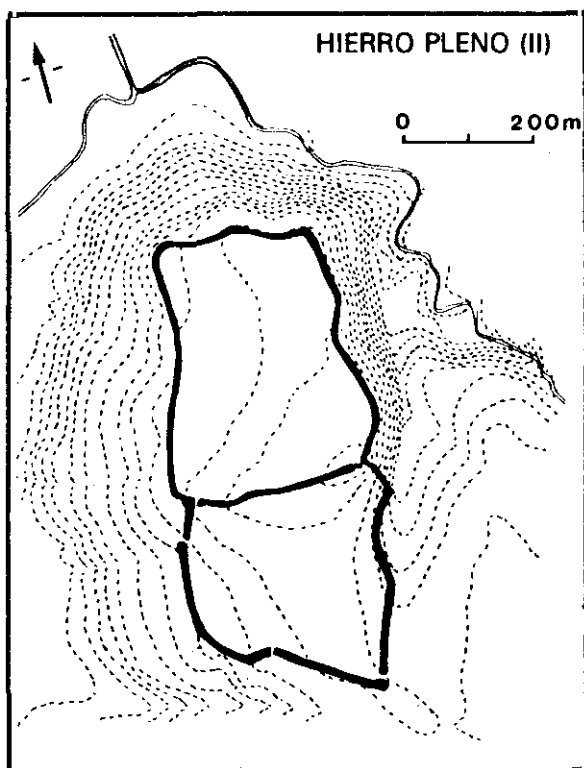


Fig. 21. Desarrollo de las murallas del castro de La Mesa de Miranda, Chamartín de la Sierra (Avila), y fases de ocupación.

## LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

9-39). El primer recinto ofrece foso y piedras hincadas delante de las entradas (Cabré et alii 1950: 15-17; Alvarez-Sanchís 1993a: 269-272). Es el mayor del castro - casi 12 Has. - y queda separado del segundo mediante una muralla transversal con dos entradas flanqueadas por bastiones. Este consta a su vez de una puerta en el extremo suroriental, protegido por otras dos torres, accediendo al tercer recinto. Aquí, el muro meridional o "cuerpo de guardia" ve reforzados sus extremos con torres de planta cuadrangular y aparejo ciclópeo, bien dispuestas para la defensa de la entrada principal. En correspondencia con los ajuares más antiguos del cementerio el primer lienzo podría llevarse razonablemente a partir de la cuarta centuria. El último invade un sector de la necrópolis y ha sido datado en un momento posterior, en relación con las campañas romanas de la 1ª mitad del siglo II a.C., bien la campaña de Postumio del 179 a.C., bien durante las guerras celtibérico-lusitanas a mediados del mismo (Martín Valls 1985: 129 y 1986-87: 81-82).

El castro de Las Cogotas se organiza en torno a dos grandes recintos amurallados con tres entradas cada uno, más compleja y elaborada la principal del recinto superior. Cerámicas pintadas a torno, fíbulas tardías con esquema de la Tène y alguna otra de caballito localizadas en los distintos sondeos realizados junto a la muralla del segundo recinto, permiten apuntar una cronología entre los siglos III-II a.C. Pero todavía es factible precisar algo más; el nivel de fundación de la muralla del segundo recinto se corresponde bien con el nivel constructivo del alfar (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995: 221). No puede ponerse en duda la analogía de los recipientes hallados en este último, todos a torno e inequívocamente celtibéricos, con la etapa clásica de estas cerámicas (Sacristán de Lama 1986: 160 ss.), pudiéndose observar los típicos vasos de borde vuelto y en cabeza de pato con decoración pintada. Podría entonces postularse una fecha hacia el tránsito de los siglos III-II a.C. o comienzos del siglo II a.C. para la construcción del segundo recinto, aunque es claro que no hay ningún elemento romano.

La existencia de un nivel de basurero que se encuentra debajo de la muralla - también con abundancia de cerámicas a torno - demuestra que con anterioridad a su erección ya había un foco de actividad en la zona. Ello nos lleva a proponer que en la secuencia de ocupación de Las Cogotas pudo haber un primer momento

(s. IV a.C.) sólo con el recinto superior amurallado y actividades secundarias en la explanada situada al SO. y un segundo momento (s. III-II a.C.) en el que se decide amurallar este sector. Cabría pensar en otras diferencias de matiz<sup>102</sup> y en la relación del primero con la necrópolis del castro; en cualquier caso, el aparejo constructivo no parece presentar diferencias y el lapso de tiempo transcurrido entre una y otra construcción pudo también ser breve (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995: 221). Finalmente, la estructura de torreones y el cuerpo de guardia de La Mesa de Miranda podría darnos una data antequem, hacia el 175/150 a.C., para las defensas de Las Cogotas, con todo lo problemático que ello fuese<sup>103</sup>. La relevancia de este contexto se ve además refrendada con la que ostentan otros centros en este momento; el bagaje material que proporciona el segundo recinto de Las Cogotas y la cronología aproximada de la muralla encuentra claros paralelos en la documentación histórica y arqueológica que se infiere del Teso de las Catedrales, en la capital salmantina, donde las recientes excavaciones permitieron documentar la base de un posible recinto murado sobre el que apoya un nivel datado entre los siglos III y II a.C. (Martín Valls *et alii* 1991: 155).

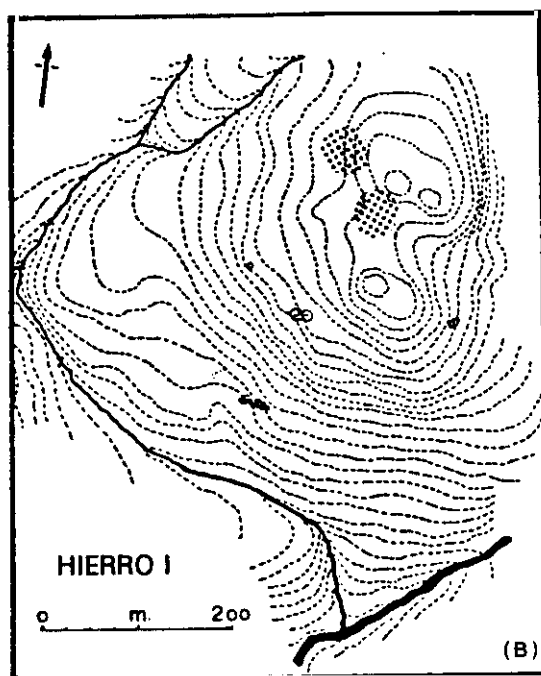
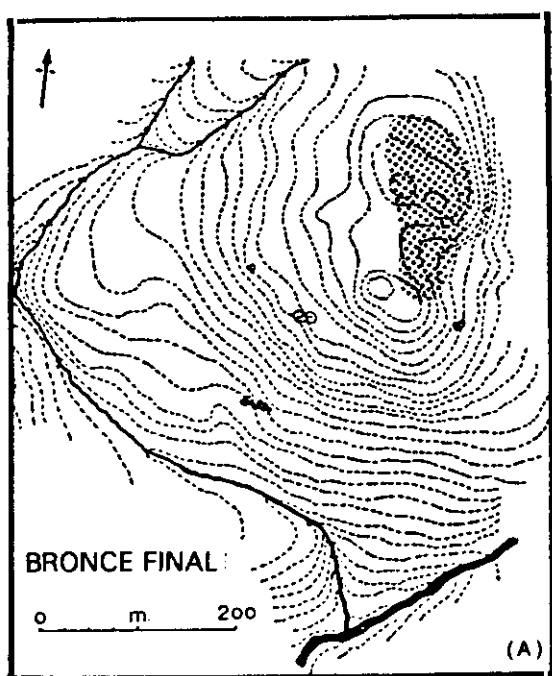
Una fechación de finales de la Edad del Hierro podríamos pensar igualmente para las murallas de Ulaca (Alvarez-Sanchís 1993a: 272-279), a juzgar por la cerámica a torno y pintada recogida en las prospecciones hasta ahora efectuadas y los escasos fragmentos a mano<sup>104</sup>. El recinto principal del oppidum abarca una

---

<sup>102</sup> El trazado ondulado afecta por igual a todas las murallas del castro, pero podrían considerarse algunas diferencias desde un punto de vista tipológico entre ambos sectores; así, y mientras en el perímetro amurallado que rodea la acrópolis abundan los bastiones a modo de engrosamientos o salientes curvilíneos, flanqueando las dos entradas principales pues sabido es que la situada en la pendiente Este estaba demolida por completo, en el segundo recinto dos de las entradas carecen a priori de salientes. En la entrada sur del último sector, uno de los lados está flanqueado por una original torre cuya planta acusa por el exterior dos caras rectas con dobles paramentos y por el interior un semicírculo (Cabré 1930: 35). En contra de los argumentos expuestos estaría el gran recodo que aparece al occidente de los bastiones de la entrada principal - pues sirve a su vez para flanquear la entrada alta del segundo recinto (*id.* 1930: 31) - la existencia de un pequeño saliente a escasos 70 m. de la entrada norte del mismo y otro que, describiendo un semicírculo, se emplaza no lejos del acceso sur.

<sup>103</sup> Tampoco hay que perder de vista el trazo rectilíneo y parcialmente anguloso que incorpora la cara exterior del bastión o torre de la entrada sur de Las Cogotas. Presenta ciertas concomitancias con la torre F del oppidum de La Mesa, que defiende el ángulo sureste del segundo recinto y a su vez sirve de baluarte para flanquear la puerta del tercero; es de planta semicircular aunque la orientación de los ejes se dispone al contrario que en Las Cogotas. La parte que mira hacia el interior describe una línea sensiblemente recta mientras que la parte convexa se ve reforzada por una plataforma que pudo ser adosada simultánea o posteriormente (Cabré *et alii* 1950: 28). Por tanto el trazado de Las Cogotas, a sabiendas de los pocos vestigios conservados y sin descartar posibles reconstrucciones (Cabré 1930: 36), permitiría plantear su relativa modernidad.

<sup>104</sup> Los materiales recogidos confirman lo ya conocido en anteriores publicaciones (Lantier y Breuil 1930; Posac 1953; Gutiérrez Palacios 1955): restos de escasa significación tipológica, con predominio de formas abiertas y a torno, en tipos que se ajustan plenamente a las cerámicas de fines de la Edad del Hierro. Entre las decoradas, destacamos las especies



## LAS COGOTAS

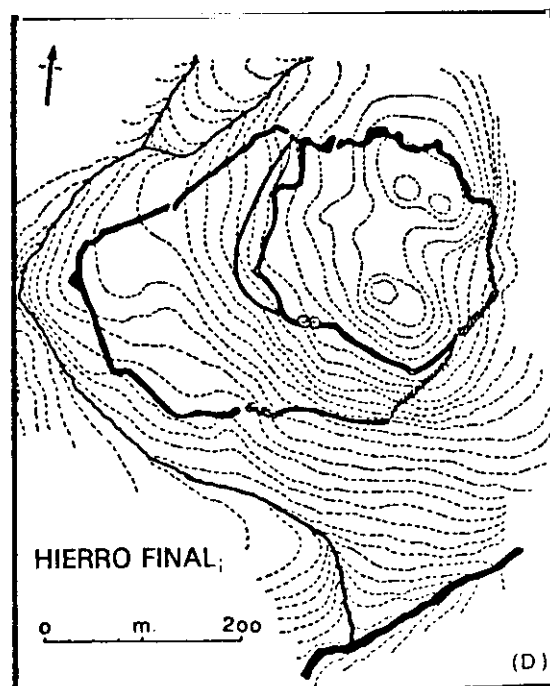
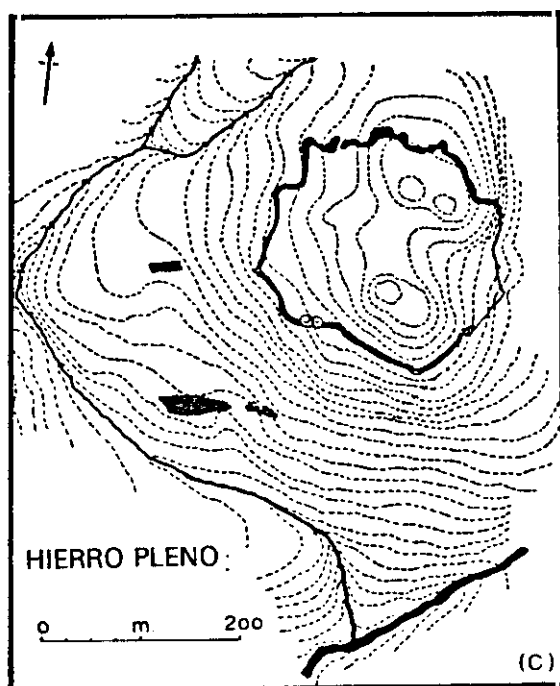


Fig. 21. Fases de ocupación del castro de Las Cogotas, Cardeñosa (Ávila).

pintadas celtibéricas y algunos fragmentos estampillados. Por su rareza, merecen ser citadas algunas cerámicas policromas tardías, bien paralelizables a las numantinas (A. Jimeno, com. personal). De la zona también proceden algunos restos metálicos y dos cuentas de pasta vítrea azul, una de ellas oculada. Capítulo aparte serían las tres diademas de oro procedentes de la provincia de Ávila, al parecer de los alrededores de Ulaca, conservadas en una colección particular (Fernández Gómez 1989: 88-89 y 1995: 181-182). Decoradas mediante técnica de repujado, ofrecen roleos vegetales y un águila con las alas explayadas en posición frontal sobre una hoja de acanto. Su autor sugiere una procedencia helenística, fechable en la primera mitad de la tercera centuria a.C., que habría que relacionar con las placas de plata con decoración zoomorfa de la necrópolis de La Mesa de Miranda (Cabré *et alii* 1950: Lám. LIV; Baquedano 1996).

extensión de gran magnitud, superior a las 60 Has., en correspondencia con la vitalización alcanzada por otras poblaciones vettonas y vacceas en un contexto que no debió ser anterior a la tercera centuria. Datos más precisos si se quiere alberga El Raso de Candeleda, cuyas defensas se fechan a finales del siglo III a.C. ó comienzos del segundo, así como las viviendas excavadas (Fernández Gómez 1986: 517). Alcanza las 20 Has. y sucede en el tiempo al hábitat no fortificado de El Castañar, que sí se ha relacionado con la conocida necrópolis de incineración (Fernández Gómez 1995: 154-155; Fernández Gómez y López Fernández 1990: 96-99). El oppidum abulense conserva en la actualidad restos de una docena de torres de planta cuadrada, rectangular y trapezoidal (Fernández Gómez, 1986: 503 s.). Por último, los importantes núcleos astures de Santiago y Labradas, en Villalcampo y Arrabalde respectivamente (Gómez Moreno 1927: 37-38; Esparza 1987: 37, 136, 375-376), son otros puntos de referencia a propósito del amurallamiento tardío - siglos II-I a.C. - para una parte de estos centros, el primero con torres de planta cuadrangular dispuestas regularmente y aparejo ciclópeo.

Cabe suponer que la Coraja, con una impresionante puerta-torre junto al tramo accesible del poblado (Redondo *et alii* 1991: 273) o el castro de Botija, con torres-bastiones en los dos recintos (Hernández Hernández 1989: 18-19 y fig. 3), correspondan a versiones de modelos ibéricos que podríamos datar de forma un tanto imprecisa a comienzos del siglo IV a.C.. Con todo, probablemente estas novedades sólo se incorporan en la orla occidental y septentrional de la Meseta en un momento más avanzado de la Edad del Hierro, a finales del siglo III o inicios del II a.C, e incluso no descartaría una ruta meridional a través de Extremadura para explicar su origen<sup>105</sup>. Los vemos en el Raso de Candeleda, con los baluartes conocidos como "El Castillejo" y "El Castillo" (Fernández Gómez 1986: 509-512), en el cuerpo de guardia del último recinto de la Mesa de Miranda (Cabré *et alii* 1950: 27-32) o en las torres del castro zamorano de Santiago en Villalcampo (Esparza 1987: 376), rasgos que ya preludian las fortificaciones del momento de

---

<sup>105</sup> Posibilidad que ya fue sugerida por Esparza para el tercer recinto de La Mesa de Miranda (Esparza 1982: 399). Por otro lado, el innegable parentesco entre las plantas de algunas casas de el Raso y Ulaca con las viviendas de élite turdetanas o de tradición orientalizante (Almagro-Gorbea 1994a: 34; Alvarez-Sanchis, e.p.), invita a sospechar que también afectó a la arquitectura doméstica.



## LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

la conquista (Martín Valls 1985: 129)<sup>106</sup>.

Por su vinculación geográfica, podría argüirse una relación temporal entre las piedras hincadas de los castros zamoranos y portugueses y el importante núcleo abulense-salmantino. Sin embargo, la fechación de las vettonas es más moderna. Para los castros de Yecla la Vieja y el Picón de la Mora se sugiere una ocupación inicial en torno a la quinta centuria (Martín Valls 1971b y 1973a), mas la datación precisa de las murallas y las piedras hincadas sigue todavía pendiente. En La Mesa de Miranda no hay piedras hincadas ante la muralla del tercer recinto, que nos daría un terminus antequem para los bloques aristados del yacimiento. Podría obtenerse una confirmación análoga para las barreras de Las Cogotas cuya cronología es, en suma, la de los propios recintos. Contamos además con el dato negativo de su ausencia en Ulaca; sin embargo, en el Raso de Candeleda (Fernández Gómez 1986: 516) tendríamos una datación todavía más reciente, que podría llevarse a los dos últimos siglos antes de la era. En algunos castros del NO. de Zamora también podemos rastrear estos vestigios defensivos a finales de la Edad del Hierro; así se desprende del campo de piedras hincadas y doble foso de Lubián o de las defensas de Labradas en Arrabalde (Esparza 1987: 360-361 y 1990b: 104, 111).

A la vista de estos datos, las defensas de los castros vettones parecen bien datables a partir de la cuarta y tercera centuria a.C., pero el propio desarrollo de estas comunidades hará surgir en fechas más tardías nuevos asentamientos amurallados y nuevas reedificaciones. Los sistemas constructivos se irán haciendo más complejos, ilustrando la asimilación progresiva de la poliorcética helenística, aunque su vehículo de transmisión puede haber sido púnico, ibérico y romano (Moret 1991: 35 ss. y 42; Martín Valls y Esparza 1992: 269; Almagro-Gorbea 1994a: 34; Berrocal 1995: 32-34). Paramentos de trazado rectilíneo, tendencia a la planta angulosa reforzada con torreones y una cierta regularización en las hiladas y talla de grandes sillares serán sus rasgos más característicos, bien evidenciados en la Mesa de Miranda, Ulaca y el Raso.

---

<sup>106</sup> En la puerta septentrional de Las Merchanas se erige un bastión circular fuera de la muralla aunque inmediato a ésta para proteger la puerta, pero es casi seguro que se trata de una adición posterior, de época altoimperial tardía (Maluquer 1968: 106-108 y 1956a: 28-29).

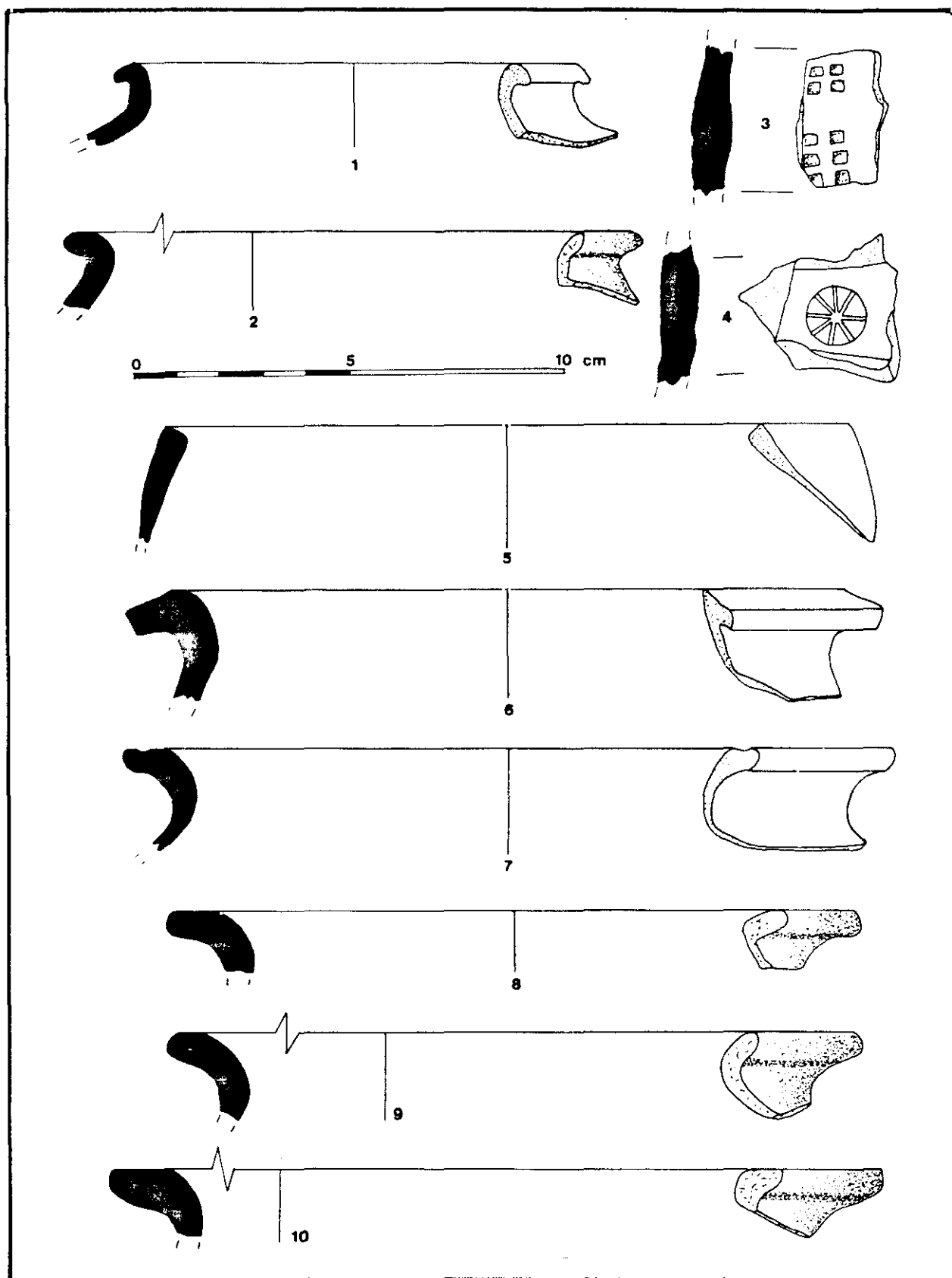


Fig. 22. Cerámicas a torno y a mano (2, 8-10) del castro de Ulaca.

## LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

Creo, en consecuencia, que no puede hablarse de una etapa breve y homogénea en la arquitectura defensiva de los castros vettones a comienzos de la segunda Edad del Hierro. Con todo, aun aceptando la posibilidad de una cronología escalonada, existe una correspondencia esencial entre las grandes obras de fortificación y la plenitud material de las sociedades indígenas de la Meseta. Como plantearé más adelante, todo este proceso es mejor conocido desde los siglos III-II a.C., cuando los datos que proporcionan la arqueología y las fuentes escritas, al socaire de la expedición cartaginesa o de las guerras que ocasiona la presencia romana en la zona, permiten entrever la existencia de importantes centros fortificados.

### 3. Notas sobre la cerámica de Cogotas II.

**3.1. La cerámica a peine.** Entre el material cerámico propiamente dicho, destacan en primer lugar los vasos a mano con decoración a peine, cuya cronología apoyaba una fecha bien entrada en el Hierro Antiguo, a la vista de otras asociaciones cerámicas y también metálicas.

Al filo de la mitad del primer milenio a.C. el catálogo de formas y decoraciones sigue siendo el habitual, con técnicas mayoritariamente incisas que abarcan amplias superficies y una cierta predilección por los temas sogueados y en zig-zag. Así lo atestiguan el conjunto funerario 44-45 de la necrópolis carpetana de las Esperillas (García Carrillo y Encinas 1990; Blasco y Barrio 1992: 292-293 y 301), la tumba 65 del Raso de Candeleda, que se ha fechado en la 2ª mitad del s. V a.C. (Fernández Gómez 1986: 545 y 872-873) y algunos platos y urnas con decoración análoga del poblado y la necrópolis de Villanueva de la Vera<sup>107</sup>, donde se habían realizado algunas intervenciones puntuales (Cordero *et alii* 1990; Celestino 1995: 82). Otro punto de referencia nos lo proporciona un cuenco de perfil ovoide con varios frisos de trenzados localizado en el nivel más profundo del cerro Redondo (Fuente el Saz del Jarama), datado a finales del s. V a.C o comienzos del siguiente gracias al hallazgo de un trocito de cerámica ática del primer cuarto del s. IV a.C. en el estrato inmediatamente superior (Blasco y Alonso

---

<sup>107</sup> Las informaciones más recientes sobre este yacimiento nos han sido amablemente facilitadas por S. Celestino, director de las excavaciones.

1985: 45, 81, 134 y fig. 61).

Con todo, la plenitud de estas cerámicas en el marco suroccidental de la Meseta se corresponde sin duda a los siglos IV y III a.C., como ya propusiera Martín Valls (1971a, 1973a: 93-94 y 1986-87: 74) hace algunos años y confirman plenamente los ajuares de las necrópolis vettonas. En primer lugar, cabe señalar la comparecencia del peine en tumbas con espadas de antenas atrofiadas tipo Aguilar de Anguita, Alcáçer-do-Sal y Arcóbriga. Así, la tumba 63 del Raso, que podría ubicarse fácilmente en el tránsito de los siglos V-IV, y tal vez algo después los conjuntos 185 y 200 de la zona VI de La Osera (Fernández Gómez 1986: 718-724; Cabré *et alii* 1950: 110-113, láms XXXVIII y XLI). De este mismo cementerio podría citarse la tumba 55 (*id.* 1950: 91), con un puñal de tipo Monte Bernorio que salió muy destrozado. La tipología de la mayoría de estas piezas en el ámbito abulense encaja bien con la plenitud del s. III a.C. (Sanz Mínguez 1990a: 185), aunque no es descartable una fechación más elevada en virtud de otras asociaciones (Martín Valls 1986-87: 74; Martín Valls y Esparza 1992: 262)<sup>108</sup>. En cuanto a las fíbulas, las que se relacionan con los vasos a peine corresponden básicamente al esquema de La Tène I y anulares hispánicas. Las primeras las encontramos en las sepulturas 361 y 904 de Las Cogotas (Cabré 1932: 64 y 101); respecto a las anulares, podríamos citar las tumbas 436 y 466 de La Osera (Cabré *et alii* 1950: 142-143 y 148) y, nuevamente en las Cogotas, los conjuntos 861 y 956 (Cabré 1932: 98 y 104).

Otro tanto cabría decir del escaso material importado asociado a estas cerámicas, pudiéndose citar los dos pequeños platos de barniz negro de la sepultura I de La Osera (zona I, túmulo D), adscribible a la forma 21 de Lamboglia y fechados en el segundo cuarto del s. IV a.C. (Cabré y Morán 1990: 78 y 80; Baquedano 1996: 78-79, cuadro V), asociados además a una espada de antenas y unas pinzas caladas de tipo Cigarralejo entre otros elementos. Por otro lado, tendríamos el platito campaniense de la tumba 338 de la zona VI de La Osera (Cabré *et alii* 1950: 128-129), bien datado por Martín Valls (1986-87: 73) en el s.

---

<sup>108</sup> Como se infiere de la sepultura 201 en la zona II de la Osera, donde apareció una vaina con cuatro discos en la contera y decorada con nielados de plata, acompañada entre otros objetos de un casco con cimera de bronce y una espada de la Tène I (Cabré y Cabré 1933b: 39-43; Baquedano 1990: 280). Tipológicamente esta última apuntaría a fechas elevadas, ya en el s. IV a.C., sin descartar su perduración a inicios del siguiente (Martín Valls 1986-87: 74). En esta misma dirección conviene señalar la tumba 28 de Padilla de Duero, con espada de tipo Miraveche y puñal de tipo Monte Bernorio, datada a finales del s. IV a.C. (Sanz Mínguez 1993: 380-382).

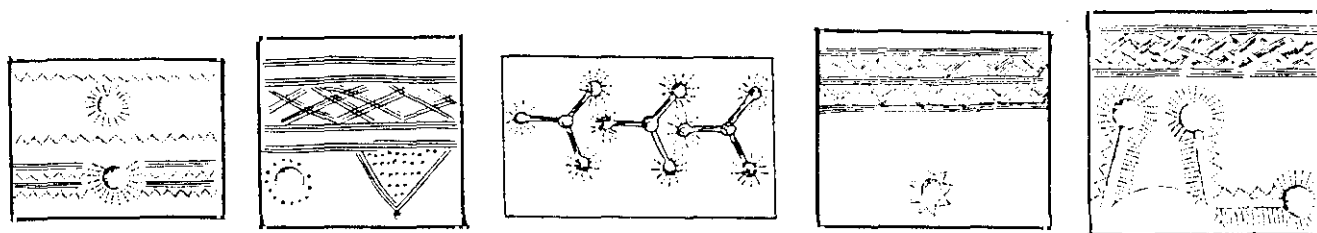
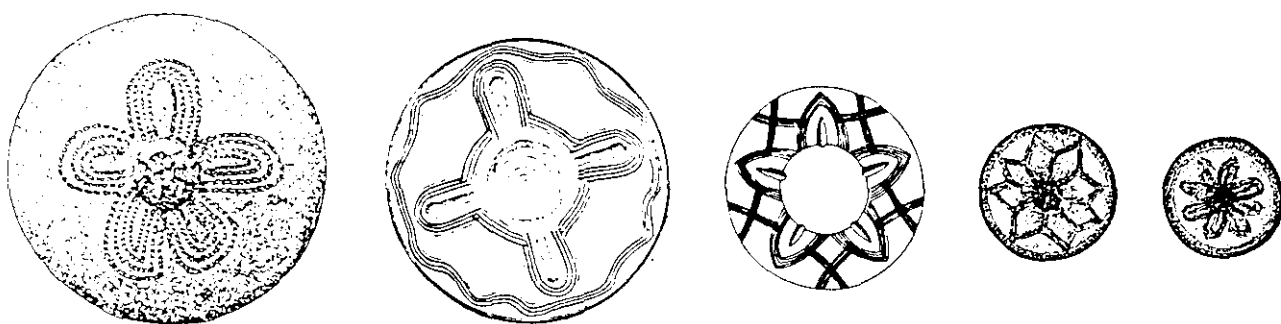
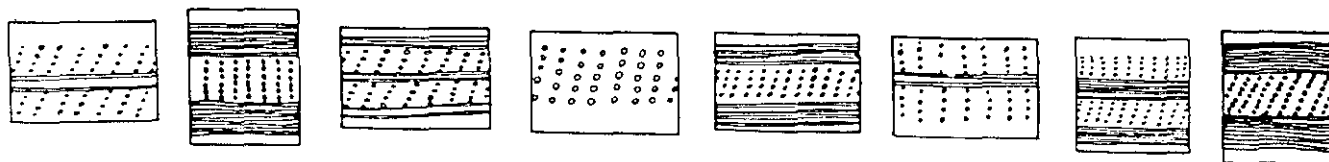
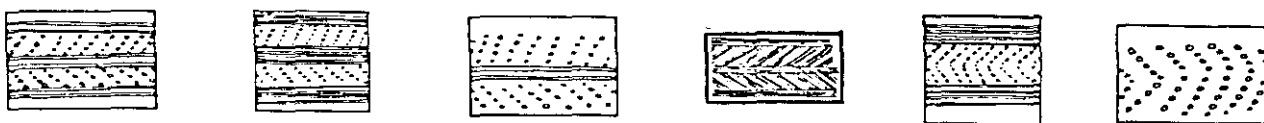
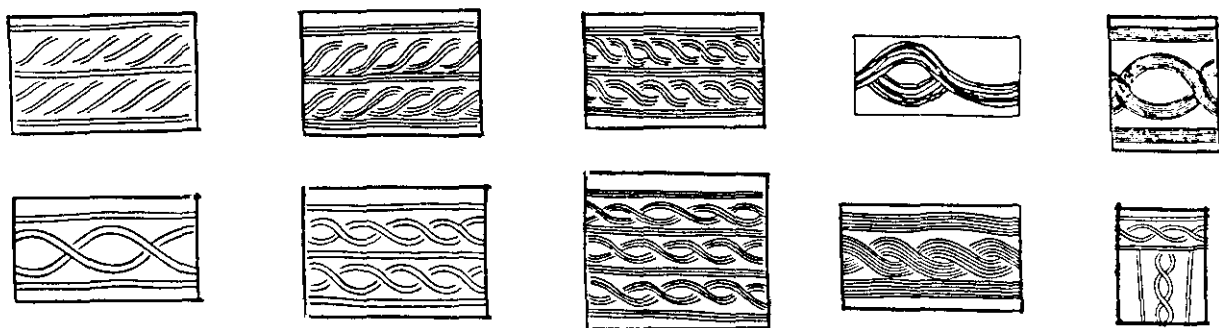


Fig. 23. Representación de motivos de las cerámicas a peine de distintos yacimientos de la Meseta.

III a.C. siguiendo la tipología de Morel (1981: 213, forma 25, tipo 2733c). Tampoco descartaría una data análoga para la tumba 14 de la necrópolis, aunque en este caso las referencias sobre la cerámica campaniense son bastante imprecisas (id. 1950: 84). Más discutible, al tratarse de una tumba violada, sería el fragmento de cerámica de barniz rojo recogido en la sepultura 15 del Raso (Fernández Gómez 1986: 584-585, 829). Su excavador sugiere una asociación similar en la sepultura 455 de la Osera, donde el cuenco a peine apareció además con una fíbula de arco de puente romboidal (Cabré et alii 1950: 145), que vendría muy bien a la cronología.

Una parte muy considerable de esta cerámica delata su contemporaneidad con el torno de factura indígena, datable desde la 2ª mitad del s. IV a.C., hasta ser finalmente suplantada por las pintadas de estilo celtibérico. La sepultura 30 del Raso, que incluye un puñal de empuñadura de frontón entre otras asociaciones metálicas y cerámica estampada (Fernández Gómez 1986: 618-624 y 874), podría llevarse a finales de esa centuria. En el siglo III a.C. se puede reconocer una producción más amplia como lo manifiestan las tumbas 142 y 263 de la Osera. Aquí, los vasos a peine conviven junto a copas y urnas con decoración estampillada, y forman parte también de ajuares en los que aparecen los típicos recipientes acampanados con pie desarrollado (Cabré et alii 1950: 105, 120, láms. XCVIII,1 y CI,8).

En definitiva, soslayando los problemas cronológicos que conllevan los objetos metálicos y también los importados, a causa de su perdurabilidad, parece evidente que la mayor parte de las producciones peinadas en estos cementerios podrían ubicarse a lo largo de la cuarta y tercera centuria a.C. No obstante, algunos vasos decorados del Raso de Candaleda podrían apoyar una fecha más antigua, a mediados del milenio, basados en la presencia exclusiva de cerámica a mano en uno de los sectores de la necrópolis. Otro dato interesante, como el ungüentario de la tumba 32, concede ciertas posibilidades de fechación en la quinta centuria (Fernández Gómez 1986: 873).

Este mismo proceso, de copiosa bibliografía y que sería prolijo enumerar, debió ser general en todos los castros vettones de la cuenca suroccidental (Fig. \*), incluyendo otros igualmente emblemáticos como Salmantica (Martín Valls et alii

## LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

1991: 153), Bletisama (Benet *et alii* 1991: 130), Las Paredejas (Fabián 1986-87: 281), Picón de la Mora (Martín Valls 1971b: fig. 3), Yecla de Yeltes (Martín Valls 1973a: 89 y fig. 9) o Villanueva de la Vera (González Cordero *et alii* 1990: 136, 140-142). En cambio, algo muy diferente podría postularse para los poblados al sur del Tajo, donde esta cerámica cuenta con bien escasa representación.

El hallazgo más meridional, uno de los pocos testimonios conocidos a este lado del río, lo constituye una urna de perfil en S y pie realizado con decoración incisa en zig-zag procedente de la necrópolis de La Coraja, en Aldeacentenera (Esteban Ortega 1993: 74, nota 29 y fig. 12,a). Su excepcionalidad, en un conjunto formado por más de 70 enterramientos, podría entenderse como argumento en favor de un producto foráneo llegado desde la Meseta occidental. No pueden descartarse otros vestigios pero, a tenor de esta distribución, debería sospecharse que la cerámica a peine delata la pujanza del grupo Cogotas II en un marco geográfico y temporal bastante preciso.

La situación, naturalmente, es más compleja en la Meseta Norte. Tales cerámicas cubren la práctica totalidad del valle del Duero y el Sistema Central (Fig. \*), desde el castro astur de Labradas, al oeste del Esla (Esparza 1987: 341), hasta la necrópolis celtibérica de Luzaga (Díaz 1976: fig. 20, nº 12). Una gran parte de las piezas conocidas proceden de excavaciones antiguas o hallazgos casuales y desconocemos, por tanto, el contexto preciso en el que fueron halladas. Con todo, otras son susceptibles de datación, pudiendo afirmarse que los materiales obtenidos en unos y otros yacimientos apuntan con bastante claridad a estos primeros tiempos. En la Mota y Cuéllar evolucionan sin solución de continuidad desde los niveles del Soto y conviven con las primeras cerámicas a torno importadas. Pero sobre todo resulta muy llamativo el incremento que se detecta en los estratos más recientes, que podrían llevarse a inicios del s. IV y s. III a.C. respectivamente (Seco y Treceño 1993: 142-143 y 159; Barrio 1993: 197-207), como ocurre también con la necrópolis de las Erijuelas, junto al poblado segoviano (Barrio 1988: 406 ss.). Tampoco faltan en Rauda y Cauca, acompañadas de otras cerámicas a mano y las pintadas de tipo celtibérico, en los niveles correspondientes a las ciudades vacceas (Sacristán de Lama 1986: 78-79, láms. XI-XII; Romero *et alii* 1993: 256 ss., figs. 6 y 11).

De igual modo, disponemos de la información que aportan algunos conjuntos

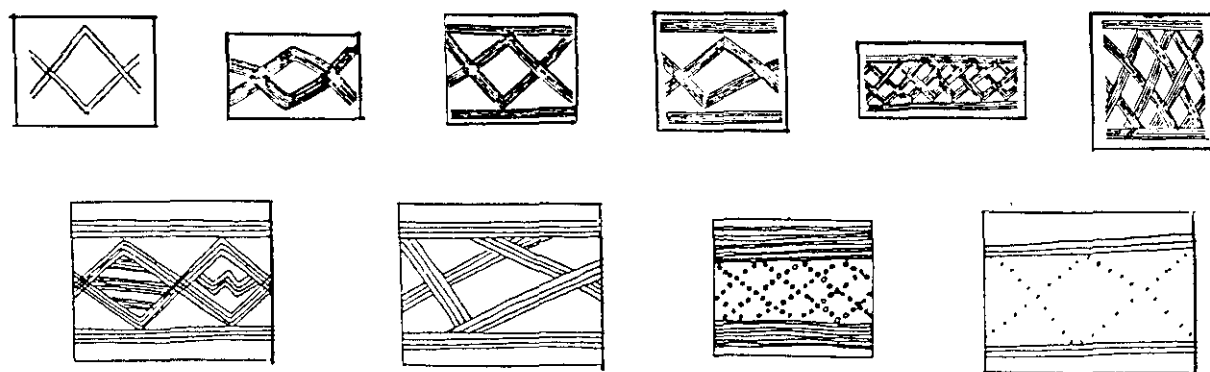
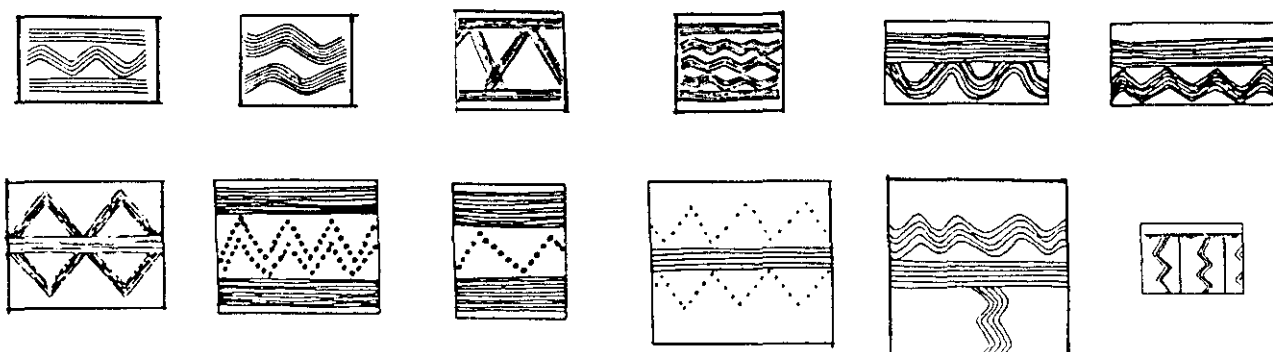
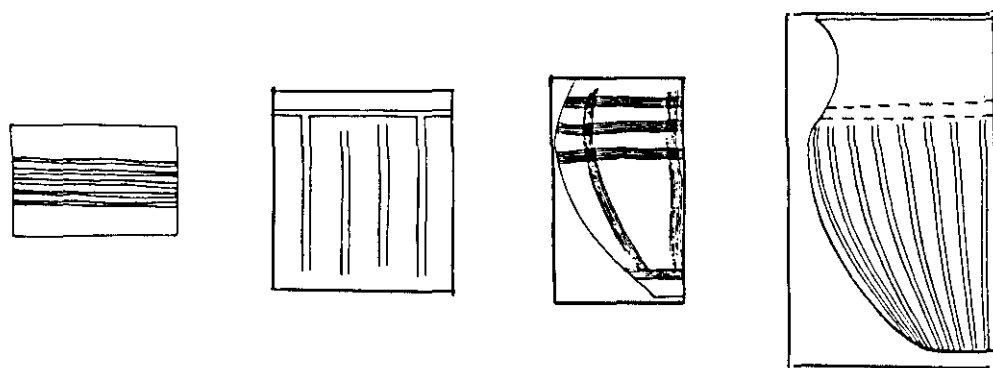


Fig. 24. Representación de motivos de las cerámicas a peine de distintos yacimientos de la Meseta.



## LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

cerrados. La urna cineraria a peine de la tumba 28 de la necrópolis vaccea de Padilla de Duero, asociada a cerámica a torno, puñal de tipo Monte Bernorio, espada tipo Miraveche y umbo de escudo con cruceta, proporciona otro buen punto de referencia fechable a finales del s. IV a.C (Sanz Mínguez 1993: 379-386) y equiparable al nivel II del inmediato poblado de las Quintanas, que también deparó cerámicas con decoración análoga (Gómez y Sanz Mínguez 1993: 367 ss. y fig. 7). Las urnas de las sepulturas 13 y 40 de La Mercadera, esta última con dos puntas de lanza, un cuchillo de hoja curva y una anilla de hierro, coincidirían con el máximo desarrollo del cementerio a lo largo de la cuarta centuria, o bien a su momento final, ya de inicios del s. III a.C. (Lorrio 1990: 48). Fechas en consonancia con éstas proceden asimismo de otras necrópolis celtibéricas; en un enterramiento de la Revilla de Calatañazor (Ortego 1983: 576, lám. I), la cerámica en cuestión convive con un broche de cinturón cuadrangular de tipo Miraveche y un puñal de frontón como asociaciones más significativas. La tumba 29 de Ucero brinda asimismo un interesante ajuar con cerámica a torno, un broche de cinturón cuadrangular y una fíbula anular de plata con cabujón, datándose el conjunto ca. 350-250 a.C. (García Soto y Castillo 1990). Y algo parecido podemos señalar en el Alto Duero para la necrópolis soriana de Carratiermes - tumbas 129, 175, 226....- donde la comparecencia de cerámicas celtibéricas junto a las decoradas a peine es habitual en esos siglos (Altares y Misiego 1992: 550-551). Los elementos metálicos relacionados son más escasos pero cuando los hay, fíbulas anulares y de La Tène I-II fundamentalmente, sugieren una data análoga.

Quiérese decir con estos ejemplos, que desde la cuarta centuria a.C. estas cerámicas se están proyectando en el sector centro-oriental de la Meseta, beneficiándose a un mismo tiempo de las cronologías sugeridas por las necrópolis vettonas más ricas. Si estos cambios justifican hablar de una etapa de madurez y expansión para la cerámica a peine, desde el punto de vista del estilo merecen señalarse otras novedades respecto al Hierro Antiguo (Alvarez-Sanchís, e.p. \*):

(a) una composición singularizada en la variedad y barroquismo de las decoraciones (Martín Valls 1985: 119). Entre los motivos básicos destacan por su preeminencia los temas de cestería, sogueados, series onduladas y quebradas en zig-zag, espigados, festones, aspas, semicírculos y bandas fundamentalmente, que

pueden aparecer simples o combinados<sup>109</sup>,

(b) técnicas distintas asociadas al peine - oquedades, gallones, estampillados, acanaladuras, protuberancias - que, otras veces, son exclusivas en la decoración de los recipientes (Hernández Hernández 1981: 317; Martín Valls 1985: 119 y 1986-87: 72),

(c) la distribución de los motivos sobre el vaso se produce por lo general en la zona media-alta del galbo, acaparando el 50% o menos de la superficie externa y reservando la parte inferior para las decoraciones radiales, o cuando las técnicas asociadas implican una composición más amplia,

(d) se incorpora el peine impreso o puntillado, predominantemente inciso hasta la fecha, aunque lo normal es recurrir a la fórmula mixta<sup>110</sup>.

(e) desaparece, o se rarifica, la decoración en el interior de los vasos. El fenómeno respondería en parte a la escasez de platos y otros pequeños soportes de casquete esférico y labio exvasado, secularmente asociados a la técnica en cuestión durante la primera Edad del Hierro.

(f) su asimilación a cuencos hemisféricos y troncocónicos con borde recto o entrante sigue siendo lo más habitual, entre el 60-70% de la producción conocida, pero se diversifican bastante más el resto de los tipos: urnas de perfil en S con distintas variantes, vasos ovoides, globulares, copas y recipientes de

---

<sup>109</sup> El uso de matrices con diferente número de púas en la ejecución de los motivos, generalmente entre 2 y 10, ha servido de argumento en favor de una lectura cronológica, pero con planteamientos opuestos y resultados escasamente satisfactorios (Blasco y Alonso 1985: 81; Fernández Gómez 1986: 842 y 844). Las dificultades que existen para la fijación temporal de los distintos peines se pondrían de manifiesto si tenemos en cuenta su convivencia en tumbas coetáneas, bien perceptible en los cementerios de las Cogotas, la Osera y el Raso (Cabré 1932: láms. XXII y XXXVII; Cabré *et alii* 1950: láms. LXXXVI y LXXXVII; Fernández Gómez 1986: 838-839 y 843). Lo más habitual es ejecutar el motivo con peines de cuatro a seis púas. No faltan diseños con matrices distintas y en ambos sentidos, más minoritarios si cabe, pero que probablemente debamos atribuir a gustos locales.

<sup>110</sup> Este proceso evolutivo y diferencial de ambas técnicas queda claro en las estratigrafías de Cuéllar y La Mota (Barrio 1993; Seco y Treceño 1993); la impresión sólo se insinúa en los niveles más modernos, ya de transición al Hierro II.

## LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

cuello cilíndrico con borde abierto<sup>111</sup>.

Su estudio y dispersión ha merecido distintas visiones de síntesis (Hernández Hernández 1981; Martín Valls 1985 y 1986-87; Barrio 1988: 367-376; García Soto y De la Rosa 1990 y 1992). No obstante, debe ponerse de manifiesto que la mayor parte de los testimonios de las cartas de distribución corresponden a yacimientos con una muestra muy escasa, por lo que debemos ser prudentes a la hora de deducir la expansión de un grupo, sin valorar su incidencia en términos cuantitativos. Un aspecto desde el que puede abordarse el estudio de estas cerámicas es el estilístico. Por ejemplo, usando criterios numéricos existe la posibilidad de abarcar diferentes niveles de análisis que discriminen (a) las técnicas, (b) los motivos, (c) las formas asociadas y (d) el contexto de hallazgo (poblado/necrópolis). Las cerámicas a peine no sólo nos hablan del artesano que las fabrica y decora; potencialmente constituyen un código de información sobre la identidad del grupo - social, sexual y territorial - al que pertenece. Hodder (1982a: 42-43) destaca que cuando los recipientes se utilizan para señalar la adscripción a un grupo determinado, estos deben ser visualmente diferentes a los ostentados por otros grupos. Y esa misma vía recogía hace poco Ruiz-Gálvez (1990: 346) como medio de delimitar, en un marco más amplio, las fronteras o límites entre las distintas poblaciones de la Meseta.

Teniendo esto en mente me gustaría señalar, como ya se ha sugerido en alguna ocasión (Barrio 1988: 368; Sanz Mínguez e.p.\*), la posibilidad de establecer dos áreas geográficas a nivel general, aquella que desde el punto de vista de la ejecución incluye casi siempre el peine mixto o impreso y un segundo grupo que conforma motivos preferentemente incisos (Fig. \*). Mientras el primero se extiende a lo largo del valle medio del Duero - Coca, Cuéllar, Padilla, Olivares de Duero, Roa, Tiermes - el último nos remite al sector suroccidental de la cuenca - La Mesa de Miranda, Las Cogotas, Sanchorreja, La Mota, El Raso de Candeleda,

---

<sup>111</sup> Recuérdese en este sentido la tipificación general realizada por Hernández Hernández (1981: 318-322, figs. 3-4) y García-Soto y De la Rosa (1992: 351-353, fig. 5), con buenas correspondencias en las necrópolis de la Osera - tipos I a VI (Cabré *et alii* 1950: 167, fig. 14) - y El Raso de Candeleda - formas 1, 2 y 7 de urnas, 4 y 9 de vasos de ofrendas (Fernández Gómez 1986: 809-815, figs. 465-466) -. Ahora bien, también resulta muy llamativa la fidelidad de algunos conjuntos desde el punto de vista formal con sus precedentes del Hierro antiguo (Maluquer 1958a: 48-50, fig. 15; González-Tablas 1989: 119-122), como avalan las formas cuenquiiformes y los vasos de suave carena. Paradójicamente, en la necrópolis del Raso se han obtenido muy pocos hallazgos relacionables con la primera, en su variante hemisférica (Fernández Gómez 1986: 815-816).

Salamanca, Villanueva de la Vera -. De alguna manera, en la sistematización de estos grupos se atisban distintas regiones estilísticas vinculadas a los pueblos prerromanos, y los mencionados en último lugar constituyen una fuente de primer orden a la hora de ilustrar los límites y la extensión de la etnia que nos ocupa (Alvarez-Sanchís, e.p.\*). Incluso, la posibilidad de reconocer distintos motivos a nivel comarcal y microlocacional, valorando por ejemplo aquellos que son específicos o dominantes en ciertos poblados y necrópolis vettonas, son niveles de análisis que apoyan y enriquecen de distinta manera esta línea argumental, pero que consideraré más adelante desde el punto de vista sociológico.

Otra cuestión importante sería establecer el momento final de la vida de estas cerámicas. En la actualidad no es factible dar fechas concretas sobre los últimos vasos a peine, pero parece claro que apenas rebasaron el siglo II a.C., coincidiendo muy posiblemente con el auge de la cerámica celtibérica, en la época que Sacristán (1986: 131 ss.) llamara etapa "plena" o "clásica" para el grueso de las producciones a torno.

Por lo que a las tierras vettonas se refiere, resulta muy significativo su ausencia en el poblado fortificado del Raso de Candeleda, bien datado a partir de fines del s. III a.C. o inicios del II a.C. (Fernández Gómez 1986), así como en el sector del alfar ubicado en el segundo recinto de Las Cogotas, que puede llevarse sin problemas a partir de esas fechas. Estos datos, aunque sean negativos, tienen gran interés porque demuestran que las especies a peine son anteriores a la fase final de los grandes oppida abulenses. Los cenizales del yacimiento citado en último lugar sí han ~~deparado estas cerámicas, en cuantía no demasiado elevada;~~ pero su cronología no parece traspasar en cualquier caso la segunda centuria a.C.. Más imprecisos son los datos de Ulaca y La Mesa de Miranda, que también pueden servirnos como punto de referencia. El primero ha proporcionado escasísimos fragmentos, y el dato parece firme dada la intensidad de las prospecciones superficiales realizadas. Por otra parte, Martín Valls destaca que cuando se amplía el último recinto de La Mesa, fosilizando una parte de la necrópolis con las características cerámicas, esta zona debía de estar en desuso. Por tanto, la fecha de la construcción de la muralla, seguramente en la primera mitad del s. II a.C., daría una data ante quem para las peinadas (Martín Valls 1986-87: 73; vid. Cabré et alii 1950: 200).

## LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

Algo parecido podemos señalar para los yacimientos de la cuenca del Duero. De las tumbas con urnas cinerarias a peine hasta ahora conocidas en la necrópolis de Padilla de Duero, la más moderna, sepultura 32, permite algunas consideraciones tipo-cronológicas al poder relacionarse con las restantes piezas que la acompañan - puñal de tipo Monte Bernorio con pomo naviforme muy desarrollado y su correspondiente tahalí, botella a torno y cajita excisa celtibéricas, vasos troncocónicos a mano.... - pudiéndose datar entre un momento avanzado del s. III a.C. y la primera mitad del s. II a.C. (Romero y Sanz Mínguez 1992: 461-463; Sanz Mínguez tesis\*\*). La tumba 242 de Carratiermes, con un puñal biglobular, y la 185, con una urna bitroncocónica y cuello exvasado a torno que se ha llevado a los siglos II-I a.C., marcarían el final de estas producciones (Altares y Misiego 1992: 552), ya ausentes en la última fase de la necrópolis de Ucero (García-Soto 1988: 89-91). En los niveles superiores de la estratigrafía de El Soto de Medinilla establecida por Wattenberg, ya no existe cerámica a peine; sólo un vaso con esta decoración apareció en el nivel II (Wattenberg 1959: 178 y 206). El límite moderno vendría también apoyado por la escasez de estas cerámicas en los cenizales de la Colegiata de Castrojeriz, fechadas sobre todo en el s. II a.C y de transición al siguiente (Abásolo *et alii* 1983: 292 ss. y 311), siendo más abundantes en el castro, pero con una cronología de fines del IV a.C. y siglo III a.C. (Abásolo y Ruiz Vélez 1978: 267-272).

En definitiva, cabe concluir señalando que las cerámicas con decoración a peine parecen propias fundamentalmente del territorio vettón, vacceo y celtibérico, documentándose también en otros puntos más alejados y esporádicos. La proporción de estas cerámicas difiere de una zona a otra aunque debe reseñarse el peso que las producciones incisas vienen desempeñando al sur del Duero desde los niveles de la primera Edad del Hierro. La técnica impresa o mixta (inciso-impresa) cuenta con más escasa representación en estos primeros tiempos y su madurez correspondería ya a un estadio avanzado, siendo sincrónica de la fase de Cogotas II en sentido estricto. Queda todavía pendiente la caracterización de estas cerámicas en algunos yacimientos, dado que no sabemos si son productos de la alfarería local o importaciones, pero podría postularse una fecha en torno al siglo IV a.C. para su paulatina incorporación en los sectores más septentrionales y orientales de la cuenca del Duero, hasta el área celtibérica, coincidiendo con su esplendor en tierras vettonas. Finalmente, no parece aventurado proponer una

cronología en torno a la primera mitad del s. II a.C. para el ocaso de estas cerámicas, aunque en puntos más esporádicos del centro y oriente de la Meseta algunas piezas hayan podido perdurar hasta fechas más avanzadas. Tal vez fuera posible pensar en una dirección de oeste a este para explicar la desaparición de estos vasos; sin embargo las diferencias cronológicas son escasas y un proceso más o menos sincrónico también resultaría factible.

**3.2. La cerámica a torno.** La elasticidad de las cronologías deducidas para las cerámicas a mano, a partir de consideraciones estilísticas o tipológicas, repercute en la datación del Hierro Pleno; en cierto modo la cultura material de la primera Edad del Hierro parece mantenerse hasta que, progresivamente, se constata la introducción de los vasos a torno. Sin embargo, debe quedar claro que la existencia de estas cerámicas no implica en primera instancia indicios de la influencia del ámbito celtibérico. Al sur del Duero conocemos importaciones de cerámica ibérica desde fechas relativamente tempranas; se trata en general de platos de labio exvasado o engrosado y recipientes de tendencia globular, en pastas anaranjadas o de barniz rojo, que a menudo se pintan con tonos vinosos formando bandas y círculos concéntricos. En más de una ocasión se ha citado su presencia en La Mota y Cuéllar en contextos datados en los siglos VI-V a.C. (Seco y Treceño 1993: 142, 169, fig. 7; Barrio 1993: 191-193, fig. 11 y 15). El nivel superior de Sanchorreja proporciona también determinadas asociaciones metálicas junto a cerámicas a torno, que podrían llevarse a esas fechas (González-Tablas 1989: 125 y 1990: 17 ss., 63-66).

En los siglos V y IV a.C. se pueden reconocer algunas cerámicas grises, pero es difícil saber cuándo empezaron a fabricarse localmente en el interior<sup>112</sup>. Maluquer (1958a: lám. XII,A) publica un plato de estas características en Sanchorreja, mientras en la tumba 417 de La Osera se recoge un plato gris, asociado a una espada de antenas tipo Aguilar de Anguita, que podría llevarse a la primera mitad de la cuarta centuria (Martín Valls 1986-87: 74). En La Mota sólo se constatan en el último nivel de ocupación, a finales del s. V o inicios del IV a.C.

---

<sup>112</sup> Proliferan en el ámbito andaluz desde la séptima centuria a partir de influencias fenicio-púnicas (Aranegui 1975, Roos 1982). En el área extremeña las producciones grises de Medellín constatan, desde el punto de vista tecnológico, el empleo de hornos de cocción evolucionados seguramente a partir del último tercio del s. VII a.C. (Almagro-Gorbea 1977: 463-467; Almagro-Gorbea y Martín Bravo 1994: 112; Lorrio 1988-89: 307-311).

## LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

(Seco y Treceño 1993: 143, 167-168). Dado el volumen de piezas a torno halladas en el yacimiento vallisoletano, entre las que se incluyen vasos de pastas anaranjadas, sus excavadores no descartan una producción de factura local. A un momento próximo cabe vincular el nivel III del poblado de Cuéllar, donde junto a las típicas cerámicas de importación y en un contexto que englobaría la práctica totalidad del s. IV a.C., se documenta otro conjunto de vasos a torno sin pintar que, según Barrio (1993: 197-201), podrían representar la incipiente cerámica celtibérica.

También ofrecen importantes datos cronológicos algunos yacimientos del borde más meridional y occidental de la región. En la necrópolis del Castillejo de la Orden (Alcántara, Cáceres), las urnas cinerarias están realizadas a torno y asociadas a ellas se documentan varios fragmentos de kylix griego en las tumbas 1 y 7 de la Zona A - imitaciones según sus excavadores - por lo que parece factible una fechación temprana en la cuarta centuria a.C. o incluso finales del s. V a.C. (Esteban Ortega *et alii* 1988: 74-75, figs. 3 y 15; *vid.* Martín Bravo 1993: 353). Otro dato parecido nos lo proporciona el castro de Villasviejas en Botija, con un fragmento de kylix de figuras rojas en contextos donde empieza a generalizarse la cerámica a torno (Hernández Hernández *et alii* 1989: 136), como pone igualmente de manifiesto la necrópolis más antigua del poblado (Hernández Hernández 1991).

Con todo, la cronología inicial para la introducción del torno en las altas tierras al norte del Tajo sigue siendo controvertida. Hay que admitir que la contrastación de algunas fechas está severamente limitada por la falta de análisis de pastas, con el objeto de distinguir las producciones foráneas de las que no lo son, y la escasez de objetos metálicos asociados. Tal vez haya que retrasar a esas fechas de comienzos del s. IV a.C. las primeras cerámicas de factura local si se producen nuevos hallazgos significativos, pero también es cierto que el registro arqueológico podría estar indicando un incremento significativo de las importaciones ibéricas, previo a la adopción de la nueva técnica por parte de los artesanos locales. Mientras tanto, sigue teniendo vigencia en el plano teórico una fecha entre el segundo y el tercer cuarto del siglo IV a.C., gracias a la cronología aportada por las tres copas griegas de barniz negro de la necrópolis del Raso de Candeleda - tumbas 5 y 29 - formando conjuntos cerrados con vasos indígenas a torno, de perfil globular u ovoide, que ya acusan un relativo dominio de la técnica

(Fernández Gómez 1972: 275-278 y 1986: 555-561, 613-617). En las necrópolis de Las Cogotas y la Osera, bien es verdad que al otro lado de la Sierra de Gredos, ciertos vasos lisos y análogos a los anteriores podrían llevarse a esos tiempos<sup>113</sup>.

Se trata, en cualquier caso, de vasos sin decoración pintada que no cabe explicar por influencia celtibérica sino más bien por relaciones con el mundo turdetano, seguramente por las mismas vías comerciales que antaño transportaron los objetos orientalizantes a los grupos protovettones de Avila y Salamanca. Como todo proceso innovador, conllevaría una aceptación social y una aceptación por parte de los especialistas, máxime cuando, hasta ese momento, la producción alfarera seguiría siendo doméstica y a nivel familiar. Así lo avala el hallazgo de matrices de estampillas, punzones y otros utensilios propios de alfareros en el interior de varias de las viviendas de Las Cogotas (Cabré 1930: 66-67, lám. LVI). Lo que ha dado en denominarse una producción industrializada y excedentaria sólo surgiría en los siglos II-I a.C., a juzgar por los datos proporcionados en los distintos alfares meseteños (Sacristán de Lama 1986: 155-156; Escudero y Sanz Mínguez 1993: 486-491; Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995: 220-222).

A finales del s. IV o inicios del III a.C. se puede reconocer ya una producción más amplia. En este contexto, un primer grupo lo formarían las especies estampilladas, con motivos geométricos y ornitomorfos muy estilizados a base de círculos, cuadriculados, aspas, tetralobulados y sobre todo series de EEE, MMM y SSS. La incorporación de esta novedad decorativa vendría a remitirnos a ciertas estampaciones del grupo Soto (Esparza 1990b: 117; Delibes y Romero 1992: 251-255), aunque su mayor desarrollo se produce en el Hierro Pleno coincidiendo con la "barroquización" de las peinadas (Martín Valls 1986-87: 69, 72-73). Se aplican en cerámicas a mano (Cabré 1930: 59, lám. XLVIII y 1932: lám. XXXVII) pero sobre todo a torno hasta alternar finalmente con la decoración pintada (Id. 1930: 64-67, láms. XLIX, LXI y 1932: lám. XLV; Cabré et alii 1950: 169, lám. XCVI;

---

<sup>113</sup> Estas mismas fechas se corresponden en general con las primeras cerámicas celtibéricas en el Alto Jalón y Alto Tajo, de pastas claras y decoradas con pinturas (Martín Valls 1985: 120, 125 y 1986-87: 79), llegadas a través del valle del Ebro. Para el Ebro medio, a partir de los datos disponibles del Bajo Aragón y Levante, Burillo (1980: 327) se decantaba por la segunda mitad del s. IV a.C y comienzos del s. III a.C. Para el interior de la Meseta se ha propuesto una datación ligeramente más moderna, ca. 300 a.C.. (Sacristán de Lama 1986: 124). Aún así, las comunidades vacceas acreditan intensas relaciones desde la cuarta centuria hacia el sur y oriente del territorio, por lo que el espacio de tiempo transcurrido hasta la arribada de la nueva tecnología debió ser mínimo. De seguir a Sanz Mínguez (1993: 386), por paralelos tipológicos y asociaciones significativas en algunos ajuares, la introducción del torno en Padilla de Duero es relativamente segura en la segunda mitad del s. IV a.C..



## LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

Fernández Gómez 1986: 851-854). Aunque más escasas, también llaman la atención determinados vasos a torno con decoraciones a peine, enraizadas por tanto en la tradición indígena de las elaboradas a mano. Podemos mencionar alguna cerámica del castro de Las Cogotas (Cabré 1930: lám. XXXI,6), las tumbas 41 y 73 de La Osera, bien es verdad que con referencias contradictorias (Cabré et alii 1950: 89, 93, láms. LXXXIV,7 y XCVI,7) o las que se recogieron en prospección en el yacimiento vallisoletano de Sieteiglesias, cerca de Matapozuelos (Bellido y Cruz 1993: 271).

En el Raso la cerámica estampillada aparece con los productos más modernos de la necrópolis. Sería el caso de la sepultura 30, que presenta además un ajuar de guerrero con puñal de frontón, en sustitución de las antiguas espadas de antenas, ninguna de las cuales se asociaba a cerámicas a torno. Con todo, la mayoría de los recipientes que se conservan no tienen decoración. La 36 ofrece una urna bitroncocónica con asa de cesta, asociada a una fíbula anular, que se podría situar a mediados de la tercera centuria a.C. y por tanto en la fase final del cementerio (Fernández Gómez 1986: 874-875). Vasos torneados con asa sobre la boca, cuyos antecedentes ibéricos son bastante evidentes, también se conocen algunos en La Osera (Cabré et alii 1950: 170, lám. XCVII) y Las Cogotas (Cabré 1932: lám. LVIII) perdurando hasta finales de la Edad del Hierro. En ambas necrópolis una parte considerable de las asociaciones metálicas que acompañan al torno lo integran puñales de tipo Monte Bernorio - algunas de cuyas variantes apuntan bastante bien al s. III a.C. (Sanz Mínguez 1990a: 185) - además de otros con empuñadura de frontón y dobleglobular que evidencian su relativa modernidad.

En un principio la novedad radica no tanto en la morfología de los vasos como en los nuevos procesos de cocción, que permiten producciones de pastas rojas y claras gracias a su producción oxidante. Se trata de recipientes de cuerpo globular, ovoide o perfil acampanado y borde vuelto, con el labio redondeado o ligeramente apuntado, que desarrollan su diámetro máximo hacia la mitad de la pieza o por debajo de ella. Su base puede ser cóncava con umbo central, evolucionando en algunos casos hacia el pie alto y realzado. La tipología de las urnas de La Osera se reduce básicamente a seis tipos con sus variantes<sup>114</sup>,

---

<sup>114</sup> Cuencos, platos, globulares, de cuello cilíndrico o perfil pseudoestrangulado, acampanadas y bitroncocónicas fundamentalmente.

enraizados algunos en las modeladas a mano (Cabré et alii 1950: 166 ss., figs. 14-15), pudiéndose observar que las formas III y IV - globulares y de cuello cilíndrico - acaparan más del 65% de la producción a torno destinada a este sector del cementerio. Si exceptuamos los platos, los pequeños vasos de ofrendas y alguna de las escasas cerámicas grises del Raso, la tipología de las urnas a torno se reduce a ocho tipos (Fernández Gómez 1986: 817-818)<sup>115</sup>, dos de los cuales - urnas globulares y recipientes de perfil bitruncocónico - acaparan más del 70%. Otro tanto cabría decir de Las Cogotas; soslayando los problemas que plantea la clasificación de sus urnas, se advierte una predilección por las formas ovoides y globulares de tamaño medio y cuello cilíndrico (Cabré 1932: 22, láms. LVIII-LIX), con tipologías muy similares a las de La Osera, sobre todo la forma IV. En definitiva, los productos salidos de estos alfares vettones que se destinan a los cementerios entre comedios de la cuarta centuria y finales del siglo III-II a.C., ofrecen una tipología bastante limitada, de formas simples, análoga a la que manifiestan otros asentamientos vacceos del Duero medio (Martín Valls y Esparza 1992: 261; Romero et alii 1993: 238 ss., figs. 7, 10, 12).

**3.3. La cerámica pintada.** También desde este momento se reconocen en algunos yacimientos de la cuenca los primeros vasos pintados de estilo celtibérico. Las pinturas monócromas desarrollan frisos de semicírculos concéntricos, rombos y líneas serpentiformes en la parte superior del cuerpo. Al último tercio del s. IV a.C. podría remontarse la copa de la tumba 28 de Padilla (Sanz Mínguez 1993: 385-386, fig. 3), beneficiándose de las cronologías sugeridas por los restantes elementos del ajuar (vid. supra), pero con los motivos ejecutados todavía con relativa torpeza. Un ligero avance cronológico podría postularse para los poblados vacceos más meridionales. Ciertas cerámicas del estrato IV de Cuéllar, con motivos muy simples, no son anteriores al s. III a.C. (Barrio 1993: 203, fig. 17), y un significativo elenco de vasos decorados se localiza igualmente en los niveles vacceos de Cauca, datados en torno al comedio de la misma centuria (Romero et alii 1993: 257-260).

Sincrónicamente a este proceso, en tierras extremeñas al sur del Tajo los

---

<sup>115</sup> Acampanadas, globulares, bitruncocónicas, jarras, esféricas, truncocónicas, copas y ovoides.

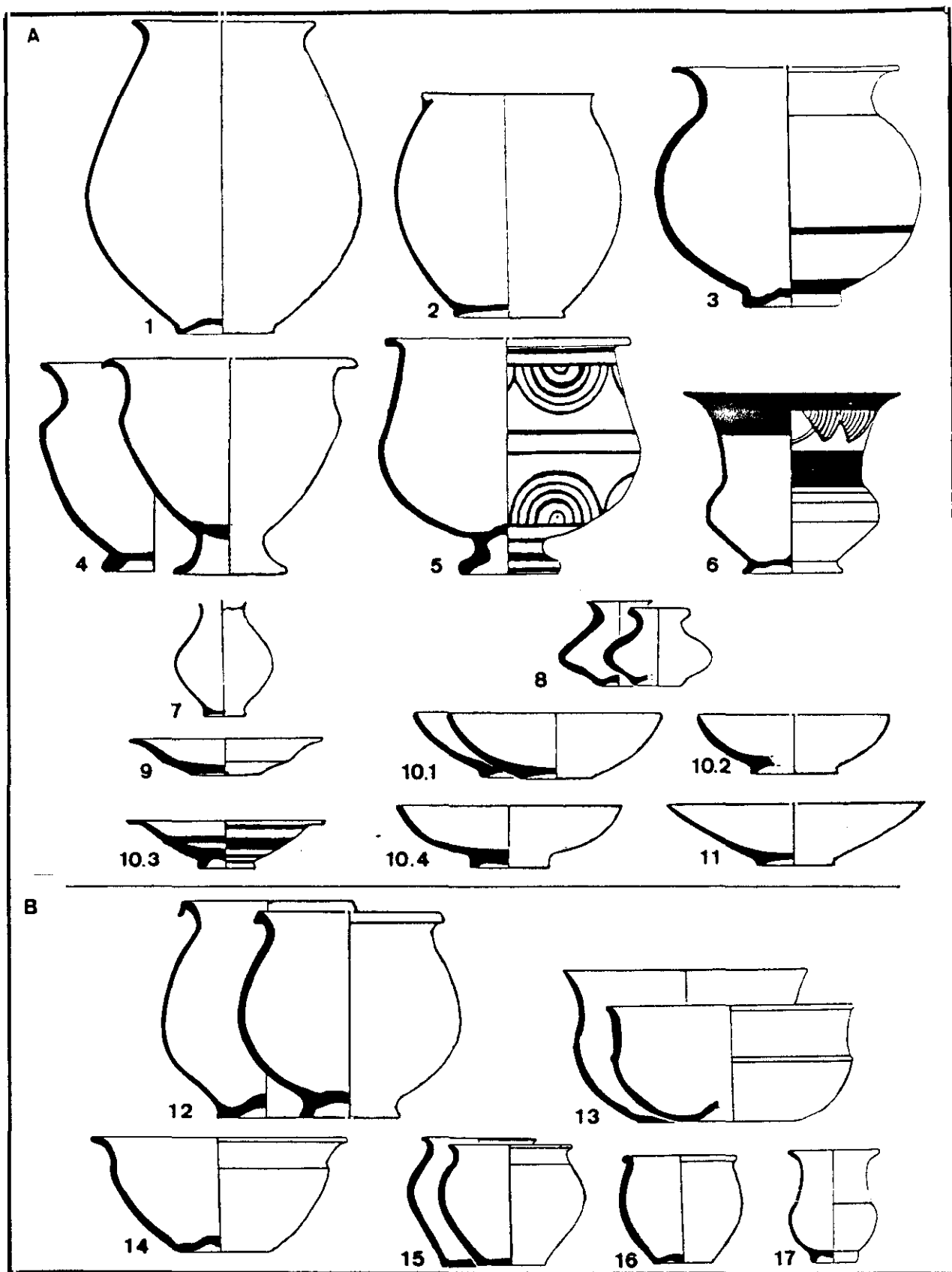


Fig. 25. Cerámicas del Hierro Pleno-Final de la Alta Extremadura  
(Martín Bravo 1996).

datos que proporcionan las cerámicas pintadas en tonos rojos - a veces combinan con blanco/negro - y los motivos de bandas, filetes, círculos y dientes de lobo, permiten entrever un referente cultural indiscutible en el mundo ibero-turdetano (Cabello 1991-92; Rodríguez Díaz 1995b: 96-97). A título de ejemplo podríamos referirnos a los datos que proporciona la necrópolis del Mercadillo, en Botija, fechada en el siglo IV e inicios del III a.C. (Hernández Hernández 1991; Hernández Hernández y Galán 1996). Ofrece un conjunto de urnas globulares de gran tamaño, decoradas con frecuencia en toda la superficie, cuyos paralelos más próximos ha relacionado su excavadora con las cerámicas andaluzas (Pereira 1988: forma 6, 918-939). Algo parecido parece ocurrir en el castro de La Coraja, en Aldeacentenera, a tenor de las cerámicas halladas en el interior del recinto, aunque extraña su escasa proporción en la necrópolis (Esteban Ortega 1993: 69, 75, nota 31, fig. 10 y 15; Civantos 1993: 283-286, figs. 1-2). Incluso, el repertorio formal y decorativo del yacimiento - kálathos, platos de barniz rojo o los conocidos fragmentos con decoración figurada (vid. infra) - señala relaciones con Andalucía oriental y Levante (Rivero 1974; Cabello 1991-92).

Por el contrario, si nos atenemos a los datos proporcionados por las necrópolis vettonas del área abulense, la situación no es tan esclarecedora. En el Raso no existe la pintada de estilo celtibérico, mientras en la zona VI de la Osera sólo se recogieron siete urnas pintadas, una de ellas - tumba 223 - decorada por excepción con semicírculos rojos (Cabré et alij 1950: 116, 169, lám. CII). Con respecto a Las Cogotas los hallazgos también son escasos - calicata 1, tumbas 1131, 1142, 1149, 1166 (a mano) - y representan nuevamente segmentos de círculo o líneas paralelas a modo de volutas (Cabré 1932: 21, lám. LIII), motivos elementales cuyos antecedentes se pueden buscar en la cerámica ibérica. Los ajuares que acompañan a estas primeras cerámicas no son nada expresivos pero cabe suponer su correspondencia con la última fase de estos cementerios, justo cuando en otros sectores de la cuenca del Duero se empieza a entrever el auge y la expansión del nuevo estilo. Con todo, en este momento todavía es muy difícil deslindar lo que es realmente indígena de sus modelos ibéricos o celtibéricos. A la vista de los datos y de su ubicación geográfica, está claro que la cerámica pintada se fue extendiendo paulatinamente de este a oeste y de sur a norte - de modo análogo a la arribada del torno - lo que implicaría un ligero desfase cronológico para los poblados del Sistema Central.

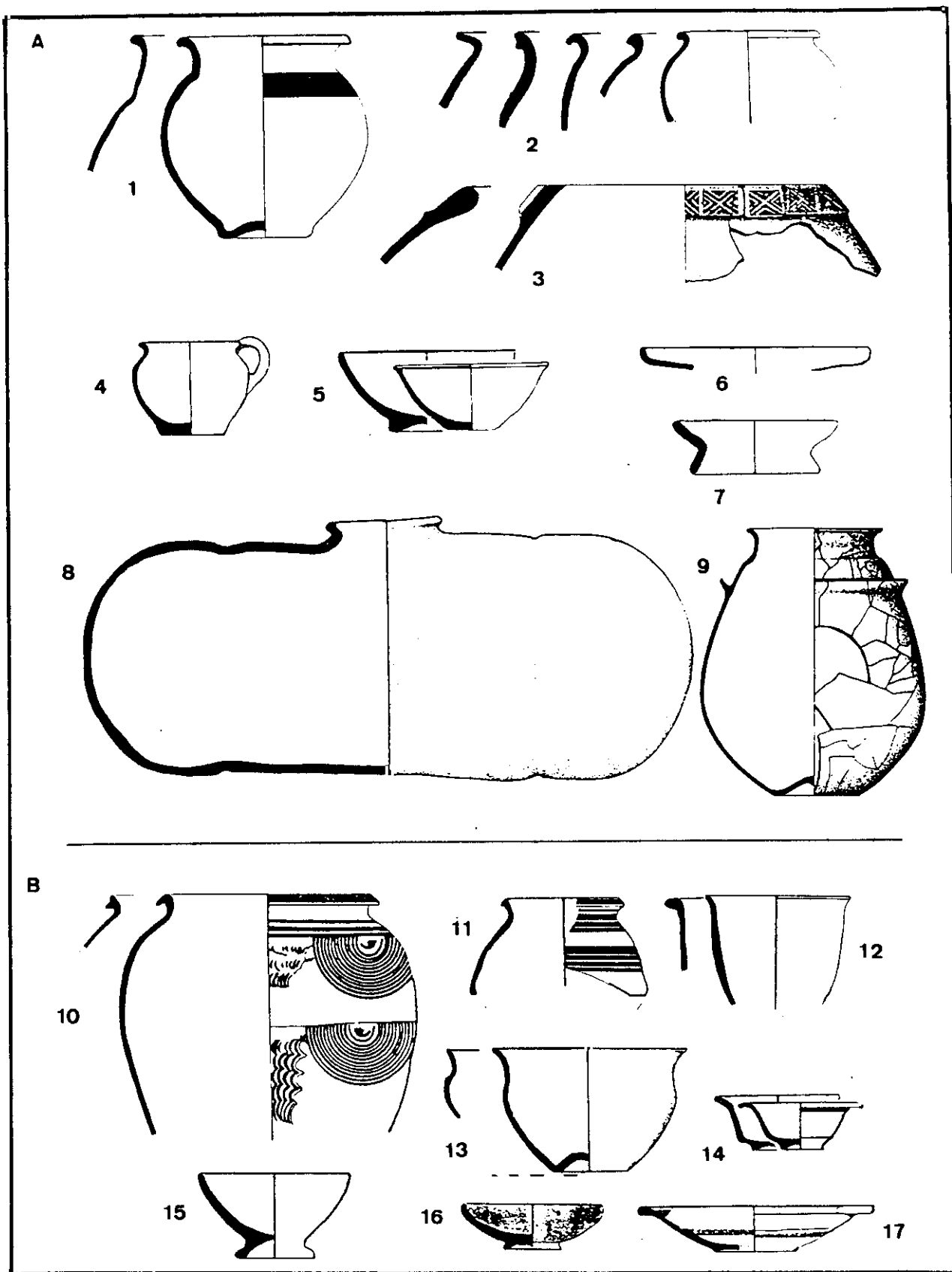


Fig. 26. Cerámicas del Hierro Pleno-Final de la Alta Extremadura  
(Martín Bravo 1996).

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

Es muy difícil señalar en qué momento preciso el suroeste de la Meseta o, dicho de otra manera, la cultura de Cogotas II en sentido estricto, se vio inmerso en las redes de producción y distribución de las típicas cerámicas pintadas de estilo celtibérico. Pero, mientras no dispongamos de otros vestigios análogos a los aludidos, hemos de llevar al tránsito de los siglos III-II a.C y, sobre todo, a las dos últimas centurias antes de la Era, el grueso de esta cerámica, cuyo variado repertorio de formas y decoraciones es bien manifiesto en los contextos domésticos de los poblados.

La industria cerámica del alfar de Las Cogotas - toda ella elaborada a torno - y los materiales recuperados en los cenizales del mismo recinto, evidencian una rica colección de cerámicas de borde vuelto y labio engrosado en forma de "palo de golf", vasos de borde vuelto "en cabeza de pato", copas, cuencos, botellas, recipientes globulares de tamaño mediano/grande, algún embudo.., ampliamente documentados en los yacimientos vacceos y celtibéricos de la etapa clásica, con buenos paralelos en el caso de Rauda (Sacristán de Lama 1986: 160 ss.). Si están pintados predominan las bandas, líneas onduladas, meandros, motivos de cestería y los característicos semicírculos y segmentos de círculos concéntricos. Corroboran este mismo encuadre ciertos elementos de modelado secundario como las molduras, baquetones y calados. Por lo menos en una parte de los casos la pintura se aplicaba antes de la cocción, como evidencian determinados vasos pasados de horno con restos de pintura. De las viviendas de la acrópolis proceden igualmente ciertas formas y decoraciones asignables a este momento (Cabré 1930: 73-75, láms. LXI-LXIII). Algunas ausencias significativas en el alfar, en particular los motivos pictóricos barroquizantes y los pies desarrollados, propias de producciones más tardías y tardoceltibéricas, aconsejan no rebasar el límite de inicios del siglo I a.C.. No obstante, llama la atención la presencia de algunos fragmentos de coloración blancuzca u ocre, tonalidad que sería frecuente en los productos de cronología posterior. La valoración de estos datos sigue siendo provisional - aún no se ha concluido su estudio - aunque es claro que no hay ningún elemento romano (Mariné y Ruiz Zapatero 1988; Alonso y Benito-López 1992; Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995).

Las intervenciones de urgencia realizadas en los diversos solares de Salmantica sólo permiten resultados parciales pero, sin duda, el bagage material

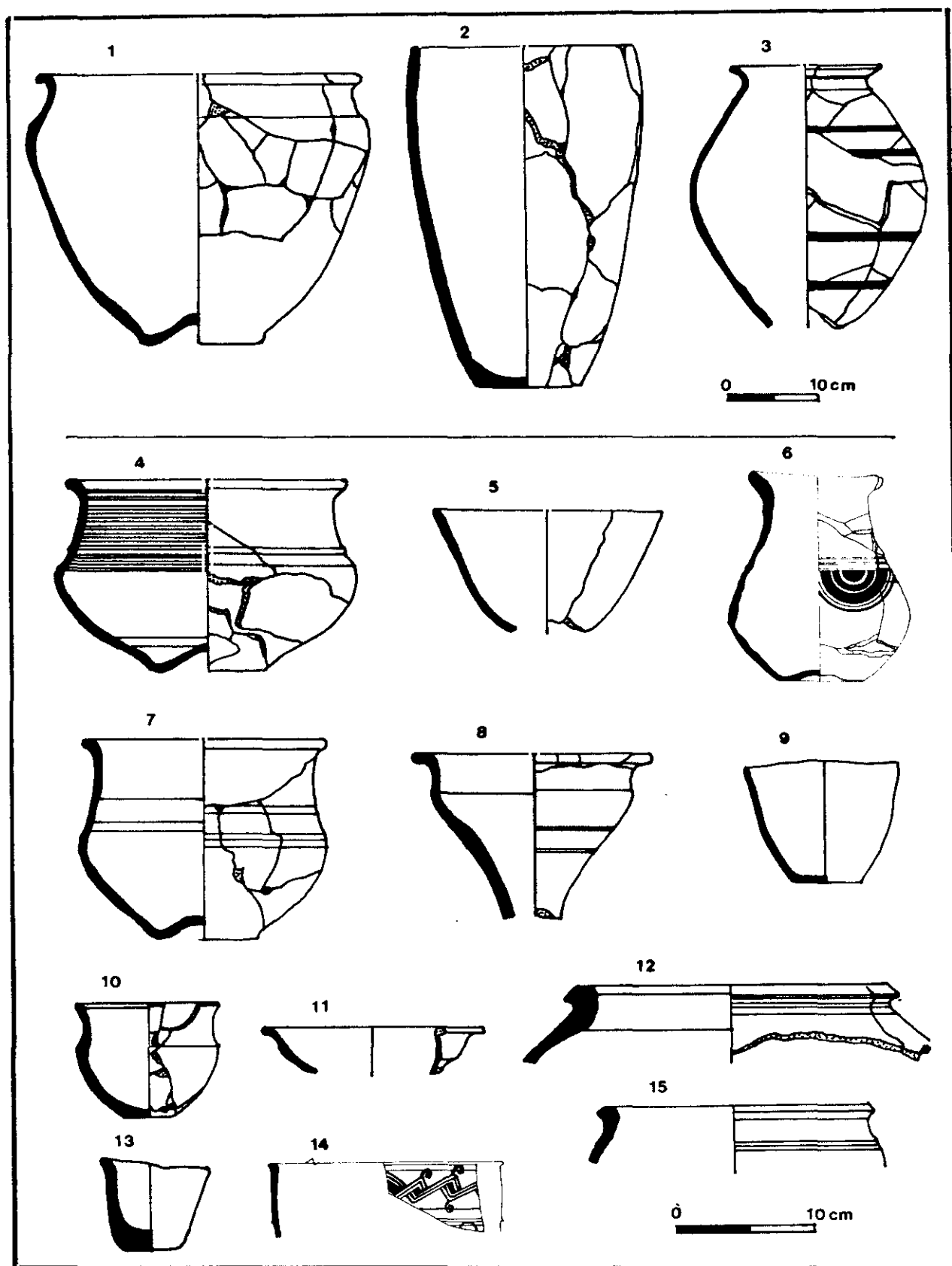


Fig. 27. Cerámicas a torno del Alfaro de Las Cogotas (Cardeñosa, Avila).

obtenido está en consonancia con este marco cultural y cronológico. Predominan los vasos de borde vuelto y en cabeza de pato análogos al yacimiento abulense, muchos de ellos con decoración pintada monocroma de semicírculos concéntricos o de bandas sobre el labio, cuello u hombro (Martín Valls *et alii* 1991: 157, figs. 5-7). Y estos mismos tipos se emparentan bien con los encontrados en los castros occidentales, caso de Las Merchanas, Yecla la Vieja, La Plaza en Gallegos de Argañán o Pereña (Maluquer 1956a: 86; Martín Valls 1973a: 89 ss., fig. 9; Inventario Arqueológico Provincial). Por tanto, parece que a partir del s. II a.C. el ambiente material se fue haciendo cada vez más homogéneo en toda la cuenca del Duero, prolongándose hasta las estribaciones del Sistema Central. La utilización de la pintura negra frente a los tonos vinosos típicos del sur, la distribución de la decoración en la mitad superior de los recipientes, el uso frecuente de resaltes y surcos para enmarcar los temas y una clara predilección por los motivos geométricos, entre los que no se excluye algún préstamo vinculado a las cerámicas a peine, como los temas de cestería, resumen la estética del momento y su prolongación hasta época augustea (Sacristán de Lama 1986: 183-184; Martín Valls y Esparza 1992: 261). A pesar de la uniformidad que estas cerámicas ofrecen, es fácil advertir la existencia de áreas estilísticas en la alfarería del valle del Duero - herederas en última instancia de las agrupaciones geográficas del peine - merced a las posibilidades que ofrece la pintura y la variada gama de formas. Se ha llamado por ejemplo la atención sobre la predilección por las botellas y los frisos de rombos en el centro de la cuenca, frente a las jarras y los semicírculos colgados en el oriente de la Meseta (Romero 1991b: 89). Al otro lado de Gredos, la pintada de raigambre celtibérica se diluye muy significativamente - no existe en el poblado del Raso - hasta enlazar, allende el Tajo, con la tradición decorativa local de bandas y tonos rojos ibero-turdetanos, que es más propia de los castros extremeños (Hernández Hernández 1989: 121 ss.; Martín Bravo 1993: 353, nota 9).

Bajo el punto de vista formal y decorativo, se ha señalado con frecuencia la singularidad que aportan los conjuntos celtibéricos conforme se va haciendo efectiva la dominación romana (Sacristán de Lama 1986: 221 ss.; Martín Valls y Esparza 1992: 273-274). Se entrevé además la existencia de nuevos talleres o escuelas artísticas, con sus consiguientes implicaciones en los circuitos comerciales de distribución e intercambio; es el caso de las producciones policromas numantinas (Romero 1976), las representaciones de gallináceas del



## LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

ámbito vacceo (Wattenberg, 1959: 190-191 y 1963: 36; vid. Sacristán de lama 1986: 193) o la cerámica de estilo cluniense (Palol 1982: 144-147). El contexto arqueológico de los poblados vettones entre los siglos I a.C. y I d.C. no ha sido suficientemente precisado. Tal hecho es común a la mayoría de los castros abulenses y del valle medio del Tajo, pues sabemos que su abandono se produjo en estas fechas (Alvarez-Sanchís 1993a y e.p.\*). Por el contrario, varias de las entidades de población de la segunda Edad del Hierro en tierras de Salamanca sí tienen su continuidad en este momento, aunque los materiales que se recogen en buena parte de ellos son escasos, en contraste con los vestigios de baja romanidad (Martín Valls 1971b: 138-139; Santonja 1991: 27-29). Con todo, ciertas cerámicas tardías de raigambre celtibérica denotan la vitalidad de estos grupos serranos y permiten una relativa acotación respecto a las producciones de la etapa más "clásica", en consonancia con lo que acontece en otros yacimientos de la cuenca. Su transformación, en lo que comúnmente se conoce como cerámica tardoceltibérica, se produce sin solución de continuidad, pudiéndose ya hablar de este estilo a mediados del s. I a.C.

Corroboran este encuadre la incorporación de la figura humana y zoomorfa en el repertorio iconográfico. La conocida serie de caballos con jinete que decoran dos de los vasos procedentes de la acrópolis de Las Cogotas (Cabré 1930: 72-73, lám. LXI), junto a otros motivos como las franjas de líneas verticales, los triángulos formando una especie de cruz de Malta y los semicírculos, corresponderían sin duda a la última época de la vida del castro. No obstante, el mayor problema que plantea es establecer su cronología. Sabemos que los motivos figurados se relacionan grosso modo con el estilo tardoceltibérico. Sin embargo, estas series ya se inscriben desde el final de la etapa "clásica", como avalan determinados hallazgos de Roa y Soto de Medinilla, alguno de cuyos motivos se ha relacionado con la serie de Las Cogotas (Sacristán de Lama 1986: 193). La excepcionalidad de los hallazgos abulenses, la ausencia de este nuevo estilo pictórico entre los vasos recogidos del alfar y la escasez de vestigios romanos, abundaría en este mismo sentido. Podría así tomarse una fecha ante quem a comienzos del siglo I a.C. para estas cerámicas; no es posible precisar nada más, pero sería perfectamente admisible con la idea de situar el abandono del castro en época sectoriana, que es cuando parece organizarse un nuevo modelo de poblamiento en

el valle de Amblés, al amparo de la ciudad de Avila/Obila (Alvarez-Sanchís e.p. \*)<sup>116</sup>. Otras producciones sí son, por el contrario, explícitas del celtiberismo tardío. Tal hecho es común a varios centros vettones de romanización temprana, como ponen de manifiesto los vasos policromos con las conocidas "series de patos" de Ciudad Rodrigo, Avila y Salamanca, cuyo origen se ha vinculado a las cerámicas policromas numantinas, estilo que perdurará después en las cerámicas pintadas de tradición indígena asociadas a la sigillata (Martín Valls 1976: 374-377, 383-384, nota 31; Martín Valls *et alii* 1991: 161, fig. 10). El contexto arqueológico de estos vasos policromos se sitúa con certeza a partir de la segunda mitad del s. I a.C., habiendo perdurado en los primeros años del Imperio<sup>117</sup>.

En conclusión, y por lo que a las cerámicas a torno de Cogotas II se refiere, parece evidente que se puede hablar de una primera arribada de elementos de procedencia ibérica, previa a la generalización de la nueva tecnología, sobre las que irradiarían finalmente estímulos llegados del área celtibérica. Mientras, los sectores más meridionales se nutrirían, por razones obvias, del ámbito turdetano. El proceso de adopción del torno en tierras vettonas pudo pasar por varias fases tecnológicas y a la vez temporales:

- (600/550 - 400/350 a.C.). Imitación a mano de las cerámicas ibéricas de importación. Bien evidenciado en platos de casquete esférico, formas con pie de

---

<sup>116</sup> Como dato significativo, hay que añadir el hallazgo de dos fragmentos con decoración pintada figurativa en el castro de La Coraja (Aldeacentenera), únicos vestigios conocidos en el ámbito extremeño (Rivero 1974; Cabello 1991-92: 106, fig. 7). Uno de ellos representa un animal, probablemente un perro, cuyo paradero se desconoce. El otro ejemplar ofrece la silueta rellena a color de un jinete a caballo, con escudo y falcata al cinto. Desde el punto de vista formal y estilístico, Cabello (1991-92: 113, fig. 9) ha relacionado este motivo con las cerámicas levantinas de San Miguel de Liria (Ballester *et alii* 1954, estilo I). La similitud del modelo iconográfico y la excepcionalidad del hallazgo avalan, según la autora, un origen importado para la pieza en cuestión. Este panorama figurativo podría finalmente completarse con la serie de figuras humanas impresas, en actitud procesional o danzante, de una de las cerámicas del poblado de Pajares, en Villanueva de la Vera (González Cordero *et alii* 1990: 141-142, nota 11, fot. 15). El tema es también recurrente en otros hallazgos de Andalucía oriental y Levante, que apuntan nuevamente a estas relaciones. La cronología de estas interesantes piezas podría llevarse a un momento avanzado de la Edad del Hierro, tal vez en los siglos III-II a.C., pero no es posible precisar nada más. En cualquier caso, los ejemplares citados se alejan de la forma habitual, muy esquemática, que este tipo de decoraciones figurativas ofrece en los vasos de la Meseta.

<sup>117</sup> Algunas cerámicas pintadas de Ulaca, en Solosancho, cabrían igualmente en este marco cronológico del s. I a.C. o el cambio de Era. Se trata de unos pocos fragmentos con motivos de arcos enmarcados por líneas horizontales y franjas de líneas paralelas verticales (Posac Mon 1953: fig. 31,1), tema muy característico del tardoceltiberismo aunque también se encuentra en algunas producciones anteriores (Sacristán de Lama 1986: 244). Recientes prospecciones que hemos llevado a cabo en el *oppidum* abulense han deparado además el hallazgo de uno o dos fragmentos, muy pequeños y de escaso aprovechamiento tipológico, pero que podrían relacionarse con las policromas del foco numantino (sugerencia amablemente facilitada por el Prof. A. Jimeno), remitiéndonos de nuevo a fechas tardías. Del castro de Yecla de Yeltes se conoce asimismo cerámica policroma indígena, que se ha datado en la segunda mitad del s. I a.C., con posibles perduraciones a comienzos del Imperio (Martín Valls 1979: 499-500).

## LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

copa y motivos decorativos, por ejemplo la disposición radial y metopada de las incisas a peine de estirpe "antigua".

- (400/350 - 250/200 a.C.). Empleo del torno para fabricar tipos enraizados en la tradición indígena: cuencos, recipientes de tendencia globular y ovoide. Técnicamente acusan limitaciones formales y decorativas - estampillados, líneas de peine a torno - habitual en las necrópolis de incineración abulenses.

- (250/200 - 100/50 a.C.). Imposición del nuevo estilo cerámico. Supone este momento la primera diversificación bien definida bajo el punto de vista formal y decorativo, claramente asociada a las pintadas de estilo celtibérico. Este cambio también parece comprobarse en el ocaso paulatino de las decoradas a peine.

- (100/50 - siglos I-II d.C.). Se producen en la Meseta escuelas y tendencias diversas con clara vinculación a la etapa anterior y también con las producciones romanas. El registro arqueológico de época altoimperial en Avila y Salamanca ostenta ciertas cerámicas pintadas de tradición celtibérica que denotan la vitalidad de los grupos indígenas.

La introducción del torno de alfarero tuvo un umbral de penetración relativamente rápido hasta el Guadiana, como evidencian las cerámicas grises del área orientalizante; sin embargo, más allá de este límite la aceptación de la nueva tecnología se hizo de manera mucho más lenta, de modo que sólo a finales del s. V o inicios del IV a.C., coincidiendo con las primeras importaciones griegas, empezaron a reemplazar a las elaboradas a mano en las comarcas extremeñas del Tajo. Seguidamente, y en un lapso de tiempo que debió ser breve, alcanzaron las poblaciones del Sistema Central, aunque es muy probable que a esta altura su impulso se viese asimismo beneficiado por la influencia céltica del centro y oriente de la Meseta, asociada al ritual de cremación.

Está claro que esta innovación tecnológica, paralela al auge que conocen los castros vettones en las actividades de forja de armas y herramientas, comenzó a distorsionar de manera muy importante la sociedad indígena y el papel de los especialistas: economía excedentaria, estratificación social, centros de producción

y redistribución, nuevo estatus del artesano, grado de dedicación (parcial, completo), etc. Sin embargo, es interesante observar que la introducción del torno de alfarero fue posterior en el tiempo al desarrollo de la siderurgia local, cuando teóricamente el proceso de adopción pudo haber sido paralelo por lo menos desde la sexta centuria, máxime además si tenemos en cuenta la cronología de las primeras cerámicas de importación conocidas en los yacimientos protovettones (vid. supra). En el caso del NE. de Iberia, Ruiz Zapatero (1992: 113-116) llegó a demostrar de manera muy convincente la existencia de diferentes ritmos en el proceso de adopción del torno, más bajo en las tierras del interior y desde luego inferior a la difusión de la metalurgia del hierro, argumentando un modelo doméstico de producción que no encontraría demasiados alicientes desde el punto de vista productivo en la nueva tecnología cerámica. Desde luego en las regiones suroccidentales de la Meseta las posibilidades objetivas para la adopción del torno también eran idénticas a las del hierro, pues se trataba de las mismas poblaciones, de las mismas vías naturales de penetración y de los mismos focos de origen. Sin embargo, los índices de expansión fueron diferentes y el metal resultó ser un elemento más atractivo; incluso, en las necrópolis vettonas los ajuares de guerrero incluyen todavía importaciones cerámicas en la tercera centuria a.C.

---

Valorando la distancia (150/200 Km.) y el tiempo transcurrido (ca. 250 años), la expansión teórica de la tecnología del torno desde el Guadiana hasta alcanzar los valles del Tiétar y Amblés resulta de unos 0,6/0,8 Km. por año, o 15/20 Km. por generación (25 años) respectivamente. La escasez de datos para la difusión de la metalurgia del hierro y la posible existencia de especialistas itinerantes con conocimiento de la tecnología en fechas muy tempranas y en yacimientos concretos (Sanchorreja, Berrueco), dificultan más los cálculos. Aún así, la velocidad de expansión duplicaría con creces a la del torno: si admitimos un lapso de tiempo no superior al centenar de años para el conocimiento de los procesos tecnológicos en tierras abulenses - a partir de su difusión desde los poblados orientalizantes del área extremeña - el índice de expansión sería de unos 38/50 Km. por generación.

Las primeras cerámicas a torno de fabricación local pudieron estar vinculadas a funciones concretas de la economía y del ritual de estas poblaciones. Se configuran de hecho como un pequeño grupo de formas globulares y proporciones medias que tendrían su justificación en el conservadurismo de estos grupos, pues no existía la necesidad de una producción extensa y estandarizada. También es verdad que una parte muy significativa de los vestigios que conocemos procede de las necrópolis, por lo que nuestra información está parcialmente sesgada. Aún así, sólo en un momento avanzado del siglo III a.C. las nuevas formas de cocción cerámica tendieron a reemplazar a las fabricadas a mano de forma masiva y con todos sus elementos tecnológicos plenamente desarrollados. En esta fase su empleo exigió una especialización que debió ser exclusiva. Este aspecto es sobre todo revelador en (a) el descenso paulatino de las producciones a peine, (b) en la diversidad formal de las piezas a torno y (c) en la existencia de talleres perfectamente identificables. Y si la implantación masiva del nuevo modelo fue rápida a partir de este momento, eso quiere decir que los factores determinantes de su adopción tuvieron lugar en un contexto social y económico muy específico, que requería de una producción bien surtida para una demanda cada vez más amplia y exigente. Estamos, en definitiva, en el umbral de las grandes transformaciones urbanas de finales de la Edad del Hierro.

### 4. Los Oppida.

La emergencia de grandes centros fortificados en la Europa Templada a comienzos del siglo II a.C., ha sido tradicionalmente considerada como la primera aparición de ciudades en estas regiones del continente (Cunliffe y Rowley 1976; Collis 1984; Wells 1984; Audouze y Buchsenschutz 1989; Cunliffe 1994). Teóricamente el concepto de oppidum (Buchsenschutz 1988) debería construirse a partir de las referencias de Julio César en su Guerra de las Galias (58-50 a.C.) sobre los centros de habitación galos (Kornemann 1942). Sin embargo, las referencias de César no resultan demasiado claras (Noché 1973), hay que tener en cuenta que debieron existir motivaciones políticas por parte del autor que distorsionan su discurso (Buchsenschutz y Ralston 1986) y por último debemos reconocer que a veces resulta difícil identificar en el registro arqueológico el concepto teórico de oppidum (Ralston 1992). A estos problemas habría que sumar

además las características etnoculturales de cada región, que no siempre se corresponden con la magnitud de estos asentamientos (Almagro-Gorbea 1994a; Almagro-Gorbea y Dávila 1995) y el sesgo de las excavaciones, que raras veces consiguen exponer una superficie importante de los sitios.

En cuanto a las funciones de los oppida dentro de las sociedades de La Tène Final, se ha supuesto que fueron centros de organización política (Crumley 1974; Nash 1976), centros industriales con ocupación especializada (Henderson 1991; Haselgrove 1995) y centros comerciales (Alexander 1972; Frey 1984; Wells 1984). Siempre se ha asumido que estos asentamientos tenían unos rasgos comunes y uniformes. Pero como muy bien ha señalado Woolf (1993), los oppida no constituyen una categoría analítica útil ya que difieren en tamaño, forma, función y cronología. Y comenzar su estudio enfatizando el carácter urbano es una manera errónea de aproximarse al tema. La discusión sobre los orígenes del urbanismo no puede hacerse desde unas categorías generales y universales, con patrones uniformes en los que los casos empíricos encajan o no (Hill 1995). De hecho, la organización interna de los oppida puede decirnos mucho más sobre los tipos de sociedad de finales de la Edad del Hierro que sobre si estaban o no urbanizados (Woolf 1993: 229; Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995). Por ejemplo, es sintomático que muchos de los trabajos recientes más importantes aborden el estudio de su organización y estructura social (Arnold 1991; Hedeager 1992; Bietti Sestieri 1992; Daubigney 1993).

Esta aproximación parece mucho más productiva, y no resulta exagerado afirmar que el desarrollo de modelos útiles para el estudio de la organización social de las diferentes comunidades europeas es el gran reto de la arqueología de la Edad del Hierro (Wells 1990: 452).

**4.1. La documentación histórica y arqueológica.** El desarrollo de los oppida vettones coincide con la entrada de la Meseta en el registro histórico, en un contexto de inestabilidad general inducido por la presencia en la región de los ejércitos púnicos y romanos. Murallas de nuevo cuño y aparejo ciclópeo (La Mesa de Miranda, Villalcampo), un incremento muy significativo del espacio ocupado (Ulaca, Las Cogotas, Salamanca) y centros fortificados ex novo (El Raso de

Candeleda), corresponden a este momento de inseguridad y son un buen exponente de los cambios que tienen lugar en los dos últimos siglos antes de la era, ejemplos todos ellos esgrimidos para este postrer momento de la cultura indígena (Martín Valls 1985: 129 y 1986-87: 81-82; Esparza 1987: 375 ss.; Martín Valls y Esparza 1992; Moret 1991; Alvarez-Sanchís 1993a).

Las implicaciones teóricas que todo esto conlleva son que una parte de los asentamientos, o de las reformas llevadas a cabo en los mismos, fueron establecidos por razones defensivas en un momento concreto en el tiempo y que una parte de la población dispersa que residía en la región desde antes se trasladó al interior de las defensas. Sin embargo, hay que tener presente también que:

(a) pocos yacimientos identificados como oppida han sido objeto de excavación sistemática y la mayoría se ha estudiado desde el punto de vista de sus defensas más que de su organización interna. Púnicos y romanos potenciaron las necesidades defensivas pero éste es uno más de los rasgos a considerar en la valoración de estos centros. Este momento coincide con un proceso de creciente jerarquización entre los asentamientos, en el sentido de que sólo unos pocos sufren importantes transformaciones que revelan complejas formas de organización territorial.

(b) la erección de defensas no implica necesariamente acontecimientos bélicos de gran magnitud. Si excluimos la errónea noticia de Cornelio Nepote (Hamílcar 4,2) sobre la muerte de Amílcar (Roldán Hervás 1968-69: 93) y la mención de Salmantica a raíz de las campañas de Aníbal, el primer testimonio de los vettones se refiere a los años 193-192 a.C. a propósito de las incursiones de M. Fulvio contra los carpetanos (Liv. 35,7,6 y 35,22,5). Desde ese momento y hasta las guerras celtibérico-lusitanas del 154-133 a.C., casi cuarenta años después, las fuentes no mencionan ningún otro contacto<sup>118</sup>. Sin descartar que las provincias de Avila y Salamanca se viesan afectadas, la acción romana se limitó en esta primera fase a un reconocimiento general de la zona (Wattenberg 1959:

---

<sup>118</sup> Episodios puntuales, como la campaña de L. Postumio en el 179 a.C. contra los vacceos a través de territorio lusitano pudieron incidir en las defensas de los castros (Martín Valls 1985: 129 y 1986-87: 81-82). Tampoco hay que excluir la pérdida de información escrita sobre esos años, Livio principalmente (De Francisco 1989: 62), circunstancia que podría condicionar la visión de relativa calma que se tiene de este período.

32-33)<sup>119</sup>.

(c) las fuentes literarias griegas y romanas mencionan la existencia de grandes centros a comienzos del siglo II a.C. Cabría así partir de una data antequem para su construcción (Almagro-Gorbea y Lorrio 1991: 36-37; Almagro-Gorbea 1995a: 188 ss.), pudiendo encontrar sus antecedentes en la organización del territorio con anterioridad a la conquista.

(d) debido a su importancia social y económica, sabemos que algunos poblados del interior estaban ocupados desde varias centurias atrás. No siempre concurren en un mismo emplazamiento buenas condiciones para la defensa - de admitir por ejemplo una funcionalidad estratégico-militar - y fáciles condiciones de accesibilidad (Collis 1984), y, en estos casos, las evidencias más antiguas documentadas en el interior de las viviendas o en los ajuares de las necrópolis tampoco implica necesariamente una cronología similar para las murallas.

Todo esto implica que entre los castros a comienzos de la II Edad del Hierro y los oppida contemporáneos de la conquista romana tuvieron lugar cambios fundamentales en el seno de las comunidades indígenas, tal vez el paso de un nivel de organización tribal a otro más amplio de connotaciones étnicas, lo que en última instancia explicaría su difusión a escala suprarregional. Para que estas modificaciones se llevaran a buen término era necesaria una infraestructura demográfica y económica importante; desde el momento en que el nivel de desarrollo podía sostener un sector de población no dedicado en exclusividad a la producción de alimentos, podría invertirse más energía humana en operaciones destinadas a concentrar hombres y recursos para alzar o modificar, en poco tiempo, estos imponentes núcleos. La cuestión no es baladí; en el occidente de la Meseta contamos con yacimientos cuyas referencias, arqueológicas y literarias, dan cuenta de su magnitud con anterioridad a romanos y cartagineses.

De la toma de Salmantica por Aníbal en el año 220 a.C. hablan cuatro autores: Polibio, Tito Livio, Plutarco y Polieno (Bejarano 1955: 89 ss.), de cuyos

---

<sup>119</sup> En parecidos términos, también se han postulado en diversas ocasiones para el origen de los oppida europeos conflictos militares con Romanos, Germanos, Cimbrios y Teutones; Collis (1984: 74-77), sin embargo, señala que la amenaza romana cuenta con escasos indicios en el centro de la Galia, una de las zonas posiblemente más vulnerables, y advierte como Bibracte y Vesontio ya eran grandes ciudades cuando César llegó en el 58 a.C..



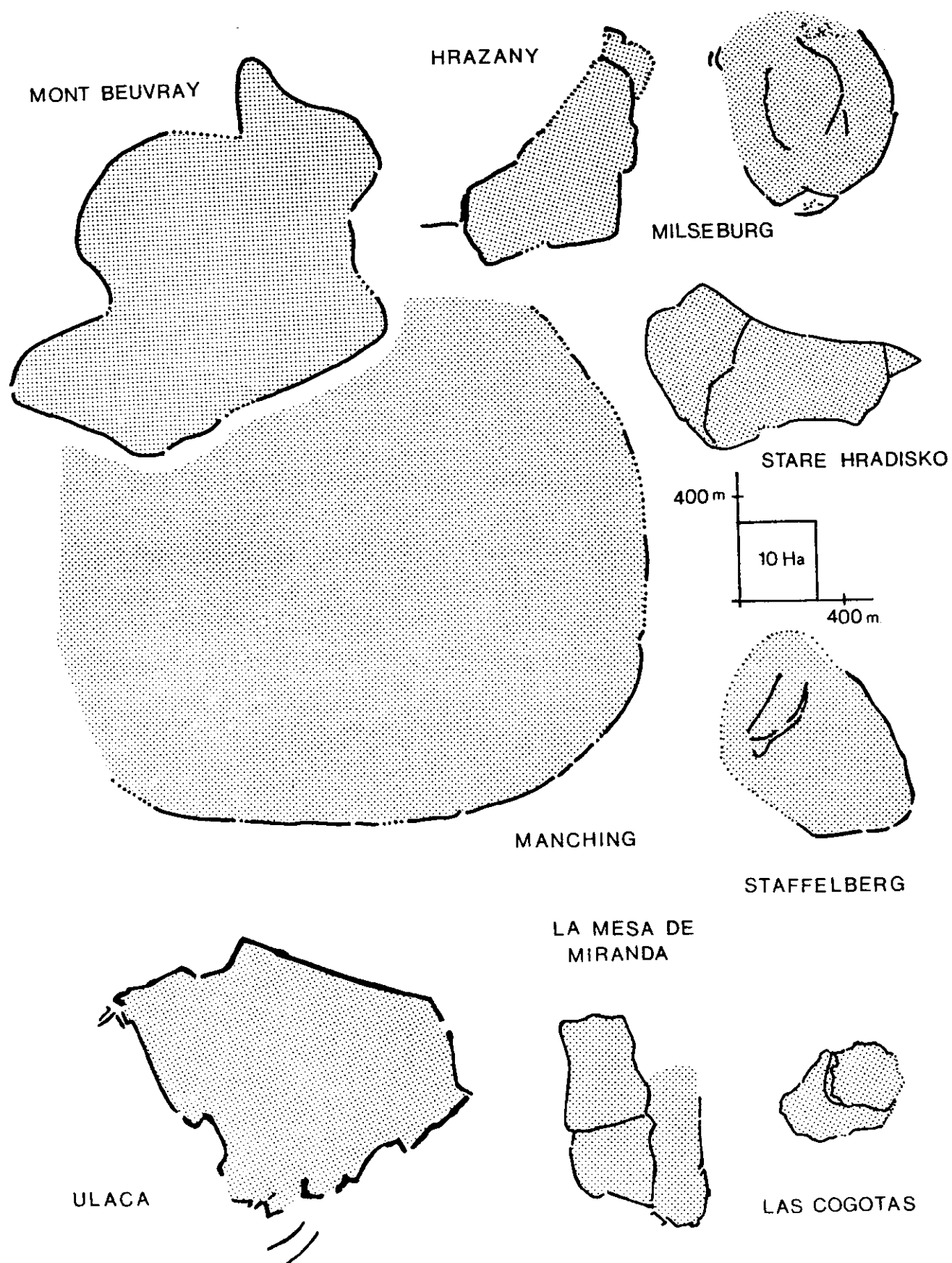


Fig. 28. Plantas de los grandes oppida europeos comparados con los oppida abulenses del Valle de Amblés.

testimonios literarios merecen destacarse tres hechos, (1) la definición que se hace de este núcleo como "ciudad grande" o "ciudad grande de Iberia" (Polieno, 7,48; Plutarco, mul. uirt.)<sup>120</sup>, (2) los acontecimientos que se describen durante su conquista, en particular la mención de Plutarco a propósito de una posible zona extramuros o barrio apartado del centro principal, con lo que hay que suponer un emplazamiento relativamente extenso y diferenciado, y (3) la cita de Livio (21,5) cuando señala que la ciudad fue tomada por asalto, de donde se ha deducido la presencia de un conjunto fortificado, hecho parcialmente constatado si tenemos en cuenta que en el Teso de las Catedrales se halló la base de un posible recinto murado, con grandes bloques de granito en seco, sobre el que apoya un nivel celtibérico fechado en los siglos III-II a.C. (Martín Valls et alii 1991: 155). El dato lleva a proponer como terminus ante quem para esta defensa la expedición del general cartaginés (Martín Valls y Esparza 1992: 268)<sup>121</sup>.

Si en la tercera centuria el núcleo salmantino presenta un tamaño apreciable - en torno a las 20 Has. - es casi seguro que por estas fechas el oppidum vacceo de Arbucale, al sur del Duero pero limítrofe con los vettones, también esté plenamente afianzado en la zona. Su emplazamiento parece corresponderse seguramente con el cerro de El Viso<sup>122</sup>, dos kilómetros al este de la localidad zamorana de Bamba, término municipal de Madridanos (Martín Valls 1973b: 403-405; Martín Valls y Delibes 1980: 126-128; Martín Valls y Esparza 1992: 268). Vestigios de índole celtibérica ocupan buena parte de su solar, aunque la

<sup>120</sup> No excluye Bejarano (1955: 116) la posibilidad de que éste fuera un dato que constaba en fuente cartaginesa, de donde derivan en última instancia las que manejó Plutarco en su texto -con todo, la noticia más detallada que tenemos sobre Salamanca en la antigüedad-, pudiéndose pensar que su fuente originaria se basara en Filino de Agrigento, quien representa la tendencia más favorable a Aníbal. Así, el dato de la importancia de Salamanca contribuiría a ensalzar la figura del cartaginés. Tampoco hay que descartar, en ocasiones, que las fuentes latinas concedan el título de ciudad a poblados de escasa importancia, y así sobredimensionar el valor de su conquista (González-Cobos 1989: 95). De hecho, la administración romana llegó también a considerar ciudades a comunidades que todavía no habían desarrollado semejante rango (Salinas 1982a: 37).

<sup>121</sup> Es más, el hallazgo de cerámica a peine y acanalada en la base de una potente secuencia estratigráfica de la excavación realizada en el Teso de las Catedrales, podría evidenciar una ocupación temprana del lugar (Martín Valls et alii 1991: 153 ss.) a partir del primitivo asentamiento del Cerro de San Vicente. Esta misma asociación se documenta, con una sintaxis decorativa similar y junto a una fíbula anular y cerámica a torno, en la tumba 59 de la necrópolis del Raso de Candeleda, datada en el tránsito de los siglos IV-III a.C. (Fernández Gómez 1986: 681-685 y 874-875).

<sup>122</sup> En cuyas inmediaciones se sitúa el importante núcleo romano de El Alba, identificado con la mansión de Albocola o Albocella, heredera del núcleo indígena (Martín Valls y Delibes 1980: 126-127 y 1982: 64-65), frente a las teorías que defendían la conveniencia de situarla en Toro (Wattenberg 1959: 68-69; González-Cobos 1989: 99). Tal fue también durante un tiempo la postura de Martín Valls y Delibes (1977: 306-39 y 1978b: 341-344) apoyándose para su identificación en vestigios de la Edad del Hierro. A título ilustrativo, merece también señalarse como Arbucale llegó a ser identificada en alguna ocasión, basándose en el significado etimológico de la palabra, con el castro de La Mesa de Miranda (Campos 1949a y 1949b; o. cit. en Cabré et alii 1950: 10 ss., nota 2; vid. Molinero 1958: 22-23).

## LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

ocupación inicial del teso parece remontarse algo más atrás<sup>123</sup>. Según se deduce de las fuentes (Bejarano 1955: 98-100, 116) Arbucale era aún mayor que Salmantica en el momento de la expedición anibálica; sus habitantes son referidos como oppidani (Livio 21,5) y se habla expresamente de la populosidad de la ciudad como una de las causas que hizo difícil su conquista (Polibio 3,14,1).

Los dos primeros recintos de la Mesa de Miranda - 19 de las 30 Has. que abarca el asentamiento - fueron interpretados como zonas residenciales, pero la mayor parte de los vestigios se circunscriben al primero o acrópoli principal (Molinero 1933: 425-426; Cabré *et alii* 1950: 15-17)<sup>124</sup>. En el tercer recinto se atisba la carencia casi absoluta de cimentaciones de edificios; la abundancia de pastos y el hallazgo de una escultura de verraco no sería excluyente con la idea de cercados para el ganado (Molinero 1933: 427). Estos datos evidencian una teórica diferenciación desde el punto de vista espacial e implicaría que el asentamiento no era sólo una aglomeración de casas o establos, sino que estaba dividido en áreas específicas. Si atendemos a los materiales de la necrópolis, con cerámicas análogas a las recogidas en el interior del castro (Cabré *et alii* 1950: 22), se podría afirmar que los dos primeros recintos ya estaban en uso con anterioridad a las primeras campañas romanas. Desde luego coetáneos a los acontecimientos que se suceden por esta época en Salmantica, abarcando el oppidum una superficie con pocos paralelos conocidos en la Meseta.

Otro tanto puede decirse para el yacimiento abulense de Las Cogotas (14,5 Has.), con doble cinturón amurallado, donde recientes excavaciones en la zona SO. del segundo recinto<sup>125</sup> permitieron documentar una superficie con diversas áreas especializadas de interés colectivo fechables en los siglos III y II a.C.: un gran

---

<sup>123</sup> En una de las catas practicadas en el yacimiento, se documentó un bolsón ceniciento con materiales de tipo Soto y cerámica a peine, de donde también procede una muestra de C-14 que data el conjunto en el 500 a.C. (Esparza 1990b: 113-115). No obstante, la antigüedad de los materiales ya se había detectado con anterioridad (Martín Valls 1973b: 403; Martín Valls y Delibes 1982: 65).

<sup>124</sup> Se delimitaron tres viviendas, de dimensiones distintas, aunque el interior apenas se excavó (Cabré *et alii* 1950: 22-23). También se alude a una posible casa junto a la torre E del segundo recinto (1950: 27).

<sup>125</sup> La construcción de una presa, cuyo estribo izquierdo y aliviadero se apoyan en la zona inferior de la ladera este del castro, determinó que una parte del yacimiento, cerca del 30% del segundo recinto amurallado conocido como "encerradero de ganado", quedaría afectado por las aguas del embalse. En 1986, casi seis décadas después de los trabajos llevados a cabo por Cabré (1930), se reanudaron las excavaciones arqueológicas en la zona que iba a quedar anegada por las aguas (Mariné y Ruiz Zapatero 1988; Alonso Hernández y Benito-López 1992; Álvarez-Sanchís 1993a; Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 1995).

basurero, un pavimento de piedra en conexión con la muralla y un taller de cerámica. Pequeños sondeos efectuados junto al camino que atraviesa el recinto probaron la existencia de estructuras de habitación. La importancia económica de este sector y el potencial peligro que debió suponer la presencia cartaginesa o las primeras campañas romanas a comienzos de la segunda centuria, tendría su consecuencia más inmediata en la erección de este nuevo recinto murado que, no obstante, encerraría una superficie posiblemente en uso en el oppidum desde años atrás (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchis 1995: \*).

Finalmente, podrían considerarse los indicios de jerarquización que ofrecen las fuentes clásicas para otros centros (Salinas 1986: 86-87; Almagro-Gorbea y Lorrio 1991). En el primer testimonio de contacto con los vettones (193-192 a.C.), la ciudad carpetana de Toletum aparece citada como oppidum y como parva urbs (Livio, 35,7 y 35,22). Destacable es asimismo la referencia del 182 a.C. al oppidum de Urbicua, a la urbs de Contrebia Carbica un año más tarde, o a la potens civitas de Ergavica en el 179 a.C. (Livio 40,16; 40,33 y 40,50). Casi tres décadas después, la ciudad lusitana de Oaxthraça aparece citada como polis (Apiano 10,58). Cuanto antecede se observa de modo análogo en otros enclaves de la Meseta, que en última instancia acaban convirtiéndose en Cauca, Pallantia, Intercatia, Septimanca, Numantia, Termes, o Uxama, a los que tradicionalmente se ha considerado siempre como ciudades. En relación con la construcción y ampliación de algunos hábitas se han llegado a valorar fenómenos de sinecismo (Almagro-Gorbea y Lorrio 1991: 37; *vid.* Frey 1984: 26), bien evidenciados en las fuentes a propósito de ciudades celtibéricas como Complega y Segeda (Apiano Iber., 42-44; Diodoro 31,39). No es una casualidad que los romanos en sus campañas militares seleccionen estos importantes núcleos en función de su alto valor estratégico (Martín Valls y Esparza 1992: 267)<sup>126</sup>.

Al hilo de estos argumentos, queda clara la existencia de comunidades que ya eran grandes centros cuando arribaron a la zona los grupos citados. Este planteamiento enlaza bastante bien con la sugerencia inicial de D. Clarke (1972),

---

<sup>126</sup> Otro hecho de singular interés es la orden dictada por Catón en el 195 a.C., dirigida a los indígenas para que derriben sus murallas (Knapp 1977: 46 ss.). El valor de este dato descansa no sólo en el hecho de que se refiera expresamente a todas las civitates vencidas (Frontino 1,1,1), sino a la importancia que concede a sus defensas. Lo que no es óbice para que desde el s. II a.C se reparen, amplíen o construyan nuevos recintos. Los pactos firmados con Sempronio Graco (180-179 a.C) comprometiéndose los indígenas a no construir nuevas murallas es muy significativo. Si es necesario dictar una orden para que no se levanten murallas, es porque se están levantando (Fernández Gómez 1986: 518-519).

seguida y desarrollada en varios trabajos por B. Cunliffe (1976, 1984, 1994), respecto al hecho de vincular los oppida con el alto nivel alcanzado en las sociedades de la Tène final, representando un paso más en la jerarquía del asentamiento a partir de los castros fortificados<sup>127</sup>. Desde luego la explicación del fenómeno no obedece a una singularidad (Collis 1984: 65 ss.). Cabe sospechar que la presión interna y los conflictos entre grupos, un conflicto que probablemente tenga mucho que ver con la formación de etnias y estados tribales en la segunda Edad del Hierro, esté detrás de este acontecimiento, suceso que a la postre se vería acentuado con la presión militar de los Bárquidas y la conquista romana, responsable en última instancia de su disolución.

En las sociedades de La Tène, la información existente sobre el conflicto entre los Eduos y otras etnias por el control de las rutas de comercio del Ródano, la presión poblacional que indujo a los Helvecios a emigrar o los frecuentes enfrentamientos intertribales que César menciona en su campaña de las Galias, parecen explicaciones más factibles en lugar de simplificar el fenómeno de los oppida a partir de la amenaza externa (Collis 1984: 74-77). También en la Meseta las fuentes históricas distinguen diversas etnias y es factible extraer algunos datos. La diferente designación de Salmantica, vaccea durante la campaña anibálica del 220 a.C. (Polibio 3,14; Livio 21,5) y vettona con posterioridad (Ptolomeo 2,5,7), contrariedades explicables al tratarse de una ciudad fronteriza (Bejarano 1955: 116-119; Roldán Hervás 1968-69: 89), podría valorarse en un marco de enfrentamientos interétnicos. No hay que olvidar, sin embargo, los riesgos que se derivan del hecho de utilizar fuentes cronológica y conceptualmente tan distintas (Sánchez Moreno 1995b: 486-487). Un fenómeno en cierta manera análogo se registra en Sentice, al sur de Salamanca según el Itinerario de Antonino (434,3) pero referida como vaccea por Ptolomeo (2,6,49), y en Capara (Cáparra), citada como vettona y también lusitana por Ptolomeo (2,5,6-7). Desde luego los límites entre etnias debieron oscilar, aunque a veces se intenta salvar esta dificultad suponiendo, hecho por otro lado no infrecuente, la existencia de dos ciudades homónimas (Roldán Hervás 1968-69: 92-93; Sayas y López Melero 1991: 76) o bien dos asentamientos próximos, uno de los cuales habría sido fundado a partir de otro más antiguo de origen prerromano (Cerrillo 1994: 150).

---

<sup>127</sup> Una postura más crítica, valorando la emergencia de estos centros como un fenómeno excluyente respecto al modelo de ocupación anterior, en Collis (1984: 66-69, 185-188).

Es posible incluso detectar un fenómeno parecido en los poblados del Alto Duero atribuidos a pelendones y arévacos, dualidad acuñada en la disparidad geográfica y económica de los territorios ocupados, con líneas de castillos fronterizos en vigilancia sobre tierra sometida (Jimeno y Morales 1993: 148-150). La expansión de los grupos arévacos a costa del territorio castreño atribuido a los segundos también podría ser coherente con esta idea (Lorrio 1995: 490-494). Más importante, en cualquier caso, sería valorar en este contexto la presión de los populi celtibéricos hacia las etnias vecinas y sobre todo hacia occidente, afín a su substrato y estructura socio-económica (Almagro-Gorbea 1993b: 158).

Resulta evidente que estos yacimientos han proporcionado pruebas de su ingente actividad, pero, como es lógico, en un proceso llevado a veces sin solución de continuidad resulta difícil advertir el proceso formativo y discriminar, a partir de los restos hallados, qué parte de las actividades se adscriben al yacimiento desde sus comienzos y cuáles pertenecen a la fase final. No obstante, si tomamos como paralelos los oppida europeos, los restos de cultura material demuestran que las manufacturas se harían a una escala nunca alcanzada con anterioridad (Collis 1984; Wells 1988; Woolf 1993). Ahora bien, la definición de urbanismo en estos contextos prehistóricos resulta extremadamente compleja (Jacobsen 1984-85; Cunliffe 1985; Hill 1995). Muchas veces el carácter urbano se ha destacado buscando en estos oppida elementos del mundo urbano mediterráneo - trazado regular, barrios diferenciados, construcciones monumentales, templos, foros públicos - pero no se ha tenido en cuenta la posibilidad de que existiera, como en el Mediterráneo, un concepto ideológico de "ciudad". En tal sentido, la propuesta reciente de Almagro-Gorbea sobre el caso de Mont Beuvray merece una seria consideración (Almagro-Gorbea y Grand-Aymerich 1991: 206 ss. y 210 ss.; Almagro-Gorbea 1994a: 30) y abre una perspectiva inédita para la interpretación del poblamiento céltico en Europa.

En este apartado me centraré en dos de los rasgos más significativos de estos centros: la configuración interna de los poblados y el patrón de poblamiento regional. Y trataré de demostrar:

(1) que algunos asentamientos vettones ofrecen en este momento una organización socio-económica específica, con una diferenciación de actividades por

zonas y muy probablemente también por clase social. Esa misma organización jerarquizada del espacio tiene su correspondencia en el análisis sociológico de los enterramientos de sus habitantes, aspecto sobre el que incidiremos posteriormente.

(2) que puede rastrearse un sistema de poblamiento regional jerarquizado, con una presumible diferenciación funcional y especialización entre los sitios. Con todo, hay que subrayar las limitaciones de la investigación arqueológica, especialmente en lo que refiere a los pequeños hábitats abiertos en llano.

Ambos aspectos apuntan hacia un modelo de organización "urbana" desde la perspectiva del mundo céltico en los siglos previos al cambio de Era (ca. 250/200 - 50 a.C.). El modelo se origina como resultado interno de los procesos económicos, sociales y políticos. Es un fenómeno completamente nuevo en la Prehistoria reciente de la región y rompe con las formas de vida tradicionales de las sociedades agrarias y pastoriles del último milenio antes de Cristo.

**4.2. La organización interna.** Si el trazado de las murallas sigue una perfecta adaptación a la topografía, al mismo tiempo debemos aceptar que existió un cierto margen de elección, una intencionalidad concreta en su construcción. Los distintos recintos expresan una necesidad clara: la de dividir zonas dentro del asentamiento. Y este razonamiento resulta válido tanto si el conjunto amurallado fue construido de una sola vez como si lo fue en dos o más etapas (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995). Por tanto, la arquitectura defensiva de los oppida establece, en principio, una compartimentación del espacio doméstico. A partir de aquí se pueden establecer otras áreas de actividad. Veámoslas detenidamente.

**4.2.1. Residencias domésticas diferenciadas.** Se detectan dos niveles en la organización interna de los poblados, (1) aquél que viene impuesto por la topografía del terreno y (2) aquél que viene impuesto por la morfología de las viviendas.

La organización doméstica estuvo condicionada por el desnivel y los afloramientos de granito. Eso descarta superficies apreciables que en cualquier caso era preciso incluir dentro para adaptar las murallas a las curvas de nivel y no

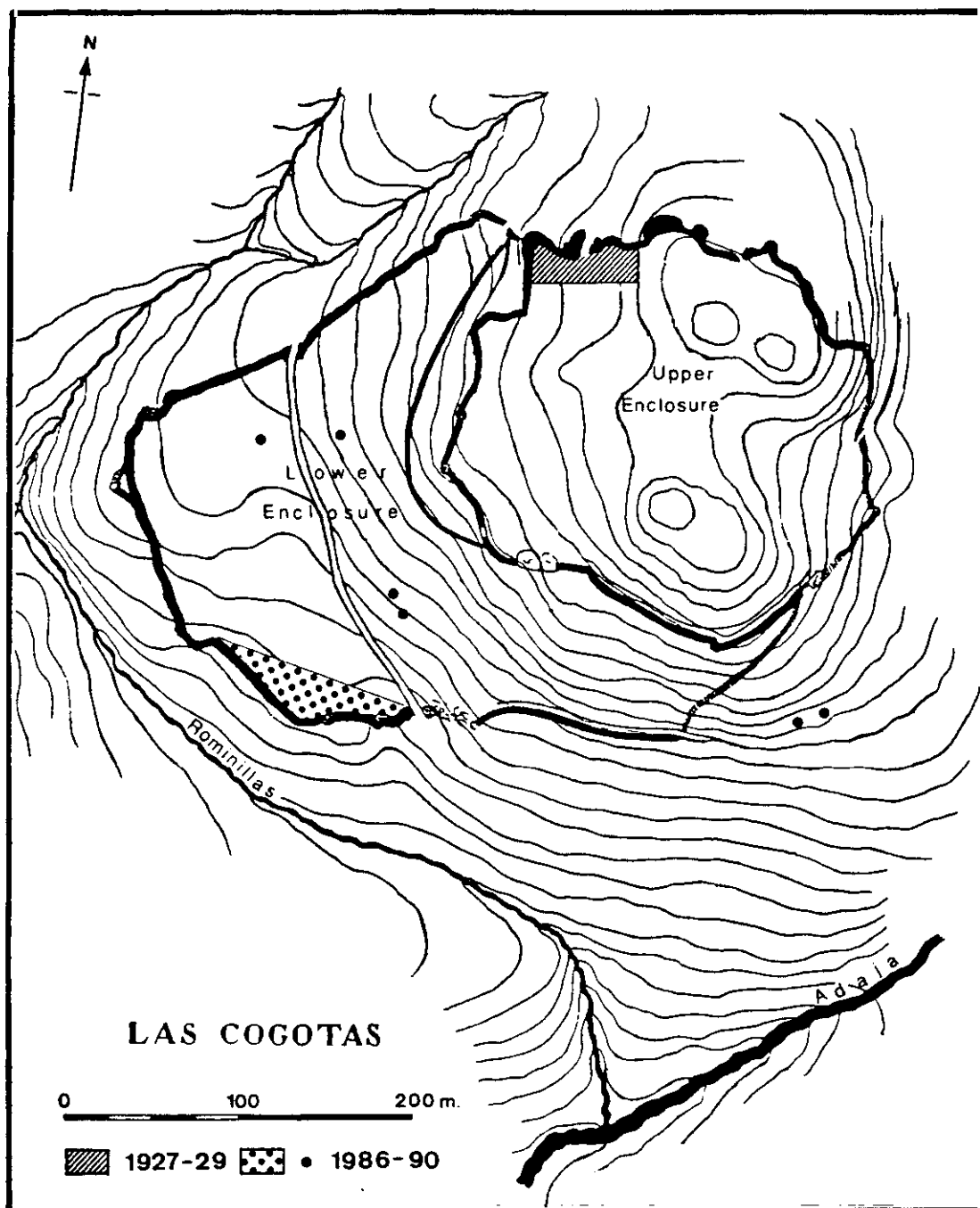
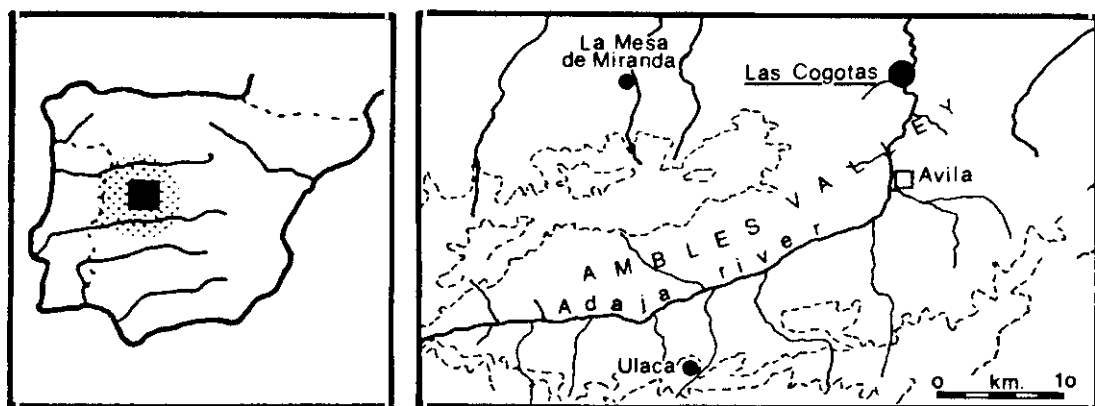


Fig. 29. Localización del castro de Las Cogotas y plan de las excavaciones realizadas, (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995).



cruzarlas de forma violenta. En Las Cogotas no hay un plan ordenado de manzanas de casas, ni propiamente calles (Cabré 1930: 37). Las primeras se agrupan irregularmente junto a la muralla o buscando protección entre grandes bloques de rocas; no obstante, las casas localizadas junto al camino del recinto sur del poblado son de menor tamaño que las de la acrópolis<sup>128</sup> y ofrecen equipos domésticos más pobres (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995: 218). Esa misma impresión parece advertirse en el Picón de la Mora, con un muro que cerca el lado oriental de la acrópolis (Martín Valls 1971b: 130, fig. 2) y sobre todo en los dos recintos que jerarquizan el poblado de La Coraja, en Aldeacentenera. El menor se encuentra en el lugar más protegido y elevado, probable residencia de la élite como comprueban sus excavadores al contrastar los referentes arqueológicos y el tamaño de estas viviendas con los hallados en el resto del hábitat (Redondo *et alii* 1991: 277-278; Esteban Ortega 1993: 61-62).

Los bancales nos ilustran sobre importantes modificaciones en el hábitat. En algunos puntos del primer recinto de Las Cogotas los caminos interiores se rellenaron de tierra y delimitaron con grandes piedras hincadas. El croquis de Cabré (1930: lám. II) de estos viales dibuja los accesos desde las entradas, acomodándose a la topografía más suave. En Yecla la Vieja la mayor parte de la superficie que encierra el recinto es útil para el caserío, lo que le confiere ciertas posibilidades urbanas (Martín Valls 1973a: 82). Dos posibles calles organizan el poblado de norte a sur, un tanto enmascaradas por las cercas de las parcelas modernas. La calle que recorre el recinto del Raso por el exterior está definida nuevamente por piedras alineadas para abancalar el terreno (Fernández Gómez 1986: 498-499), pero la trama "urbana" del poblado es en general bastante más compleja, con una serie de arterias principales que lo cruzan en diferentes sentidos, donde confluyen otras calles más pequeñas. En Ulaca faltan excavaciones extensas pero se vislumbra perfectamente la organización de algunas plantas y calles, con las casas dispuestas regularmente a ambos lados (Alvarez-Sanchís 1993a: 274). Otras veces estas vías se adaptan a los canchos de granito; la anchura es suficiente para la longitud de los ejes de los carros que circularon por el lugar, cuyas huellas son perceptibles en varios tramos del recorrido.

---

<sup>128</sup> Desgraciadamente Cabr  no situó en el plano las viviendas que excavó salvo las diez casas adosadas a la muralla junto a la puerta principal de la acrópoli. Pero las referencias de su Memoria (1930: 20, 37-38, 82-84) permiten hablar de al menos ocho casas más, repartidas por el resto del primer recinto. A ello habría que añadir las casas de fuera de las murallas y las localizadas en el recinto sur.

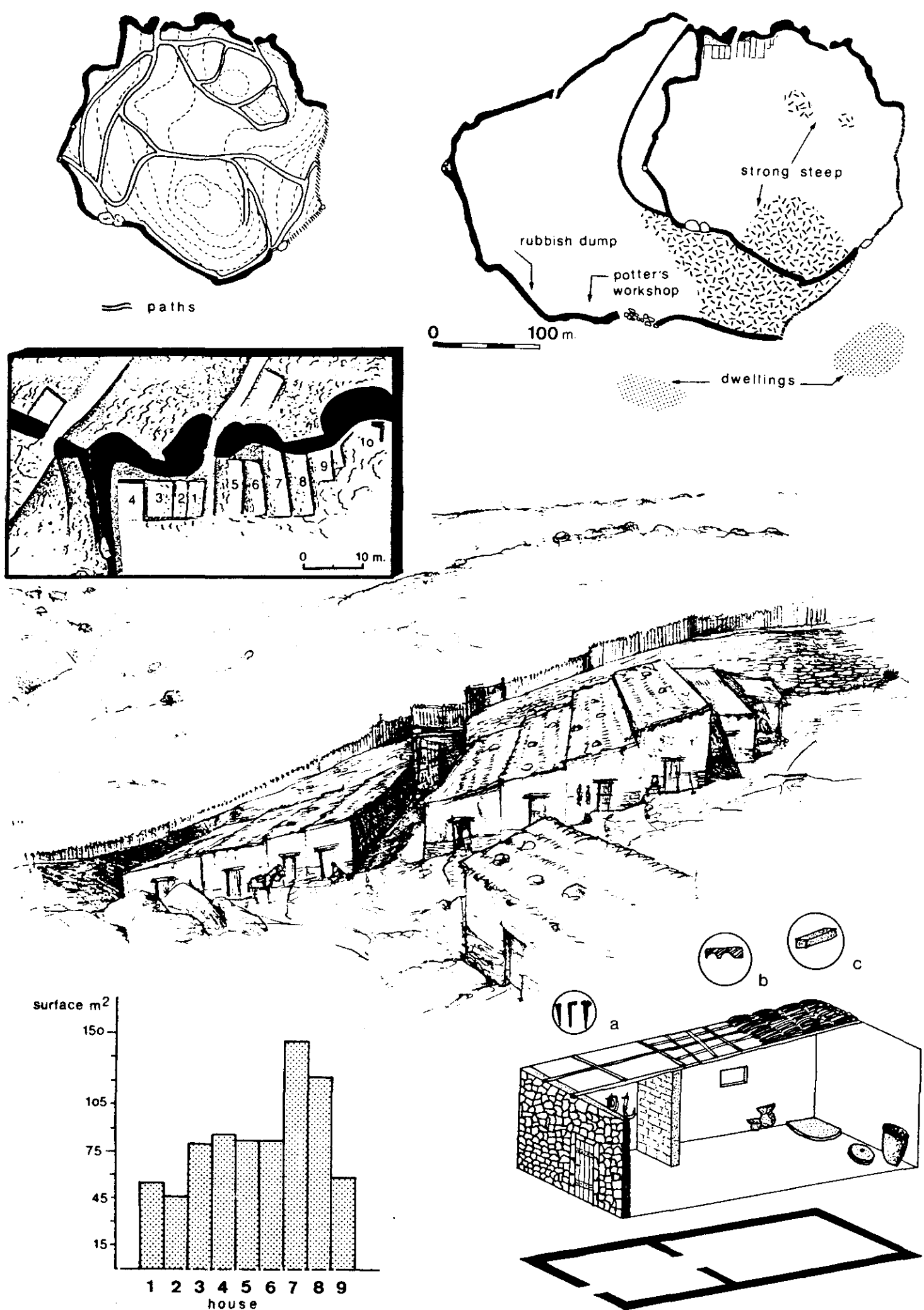


Fig. 30. Estructura interna del oppidum de Las Cogotas (Ruiz Zapatero y Alvarez Sanchís, 1995).

## LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

Las dos vaguadas que cruzan de este a oeste el conocido oppidum abulense articulan la distribución de las viviendas y otras estructuras monumentales, su orientación y su intervisibilidad. El cuadrante noroccidental es el más elevado, abierto al valle de Amblés y con el hábitat distribuido entre el santuario y la puerta Este. Hemos reconocido cerca de 225/250 estructuras en todo el sector intramuros, repartidas en distintos puntos de la ciudad: complejos de habitaciones cuadrangulares en el sector norte, construcciones de aparejo ciclópeo (200/500 m<sup>2</sup> de extensión) alternando con espacios vacíos en la vaguada sur (vid. infra), modestas viviendas dispersas por todo el poblado, focos marginales, etc. A la vista de estos datos, la concepción del espacio doméstico podría constituir la exteriorización de diferencias sociales, como evidencian Las Cogotas y La Coraja. Sin embargo, la variedad de plantas y tamaños sugiere también que puedan existir funcionalidades diferentes, no estrictamente de habitación, aunque eso sólo podrá elucidarse por excavación. Algo similar se empieza a entrever en el Raso de Candeleda. La distribución de las viviendas varía de un núcleo excavado a otro del poblado, habiéndose sugerido para algunos recintos atípicos - uno de ellos en un altozano - un uso de carácter público (Fernández Gómez 1986: 496 y 501).

Un último aspecto a considerar es la existencia de núcleos de casas fuera de las murallas. En Ulaca el hábitat debió extenderse por todo el sector NE - más de una veintena de viviendas - aunque los materiales de superficie se confiesan pobres y escasos. En Las Cogotas, Cabré (1930: 38-39 y 1932: 11-12) indica que excavó algunas casas extramuros, cerca de la entrada principal y al este y sur del castro. Lamentablemente no proporciona ni su situación exacta ni los ajuares domésticos, que no debieron ser tan ricos como los de la acrópolis (id. 1930: 20). También en los castros salmantinos de Las Merchanas (Lumbrales) y Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores), en el toledano de Cabeza del Oso (Real de San Vicente) así como en los extremeños de Castillo de Boxe (Almaraz) y tal vez Villasviejas del Tamuja (Botija), se conocen materiales y estructuras procedentes de prospecciones y sondeos extramuros, aunque no podamos establecer con claridad su sistema organizativo (Maluquer 1968: 115; Martín Valls 1971b: 131; Rodríguez Almeida 1955: 271; Redondo y Esteban Ortega 1992-93: 170 y 174; Hernández Hernández et alii 1989: 69).

La existencia de casas extramuros en estos poblados permite suponer que

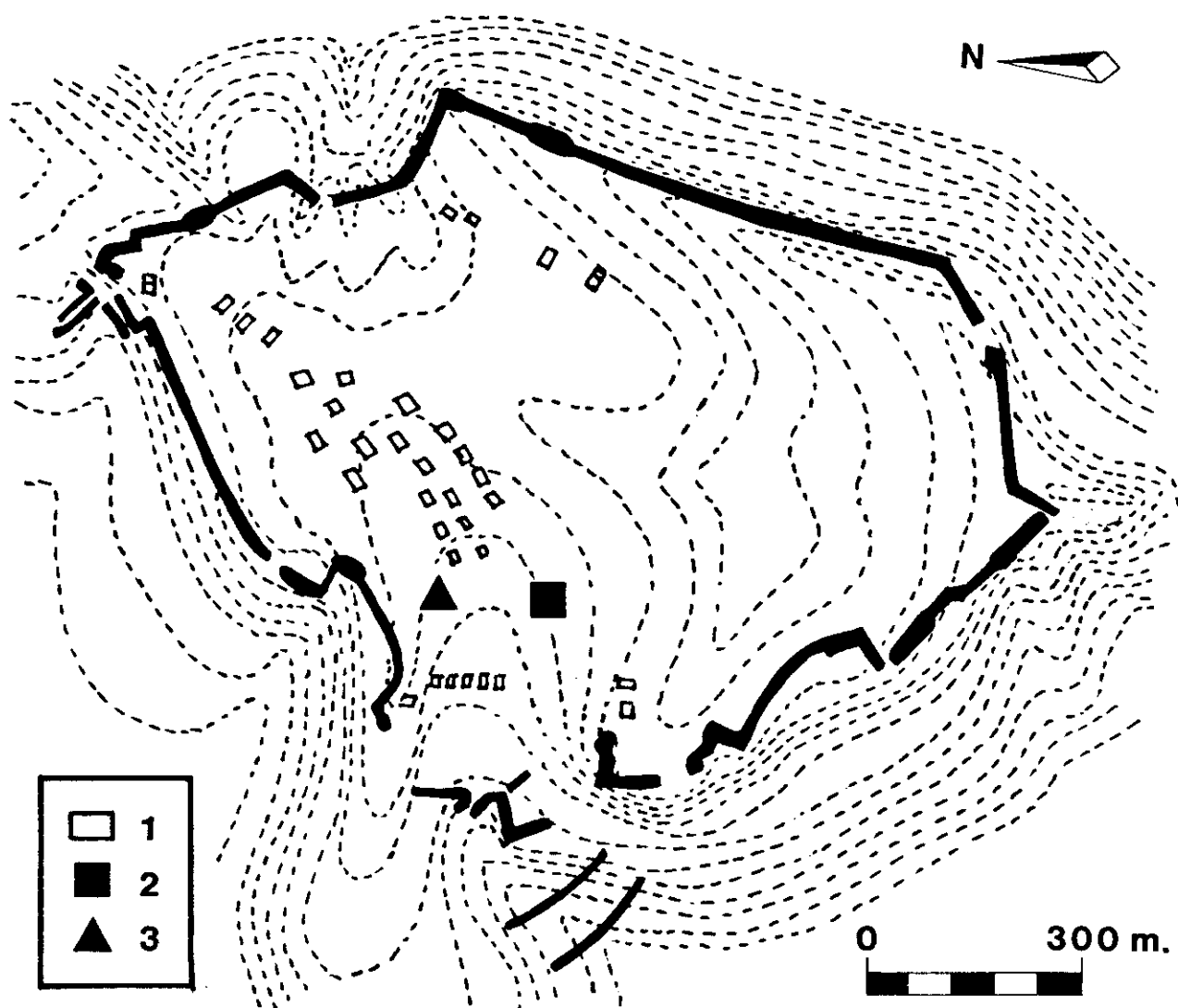


Fig. 31. Planta del oppidum de Ulaca (Solosancho, Avila).

1. viviendas; 2. Sauna; 3. Santuario.

el recinto amurallado no indica una situación de peligro e inestabilidad permanente. Puede ser factible pensar en un incremento demográfico o, mejor, que algunos recintos se erigiesen con posterioridad a dichos barrios (Martín Valls 1971b: 131). En los momentos de conflicto la población podría refugiarse dentro del poblado, ya que existiría espacio libre suficiente. La misma situación encontramos en otros oppida de la región, como el caso de Salmantica, donde sabemos que en la toma de Aníbal la ciudad tenía un arrabal o barrio apartado del centro principal (Plutarco mul. uirt.). De la cita de Plutarco se podría inferir una extensión considerable para la ciudad y la existencia de una acrópoli o conjunto fortificado principal con sus respectivas viviendas, como también parece advertirse en la documentación arqueológica (Martín Valls et alii 1991: 155).

En consecuencia, parece evidente que la existencia de barrios y sectores sociales de distinta significación descansa en criterios topográficos y tipológicos, al margen, claro está, de que tales argumentos no sean sino trasunto de una compleja ordenación jerárquica e ideológica de los oppida.

**4.2.2. Areas Culturales.** Existen claros indicios de ceremonias y lugares de culto al aire libre (Marco 1986 y 1993a), distinguiéndose también en el interior de algunos poblados. Estos últimos suelen emplazarse en un sector privilegiado del asentamiento, vinculados a la acrópolis o a una calle central.

Estructuras monumentales de carácter urbano se han documentado en las poblaciones célticas de la Meseta y del SO.. Como tal, se han considerado por ejemplo los cimientos de una construcción y unos rebajes en la roca, a modo de escalones, localizados en la parte más elevada del cerro donde se asienta la ciudad arévaca de Tiermes (Argente 1990: 60)<sup>129</sup>. Por otro lado se podría mencionar el emblemático altar prerromano del Castrejón de Capote (Higuera la Real, Badajoz), en plena Beturia Céltica, con ofrendas de diverso tipo relacionadas con actividades de carácter colectivo, en la zona más alta del poblado y abierta a la calle principal (Berrocal-Rangel 1994). Otros santuarios rupestres constituidos por peñas, pilas y escaleras talladas se advierten en el interior de varios despoblados vettones de

---

<sup>129</sup> Junto a la entrada del poblado se conoce un edificio formado por una gradería labrada en la roca (Argente 1990: 31), de difícil interpretación, pero asociado a una cueva en cuyo fondo se localizaron cuernas de bóvido y otros restos que podrían relacionarse a prácticas sacrificiales (Lorrio 1995: 509).

Zamora y Salamanca, como en San Mamede (Villardiegua de la Ribera), de cuya existencia diera cuenta en su día Gómez Moreno (1927: 27; vid. Benito et alii 1987), y en un promontorio rocoso del Teso de San Cristóbal (Villarino de los Aires), desde el que se divisa el río Tormes, habiéndose sugerido también en el Teso de la Virgen del Castillo, no lejos de Pereña (Benito y Grande 1992: 73 ss). Su examen en estos casos ha de hacerse con prudencia, algunas rocas no tienen tal carácter y el contexto arqueológico resulta en ocasiones demasiado escueto, pero otros indicios sí parecen indiscutibles.

El santuario más conocido del área vettona asociado a un poblado prerromano es el de Ulaca, en Solosancho. Contaríamos en el oppidum abulense con la evidencia de un área sacra o nemeton en el sector noroccidental de la ciudad, relativamente apartada de las concentraciones de casas. Formarían parte de ésta las estructuras monumentales labradas en piedra del "altar de sacrificios" y la sauna ritual. El primero ofrece una estancia rectangular tallada en la roca (16 x 8 m.), asociada a una gran peña, en la que una doble escalera conduce a una plataforma con varias cavidades comunicadas entre sí (Martín Valls 1985: 116-117; Alvarez-Sanchís 1993a: 275, fig. 8). Existen además otras estructuras de compartimentación compleja, adyacentes al santuario en su lado oeste, cuya funcionalidad podría ser subsidiaria de la anterior. La sacralidad del monumento es posible establecerla a partir de una serie de paralelos, el mas conocido de los cuales es el santuario portugués de Panoias, asociado a inscripciones latinas que refieren sacrificios ceremoniales (Silva 1986: 300-302; Blázquez 1991: 39).

A 160 m. de distancia en línea recta se emplaza el monumento conocido como la "Fragua" (Gomez Moreno 1983: 20). Se trata de una construcción semihipogea de planta rectangular y 6,4 m. de longitud, dividida en tres habitaciones a modo de antecámara, cámara y horno. Tradicionalmente valorada como un horno metalúrgico, venimos proponiendo su uso termal, en relación con baños iniciáticos, a partir de los paralelos documentados en las saunas o "pedras formosas" de la Cultura Castreña del NO. (Almagro-Gorbea y Alvarez-Sanchís 1993; Alvarez-Sanchís 1993a: 275, figs. 8-10; Almagro-Gorbea 1994b). Estructuras de función semejante (Fig. \*) se conocen en la protohistoria europea de ámbito atlántico, nórdico y céltico, así como en el mundo grecorromano (Barfield y Hodder 1987). Su asociación al agua, al vapor y al fuego en lugares

hipogeos, así como un conocido texto de Estrabón (3,3,6) alusivo al desarrollo de estas actividades entre las poblaciones del Duero, podrían relacionarlo con ritos de iniciación de cofradías de guerreros, acorde al substrato ideológico y cultural del mundo lusitano-galaico (García Fernández-Albalat 1990; Almagro-Gorbea 1992). El reciente hallazgo de un recinto murado de 32 x 24 m., anexo a la sauna y con su correspondiente acceso, avala todavía más la monumentalidad de la estructura.

Otra obra destaca por su interés, conocida como "la Iglesia" (Lantier y Breuil 1930: 212-213; Posac 1953: 66; Gómez Moreno 1983: 20). Se trata de un edificio de gran aparejo y planta subrectangular (14 x 10 m.), delimitado por un recinto murado (70 x 48 m.) con doble paramento de grandes piedras y asociado a otras dos estancias. Podría haber servido de atalaya defensiva dada su posición estratégica, al controlar desde la vaguada sur de la ciudad una gran extensión del área habitada, pero la ausencia de excavación impide una interpretación más precisa, habiéndose sugerido también un uso público (Lantier y Breuil 1930: 213). En las proximidades se localizan otras construcciones ciclópeas y a escasos metros del lugar, siguiendo la pendiente, una gran fuente. Este último dato puede ser interesante en relación a la organización del espacio y al posible uso de agua lustral en los ritos de tradición céltica (Almagro-Gorbea y Gran-Aymerich 1991: 218-225). Quedaría así abierta la posibilidad de que existiera una divinidad de las aguas relacionada con la población del oppidum. Este mismo carácter podría servir para valorar (1) el edificio monumental, en uno de los puntos centrales de la ciudad, (2) la sauna, a escasos 250 m. al NE., y (3) el altar rupestre. Este último tampoco es excluyente, dada su posición, con la idea del culto solar, ya que uno y otro aparecen íntimamente ligados en la religión céltica (Green 1986: 70). En todo caso, esta arquitectura pública monumental de los siglos II y I a.C. es muy interesante pues haría referencia a un ámbito sacro-político bien definido topográficamente, relacionado con los fundamentos ideológicos de la ciudad<sup>130</sup>, concepción que por otro lado ha forjado la interpretación de los santuarios conocidos en los oppida galos y centroeuropeos (Schubert 1983; Brunaux 1988: \*; Almagro-Gorbea y

---

<sup>130</sup> En relación con esta problemática hay que destacar el reciente hallazgo, durante las campañas de prospección que venimos efectuando, de una cavidad o cueva bajo el oppidum, en las estribaciones de la ladera norte y casi en la vertical del sector citado. Todavía en fase de estudio, cabría especular con una divinidad de función ctónica vinculada al emplazamiento y por tanto acorde con la estructura "urbana" y religiosa de la ciudad. La coincidencia de todos estos elementos, que designan una misma área, podría relacionarse con el concepto de Mundus. Para una valoración general de la cosmología celta y sus paralelos clásicos, a la luz del hallazgo del estanque monumental de Bibracte, véase el lúcido trabajo de Almagro-Gorbea y Gran-Aymerich (1991: 222 ss.).

Gran-Aymerich 1991: 190-229).

**4.2.3. Cercados de ganado.** La estabulación del ganado, que podría estar relegada a una clase servil (Blázquez 1978: 105), se ha relacionado, además de su protección, con el aumento del comercio de animales vivos, las pieles, los cueros y otros productos análogos (Wells 1988: 157). Identificados tradicionalmente en los castros de Las Cogotas y La Mesa de Miranda (Cabré 1930: 20 y 39; Cabré *et alii* 1950: 17), se han sugerido también para Sanchorreja, Ulaca, El Picón de la Mora, Botija y El Raso de Candeleda (Maluquer 1958a: 25; Molinero 1958: 31; Martín Valls 1971b: 130-131; Hernández Hernández *et alii* 1989: 135; Fernández Gómez 1986: 40, 501-502)<sup>131</sup>. Los nuevos datos procedentes de las excavaciones de Las Cogotas no invalidan la hipótesis del recinto fortificado como encerradero de ganado, pero en conjunto la organización de estos espacios debió ser mucho más compleja de lo hasta ahora supuesto (Mariné y Ruiz Zapatero 1988: 51; Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995). Diversos sondeos en el interior del yacimiento abulense pusieron sin embargo de manifiesto la existencia de áreas no edificadas. Estos sectores conllevan un encarecimiento de los costes, al aumentar el perímetro de los recintos amurallados, lo que implica una planificación previa que justifique semejante inversión (San Miguel 1993). Una posibilidad no excluyente sería entonces la del cercado para el ganado, sobre todo en sociedades de fuerte componente pastoral como la vettona, función que por otro lado también se ha querido relacionar a partir del hallazgo de esculturas de verracos en el interior de estos recintos (Cabré 1930: 40; Molinero 1933: 427; Cabré *et alii* 1950: 17, 33-34).

La identificación de cercos de madera sigue estando muy condicionada por las características generales de nuestra región, pero las evidencias arqueológicas sobre su existencia en la Europa templada son contundentes (Härke 1982: 200). Otra alternativa serían los cercados de piedra. Recuérdese en este sentido que la zona septentrional del castro del Raso, la más protegida pues se localiza entre las murallas y la Sierra, ofrece dos grandes recintos delimitados por varios muros que su excavador ha sugerido encerraderos (Fernández Gómez 1986: 40). Común en

---

<sup>131</sup> Las condiciones topográficas del *oppidum* de Salamanca, dos cerros separados por una vaguada, podría evidenciar el uso de esta última como encerradero de ganado, evitando así la necesidad de construir un cercado o recinto destinado a ese fin (Maluquer 1951: 72 y 1956a: 97), atribución que vendría refrendada por la cercana presencia del famoso toro de piedra (Martín Valls *et alii* 1991: 153-155).



las casas del Raso es tener también una especie de corral delante de las viviendas, cercado por piedras alineadas, que pudo servir para tener recogido el ganado menor (*id.* 1986: 487). En Las Cogotas, en la esquina interna de la entrada alta del segundo recinto, arranca un cerco de grandes lajas protegiendo la parte occidental del perímetro amurallado (Cabré 1930: 32) cuyo uso pudo estar supeditado a la guarda colectiva de los animales. Esta hipótesis permitiría comprender mejor (1) sus dimensiones reducidas, aunque razonables para la función encomendada, (2) la topografía ligeramente accidentada del lugar, poco apropiada para las viviendas pero suficiente para albergar cómodamente a las reses, y (3) la fácil defensa del sector<sup>132</sup>.

**4.2.4. Basureros y Cenizales.** Son extensas áreas formadas por acumulaciones de tierra repletas de huesos, escorias, adobes y cerámicas. Se disponen casi siempre en áreas adyacentes a los poblados o en las inmediaciones de los mismos, y a pesar de la potencia que presentan, las acumulaciones ofrecen una deposición relativamente rápida en el tiempo (Sacristán 1986: 149-151)<sup>133</sup>. Su existencia en asentamientos vettones y vacceos a partir de los siglos III-II a.C., bien evidenciados en Las Cogotas, Ulaca, Salamanca, Las Merchanas, Toro, Simancas, Cuéllar, Castrojeriz, Roa, Soto de Medinilla o Padilla, los convierte sin lugar a dudas en un rasgo diferencial del poblamiento de tipo *oppidum* en la Cuenca del Duero (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995: 220-222; Posac 1953: 67; Martín Valls *et alii* 1991: 143; Maluquer 1968: 114-116; Martín Valls y Delibes 1977: 309; Wattenberg 1978; Barrio 1986-87: 169; Abásolo *et alii* 1983; Sacristán 1986: 149-154; Escudero 1988; San Miguel 1993: 38).

Existe una relación entre el nivel de desarrollo alcanzado por las comunidades indígenas y estos espacios de uso público, pero falta aún por concretar la naturaleza y el significado del citado vínculo. Las evidencias

---

<sup>132</sup> El único punto viable para acceder a su interior se encuentra situado junto a la entrada alta y muy cerca de las principales defensas del castro. El control de los animales resulta así más fácil para los pobladores, evitando posibles pérdidas o robos; en efecto, cualquier otra alternativa estaría obligada a superar un perímetro doble, el de uno de los recintos y el que forma el propio cercado de piedra, con las dificultades que ello conlleva. También hemos creído detectar cercados en áreas extramuros del poblado, de alguna manera equivalentes a los "pastoral enclosures" británicos (Cunliffe 1974).

<sup>133</sup> Lo que no excluye la presencia anacrónica de otros elementos. El sondeo de uno de los basureros del segundo recinto murado de Las Cogotas permitió delimitar una estratigrafía de casi tres metros. A falta de un estudio definitivo de los materiales, la impresión que se obtiene es que éstos se encuentran mezclados, aunque abundan sobre todo los materiales celtibéricos de la etapa plena e inmediatamente anteriores a la romanización.

arqueológicas permiten plantear al menos dos posibles explicaciones:

(1) Un depósito destinado al vertido de materiales procedentes de obras de derribo y desescombro. Justificaría tanto la acumulación de adobes y cascotes de algunos cenizales vacceos como la eventual mezcla de materiales, al afectar a los niveles inferiores de las viviendas (Sacristán 1986: 151; Sacristán *et alii* 1995: 349-350). La abundancia de materiales que se plasma en los vertederos parecen testimoniar una actividad que va más allá de las reparaciones puntuales de las viviendas. Se podría hablar de reformas urbanísticas más ambiciosas, que en última instancia reflejan la adaptación de los oppida a la concentración de la población que opera en estos tiempos (San Miguel 1993: 39). Un examen detenido de los poblados meseteños permite, sin embargo, observar que más allá de las labores industriales existen otros rasgos diferenciales, siendo muy diversas las circunstancias que han podido intervenir en su formación.

En algunos yacimientos de la cuenca - Simancas, Soto de Medinilla - se detectan materiales celtibéricos en áreas muy bien definidas e inmediatas al núcleo principal, pero no hay constancia de restos de estructuras (San Miguel 1993: 40). El segundo recinto de Las Cogotas, asociado a un gran basurero, tampoco parece que estuviera destinado en gran parte a albergar casas. Las más cercanas se localizan al norte del camino pavimentado que atraviesa el recinto, donde sí se obtuvieron evidencias suficientes de viviendas escalonadas (Cabré 1930: 38; Mariné y Ruiz Zapatero 1988: 51-53). La distancia a los vertidos es demasiado amplia para el traslado teórico de escombros, material que tampoco es el predominante. Parece, por tanto, que algunos depósitos no sirvieron para desechar restos de construcción, o al menos no sólo para eso.

(2) Desechos producidos por el establecimiento temporal de ferias o mercados, al estilo de las ferias medievales (Duby 1968), que concentrarían en las inmediaciones a hombres y mujeres con sus ganados y otros productos. La posibilidad de estos contactos, emplazados razonablemente en la periferia de los grandes centros, serían un acicate más a la hora de producir excedentes alimenticios e industriales con vistas al intercambio. A partir de las excavaciones del oppidum de Manching, Wells (1988: 152-153) defiende que semejantes reuniones contribuirían a esparcir restos de comida y otros detritus, incluyendo

cerámica rota y huesos de animales. "Toda la gente en la feria come, bebe y duerme en sus barracas y tiendas; y las mencionadas barracas están entremezcladas con las tabernas, lecherías, casas de bebidas, casas de comidas, cocinas, etc., todo ello también en tiendas; y tantos carniceros y descuartizadores de todo el territorio circundante vienen....". La descripción de Daniel Defoe acerca de la feria de Sturbridge, en Inglaterra, en 1723, señalando la población flotante que acudía de los alrededores o las tiendas que se levantaban durante el tiempo que duraba el mercado, reflejaría la importancia social y económica del acontecimiento (Wells 1988: 152).

La gran acumulación de huesos documentados en uno de los cenizales de Las Cogotas podría apuntar en este sentido (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995: 222), máxime si se tiene en cuenta la localización topográfica de estos depósitos, en una de las zonas llanas y protegidas del yacimiento. En algunos de los sondeos anexos localizamos hogares y acúñamientos de postes que sugieren estructuras ligeras y no de larga y continuada ocupación que apoyarían esta idea. Los vertederos extremeños también muestran una amplia documentación osteológica (Redondo y Esteban Ortega 1992-93: 171), mientras en La Mesa de Miranda, en su tercer recinto, apenas existen vestigios de hábitat en superficie (Cabré *et alii* 1950: 17). Desde luego la economía fundamentalmente ganadera de la región no hace descabellada la posibilidad de mercados de ganado o reuniones de la población de la comarca para transacciones y esparcimiento<sup>134</sup>. Incluso, la documentación medieval puede ser otro buen punto de referencia. Las ferias de ganado y mercados medievales de Avila y el valle de Amblés se remontan al siglo XI, versión actual de una tradición que ha podido desarrollarse desde fines de la Edad del Hierro en las zonas más densamente habitadas<sup>135</sup>. También Wells

---

<sup>134</sup> Las excavaciones en el circo romano de Toletum, sito en un espacio natural considerable, han corroborado que el lugar estaba previamente ocupado con una funcionalidad distinta, tal vez un mercado en las afueras del núcleo carpetano y junto a la vía romana. Sánchez Palencia y Sáinz Pascual señalan el interés de este dato, a la vista de los nexos que se establecen entre el origen de los juegos en el mundo clásico y los mercados junto a ciudades (cit. en Plácido *et alii* 1992: 268), lo que nos reafirma en el uso lúdico y a la vez público que pudieron desempeñar en parte estos arrabales.

<sup>135</sup> El comercio interior en Castilla durante la Edad Media estuvo desperdigado en diversos centros, excepto en los breves periodos de sus ferias anuales (Klein 1979: 58). Martín Carramolino (1872: 240-241) sitúa en el año 1093 la existencia en Avila de dos mercados semanales. Idéntica fecha refiere Larruga (1792: 10-11) mencionando además dos ferias anuales en Junio y Septiembre. Los mercados abulenses siguieron localizándose, varios siglos después de los acontecimientos que aquí tratamos, en el valle de Amblés. Buena prueba de ello es que estos mercados no se extendieron a los núcleos rurales del norte hasta bien entrado el siglo XII (VV.AA. 1985: 21). Desde el siglo XIV eran conocidas por su gran notoriedad las ferias ganaderas de Avila, Salamanca, Toledo y Toro (Sánchez Belda 1983: 17), la primera a extramuros de la ciudad (Moreno Núñez 1992: 196). Sobre las ferias de Castilla, véase también el excelente trabajo de Ladero (1982).

(1988: 153), siguiendo a Krämer (1958: 197), valora la supervivencia hasta nuestros días de una feria y un mercado de ganado anual a 3 Km. del oppidum de Manching, cuyo desarrollo podría remontarse a la época de este último.

**4.2.5. Areas de actividad industrial.** Se encuentran representados en nuestros oppida un amplio muestrario de herramientas de hierro de muy diversa tipología (Cabré 1930: 98-103, láms. LXXIV-LXXIX; Fernández Gómez 1986: 454 ss.; Fernández Gómez y López 1990: figs. 10-11; Hernández Hernández et alii 1986-87 y 1989: 131, figs. 62-63)<sup>136</sup>, donde algunas piezas recaban nuestra atención: hachas, azuelas, picos, cinceles, gubias, formones, sierras, hoces, legonas, agujas, tranchetes, clavos, pinzas, punzones, martillos, barrenas....., elementos que avalan la consolidación de actividades especializadas en general. Incluyen instrumental de herreros, carpinteros, leñadores, alfareros, agricultores, canteros, del trabajo de la piel y de las fibras textiles. Si está fuera de toda duda una mayor eficacia en la producción artesanal, es más que probable que ésta se llevara a cabo en sectores específicos de los poblados.

En el equipamiento interior de las viviendas las piedras de molino y las pesas de telar delatarían una actividad doméstica complementaria (Cabré 1930: 38, 83-85; Fernández Gómez 1986: 474)<sup>137</sup>. No se han documentado silos excavados en el suelo, lo que puede explicarse por las características graníticas de los castros (Fernández Gómez 1986: 492). El almacenaje pudo realizarse en grandes vasijas de provisiones pero tampoco descartaría idéntica función para algunas estructuras de piedra no compartimentadas. La variedad de instrumental especializado sugiere por otro lado el desarrollo de talleres para la forja del hierro, aunque hay que reconocer que prácticamente no sabemos nada sobre su situación en los oppida así como las funcionalidades de los diversos tipos<sup>138</sup>. La documentación

---

<sup>136</sup> Análogamente, para las poblaciones celtibéricas, véase Taracena (1929: 35-36, 48, figs. 23 y 26), Manrique (1980) y Barril (1992).

<sup>137</sup> Abundantes restos de trigo carbonizado se descubrieron en el interior de las viviendas de Las Cogotas y también en las afueras (Cabré 1930: 98-99).

<sup>138</sup> Maluquer (1968: 110 ss., fig. 3) refiere el hallazgo de una vivienda en el castro de Las Merchanas (Lumbrerales), a escasos metros de la muralla, con una especie de horno de planta ultrasemicircular pero de difícil interpretación y con materiales poco concluyentes. Moldes de fundición y desechos de forja se conocen en una de las viviendas de La Coraja, en una estancia interpretada como herrería (Esteban Ortega 1993: 63), aunque la ubicación de esta estructura "doméstica" y otras anexas en el asentamiento no está bien explicitada. Asimismo, una importante actividad metalúrgica se viene detectando en otros castros extremeños, El Pardo, en Trujillo, Castillo de Boxe, en Almaraz, y Sansueña, en Arroyo de la Luz

arqueológica sí nos muestra en cambio la existencia de otras actividades:

- La uniformidad que presenta la cerámica induce a suponer que era fabricada por unos artesanos especializados y no individualmente, hecho bien corroborado en los **alfares industriales**. En los últimos años se han documentado diversos talleres - Roa, Coca, Padilla de Duero, Las Cogotas - que permiten suponer una actividad común en los centros de población a finales de la Edad del Hierro (Sacristán 1986: 155-156; Blanco García 1992; Escudero y Sanz Mínguez 1993; Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995). La pauta general consiste en ubicar este sector artesanal en las márgenes o bien fuera del asentamiento (Sacristán *et alii* 1995: 350).

El alfar de Las Cogotas incluye un extenso complejo de dependencias y hornos de cerámica que ocupan más de 300 m<sup>2</sup>, junto a la muralla del segundo recinto. Los hornos son de tipo sencillo de una sóla cámara y anexo al taller existe una gran dependencia que debió servir de almacén de productos acabados y como secadero de adobes. Lo que aquí nos interesa resaltar es que el taller de alfarería rebasa el ámbito de la producción doméstica y por sus dimensiones y la complejidad que implica su mantenimiento y su funcionamiento bien puede considerarse una actividad industrial a tiempo completo. Actividad que debió requerir especialistas, una producción estandarizada y muy probablemente una distribución de los productos cerámicos fuera del poblado<sup>139</sup>. La estratigrafía obtenida (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995: 221-222) también es importante porque aunque el nivel de fundación de la muralla corresponde al nivel constructivo del alfar, la existencia de un cenizal que se encuentra debajo de la muralla demuestra que con anterioridad al emplazamiento del taller cerámico y de las defensas ya se estaban desarrollando actividades colectivas en esa zona, a extramuros de la acrópoli<sup>140</sup>. Lo interesante es comprobar la toma de decisión

---

(Redondo y Esteban Ortega 1992-93: 172).

<sup>139</sup> La existencia de este complejo ayuda a entender el camino enlosado que atraviesa el recinto, que permitiría la circulación de carros para la distribución de los productos cerámicos. Por otra parte, tenemos en curso un minucioso estudio del grado de estandarización de las cerámicas así como el análisis de pastas cerámicas del alfar y de otros hábitats del entorno.

<sup>140</sup> Si esta clase de observaciones se repitiese regularmente, tendríamos un punto de referencia a la hora de valorar teóricos espacios de uso colectivo (alfares, basureros, mercados, talleres) en áreas extramuros de otros yacimientos análogos de la región, pero poco expresivos en materiales de superficie. Podrían considerarse por ejemplo algunos castros salmantinos y extremeños, como el Teso del Castillo, en Pereña (Inv. Arqu. Prov. de Salamanca), ocupando dos cerros aunque sólo uno

para establecer una serie de actividades especializadas e incluirlas en el recinto murado. Una intencionalidad de organizar una zonación dentro del asentamiento.

- El **secadero de adobes** anexo al alfar ofrecía un conjunto de piezas dispuestas regularmente en el suelo y confeccionadas todas a caja (40 x 20 x 10 cm.). De la mención de este dato se deduce no sólo la especificidad del sector, sino también la posible existencia de un módulo teórico que razonablemente pudo aplicarse en la arquitectura de los oppida. El dato parece firme si tenemos en cuenta que una de las viviendas exhumadas en el Teso de las Catedrales, en la capital salmantina, conservaba una pared de adobes cocidos de dimensiones estandarizadas, en torno a 42 x 12 x 10 cm. (Martín Valls *et alii* 1991: 155). Las medidas también son uniformes en otras piezas documentadas en los poblados de la Cuenca del Duero y del Tajo. Repasemos los más importantes: 47 x 25 x 7 cm. muestran los adobes de la construcción circular de Fuente el Saz del Jarama (Blasco y Alonso 1986-87: 162), 45 x 35 x 14 cm. en La Coraja (Redondo y Esteban Ortega 1992-93: 168), 40/45 x 12 x 7 cm. tienen algunas viviendas de Roa (Sacristán de Lama 1986: 147), 47 x 20 x 8 cm. en Coca (Blanco García 1992: 37) y 47 x 20 x 10 cm. en Padilla de Duero (Gómez y Sanz Mínguez 1993: 340). Incluso, estas medidas reclaman otros paralelos en la zona más oriental de la Meseta, por ejemplo en Langa de Duero, con 46 x 27 x 10 cm. (Taracena 1929: 34 y 36) y en la estructura de adobes de la necrópolis de Cabezo de Ballesteros (Epila), con un módulo estable de 40 x 20 x 18 cm. (Pérez Casas 1990: 117).

Todas las longitudes de las piezas responden a una unidad de medida que oscila entre los 40 y 47 cm.. Un referente cercano sería el codo galo, cuyo valor se ha calculado en ca. 44,52 cm. (Nowotny 1931: 273; Almagro-Gorbea y Gran Aymerich 1991: 186-187). Ahora bien, esta equivalencia no resuelve el problema del origen de la unidad meseteña, que además no es exacta. Sí es posible precisar algo más. Un rasgo interesante lo constituye el hallazgo de adobes de 40 x 25 x 20 cm. en el nivel de ocupación más antiguo de La Mota, cuya fechación podría llevarse al siglo VII a.C. (Seco y Treceño 1993: 139) o bien a la octava centuria en cronología calibrada (Ruiz-Gálvez 1995b: 82). También parece que en los niveles inferiores de Soto de Medinilla se utilizaron adobes de tamaños similares al empleado en el yacimiento matritense de Fuente el Saz, de 47 cm. de longitud

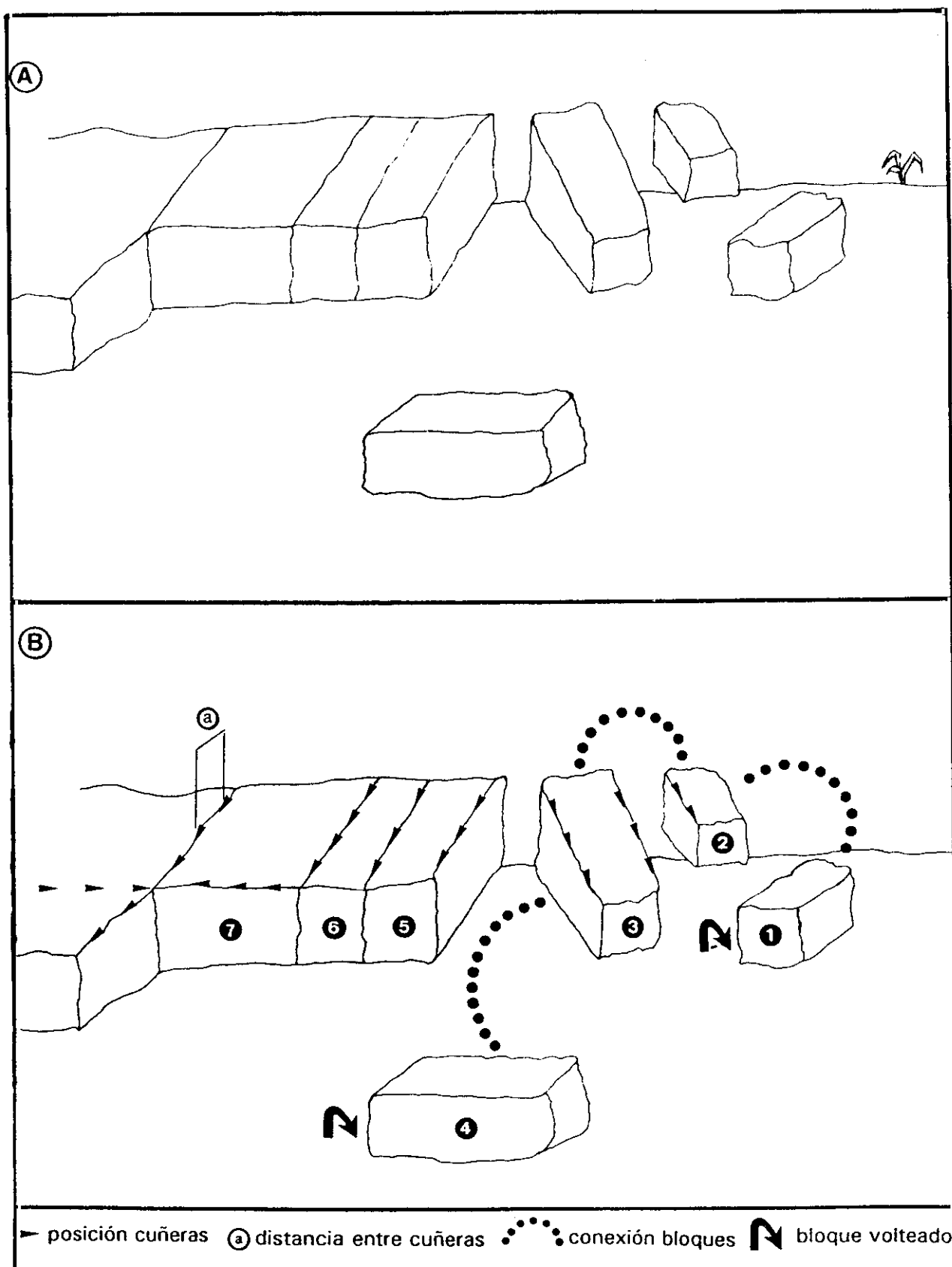


Fig. 32. Croquis de una de las canteras de Ulaca

(Blasco y Alonso 1986-87: 162). Tendría así más sentido relacionar esta medida con el codo de 45,6 cm. usado en el monumento orientalizador de Pozo Moro (Almagro-Gorbea 1983: 225, n. 296), que correspondería a su vez al codo sirio-fenicio de 44,7 cm. (Büsing 1982: f.1) y que, en última instancia, demostraría su introducción en el occidente mediterráneo en relación a la colonización fenicia (Almagro-Gorbea y Gran-Aymerich 1991: 190). Las dimensiones no son estrictamente las mismas, pero esta documentación podría considerarse válida para sugerir la introducción de un módulo teórico en tierras del interior desde el ámbito orientalizador, que apenas si mostraría diferencias con las que se aplicaron siglos más tarde en las propias viviendas de los oppida.

- En Ulaca poseemos seguras evidencias de la existencia de **canteras**, localizadas en el sector Oeste y en la esquina SO. del recinto principal. Las planchas de granito se aprovecharon siguiendo las vetas naturales, rompiendo con cuñas bloques de dimensiones más o menos regulares que seguidamente eran troceados en otros más pequeños. Se han podido documentar diferentes fases del trabajo (Fig. \*): (a) los bloques sólo esbozados mediante los agujeros para trabajar con las cuñas en su extracción, (b) los bloques grandes todavía sin trocear y (c) los bloques terminados y no transportados. El tamaño de los bloques resultantes oscila entre los 60 y 120 cms. de longitud, dependiendo de la fase de elaboración. Los agujeros iniciales son visibles y definen líneas de cortado a intervalos de 28 y 36 cms. El acabado final que ostentan algunos bloques lleva desde luego a sugerir que todo el proceso de trabajo tenía lugar "in situ", para ser luego posteriormente trasladados.

La cantera del sector Oeste parece relacionada con la obtención de material constructivo para las viviendas y de hecho las dimensiones de los bloques se asemejan a las casas más próximas. La cantera del extremo SO del poblado, la más monumental, está relacionada con la elaboración de grandes sillares para la construcción del recinto fortificado, como avalan las medidas de los bloques respectivos y su proximidad a la muralla. La magnitud de los trabajos de cantería y la organización de especialistas a tiempo completo que la obra exige, así como la existencia de medidas modulares o la posibilidad de reconstruir integralmente el proceso de trabajo en un futuro estudio de Arqueología Cognitiva (Renfrew y



Zubrow 1994), confieren a este hallazgo un extraordinario interés<sup>141</sup>.

En resumen, creo que no existe un urbanismo regular en sentido estricto, pero sí es factible abordar su lectura desde una "lógica espacial". Del análisis de la distribución interna de algunos oppida vettones a finales de la Edad del Hierro se puede deducir una clara diferenciación por zonas en virtud de criterios topográficos, funcionales y jerárquicos. La correlación de los distintos sectores resulta impensable sin una infraestructura material y humana cualificada, en la que tendrían cabida aristócratas, sacerdotes y artesanos. Este modelo de ocupación marca un significativo contraste con los siglos precedentes y sugiere que algunos cerros fortificados cumplían importantes funciones de servicio para las comunidades de los alrededores, además de facilitar refugio y almacenamiento. Tentativamente, proponemos las siguientes funciones:

- (1) Barrios aristocráticos. Residencia de las casas de la élite en los sitios más altos y fortificados, la acrópoli, fácilmente accesibles y con óptima visibilidad.
- (2) Barrios residenciales. Ubicación de artesanos, agricultores y ganaderos en el resto de viviendas, y también fuera de las murallas, generalmente con equipos domésticos más pobres.
- (3) Barrios extramuros.
- (4) Areas de encerramiento de ganado.
- (5) Areas de servicios colectivos. Apartados del núcleo principal de viviendas o bien en los recintos limítrofes de la ciudad: alfares, talleres metalúrgicos, vertederos, canteras, etc.
- (6) Lugares de mercado y esparcimiento.

---

<sup>141</sup> Aún así, los trabajos relacionados con la extracción y labra de la piedra también se intuyen en pequeños roquedos graníticos anexos a determinadas casas, por lo que junto a la actividad artesana organizada y a gran escala de los sectores aludidos, hay que sumar actividades de menor índole y constreñidas al ámbito estrictamente doméstico.

(7) Lugares de culto. Que probablemente estarían constreñidos a la acrópoli de los oppida más importantes del territorio.

**4.3. El patrón de asentamiento regional.** El creciente proceso de centralización del poder produciría la subordinación de unos núcleos respecto a otros, dando la impresión de que los oppida se hubieran gestado a partir de unos cuantos núcleos especialmente seleccionados. Desde luego algunos parecen ocupar el centro de una red diferenciada de poblados. Que existan diferencias entre los diversos centros lleva a crear territorialidades de orden superior, cuya amplitud se aproximaría al concepto de "Lugar central". Ante la falta de prospecciones intensivas vamos a referirnos brevemente a unas áreas específicas donde la información es de relativa calidad. Estas áreas son el Valle de Amblés, el occidente de la provincia de Salamanca y el Valle medio del Tajo.

**4.3.1. El Valle de Amblés.** Formado por el curso alto del río Adaja en la provincia de Avila, dibuja un gran triángulo de unos 900 Km<sup>2</sup> de extensión, con los lados mayores limitados por la Sierra de Avila, La Serrota y la Sierra de la Paramera. El lado menor sería la apertura del valle, escasos km. al norte de la capital.

Como ya hemos comentado en alguna ocasión, los castros de la serranía se complementan con los pequeños establecimientos de fondo de valle, en torno al río, conocidos a partir de la Carta Arqueológica provincial por simples recogidas de materiales en superficie (Alvarez-Sanchís 1990a: 216 ss.). El Inventario se refiere en particular a la localización de cerámicas mayoritariamente a torno, rasgo que conviene con su ubicación temporal a finales de la Edad del Hierro. No sólo la ausencia de una defensa o recinto, sino también el tamaño, distingue a los asentamientos abiertos de los cerros fortificados contemporáneos. Ahora bien, es evidente que ignoramos la naturaleza exacta de los primeros; como en muchas otras áreas el interés se ha ceñido a los sitios grandes - los oppida - por resultar más rentables en términos de investigación arqueológica. El viejo paradigma de la "arqueología de sitio" ha impedido aproximaciones a los patrones de poblamiento en marcos regionales (Crumley 1974) o "microregiones" (Kuna 1993). En cualquier caso, una aproximación a su diferencia con los centros mayores considerados

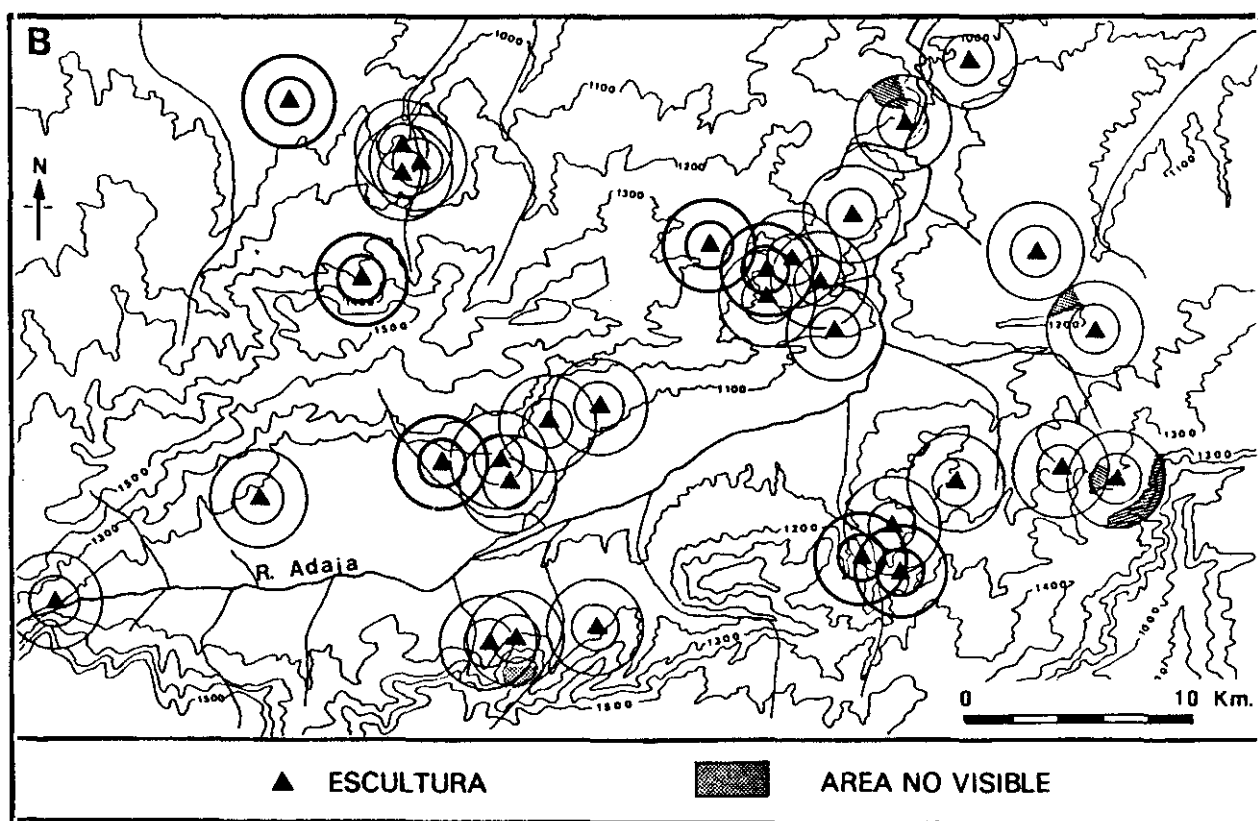
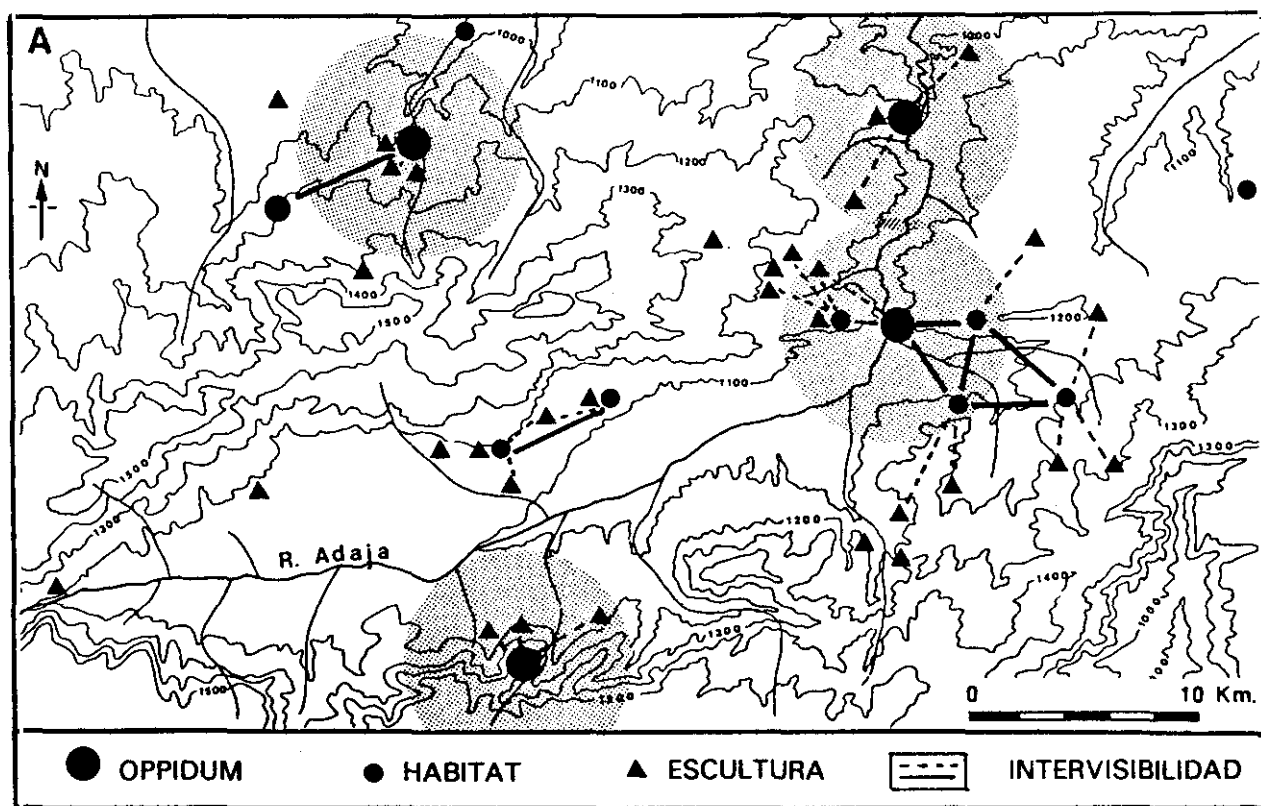


Fig. 33. Poblamiento del Valle de Ambles en el Hierro Final.

puede establecerse a partir de tres tipos de evidencia:

(1) las distancias medias y las comunicaciones ópticas entre los poblados, que sugieren diferencias en el patrón de asentamiento (Fig. \*). Las primeras son relativamente rápidas en los establecimientos del llano, en torno a los 5000 m.. Otro tanto sugiere la intervisibilidad, acentuada por las condiciones topográficas de la vega. Tal hecho es poco común en los oppida, con distancias siempre mayores a la media y un interés por el control conjunto del territorio en lugar de mantener estrechas relaciones ópticas con otros emplazamientos.

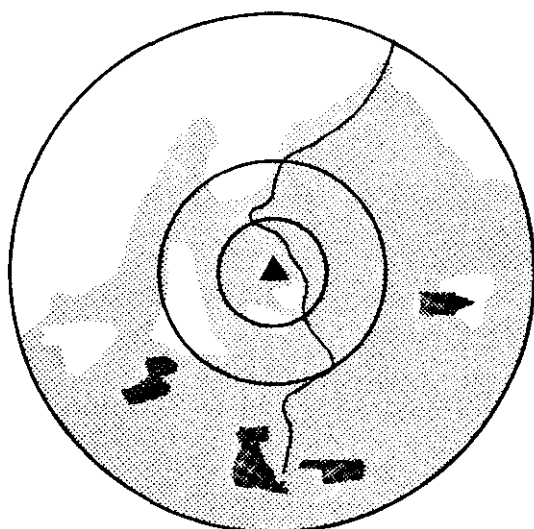
(2) el análisis del territorio de explotación (Site Catchment Analysis), que en los sitios pequeños revela una fuerte orientación agrícola, entre el 60-80% en un radio de 2 Km., pues se emplazan en el fondo del valle con ricos suelos aluviales o cerca del límite de las dehesas (Alvarez-Sanchís 1990a: 218-220). Los territorios de explotación de los oppida revelan por el contrario una orientación ganadera (Fig. \*)<sup>142</sup>, si se atiende además a la calidad de sus suelos y a los aún densos mantos de encinas. En Las Cogotas el pastizal es casi absoluto en el anillo inmediato (1000 m.)<sup>143</sup> y en La Mesa de Miranda se aproxima al 80%. La posición dominante de Ulaca respecto al valle, con las altas cumbres a su espalda, determina una relativa proporción de suelo arable, que a pesar de todo no rebasa el 26%. Y eso, sólo considerando el área periférica de captación.

(3) las funciones de los oppida y los pequeños asentamientos (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995: 229-230). Los primeros se individualizan porque: (1) desarrollaron una variedad de actividades industriales, en una escala que podría calificarse de "concentración y especialización artesanal", bien documentado en el alfar de Las Cogotas y la cantera de Ulaca, (2) estuvieron implicados en redes de intercambio y comercio supraregionales, como evidencian las decoraciones cerámicas o las armas de las necrópolis, (3) estuvieron fuertemente fortificados y

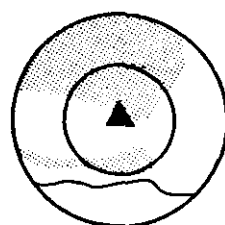
---

<sup>142</sup> Adoptamos un módulo concéntrico de 5 Km./1 hora para los poblados fortificados y otro más pequeño, de 2 Km., para las aldeas del llano. En los primeros, dada la similitud de aprovechamientos que ostentan los territorios de explotación, no parece exagerado asumir un modelo radial de estas características. En los yacimientos abiertos, teniendo en cuenta la horizontalidad del terreno, no parecen apreciarse distorsiones topográficas importantes (Alvarez-Sanchís 1990a: 218).

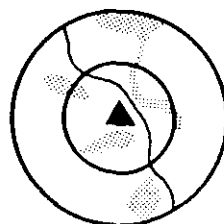
<sup>143</sup> Un trabajo más exhaustivo sobre el área de captación de este yacimiento, discriminando los usos potenciales del suelo en Arable, Pastizal, Bosque y Matorral, y valorando la distorsión topográfica, puede consultarse en Alonso (1995).



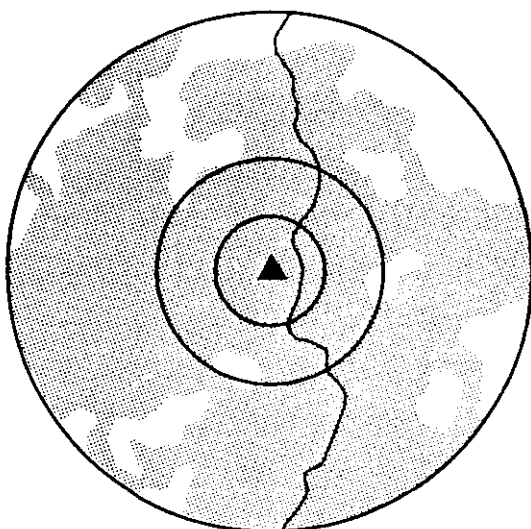
LA MESA DE MIRANDA



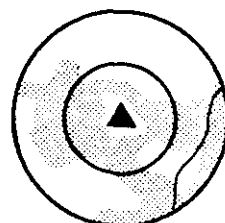
MUÑO GALINDO



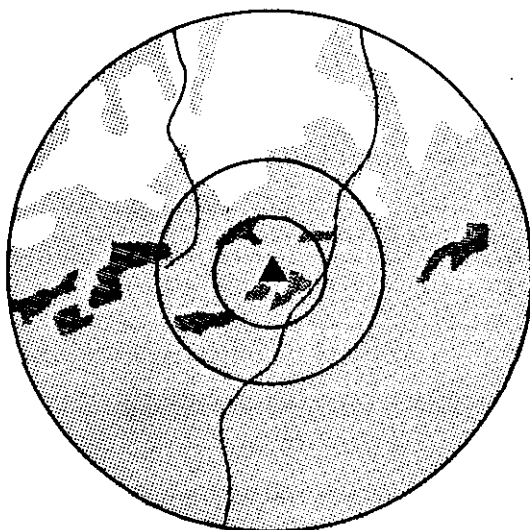
PADIERNOS



LAS COGOTAS



ERMITA DE SONSOLES



ULACA

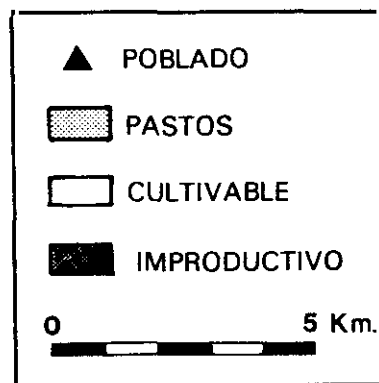


Fig. 34. Caracterización económica de los territorios de explotación.

Castros y poblados abiertos del valle de Amblés.

(4) construyeron - en el caso de Ulaca - estructuras monumentales de función cultural. Estos rasgos contrastan con las deducciones que permiten los pequeños asentamientos del llano, básicamente dedicados a las tareas agrícolas, con una producción limitada de artesanías, sin evidencias de contactos a larga distancia y sin estructuras defensivas y religiosas. El despegue de alguno de estos sitios podría relacionarse con la explotación y distribución de la sal. Algunos topónimos cercanos a la vega, como Salobral y Salobrelejo, podrían evidenciar la existencia de manantiales de aguas salinosas<sup>144</sup>. Cubren zonas bajas del valle sometidas a fenómenos endorreicos en las que se han ido acumulando sales de calcio y sodio. No obstante, todas estas consideraciones deben tomarse con la debida reserva en espera de nuevos trabajos de prospección sistemática.

Un último aspecto a considerar en el patrón de poblamiento comarcal son las esculturas zoomorfas en piedra, los característicos "verracos". Hasta ahora se pensaba que podían tener un valor mágico de protección de los ganados (Cabré 1930: 40) o ser monumentos funerarios porque se conocen algunas piezas con inscripciones latinas de ese carácter (López Monteagudo 1989: 125-138) y otras que han formado parte de un tipo especial de enterramiento (Martín Valls y Pérez Herrero 1976). En una revisión reciente proponíamos una explicación distinta pero a la vez complementaria, que pienso se ajusta mejor a las evidencias y tiene sentido dentro del modelo de poblamiento regional (Alvarez-Sanchis 1990a y 1994).

El tema es suficientemente rico y complejo como para merecer que le hayamos reservado un apartado independiente (cap.\*). De momento, ya nos parece interesante constatar que una parte considerable de estas esculturas carece de un contexto arqueológico preciso, más de un 70% se localiza a 2000/4000 m. de distancia de los poblados y el 90% en suelos metamórficos de aprovechamiento ganadero. Por eso hemos pensado que la inversión de trabajo que supone la labra de estas piezas tendría más sentido si con ello se establecían hitos en el paisaje para señalar recursos específicos: los pastos de invierno. Esta propuesta de los verracos como delimitadores de áreas de propiedad o usufructo de recursos se

---

<sup>144</sup> Entre los Bienes de propiedad municipal que tenía la Hacienda del Consejo de Avila para atender los servicios de su competencia, se encuentra el impuesto de la sal, como se desprende del ejercicio económico del año 1490 (Moreno 1992: 179-180).

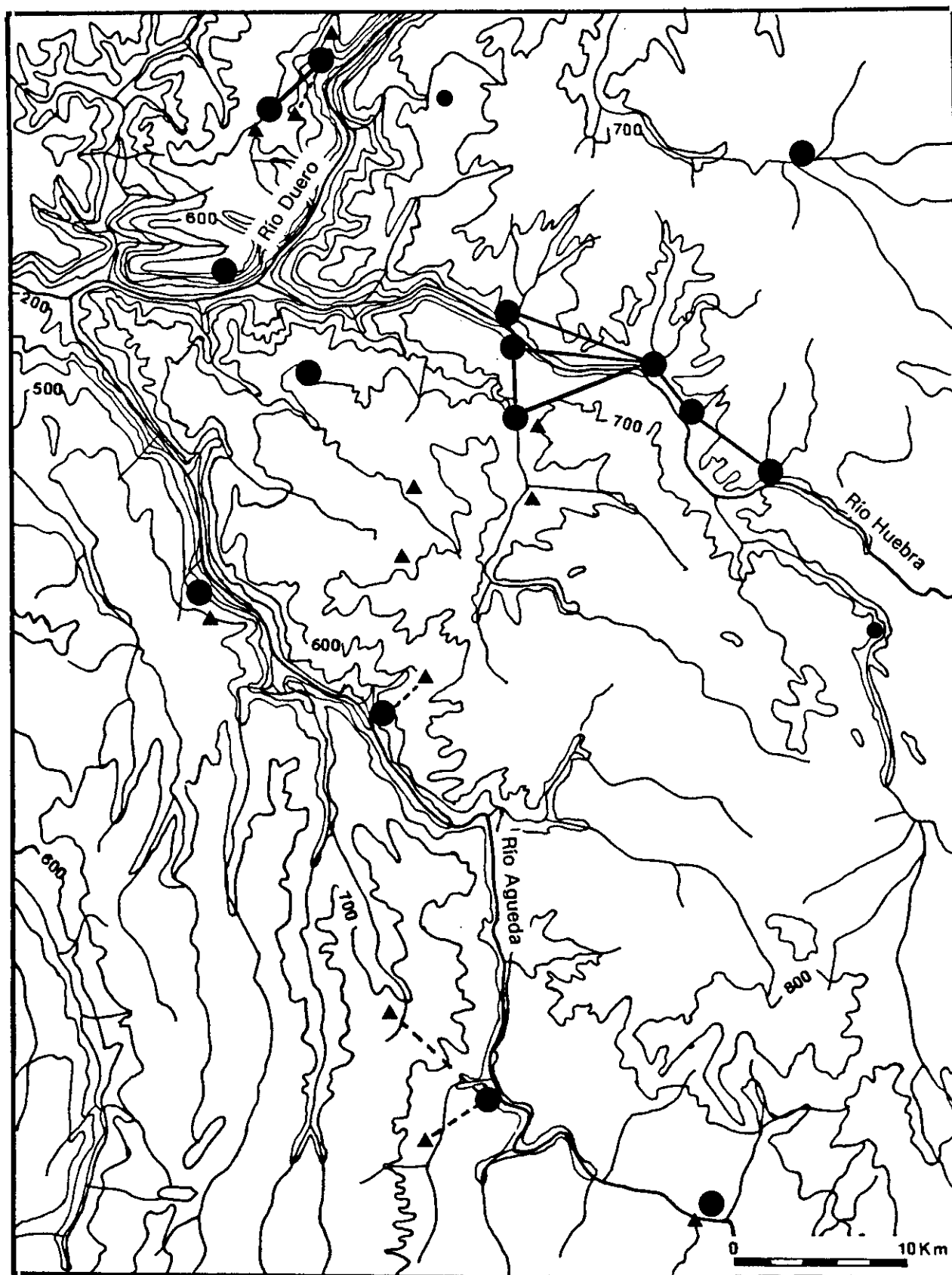


Fig. 35. Comunicaciones ópticas en los castros del occidente de la provincia de Salamanca.

corresponde muy bien con la sociedad de clásica estructura piramidal que vemos en las necrópolis de Las Cogotas y La Mesa de Miranda (Martín Vallis 1985: 122-123 y 1986-87: 75-78; Castro 1986; Kurtz 1987; Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchis 1995: 222-232), con una aristocracia que probablemente basaba su riqueza en la posesión de cabezas de ganado mayor.

Esta interpretación refuerza asimismo el patrón de poblamiento jerarquizado del Valle. Las esculturas, cerca de los principales núcleos de población y junto de los límites teóricos ofrecidos por los polígonos Thiessen (Fig. \*), sugieren un control directo del territorio y los pastos ejercido desde los oppida - posiblemente también Avila/Obila en fechas más avanzadas (*vid. infra*) - aunque desconocemos el grado de dependencia y el papel que desempeñaron los pequeños hábitats del valle. Dentro de este dispositivo se podría defender un rango jerárquico de primer orden en Ulaca, teniendo en cuenta su tamaño - más de 60 Has. - y el santuario rupestre, cuya función cultural debió ser exclusiva en la comarca<sup>145</sup>.

**4.3.2. El occidente de Salamanca.** Una muy particular configuración puede intuirse en los castros que jalonan de norte a sur el reborde occidental salmantino, entre la confluencia del Tormes/Duero y el río Agueda.

Existe, en primer lugar, una parte considerable con superficies inferiores a las 10 Has.. El dato difiere poco de los castros zamoranos y en general del NO., donde los más numerosos miden entre 1 y 6 Has. (Esparza 1987: 239-240). Tal observación supone un fuerte contraste con los oppida abulenses del Ambles además de otros grandes núcleos distribuidos esporádicamente en puntos estratégicos de los valles del Tormes (Salamanca, Ledesma), Tiétar (El Raso, Cuesta de las Viñas, Cabeza del Oso) y Jerte (Villasviejas, en Casas del Castañar). Las cifras de estos últimos son variables - 15-60 Has. - y en ocasiones desmesuradas, pero su tamaño los acerca más a los poblados vacceos y carpetanos que a sus congéneres atlánticos (Almagro-Gorbea y Dávila 1995: 212-

---

<sup>145</sup> Su nombre antiguo, si es que alguna vez apareció reflejado en las fuentes, todavía no es posible identificar. Tal vez sea razonable suponer, dada su magnitud, que corresponda a alguna de las ciudades de la lista de Ptolomeo (2,5,7). Una posibilidad sería Okelon, topónimo de la ciudad que Roldán Hervás (1968-69: 90) sitúa en la zona de Béjar, habiéndose sugerido también para este núcleo el hábitat del cerro del Berrueco (Fabián 1986-87: 286). Más factible sería relacionar Ulaca con Deobriga, en el corazón del territorio vetón y con ello el reconocimiento de su importancia como núcleo fortificado y religioso, siendo objeto de la atención de Ptolomeo. De todos modos, se trata de lugares vettones hasta el momento desconocidos.



213).

Martín Valls (1971b: 129 y 1974-75: 283-286), citando algunos vestigios como las rampas de acceso en el Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores), las casas de planta circular del castro de Saldeana o la cabeza exenta de uno de los cuadrúpedos del poblado de San Mamede, en Villardiegua de la Ribera, valoraba las influencias del área cultural de los castros portugueses y del Noroeste sobre los territorios occidentales de Zamora y Salamanca. Desde un planteamiento general, se podría afirmar que los núcleos de población más allegados al ámbito atlántico - Lusitanos, Astures, Galaicos - ofrecen superficies pequeñas prácticamente hasta la romanización (Almagro-Gorbea 1994a: 37), rasgo que conviene a los castros vettones más occidentales, faltos también de vestigios funerarios. Esta atribución se vería nuevamente refrendada en los poblados de ribero del Tajo y el Almonte, al occidente de Cáceres, en zonas aisladas y pastoriles (Martín Bravo 1996: \*)<sup>146</sup>.

El modelo de ocupación vendría configurado, en segundo lugar, por el asiento de sus habitantes en núcleos poderosamente fortificados, junto a las vegas de los ríos (Maluquer 1956a: 27-28 y 1968; Martín Valls 1971a-b y 1973a), faltando de manera casi general los pequeños establecimientos de tipo aldea<sup>147</sup>. Los territorios de explotación ponen inmediatamente de relieve como los poblados están orientados hacia el aprovechamiento fácil de recursos ganaderos (Fig. \*); los suelos agrícolas escasean, con apenas un tercio de la superficie ocupada en el último anillo. La dispersión de los verracos aparece nuevamente asociada a un paisaje granítico de pastizales y encinares (89%). El número de estos emplazamientos conocidos en la comarca es mas bien escaso pero, como ocurre con sus homólogos abulenses, la mayoría (85%) se distribuye en la periferia de los poblados, en distancias inferiores a los 4000 m..

---

<sup>146</sup> Similar conclusión parece extraerse del registro arqueológico referido a los hábitats más meridionales de la Hispania Céltica, en la Baja Extremadura (Rodríguez Díaz 1989: 173) y en particular de la Beturia Céltica, e incluso se ha llegado a valorar una organización más similar como la que se infiere de las regiones montañosas del NO, frente a las que se deducen del poblamiento vettón (Berrocal-Rangel 1992: 283).

<sup>147</sup> Como hábitats no amurallados de la Edad del Hierro en la comarca podrían servirnos Las Cercas (Villavieja de Yeltes) y el Teso del Dinero (Cerezal de Peñahorcada), aunque los materiales a los que se refiere el Inventario Arqueológico provincial no son nada elocuentes. Con todo, existe un hábitat rural bastante impreciso y repartido por la provincia, conocido en trabajos de prospección y que se viene asociando sobre todo a un contexto romanizado, sin excluir en algunos casos una datación anterior (Salinas 1992-93: 179).

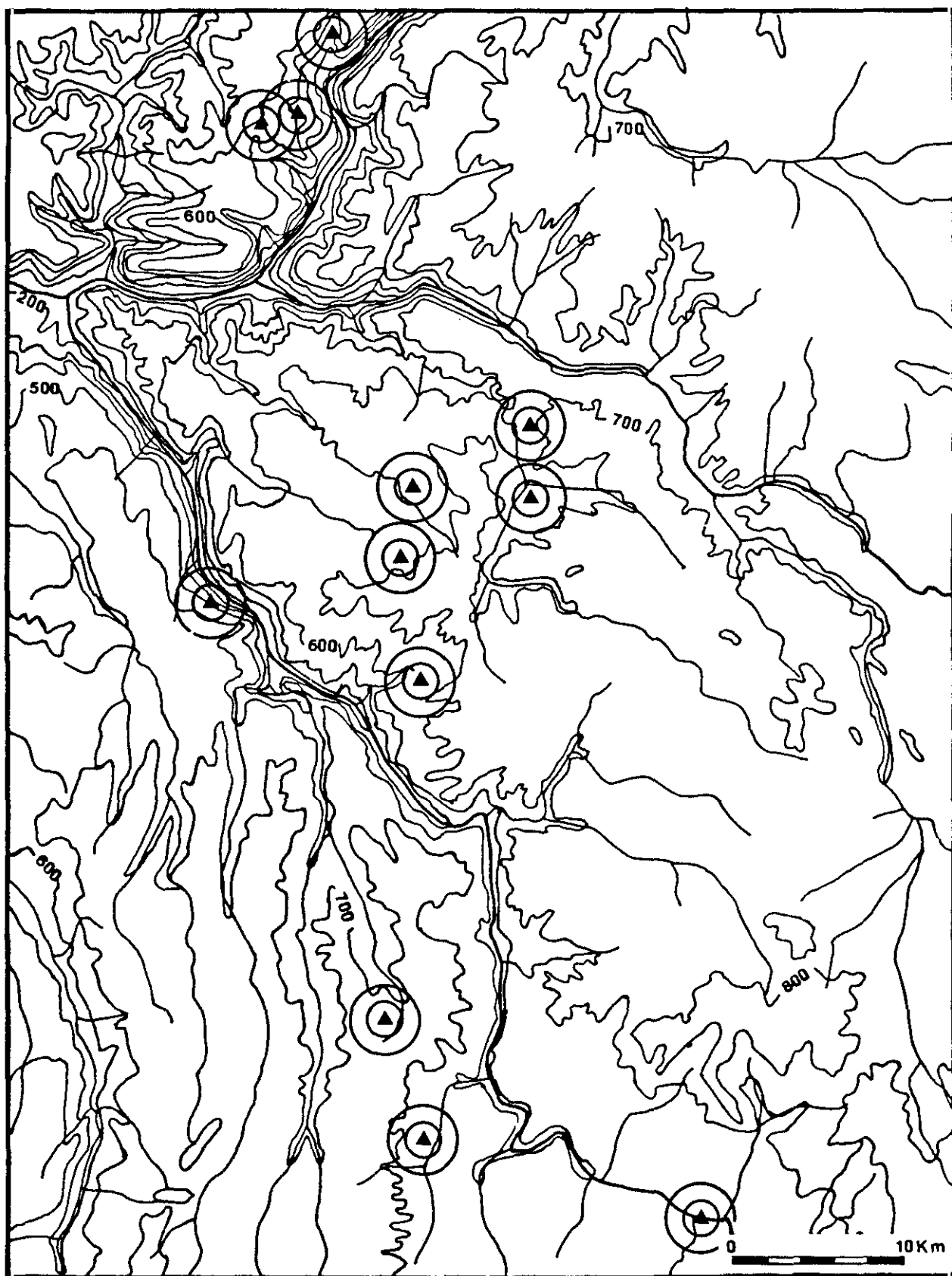


Fig. 36. Distribución de los verracos en el occidente de la provincia de Salamanca.

Bajo el punto de vista del poblamiento este esquema no encuentra una explicación inmediata. Hay que suponer que cada núcleo urbano funcionaba como una unidad autónoma que explotaba el territorio circundante (Salinas 1992-93: 180); y ello, por encima de su adscripción étnica y política. De acuerdo con tal suposición estarían los castros que se distribuyen regularmente en las márgenes del Duero y el Agueda - limítrofes con astures y lusitanos - con distancias medias en torno a los 10 Km. respecto al vecino más próximo: Castelo dos Mouros, San Andrés, Castelmao, La Plaza en Gallegos de Argañán, Ciudad Rodrigo.... Sin embargo, este modelo no es extensible a toda la comarca. Por un lado se advierte un emplazamiento muy seleccionado, quedando despobladas vastas áreas de la región. Por otro, debe reseñarse la significativa concentración de castros con potentes defensas en el cuadrante noroccidental, entre los ríos Yeltes y Camaces (Santonja 1991: 27): en un área inferior a los 280 Km<sup>2</sup> se distribuyen El Picón de la Mora, El Castillo de Saldañuela, Los Castillos de Gema, Saldeana, Las Merchanas y Yecla la Vieja, con distancias medias entre vecinos siempre inferiores a los 5000 m., es decir, cruzando sus teóricas áreas de captación. La intervisibilidad es importante y la intensidad de ocupación da lugar a un control estratégico muy completo de las vías de comunicación. Sin embargo apenas se dispone de otros datos, fuera de lo concerniente a las características de sus defensas.

Estas aglomeraciones urbanas, sin centros menores suministradores, deben llevar aparejado un modo muy específico de explotación del territorio. Por ejemplo, la abundancia de minerales útiles (oro/estaño/cobre) en formas aluviales diseminadas y los filones de hierro y estaño que aún se explotan dan fe de su importancia en la región (Maluquer 1956a: 7 y 23; Gómez Moreno 1967: 9). La consulta al Mapa Metalogenético<sup>148</sup> advierte de importantes afloramientos en Barruecopardo, Encinasola de los Comendadores y Villares de Yeltes, muy cerca del curso del Huebra donde se localizan nuestros castros, y otros focos más al sur, en Villar del Ciervo y Gallegos de Argañán (Fig. \*). La complejidad del hábitat apenas se entrevé con la información disponible, pero la relevancia de esta misma zona se ve refrendada con la continuidad de algunos centros (Las Merchanas, Yecla, Saldeana) durante el Alto Imperio y la Baja romanidad, en un

---

<sup>148</sup> Mapa Metalogenético de España, E. 1:200.000, hoja 36 (Vitigudino). Instituto Tecnológico Geominero de España (IGME), 1975 (1ª edición).

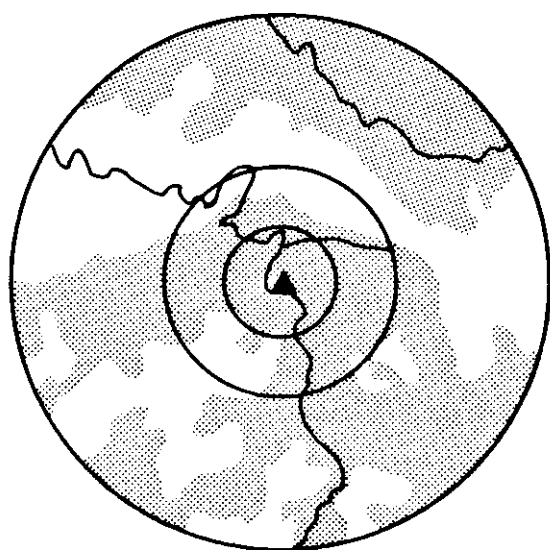
territorio que también se caracteriza por su nutrida epigrafía (Navascués 1963 y 1966; Martín Valls 1979 y 1982). En tal sentido, Maluquer (1956a: 86-87 y 1968: 108 ss., 119) llegó a sugerir destacamentos militares romanos en el castro de las Merchanas para controlar la producción de estaño. El hallazgo de un edificio de grandes proporciones con varias esculturas y un ara en su interior abonaría a su juicio tal probabilidad, llegando a suponer la existencia de un culto oficial en relación con el destacamento.

La trascendencia de estos datos no puede asumirse sin ciertas reservas para la etapa prerromana, dado que no hay evidencias arqueológicas seguras de su explotación. Con todo, la hipótesis de vincular el desarrollo de estos núcleos a una actividad especializada inmersa en el monopolio y distribución de los recursos mineros nos parece muy sugestiva (Salinas 1992-93: 179-180). Su ubicación, en la divisoria entre el Duero y el viejo camino tartésico de la Vía de la Plata, contribuiría a explicar la pujanza de estos núcleos en las redes de intercambio<sup>149</sup>.

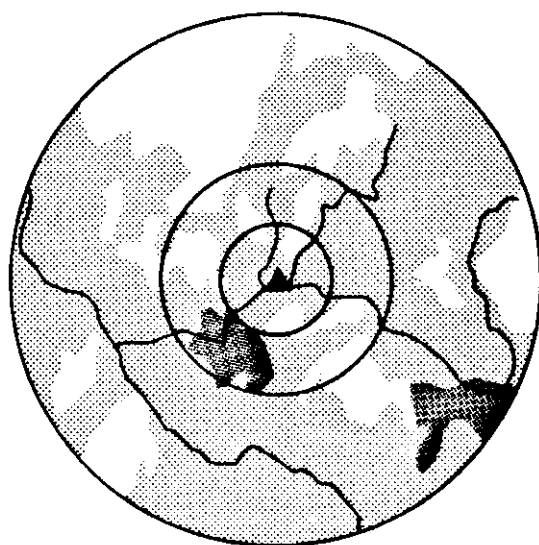
En la lectura del patrón de poblamiento hay, con todo, un aspecto chocante. Desconocemos en qué medida el desarrollo de estos centros especializados afectó al hábitat rural circundante, dándose además la circunstancia de que las esculturas de verracos también escasean en sus áreas de captación. Hasta qué punto estos rasgos nos ilustran sobre la especificidad de los recursos utilizados no es fácil de explicar. Una posibilidad sería que algunos centros maximizaran preocupaciones estratégico-defensivas frente a las necesidades de producción para el sustento. Tal vez los más pequeños en el ranking, como el castro del Picón de la Mora (Martín Valls 1971b: 130-131), cuya muralla abarca poco más de 1 Ha. y una superficie útil para el caserío bastante menor, podrían considerarse en este sentido, frente a otros castros vecinos como Yecla o las Merchanas que se aproximan a las 5 Has.. Lo escaso de la documentación impide contestar definitivamente a estas cuestiones, pero estos datos convienen muy bien con el modelo concentrado de ocupación y los presuntos focos de actividad minera.

---

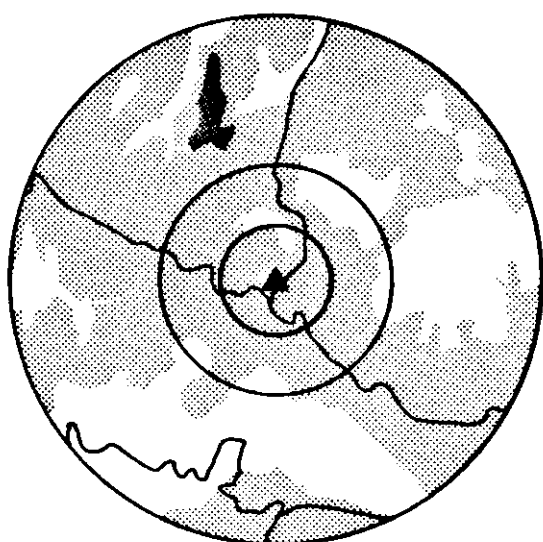
<sup>149</sup> La interpretación anterior podría valorarse a la luz de otro dato, como es la carestía de mineral en otras áreas de la provincia y también de la región Vettona. No obstante, pequeños veneros que salpican la región seguramente explican la espléndida metalurgia de este momento. Los *oppida* del Amblés podrían relacionarse con los afloramientos ferruginosos de Sierra Merina y Arroyo de la Higuera (Martín Valls y Esparza 1992: 262), en el Raso de Candeleda no se descartan afloramientos locales (Fernández Gómez 1986: 18-20) y las minas de las vertientes norte y occidental de los Montes de Toledo abastecerían esa parte de la Cuenca del Tajo (Urbina *et alii* 1992 y 1994).



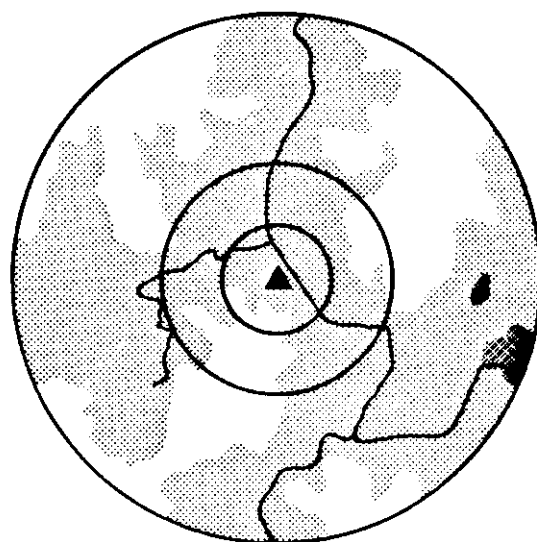
LAS MERCHANAS



YECLA LA VIEJA



EL CASTILLO DE SALDEANA



LA PLAZA

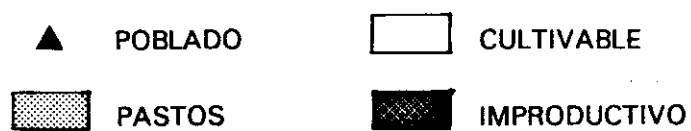


Fig. 37. Caracterización económica de los territorios de explotación.  
Castros del occidente de Salamanca.

**4.3.3. El valle medio del Tajo.** La zona de estudio propiamente dicha comprende un triángulo teórico cuyos vértices corresponden a Talavera la Vieja - hoy anegada por el embalse de Valdecañas (Cáceres) - Talavera de la Reina (Toledo) y las estribaciones más septentrionales de la Sierra de Altamira y los Montes de Toledo. La geografía de la Edad del Hierro plasmada en el Inventario provincial, además de otras aportaciones recientes y noticias aisladas (Moreno 1990; Jiménez de Gregorio 1992; Urbina *et alii* 1994) no puede calificarse como exhaustiva, y apenas podemos sino barruntar la caracterización tipológica y cultural de los poblados. El mapa confeccionado (Fig. \*) es sólo un punto de referencia inicial pero, aún así, caben algunas consideraciones.

(1) Puede decirse que el hábitat responde a dos tipos de emplazamiento: en unos casos la población se instala preferentemente sobre las alturas inmediatas a la vega del Tajo y el Géballo. Se trata de pequeñas elevaciones fácilmente identificables - Arroyo Manzanas (Las Herencias) - que en algunas ocasiones pueden proporcionar restos de murallas, como los castros de La Estrella (Estrella de la Jara) y Castrejón (Retamoso). En otros, encontramos pequeños establecimientos en zonas más llanas o de fondo de valle - Calera de Fuentidueña (Azután), Cascajoso del Río (Belvís de la Jara)... - no demasiado alejados de aquellos. Una parte importante del hábitat se circunscribe en la margen izquierda del río, tanto en la zona alta como hacia la vega. La intensidad de la ocupación, con una distribución de los asentamientos que rara vez exceden los seis kilómetros de distancia al próximo más inmediato, da lugar a un patrón de asentamiento bastante regular; las visibilidades se circunscriben sobre todo a la vega y al vado de Azután, término que concentra una parte importante del hábitat.....

La abundancia de tierras de cultivo es uno de los factores más positivos en la localización de estos asentamientos, aunque se pueden establecer pequeños matices en los territorios de explotación (Fig. \*). Por ejemplo, en un radio de 2 Km. los yacimientos en cerro revelan una orientación agropecuaria más diversificada. Este patrón contrasta con los establecimientos en llano y más próximos al río, que teóricamente pueden haber jugado un papel dependiente y especializado respecto a los sitios elevados. Explotan los fértiles suelos aluviales, que acaparan entre el 80 y el 90% de la superficie ocupada.

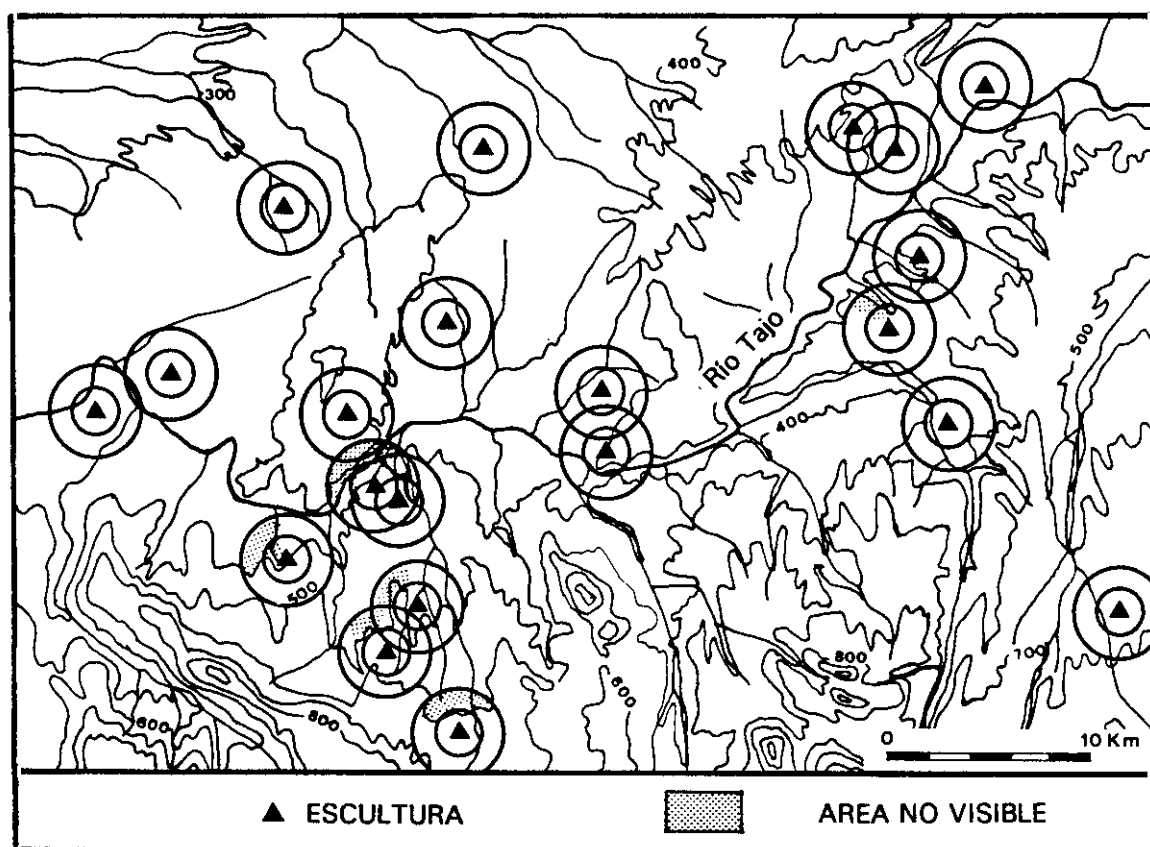
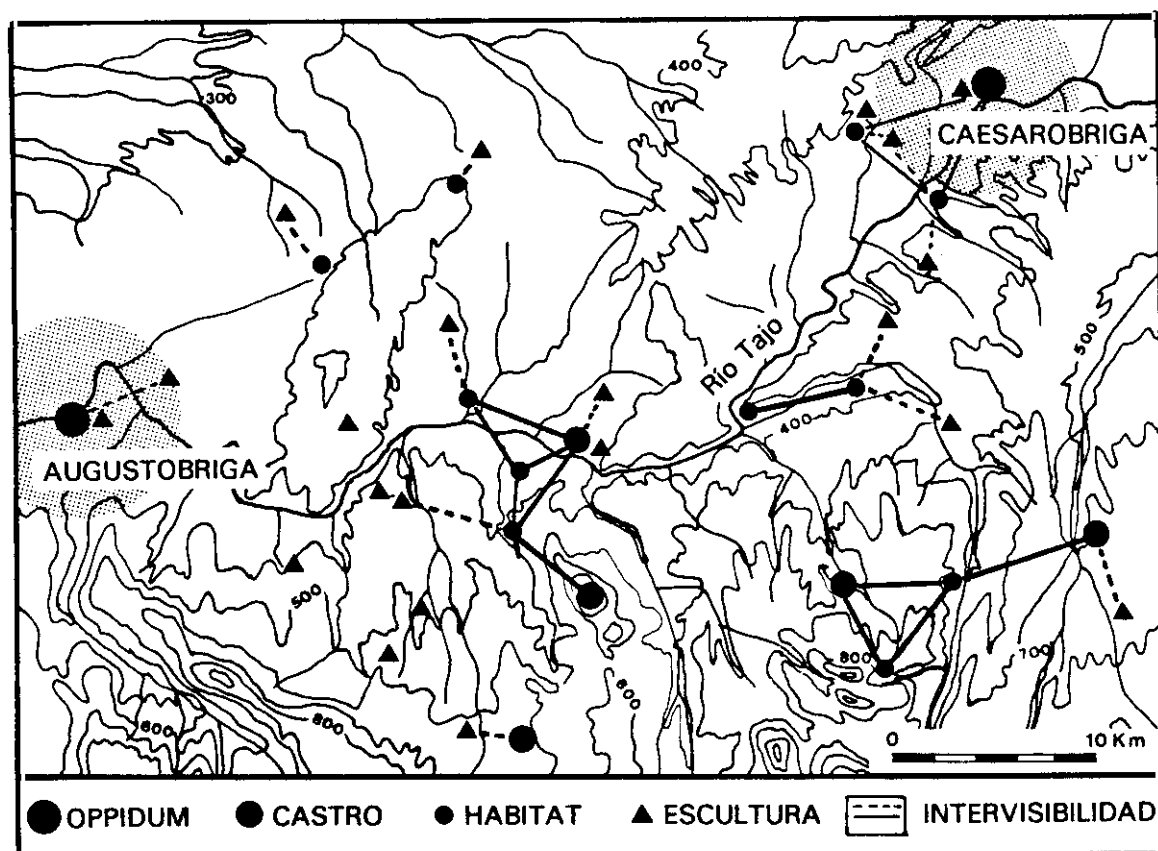


Fig. 38. Poblamiento y comunicaciones ópticas en la cenca media del Tajo a finales de la Edad del Hierro.

(2) La ubicación de los verracos en el paisaje del valle también parece responder a una ocupación planificada del territorio. Algo más del 60% de los emplazamientos conocidos se distribuye en áreas próximas pero no inmediatas a los poblados - entre 2000 y 5000 m. de distancia por término medio - aunque suele existir una buena intervisibilidad entre los asentamientos y las áreas de pastos. Un 72% se distribuye en explotaciones de dehesa, rasgo que contrasta significativamente con el modelo "agrícola" de los poblados. Además se da el hecho de que las agrupaciones más importantes se concentran en la mitad occidental de la cuenca, entre las estribaciones de la Sierra de Altamira y el Tajo, en zona de dehesas. El lugar elegido para su erección señalaría por tanto la importancia de estas tierras de pastos, fácilmente controlables desde las comunidades campesinas, lo que de algún modo indica que los terrenos de éstos no estaban disociados de aquellos.

(3) Otro nivel de análisis vendría determinado por los dos grandes núcleos urbanos del territorio. A la vista de la documentación lingüística y epigráfica parece razonable suponer que Augustobriga (Talavera la Vieja) y Caesarobriga (Talavera de la Reina) fuesen resultado del proceso romanizador de la comarca, cuyos núcleos urbanos tendrían su origen en los siglos I a.C. y I d.C. respectivamente (Salas 1985: 59; Mangas y Carrobes 1992: 111). Es muy probable que ambas ciudades estuvieran amuralladas en origen, como avala el sufijo céltico en -brig, topónimo prerromano característico que continuó en uso hasta época imperial (Almagro-Gorbea 1994a: 30) y del que se dan otros casos (Deobriga, Mirobriga) entre los propios vettones. Carecemos de pruebas seguras respecto del papel que pudieron haber desempeñado estos centros en el Hierro pleno, aunque algunos argumentos podrían orientarse en dicho sentido: sería el caso de las conocidas esculturas de verracos, de gran tamaño, procedentes de los alrededores (Hermosilla y Sandoval 1796; López Monteagudo 1989: 87-88, 104; Alvarez-Sanchis 1993b: 160-161, lám. 2), o los contactos seculares que la comarca talaverana ha venido manteniendo desde el Bronce Final y la primera Edad del Hierro (Fernández-Miranda y Pereira 1992; Martín Bravo 1996; Jiménez Avila y González Cordero, e.p.). Existe además una mención en Plinio (4,118) que las refiere como ciudades estipendiarias de la provincia (Lusitania) a comienzos del Imperio. Por tanto no hay que descartar que fueran núcleos prerromanos de cierta entidad, pues Roma solía conceder este derecho a ciudades indígenas



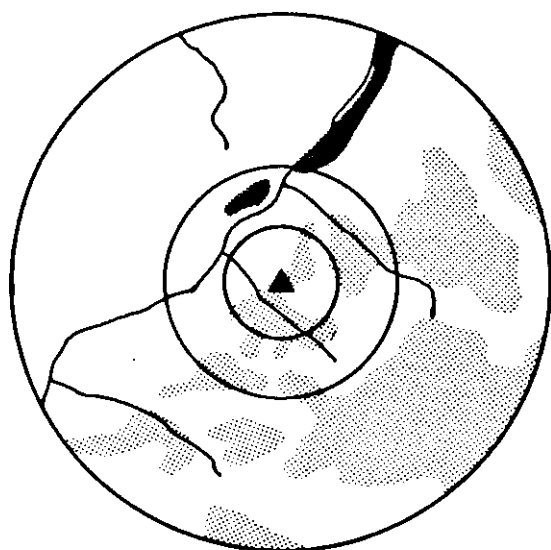
preexistentes (Salas 1985: 59; Aguilar-Tablada 1996 y 1997: 45-46).

En cualquier caso, la fundación de ambos oppida en el llano se explicaría por: (a) su privilegiada posición en los circuitos de intercambio al controlar los vados del río Tajo<sup>150</sup>, en la vía de comunicación que unía Emerita Augusta con la carpetana Toletum accediendo así a las ciudades del interior, (b) las posibilidades agrícolas del entorno, fundamentalmente hortícolas en la llanura aluvial, cuya comercialización implicaría una demanda rápida en zonas no demasiado alejadas al tratarse de productos en su mayor parte perecederos (Mangas y Carrobles 1992: 111) y (c) la riqueza metalúrgica de la vertiente norte y occidental de los Montes de Toledo, sobre todo oro, cobre, estaño e hierro (Urbina et alii 1992 y 1994), que a la larga debieron servir como medio de enriquecimiento de las oligarquías locales, facilitando su acceso a la ciudadanía latina y también romana (Mangas y Carrobles 1992: 108).

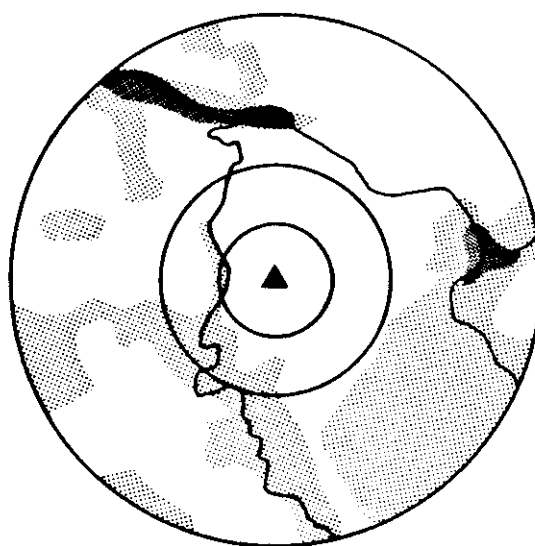
La lógica interna de los hechos parece demostrar que la jerarquización del territorio pueda razonablemente ser relacionada con el desarrollo de estos "lugares centrales" a finales de la República, nutridos a partir de la población rural circundante y dentro de un programa de ordenación general del territorio. Fuera de ellos tan sólo podríamos documentar algunos núcleos de cierta relevancia, como se infiere por ejemplo del asentamiento de Arroyo Manzanas, en Las Herencias, de unas 20 Has. de extensión y 7 Km. escasos al suroeste de Caesarobriga (Valiente 1987: 325; Moreno 1990), cuyo abandono en el siglo I a.C. podría interpretarse en beneficio del nuevo oppidum.

Buena parte de los castros vettones y lusitanos que se localizan al occidente y sur del Tajo, en los bordes de las sierras y en la penillanura trujillano-cacereña,

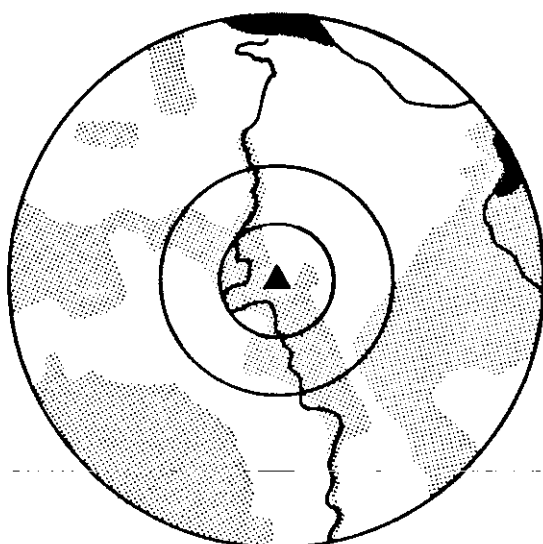
<sup>150</sup> En particular los vados de Alarza, Talavera la Vieja y Azután (Galán y Martín Bravo 1991-92: 195-196, fig. 1). De la importancia estratégica por el control de los pasos naturales del río y su navegabilidad es muestra más que suficiente el conjunto de relatos militares referidos a esta zona (Plácido et alii 1992: 265-266), desde la coalición de indígenas enfrentada a Aníbal tras la toma de Salmantica y Arbucale en el 220 a.C. (Polibio 3,14; Livio 21,5), a los hechos acaecidos en el 193 a.C. (Livio 35,7,6), 192 a.C. (Livio 35,22,5) y 185 a.C. (Livio 39,30-31). En este último Livio nos dice explícitamente que se luchó junto a los vados del Tajo, cuyo control acabó con el sometimiento de los carpetanos y el acceso de Roma a la Meseta Superior. Por otro lado, la distribución de importantes poblaciones a lo largo del Duero - San Mamade (Villardiegua de la Ribera), Santiago (Villalcampo), Ocelo Duri (Zamora?), Arbucale (El Viso, Bamba), Toro,...- tiene un valor probatorio sobre el papel jugado por las grandes vías fluviales en las redes de intercambio y en la localización de los oppida. Los clásicos hablan de su navegabilidad nada menos que hasta Numancia, cuyos habitantes recibían víveres por medio de barcas a remo o de vela, y de la existencia de vados apropiados para cruzarlo (Schulten 1937: 77). Durante gran parte del año el río sería navegable en la zona vettona y lusitana, donde se efectúa la caída del Duero desde la Meseta hasta los barrancos que colindan con Portugal (Wattenberg 1959: 12; González-Cobos 1989: 36).



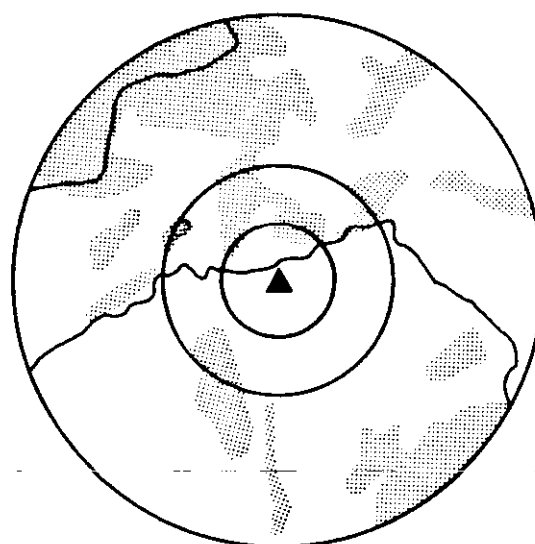
ARROYO MANZANAS



CALERA DE FUENTIDUEÑA



NAVALMORALEJO



CASCAJOSO DEL RÍO



Fig. 39. Caracterización económica de los territorios de explotación.  
Castros y poblados de la cuenca media del Tajo.

encierran superficies pequeñas, por debajo de las 10 Has., y un modelo de ocupación más disperso pues la concentración de la población en grandes núcleos no parece ser la tónica general (Celestino *et alii* 1992: 323; Martín Bravo 1993: 351; Almagro-Gorbea y Dávila 1995: 212, 220). Un documento jurídico excepcional como es el Bronce de Alcántara, una *deditio* del año 104 a.C. entre los romanos y el pueblo de los *Seano* [rum?] hallada en el castro extremeño (López Melero *et alii* 1984), nos ilustra acerca de un pacto firmado con un *populus* y no con una *civitas* u *oppidum*, indicio de que el poblamiento en esta zona aún no había alcanzado el grado de desarrollo propio de una organización urbana, donde la ciudad adquiere entidad suficiente para poder representar al territorio (Martín Bravo 1994: 271 y 1996: \*). Estos rasgos hacen suponer una organización en pequeños castros, como las regiones menos urbanizadas del Occidente y NO., organizadas en *populi* según Plinio (N.H. 3,4,26-28), lo que no excluye que algunos muestren rasgos dominantes sobre el resto al ofrecer una clara ruptura en el ranking respecto a los más pequeños o meros recintos, por debajo de 1 Ha. (Almagro-Gorbea 1994a: 34-38).

En síntesis, del conjunto de aspectos referidos, se advierte que *oppida*, castros y aldeas obedecen a un concepto de asentamiento distinto y selectivo en las comarcas vettonas analizadas. Los factores que intervinieron en su formación fueron numerosos y la combinación de los mismos varió en las distintas regiones y según los momentos diversos. Parece claro que la conversión de estas sociedades indígenas en grandes poblados no parece haber sido unánime ni repentina, siendo interesante advertir que las poblaciones mayores aparecen siempre en las vías más importantes de comunicación, de manera análoga a los centros urbanos de la Europa Templada (Collis 1984). El control de estas rutas, sus condiciones defensivas y la proximidad a determinados recursos naturales parecen haber sido elementos básicos.

Un hecho especialmente interesante son los contrastes que se observan en los modelos de asentamiento a nivel regional. La explicación más plausible debe hallarse en una combinación de factores geográficos, económicos y defensivos. Desde luego los poblados fortificados más complejos parecen haber sido una constante en los territorios de Avila y Salamanca a lo largo de toda la Edad del Hierro. Una diferencia en las economías de subsistencia puede haber sido entonces

la clave en la organización de estos poblados respecto a los establecimientos de la vega media del Tajo: agricultura y agricultura mixta en ambos, pero un elemento pastoral mucho más fuerte en el norte. Evidencias lingüísticas, como los datos transmitidos por las fuentes (Blázquez 1957: 160; Salinas 1982a: 44 ss.), geográficas, como se infiere de la calidad de los suelos, y también arqueológicas, como los cercados y recintos amurallados, apoyarían la idea de un mayor énfasis en la actividad ganadera para estos núcleos. Son muy pocos los análisis de fauna realizados en el ámbito occidental y atlántico, pero también podrían servirnos algunos referentes documentados en los focos castreños de Galicia, León, Zamora, Cáceres y Salamanca (Vázquez Varela 1973: 314; Sánchez Palencia y Fernández-Posse 1985: 327; Esparza 1987: 225-226 y 395-396; Hernández Hernández *et alii* 1989: 144 ss.; Martín Bravo 1991: 175-179; Martín Valls *et alii* 1991: 157)<sup>151</sup>.

La caracterización tipológica de los yacimientos y la evidencia de una estratificación social en alguno de ellos, parece demostrar un sistema de poblamiento regional jerarquizado. Además, las prácticas sociales que se desarrollan en el paisaje encuentran otro punto de referencia en los emplazamientos de las esculturas de verracos, que sugieren un control directo de recursos específicos ejercido desde los poblados. Los datos disponibles son limitados, pero la consideración de los territorios de explotación de los *oppida*, las pequeñas explotaciones rurales, los sitios especializados y sus presuntas actividades y funciones indican claramente que las diferencias entre las poblaciones de unos y otros debieron existir sin duda alguna.

Con todo, lo que queda absolutamente abierto es el tipo de relaciones entre unos y otros. ¿Las gentes de los *oppida* respecto de las granjas y alquerías fueron completamente independientes?, o por el contrario, ¿la población de los *oppida* controlaba, de alguna manera, a los grupos campesinos de los pequeños establecimientos abiertos?. Con los datos recogidos más arriba me inclino a pensar que la segunda alternativa - con fórmulas concretas que aún estamos lejos de visualizar - ofrece más posibilidades. Otros niveles de análisis que consideraré más adelante, la contextualización de los verracos en el paisaje, la sociología de las necrópolis y la estilística de la decoración de las "cerámicas a peine", apoyan

---

<sup>151</sup> En Avila contaríamos con la gran abundancia de restos de bóvido recogidos en los cenizales de Las Cogotas (*vid. supra*), aunque no está realizado el análisis faunístico completo.

de distinta manera esta línea argumental.

**4.4. Epílogo. Las ciudades romanas y la desarticulación del sistema.** La política romana de prohibir las defensas y facilitar la instalación en el llano, con el consiguiente abandono de una parte de los centros que mantenían posiciones defensivas, influyó de manera decisiva en la organización del territorio. Que existió lo sabemos por las fuentes (Estrabón 3,3,5; Apiano 99; Diodoro 37, 52-53). En el año 61 a.C. César es nombrado gobernador de la Ulterior. Aprovechando las "razzias" de lusitanos y vettones inicia acciones militares entre el Tajo y el Duero obligando a los indígenas a descender al llano (Mariné 1995: 286). Sin embargo, no es menos verdad que los castros y oppida indígenas también adoptaron otras soluciones en el marco de la conquista; unos continuaron funcionando como pequeños núcleos y, en algunos casos - Salmantica, Urunia (Iruña, Fuenteguinaldo), Augustobriga, la carpetana Toletum - vieron aumentado su poder hasta adquirir el estatuto municipal (Martín Valls et alii 1991: 159; Mangas 1985b: 41; Salas 1985: 62; Plácido et alii 1992: 269 ss.). Es más, la evidencia arqueológica no implica necesariamente que el abandono de una parte de los núcleos vettones se debiese a una imposición militar romana, sino más bien fruto de la propia iniciativa indígena (Edmondson 1990: 167). No parece que los vettones fuesen una de las etnias más belicosas y proclives al enfrentamiento con Roma, y el relativo silencio de las fuentes en este sentido puede ser un primer punto de referencia (Salinas 1982a: 14).

La verdadera conquista del territorio debió producirse a partir del 154-153 a.C. a raíz de las campañas de Viriato y las "razzias" de lusitanos y vettones en la Beturia y sur de la Península. El avance de la romanización propiciaría la devolución de Salmantica a los vettones en esas fechas (Bejarano 1955: 116-119)<sup>152</sup>. En relación con este momento podrían datarse algunas importaciones de manufactura romana, como parece evidenciar la cerámica campaniense hallada en Toro y en la capital salmantina (Martín Valls et alii 1991: 157). Con todo, los testimonios históricos iniciales resultan escasos: sólo disponemos de tres referencias transmitidas por Apiano (Roldán 1968-69: 77, 94-95), dos relativas a los primeros

---

<sup>152</sup> Una postura más crítica, en Sánchez Moreno (1995b: 486-487).

compases bélicos (Appiano 10, 56-58), y una tercera, del 139 a.C., que nos informa de las incursiones de Servilio Cepión contra vettones y galaicos (Appiano 12,70). Poco después, en el 138-137 a.C., Décimo Bruto cruzó el Duero y llegó al territorio galaico, posiblemente a través de los vettones, lo que hace suponer que éstos últimos ya estaban pacificados. En definitiva, y sin excluir su participación englobados bajo la denominación de lusitanos luchando junto a Viriato, nuestra región no parece haber sido escenario de operaciones bélicas de gran entidad en el siglo II a.C., al menos en torno a los principales núcleos de población conocidos.

En el borde suroccidental de la Meseta, los viejos núcleos ganaderos del Valle de Amblés - Las Cogotas, La Mesa de Miranda y Ulaca - comienzan a despoblarse a juzgar por la escasa presencia de materiales romanos. Su población debió trasladarse a la vega, probablemente en el lugar que hoy ocupa Avila, cuya aparente semejanza con la ciudad vettona de Obila mencionada por Ptolomeo (2,5,7) ha originado una identificación hipotética con la ciudad actual, aunque aún no existan datos realmente concluyentes (Roldán 1968-69: 91-92; Tovar 1976: 272; Rodríguez Almeida 1981: 22 y nota 13; Sayas y López Melero 1991: 78-79 y nota 6; Mariné 1995: 298 ss.; Hernando Sobrino 1995: 77 ss.). Diversos hallazgos cerámicos procedentes del solar de la ciudad atestiguan una ocupación por lo menos desde mediados del siglo I a.C. (Martín Valls 1976: 383 y nota 31), hecho que coincide con la escasez de restos en los castros vecinos, por lo que se ha planteado la vitalización del primero a partir de estos últimos (Martín Valls y Esparza 1992: 274-275). El recinto amurallado medieval de la ciudad reproduce fielmente la estructura campamental romana (Mariné 1995: fig. 103). Carecemos por el momento de pruebas seguras a favor de que Avila/Obila desempeñara en época vettona clásica un papel destacado en relación a los diversos oppida de la segunda Edad del Hierro, aunque es posible añadir otras consideraciones.

Un rasgo especialmente interesante es el que ofrece el último recinto de La Mesa de Miranda, datado como sabemos en el siglo II a.C.. Las características de ensamble y trabazón de los grandes bloques de piedra que ostenta el cuerpo de guardia y que se repite en otras áreas de la muralla, se ha valorado análogamente con el que ofrecen las piedras basales de un sector de la muralla de Avila, hasta sugerir para ésta su posible encuadramiento en la etapa prerromana (Cabré *et alii*

1950: 30-31), siguiendo un trazado que no sería muy diferente al romano y medieval (Molinero 1958: 20). Topográficamente, el cerro sobre el que se asentó la ciudad no presenta las características de los castros de la zona. A nuestro juicio el castro primitivo pudo situarse, al menos en un principio, en el altozano suroccidental, en la única zona relativamente escarpada y junto al río Adaja. Resulta razonable suponer que si la población indígena se trasladó progresivamente a este centro, es precisamente ese poder de absorción, beneficiado además de los recursos agrícolas que posibilita la vega sobre la que se emplaza y su situación estratégica al controlar todo el ámbito centro-oriental del valle, indicios razonables de una previa ocupación, que muy probablemente debamos relacionar con el fenómeno de los oppida.

Dentro de este modelo de ocupación podrían valorarse las esculturas de verracos que en número muy elevado se localizan bien en la propia Avila, bien en las dehesas que rodean la capital<sup>153</sup>. La propuesta de los verracos como delimitadores de propiedad se corresponde muy bien con el patrón de poblamiento jerarquizado que ofrece el extremo oriental del valle, junto a la ciudad en cuestión (Alvarez-Sanchís y Ruiz Zapatero, e.p). Dentro de lo provisional que resultan las observaciones de un área apenas excavada, estaríamos ante un ejemplo característico de progresiva concentración de la población regional en el siglo I a.C. en torno a un "lugar central", nutrido a partir de viejos núcleos indígenas que ocupaban posiciones más marginales, lo que no excluye la existencia de hábitats menores sincrónicos y posiblemente subordinados al primero; en otras palabras, la gestación de un oppidum de nueva planta a finales de la Edad del Hierro, en un fenómeno no muy diferente al que preside la emergencia de Augustobriga y Caesarobriga en el Tajo (Salas 1985; Mangas y Carrobles 1992), y también de los grandes poblados de la Europa Templada (Collis 1984: 65-74).

En cualquier caso, lo que se observa con suficiente nitidez es el progresivo despoblamiento de una parte de los oppida indígenas; recuérdese el escaso material campaniense, con seguridad antiguo e importado, de Las Cogotas y La Mesa de Miranda (Cabré 1930: 71 y 109; Cabré et alii 1950: 36, 84, 129), la

---

<sup>153</sup> No obstante, conviene tener presente el hecho de que algunas han sido trasladadas y que una parte del material escultórico, de marcado carácter localista por su difusión en torno a la ciudad, debe asociarse a un ambiente romanizado (Martín Valls 1974: 74 ss.; Alvarez-Sanchís e.p.).

moneda de Augusto de la ceca de Emérita hallada en el primero (Cabré 1930: 38, nota 1) o el numerario indígena de Arecorata y posiblemente Secobirices hallado en Ulaca (Posac 1953: 71; Martín Valls y Esparza 1992: 274; Alvarez-Sanchís 1993a: 279), además de un as ibérico de Celsa recogido a los pies del oppidum, en la carretera de Villaviciosa (Abad 1995: 210)<sup>154</sup>. No parecen estar habitados desde época postsertoriana, salvo quizá frecuentaciones esporádicas en beneficio de la propia Avila donde puede sugerirse una ocupación continua al menos desde mediados del siglo I a.C..

El tesorillo de 31 denarios ibéricos, relativos a las cecas de secobirices, turiasu, arecorata, arsaos y bolscan, hallados en el casco histórico de Salamanca (García-Bellido 1974; Delibes *et alii* 1993: 447 ss., 461, figs. 7-8), corrobora la importancia de la revuelta sertoriana en este sector de la Meseta y el proceso de atesoramiento. El depósito forma parte de un grupo más numeroso de ocultaciones intencionadas en estos momentos de inestabilidad, que además de vettones interesa sobre todo a vacceos, astures y arévacos (Delibes y Esparza 1989; Delibes *et alii* 1993: fig. 9, 461-462).

Al sur de Gredos, las fechas que proporcionan los denarios y ases republicanos del Raso de Candeleda (119-47 a.C.), además del conocido tesorillo que apareció soterrado en una de las viviendas, permiten situar el abandono del poblado en el contexto de las luchas civiles entre pompeyanos y cesarianos (Fernández-Gómez 1979 y 1986: 444-448). Por su relativa proximidad e importancia, su población pudo trasladarse a los oppida de Augustobriga y Caesarobriga, núcleos de romanización temprana que podrían estar ocupados desde algo antes, hasta alcanzar la categoría de municipio latino bajo los Flavios y organizarse como tal (Salas 1985: 62; Mangas y Carroble 1992: 108). Su ubicación junto al río Tajo, en el trazado de la vía 25 del Itinerario de Antonino (438, 2-439) - Alia Itinere ab Emerita Caesarea Augusta - también repetido por el Anónimo de Rávena (312, 7-16), reafirma el importante papel aglutinador desempeñado por esta vía de comunicación. El tránsito al siglo I a.C. es la data post quem que proporciona un semis de Cástulo para la última fase de Arroyo Manzanas, habiéndose sugerido también su abandono con la aparición de núcleos

---

<sup>154</sup> También, como perteneciente al oppidum aunque desconocemos sus características, debemos considerar el hallazgo de cerámica campaniense (Gutiérrez Palacios 1955: 195) que el autor lleva a comienzos de La Tène.



## LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

en el llano (Moreno 1990: 292). Se entiende así mejor la relocalización de algunos centros en las postrimerías de la República, como consecuencia de un proceso de absorción por parte de las ciudades mejor situadas para el aprovechamiento de la vega contigua al Tajo.

Cuanto antecede también es válido para Capara (Cáparra), ciudad estipendiaria de la Lusitania referida por Plinio (N.H. 4,118) y citada como vettona y también lusitana por Ptolomeo (2, 5-7). El análisis del topónimo prerromano, la onomástica personal prelatina de algunas inscripciones, el hallazgo a poco más de un Km. al sur de la ciudad de un verraco de grandes dimensiones y algunas referencias de platitos con bandas pintadas y restos de estructuras en las proximidades y dentro del perímetro murado, son elementos seguros a favor de la presencia de la población autóctona en los alrededores, tanto si el origen del asentamiento es un oppidum prerromano o bien una creación romana ex novo (Cerrillo 1994: 150-152, 155-156). Los aportes indígenas son indiscutibles aunque el auge de la ciudad no parece anterior a la época Julio-Claudia (Blázquez 1968). Hasta cierto punto, se podría ver en estos procesos casos tardíos de sinecismo político (Frey 1984) asociados a la fundación de nuevos oppida a partir de otros núcleos menores. Práctica que en la Hispania Céltica parece documentarse en las dos últimas centurias antes del cambio de Era, como evidencia por ejemplo la ceca celtibérica de Tamusia, en un oppidum (Villasviejas del Tamuja) de la penillanura extremeña (Almagro-Gorbea 1994a: 28-31).

Es probable que hacia el siglo II a.C. el poblamiento en torno al Berrueco sufriera una remodelación importante. De ello darían fe el conjunto de hallazgos de Los Tejares, con cerámicas pintadas a torno, fíbulas tardías con esquema de La Tène y otros elementos romanos además del conocido tesorillo de monedas republicanas (Morán 1924: 23-24), cuya vitalización podría relacionarse con el abandono progresivo de Las Paredejas. Con posterioridad, tal vez hacia el tránsito de los siglos I-II d.C., su población debió repartirse en vegas fértiles de localidades muy próximas (Fabián 1986-87: 286-287). Los testimonios son sólo superficiales, pero teniendo en cuenta la intensa y secular ocupación del cerro y el territorio circundante, así como la escasa distancia - 2000/2500 m. - que dista entre los sitios arqueológicos, no nos resulta incoherente la idea de un gran oppidum abierto, que en las postrimerías de la conquista romana reorganizaría su teórico

espacio urbano, ciñéndose entonces al sector (Los Tejares) que ofrecía mejores condiciones naturales.

El depósito de monedas hallado en el poblado salmantino corresponde también a alguno de los conflictos civiles librados con posterioridad al sertoriano. La más reciente aporta un terminus post quem del 43 a.C. Los años que median desde el fin de las guerras entre Pompeyo y César hasta el conflicto cántabro están pobremente documentados. Resulta probable que hubieran existido enfrentamientos a la vista de los triunfos celebrados en Roma por los gobernadores de Hispania (Mangas 1985a: 24), pero tampoco habría que descartar que la circulación monetaria se hubiera mantenido algún tiempo, el suficiente para relacionarlo con los acontecimientos del 29 a.C., cuando el legado Estatilio Tauro somete a cántabros, vacceos y astures (Dion Casio 51,20,5), suceso mucho mejor evidenciado en la ocultación de los tesoros astures de Ramallas-Rabanales y Arrabalde 1-2 (Esparza 1983a; Delibes y Martín Valls 1982; Delibes y Esparza 1989).

Antes de la época de César, la presencia romana en tierras vettonas y lusitanas al sur del Tajo tampoco estaba férreamente consolidada (Sayas y López Melero 1992: 253). A finales del siglo II a.C. se perciben algunos hechos bélicos, bien avalados en la deditio de Alcántara del 104 a.C. (López Melero *et alii* 1984). De igual modo, la aparición en cuantía no demasiado elevada de cerámica campaniense y ánforas en Villasviejas del Tamuja (Botija), se ha relacionado con los exhumados en Castra Caecilia o Cáceres el Viejo, argumentando una ocupación transitoria romana con fines militares (Hernández Hernández 1993: 122). Las emisiones más modernas del numerario indígena y los denarios republicanos apuntan a una cronología entre las guerras sertorianas y el 40 a.C. (Sánchez Abal y García Jiménez 1988: 158; Blázquez Cerrato 1995: 247-250). También desde el siglo I a.C. encontramos establecimientos en llano con cerámicas análogas a las castreñas, que paulatinamente irán ocupando los suelos más productivos (Martín Bravo 1994: 284 y 1996: \*). La creación de Norba Caesarina (Cáceres) en el año 34 a.C. guardaría relación con el abandono definitivo de Villasviejas y de otros núcleos indígenas cercanos, en gran parte debido a su situación marginal dentro de las redes de comunicación, factor nuevamente clave en la creación de la Norba romana junto a la vía de la Plata (*id.* 1993: 124; *vid.* Cerrillo *et alii* 1990: 61;

Sayas y López Melero 1992: 258).

Se ha señalado sin embargo, en el proceso inicial de romanización de los vettones, una relativa dualidad en el modelo de ocupación de los poblados frente a los más occidentales (Martín Valls 1971b: 138). Así parece indicarlo la ocupación romana de una parte de los yacimientos salmantinos de la Edad del Hierro, Irueña (Fuenteguinaldo), Virgen del Castillo (Pereña), Lerilla (Zamarra), Saldeana, Yecla la Vieja (Yecla de Yeltes)... Es una zona que se caracteriza por su abundante epigrafía funeraria, de indiscutible valor para el conocimiento de la onomástica indígena en época altoimperial (Navascués 1963 y 1966; Martín Valls 1979 y 1982), si bien la complejidad y duración del hábitat apenas se entrevé con la información disponible. Sin duda, la prolongación de estos centros hay que relacionarla sobre todo con el hecho de las explotaciones mineras (Salinas 1992-93: 179-180; *vid. supra*), algunas de las cuales continúan explotándose hoy.

Una parte de las ciudades romanas florecieron en aquellas áreas que ya habían conocido un desarrollo urbano o protourbano en la etapa preaugustea (Edmondson 1990: 153). Por ejemplo, en Ciudad Rodrigo y Salamanca se constata una indiscutible relación entre el mundo indígena y el altoimperial (Martín Valls 1976; Martín Valls *et alii* 1991) y una situación similar cabría especular para Ledesma aunque la historia de la villa no está plenamente definida (Benet *et alii* 1991). La intervención de la administración en época de Augusto se plasma en los términos erigidos en el año 6 a.C. para fijar los límites territoriales entre Salmantica, Bletisama (Ledesma), Mirobriga (Ciudad Rodrigo) y otros centros, que hacen pensar en su temprana conversión en municipios (Mangas 1985b: 41; Martín Valls *et alii* 1991: 159)<sup>155</sup>. Otras ocupaciones sobresalen notablemente durante el Bajo Imperio, es el caso de los castros prerromanos de Las Merchanas y Yecla la Vieja, habiéndose sugerido una continuidad en los mismos términos aunque la información arqueológica es muy somera (Martín Valls y Esparza 1992: 274, nota 183).

Al hilo de lo comentado hasta aquí, creemos que la clave del abandono de

---

<sup>155</sup> Los dos términos de Ciudad Rodrigo deslindaban Mirobriga/Valuta/Salmantica por un lado, y Mirobriga/Valuta/Bletisama por otro. Uno en Ledesma, que deslindaba los límites entre Bletisama/Mirobriga/Salmantica, y otro en Yecla de Yeltes, que lo hacía entre los Mirobrigenses y los Polibedenses (CIL, II, 857, 868, 859 y 5033; Morán 1922: 47-55; Martín Valls *et alii* 1991: 159).

una parte de los oppida indígenas descansa en la búsqueda de emplazamientos acordes a la nueva situación socio-económica que se avecinaba, valorando especialmente cinco hechos:

(1) las facilidades de acceso de la población a las redes de comunicación controladas por el ejército romano, que prefiguran ya la trama de vías y ciudades de época altoimperial.

(2) el potencial mercado demográfico, y por tanto económico, que este último representaba,

(3) la ordenación romana del territorio en función de los usos agrícolas del suelo,

(4) el advenimiento de un nuevo sistema de intercambio de relaciones impersonales, exclusivamente de interés comercial, frente a los viejos vínculos clientelares indígenas,

(5) la circulación monetaria, que pudo jugar en este sentido un papel vertebrador, incrementándose las necesidades de nuevos excedentes agrícolas y facilitando la especialización.

Si Roma potenció con fines administrativos y económicos núcleos de nueva creación y otros preexistentes en puntos clave para sus intereses, la ocupación sistemática de las vegas y los llanos sedimentarios era sólo una cuestión de tiempo. Esta estrategia podría estar presente avanzada la segunda centuria, pero debió tener más éxito desde la primera mitad del siglo I a.C., probablemente a partir de las guerras sertorianas (82-72 a.C.). Es casi seguro que una parte considerable de los pequeños establecimientos abiertos que hoy conocemos correspondan a este momento, merced a su posición en los suelos agrícolas. De todas maneras, parece obligado insistir nuevamente en la parquedad de los datos obtenidos en prospección y en la ausencia de estudios a nivel de "microregiones".

Estos cambios debieron generar graves tensiones en las relaciones de propiedad de los diferentes grupos y una mayor competencia para la obtención de excedentes agrícolas que facilitase el acceso a los nuevos mercados. Además, el

reparto de tierras potenciado por los romanos - como el acuerdo al que llegaron el pretor Marco Atilio con vettones y lusitanos que pudo incluir una concesión de estas características (Apiano ib. 10,58,60), la concesión de tierras por Cepión a Tautalos o la fundación de una colonia de lusitanos en Valentia (Diodoro 33,1,3; Livio 55) - no debió ser equitativo (Salinas 1986: 34-35, 47; Sayas 1993: 213-215). De alguna manera, el fenómeno del bandolerismo y el robo de ganado entre tribus, "costumbre peculiar y propia de los hispanos" (Diodoro 5,34,5), ofrece aquí un marco explicativo muy coherente, máxime si añadimos la pobreza endémica que las guerras lusitanas, celtibéricas y posteriormente civiles ocasionaron en amplios sectores de la población.

Resulta juicioso el análisis que Ruiz-Gálvez (1985-86: 75) realiza a propósito de las "razzias" y el bandolerismo reflejado en las fuentes, sugiriendo una práctica social organizada propia de las sociedades ganaderas, como medio de adquirir prestigio, riqueza y forma de dirimir rivalidades (vid. Nash 1985: 47; Lucas 1989: 125 ss.)<sup>156</sup>. Sin embargo, no es menos verdad que estos desequilibrios deben valorarse en un marco general más amplio (Ciprés 1993: 141-159), en relación con nuevas formas de propiedad de la tierra (Caro Baroja 1990: 332-335), de los usos agrícolas romanos y de los hábitos culturales del campesinado; es decir, la conversión paulatina de sociedades ganaderas en agrícolas a finales de la Edad del Hierro, con la consiguiente jerarquización (Jimeno y Arlegui 1995: 121-123).

Lo que apareció con la conquista romana fue, en palabras de Collis (1984: 188), un "sistema de mercados secundarios". Este nuevo patrón de asentamiento contrasta con el indígena, aunque el proceso no está del todo claro. A finales del siglo I a.C. una parte de los antiguos oppida vettones había desaparecido y otros conservaban un papel hegemónico, operando junto a un modelo de ocupación descentralizado de pequeñas granjas y aldeas. En las dos centurias siguientes se advierte un considerable aumento de población en todo el territorio, con una clara

---

<sup>156</sup> Y no sólo bandas formadas exclusivamente por guerreros, en el sentido militar y estricto del término. En el contexto del bandillaje y de las "razzias" en busca de ganado, es perfectamente plausible traer a colación aquí el antiguo concepto irlandés de una "Caoraigheacht" (the creaght), que, en sentido amplio, se refiere a comunidades itinerantes o seminómadas muy pobres, pequeñas pero integradas por todos sus miembros, de carácter básicamente ganadero y por tanto asociadas a asentamientos inestables (Lucas 1989: 68 ss.). Constituyen una institución muy característica bien documentada en los anales irlandeses de los siglos XIV a XVII, jugando un papel esencial como fuerzas de ocupación en las expediciones militares a expensas de otros territorios. Con todo, como fenómeno social, debió ser mucho más característico en contextos prehistóricos y de comienzos del Cristianismo, como refieren algunas leyendas medievales (id. 1989: 88-92). Creo que las incursiones de vettones y lusitanos, de profunda raíz social pero también ideológica, reclama ciertos paralelos en este mismo sentido.

preferencia por explotar tierras aptas para el cultivo del cereal, a orillas de los ríos Tormes, Agueda, Adaja, Arevalillo, Zapardiel, Tajo, Duero.... a través de las villae y otras instalaciones urbanas o semiurbanas (Santonja 1991: 27-28; Salinas 1992-93: 181-187; Mariné 1995: 311-318). Como el cultivo extensivo no se adapta a los bancales, este modelo de ocupación queda ausente en las zonas de acusada pendiente, creando vacíos y el abandono de antiguos núcleos de población. Los propietarios introducen entonces nuevas formas de propiedad, el fundus donde se inscribe la villa, rompiendo definitivamente con los modos de explotación tradicionales. La importancia de Zamora, Avila, Salamanca, Talavera de la Reina o Toledo, explicaría así la densa red de núcleos rurales en su entorno, ilustrando perfectamente las fórmulas agrarias de un modelo de ocupación que ha pervivido hasta nuestros días.

Hasta cierto punto, la división romana del territorio mediante civitas y sus respectivos límites, el pago de impuestos - que estimularía la producción agropecuaria, la minería y la desforestación - o la creación de una nueva red de comunicaciones, forzó a la sociedad indígena a percibir y a moverse en el paisaje de una manera muy diferente a como lo había hecho hasta entonces. Estos elementos serían constitutivos de un nuevo "mapa cognitivo" del territorio (Edmondson 1992-93: 25 ss.)<sup>157</sup>, del ager y del saltus, por parte de las gentes vettonas y lusitanas que lo habitaron. Mientras muchos de los asentamientos de la Edad del Hierro se fundaron en virtud de intereses ganaderos y defensivos, las ciudades romanas eran fundamentalmente administrativas, carecían de defensas y se emplazaban en zonas bajas. Con el tiempo, todos estos cambios en el régimen socio-económico llevarían a la disolución de los vínculos de sangre, del estatus guerrero y de la estructura gentilicia, en favor de la propiedad, un estatus más urbano y otras formas privadas del territorio.

Estos acontecimientos desarticulaban el modelo de poblamiento indígena, la organización socio-ideológica y las fórmulas económicas que lo sustentaban. La creación de un nuevo mercado y la aparición de un nuevo rango de productos romanos trajo como consecuencia la gradual desmembración del viejo sistema

---

<sup>157</sup> Resulta claro el modo de intervención romana desde comienzos del Imperio, con la creación de unos referentes étnicos y fronterizos muy precisos para los diferentes populi de los tiempos de la conquista. Estas divisiones artificiales contribuirían a dotar al paisaje de un cierto orden geográfico, allí donde los referentes habían sido hasta entonces muy imprecisos (Edmondson 1991-92: 26).

## LOS VETTONES. ANALISIS ARQUEOLOGICO DEL POBLAMIENTO

vertical de intercambio y de manufacturas entre los oppida y sus subordinados. Merced a tales circunstancias, puede afirmarse que en los años postreros a Julio César los grandes centros ganaderos habían perdido su supremacía a cambio de los mejor situados en las vegas agrícolas.

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS



## **VI.**

### **LAS NECROPOLIS. LA PANOPLIA VETTONA Y SU SECUENCIA CULTURAL.**

Después de haber analizado a grandes rasgos la problemática del poblamiento y las cerámicas del grupo Cogotas II, parece factible abordar algunas cuestiones cronológicas y culturales tomando como base los ajuares metálicos. Por supuesto tal empeño plantea problemas relativos a la perdurabilidad y tipología de las piezas, pero aún así cabe hacer algunas consideraciones.

#### **1. El registro funerario.**

A comienzos de la segunda Edad del Hierro, el ritual de cremación y las primeras necrópolis de ámbito céltico aparecen en las tierras del suroeste de la Meseta como una "extensión" de la secular tradición funeraria de los Campos de Urnas, bien implantada en la Celtiberia desde el siglo VI a.C. Más allá de la generalización del nuevo ritual, se advierten por el contrario matices propios en las deposiciones funerarias y en la tipología de los elementos que integran los ajuares, rasgos que están reflejando una acusada diversificación regional. Eso mismo ha permitido identificar a nivel de la Meseta varios grupos geográfico-culturales de indiscutible personalidad (Lorrio 1993: 304-306; Ruiz Zapatero y Lorrio 1995: 233-235, fig. 2): El Alto Tajo-Alto Jalón y Alto Duero, territorio nuclear de los celtíberos históricos (Lorrio 1994 y 1995); el Duero Medio y su prolongación en las tierras septentrionales, hasta conectar con el grupo Miraveche-Monte Bernorio (Martín Valls 1984: 37 ss.; Sanz Mínguez 1995 \* tesis), y las necrópolis abulenses y extremeñas del Sistema Central y valle medio del Tajo, que en última instancia

permitirían explicar la identidad de los célticos del SO. (Martín Valls 1985: 115 ss. y 1986-87: 72 ss.; Rodríguez Díaz y Enríquez 1992; Berrocal 1992).

En el caso particular de los cementerios vettones de la provincia de Avila, el punto de partida viene definido por dos grandes necrópolis localizadas en el valle de Amblés: Las Cogotas, con 1613 tumbas repartidas en cuatro zonas y un pequeño sector aislado, siendo hasta ahora la única excavada y publicada prácticamente en su integridad (Cabré 1932)<sup>157</sup>, y La Osera, junto al castro de la Mesa de Miranda, con unas 2230 sepulturas divididas en seis zonas, de las que sólo se publicó una de ellas (VI), con 517 enterramientos (Cabré *et alii* 1950). La primera ha sido objeto de varios intentos generales de interpretación (González-Tablas 1985, Castro 1986; Martín Valls 1986-87; Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchis 1995) y un nuevo estudio monográfico (Kurtz 1987), mientras en la segunda se llevan estudiando desde hace algunos años el resto de las zonas excavadas (Cabré y Morán 1990; Baquedano 1990, 1996 y e.p.\*; Baquedano y Escorza 1995 y e.p.\*). Existen además referencias de una necrópolis de incineración destruída por el arado en Ulaca (Gutiérrez Palacios 1955: 195). Los datos son imprecisos, pero podrían ponerse en relación con un área extensa de vestigios cerámicos que afloran en superficie al pie del *oppidum*. Al otro lado de Gredos, junto al Tiétar, creemos muy importante referirnos a la necrópolis del Raso de Candeleda, con 69 conjuntos cerrados y publicados, recogidos en cuatro sectores del yacimiento (Fernández Gómez 1986 y 1995: 154 ss. y 175 ss.)<sup>158</sup>. No obstante se conocen con seguridad otros núcleos, que podrían elevar significativamente el número de enterramientos.

Un segundo grupo lo forman los cementerios de la Alta-Media Extremadura,

---

<sup>157</sup> La relación exacta de tumbas excavadas que ofrece Cabré en la Memoria de la necrópolis es de 1613, pero sólo son susceptibles de estudio 1447 tumbas con sus respectivos ajuares, dado que las restantes carecen de inventario y no se publicaron (Cabré 1932: 17 y 141; *vid.* Martín Valls 1986-87: 75). Entre estas últimas estarían los primeros hallazgos llevados a cabo en el yacimiento, en particular las 3 "calicatas" que realizara Pérez Fortea, el capataz de las excavaciones, y que aportaron un elevado número de vasos y urnas cinerarias (más de una treintena con restos humanos) además de un importante ajuar de guerrero. Con todo, para estos vestigios se prescindió de su enumeración (Cabré 1932: 14-15 y 34, Lám. LXII). Tal vez esto último justifique la relativa fluctuación de datos que ofrecen otros autores sobre el total de tumbas consideradas (González-Tablas 1985: 44; Castro 1986: 127-128; Kurtz 1987: 9).

<sup>158</sup> La numeración de la necrópolis abulense hace referencia a un total de 66 tumbas (Fernández Gómez 1986: 763), pero dos de ellas - 40 y 49 - podrían ser en realidad cuatro - 40/40 bis y 49/49 bis - como manifiesta su excavador en alguna ocasión (*id.* 1986: 660 y 715). He considerado también la tumba "El Arenal", procedente de una colección privada y compuesta por dos urnas, una de ellas a peine, y un soliferreum (*id.* 1986: fig. 434).

## LAS NECROPOLIS

para los que tenemos referencias muy desiguales bajo el punto de vista cronológico y ajuarístico. La documentación es exigua en el caso de la necrópolis de El Cardenillo y de los distintos sectores descubiertos en Pajares, en Villanueva de la Vera, todavía en fase de excavación (González Cordero *et alii* 1990; Celestino 1995: 81-82; Celestino *et alii*, e.p.\*). Los más de 70 enterramientos de La Coraja, en Aldeacentenera, dejan entrever la importancia de esta comunidad indígena al sur del Tajo, mereciendo una divulgación mucho más extensa de lo que hasta ahora se conoce (Esteban Ortega 1993: 71 ss.). Sólo el Castillejo de la Orden, en Alcántara, ofrece algunos datos contrastables, pero las 15 sepulturas excavadas y repartidas en dos zonas no son significativas por sí mismas (Esteban Ortega *et alii* 1988; Martín Bravo 1994: 269). Capítulo aparte merecen las necrópolis de El Mercadillo y el Romazal I-II, junto al poblado de Villasviejas del Tamuja (Botija/Plasenzuela), con 46, 272 y 11 sepulturas halladas respectivamente (Hernández Hernández y Galán 1996). Su interés trasciende más allá del estricto marco geográfico, como se vislumbra del análisis comparativo de los cementerios, de la condición "ibérica" - El Mercadillo - o "céltica" - El Romazal I - de los ajuares y del papel jugado por el armamento, en una secuencia cronológica que abarcaría los siglos IV al I a.C. (Hernández Hernández 1991, 1993 y 1994). Ya para terminar, existen referencias sobre otras necrópolis en la misma provincia - Portaje, Alconétar, Casar de Cáceres y Santa Cruz de la Sierra - pero tomando sólo como base hallazgos superficiales (Rodríguez Díaz y Enríquez 1992: 537, fig. 3).

El rito funerario debió basarse de forma casi exclusiva en la cremación de los cadáveres, realizada probablemente en ustrina, hasta su deposición en un hoyo con o sin urna cineraria. En Las Cogotas, en el espacio que media entre la necrópolis y el castro, en una zona de canchales, se documentan cenizas y restos calcinados de huesos y pequeñas escorias de metal, evidencias que podrían interpretarse a favor de estos espacios colectivos reservados a la incineración (Cabré 1932: 15)<sup>159</sup>. La mayoría de los enterramientos ofrece incineraciones simples en hoyo o bien mediante un pequeño rebaje del suelo natural, sin apenas protección. En algunas ocasiones se acompañan de estructuras tumulares y

---

<sup>159</sup> En La Osera unos pocos enterramientos se documentaron rodeados de un lecho de cenizas, que podrían sugerir una cremación in situ. No obstante, para la mayoría la pira funeraria debió realizarse en un lugar apartado del que no existen evidencias (Cabré *et alii* 1950: 63). Los testimonios arqueológicos son escasos, pero algunos otros - Aguilar de Anguita, Luzaga, Riba de Saelices, Molina de Aragón, Carratiermes - también se han podido delimitar en la Celtiberia (Lorrio 1995: 190 ss.).

encachados de piedra - La Osera, El Mercadillo, tal vez Aldeacentenera<sup>160</sup> - estelas más o menos alineadas - Las Cogotas - y pequeñas coberturas de lajas que protegen el enterramiento - El Raso, El Romazal I, Castillejo de la Orden - aunque a veces se señalen también con alguna piedra vertical que haría las veces de estela. Característico de todas ellas es (a) su localización frente a las puertas de los poblados, entre 150-300 m. de distancia, (b) su intervisibilidad respecto a este último<sup>161</sup> y (c) una peculiar ordenación del espacio interno funerario, consistente en presentar distintas áreas individualizadas con gran diversificación de ajuares, separados a su vez por espacios estériles. Cuestión muy debatida es la lectura sociológica que se infiere de esto último, dada la contemporaneidad de los distintos núcleos y los grupos aristocráticos representados (Kurtz 1987: 256 ss. y 274 ss.), aspecto sobre el que insistiremos más adelante (cap. \*).

En el extremo occidental del territorio, principalmente en las provincias de Zamora y Salamanca, la información sobre los sitios funerarios es prácticamente nula. Esta situación plantea una disyuntiva, o bien existieron rituales funerarios que no dejaron huella arqueológica alguna - exposición de los cadáveres a los agentes naturales y animales carroñeros, arrojamiento de los cuerpos o cenizas a las aguas - o bien tales enterramientos no se han detectado en el marco de la investigación, y eso a pesar de la relativa densidad de prospecciones realizadas. Existen noticias sobre vasos cerámicos que contenían carbones a escasos 300 m. de la muralla del Picón de la Mora, en Encinasola de los Comendadores, pero las referencias son muy imprecisas (Martín Valls 1971b: 131). Otras veces las prácticas agrícolas pueden haber incidido de forma determinante en la conservación de las necrópolis (Esparza 1990b: 120-121); en cualquier caso, el innegable parentesco de estos territorios con otros sectores más amplios de la fachada atlántica peninsular invita a sospechar en una práctica ritual común, enraizada en el substrato de las poblaciones del Bronce Final/Hierro I, que a priori excluiría cementerios extensos.

---

<sup>160</sup> Se aluden a posibles cubriciones, hoy totalmente arrasadas (Esteban Ortega 1993: 71). Por otro lado, en uno de los sectores de Pajares se habla de estructuras funerarias con la roca recortada en las laderas, emulando los túmulos de tradición orientalizante (Celestino 1995: 82), pero no es posible precisar nada más.

<sup>161</sup> Las necrópolis del Romazal I-II se localizan a mayor distancia del castro de Villasviejas, a unos 600 m., en un sector de difícil acceso. En el primero de los casos, sólo la parte más alta del cerro donde se emplaza resulta visible desde el poblado (Hernández Hernández 1994: 258; E. Galán, com. personal).

## LAS NECROPOLIS

### 2. El modelo armamentístico.

Para el estudio de la panoplia vettona y su evolución, nos hemos ceñido básicamente a los ajuares guerreros de las tres necrópolis abulenses conocidas (Cabré 1932; Cabré *et alii* 1950; Fernández Gómez 1986), dado que constituyen la fuente esencial de información para la segunda Edad del Hierro en esta zona nuclear de la Vettonia, y máxime el elevado número de conjuntos cerrados allí localizados. No obstante, tampoco se excluye la condición de algunas necrópolis extremeñas del valle medio del Tajo, todavía en el círculo lusitano-vettón (Hernández Hernández 1991, 1993 y 1994; Esteban Ortega 1993; Esteban Ortega *et alii* 1988), que podrían diagnosticarse a partir de los rasgos tipológicos de las primeras.

Si consideramos como elementos propios del armamento indígena los integrados por espada, puñal, lanza y escudo (Martín Valls 1986-87: 75; Kurtz 1986-87 y 1987: 17 ss.), las necrópolis ostentan a primera vista un estamento dirigente o militar relativamente minoritario<sup>162</sup>: así lo avalan los 38 ajuares con armas de Las Cogotas (2,62% respecto a las 1447 tumbas publicadas), los 12 ajuares del Raso de Candeleda (17,3%)<sup>163</sup> y los 59 de la zona VI de La Osera (11,4%). También podemos servirnos de los datos aportados para los otros sectores de la emblemática necrópolis, a excepción de la zona V, aunque desafortunadamente para nuestro propósito no conocemos el contenido preciso de

---

<sup>162</sup> Se ha optado por excluir del cálculo general a los cuchillos afalcatados. Es cierto que a veces forman parte integrante del ajuar de guerrero, habiendo sido considerado como arma en sí misma por algunos autores (Mohen 1980: 66-67; Kurtz 1987: 35), pero no lo es menos su asociación a enterramientos de distinta categoría, dato que no difiere en lo esencial de las necrópolis celtibéricas, por lo que su utilización como arma sólo sería ocasional (Lorrio 1990: 46 y 1993: 312). Aproximadamente el 60% de los cuchillos de dorso curvo documentados en los cementerios vettones se asocia a tumbas con armas (75%, 63% y 46% en el Raso, La Osera y Las Cogotas respectivamente). Tampoco se han tenido en cuenta los elementos de atalaje de caballo, con una importante presencia en La Osera y Las Cogotas, pues no se trata de armamento ofensivo o defensivo en sentido estricto, aunque es verdad que se asocian generalmente a tumbas con armas y elevada riqueza, y por tanto del estamento militar. En la zona VI de la Osera se conocen 11 tumbas con arreos, de las cuales 9 se asocian a los ajuares de guerrero en sus distintas combinaciones. En Las Cogotas son 11 de un total de 16, lo que confirma nuevamente la importancia del caballo en los ajuares con armas. Extraña su ausencia en el Raso, donde sólo se conoce un fragmento en bronce de una de las camas laterales, entre los materiales descontextualizados del yacimiento (Fernández Gómez 1986: 777). En cualquier caso los elementos relacionados con el caballo también resultan muy excepcionales en las necrópolis de la Alta Extremadura; sólo restos de arreo en una tumba de El Romazal (Hernández Hernández 1994: 262; Hernández Hernández y Galán 1996: fig. 55), otro en la supuesta necrópolis de El Cardenillo (González Cordero *et alii* 1990: 132) y el hallazgo de una espuela en La Coraja (Esteban Ortega 1993: 82) y nuevamente en El Romazal (Hernández Hernández 1994: 262). También se ha señalado la escasez de este elemento en las poblaciones célticas del SO (Berrocal 1992: 161).

<sup>163</sup> Reconocibles por la existencia de armas, he considerado las 11 tumbas exhumadas por el autor (Fernández Gómez 1986: 773) y el ajuar procedente de una colección privada (*id.* 1986: fig. 434).

las panoplias (Baquedano y Escorza, e.p.\*). Reconocibles por la existencia de armamento, las zonas I y III rondan el 25% ó 26% del total de enterramientos allí obtenidos, mientras en los sectores II y IV las sepulturas de guerrero constituirían aproximadamente el 15% cada uno. Al sur del Tajo, el panorama a primera vista es bastante empobrecedor. En la necrópolis de El Mercadillo, junto al castro de Botija, las armas se reducen a una punta de lanza y un regatón (4,3%), de los 46 conjuntos conocidos. Sin embargo, creemos interesante incluir aquí los 39 conjuntos con armas (14,33%) de los 272 documentados en la necrópolis de El Romazal I (E. Galán, com. personal), que es posterior en el tiempo a la primera y enlaza con la vida final del castro. Por último, en La Coraja de Aldeacentenera, sólo dos tumbas ofrecen ajuar de guerrero (2,85%), aunque la información sigue siendo a todas luces insuficiente e imprecisa<sup>164</sup>.

Así, por lo que hace al número absoluto de sepulturas de guerrero en las distintas necrópolis, debe considerarse una relativa variabilidad, entre el 3% y el 20%, que evidenciaría cambios de tipo social o cronológico, aunque es evidente que no todos los datos son empíricamente contrastables. Nuestras reservas son sobre todo relativas a la representatividad de las tumbas conocidas, dado que a excepción de Las Cogotas y La Osera el resto no se ha excavado en su integridad. Aún así, si consideramos el total de tumbas exhumadas, comprobamos que en líneas generales difieren de lo que se observa en las necrópolis celtibéricas del Alto Duero, donde las sepulturas con armas alcanzan desde finales del s. V a.C. y durante las dos centurias siguientes valores más altos; sería el caso de La Mercadera y Ucero, con el 39% y el 34,7% respectivamente (Lorrio 1990, 1994: 229, fig. 2; García-Soto 1990: 25). Ya en el Duero Medio, la necrópolis vaccea de Las Ruedas (Sanz Mínguez 1990b y 1993) ofrece también una elevada riqueza en ajuares dotados de armamento, en torno al 35,3% respecto a los 65 depósitos hasta ahora localizados. A la vista de los datos, cabe razonablemente pensar que no se enterraran todos los sectores de la población, lo que evidenciaría un modelo social y funerario distinto<sup>165</sup>. Estas diferencias también son muy ostensibles si

---

<sup>164</sup> También hay que valorar el hallazgo de dos falcates y un soliferreo, pero fuera de contexto (Esteban Ortega 1993: 80-81).

<sup>165</sup> En abierto contraste con los datos proporcionados por la necrópolis del Romazal o los cementerios abulenses, paradójicamente destaca el carácter "guerrero" de la necrópolis de Alcántara (Esteban Ortega *et alii* 1988), donde nueve (64,2%) de los catorce ajuares recogidos en la zona A ofrecían armamento o vestigios del mismo. Sin descartar que los enterramientos más pobres no se hubieran conservado, siendo por tanto indetectables arqueológicamente, cabe pensar en

## LAS NECROPOLIS

consideramos el registro arqueológico de las necrópolis celtibéricas del Alto Tajo-Alto Jalón - Aguilar de Anguita, Luzaga, Riba de Saelices... - que sólo en algunos casos debieron contener armas, manifestando en este momento un significativo empobrecimiento de los ajuares (Lorrio 1994: 225-228, fig. 2). Desde luego la representatividad de las necrópolis es muy sesgada y no contamos con la totalidad de los enterramientos llevados a cabo (Alvarez-Sanchís 1990b), pero, con todas las reservas que se quiera, parece evidente un tratamiento diferencial bajo el punto de vista geográfico (Ruiz Zapatero y Lorrio 1995: 233-235), que en última instancia contribuiría a matizar la configuración étnica de cada territorio.

El armamento vettón ofrece distintas combinaciones, desde sepulturas muy ricas con panoplias completas y hasta otras, la mayoría, que integran sólo armas de asta. Las asociaciones documentadas en las necrópolis abulenses pueden ser cuantificadas en las siguientes categorías y en orden decreciente (Fig. \*)<sup>166</sup>:

- (1) Una o dos lanzas<sup>167</sup>. Engloba tanto armas de acometida - lanzas propiamente dichas - como arrojadizas: jabalinas o puntas de menor tamaño, chuzos y soliferrea. Sólo en ocasiones se acompañan de regatones, que también han podido funcionar como puntas (Kurtz 1987: 68). Integra el equipo básico del infante ligero, de ahí su preponderancia en los conjuntos con armas estudiados: 41,6%, 28,9% y 27,1% para el Raso, las Cogotas y La Osera respectivamente.
- (2) Una espada o puñal, un escudo y una pareja de lanzas<sup>168</sup>. Constituye el

---

la posibilidad de una organización diferencial de las tumbas, tratándose de una área específica del cementerio y por tanto inmerso en otro más extenso que también comprendería enterramientos sin armas. Al menos eso parece inferirse de las prospecciones realizadas en aquellos sectores donde teóricamente se prolongaría la necrópolis, y al que correspondería alguno de los hallazgos cerámicos (Martín Bravo 1994: 269). La necrópolis se encuentra además muy alterada por las remociones de los furtivos y la actuación de urgencia motivada para salvaguardar los hallazgos sin duda condicionó los objetivos prioritarios de la excavación (Esteban Ortega *et alii* 1988: 7). Tampoco es excluyente la militarización estricta del cementerio y la exclusión de otros sectores sociales, siguiendo el "modelo" arévaco (Lorrio 1990), aunque hay que reconocer la imprecisión que todo ello entraña.

<sup>166</sup> Los datos de La Osera se refieren exclusivamente al sector VI de la necrópolis.

<sup>167</sup> Con carácter excepcional, la tumba 116 de la Osera ofrece tres puntas de lanza de nervio central fino (Cabré *et alii* 1950: 99, fig. 11).

<sup>168</sup> Sólo en las tumbas 4 y 509 de La Osera (Cabré *et alii* 1950: 79 y 154) espada y puñal forman parte integrante de la misma panoplia. Respecto a las puntas de lanza, éstas se registran por pares aunque también se dan a título individual. En todo caso, contamos además con las sepulturas 270 y 514 de La Osera, que aportan cuatro y tres ejemplares

ideal de panoplia completa, con el 33,3% (El Raso), 15,7% (Las Cogotas) y 25,4% (La Osera) de las tumbas de guerrero. Con la información disponible (vid. infra) cabría plantear que la incorporación del puñal en el equipo ofensivo se produjo más tarde, frente a los estadios anteriores en los que era habitual la espada.

- (3) Una espada o puñal. Cabría considerar este modelo característico de las Cogotas (23,6%) y la Osera (13,5%), no así del Raso de Candeleda. A veces sólo se detectan restos de la vaina o el tahalí.
- (4) Una espada o puñal y de una a dos lanzas<sup>169</sup>. Podría relacionarse con la panoplia tipo, en el supuesto de que tales conjuntos se acompañaran de escudos fabricados con madera y cuero, careciendo de umbos metálicos, y por tanto no detectables arqueológicamente. En nuestro caso hay que destacar su presencia en el 8,3% de las tumbas con armas del Raso, en el 7,8% de las Cogotas y en el 10,1% de La Osera.
- (5) Una o dos lanzas y un escudo: 7,8% en Las Cogotas y 8,4% en La Osera.
- (6) Una espada o puñal y un escudo: 8,3% en El Raso, 10,5% en Las Cogotas y 5% en La Osera.
- (7) Un escudo: 8,3%, 5,2% y 10,1% respectivamente. Estos conjuntos, de los que restan exclusivamente los umbos o abrazaderas de escudo, podrían manifestar ajuares incompletos o un ritual de deposición cuyo significado no es posible determinar.

Una primera impresión nos lleva a considerar que buena parte del equipo militar fue común en el espacio y en el tiempo; la proliferación de cada una de las categorías ofrece una coherencia interna muy regular en las tres necrópolis, luego parece que no estamos ante datos circunstanciales. Cabe defender como panoplias

---

respectivamente, aunque en el primero de los conjuntos y por el modo de salir los objetos no se descarta que se trate de dos enterramientos (id. 1950: 121-122, 155-157).

<sup>169</sup> La tumba 185 de La Osera ofrece, además de la espada y su respectiva vaina, cuatro puntas de lanza. Como en el conjunto 270, sus excavadores no descartan que se trate de dos enterramientos (Cabré et alii 1950: 110).



## LAS NECROPOLIS

más frecuentes, dentro de la heterogeneidad que muestran los ajuares, las dos primeras categorías, ya que engloban más de la mitad (52,2%) de las tumbas de guerrero. Este porcentaje podría ser mucho más acusado según ponen de manifiesto aquellos conjuntos con lanza y espada que podrían asociarse a modelos de escudos elaborados exclusivamente con materia orgánica, a la vez que simplificaría la tipología de los equipos en cuestión. Otro tanto cabría decir del valle medio del Tago y tierras limítrofes de Vettonia y Lusitania. En el Castillejo de la Orden de Alcántara (Esteban Ortega *et alii* 1988), a pesar del escaso número de conjuntos documentados y de las actuaciones de los furtivos, las tumbas con lanza y con la panoplia completa, es decir, una pareja de lanzas, una espada y un escudo, acaparan el 40% de los ajuares con armas. Ese mismo valor se vería incrementado con las tumbas que únicamente ofertan lanza y espada.

Por último, es preciso señalar que estas mismas combinaciones no difieren en líneas generales de la panoplia celtibérica (Schüle 1969; Lorrio 1994: 229 ss. y 1995: 218 ss., 250 ss.), lo que demostraría que este modelo se expandió por todo el ámbito céltico de la Meseta, llegando a ser el máximo exponente de la armería indígena durante los siglos V-III a.C. Y ello, con independencia de las tipologías de las armas empleadas y de la lectura socio-económica que aporta cada registro funerario. Seguramente el modelo armamentístico debió persistir durante más tiempo, en el contexto de las guerras con Roma, aunque aquí será necesario recurrir a otras fuentes de información. También en la necrópolis cacereña de El Romazal I, que se ha datado en las dos últimas centurias antes de la era, los datos provisionales advierten sobre la importancia de la lanza, presumiblemente en la mitad de los ajuares de guerrero, y la característica panoplia de puñal o espada y dos puntas de lanza. El hallazgo de umbos de escudo fuera de contexto podría completar el equipo, aunque no son descartables otras hipótesis (Hernández Hernández 1994: 262; Hernández Hernández y Galán 1996: 112-121). De todas maneras, el fenómeno debió ser bastante más general y no exclusivo de las poblaciones del interior. Recuérdese en este sentido las características del equipo militar documentado en las necrópolis ibéricas (Quesada 1989 y 1991), soslayando las diferencias que plantean sus tipos frente a las espadas célticas<sup>170</sup>, e incluso ha llegado a plantearse un origen común que podría remontarse hasta el Bronce

---

<sup>170</sup> El carácter genérico de la panoplia tiene también un paralelo en la mitología céltica irlandesa. En el *Táin Bó Cúanlgé*, el armamento del héroe irlandés, *Cúchulain*, se compone de dos lanzas, escudo y espada (Ciprés 1993: 84).

Final, como ponen de manifiesto algunos depósitos de espadas pistiliformes y puntas de lanza (Lorrio 1994: 225).

La revisión de estos aspectos, ineludiblemente nos llevaría a efectuar algún tipo de consideración acerca de la panoplia de la primera Edad del Hierro en el sector suroccidental de la Meseta. En Sanchorreja podría admitirse que se forjaba el hierro en un momento avanzado del siglo VII a.C., al margen de los primeros objetos importados que podrían reclamar una data más elevada (cap. \*). Pese a todo, la situación es particularmente compleja pues apenas se conocen evidencias sobre las asociaciones de las armas en cuestión.

En este sentido, cabría citar como procedentes del castro abulense varias puntas de lanza de aletas estrechas - entre 20 y 30 cm. - con largo tubo de empuñadura y nervio central acusado, regatones de gran longitud - de 10 a 20 cm. - y cuchillos de dorso recto y curvo (Maluquer 1958a: 56, fig. 16; González-Tablas *et alii* 1991-92: 303, 305-307, 309, fig. 10). Algunos materiales plantean problemas de atribución funcional y tipológica; es el caso de una pieza que se ha interpretado como un umbo de escudo circular, con el extremo dentado, precisándose que la parte central es de bronce y el aro de hierro (González-Tablas *et alii* 1991-92: 308, fig. 9). Finalmente, el yacimiento también deparó un conjunto relativamente uniforme de objetos bronceos relacionados con la vestimenta, para los que resulta evidente su origen meridional y una cronología de los siglos VI-V a.C.\*: fíbulas de doble resorte de puente filiforme y de puente oval así como broches de cinturón de placa calada y de uno y tres garfios (Maluquer 1958a: 64 ss., 80 ss., fig. 17; González-Tablas *et alii* 1991-92: 304-305, 310 ss., figs. 2-6). A esta panoplia básica podrían corresponder otros hallazgos de alto rango, tales como los calderos y asadores asociados al banquete funerario o los jarros y aguamaniles de bronce destinados al ritual de libación. Estas piezas se documentan bastante bien al sur del Duero (Sanchorreja, El Berrueco, Villanueva de la Vera, Arroyo Manzanas...) y de ellos ya nos hemos ocupado en otras ocasiones (cap. \*)<sup>171</sup>.

---

<sup>171</sup> Si quisiera resaltar la original y llamativa comparecencia de estos elementos, nuevamente en tierras vettonas, pero ahora en el transcurso de la segunda Edad del Hierro. Por un lado podemos recurrir a los recipientes de tipo ibérico conocidos de La Osera (Cuadrado 1966: 35-37; Baquedano 1990: fig. 12 y 1996; Baquedano y Escorza 1995: fig. 5), El Raso (Fernández Gómez 1986: 893), Yecla de Yeltes (Blázquez 1968: 109, nota 1) y el Picón de la Mora (Martín Valls 1971b: 136-137). De igual modo, tendríamos los calderos de bronce y elementos asociados al fuego en las necrópolis de La Osera y Las Cogotas (Cabré *et alii* 1950: 73-74, 198-199; Baquedano 1990: 283-284; Kurtz 1987: 226-231). Estas

## LAS NECROPOLIS

Pese a que la recogida de estos materiales no procede en parte de excavación sistemática, podría hacerse una reconstrucción teórica de la panoplia protovettona del Hierro I. Tales elementos llevarían además a considerar una relación genética con las panoplias aristocráticas orientalizantes del Mediodía Peninsular, datables entre los siglos VII y V a.C.. En la fase antigua de la necrópolis de Alcácer-do-Sal así como en el único ajuar de guerrero conocido de Medellín el armamento se relaciona con puntas de lanza, regatones y cuchillos (Paixão 1983: 277 ss.; Almagro-Gorbea 1991c: 236; vid. Lorrio 1995: 226). La panoplia recogida en \*Cancho Roano es más completa pero de nuevo evidencia largas puntas de lanza (Almagro-Gorbea et alii 1990: 274, fig. 16). Respecto a las armas y fíbulas de Sanchorreja, a la vista de su cronología y condiciones de hallazgo, no cabe esperar su asociación a las necrópolis de incineración vettonas, pero sí a un momento anterior, cuyos paralelos más elocuentes en la Meseta los encontramos en la fase inicial de las necrópolis celtibéricas, fechables a partir de la sexta centuria. En la secuencia establecida por Lorrio (1994: 216-221), las tumbas más antiguas se caracterizarían por largas puntas de lanza de tipo Alcácer - más esbeltas que las abulenses - con sus correspondientes regatones, cuchillos afalcatados y fíbulas de doble resorte con puente de sección filiforme o de cinta, siendo también factible para el autor una procedencia meridional en la arribada de los primeros hierros, sin excluir el ámbito colonial del NE..

Ciertamente, creo que todos estos datos abundan en el desarrollo uniforme y sin solución de continuidad de las panoplias de la Meseta durante la Edad del Hierro, a la vez que demuestran que el proceso de celtización se hizo de manera gradual y de este a oeste.

Aunque sea un dato negativo, tales hallazgos podrían confirmar la rarefacción de las espadas en contextos funerarios y de habitación del Primer Hierro. Parece evidente que la lanza fue el arma característica de los guerreros desde la Edad del Bronce<sup>172</sup> hasta las panoplias del siglo V a.C., que ya incluirían

---

evidencias no sólo demostrarían la incidencia ibérica en el mundo de Cogotas II, sino que servirían de argumento en favor de una interpretación continuista, de un proceso que se desarrolla en el Suroeste de la Meseta a lo largo de la Edad del Hierro.

<sup>172</sup> Por su interés, merecen ser citados en un contexto del Bronce Final la punta de lanza de bronce con enmangue tubular de la vivienda 9 de Sanchorreja, asociada a una fíbula de codo, que Maluquer (1958a: 56, fig. 16) atribuye razonablemente al nivel antiguo del yacimiento; la punta de lanza tipo Ría de Huelva hallada fuera de contexto en el castro

espadas de hierro entre otras combinaciones más complejas. Así las cosas, habría que destacar los trabajos de Almagro-Gorbea (1992 y 1993b) sobre el proceso de celtización, que al referirse a las costumbres ancestrales de las sociedades indoeuropeas valoraba la importancia de las armas de asta en las fraternidades guerreras, además de la referencia explícita de Estrabón (3,3,6) a propósito de las lanzas "con puntas de bronce" empleadas por los lusitanos, tal vez mantenidas por usos rituales y que responderían a una organización social muy primitiva, más propia de la Edad del Bronce (Almagro-Gorbea y Alvarez-Sanchis 1993: 212 ss., nota 39)<sup>173</sup>. Por el contrario, las nuevas panoplias surgidas a mediados del primer milenio seguramente supondrían un cambio en las tácticas de armamento, habiéndose vinculado este fenómeno con el gradual desarrollo de las organizaciones de tipo gentilicio (Almagro-Gorbea 1992: 12 ss. y 1993b: 135, nota 11).

En el orden cronológico, es indudable que la vida de las necrópolis abulenses no debió ser demasiado larga, enmarcándose el grueso de los materiales entre finales del siglo V a.C. y las dos centurias siguientes. Este proceso responde a la vitalización que conoce la Meseta en la forja de nuevos tipos de armas y herramientas, bien sistematizada en la fase II de Lorrio (1994: 221-236) para las necrópolis de la Celtiberia Ulterior. Tanto con respecto a los tipos como a las dataciones, los cementerios vettones corroboran en líneas generales este mismo encuadre; no obstante, algunas asociaciones pueden ser matizadas algo más, lo que nos llevaría a considerar una relativa evolución y personalidad en el sector.

### 3. Fase I.

No hay duda que el arma más importante en esta etapa fue la espada de

---

del Raso de Candeleda (Fernández Gómez y López Fernández 1990: 96-97) y un regatón cónico en bronce de la provincia de Salamanca procedente de El Tejado (Fernández Manzano 1986: 26). En Extremadura, también son reveladores en este contexto las puntas de la cueva de Maltravieso, Almendralejo y zona de Valencia de Alcántara-Alburquerque (Celestino *et alii* 1992: 312-313), mientras en Zamora podría citarse el ejemplar del castro de Sansueña, entre Rosinos de Vidriales y Fuente Encalada (Fernández Manzano 1986: 28). La importancia de la lanza también podría postularse para algunas áreas del Bronce Atlántico a juzgar por la documentación arqueológica (Megaw y Simpson 1981: 298).

<sup>173</sup> En muchos casos la imprecisión cronológica de estas armas de bronce resulta evidente. Aún así, algunas puntas de este metal también se han considerado exponentes de la Primera Edad del Hierro, como las palentinas de Medina de Rioseco y Cisneros (Delibes 1983b: 76; Esparza 1986: 112).

## LAS NECROPOLIS

antenas en sus distintas variantes, cuyo origen ha de buscarse en el grupo del Alto Tajo-Alto Jalón. Probablemente las más antiguas se identifican con el modelo conocido como "Aguilar de Anguita", de hoja recta y antenas atrofiadas pero más desarrolladas que los modelos posteriores, con los extremos de forma esférica o tendencia lenticular. Se datan sobre todo en el siglo V a.C. e inicios del IV a.C., estando muy bien documentadas en las necrópolis celtibéricas desde estos primeros tiempos (Cabré 1990: 206-207; Lorrio 1994: 221 ss.). En la Meseta suroccidental se conocen algunos ejemplares de esta índole, pudiéndose citar, entre otros, las sepulturas 20 y 63 del Raso de Candeleda (Fernández Gómez 1986: 593 y 721)<sup>174</sup>, los conjuntos 100, 228, 388 y 417 de la zona VI de la Osera (Cabré *et alii* 1950: 173-174) y una de las espadas de la necrópolis de Alcántara, tal vez más evolucionada, pues la empuñadura no ofrece el típico engrosamiento central (Esteban Ortega *et alii* 1988: 76). Los conjuntos del Raso, con sendos soliferrea, lanza con nervadura central - sep. 20 - cerámica peinada y umbo de casquete esférico con apéndices radiales - sep. 63 - estarían entre los primeros enterramientos con armas conocidos en las necrópolis occidentales, habiendo sido datados a inicios del siglo IV a.C. (Fernández Gómez 1986: 873 y 876). No obstante, no sería difícil que algunas tumbas fuesen sincrónicas a los ajuares con cerámicas peinadas más antiguas del sector, apoyando una fecha entrada en la quinta centuria, y teniendo además en cuenta el panorama arqueológico que ofrecen los hierros citados en la Meseta Oriental.

También habría que vincular a este momento antiguo de las necrópolis de Cogotas II las espadas de frontón, oriundas del mediodía peninsular a mediados del primer milenio y recientemente sistematizadas por Cabré (1990: 210-211). En el Raso se recogen dos ejemplares - sep. 13 y 66 - del tipo de frontón exento (Fernández Gómez 1986: 583 y 733); seis proceden de varios sectores de La Osera, por ahora inéditos (Cabré *et alii* 1950: 68), y otro de la única sepultura de la zona B de la necrópolis de Alcántara, asociada a dos largas puntas de lanza de hoja estrecha y nervio central (Esteban Ortega *et alii* 1988: 60). La presencia de otras armas ofensivas de tipo ibérico quedaría reducida a algunas falcatas: sendas

---

<sup>174</sup> El ejemplar de la tumba 63 del Raso (Fernández Gómez 1986: 721), de notable decoración, ofrece cierta personalidad tipológica. Las antenas, de sección rectangular y más desarrolladas de lo usual, atraviesan dos discos cilíndricos y quedan rematadas sobre ellos. De alguna manera los discos denotan influencias de las espadas portuguesas de la serie más antigua de tipo Alcaçer (Cabré y Cabré 1933a: 89) aunque no llegan a ser superpuestos. Por otra parte, Schüle (1969: Vol I, 224; Vol II, láms 1,1; 4,1; 125,1) da a conocer la existencia de un nuevo ejemplar procedente de la necrópolis, que podría hallarse en la colección Molinero (*vid.* Fernández Gómez 1986: 791).

espadas aparecieron en las tumbas 370 y 394 de la Osera, también acompañadas de largas puntas de lanza y cerámica a mano, la primera asociada a un caldero de bronce, elementos de atalaje y en el nivel más profundo del túmulo (Cabré *et alii* 1950: 133 y 136)<sup>175</sup>. El conjunto 64 del Raso, ostenta una falcata con empuñadura en forma de cabeza de ave, un soliferrea y un umbo con apéndices radiales entre otros hierros, que cabría llevar a un punto algo más avanzado del s. IV a.C. a la vista de su asociación con dos urnas a torno (Fernández Gómez 1986: 728-729).

El carácter exótico de estas espadas en relación a los otros elementos que constituyen el ajuar, abogan por un origen foráneo, tal vez fruto de intercambios comerciales, aunque tampoco sería excluyente la posibilidad de un mercenariado vettón al servicio de los régulos ibéricos en los siglos V-IV a.C.. De entre los distintos elementos de procedencia meridional, podríamos reconocer los broches de tipo andaluz con damasquinados, sistematizados en su día por Cabré (1937). Frente al único ejemplar conocido en Las Cogotas - sep. 730 - en La Osera constituyen un lote muy considerable, cercano al medio centenar, dándose además la circunstancia de que la mayoría se localiza en los niveles profundos de los túmulos, por tanto asociados a las tumbas más antiguas (Baquedano 1996: 80). Otro tanto cabría decir con respecto a los discos-coraza en hierro de la sepultura 350, que sus excavadores relacionan con los aparecidos en Aguilar de Anguita y sobre todo con la sepultura 400 de la necrópolis ibérica de El Cabecico del Tesoro, en el pueblo murciano de Verdolay (Cabré *et alii* 1950: 187), e iconográficamente presentes en algunos modelos escultóricos del ámbito ibérico como La Alcudía o Porcuna (Kurtz 1985: 19 ss.). Entre otros elementos de importación, los discos abulenses aparecieron junto a las famosas plaquitas de bronce chapeadas de plata<sup>176</sup> - con la conocida escena del águila devorando un ave - dos broches

---

<sup>175</sup> No obstante, hay que reconocer que la descripción de los distintos elementos que integran el ajuar de la sepultura 370 es un tanto confusa. Compárese al respecto los comentarios de la páginas 133, 181 y 219 de la Memoria (Cabré *et alii* 1950). El ajuar de la sepultura 394, que además se acompaña de un broche damasquinado y una abrazadera de escudo de tipo ibérico, apareció entre el empedrado soterrado por la muralla, lo que indicaría a juicio de sus descubridores una relativa modernidad respecto a la localizada en el túmulo (*id.* 1950: 181).

<sup>176</sup> Las placas revestidas de plata se han interpretado como parte integrante de los discos, unidas al correaje de sujección (Baquedano 1996), y no al cinturón como se viene representando tradicionalmente (Cabré *et alii* 1950: lám. LIV). No obstante, sus descubridores ya advirtieron la coincidencia de los discos y placas en las necrópolis abulense y murciana, no excluyendo su relación con las corazas (*id.* 1950: 187). De las inmediaciones de Ulaca podrían proceder tres diademas de oro decoradas mediante repujado y con un mismo motivo, un águila en posición frontal sobre una planta de acanto, que se han relacionado con las placas de la Osera, arguyendo una procedencia helenística (Fernández Gómez 1989: 88-89 y

## LAS NECROPOLIS

ibéricos, un caldero y un braserillo de bronce. Lo excepcional del conjunto, que se puede datar sin problemas en la primera mitad del s. IV a.C., estriba además en la similitud que ofrece con la sepultura 400 de la necrópolis murciana, dato que confirmaría un comercio suntuario con el SE. peninsular (Quesada 1989; Baquedano 1996).

Probablemente en este momento, el modelo Aguilar de Anguita convive con las espadas de antenas del tipo Alcácer do Sal y Arcóbriga. Las primeras son desconocidas en la Meseta Oriental pero están bien representadas en La Osera, donde se conocen 17 ejemplares en toda la necrópolis (Cabré y Cabré 1933a; Cabré *et alii* 1950: 68)<sup>177</sup>. Algunas ostentan las características propias de las espadas portuguesas, que se distinguen por su hoja recta, empuñadura facetada, antenas constituídas por tres discos superpuestos y ricas ornamentaciones damasquinadas con motivos curvilíneos, inherentes al arte decorativo de La Tène<sup>178</sup>. Podría citarse la sepultura 1060 de la zona V, con dos largas puntas de lanza (Cabré y Baquedano 1991: 69), o, mejor, la pieza de la sepultura I, hallada en el nivel más profundo del túmulo D/zona I y asociada entre otros elementos a cerámica a peine, unas pinzas caladas, una abrazadera de escudo de tipo ibérico, un bocado de caballo, braserillos y dos pequeños platos de barniz negro cuya cronología, del segundo cuarto del s. IV a.C. (Cabré y Morán 1990: 78 y 80), se ajustaría bastante bien a la propuesta de Cuadrado (1975: 670 y 1987: 107) para los conjuntos del Cigarralejo, donde se documentaron pinzas caladas de diseño análogo a las abulenses y fechadas en torno al 375-350 a.C.

No es descartable que las espadas de tipo Arcóbriga, con la característica

---

1995: 181-182).

<sup>177</sup> Otro ejemplar procede de la tumba 12 de la necrópolis de Alcántara (Esteban Ortega *et alii* 1988: 76-77), pero podría ser un caso temprano de hibridación; la hoja es de tendencia ligeramente pistiliforme y en ese sentido entronca con las primeras espadas de la serie Arcóbriga, también en la cuarta centuria. Con todo, el remate de las antenas se inspira claramente en los típicos discos del modelo Alcácer-do-Sal.

<sup>178</sup> Resultan usuales las dobles espirales y las esquematizaciones de ritmo vegetal también presentes en otros objetos, como las pinzas y placas de cinturón de tipo ibérico con decoración calada. Véase por ejemplo las pinzas de bronce del ajuar 1241/zona V y la vaina enteriza de hierro de una espada de tipo Alcácer hallada en la tumba 60/zona III de La Osera (Cabré y Morán 1990: fig. II, 1 y 3 respectivamente). Su selección no es fortuita, pues se corresponde con una iconografía bien estructurada en el período de formación y expansión del mundo de la Tène occidental - siglos V y IV a.C. - que asimila una parte del repertorio clásico mediterráneo (Schwappach 1976; Frey 1976; Kruta 1993: 432-438). De alguna manera, ello permitiría considerar a las espadas de tipo Alcácer-do-Sal producto de un taller celto-meridional (Cabré y Baquedano 1991: 68).

hoja pistiliforme y también asociadas a cerámicas a mano y con decoración peinada (zona VI/sepulturas 185 y 200), hicieran su aparición en el suroeste de la Meseta en la primera mitad del siglo IV a.C. (Cabré 1990: 213-215)<sup>179</sup>. La hallada en la tumba 1241 del sector V de La Osera, a bastante profundidad de un empedrado tumular, se ha llevado a las mismas fechas que la portuguesa citada arriba (Cabré y Morán 1990: 80), al proceder del conjunto unas pinzas caladas de tipo Cigarralejo y una fíbula de arco de medio punto y pie alzado con remate cúbico. Dentro de la tipología de estas armas, un modelo antiguo podría ser el de la sepultura 242 de las Cogotas (Cabré 1932: lám. LXIII), por la circunstancia de tener la hoja casi recta, sin embargo ya aparece asociada a cerámica a torno. De todas maneras, esta espada alcanzará su máxima expresión en la fase más reciente de las necrópolis vettonas, desde finales de la cuarta centuria, con hojas que progresivamente se irán haciendo más esbeltas y estranguladas<sup>180</sup>.

Junto a estas espadas, en ocasiones se depositan en las mismas sepulturas largas puntas de lanza de marcado nervio central y sección circular. Este modelo, como el de la sepultura 20 del Raso o las recogidas en la zona B de Alcántara - con espada de frontón - podría ser de los más antiguos y característicos de la fase I. Desde luego en La Osera suele acompañar a espadas de tipo Aguilar de Anguita (100, 228) y Alcácer do Sal (438, 1241), a veces con fíbulas anulares y de arco de la Tène I, más raramente al modelo Arcóbriga y nunca al de Atance o Atienza (Cabré *et alii* 1950: 185). El tipo perdura a lo largo de todo el siglo IV a.C., conviviendo durante un tiempo con las puntas de sección rómbica que Cabré

---

<sup>179</sup> En todo caso, el ajuar de la tumba 200 - sendas espadas de antenas de tipo Arcóbriga y Alcácer-do-Sal, una punta de lanza con nervio central resaltado y contornos lanceolados, abrazadera de escudo y un cuenco con decoración a peine - plantean problemas insolubles desde el punto de vista cronológico. Dentro de la tipología general de las espadas alentejanas, la que aquí se documenta se ha considerado como un ejemplar muy evolucionado, al haber perdido los afacetamientos típicos de la empuñadura y adoptar el remate de antenas característico de las espadas pistiliformes, siendo fechado el conjunto en la segunda mitad del siglo IV a.C. (Cabré *et alii* 1950: 175-176; Cabré 1951: 261). El carácter mixto de la pieza en cuestión también podría ponerse en relación con ese particular gusto por el hibridismo que ya señalara E. Cabré (1990: 213, 220 ss.) para el armamento de las necrópolis celtibéricas, avanzado el siglo IV a.C.. Por el contrario, el filo recto de la espada avalaría una datación más elevada, en la primera mitad de la centuria, habiéndose también insistido en la "pureza" de los adornos que integran la vaina (Esparza 1986: 255, nota 37). La cerámica con decoración peinada podría apuntar a estas mismas fechas.

<sup>180</sup> Los primeros vestigios de estas piezas en la Meseta oriental son bastante escasos o descontextualizados. Se ha sugerido el ejemplar de la sepultura 12 de Atienza como uno de los primeros modelos (Cabré 1990: 215), con empuñadura de tipo Aguilar de Anguita pero con hoja ya pistiliforme. Tal asociación, en todo caso, no clarifica suficientemente el problema tipológico, ya que no se descartan espadas de antenas Aguilar de Anguita con esta misma hoja (Lorrio 1995: 244, nota 126). En cualquier caso, sea cual fuere el origen, lo cierto es que la mayor parte de espadas de tipo Arcóbriga toman verdadera carta de naturaleza en la fase reciente de las necrópolis celtibéricas, a partir sobre todo de finales del siglo IV a.C. (Lorrio 1994: tablas 1 y 2).



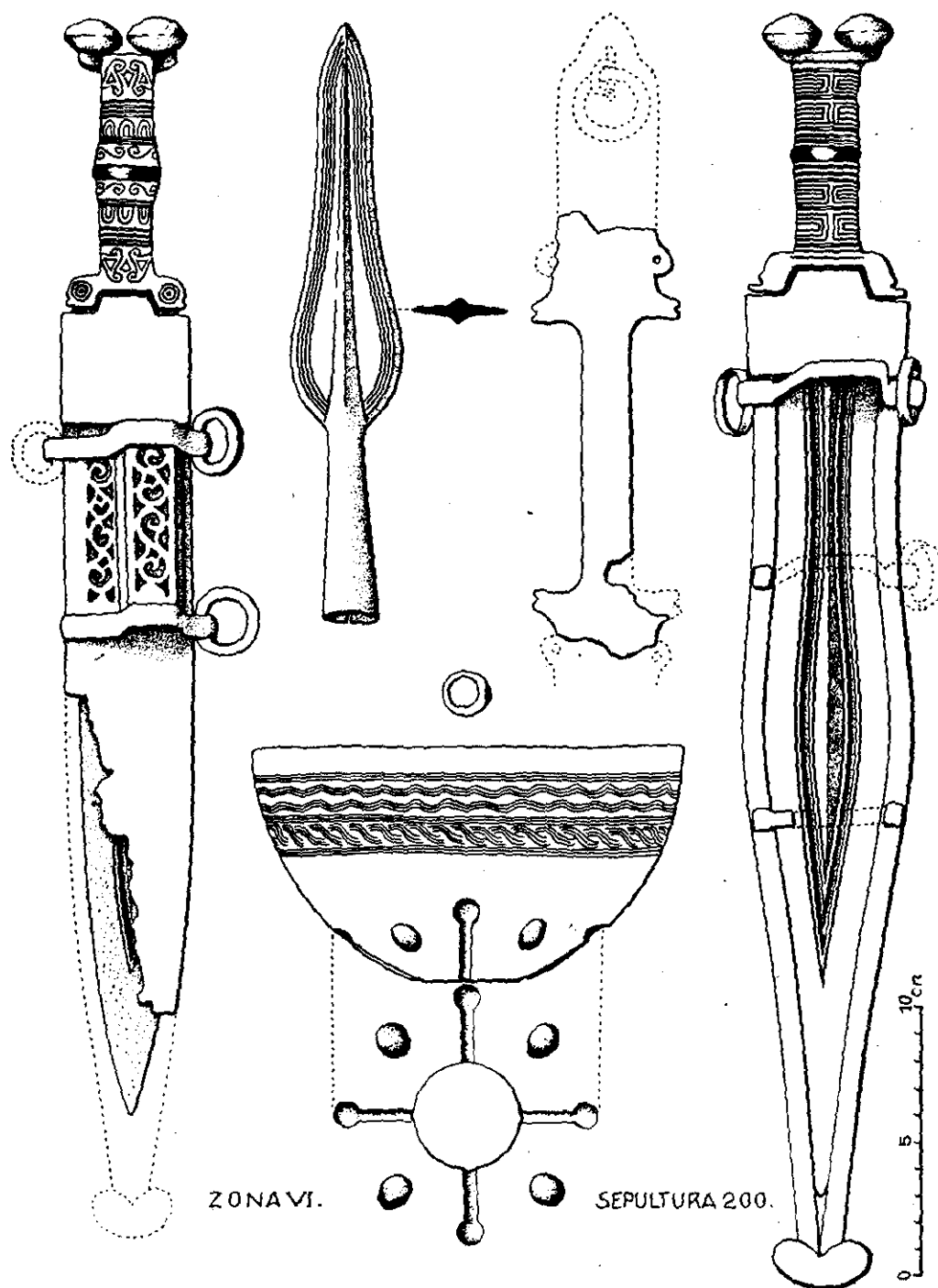


Fig. 40. Ajuar de la sepultura 200 de La Osera.  
(Cabré et alii 1950).

llamaba de corte de cuatro mesas, hasta la implantación definitiva de estas últimas, tal vez a finales de la centuria<sup>181</sup>. Ciertos ejemplares de pequeña punta, con un engrosamiento que origina una cabeza cónica y conocidas como "puntas de chuzo", también se asocian en La Osera a tumbas con espadas de cronología antigua (Cabré *et alii* 1950: 186), si bien en Las Cogotas apareció una pieza de este tipo en el interior de una urna a torno (Kurtz 1987: 66-67). Con todo, mayor interés tiene el hallazgo de los *soliferrea* para esta primera etapa, bien documentados en El Raso, de donde proceden siete ejemplares, dos de ellos con espadas Aguilar de Anguita (Fernández Gómez 1986: 797)<sup>182</sup>. En La Osera la única pieza que se conoce - sep. 100 - coincide en el ajuar con una espada de análoga tipología, escudo y una larga punta de lanza de nervio central de unos 50 cm. de longitud, aunque ya aparece asociada a cerámica a torno (Cabré *et alii* 1950: 97, fig. 9). Este singular hierro arrojadizo también se documenta en las necrópolis ibéricas y celtibéricas desde el s. V a.C. junto a espadas y lanzas, como lo confirman algunos ajuares de El Cigarralejo y Aguilar de Anguita, rarificándose en el oriente de la Meseta a partir de la cuarta centuria (Quesada 1993; Lorrio 1994: 223 y 230).

Respecto a los escudos, nos parece indudable que los más antiguos en las necrópolis vettonas se corresponden con los denominados variante A de la "caetra" tipo Alpanseque o Aguilar de Anguita (Cabré 1939-40: 61 ss.), caracterizados por umbos de hierro de perfil troncocónico con prolongaciones radiales, rematados en apéndices circulares de número variable. En apoyo de este aserto recordaremos los cuatro ejemplares hallados "in situ" en El Raso (Fernández Gómez 1986: 801-804), dos de ellos con espadas Aguilar de Anguita (63) y de frontón (66), si bien el modelo debió perdurar a lo largo de la cuarta centuria. Un escudo radial apareció también en la tumba 228 de La Osera, junto a una espada de antenas del primer tipo (Cabré *et alii* 1950: 116-117), siendo desconocido por

---

<sup>181</sup> En el conjunto 361 de La Osera este elemento se acompaña de una fíbula de La Tène inicial, mientras en la sepultura 102 de Las Cogotas, dos puntas de lanza con nervadura de sección rectangular, típica de las puntas de tipo Alcáçer do Sal, se asocian a un puñal de tipo Monte Bernorio. Kurtz (1987: 63-64) se muestra partidario de datar el conjunto a inicios de la cuarta centuria, pero a la vista de las cronologías que deparan estos puñales en el sector suroccidental (Sanz Mínguez 1990a: 180 ss.) habría que rebajar algo la fecha, planteamiento que parece convenir a la cerámica a torno asociada al ajuar. Por otro lado, en la tumba 513 de la misma necrópolis conviven los dos tipos de lanza junto a una espada de tipo Arcóbriga.

<sup>182</sup> Su excavador recoge seis ejemplares, uno de ellos fuera de contexto, a los que habría que sumar el ejemplar de la tumba conocida como "El Arenal", en colección privada, asociado a dos urnas, una de ellas con decoración a peine (Fernández Gómez 1986: 735).

## LAS NECROPOLIS

completo en Las Cogotas<sup>183</sup>. También se han documentado abrazaderas de escudo, que casi nunca se asocian a los umbos en una misma tumba, por lo que en muchas ocasiones las primeras se fabricarían exclusivamente en cuero. Un modelo muy característico, oriundo del ámbito ibérico y sin duda el más abundante en las necrópolis occidentales, sería la abrazadera o manilla de aletas bitriangular (Kurtz 1987: 78-79; Quesada 1991: \*). En La Osera se localizaron hasta 87 ejemplares (Cabré 1939-40: 66). Consta de una pieza central cilíndrica rematada en los extremos mediante sendas placas. Su presencia en este momento parece evidente, pudiéndose citar la tumba I del túmulo D/zona I de La Osera, datada en el segundo cuarto del s. IV a.C. por su asociación a cerámicas de barniz negro (Cabré y Morán 1990: 78) o el ajuar del sector B de Alcántara, junto a una espada de frontón (Esteban Ortega *et alii* 1988: fig. 32). Este tipo de abrazadera acompaña a diversos tipos de espada en La Osera (Cabré *et alii* 1950: 188); sin embargo, abundan sobre todo en las de antenas más evolucionadas, de tipo Arcóbriga, que se generalizan en la fase siguiente.

Finalmente, algunas asociaciones cerámicas y la disposición de los ajuares pueden proporcionar otros datos esclarecedores. Por ejemplo, las espadas de antenas y de frontón encontradas en El Raso tienen la particularidad de ofrecer todas ellas vasos a mano - dos de ellos a peine - y ningún ejemplar a torno (Fernández Gómez 1986: 873-874). Por otro lado, en los túmulos de La Osera se documentan tumbas tanto bajo el empedrado de base como encima de él, lo que permite establecer una estratigrafía relativa dentro de la necrópolis. Las espadas de antenas tipo Aguilar de Anguita, las falcatas y las lanzas de nervio central aparecían en el nivel más profundo de la zona VI, lo que demostraría su mayor antigüedad (Cabré *et alii* 1950: 174, 180, 201). Este sería el caso del gran túmulo E, que debió ser de los primeros en usarse. Análoga observación parece convenir a algunas espadas alentejanas del modelo Alcácer, a la vista de su ubicación en los túmulos D y Z de la zona I (Cabré y Morán 1990: 78; Baquedano y Escorza, e.p. \*).

Es verdad que en La Osera y Las Cogotas las espadas de antenas se asocian

---

<sup>183</sup> Del Raso procede también un ejemplar descontextualizado, con la particularidad de ofrecer apéndices circulares y romboidales de modo alternativo (Fernández Gómez 1986: 746). Por otra parte, en las zonas no publicadas de la Osera existen otros ejemplares radiados, estimándose un total de seis (Cabré 1939-40: 62-63).

en los ajuares con urnas a mano y también a torno, pero es igualmente interesante apreciar que estas últimas se corresponden con formas globulares y ovoides muy elementales, bien enraizadas en la tradición indígena. Al menos una parte podría representar la incipiente cerámica a torno en la necrópolis, vinculada a las últimas panoplias de esta fase, tal vez a comedios del siglo IV a.C.. En este contexto se comprenderían bien las espadas de tipo Aguilar de Anguita y las primeras cerámicas grises de La Osera, como el plato de la sepultura 417, fechado en la primera mitad de la centuria (Martín Valls 1986-87: 74), o tal vez la urna del ajuar 438, con espada de tipo Alcáçer. En cualquier caso, es una constante el hecho de aparecer en los niveles más profundos de la necrópolis la cerámica a mano y con decoración peinada (Cabré *et alii* 1950: 202). Sería el caso de las sepulturas 284, 316, 317 y 359, recogidas significativamente en el nivel profundo del túmulo E. Por otra parte, Martín Valls (1986-87: 73) advierte que cuando se erige el tercer recinto, este sector del cementerio debía de estar en desuso, por lo que la cerámica a peine debió de ser de las primeras en usarse<sup>184</sup>. En consecuencia, creo que tampoco puede ponerse en duda la asociación de estos vasos incisos con los primeros ajuares de guerrero, como hemos tenido ocasión de ver en algunas tumbas del Raso y La Osera. Todo ello nos llevaría a plantear, en el sector nuclear de Cogotas II, una fase inicial (Ia) caracterizada por espadas de frontón y de antenas atrofiadas con cerámica a peine, ya manifestada en alguna ocasión (Martín Valls 1986-87: 74; Martín Valls y Esparza 1992: 260), sobre las que irradiarían paulatinamente las primeras producciones a torno (Ib), estando todavía en uso los hierros surgidos en el momento precedente<sup>185</sup>.

La secuencia inicial para este período no es fácil de precisar, pero tampoco

---

<sup>184</sup> De los 65 vasos a peine localizados en el sector VI de la Osera, aproximadamente en el 10% la decoración, siempre incisa, abarca más de la mitad de la superficie de las piezas. Por tanto, podríamos sugerir un entronque con el estilo de las cerámicas a peine de "aire antiguo" (Alvarez-Sanchis e.p.; *vid. supra*). El dato es revelador si además tenemos en cuenta que una parte de las sepulturas donde se recogieron estos vasos - en particular, los conjuntos 51, 62, 88, 254, 374 y 384 - estaban en los niveles profundos de la necrópolis, por debajo de los 40 cm., frente a la ubicación usual de los depósitos, que en la zona VI oscila entre los 20 y 40 cm. (Cabré *et alii* 1950: 61). Otro testimonio interesante es el que nos ofrece la sepultura 371 de la zona II, con un cuenco a peine de trazos incisos muy finos, asociado a un colgante antropomorfo en bronce, cuya iconografía se ha relacionado con la imagen de *Potnia* o *Potnios Hippôn* (Baquedano 1990: 282-283 y 1996). De clara procedencia ibérica, sus paralelos más cercanos podrían datarse a comienzos del s. IV a.C.

<sup>185</sup> En el valle del Tajo y en los sectores más meridionales y occidentales de la cuenca esta novedad puede considerarse algo anterior; en Alcántara, todas las urnas son a torno pero las armas de la necrópolis y sobre todo el hallazgo de varios fragmentos áticos, fechables a fines del s. V a.C. o inicios del s. IV a.C., avalan una relativa antigüedad (Esteban Ortega *et alii* 1988: 74-75, figs. 3 y 15; *vid.* Martín Bravo 1993: 353). También en la necrópolis del Mercadillo, junto al poblado de Villavieja en Botija, menudean las urnas a torno a lo largo de la cuarta centuria, con referentes obvios en el mundo ibero-turdetano (Hernández Hernández 1991; Hernández Hernández y Galán 1996; *vid. supra*).

## LAS NECROPOLIS

sería improbable que las primeras armas del Raso de Candeleda fuesen sincrónicas a las tumbas con cerámica a peine más antiguas de la necrópolis, apoyando una fecha entrada en el siglo V a.C. La tumba 65, con sendas piezas a peine y otra con motivos geométricos a punzón, no ofrece asociaciones metálicas; sin embargo, un hecho está muy claro: ninguna de las tumbas encontradas en el sector "Las Guijas", de donde procede el enterramiento en cuestión, ofreció cerámica a torno (Fernández Gómez 1986: 540 ss., 873). El hallazgo en el relleno de la misma sepultura de un fragmento inciso con decoración pisciforme, similar a una de las vasijas más antiguas del castro de las Cogotas decorada con botones de cobre (Cabré 1930: 54 y lám. XL), delataría incluso un uso todavía anterior para esta zona de la necrópolis. Análoga cronología podría convenir a la tumba 32, con cerámica a mano decorada a punzón y un interesante ungüentario de vidrio policromo fechable en la segunda mitad del siglo V a.C. (Fernández Gómez 1972: 286 y 1986: 822-825, 873).

Resulta difícil sostener una fecha anterior al 450-400 a.C. para esta necrópolis, y si se hace hay que admitir que sobre un contexto que no permite mayor precisión. Seguramente hay que incorporar en este marco de referencia los recientes hallazgos de la comarca extremeña de la Vera, en virtud de los conjuntos funerarios de El Cardenillo y Pajares (González Cordero *et alii* 1990), con recipientes de bronce, urnas cinerarias a mano y también vasos con decoración peinada, algunos de cuyos motivos entroncan fácilmente con las cerámicas del Raso. El lote de materiales publicado no incluye ninguna clase de armamento, a excepción de un cuchillo y una punta de chuzo fuera de contexto<sup>186</sup>. Cabría por tanto la posibilidad de que los primeros enterramientos con cerámicas a mano no incluyesen armamento en el ajuar, al menos durante un periodo relativamente breve y a este lado del Sistema Central; pero tampoco es excluyente un tipo de organización interna que articule las necrópolis en distintos espacios. De cualquier forma, el número de depósitos conocido es muy escaso y aún es pronto para extraer consideraciones sólidas.

---

<sup>186</sup> En este contexto se ha valorado el hallazgo de dos falcatas y un puñal procedentes del norte de la provincia de Cáceres, conservados en el Museo de Badajoz (Enríquez 1981: 795; González Cordero 1990: 145). Asimismo, de la urna documentada en El Cardenillo procede uno de los filetes de un bocado de anillas de bronce.

#### 4. Fase II.

Hacia el último tercio del siglo IV a.C. el mosaico material aludido va a sufrir un proceso de notable enriquecimiento, que tendrá su floruit en la centuria siguiente. Por un lado, se asiste a la incorporación y madurez de algunos tipos metálicos, que acabarán por diluir los particularismos regionales de la Meseta; por otro, la simplificación o desaparición de los modelos más antiguos. Este proceso también se detecta en las urnas y platos de ofrendas que acompañan el ajuar, como pone de manifiesto el incremento paulatino de las producciones torneadas.

Los datos que proporcionan las necrópolis de La Osera y las Cogotas permiten entrever un armamento bastante evolucionado, aunque las combinaciones de la panoplia apenas varían respecto al estadio anterior, es decir, desde ajuares con espada, una o dos lanzas y escudo, como equipo militar más completo, hasta aquéllos que sólo integran armas de asta. Si se produce, empero, la incorporación del puñal al conjunto funerario. El ajuar de las tumbas más ricas se completaría asimismo con los arreos de caballo, que están atestiguados en una proporción relativamente importante (Cabré *et alii* 1950: 190; Kurtz 1987: 25 ss., 90 ss.). Un 29% y un 15% de las tumbas con armas de Las Cogotas y La Osera contienen arreos de caballos. Se conocen tres tipos, bocado de camas rectas, curvas y de anillas, abundando sobre todo los ejemplares del último modelo, aunque no parece existir una evolución formal. Un antecedente podría buscarse en las camas curvas de bronce halladas en El Raso, fuera de contexto, que posteriormente se fabricarían en hierro (Fernández Gómez 1986: 777 y 1995: 206). Tampoco existe un patrón determinado en las tumbas con armas y elementos de atalaje que las distingan de las demás, pero nos parece del todo evidente la importancia que adquiere el caballo a partir de este momento (Almagro-Gorbea 1996a: 119-120; Almagro-Gorbea y Torres, e.p. \*). Como punto de referencia de todo ello, cabría mencionar su contemporaneidad, en más de la mitad de los casos conocidos, con las espadas de tipo Arcóbriga, con los puñales de tipo Monte Bernorio y con los ejemplares de empuñadura de frontón y doble globular. Otro tanto cabría decir de las urnas, que son a torno en el 74% de los ajuares que tienen arreos de caballo. Con todo, en un estudio sobre los ajuares metálicos de Las Cogotas, su autor llama la atención sobre el hecho de que "no todos los guerreros, ni siquiera una gran parte, montaban a caballo, pero todos los jinetes, o al menos la gran mayoría, iban

## LAS NECROPOLIS

armados" (Kurtz 1987: 26).

Por lo que hace a las espadas, uno de los tipos de mayor éxito en la Meseta debió ser el modelo Arcóbriga (Cabré y Morán 1982; Cabré 1990: 215), aunque no el único y el más importante, pues, como hemos tenido ocasión de ver, esta variante de las espadas de antenas ya era conocida en la fase anterior. Su principal característica es la esbelta hoja pistiliforme, que probablemente imita modelos greco-italicos, de unos 40-50 cm. de longitud aunque el tamaño puede avanzar ligeramente en ambos sentidos, finos acanalados siguiendo los perfiles de la hoja y antenas reducidas a simples botones en el pomo. Típicos son los nielados de cobre y plata que engalanan las empuñaduras y parte de las vainas, de manera análoga a las espadas alentejanas pero con una decoración predominantemente rectilínea y geométrica, aunque también se admiten elementos curvos como evidencia la vaina de la tumba 513 de Las Cogotas, con representaciones estilizadas de guerreros blandiendo escudos (Cabré 1990: fig. 17). Este tipo de arma parece perdurar casi todo el tiempo de uso en La Osera, alternando con cerámicas a mano y a torno, a excepción tal vez de su inicio (Cabré *et alii* 1950: 180).

Podría aceptarse a nivel teórico un proceso evolutivo en el desarrollo de la hoja, en la medida en que se acentúa la forma pistiliforme a la par que se gana en longitud (Schüle 1969: 101; Kurtz 1987: 37), esto último sin duda por sugestión directa de las espadas de tipo latenienso en la tercera centuria. Esta cronología parece convenir al notable ejemplar de la sepultura 509 de La Osera, de casi medio metro de longitud, asociado a un puñal de tipo Monte Bernorio; y una relación análoga podríamos atisbar en la sepultura 4, que entre otros elementos se acompaña de dos fíbulas de torrecilla y el típico umbo de casquete abierto con cruceta (Cabré *et alii* 1950: 79-80, 153-155, lám. LXXIX). Bajo el punto de vista cronológico, de enorme interés resultan asimismo los platitos campanienses de las sepulturas 138 y 338, con cerámica a torno y a peine, pues en ambas se hallaron restos de vainas de espadas de antenas, que se han interpretado respectivamente del modelo Alcácer-do-Sal y Arcóbriga (*id.* 1950: 176, 180, láms. XXXI y LXXIV). Las cerámicas de importación se han llevado razonablemente al s. III a.C. (Martín Valls 1986-87: 73 y 81) siguiendo la clasificación de Morel (1981: 213, forma

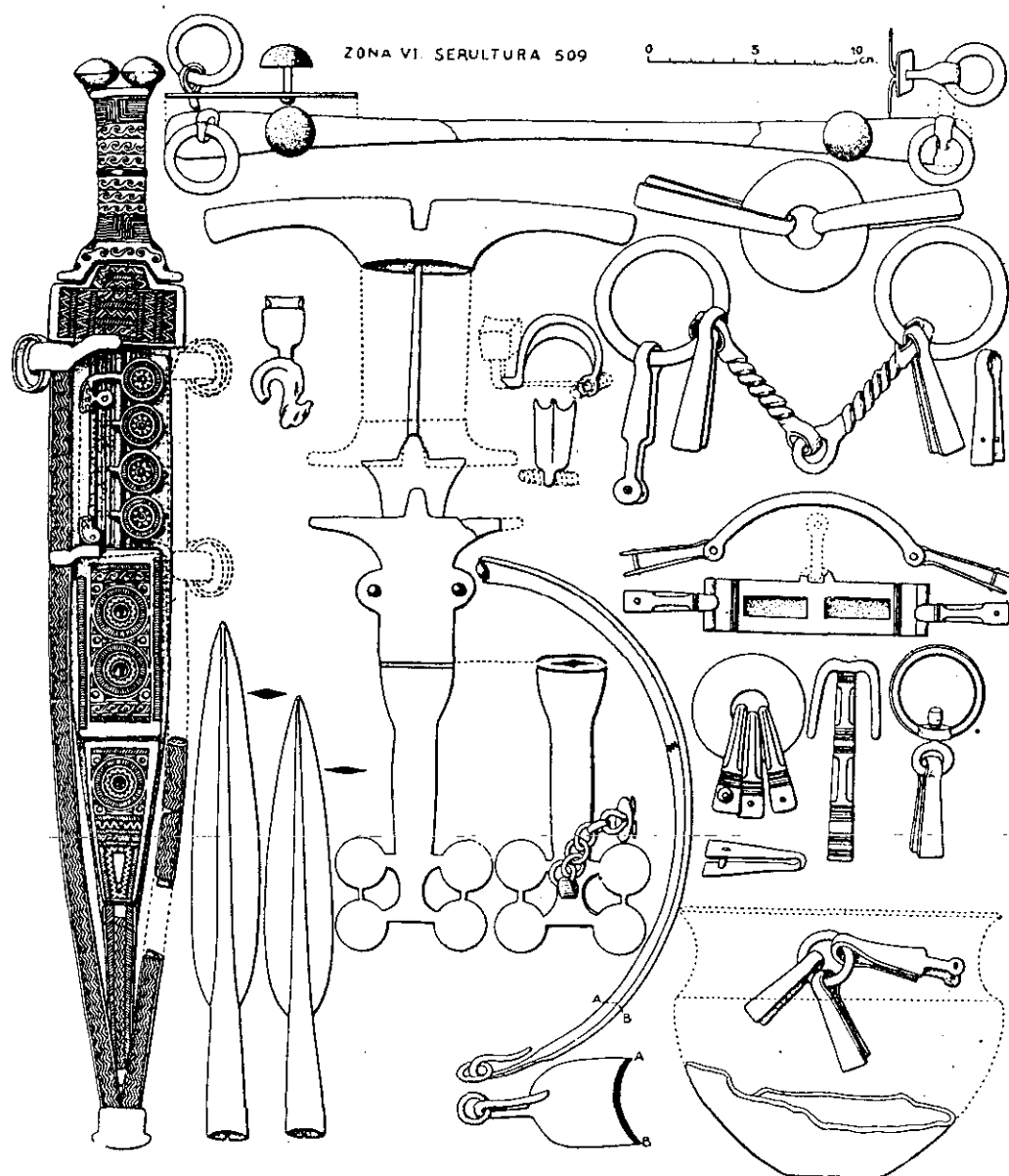


Fig. 41. Ajuar de la sepultura tumular 509 de La Osera  
(Cabré et alii 1950).



## LAS NECROPOLIS

25, tipo 2733c), y no sería descartable una fecha avanzada teniendo en cuenta el tiempo que pudieron perdurar estos vasos.

Sabido es la importante dispersión geográfica que alcanza esta espada en las necrópolis celtibéricas, a finales de la cuarta centuria y durante los siglos III-II a.C. (Cabré 1990: 215, 220; Lorrio 1994: tablas 1 y 2). Sin embargo, la abundancia de este mismo tipo en la Meseta occidental - la necrópolis de La Osera proporcionó 92 ejemplares, 15 de ellos en la zona VI (Cabré y Morán 1984: 151) - y la relativa antigüedad de algunas piezas llevaría a especular sobre si el nuevo modelo también se forjó en los talleres vettones. No hay respuesta segura para esta pregunta, pero, como contraste, recordemos que en la Meseta oriental las espadas de tipo Atance, más pequeñas y que sustituyen a las espadas de Aguilar de Anguita - de las cuales sin duda derivan - fueron las preferidas en este momento por los guerreros celtibéricos junto a las de tipología lateniente (Lorrio 1994: 230-234). Por el contrario, hacia el occidente la incidencia de estos modelos, también caracterizados por su sobriedad decorativa, resulta bastante menor. De alguna manera, la espada de tipo Arcóbriga podría ser explicada como una adaptación original a partir del antiguo modelo celtibérico de Aguilar de Anguita, pero bastante más evolucionado y con las antenas totalmente atrofiadas. Su intención embellecedora, por el contrario, conectaría más fácilmente con los damasquinados de las espadas portuguesas del modelo Alcácer-do-Sal, desconocidas en la Meseta oriental pero todavía en uso en el foco abulense. El desarrollo de esta técnica, muy asimilada en las comunidades vettonas y probablemente impulsada desde el mediodía peninsular (Cabré 1990: 224), debió verse favorecida por una producción a gran escala de armas y objetos decorados, tendentes a satisfacer las necesidades de la clase militar. Con todo, tal vez fuera posible también que la fabricación de estas espadas, y de ciertos puñales, hubiese sido un proceso más menos sincrónico en los distintos talleres de la Meseta, pues las diferencias cronológicas no son apreciables.

Muy diferente es el caso de las espadas de tipo La Tène. Un considerable número de ejemplares se ha recogido en las necrópolis de la Meseta oriental, siendo mucho más excepcionales en la occidental vettónica (Lenerz-de Wilde 1991: \*; Stary 1994: mapas 17-18; Lorrio 1994: 230-233). Habrían arribado como elementos de prestigio desde el área celtibérica o bien de la mano de mercenarios.

Sólo se conocen cuatro ejemplares, de La Tène I y II, hallados en la Osera (Cabré *et alii* 1950: 68) y otros dos en la necrópolis extremeña de El Romazal I, de cronología más tardía, siendo aquí factible una fechación en la segunda centuria (Hernández Hernández 1991: 262; Hernández Hernández y Galán 1996: 116, fig. 53)<sup>187</sup>. La asociación de una larga espada de la Tène I (72 cm.) a una vaina de puñal de tipo Monte Bernorio en la tumba 201, entre las zonas I/II de La Osera (Cabré y Cabré 1933b: 39-43; Baquedano 1990: 280)<sup>188</sup>, podría sancionar una data entre mediados del siglo IV a.C. y la primera mitad del s. III a.C. (Martín Valls y Esparza 1992: 262). Análoga opinión merecen en este momento las espadas de la serie denominada Atance o Atienza (Cabré *et alii* 1950: 180-181; Cabré 1990: 214), cuyo uso debió prolongarse en nuestras necrópolis por lo menos hasta las postrimerías de la tercera centuria.

Las dificultades que existen para la fijación cronológica de las lanzas son evidentes, a causa de la perduración de algunos modelos. Las espadas de tipo Arcóbriga acompañan sobre todo a puntas de lanza de nervio central agudo, formando aristas, así como de nervio central redondeado y también de sección rómbica o corte a cuatro mesas. Lo cual podría ser indicativo de la longevidad del modelo Arcóbriga en el ámbito céltico de la Meseta. Por otra parte, es común a las espadas de tipo Atance o Atienza, las más evolucionadas de la serie de antenas, las puntas de lanza de cuatro mesas (Cabré *et alii* 1950: 185-186), modelo que debió ser habitual a finales del siglo IV a.C. y sobre todo en el siglo III a.C., acompañando asimismo a los distintos puñales y a las lanzas de corte de seis mesas. Al contrario de lo que sucede con estas armas de asta, la deposición ritual de los característicos *soliferrea* en los ajuares dejó de ser una práctica común en estos tiempos - también lo evidencian las necrópolis celtibéricas desde bastante antes (Lorrio 1994: 226, 230) - lo cual no es óbice para que su empleo continuara hasta las guerras con Roma, tomando como base las referencias que de ellas tenemos en las fuentes literarias (Livio, 34, 14, 10; Diodoro, 5, 34; Appiano, *B.C.* 5, 83).

---

<sup>187</sup> Además de sendas piezas en el SO peninsular, procedentes del Castrejón de Capote (Higuera la Real, Badajoz) y de la necrópolis alentejana de Herdade das Casas (Redondo) (Berrocal 1992: 158).

<sup>188</sup> Además de la espada y el puñal, el lote de armas se completaba con un casco de bronce conservando intacta la cimera, una fibula, un tahalí, dos puntas de lanza, una navaja, elementos de atalaje y otros restos de bronce e hierro.

## LAS NECROPOLIS

Por lo que hace al puñal, bien atestiguado en el foco abulense, podemos reconocer en primer lugar el llamado de Monte Bernorio<sup>189</sup>, definido por su pomo y guarda naviforme, hoja estrangulada y la característica contera tetralobulada o bien de un solo disco. La variedad estructural y decorativa que subyace en este modelo, debido a factores de orden cronológico y geográfico, ha quedado bien delimitada en diversos trabajos que nos eximen de prolijas descripciones (Cabré 1931; Cabré y Cabré 1933b; Griño 1989; Sanz Mínguez 1990a).

Conviene recordar que los ejemplares vettones, deudores en última instancia de los grupos del Duero medio y del área palentino-burgalesa, se han incluido por sus características en un momento avanzado de la secuencia tipológica de estos puñales (Sanz Mínguez 1990a: 178 ss.), debiendo corresponder unos pocos a la segunda mitad del s. IV a.C. y la gran mayoría a la plenitud del s. III a.C.<sup>190</sup>. Cierta imprecisión proporciona la pieza ya citada de la tumba 201/I-II de la Osera, pues la espada de la Tène I a ella asociada tendría un período de vigencia relativamente amplio entre ambas centurias (Martín Valls y Esparza 1992: 262)<sup>191</sup>. Mejor representación ofrecen sin embargo los ricos ajuares de las tumbas 4, 509 y 514 de la zona VI, las dos primeras con espadas de antenas, donde encontramos repetidamente fibulas de torrecilla lateral con cabeza perforada (Cabré *et alii* 1950: láms. LXXIX-LXXX). También se ha valorado la ausencia de fibulas de doble resorte de puente en cruz o broches de tipo Bureba en nuestras necrópolis, propios de las primeras fases de este puñal, que por otro lado escapa al registro arqueológico conocido en El Raso de Candeleda (Sanz Mínguez 1990a: 185)<sup>192</sup>. Estos datos, aunque sean negativos, tienen gran interés porque justifican el encuadre temporal de estas piezas en pleno siglo III a.C. Incluso, sería

---

<sup>189</sup> Como avalan las 22 piezas recogidas en La Osera (Cabré *et alii* 1950: 68) o los 11 ejemplares, entre puñales y tahalies aislados, de las Cogotas (Kurtz 1987: 45-47 y 52-53).

<sup>190</sup> Una hoja de lengüeta trapezoidal procedente de la colección de A. Molinero (Cabré *et alii* 1932: fig. 4) podría llevarse a la fase más antigua de estas armas cortas, aunque ha sido valorada como una pieza ajena a la zona (Sanz Mínguez 1990a: 174).

<sup>191</sup> La vaina del puñal abulense tiene su paralelo más próximo en el puñal de la tumba 28 de la necrópolis vaccea de Las Ruedas (Padilla de Duero), que se ha datado en la segunda mitad de la cuarta centuria, o todo lo más hacia finales de la misma (Sanz Mínguez 1993: 379 ss.).

<sup>192</sup> Una fecha tardía en la necrópolis del Raso, a comienzos del siglo III a.C., lo confirmaría el hallazgo de fibulas anulares de anillo de sección variable, ovalada o rómbica, siempre en contextos con cerámica a torno (Fernández Gómez 1986: 779-780, 874 ss.). Su excavador también se refiere a la sepultura 36, que ofrece una urna a torno con asa de cesta, entre los conjuntos más modernos del cementerio.

factible relacionar el alto grado alcanzado por la metalistería y alfarería de la cuenca del Duero en este momento con el incipiente desarrollo de los oppida indígenas y sus implicaciones en los centros de producción y comercio.

La asociación de espada y puñal en un mismo enterramiento - combinación desconocida en el Raso y Las Cogotas pero que sí se constata en La Osera - se ha interpretado como una modificación de la panoplia por causas funcionales, siendo característico de una parte de los ajuares celtibéricos más evolucionados (Lorrio 1994: 234 y 1995: 248, 274)<sup>193</sup>. La referencia de Posidonio (en Diodoro 5,33) elogiando las espadas y puñales celtibéricos, avalaría de nuevo su uso conjunto. De acuerdo con esto, cabría considerar distintas variantes dentro de las panoplias de alto rango, aunque es también evidente que las armas cortas acabarían constituyéndose en el modelo más genérico junto a las lanzas y jabalinas. Desde luego la cerámica que sistemáticamente aparece en sus ajuares está ya torneada, en mayor medida que las espadas (Martín Valls 1986-87: 74). Por otro lado, una parte considerable de los puñales de la Osera aparecieron superficialmente y este dato es de indudable valor cronológico (Cabré *et alii* 1950: 185).

Otro aspecto interesante que enlaza con lo anterior nos lo proporcionan los puñales de la necrópolis de Las Cogotas. Aquí menudean las piezas bernorianas con pomos rematados en discos (sepulturas 287, 288 y 1304), que denotan influjos de las espadas de antenas atrofiadas, dándose además la circunstancia de aparecer en todos los casos citados puntas de lanza de corte de seis mesas, que constituyen las últimas de la serie desde el punto de vista tipológico (Cabré 1932: láms. LXX, LXXI, LXXII). Por tanto, no puede ponerse en duda la modernidad de estos ejemplares y su convivencia en nuestras necrópolis con los celtibéricos de empuñadura de frontón y dobleglobular, hasta la implantación definitiva de estos últimos avanzada ya la tercera centuria<sup>194</sup>. Al denominado de frontón, con el

---

<sup>193</sup> Por ejemplo uno de los ajuares de Uxama (Soria), con espada larga de tipo Arcóbriga asociada a un puñal dobleglobular (Cabré 1990: fig. 18).

<sup>194</sup> Del variado repertorio de formas que se repiten en los puñales, recordaremos también la hibridación de unos tipos con otros, incorporando rasgos de las espadas de antenas atrofiadas (Cabré 1990: 220 ss.). En este contexto se comprendería bien la morfología del puñal de antenas, o espada corta de tipo Alcáçer-do-Sal, hallado en la sepultura 1297 de la zona V de La Osera, asociado a otro dobleglobular y fechable en la tercera centuria (Cabré y Morán 1990: 79-80, fig. IV). Otra pieza interesante es un puñal de hoja ancha triangular y empuñadura facetada con pomo de antenas, procedente del castro de Las Cogotas (Cabré 1930: 95-96, lám. LXXIII). Ejemplares de hoja análoga se conocen en varias necrópolis andaluzas, como Almedinilla (Córdoba) o Illora (Granada), que en última instancia explicarían su arribada a la necrópolis abulense (Cabré 1990: 224; Cabré y Baquedano 1991: 70-71). Finalmente, por su absoluta novedad desde el punto de vista

## LAS NECROPOLIS

característico remate en el extremo superior y un engrosamiento en la zona central de la empuñadura, Cabré (1931: 239 ss.) lo interpreta como un precedente inmediato del biglobular, si bien la similitud de ambos podría hacer pensar en un origen común, aún no suficientemente explicado (Martín Valls y Esparza 1992: 262-263). De la variante de frontón tenemos sendos ejemplares con las vainas ricamente damasquinadas en plata procedentes de las tumbas 605 y 1354 de Las Cogotas, la primera con una fíbula de torrecilla y cerámica torneada (Cabré 1932: láms. XXIII, XXIV). Del modelo estrictamente biglobular, podría citarse la sepultura 1386 de la zona V de La Osera (Cabré 1990: fig. 28) o el bello ejemplar del conjunto 383 de Las Cogotas (Cabré 1932: lám. LXXV). Este último se acompaña sin embargo de un vaso a mano y podría sugerir una relativa antigüedad (Martín Valls y Esparza 1992: 263). En todo caso, tal asociación no clarifica suficientemente el problema cronológico, como pondrían de manifiesto las dos puntas de lanza de corte de seis mesas que acompañan al ajuar, pues en las necrópolis vettonas reclaman hoy por hoy una cronología tardía.

Con respecto a los escudos, podrían reputarse como característicos de este momento los habitualmente llamados de Monte Bernorio - con pequeños umbos troncocónicos abiertos - así como los escudos con umbos cerrados, de casquete cónico con remate. La clasificación del primero todavía está pendiente, teniendo en cuenta la variedad de soluciones técnicas que presenta - algunas ya delineadas por Cabré (1939-49) - y las recientes aportaciones de yacimientos como Palenzuela o Padilla de Duero (Martín Valls 1984: 41; Sanz Mínguez 1993: 382-384). Una de las variantes más distintivas es el modelo abierto con cruceta rematado en púas. Su representación en las necrópolis abulenses es importante y en ajuares dotados de gran riqueza (Cabré *et alii* 1950: 189; Kurtz 1987: 74-78). Entre los más antiguos, fechándose todavía en la cuarta centuria, se ha sugerido el ejemplar de la tumba A de las Cogotas, asociado a una espada de antenas de tipo Arcóbriga, aunque está claro que su difusión en el sector suroccidental debió ser pareja a los puñales de tipo Monte Bernorio, con los que aparece asociados de manera sistemática en las tumbas, y más tarde con los biglobulares (Martín Valls y Esparza 1992: 263). Podrían citarse los conjuntos 288 y 418 de Las Cogotas,

---

tipológico, sobresale un modelo que se ha denominado "variante La Osera", caracterizado por su pomo en forma de arco, hoja pistiliforme y contera unidiscoidal, con un original modo de suspensión. Así lo refleja el ejemplar de la sepultura 418 de la necrópolis abulense, asociada a dos puntas de lanza de tipología avanzada (Cabré *et alii* 1950: 184-185, lám. LXVI, derecha).

el primero con puñal de pomo rematado en discos y lanza de seis mesas (Cabré 1932: láms. LXX y LXVI).

Las asociaciones de los umbos cónicos recogidos en las tumbas 605 y 1359, con puñal de frontón y Monte Bernorio respectivamente (Cabré 1932: láms. LXXIII y LXIX), delatan su contemporaneidad con los citados arriba e incluso sus dimensiones - unos 15 cm. de diámetro - son similares. Con todo, habría que considerar su parentesco con los umbos celtibéricos cerrados de casquete esférico. Respecto a éstos, se ha sugerido la influencia laténica en la configuración morfológica del umbo, pudiendo corresponder al típico escudo oval de raigambre céltica. Sin embargo, en aparente paradoja, la cronología de este último en el siglo I a.C. resulta inadmisibile para los meseteños más antiguos (Martín Valls y Esparza 1992: 272; Lorrio 1994: 236).

Sí parece evidente la relación de los primeros con el tipo de caetra circular, de pequeñas dimensiones y cóncavo al exterior, bien documentado en las fuentes (Estrabón 3,3,6; Diodoro 5,34;). Esta valoración también encuentra argumentos en algunas representaciones iconográficas prerromanas, como el pomo de un puñal de la tumba 32 de Padilla de Duero (Romero y Sanz Mínguez 1992: 459-460, fig. 2), o el broche de cinturón del enterramiento II (túmulo Z/zona I) de La Osera (Cabré 1939-40; Baquedano y Escorza 1995: 31), con sendos guerreros enfrentados blandiendo lanza y escudo con umbo; por su tamaño, también sería factible sugerir este modelo para la serie de infantes y jinetes de la diadema de San Martín de Oscos (López Monteagudo 1977; vid. Lorrio 1993: fig. 11).

Digno de anotar por otra parte, es la asociación de la espada de antenas atrofiadas de tipo Arcóbriga con la abrazadera de escudo de aletas bitriangular, de origen ibérico, en una parte muy considerable de los ajuares vettones (Cabré 1932: lám. LXIV; Cabré et alii 1950: 188). Por ejemplo, en el sector VI de la Osera, eso sucede en diez de las catorce tumbas con manillas de aletas, e indistintamente con cerámica a mano y a torno. Su asociación con espadas de los tipos más evolucionados en las necrópolis celtibéricas, pondría de manifiesto la utilización relativamente tardía de estos modelos de manillas en la Meseta oriental. Sin embargo, los hallazgos en el Alto Duero son bastante infrecuentes, lo que evidenciaría la escasa influencia que tuvo el armamento ibérico en la zona (Lorrio

## LAS NECROPOLIS

1994: 230 y 1995: 247 ss. y 265), al menos respecto a la documentada en las necrópolis occidentales. La manilla en cuestión se ubica en el mismo plano que las dos aletas de sujeción del escudo, siendo preciso un hueco para poder asirlo. Este se correspondería en la parte anterior con el umbo, que al no documentarse en estos ajuares, sería de material perecedero como el resto del armazón (Kurtz 1987: 79). Desde luego parece evidente que si el escudo era un elemento frecuente de las panoplias provistas de espada o puñal, en el primer caso muchos carecerían de umbo metálico<sup>195</sup>.

Tendríamos así, a nivel teórico y ritual, dos panoplias distintas pero complementarias que debieron coincidir a comienzos del siglo III a.C.<sup>196</sup>. Una compuesta de puñal y pequeño escudo con umbo metálico, deudora en parte de la región del Duero y que se convertirá en el máximo exponente de la armería indígena en las guerras con Roma. La segunda, de raigambre más antigua, ostenta espada de antenas pistiliforme y escudo sin umbo metálico, de influencia ibérica y tal vez de mayor tamaño - ¿como los representados en la vaina de la tumba 513 de la Osera? - dada la longitud de las manillas. Unas y otras se acompañan de puntas de lanza de corte de cuatro y seis mesas. En última instancia, ambas habrían sustituido a la panoplia más "arcaica" de las necrópolis vettonas de la fase I, caracterizada por la espada de frontón o bien de antenas del tipo Aguilar de Anguita, soliferreum, punta de lanza de nervio central acusado y escudo de apéndices radiales de tipo Alpanseque. La filiación de estos materiales antiguos podría ser explicada como una influencia del grupo celtibérico del Alto Tajo-Alto Jalón en el siglo V a.C., viéndose además beneficiados de los seculares contactos de las tierras vettonas con el ámbito meridional. Y, desde luego, tampoco hay que perder de vista la preponderancia que siguieron teniendo las armas de asta en las panoplias del infante/jinete.

---

<sup>195</sup> También se conocen otros modelos diferentes, como la empuñadura de varilla estrecha, tipo muy característico de la panoplia celtibérica y generalmente asociada a puñales y espadas de tipo Atance (Lorrio 1995: 265). En las necrópolis vettonas su presencia es menos usual, pudiéndose citar los enterramientos 276 de Las Cogotas y 509 de la Osera, éste último más alejado del tipo y ambos con espadas de antenas y cerámica a torno (Cabré 1932: 57, lám. LXXX; Cabré *et alii* 1950: 201, lám. LXXIX).

<sup>196</sup> Al menos desde el punto de vista funerario. Las armas ofrendadas en las sepulturas han sido seleccionadas intencionadamente y no tienen por qué corresponderse con la panoplia real de un guerrero.

## 5. Rasgos arqueológicos durante la conquista.

Los últimos años de las necrópolis del valle de Amblés debieron ser los postreros del siglo III a.C. o inicios del siguiente. No se nos escapa lo problemático de estas fechas, pero tampoco es posible precisar nada más. En primer lugar parecen viables las indicaciones cronológicas de las fíbulas, como evidencian los ejemplares en bronce e hierro del tipo de La Tène I-II y, por contra, la ausencia de vestigios de la Tène III en ambos cementerios (Cabré 1932: 155; Cabré *et alii* 1950: 201, 204; Kurtz 1987: 147-157, 277-278). No existen restos romanos, a excepción de algunos fragmentos campanienses que podrían remontar a la tercera centuria. Claro que tampoco está valorado en qué momento preciso se produce la romanización y bajo qué parámetros afectó al territorio vettón (Kurtz 1987: 278). Este punto de vista no contradice el hecho de la construcción del tercer recinto del castro de la Mesa de Miranda, que fosiliza la zona VI de la necrópolis de La Osera, fenómeno que se ha relacionado con las campañas de Postumio en el 179 a.C. o bien durante las expediciones de Viriato (Martín Valls 1985: 129). La datación de la muralla en la primera mitad del siglo II a.C. proporcionaría un terminus ante quem, al menos para los ajuares de la zona publicada.

Un hecho muy interesante a considerar son las cerámicas pintadas a torno. Del referido aspecto participan sólo siete urnas del sector VI de La Osera, una con semicírculos concéntricos (sepultura 223) y el resto bañadas en rojo (Cabré *et alii* 1950: 116, 169, lám. CII). Hállanse también en minoría en Las Cogotas - calicata 1, tumbas 1131, 1142, 1149, 1166 (a mano) - algunas con segmentos de círculo y volutas, acaso enraizados en los vasos ibéricos (Cabré 1932: 21, lám. LIII). Estos elementos permiten defender solamente una matizada presencia del nuevo estilo, en abierto contraste con las pintadas celtibéricas "clásicas" del alfar de este último, todo lo cual podría arrojar una cierta luz sobre las producciones finales de ambos cementerios hacia el 200/175 a.C..

Sin embargo, también es posible que la ocupación del lugar donde se asienta el cementerio de Las Cogotas se prolongara esporádicamente algo más. Podría citarse la fíbula zoomorfa de caballito esquematizado con decoración troquelada de la tumba 1270, en el interior de una urna a mano y única de su serie hallada en la necrópolis (Kurtz 1987: 169-170). La estilización del animal pertenece a una



## LAS NECROPOLIS

variante tipológica avanzada que podría encuadrarse de lleno en el siglo II a.C. (Almagro-Gorbea y Torres, e.p. \*). Otro tanto cabría decir de la parrilla en miniatura del enterramiento 1442, que podría evidenciar un cambio puntual en las costumbres funerarias acorde al que, de modo más generalizado, experimentan otros cementerios del Duero durante la dominación romana, como la necrópolis de Palenzuela (Martín Valls 1984: 39 y 43). Para terminar, destaca por su singularidad la copa de alto fuste moldurado hallada en la sepultura 453 (Cabré 1932: 21, 71, lám. L). Formalmente reclama paralelos en la alfarería vaccea y celtibérica clásica del s. II a.C. (Sacristán de Lama 1986: 172-173), pieza sobre la que Cabré también llamó la atención a la vista de su desarrollo en Numancia<sup>197</sup>.

A pesar de estos datos, escasos y puntuales, sigue existiendo una aparente contradicción entre el panorama arqueológico de la necrópolis y los materiales más tardíos recogidos en el alfar del castro, propios del celtiberismo pleno. No puede soslayarse la perduración de la necrópolis entrada ya la segunda centuria, hasta conectar con el abandono paulatino del poblado, en la que tendrían cabida las tumbas citadas o alguno de los ajuares de guerrero dotado de puñal. Incluso, sería factible en ciertos casos extender a este momento y a estas tierras la costumbre céltica que Silio Itálico (3,340-343) y Claudio Eliano (10,22) adjudican a celtíberos y vacceos respectivamente, también conocida en la iconografía vascular, según la cual los muertos en combate se exponen a los buitres. También se han valorado los cambios socio-ideológicos que trajo consigo el surgimiento de poblaciones de tipo proto-urbano y su incidencia en el empobrecimiento o desaparición de los ajuares armamentísticos (Ruiz-Gálvez 1985-86: 97 ss. y 1990; Almagro-Gorbea y Lorrio 1991). De todas maneras, por lógica, cabe pensar que no contamos con la totalidad de los enterramientos llevados a cabo y no sería descartable algún sector de la necrópolis, todavía sin localizar, correspondiente a los momentos más postreros del poblado. Esto mismo sería aplicable al oppidum del Raso, en teórica correspondencia con el cementerio, y a los últimos habitantes de La Mesa,

---

<sup>197</sup> En este contexto sería posible encuadrar algunas de las cerámicas con asa de cesta recogidas en ambos cementerios, como ya pusiera de manifiesto Martín Valls (1986-87: 75), si bien llamaba el autor la atención sobre las dificultades que existen en ciertas asociaciones. La sepultura 36 del Raso de Candeleda ofrece asimismo una urna bitroncocónica a torno con asa análoga, entre los conjuntos más modernos del cementerio, pero dentro de la tercera centuria (Fernández Gómez 1986: 634 y 875). Pese a todo, estos modelos tienen una amplia perduración, llegando hasta el siglo I a.C. (id. 1986: 465-466). Por otra parte, en niveles muy superficiales de La Osera y fuera de contexto se recogieron tres fibulas de torrecilla con el apéndice del pie unido por su travesaño al arco y algunos broches de cinturón de tipos degenerados, vestigios que se han valorado como una reutilización posterior del lugar - sin excluir tampoco una parte de los puñales hallados - en el tránsito de los siglos III-II a.C. (Cabré et alii 1950: 203-204).

responsables del tercer recinto.

Hacia el sur del territorio las fechas que se han propuesto no son del todo coincidentes. En la necrópolis del Raso de Candeleda - asociada al poblado abierto de El Castañar (Fernández Gómez 1995: 154-155) - no se daban las típicas fíbulas de La Tène de pie vuelto unido al puente, por lo menos en los sectores hasta ahora excavados, siendo muy probable que su fase de actividad decreciera de forma ostensible a comienzos del siglo III a.C., extendiéndose no más allá de mediados del mismo (Fernández Gómez 1986: 874-875). Los datos son imprecisos en la Coraja de Aldeacentenera, defendiéndose una fechación desde la cuarta centuria hasta finales del siglo III a.C. ó II a.C., con fíbulas de timbal entre los elementos más evolucionados (Esteban Ortega 1993: 82). Se ha sugerido una data del siglo IV a.C. para la mayor parte del material arqueológico de la necrópolis de Alcántara (Esteban Ortega *et alii* 1988: 96) y ese mismo encuadre nos sirve también para El Mercadillo, junto al castro de Villasviejas del Tamuja en Botija, bien es verdad que con referentes propios del mundo ibérico en su cultura material (Hernández Hernández 1991; Hernández Hernández y Galán 1996).

Capítulo aparte y de gran interés es el que suscita la necrópolis del Romazal I, relacionada con el mismo castro extremeño y única con armas conocida en el yacimiento (Hernández Hernández 1991: 261 ss., 1993: 119-120 y 1994). Allí, las excavaciones actualmente en curso han planteado lo tardío del impacto céltico - siglos II-I a.C. - paradójicamente con el período republicano en Hispania. Un juego de estrígilos, fíbulas en omega, ánforas y cerámica campaniense, nos ilustran acerca de la perduración de la necrópolis hasta bien entrado el siglo I a.C., por lo menos en el contexto de las guerras sertorianas (Hernández Hernández y Galán 1996: 116-126)<sup>198</sup>. Desde el punto de vista del armamento, sobresalen dos espadas de la Tène, una espada de antenas atrofiadas con damasquinados y varios puñales biglobulares, además de las consabidas puntas de lanza, regatones cónicos, umbos de escudo de casquete cónico con remate, broches de cinturón ibérico, fíbulas de La Tène I-II, de torrecilla, de caballito y anulares tardías. No sería difícil, pues, que algunos materiales fueran sincrónicos de la última fase de las necrópolis del valle de Ambles, apoyando incluso una fecha de fines del siglo III

---

<sup>198</sup> Sobre el abandono del castro en época sertoriana o cesariana, siguiendo los testimonios monetales, me remito también a las observaciones de García-Bellido (1995: 282) y Blázquez Cerrato (1995: 249-250).

## LAS NECROPOLIS

a.C. para el inicio de El Romazal I. El reciente hallazgo de un nuevo sector con enterramientos (El Romazal II), de los que se llevan excavados 11 conjuntos, ha permitido enlazar teóricamente la secuencia cronológica y cultural de las distintas necrópolis del castro. La tipología de las cerámicas remite a formas conocidas en el Mercadillo y también en el Romazal I, dándose además la circunstancia de la ausencia de armas. Sus excavadores han fechado el cementerio en el siglo III a.C. a partir de las urnas y unas pocas fíbulas, reconociendo no obstante la provisionalidad que los datos todavía merecen, en vista de los escasos depósitos localizados (Hernández Hernández y Galán 1996: 122 ss.). En cualquier caso, la filiación meseteña de la primera es indudable y contrasta con los tradicionales referentes ibéricos del castro y la necrópolis del Mercadillo, hasta tal punto que cabe hacer algunas consideraciones:

(1) De alguna manera, hay que pensar en un proceso de aculturación del substrato a finales de la Edad del Hierro (Almagro-Gorbea 1993b: 136, 154-156), que también podría vincularse con pequeños traslados migratorios - quizá de tipo ver sacrum (Estrabón 3,3,5; Diodoro 5,34,6) - y la consiguiente imposición de grupos dominantes oriundos de las comunidades más celtizadas del norte del Tajo<sup>199</sup>. Una referencia explícita, caracterizadora del nuevo celtismo en el territorio, sería la identificación de la ceca de tamusia con el poblado extremeño en cuestión (Sánchez Abal y García Jiménez 1988; García-Bellido 1995a: 267-271; Blázquez Cerrato 1995), que podría tener su origen en celtíberos desplazados<sup>200</sup> o bien gentes hispanoceltas pertenecientes a la misma comunidad lingüística (de Hoz 1993: 392 y 1995: 10). Este último aspecto no excluiría la posibilidad de vettones llegados del norte además de celtíberos, siguiendo una tradición de relaciones ya constatada desde el período orientalizante, aunque he de reconocer la imprecisión que entraña la ausencia de cecas en el territorio nuclear de Cogotas

---

<sup>199</sup> "Unos treinta pueblos habitan la tierra entre el Tajo y los artabros. Aunque es una tierra próspera en cuanto a los frutos y el ganado y la cantidad de oro y plata y otras materias semejantes, no obstante la mayoría de ellos, abandonando el sustento procedente de la tierra pasaban la vida en bandas de ladrones y en una guerra continua de unos contra los otros y contra sus vecinos atravesando el Tajo, hasta que los romanos los hicieron cesar (...)" (Estrabón 3,3,5). "(...) los que son muy pobres entre los jóvenes de una misma generación pero sobresalientes en el vigor del cuerpo y en la osadía, dotándose a sí mismos de valor y de armas se reúnen en duros terrenos montañosos y, formando grupos considerables, hacen correrías por Iberia y, saqueándola, reúnen riquezas. Y esto lo hacen continuamente con absoluto desprecio (...)" (Diodoro 5,34,6) (traducción de Ciprés 1993: 137).

<sup>200</sup> Como también explícitamente se refiere Plinio (NH, 3, 13-14) para los célticos de la Beturia, que serían celtíberos llegados de Lusitania: "Celticos a Celtiberis ex Lusitania advenisse manifestum est sacris, lingua, oppidorum vocabulis, quae cognominibus in Baetica distinguuntur...."

II (García-Bellido 1995b: fig. 2). Pese a ello, la atribución étnica que otorga Ptolomeo al Valle medio del Tajo y sobre todo a las ciudades más al sur de la cordillera Carpetovetónica - Lacimurga - podría tener su explicación en este momento.

Quedan sin embargo muchos detalles por entender desde este punto de vista, por ejemplo en qué medida la fechación de la ceca es coincidente con el encuadre cronológico de la última necrópolis del castro. Las emisiones más antiguas de tamusia se fechan en el tránsito de los siglos II-I a.C. o primer cuarto del siglo I a.C. (Blázquez Cerrato 1995: 247-248, 253)<sup>201</sup> por tanto varias generaciones después respecto a la cronología inicial que se sugiere para el cementerio en cuestión, aunque hay que reconocer que los datos siguen siendo provisionales. Si estamos en lo cierto, cabe la posibilidad de que la necrópolis más moderna ya estuviera en uso cuando el poblado empieza a emitir moneda. Otro dato interesante es la particular ordenación espacial del cementerio, constituido mediante agrupaciones y espacios intermedios estériles (Hernández Hernández y Galán 1996: 114), lo que podría hacernos remitir al ámbito de Cogotas II. De acuerdo con todo esto, junto a la arribada de celtíberos podría plantearse un desarrollo más complejo del substrato, sin desestimar la aportación intermitente de otros componentes étnicos, lo que encajaría bastante bien con los testimonios literarios que sitúan celtas y celtíberos en Lusitania (Plinio 3,13-14).

(2) Existe además un conjunto muy considerable de vestigios socio-lingüísticos en el Occidente y Extremadura que confirman un complejo proceso de aculturación (Almagro-Gorbea y Lorrio 1987: 109 ss.). Sería el caso de la distribución del antropónimo Celtius en Lusitania y sur de Vettonia - que definiría a individuos no autóctonos que se sirven de este elemento como indicador de su origen (Unterman 1965: 99) - la tésera de hospitalidad en lengua celtibérica procedente del castro de Villasviejas (Almagro-Gorbea y Lorrio 1987: 114) o la serie toponímica de los compuestos con -briga, que confirmaría asimismo una fecha tardía en la celtización de algunos sectores periféricos (Almagro-Gorbea

---

<sup>201</sup> La abundancia de la última serie de sékaia en el occidente peninsular - también en el castro de Villasviejas - y que sea ésta el modelo monetar que copia tamusia, ha llevado a sugerir a la autora la posibilidad de que fueran grupos de sékaia llegados a finales del siglo II a.C. o inicios del s. I a.C. los responsables de la nueva ceca extremeña, que empezaría a emitir poco después con el nuevo topónimo (Blázquez Cerrato 1995: 252-254; vid. García-Bellido 1995: 281-283).

## LAS NECROPOLIS

1993b: 156), como en el caso de Caesarobriga/Talavera de la Reina y Augustobriga/Talavera la Vieja, en la frontera del Tajo y ofreciendo ya nombres romanos.

(3) Este momento coincide con una fase de enorme esplendor en los oppida célticos de la Meseta, desde el punto de vista económico, social y desde luego demográfico. El efecto aculturador de estos núcleos a partir del tránsito de los siglos III-II a.C., su influencia en los circuitos de comercio e intercambio y la irrupción de Roma y Cartago, debió afectar de algún modo a la estructura socio-ideológica y territorial de estas poblaciones, hecho que también podría detectarse arqueológicamente por el desplazamiento o abandono de poblados y la fundación de otros nuevos, en virtud de las estrategias de mercado. Estas migraciones regionales podrían explicar en última instancia fundaciones ex novo como el Raso, remodelaciones de nuevo cuño como el alzado del tercer recinto de La Mesa de Miranda - dato éste que pugna contra la idea teórica del respeto por los antepasados - o incluso un cambio en el patrón de emplazamiento y organización de las necrópolis más tardías (El Romazal), por causas que hoy por hoy apenas podemos intuir.

(4) Otro dato interesante nos lo proporciona la tipología del armamento recuperado en la necrópolis extremeña, pues confirmaría desde una perspectiva arqueológica la convivencia en estos tiempos de espadas y puñales, conectando sin solución de continuidad con la panoplia vettona característica de la fase II y, por ende, con la de las poblaciones célticas de la Meseta<sup>202</sup>. La abundancia de puñales biglobulares en los contextos domésticos de los poblados, frente a la sorprendente escasez de espadas, confirmaría en cualquier caso la preeminencia de este modelo en los guerreros de alto rango (Martín Valls y Esparza 1992: 263). Y esa misma impresión nos confiere su distribución geográfica (Stary 1994: mapa 29). Para el ámbito suroccidental de la Meseta podríamos reseñar los puñales biglobulares de El Berrueco (Morán 1924: lám. XIII B), Arroyo Manzanas (Jiménez de Gregorio 1992: 16 y 33), Las Cogotas (Cabré 1930: 93, lám. LXXI), Ulaca (Gutiérrez Palacios 1955: 196) y los cinco ejemplares que proporcionan las casas

---

<sup>202</sup> La asociación de ambos elementos en la misma panoplia está documentada en la tumba 13 de la necrópolis celtibérica de Osma, junto a una fibula de La Tène III (Cabré 1990: fig. 23), habiéndose también sugerido en alguna de las representaciones de la cerámica numantina y de la escultura galaica (Lorrio 1995: 274, nota 155).

del Raso, dos de ellos asociados a denarios republicanos datables inequívocamente entre finales del siglo II a.C. y época cesariana (Fernández Gómez 1986: 445, 452 y figs. 14, 89, 112, 123 y 166).

Si los datos que proporciona la realidad arqueológica permiten entrever algunas características del armamento, este panorama cabe superponerlo a la documentación aportada por los textos grecolatinos y la iconografía. De entrada, se advierten algunos problemas relativos a las versiones facilitadas por distintos autores. Plutarco (*Mul. virt.*), refiriéndose al heroísmo de las mujeres salmantinas, señala que "llevando puñales ocultos salieron acompañando a los hombres" tomados prisioneros por Aníbal. Más resumidamente nos transmite Polieno (7,48) la virtud de las salmantinas, pero en el pasaje en cuestión, que sigue en lo esencial a Plutarco, se refiere a que las mujeres "habiendo ocultado las espadas bajo sus vestidos, se las entregaron a los hombres" (Bejarano 1955: 105-106)<sup>203</sup>. Por Posidonio (en Diodoro, 5,34) sabemos que los lusitanos empleaban espadas y cascos análogos a los de los celtíberos, rasgo éste que por afinidad sería también aplicable a los vettones y que, en última instancia, confirmaría la estandarización de la panoplia en la Hispania Céltica durante el período de las guerras con Roma (Lorrio 1994: 236). En la Celtiberia, las referencias alusivas al uso de la espada en estos tiempos están fuera de duda según las citas literarias (Diodoro 5,33) y las decoraciones vasculares numantinas, rarificándose en los contextos arqueológicos, aunque tampoco hay que perder de vista la preponderancia que siguieron teniendo las lanzas y jabalinas en la panoplia céltica (Lorrio 1995: 274-278, fig. 74). Hacia occidente podríamos asimismo valorar la cita de Estrabón (3,3,6) respecto al uso del puñal por parte de los lusitanos y su representación en los "guerreros galaicos" (Ferreira da Silva 1986: 304 ss., láms. CXX-CXXIII), cuya fechación, a la vista de algunas inscripciones romanas, podría llevarse hasta el s. I d.C.

Parece acertada la relación de estas estatuas con los pequeños escudos de

---

<sup>203</sup> Las pinturas rupestres de Peña Mingubela, en Ojos Albos (Ávila), registran la existencia de hombres armados con espadas y escudos en actitud de combate, fechándose en la plenitud de la Edad del Hierro y habiéndose sugerido su relación con la oposición indígena a los cartagineses, en el marco de la expedición de Aníbal del 220 a.C. (González-Tablas 1980). El bagaje estilístico que proporcionan las pinturas no es suficiente y la relación concreta con un hecho histórico es una idea muy sugestiva pero difícil de demostrar. Sin embargo, su fechación en la segunda Edad del Hierro cobra mayor verosimilitud cuando se cuenta con la referencia de un castro fortificado con varios lienzos, emplazado en la misma cima del Cerro de la Cabra o Peña Mingubela (Delibes 1995b: 100-101). Y a la vista del armamento que citan los textos grecolatinos tampoco sería excluyente encuadrar el suceso, de forma un tanto imprecisa, en el contexto púnico o bien de las guerras con Roma.

## LAS NECROPOLIS

tipo caetra, que habrían perdurado largo tiempo. Esta misma impresión se atisba nuevamente en las fuentes. Es el caso de los escudos "pequeñísimos de nervios trenzados" o "de dos pies de diámetro y cóncavo por su lado anterior" que refieren Diodoro (5,34) y Estrabón (3,3,6) para los lusitanos. En la descripción del guerrero lusitano, Diodoro (5,34,4) comenta que "como utilizan armamento ligero y son muy ágiles en sus movimientos y muy veloces, resultan muy difíciles de vencer para los demás". También Lucano (4,4-10), que relata hechos del 49 a.C., da noticia de algunas de las tropas auxiliares que acompañan a los generales pompeyanos reunidos en Ilerda, entre ellas las vettonas a las que se da el apelativo de leves debido al armamento ligero empleado para el combate; es decir, provistas del pequeño escudo redondo y la espada corta o puñal (Roldán Hervás 1968-69: 96 y 1993: 119-120). Estos mismos se acompañarían de cascos, grebas, petos y corazas de material perecedero, siendo más excepcionales los cascos de bronce o con remate en triple cimera así como las cotas de malla, como evidencian las fuentes citadas. Su existencia probablemente lleva implícita una diferenciación social en el seno de la fuerza militar (Ciprés 1993: 162). En aparente contradicción por su ausencia en los ajuares vettones de la fase II, el empleo de hierros arrojadizos, los característicos soliferrea, están bien atestiguados en Diodoro (5,34), Livio (34,14,10) y Apiano (B.C. 5,83), el primero mencionando expresamente a los lusitanos. Este dato confirma la dificultad de establecer el armamento a base sólo de las tumbas y el carácter simbólico, no necesariamente real, que pudo tener una parte de las panoplias ofrendadas.

En conclusión, no hay duda que la presencia de las primeras armas en las necrópolis vettonas debió tener lugar en un momento temprano de su desarrollo, a partir del 450/400 a.C.. En esta primera fase, con espadas de antenas atrofiadas y de frontón, dos hechos parecen claros: su coetaneidad respecto a las cerámicas con decoración peinada y el ligero avance cronológico, ya dentro del siglo IV a.C., de las espadas de antenas más evolucionadas a la vista de su desarrollo posterior. Sincrónicamente a este proceso cabría explicar la incorporación de las primeras cerámicas a torno, que se generalizan en la fase siguiente. Tal vez desde mediados del siglo IV a.C. y con toda seguridad a finales de la centuria estas necrópolis se vitalizan intensamente. Junto a las espadas pistiliformes y algunos ejemplares latenienses, hay que citar los puñales y escudos de tipo Monte Bernorio en sus diferentes variantes a los que se unirán, ya en la tercera centuria, los modelos de

frontón y dobleglobular. Completarían el panorama arqueológico las cerámicas a torno, algunas de estirpe claramente celtibérica.

El carácter inicial de las necrópolis vettonas podría ponerse en relación a lo observable en los cementerios del Alto Tajo-Alto Jalón, sin desestimar la arribada de objetos y metales de ámbito meridional, que incluíran la tecnología del torno. La fase siguiente coincidiría grosso modo con la vitalidad de los grupos arévaco y vacceo en el Alto y Medio Duero, que a partir de ahora serán un referente básico en la forja de armas y herramientas.

En cualquier caso, para entender la personalidad cultural de las necrópolis vettonas es esencial tener en cuenta sus seculares contactos con el mundo ibérico y orientalizante, hecho que facilitó la asimilación de ciertos elementos de la panoplia y el ritual, dotándoles de una personalidad evidente respecto a las estrictamente celtibéricas.



## VII.

### LOS VERRACOS.

#### 1. La escultura zoomorfa de la Meseta en la tradición historiográfica.

La escultura zoomorfa en piedra de toros y cerdos, genéricamente conocida como "verracos"<sup>204</sup>, constituye la documentación más significativa, si de atender al conocimiento de la plástica protohistórica y romana de tradición indígena en la Meseta occidental se trata. El volumen y dispersión de piezas halladas individualizan una zona geográfica concreta, que coincide en una gran parte con el territorio de los vettones. Se extienden fundamentalmente por las provincias de Avila, Salamanca, Cáceres, Zamora, Toledo y Segovia, así como por las comarcas portuguesas limítrofes de Trás-os-Montes y Beira Alta<sup>205</sup>. El análisis que aquí se propone, comienza con un esbozo de lo que los verracos son y han significado en la investigación arqueológica española, condición necesaria para poder entender la situación presente y para poder trazar mejor las ideas que después se exponen sobre su cronología, funcionalidad y significado.

##### 1.1. Antecedentes. Las primeras referencias escritas se remontan al siglo

---

<sup>204</sup> Del latín verres que significa cerdo padre, aunque las esculturas representan no sólo cerdos, sino también toros en una proporción prácticamente igual.

<sup>205</sup> El hallazgo de algún ejemplar fuera de estas provincias resulta excepcional. Así lo indica la escasez de piezas que, procedentes de Minho, Douro Litoral, Lugo, Orense, Pontevedra y Burgos, integran el ámbito más periférico de estas producciones. Además, las particularidades tipológicas que ofrecen estas piezas, como son las cabezas del ámbito galaico-portugués (Taboada 1949; López Monteagudo 1973), los alejan de los rasgos que caracterizan a estos zoomorfos de cuerpo entero, modelados mayoritariamente en granito. Se ha llegado a plantear la posibilidad de que alguna de estas piezas hubiera sido trasladada a dichas áreas por personas oriundas de las regiones pródigas en este tipo de representaciones (Blanco Freijeiro 1984: 2).

XIII; en el Fuero de Salamanca (Tít. XLVIII) ya se hace mención al famoso toro del puente romano. Pero es a partir del Renacimiento cuando empezamos a disponer de mayor información sobre estas esculturas. Una de las primeras valoraciones de las que se tiene noticia sobre su naturaleza y origen es la de Rodríguez de Amelta (1481), para quien los toros de Guisando fueron erigidos en memoria de una de las victorias romanas en la Península<sup>206</sup>. Un siglo después el sacerdote Gil González Dávila (1596) se refiere nuevamente al toro de Salamanca y reúne, por vez primera, un inventario de las esculturas zoomorfas de la Meseta bajo la denominación genérica de toros, a la vez que les asignaba un carácter idolátrico, idea que más tarde recoge el P. Flórez (1758) al referirse a los toros de Guisando aunque adscribiéndoles en su caso a elefantes<sup>207</sup>.

La tradición erudita y humanista en esos años facilitó una precoz catalogación. Memorias parroquiales, por ejemplo las referencias al toro de San Vitero y al verraco de Torre de Dona Chama en los siglos XVI y XVIII (Guarido Casado 1966; Leite de Vasconcellos 1913: 20), relaciones topográficas, dando noticia de las esculturas de Torrecilla de la Jara, Castillo de Bayuela y Murça de Panoias, en 1576, 1578 y 1706 (López Monteagudo 1989: 105; López de Ayala-Alvarez de Toledo 1959: 52-53; Carvalho da Costa 1706: 464), o referencias de humanistas, como la carta de Alvar Gómez de Castro (1527; *vid.* Sánchez Cantón 1927: 221 ss.) describiendo una de las esculturas de Talavera la Vieja<sup>208</sup> y la noticia del P. Ariz (1607) a propósito de las conservadas en la capital abulense, son testimonios que avalan una preocupación inicial por estos vestigios, reunidos en virtud de criterios esencialmente descriptivos y geográficos.

---

<sup>206</sup> Según el autor, a la muerte de Escipión el Africano los españoles se alzaron en armas. Para luchar contra ellos Roma envió un capitán llamado Guisando. Tras una batalla librada en tierras de Toledo éste obtuvo una gran victoria, en memoria de la cual hizo labrar cuatro toros de piedra, "a las que en su tiempo daban el nombre de Guisando".

<sup>207</sup> Su singularidad era tal, que tampoco resultaban infrecuentes en las menciones que de ellas se hacían en la literatura del Siglo de Oro. La *Vida del Lazarillo de Tormes* (Trat. I) se hace eco del famoso toro del puente romano de Salamanca, mientras el conjunto de los célebres Toros de Guisando (El Tiemblo, Avila) es citado por Cervantes en *El Quijote* (parte II, cap. XIV) y Lope de Vega en *El mejor maestro, el tiempo* (acto II). Con su metro y medio de alzada y casi 2,80 metros de longitud, los toros ofrecen un imponente aspecto. El recinto que los alberga, de cara a la sierra de Gredos, se conoce como Venta Juradera, ya que los toros fueron testigos de como el rey Enrique IV juró a su hermana Isabel la Católica legítima heredera del trono de Castilla y León, el 19 de Septiembre de 1468. Según la tradición Antonio de Nebrija, cronista de Isabel la Católica, hizo los calcos en cera de las inscripciones latinas de los Toros (Ballesteros 1896; *vid.* Arias *et alii* 1983: 21).

<sup>208</sup> Recogido por Hermosilla y Sandoval (1796) junto a otras piezas.

## LOS VERRACOS

A comienzos de la última centuria Bosarte (1804: 34-39), basándose en la existencia de signos o adornos en algunas esculturas y apoyándose en textos clásicos, las considera representaciones de animales destinados al sacrificio. En general, hasta bien entrada la segunda mitad del s. XIX los tratadistas que incluían en sus escritos datos sobre estas manifestaciones aludían superficialmente a su origen y significado, la mayor de las veces desde posturas intuitivas y anacrónicas, carentes de fundamento y de criterios de discriminación: ofrendas a Hércules, monumentos conmemorativos, víctimas de sacrificios, deidades de origen oriental..., limitándose a adscribirlos a una especie determinada, toro, cerdo, jabalí, elefante y oso.

El problema que plantea su estudio llevó a los distintos autores a elaborar en el transcurso de las siguientes décadas diferentes hipótesis. Se pueden distinguir tres periodos en la historia de la investigación, atendiendo a las principales corrientes de opinión, los trabajos de campo desarrollados y el nivel de producción científica desde el punto de vista de las publicaciones. En la figura (\*), con el objeto de facilitar una mejor comprensión de la evolución que ha sufrido esta última y para evitar reiteraciones en la descripción, hemos elaborado una pequeña tabla que contabiliza los estudios publicados sobre la escultura zoomorfa en los últimos cien años<sup>209</sup>.

**1.2. Las primeras interpretaciones (ca. 1860-1929).** El descubrimiento, hacia 1860, de las esculturas del Cerro de los Santos (Albacete), abrió la vía para el estudio de la plástica ibérica (Chapa 1986; Almagro-Gorbea 1987b). Sin duda, hay que vincular la sucesión de hallazgos y la atracción que esta nueva página de la Historia del Arte produjo en los investigadores para que las esculturas de la Meseta también comenzaran a ser valoradas con mayor lógica. Las representaciones zoomorfas constituían en este momento un conjunto lo suficientemente importante y numeroso como para permitir su estudio y enriquecer la visión tradicional que se tenía. Numerosas referencias a esculturas existentes antaño en la zona y hoy inlocalizables se remontan a esta época (Fernández-Guerra 1862: 48 ss.; Paredes Guillén 1888: 136 ss.).

---

<sup>209</sup> Se han considerado todas las síntesis generales y regionales sobre los verracos así como notas puntuales insertas en trabajos de carácter más amplio. Con anterioridad a 1880, las publicaciones sobre el tema resultan muy escasas.

Una de las teorías que tuvo mayor aceptación fue la de considerarlas piedras terminales de territorios o regiones, defendida fundamentalmente por Fernández-Guerra (1853: 309 y 1862: 47), de tal modo que los sitios donde se encuentran los toros de Guisando, Avila, Toro, Salamanca o Talavera la Vieja, habrían servido de frontera de diversos territorios a lo largo del tiempo. En un trabajo conjunto con el padre Fita se insiste de nuevo a las figuraciones zoomorfas como enseña o simulacro para amojonar términos en la Vettonia, sobre todo en la parte lindante con carpetanos, arévacos y vacceos (Fita y Fernández-Guerra 1880: 16). Semejante interés llevó al erudito placentino Paredes Guillén (1888: 136, 163-164) a sostener la hipótesis de que tales piezas eran utilizadas como puntos de referencia para indicar los caminos de los ganados trashumantes: "No podemos señalar la situación de una de estas antiguas figuras de piedra que esté lejos de las cañadas, (...) si no están en cañada, marcan la dirección de la más próxima y han de estar muy cerca de ella, lo cual nos ha convencido de que fueron hechas y colocadas para la hitación de caminos pastoriles" (*id.* 1888: 136). Incluye una cincuentena de sitios donde se emplazan estas figuras y añade una lista aún más numerosa de posibles hitos - algunos por la toponimia - que a su juicio los habrían tenido. Tampoco descarta que estas piezas fueran objeto de culto "aplicadas a la protección y explotación de la ganadería" (*id.* 1888: 171).

Paralelamente, otro grupo de investigadores, como Paris (1903, t.I: 59) y Leite de Vasconcellos (1913: 36), se inclinan por considerar a los toros y verracos como monumentos sepulcrales. Aportación que se debe, inicialmente, a Hübner (1888: 253 ss.)<sup>210</sup>, quien se basa en la presencia de epígrafes funerarios latinos en algunas de estas piezas para afirmar ese carácter: "Tienen aún, o tenían, inscripciones sepulcrales latinas, que no dejan duda sobre el destino de los demás que, al presente al menos, ya no conservan inscripciones" (1888: 254)<sup>211</sup>. Gómez Moreno (1904: 154) insistía en esta misma idea, ya con plena base

---

<sup>210</sup> Leite de Vasconcellos (1913: 32) cita un trabajo más antiguo de E. Hübner que no he podido localizar, publicado en 1863 en la revista *Zeitschrift für allgemeine Erdkunde*, tomo XIV, págs. 341-343, donde ya defiende la naturaleza funeraria de estas piezas.

<sup>211</sup> Aunque bien es cierto que tanto este autor como P. Paris cambiaron de opinión posteriormente, tal y como señala Ramón y Fernández Oxea (1950: 56).

## LOS VERRACOS

arqueológica, al haberlas documentado junto a sepulturas<sup>212</sup>.

La exploración arqueológica efectuada por Gómez Moreno a comienzos de la centuria, comisionado por el Ministerio de Instrucción Pública para la catalogación de monumentos, aunque de publicación tardía (Gómez Moreno 1927, 1967 y 1983), supuso un auténtico punto de inflexión en el estudio e inventario de los verracos de Zamora, Salamanca y Avila. Hasta este momento, salvo excepciones, los investigadores habían centrado su estudio en las estatuas de Guisando y en el célebre toro del puente romano de Salamanca. Los primeros planteamientos de orden científico y tipológico corresponden al autor quien, por ejemplo durante sus prospecciones por tierras de Zamora entre 1903 y 1905, da noticia de varias esculturas en torno a la línea del Duero, además de hacer agudas observaciones sobre las mismas. En particular su relación con los castros indígenas y sus connotaciones morfológicas, como ocurre con la escultura conocida como "la Mula", no lejos del castro de San Mamede, en Villardiegua de la Ribera, a la que emparenta con el toro del castro salmantino de Irueña, en Fuenteguinaldo, comentando su angostura, tamaño y modo de tallar las patas (1927: 28-29). Similares planteamientos se extraen del resto de los catálogos, si bien hay que reconocer una valoración más puntual en sus apreciaciones tipológicas.

A pesar de la dificultad que entrañaba la datación de las esculturas, desde la última centuria era común asignar una cronología anterior a la romanización o al inicio de la misma. Puig y Larraz (1883), refiriéndose al puente de Toro, se basa en el hallazgo del famoso cuadrúpedo de piedra que se conservaba en la Colegiata para datarlo en época romana, pues "se supone estaría sobre el puente, análogamente al que existía en el puente de Salamanca, cuya fundación, no cabe duda, se remonta a aquella época". Ballesteros (1896: 57 ss. y 73 ss.) publica una relación de piezas con los datos de González Dávila, Bosarte, Martín Carramolino y otras inéditas, a la vez que recoge diversas opiniones que aseguran que los Toros de Guisando se erigieron para conmemorar victorias romanas. El mismo autor cita

---

<sup>212</sup> En 1859 T.M. Garnacho fue testigo, en el pueblo sayagués de Moral, del hallazgo de varias sepulturas algunas de las cuales "encerraban toscas esculturas, también de granito, de las que sólo vi una figurando un becerrillo, así como los fragmentos de vasijas cinerarias...". El autor se limita a calificar el hallazgo como curioso, atendiendo a su "muchacha antigüedad" y al gran número de piedras e inscripciones (Garnacho 1875, recogido en Martín García y García Diego 1990: 18). Gómez Moreno (1927: 29), refiriéndose al hallazgo de Moral, dice textualmente: "queda firme el hecho, repetido como veremos en el Pino, de corresponder a sepulturas estas efigies, que remedaban embrionariamente perros o becerillos, y eran del tamaño de un gato grande, más o menos rotas por sus extremidades y sin peana".

al Padre Mariana, quien las supone de origen fenicio pero fabricadas por los naturales del país (1896: 64). Martín Carramolino (1872: 15-16) relaciona las esculturas con divinidades de origen egipcio traídas por los fenicios, y J. Rodríguez (1879: 67-68), en la descripción geográfica que hace de la Vettonia, abunda en esta misma idea e insiste en el carácter conmemorativo de las representaciones.

Siguiendo una de las máximas que regían los estudios de arte a comienzos de siglo, la escultura de la Meseta era considerada una manifestación local, "tosca" y "bárbara", en contraposición a la escultura ibérica. Semejante interés era contemplado en términos peyorativos, lo que llevó a discutir estas manifestaciones dentro de unos términos prefijados. De alguna manera el estudio de la plástica peninsular se dibujaba desde este momento como un juego dialéctico entre el substrato indígena, más retrasado, creador de los verracos, y los pueblos colonizadores. Pero al ser virtualmente desconocidos los contextos arqueológicos la única salida eran los estudios estilísticos y, por tanto, la consideración de que lo más bárbaro resultaba ser lo más arcaico.

Un caso paradigmático lo constituyen los trabajos del hispanista francés Pierre Paris (1903 y 1910). Los zoomorfos constituían a su juicio una manifestación pre-ibérica, con la tosquedad propia de un arte incipiente e indígena, posteriormente relegado por el arte ibérico, más desarrollado al seguir la evolución del arte mediterráneo oriental. En el planteamiento del autor se observa un componente difusionista que seguirá presente en las primeras décadas; a saber, la consideración del componente colonizador (griegos) que acabará por transformar a los bárbaros autores de verracos en creadores de obras de gran estilo. Con posterioridad Bosch Gimpera (1929: 92), cuando afirma que la influencia ibérica es más tardía conforme avanza hacia el interior de la Meseta, señala como hipótesis más verosímil que los verracos son una "degeneración" de los leones ibéricos, con los que enlazarían tipológicamente. A partir de los años 40 y 50 se plantea una abierta polémica sobre la cronología y el estilo de la escultura ibérica. Y aunque ello suponía reconsiderar ambas plásticas como fenómenos distintos, los estudios seguirán resaltando aquellos "opuestos" que mejor se adecúan a la visión normatizada del arte peninsular: primitivismo/alta cultura, torpeza técnica/maestría en la ejecución, esculturas de verracos/escultura ibérica; celtas/iberos...., obsesión que ha sobrevivido a gran parte de este siglo.

## LOS VERRACOS

**1.3. La valoración del substrato arqueológico y la cuestión céltica (1930-1969).** La proliferación de excavaciones sistemáticas a partir de los años 30 ampliaron la información que sobre las etnias de la Meseta se tenía hasta entonces. En el castro de las Cogotas J. Cabré (1930: 39-40) se refiere al descubrimiento posiblemente "in situ" de tres esculturas - el hallazgo data de 1876 (*id.* 1930: 7) - junto al recinto inferior del castro, que por carecer de viviendas supone el autor serviría de encerradero de ganado. Sostiene así la posibilidad de interpretar a la escultura zoomorfa en el contexto de las creencias mágico-religiosas en relación con los ritos de protección, reproducción e incremento de la especie, es decir de la riqueza básica de estas poblaciones en buena parte ganaderas, opinión también compartida por Caro Baroja (1943: 176), Jiménez Navarro (1943: 107), Ramón y Fernández Oxea (1950: 56) y Maluquer (1954b: 103), y que ha tenido una gran repercusión hasta la actualidad<sup>213</sup>.

La interpretación funeraria siguió vigente, aunque en la mayor parte de los casos los autores se limitaban a asumir las tesis defendidas por Hübner y Gómez Moreno, insistiendo en el carácter divino de estas manifestaciones, ligadas al culto a los muertos (Alves 1938: 766; Vasco Rodrigues 1958: 396). Especial atención no obstante merece el trabajo de Fernández Fuster (véase Maluquer 1954b: 104) pues enriquece el planteamiento original. Piensa el autor que algunas esculturas se utilizarían como estelas y sugiere si deben considerarse un tipo específico de sepultura similar a las *cupae*, organizado por un plinto con una oquedad para las cenizas, sobre el que se situaría la escultura en cuestión; hipótesis esta última que seguirá defendiéndose ulteriormente ya con nuevas bases arqueológicas (Martín Valls 1974: 74 ss.; Martín Valls y Pérez Herrero 1976). Al mismo tiempo, el hallazgo de esculturas en castros que no alcanzaron la romanización era relevante en términos cronológicos. Se venía admitiendo como datación más antigua la segunda Edad del Hierro, que Bosch Gimpera (1929: 92) denominaba fase posthallstática. Las esculturas con inscripciones latinas planteaban a causa de ello un nuevo problema, quedando por dilucidar su carácter funerario o la posible

---

<sup>213</sup> Dentro de esta misma línea estaría el hecho de considerar a tales representaciones como manifestaciones destinadas al culto, basado fundamentalmente en datos folklóricos y etnográficos. Por ejemplo Pinho (1933: 295) les adjudica un carácter fálico, aunque la mayor parte de los autores aboga por un culto de tipo zoolátrico (Morán 1933: 259-260; Santos Júnior 1940: 368-369; Taboada 1949: 13, 26; Diego Santos 1955: 40; Ferreira da Silva 1986: 299). El hallazgo del verraco de Picote, dentro de una estructura circular a la que se llegaba a través de un corredor, valorada como una especie de santuario, confirmaría según Santos Júnior (1963: 395-396, 401 y 1975: 424-438) esta última hipótesis, interpretación en todo caso discutible (Almagro-Gorbea y Alvarez-Sanchís 1993: 253).

reutilización de las más antiguas en época romana, en un momento en el que habían perdido su significado original<sup>214</sup>.

Paralelamente la "cuestión céltica", que empezaba a ocupar un importante papel en la tradición arqueológica, también afectó la valoración de estas esculturas. El celtismo de los verracos fue planteado a finales del siglo XIX (Fernández-Guerra 1862: 47; Rodríguez 1879: 90; Fita y Fernández-Guerra 1880: 16), hecho que contrastaba con el nulo conocimiento arqueológico que se tenía de los Celtas Hispanos en ese momento. Los primeros trabajos con un enfoque arqueológico se deben a Bosch Gimpera (1921), quien relacionó los Celtas con los Campos de Urnas, defendiendo la tesis de su llegada a la Península Ibérica en varias oleadas o invasiones. La ausencia en las tierras del interior de grandes conjuntos monumentales incrementó sin duda alguna el valor de estas efigies, como un claro exponente cultural de la España "céltica" en contraposición a la España "ibérica". Pero el estudio de las esculturas desde este planteamiento alcanzó su expresión más distorsionada en las primeras décadas del régimen franquista. La etapa que vive España después de la Guerra Civil ofrece en el plano científico una clara actitud pancéltica (Ruiz Zapatero 1993: 44-47) - y, en contrapartida, un rechazo a lo ibérico - a la que no resulta ajena la interpretación de la plástica zoomorfa. El tema era complejo y se optó claramente por mantener presentes los postulados de Bosch Gimpera; así, "puede admitirse la hipótesis de que la cultura de los verracos fue creada por los pueblos celtas de la primera invasión que refiere el Periplo de Avieno" (Taboada 1949: 16-17).

Esta opinión fue común en esos años, como también lo observamos en las afirmaciones de Ramón y Fernández Oxea (1950), que resumen perfectamente estas consideraciones: "hubo un pueblo celta que dejó como huella de su pasado por nuestra patria una abundante serie de representaciones en piedra (...) sin que hasta la fecha se pueda asegurar con toda certeza cuál fue el destino que sus autores quisieron darle ni tampoco cuál de entre los pueblos celtas fue el creador...." (*id.* 1950: 55), "las relaciones entre los tres círculos del pueblo celta, que son el de los castros gallegos, el de Numancia y el de los verracos, quedan patentes con la penetración de esta última cultura en las áreas de las otras dos...."

---

<sup>214</sup> La interpretación de las inscripciones como añadidos posteriores tuvo ya cierto crédito a comienzos de siglo, particularmente presente en el trabajo de Paris (1903, t.I: 55 ss.).



## LOS VERRACOS

(*id.* 1950: 70). En cierto modo se pretende hallar una relación entre el concepto arqueológico de lo céltico como expresión de la Edad del Hierro y la identidad de las poblaciones responsables de las esculturas, éstas últimas lógicamente imbuidas por el mismo espíritu. Concepciones que ponen de manifiesto cual era la posición de la investigación en este momento, aunque ocasionalmente se reconocen contradicciones de base. Como advierte Diego Santos (1955: 46) "no puede negarse el sentido genérico de célticos en los autores de las esculturas zoomorfas, pero habría que explicar el por qué éstas se hallan más concentradas en unas zonas que no son precisamente las más celtizadas".

Su singularidad, unida al hecho de que apareciesen en un ecosistema típicamente ganadero y con un característico sistema de hábitat en castros contribuyó a forjar la conocida expresión de "cultura de los verracos", como rasgo material y regional de uno de los, hasta el momento considerados, pueblos celtas peninsulares. No se intentó demostrar que estas esculturas fuesen realmente la expresión de un arte celta, sencillamente se partía de la base de que era evidente. El concepto, ambiguo y poco preciso en esos años, se traducían en afirmaciones de hecho: "la cultura de los verracos (es) propia de los celtas de la mitad norte de la meseta castellana" (López Cuevillas 1951: 180), línea argumental que ha pervivido hasta la época actual, traducéndose en visiones simplistas y sin una definición arqueológica estricta<sup>215</sup>.

Otra de las cuestiones que planteaba este tipo de escultura era el de su origen. En general, todos los autores coinciden en señalar a la escultura ibérica andaluza como el modelo original de donde derivarían las representaciones de la Meseta. Bosch Gimpera (1919: 16 y 1929: 91-93) opina que, puesto que los únicos paralelos con la escultura zoomorfa son los leones del sudeste y Andalucía, y dado que la influencia de la cultura ibérica penetra más tardíamente a medida que se aleja de la costa, defiende una cronología en torno a los siglos III-II a.C., aunque admite la pervivencia de esta tradición en época romana. Jiménez Navarro (1943: 104 ss.), en un interesante trabajo dedicado monográficamente a la serie escultórica animalista del cerro de los Santos, el primero de este tipo tras el breve

---

<sup>215</sup> "entre os documentos arqueológicos que assinalam a presença dos Celtas no nosso território figuram os "berros" de pedra...." (Felgueiras 1985: 64). Como ejemplo ilustrativo, véanse también los trabajos de López Monteagudo sobre la plástica zoomorfa de la Meseta (1982, 1983 y 1989), en particular el título que encabeza la portada del último libro.

ensayo de Bosch Gimpera (1919), establece las primeras hipótesis sobre el origen y desarrollo de la estatuaria, señalando tres escuelas: la tartésica o andaluza, la ibérica o del Sudeste y la céltica o de la Meseta. Considera a esta última la más tardía a la vez que admite una primera fase con evidentes relaciones entre los toros del centro de la Península y los andaluces. En un segundo momento, a partir del s. III a.C., la producción del cerdo o jabalí tomaría preeminencia frente al toro, degenerando progresivamente hacia un modelado más tosco y separándose de sus primitivas raíces tartésicas. También se refiere Maluquer (1954b: 104-105) a la zona ibérico-tartésica peninsular para explicar su origen; aduce que la escultura céltica europea presenta una datación tardía, por lo que "es en ellos en los que deberemos ver nuestros antecedentes de nuestra escultura zoomorfa céltica del círculo de los verracos"<sup>216</sup>.

Pero además estos estudios evidenciaban la necesidad prioritaria, al disponer ya de una documentación relativamente abundante, de abordar el contexto geográfico y cultural. Por ello la atención se dirigió no sólo a aspectos meramente puntuales sobre el hallazgo de estas piezas, sino a la realización de inventarios y estudios de carácter regional. El padre Morán (1933; 1940; 1942 y 1946) recoge la senda dejada por Gómez Moreno en sus trabajos sobre la provincia de Salamanca, y, sin llegar a elaborar una síntesis propiamente dicha de estas esculturas, alude a ellas en diversas publicaciones.

Un buen ejemplo son los trabajos de Taboada (1949), López Cuevillas (1951) y Diego Santos (1955) para las esculturas del NO y Zamora, a partir de los cuales resultaba posible profundizar en las características del estilo o las tradiciones locales que llevaban a imprimir un tipo concreto, reforzando la hipótesis sobre la existencia de talleres y grupos regionales. Lo mismo cabe decir de los estudios de Ramón y Fernández Oxea (1950 y 1959) para la escultura animalística de Cáceres y Toledo, y Molinero (1958), que centró gran parte de su investigación en la provincia de Avila. Insiste básicamente en los yacimientos de la Edad del Hierro excavados en la provincia, pero destina una pequeña parte a hacer mención de las esculturas conocidas y, lo que es más importante, a valorar los sitios de hallazgo y su relación con los castros. Como advierte acertadamente, en las

---

<sup>216</sup> Con posterioridad, Serrano (1957) vuelve a insistir en la influencia del arte ibérico del Sur y Levante sobre el área céltica de la Meseta a partir del s. III a.C., dando lugar a las esculturas de toros y verracos.

## LOS VERRACOS

inmediaciones de las esculturas "si es que no han sido removidas de sus antiguos emplazamientos, es lógico presumir se encontrarán despoblados" (*id.* 1958: 20).

Entre finales de los 50 y comienzos de los 70 se produjo una cierta atonía en la investigación arqueológica de estas piezas, favorecido por la escasez de nuevos hallazgos. Hasta entonces, la catalogación de la escultura zoomorfa venía demostrando el interés que suscitaba su estudio. Con todo, salvo los trabajos de Gómez Moreno a comienzos de siglo o de Cabré y Maluquer décadas después, eran muy escasos los estudios de síntesis. Los cambios que a finales de los sesenta se producen en la disciplina, tanto a nivel teórico como metodológico, propician un nuevo panorama.

**1.4. La escultura zoomorfa en el debate contextual y tipológico (1970-).** Lo más importante a destacar a partir de este momento son los proyectos tipológicos, justo cuando ya se dispone de un "corpus" de estas piezas importante, en torno a los dos centenares (Martín Valls 1974: 70)<sup>217</sup>. En buena medida, el análisis de la escultura presenta dos modelos de actuación, uno sincrónico y otro diacrónico. En el primer caso se pretende ordenar en grupos un conjunto determinado de piezas, sin que de ello se deriven conclusiones cronológicas diferentes (Hernández Hernández 1982; Blanco Freijeiro 1984; Arias *et alii* 1986; Matos da Silva 1988; Martín García y García Diego 1990). Estos estudios, los más abundantes por otro lado, están en ocasiones ligados a la catalogación de ejemplares. El segundo modelo, el diacrónico, trata de valorar distintos tipos atendiendo a connotaciones funcionales y/o cronológicas (Martín Valls 1974 y 1985: 118-119). No puede excluirse, por tanto, la posibilidad de reconocer la evolución de determinados grupos (Alvarez-Sanchís 1993b: 164 y e.p. \*)<sup>218</sup>.

Martín Valls (1974), uno de los investigadores que más agudamente ha

---

<sup>217</sup> Es interesante apreciar un cierto paralelismo con respecto al volumen de trabajos que comienzan a publicarse a partir de este momento sobre escultura ibérica, y que suponen un replanteamiento de los estudios tradicionales sobre el Arte antiguo peninsular. Casi todos surgen a partir del descubrimiento y excavación del yacimiento de Pozo Moro (Chinchilla, Albacete) (Almagro-Gorbea 1973 y 1983), de gran trascendencia para la investigación posterior, y que inaugura toda una serie de nuevas publicaciones y hallazgos (Chapa 1980: 61 ss. y 1986: 54 ss.; Almagro-Gorbea 1988: 52 ss.). En tal sentido, el citado monumento acapara también el interés de los trabajos sobre los verracos, en tanto facilita un término *postquem* para la valoración cronológica de las esculturas de la Meseta (Martín Valls 1974: 73).

<sup>218</sup> El primer intento de tratar este problema ya fue formulado por Jiménez Navarro (1943: 108). Su esquema implica una evolución en dos fases para el grupo escultórico de la Meseta, la última caracterizada por un paulatino empobrecimiento técnico y artístico.

tratado el problema de la escultura zoomorfa, establece dos claros parámetros en su tipología, definida en primer lugar por la variable estilística y en segundo lugar por la funcional. Señalaba en este sentido dos tipos diferentes: el primero agrupaba a piezas de grandes dimensiones y talla cuidada. Como característica fundamental mencionaba el hecho de estar sustentados por un soporte central. Este tipo se asociaría a los castros prerromanos y les correspondería una finalidad mágico-protectora del ganado. El segundo grupo incorpora piezas más pequeñas, de marcado geometrismo y cronología romana. Aquí, el espacio entre el vientre y el plinto no está calado, convirtiéndose en un rehundido rectangular. Estos ejemplares formarían parte de un monumento funerario, versión de las *cupae*, integrado por un bloque prismático con una cavidad rectangular sobre el que se levantaría la escultura zoomorfa. Esta hipótesis se vería confirmada por el hallazgo de Martiherrero (Avila) (Martín Valls y Pérez Herrero 1976), donde se localizaron cuatro esculturas asociadas a cistas prismáticas de incineración en contexto romano. Afirman sus autores que las esculturas con inscripción latina formarían parte de monumentos similares, no admitiendo la reutilización de ejemplares de época prerromana.

El estudio de Martín Valls se realizó sobre un número muy limitado de piezas, por lo que impide que sus resultados puedan aplicarse a todo el conjunto conocido. Aún así, los dos grupos mencionados, de características tan diferentes, tienen suficiente entidad como para constituir tipos definidos desde el punto de vista morfológico, aspecto posiblemente corroborado por la finalidad y cronología propuestas. De otra parte, el trabajo del autor supone un paso fundamental en el análisis tipológico de los verracos. En primer lugar en lo que se refiere al ámbito geográfico en cuestión, la zona abulense, donde ya se cuenta con una catalogación de piezas (Arias *et alii* 1986) y al que dota de una evidente personalidad en la valoración general de la población zoomorfa. En segundo lugar porque su análisis, por primera y prácticamente única vez, pretende adecuar la variabilidad morfológica atendiendo a los diferentes contextos, concepción muy diferente del tratamiento que este material había tenido y tendrá en los años venideros<sup>219</sup>.

---

<sup>219</sup> Si bien Maluquer (1954b: 104) ya había sugerido la posibilidad de discriminar grupos de piezas diversos, atendiendo a su diversidad funcional.

## LOS VERRACOS

Con posterioridad a los trabajos de Martín Valls habría que destacar fundamentalmente los de Hernández Hernández (1982), Blanco Freijeiro (1984) y Arias *et alii* (1986).

En el primer caso la autora establece una tipología por especies - toro/cerdo/jabalí/oso/cabra - distinguiendo una serie de subtipos en función de sus características formales. Plantea sin embargo un modelo analítico que no jerarquiza las diferentes variables. Su proyecto trata primero de definir los subtipos y con posterioridad adecuar estos a criterios formales heterogéneos para cada grupo - por ejemplo el tamaño aunque sin especificar datos cuantificables, índice de realismo, etc - lo que refuerza la visión personalista del trabajo, que en este caso claramente subyace. En la misma línea estarían los recientes trabajos de Matos da Silva (1988: 62 ss.) para la escultura portuguesa y de Martín García y García Diego (1990: 24 ss.) para los ejemplares de la provincia de Zamora, quienes incorporan los últimos hallazgos documentados y siguen la propuesta tipológica de la doctora Hernández. En definitiva, la debilidad del modelo acaba por subjetivizar los resultados hasta el punto de que hace imposible su contrastación y verificación. Con todo, el trabajo tipológico de Hernández Hernández tiene el mérito de haber intentado abordar por primera vez la sistematización de toda la escultura conocida en su momento (217 ejemplares). Asume la autora una interpretación funeraria pero no descarta la hipótesis mágico-protectora del ganado. Defiende sin embargo una secuencia exclusivamente prerromana, por lo que las piezas que presentan inscripciones latinas habrían sido reutilizadas con posterioridad (Hernández Hernández 1982: 234).

El interés de Blanco Freijeiro (1984) se centra en el apartado estilístico, seleccionando la información relativa a la manufactura, características de fabricación, paralelos y cronología. Distingue diversos grupos según al tamaño y modo general en que están labrados, sin descuidar en algunos casos sus afinidades desde el punto de vista geográfico (Blanco Freijeiro 1984: 12, 21, 30-31). Su clasificación se puede resumir en toros naturalistas, con soporte central, geométricos, cerdos parados y en actitud de acometida. Los grupos responden a conjuntos ya consensuados en el proceso de investigación aunque ahora aparecen reunidos en un solo trabajo. En general, las piezas se estudian fuera del contexto cultural y tampoco se excluyen juicios de valor sobre determinadas piezas, que van

más allá de lo contrastable. Su trabajo adolece de una metodología previa, pero aún así hay que reconocer un instinto muy certero en la definición de ciertos grupos, dados sus conocimientos en el campo de la Historia del Arte. Atribuye a estas manifestaciones un carácter funerario y una cronología romana, desde época Republicana hasta el Bajo Imperio (Blanco Freijeiro 1984: 10, 20-21, 30).

Más recientemente Arias, junto a otros investigadores, ha propuesto un nuevo sistema de clasificación basado en los aspectos estructural y morfológico (Arias *et alii* 1986)<sup>220</sup>. Considera diversas variantes según los planos en que quedan comprendidas las distintas partes de la pieza (bóvido y suido). A su vez, dentro de los subtipos se diferencian otras variantes a partir del tipo de pedestal. Finalmente, se valora el grado de calidad de la pieza atendiendo al número de atributos que pueden estar representados y cuya asociación conforma la escultura. Aunque la valoración de los diferentes apartados se trata demasiado individualizadamente - de ahí la dificultad de crear conjuntos homogéneos y uno de los problemas que presenta el trabajo - su tipología introduce una serie de índices que abren el campo del tratamiento estadístico a la escultura zoomorfa. La amplia muestra utilizada en el estudio, 96 piezas de las 120 catalogadas en la provincia de Avila<sup>221</sup>, así como la posibilidad de englobar bajo estos mismos criterios a la población total de piezas localizadas, convierten este sistema de clasificación en el más completo de los hasta ahora conocidos. No obstante lo señalado, el objetivo del trabajo es la elaboración de un catálogo provincial, y, como reconocen los propios autores, de un estudio de estas características no es posible deducir conclusiones funcionales o cronológicas (Arias *et alii* 1986: 153).

Otro aspecto a tener en cuenta en los trabajos tipológicos es la representatividad de la muestra, es decir, si se trata de talleres locales, de una región geográfica concreta o una sistematización general. A menudo estos últimos se convierten en trabajos de catalogación, de innegable valor documental, pero se echa en falta una ordenación crono-tipológica. Al hilo de este comentario estarían

---

<sup>220</sup> En un avance del trabajo, que ya fue dado a conocer (Arias *et alii* 1984), los autores proponían las premisas básicas de este estudio.

<sup>221</sup> Al final del trabajo se citan once referencias, que no se incluyen en el catálogo con numeración, de los que se tiene noticia a través de citas bibliográficas y cuya existencia según los autores no ha podido ser confirmada (Arias *et alii* 1986: 141-142). En cualquier caso, teniendo en cuenta este dato, el número de ejemplares ascendería a un total de 131 para la provincia en cuestión.

## LOS VERRACOS

los trabajos de Santos Júnior (1975) y López Monteagudo (1989). Ceñido el primero al ámbito estrictamente portugués, el análisis denota una excesiva preocupación por los detalles secundarios de las esculturas: signos, cruces, cazoletas..., en detrimento de la valoración morfológica. Tal vez se justifica en el hecho de buscar en las piezas un sentido ritual o de culto, interpretación tradicionalmente defendida por el autor (1940) hasta sus trabajos más recientes (1985).

Transcurridos algunos años de lo que fue en su día objeto de una Tesis Doctoral, López Monteagudo (1989) retoma en un libro reciente el problema de las esculturas zoomorfas de la Península Ibérica. Plantea su trabajo en tres niveles: (1) el entorno geográfico-cultural a partir de las evidencias materiales y lingüísticas, (2) el catálogo propiamente dicho y (3) el estudio cronológico-funcional. Los datos vertidos en el catálogo - que incluye un total de 280 esculturas - suponen una descripción exhaustiva y adecuada de cada una de las piezas conocidas en España y Portugal, indicándose lugar y circunstancias del descubrimiento y sitio donde actualmente se conserva. Pero la obra no aborda la problemática de la tipología que un estudio de estas características requiere. Insiste en dos grupos netamente diferenciados, las cabezas exentas del NO y las esculturas de cuerpo entero de la Meseta, así como algunas particularidades escultóricas de carácter local (*id.* 1989: 47-51). El hecho definitivo de todo este planteamiento es que el trabajo actúa en un solo componente, el inventario, en un marco cuyo método no es otro que la descripción. Concluye la autora que las esculturas fueron erigidas entre el siglo VI a.C. y época imperial como ofrendas funerarias y elementos votivos, a la vista de su asociación a necrópolis, inscripciones latinas, santuarios y lugares sagrados. En su obra parece tomar más fuerza el carácter religioso asociado a estas manifestaciones, que ya conocemos en trabajos suyos anteriores (López Monteagudo 1979, 1982 y 1983).

Si complicada es la elaboración tipológica de las esculturas, más lo es abordar su función y significado. En recientes trabajos sobre los verracos del Valle de Amblés (Avila) venimos insistiendo en el valor de los aspectos subsistenciales de la economía (Alvarez-Sanchís 1990a y 1994). La revisión que proponemos parte de la constatación de que la mayoría de las piezas se localiza en áreas de pastos y fuera de contextos arqueológicos precisos. Los aspectos que vamos a tratar a

continuación nos eximen de prolongarnos más de lo necesario, pero cualquiera que sea la opinión que se admita, lo cierto es que estas esculturas, como atinadamente señalaron en su tiempo Gómez Moreno y Cabré, se encuentran o en las cercanías de los castros o en praderas y pastaderos al aire libre, bien solos o bien formando grupos (Ramón y Fernández Oxea 1950: 56).

## **2. Propuesta tipológica para la clasificación de la escultura zoomorfa.**

### **2.1. Características generales. La técnica de la escultura en piedra.**

Estas esculturas están talladas en bloques monolíticos de granito donde se representa al animal de cuerpo entero, toros y cerdos, así como el pedestal que lo sustenta. Existe también un reducido pero significativo grupo de cabezas zoomorfas exentas, ceñido básicamente al NO peninsular.

En líneas generales acusan una evidente simplicidad en las formas y cierto grado de abstracción, pues lo habitual es que el escultor se ciña a unas líneas básicas - cara, dorso, papada, sexo, rabo, extremidades - que permitan identificar la anatomía del animal representado. No existe diferenciación sexual, aunque a veces se afirme lo contrario (Hernández Hernández 1982: 220 y 227), pues todos aquellos que tienen representados los órganos sexuales son machos<sup>222</sup>. La postura es siempre la misma, de pie, con las extremidades paralelas, ofreciendo al espectador un solo punto de vista, el frontal o, mejor dicho, el frontal-lateral. La ejecución de las figuras es siempre individual<sup>223</sup> y la única variación admitida consiste en representar a la pieza en actitud de movimiento o acometida, con la posición avanzada de las patas. Existen además elementos artificiales asociados, a modo de adornos o signos inscultrados, así como inscripciones latinas. En términos generales debe hablarse de esculturas en bulto redondo, aunque en algunos casos parece que se insinúa una técnica mixta, que combina el bajorrelieve

---

<sup>222</sup> En menor medida pueden aparecer piezas asexuadas. La asignación errónea del sexo como femenino se debe, en ocasiones, al nombre con el que la tradición popular ha denominado a estas representaciones: "Marrana Cárdenas" (Arévalo), "La Marranica" (Villalazán), "La Mula" (Villardiegua de la Ribera), "La Yegua de Irueña" (Fuenteagualdo), "Porca da Vila" (Bragança).... (Blanco Freijeiro 1984: 4; López Monteagudo 1989: 13, nota 2).

<sup>223</sup> Con la única excepción del conjunto escultórico de la finca "El Bercial", en Alcolea de Tajo (Ramón y Fernández Oxea 1959: 19 ss.; López Monteagudo 1989: 101), formado por dos ejemplares labrados en un solo bloque de piedra y unidos por el costado.



## LOS VERRACOS

o altorrelieve con el bulto redondo. Por ejemplo en el modo de labrar las extremidades, dejando un cubo intermedio entre cada par de ellas en los extremos del pedestal. Sus dimensiones no son uniformes, desde ejemplares de apenas medio metro hasta esculturas de casi 2,80 ms. de longitud. Este es un aspecto interesante por cuanto proporciona una pauta fundamental en la difícil ordenación de este material, máxime si, como luego veremos, constituye uno de los argumentos básicos al tratar la evolución estilística.

Cuestión de primer orden es la que atañe a la fabricación de estas figuras, condicionadas por el material en que fueron trabajadas, lo cual se traduce forzosamente en un tipo de factura rugosa y labra compleja. Son escasos nuestros datos de referencia sobre el conocimiento de la técnica e instrumental empleados en su ejecución. La tabla de utensilios que la investigación acepta que fue usada por los talleres ibéricos de Porcuna (Negueruela 1990-1991), que no sería muy diferente de los griegos o fenicios, podríamos hacerla parcialmente extensible a la estatuaria de la Meseta, teniendo presente que las técnicas y herramientas que requería su labra debían ser en cualquier caso las adecuadas a la dureza del granito.

Debió ser importante el cincel de filo recto, con diversas variantes y tamaños. El cincel apuntado era usado por los griegos para la escultura en mármol; en nuestro caso, para el trabajo de algunas entalladuras e incisiones, pudo utilizarse una especie de puntero, quizás un simple clavo de grosor medio, golpeado con martillo. Según las necesidades concretas de cada parte no hay que descartar en la labor de desbaste final el uso de gubias y cinceles de diferentes filos en función del tipo de golpe, a fin de igualar superficies o dar los últimos retoques que requieren siempre mayor precisión. Muy posiblemente haya también que considerar el uso del taladro o barrena como se deduce de las cornamentas, ojos y otras oquedades que configuran el diseño de algunas piezas. En determinados ejemplares podemos incluso presuponer una velocidad de giro del taladro regular, al quedar las paredes del cilindro relativamente pulidas como nos consta en los toros de Ulaca, Parada de Infanções o San Mamede (López Monteagudo 1989: 70-71, 114-115 y 120-121), técnica por otro lado documentada con mayor precisión en la plástica ibérica (Negueruela 1990-91: 81), aunque tampoco haya que descartar otros instrumentos con los que se iba perforando de modo más irregular. Aunque no está documentado, el empleo de

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

lijas o abrasivos de grano fino para el alisamiento final de las superficies pudo ser usual, de modo análogo a como lo aplican los canteros actuales. El lote de herramientas que deparó el castro de Las Cogotas (Cabré 1930: 98-102 y láms. LXXIV-LXXVI), donde se documentaron cinceles, gubias - generalmente usadas para superficies curvas -así como un martillo y una barrena, esta última para agujerear objetos de gran dureza, avalan la consolidación de estas actividades.

Tenemos además algunos ejemplos cuyo análisis permite aproximarnos al proceso de talla. En particular, las esculturas inacabadas de Las Cogotas, San Mamede (Alvarez-Sanchís 1993b: 159-160), Solana de Rioalmar y Castillejo de Chilla, aunque su estado es bastante deplorable. Mención expresa requieren por otro lado las esculturas de Torralba de Oropesa y Fornos (López Monteagudo 1989: 104 y 109). La primera presenta inacabada la labor del plinto, dando la sensación de haberse proyectado originariamente un soporte central para la misma. Otro tanto habría que decir del ejemplar portugués, pues produce la impresión de no haber sido terminado de labrar, como parece deducirse del resalte que presenta en el vientre y de que los cuartos traseros formen un bloque indivisible que, en disposición atípica, se prolonga hasta la peana. Las evidencias que representan el instrumental y las piezas aludidas determinan una serie de fases de muy diversa índole, desde el desbastado inicial a cincel hasta el pulido o lijado final, si bien la dureza del granito no permite mayores licencias a la hora de revelar las diferentes huellas del proceso. Es fundamental señalar cuatro momentos básicos en la producción general de las piezas, al menos para las de mediano y gran tamaño. No hace mucho desarrollamos este aspecto con cierto detalle (Alvarez-Sanchís 1993b: 162-164). Sin embargo, sería conveniente resumir los puntos básicos del proceso (Fig. \*):

(1) Se selecciona en primer lugar el granito más adecuado de los berrocales, eligiendo la veta idónea para el proceso de labra; todo ello en función del tamaño y características de la pieza (Alvarez-Sanchís 1990a: 226). Se obtiene así un bloque, en forma de prisma cuadrado o rectangular. Junto al empleo de cuñas, no puede descartarse, tanto en esta como en la siguiente fase, la aplicación intermitente de agua a fin de reblandecer el granito que se va a trabajar.

(2) El bloque se redondea o delimita por arriba, diseñando la futura línea de

## LOS VERRACOS

la cara, cuello y dorso de la pieza. Con un martillo se golpearía el cincel casi adosado a la piedra, permitiendo largos recorridos del filo sobre su superficie. Seguidamente se completa el contorno del animal delimitando sendos perfiles en las caras anterior y posterior del bloque. Los ejemplares inacabados de Las Cogotas y San Mamede son expresivos de esta segunda fase, si bien en este último se intuye una factura muy sumaria a la altura del pedestal que anuncia el paso siguiente. Las posibilidades que ofrece el tipo de bloque extraído determinan, al menos en parte, la selección de la especie, máxime si tenemos en cuenta las diferencias de peso y tamaño que ostentan ciertos tipos de toros frente a los suidos.

(3) El escultor cercena el espacio comprendido entre el plinto y la parte interior del vientre y las extremidades. Todas las esculturas presentan pedestal, al menos así consta en los ejemplares conservados. Generalmente las caras son desbastadas y alisadas a golpe de cincel. El hecho de que las basas presenten en algunas ocasiones rugosidades en sus planos verticales, sirvan de ejemplo las esculturas salmantinas de Gallegos de Argañán y Juzbado (López Monteagudo 1989: 94-95), lleva a pensar que iban semienterradas en el suelo, pues dicha parte no quedaba a la vista.

(4) La última fase en la ejecución de la obra está destinada a la talla de los rasgos corporales que completan la especie representada. En las caras verticales y en los relieves el cincel se usaría abriendo en ángulo con respecto al plano de la superficie, con lo que penetraba más. Intervienen en este momento la selección de atributos, algunos exclusivos de cada especie. El artesano determina su grado de calidad en función de los rasgos seleccionados, cuya presencia o ausencia expresan un mayor o menor detalle en la caracterización de la escultura, lógicamente en consonancia con los gustos imperantes. Así se explica el amplio abanico de ofertas que contempla la plástica zoomorfa, desde piezas de factura sumaria y perfiles geométricos a ejemplares que reúnen los requisitos propios de cada especie, integrando el conjunto de esculturas más naturalistas.

**2.2. Cuantificación.** La reciente publicación de un trabajo de conjunto sobre la escultura zoomorfa (López Monteagudo 1989), brindaba la oportunidad de poner al día la catalogación realizada por la misma autora unos años antes en

su tesis doctoral (*id.* 1983), hasta incluir un total de 280 piezas. Faltan, no obstante, algunos hallazgos conocidos con anterioridad<sup>224</sup>, pero estas ausencias no impiden valorar su importancia como base de datos en cualquier estudio posterior, siendo conscientes de la dificultad de "cerrar" definitivamente el catálogo<sup>225</sup>.

Con los nuevos datos habidos tras la publicación del catálogo de López Monteagudo, hoy es posible manejar una cifra en torno a los tres centenares y medio de piezas. Ahora bien, un problema importante se plantea respecto aquellos otros ejemplares cuyo conocimiento procede de noticias antiguas (González Dávila 1596; Ariz 1607; Martín Carramolino 1872; Paredes Guillén 1888), siendo diversos los autores que han hecho mención expresa de los mismos (Morán 1940: 18; Gómez Moreno 1983: 40-41; López Monteagudo 1983: 515; Arias *et alii* 1986: 141-142). Las especiales circunstancias que rodean a una parte de estos casos no permiten mayor precisión. En otros, su lectura nos lleva a considerarlos piezas también desaparecidas, hasta contabilizar medio centenar más, cifra que modifica en cierto modo el cómputo general de estas representaciones<sup>226</sup>. Si tenemos en

---

<sup>224</sup> Habría que señalar los ejemplares abulenses de S. Miguel de Serrezuela, Las Cogotas y Villaviciosa (Arias *et alii* 1986: 51, 65, y 140), el verraco de Malpartida de Plasencia en Cáceres (Hernández Hernández 1982: 214 y 219), una de las piezas localizadas en Torralba de Oropesa (Toledo) (Jiménez de Gregorio 1950: 105) o las noticias fidedignas a propósito de una de las esculturas de Villalcampo, en la provincia de Zamora (Martín Valls y Delibes 1982: 67). Otro tanto puede decirse para el ejemplar lucense de Monterroso (Blanco Freijeiro 1984: nota 2) o los portugueses de Tralhariz (Santos Júnior 1975: 394-395), Mazouco, Coraceira (1981a) y Vila Velha de Sta. Cruz de Vilarica (1981b).

<sup>225</sup> En efecto, en los últimos años el corpus de verracos de la Península Ibérica se ha visto incrementado progresivamente a partir de nuevos hallazgos y publicaciones de conjunto. Como dato significativo podemos referirnos a los ejemplares extremeños de Ahigal, Alcántara, Arroyo de la Luz, Rebollar, Trujillo y Cáparra, en algún caso haciendo referencia a piezas desaparecidas (González Cordero *et alii* 1988; González Cordero y Quijada 1991: 173 ss.), un dudoso bloque de granito simulando la figura de un toro procedente de la Finca Retamar, cerca de Alcántara (Montano 1987: 44) y otro probable ejemplar hallado en el Canchal del Corchero, en Valencia de Alcántara (*El Periódico Extremadura*, 19 de Abril de 1995). Para el ámbito castreño del NO, mención expresa requieren los fragmentos de verracos de los castros de Assunção y Santa Lucía (Matos da Silva 1988: 75, nota 5, cuadro 1 BR 82-86 y 87-88), la posible pieza de Troña (Hidalgo 1987: 36-37 y fig.13) o los recientes hallazgos zamoranos de Madridanos, Villardiegua, Muelas del Pan, El Campillo (Martín García y García Diego 1990: 27 ss.) y San Pelayo (Benito y Grande 1992: 43). Circunstancias similares se comprueban en las provincias de Avila, Salamanca y Toledo. Podemos añadir la noticia de Fernández Gómez *et alii* (1990: 49 y 54) a propósito de dos esculturas desaparecidas procedentes del Raso de Candeleda, un verraco incompleto localizado en El Barraco (Avila)(Fabián 1993: 284), otro en Gallegos de Argañán (Salamanca) que se suma al ya conocido (Martín Benito y Martín Benito 1994: 128), el testimonio de Jiménez de Gregorio (1992: 14 y 17-18) sobre nuevos ejemplares en Castillo de Bayuela, Las Herencias y Lucillos (Toledo), así como el conjunto de piezas que, de procedencia diversa, dimos recientemente a conocer (Alvarez-Sanchis 1993b: 158-162 y nota 10). Con posterioridad a todos estos trabajos habría que añadir la noticia de nuevas esculturas inéditas en Portugal - Marvão - y en la provincia de Avila - Arévalo, Solana de Rioalmar, Castro o Castillejo de Chilla, Santuario de Ntra. Sra. de Chilla, El Fresno, Muñochas y Avila capital - que también incorporamos al catálogo.

<sup>226</sup> La importancia de estos datos ya fue dada a conocer aunque los cálculos todavía eran incompletos (Alvarez-Sanchis 1993b: 158). Es cierto que la información que se posee sobre estas piezas es muy escasa. Sin embargo, (1) se trata de piezas de las que existe constancia de su existencia, siendo referidas como "fidedignas" por diversos autores, (2) su

## LOS VERRACOS

cuenta esto último, los datos globales permiten estimar una cifra cercana a las 400 esculturas (Apéndice I), entre figuras completas o fragmentadas y piezas desaparecidas, dando siempre por descontado la existencia de otras muchas ocultas en la tierra o camufladas por el granito<sup>227</sup>. Aproximadamente la mitad del corpus conocido procede de Avila y Salamanca, siendo la capital abulense la que concentra el mayor número de ejemplares. Esta cantidad, que difícilmente coincidiría con la realmente fabricada - habría que considerar también las piezas destruidas de antiguo y los testimonios perdidos durante el proceso inicial de su descubrimiento<sup>228</sup> - nos da, sin embargo, una idea aproximada de su magnitud<sup>229</sup>.

Queda claro que elaborar una tipología en un conjunto tan abundante es una tarea enormemente compleja. Para establecer un punto de partida hemos escogido dos tipos de criterios básicos: cuantitativo, valorando el tamaño de cada pieza, y anatómico. Dado que el trabajo de clasificación es, de hecho, una actividad matemática, parece razonable abordar su análisis desde este punto de vista. Se pretende con todo ello valorar de forma provechosa las relaciones morfológicas entre las piezas, su similaridad y/o disimilaridad.

---

emplazamiento está en consonancia con el ámbito geográfico que alberga al resto de la población conocida y (3), en alguna ocasión, recientes hallazgos han venido a confirmar las referencias que de antiguo se conocían (Arévalo, El Barraco, El Raso, Talavera de la Reina, etc). Disponemos, por tanto, de elementos de juicio como para considerarlos puntos de referencia en cualquier análisis y no vagas alusiones literarias.

<sup>227</sup> Las recientes excavaciones que se vienen efectuando en el castro de San Esteban (Muelas del Pan, Zamora) han deparado un nuevo elenco de piezas que se añaden a las seis ya publicadas (Martín García y García Diego 1990), por lo que el cómputo total se vería ligeramente incrementado (Fabián, com. personal).

<sup>228</sup> La costumbre de aprovecharlos como material ha sido harto frecuente y acaso los siga habiendo escondidos en cimientos y muros. Por ejemplo, algunos de ellos fueron recortados en la Edad Media para usarlos como sillares o simples piedras de relleno, como es posible observar en la muralla de Avila (Rodríguez Almeida 1981). Otros muchos fueron destruidos en Salamanca en 1835 por una desatinada orden gubernativa, en la creencia errónea de que los verracos eran signos de infamia impuestos por Carlos V a los comuneros y sus simpatizantes (Morán 1942: 251). Tampoco ha sido inusual, hasta fechas recientes, el uso de algunas piezas como grava para la construcción de carreteras (Maluquer 1956a: 29; Arias *et alii* 1986: 137).

<sup>229</sup> Se han excluido aquellos ejemplares cuya pertenencia a la serie se estima muy dudosa o cuyas morfologías resultan atípicas: el "Idolo de Miqueldi" (Ibarrondo 1973), representación zoomorfa que cobija entre sus patas un disco, las figuraciones zoomorfas talladas en arenisca de Gastiburu en Vizcaya (Olaetxea *et alii* 1990: 165; Valdés 1994), el cuadrúpedo "ibérico" del Museo de Tortosa (Gimeno Fabregat 1974), así como las esculturas portuguesas de Mairos (Santos Júnior 1977: 14 ss.) y Linhares (Santos Júnior 1975: 391-394). Capítulo aparte merecen los ejemplares gallegos de Pontedeume, Jubia, Ponte do Porco (Taboada 1949: 11-12), Justás y Narahío (Núñez Sobrino 1982), valorados tradicionalmente como esculturas medievales, teniendo en cuenta su alejada posición geográfica con respecto al resto y el hecho de que alguna de ellas presente una inscripción gótica. Claro está que no hay prueba terminante en ninguno de los casos (López Monteagudo 1989: 15-16) y, vistas sus características morfológicas, no hay que descartar la posibilidad de que se trate de esculturas antiguas, reutilizadas y trasladadas de la Meseta a Galicia en la Edad Media.

El material escultórico se ha descompuesto en diversos rasgos morfológicos con los que se pretende deducir agrupaciones basadas en la similitud externa. Los términos usados en la descripción de las partes anatómicas se han basado parcialmente en la realizada por Arias y otros autores (1986: 11 ss.) para la escultura de la provincia de Avila, siguiendo a su vez la terminología empleada en los tratados de veterinaria (Aranguéz 1945; vid. Sotillo y Serrano 1985). Como es natural, se han valorado aquellos rasgos que más fácilmente pueden detectarse en la factura de la pieza y cuya presencia o ausencia expresa una determinada calidad en su ejecución. Hay atributos que son exclusivos de cada especie, hecho que facilita la adscripción de ejemplares no conservados en su integridad. Todos los rasgos poseen "a priori" el mismo valor matemático en cuanto indicadores morfológicos. Ninguno tiene, en consecuencia, mayor peso estilístico.

Hemos optado por los siguientes criterios:

- La información sobre los datos cuantitativos (longitud, anchura y altura) se ha basado en los ejemplares más completos, recurriéndose en los menos fragmentados a una comparación relativa con las piezas anteriores<sup>230</sup>.

- Se ha procurado que la presencia de una determinada variable no fuera incompatible con otras<sup>231</sup>. Tampoco se han tenido en cuenta aquellas variables que, por su escasa representación, tenderían a desviar los resultados<sup>232</sup>.

- Se han excluido del análisis las cabezas zoomorfas exentas, características del NO de la Península, pues su composición no permite una comparación con el resto de la serie.

---

<sup>230</sup> Sobre todo cuando se trata de calcular la longitud, básicamente en aquellos ejemplares que están fragmentados a la altura del cuello. La proporción de la cabeza en relación al cuerpo, en las esculturas completas, oscila entre 1/3 y 1/4. Teniendo en cuenta este dato, fue posible la reconstrucción hipotética del tamaño para una parte de los zoomorfos.

<sup>231</sup> Por esta razón excluimos el perímetro abdominal de las esculturas, uno de los posibles valores cuantitativos, pues no se podría aplicar a los ejemplares con pedestal macizo, es decir, aquellos casos en los que destaca el hecho de no hallarse calado el espacio existente entre el vientre y la basa o plinto.

<sup>232</sup> Sería el caso, por ejemplo, de las piezas esculpidas en material distinto al granito, peculiaridad presente en seis esculturas: Villalazán (arenisca), Madridanos (arenisca), Almaraz de Duero (arenisca), Muelas del Pan (arenisca), Açoreira (selenita) y Lara de los Infantes (caliza).

## LOS VERRACOS

- En algunos casos la fragmentación del material nos obliga a prescindir de bastantes piezas, dado que sus datos eran escasos y llevarían a una sobrecarga inútil de información. Al no disponer de un amplio conjunto homogéneo que conserve todos los rasgos y para que las comparaciones sean significativas desde el punto de vista estadístico, se impone deshechar las esculturas más incompletas.

De las 395 esculturas catalogadas hasta la fecha (Apéndice I), la caracterización cuantitativa es como sigue: 142 toros y 110 cerdos de cuerpo entero, 19 cabezas zoomorfas de tipo exento, 89 piezas desaparecidas o inlocalizables, pero de cuya existencia hay noticias fidedignas<sup>233</sup>, 27 esculturas inclasificables, dado que su grado de conservación ni siquiera permite adscribirlas a una de las dos especies consideradas, y 8 piezas inacabadas o dudosas<sup>234</sup>. De las 252 esculturas de cuerpo entero actualmente documentadas, entre toros (142) y cerdos (110), se han eliminado 80<sup>235</sup> al conservar menos de la mitad del total de variables utilizadas en este estudio (20 en los toros y 18 en los cerdos). En consecuencia se analizan 172 esculturas, casi el 70% de la población susceptible de análisis (Fig. \*).

**2.3. Descripción de las variables y análisis multivariante.** Las esculturas de toro son las más numerosas. Hemos seleccionado 100 ejemplares (Fig. \* y Apéndice II), entre completos y fragmentados, que conservan más de la mitad de los caracteres utilizados. La morfología de las piezas está constituida por veinte variables, con sus correspondientes estados:

### 1- Longitud:

- (1) Menor de 80 cms.
- (2) Entre 80 cms. y 1,40 ms.
- (3) Entre 1,40 ms. y 2 ms.

---

<sup>233</sup> De éstas, aproximadamente 19 toros, 40 cerdos y el resto sin adscripción conocida.

<sup>234</sup> Esculturas de Fornos (López Monteagudo 1989: 109), Las Cogotas (Cardeñosa) (Alvarez-Sanchis 1993b: 159), Castillejo de la Orden (Alcántara) (*id.* 1993: nota 10), San Mamede (Villardiegua de la Ribera) (*id.* 1993: 159-160), El Canchal del Corchero (Valencia de Alcántara) (*El Periódico Extremadura*, 19 de Abril de 1995: 48), Retamar (Alcántara) (Montano 1987: 44), Castillejo de Chilla y Solana de Rioalmar. En las cinco últimas su estado conservación es deplorable y apenas es posible discernir los rasgos básicos, lo que nos lleva incluso a cuestionar si se trata realmente de piezas. Mención aparte merece la escultura inacabada de Torralba de Oropesa (López Monteagudo 1989: 104), que elevaría a nueve el cómputo total de estos ejemplares. La pieza está prácticamente completa, a excepción del plinto, habiendo sido seleccionada para el análisis estadístico.

<sup>235</sup> No obstante, aproximadamente en el 15% de estas piezas se desconocen sus características y estado actual de conservación, ya sea por la dificultad de acceder a su estudio, como ocurre en las esculturas de S. Martín de Pusa o Ahigal (Alvarez-Sanchis 1993b: 160 y nota 10), o bien al tratarse de noticias de muy reciente incorporación, por ejemplo los hallazgos de El Fresno, El Barraco, Muñochas y el castro de Chilla en Avila, Talavera de la Reina en Toledo, y Madridanos y Villardiegua en Zamora.

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

(4) Más de 2 ms.

### 2- Anchura:

- (1) Menor de 30 cms.
- (2) Entre 30 y 50 cms.
- (3) Entre 50 y 70 cms.
- (4) Más de 70 cms.

### 3- Altura:

- (1) Menor de 50 cms.
- (2) Entre 50 cms. y 1 m.
- (3) Más de 1 m.

### 4- Tipo de Pedestal<sup>236</sup>:

- (1) Pedestal con soporte lateral en extremidades delanteras y/o traseras.
- (2) Pedestal con soporte central.
- (3) Pedestal macizo. No presenta calado el espacio comprendido entre el vientre y la basa.
- (4) Pedestal sin soporte. Sólo presenta la basa.

### 5- Representación de la cara superior del tronco (morrillo, espinazo y grupa):

- (1) No diferenciado. El plano forma una línea recta.
- (2) Diferenciado. El plano forma un ángulo con vértice en la cruz, entre el morrillo y el espinazo.
- (3) Diferenciado. El plano es convexo-cóncavo-convexo, correspondiendo las convexidades al morrillo y grupa y la concavidad al espinazo.

### 6- Testuz o frente:

- (1) Indicada.
- (2) No indicada.

### 7- Mandíbula:

- (1) Indicada.
- (2) No indicada.

### 8- Orejas:

- (1) Indicadas<sup>237</sup>.

---

<sup>236</sup> Los pedestales están formados por dos elementos, la basa y los soportes (Arias ~~et alii~~ 1986: 16-18). Debido a que las piezas conservadas presentan basa, constituida por una plataforma de grosor variable, hay que suponer que todas las fragmentadas, o la gran mayoría, también la tuvieron, aunque no siempre es posible determinar sus características.

<sup>237</sup> Se suelen representar, en ambas especies, mediante un ligero rehundimiento, dando sensación de relieve. En otros casos es una simple protuberancia.



## LOS VERRACOS

(2) No indicadas.

9- Cornamenta:

(1) Indicada.<sup>238</sup>

(2) No indicada.

10- Ojos:

(1) Indicados<sup>239</sup>.

(2) No indicados.

11- Representación de la papada:

(1) Describe un perfil recto entre el morro y el pecho, llegando a veces hasta las extremidades.

(2) Describe un perfil cóncavo.

(3) Describe un perfil convexo.

12- Tablas o arrugas de la piel en cuello y papada:

(1) Indicadas<sup>240</sup>.

(2) No indicadas.

13- Espinazo:

(1) Indicado.

(2) No indicado.

14- Posición del rabo:

(1) Vuelto sobre la anca derecha.

(2) Vuelto sobre la anca izquierda.

(3) El rabo cae recto entre las extremidades.

(4) No indicado.

15- Organos genitales:

---

<sup>238</sup> Los cuernos pueden insinuarse en relieve aunque por lo general se representan dos orificios o taladros. En opinión de algunos autores servirían para encajar astas o cuernos postizos (Gómez Moreno 1927: 29, 44; Blanco Freijeiro 1984: 8; López Monteagudo 1989: 49). A veces, estas oquedades aparecen comunicadas entre sí, como en uno de los toros de Villardiega. En otras esculturas el diámetro o la escasa profundidad de los orificios hace más discutible su funcionalidad (Martín Valls 1974: 70). Con todo, no hay que descartar la posibilidad de que éste y otros rasgos que no implican un esfuerzo especial de elaboración, en determinadas piezas, sean de factura reciente. Incluso se ha llegado al extremo, quizás exageradamente, de negar su contemporaneidad en la ejecución de esta plástica (Arias *et alii* 1986: 14-15).

<sup>239</sup> En general, en ambas especies, mediante un pequeño taladro. Excepcionalmente pueden aparecer incisos o en relieve.

<sup>240</sup> El tratamiento puede variar entre resaltes a modo de pequeñas molduras o tenues incisiones, afectando incluso a las extremidades y peana.

- (1) Indicados<sup>241</sup>.
- (2) No indicados.

**16- Antebrazos delanteros:**

- (1) Indicados.
- (2) No indicados.

**17- Rodillas delanteras:**

- (1) Indicadas.
- (2) No indicadas.

**18- Antebrazos traseros:**

- (1) Indicados.
- (2) No indicados.

**19- Rodillas traseras:**

- (1) Indicadas.
- (2) No indicadas.

**20- Pezuñas:**

- (1) Indicadas.
- (2) No indicadas.

Se han seleccionado 72 esculturas de cerdo (Fig. \* y Apéndice II), entre completos y fragmentados, que conservan más de la mitad de los caracteres utilizados. La morfología de las piezas está constituida por dieciocho variables, con sus correspondientes estados:

**1- Longitud:**

- (1) Menor de 75 cms.
- (2) Entre 75 cms. y 1,50 ms.
- (3) Más de 1,50 ms.

**2- Anchura:**

- (1) Menor de 25 cms.
- (2) Entre 25 y 50 cms.
- (3) Más de 50 cms.

**3- Altura:**

- (1) Menor de 50 cms.
- (2) Entre 50 cms. y 1 m.
- (3) Más de 1 m.

---

<sup>241</sup> Puede aparecer representado el pene, los testículos, o ambos a la vez.

## LOS VERRACOS

### 4- Tipo de Pedestal:

- (1) Pedestal con soporte en extremidades delanteras y/o traseras.
- (2) Pedestal sin soporte. Sólo presenta la basa.

### 5- Representación de la cara anterior de la cabeza (Frente, Cara y Jeta):

- (1) Diferenciada respecto al dorso. Describe un perfil recto o ligeramente convexo.
- (2) Diferenciada respecto al dorso. Describe un perfil cóncavo desde la frente hasta la jeta.
- (3) No diferenciada. La línea del dorso o espinazo se prolonga hasta la jeta.

### 6- Orejas:

- (1) Indicadas.
- (2) No indicadas.

### 7- Mandíbula:

- (1) Indicada.
- (2) No indicada.

### 8- Colmillos:

- (1) Indicados.
- (2) No indicados.

### 9- Ojos:

- (1) Indicados.
- (2) No indicados.

### 10- Espinazo:

- (1) Indicado.
- (2) No indicado.

### 11- Rabo:

- (1) Indicado.
- (2) No indicado.

### 12- Organos genitales:

- (1) Indicados.
- (2) No indicados.

### 13- Posición de las extremidades:

- (1) Delanteras y traseras estáticas, perpendiculares a la base del plinto.
- (2) Delanteras y/o traseras en posición avanzada o de acometida.

### 14- Antebrazos delanteros:

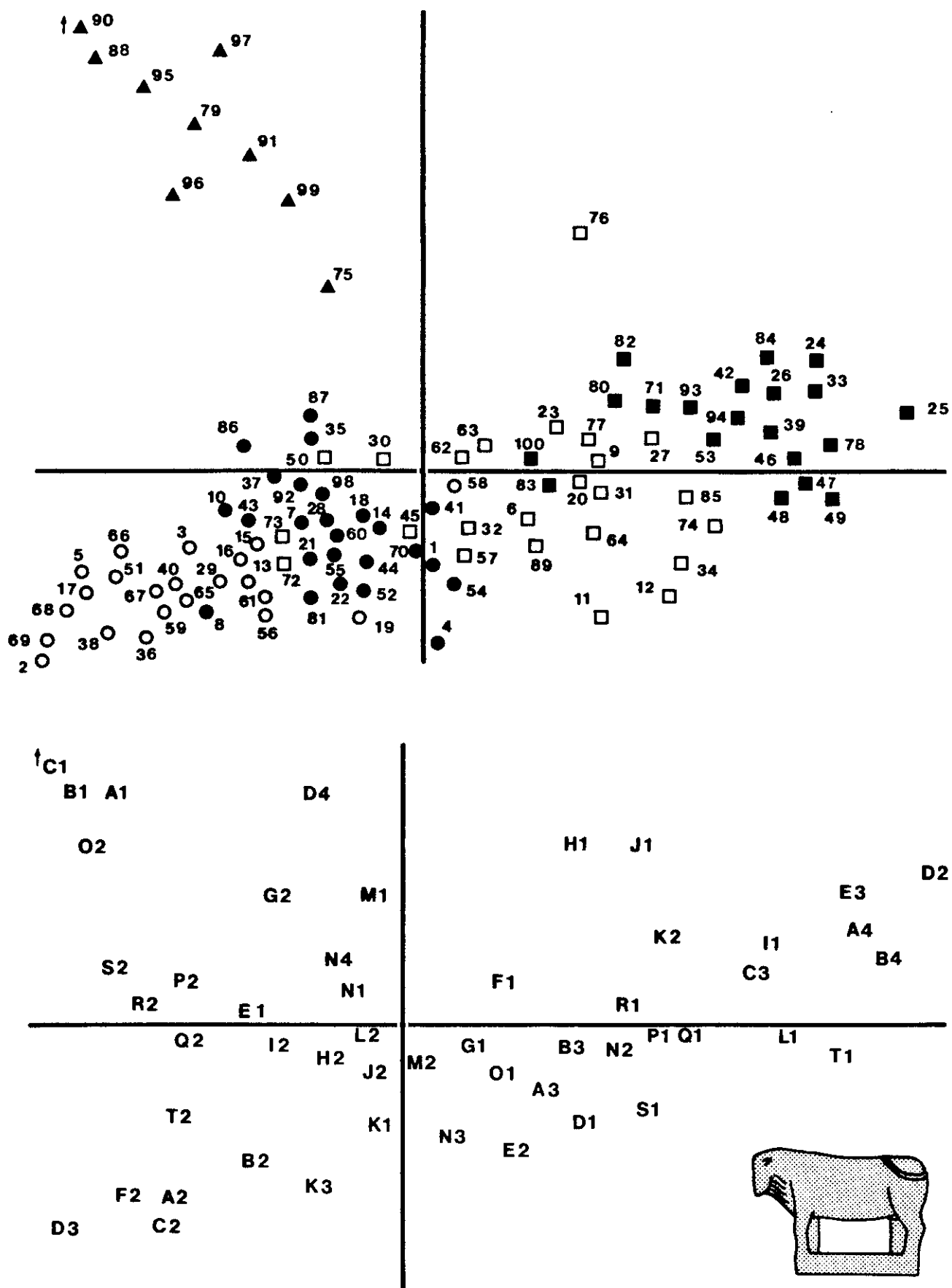


Fig. 42. Representación gráfica del análisis de correspondencias de las esculturas de toros. Piezas (arriba) y variables (abajo).

## LOS VERRACOS

- (1) Indicados.
- (2) No indicados.

### 15- Rodillas delanteras:

- (1) Indicadas.
- (2) No indicadas.

### 16- Jamones:

- (1) Indicados.
- (2) No indicados.

### 17- Corvejones:

- (1) Indicados.
- (2) No indicados.

### 18- Pezuñas:

- (1) Indicadas.
- (2) No indicadas.

Al realizar un estudio de estas características un sistema eficaz son los análisis estadísticos multivariantes. El objetivo es clarificar el sistema de relaciones que se establece entre los verracos y los atributos, que en una base de datos no es posible reconocer. Los resultados se pueden presentar en un sistema cartesiano de dos ejes, indicando posibles tendencias así como relaciones de agrupamiento. Otra de las ventajas de algunos de estos métodos es la posibilidad de mostrar posibles tendencias seriales, es decir, cronológicas (Fernández Martínez 1985; Orton 1988), lo que es especialmente interesante para el tema que tratamos. El método utilizado es lo que se ha dado en llamar "Análisis Factorial de Correspondencias"<sup>242</sup>. La principal ventaja de este método es que incluye en un mismo diagrama las variables (atributos) y los casos (esculturas). Por tanto el análisis no sólo establece la correlación que existe en los primeros sino, y lo que es más importante, las que éstas tienen con los casos.

Como hemos visto, cada escultura era definida mediante 20 variables o atributos, en el caso de los toros, y 18 en el caso de los cerdos. Para cada una de estas variables existían varios estados, que codificamos mediante números

---

<sup>242</sup> Se trata de un método de "reducción de datos", desde un espacio multidimensional a otro más pequeño (Fernández Martínez y García de la Fuente 1991: 125 ss.); es decir, lo que se pretende es mostrar las esculturas y los atributos que hemos seleccionado en una base de datos como puntos de un espacio constituido por dos ejes. Los principios teóricos de este sistema son similares a los del Análisis de Componentes Principales (ACP) (Orton 1988: 60) pero con la particularidad matemática de que la distancia entre casos y variables no utiliza el coeficiente "r" de Pearson o la covarianza, sino la métrica del chi-cuadrado (Fernández Martínez y García de la Fuente 1991: 126). Aquí se sigue el sistema desarrollado por Benzecri (1973), si bien existían estudios parecidos en el ámbito anglosajón desde los años treinta (Greenacre 1981). El programa utilizado fue el AFC, desarrollado en Basic por Foucart (1982) y adaptado para un PC compatible por el Dr. Fernández Martínez (Universidad Complutense). Algunos ejemplos de la aplicación del Análisis de Correspondencias en arqueología pueden verse en Bolviken et alii (1982), Ringrose (1988) así como en Fernández Martínez y García de la Fuente (1991).

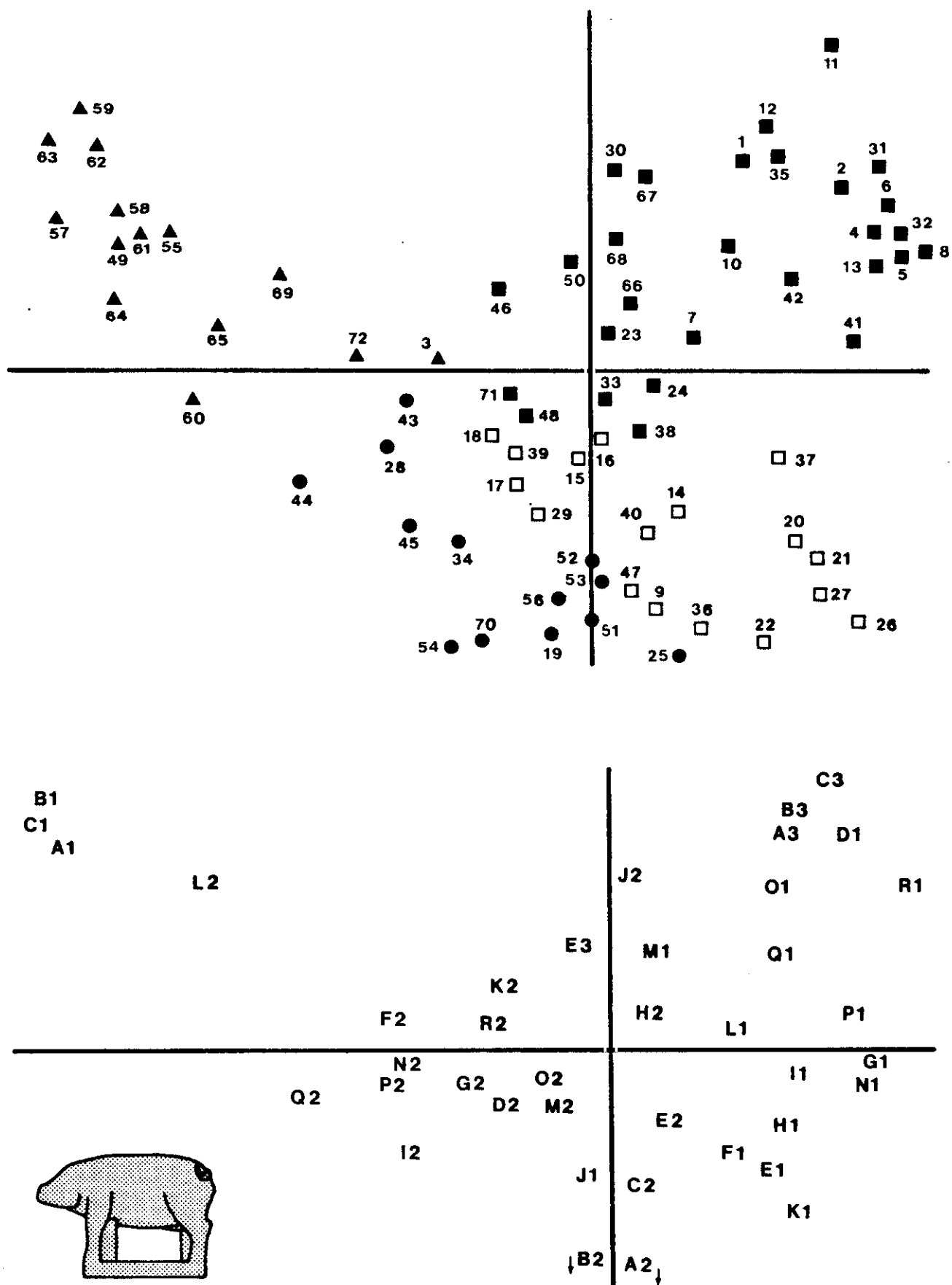


Fig. 43. Representación gráfica del Análisis de correspondencias de las esculturas de cerdo. Piezas (arriba) y variables (abajo).

## LOS VERRACOS

distintos. Sin embargo, debido a las características del programa utilizado, los atributos tuvieron que convertirse en dicotómicos: es decir, cada estado de variable se convirtió en una variable en sí misma, con un estado de presencia y otro de ausencia, indicados por "1" y "0". Por ejemplo en los toros, el atributo "tipo de pedestal", que presentaba cuatro posibilidades, se convierte en cuatro variables dicotómicas, de modo que si una escultura presenta un pedestal del tipo 3 (macizo), se representará por "0010", si es del tipo 2 (con soporte central) por "0100", y así sucesivamente. El sistema también es similar para las variables numéricas (longitud, anchura y altura). Estas adoptan valores fijos que hemos convertido en intervalos. Por ejemplo en ambas especies la altura se organizaba en tres estados: (1) menos de 50 cms., (2) entre 50 cms. y 1 m., y (3) más de 1 m., de modo que cada intervalo se convierte en una variable dicotómica, con un estado de presencia y otro de ausencia. Si la pieza en cuestión supera el metro de altura, entonces se representará como "001" (véase Apéndice II).

**2.4. Tipología.** Hemos apreciado cinco tipos en los toros y cuatro en los cerdos, cuyas características se detallan a continuación. Como se aprecia en los diagramas correspondientes (Figs. \*), alguna pieza puede aparecer dispersa o mezclada, aspecto que debe ser valorado no tanto como un indicio de error en la especificidad de las variables sino por las particularidades morfológicas de las esculturas. Los cerdos más monumentales presentan un tamaño relativamente menor respecto a los grandes toros. Algunos atributos son también exclusivos de cada especie<sup>243</sup>. En cualquier caso, debe quedar claro que la tipificación de ambos grupos presenta, como veremos, unas pautas de correspondencia muy similares.

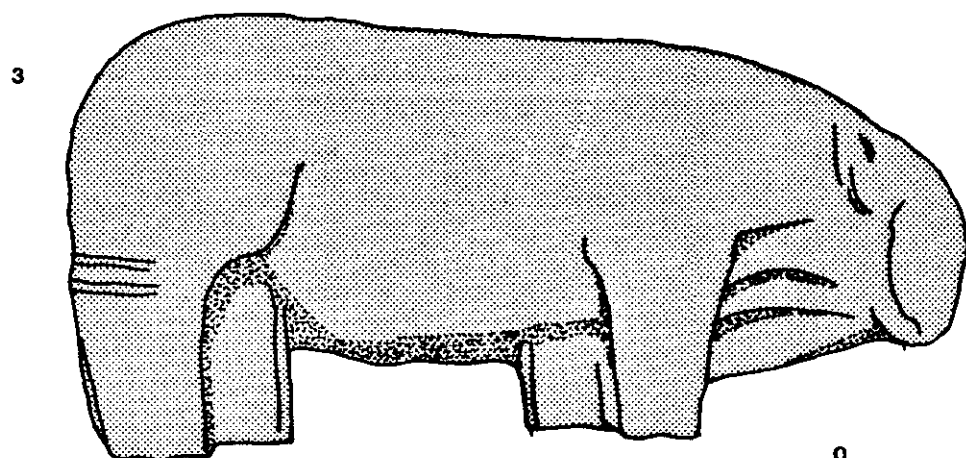
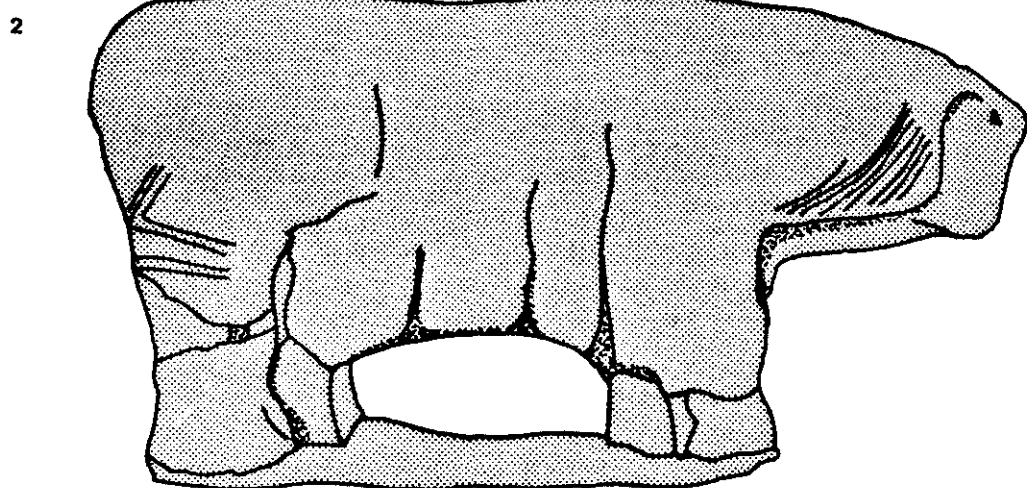
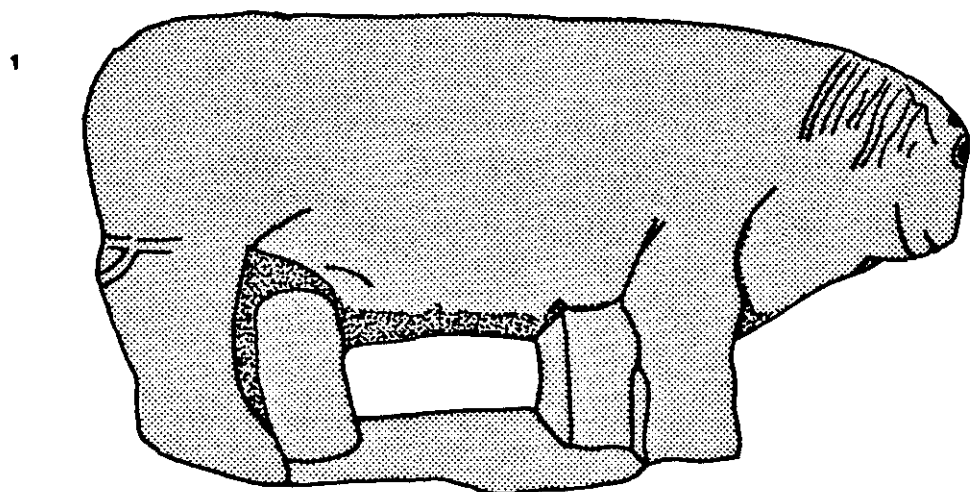
### 2.4.1. Toros.

- **Tipo 1.** Grupo caracterizado por sus grandes dimensiones y talla muy cuidada, superando en la mayoría de los casos los 2 ms. de longitud, hasta llegar a los 2,78 ms.. Compuesto por los toros abulenses de Las Cogotas (24 y 25), La Mesa de Miranda (26), Muñogalindo (33), San Miguel de Serrezuela (39), Ulaca (42), Guisando (46, 47, 48 y 49), Tornadizos de Avila (53) y Villanueva del Campillo (71), así como las esculturas de Segura de Toro (Cáceres) (78), Fuenteguinaldo (Salamanca) (80), Salamanca capital (82), Tabera de Abajo (Salamanca) (83), Segovia (84), San Vitero (Zamora) (93), Toro (Zamora) (94) y Villardiega de la Ribera (Zamora) (100)<sup>244</sup>.

---

<sup>243</sup> Desde el punto de vista del pedestal las soluciones técnicas resultan más sencillas en los cerdos, dado que el soporte de tipo central y el soporte macizo son exclusivos de los toros.

<sup>244</sup> La numeración de las esculturas en el texto se refiere a su posición en el análisis de correspondencias (Fig. \* y Apéndice II). Además, estas mismas piezas se corresponden, respectivamente, con los números 63, 64, 69, 90, 110, 116, 120, 121, 122, 123, 128, 152, 193, 224, 244, 247, 256, 382, 384 y 392 del catálogo general de la escultura zoomorfa (véase Apéndice I).



0 50 cm

Fig. 44. Esculturas de toros. Tipo 1.



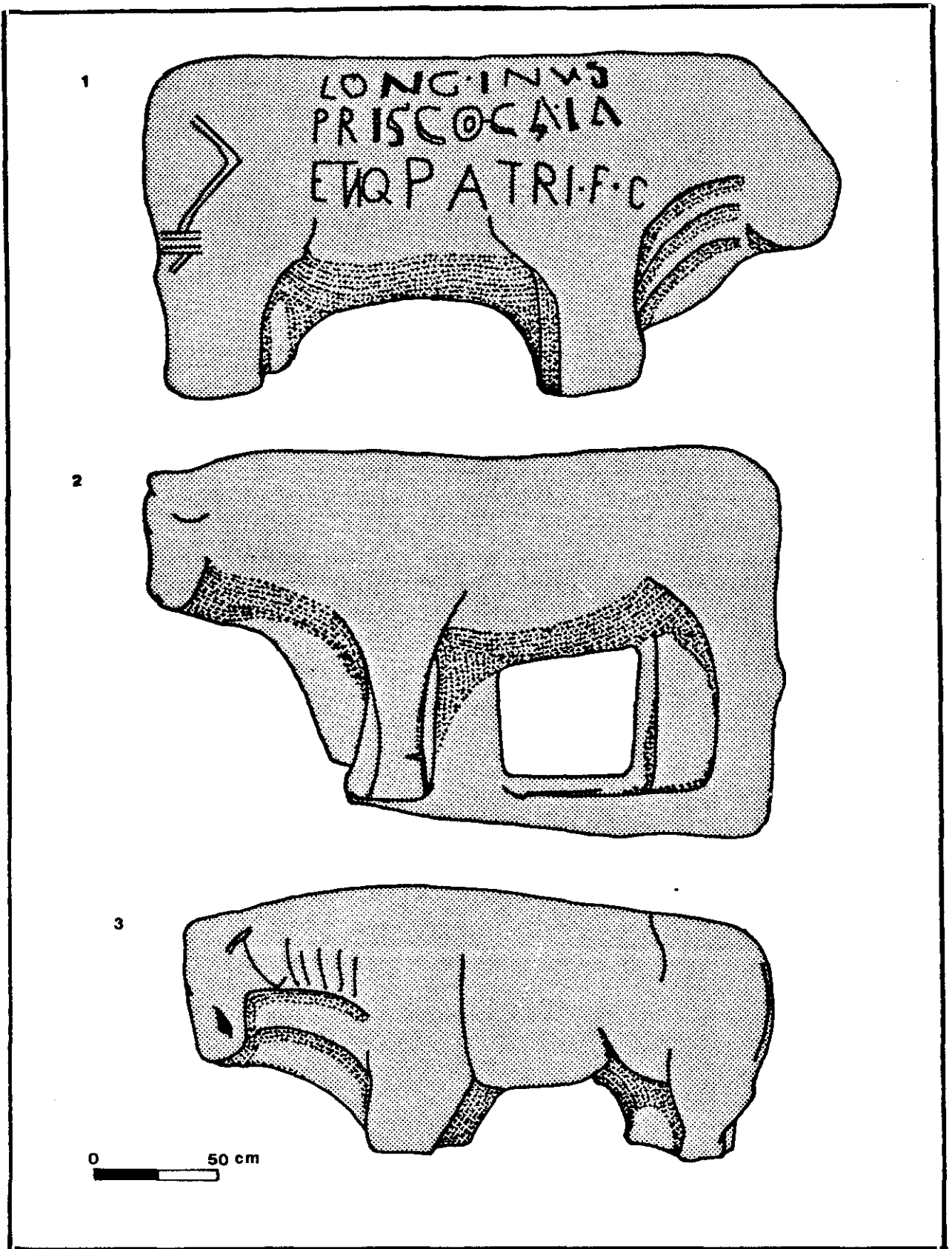


Fig. 45. Esculturas de toros. Tipo 1.

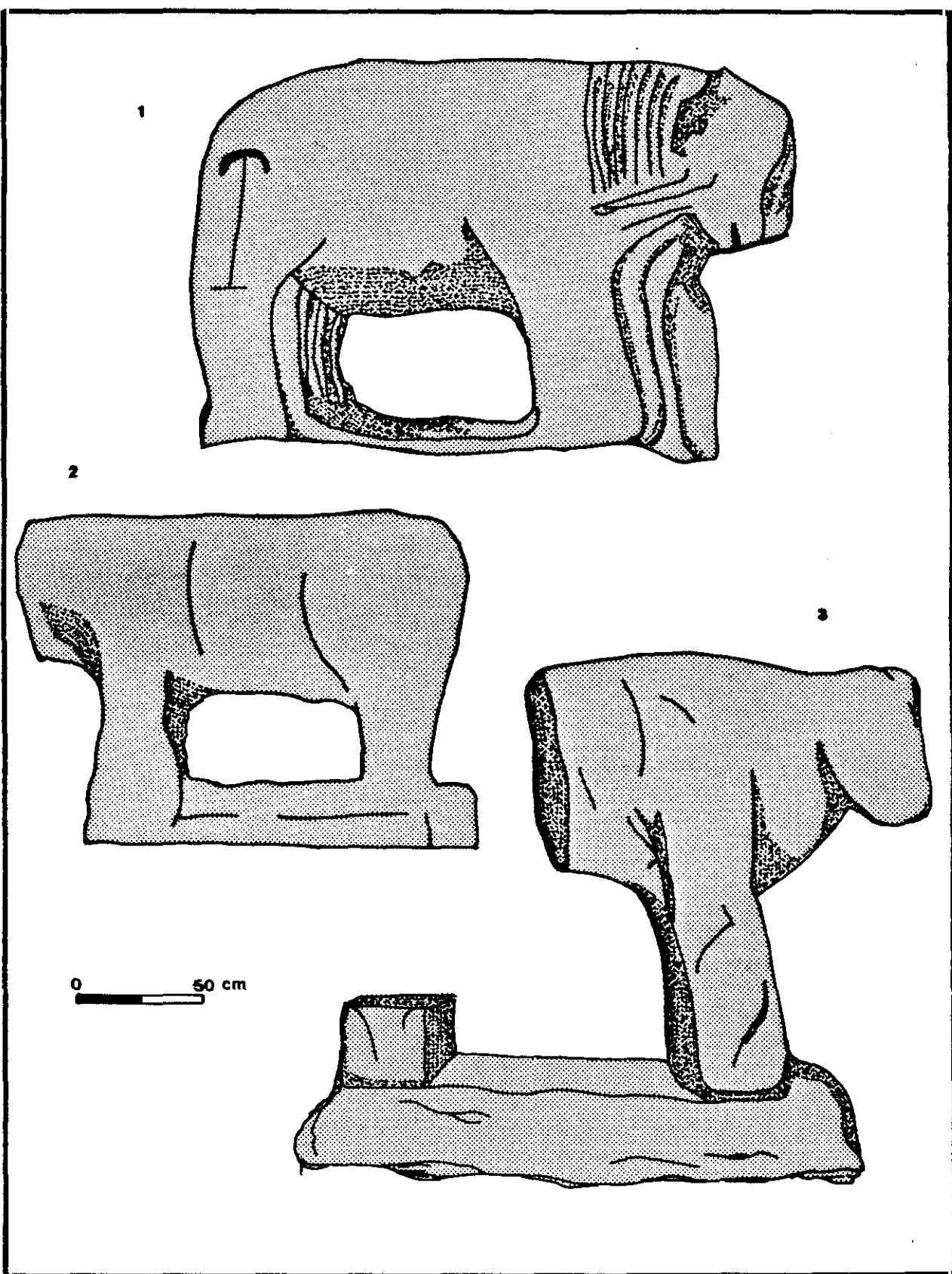


Fig. 46. Esculturas de toros. Tipo 1.

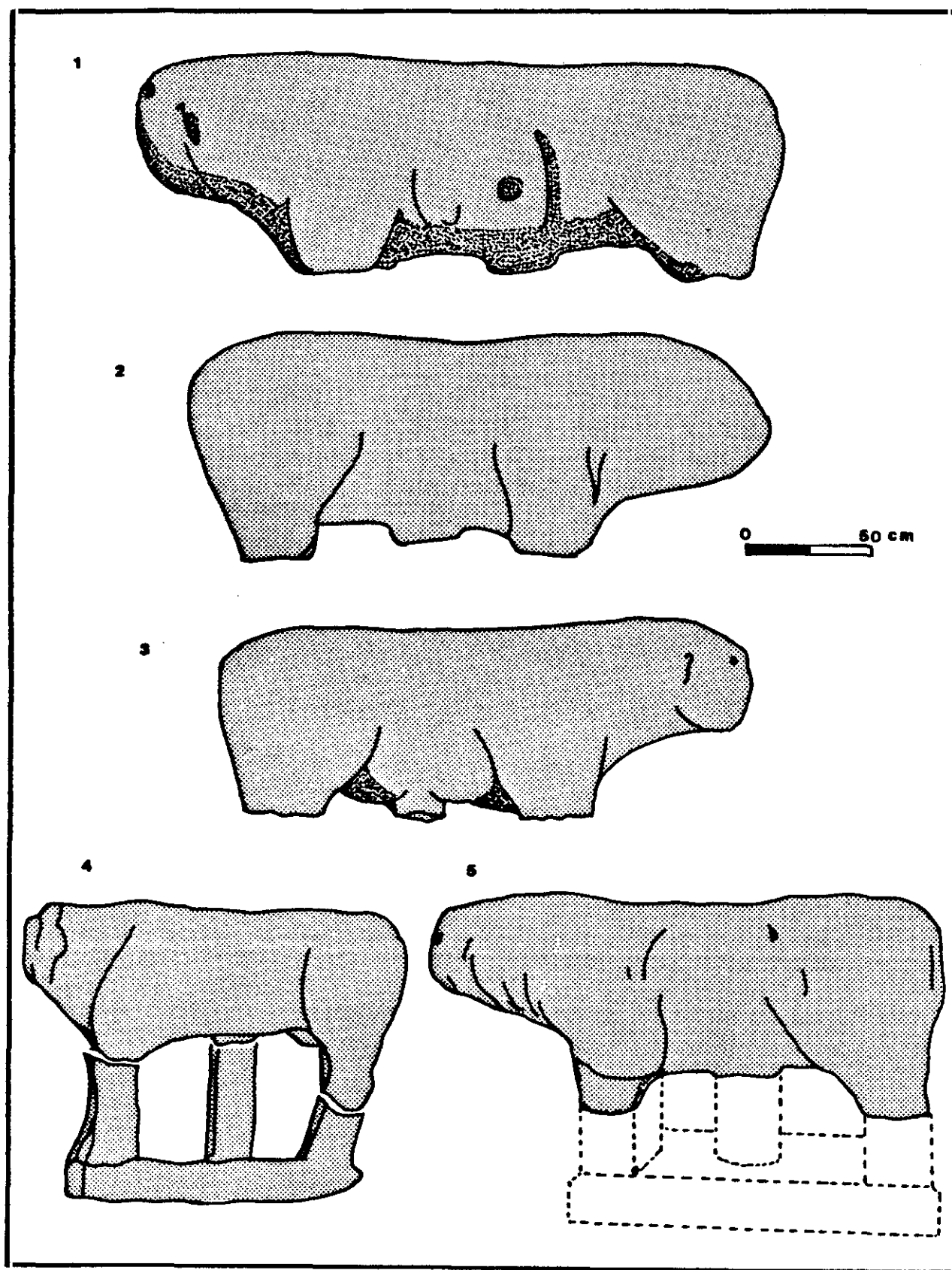


Fig. 47. Esculturas de toros. Tipo 1.

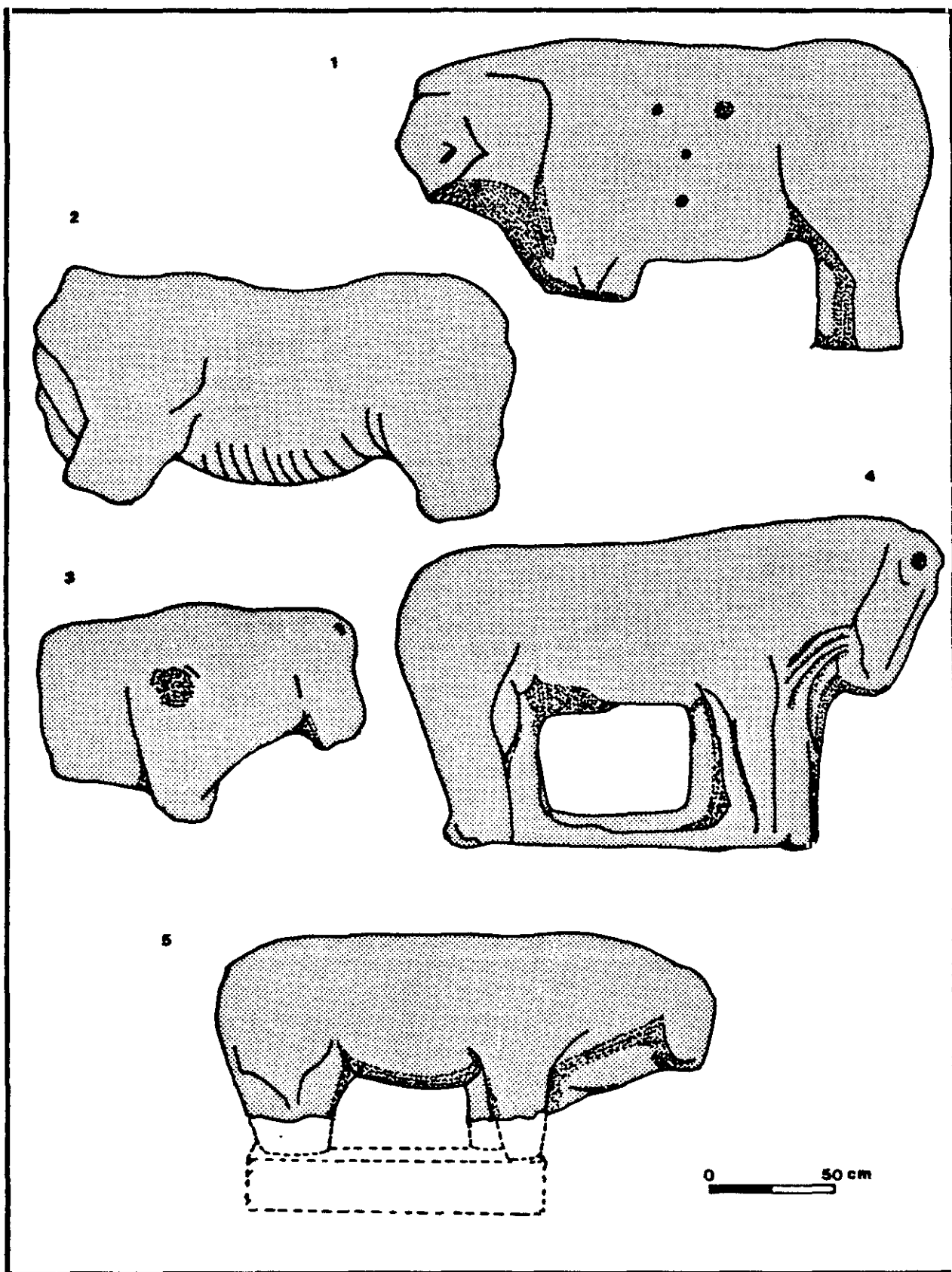


Fig. Esculturas de toros. Tipo 1.  
48

## LOS VERRACOS

La cara superior del tronco es siempre diferenciada, mostrando un dorso mayoritariamente convexo-cóncavo-convexo, cuya finalidad es realzar los volúmenes que componen las distintas partes de la pieza (grupa, espinazo, morrillo y arranque de las extremidades). En el dorso, si el desgaste natural del granito no lo ha borrado, puede resaltar la columna vertebral o espinazo, consiguiéndose por otro lado la sensación de volumen del vientre mediante la indicación de los ijares. Es patrimonio casi exclusivo del grupo la representación de la cornamenta (en el 100% de las piezas) y las tablas (68%). La papada, muy desarrollada, presenta un perfil preferentemente cóncavo (68%). En general, los principales rasgos anatómicos están siempre indicados y bien marcados: testuz, orejas, mandíbula, órganos genitales, antebrazos, rodillas y pezuñas. No ocurre lo mismo con el rabo, pero cuando se representa es sobre el anca izquierda. El grupo queda bien caracterizado, aunque no todos los ejemplares son morfológicamente idénticos. Se advierten tres subgrupos:

(a) el cuerpo del animal está unido a la base por un soporte central de sección cuadrada o circular. Este rasgo es el principal elemento diferenciador. Destaca además el hecho de no aparecer representadas las tablas o pliegues de la piel, a diferencia del resto de los ejemplares. El grupo, sistematizado por Martín Valls (1974: 70 ss.), goza además de una relativa concentración geográfica, documentándose en los castros abulenses de Las Cogotas, La Mesa de Miranda, Ulaca y en las ciudades de Segovia y Toro<sup>245</sup>. La escultura rota de San Vitero también podría relacionarse con este conjunto.

(b) dos rasgos característicos: el tipo de pedestal, con soporte lateral en ambas extremidades, aunque excepcionalmente sólo presente la basa, y una mayor preocupación por los pliegues cutáneos, con representación de las tablas o arrugas del cuello en casi todos los casos. Componen este subgrupo: Guisando, San Miguel de Serrezuela, Segura de Toro, Muñogalindo, Villanueva del Campillo, Tornadizos de Avila y Salamanca.

(c) la labra es más esquemática, resultando muy particular el modo en que aparecen talladas las patas: dos gruesos bloques informes en los que destacan una serie de entalladuras paralelas y verticales que continúan las del cuello, este último muy corto en relación al tamaño de la pieza, y que también pueden aparecer en las patas por su parte interna. La particularidad de este conjunto - Fuenteguinaldo, Tabera de Abajo y Villardiega de la Ribera - se ha señalado en diversas ocasiones (Gómez Moreno 1927: 28-29; Martín Valls 1974-75: 283),

Entre las piezas no seleccionadas en el análisis de correspondencias, podríamos incluir las esculturas de Talavera la Vieja (Cáceres) y El Tejado, en el

---

<sup>245</sup> La procedencia del granito utilizado en la escultura de Toro parece rastrearse en la zona de Avila (Martín Valls 1974: 81).

cerro del Berrueco (Salamanca)<sup>246</sup>. Respecto a esta última Maluquer (1956a: 115), siguiendo al P. Morán (1924: 5), habla de la existencia de un toro que sería semejante al de Salamanca.

- **Tipo 2.** Grupo también caracterizado por una talla cuidada pero de dimensiones medias, tratándose siempre de piezas cuya longitud oscila entre 1,50 y 2 ms. A este tipo pertenecerían los ejemplares abulenses de la capital (6, 9, 11 y 12), Bernuy Salinero (20), El Raso de Candeleda (23), La Mesa de Miranda (27), Martiherrero (30 y 31), Muñogalindo (32), Narrillos de San Leonardo (34), Sotalvo (45), Tornadizos de Avila (50, 57, 62, 63 y 64), Villatoro (72 y 73), Villaviciosa (74) y los toros de Madrigalejo (Cáceres) (77), Castillo de Bayuela (Toledo) (85) y Parada de Infançoes (Trás-os-Montes) (89)<sup>247</sup>.

El plano que forma la cara superior del tronco suele aparecer diferenciado, formando un ángulo con vértice en la cruz, entre el morrillo y el espinazo, de modo que está ligeramente sobreelevada. Excepcionalmente aparecen ejemplares con la línea del dorso prolongada hasta la cabeza, sin solución de continuidad. Reúne este grupo algunos ejemplares de gran calidad escultórica. En general, la cabeza aparece bien individualizada del resto del cuerpo, marcándose con esmero la testuz, mandíbula y orejas. Otro rasgo característico es el tipo de pedestal. El 74% de los ejemplares descansa sobre un pedestal con soporte lateral, en extremidades delanteras y/o traseras. El resto se apoya simplemente en la basa.

Por afinidad de atributos los toros de este grupo muestran concomitancias con las grandes piezas del tipo 1, en particular del subgrupo b, aunque el índice de representación es menor. Este es un aspecto significativo pues proporciona una pauta en la evolución estilística, máxime si, como iremos viendo, la caracterización anatómica decrece a medida que las dimensiones de las piezas son más pequeñas. Es por ejemplo el caso de los cuernos (en el 38% de las esculturas) y las tablas del cuello (26%). La papada describe un perfil cóncavo, en más de la mitad de los ejemplares, coexistiendo con la variante recta (27%) y en menor medida convexa (19%). El rabo se representa en casi todas las piezas, recto entre las extremidades o vuelto sobre el anca derecha. Las extremidades en general están bien esbozadas, sobre todo los antebrazos.

Entre las piezas no incluidas en el análisis, atribuiríamos a este grupo nuevos ejemplares de Avila, Chamartín de la Sierra, Tornadizos, Talavera la Vieja (Cáceres) y Castillo de Bayuela. Las dimensiones de la escultura inacabada del castro de Las Cogotas (Alvarez-Sanchis 1993b: 159) y el reciente hallazgo de Valencia de Alcántara se ajustan también a la tipificación del conjunto; no obstante sólo

---

<sup>246</sup> Números 196 y 248 del catálogo general (Apéndice I).

<sup>247</sup> Números 10, 27, 31, 33, 50, 56, 70, 76, 77, 89, 91, 119, 124, 132, 137, 138, 139, 153, 154, 156, 187, 266 y 351 del catálogo general de la escultura zoomorfa (Apéndice I).

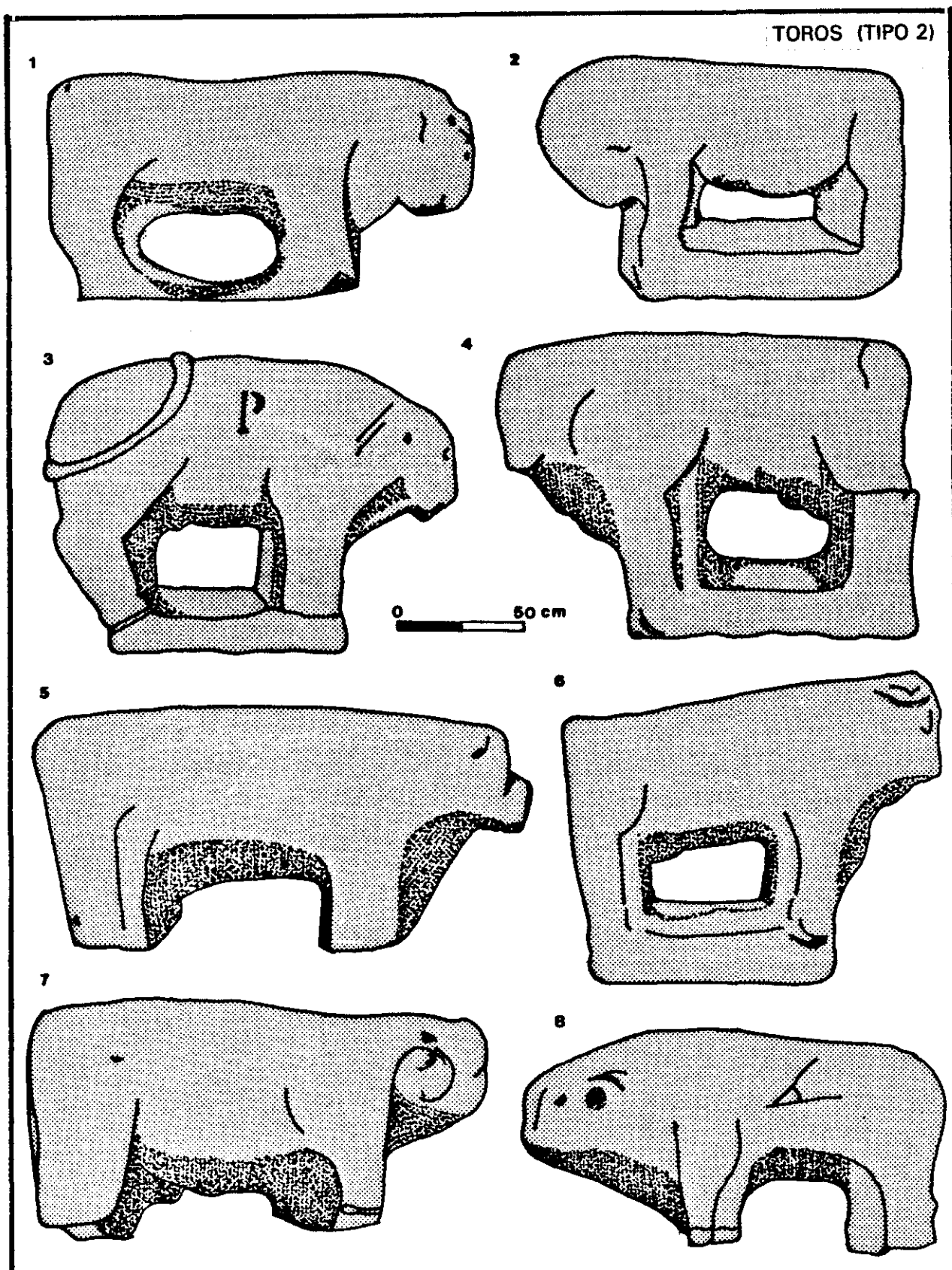


Fig. 49. Esculturas de toros. Tipo 2.



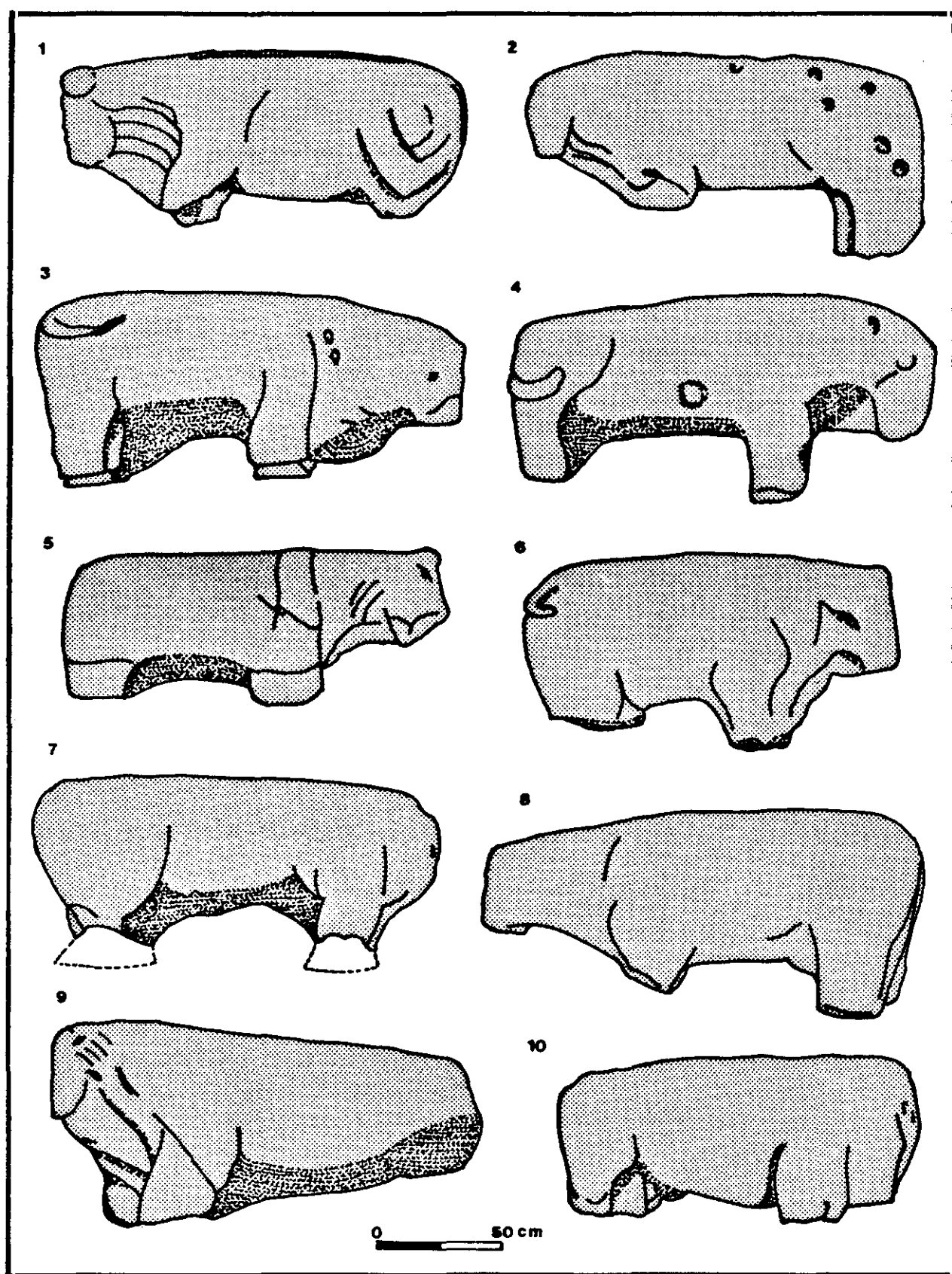


Fig. 50. Esculturas de toros. Tipo 2.



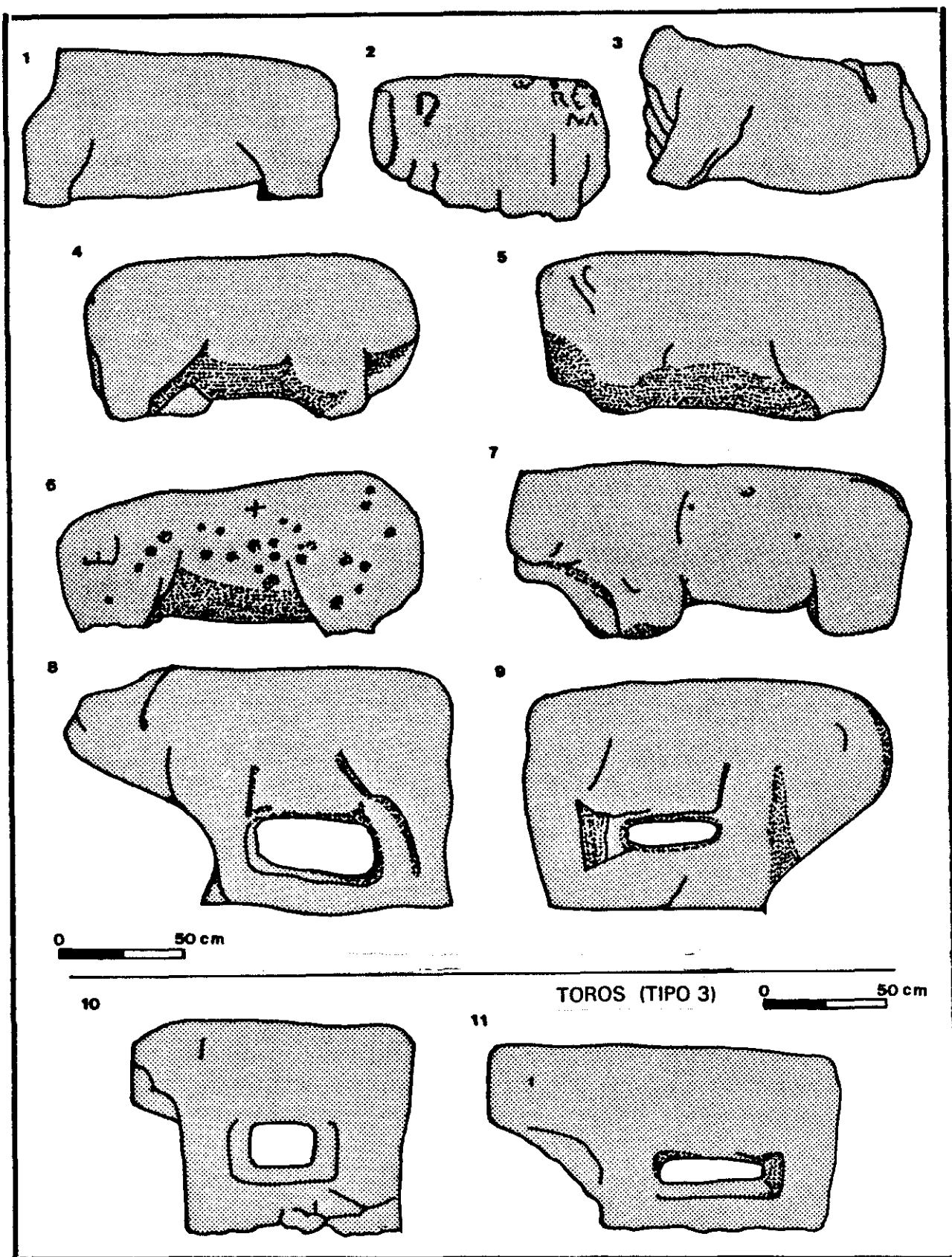


Fig. 51. Esculturas de toros. Tipos 2 y 3.

presenta esbozados los perfiles, por lo que el hallazgo no permite mayores precisiones<sup>248</sup>.

- **Tipo 3.** Conjunto de toros de menor tamaño, aproximadamente entre 90 cms. y 1,50 ms. de longitud, caracterizado por una mayor simplicidad en la ejecución de sus rasgos. Las esculturas destacan por una tendencia a formas menos redondeadas, por tanto más cúbicas y geométricas, con dominio de los perfiles rectos. Lo integran las piezas abulenses de Arévalo (1), Avila capital (4, 7, 8, 10), Dehesa de Guterreño en el mismo término (14, 18), Bernuy-Salineró (21 y 22), Padiernos (35), Riofrío (37), Santo Domingo de las Posadas (41), Sotalvo (43, 44), Dehesa de la Alameda Alta en Tornadizos (52, 54, 55 y 60), Vicolozano (70), Juzbado en Salamanca (81), Puebla de Montalbán (86) y Totanés en Toledo (87), y Muelas del Pan (92) y Villalcampo en Zamora (98)<sup>249</sup>.

En el 75% de los ejemplares la línea del dorso continúa prácticamente plana hasta la testuz, por tanto paralela a la basa del pedestal; en el resto la cara superior del tronco aparece ligeramente diferenciada. Como consecuencia de lo anterior, cabeza y cuello apenas se individualizan del cuerpo, hecho diferencial en la caracterización del grupo, hasta el punto de que los rasgos que conforman la cabeza apenas se limitan a indicar la testuz y las mandíbulas. Las orejas, la cornamenta y las tablas del cuello no se representan<sup>250</sup>. También aparecen los primeros ejemplares asexuados. Por el contrario, destaca una pronunciada papada cuyo perfil confirma la tendencia que se intuía en el tipo anterior, recta en más de la mitad de las piezas que la conservan (53%), seguida de las convexas (26%). Respecto al pedestal, en el 61% de las esculturas las extremidades apoyan directamente sobre la basa y en el resto resaltan lateralmente del bloque en el que fue esculpido cada par. Apenas se esbozan, constituyendo dos bloques prácticamente indivisos que conectan con la peana. Sólo en menor medida se advierten las rodillas (30%) o los antebrazos (35%).

Puede señalarse la personalidad que ofrecen los toros de la cuenca del Duero, caracterizados por su esquematismo y la peculiar ejecución que ofrece la cabeza, muy especialmente los hallados en los castros zamoranos de San Esteban (Muelas del Pan) y Santiago (Villalcampo). Una ligera depresión deslinda la cabeza del cuerpo, dibujando un arco desde la testuz hasta el antebrazo, rasgo que determina la papada y el arranque de las extremidades. Vista de frente, la cabeza adquiere forma de trapecio invertido. Su estrechez recuerda a las esculturas del

---

<sup>248</sup> Números 14, 72, 148, 197, 267, 66 y 201 del catálogo general (Apéndice I).

<sup>249</sup> Números 1, 6, 12, 21, 28, 36, 40, 51, 52, 95, 97, 113, 117, 118, 126, 129, 130, 135, 150, 228, 276, 290, 375 y 389 del catálogo general (Apéndice I).

<sup>250</sup> A excepción del pequeño ejemplar de Totanés, cerca de Toledo capital.

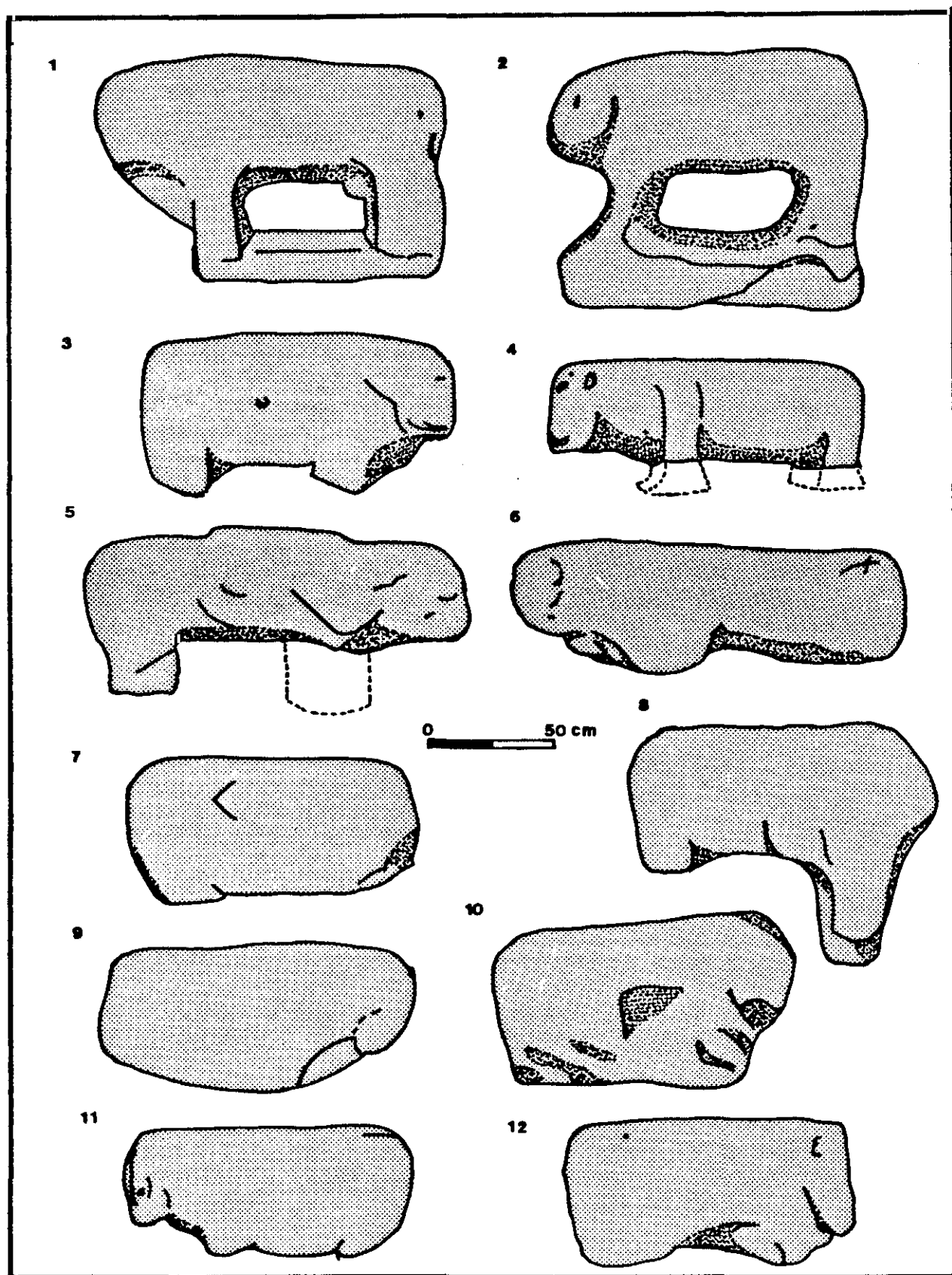


Fig. 52. Esculturas de toros. Tipo 3.

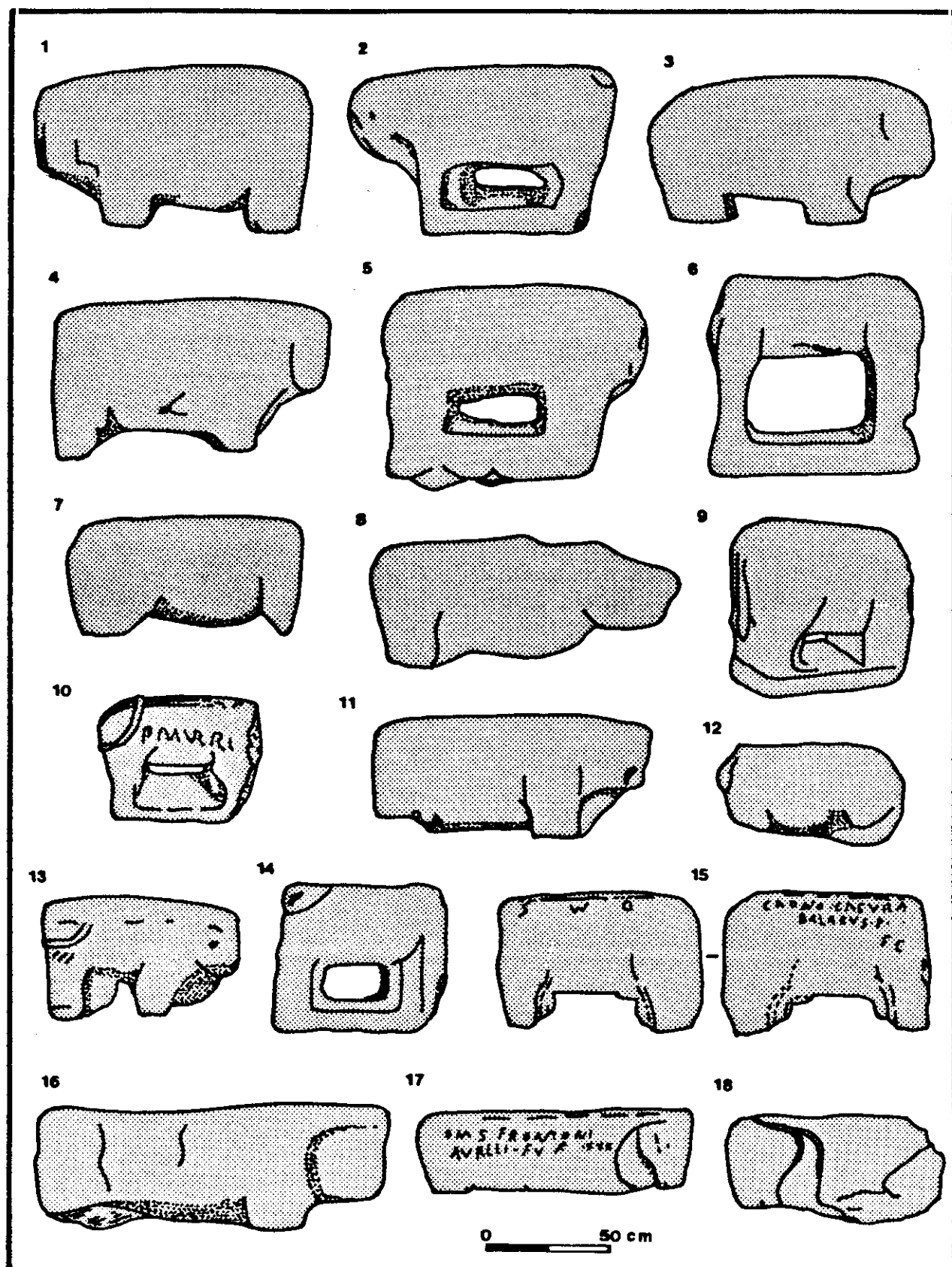


Fig. 53. Esculturas de toros. Tipo 3.

## LOS VERRACOS

vecino castro de San Mamede, en Villardiegua de la Ribera, aunque ajenas al tipo<sup>251</sup>.

Entre las esculturas no seleccionadas, atribuiríamos a este tipo los ejemplares de Avila, Gálvez (Toledo), Muelas del Pan y la escultura a medio hacer de San Mamede (Villardiegua, Zamora)<sup>252</sup>.

- **Tipo 4.** Conjunto muy uniforme de toros, de dimensiones más exiguas, aproximadamente entre 80 cms. y 1,35 ms., aunque la mayor parte de los ejemplares apenas supera el metro de longitud. Las esculturas destacan ante todo por su geometrización, con perfiles rectos y rasgos apenas esbozados. Lo integran las piezas abulenses de Arévalo (2), Avila capital (3, 5), Dehesa de Guterreño en el mismo término (13, 15, 16, 17), Torrelaguna (19), Martiherrero (29), Papatrigo (36), Riofrío (38), Santa María del Arroyo (40), Dehesa de La Fresneda en Tornadizos (51) y Dehesa de la Alameda Alta, también en Tornadizos (56, 58, 59, 61, 65, 66, 67, 68 y 69)<sup>253</sup>.

La cara superior del tronco no suele estar diferenciada, por lo que el dorso se prolonga prácticamente en línea recta o ligeramente abombado dándole forma de baúl, hasta la cabeza. Excepcionalmente, el plano se inclina formando un ángulo con vértice en la cruz. La cabeza apenas se individualiza del cuerpo, característica que ya apreciábamos en el grupo anterior, pero ahora la geometría y el volumen cúbico de los rasgos es aún más acusada, sin apenas concesiones a la forma natural. Como en aquél, no se distinguen orejas, cuernos y arrugas del cuello, y en éste, en el 50% de los casos la testuz tampoco está indicada. La cara anterior de la cabeza es un plano vertical que forma ángulo recto con las mandíbulas. Éstas destacan bien, a menudo más incisas que esculpidas, sin que ello influya en el carácter prismático de la pieza. Llama por otro lado la atención la representación de la papada, bien marcada y mayoritariamente de perfil convexo (75%), cuando se conserva. Las extremidades, desde el arranque teórico de los antebrazos hasta la peana, forman un bloque indiferenciado, y sólo excepcionalmente aparecen delimitadas mediante incisión. La parte posterior del animal constituye una superficie plana en la que se advierte el rabo, ligeramente en relieve o con pequeños trazos incisos, y vuelto sobre el costado, por lo general en el anca derecha. En ocasiones se representan los testículos, pero casi la mitad de la

---

<sup>251</sup> Por ejemplo el pequeño toro aparecido recientemente (Martín García y García Diego 1990: Fig. 12) que incluimos en el grupo 5, la cabeza exenta que hay que paralelizar con el círculo castreño del NO (Martín Valls 1974-75: 284), así como la gran escultura del tipo 1 conocida como "la Mula" (*id.* 1974-75: 283), en la que estilísticamente parece inspirarse.

<sup>252</sup> Números 13, 15, 16, 42, 270, 378 y 395 del catálogo general (Apéndice I).

<sup>253</sup> Números 2, 5, 8, 35, 37, 38, 39, 46, 75, 96, 99, 112, 125, 131, 133, 134, 136, 140, 141, 142, 143 y 144 del catálogo general (Apéndice I).

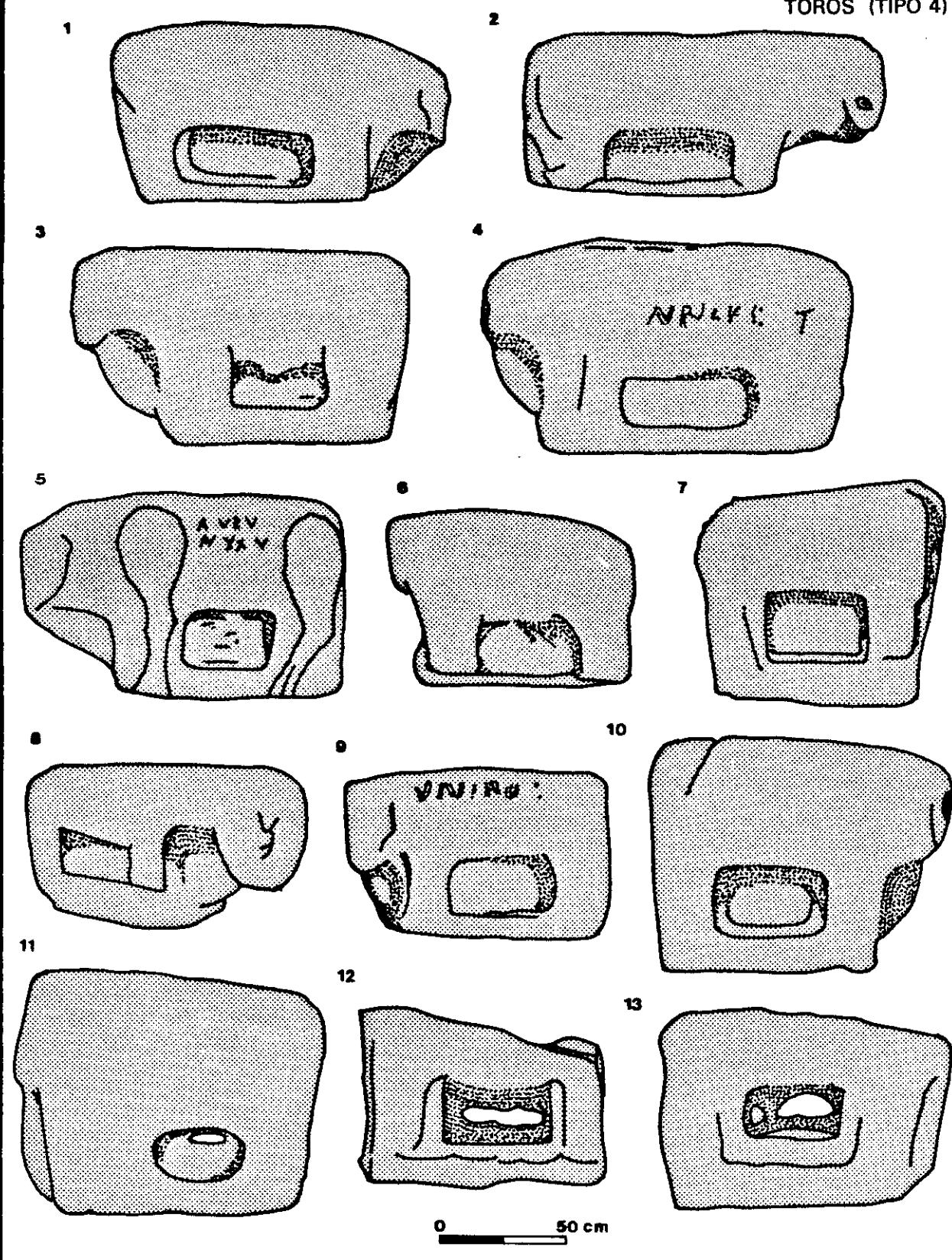


Fig. 54. Esculturas de toros. Tipo 4.

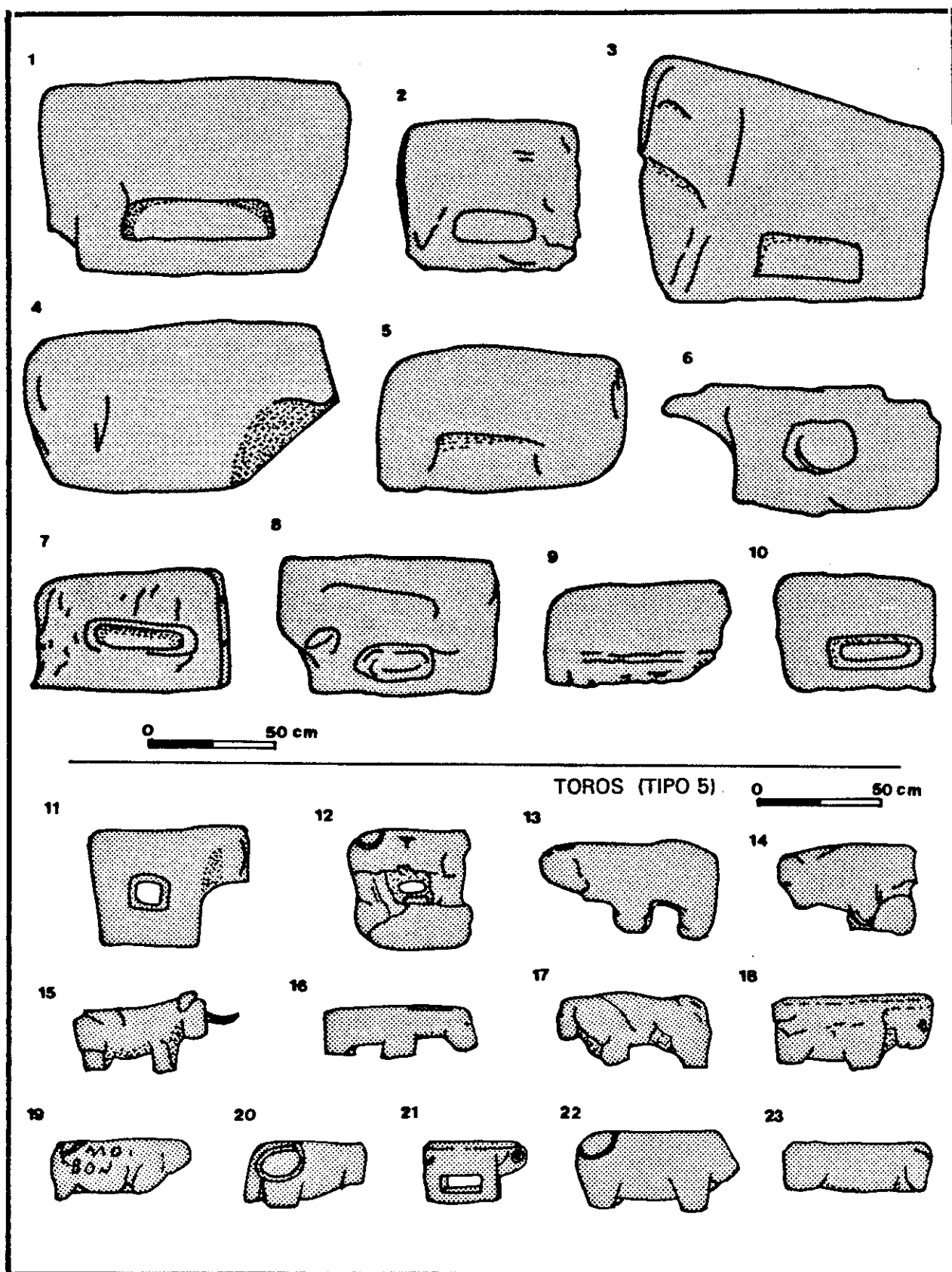


Fig. 55. Esculturas de toros. Tipos 4 y 5.

muestra (47%) es asexuada.

Aspecto esencial en la caracterización tipológica de todo el grupo es el tipo de pedestal, que acentúa todavía más el hermetismo del bloque: el espacio existente entre el vientre y el plinto no está calado, como se aprecia en los grupos anteriores, sino macizo, formando un rehundido rectangular. Como variante puede incluirse algún caso con la parte central rehundida pero ligeramente calada (Fig. \*). La distribución de este grupo ostenta un marcado carácter localista, en el valle de Amblés y en torno a la capital abulense<sup>254</sup>. El conjunto fue sistematizado hace algunos años por Martín Valls (1974: 74 ss.). Entre las esculturas no seleccionadas, se incluirían también en este tipo y en la misma provincia los toros de Arévalo, El Barraco, Riofrío y la posible escultura inacabada de Solana de Rioalmar<sup>255</sup>.

- **Tipo 5.** Es nota común a todos los ejemplares su pequeño tamaño, entre 30 y 70 cms. de longitud. Se trata de un conjunto de pequeños toros entre los que se observa una relativa variedad formal, especialmente en el tratamiento de la cabeza, pero dentro siempre del canon de tamaño que condiciona sus características y les confiere un singular aspecto de mediocridad desde el punto de vista técnico, excluyendo toda connotación peyorativa. No obstante resulta difícil evaluar la posible existencia de subtipos, dada su concentración geográfica y el esquematismo que caracteriza su diseño, lo que hace innecesario dividirlos en categorías. Se adscriben a este tipo el toro de Santa Marinha do Zêzere (Douro Litoral) (79), los ejemplares trasmontanos de Cabezo de Coraçeira en Freixo de Espada-à-Cinta (88), Ligares (90), Vila de Sinos (91) y Villalcampo en Zamora (95, 96, 97, 99)<sup>256</sup>.

Apenas se aprecia detalle anatómico alguno. Ciertos ejemplares se encuentran muy desbastados y en una parte la erosión ha llegado a borrar los posibles atributos, pero el número de ejemplos conservados es suficiente para acreditar que la mayoría cumple la norma. Los únicos detalles "naturalistas" se limitan a representar la testuz, cuando se conserva, y el espinazo, mediante tenues incisiones o un pequeño resalte que recorre todo el lomo. El rabo aparece indicado sólo en la mitad de la muestra, arrancando desde la espina dorsal y cruzando sobre la grupa para descansar en el anca derecha. En general, el conjunto se concibe como pequeñas piezas prismáticas con rasgos muy simplificados. El plano del dorso es recto hasta la cabeza mientras que el pedestal, en los pocos casos que

---

<sup>254</sup> Aunque se desconoce su procedencia exacta, la escultura que se conserva en Torrelaguna (Madrid) parece ser oriunda de la provincia de Ávila, desde donde fue trasladada por su actual propietario hace unas tres décadas (Alvarez-Sanchis 1993b: 158-159).

<sup>255</sup> Números 3, 49, 98, 100 y 115 del catálogo (Apéndice I).

<sup>256</sup> Números 207, 332, 346, 359, 386, 387, 388 y 390 del catálogo general (Apéndice I).



## LOS VERRACOS

se conserva, carece de soportes, por lo que las extremidades descansan directamente en la basa. Estas constituyen dos pequeños bloques de piedra. Antebrazos, rodillas y pezuñas no están indicados. En el 80% de los casos, se trata de ejemplares asexuados<sup>257</sup>.

El grupo ostenta una gran homogeneidad en su distribución geográfica, en tierras de Zamora y NE de Portugal, concentradas sobre todo en la línea del Duero que sirve de frontera. Además, abundan las noticias referidas a la existencia de esculturas desaparecidas de pequeño tamaño (Abelón, Fariza, Sejas de Aliste...) que nos remiten al mismo espacio. Dentro de las piezas no incluidas en este análisis, se adscribirían al tipo los pequeños toros de Ntra. Señora de Chilla (Candeleda, Avila), Malhadas (Trás-os-Montes), Madridanos, Muelas del Pan, Villardiegua, y probablemente de San Pelayo (Almaraz de Duero) en Zamora<sup>258</sup>.

### 2.4.2. Cerdos.

- **Tipo 1.** Grupo caracterizado por sus grandes dimensiones y talla cuidada, aproximadamente entre 1,50 y 2,15 ms. de longitud<sup>259</sup>, aunque la mayor parte mide en torno a 1,70/1,80 ms.. Lo integran los cerdos abulenses de la capital (1, 2, 4, 5, 6), Dehesa Bascarrabal en el mismo término (7), Las Cogotas (8), Mingorría (10), El Oso (11), Dehesa de la Alameda Alta en Tornadizos (12) y Vicolozano (13), así como Cáparra (23), Carrascalejo de la Jara (24) y Villar del Pedroso (30) en Cáceres, Ciudad Rodrigo (31), Gallegos de Argañán (32), La Redonda (33), Ledesma (35) y Masueco (38) en Salamanca, Segovia (41 y 42), Torralba de Oropesa (Toledo) (48) y las piezas trasmontanas de Bragança (50), Murça de Panoias (66), Picote (67), Torre de Dona Chama (68) y Vila Flor (71)<sup>260</sup>.

La cara anterior de la cabeza aparece bien indicada, en el 77% de la muestra, diferenciando frente, cara y jeta. Indistintamente describe un perfil cóncavo o recto, aunque el primero suele asociarse a los ejemplares más completos desde el punto de vista anatómico. La cresta raquídea o espinazo

---

<sup>257</sup> El toro de Madridanos (Zamora), dado a conocer recientemente (Martín García y García Diego 1990: 27-28) constituye la pieza más excepcional del grupo, con el arranque de las patas bien marcado y una parte de los rasgos anatómicos visibles. La talla es relativamente cuidada, claro que favorecida en este caso por la materia prima utilizada, la arenisca, más sensible por tanto a la incisión.

<sup>258</sup> Números 61, 347, 373, 376, 377, 394 y 370 del catálogo.

<sup>259</sup> Un dato excepcional lo constituye el verraco de Talavera la Vieja, actualmente desaparecido, hallado por Hermosilla y Sandoval (1796: 345, 348) en un barranco. Se estimó entonces unas dimensiones en torno a los diez pies, equivalente a casi 2,80 ms. de longitud (López Monteagudo 1989: 87; Aguilar-Tablada 1996: 120), que convertirían al ejemplar en el más grande conocido en su género.

<sup>260</sup> Números 11, 17, 29, 30, 32, 34, 62, 85, 94, 127, 149, 182, 183, 205, 221, 226, 229, 231, 238, 257, 258, 286, 295, 350, 354, 356 y 367 del catálogo general (Apéndice II).

CERDOS (TIPO 1)

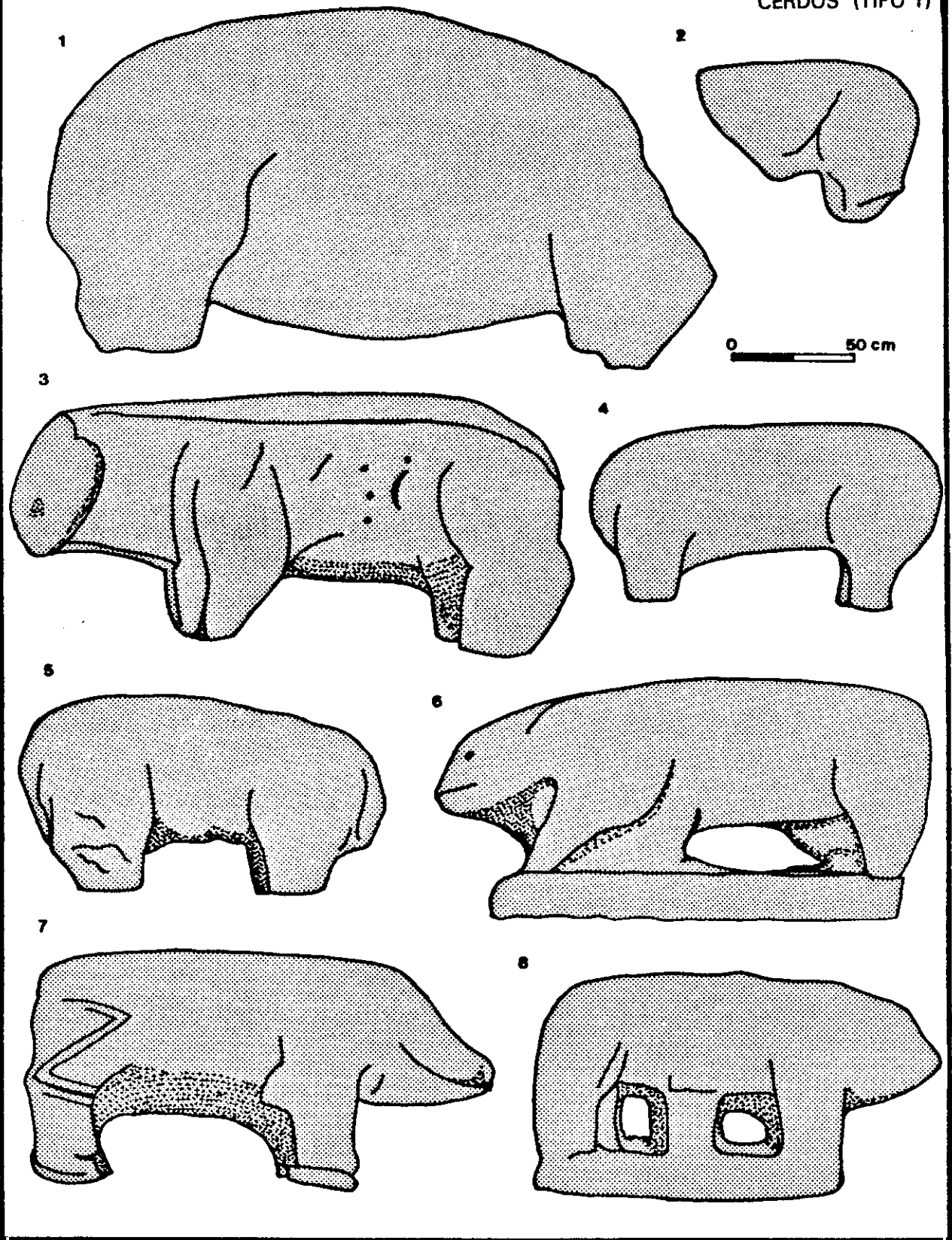


Fig. 56. Esculturas de cerdos. Tipo 1.

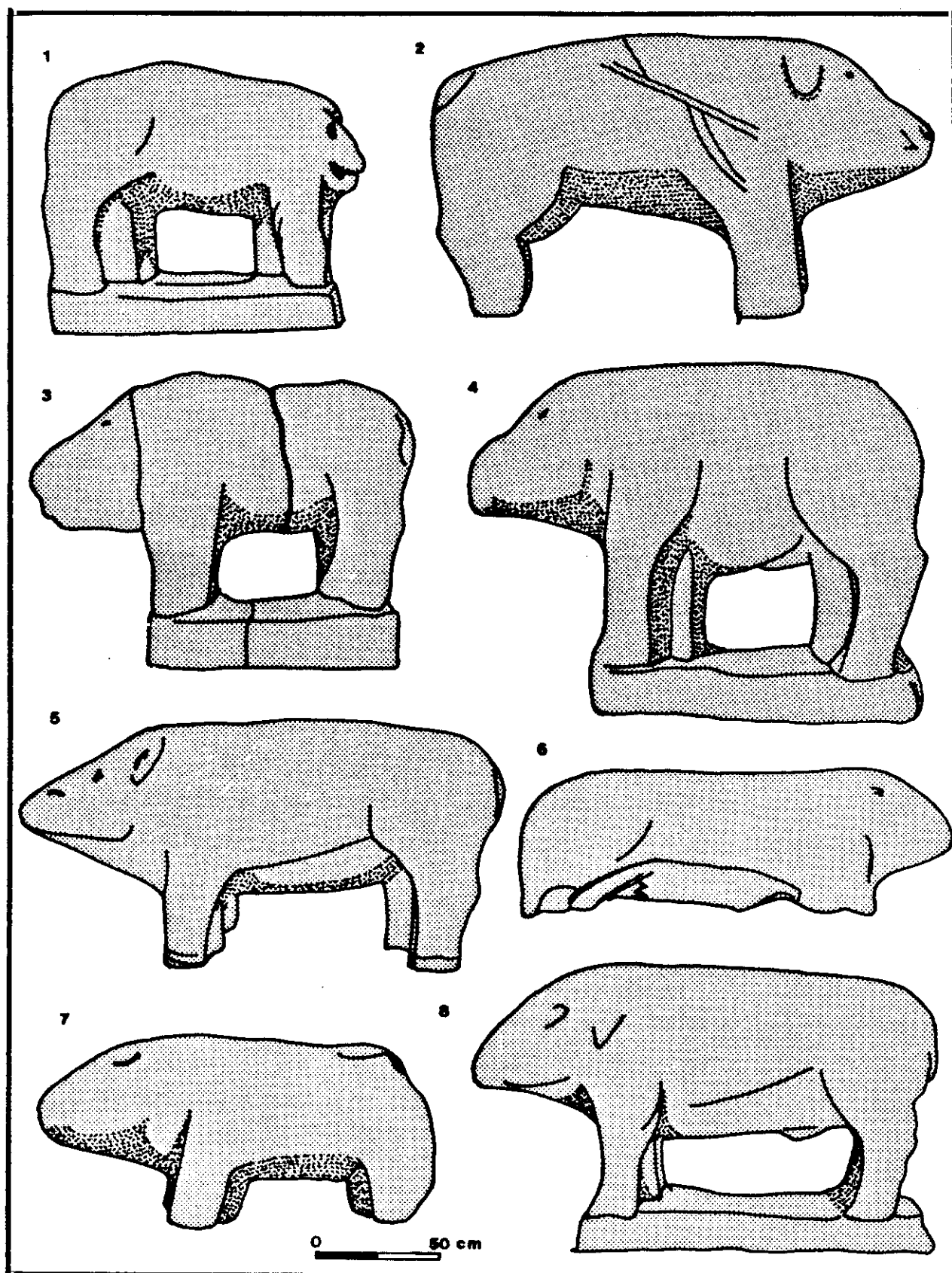


Fig. 57. Esculturas de cerdos. Tipo 1.

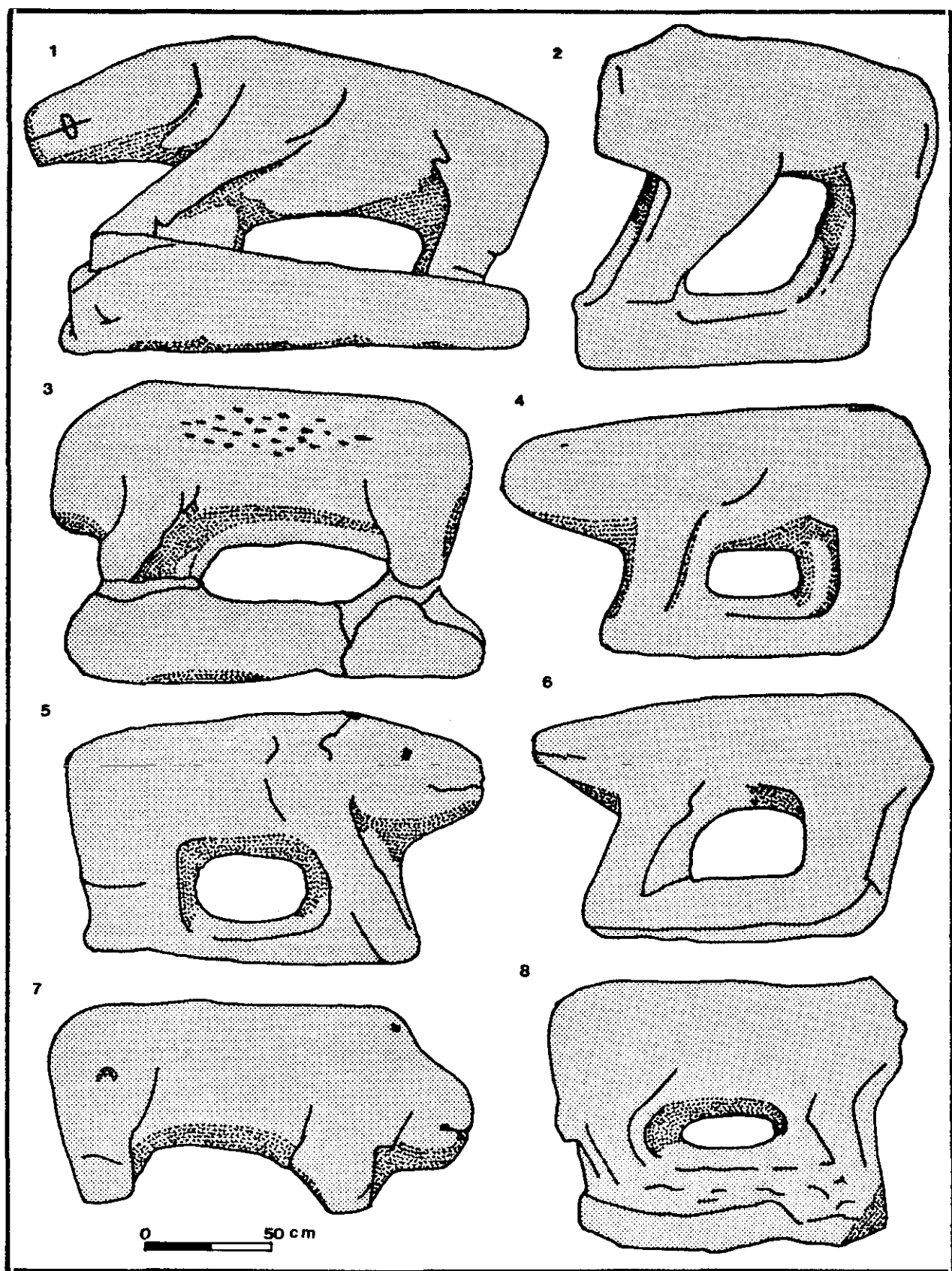


Fig. 58. Esculturas de cerdos. Tipo 1.

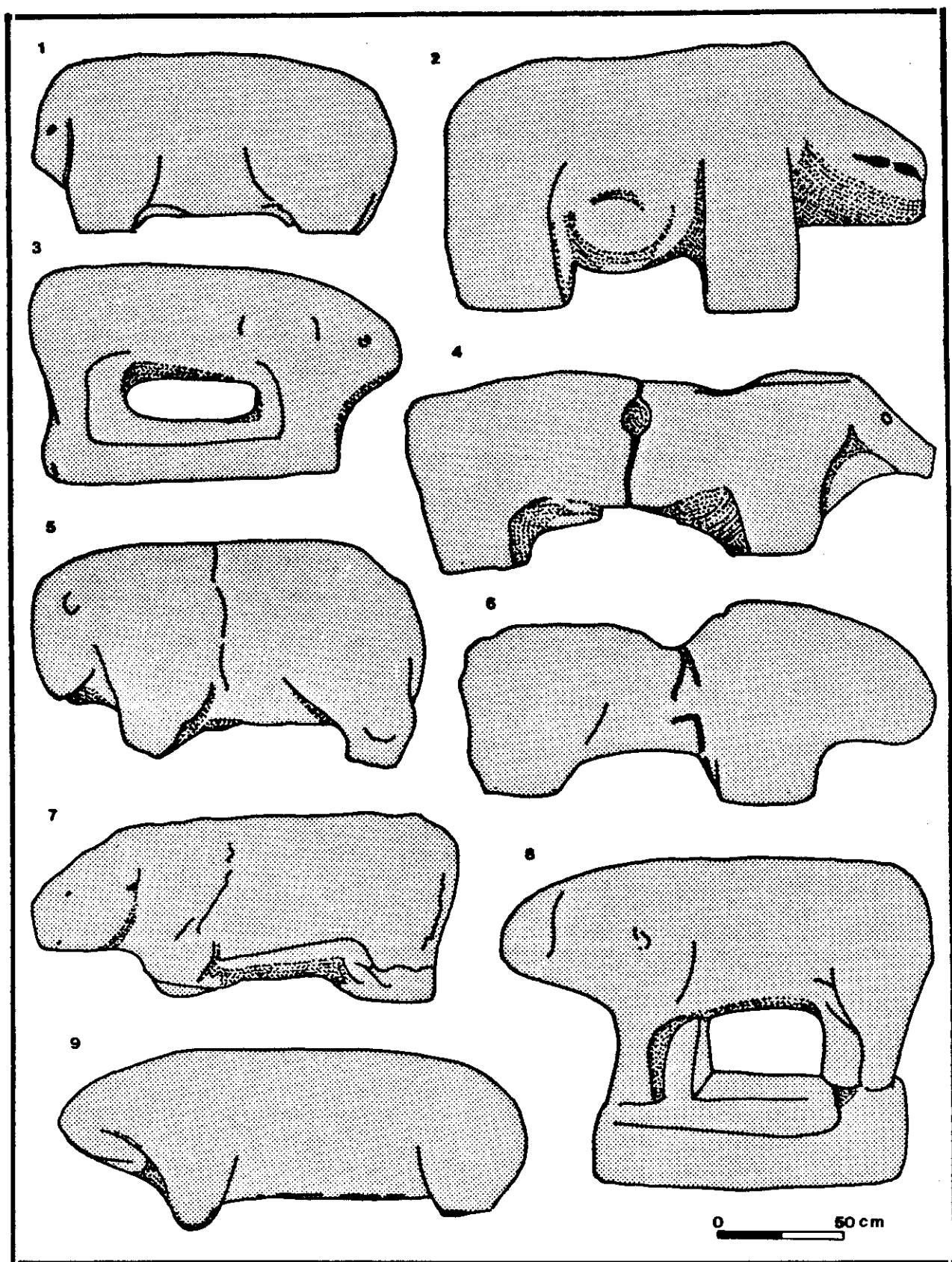


Fig. 59. Esculturas de cerdos Tipo 1.

aparece realzada, recorriendo el lomo y el cuello. Igualmente característico son la representación de las orejas (70%), ojos (90%) y corvejones (100%). La indicación del sexo tampoco ofrece dudas. La simplicidad de los rasgos se va haciendo más acusada en los ejemplares periféricos, sobre todo en el NO de la Meseta. En dirección contraria algunos cambios son evidentes, aunque de modo distinto. Estas tendencias resultan seguramente útiles de cara a presentar diversos subgrupos, pero siempre respetando los criterios básicos de tamaño que planteamos al comienzo de este apartado:

(a) cerdos naturalistas en posición estática. Reúne el conjunto de piezas más abundante. Sus caracteres se amoldan a las normas que rigen las estatuas de toros de gran tamaño, con los que se relacionan geográfica y formalmente. Los rasgos anatómicos están muy bien indicados. Es nota singular a todos los ejemplares la indicación de las mandíbulas. Al efecto de naturalismo que producen, contribuye mucho la labra de las extremidades, marcadas siempre con esmero, en particular antebrazos y jamones, dando sensación de volumen a la pieza. Cuando se conservan, también representan rodillas y pezuñas. Sólo en los ejemplares más completos el rabo está bien marcado y la línea del dorso es ligeramente convexa o abombada. El 62 % descansa sobre un pedestal con soportes laterales, el resto sólo presenta la basa. Todos se concentran en territorio abulense - Avila, Las Cogotas, El Oso, Tornadizos, Vicolozano - además del verraco de Ledesma y los dos ejemplares de Segovia.

(b) cerdos naturalistas con las extremidades en posición adelantada. Se distribuyen fundamentalmente en las provincias de Salamanca, Cáceres y occidente de Toledo. Al igual que sus congéneres abulenses, técnica y morfológicamente desarrollan los mismos rasgos. Componen este subgrupo siete ejemplares: Ciudad Rodrigo, Gallegos de Argañán, Mingorría, "Toro Mocho" en Villar del Pedroso, Carrascalejo de la Jara y Cáparra.

(c) el cuerpo del animal ostenta una labra más esquemática. Mandíbula y rabo no se representan. Tienen todos ellos en común la forma de sus extremidades, levemente resaltadas pero prismáticas, reducidas prácticamente a dos bloques a excepción de los corvejones, éstos siempre bien acusados. La población zoomorfa noroccidental es la que suministra los ejemplares de este tipo: Picote, Murça de Panoias, Torre de Dona Chama, Bragança - extremadamente tosco - Vila Flor, La Redonda, Masueco y Torralba de Oropesa. A excepción del primero, con las extremidades dirigidas hacia adelante a la vez que destacan separadas del bloque en el que se labró cada par, el resto ofrece la particularidad de no tener los soportes laterales interpuestos entre las extremidades, por lo que apoyan directamente sobre la basa.

Entre las esculturas no seleccionadas en el análisis, podríamos incluir en este apartado a las piezas de Medinilla (Avila), Talavera la Vieja (Cáceres), Talavera de la Reina (Toledo), Dehesa de La Oliva en Villar del Pedroso (Cáceres), Monleón

## LOS VERRACOS

(Salamanca), Santibáñez de Béjar (Salamanca), Alcaudete de la Jara (Toledo) y Las Herencias (Toledo)<sup>261</sup>. Las dimensiones de los verracos, salvo excepciones, oscilan en torno a 1,70/1,80 ms., por lo que se ajustan a la tipificación del conjunto. Por afinidad de rasgos anatómicos, en los casos que se han conservado, el conjunto se relacionaría con los dos primeros subgrupos.

- **Tipo 2.** Grupo caracterizado por sus dimensiones medias o pequeñas y talla cuidada, aproximadamente entre 80 cms. y 1,50 ms. de longitud. En general ofrecen las extremidades anteriores adelantadas, en posición de acometida o movimiento. A este tipo pertenecerían las esculturas de Las Cogotas (9) y Villatoro (14) en Avila, Almofala (15 y 16) y Castelo Mendo (17 y 18) en la Beira Alta, Botija (20 y 21), Cáceres capital (22), Madrigalejo (26), Torrequemada (27) y Villar del Pedroso (29) en Cáceres, castro de Las Merchanas en Lumbrals (Salamanca) (36), Lumbrals pueblo (37), San Felices de los Gallegos (Salamanca) (39), Coca (Segovia) (40) y Torralba de Oropesa (Toledo) (47)<sup>262</sup>.

Presentan la mayor parte de los rasgos anatómicos considerados. La cabeza queda bien individualizada del cuerpo, con las mandíbulas marcadas así como las orejas típicas de suido (70%). En todos los casos se advierte el espinazo a lo largo del dorso, destacando en la parte posterior el rabo y el sexo. En el 60% de las piezas el plinto se acompaña de soporte lateral, siempre en las extremidades delanteras. Se aprecian con claridad antebrazos y jamones; los primeros a veces continúan en franja resaltada hasta el lomo. También se representan, si el estado de conservación lo permite, las correspondientes rodillas, corvejones y pezuñas. Atendiendo a las dimensiones y al modo de tallar la pieza se advierten dos grupos, que tienen una relativa correspondencia desde el punto de vista geográfico:

(a) esculturas de Las Merchanas, Lumbrals, San Felices de los Gallegos, Las Cogotas, Villatoro, Coca, Almofala, Castelo Mendo, Torralba de Oropesa y Villar del Pedroso. Este conjunto meseteño guarda estrecha relación con el subgrupo b del tipo anterior, en la postura avanzada de las extremidades y en la morfología de los rasgos, con la particularidad, sin embargo, de ofrecer dimensiones algo más exiguas, entre 1,20 y 1,40 ms. Los ejemplares portugueses, los más occidentales del grupo y entre la población zoomorfa en general, tienen las patas labradas de modo más somero.

(b) los cerdos de Botija, Madrigalejo, Torrequemada y Cáceres, que vienen a ser, por añadidura, los más meridionales de los verracos conocidos hasta ahora, constituyen uno de los conjuntos más completos desde el punto de vista

---

<sup>261</sup> Números 84, 195, 279, 206, 240, 246, 260 y 272 del catálogo general (Apéndice I).

<sup>262</sup> Números 65, 155, 158, 159, 160, 161, 175, 177, 181, 186, 198, 202, 236, 237, 245, 254 y 285 del catálogo general de esculturas (Apéndice I).



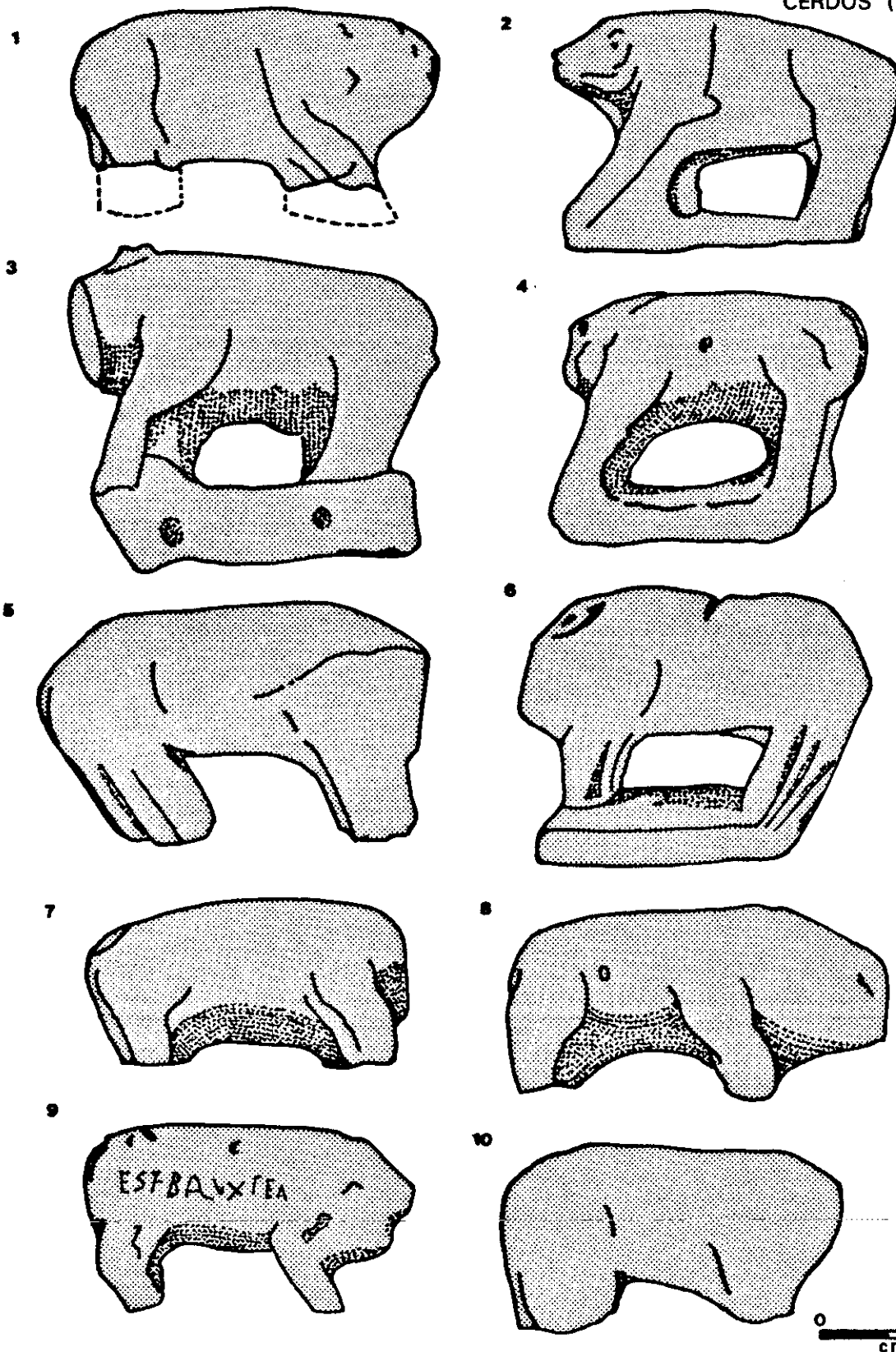


Fig. 60. Esculturas de cerdos. Tipo 2.



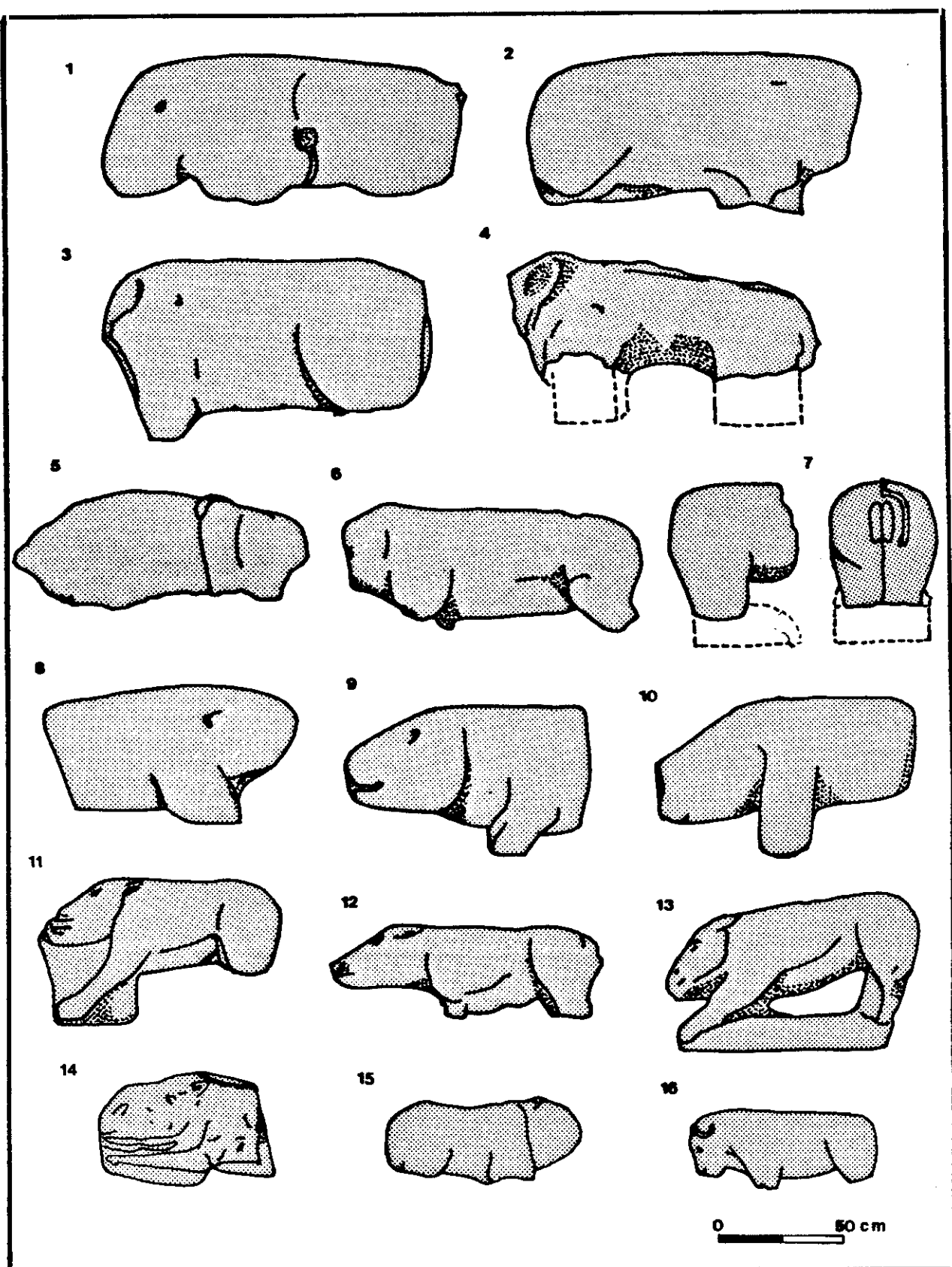


Fig. 61. Esculturas de cerdos. Tipo 2.

morfológico. Las piezas son pequeñas, en torno al metro de longitud, y, dado el cuidado que presentan en la talla, se ha discutido una presumible influencia iberoturdetana (*vid. infra*). La cara anterior de la cabeza está individualizada respecto al dorso, con perfil recto, y el hocico diferenciado. Los ojos quedan bien indicados, a veces incisos, así como el resto de los elementos que intervienen en la composición de la cabeza. Los antebrazos posteriores o jamones están muy resaltados, dando sensación de volumen al vientre.

Entre las piezas excluidas, se adscribirían al tipo las esculturas del río Tamuja en Botija (Cáceres), Segura de Toro (Cáceres), Coca (Segovia), Las Herencias (Toledo), Torrecilla de la Jara (Toledo) y, tal vez, la pieza inacabada (?) del castro del Castillejo de la Orden (Alcántara, Cáceres)<sup>263</sup>. En general, su estado de conservación es bastante deficiente y no hay que descartar la posibilidad de que alguna pieza fuera tallada con las extremidades en posición parada o estática<sup>264</sup>.

- **Tipo 3.** Conjunto también caracterizado por sus dimensiones medias o relativamente pequeñas, entre 80 cms. y 1,40 ms. de longitud, pero de labra esquemática. Como se observa con relativa frecuencia en estas representaciones, muy próximas formalmente al grupo 3 de los toros, la talla es poco cuidada y geométrica. Comprende los verracos de Paredes da Beira (Beira Alta) (19), Coria (Cáceres) (25), Valdelacasa de Tajo (Cáceres) (28), Larrodrigo (Salamanca) (34), Alcolea de Tajo (Toledo) (43 y 44), Oropesa (Toledo) (45) y las trasmontanas de Cabanas de Baixo (51, 52, 53, 54), Failde (56) y Vila de Sinos (70)<sup>265</sup>.

La cara anterior de la cabeza, si está diferenciada, es rectilínea. En otros acusa un mayor esquematismo; frente, cara y jeta no se individualizan, formando un mismo plano por lo que la línea del dorso puede prolongarse prácticamente hasta el morro. Uno de los aspectos más importantes en la caracterización anatómica del grupo son las extremidades, anteriores y posteriores. Raramente se esbozan, uniéndose a la basa casi sin solución de continuidad. Antebrazos, jamones, rodillas, corvejones y pezuñas no suelen estar indicados. Los primeros, en ocasiones, pueden aparecer resaltados. Las patas suelen representarse en posición estática. Salvo una de las piezas de Alcolea de Tajo - con soporte lateral en las extremidades - el resto apoya las patas directamente en la basa. Otro rasgo característico es la progresiva ausencia de rabo (en el 78% de la muestra), ojos (60%) y mandíbula (62%). En menor medida, este sería también el caso de la

---

<sup>263</sup> Números 176, 179, 194, 253, 255, 271, 288 y 170 del catálogo (Apéndice I).

<sup>264</sup> En el jabalí de Madrigalejo faltan gran parte de las extremidades, aún así no hay que excluir esto último pese al parecido que tiene con el resto.

<sup>265</sup> Números 162, 184, 200, 230, 261, 262, 275, 296, 299, 300, 301, 314 y 366 del catálogo general (Apéndice I).

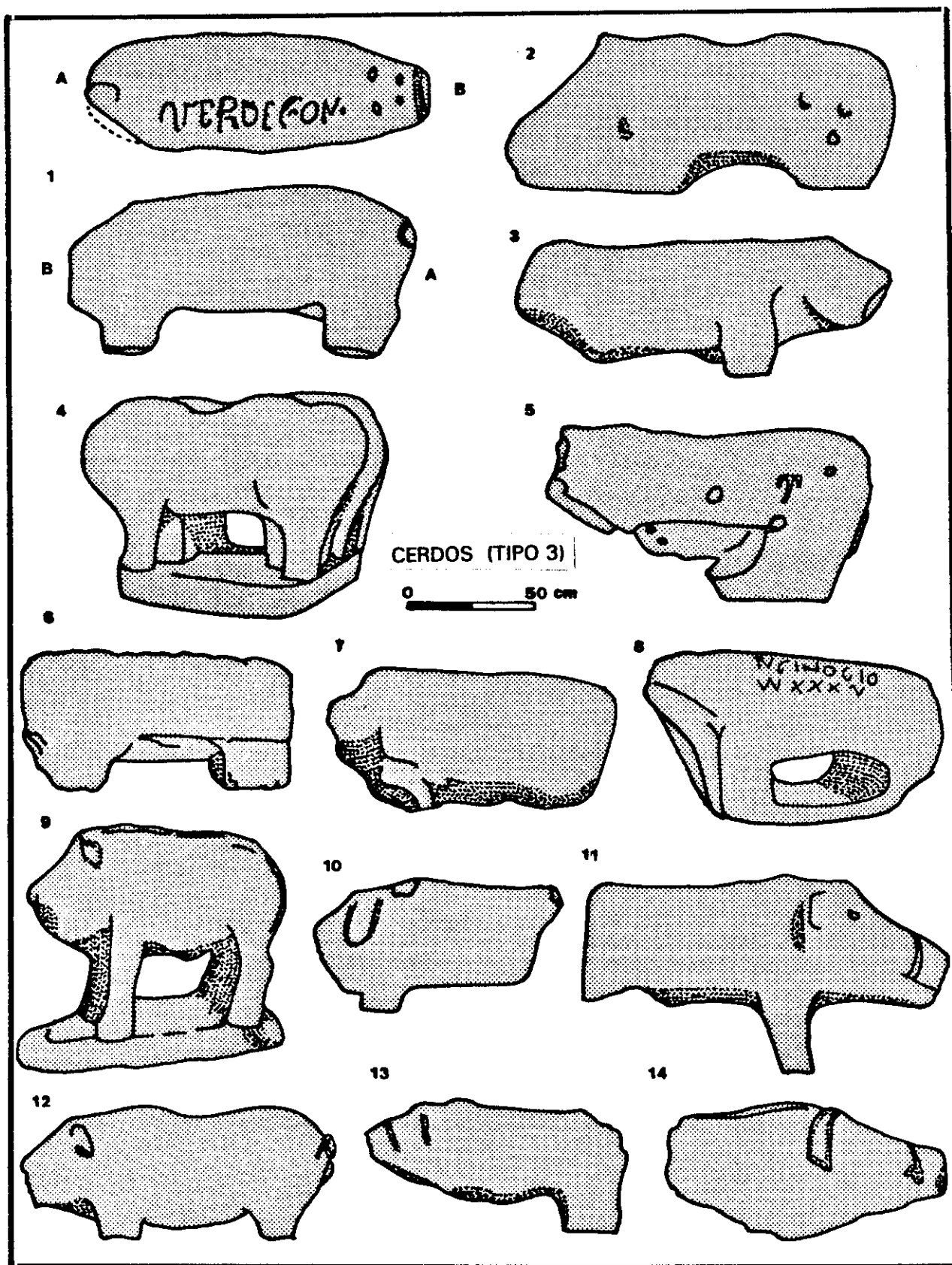


Fig. 62. Esculturas de cerdos. Tipo 3.

representación de las orejas, que faltan en casi la mitad de las piezas. El 24% de los verracos de este tipo son asexuados.

En los ejemplares de Vila de Sinos, Failde y Cabanas de Baixo, así como en el verraco de Paredes da Beira, se aprecian algunas analogías que refuerzan la idea de un taller local en el NE. de Portugal, dada su concentración geográfica. Imitan en cierto modo a los verracos del tipo 1c, de la misma zona pero bastante más grandes. En general la cabeza se talla con cierto esmero, con las orejas y mandíbulas marcadas. Como ocurre en el resto del grupo, las patas se reducen prácticamente a dos bloques sin diferenciar, aunque en este caso los corvejones quedan levemente resaltados. En la escultura de Failde, una pequeña depresión separa la cabeza del cuerpo; la técnica no es idéntica, pero se amolda en parte al peculiar estilo de los toros del tipo 3 de la frontera del Duero.

Entre las esculturas no seleccionadas, se podrían incluir también las piezas de Avila, Calzada de Oropesa (Toledo), Talavera de la Reina (Toledo), y las trasmontanas de Cabanas de Baixo, Coelhoso y Fornos<sup>266</sup>.

- **Tipo 4.** Como en los toros del grupo 5, la caracterización del conjunto viene determinada por su pequeño tamaño, entre 25 y 70 cms. de longitud, y la escasa representación de los rasgos anatómicos. Una parte muy considerable se distribuyen en Trás-os-Montes y Zamora, en las márgenes del Duero. Constituido por las esculturas de Avila (3), Açoreira (49), Duas Igrejas (55), Castro de Santa Luzia en Freixo de Espada-à-Cinta (57, 58, 59, 60, 61, 62), Cabezo de Coraçeira, también en Freixo (63 y 64), Ligares (65), Vila de Sinos (69) y Villalazán en Zamora (72)<sup>267</sup>.

Apenas se aprecia detalle anatómico alguno. Algunas piezas están muy deterioradas, lógicamente condicionadas por su tamaño. Pero queda claro en las mejor conservadas que se trata de esculturas muy esquemáticas. Su traza es sumaria. La pieza se corta en planos casi rectos, acusándose si acaso la cabeza; a veces una tenue incisión la separa del cuerpo. Excepcionalmente se representan el rabo (10%) y las orejas (20%) típicas de suido, así como el sexo (35%). El espinazo, indicado con un pequeño resalte que recorre el dorso, es más común. Sin diseñarse apenas las extremidades, la única variación consiste en ofrecer a la pieza con las patas ligeramente adelantadas. Constituyen dos pequeños bloques a menudo informes que apoyan directamente en la basa, cuando la hay. No se

---

<sup>266</sup> Números 9, 265, 281, 297, 298, 312 y 315 del catálogo (Apéndice I).

<sup>267</sup> Números 23, 292, 313, 316, 317, 319, 322, 324, 325, 333, 344, 345, 358 y 385 del catálogo general (Apéndice I).

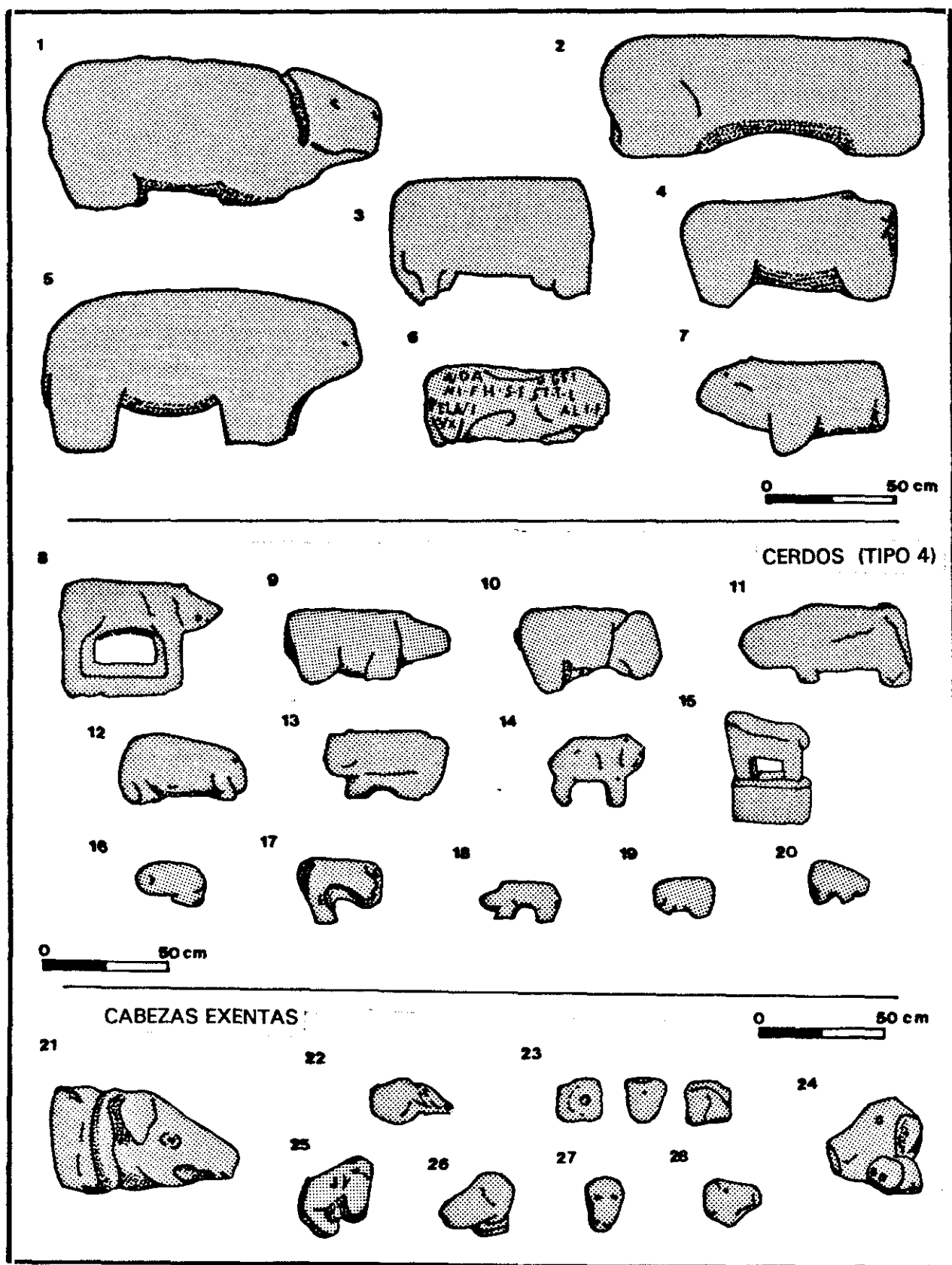


Fig. 63. Esculturas de cerdos. Tipos 3 y 4. Abajo, cabezas exentas.

aprecia en éstas ningún atributo. El pedestal carece de soportes<sup>268</sup>.

A juzgar por las regularidades que ofrecen y el número de piezas halladas en el yacimiento trasmontano de Santa Luzia (Freixo de Espada-à-Cinta), entre toros y cerdos, el conjunto encabezaría sin lugar a dudas uno de los talleres más significativos de este tipo. Entre las piezas no seleccionadas podríamos incluir las pequeñas esculturas de Picote, Moral de Sayago (Zamora) y Vila Velha de Santa Cruz de Vilariça, amén de otras halladas en el castro de Santa Luzia, en Freixo de Espada-à-Cinta<sup>269</sup>.

**2.4.3. Esculturas atípicas.** La singularidad de unos pocos ejemplares determina una posición marginal en el análisis. Pese a todo, algunas de sus características nos remiten a los grupos descritos y así las hemos considerado.

El primero procede de Botija (76) (Cáceres). Por su morfología podríamos relacionarlo con los toros naturalistas (tipos 1 y 2) del grupo abulense-salmantino. Los volúmenes de la pieza están bien señalados así como los rasgos anatómicos (García Jiménez 1984). Concurren sin embargo dos hechos: el tamaño del ejemplar, que no llega al metro de longitud, y su localización geográfica, totalmente ajeno a los grupos citados. Su estilo, único en su especie y con rasgos que evocan la plástica ibérica, es lo bastante parecido con los cerdos meridionales del tipo 2b como para atribuirlo a un mismo taller. Del castro de Lara de los Infantes procede también un toro (75), esculpido en caliza. Sus pequeñas dimensiones nos llevarían a relacionarlo con el tipo 5. El espacio entre el cuerpo y las patas no ha sido perforado, pero la pieza está muy deteriorada y da la sensación de no haber sido totalmente desbastada dicha parte. A juicio de los autores que la estudiaron, no parece que haya tenido un plinto en su parte inferior, aunque nada puede concretarse debido a su fragmentación (Martín Valls y Abásolo 1969: 329). Su localización geográfica, en tierras burgalesas, resulta asimismo excepcional. En cuanto a cerdos atañe, la escultura de Torralba de Oropesa (46), aun estando inacabada, guardaría estrecha relación con los grandes suidos del primer tipo. Presenta una especie de soporte central entre el vientre y la peana, emulando en cierto modo a los toros monumentales, aunque el espacio entre éste y las extremidades posteriores no ha sido perforado (Blanco Freijeiro 1984: 16-17, 31). Para terminar, la escultura de Alcolea de Tajo (Toledo) (43) no ofrece ninguna duda en su clasificación - tipo 3 - pero tiene la particularidad de presentar dos ejemplares tallados conjuntamente en un solo bloque de granito, separados por un

---

<sup>268</sup> El verraco de Villalazán, como ocurre con el vecino toro de Madridanos, es pieza singular por su material, la arenisca. La talla es algo más esmerada. Destacan las orejas, los ojos, el rabo y el arranque de las extremidades, aunque el ejemplar se inscribe dentro de las dimensiones y el estilo prismático que caracteriza al conjunto.

<sup>269</sup> Números 355, 368, 318, 320 y 321 del catálogo (Apéndice I).

## LOS VERRACOS

surco (Ramón y Fernández Oxea 1959: 19 ss.)<sup>270</sup>.

**2.4.4. Cabezas zoomorfas exentas.** No puede cerrarse este apartado sin hacer una breve mención a la presencia, dentro del corpus general de las esculturas de verracos, de un reducido pero interesante conjunto de cabezas zoomorfas exentas. Constituyen un importante documento sobre la plástica indígena tardía del Noroeste Peninsular y su iconografía pone de manifiesto la existencia de una zona de contacto con la Meseta. Componen el grupo diecinueve piezas, entre cerdos y toros, con predominio de los primeros aunque los otros son más difíciles de clasificar: Paderne (Minho), Sande (Minho), Bembibre (Orense), Castrelo do Val (Orense), Florderrey Vello (Orense), La Guardia (dos piezas) (Pontevedra), Puenteáreas (Pontevedra), Freixo de Espada-à-Cinta (cuatro piezas repartidas entre el castro de Sta. Luzia y el Cabezo de Coraçaíra), Mazouco<sup>271</sup> y Moncorvo<sup>272</sup> en Trás-os-Montes, Muelas del Pan (Zamora), Villardiegua de la Ribera (Zamora) y las posibles piezas de Barbeita (Minho), Monterroso (Lugo) y El Campillo (Zamora)<sup>273</sup>.

Del examen de estas esculturas se deduce que fueron trabajadas para ser puestas en el muro de una vivienda o de un recinto (Taboada 1949: 18; López Cuevillas 1951: 12 ss.; López Monteagudo 1989: 48; en contra, Blanco Freijeiro 1984: 6, nota 9). La cabeza, por la parte posterior, continúa con un pequeño bloque prismático de piedra de sección cilíndrica o cuadrangular para embutir en la pared. En otros casos dicha parte aparece sin esculpir o cortada simplemente a la altura del cuello. Miden aproximadamente entre 20 y 70 cms., aunque el tamaño depende en gran medida de la parte posterior conservada. De ahí que las dimensiones específicas de las cabezas, talladas con cierto esmero, sean algo menores, entre 20 y 50 cms. El hocico en general acusa un modelado correcto, con la particularidad de ofrecer los orificios nasales y la línea de la boca. En los ejemplares más completos pueden aparecer indicados los ojos, las orejas y los colmillos.

---

<sup>270</sup> Los ejemplares citados (Botija, Lara de los Infantes, Torralba de Oropesa y Alcolea de Tajo) se corresponden con los números 176, 164, 284 y 261 del catálogo general de la escultura zoomorfa (Apéndice I).

<sup>271</sup> En la parte posterior presenta un doble plano de fractura. No hay que descartar que se tratara de una escultura de cuerpo entero (Santos Júnior 1981a: 105).

<sup>272</sup> La adscripción de la especie es dudosa, habiendo sido interpretada como cabra (Santos Júnior 1975: 479 ss.; Matos da Silva 1988: 62) o toro (López Monteagudo 1989: 114).

<sup>273</sup> Véase, respectivamente, los números 211-218, 223, 330, 334, 335, 348, 349, 379, 393, 210, 208 y 371 del catálogo general de la escultura zoomorfa (Apéndice I).

### 3. Interpretación general.

**3.1. La plástica zoomorfa en el contexto de la evolución estilística.** La tipología de los verracos en general, además de útiles para fines descriptivos también parecen serlo analíticamente, es decir, plantean algunos problemas que pueden conducir a desarrollos fructíferos desde el punto de vista espacial y temporal. Hemos diferenciado cinco grupos de toros de cuerpo entero y cuatro de cerdos. La diferencia entre estos reside en el tipo 4 de los toros, muy bien individualizado y exclusivo de esta especie. La caracterización de los restantes grupos corre aproximadamente pareja, lo estilos difieren poco, aunque la densidad geográfica no sea exactamente la misma. En Avila y Zamora abundan los toros, en el resto prevalecen los cerdos<sup>274</sup>.

Los análisis de correspondencias muestran a los grupos relativamente ordenados de principio a fin, salvo alguna distorsión (Figs. \*)<sup>275</sup>. La gráfica de puntos aparece en forma ligeramente semicircular o de herradura en la colocación tanto de las esculturas como de las variables, como es norma cuando existe una variación cronológica (Fernández Martínez 1985: 21)<sup>276</sup>. En el extremo derecho se distribuyen las esculturas más grandes y naturalistas (tipos 1 y 2) y en el extremo contrario las representaciones más pequeñas y geométricas. La situación es análoga si apreciamos el gráfico de las variables (Figs. \*). El eje horizontal de los toros tiene, en el lado positivo: pedestal con soporte central, longitud mayor de dos metros, plano del dorso convexo-cóncavo-convexo, etc. En sentido negativo el eje presenta las variables opuestas, en relación a las esculturas de factura sumaria: altura inferior a 50 cms., pedestal con soporte macizo, sexo no indicado... El eje vertical presenta una disposición algo diferente pero no menos

---

<sup>274</sup> Las razones de esta desigualdad se han puesto en relación con el tipo de ganadería característico de cada zona, por tanto en función de los ecosistemas más favorables (Blanco Freijeiro 1984: 4; Arias *et alii* 1986: 143; Sánchez Gómez 1991: 32-33).

<sup>275</sup> Desde el punto de vista estadístico la reducción es satisfactoria en cuanto a la "inercia" (concepto equivalente a la varianza en el Análisis de Componentes Principales), la cual se concentra un 28% en los dos primeros ejes de los toros y un 30% en los cerdos.

<sup>276</sup> Método "Horshu" (horseshoe = Herradura), véase Kendall (1971: 225). Un resumen en castellano en Orton (1988: 90 ss.).



## LOS VERRACOS

interesante. En el lado positivo distribuye una parte de los rasgos de las esculturas más pequeñas y en el negativo de los tipos más cúbicos. Lo mismo se obtiene del análisis de las variables de los cerdos más representadas en cada eje (Fig. \*), aunque el vertical presenta en el lado positivo una interpretación algo más confusa al mezclar caracteres de varios tipos.

¿ Cómo se interpreta este orden ?. En lugar de ser conjuntos independientes que mantienen distancias en la representación gráfica, se aprecia un encabalgamiento entre los extremos de cada grupo, situación que podría ser valorada como un indicio de temporalidad en la definición de piezas y variables: en un momento teórico del tiempo representado un grupo de atributos estaba en uso o era el dominante. En un momento posterior una parte de estos se habían dejado de utilizar, por lo que la similitud entre esculturas de uno y otro tipo se acerca a cero, al no tener en común gran parte de los rasgos.

El problema de las dimensiones incide sobremanera en la ordenación de la escultura, máxime si se hace de ello uno de los principales argumentos a esgrimir en la evolución estilística y en la datación relativa de las piezas. Los dos conjuntos definidos en su día por Martín Valls (1974), toros de soporte central asociados a castros prerromanos y toros de pedestal macizo en contextos probablemente romanos, se distribuyen en los extremos de nuestra tabla de correspondencias. Adelantándonos un poco a lo que, desde el punto de vista metodológico, trataremos al hablar de los contextos arqueológicos, en nuestro ensayo de ordenación cronológica proponemos como hipótesis que las piezas de mayor tamaño y próximas al natural inauguran la serie de la plástica zoomorfa. A partir de ahí, la tendencia a la disminución gradual del tamaño y la morfología parece evidente, sobre todo en los toros. El planteamiento es un poco más complejo en el caso de los cerdos, e incluso la disposición de las agrupaciones en el análisis de correspondencias parece reflejar ciertas discontinuidades.

Un aspecto que ayuda a precisar este problema y que hace un mejor uso de la información representada por las variables cualitativas de las esculturas, consiste en expresar su presencia o ausencia en términos porcentuales. Las características morfológicas de cada grupo no son privativas en términos absolutos, pero permiten inferir una cierta "correspondencia", por lo que determinados atributos pueden

usarse en una teórica secuencia estilística. En las Figs. \* hemos expresado gráficamente en forma de histogramas los rasgos anatómicos más significativos, algunos exclusivos de cada especie. Por ejemplo en el toro, la indicación de la cornamenta, las tablas del cuello, las orejas, el sexo y las extremidades. En el cerdo, las orejas, mandíbula, ojos, rabo, sexo y también extremidades. En general, el índice de representación es proporcional al tamaño de la escultura, por lo que a los toros y cerdos monumentales corresponde una anatomía bien marcada y naturalista, con la mayor parte de los rasgos indicados (tipos 1 y 2). La factura se va haciendo sumaria y geométrica a medida que las dimensiones resultan más exiguas (tipo 3), hasta llegar a los toros cúbicos del Valle de Amblés (tipo 4) o las pequeñas figuraciones esquemáticas de la cuenca del Duero (tipos 4 y 5 de cerdos y toros respectivamente). Esta es, por consiguiente, una apreciación clave en la configuración estilística de los verracos.

Otro tanto puede decirse de aquellas variables que tienen diversos estados opcionales (Fig. \*). Por ejemplo el perfil de la papada en los toros. Los contornos cóncavos abundan en los dos primeros tipos y evolucionan hacia formas rectas y convexas. El plano de la cara superior del tronco también es significativo: de perfil convexo-cóncavo-convexo en el primer tipo, lo que da mayor sensación de volumen, formando un ángulo a la altura de la cruz en el segundo grupo, y prolongando una línea recta hasta el dorso, sin inflexión alguna, en los restantes. Es nota común en algunos cerdos monumentales la representación de la cara anterior de la cabeza ligeramente cóncava, aunque lo más usual es el perfil recto en los dos primeros grupos<sup>277</sup>. La línea del dorso se prolonga hasta la jeta en algunos ejemplares del tipo 3, acorde al proceso general de geometrización de las esculturas. Una particular configuración también puede intuirse en el tipo de pedestal desde el punto de vista estilístico y geográfico. Los ejemplares más naturalistas presentan el pedestal con soporte lateral o central. En general las piezas más toscas, y las más periféricas, apoyan directamente las extremidades

---

<sup>277</sup> Es posible que algunos cerdos fueran jabalíes, por el alargamiento del hocico, bajo el que asoman en ocasiones los colmillos, y por el abultamiento dorsal. Pero, como señala Blanco Freijeiro (1984: 25), en la Antigüedad el cerdo y el jabalí se hallaban muy próximos, a diferencia de como lo están hoy, tras la injerencia del cerdo chino en occidente, además del cruce de otras razas (vid. Sotillo y Serrano 1985: tomo II, 153 ss.).

## LOS VERRACOS

sobre la basa<sup>278</sup>.

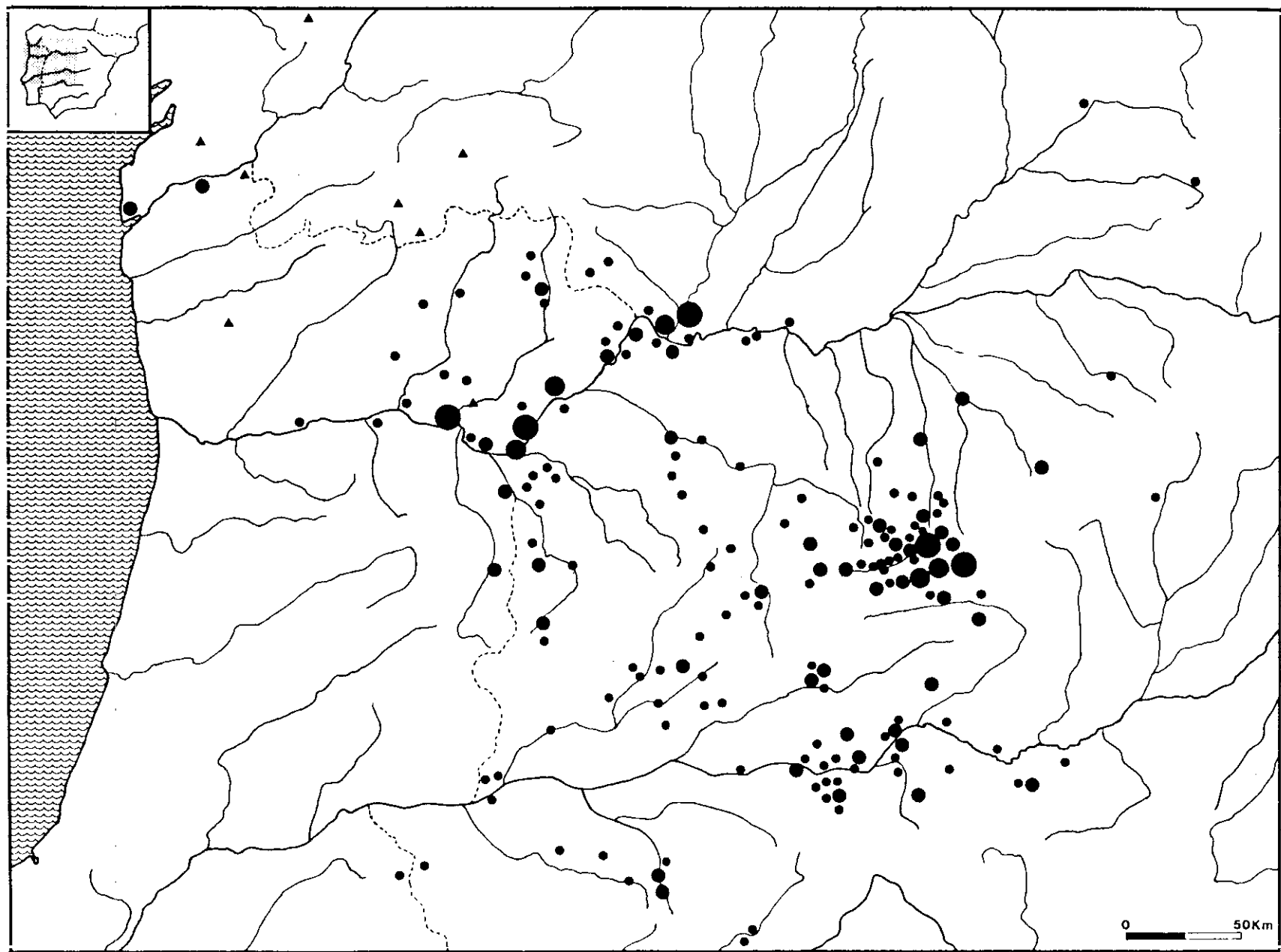
Especial significación tiene, para terminar con este apartado, el gráfico de la Fig. \*. Un método de valorar la calidad anatómica de las piezas y clarificar las diferencias entre los grupos consiste en aplicar el índice estructural a cada escultura, es decir, "el resultado de la fracción cuyo numerador es el número de atributos representados y el denominador, el número de atributos posible, en relación con su estado de conservación" (Arias *et alii* 1986: 143). El dato resultante queda comprendido entre 0 y 1, siendo las esculturas más perfectas las que se aproximan a la unidad<sup>279</sup>.

Trasladando a un mapa del occidente de la Meseta todos los tipos descritos es lógico reconocer que muchos se solapan en el espacio (Fig. \*), como corresponde a modelos de épocas diferentes. Pero es preciso establecer ciertas matizaciones en lo tocante a su distribución. Por un lado queda claro que existen comarcas con una marcada personalidad en la producción de esta plástica, acorde a importantes núcleos de población, gestando estilos que evolucionan en el tiempo. Otras se ciñen a tipos más específicos que apuntan a una secuencia regional más corta. Existe, además, la complicación adicional de que algunos talleres y artesanos de distinta formación pudieran coexistir en el espacio y en el tiempo. Finalmente, la similitud de algunos ejemplares dispersos en el territorio quizás no descarten la posibilidad de escultores ambulantes. Los testimonios no son muchos, pero bastan. Los grandes toros de Tabera de Abajo (Salamanca), Fuenteguinaldo (Salamanca) y Villardiegua de la Ribera (Zamora), agrupados por el modo en que ofrecen talladas las patas (tipo 1c) y a distancias de \*\*\*, tienen suficiente entidad para acreditar lo dicho. Otro tanto sucede con algunos de los grandes suidos del tipo 1b que presentan las extremidades en posición adelantada, distribuidos en Salamanca, Cáceres y occidente de Toledo.

---

<sup>278</sup> La necesidad de reforzar de algún modo las patas de los animales, atendiendo a razones de peso y volumen, podría llevar al artesano a tallar soportes laterales o incluso en el centro, dejando el resto del espacio calado. Blanco Freijeiro (1984: 6 y 17), a propósito del soporte de tipo central, considera que sería un medio práctico de evitar accidentes a la hora de transportar a cierta distancia estatuas de gran tamaño, aunque no imprescindible una vez instaladas. Sin embargo, la existencia de otros ejemplares, algunos de tamaño considerable, en los que el pedestal carece de soportes apunta a nuestro entender a otras razones además de las estrictamente técnicas, probablemente de índole estilística. En el extremo contrario tendríamos el grupo abulense de toros cúbicos, correspondientes a episodios más evolucionados, que no perforan el espacio que media entre las extremidades, pauta que obviamente no obedece a la "dejadez" del artesano como se ha llegado a insinuar (Blanco Freijeiro 1984: 6).

<sup>279</sup> Los datos del gráfico se refieren a la media obtenida en cada tipo.



## LOS VERRACOS

La densidad de monumentos es muy diferente en cada región, lo que pone de manifiesto que este fenómeno ostenta en cuanto a número de piezas zonas de muy diferente rango. Teniendo en cuenta los estilos predominantes, se distinguen cuatro o cinco grandes ámbitos geográficos:

- Entre el Minho y el Tua: corresponde a la distribución de las cabezas zoomorfas exentas. Aunque se conocen algunos ejemplares más orientales, como las piezas de Villardiegua de la Ribera y Freixo de Espada-à-Cinta en torno al Duero, la mayor parte pertenece al ámbito galaico-portugués.

- Entre el río Tua y el Duero. Comprende los territorios de Trás-os-Montes y Zamora. La escultura zoomorfa noroccidental de cuerpo entero se presenta como un conjunto relativamente compacto, en general más esquemático que el de la Meseta, pero también con sus diversas variantes. La mayor densidad de piezas en la zona se corresponde con los tipos 3, 4 (cerdos) y 5.

- Entre las cuencas del Tormes, Adaja y Tiétar, abarcando las provincias de Avila, Salamanca y norte de Cáceres. Las dos primeras, sobre todo el foco abulense, concentran el conjunto de esculturas monumentales más significativo. Incluso pueden reconocerse ejemplares pertenecientes a centros que se especializan en determinados repertorios, como los toros con soporte central (1a) y macizo (4) o los cerdos naturalistas en posición estática (1a). Aquí se encuentran, en mayor o menor medida, todos los tipos de cuerpo entero descritos, a excepción de los ejemplares más pequeños, constreñidos al ámbito del Duero.

- \*\*Cuenca media del Tajo. Engloba el occidente de Toledo y el extremo NE. de Cáceres. Presenta una concentración que podríamos entender periférica y derivada de la anterior, aunque su morfología resulte en general algo más somera. Abundan sobre todo ejemplares del tipo 3.

- Al sur del Tajo, entre los ríos Salor, Rucas y Almonte. Comprende el sector más meridional de las esculturas de verracos conocidas. Son piezas de tamaño algo exiguo, muy individualizadas y en general de buena factura (tipo 2b de los cerdos y el toro de Botija).

Concluyendo:

(1) Del estudio de la escultura se infiere un conjunto de agrupaciones caracterizadas por el tamaño y la morfología. La división confirma que la plástica de la Meseta contiene estilos bien definidos y delimitados.

(2) Ocurre a menudo en el análisis de correspondencias que los extremos de los grupos aparecen enlazados, ya que los contextos estilísticos al final de una fase podrían ser contemporáneos de la siguiente. Queda claro que la última palabra la tiene el contexto arqueológico, pero estas diferencias parecen enmascarar un patrón cronológico.

(3) Una parte de los grupos goza de una relativa concentración geográfica, posiblemente correspondientes a diversos talleres y quizás también a distintos momentos cronológicos, aunque esto último no sea siempre estrictamente necesario.

Nuestro análisis tipológico refleja una secuencia temporal pero no el "sentido" de ésta, es decir, hacia dónde se mueve el eje tiempo, ni las diferencias en el tiempo entre los grupos establecidos. Se hace por tanto necesario volver a la realidad arqueológica para comprender la naturaleza de los grupos descubiertos.

**3.2. Origen y cronología de los verracos.** Las reflexiones anteriores nos llevan a abordar el estudio de los verracos desde una óptica cronológica, algo que no puede limitarse a establecer el momento de partida sino también el valor diacrónico del fenómeno en cuestión.

Tradicionalmente se ha pensado que las raíces de la escultura de la Meseta han de buscarse en las representaciones animalísticas meridionales, cuyo desarrollo se generaliza a partir de los siglos V-IV a.C (Chapa 1980). Teniendo en cuenta el origen meridional aludido y las fechas que proporcionan algunos yacimientos clave, como Pozo Moro a finales del siglo VI a.C. (Almagro-Gorbea 1983 y 1987b: 62), era lógico situar el arranque de los verracos a partir de comienzos de la segunda Edad del Hierro, avanzando algo la cronología hasta la cuarta centuria, sobre todo teniendo en cuenta el desarrollo de los castros vettones y valorando el dato negativo de la ausencia de esculturas en el yacimiento

## LOS VERRACOS

abulense de Sanchorreja (Martín Valls 1974: 73 y 1985: 118).

En último término serían la prueba inequívoca de la interrelación cultural y material entre ambos focos que ya observaron Jiménez Navarro (1943: 107-108) y Maluquer (1954b: 105), a quienes ha de reconocerse el acierto de apreciar una relación entre la escuela andaluza y la, por ellos considerada, de raigambre "céltica". Algunas de las representaciones más naturalistas de la escultura de la Meseta evocan, hasta cierto punto, determinadas manifestaciones de la plástica ibérica, muy en particular los toros andaluces del grupo A sistematizados por Chapa (1980: 803 ss. y 829 ss.), que también señala la relación citada. Lo forman piezas de tamaño grande y talla cuidada, en pie, exentas y de interior vaciado, distribuidas por Levante y Andalucía, aunque a nosotros nos interesan los ejemplares de la margen izquierda del Guadalquivir<sup>280</sup>. Las representaciones más oportunas que podríamos aducir son los toros de Arjona (Jaén), Porcuna (Jaén), Alcalá del Río (Sevilla), Cerro de las Infantas (Ecija, Sevilla) - con los genitales bien marcados y la cola doblada sobre el muslo, al modo como lo representan los toros del área occidental de la Península - y los dos toros de Osuna (Sevilla) (Chapa 1980: 409-412, 480-483, 594-596, 602-605 y 630-636). En general son fechados en los siglos IV-III a.C. y su estilo, a excepción del ejemplar de Porcuna, imbuido en la corriente orientalizante y de datación más antigua, evidencia prototipos griegos del final del arcaísmo pero muy reelaborados por las concepciones estéticas del Arte Ibérico.

Algunos toros ostentan rasgos de estilo que bien pudieron inspirarse en estas piezas. Unos y otros ofrecen la testuz y los órganos genitales bien marcados, y un rasgo importante en la caracterización del grupo andaluz, la talla del cuello mediante arrugas labradas en resalte o simples incisiones (Chapa 1980: 807 ss.), es también patrimonio casi exclusivo de los toros monumentales de la Meseta. En este sentido, las tablas del cuello y el perfil que delimita la cara y la mandíbula de los toros de Guisando se asemeja a la de sus congéneres ibéricos. La misma cuestión podría plantearse incluso respecto a la cornamenta, postiza en algunos toros ibéricos del grupo que nos interesa, como los de Porcuna y Arjona.

---

<sup>280</sup> Estilísticamente difiere del otro gran conjunto, o tipo B, constituido por toros más esquemáticos, en posición sedente y limitados al área oriental de la Península (Chapa 1980: 811 ss.).

De acusada personalidad por su peculiar estilo y por el cuidado que presentan en la talla, los verracos de Cáceres, Botija, Torrequemada y Madrigalejo, que hemos tipificado en el subgrupo 2b, se han relacionado tradicionalmente con la escultura animalística ibérica. Su tamaño más reducido, lo detallado de la cabeza - en ocasiones los ojos se representan incisos - y su factura más cuidada nos hace pensar en la relación citada, lo que no es extraño atendiendo a su localización geográfica, pues constituyen los testimonios más al sur. Por ejemplo el verraco de Madrigalejo recuerda muy de cerca, en la forma de describir la anatomía y de tallar las orejas, al león de Baena y a sus otros congéneres, semejanza ya observada por su primer editor (Ramón y Fernández Oxea 1950: 63). Otro tanto sucede con el toro del castro de Villasviejas, en Botija, muy individualizado (García Jiménez 1984), o la original pieza del mismo yacimiento que representa un jabalí donde se advierte una pequeña serpiente en relieve visible entre la mandíbula y el brazuelo izquierdo (*id.* 1986: 61). El motivo de una víctima bajo las garras y el tema de la serpiente se puede relacionar con las culturas de ámbito mediterráneo (Chapa 1980: 924). La labra de la escultura, que aparece echada sobre el vientre y con los miembros delanteros hacia adelante, está muy bien cuidada y su talla es casi a bisel.

Aunque son piezas de bulto redondo, se advierte asimismo la técnica de relieve. La escultura de Torrequemada (López Monteagudo 1989: 88, lám. 54) y la citada en último lugar de Botija conservan un trozo de granito entre la cabeza y las extremidades delanteras, sobresaliendo por el interior de las mismas, de modo que, vistas de perfil, destacan sobre el bloque como si se tratase de un relieve. Es esta una peculiar técnica que encontramos en los talleres ibéricos pero, ¿pudo ser esta modalidad expresión de un esquema arquitectónico en las piezas vettonas? Sabemos que en casi todos los lugares donde se han localizado esculturas ibéricas hay indicios de edificaciones o sillares que teóricamente corresponderían a algún tipo de construcción (Almagro-Gorbea 1983 y 1987b: 62). Cabe también la posibilidad de que, siendo piezas en relieve, simplemente hayan estado adosadas a una pared o formando parte de un friso, como lo demuestra el monumento de Pozo Moro o los relieves de Osuna. Pero nuestros hallazgos son demasiado aislados como para que podamos establecer normas de representación. No hay pruebas que testifiquen que dichos ejemplares provengan de un determinado monumento y que, por tanto, tengan un significado distinto o complementario, más



## LOS VERRACOS

acorde al de la estatuaria del Guadalquivir. La técnica empleada, en cualquier caso, es muy diferente a la de sus congéneres al norte del Tajo.

A tenor de lo dicho no se puede dar por descartada la influencia iberoturdetana en el área de los verracos, pero caben algunas matizaciones.

La aparición de las esculturas de verracos únicamente se llega a explicar a través de la formación paralela de un contexto cultural y socioeconómico determinado que requería de esas expresiones plásticas, contexto que no es otro sino la cultura vettona prerromana. En general, la plástica occidental ofrece una gran autonomía respecto a las manifestaciones escultóricas meridionales, de la que pudo recibir un influjo incipiente, en rasgos concretos, en las esculturas más antiguas y dentro de los condicionantes que ofrece el uso del granito, sobre el que los escultores desarrollaron su propio estilo independiente. Argumentos como el tamaño, la funcionalidad o incluso las especies representadas - los cerdos o jabalíes son muy escasos en la estatuaria meridional y a su vez, ni leones ni animales fantásticos se han localizado al norte del Guadiana - excluyen el hecho de que se trate de un estilo simplemente derivado del anterior. Por otro lado los artesanos gustaron de un esquematismo menos habitual en el ámbito ibérico, pues no plantea problemas teóricos o cánones, sino simplemente la claridad y accesibilidad.

Pero si las esculturas de verracos son expresión del arte indígena, también hay que tener presente sus propias variaciones internas, siendo evidente las diferencias estilísticas entre el amplio conjunto de piezas al norte del Tajo, en el área nuclear de Cogotas II, frente a los más meridionales. Cabe incluso plantearse si los influjos ibéricos en estas últimas reflejan la existencia de algún taller inmerso en una red de dependencias y relaciones comerciales con el área turdetana - quizás la existencia de algún escultor formado en talleres andaluces - siguiendo un esquema similar al que se ha defendido para los artesanos iberos con respecto al mundo colonial, como uno de los principales objetos de intercambio (Almagro-Gorbea 1996a: 91-92). El león procedente del castro de Botija pero esculpido en granito (González Cordero et alii 1988: 22; García-Hoz y Martínez 1990) vendría muy bien a este esquema teórico. La documentación arqueológica encuentra además otros referentes ibéricos desde el punto de vista de la cultura material, sobre todo la cerámica, en los castros extremeños (Hernández Hernández et alii

1989: 134-136; Hernández Hernández y Galán 1996; Esteban Ortega 1993: 67 ss.; Civantos 1993; Esteban Ortega et alii 1988). Los argumentos son suficientemente expresivos para plantear de forma abierta su carácter fronterizo, como territorio de contacto y transición entre realidades socioculturales diferentes (Rodríguez Díaz 1995a: 117-120; Álvarez-Sanchís, e.p. \*).

Desde el punto de vista cronológico, los paralelos pueden resultar orientativos. La corriente helenizante que dará pie al desarrollo de los toros ibéricos de carácter realista, carentes del sentido defensor atribuido al león y convertidos en objetos de culto o animales de valor sagrado, se fechan sobre todo en los siglos V-IV a.C (Chapa 1980: 844-848). La producción cesaría después en algunas áreas pero no en los toros del curso medio y bajo del Guadalquivir, conjunto sobre el que recaen las posibles analogías que venimos comentando, donde perduran durante más tiempo. En relación a lo dicho, una fecha en torno al 400 ó 350 a.C. podría darnos un término postquem para el momento inicial de la plástica en piedra de la Meseta, o bien de las influencias de los talleres andaluces sobre esta última.

**3.2.1. Escultura de la segunda Edad del Hierro.** Ante todo debe quedar claro que la secuencia cronológica exacta de las esculturas no puede precisarse en una gran parte de los casos, por hallarse éstas fuera de un contexto arqueológico preciso, problema agravado en aquellos ejemplares asociados a una secuencia temporal demasiado amplia. Pero tomando los datos más representativos de cada grupo se pueden apreciar ciertas regularidades y diferencias. En la Fig. \* hemos valorado mediante histogramas los tipos definidos atendiendo a su contexto cronológico, para lo que hemos tomado en consideración las siguientes variables<sup>281</sup>: (1) vinculado a castro prerromano, (2) yacimiento romano, (3) castro romanizado o de cronología imprecisa.

Detalle interesante con vistas a establecer el punto de partida de la plástica zoomorfa en la región, es la presencia porcentualmente alta de piezas de los tipos 1 y 2 asociados a los castros prerromanos de la Meseta, lo cual es lógico si seguimos el razonamiento antes expuesto a partir de la evolución estilística, por

---

<sup>281</sup> El gráfico sólo aborda la población zoomorfa asociada directa o indirectamente a un contexto arqueológico preciso, y por tanto susceptible de datación. Para ello se han tenido en cuenta los ejemplares localizados en un radio que no exceda los 2.000 ms. de distancia respecto al yacimiento en cuestión.

## LOS VERRACOS

lo que a los modelos mayores y naturalistas corresponden teóricamente los contextos más antiguos. En todos los casos que se han podido tipificar, las esculturas zoomorfas de Las Cogotas, La Mesa de Miranda, Ulaca, El Raso de Candeleda, Villasviejas del Tamuja y Castillejo de la Orden, tanto toros como cerdos, se adscriben a los dos primeros tipos.

Las cinco esculturas que se conocen del castro de Las Cogotas se hallaron en conexión con el camino que conduce al segundo recinto y el campo de piedras hincadas (Cabré 1930: 39; Arias *et alii* 1986: 35, 61-65 y 137; Alvarez-Sanchís 1993b: 159). De La Mesa de Miranda procede un número análogo, tres halladas en las proximidades y dos en el interior del poblado (Cabré *et alii* 1950: 17, 33-34). En ambos yacimientos se advierten grandes toros (tipos 1a y 2) y en el primero también cerdos (1a y 2a). En opinión de Martín Valls (1974: 73), a propósito de los ejemplares cogoteños, parece que en el momento de su instalación se tuvo en cuenta la nueva organización del poblado, ahora rodeado por una muralla, lo que inclina a pensar que, si no posteriores como razonablemente plantea el investigador, al menos podrían ser coetáneas a la construcción de ésta. Los materiales recogidos en los sondeos del segundo recinto avalan una cronología de los siglos III-II a.C. (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995) aunque la datación de la acrópolis, extensible también a la Mesa de Miranda, se podría llevar sin problemas a la cuarta centuria a.C.

Al pie del *oppidum* de Ulaca, en el lado NE. y junto a la "fuente del Oso", fue hallado el magnífico ejemplar de toro que hoy se conserva en Solosancho, bien individualizado en el tipo 1a y análogo a sus congéneres abulenses (Martín Valls 1974). Los indicios más antiguos que tenemos del poblado dentro de la Edad del Hierro aconsejan su fechación a partir de la tercera centuria a.C. (Alvarez-Sanchís 1993a: 272 ss.; *vid. supra*). Aunque escasos, se recogieron algunos bordes y fragmentos estampillados similares a los documentados en los castros vecinos. De la localidad de Villaviciosa, al norte del poblado y a relativa distancia, se conocen otros dos ejemplares (Arias *et alii* 1986: 131, 140), uno desaparecido y un toro que hemos tipificado en el grupo 2. Sin embargo, la posibilidad de asociarlo en este caso a alguno de los yacimientos del valle aconseja prudencia.

Un cuarto ejemplo es el que ofrece el *oppidum* abulense de El Raso, cuyas

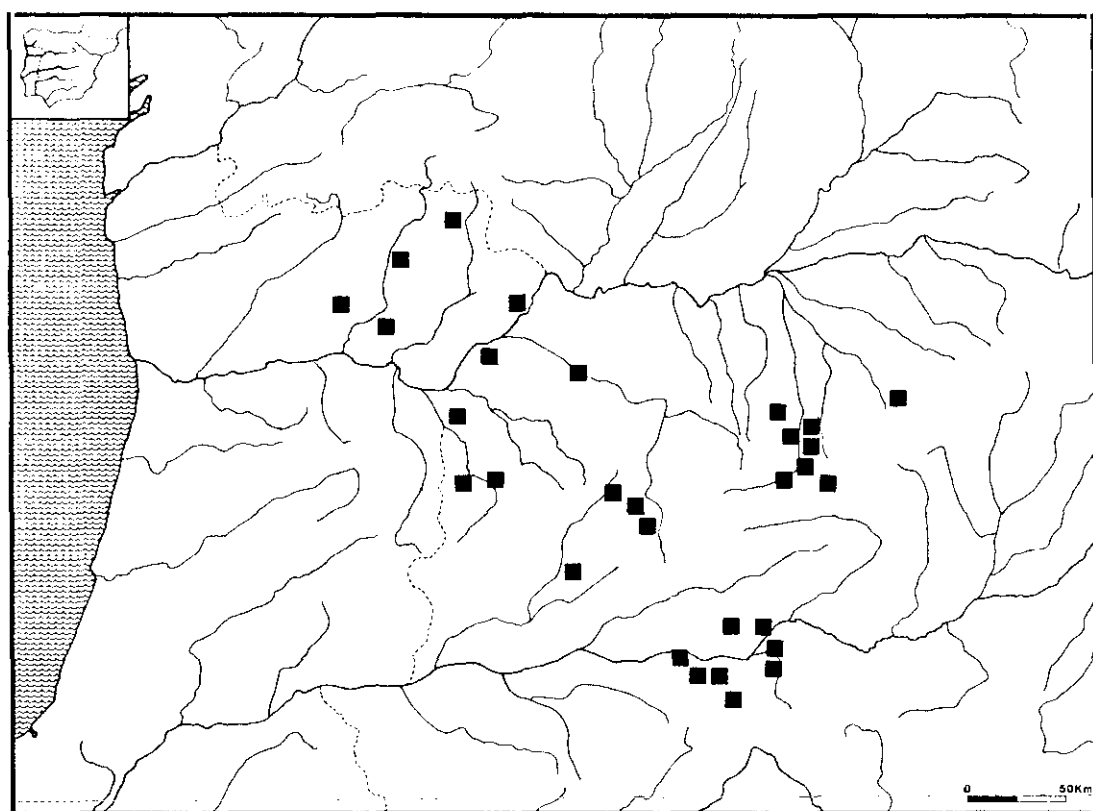
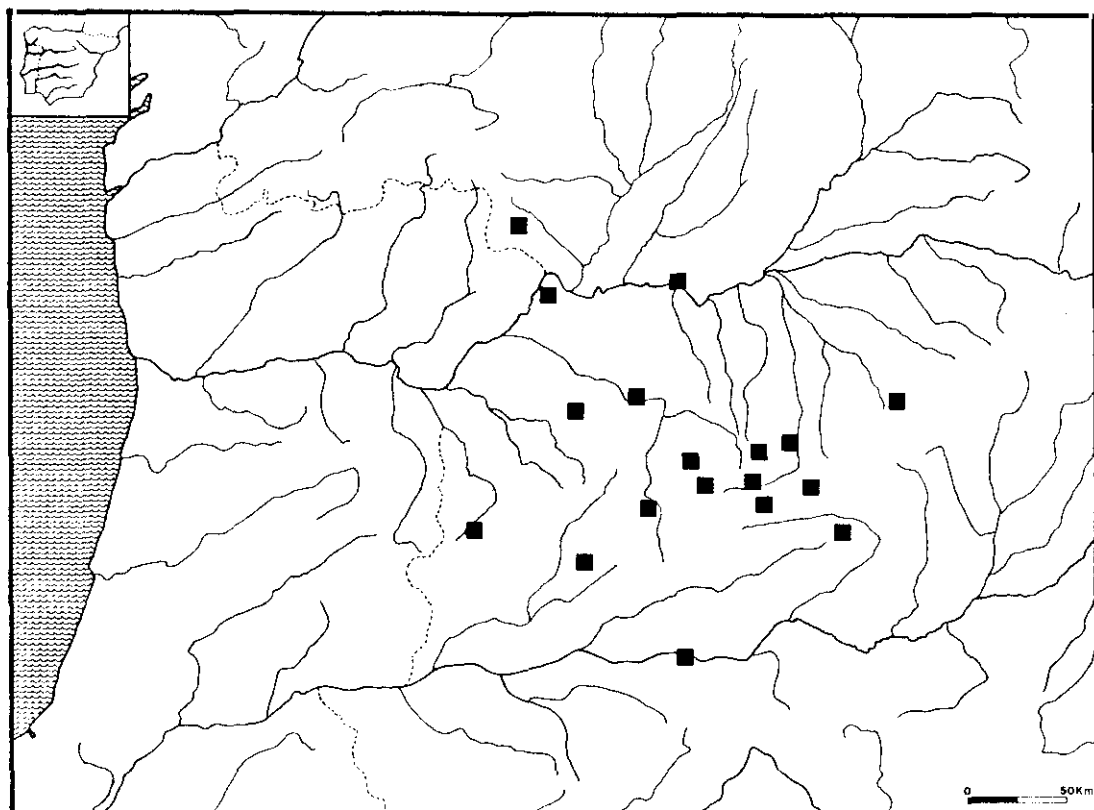


Fig. 65. Distribución del tipo 1 de las esculturas de toros (arriba) y cerdos (abajo).

## LOS VERRACOS

defensas no son anteriores a finales del siglo III a.C., al igual que las viviendas exhumadas (Fernández Gómez 1986: 517). Un toro, que hemos tipificado en el grupo 2, apareció en las inmediaciones del santuario de Postoloboso, aunque a cierta distancia y sin aparente relación con él, en la zona inundable del pantano del Rosarito (Arias *et alii* 1986: 87-88; Fernández Gómez y López Fernández 1990: 116). De otros dos ejemplares hoy desaparecidos, uno de ellos "perfecto ejemplar de piedra", se conservan referencias en unos papeles manuscritos de Antonio Molinero (Fernández Gómez *et alii* 1990: 49 y 54), según los cuales los verracos fueron hallados en las inmediaciones del castro fortificado.

Seis ejemplares, además del león, se relacionan con el poblado de Las Villasviejas en Botija (López Monteagudo 1989: 82-84). Uno de los suidos (tipo 2a) se localizó en el recinto norte (García Jiménez 1986: 65-66). En el sector sur, cerca de la puerta, se hallaron otras dos esculturas (García Jiménez 1993: 304), un cerdo de la misma tipología y un toro, único en su estilo, que hemos relacionado con éstos. A unos dos kms. al sur del castro, sirviendo de pasaderas en uno de los vados del río Tamuja, se hallaron restos fragmentados de, al menos, otras tres piezas (López Monteagudo 1989: 84). Los resultados obtenidos tras la excavación del castro y sus necrópolis implican una cronología entre los siglos IV a.C y primera mitad del I a.C. (Hernández Hernández *et alii* 1989: 24 y 136; Hernández Hernández y Galán 1996). No menos interés reviste la posible pieza del Castillejo de la Orden, en Alcántara (Alvarez-Sanchís 1993b: nota 10). Por su tamaño y ubicación geográfica se podría relacionar con los suidos del tipo 2b, aunque los datos sobre este hallazgo son todavía imprecisos. Las evidencias arqueológicas procedentes de la necrópolis y el poblado señalan una ocupación análoga, aunque el abandono del yacimiento parece prolongarse lánguidamente hasta el cambio de era (Martín Bravo 1993: 359).

Sabido es que todos estos poblados no alcanzaron la romanización. Su abandono probablemente debió tener lugar entre finales del siglo II a.C. y la primera mitad del I a.C., pero sobre todo en el marco de las guerras sertorianas y de las luchas civiles de César y Pompeyo, a juzgar por las últimas emisiones conocidas y lo exiguo de los materiales afines a este momento (*vid. supra*). El problema se plantea de modo diferente en torno al piedemonte del cerro del

Berrueco pues aquí se registra una ocupación más amplia (Fabián 1986-87: 279 ss.) y con ella la dificultad, teórica al menos, de valorar las piezas asociadas. De "Las Paredejas" proceden los cuartos traseros de un verraco (Morán 1924: 5; Arias *et alii* 1986: 135), advirtiéndose en la parte conservada una talla esmerada y un tamaño grande. Los materiales hallados en superficie aportan una cronología entre los siglos VI y III-II a.C. (Fabián 1986-87: 286-287)<sup>282</sup>. La continuidad del poblamiento estaría atestiguado en "Los Tejares". Maluquer (1956a: 115) habla de la existencia de un toro, hoy destruido, que sería "del tipo del de Salamanca", y a escasa distancia de éste "grandes fragmentos de otras esculturas análogas". Las esculturas, a tenor de sus características, no desentonarían con la fase antigua del poblado.

En el marco de este planteamiento habría que preguntarse si los Toros de Guisando, a kilómetro y medio del yacimiento prerromano de Navarredonda, en San Martín de Valdeiglesias (Fuidio 1934: 17)<sup>283</sup> o los verracos salmantinos de Monleón - en cuyo solar no se descarta la existencia de un castro prerromano - San Felices de los Gallegos y Gallegos de Argañán, cerca de los castros de Castelmao y La Plaza, podrían relacionarse con dichos asentamientos y contar con una cronología similar a la de éstos, por lo tanto de la Edad del Hierro<sup>284</sup>. Dadas sus características tipológicas no parece difícil, aunque requiere confirmar los citados vínculos. Tampoco faltan noticias de otros ejemplares asociados a contextos de la Edad del Hierro, como el reciente hallazgo de un verraco al sur del castro abulense de Chilla, en el término de Candeleda (Fabián, com. personal), aunque por el momento no podemos precisar nada sobre su morfología.

También las esculturas de Las Merchanas e Irueña (López Monteagudo 1989: 94-96) deberían considerarse acertadamente elementos asociados a estos

---

<sup>282</sup> También se conocen algunos fragmentos de sigillata.

<sup>283</sup> No descarta el mismo autor la posibilidad de relacionarlos con otro des poblado también prerromano, el cerro de Almoerón, fortificado y posiblemente de mayor entidad, a cinco kms. al norte de San Martín de Valdeiglesias sobre el Alberche.

<sup>284</sup> Aunque escasos, algunos vestigios de cronología tardía podrían asociarse al castro de La Plaza. Por ejemplo no hay que descartar que la estela empotrada en un contrafuerte del ábside de la iglesia del pueblo sea oriunda del yacimiento en cuestión (Inventario Arqueológico de la Provincia de Salamanca). Por otra parte, las prospecciones realizadas en el yacimiento de Castelmao, dotado de muralla en talud y piedras hincadas, no depararon ningún resultado positivo debido a la vegetación (*id.*).

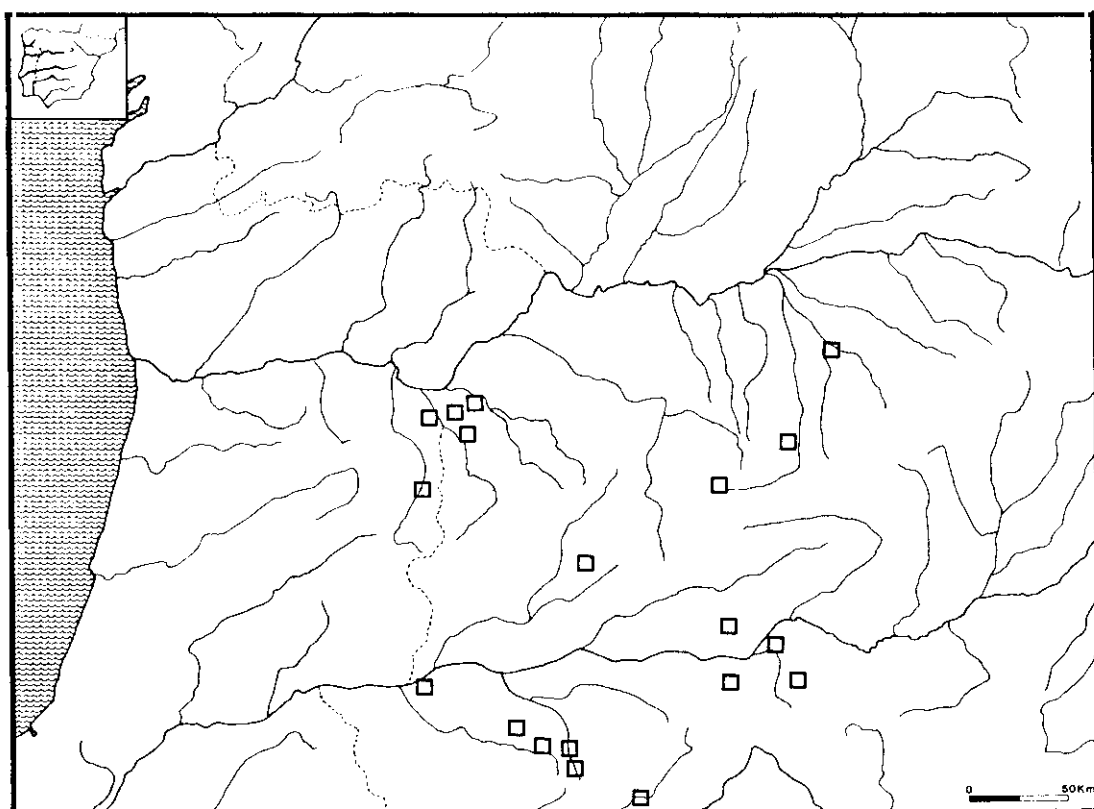
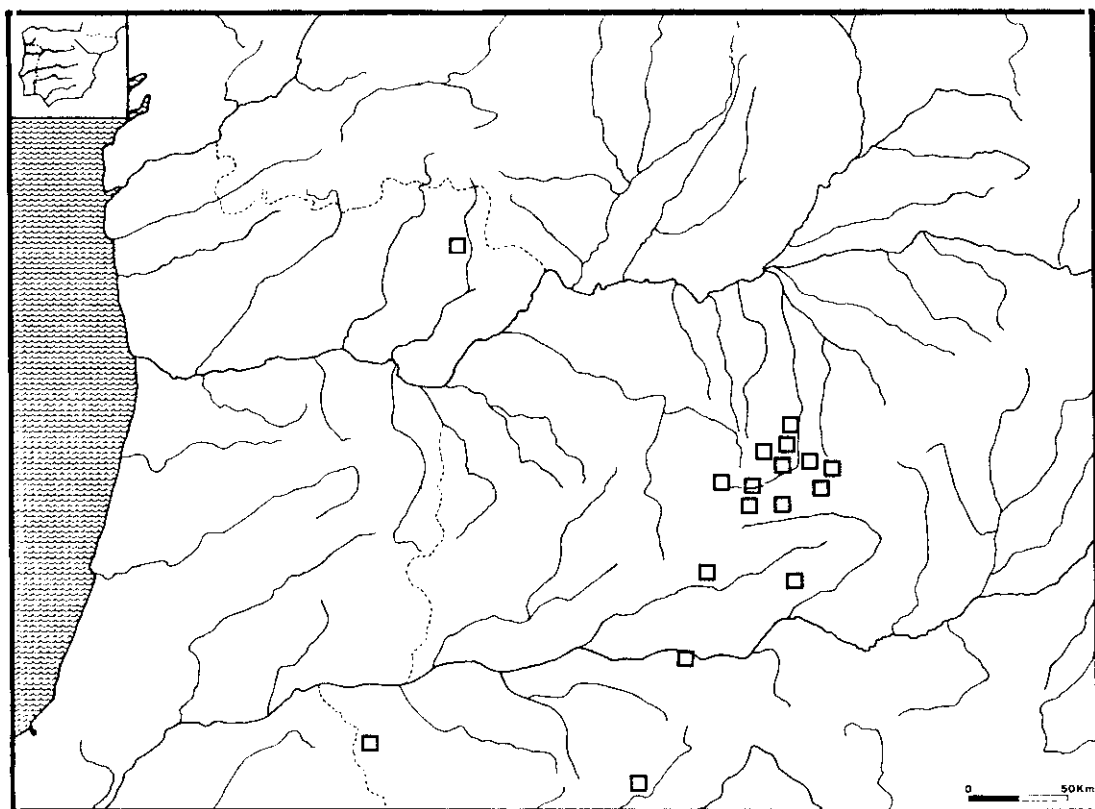


Fig. 66. Distribución de las esculturas del tipo 2. Toros (arriba) y cerdos (abajo).

poblados durante la Edad del Hierro, si de atender a su tipología y a los paralelos que hemos visto se refiere. Sin embargo, existe el problema de la romanización de los castros salmantinos citados (Gómez Moreno 1967: 25 ss. y 34 ss.; Maluquer 1968). De saber si, con la posterior ocupación romana del territorio, tales centros experimentaron un brusco declive como sus congéneres abulenses o, por el contrario, conocieron un lento proceso subsistiendo desde las etapas iniciales hasta la revitalización de los mismos en el Bajo Imperio (Martín Valls y Esparza 1992: 274). Por otro lado, las esculturas de Salamanca, Talavera la Nueva, Talavera la Vieja, Toro, Segovia, San Mamede o Cáparra, agrupadas en el primer tipo, o las de Ledesma, Coca y Castillo de Bayuela, en el segundo, se asocian sin duda a los importantes castros prerromanos que existieron en estos lugares o en los alrededores. A la vista de su tipología ello parece, desde luego, lo más razonable. Sin embargo no es posible precisar su cronología, dado que la continuidad del poblamiento en época altoimperial está bien atestiguada en estos centros (Martín Valls *et alii* 1991: 153 ss.; Mangas y Carrobles 1992: 97; Salas 1985: 59; Martín Valls 1974: 71-72; Martín Valls y Delibes 1977: 306 ss.; Martín Valls 1974-75; Cerrillo 1994: 150 ss.; Benet *et alii* 1991: 117 ss.; Blanco García 1988; Rodríguez Almeida 1955).

En resumen, los tipos 1 (28%) y 2 (24%)<sup>285</sup> corresponderían a la segunda Edad del Hierro y dentro de ella a una etapa que se centraría fundamentalmente entre comedios del siglo IV y el siglo II a.C. Sin embargo no hay que descartar que la producción de algunos talleres presentara una secuencia más amplia, ya sea porque los primeros ejemplares fuesen coetáneos a la ocupación inicial de estos poblados, o bien porque continuaran esculpiéndose hasta el abandono de algunos de ellos, en la primera mitad del siglo I a.C. De todas maneras, es evidente que estos asentamientos han proporcionado pruebas de una ingente actividad artesana y material en la tercera y segunda centuria a.C. (Martín Valls 1986-87; Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchis 1995), por lo que una gran parte de la producción escultórica no desentonaría con este momento. Si los tipos descritos reflejan un orden, situación que hemos valorado como un posible indicio del carácter evolutivo en la definición de piezas y variables, parece conveniente asumir que las esculturas del tipo 1 fueron las primeras en tallarse, y que ese estilo pudo mantenerse durante

---

<sup>285</sup> El cálculo se ha realizado a partir de los 172 ejemplares seleccionados en el análisis.



## LOS VERRACOS

una gran parte de la ocupación de los castros en la segunda Edad del Hierro. En ese lapso de tiempo, las formas pudieron evolucionar hacia las piezas del siguiente tipo, de talla también cuidada aunque de dimensiones medias<sup>286</sup>.

Las diferencias parecen responder no sólo a la caracterización estilística en sí. A su favor obra también la evidencia geográfica. Las esculturas naturalistas del primer grupo se ciñen a un ámbito más restringido, en torno a las cuencas del Adaja, Tormes, Agueda, Alagón y Tajo. Conforme nos alejamos del área nuclear de Cogotas II, las diferencias se hacen más ostensibles. Tenemos aquí un problema importante, planteado por los cerdos trasmontanos y salmantinos del tipo 1c, el más esquemático y también el más periférico. No hay contextos de datación seguros - si acaso asociados a castros que fueron posteriormente romanizados<sup>287</sup> - pero, en función de su localización geográfica y morfología, es probable suponer que fueran algo posteriores, resultado de las influencias del foco originario. Lo mismo podría ocurrir con la escultura de Villardiegua de la Ribera (Zamora) (Martín Valls 1974-75), la más esquemática del conjunto de los grandes toros y también la más alejada. En cuanto al tipo 2 atañe, su dispersión engloba la Meseta occidental y el extremo sur, cruzando el Tajo y llegando hasta los ríos Salor y Rucas, cerca del límite de la provincia de Cáceres, donde la talla de los ejemplares también denota una singular personalidad, deudora en parte de la plástica ibérica.

---

<sup>286</sup> Al hilo de este comentario habría que preguntarse si la escultura de toro del tipo 2 hallada junto al pantano del Rosarito (Arias *et alii* 1986: 87-89), que hemos relacionado con el castro del Raso de Candeleda, podría contar con una cronología ligeramente posterior, hacia el siglo II a.C., en consonancia con la ofrecida por el poblado. En cualquier caso, la falta de otros indicios no nos permite avanzar más.

<sup>287</sup> De la zona donde se halló el verraco de Masueco (Salamanca) proceden restos cerámicos presumiblemente antiguos (Maluquer 1956a: 88) pero de características hoy desconocidas (Inventario Arqueológico de la Provincia de Salamanca). López Monteagudo (1989: 97), siguiendo al padre Morán (1926: 33), se refiere a la existencia de un castro amurallado cercano. El también salmantino de La Redonda no se asocia a ningún contexto determinado, pero al sur del pueblo existen varias peñas con cazoletas que se han interpretado como un santuario (Morán 1946: 156; Benito y Grande 1992: 91-92) aunque de cronología imprecisa. Los pormenores del hallazgo de los verracos trasmontanos de Murça y Torre de Dona Chama se desconocen, pero se han relacionado con los vecinos castros, romanizados, de Cadaval y S. Brás (Santos Júnior 1975: 370; Sanches y Santos 1987: 51). El conocido verraco de Picote impone obvias reservas a la hora de acometer un intento de precisión cronológica, a pesar de las afirmaciones genéricas que se han venido publicando sobre su posible emplazamiento "in situ" (Santos Júnior 1975: 424-438, fig. 19 y lám. 23). Fue hallado en el yacimiento romanizado de Castelar o Castelo dos Mouros, en el interior de una cámara circular, precedida a su vez por un corredor de planta rectangular. Junto al verraco se recogieron algunas cerámicas a torno, restos de fauna y un bronce de Constancio II que documenta el uso del lugar en el s. IV d.C., siendo interpretado el sitio como un lugar de culto (*id.* 1975: 437-438). A raíz de su hallazgo el conjunto fue parcialmente destruido, imposibilitando la lectura arqueológica del contexto (Matos da Silva 1988: 84). Además, las dimensiones y características de la estructura permiten plantear un uso originario análogo a los monumentos de sauna de la cultura castreña (Almagro-Gorbea y Alvarez-Sanchis 1993: 253), por lo que habría sido posteriormente reutilizada, incluida la escultura. Con todo, no puede pasarse por alto la precariedad de los datos.

Así las cosas, seríamos partidarios de englobar en esta "etapa prerromana" de la plástica zoomorfa un primer foco estrictamente meseteño, en la Vettonia, integrado por las esculturas del tipo 1 más grandes y naturalistas, de Avila, Salamanca y norte de Cáceres. Poco después, el grupo 2 y las piezas más esquemáticas del primero irán compareciendo en ambientes geográficos todavía más amplios, allende el Tajo y el Duero. En cualquier caso, aun siendo difíciles de datar con precisión, puede suponerse que no hubo demasiada separación entre ambos tipos, e incluso la aparición conjunta de los dos modelos en varios de los yacimientos prerromanos y en emplazamientos muy similares - por ejemplo en Las Cogotas y La Mesa de Miranda - podría en principio servir como aval de esta hipótesis, incluso sin descartar en algún momento, y en determinados talleres, la coetaneidad de ambos.

De todo lo dicho, queda claro que la provincia de Avila es la que ofrece más variedad desde el punto de vista tipológico y mayor número de ejemplares, por lo que cabe suponer que fue uno de los núcleos más importantes, si no el principal, en la producción escultórica<sup>288</sup>. Siendo más precisos, si seguimos el razonamiento expuesto páginas arriba a partir de la densidad territorial y la variabilidad tipológica, es efectivamente posible que el arranque haya que situarlo en los talleres del valle de Ambles, al amparo de los grandes *oppida*. Seguidamente el modelo irá compareciendo en el resto del territorio donde, a juzgar por el índice de concentración, debió jugar un importante papel en el occidente salmantino y norte de Cáceres.

### 3.2.2. Escultura prerromana en el contexto inicial de la romanización.

Si el momento inicial se encuentra bien representado, no cabe decir igual de la etapa inmediatamente posterior, cuya existencia a veces sólo se intuye. Aun así somos partidarios de individualizar un segundo momento a partir de la presencia de un notable conjunto de toros y cerdos de dimensiones medias o relativamente

---

<sup>288</sup> Los toros del grupo 1b y los cerdos monumentales en posición estática (1a), los más naturalistas, aparecen distribuidos mayoritariamente en Avila y su territorio. Otro tanto puede decirse de los toros con soporte central (1a). La homogeneidad del grupo da pie a conjeturar que los ejemplares de Toro y Segovia procedan de tierras de Avila, lo que en el caso del primero, como ya observó Martín Valls (1974: 81), parece confirmado por la naturaleza del granito. En todo caso el ejemplar segoviano, limítrofe con el territorio vettón, permitiría suponer la existencia de escultores ambulantes. Cuestión aparte sería el ejemplar de San Vitero (Zamora), si es que se adscribe a este grupo. La pieza está rota, faltando teóricamente el vástago central que, con las patas, serviría para la sustentación del animal sobre un plinto. Debido a los problemas que ofrece su contexto y localización no es posible precisar nada más (Esparza 1986: 373), claro que tampoco hay que descartar la posibilidad que apuntábamos para el segoviano.

## LOS VERRACOS

pequeñas (tipo 3), de talla poco cuidada y más geométrica, habiendo alcanzado una amplia difusión por todo el ámbito vettón y tierras limítrofes de astures, vacceos y carpetanos. De seguir el razonamiento expuesto, parece probable que pertenezcan a una fase intermedia entre la escultura naturalista y los ejemplares más cúbicos. Claro que, en cierto modo, la relación de este orden con la cronología corre el riesgo de convertirse en un acto de fe, luego debería ser cuidadosamente justificado.

En principio es posible advertir alguna diferencia, aunque sea un dato negativo, y es la dificultad de asociar este grupo a poblados con una secuencia cultural precisa. Es norma común la diversidad, desde posiciones típicamente castreñas a zonas llanas que no se adaptan a los rasgos de un emplazamiento indígena. Entre estos últimos tendríamos los verracos de Coria y Juzbado (López Monteagudo 1989: 85 y 95), de cuyos alrededores proceden restos arqueológicos romanos aunque de cronología imprecisa (Martín Valls 1970: 448; Inv. Arqu. de Salamanca).

Distinto podría haber sido el caso del verraco salmantino de Larrodrigo, en cuyo solar se halló la pieza reutilizada, formando parte de los cimientos de una casa. Martín Valls y Frades Morera (1981: 196) destacan el excelente emplazamiento del pueblo actual, lo que avala la posibilidad de un yacimiento antiguo, mas no se conocen otros restos. A unos 4 kms. existe un poblado romano, pero es difícil creer que la pieza hubiera sido trasladada al pueblo desde este lugar, como señalan los autores. Poco es lo que puede decirse sobre la escultura de toro hallada en el término de Puebla de Montalbán (Toledo) (López Monteagudo 1989: 103-104), aunque del mismo lugar procede una estela datada en época augustea.

No cabe duda que el castro de San Esteban, en Muelas del Pan (Zamora), fue ocupado durante la Edad del Hierro, y que se romaniza intensa y tempranamente, reparándose la muralla en época tardía (Martín Valls y Delibes 1979b: 135-136 y 1982: 48). De las cinco esculturas publicadas, dos se adscriben a este tipo. Una apareció empotrada en un muro cercano al yacimiento (Martín García y García Diego 1990: 29) y la otra se hallaba reutilizada en el lienzo meridional del castro, de donde proceden también varias estelas altoimperiales, en

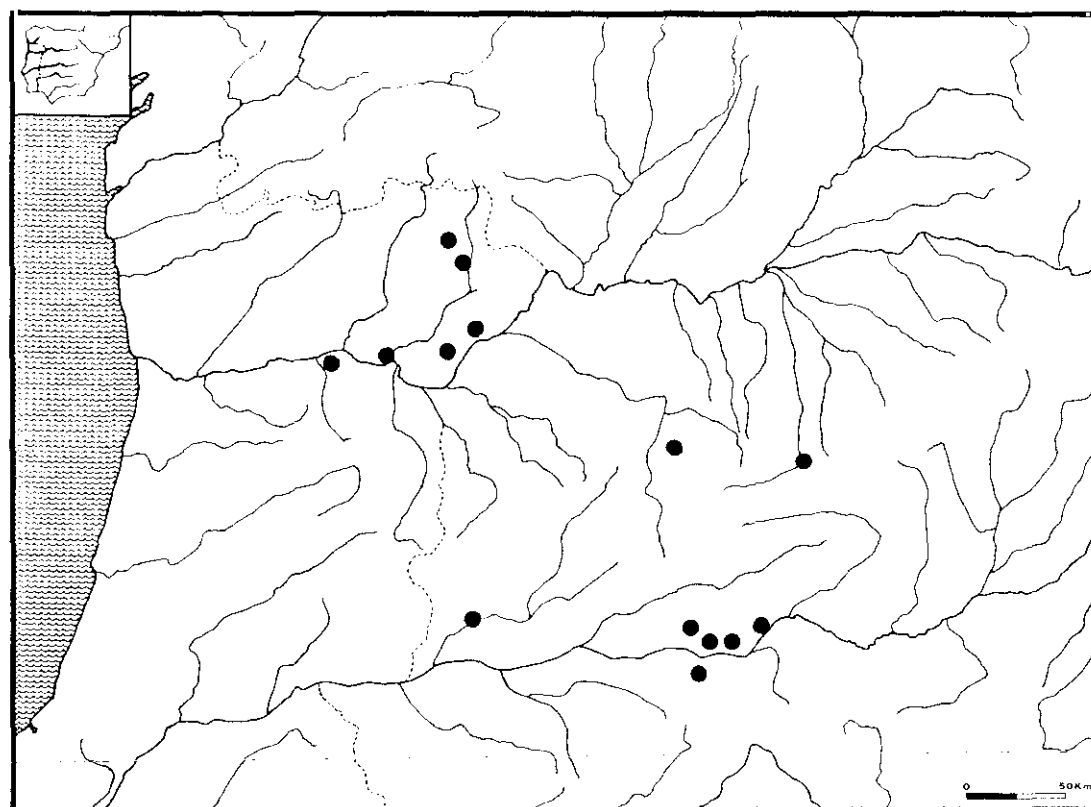
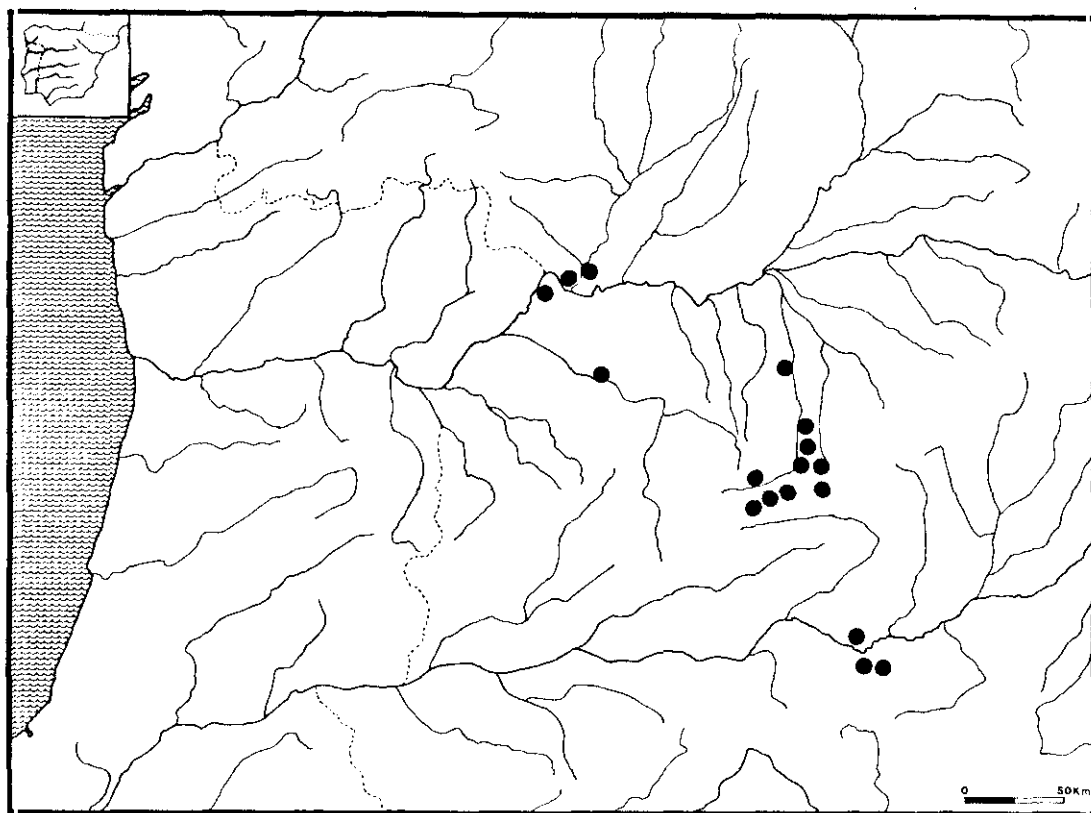


Fig. 67. Distribución de las esculturas del tipo 3. Toros (arriba) y cerdos (abajo).

## LOS VERRACOS

la parte superior de la fortificación (Martín Valls y Delibes 1982: 48). La reutilización del verraco indica que el fenómeno deja de tener vigencia cuando se reconstruye la muralla, pero la fecha tardía de tal evento nada aporta a la datación de la pieza. Conserva una inscripción latina que ha sido fechada hacia el s. I d.C. por sus características epigráficas y la ausencia de la fórmula de consagración a los dioses Manes (López Monteagudo 1989: 137-138), lo que nos daría una data antequem<sup>289</sup> para la escultura antedicha, con todo lo problemática que ella fuese.

El tratamiento estilístico de la escultura permite emparentarla con uno de los seis toros del castro de Santiago, en Villalcampo, hasta el punto de haber sido consideradas obras de un mismo autor (Martín Valls y Delibes 1982: 49). El castro estaba defendido por una potente muralla con aparejo de grandes bloques y varias torres de planta cuadrada dispuestas regularmente (Gómez Moreno 1927: 37-38; Esparza 1987: 136). Los escasos vestigios que subsisten permiten afirmar que se trataba de un sistema defensivo característico del momento de la conquista, habiéndose datado a partir del primer tercio del siglo II a.C. o tal vez en el siguiente ante la presión romana (Esparza 1987: 375-376). Estas fechas nos darían un término postquem para la cronología de las piezas, cuyo emplazamiento podría ser coetáneo o posterior a la construcción de la muralla, valorando al máximo, con los riesgos que ello supone, la inexistencia de restos más antiguos. No se puede descartar que el castro fuese ocupado anteriormente y, sobre todo, que también se romanizase, dada la existencia de un vasto conjunto epigráfico procedente del castro (Diego Santos 1954), en un ambiente muy similar al esbozado para el yacimiento anterior.

Ateniéndonos a estas pautas, parece lógico deducir que el tipo 3 pudo estar vigente a partir de la implantación romana en el territorio, coincidiendo con la fase final de algunos castros o la ocupación de otros nuevos. No obstante, de cara al establecimiento de una cronología caben otras consideraciones. La representación de atributos en estos ejemplares es bastante exigua, sólo los que se consideran esenciales en la captación del animal, a la vez que se reduce el volumen corporal.

---

<sup>289</sup> También una de las esculturas de verraco procedente de Torralba de Oropesa (Toledo), del tipo 3, ostenta un epígrafe en el costado derecho que podría fecharse en los mismos términos (López Monteagudo 1989: 105 y 136-137).

Pero no se trata exclusivamente de economizar los rasgos anatómicos sino que, en virtud del principio de abstracción, la talla se hace más convencional. En cierto modo, en esta plástica del tipo 3 son bien visibles las tendencias esenciales que se advierten en el arte meseteño a finales de la Edad del Hierro y comienzos de la romanización, su carácter formulario y el recurso a la estilización, por lo que las tendencias aludidas podrían resultar útiles de cara a fijar los paralelos de este periodo.

Del variado repertorio artesanal, en los broches zoomorfos resulta palmario ese mismo proceso. Podríamos hablar de fíbulas de caballito, zoomorfas con representación de verracos y toros, y otras esquemáticas, en las que la identificación del animal resulta muy difícil. El problema de su datación no puede considerarse totalmente resuelto pero parece lógico pensar en una evolución, por lo que los modelos más estilizados conectarían con fechas avanzadas, hacia los siglos II-I a.C. Sin embargo, como advertía Martín Valls (1984: 43) a propósito de las fíbulas palentinas, las perduraciones y la falta de contexto dificultan en muchos casos la datación. En general, las fíbulas de caballito y zoomorfas deberían encuadrarse hacia los siglos III-II a.C. (Argente 1994: 89-90, 94 y cuadro 3), aunque los ejemplares mejor documentados apuntan a fechas más tardías, como atestiguan los ejemplares de caballito hallados en Langa de Duero, en un contexto claramente datable en el s. I a.C. (Taracena 1929: lám. X) o en el campamento de Cáceres el Viejo, durante las guerras sertorianas (Ulbert 1984: lám. 9, nº 31), habiendo alcanzado amplia difusión en el transcurso de la celtiberización (Martín Valls y Esparza 1992: 264-265). La fíbula de caballito de la tumba 1270 de Las Cogotas (Cabré 1932: lám. LXXXII, 1) podría llevarse al s. II a.C., dada también la estilización de la pieza.

Recientemente Esparza (1991-92: 539 ss.), utilizando como criterio básico el carácter esquemático de la variante de fíbula de caballo y verraquito, advertía tres subgrupos, desarrollándose a lo largo de la segunda Edad del Hierro hasta el s. I a.C. Interesa destacar el último, donde la representación del suido adquiere su máxima estilización, reducido prácticamente a una "F" invertida. Se prescinde de rasgos como los colmillos, orejas o rabo, mientras que los fundamentales son el abultado testuz y el hocico. En muchos casos el cuerpo se desentiende de la forma natural y se convierte prácticamente en un medio cilindro, muy parecido al de algunas esculturas del tipo 3. Las fíbulas tauriformes escasean más que los cerdos

## LOS VERRACOS

y ofrecen una gama menos variada, pero algunas tienen en común la cabeza situada a nivel más bajo que la cruz y la cola sobre una de las ancas, lo que ha llevado a compararlas con algunos toros de piedra (Blanco Freijeiro 1988: 71-72)<sup>290</sup>.

Otro tanto cabría decir de las representaciones plásticas en barro, sistematizadas en dos estudios recientes (Galán 1989-90; Alonso y Benito-López 1991-92), pues resultan extraordinariamente significativas desde el punto de vista formal. Del variado repertorio - figuras exentas, prótomos y vasos zoomorfos - la representación de caballos, toros, verracos y aves, de modo análogo a las fíbulas, es también característica<sup>291</sup>. Gran parte de estas figuraciones geométricas se extendió por la Meseta en contextos tardíos (siglos II a.C.-I d.C.), aunque para las occidentales se han insinuado fechas más tempranas (Alonso y Benito-López 1991-92: 535). Las tendencias aludidas, que están evidenciando una nueva sensibilidad, podrían resultar útiles de cara a establecer paralelismos entre estas artes "menores" y la plástica en piedra, e incluso no se puede desechar, aunque por ahora no haya testimonios suficientes, la similitud de aquellas téseras de hospitalidad cuyos soportes representan la efigie estilizada de un toro o un suido (Lorrio 1995: 552), en fechas relativamente avanzadas<sup>292</sup>.

Puede ser casual la comparecencia de todos estos elementos en los últimos

---

<sup>290</sup> El trabajo de Cerdeño y Cabanes (1994) ofrece por otro lado una somera agrupación de las fíbulas zoomorfas de verraco o jabalí, atendiendo a la representación naturalista o estilizada del cuerpo, cabeza e incluso hocico.

<sup>291</sup> Podemos recordar las figuras zoomorfas exentas de los castros vettones de Las Cogotas, La Mesa de Miranda y El Raso de Candeleda (Cabré 1930: 13-15, 74 y lám. LIII; Alonso y Benito-López 1992; Cabré *et alii* 1950: 35-37; Molinero 1958: 47), una terracota que tal vez sea un verraco hallada en Coca (Blanco García 1988: 11) o los hallazgos de Numancia, Langa de Duero, Aimaluez, Soria, Las Arribillas y Aguilar de Anguita, para el ámbito celtibérico (Wattenberg 1963: 42, fig. 461 y 463; Taracena 1929: 43-44, lám. X; Taracena 1941: 33 y 152; Galán 1989-1990: 181; Aguilera y Gamboa 1911: 48 y lám. XXIV). Otro tanto sucede con los los prótomos de bóvido, caballo y ave de los yacimientos vacceos de Roa, Simancas y Palenzuela (Sacristán de Lama 1986: 206 y lám. LXX,8; Wattenberg 1978: 60, 63 y fig. 41; Castro García 1971: 23 y lám. XV), además de los celtibéricos de Numancia y Aguilar de Anguita (Wattenberg 1963: 1149, figs. 430, 452-454, 456-458 y 464-466; Aguilera y Gamboa 1911: 48 y lám. XXIV), o los prótomos de verraco y felino hallados en la necrópolis carpetana de La Gavia (Blasco y Barrio 1992: 286-287). Para finalizar, podemos añadir los vasos zoomorfos de Las Cogotas, El Raso y Numancia (Cabré 1932: 49 y lám. LIV; Molinero 1958: 47; Wattenberg 1963: 236-237 y lám. fot. XII-XIII; Schulten 1945: lám. XI,1).

<sup>292</sup> Este gusto más acusado por los elementos zoomorfos de diseño geométrico es también extensible a las sobradamente conocidas representaciones en perspectiva cenital, sobre soportes cerámicos, metálicos y estelas, características de la iconografía arévaco-vacceas entre los siglos II a.C. y I d.C. (Romero y Sanz Mínguez 1992: 468) aunque también disponemos de otros hallazgos, más esporádicos, en el occidente. A una corriente iconográfica distinta, pero respondiendo a idéntico talante, podrían considerarse las cabezas célticas (Almagro-Gorbea y Lorrio 1992), la mayor parte de las cuales corresponden a creaciones de un estilo esquemático y tardío.

compases de la Edad del Hierro. Puede igualmente entenderse que la dispersión geográfica desborde con creces los límites del área de los verracos, lo que complica la posibilidad de buscar un mismo trasfondo étnico y cultural. En todo caso, queda en pie la pregunta del grado de cohesión artística de las poblaciones indígenas en el contexto inicial de la romanización, de si las semejanzas formales e iconográficas aludidas reflejan una trama ideológica y temporal común, por lo que el problema podría ser abordado conjuntamente en un futuro. En conclusión, para el tipo 3, y mientras no dispongamos de otros testimonios semejantes a los aludidos, hemos de llevar los ejemplos que poseemos (22%) a partir de comedios o finales del siglo II-I a.C., en el contexto pleno de la conquista romana, perdurando con similar estilo y parecida intensidad a principios del Imperio.

**3.2.3. Escultura romana de tradición indígena.** Las precisiones cronológicas del nuevo grupo vienen en este caso dadas por sus características funcionales. Técnicamente son inferiores a los conjuntos hasta ahora descritos y en muchas de ellas, sobre todo en las más pequeñas, se hace patente la obra rápida, seriada y seguramente "barata".

Los toros de soporte macizo o tipo 4, es decir aquellos en los que destaca el hecho de no estar calado el espacio entre el vientre y el plinto, constituyen un grupo muy homogéneo y bien definido geográficamente, sobre todo en el valle de Amblés, al amparo de la ciudad de Avila y en torno a las dehesas que rodean la capital. Como variante se podría incluir algún caso con esa zona rehundida y calada en la parte central, como uno de los ejemplares de la muralla de Avila (Martín Valls 1974: 75, fig. 2,2 y lám. IV,2), o los toros de Torrelaguna (Alvarez-Sanchis 1993b: 158-159, fig. 2,3 y lám. 1,a) y Tornadizos (López Monteagudo 1989: 73, lám. 34, nº 90). Estilísticamente, las tres están a caballo entre las más esquemáticas del grupo anterior<sup>293</sup> y el nuevo modelo.

Sistematizados hace algunos años por Martín Valls (1974: 74 ss.; vid.

---

<sup>293</sup> Un ejemplo singular lo constituyen dos de las esculturas halladas en el sector este de la muralla de Avila y una de las piezas procedente de Tornadizos (López Monteagudo 1989: nº 19, 21, 100, láms. 6-7 y 38). Presentan un tamaño exiguo, por debajo del metro de longitud, y gran simpleza compositiva. No hay que descartar que fueran obra de los cinceles que hicieron los toros cúbicos de soporte macizo (tipo 4). Las dos primeras presentan una pequeña moldura en la basa por la parte superior que conecta con los soportes, recordando el rehundido rectangular ligeramente calado que ofrecen algunos toros del tipo citado. Todos estos rasgos serán tanto más reconocibles cuanto más avance el tiempo, cristalizando plenamente en los último tipos, en época altoimperial.



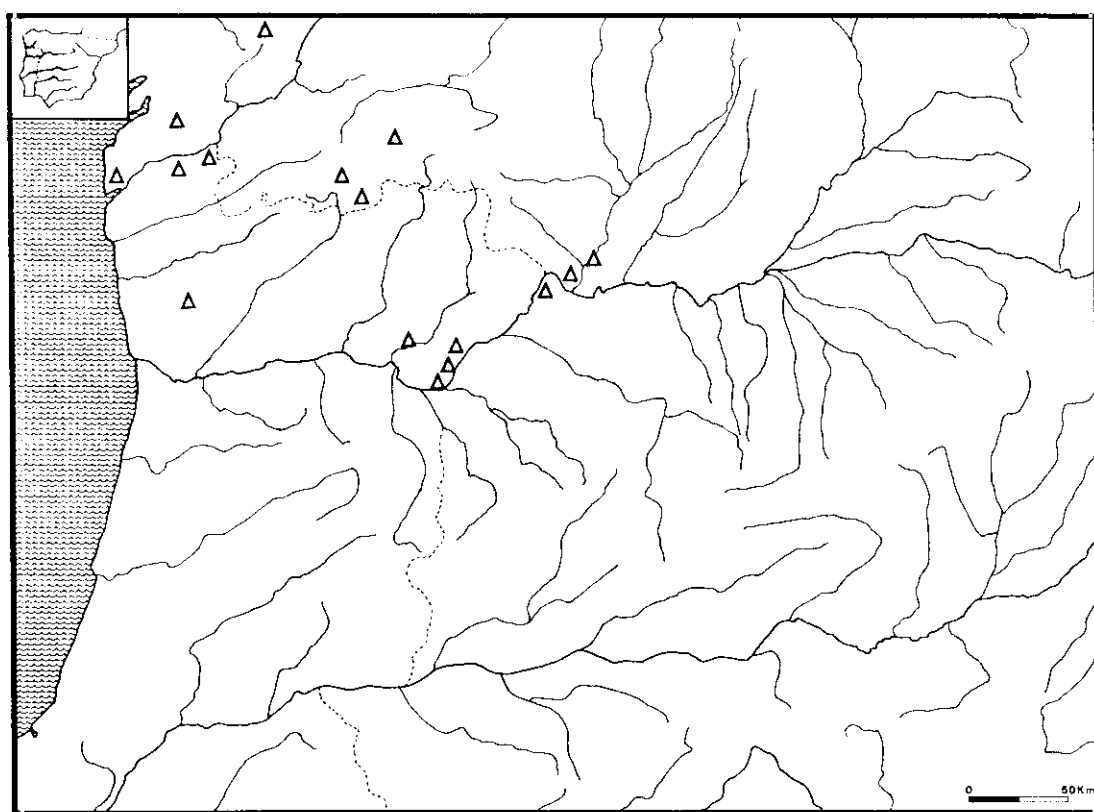
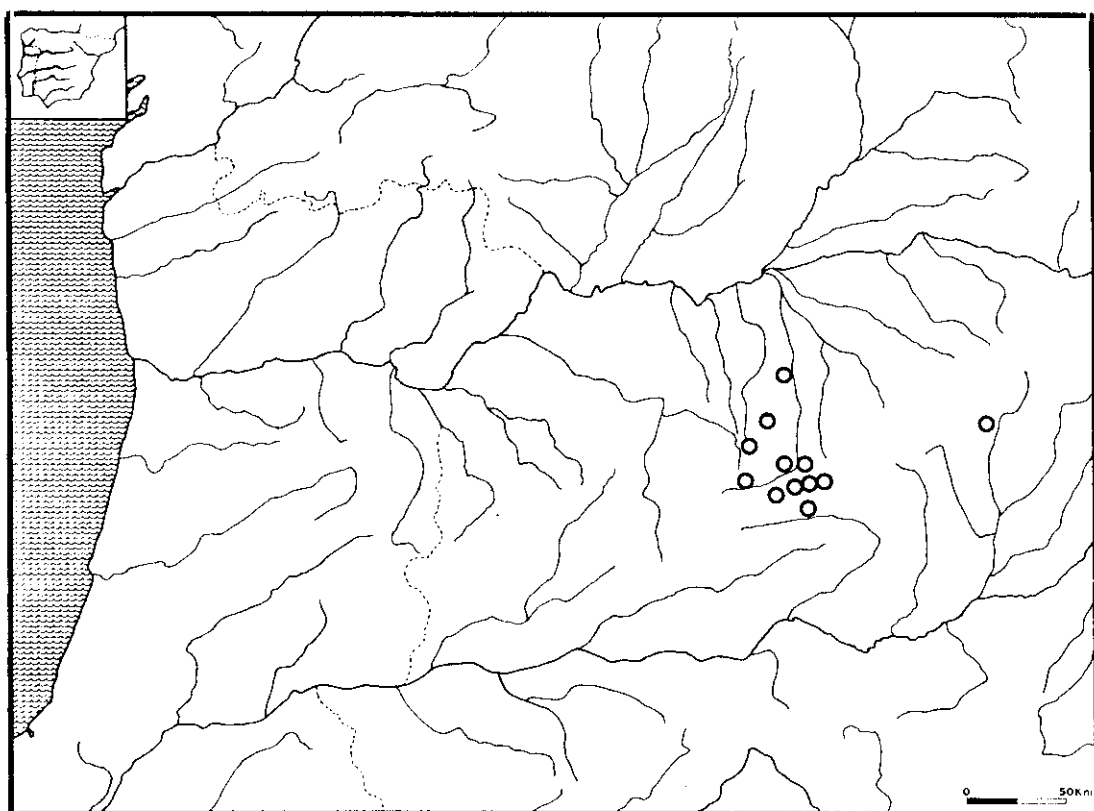


Fig. 68. Distribución del tipo 4 de las esculturas de toros (arriba) y de las cabezas exentas (abajo).

Martín Valls y Pérez Herrero 1976: 77), los toros fueron interpretados de cronología romana y finalidad funeraria, habiendo formado parte de un tipo especial de enterramiento, integrado por un bloque prismático con una cavidad rectangular u oval - que serviría para depositar las cenizas y un reducido ajuar, y a la que en algunos casos vierte un canalillo para las libaciones rituales - sobre el que se levantaría la escultura zoomorfa en cuestión. En la mayor parte de los casos estas estructuras no se habían podido estudiar in situ, pero el hallazgo conjunto de ambos elementos como material de construcción en el caserío de Gemiguel, en Riofrío, o el hecho de que apareciesen embutidos en la muralla de Avila y en la Iglesia de San Miguel de Arévalo (Martín Valls 1974: 77; Rodríguez Almeida 1981; Mariné 1995: 300 ss.), podría hacer pensar que hubiesen formado parte de un mismo monumento. Al hilo de este comentario estaría también el hecho de que las medidas de algunos plintos coincidiesen con los bloques prismáticos. El monumento funerario en cuestión se trataría de una versión de las cupae entre los vettones romanizados<sup>294</sup>, estructura datada en los siglos II-III d.C. en la Tarraconense y sur de la Lusitania (Julia 1965). Esta última hipótesis se vería finalmente confirmada por el interesante hallazgo de Martiherrero (Avila) (Martín Valls y Pérez Herrero 1976), donde se localizaron cuatro esculturas asociadas a cistas prismáticas de incineración, datadas en los siglos II-III d.C. a partir de un sestercio de Albino (193-195 d.C.). Sin embargo, sólo una de las esculturas pertenece al tipo que estamos tratando. El resto difiere estilísticamente, aunque cumple la misma función.

Otro aliciente, en términos de datación, vendría determinado por la existencia de inscripciones latinas en algunas esculturas, siendo fechadas en los siglos I-II d.C (López Monteagudo 1989: 125-138). Para las letras de una de ellas, procedente de la Alameda Alta, en Tornadizos, se ha propuesto una fecha que podría ser válida a partir de la segunda mitad de la primera centuria (Martín Valls 1974: 80-81; López Monteagudo 1989: 131-132). También pertenecen al grupo otras dos piezas con inscripciones, prácticamente ilegibles (Arias *et alii* 1986: nº. 91-92). Por paradójico que parezca, de los cuatro toros de Martiherrero sólo uno llevaba inscripción (Martín Valls y Pérez Herrero 1976: 71) y sin embargo

---

<sup>294</sup> Fernández Fuster ~~ya había planteado que las esculturas zoomorfas se utilizaran como estelas a la vez que~~ sugiere la posibilidad de interpretarlas como un tipo específico de sepultura similar a las cupae (Maluquer 1954b: 104).

## LOS VERRACOS

tipológicamente no tiene nada que ver con el conjunto que estamos analizando. Desde luego parece evidente que los toros del tipo 4 debieron esculpirse en época altoimperial, pero cabría igualmente pensar en la reutilización de otros tipos distintos, de cronología prerromana o incluso republicana, pues no de otro modo podríamos solventar la aparente contradicción que se observa en la presencia de epígrafes latinos en esculturas de diferente filiación tipológica, siendo Martiherrero y los Toros de Guisando claro paradigma de lo que decimos<sup>295</sup>.

El conjunto de esculturas más pequeñas (tipos 4 y 5 de cerdos y toros respectivamente) ostenta una distribución muy homogénea en tierras de Zamora y NE de Portugal, junto al Duero, asociadas a castros romanizados o de cronología exclusivamente altoimperial.

El yacimiento trasmontano de Santa Luzia (Freixo de Espada-à-Cinta) aporta una veintena larga de estas piezas (López Monteagudo 1989: 110-113; Matos da Silva 1988). Se trata de un centro intensamente romanizado (Santos Júnior 1975: 403 ss.; Esparza 1983b: 108) pero el hallazgo que podría ser el más interesante está mal documentado: una pieza localizada en el interior de una vivienda de planta rectangular, como corresponde a la etapa romana ((Santos Júnior 1978: 337-339; Ferreira da Silva 1986: 62). Las circunstancias del hallazgo son muy confusas y la vivienda no se excavó, lo que abriga ciertas dudas sobre su contexto (Matos da Silva 1988: 81). El verraco de Duas Igrejas, que se encontraba en la iglesia situada en las afueras del pueblo, procedería, en buena lógica, del yacimiento romano sobre el que se emplaza el monumento (Santos Júnior 1975: 439-440). Lo mismo puede decirse del toro de Sta. Marinha do Zézere, hallado en un altozano con restos de cerámica romana (López Monteagudo 1989: 90).

Deteniéndonos en la provincia de Zamora, tenemos la noticia de Gómez Moreno (1927: 36) relativa a una pequeña escultura hallada en el interior de una sepultura en el cerro de San Gil (Pino), de donde proceden diversos epígrafes y monedas (Esparza 1987: 104). Un pequeño toro "del tamaño de un gato" fue hallado en Sejas de Aliste. Aunque no hay acuerdo entre los diversos informantes, parece provenir de la zona conocida como "Los Barreros", con restos funerarios

---

<sup>295</sup> Para el ámbito ibérico también se constata la existencia de esculturas reutilizadas en tumbas, a partir incluso de los siglos V y IV a.C., lo que ha puesto un límite al menos a cierta parte de la producción (Chapa 1980: 1005).

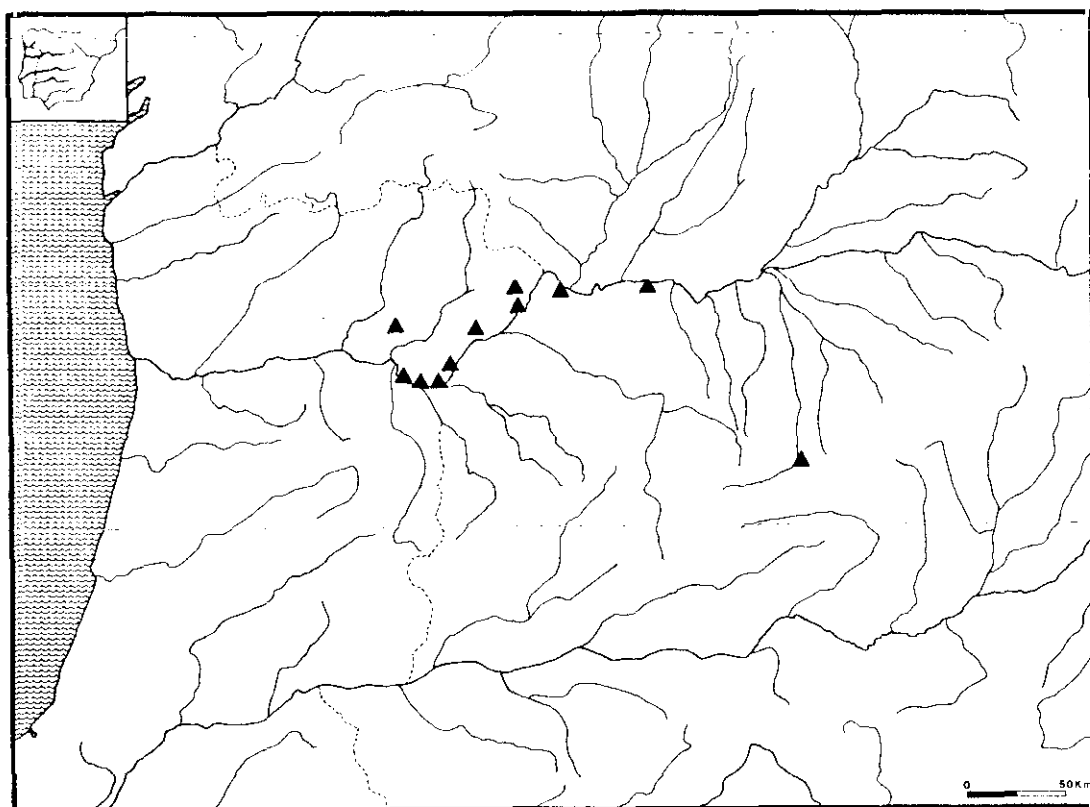
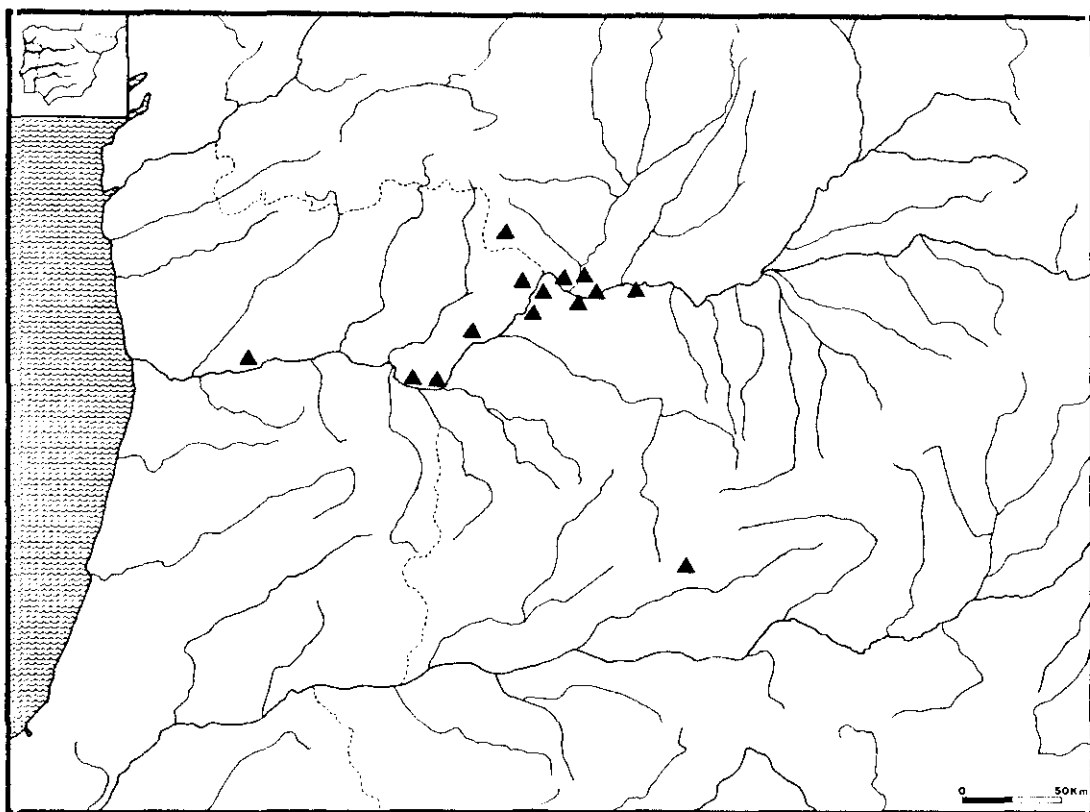


Fig. 69. Distribución del tipo 5 de las esculturas de toros (arriba) y del tipo 4 de las esculturas de cerdos (abajo).

## LOS VERRACOS

inequívocamente romanos (Esparza 1987: 128 y 372). Abundan, además, las noticias referidas a la existencia de esculturas desaparecidas de pequeño tamaño que nos remiten al mismo espacio - Abelón (Sevillano 1978: 36), Fariza (Diego Santos 1955: 41), Moral de Sayago (Gómez Moreno 1927: 29) - al mismo contexto y a la misma cronología.

Circunstancias análogas se comprueban en los castros de San Esteban (Muelas del Pan), Santiago (Villalcampo), San Mamede (Villardiegua de la Ribera) y El Alba (Villalazán), donde seleccionamos más de una decena de piezas asociadas a este tipo, dentro de un vasto conjunto escultórico y epigráfico (López Monteagudo 1989: nº 267-268, 273-276, 278; Martín García y García Diego 1990). Los vestigios de la fase romana correspondiente a estos poblados son sobradamente conocidos (Martín Valls y Delibes 1979b: 135-136, 1980: 126 ss. y 1982: 48; Esparza 1987: 136 y 376; Martín Valls 1974-1975; Benito *et alii* 1987). Por afinidad estilística - como el peculiar diseño de la cabeza - una parte de la muestra se relaciona con las esculturas del tipo 3 de este mismo ámbito, aspecto de gran interés pues proporciona otra pauta en la evolución regional. Estos rasgos desvelan la peculiaridad de una comarca que, como en otras manifestaciones plásticas, deja una impronta genuina. Por ejemplo, la presencia de estelas romanas con decoración figurada en la provincia de Zamora es excepcional (Abásolo y García Rozas 1990: 548), pero en los casos que se da encontramos registros individualizados con representaciones de toros y verracos bajo el campo epigráfico. Nos hallamos por tanto ante una escuela de gran personalidad, relacionada con las esculturas de granito, que se repite en Trás-os-Montes (Alves 1933: 41 y 70).

Cabría también pensar que las cabezas zoomorfas del NO. fuesen de esta etapa, posteriores a muchas de las esculturas de cuerpo entero en las que estilísticamente parecen inspirarse<sup>296</sup>. Es el caso de los castros de Paderne, Sta. Luzia y Moncorvo en Portugal (Leite de Vasconcellos 1934: 39; Santos Júnior 1975: 410-411, 416, 479-481 y 1977: 8-9) o Bembibre, Castrelo do Val y

---

<sup>296</sup> Cuestión importante sería valorar la relación de estas piezas con otra plástica específica, también asociada a los poblados y de cronología altoimperial, como son las estatuas de los guerreros lusitano-galaicos (Ferreira da Silva 1986: 304 s. y lám. IX; Almagro-Gorbea y Llorio 1992: 416 s.), cuya dispersión coincide en parte con la demarcación de las cabezas zoomorfas.

Florderrey Vello en Galicia (Taboada 1949: 9-11; López Monteagudo 1989: 91-92)<sup>297</sup>. De Santa Tecla (La Guardia, Pontevedra) proceden dos cabezas (López Monteagudo 1973 y 1989: 92-93)<sup>298</sup> que podrían fecharse en la dinastía Julio-Claudia, si nos atenemos a las campañas de excavación (Peña Santos 1985-86: 178). Tenemos también una posible cabeza, reutilizada, en la muralla del castro de Troña (Puentearreas, Pontevedra), con una fase de apogeo a partir del cambio de era (Hidalgo 1987: 34 ss., 50 y 1989: 42 ss.). Los fragmentos hallados el siglo pasado en el castro de Sabroso (Guimarães) no tienen un contexto específico (Cardozo 1990: 59 ss.; López Monteagudo 1989: 91), pero tampoco desentonarían con la fase final del poblado, en la primera centuria (Ferreira da Silva 1986: 31 y 67). En general, puede afirmarse que la plástica en piedra del NO., zoomorfa o no, no se documenta en niveles anteriores a la romanización (Calo Lourido 1983)<sup>299</sup>.

Que existe una suerte de continuidad entre las piezas más geométricas del tipo 3 y los nuevos toros y verracos (tipos 4-5) parece fuera de toda duda. En ocasiones las primeras se convierten en un bloque ostensiblemente prismático, e incluso se intuye una factura sumaria en el pedestal que anuncia el modelo siguiente. De la misma manera, otro tanto puede decirse de los ejemplos de Zamora y Trás-os-Montes, en los que puede reconocerse una talla muy esquemática y personal. La distribución, sin embargo, no es ni mucho menos la misma. La difusión de los toros cúbicos del tipo 4 es más excepcional, concentrados en el valle de Ambles, sugiriendo en cierto modo que la producción escultórica se interrumpió en amplias áreas tras la dominación romana. La localización de otros conjuntos más allá de esta zona, como las pequeñas figuraciones de toros (tipo 5) y cerdos (tipo 4) en el Duero/Esla o las cabezas zoomorfas exentas del NO., podrían argüirse como planteamiento contrario, mas

---

<sup>297</sup> En relación con estos ejemplos también podría paralelizarse la cabeza de Villardiega (Zamora), en cuanto a su forma y cronología (Martín Valls 1974-75: 283 ss.).

<sup>298</sup> También procede del yacimiento una cabeza zoomorfa identificada como équido. El bloque está fragmentado por lo que no es posible precisar si se trata de un pequeño ejemplar de cuerpo entero o el extremo distal de las piezas conocidas como "amarradoiros do gado" (Peña Santos 1985-86: 176 y lám. 16).

<sup>299</sup> Se ha sugerido como hipótesis que la causa de que no se documenten en contextos prerromanos respondería a que, previamente, los trabajos habían sido realizados en madera - como apunta la técnica de talla de alguna escultura o el desarrollo de ciertos temas decorativos - y sólo en época romana se habrían trasladado a la piedra (Calo Lourido 1983: 167).

## LOS VERRACOS

la especificidad tipológica y geográfica de éstos no sirven sino para confirmar el final y la "excepcionalidad" de estas producciones (26% del total), en un momento difícil de precisar del Alto Imperio pero que podríamos centrar en los siglos I y II d.C., perdurando posiblemente en el siguiente.

Resumiendo, podría sugerirse que la producción general de esta plástica no debió estar muy lejos respecto al momento de formación de los grandes castros vettones, avanzada la cuarta centuria a.C., tal y como parece desprenderse de la documentación arqueológica, aunque debemos insistir en la parquedad de los datos. En general puede decirse que el Tipo 1, que inaugura la serie zoomorfa, es el que se acerca más a los rasgos naturalistas de la especie representada, tanto por el tratamiento general de los volúmenes, tamaño y proporciones, como por el cuidado en la ejecución de los rasgos anatómicos. Su dispersión contempla los territorios abulense y salmantino, aunque no descarta hallazgos periféricos. Seguidamente irá compareciendo el tipo 2, algo más pequeño pero con un tratamiento similar. Hasta cierto punto el empleo de estos conjuntos debió ser sincrónico en toda la región, con un pequeño desfase entre las zonas "nucleares" y los márgenes, muy acusado en los sectores occidentales, donde el estilo debió ser más permeable.

Por el contrario resulta evidente el proceso de geometrización experimentado en las esculturas del tipo 3, siendo fácil presumir la existencia de talleres homogéneos a la hora de aglutinar criterios estilísticos. La situación presenta un claro contraste con respecto a los grupos anteriores pero coincide con el proceso de unificación de elementos de la cultura material operado en la Meseta en las postrimerías de la conquista. De alguna manera, se origina una nueva concepción artística que estiliza aquellos elementos desarrollados a partir del repertorio indígena. El proceso continúa tras el cambio de era y, probablemente a partir de la dinastía Julio-Claudia, la producción escultórica ofrece los ejemplares más evolucionados (tipos 4, 5 y cabezas exentas) localizándose en reductos marginales que han tenido o tienen gran vigor indígena.

En definitiva, la tipología ha jugado un triple papel en el marco de la investigación de los verracos, (1) de un lado, facilitar la ordenación y catalogación de las piezas susceptibles de estudio a partir de su nivel de conservación, (2) de

otro, la aportación que supone en la articulación de grupos geográficos dotados de una personalidad propia, (3) finalmente, al constituirse, en el marco de la secuencia arqueológica y contextual, en un posible informador cronológico.

**3.3. Notas sobre los paralelos extrapeninsulares.** Las manifestaciones más tardías de la plástica zoomorfa encuentran un eco, reconocible aunque parcial y deformado, en determinadas representaciones del mundo céltico continental e insular, que han dado base a determinadas extrapolaciones de carácter un tanto discutible.

La plástica en piedra de Irlanda, a pesar de lo escueto que se presenta el panorama, ofrece tres interesantes esculturas identificadas como osos, en posición sedente, no habiendo sido labrado el espacio comprendido entre la basa y las extremidades (Ross 1967: 349, fig. 84a-b). Proceden de Cathedral Hill, en el condado de Armagh, uno de los pocos santuarios célticos irlandeses que pueden identificarse con cierta verosimilitud, de datación tardía y anterior a la llegada del Cristianismo, hacia el siglo III d.C. (Rynne 1972: 79-80; Harbison 1988: 193-194). Se han buscado paralelos con la escultura continental de la Tène final, como la pieza zoomorfa de Limoges, en el centro-oeste de Francia (Ross 1967: 349, fig. 85b). Incluso Harbison (1979: 230), a propósito de los paralelos entre los castros de la Edad del Hierro de Irlanda e Iberia, especuló con la posibilidad de una arribada en la primera de inmigrantes de la Península Ibérica, sugiriendo una relación entre los osos de piedra de Cathedral Hill y los verracos de la Meseta, comparación que en todo caso resulta poco convincente, amén del problema cronológico (Raftery 1993: 110).

Las esculturas zoomorfas procedentes del Monte Sleza al sur de Wrocław, en Polonia (Rosen-Przeworska 1962), están realizadas en granito y muestran una factura muy esquemática que guarda ciertas concomitancias, desde el punto de vista estilístico, con nuestros verracos. La carencia de contextos bien definidos dificulta su valoración; aún así, se han defendido paralelos entre ambos fenómenos desde un punto de vista más amplio (López Monteagudo 1982: 15 ss. y 1989: 145 ss.), aunque la lectura que se ofrece es altamente discutible (Alvarez-Sanchis 1990c). Tenemos también la escultura galorromana, en particular la representación



## LOS VERRACOS

de bóvidos, muy característica al este de la Galia (Joffroy *et alii* 1986: 2-4). El estilo de estas piezas permanece prácticamente invariable, en modelos que serán repetidos hasta conectar con la etapa merovingia (Moitrieux 1994: fig. 2).

Desde luego el resto de sus características, tales como su distribución, contexto o funcionalidad, excluye el hecho de que se traten de imitaciones o importaciones en el sentido estricto del término; pero también es difícil creer en una convergencia casual. En líneas generales estas manifestaciones responden a unos caracteres de simplicidad en las formas, geometrismo en los volúmenes, tendencia a la abstracción e incluso soluciones de estilo análogas, como el soporte macizo (Ross 1967: figs. 84-85; Joffroy *et alii* 1986: 4), que evocan el estilo de los verracos, en particular las tipologías más avanzadas. La situación pudo por tanto no ser fortuita, correspondiendo a una iconografía común basada en conceptos ideológicos hoy desconocidos, pero que también son observables en otros elementos. Esparza (1991-92: 545 ss.), refiriéndose al estilo y composición de determinadas fíbulas zoomorfas de la Meseta, vislumbra ciertos puntos de coincidencia con el arte céltico continental, por lo que tal vez su explicación "deba ser buscada en la pertenencia a una misma comunidad cultural, en un sentido muy amplio".

Las analogías que se aprecian en estas esculturas en contextos generalmente tardíos, expresión de un ambiente débilmente influido por las modas romanas y fuertemente anclado en sus tradiciones, se explicarían porque tal arte se apoyó en una trama ideológica duradera y ampliamente difundida. De ahí que la transformación de modelos distintos, en diferentes regiones y diferentes épocas, desemboque en unos resultados análogos (Kruta 1986 y 1993: 432). En cualquier caso, desde nuestro punto de vista habrá que discutir con cuidado la profundidad geográfica y temporal, el cómo y el cuándo se proyectan estas evidencias iconográficas.

### **3.4. Significado y función de los verracos.**

**3.4.1. Castros y Necrópolis.** La publicación en 1930 por J. Cabré de la memoria de las excavaciones del castro de las Cogotas, vino a demostrar la firme

correspondencia de una parte de la estatuaria en piedra con los recintos fortificados de la Edad del Hierro y la riqueza ganadera de estas poblaciones. Las esculturas del conocido castro abulense, halladas junto a la entrada principal del segundo lienzo amurallado interpretado como encerradero de ganados, sugerían una finalidad relacionada con la protección, favorecedora de "una magia de pastos y, tal vez, de reproducción" (Cabré 1930: 40). De la importancia de este trabajo da idea el hecho de que muchos cuantos han escrito después sobre este fenómeno se han basado, directa o indirectamente, en el mismo (Maluquer 1954b: 103; Martín Valls 1974: 74; Hernández Hernández 1982: 234; Ferreira da Silva 1986: 299; Alvarez-Sanchís 1990a: 227-229).

Hoy por hoy, estas premisas siguen siendo básicamente ciertas y otras esculturas vuelven a tener el denominador común de su vinculación a recintos de la Edad del Hierro; además, resulta notabilísimo constatar la frecuencia de los tipos más naturalistas en estos contextos. Sin extendernos, por consabidas, sobre las cuestiones cronológicas que plantean, sí conviene perfilar algo más sus sitios de emplazamiento y su iconografía. Discernir, por ejemplo, si estas esculturas sólo fueron símbolos protectores del ganado o verdaderas imágenes religiosas, quedando también otra vía por explorar, la de una probable función heráldica, que podría haber complementado a la anterior.

El verraco de Las Merchanas no fue hallado en el interior del castro salmantino, sino a unos cincuenta metros junto al camino que conduce a la puerta principal, la del levante, en una extensa zona de piedras hincadas (Maluquer 1968: 103, 106, fig. 1). En Las Cogotas, además del jabalí y los dos toros fragmentados dados a conocer en su día por Cabré (1930), existen otros dos ejemplares hallados junto a la zona de piedras hincadas y a escasos metros del camino que conduce al segundo recinto (Alvarez-Sanchís 1993b: 159)<sup>300</sup>, debiendo considerar por otro lado sendos ejemplares que yacían en el cauce del río Riondo y en las proximidades de La Mesa de Miranda, pues también "parecen marcar la dirección al castro" (Molinero 1933: 434). Circunstancias similares se comprueban en las tres esculturas del Castillo de Bayuela (Toledo) - en la antigua cañada de las merinas pero junto a la rampa de entrada (López Monteagudo 1989: 102) - en el

---

<sup>300</sup> Una de las piezas es una obra inacabada. La otra fue valorada erróneamente como procedente del interior del segundo recinto (Arias *et alii* 1986: 65, nº 38).

## LOS VERRACOS

posible verraco del castro de Alcántara - en un camino de carros a 200 m. del acceso principal (Alvarez-Sanchís 1993b: 165, nota 10) - en las esculturas portuguesas de Castelo Mendo (López Monteagudo 1989: 81, nº 124-125) y en las dos piezas de Botija exhumadas junto a la vía que conduce al castro, muy cerca de la puerta del recinto meridional (García Jiménez 1993: 304)<sup>301</sup>.

Cuestión importante sería concretar la posición intramuros de otros ejemplares, si se asocian o no con algún rasgo de las fortificaciones. Coincidente con esta idea estarían las dos esculturas del tercer recinto de la Mesa de Miranda, que yacen no lejos de la puerta monumental (Cabré *et alii* 1950: 17, 33-34; López Monteagudo 1989: 64, 142), el jabalí de Botija hallado en el lienzo norte (García Jiménez 1986: 65-66) y las dos esculturas del castro salmantino de Irueña: en el ángulo SO. se desenterró el gran toro que dicen "La Yegua" y en el extremo contrario, junto al pie del muro, un verraco (Gómez Moreno 1967: 36).

Esta misma atribución podría verse refrendada en la documentación medieval de algunas esculturas. El Fuero de Salamanca, del siglo XIII (Tít. XLVIII, 33), indica la ubicación del toro al principio del puente, en la ribera próxima a la población. De Ledesma cabe mencionar la presencia de un verraco hallado en las cercanías de las escuelas, al sur de la villa, además de otros cuatro que, según González Dávila, se ubicaban cerca de la puerta septentrional de la ciudad (Gómez Moreno 1967: 48; Benet *et alii* 1991: 117-118). Por último, en el lado opuesto a Ciudad Rodrigo y a la salida del puente que cruza el Agueda, existía también un verraco a comienzos del siglo XVII que hoy se conserva en el Castillo de Enrique II (Gómez Moreno 1967: 50; Martín Benito y Martín Benito 1994: 132)<sup>302</sup>.

Para poder explicar estos factores - grupos de dos o más esculturas de mediano y gran tamaño en las inmediaciones de las puertas de los castros, por lo común junto al camino de acceso - tal vez haya que reivindicar la teoría

---

<sup>301</sup> También podríamos contar en esta ocasión con el león esculpido en granito procedente de los alrededores del castro de Botija (González Cordero *et alii* 1988: 22; García-Hoz y Martínez 1990).

<sup>302</sup> Sánchez Cabañas escribía en esas fechas: "Al principio del puente por la parte del arrabal, y en el costado izquierdo viniendo de éste, hay una figura de piedra berroqueña labrada, semejante a un cuerpo, a la que el vulgo llama Berraco" (o. cit. en Martín Benito y Martín Benito 1994: 132, nota 210). Ese mismo carácter se ha mantenido prácticamente hasta la actualidad, como los verracos de Monleón (Salamanca) y Castelo Mendo (Guarda) (Gómez Moreno 1967: 43; Santos Junior 1975: 372), además de otras representaciones que sirven de heraldo a la entrada de fincas y palacios.

semiarquitectónica de otros vestigios, bien patente en la estatuaria extremeña, en particular en la escultura de Torrequemada y en una de las piezas de Botija (López Monteagudo 1989: 88, lám. 54; García Jiménez 1986; vid. supra). Ambas destacan sobre el bloque de granito como si se tratase de un relieve, pudiéndose paralelizar adecuadamente con los sillares zoomorfos del mundo oriental e ibérico, ubicados en puertas de palacios, santuarios y necrópolis (Almagro-Gorbea 1987b: 61-62; vid. Chapa 1980: 997 ss. y 1987: 107-108).

Concluyendo, el fenómeno para una parte de esta plástica zoomorfa ofrece un panorama que permite entablar un debate sobre su función apotropaica como defensoras del poblado y el ganado, flanqueando los accesos a los recintos, tal vez con la simbología escatológica de guardianes benefactores que se documenta en todo el Mediterráneo. Así se comprende también mejor el carácter de representación de la divinidad de estas figuras, como evidencia claramente su iconografía. Se ha subrayado una naturaleza esencialmente religiosa para el jabalí y el toro, como símbolo de la guerra y la prosperidad (Green 1989: 139-141 y 1992: 116-123 y 218-224). Ambas especies parecen haber sido uno de los totems más extendidos y representados en el mundo antiguo y en la Céltica, entre los gálatas, escitas, cimbrios, germanos, celtíberos..., habiendo sido también el emblema de legiones romanas (Blázquez 1983: 257). Un aspecto interesante que tampoco debe de olvidarse es la evidencia de esta plástica en otros soportes distintos a la piedra - barro y metal - donde concurre nuevamente la misma iconografía, su valor social y religioso: los vemos en monedas, fíbulas zoomorfas, broches de cinturón, téseras de hospitalidad y figuritas de bronce y de barro cocidas que podrían considerarse exvotos (Blanco Freijeiro 1988; Galán 1989-90: 187 ss.; Blázquez 1991: 101; Esparza 1991-92; Cerdeño y Cabanes 1994; Lorrio 1995: 552). La sacralidad del toro y el cerdo debía de concretarse en ciertas virtudes, comunes a casi todo el Mediterráneo y la Europa Templada, entre ellas la fecundidad, razón por la cual prácticamente todos nuestros ejemplares llevan indicados los órganos sexuales. La condición de macho y semental estaría por tanto implícito en el carácter ritual de las esculturas, lo que no desentona en absoluto con las fórmulas sacrificiales conocidas del mundo antiguo, bien patente en la inscripción lusitana de Cabeço das Fraguas (Tovar 1985: 245 ss.).

Estamos seguros de que debieron existir más fórmulas de representación y

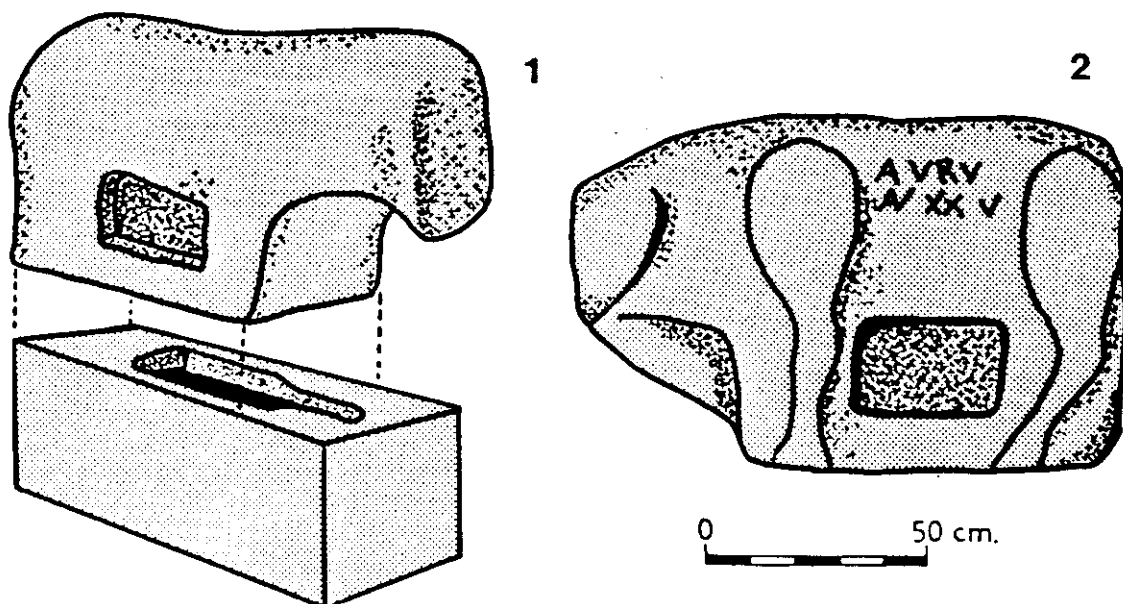
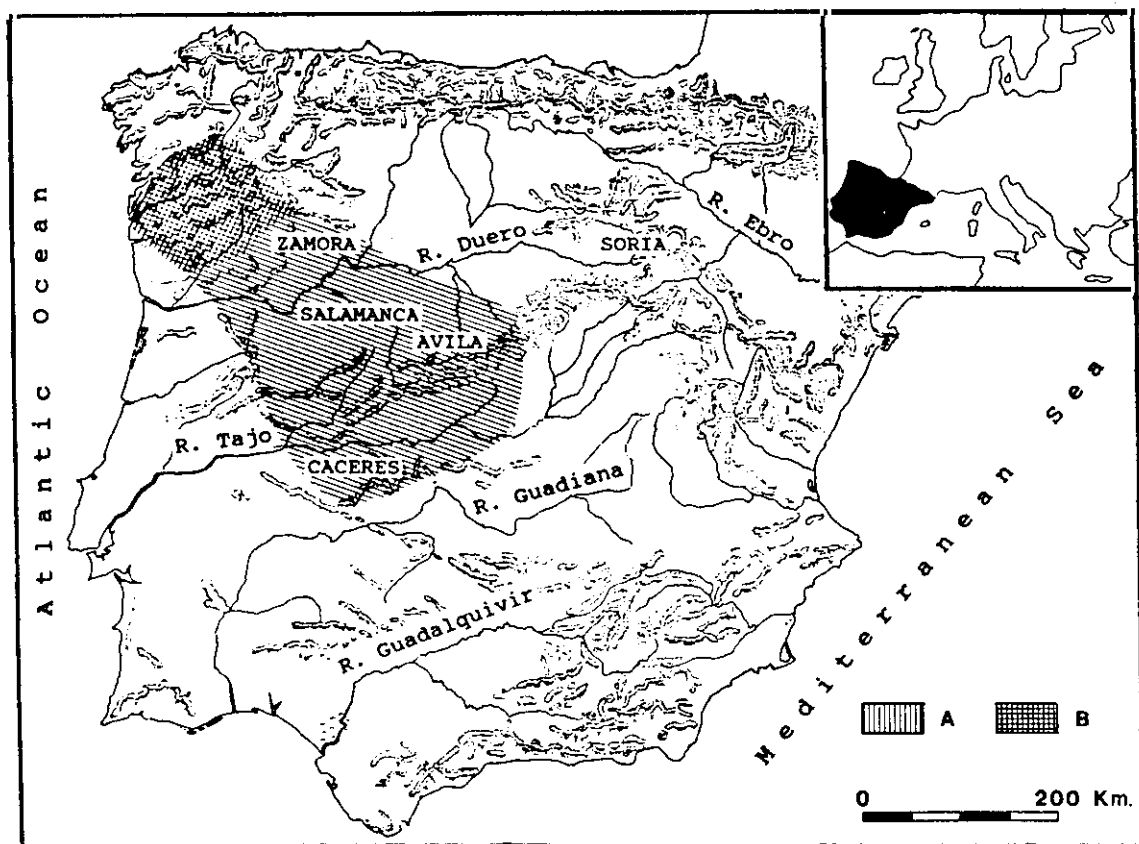


Fig. 70. Distribución de los verracos (arriba)

Reconstrucción de una cupae y verraco con inscripcion (abajo).

disposición de las esculturas respecto a la configuración de las puertas, murallas y recintos sagrados que simbolizarían mágica y socialmente a los grupos residentes, pero carecemos de la información arqueológica necesaria para completar este panorama. Así las cosas, el carácter apotropaico también sería extensible en cronología tardía a las cabezas zoomorfas exentas del NO., con un sentido esencialmente doméstico y familiar, como se deduce de su vinculación a las paredes de las viviendas castreñas (Taboada 1949: 17-18).

Con el tiempo, el carácter sacro, la monumentalidad e incluso el panteón de estas representaciones en la Meseta se fue modificando, lo que evidenciaría cambios en las creencias y en su significado, hecho que coincide con el ámbito hispanorromano. Ahora nos encontramos ante monumentos funerarios inspirados en las esculturas indígenas, simplificados, pero con todos los rasgos consustanciales a genuinas cupae (Martín Valls 1974: 74 ss.; Martín Valls y Pérez Herrero 1976). La posibilidad de considerarlos túmulos familiares es muy sugerente (Mariné 1995: 309) y explicaría la relativa cercanía a la capital abulense de alguno de estos núcleos. Con todo, la dificultad estriba en la onomástica de las inscripciones latinas que ostentan algunas piezas (López Monteagudo 1989: 125-138), pues no permiten reconocer vínculos en tal sentido.

En las cupae no suelen aparecer jabalíes, lo que podría reforzar nuestra opinión de que los toros sustituyeron paulatinamente a los primeros en época altoimperial, al menos en el valle de Ambles que es donde se desarrolla este peculiar estilo figurativo. Tampoco tiene nada de extraño que en otras zonas, en particular en el ámbito zamorano del Duero/Esla, algunos verracos hallan servido de epitafio del mismo modo que las estelas altoimperiales que se recogen cerca de estos monumentos. Pero, si en algunos casos el carácter de sepulcro es irrefutable (Martiherrero, Tornadizos, Gemiguel), también es verdad que, en otros (Guisando, Coca, Cáparra, Castillo de Bayuela), los criteria establecidos sólo afectan a las inscripciones funerarias de las esculturas y no a su tipología (vid. supra), siendo por tanto posible sancionar un uso distinto: la inscripción sería grabada con posterioridad, usurpando entonces la función original.

Todo esto incide en la cuestión de la estadística (Fig. \*). Estamos de acuerdo en que el tema de las asociaciones es complicado y sigue habiendo una

## LOS VERRACOS

cierta indefinición cuando se aborda el aspecto interpretativo. No hay prácticamente ninguna escultura "in situ", pero de la mayoría se sospecha una procedencia inmediata y permite ciertas matizaciones. De las 395 esculturas catalogadas, aproximadamente el 20% se asocia a un hábitat castreño y a su área más inmediata (inferior a 500 m.), porcentaje que sería ostensiblemente menor (5%) si sólo valorásemos las localizadas en el interior de los castros. De la misma manera, otro tanto puede decirse de la consideración de estas esculturas como monumentos funerarios (3%), basada en el hallazgo de Martiherrero y en las pequeñas figuraciones votivas de Zamora y Portugal<sup>303</sup> que acompañan a las tumbas como elemento de ajuar. Si, por otra parte, consideramos también los ejemplares que ostentan inscripciones latinas y los toros geométricos del tipo 4, los resultados no superarían el 14% respecto al total. Es decir, en buena medida el 66% de las esculturas quedan fuera de los límites que comentamos. Cuestión de primer orden sería entonces determinar si estas representaciones, que acaparan más del 70% de los emplazamientos conocidos, se corresponden o no con alguna otra particularidad cultural.

Volvemos así al problema de la habitual localización de esta plástica fuera de contextos arqueológicos precisos, lo cual no significa que toda ella se ubique fuera de su situación original, aunque así se la haya considerado tradicionalmente. Es verdad que la incógnita de muchas esculturas responde al exiguo rigor metodológico que rodeó su descubrimiento, mas, por encima de ello, debe prevalecer la realidad de que idénticas circunstancias negativas aquejaron la excavación de otras. Podríamos así referirnos a las intervenciones arqueológicas que se realizaron en el terreno donde se erigen los toros de Guisando y las esculturas de Villanueva del Campillo, con resultados infructuosos (Sopranis y Martín Rocha 1955; Larrén 1990: 249). Hechos análogos pero más imprecisos concurren de nuevo en los verracos de Las Cogotas, La Mesa de Miranda, Paredes da Beira (San João da Pesqueira, Beira Alta) y Tornadizos de Avila. Allí también parecen haberse realizado en su día excavaciones con resultados estériles (Cabré 1930: 39; Molinero 1933: 434, lám. V; Campos Ferreira y Figueiredo 1978: 343; Fernández Gómez 1995: 164). Para terminar, en relación con estos ejemplos y con entidad propia, se hallaría el grupo de esculturas del valle de Ambles, en donde

---

<sup>303</sup> Habiendo sido interpretadas como ex-votos de una divinidad tutelar de carácter ganadero (Ferreira da Silva 1986: 299).

existe una cierta predilección por buscar emplazamientos relativamente distanciados de los lugares de hábitat (Alvarez-Sanchís 1990a: 227, fig. 21). Valores por encima de 1-1,5 Kms. son usuales, cuando generalmente las distancias entre poblados y cementerios están por debajo de esas cifras (Duval y Kruta 1975).

Es decir, si estamos hablando de esculturas ajenas al ámbito de los castros y sus respectivas necrópolis, no debería extrañar que una parte de la población carezca de un contexto arqueológico inmediato, pues posiblemente nunca lo tuvieron. Creemos, sin duda, que el contexto hay que buscarlo en otra dimensión; en la ubicación de las figuras en el paisaje.

**3.4.2. Los verracos en el paisaje.** Cuestiones metodológicas aparte, el primer objetivo será mostrar la relación que los complejos escultóricos de la Meseta mantienen con el medio físico y humano, con vistas a poder dilucidar si su distribución es aleatoria o, por el contrario, constatan determinadas regularidades. En segundo lugar, consideraré cómo la significación económica de algunos sitios fue marcada de una forma identificable arqueológicamente con estas representaciones y cómo estos mismos monumentos han perpetuado ulteriores desarrollos en el paisaje<sup>304</sup>. Para terminar, ilustraré estos argumentos utilizando la evidencia de algunos emplazamientos desde una perspectiva microlocacional.

La valoración de las esculturas de verracos debe responder a una contextualización de al menos tres niveles: (1) en relación con el marco regional donde se distribuyen, (2) en relación con el poblado al que se asocian y (3) en relación con el terreno sobre el que se emplazan. La imbricación de esta plástica en el universo socio-económico del poblamiento de la Edad del Hierro nos dio importantes resultados en el valle abulense, habiendo relacionado su construcción y emplazamiento con la expresión simbólica de una élite que controla ganados y los mejores pastos (Alvarez-Sanchís 1990a y 1994). Este mismo modelo, que valora la jerarquía fijada en los patrones de asentamiento, tiene también su reflejo en la cuenca media del Tajo y en el occidente de Salamanca, limítrofe con las

---

<sup>304</sup> La aplicación en Arqueología de elementos de análisis propios de la Geografía Locacional se manifiesta en este sentido particularmente fructífera (Ruiz Zapatero 1988b; Ruiz Zapatero y Burillo 1988). Recientemente, meritorios trabajos han ayudado a valorar el contexto no verbal de otros elementos prehistóricos que denotan una carga simbólica evidente, bien conectada con el territorio (Dominguez Monedero 1984; Criado 1988, Peña Santos y Rey 1993, Galán 1993, Ruiz-Gálvez 1995b, Chapa, e.p.).



## LOS VERRACOS

provincias portuguesas de Trás-os-Montes y Beira Alta.

Ante todo es importante destacar la fuerte concentración de verracos en las comarcas consideradas, pero sobre todo en los valles de Amblés y Tajo (Fig. \*). En el primero la dispersión contrasta con el vacío hacia el Este - frontera oriental vettona - o con las poquísimas esculturas conocidas en el Norte - tierras bajas cerealistas del Duero - Oeste y Sur, donde la Sierra de Gredos constituye una gran frontera natural. Cabría sospechar que el valle formó una cierta unidad para las comunidades que lo habitaron durante las últimas centurias del primer milenio a.C.. Debió ser un área que concentró a la población y pudo alcanzar una relativa alta densidad de poblamiento. La nómina de emplazamientos conocidos en la región del Tajo es también evidente si se compara con los escasos ejemplares al este de Caesarobriga - tierras limítrofes carpetanas - al norte - Campo Arañuelo - y al sur - Sierras de Guadalupe, Altamira y Montes de Toledo -. La caracterización del hábitat es fácilmente individualizable respecto al modelo abulense y salmantino, pero de nuevo se vislumbra una unidad de ocupación coherente que articula la distribución espacial de los poblados, las esculturas y los recursos.

El análisis de las tres áreas se realizó sobre una muestra de 164 esculturas distribuidas en 68 emplazamientos, generalmente entre una y cuatro piezas por localidad, salvo unas pocas que tienen un número mayor de zoomorfos<sup>305</sup>. Las comarcas abarcan por tanto la mitad del total de figuraciones y sitios conocidos en la Península Ibérica<sup>306</sup>, remarcando las siguientes características (Figs. \*):

(a) toros y verracos se distribuyen en suelos metamórficos de aprovechamiento ganadero, es decir, en áreas de pastos. Ese es el caso de más del 90 % de los ejemplares del valle de Amblés, del 89% del occidente

---

<sup>305</sup> Sería el caso de las 8 piezas de la Dehesa de Guterreño (Ávila), los 11 ejemplares de Gemiguel (Riofrio) o los 22 de la Dehesa de La Alameda Alta, en Tornadizos de Avila (Martín Valls 1974: 74 ss.; López Monteagudo 1989: 60-61, 68-70, 73-78). Una veintena larga de piezas se conoce también en torno al yacimiento de Santa Luzia, en Freixo de Espada-à-Cinta, (López Monteagudo 1989: 110-113; Matos da Silva 1988). El emplazamiento trasmontano supone una distorsión respecto al cómputo total conocido en la región occidental, dándose además la circunstancia de que la mayoría de las figuraciones son de pequeño tamaño y probablemente de carácter votivo. Por otra parte, este estudio no contempla la treintena de esculturas conservadas en Avila capital, de procedencia desconocida (Arias *et alii* 1986). La caracterización cuantitativa de las tres comarcas analizadas es como sigue: para el Valle de Amblés, 90 esculturas repartidas en 33 emplazamientos; para el occidente de Salamanca y las provincias portuguesas limítrofes, 43 esculturas en 13 sitios; para el Valle medio del Tajo, 31 en 21 respectivamente.

<sup>306</sup> A partir de una muestra de 319 esculturas repartidas en 163 sitios, pues se han excluido las esculturas de procedencia desconocida y las cabezas zoomorfas exentas del NO.

salmantino y del 72% del valle medio del Tajo.

(b) se sitúan en altitudes que oscilan entre los 350 y 1300 m., por tanto se asocian a pastos invernales. Nunca en alturas superiores a los 1400-1500 m. que en la actualidad representan la cota de los pastos permanentes o altos pastos de verano. En otras palabras, se ubican en cotas de recursos críticos y escasos, los pastos de otoño-invierno.

(c) se localizan cerca de corrientes permanentes de agua, con valores del 90%, 78% y 73% de la población zoomorfa según las áreas consideradas, a menos de 1500 m. de distancia, lo que supone la facilidad de desplazamiento del ganado para el abrevado.

(d) más del 70 % de las esculturas se distribuyen en áreas próximas pero no inmediatas a los poblados y cementerios, entre 2000 y 4000/5000 m. por término medio, sin asociaciones aparentes a estructuras y/o áreas de actividad específica.

(e) a pesar de las distancias existe una buena intervisibilidad entre asentamientos y emplazamientos zoomorfos, lo que de alguna manera indica que los terrenos de éstos no están disociados de aquéllos.

(f) los sitios de las esculturas tienen unas visibilidades en su entorno muy altas. Es decir, parece haberse buscado deliberadamente puntos en el paisaje que resultaran fácilmente identificables.

(g) a la vista de sus dimensiones parece casi inevitable la posibilidad de una talla "in situ" para una parte de las esculturas. La selección de bloques de granito y el esculpido de una figura de las grandes a partir de bloques de 6, 8 ó más Tn., necesariamente requirió el concurso de varios artesanos a tiempo completo y durante un período largo<sup>307</sup>.

---

<sup>307</sup> El análisis del granito de las esculturas de Toro y Salamanca puso sin embargo de manifiesto una procedencia alóctona que debe rastrearse en las sierras de Béjar o Gredos (Martín Valls 1974: 81; Martín Valls et alii 1991: 145). Podría aducirse que su emplazamiento actual obedece a razones postdeposicionales, es decir, serían producto de un traslado "a posteriori", máxime habida cuenta lo extraordinariamente costoso que supondría el traslado de estos animales en el contexto cultural que abordamos. Mayores elementos de juicio nos aporta el ejemplar madrileño de Torrelaguna (Alvarez-Sanchis 1993b: 158-159), recientemente trasladado a su emplazamiento actual pero cuya taxonomía, de perfiles rectos y rasgos

## LOS VERRACOS

Unos y otros caracteres convergen razonablemente en las tres regiones, luego existe una respuesta cultural común: la distribución de las representaciones en piedra responden a un uso socializado del medio natural. Ahora bien, esta revalorización de los monumentos en el paisaje pasa por acometer una serie de cuestiones previas; ¿ por qué se recurrió a la escultura en un determinado momento ?, y, sobre todo, ¿ cómo funcionaron estos monumentos ?. Cunliffe (1990: 334-335) señala como la intensificación agrícola de la prehistoria tardía y la necesidad de definir nuevos territorios podrían sugerir el comienzo de una mayor presión sobre la tierra, exacerbada quizás por el incremento de población. Admitido esto, se plantearía la posibilidad de una identificación entre determinadas poblaciones y zonas específicas, con indicios de parcelaciones importantes en el paisaje y junto a los castros.

Es fácil presumir la importancia que el ganado jugó en las sociedades celtas y el mundo clásico. El bagaje faunístico que se ha encontrado asociado a los castros occidentales - Sejas de Aliste (Esparza 1987: 225 y 395), Villasviejas del Tamuja (Hernández Hernández et alii 1989: 144 ss.), Castillejo de la Orden (Martín Bravo 1991: 175-179), Salmantica (Martín Valls et alii 1991: 157), Las Cogotas (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995: 222) - y del valle medio del Duero - Soto de Medinilla, La Mota, Padilla... (Morales y Liesau 1995) - permite perfilar la abundancia de bóvido, oveja, cerdo y caballo entre las especies domésticas. Sus implicaciones socio-económicas son obvias, como su papel en la dieta alimenticia, en la fuerza de trabajo, en la elaboración de instrumentos y en las redes sociales y de intercambio (Dehn 1972; Nash 1985: 47-49; Whittaker 1988; Kehoe 1990; Delibes et alii 1995: 574 ss.). Pero tiene a cambio contraprestaciones muy específicas, como la cantidad de pasto necesario para hacer efectivo su mantenimiento (Ruiz y Molinos 1993: 106-107). Una economía agropecuaria debe mantener un equilibrio entre cereal y cabezas de vacuno en cuanto a la necesidad de tierras y agua. Como los pastos de la sierra no son utilizables en invierno, y prácticamente hasta el deshielo, hay que prever alimento para los animales en la parte baja de los valles, donde debido al relieve y la calidad de los suelos el espacio destinado al cultivo debía ser limitado, por lo que la alimentación natural

---

apenas esbozados, permite emparentarlo con un foco geográfico muy preciso en el valle de Amblés. Así y todo, no puede negarse "a priori" el transporte de ciertas piezas desde el lugar de trabajo hasta su futuro emplazamiento en un marco temporal relativamente breve, en virtud de circunstancias excepcionales que escapan a nuestro control.

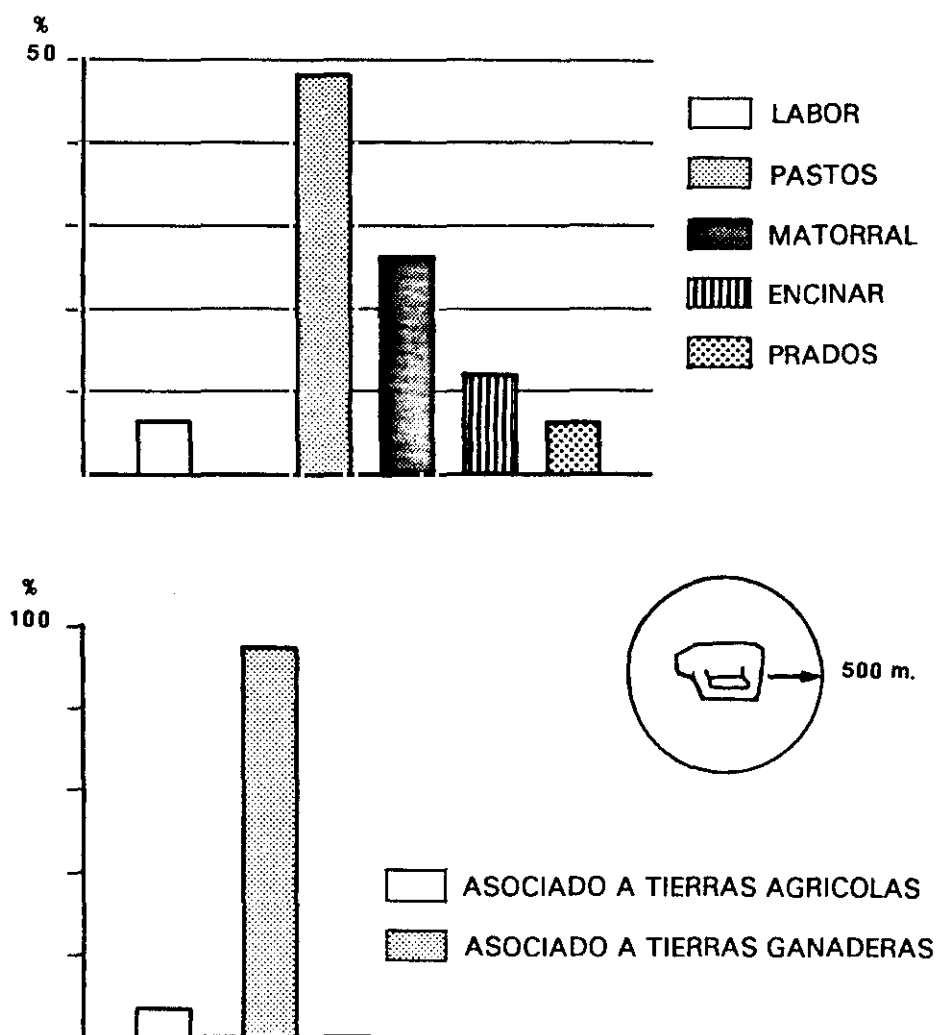


Fig. 71. Caracterización económica de las esculturas de verracos del valle de Amblés (Avila).

## LOS VERRACOS

del ganado, los pastos, entraba forzosamente en competencia con los recursos agrícolas. Esta situación implica un riesgo de "divorcio" entre ambos modelos y exige en la práctica una estrategia.

Ciertamente, hay datos que confirman que una política de estas características existió en la Antigüedad, sobre todo aquella destinada a regular los campos de cultivo (Fowler 1981: 94-119; \*), los pastizales (Cherry 1988: 22-26; Hodkinson 1988: 51-53; Pryor 1996), los desplazamientos del ganado (Gómez Pantoja 1993: 454 ss. y 1995) e incluso el acceso a los manantiales (Wilkes 1974: 258-259). En procesos paralelos, aunque no contemporáneos, se puede ver el mismo fenómeno en las prácticas ganaderas de Irlanda y Gales durante la Edad Media (Lucas 1989: 35-36, 66). Allí, las fuentes testimonian fehacientemente cómo se vallaban durante los meses estivales los pastos críticos del valle y de las tierras bajas para poder aprovecharlos sólo en el invierno. El incumplimiento de estas normas era penado con fuertes multas. Casos semejantes se pueden señalar en los señoríos eclesiásticos de la comarca sayaguesa (Zamora) en el siglo XIII, que establecen un detallado ordenamiento sobre cultivos y dehesas, reservando terrenos de pastos para la etapa invernal (Sánchez Gómez 1991: 36-37).

Este planteamiento teórico hace inevitable la referencia a la escultura zoomorfa. ¿ Se podría asociar el desarrollo de los verracos con la implantación de un marco coercitivo que regulase el acceso a los pastos en la Edad del Hierro ?. Somos de la opinión que estas figuraciones reflejan un valor productivo (la ganadería) y que ello es consustancial a sus condiciones de emplazamiento (los pastos). Por tanto, parecería factible la hipótesis de considerarlas hitos en el paisaje que delimitan recursos críticos, los pastos de invierno<sup>308</sup>, cuya explotación sería organizada por las élites de las comunidades prerromanas (Alvarez-Sanchís 1990a: 277 ss. y 1994). Cuando un grupo de parentesco tiene derecho a usar y controlar recursos económicos estratégicos restringidos, éste refuerza sus derechos con la religión y su ritualización (Goldstein 1981: 59 ss.). Sin duda las necrópolis vettonas incluyen esas relaciones de poder: la existencia de varias zonas diferenciadas, la valoración simbólica y económica de los ajueres

---

<sup>308</sup> Estos mismos pastos se verían fuertemente mermados durante el verano. No en vano, las abrasiones dentarias detectadas en el ganado vacuno de algunos yacimientos vacceos (Morales y Liesau 1995: 483) podrían tener su justificación en el endurecimiento de los pastos durante el estío (Calonge 1995: 532).

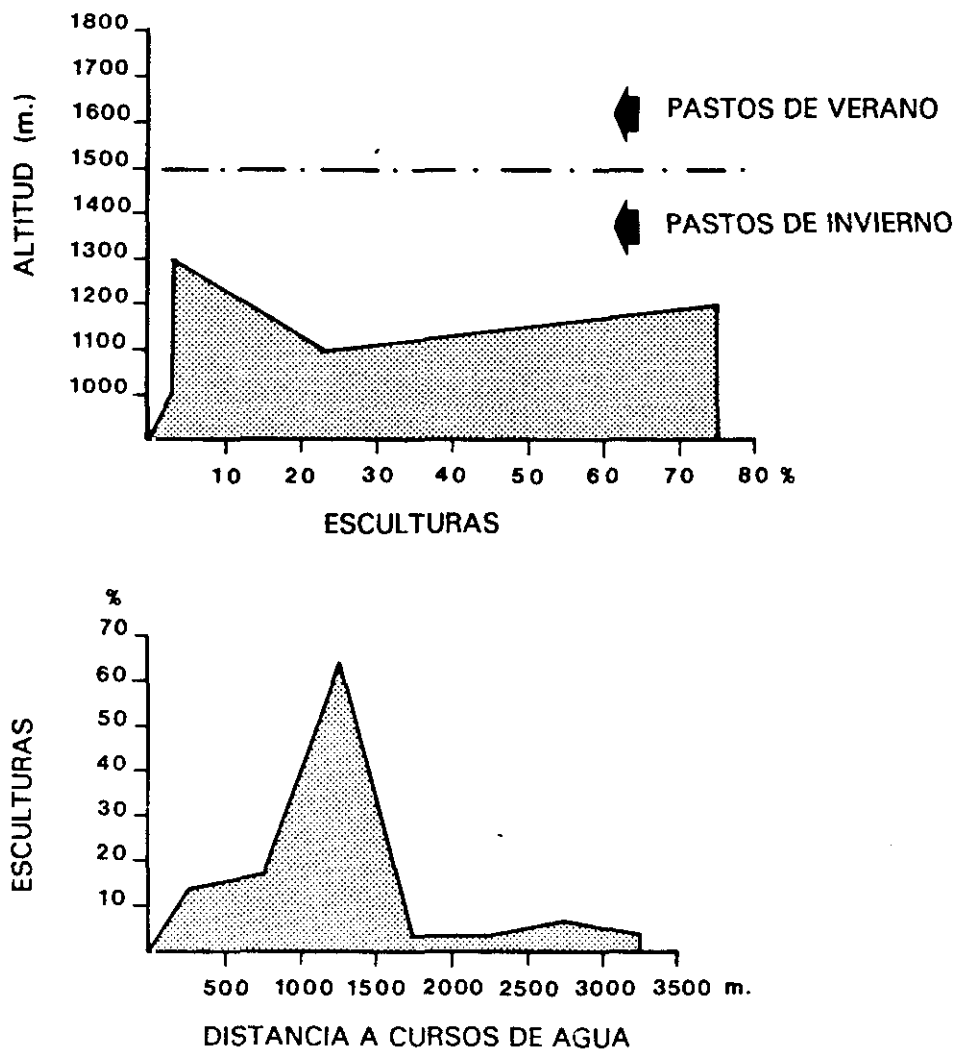


Fig. 73. Distribución de las esculturas de verracos del valle de Amblés, atendiendo a su altitud y la distancia a los cursos de agua (Alvarez-Sanchís 1990).

## LOS VERRACOS

y la distribución desigual de éstos, permiten inferir contradicciones internas en la estructura social (Castro 1986: 127 ss.; Kurtz 1987: 257 ss.; Martín Valls 1985: 122-123 y 1986-87: 75-78). Pero dicha relación, además, podría adquirir una significación especial a partir de otra perspectiva: la consideración religiosa y protectora de los verracos en el paisaje.

Sabido es el carácter sagrado que se da a los hitos en el mundo céltico y como se asocian a determinadas divinidades (Marco 1993b), tradición que ha podido pervivir hasta la actualidad en multitud de pueblos (Caro Baroja 1990: 316). Existía en la Galia un dios identificado con Mercurio cuyo nombre, Moccus, es la forma antigua del bretón Moc'h, que significa cerdo o jabalí (Blázquez 1983: 17), siendo francamente ilustrativo que Fita y Fernández-Guerra (1880: 16, nota 1; *vid.* Taboada 1949: 15-16) expliquen la palabra mojón por derivación céltica, teniendo en cuenta que "Muc en gael, y Mochyn en lengua del país de Gales, significan cerdo". Pues bien, es probable que en el verraco portugués de Paredes da Beira (San João da Pesqueira, Beira Alta) tengamos una evidencia epigráfica de la protección religiosa del lugar. En la inscripción latina grabada sobre el monumento en cuestión López Monteagudo (1989: 126, 133, 144) lee Ateroecon (= de los Ateroecei), indicando que la escultura o el lugar donde se emplaza pertenece a una gens. Como advierte la misma autora, el sufijo -oece, propio de divinidades indígenas tópicas, indicaría la sacralización del espacio tribal o comunal del territorio, en relación con el grupo de parentesco (*vid.* Albertos 1975: 49-60; Blázquez 1991: 127). Es importante valorar que la escultura fue hallada en un campo y cerca de una fuente, no descartando su primer editor, Pinho Leal, en 1875 (o. cit. en Campos Ferreira y Figueiredo 1978: 341) el hecho de que estuviera sirviendo de término de alguna propiedad o territorio. Cabría por tanto la posibilidad de hablar de un grupo social, cuyos pastos estarían simbolizados por la presencia de esta escultura.

Otro rasgo digno de consideración serían las cazoletas y signos insculturados asociados a algunos ejemplares. Las primeras se han interpretado para quemar aromas o hacer libaciones (Gómez Moreno 1983: 41, López

Monteagudo 1989: 50-51, 144-145). Su valor sin duda se ha sobredimensionado<sup>309</sup>, pero el sentido ulterior de unas pocas podría relacionarse con la sacralización del soporte, la piedra, extensible a la sacralización del lugar<sup>310</sup>. Una particularidad muy interesante que vemos repetirse en efigies análogas, sobre todo en la nalga derecha y en piezas de tipología antigua (Guisando, Ulaca, Avila, Las Cogotas, Tabera de Abajo, Segovia y Segura de Toro) son signos en zig-zag que Gómez Moreno (1983: 23 y 38) llamaba "verdugones", cual marcas de ganadería (vid. Blanco Freijeiro 1984: 7; López Monteagudo 1989: 50). A título de mera conjetura, podríamos estar ante la expresión de un "lenguaje" identificativo del sitio o incluso de las reses. En cualquier caso, la homogeneidad de estos artificios y de algunos talleres escultóricos podría indicarnos que la élite debió mantener relaciones entre sí, compartiendo una simbología común y, probablemente en muchos casos, unos mismos artistas. Es decir, no sólo existirían relaciones verticales de tipo gentilicio, sino también horizontales, haciendo coincidir un mismo tipo de escultura como identificador de los nobles de varios asentamientos (vid. Chapa e.p. \*).

La construcción de estos monumentos ofrece además un punto focal en la configuración del paisaje y hay indicios de que algunos límites, parcelaciones y cañadas del territorio fueron identificados mediante su ubicación, idea que tiene poco de novedad, como recordarán quienes hayan leído a Fernández-Guerra (1853: 309 y 1862: 47-49 ss.) y Paredes Guillén (1888: 136-164).

Respondiendo a este talante tendríamos en primer lugar el hecho de que una parte de las dehesas donde confluyen nuestras esculturas se encuentran en el extremo de antiguas divisiones de tierras que se corresponden con entidades administrativas medievales y actuales. Varios ejemplos de esta naturaleza se

---

<sup>309</sup> Es posible que muchas sean de factura reciente (Arias et alii 1986: 15), pudiéndose citar el ejemplar de Narrillos de San Leonardo (Avila), cuyas concavidades fueron producto de la extracción de polvo de granito para usarlo como secante (id. 1986: 99) o el toro de Villar del Pedroso (Cáceres), con el costado izquierdo cubierto de cazoletas, "siendo preciso advertir que hasta 1948, la escultura se hallaba tumbada sobre su costado derecho, el cual no presenta ni una sola cazoleta" (López Monteagudo 1989: 89).

<sup>310</sup> No es fácil presumir el carácter de aquellas piezas que ostentan una franja resaltada a la altura de la cruz, rasgo que se ha interpretado como el dorsuale de tradición romana con el que se adornaba a los animales que eran conducidos al sacrificio, confiriendo a las esculturas un carácter religioso de ofrenda, es decir, una consecratio (López Monteagudo 1989: 144 y 149). El dato es quizá atendible en algunas esculturas, por ejemplo en Tornadizos y Totánés (Arias et alii 1986: 77 y 83; López Monteagudo 1989: 106, lám. 73), aunque la última autora parece inclinarse por la extensión del término (id. 1989: 50, nota 15), dando entrada a categorías de piezas que simplemente ofrecen los antebrazos delanteros resaltados.



## LOS VERRACOS

producen en la linde que dividen los términos municipales de Toledo y Cáceres: el toro de Madrigalejo, entre el término citado y el de Navalvillar de Pela en Badajoz (Ramón y Fernández Oxea 1950: 64), el verraco de Carrascalejo de la Jara, hallado en la línea de demarcación de Carrascalejo, Villar del Pedroso y Mohedas de la Jara (*id.* 1950: 59) así como dos de las esculturas de la Finca "la Oliva", en un cerro entre los términos de Villar del Pedroso y Valdelacasa de Tajo (González Cordero y Quijada 1991: 178). Estas cualidades también se pueden apreciar en los toros abulenses de Muñogalindo, a escasos metros del término de Muñochas, Guisando, no lejos de la línea de demarcación entre Avila y Madrid, y tal vez el verraco del Berrueco, entre los términos de Medinilla, El Tejado de Béjar y Puente del Congosto en Salamanca. Resulta lógico pensar, a partir de estos aspectos, que otras veces las esculturas coincidan con los límites teóricos de los territorios de los *oppida* ofrecidos por los polígonos Thiessen, bien evidenciado en el valle de Amblés (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995: 228-229; *vid. supra* Fig. \*).

A la vista de estos datos, tal vez sea válido recurrir a la vetusta tradición recogida en su tiempo por Ballesteros en 1896 (o. cit. en Rodríguez Almeida 1981: 19), relativa a la existencia en el límite oriental de la provincia abulense de una escultura de verraco con una inscripción doble en los costados: Hic est Tarraco, non Lusitania / Hic est Lusitania, non Tarraco, epígrafe cuyo fundamento podría residir en un término romano del puerto de La Palomera, al norte de Cebreros (Rodríguez 1879: 60), que deslindaba los límites con análoga inscripción, lo cual no obstante plantea numerosos problemas de difícil solución<sup>311</sup>. Extremadamente elocuente en este mismo sentido es la localización, en las proximidades, del río Cofio, afluente del Alberche, que podría derivar del latín *cofinium*, "confín" o "frontera" (Knapp 1992: 7).

En segundo lugar, es igualmente significativo que los verracos hayan sido y todavía sigan siendo utilizados como mojones territoriales para definir áreas y límites de pastos; no en vano, la proximidad de muchas de las esculturas a las cañadas destinadas al tránsito de ganados (Paredes Guillén 1888: 136 ss.; Jiménez de Gregorio 1950: 105-108; Alvarez-Sanchís 1990a: fig. 19) consagran

---

<sup>311</sup> Con todo, la referencia de Ballesteros (1896) se basa originariamente en un estudio del sacerdote Gil González Dávila aparecido a mediados del siglo XVII, que incluye el verraco con la inscripción latina, y que M. Mariné (1995: 276) achaca a una invención o error de este último.

una ocupación diferencial del espacio, en la medida en que éstas últimas no son mas que el trozo de camino lindante con tierra cultivada (Klein 1979: 33)<sup>312</sup>. Una lectura cuidadosa de los mapas topográficos puede servir para justificar la cercana presencia de topónimos alusivos a estas esculturas, cuyas implicaciones resultan fáciles de conceptualizar: "El Hito", "Valle del Cebón" o "El Burro de la Barrera" (verracos salmantinos de Fuenlabrada y Lumbrales), "Prados de los Hitos" (verraco de La Redonda en Salamanca), "Prado del Toro" (esculturas de Cáparra, Plasencia y El Berrueco), "Prado de los Toros" (Ledesma), "Campo del Toro" o "Cabeza de Toro" (Muñogalindo y Villanueva del Campillo), "Olival dos Berroes" (Cabanas de Baixo en Moncorvo), "Toro del Hito" (Madrigalejo), "Cruz del Cerro" o "Cerro del Verraco" (Pasarón en Cáceres), Valle del Verraco (Villar del Pedroso), "Arroyo del Puerco" (Arroyo de la Luz), arroyo "El Verraco" (Botija), etc<sup>313</sup>. Existen además otros topónimos, como "Mojón del Marrano" (López Monteagudo 1989: 15) y "Barba del Puerco" (Morán 1940: 19-20), que seguramente nos ilustran sobre la existencia de verracos marcando estos lugares en la antigüedad.

Finalmente, con todas las reservas que se quiera y de manera muy esquemática, creemos muy importante referirnos aquí a la documentación moderna y medieval:

- A propósito del enorme ejemplar de toro de San Vitero (Zamora), del que únicamente se conserva la mitad delantera (1,20 m.), cumple advertir como en una carta de donación a la iglesia de Compostela por Alfonso III en el año 899, en donde se cita dicha villa, se comenta, quizá refiriéndose a los límites: idem efigies murgoros planitiem. De seguir a Gómez Moreno (1927: 11), quien recoge la referencia, planitiem podría referirse al vecino Campo de Aliste, notorio por su llanura; murgerium significa en baja latinidad "montón de piedras", equivaliendo acaso a mojón, y el de efigies bien pudiera referirse a la pieza, si es que estaba enhiesta por coto o punto de referencia de la villa, como actualmente lo está de la iglesia del pueblo.

---

<sup>312</sup> También en lo tocante a su distribución, existe acuerdo general en admitir la relación de los asentamientos de la Edad del Hierro con la red de cañadas. Este es el panorama que se desprende del análisis de Sierra y San Miguel (1995) respecto a la ocupación humana del valle del Duero.

<sup>313</sup> Junto a los mapas topográficos, son de obligada consulta Morán (1940: 19-20); Ramón y Fernández Oxea (1950: 58 y 64), González Cordero et alii (1988: 21), López Monteagudo (1989: 15, 66, 93, 98) y Hernández Hernández et alii (1989: 16).

## LOS VERRACOS

- Algunas esculturas ostentan signos cruciformes - Madrigalejo, Tornadizos, Santo Domingo de las Posadas, Carrascalejo de la Jara (Ramón y Fernández-Oxea 1950: 64 ss.; Martín Valls 1974: 75; Arias *et alii* 1986: 77, 111; González Cordero *et alii* 1988: 27, nº 3) - que en bastantes casos gustan de contemplar como monumentos paganos cristianizados. Pero, además, hay que insistir en el hecho de que signos análogos en piedras y roquedos con una finalidad demarcadora gozaron de cierta práctica en la Edad Media (Casanovas 1992: 147 ss.)<sup>314</sup>.

- Sabido es el uso de los rollos o columnas de piedra medievales, que eran insignia de jurisdicción y frecuentemente servían de picota para los ajusticiados. En este sentido, Ramón y Fernández-Oxea (1950: 71, lám. VI), a propósito de la existencia de cabezas de suidos en rollos erigidos en los siglos XV y XVI en algunos pueblos cacereños (Belvís de Monroy, Valverde de la Vera), comenta: "la hipótesis de que tales cabezas hubieran sido aprovechadas de verracos antiguos que existieran en las cercanías, no es descabellada, puesto que dichos pueblos están dentro del círculo de esta cultura". Análogamente esta asociación volvemos a encontrarla en los verracos trasmontanos, de cuerpo entero, de Torre de Dona Chama y Bragança (López Monteagudo 1989: 15).

- A finales del siglo XVIII Hermosilla y Sandoval rescata varias esculturas de toros y verracos de proporciones considerables en las proximidades de Talavera la Vieja (Cáceres), la antigua Augustobriga vettona, que encuentra sirviendo de hitos en la dehesa (Hermosilla y Sandoval 1796, o.cit. en González Cordero y Quijada 1991: 175; *vid.* López Monteagudo 1989: 87-88).

- Otra referencia importante aunque bastante más problemática sería la noticia de los verracos gallegos de Pontedeume, Jubia, Ponte do Porco (Taboada 1949: 11-12) y Narahío (Núñez Sobrino 1982), algunos de ellos empleados como símbolos de jurisdicción de la Casa Fernán Pérez de Andrade. La circunstancia de su situación en los puentes "hace suponer su carácter de mojón o hito territorial que había de fijar el derecho de pontazgo" (Taboada 1949: 12). El hecho de que se trate de esculturas posiblemente medievales - aunque no hay nada seguro en este sentido (López Monteagudo 1989: 15-16) - no exime el interés implícito de

---

<sup>314</sup> Por ejemplo en Irlanda el espacio sagrado quedaba delimitado por menhires. Estas construcciones fueron reemplazadas en época cristiana por cruces (Guyonvarc'h 1960: 189; Marco 1993b: 318).

estos monumentos, erigidos en conmemoración de los orígenes abulenses de una familia noble. Tal vez incluso fueran esculturas reutilizadas, habiendo sido trasladadas en el siglo XV de Avila a la Coruña.

La cuestión reviste mayor trascendencia puesto que nada infrecuentemente los títulos de los propietarios de estas dehesas son marquesados, de origen medieval, cedidos a los señores que defendían marcas o territorios fronterizos. Si fijamos nuestra atención en los terrenos que albergan a los Toros de Guisando, en su día propiedad de la Marquesa de Castañiza (Sopranis y Martín Rocha 1955; Blanco Freijeiro 1984: nota 27), el conocido verraco de Carrascalejo de la Jara (Cáceres) hallado en la dehesa de los Marqueses de Linares (Ramón y Fernández-Oxea 1950: 59), las esculturas de Villanueva del Campillo, en prados que pertenecieron al Marqués de Loriana (Barranco 1993: 158) o los ejemplares toledanos de San Martín de Pusa y el Castillo de Bayuela, vinculados respectivamente a los marquesados de Zugasti y Montesclaros (Alvarez-Sanchís 1993b: 160; Jerónimo López de Ayala-Alvarez de Toledo 1959: 50-53), habremos de convenir que su relación con casas solariegas no parece que deba atribuirse a la mera casualidad. Una situación análoga podría deducirse para la treintena de piezas que se conservan en palacios de la capital abulense. Tratándose de ejemplares desplazados de su ubicación original, creemos como hipótesis razonable que al menos una parte proceda de buenas explotaciones ganaderas, como corresponde al rango social de sus propietarios (Alvarez-Sanchís 1993b: 165).

En resumen, si bastantes piezas se han utilizado desde la Edad Media y Moderna para demarcar simbólicamente propiedades y dehesas, la posibilidad de un patrón similar extensible al paisaje social de la Edad del Hierro cobra mayor verosimilitud y reduce las posibilidades de pensar que se trate de situaciones no perseguidas conscientemente por sus constructores. De igual manera, hay que tener presente que en aquellas áreas donde se erigen las esculturas, la distribución de éstas reproduce y se supedita casi siempre a la distribución de los pastizales actuales más ricos.

**3.4.3. Verracos y espacios sociales.** El contexto arqueológico de los verracos existe y se puede recuperar a través de su análisis en el paisaje. Un intento de aplicar en detalle el modelo general propuesto para las esculturas

## LOS VERRACOS

zoomorfas lo realizamos sobre los emplazamientos de Villanueva del Campillo y Tornadizos de Avila, en los sectores más occidental y oriental del valle de Amblés respectivamente (Fig. \*) (Alvarez-Sanchís y Ruiz Zapatero, e.p.\*). Para ello partimos de la concepción del paisaje como el mundo, tal y como es percibido y conocido por aquellos que viven y se mueven en él (Ingold 1993). Así, el espacio no es algo pasivo sino activo. Lo que interesa son las prácticas sociales, las actividades que se desarrollan en el paisaje. Esta aproximación en Arqueología es muy reciente (Bradley 1991; Barrett *et alii* 1991; Barrett 1994; Bradley *et alii* 1994; Tilley 1994) y sumamente atractiva, aunque una de las dificultades es la falta, por ahora, de una metodología formal (Llobera 1996: 614). La significación de los verracos en el paisaje desde una perspectiva microlocacional permite no obstante algunas consideraciones de interés.

En el paraje conocido como "Tejera Vieja" (Villanueva del Campillo, Avila) se conocen dos esculturas que permanecían medio enterradas en la divisoria de dos propiedades y en un prado que se llama, significativamente, Campo del Toro o Cabeza de Toro (Arias *et alii* 1986: 125-127; López Monteagudo 1989: 79; Larrén 1990: 249). Otro aspecto interesante es que las esculturas se emplazan al pie de un cerro donde tradicionalmente se colocaba "la Cruz de Mayo", como símbolo protector de las cosechas (Barranco 1993: 35). Una de las figuras es de tamaño medio, pero la otra ostenta unas dimensiones excepcionales (250 x 243 x 150 cm.) y es, con mucho, la escultura más grande conocida del área vettona y tal vez de la estatuaria prerromana. El conjunto escultórico se sitúa en el extremo septentrional de una gran hoya muy rica en pastos y con abundantes manantiales, a unos 3500 m. a la izquierda de la entrada al valle por el puerto de Villatoro (Fig. \*). La lógica espacial se puede resumir en los siguientes aspectos:

(a) las esculturas ocupan el lugar más visible de la hoya según se accede desde el puerto, a una altitud de cerca de 1500 m.. Ofrecen unas excelentes condiciones de visibilidad desde el S. y E., es decir desde donde se accede más fácilmente a la hoya, con muy pocas "zonas muertas" de visibilidad. Al mismo tiempo delimitan casi exactamente las zonas no visibles. En otras palabras, resulta difícil imaginar una posición de visibilidad más central y clara.

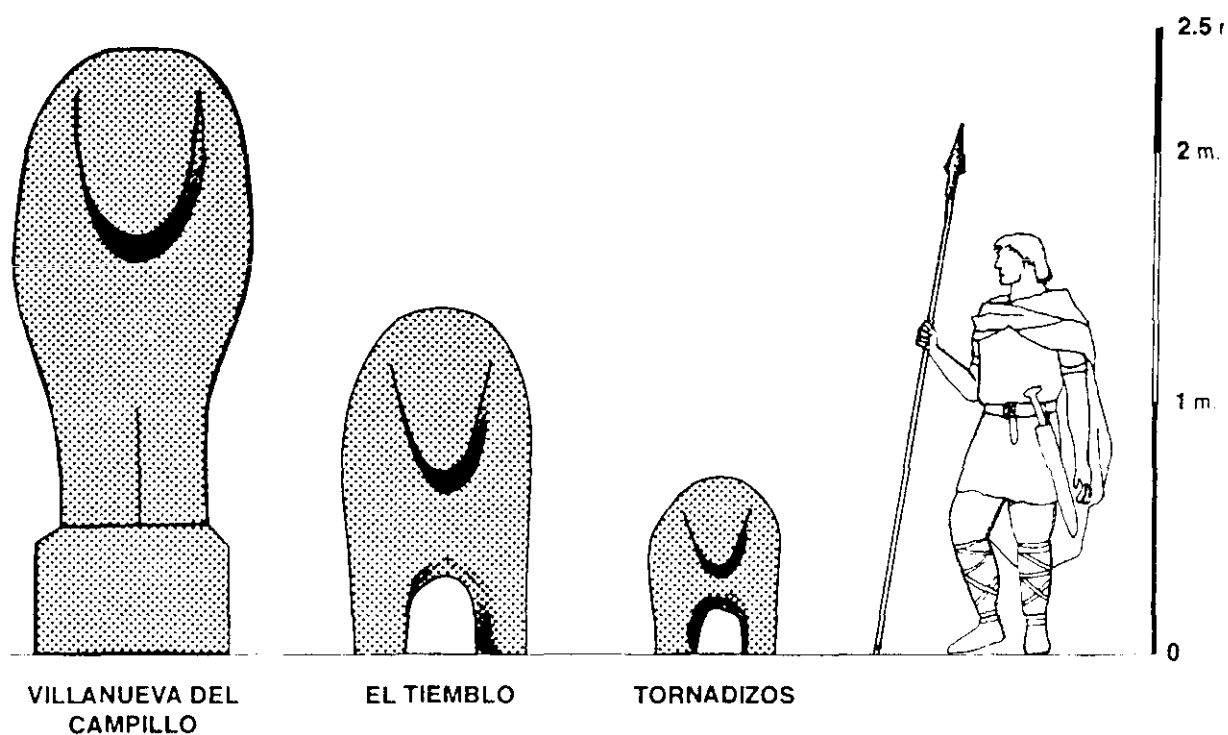
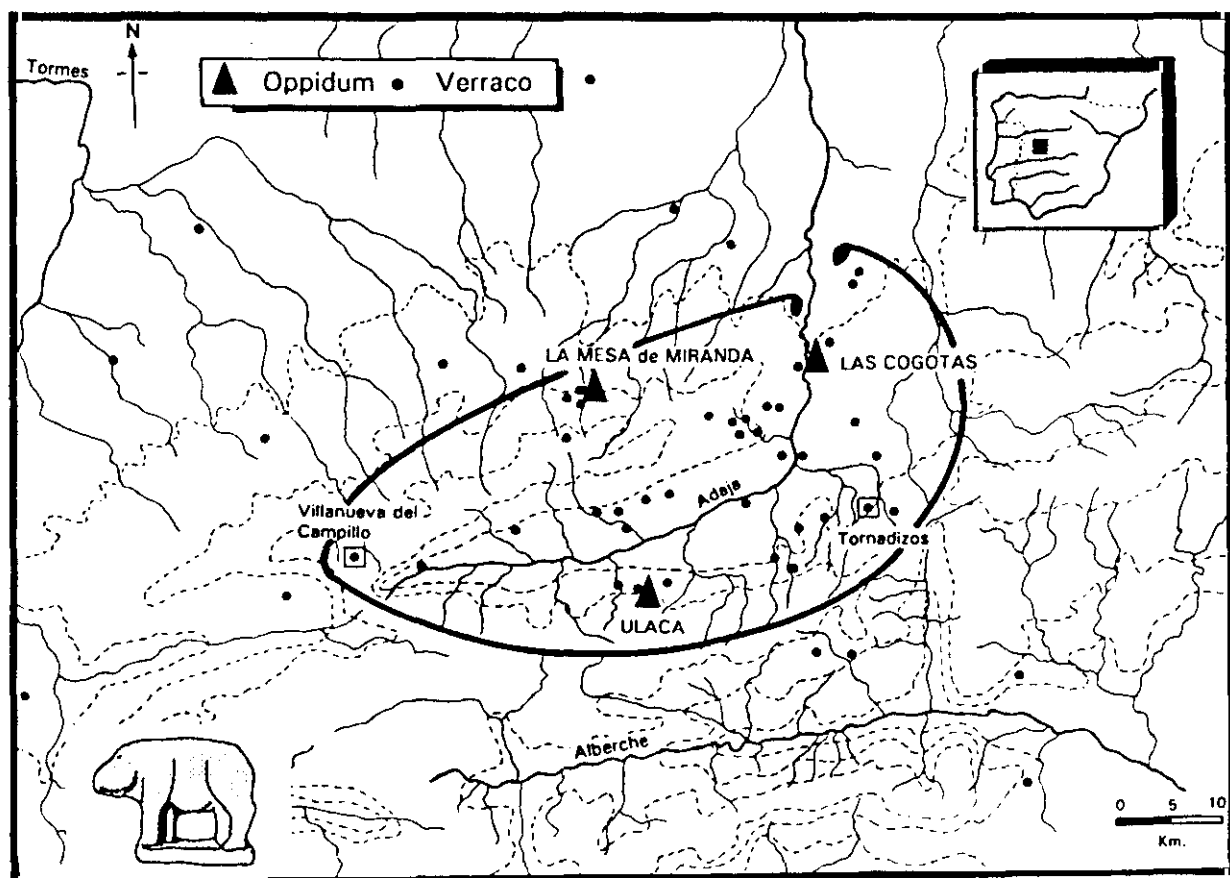


Fig. 74. Distribución de las esculturas del valle de Ambles (arriba) y tamaños comparativos de los verracos (abajo).

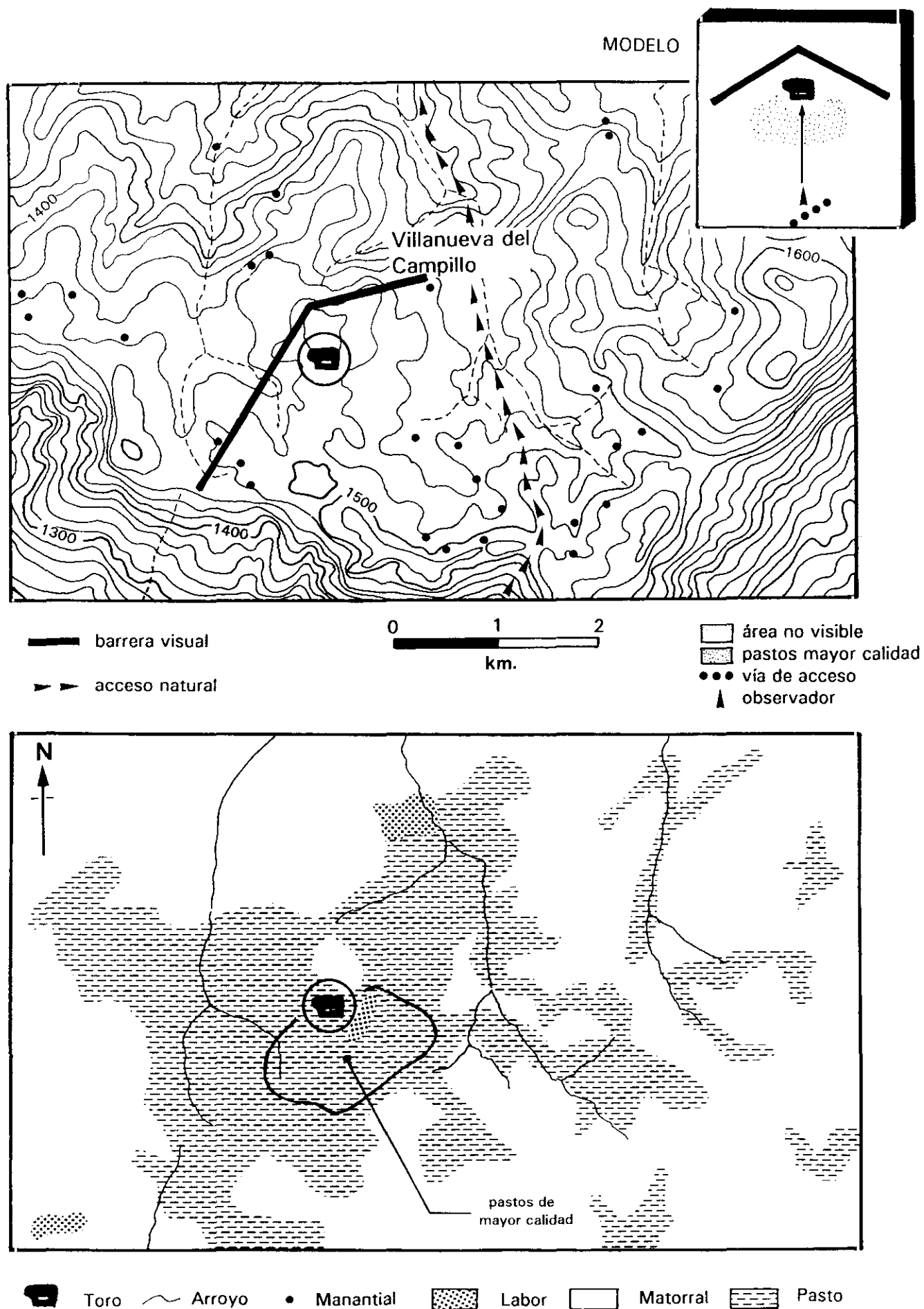


Fig. 75. Villanueva del Campillo. Topografía, visibilidad (arriba) y aprovechamiento de recursos (abajo).

(b) las esculturas, especialmente la más grande, están claramente alineadas en dirección Este-Oeste con la cabeza mirando hacia el Oeste, por tanto están orientadas de manera que ofrezcan el máximo volumen y la mayor visibilidad al acceder desde el Sur o Sureste, vía natural de entrada a la hoya desde el puerto.

(c) las esculturas se encuentran justo debajo de la máxima elevación del horizonte ("Cabeza del Toro") según se accede a la hoya. De algún modo, esa altura podría haber actuado como referente en el paisaje para resaltar la visualización del conjunto escultórico.

(d) en ejes visuales cada 30° comprobamos que la visibilidad del gran toro de piedra - que reprodujimos con una ligera estructura de madera recubierta de tela gris como el granito de la zona - era real a distancias que oscilaban entre los 1800 y 2000 m.. Distancias en las que se puede ver a un grupo pequeño de vacas en movimiento, como comprobamos durante los dos días de la experiencia.

(e) la hoya que dominan las esculturas reúne los pastos más ricos de la zona y los únicos disponibles en los períodos más críticos del año, según nos confirmaron varios vecinos del pueblo con ganado en estas dehesas (vid. Barranco 1993: 30 y 59). Algunos pastaderos del término municipal, entre los que se incluye el área analizada, soportaban a comienzos de siglo una cabaña superior a los cuatro centenares de cabezas de vacuno<sup>315</sup>,

(f) el gran tamaño de la escultura - casi 2,50 m. de altura y un bloque de granito original superior a las 15 Tn. - absolutamente única en el conjunto de la estatuaria vettona, hace muy sugestivo relacionar este tamaño excepcional con su posición de entrada y acceso al valle de Amblés (Fig. \*). En otras palabras, un referente visual para los "extraños" que accedieran al

---

<sup>315</sup> El catastro de Ensenada, en 1752, pone de manifiesto la enorme importancia del número de cabezas de algunas ganaderías adscritas a tierras del clero y de propiedad secular: 717 cabezas de vacuno, 3444 de ovino, 608 de caprino, 113 de ganado caballar y 205 cabezas de ganado porcino. Los datos recogen tanto el ganado adscrito al término de Villanueva del Campillo como fuera de él, y por tanto la magnitud de la trashumancia en la zona y la relación entre el ganado mesteño y estante (Barranco 1993: 184-187).



## LOS VERRACOS

valle, de la riqueza de las comunidades vettonas del Amblés.

En síntesis, la creación de este monumento fue un episodio importante y sin duda jugó un papel activo dentro de un sistema social todavía más amplio. Es un símbolo del poder de quien lo erigió y garantiza la identificación de un grupo humano con el territorio que ocupa.

De la Dehesa "La Alameda Alta", en el término municipal de Tornadizos y a unos 9 Km. al SE. de Avila, se conocen veintidós de estas esculturas (Cabré 1930: 40; López Monteagudo 1989: 73-78), conservándose allí sólo ocho y el resto en la capital. Cabré (1930: 40) indica que aparecían alineadas, interpretándolas como efigies protectoras del ganado, pero su elevado número y la variedad que ostentan los tipos no tiene una explicación inmediata. Aproximadamente la mitad de los ejemplares se caracterizan por sus dimensiones pequeñas, en torno a 1 metro de longitud, y perfiles rectos y geométricos. A veces ostentan inscripciones latinas, habiendo sido interpretadas de cronología romana y como parte integrante de monumentos sepulcrales (Martín Valls 1974: 78-79). El dato es a todas luces indiscutible pero sólo afecta a una parte de las esculturas. Contamos también con piezas entre 1,50 y 2 metros de longitud, de características estilísticas distintas, que pudieron tener una función diferente a finales de la Edad del Hierro hasta imbricarse en la etapa Altoimperial.

Del estudio general de estas piezas y de su análisis en el paisaje (Figs. \* y \*) se pueden hacer algunas otras consideraciones:

(a) las esculturas se emplazan en el centro geográfico de una hoya, según se accede desde Avila, muy bien delimitada por pequeños tesos y suaves ondulaciones, a unos 1250 m. de altitud. Las piezas se hallaron en pleno campo, lejos de poblados y en fértiles prados regados por manantiales. Su ubicación ofrece un estricto control visual del territorio circundante, abierto al noroeste, por donde se comunica fácilmente con la vega del Adaja y la capital abulense.

(b) la importancia del lugar elegido también es manifiesta a la vista de los

ricos pastizales situados a media altura, únicos aprovechables en gran parte del año. La zona restringida de mejores pastos coincide perfectamente con el área de aparición de las esculturas (Fig. \*). Su explotación permite atender la demanda de una considerable cabaña bovina - superior a las 150 cabezas - frente a las tierras de la periferia, más pobres según nos confirmó el propietario de la Dehesa y con abundantes afloramientos de granito.

(c) desde el acceso natural a la zona el paisaje queda visualmente cerrado por las líneas de cumbres de las elevaciones próximas. En el centro de ese "paisaje cerrado" se ubican las esculturas (Fig. \*). Así, los verracos tienen el mejor emplazamiento para ser vistos, contando con una total visibilidad zonal. Las esculturas, como marcadores de ese espacio topográfico, configuran por tanto un espacio topográfico humano.

(d) la visibilidad no sólo es excepcional para quien accediera a la zona desde la llanura del Adaja, sino también para quienes se movieran con los ganados por las cuerdas de las alturas que cierran la hondonada de "La Alameda Alta" (Fig. \*).

Se ha querido relacionar la zona donde aparecen estos ejemplares con los santuarios europeos de abolengo céltico, de tipo "Viereckschanzen" (López Monteagudo 1982: 13). No hay nada seguro en este sentido, pero la consideración sagrada de este espacio podría adquirir una significación muy especial a partir de otra perspectiva: las condiciones óptimas de agua y pastos que ofrece el entorno, el más rico en este sector del valle (Alvarez-Sanchís 1990a: 228-229). Las esculturas contribuyen a reforzar la importancia del lugar y estas prácticas podrían haberse subrayado mediante una actividad cultural<sup>316</sup>, hasta prolongarse en la necrópolis altoimperial. Bajo el punto de vista arqueológico, Martín Valls (1974: 79) recoge el dato del hallazgo de piedras de molino circulares en las inmediaciones del caserío de la dehesa, pero no es posible precisar nada más.

---

<sup>316</sup> A estos recintos sacros se refiere por ejemplo Marco (1993b: 318), a propósito de la interesante inscripción céltica y latina de Vercelli (Vercellae, en la Galia Cisalpina), según la cual, Akisios Arkatokomaterikos dispuso cuatro mojones terminales para delimitar un espacio de terreno que donó para que fuera "común a los dioses y a los hombres". Una valoración no estrictamente religiosa sobre este tipo de espacios y su utilización para actividades colectivas, puede verse en Buchsenschutz (1991). También los territorios asignados a las legiones romanas eran delimitados con hitos de carácter sagrado. Con estos amplios espacios controlados desde un campamento y conocidos como prata - literalmente "prados" - se pretendía garantizar los pastos para los caballos y los alimentos para la tropa (Mangas 1985: 33).

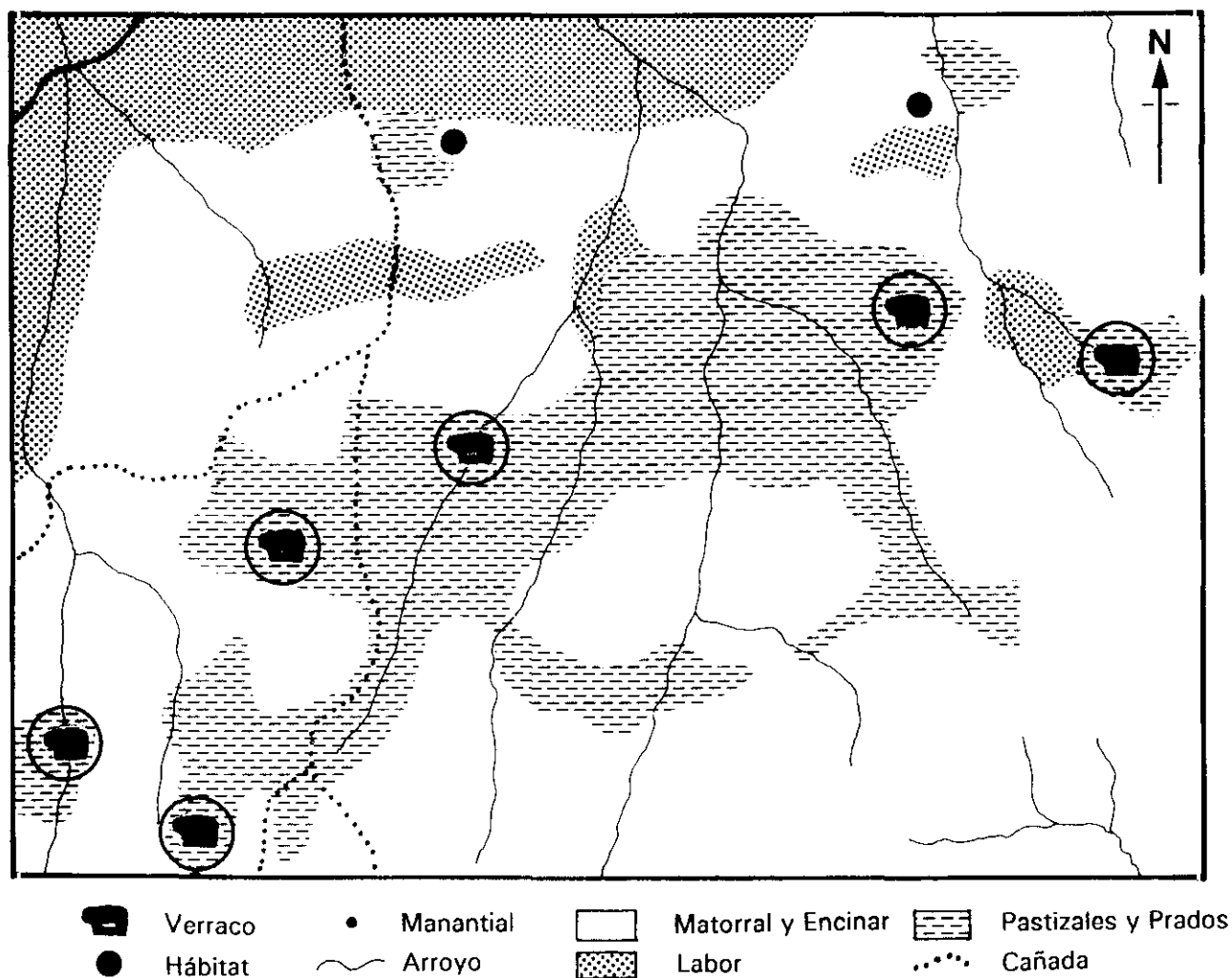
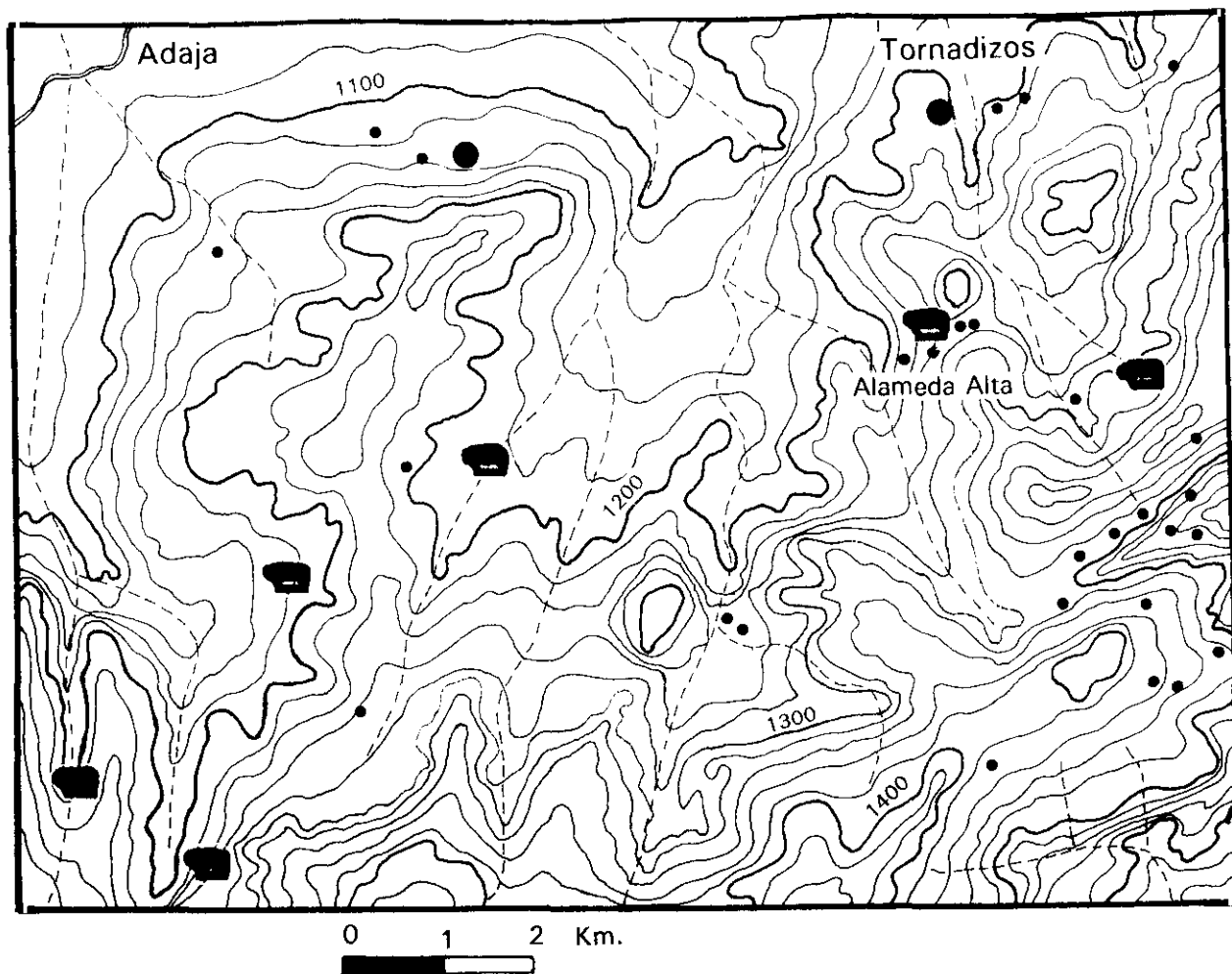
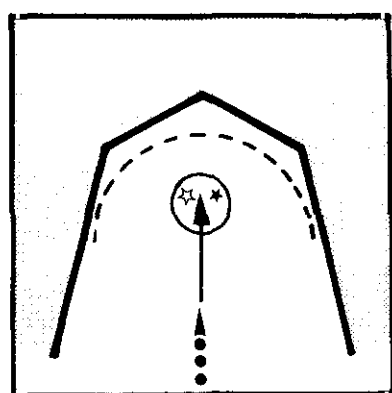
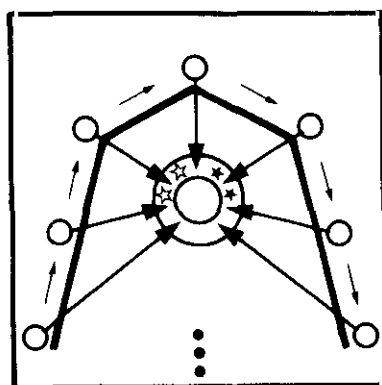


Fig. 76. La Alameda Alta. Topografía y recursos.



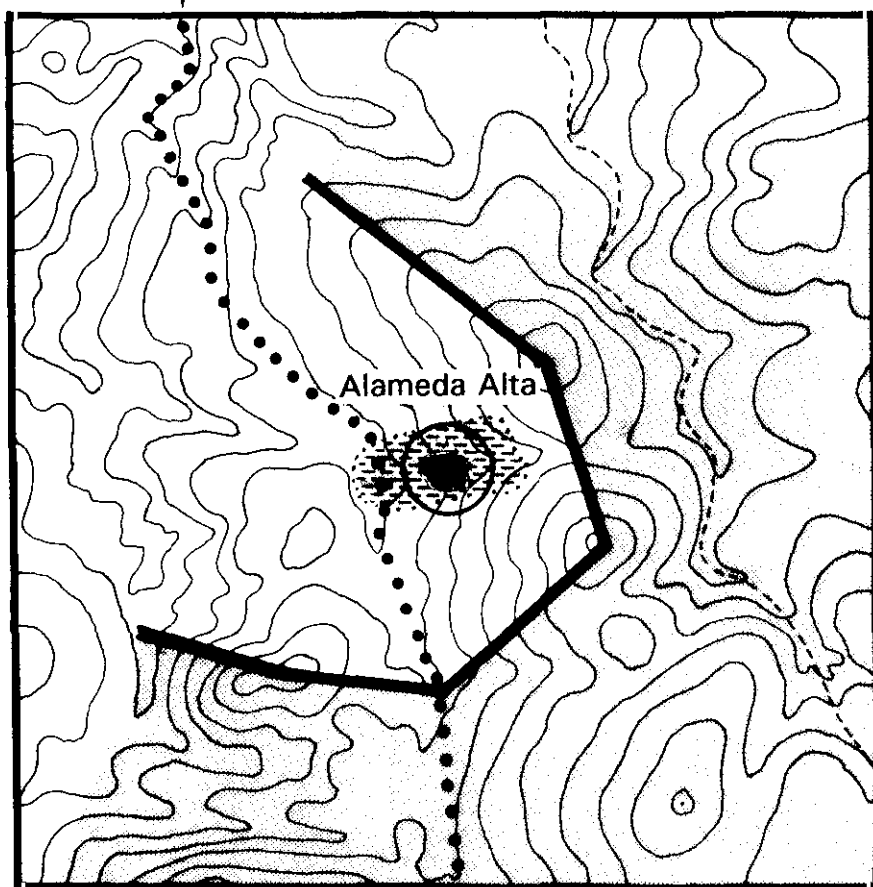
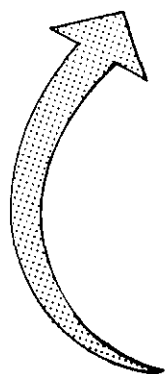
2



3

CLAVE :

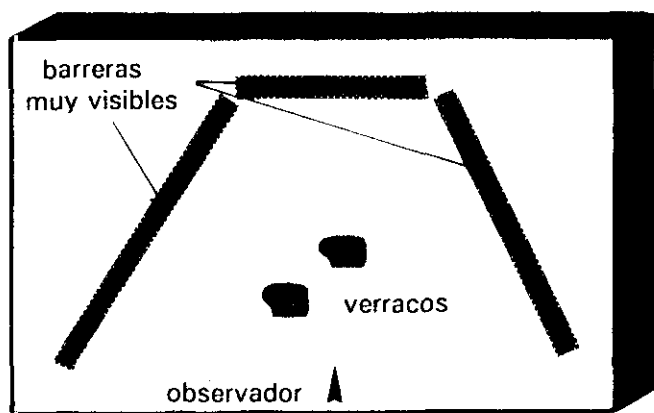
- acceso natural
- barrera visual
- topografía no visible
- ★ emplazamiento verraco
- ☆ probable emplazamiento verraco
- línea visual directa
- punto observación desde alturas



1



0 1  
km.



4

CLAVE :

- (with hill symbol) área de emplazamiento de verracos
- ▨ pastos más ricos
- vía de acceso natural
- barrera visual
- topografía no visible desde acceso

Fig. 77. Visibilidad de los verracos de la Alameda Alta (Tornadizos).

## LOS VERRACOS

Sí creemos muy importante referirnos a su probable relación con el oppidum romanizado de Avila, perfectamente visible desde la hoya, además de otros pequeños establecimientos abiertos y estratégicamente localizados entre las esculturas y la ciudad en cuestión. De alguna manera, esta situación justificaría la posición privilegiada de los zoomorfos en el paisaje, su variedad estilística y el mantenimiento de un mismo patrón locacional hasta época romana, cambiando entonces su función original. En áreas próximas a esta zona y en línea recta se conocen otros emplazamientos zoomorfos también ubicados en las mejores dehesas de la comarca: "Fresneda", "La Pavona", Guterreño" (Fig. \*). Un aspecto muy interesante sería poder precisar la relación de alguno de estos sitios con los yacimientos romanos que refiere el Inventario provincial en Riofrío y la Dehesa de Guterreño.

En definitiva, lo que podemos corroborar con el análisis microlocacional de los conjuntos de Villanueva del Campillo y Tornadizos es que los verracos son demarcadores de especiales áreas ricas en pastos y que su emplazamiento responde a un complejo juego de factores visuales en el paisaje. Además, hay que tener en cuenta que la distancia de visibilidad real actual no fue con seguridad la visibilidad real pretérita, en el sentido de que esta última debió ser, sin duda, más amplia. Más amplia porque las gentes de la Edad del Hierro debieron tener otra percepción del espacio físico; en definitiva, el paisaje no es más que el escenario físico visto por un ojo entrenado a vivir y moverse en él. De esta manera podremos entrever la manera eficaz de "construir" el paisaje por parte de las gentes de la Edad del Hierro. Los verracos debieron ser una parte esencial del paisaje social de las comunidades vettonas, una manera de ordenar el "agrios" en pequeñas regiones con una ocupación relativamente densa (Tilley 1994). Ordenación que remite a una motivación económica y subsistencial, pero que al emplear las esculturas como elementos demarcadores las convierte en símbolos permanentes en el paisaje.

Estamos de acuerdo que la argumentación de los pastizales como recursos

críticos requiere algún otro tipo de comprobación empírica<sup>317</sup>, pero no habría que perder de vista que aunque no podamos reconstruir completamente la "piel" de la superficie terrestre - formas exactas del relieve y vegetación de la Edad del Hierro - sí podemos utilizar, hasta cierto punto, los "huesos" del paisaje a través de la geología y la topografía (Llobera 1996: 622), para intentar visiones como la que aquí se propone.

Concluyendo, la escultura zoomorfa es considerada desde un punto de vista simbólico y funcional como el resultado de un proceso de afianzamiento de las élites en la posesión de determinados recursos del territorio. Las gentilidades vettonas erigieron estos monumentos como símbolo de su posición social y para legitimar sus derechos sobre los pastos y el ganado, al menos desde el afianzamiento de los núcleos castreños en el siglo IV a.C. hasta la consolidación de los grandes oppida en las postrimerías de la conquista. Esta interpretación es perfectamente coherente con el concepto ideológico y religioso de cerdos y toros machos destinados a la reproducción, que las comunidades colocaban en los pastaderos como divinidades protectoras del ganado. Da sentido a su iconografía y nos reafirma sobre la importancia económica, en ocasiones sagrada, del área donde se emplazan.

La ordenación romana del territorio llevó a la población a percibir y orientarse en el paisaje de una manera distinta. Con el desarrollo final de los centros indígenas comenzó a producirse un cambio en la organización de la sociedad y del sistema de propiedad (Ruiz-Gálvez 1990). ¿Cómo se reflejaría ello en el control de los recursos ? ¿Qué sucedería si el ganado y el derecho a los pastos dejara de estar ligado colectivamente a los grupos de parentesco para explotarse a título individual ? Al cambiar la sociedad y las relaciones de poder las esculturas pudieron perder parte de su significación original. Tal cambio podríamos reconocerlo en la especificidad tipológica y geográfica de las últimas producciones, constreñida a talleres locales y con una función seguramente diferente.

---

<sup>317</sup> A más largo plazo, más complejo y difícil pero importante y necesario, será la realización de estudios paleoambientales de cara a la reconstrucción paleoecológica de las comarcas analizadas, por cuanto es complicado determinar los niveles edáficos correspondientes a los suelos antiguos de erección de las esculturas. Teóricamente, dejando constantes ciertos factores de estado, clima y topografía, la valoración actual de los suelos adquiere una relativa utilidad histórica extensible al pasado (Buol, Hole y Mc.Cracken 1973).

## LOS VERRACOS

Llegados a este extremo, el material escultórico tal vez nos permita barruntar el grado de asimilación de las comunidades vettonas a las formas de vida romanas (Alvarez-Sanchís 1995). Propició que fueran utilizadas para reflejar su onomástica o estructura familiar, a través de las escasas piezas que presentan inscripción, o bien reutilizadas bajo nuevos cánones funerarios. Pero si una parte de estas obras reproducen los patrones del arte provincial romano en sus aspectos formales y técnicos, la creación de las mismas sólo encuentra justificación desde la ideología de una élite que sobrevivió a la nueva etapa y desde la perspectiva del indígena que mejor se ajustaba a su identidad cultural y étnica.

**JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS**



## **VIII.**

### **SOCIEDAD Y ETNIA**

#### **1. Sociología de las necrópolis vettonas.**

**1.1. Distribución de la riqueza.** Si las evidencias en el territorio son relativamente explícitas como para deducir un poblamiento jerarquizado, donde la desigualdad en el acceso y distribución de los recursos es un hecho establecido, la impresión que se obtiene del análisis de las necrópolis también permite algunas consideraciones. En el contexto de este estudio lo que nos interesa destacar de los cementerios vettones son dos aspectos: (a) la existencia de áreas separadas o independientes dentro de las necrópolis, y (b) la existencia de una fuerte jerarquización social a partir de las disimetrías de los ajuares funerarios.

Un análisis breve del cementerio de Las Cogotas puede servirnos para contrastar las características sociales de la comunidad castreña. El cementerio se extiende de Norte a Sur a lo largo de 220 m. y a unos 240 m. del recinto superior, con cuatro zonas diferenciadas de deposición funeraria y un sector aislado que comprenden 510, 306, 352, 442 y 3 conjuntos respectivamente (Cabré 1932: 17). De las 1613 tumbas exhumadas se publicaron íntegramente 1447, de ellas 224 con ajuar, lo que representa sólo un 15,5 % del total de enterramientos. Recientemente, meritorios trabajos han ayudado a situar en su lugar adecuado la distribución de la riqueza y las relaciones sociales entre los grupos. Así, un estudio sistemático de las tumbas que contenían ajuar, discriminando los tipos y la funcionalidad de los objetos, permitía a Martín Valls (1986-87: 75-76) establecer las siguientes categorías:

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

(1) Guerreros, que suponen poco más del 18 % de las tumbas que tienen ajuar y un 2,8% del total de enterramientos. Atendiendo al contenido era posible discernir cuatro niveles, los dos más altos incluían armas con nielados de plata y arreos de caballo, y los más bajos panoplia de armamento pero sin objetos suntuarios ni elementos de atalaje.

(2) Artesanos, habitualmente acompañados de punzones y algunas otras herramientas. Representan aproximadamente el 5% de las tumbas con ajuar y el 0,7% del total de enterramientos.

(3) Mujeres, así consideradas por la presencia de fusayolas, casi siempre como único elemento de ajuar, y sólo excepcionalmente elementos de adorno (anillos, brazaletes, cuentas, fíbulas). Constituyen casi el 20% de las tumbas con ajuar y el 3% del total.

(4) Otros, con vasos cerámicos y algunos elementos de adorno, sin excluir alguna tumba infantil. Suponen el 57,5% de las tumbas con ajuar y el 8,8% del total.

Un estudio igualmente riguroso de todas las tumbas de la necrópolis (Castro 1986), verifica la existencia de conjuntos significativos de asociaciones funerarias y permite inferir contradicciones internas en la estructura social, reconociendo cinco rangos superpuestos:

- primer rango, tumbas con elementos de prestigio y autoridad: puñales y espadas con damasquinados, arreos de caballo y escudos. Supone casi el 2% del total de enterramientos.

- segundo rango, tumbas con panoplias que no denotan autoridad: lanzas, punzones y/o cuchillos. Lo integran gentes de diferente estatus; guerreros; artesanos y probablemente sacerdotes, que mantendrían relaciones de parentesco con el primer grupo, al que equiparan porcentualmente.

- tercer rango, tumbas con ornamentos de bronce, fíbulas, cuentas, y otros objetos. Su posición estaría definida por importantes relaciones de linaje con

## SOCIEDAD Y ETNIA

los miembros del rango más elevado. El 7% de las tumbas.

- cuarto rango, tumbas con piezas de menor valor (fusayolas, bolas, hueso, cerámica) pero análoga valoración sociológica. Aproximadamente el 15% de los enterramientos.

- quinto rango, las tumbas restantes de la necrópolis (74%), sin ajuares y con urnas sin atributos especiales. La posición social de este grupo estaría condicionada a partir de su explotación por parte de los individuos de los rangos superiores.

Una cierta relación riqueza/distancia al castro si parece apreciarse, como revela el dato de que prácticamente el 50% de las tumbas con ajuar de guerrero aparecen en la zona I (Kurtz 1987: 263-265). La desigual distribución de elementos de riqueza en las diferentes zonas funerarias demuestra que mantendrían relaciones de competencia entre sí, siendo también evidente que las desigualdades demográficas entre los linajes representados afectaría la capacidad productiva de cada uno (Castro 1986: 135-136).

Este panorama cabe superponerlo a la necrópolis de La Osera. Los enterramientos también se distribuyen en zonas diferenciadas, un total de seis, con 260, 174, 231, 231, 800 y 517 tumbas respectivamente, sin contar las halladas en excavaciones clandestinas, aunque sólo la última fue publicada (Cabré *et alii* 1950)<sup>318</sup>. De las 517 sepulturas tienen ajuar 250 (48%), porcentaje muy superior si lo comparamos con el cementerio vecino. Pero considerando sólo las tumbas con ajuar la composición resulta muy similar, con los cuatro agrupamientos fundamentales (Martín Vallis 1986-87: 76-77). No obstante deben valorarse dos hechos: la existencia de un conjunto de ajuares excepcionales entre las tumbas de guerrero, en varios casos asociados a túmulos, y la dificultad de identificar en este sector de la necrópolis tumbas de artesanos. Circunstancias análogas se infieren de los depósitos recuperados en la zona I, la mitad de ellos con ajuar, siendo posible añadir nuevos datos sobre la organización social y familiar. Los ajuares de

---

<sup>318</sup> Con lo que el cómputo total ascendería a unas 2230 o quizá más (Cabré *et alii* 1950: 59). Por otra parte, Baquedano y Escorza (1995: 28) discrepan de los datos cuantitativos atribuidos a los seis sectores, aunque las diferencias no son significativas: 252, 175, 232, 232, 802 y 517 sepulturas respectivamente.

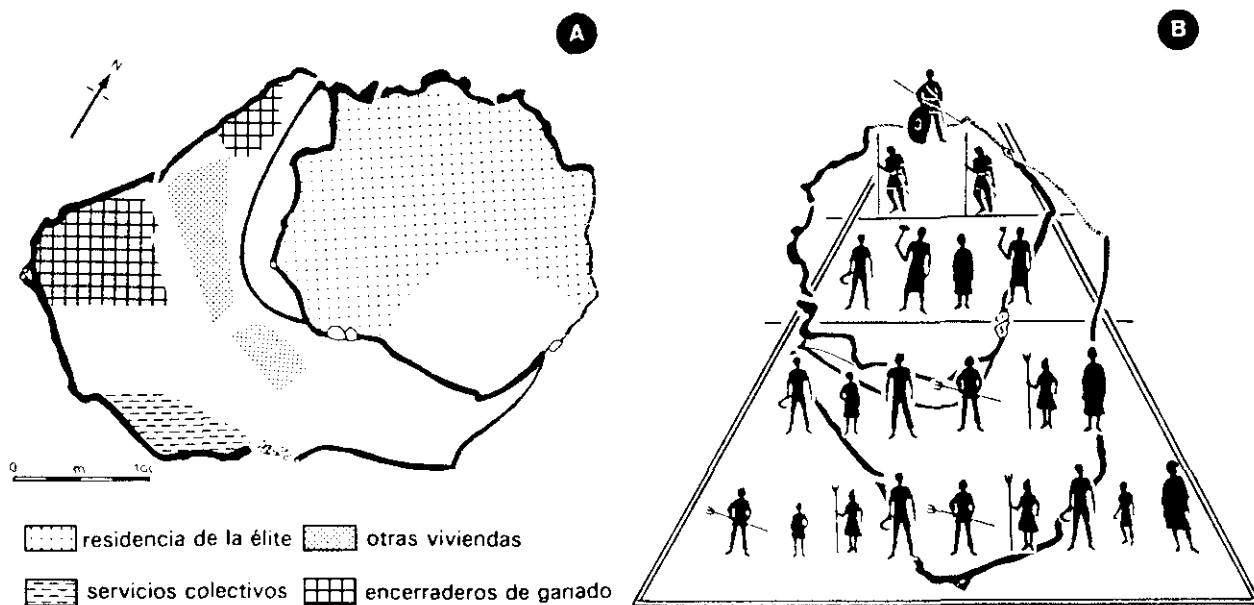
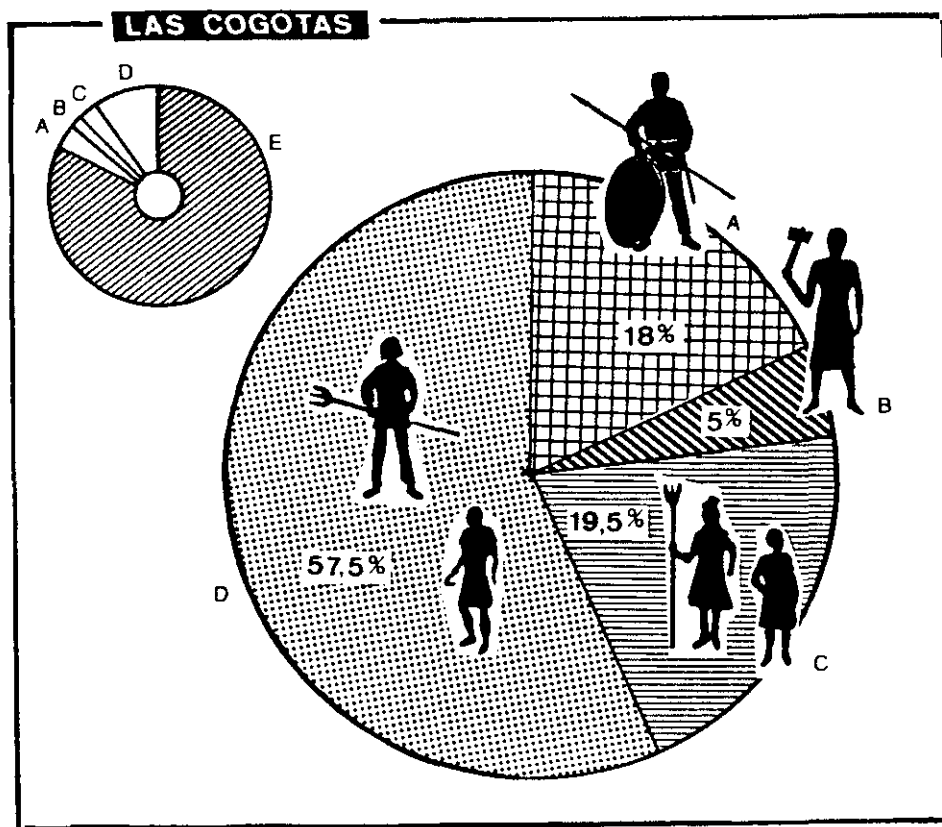


Fig. 78. Distribución de los ajuares según categorías sociales del cementerio de Las Cogotas, áreas de actividad y piramide social.

## SOCIEDAD Y ETNIA

guerreros constituyen el 52% de las tumbas con ajuar y el 26% respecto el total de tumbas. En tal sentido, Baquedano y Escorza (1995 y e.p.) han valorado la distribución topográfica de los ajuares y los túmulos de la zona I de la Osera en virtud de criterios de riqueza, remarcando la no aleatoriedad de los enterramientos. Los datos siguen siendo provisionales pero es factible entrever una ordenación del espacio en tres categorías, tal vez extensible a otros sectores del cementerio:

(1) túmulos de guerrero, en el sector central de la zona I. Reconocibles por sus panoplias completas, elementos de atalaje y adornos. Algunas son excepcionalmente ricas, con objetos importados y suntuarios, habiéndose sugerido en un caso la tumba de un posible sacerdote.

(2) túmulos vacíos, en el sector suroccidental. La localización topoastronómica y su proximidad con las tumbas más ricas es convergente con la idea de posibles cenotafios o estructuras honoríficas. Fuera del ámbito vettón se conocen en la Alta Andalucía (Blázquez 1991: 253-260) y Murcia (Cuadrado 1987: 29, 38-40), por lo que es fácil presumir la existencia de un modelo general común.

(3) sepulturas en hoyo, en el sector noreste y también entre los túmulos o encima de ellos. Atendiendo a los ajuares se establecen varias categorías: tumbas de guerrero con panoplias incompletas y sin atalajes de caballo, otras más modestas con armas arrojadizas, sepulturas con adornos y sepulturas sin ajuar.

Una observación interesante son las sepulturas con adornos pero sin armas, de atribución probablemente femenina. Suponen más del 42% de las tumbas con ajuar - el 47% si se consideran las tumbas con ajuares poco expresivos - con la particularidad de que las más ricas se ubican a escasa distancia de los guerreros con panoplia completa. Si los elementos de los ajuares parecen tener una carga simbólica y social evidente, la localización de las tumbas y su complejidad constructiva serían otro claro elemento de distinción social y de relaciones de poder. El levantamiento intencionado de algunos túmulos para depositar nuevas tumbas en su interior da idea de la reutilización de estas estructuras, proporcionando un dato interesante no sólo de cronología relativa (Cabré *et alii*

1950: 162) sino de posibles relaciones parentales (Baquedano y Escorza, e.p.)<sup>319</sup>. En tal sentido, la transmisión hereditaria de los bienes pudo incluir también un espacio funerario reservado para los miembros de cada linaje. En relación a estas personas se relacionarían distintos niveles de riqueza, en los que cabe entrever una red de familias y tal vez clientes, con rasgos afines a los sistemas que legitiman el poder en el mundo ibérico (Ruiz *et alii* 1992; Almagro-Gorbea 1996a: 87-94; Chapa, e.p.\*).

Este proceso jerarquizador podría tener también su reflejo en las relaciones de poder entre asentamientos vecinos, que en última instancia explicarían las disimetrías de los ajuares, de las estructuras funerarias e incluso del tamaño y monumentalidad de las defensas. Tales hechos se constatan perfectamente en la Mesa de Miranda respecto a Las Cogotas donde, curiosamente, la mano de obra especializada está mejor representada. Las causas concretas de estas diferencias en poblados tan próximos y contemporáneos son desconocidas, pero, por encima de su adscripción étnica, podrían constituir un buen exponente de relaciones clientelares especialmente importantes en los siglos IV-III a.C.

Desgraciadamente para nuestro propósito, los 69 conjuntos exhumados en cuatro sectores de la necrópolis del Raso no son suficientes; existen otros núcleos y la muestra es incompleta (Fernández Gómez 1986 y 1995: 154 ss. y 175 ss.). Las tumbas con ajuar suponen una cantidad muy elevada (82%), que se nutre sobre todo de ofrendas cerámicas. A pesar de ello, volvemos a encontrar una correlación entre deposiciones y estatus social. Los 12 conjuntos reconocibles por la existencia de armas constituyen el 21% de las tumbas con ajuar, dándose además la circunstancia de que los ajuares probablemente femeninos tienen una proporción análoga (23%). Su elemento distintivo son las fusayolas, y sólo excepcionalmente se acompañan de fíbulas y brazaletes. Por último, quedaría el grupo de los ajuares poco expresivos. Hacia el sur del Tajo, las fechas que se han propuesto para la necrópolis de El Romazal I son más tardías (Hernández Hernández y Galán 1996: 112-121), pero la impresión que se obtiene es sumamente reveladora: se han reconocido agrupamientos de tumbas con

---

<sup>319</sup> Como el que se detecta en el túmulo Z (zona I), en cuya base apareció una de las tumbas más ricas de este sector, con espada de tipo Alcácer y unas trébedes. Encima de ella, sin profanarla, otro rico ajuar con puñales y elementos de fuego. Atendiendo a consideraciones tipológicas y estratigráficas los enterramientos se databan, respectivamente, en los siglos IV y III a.C. (Baquedano y Escorza, e.p.).

## SOCIEDAD Y ETNIA

separaciones entre ellas e incluso la existencia dentro de cada agrupamiento de rasgos propios bajo el punto de vista ajuarístico. De las 272 tumbas, 80 tienen ajuar (30%). Considerando estas últimas aproximadamente la mitad son de guerrero, pero muy pocas tienen espada (4%) o arreos de caballo (3%) (Galán, com. personal). Esta misma gradación tal vez se corresponda con la existente entre las mujeres, que podríamos relacionar al menos en parte con los ajuares no militares.

Quiérese decir con estos ejemplos que las pautas de distribución de la riqueza no debieron ser muy diferentes en los cementerios de la segunda Edad del Hierro, aunque caben algunas matizaciones. En los trabajos de Wells (1984: 32-33) sobre las necrópolis hallstáticas centroeuropeas se han valorado los grupos de estatus contabilizando el número de objetos de cada enterramiento. Un problema implícito es que otorga igual valor a todos los objetos, pero lo cierto es que las tumbas más ricas siempre ofrecen un cómputo más alto de piezas (*vid.* Ruiz Zapatero y Chapa). Con idéntico criterio ha evaluado Lorrio (1990 y 1995: 205 ss.) la riqueza de los enterramientos celtibéricos, ponderando razonablemente determinados tipos, de tal manera que los objetos formados por varios elementos (arreos, placas de cinturón, espada/vaina, puñal/tahalí, escudo) eran considerados un único conjunto. Naturalmente, fusayolas, bolas, cuentas de collar o botones, se consideran como una sola unidad, compuesta o compleja.

Como muestran los gráficos de la Fig. \*, la mayoría de las tumbas de Las Cogotas y la zona VI de La Osera contenían muy pocos objetos (de uno a tres en más del 85% de los casos) y sólo unas pocas contenían muchos (apenas el 2% de las tumbas, entre diez y veinte objetos). Este modelo de riqueza, en el que tendrían cabida distintos estratos sociales, también parece ser el usual en los cementerios del Alto Tajo-Alto Jalón (Lorrio 1995: 207), al contrario de lo que sucede en el Alto y Medio Duero (Sanz Mínguez 1993: 374; Lorrio 1995: 207-210). Aún así, existen evidencias de una relativa variabilidad funeraria en la región del Amblés, como lo demuestra el uso de estructuras tumulares y abundantes ofrendas cerámicas en la Osera, frente al cementerio vecino, con una urna por tumba y campo de estelas. La gradación de objetos por ajuar es similar en el Raso de Candeleda (entre 1 y 19 elementos por tumba), sin embargo abundan las tumbas de riqueza media-alta (el 26% con más de diez elementos). Los datos del Castillejo de la Orden (Esteban

Ortega *et alii* 1988) no son contrastables pero el sector excavado (15 tumbas) parece estar reservado a una parte de la sociedad, con una elevada proporción de tumbas con armamento (64%), aunque no se descartan otros sectores más pobres (Martín Bravo 1994: 269). Para terminar, si me parece interesante incluir aquí las 46 tumbas de la necrópolis ibérica de El Mercadillo en Botija (Hernández Hernández y Galán 1996: 91-109). El recuento de ofrendas no es tan indicativo de las diferencias de riqueza. Por otra parte, el cementerio se articula radialmente a partir de un sector central más rico, la expresión simbólica de los ajueres no denota estatus de guerrero y sólo los miembros de un determinado linaje parece que tuvieron acceso al ritual, que además no se corresponde con una población natural, quedando ausentes niños y jóvenes frente a una elevada representación femenina (68%).

Desde luego no existe un receta común para interpretar las distintas modalidades, que en última instancia deben reflejar variaciones en la organización social: (1) cementerios extensos con agrupaciones de tumbas que parecen reflejar grupos familiares (Las Cogotas, La Osera, El Raso), a veces con áreas específicas reservadas a determinados estatus (Castillejo de la Orden, El Romazal I), (2) cementerios reservados a un sector muy minoritario de la sociedad (El Mercadillo) y (3) prácticas funerarias desconocidas, que a priori excluirían cementerios extensos (núcleo castreño occidental y atlántico). Con todo, los datos que proporcionan las necrópolis abulenses permiten entrever una unidad, sólo extensible al sur del Tajo en las postrimerías de la conquista (El Romazal I), dato que comienza a arrojar cierta luz sobre la realidad étnica y la expansión céltica en este momento.

En conclusión, la valoración sociológica de los enterramientos indica que existieron marcadas diferencias sociales entre sus miembros. La sociedad tenía una estructura piramidal, con una élite militar en la cúspide con caballos y armas de lujo que marcaba su posición frente a un grupo de guerreros más amplio con una panoplia más modesta (Martín Valls 1986-87: 78; Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchis 1995: 222-225). Esta gradación se corresponde bastante bien con los distintos equipos estandarizados que se infieren del análisis tipológico de las armas. Es probable que las combinaciones más emblemáticas - panoplias completas con arreos de caballo, algunas muy suntuarias, y panoplias que únicamente llevan



## SOCIEDAD Y ETNIA

armas de asta - pudieran reflejar a su vez identidades sociales dentro de la casta militar. Teniendo en cuenta las tumbas de estos equites y las tumbas de guerrero sin elementos de atalaje, la proporción teórica jinete/infante sería aproximadamente de 1/4 en Las Cogotas y 1/6 en La Osera, similar a la proporción que se daba en otras poblaciones célticas y entre los propios celtíberos (Apiano Ib. 45; Almagro-Gorbea 1996a: nota 243).

En todo caso la jerarquización interna de estos grupos dirigentes podría poner de manifiesto complejas relaciones sociales. Por ejemplo el ejercicio de la función militar debería de estar reservada a los más capacitados y por tanto a los jóvenes, cuya élite integraría al menos una parte de estos equites. Las expresiones romanas iuventus y seniores están bien documentadas en Livio (24,49,7; 28,24,3; 40,30), Salustio (Hist. 2,92), Apiano (Iber. 94), Diodoro (5,34,4) y Valerio Máximo (9,6,2) a propósito de los celtíberos y lusitanos, y remiten, en última instancia, a una diferenciación social basada en grupos de edad y en la capacidad para ejercer la actividad militar, institución que por otra parte también aparece en las sociedades gala, germana e itálica (Ciprés 1993: 104 ss. y 147 ss.). No obstante esta diferenciación primaria estaría subordinada a las relaciones de parentesco, que sí están implícitas en la organización de las necrópolis vettonas.

Lo que está claro es el importante papel de esta clase aristocrática ecuestre, esencial para comprender el creciente desarrollo de estos poblados hacia estructuras de tipo urbano (Almagro-Gorbea 1995b y 1996a: 116-128; Almagro-Gorbea y Torres, e.p.\*). El contexto funerario de panoplias completas y atalajes de caballo que se infiere de estos equites vettones, explicaría en última instancia algunos otros elementos iconográficos en la región. Es el caso de las representaciones de jinete y caballo en la cerámica pintada a torno de Las Cogotas y La Coraja (Cabré 1930: 72-73, lám. LXI; Cabello 1991-92: 106, fig. 7), las fíbulas de caballito de Las Cogotas<sup>320</sup> y El Romazal I (Cabré 1930: 87-90, lám. LXVII; Kurtz 1987: 169-170; Hernández Hernández y Galán 1996: 116), la serie del jinete en la ceca de Tamusia (Sánchez Abal y García Jiménez 1988: 169, lám. 1) o los famosos grabados rupestres del castro salmantino de Yecla (Martín Valls 1973a: 84-89, 96-99 y 1983). Abundan en este último las representaciones de

---

<sup>320</sup> Se conoce también un ejemplar recogido en las excavaciones del segundo recinto del castro.

caballos y grabados geométricos (espirales, cazoletas, reticulados), fácilmente paralelizables con otras insculturas del NO. Peninsular, y una interesante escena de caza en la que unos jinetes armados con lanza acosan a unos jabalíes. También es revelador comprobar la iconografía ecuestre en otros elementos del vestuario aristocrático además de las fíbulas, como se desprende por ejemplo del anillo de cobre procedente del cerro del Berrueco y fechado en el siglo II a.C. (Maluquer 1958b: 107-111, lám. XVI; Blázquez 1959), que reproduce la silueta estilizada de un caballo, objeto tradicionalmente vinculado en Roma a los equites como símbolo de autoridad y prestigio (Plinio N.H. 37,9; Almagro-Gorbea 1996a: 124)<sup>321</sup>.

La relación de los grabados yeclenses con el momento de esplendor en la vida del castro es bastante segura. Por otra parte, las indicaciones cronológicas de las cerámicas, la orfebrería y la numismática citadas parecen viables a finales de la Edad del Hierro, dándose la circunstancia de que en las necrópolis del valle de Amblés los arreos de caballo aparecen en tumbas ricas datables sobre todo en la segunda fase, entre finales de la cuarta centuria y la primera mitad del siglo II a.C. Tal proceso se identifica con el importante papel desempeñado por estas élites en la organización de los oppida célticos e ibéricos de los siglos III al I a.C., coincidiendo con la difusión del helenismo durante los Bárquidas y el inicio de la romanización (Almagro-Gorbea 1996a: 122-125), formando contingentes de caballería cuya importancia perdurará largo tiempo. Así lo demuestra la existencia, atestiguada epigráficamente (CIL. II, 52, 273 y 1193; Roldán Hervás 1968-69: 80-81, 100), de un ala auxiliar de caballería vettona, el Ala Hispanorum Vettonum civium romanorum, que prestó sus servicios en Britannia a lo largo del Imperio y que originariamente debió formarse con individuos procedentes de esta comunidad hispana (Albertos 1979; Le Roux 1982: 93-96).

La división sexual no es detectable en todos los casos, pero, bajo el punto de vista ajuarístico, podría sugerirse una gradación análoga en las mujeres,

---

<sup>321</sup> La consideración del équido adquiere en la Meseta occidental una singularidad manifiesta desde el punto de vista social, económico y religioso, que confirma ese mismo ideal aristocrático (Sánchez Moreno 1995-96). Abundan en tal sentido testimonios literarios y epigráficos, pudiéndose citar la excelencia de las yeguas atestiguada en la cuenca inferior del Tajo (Silio Itálico, Punica 3,378-383; Justino, Epitoma 44,3,1; Columela, De re rustica 6,27,7), el valor del caballo como botín según se deduce de la deditio de Alcántara (...) CONSILI SENTENTIA INPERAVIIT / CAPTIVOS EQUOS EQUAS CEPISENTI / OMNIA DEDERUNT (...), (López Melero *et alii* 1984: 265-266) y también como víctima sacrificial entre vettones y lusitanos (Livio 49; Estrabón 3,3,7). La leyenda de las yeguas preñadas por el viento es reiterada varias veces en las fuentes antiguas (Roldán Hervás 1968-69: 97). Sobre el caballo hispano en las fuentes, véase Schulten (1959-1963: tomo II, 479-499).

## SOCIEDAD Y ETNIA

considerando los ajuares con ricos elementos de adorno (brazaletes, collares, fíbulas) y otros más pobres. Además, proporciones más o menos iguales de hombres y mujeres en este sector social, al socaire de los datos cuantitativos que proporcionan las necrópolis abulenses, pueden ser un buen indicador de relaciones monogámicas. Por debajo de este grupo estarían los especialistas, que se nutren de artesanos a tiempo parcial y completo: metalúrgicos, canteros, alfareros, carpinteros, leñadores.... actividades que no siempre se reflejan en los ajuares pero cuya existencia se intuye muy bien en los oppida (Cabré 1930: 98-103, láms. LXXIV-LXXIX; Fernández Gómez 1986: 454 ss.; Fernández Gómez y López 1990: figs. 10-11; Hernández Hernández et alii 1986-87 y 1989: 131, figs. 62-63). A pesar del papel que debieron jugar estos especialistas en las sociedades de la Edad del Hierro, la escasez de enterramientos reconocibles es común en toda Europa (Ruiz Zapatero y Chapa 1990: 366), hasta el punto de que aquellas que contenían yunques o punzones eran habitualmente interpretadas como tumbas de metalúrgicos (Wells 1984: 68-69). Estos inconvenientes no invalidarían en cualquier caso la idea del guerrero-artesano, subrayando la condición del primero en los elementos de ajuar (vid. Ruiz-Gálvez 1985-86: 92).

Los enterramientos sin ajuar, más del 80% de la población, corresponderían a los individuos más humildes y tal vez a esclavos. Recuérdese a este respecto que con motivo de la expedición de Aníbal en el año 220 a.C. se citan esclavos en Salmantica (Plutarco, mul. uirt.: Polieno 7,48). Su existencia es muy difícil de probar arqueológicamente. Es probable que los escritores de la Antigüedad equiparasen los grupos más inferiores en la escala social con los "siervos", opuestos a los "libres", trasladando así su concepción esclavista a estas comunidades de la Meseta (Castro 1986: 133)<sup>322</sup>. Por otra parte, cabe también pensar que no contamos con todos los enterramientos llevados a cabo y es posible que no todos los habitantes tuviesen acceso al cementerio, por lo que ni siquiera podemos garantizar si las tumbas sin ajuar les pertenecerían (Martín Valls 1986-87: 75, notas 118, 120). La ausencia de ajuar no tiene que significar necesariamente ausencia de estatus del difunto, cuyo papel en estas sociedades puede haberse simbolizado mediante complejas ceremonias funerarias en áreas específicas y no

---

<sup>322</sup> Un dato ciertamente interesante, aunque posterior en el tiempo, nos lo proporciona la muestra epigráfica de Yecla de Yeltes y Salamanca. En la primera se atestigua un servus (Martín Valls 1982: 189-191) y en la segunda una Placidia ancilla (Maluquer 1956a: 138, nº 107).

por la riqueza del ajuar (Aleksin 1983: 142-143). Este mismo planteamiento es también extensible al equipo armamentístico, dado que la hipotética defensa del poblado competía a todos y no a unos pocos, lo que evidenciaría el componente simbólico y restringido de los ajuares (Esparza 1991: 19). Bajo el punto de vista económico, la actividad de esta amplia base social de condición humilde estaría en cualquier caso enfocada hacia las labores más básicas del proceso productivo: el trabajo agrícola, el cuidado de los ganados y, probablemente también, la construcción y reparación de las defensas del poblado (González-Tablas 1985: 47).

Por otra parte, la estratigrafía horizontal de los cementerios vettones posibilita reconocer unidades familiares sobre la base de cuatro argumentos: (a) agrupamientos específicos de tumbas separadas por áreas estériles, (b) la existencia de tumbas socialmente preeminentes en cada área, (c) la homogeneidad del ritual funerario y (d) la gran diversificación de ajuares e incluso variaciones entre los mismos. La coetaneidad de las diferentes zonas parece fuera de toda duda (Kurtz 1987), luego es totalmente factible suponer que las áreas funerarias excluyentes estén reflejando un sistema de descendencia lineal en los grupos familiares, cuya economía se basaba en el control de diferentes medios de producción, y que se enterraban separadamente para reforzar ideológicamente sus derechos (Castro 1986; Kurtz 1987: 256 ss. y 274-277). La organización jerarquizada de estos grupos de parentesco tendría también su correspondencia en la organización interna de los poblados y del paisaje. Este modelo sería consistente con la idea de los verracos, expresión de una iconografía política y religiosa que incluye información sobre identidades grupales y su competición por el acceso a recursos económicos restringidos (Alvarez-Sanchis 1990: 227-231).

**1.2. Tradiciones cerámicas.** Otro aspecto que creemos importante es la búsqueda de estilos decorativos normalizados en el ajuar funerario. Por ejemplo Lorenz (1985) planteó una aproximación arqueológica al estudiar el vestuario de las tumbas de La Tène inicial en Centroeuropa, demostrando que los objetos más significativos (armas y adornos) permitían descubrir tradiciones geográficas específicas, al tiempo que expresaban identidades de grupo y estatus. De igual manera, para el caso que nos ocupa, un detallado análisis estilístico de las cerámicas con decoración a peine podría evidenciar características atribuibles a

## SOCIEDAD Y ETNIA

una o varias comunidades vecinas, así como la red social a la que pertenecen (vid. Plog 1980: 118; Hodder 1982a: 42-43 y b; Megaw 1985).

Existe acuerdo general en admitir el hecho de que estas cerámicas constituyen la artesanía más común en los poblados abulenses de la segunda Edad del Hierro (Cabré 1930 y 1932; Cabré et alii 1950; Fernández Gómez 1986). Pero la posibilidad de visualizar diferencias en la decoración de los recipientes abre algunos caminos para ulteriores investigaciones. En primer lugar, cabría partir de unos motivos sencillos y generales que son comunes a vastas regiones del valle del Duero y el Sistema Central, como son las series de bandas onduladas y quebradas en zig-zag, que, previamente, habrían sido desarrollados a partir de los repertorios del Bronce Final/Hierro I. En segundo lugar, pueden considerarse técnicas específicas en virtud del peine empleado, que desde luego parecen testimoniar diferencias étnicas. A ello ya nos hemos referido en otras ocasiones (cap. \*; vid. Alvarez-Sanchís, e.p.); ahora únicamente pretendemos señalar la coincidencia "grosso modo" entre las producciones incisas del ámbito vettón y un gusto más acusado por las cerámicas impresas o inciso-impresas en las comunidades vacceas y celtibéricas. Otro indicio en este mismo sentido sería la predilección por los temas en espiguilla y líneas oblicuas o verticales de puntillado en algunas necrópolis del Alto y Medio Duero (Barrio 1988; Altares y Misiego 1992), frente a las barrocas cesterías de Cogotas II. Y en tercer lugar, no debe excluirse, sino todo lo contrario, el recurso a los análisis microlocacionales o de sitio. De manera breve, el estudio de estas cerámicas en las necrópolis de Las Cogotas, La Osera y El Raso de Candeleda, permite esbozar algunas consideraciones estilísticas (Fig. \*).

Constituyen respectivamente el 6%, 11% y 17% del total de enterramientos conocidos. En el primero de los cementerios citados contamos con 97 tumbas que incluyen estos recipientes, generalmente cuencos hemisféricos y vasos ovoides, 17 de las cuales se relacionan con otros elementos de ajuar. Los cuatro motivos más abundantes proporcionan las siguientes frecuencias: temas de cestería (38%), bandas en zig-zag (23%), soles o estrellas (15%) y sogueados (12%). El resto de los motivos son más excepcionales y no permiten ninguna consideración. Si pasamos a la zona sexta de la Osera, nos encontramos con un total de 59 enterramientos con cerámica a peine, de los que 37 tienen ajuar. Los vasos se

relacionan con soportes análogos y urnas de cuello cilíndrico; sin embargo, las tendencias estilísticas apuntan en otra dirección: básicamente se trata de sogueados (60%), bandas en zig-zag (10%), sogueado/zig-zag (7%) y cestería (3%). La situación es particularmente interesante en las 12 tumbas del Raso con cerámica a peine, dándose la circunstancia de que todas ellas tienen ajuar. Las formas están más diversificadas, sobre todo urnas de cuello cilíndrico y de perfil en S, y el cambio también parece darse en la sintaxis decorativa: motivos almendrados (50%) - acanaladuras verticales delimitadas por líneas incisas a peine - bandas en zig-zag (18%), sogueados (9%) y bandas horizontales o verticales (9%). Esta flexibilidad también se constata en las necrópolis desde el punto de vista técnico. Tal sería el número de púas usado en los peines, aunque plantea problemas insolubles si se tiene en cuenta el grado de conservación de las piezas y la fiabilidad de la documentación aportada. De todas maneras, en una primera apreciación, los peines de 2 y 3 púas acaparan más de la mitad de la muestra en Las Cogotas. En el Raso se podrían situar entre 3 y 4, mientras La Osera reclama sobre todo modelos de 4 y 5 púas.

La impresión que se obtiene de estas cerámicas es que existen marcadas diferencias estilísticas a nivel de asentamiento. En general, puede afirmarse que los temas más importantes se repiten en casi todos ellos, pero su cuantificación es muy diferente e incide sobremanera en la ordenación de los conjuntos. Otras veces son excluyentes, como los temas astrales de Las Cogotas y los almendrados del Raso. Con estos datos, somos de la opinión que la decoración de las cerámicas podrían entrever prácticas e identidades de los grupos de parentesco en el territorio. Probablemente reproducen estampados de telas que sin duda se relacionarían con otros elementos accesorios del vestuario, y es también muy posible que estos mismos rasgos denoten códigos de información entre sus propietarios. Las decoraciones aparecen en tumbas masculinas y femeninas, sin que ello marque necesariamente diferencias de riqueza en los ajuares. Ahora bien, nos parece del todo evidente la relación de estos recipientes con algunas de las tumbas de guerrero más suntuarias, pudiéndose citar los conjuntos 185 y 200 de la zona VI de la Osera (Cabré *et alii* 1950: 110-113, láms. XXXVIII, XLI), la sepultura I del túmulo D/zona I de la misma necrópolis, con platos de barniz negro (Cabré y Morán 1990: 78 y 80), o los depósitos 30 y 63 del Raso de Candeleda (Fernández Gómez 1986: 618-624 y 718-724), este último entre los

## SOCIEDAD Y ETNIA

enterramientos con armas más antiguos conocidos en el suroeste de la Meseta.

Un aspecto que llama particularmente la atención son las decoraciones aplicadas a objetos de bronce e hierro. Series de sogueados, zig-zags y otros característicos del bagage de las cerámicas a peine aparecen decorando los broches de cinturón de Sanchorreja (González-Tablas *et alii* 1991-92: 314, fig. 4, arriba y fig. 5, abajo). Y esa misma lectura comparten posteriormente pomos, vainas y tahalíes de espadas de antenas y puñales en nuestras necrópolis (Cabré 1932: láms. LXIV y LXVII; Cabré *et alii* 1950: láms. LXXIII y LXXIX; *vid.* Griño 1986-87: tabla 3). La convivencia de estas cerámicas con el vestuario y las panoplias guerreras podrían ilustrarnos acerca de tradiciones culturales específicas muy arraigadas, que comparten una unidad de grupo y de estatus social dirigente. Además, la pericia decorativa de estos metales sugiere una mano de obra especializada y la semejanza de algunos motivos reflejaría mas bien la existencia de talleres industriales que la de herreros itinerantes.

En resumen, de un análisis detallado de motivos simples y compuestos y de la sintaxis compositiva de las decoraciones a peine se puede plantear:

- (a) la existencia de motivos comunes propios de la tradición cerámica, que en mayor o menor proporción se repiten en todos o casi todos los sitios.
- (b) motivos y técnicas característicos de algunas comarcas o microregiones.
- (c) motivos predominantes y otros exclusivos de algunos asentamientos.

Si asumimos que la similitud estilística es el resultado de una mayor interacción o relaciones entre las poblaciones de distintas áreas, la identificación de motivos "comarcales" y de "sitio" revela que existió alguna forma de separación o diferenciación intencional entre las comunidades vettonas. En otras palabras, las identidades estilísticas cerámicas son la expresión de identidades sociales, de comunidades que se diferencian y reconocen como distintas, aún compartiendo la misma tradición cerámica decorativa.

**1.3. Paleodemografía.** Después de haber valorado a grandes rasgos la problemática social de los ajueres es tentador, tomando como base las tumbas exhumadas en la necrópolis de Las Cogotas, esbozar algunas consideraciones demográficas. \*El primero de nosotros abordó en otro lugar un estudio sobre la demografía del cementerio (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995: 225-226) que, con algunas matizaciones, creemos interesante incluirlo aquí. Así, si el número total de tumbas excavadas es de 1613 y asumimos un valor de 30 años como esperanza de vida media para la época (*vid.* Hernández Hernández y Galán 1996: 97-100) y diferentes valores al tiempo de uso del cementerio - 300, 250 y 200 años - pues no resulta fácil precisar (Kurtz 1987: 278); con estos valores, aplicando la fórmula (Wells 1984):

$$P = \frac{D \cdot e}{t}$$

dónde P es el tamaño de la comunidad viva, D el número total de individuos enterrados, e la esperanza de vida media y t el número de años de uso del cementerio, obtenemos tres valores aproximados para P: 165, 195 y 245 habitantes.

Aceptando el valor intermedio y suponiendo unas pérdidas de un 10 % de los enterramientos, una figura razonable para la comunidad de Las Cogotas sería de alrededor de 200/225 habitantes. Si, usando esta misma figura, aceptamos que las casas de Las Cogotas eran viviendas familiares y asumimos una familia nuclear media de 4 ó 5 miembros, ello significaría un número aproximado de 40 ó 50 casas. No conocemos la estructura interna del yacimiento con exactitud pero parece razonable inferir esa cantidad, teniendo en cuenta la superficie ocupada del yacimiento (15 Has.), la superficie no edificable (desniveles y afloramientos de granito) y la parte excavada: unas dieciocho viviendas en la acrópoli (Cabré 1930: 20), a las que habría que sumar las casas del recinto sur y otras no localizadas (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995: 218). También es interesante destacar que las tumbas de guerrero en la necrópolis de Las Cogotas representan aproximadamente unos 38 varones. Si consideramos 4-5 individuos por familia, esto significa casi una tumba por familia. En otras palabras, resulta tentador



## SOCIEDAD Y ETNIA

suponer que la presencia de equipos militares de guerrero esté denotando a los cabezas de familia. Este mismo hecho podría relacionarse con la organización política de la comunidad, quizás identificable con la Asamblea o el Consejo de Ancianos, como acontecía en ciertas ciudades galas, por ejemplo entre los Eduos (César B.G., 33), donde un solo miembro de cada familia estaba representado en el senado (Goudineau y Peire 1993: 81 ss.).

Si pasamos a la necrópolis de la Mesa de Miranda, nos encontramos con un total de 2230 sepulturas. Aplicando la misma fórmula y los mismos baremos, las cifras para P serían de 225, 270 y 335. Aceptando los dos últimos valores e incrementando un 10% las posibles pérdidas, la figura resultante estaría entre los 300/370 habitantes. Si consideramos únicamente los dos primeros recintos de la ciudad (19 Has.) que estaban en uso cuando se utilizó la necrópolis, pues sabido es que el tercero invade esta última, comprobaremos que se constatan las proporciones apuntadas en el primer cementerio. Pese a la dificultad de reconocer en los poblados que comentamos su organización doméstica, tal observación nos daría pie para especular sobre una hipotética relación entre el espacio intramuros y el censo, aproximadamente de unos 15 a 20 habitantes por Ha. fortificada. El cálculo ha de ser tomado con prudencia a la hora de extraer consecuencias para la etapa que nos ocupa. De todas maneras, trasladando este mismo esquema teórico al oppidum de Ulaca (60/70 Has.), cuatro o cinco veces superior en tamaño respecto al primero, y el doble del segundo, una cifra razonable estaría entonces en torno al millar de habitantes. El dato se ajusta bastante bien a las 250 estructuras documentadas en la superficie del poblado, restando un margen del 20% que podamos atribuir a construcciones de funcionalidad diferente.

Para terminar, el interés de correlacionar el registro de las necrópolis con el registro de los poblados podría tener un valor aproximativo a nivel regional. Estimaciones teóricas entre 200 y 800 habitantes para otros cuatro núcleos de cierta categoría en el valle de Amblés - castros de Cillán, Ojos Albos, Sanchorreja y Avila - y asumiendo una densidad de población extramuros en granjas y aldeas no muy diferente del total que habita en los grandes poblados, arrojarían una cifra absoluta en torno a los 4000 ó 5000 habitantes para todo el valle (4 ó 5 hab./Km<sup>2</sup>) a finales de la Edad del Hierro.

## 2. Testimonios onomásticos, lingüísticos y religiosos.

Los datos mencionados arrojan suficiente luz sobre las gentes que habitaron estas tierras en los siglos inmediatamente anteriores a la conquista romana; sin embargo, no son los únicos. No parece que pueda dudarse de estas familias de tipo extenso entre los vettones - grupos de miembros emparentados y descendientes de un antepasado común por vía masculina - que han sido asimiladas tradicionalmente a las gentilidades. La epigrafía romana ha puesto de relieve su existencia en la Hispania Céltica entre los siglos I a.C. y IV d.C., lo que plantea el inconveniente insoslayable de que para estudiar estas organizaciones haya que acudir a testimonios tardíos, cuando ya comenzaban a disgregarse (Salinas 1982a: 53 ss., 59 ss.). La alusión a este problema también parece pertinente cuando se aborda la religiosidad indígena. Algunas divinidades prerromanas subsisten claramente en ámbitos locales y son además un criterio básico para asumir la celticidad de las poblaciones occidentales. Con todo, como ha señalado Marco (1993a: 480), sigue siendo más fácil una aproximación externa a los aspectos ceremoniales de la misma - ofrendas, imágenes y espacios cultuales - que una correcta comprensión de las creencias y del lenguaje simbólico en general.

**2.1. Agrupaciones familiares.** Las unidades familiares expresadas mediante los genitivos de plural indígena en -on/-om, en -un/-um o en -orum ya latinizado, debían de estar constituídas por un número escaso de individuos, de ahí que sea infrecuente su repetición, sin llegar en ningún caso al cuarto grado de parentesco (González Rodríguez 1986: 105; Sayas y López Melero 1991: 114 ss.). Cuando la mención se repite varias veces suele ser en el mismo lugar, aunque se conoce algún caso, como Calaetiquum en Avila y Guisando, que puede deberse a un desplazamiento del grupo (Salinas 1994: 294). Se conoce también una unidad organizativa expresada mediante el término gentilitas entre los vettones; se trata de la inscripción votiva diis Laribus Gapeticorum gentilitatis, procedente de Oliva de Plasencia, en Cáceres (CIL II 804; González Rodríguez 1986: \*; Redondo 1993: 42-44). Los epígrafes conservados que mencionan estas unidades organizativas vettonas se fechan en época altoimperial, localizándose en las sierras occidentales del Sistema Central, Gredos, Gata y Peña de Francia y en las extremeñas de

## SOCIEDAD Y ETNIA

Montánchez y Guadalupe (Salinas 1982a: 55-57). Dichos testimonios, que se distribuyen con preferencia en los valles de los ríos Yelves, Agueda, Jerte, Adaja y Tajo (Fig. \*), son enormemente significativos, pues reflejan, en perfecta concordancia con los restos arqueológicos, las principales densidades del poblamiento indígena. Los antropónimos que aparecen en dichas inscripciones son en gran parte de origen prelatino, con radicales célticos o precélticos - Ambatus, Boutius, Cloutius, Dovitena, Maganus, Magilo, Reburus y Tancinus, los más frecuentes (Salinas 1994: 290-292; vid. de Hoz 1993: 368-369) - y evidencian de nuevo la pervivencia del sistema onomástico indígena a la vez que una romanización escasa y circunscrita a los principales núcleos urbanos donde aparecen: es el caso de Salamanca, Ciudad Rodrigo, Avila y Yecla de Yelves (Salinas 1982a: 59).

La concentración de estos grupos familiares de tipo extenso en las provincias de Avila y Salamanca es muy notable y contrasta abiertamente con los pocos grupos conservados en Cáceres al sur del Tajo (id. 1986: 57; González Rodríguez 1986: mapa; vid. Redondo 1985), problema que también es extensible a otras áreas y etnias de la Meseta. De hecho esta cuestión llamó la atención de los investigadores, a partir de los trabajos de Tovar (1947 y 1957), relacionando las gentilidades con los pueblos de las primeras oleadas indoeuropeas - astures, cántabros, pelendones, carpetanos y vettones - que habrían traído consigo este modelo de organización social, hasta ser finalmente arrinconados en áreas marginales y montañosas por los pueblos celtas que arribaron más tarde (González Rodríguez 1986: 108; González Rodríguez y Santos Yanguas 1984). Sin embargo, las inscripciones celtibéricas han demostrado que la indicación de estos grupos familiares por medio de un genitivo de plural era también un elemento básico en el borde oriental de la Meseta y en el valle del Ebro, descartando así su atribución a un grupo preceltibérico (de Hoz 1986a: 91-98). Desde luego no parece que pueda dudarse de la relación entre las áreas marginales y los epígrafes en cuestión, pero este hecho se ha valorado más en virtud del proceso romanizador, conservándose mejor las indicaciones del grupo familiar en aquellas áreas menos asimiladas a la cultura romana (de Hoz 1993: 390; Salinas 1994: 292-293; Canto 1995: 160-161). Con todo y con ello, no pueden obviarse otros problemas añadidos que no es fácil resolver. Por ejemplo la posibilidad de "identificar" estos grupos familiares en el interior de las necrópolis vettonas, práctica que por el

contrario no resulta nada común en los cementerios celtibéricos, o bien la ausencia de estos testimonios más a occidente (de Hoz 1993: 390; *vid.* Domínguez de la Concha 1995: 122 ss.), donde sí abundan los teónimos indígenas (Sayas y López Melero 1991: 118).

Entre unos grupos y otros existían relaciones que eran reguladas por el hospitium o pacto de hospitalidad, mediante el cual un grupo o un individuo aislado era aceptado por otra comunidad o grupo familiar en pie de igualdad (Ramos Loscertales 1942; Salinas 1983). Su práctica está en consonancia con estas pequeñas comunidades humanas; al ser numéricamente reducidas son más vulnerables social y económicamente, de ahí la necesidad de estos pactos que garantizan la movilidad y la convivencia entre los grupos que habitan una comarca (Lomas 1980b: 111-113). Entre las téseras y tablas de hospitalidad que consignan por escrito esta institución, podrían citarse con seguridad sendos ejemplares hallados en el castro extremeño de Botija, junto al río Tamuja, en lengua celtibérica y latina respectivamente (García Garrido y Pellicer 1983-84: 150-153, fig. 2; Almagro-Gorbea y Lorrio 1987: 114 y 1992: fig. 1,10)<sup>323</sup>. Este sería también el caso de la tésera en lengua latina del castro de Las Merchanas en Lumbrales, Salamanca (Tovar 1948: 82; Maluquer 1956a: 137 y 1968: 102-103; García y Bellido 1966: 162). En opinión de Tovar, la Tesera Caurie(n)sis Magistratu Turif... ha de interpretarse como indicadora de la concesión de hospitalidad por parte de la ciudad de Coria a los magistrados de Turibriga. La traducción del texto, probablemente pre-flavio, plantea algunos problemas teniendo en cuenta el lugar del hallazgo y no hay que descartar que Turif... corresponda al nombre del magistrado en lugar de la ciudad (Abascal 1995: 100). Detalle interesante en este convenio son las alusiones a una magistratura urbana, cuyo desempeño cabe atribuir a las viejas élites ecuestres que antaño controlaban los oppida indígenas y cuyo papel sólo recientemente empieza a ser valorado (Almagro-Gorbea 1996a: 122; Almagro-Gorbea y Torres, e.p.\*).

A través de las noticias que nos proporcionan las fuentes con ocasión de la

---

<sup>323</sup> Más problemática es la plaquita zoomorfa en perspectiva cenital procedente del Cerro del Berrueco, publicada como una fíbula (Morán 1924: 21, lám. X; Romero y Sanz Mínguez 1992: 458-459, 467, fig. 2) y valorada como una posible tésera (Almagro-Gorbea y Lorrio 1987: 113), pues se trata de una pieza anepígrafa. En cuanto a las supuestas téseras en forma de jabalí y en escritura celtibérica del castro de las Cogotas (Fita 1910: 291-301 y 1913c: 350-356) serían piezas falsas (Cabré 1920: 2-4 y 1930: 5). Con todo, hay que reconocer que salvo excepciones (Schmoll 1959: 21; Almagro-Gorbea y Lorrio 1987: 114) no se ha vuelto a hacer ninguna valoración sobre este asunto.

## SOCIEDAD Y ETNIA

conquista romana, conocemos además la existencia de jefaturas de carácter militar, temporal y electiva, entre lusitanos y vettones. En el 193 a.C. Fulvio venció a una coalición de vacceos, vettones y celtíberos, capturando a su rey Hilerno (Livio 35,7,6), y en el 154 a.C. lusitanos y vettones, acaudillados por Púnico, devastan el litoral de la Bética. A la muerte de éste le sustituye un hombre llamado Césaros o Caisaros (Apiano, Iberiké 10,56,57). En la digresión literaria que Silio Itálico (3,378) dedica a los vettones y la crianza de caballos, aparece citado un jefe del ala militar, Bálaro (Balarus), nombre que se ha interpretado imaginario y que sólo aparece en este pasaje (Roldán Hervás 1968-69: 97)<sup>324</sup>. Muy probablemente los vettones combatieron junto a Viriato, electo por los lusitanos en virtud de sus cualidades personales (Livio, per 52; Apiano, Iberiké 10,61-62), y a quien las fuentes llaman dux e imperator (Frontino 2,13,4; Livio, per 52; Flor. 1,33,11-16). Tales argumentos avalarían según Salinas (1982a: 63-65) la posible existencia de dos clases de magistraturas, una de naturaleza civil y tal vez religiosa, y otra militar de tipo extraordinario en función de situaciones de guerra, como también ocurría entre los germanos (Tácito Germania 7,1).

Durante la conquista, a causa de las diferencias económicas que agudizan a las comunidades hispanoceltas, el hospitium fue perdiendo paulatinamente su sentido de igualdad y asumiendo una significación de dependencia, asimilándose de esta manera a la clientela (Salinas 1983: 28; Ciprés 1993: 122 ss.). Sin duda el enriquecimiento de la élite urbana favoreció el aumento de estas redes, que participan del principio de competitividad que determina la jerarquización social, con la consiguiente disolución de los vínculos gentilicios. La nueva relación exige obligaciones mutuas pero resalta las diferencias de posición y estatus de ambas partes. Existía además una clientela de carácter militar. Este hecho permite plantear su relación con la devotio, vinculación de fuerte carácter religioso e ideológico a través de la cual un individuo, generalmente un guerrero, se consagraba de por vida a su jefe, como evidencian los casos bien conocidos de Sertorio (Plutarco Sert. 14,5-6; Apiano B.C. 1,112)<sup>325</sup> y tal vez Viriato (Apiano

---

<sup>324</sup> La raíz Bal- se repite en numerosos antropónimos, siendo Balarus uno de los nombres que aparecen en la inscripción funeraria de un verraco abulense (Albertos 1983: 871; López Monteagudo 1989: 127).

<sup>325</sup> "Era costumbre entre los iberos, para los hombres que formaban la guardia de un general morir con él si él moría; es lo que los bárbaros de este país llaman consagración. Mientras que los otros jefes no tenían nada mas que un pequeño número de escuderos y compañeros que habían hecho el voto de morir por ellos, Sertorio tenía varios miles...." (Plutarco Sert. 14,5-6; traducción de Ciprés 1993: 123).

Iber, 74-75; Diodoro 33,21), cuyo ritual fúnebre se acompaña de grandes lamentos, equivalente de la laudatio funebris romana, y culmina con la realización de combates individuales<sup>326</sup>. Aquí, los lazos que vinculan al jefe con sus guerreros podrían interpretarse no como el resultado de un combate gladiatorio en su honor sino como un suicidio que lleva a pensar en una emulación por fidelidad (Ciprés 1993: 168). Estas tradiciones contribuirían a explicar en última instancia la divinización de la persona, muy explícita en el caso de Sertorio (Plutarco Sert., 11 y 20; Ciprés 1993: 170), y el fuerte arraigo que tuvo el culto al emperador en Hispania (Etienne 1958: 101 ss.; Almagro-Gorbea 1996a: 33).

La información que nos proporcionan las fuentes y la epigrafía también puede ser interesante en otra dirección. Se trata de la institución gala de los ambacti (César B.G. 6,15,2), de características análogas a los devoti y soldurii, que podría traducirse como criado o servidor, habiéndose relacionado con el término simplificado de Ambatus (Palomar Lapesa 1957: 31-32; Santos Yanguas 1978; Salinas 1982a: 66-67). La dispersión de este antropónimo entre los vettones y lusitanos es muy significativa, tal vez relacionado con la clientela militar, habiéndose planteado su mayor utilización entre las poblaciones celtizadas del Occidente respecto de los celtíberos propiamente dichos (Almagro-Gorbea y Lorrio 1987: 112-113, mapa 5; Almagro-Gorbea 1994a: 46).

**2.2. Santuarios y Sacrificios.** Como entre los celtas en general, los vettones celebraban sus cultos al aire libre. Estos espacios sagrados (nemeton) relacionados con el culto a la divinidad<sup>327</sup> presentan modalidades diversas - peñas, bosques, árboles, fuentes, manantiales, cuevas... - y a él se refieren los autores clásicos para los pueblos de la antigua Céltica (César B.G. 6,13 y 16; Tácito Germ. 9; Marcial 4,55,23), evidenciando una práctica cuyo valor mágico y religioso llegó hasta el Bajo Imperio y la Edad Media (Prudencio, Contra Simaco 2,

---

<sup>326</sup> "Tras haber engalanado espléndidamente el cadáver de Viriato, lo quemaron sobre una pira muy elevada y ofrecieron muchos sacrificios en su honor. La infantería y la caballería corriendo a su alrededor por escuadrones con todo su armamento prorrumpía en alabanzas al modo bárbaro y todos permanecieron en torno al fuego hasta que se extinguió. Una vez concluido el funeral, celebraron combates individuales junto a la tumba" (Apiano Iber, 75; traducción de Ciprés 1993: 167, nota 349).

<sup>327</sup> La alusión a este aspecto parece pertinente si se piensa en expresiones como "culto a las aguas" "a las peñas", "a los montes", etc, siendo más correcto hablar de culto a divinidades relacionadas con diversos lugares, como ha subrayado Marco (1993a: 481 y 1993b) en dos excelentes trabajos.

## SOCIEDAD Y ETNIA

1010-1011; Martín Dumiense, De correct. rust. XVI; III Concilio de Bracara, canon 73; XII Concilio de Toledo, canon 2; vid. Sopeña 1987: 59 ss.; Blázquez 1991: 102 ss.).

Existen indicios arqueológicos de estas formas ceremoniales a cielo abierto, distinguiéndose sobre todo por la presencia de grandes canchos de granito con oquedades, escaleras y cubetas, en algún caso denominadas en referencias epigráficas lacus, laciculus o aeternus lacus (Blázquez 1983: 234) y vinculados a complejos rituales de sangre y agua. El ejemplo más significativo de estos santuarios entre los vettones, no sólo por su monumentalidad sino también por su emplazamiento en un oppidum prerromano, es el de Ulaca en Solosancho (Ávila) (Martín Valls 1985:\* y 1986-87: 71; Almagro-Gorbea y Álvarez-Sanchís 1993; Álvarez-Sanchís 1993a: 272 ss.). El sólido receptáculo ofrece una estancia rectangular labrada en la roca. En uno de los lados se ubica una gran peña, donde una escalera doble da acceso a una plataforma con dos concavidades comunicadas entre sí. Una de ellas vertía en una tercera, la cual comunica a su vez con la parte inferior de la peña a través de un canal. No me detengo en este monumento que ha sido ya discutido (cap. \*) y en el que juega un papel determinante más que la interpretación ritual, su localización junto a otras estructuras en la organización topográfica e ideológica del oppidum.

Son varios los santuarios que podrían aducirse como paralelos en la región occidental. El complejo rupestre de San Pelayo, en el término de Almaraz de Duero, en la provincia de Zamora (Benito y Grande 1990 y 1992: 41-56), no ofrece indicios cronológicos precisos. Sin embargo, creo que contamos con evidencias significativas considerando el conjunto de peñas labradas parcialmente, que incluyen cubetas de distintas dimensiones, canales y escalones. Algunos de estos depósitos servirían para abluciones rituales, quedando abierta la posibilidad de una actividad de culto relacionada con las aguas. Esta interpretación se vería validada con el significado ritual del agua en la cultura castreña (Díez de Velasco 1985 y 1992; vid. Blázquez 1991: 63-64). De ahí la enorme importancia simbólica de su emplazamiento, junto al río Duero y con una extensa perspectiva en todas direcciones, que supone la elección de un punto propicio para la realización de los ritos. Existen evidencias varias que atestiguan igualmente la concentración de altares rupestres siguiendo el curso del río Duero en tierras de Zamora y

Salamanca, que podrían relacionarse con deidades asimiladas al río: tal sucede con los distintos rebajes y entalladuras que se advierten en el poblado de San Mamede, en Villardiegua de la Ribera (Gómez Moreno 1927: 27; Benito *et alii* 1987), en el Teso de San Cristóbal (Villarino de los Aires), próximo a la desembocadura del Tormes, y tal vez en el santuario de la Virgen del Castillo, en Fariza (Benito y Grande 1992: 66-68, 73 ss.; *vid.* Benito y Grande 1994). En el balneario de aguas medicinales de Retortillo (Salamanca) se halló un ara del siglo II dedicada a las Aquis Eletesibus, teónimo formado sobre el nombre del río Yeltes (Blázquez 1975b: 28).

Un simple recuento de los datos que se vienen aceptando como lugares de culto relacionados con el uso lustral del agua, extensible a otros monumentos de funcionalidad diferente como es el caso de las saunas castreñas, donde tendrían lugar baños iniciáticos (Almagro-Gorbea y Alvarez-Sanchís 1993; *vid. infra*), podría avalar la impresión de una relativa abundancia en las regiones más occidentales y atlánticas. La comunicación con el Más Allá a través del elemento acuático está implícita en estos monumentos y la ausencia de cementerios extensos asociados al ritual de incineración en gran parte de estos territorios no parece producto de la casualidad, por lo que cabe suponer para estas comunidades la continuidad de unas creencias y prácticas religiosas desde el substrato del Bronce Final hasta época romana. Prácticas funerarias que incluirían la cremación del cadáver y ofrendas a las aguas podrían tener así un punto de referencia en algunos santuarios ribereños occidentales durante la Edad del Hierro.

La presencia de actividades culturales puede defenderse en otras áreas de la región. Tendríamos la noticia de Fernández Gómez (1986: 965) a propósito de una piedra a modo de pequeño menhir labrada en su parte superior, en el emplazamiento del santuario al dios Vaelicus, junto al Tiétar y no lejos del Raso de Candeleda. Más difícil de valorar es el hallazgo de una piedra con cazoletas hallada en la ~~puerta A entre el primer y segundo recinto de la Mesa de Miranda~~ (Cabré *et alii* 1950: 34-35 y lám. XVIII), aunque alguna significación ritual debió tener. Otro tanto puede decirse para el oeste del territorio salmantino como lo atestiguan las insculturas del castro de Yecla, la peña "del Perdón" en La Redonda o las cazoletas de Sobradillo (Morán 1946: 156; Martín Valls 1973a: 81), por citar una mínima parte. Los peldaños excavados en una gran roca de Mata de Alcántara (Martín



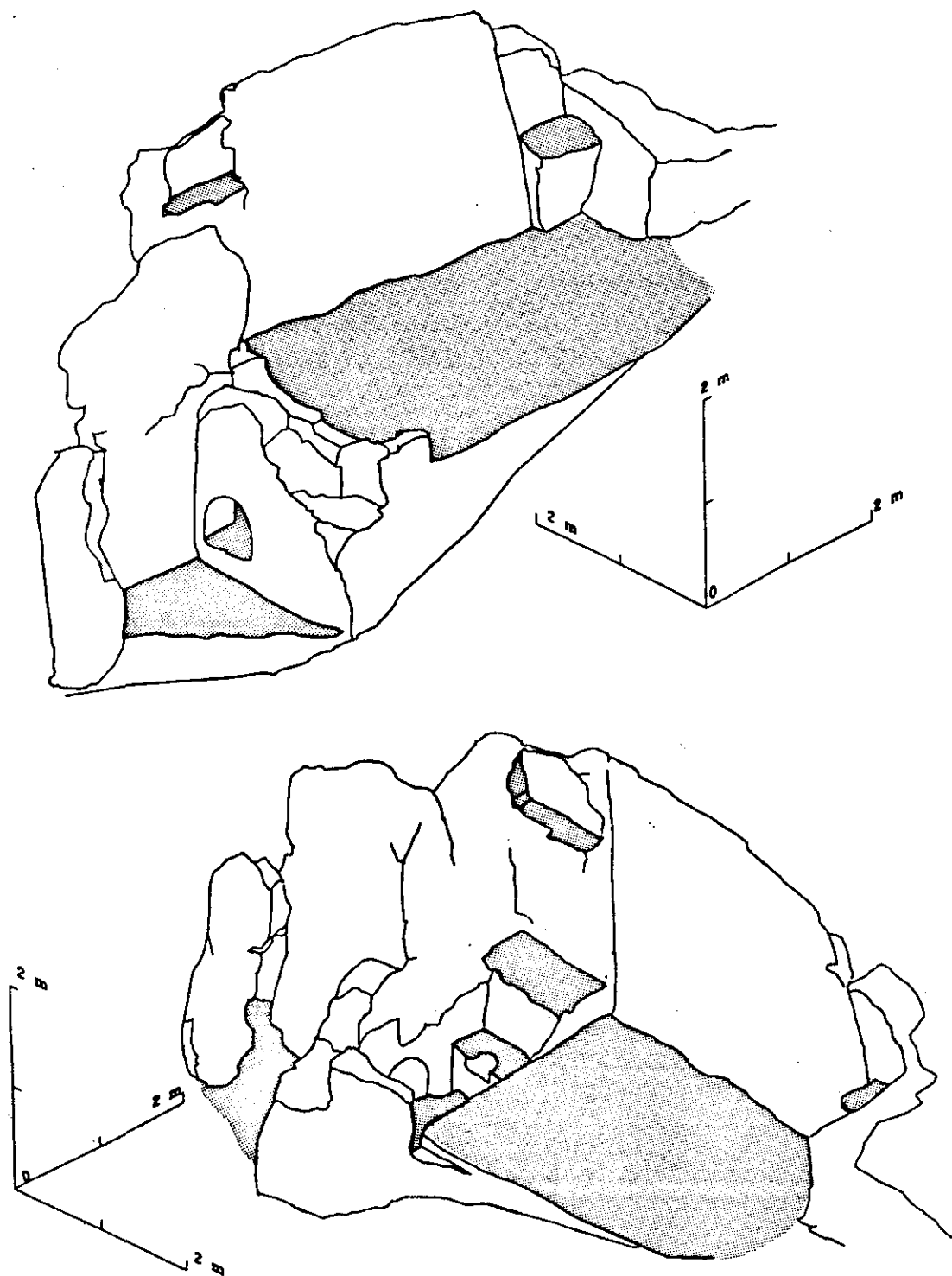
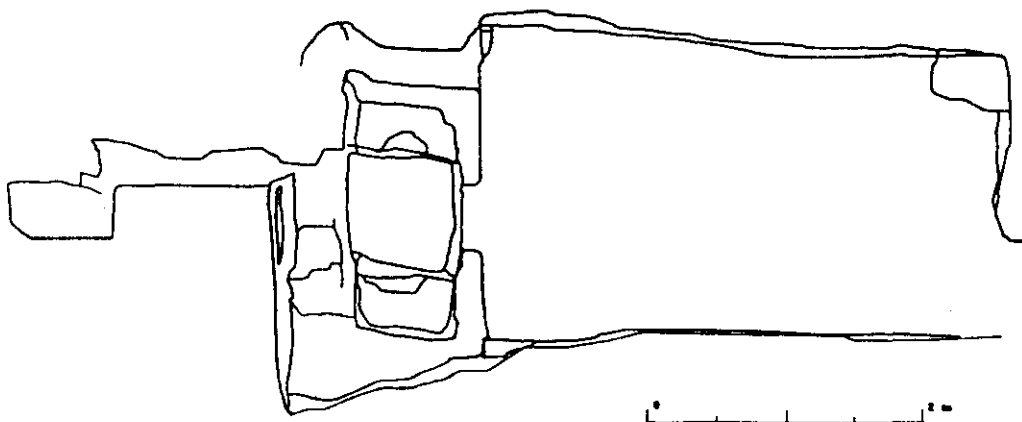


Fig. 79. Levantamiento fotogramétrico de la sauna de Ulaca y planta (Almagro-Gorbea y Alvarez-Sanchís 1993)



Bravo, com. personal) y en el Cantamento de la Pepina (Fregenal de la Sierra) (Berrocal-Rangel 1992: 192), o las cazoletas de los castros de Villasviejas de Plasencia y Villasviejas de Gata, son testimonios que avalan su presencia en tierras extremeñas y en la Beturia Céltica. De cualquier manera, la posibilidad de ofrecer una lectura de conjunto es muy limitada ante la falta de un corpus general de estos monumentos. Su examen tipológico ha de hacerse con prudencia, pues sabido es que este tipo de roca presenta formas erosivas con apariencia de trabajo humano, y no hace falta decir que estos sitios a menudo ofrecen signos evidentes de una posterior cristianización.

También resulta de particular interés valorar estos sitios en función de su emplazamiento; unas veces en el interior de los poblados ocupando un lugar destacado, es el caso de Ulaca, San Mamede, Capote (Berrocal 1994), Castelo do Mau Vizinho (Ferreira da Silva 1986: 301-302)...; otras en parajes aislados, sin relación precisa con núcleos de habitación, como Almaraz de Duero, La Mata de Alcántara, Peñalba de Villastar en Teruel (Marco 1986) o Panoias y Vilar de Perdizes en Portugal (Ferreira da Silva 1986: 301-302). La distinción puede parecer banal pero no lo es en absoluto. Nada se opone a que los primeros estuvieran circunscritos a las necesidades inmediatas de la comunidad, bien a nivel local o comarcal; tal sería el caso del referido oppidum vetton de Ulaca y su posición dominante en el valle de Amblés, cuya función cultural debió ser exclusiva en la región a finales de la Edad del Hierro.

Por supuesto no hay datos muy precisos en esta misma dirección para los monumentos aislados en el paisaje, pero quizá debamos ver en algunos de ellos santuarios fronterizos como sugería razonablemente Marco (1993a: 493) para el centro cultural de Peñalba de Villastar - dedicado al dios céltico Lug y alejado de áreas de población - citando como paralelos los santuarios rurales galos que marcan los límites de los pagi (Marchand 1991). En tal sentido, contamos con el excepcional testimonio del santuario de Almaraz de Duero, entre éste río y el Esla, lindando al sur con los vettones, al este con los vacceos y escasos kilómetros al oeste con los astures. No se nos escapa lo problemático de esta interpretación, pero tampoco sería excluyente con la posibilidad de un locus consecratus donde convergen devotos de diferentes regiones. Circunstancias análogas tal vez concurren en el Monte de la Sierra de San Vicente (Hinojosa de San Vicente,

## SOCIEDAD Y ETNIA

Toledo), próximo a Caesarobriga e identificado por Schulten (1937: 110 ss.) con el Mons Veneris donde se refugió Viriato en el 146-145 a.C. durante las campañas lusitanas. La montaña, en tierras limítrofes de vettones y carpetanos, estaba consagrada a Afrodita o Venus (Apiano Ib., 64; Frontino 3,10,6; 11,4; 4,5,22) pero sin duda debe verse en ella la interpretatio romana de dioses indígenas. Esa situación se resalta de modo más claro aún a partir de una ara votiva hallada en la zona dedicada a Togoti (CIL II, 893), divinidad indígena de carácter guerrero (Blázquez 1975b: 173; vid. Mangas y Carrobles 1992: 97 y 103; de la Vega 1992: 336 y 346)<sup>328</sup>. Desde luego sí me parece necesario valorar el patrón espacial de estos grandes complejos culturales, sitios en las redes fluviales o en los accesos a las sierras, en la consideración del santuario como punto de referencia territorial e inclusive étnica<sup>329</sup>.

El significado cultural de los monumentos rupestres es posible establecerlo a partir de una serie de testimonios literarios y epigráficos, que encuentran en el santuario portugués a cielo abierto de Panoias (Vila Real) una de sus expresiones más claras (Ferreira da Silva 1986: 300 ss.). Además de las peñas talladas, cuya parte superior ha sido allanada para albergar diversas cavidades, el sitio ofrece inscripciones latinas del siglo III que nos informan sobre los sacrificios realizados en el sitio. De una de las inscripciones (Blázquez 1991: 39)<sup>330</sup> se deduce que el sacrificio tenía lugar en un edificio que coronaba la construcción. Mientras, las entrañas de las víctimas se quemaban en unos nichos o cubetas y la sangre vertía en otros similares. Al mismo tiempo se rendía culto a las divinidades, algunas de ellas indígenas, como las deidades de los Lapiteas. El sacrificio, pues, comprendía varias fases en lugares distintos, que forzosamente hay que relacionar con la variada morfología de estos monumentos.

---

<sup>328</sup> Togoti / L(lucius) Vibius / Priscus / ex voto / .... De Avila procede otra dedicación a Deo Togoti y se conocen dos de una diosa Toga, probablemente afin al anterior, de la provincia de Salamanca (Mangas y Carrobles 1992: 103, con toda la bibliografía).

<sup>329</sup> Por ejemplo Bintliff (1977: 148-155, 630, 653 y mapa 7), al abordar el estudio de los santuarios y áreas de culto en la Creta minoica, distribuidos por lo general en zonas elevadas y estratégicas, llega a sugerir que las ceremonias desarrolladas en estos enclaves cumplirían la función de centro territorial e integrador al absorber a las comunidades vecinas de alrededor, que además comparten unos intereses económicos comunes respecto a los pastos estivales o de montaña (vid. Cherry 1988: 11-12).

<sup>330</sup> hostiae quae cadunt hic immolantur / extra intra quadrata / contra cremantur / in quo hostiae voto cremantur / sanguis laticulis iuxta / superfunditur.

Conocemos otras inscripciones alusivas a estas actividades, como el ara de Marecos (Penafiel) (Le Roux y Tranoy 1974)<sup>331</sup>, los documentos epigráficos lusitanos de Lamas de Moledo (Viseu) o Cabeço das Fraguas (Guarda) (Tovar 1985: 245-249)<sup>332</sup>, y su correspondencia iconográfica en diversos bronceos votivos con escenas rituales que representan cerdos, bóvidos, cabras y ovejas, como los de Vilela (Costa Figueira), Castelo de Moreira (Celorico de Basto) o el mango del puñal del Instituto Valencia de D. Juan, con formulación análoga (Blázquez 1975b: 62 ss. y 1991: 137; Tovar 1985: 247 ss.; Ferreira da Silva 1986: 182-183 y 294-295). Estos testimonios documentan ritos religiosos de tipo ancestral, algunos próximos a la suovetaurilia romana y al sautrámani indio (Dumézil 1977: 216 ss.; Varenne 1981: 558 ss.), especialmente conservados en el ámbito lusitano-galaico.

En apoyo de todo lo anterior se podrían mencionar otras fuentes que atribuyen sacrificios, tanto de hombres como animales, a las poblaciones occidentales de la Hispania Céltica (García Quintela 1991 y 1992). Explícitas son las referencias de Estrabón (3,3,6-7) y Livio (per. 49) a propósito de las prácticas sacrificiales entre los lusitanos, que el primero relaciona con el vaticinio y extiende a los pueblos montañoses del norte peninsular. La relevancia de estas actuaciones se vería asimismo refrendada entre los propios vettones; la prohibición del procónsul Publio Craso en el 96-94 a.C. a los bletonenses, habitantes de Bletisama (Ledesma), de hacer sacrificios humanos es buena prueba de ello (Plutarco Quaest. Rom. 83); práctica que, siguiendo una inveterada costumbre, debía ser muy anterior. Tales sacrificios tendrían un carácter muy excepcional, pero más frecuente debió ser sin duda la consagración de animales como evidencia la documentación conocida.

---

<sup>331</sup> Que hace referencia a la inmolación de una vaca y un buey a Novia Corone, de un cordero a Novia, de un cordero y un ternero a Júpiter, un cordero a urgos y una bicha a Lida (vid. Blázquez 1991: 37-38). Estas prácticas se han valorado como ritos propiciatorios de carácter agrícola pero también como ceremonias purificadoras de toda la comunidad (Almagro-Gorbea 1993b: 133, nota 8).

<sup>332</sup> La inscripción perdida de Arroyo de la Luz (Cáceres), de la que se conservan algunas copias, también parece tener un contenido ritual. Con todo, la más comprensible sigue siendo la de Cabeço das Fraguas, con seguridad de carácter votivo: OILAM TREBOPALA / INDI PORCOM LA BO / COMAIAM ICCONA LOIM/INNA OILAM USSEAM / TREBARUNE INDI TAUROM / IFADEMI / REUEL... Según Tovar (1985), "Una oveja para Trebopala y un cerdo para Labbo (?), una ...para Icona Loiminna, una oveja de un año para Trebarun- y un toro semental para Rev-...". Sobre la cuestión lingüística véase también de Hoz (1993: 363), que ha manifestado alguna reticencia en la traducción de los adjetivos, y la lectura propuesta por Villar (1993-95: 376 y 380 ss.), insistiendo en el carácter acuífero de las divinidades femeninas, relacionadas con las aguas locales.

## SOCIEDAD Y ETNIA

En algunos casos se realizarían en estos santuarios ceremonias públicas de carácter culinario en relación con el fuego, que implicarían ingesta de carne en grandes cantidades, bebidas alcohólicas e incluso toma de sustancias psicotrópicas, bien evidenciado en el abundantísimo registro de fauna y ofrendas cerámicas del altar del Castrejón de Capote (Higuera la Real, Badajoz), en plena Beturia Céltica (Berrocal 1992: 194-201 y 1994: 245 ss, 266 ss.), es posible que siguiendo la tradición del banquete aristocrático de herencia orientalizante<sup>333</sup>. Particularmente revelador es el hallazgo de calderos, utensilios de fuego (vid. infra) y restos cremados de bóvido, ovicáprido y excepcionalmente cerdo doméstico en las necrópolis. Piezas dentarias y astrágalos se han documentado en varias tumbas de La Osera (Cabré et alii 1950: 197) e igualmente en enterramientos vacceos (Sanz Mínguez 1990b: 166) y celtibéricos (Cerdeño y García Huerta 1990: 89; Lorrio 1995: 517 ss.). Su valor simbólico - en ocasiones lúdico (Cabré et alii 1950: 73) - está fuera de toda duda. Desde luego la mención estraboniana (3,3,7) a las hecatombes de hombres y caballos entre los pueblos montañeses e igualmente las noticias de Livio (per 49), Horacio (Carm. 3,4,34) y Silio Itálico (3,361), que nos hablan de sacrificios de caballos entre los lusitanos y los cántabros, podrían relacionarse con tales eventos. Huelga decir que las implicaciones económicas de algunos animales sacrificados y su papel en la dieta básica debieron ser sustanciales (Domínguez Monedero 1985: 69-70; Marco 1993a: 494 y nota 46).

**2.3. Guerreros y Sacerdotes.** Rituales diferentes podrían considerarse las prácticas mutilatorias, por ejemplo la costumbre de los lusitanos de cortar las diestras de los vencidos (Estrabón 3,3,6), que probablemente se practicaba también entre los celtíberos y adoptaron los romanos (Salinas 1982a: 78; Marco 1993a: nota 50). La diestra parece asociarse con el valor y el prestigio del guerrero, y debía tener una significación muy precisa en la sociedad indígena (Ciprés 1993: 87-88). Su viculación con prácticas sacrificiales resulta muy difícil de determinar, pues se trata más bien de una actitud guerrera relacionada con costumbres apotropaicas, como sucede por ejemplo con el ritual céltico de las "cabezas cortadas" de los cautivos o vencidos (Sopeña 1987: 106 ss.; Marco

---

<sup>333</sup> De igual manera habría que tener presente las prácticas rituales con acompañamiento de fuego detectadas en Sanchorreja en un contexto del Hierro Antiguo, datos que convergen en el entendimiento de unas prácticas que arrancan desde muy atrás (González-Tablas 1990; Delibes et alii 1992-93: 425-426).

1993a: 496-497), que goza de una amplia representación iconográfica en la Península Ibérica (Almagro-Gorbea y Lorrio 1992). Ese mismo carácter podría hacerse extensible a determinadas representaciones en piedra de cabezas cortadas procedentes de la cuenca suroccidental. Es el caso de Yecla de Yeltes (Blázquez 1962a; Martín Valls 1973a: 90), La Vera (Abad y Mora 1979), Plasencia (Sayans 1964) o la representación bifronte (¿Jano?) de Candelario en Salamanca (Muñoz 1953; Blázquez 1975b: 83). En todo caso, la datación y funcionalidad de estas piezas permanece incierta. Respecto a los restos humanos recogidos en la sepultura 122 de La Osera - un cráneo incompleto y su dentadura, varias vértebras y fragmentos de un homoplato y de la clavícula - se ha sugerido "una cremación chocantemente incompleta" (Cabré et alii 1950: 100 y 166), pero no descartaría un significado ritual dada la excepcionalidad del hallazgo.

En este contexto de sacralización, se pueden comprender determinados vínculos entre los guerreros y las prácticas religiosas. Es el caso, por ejemplo, de las danzas y los cantos de guerra, bien documentados en las poblaciones célticas (Ciprés 1993: 82-85). Según Diodoro (5,34,4), los lusitanos en tiempo de paz practicaban un tipo de danza y en sus guerras marchaban entonando cánticos mientras cargaban contra el adversario. Los elementos que encontramos en esta referencia aparecen también en Apiano (Iber., 67), al describir una de las campañas de Viriato<sup>334</sup>. Este tipo de provocación parece evidenciar ciertas connotaciones rituales, cuyo objetivo es generar en los soldados un estado propiciatorio para el combate.

Otro dato muy interesante son los restos arqueológicos de las saunas castreñas, pues evidencian el uso ritual de baños de sudor y de baños fríos asociados a estas comunidades (Almagro-Gorbea y Alvarez-Sanchís 1993; vid. Ferreira da Silva 1986: 59-60), conforme el testimonio de Estrabón (3,3,6): "De algunos de los pueblos que viven en las inmediaciones del Duero se dice que viven a la manera espartana, ungiéndose dos veces con grasas y bañándose de sudor obtenido con piedras candentes, bañándose en agua fría y tomando una vez al día

---

<sup>334</sup> "Al atacarle Viriato con seis mil hombres en medio de un griterío y clamores a la usanza bárbara y con largas cabelleras que agitan en los combates ante los enemigos, no se amilanó, sino que le hizo frente con bravura y logró rechazarlo sin que hubiera conseguido su propósito" (Apiano Iber., 67; traducción de Ciprés 1993: 82, nota 9).

## SOCIEDAD Y ETNIA

alimentos puros y simples"<sup>335</sup>. Tales baños, en ocasiones con unción de aceite, son bien conocidos en la Antigüedad y en la Protohistoria, tanto en el mundo mediterráneo como en la Europa templada (Talve 1960; Ginouvés 1962; Barfield y Hodder 1987; Almagro-Gorbea y Alvarez-Sanchís 1993: 192 ss.), estando asociados a ritos de purificación y de paso. El oppidum de Ulaca evidencia la distribución de estas estructuras en la Meseta occidental, además de otras dos posibles construcciones análogas, en el castro de San Mamede (Villardiegua de la Ribera) y en Picote (Miranda do Douro) (Almagro-Gorbea y Alvarez-Sanchís 1993: fig. 5 y Apéndice 2).

La interpretación de dichos baños como ritos de iniciación se ha esgrimido en función de la existencia de cofradías de guerreros, y es posible que algunos testimonios literarios estén apuntando a asociaciones de este tipo. Tales cofradías se manifestarían por el carácter de sus primitivas divinidades, como Bandua, Cosus, Nabia y Reua (García Fernández-Albalat 1990: 201 ss.; *vid.* Peralta 1990 y 1991), por tradiciones de tipo ver sacrum, llevando una vida de latrones característica de estas bandas (Diodoro 5,34,6; Estrabón 3,3,5), y por algunas inscripciones como la de Vilar de Perdizes, que hace alusión a un voto hecho por los lanceroi, término que se podría traducir como "lanceros" o "guerreros armados con lanza" (Almagro-Gorbea y Alvarez-Sanchís 1993: 212 ss., nota 39), aunque la lectura no es del todo segura (Rodríguez Colmenero, e.p. \*). En este contexto tal vez pueda resultarnos útil la cita de Estrabón (3,4,16), según la cual los vettones sólo concebían que los hombres guerrearan o descansaran. El pasaje literario puede considerarse tópico y exagerado (Roldán Hervás 1968-69: 96), pero al mismo tiempo lleva implícitas connotaciones bélicas muy primitivas, propia también de los germanos (Tácito Germania 15). Estos testimonios recuerdan asimismo a los antiguos lacedemonios, como ya señaló Estrabón (3,3,6), organizados por grupos de edad (MacDowell 1986: 164), con fratrías y ritos iniciáticos que incluían baños

---

<sup>335</sup> Estrabón explicita dis, dos veces, lo que se puede interpretar como dos veces cada día (Schulten 1952: 104) o bien al doble baño que supone el ritual (Almagro-Gorbea y Alvarez-Sanchís 1993: 190, nota 17). Herodoto (4,73-75) recoge que los escitas, después de los funerales, se purificaban en baños de sudor asociados a la unción de aceite y a la aspiración del humo de semillas de hachís arrojadas sobre piedras enrojecidas al fuego. Lo mismo sucedería entre las poblaciones galo-romanas, que aún mantenían una tradición de baños de vapor en fechas tan tardías como mediados del siglo V d.C. y que llamaron la atención de Sidón Apolinar (Ep., 2,9,8-9): "(...) se excavaba una fosa cerca de una fuente o un río en la que se arrojaban un montón de guijarros ardientes; después, mientras la fosa acumulaba el calor, se la cubría de una cúpula de ramas flexibles de avellano entrelazadas en forma de hemisfera; además, se echaban por encima coberteras cilicias (de pelo de cabra) para cerrar los huecos entre las ramas y eliminar la luz, conservando en su interior el vapor saliente que se producía por la aspersion de agua hirviendo sobre las piedras candentes.... se producía una sudoración muy saludable rodeados y envueltos por la emanación de un vapor sibilante".

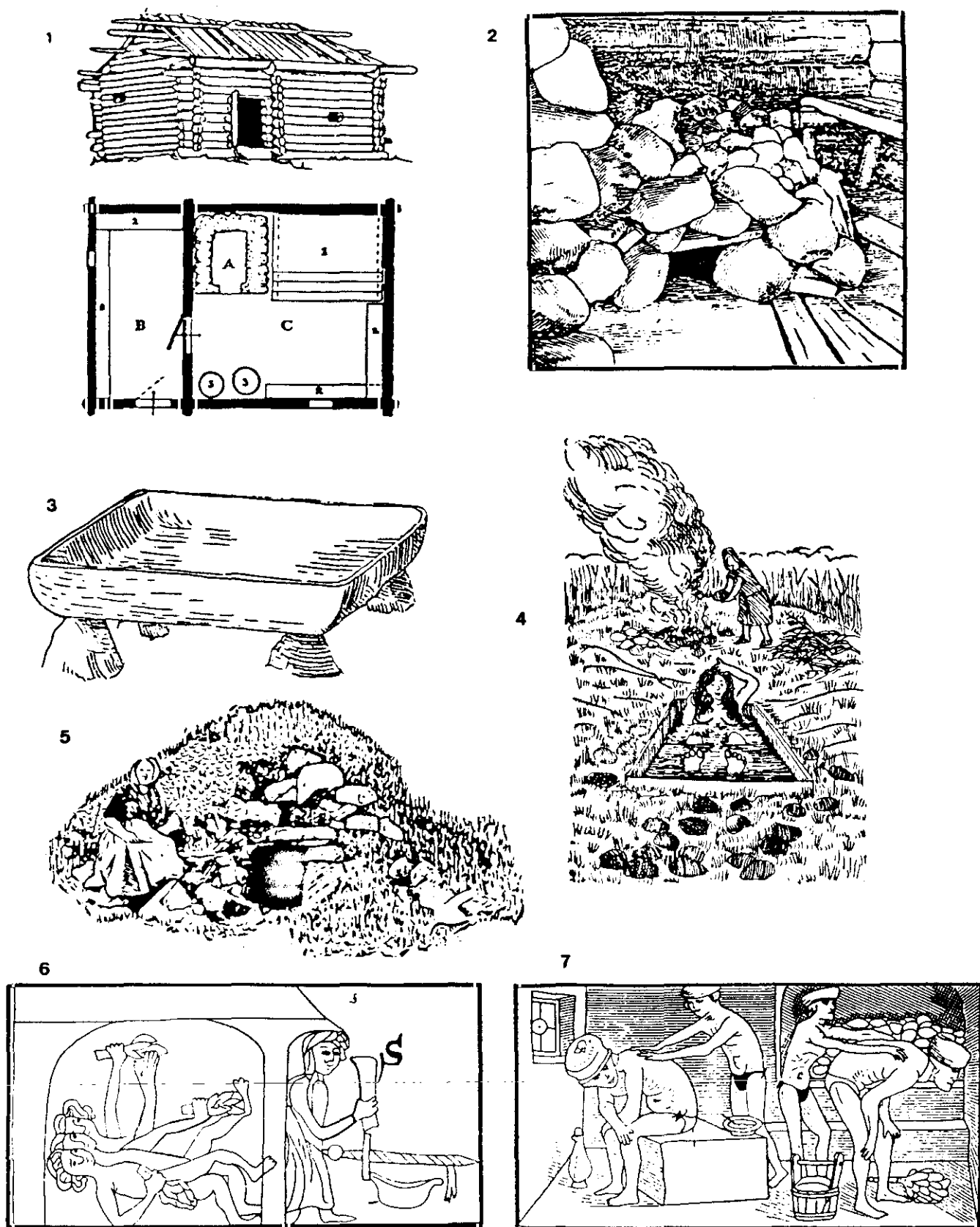


Fig. 80. Saunas de humo eslavas (1-3), irlandesas (4-5) y germanas (6-7).



## SOCIEDAD Y ETNIA

de tipo lacónico en saunas. Almagro-Gorbea (1992 y 1993b), aludiendo a estas y otras cuestiones, como el significado ritual del agua en la cultura castreña, la ausencia de evidencia arqueológica en las prácticas funerarias y la personalidad lingüística del Occidente Peninsular, ha defendido el carácter protocéltico y pregentilicio de estos ritos relacionados con actividades guerreras, esenciales en la organización socio-ideológica de lusitanos y galaicos pero que también han podido pervivir en ciertas regiones de la Vettonia (vid. Almagro-Gorbea y Álvarez-Sanchís 1993), hasta ser finalmente absorbidas por la Cultura Celtibérica.

La práctica social del bandidaje, forma peculiar de hostilidad y rapiña que Diodoro (5,34,4) y Estrabón (3,3,5) señalaban entre algunas poblaciones hispanas, especialmente entre los lusitanos, es inherente a un modo de vida desarrollado en un entorno físico pobre, montañoso y pastoril. Sin embargo, no es menos verdad que en el caso de los lusitanos tiene como protagonistas a grupos de jóvenes que destacan por su fuerza física y valor<sup>336</sup>, práctica que podría tener su origen en un rito de paso aunque adaptado a una nueva realidad socio-económica (Ciprés 1993: 147; vid. \*Ruiz-Gálvez 1985-86: 75-76), que está generando tensiones y conflictos en virtud de nuevas formas de propiedad de la tierra (Caro Baroja 1990: 332-335; Jimeno y Arlegui 1995: 121 ss.). Considerado aisladamente, este mismo dato podría relacionarse con los baños iniciáticos de lusitanos y vettones y remitirnos a tradiciones ancestrales como los grupos de edad, pues la responsabilidad militar recae de manera habitual en la iuventus, en edad de portar armas al encontrarse en plenitud física, y no es ajena a otras sociedades antiguas incluida la romana (Neraudau 1979). La mención de Valerio Máximo (9,6,2) a la flös iuventis, como parte integrante de la élite militar lusitana que había sido traicionada por Galba o la expresión iuventutem Celtiberos (Livio 40,30), que precisa la etnicidad del grupo al servicio de las armas, podría ilustrarnos en este mismo sentido. En cualquier caso, la narración de Diodoro (vid. supra) se refiere a los jóvenes faltos de riqueza, por lo que este antiguo rito de iniciación al estado guerrero habría modificado su función original a finales de la Edad del Hierro, convirtiéndose entonces en un medio de subsistencia y estrategia frente a los romanos (Ciprés 1993: 149-152).

---

<sup>336</sup> "Entre los iberos y especialmente entre los lusitanos tiene lugar una práctica singular; en efecto los que son muy pobres entre los jóvenes de una misma generación pero sobresalientes en el vigor del cuerpo y en la osadía, dotándose a sí mismos de valor y de armas se reúnen en duros terrenos montañosos y, formando grupos considerables, hacen correrías por Iberia y, saqueándola, reúnen riquezas" (Diodoro 5,34,6; traducción de Ciprés 1993: 137).

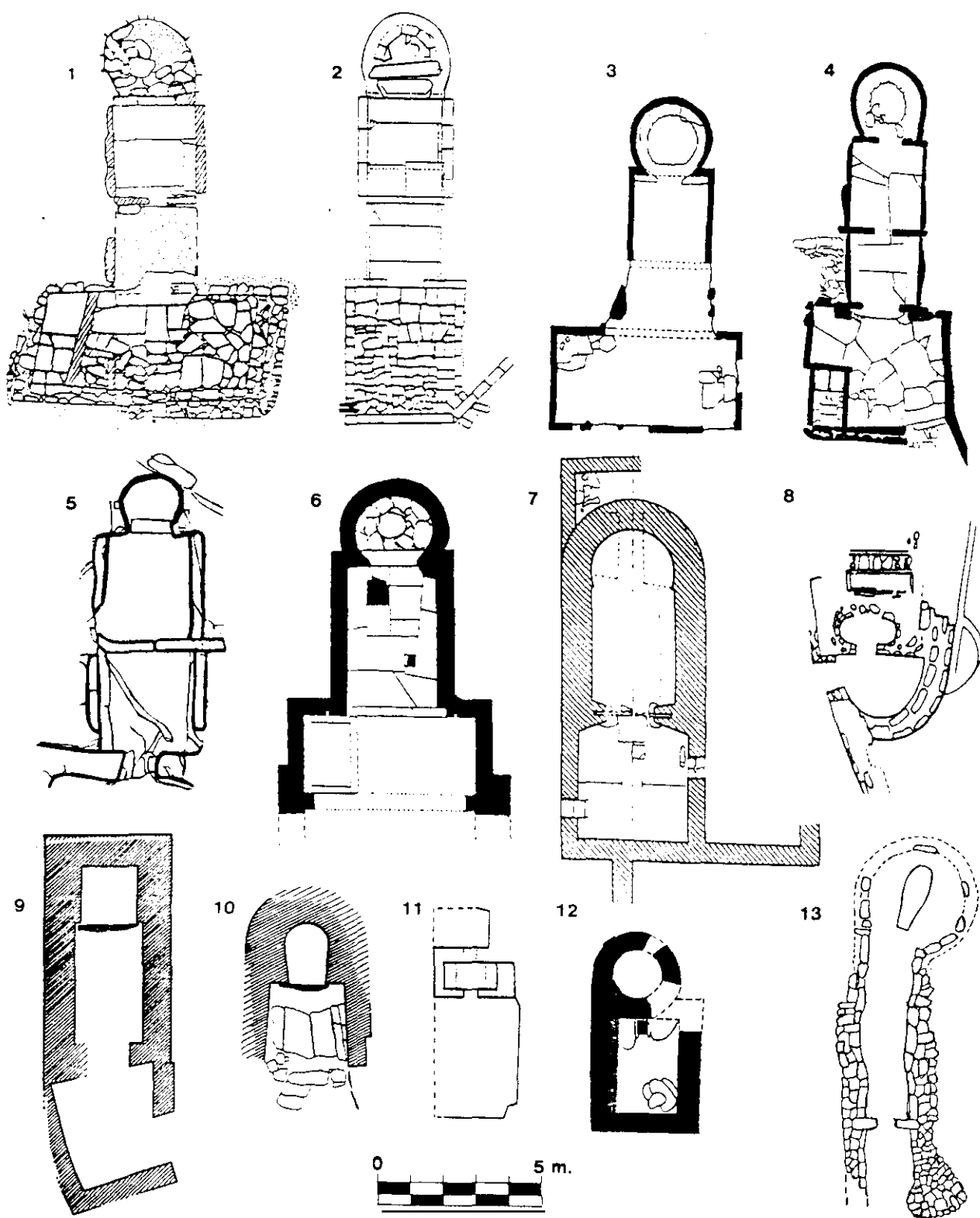


Fig. 81. Cuadro comparativo con las plantas de sauna conocidas en la Península Ibérica (Almagro-Gorbea y Alvarez-Sanchís 1993).

## SOCIEDAD Y ETNIA

Dentro de un contexto más propio de la ideología funeraria debe inscribirse la destrucción ritual del armamento, suceso común tanto en las necrópolis ibéricas (Quesada 1989: 227 ss.) como célticas (Rapin 1993; Lorrio 1995: 523 ss.). La mayor parte de las armas fue depositada en las tumbas sin más alteraciones que las producidas por el proceso de cremación, pero unas pocas aparecen dobladas intencionadamente con el fin de impedir su reutilización<sup>337</sup>; tal sucede en Las Cogotas (Cabré 1932: lám. LXI,1; Kurtz 1987: 270)<sup>338</sup>, La Osera (Cabré *et alii* 1950: fig. 9, láms. XXXVII, XLV, XLVI, LXII, LXVIII), El Raso (Fernández Gómez 1986: figs. 326, 350, 415, 425, 429, 434 y 442), El Castillejo de la Orden (Esteban Ortega *et alii* 1988: figs. 7, 10, 11 y 30) y El Romazal I (Hernández Hernández y Galán 1996: figs. 53-54). Dicho ritual implica un vínculo mágico entre el propietario y el objeto y su integración en el mundo del Más Allá. Los orígenes de esta costumbre son difíciles de precisar, habiéndose relacionado con élites aristocráticas del Bronce Final (Almagro-Gorbea 1991d: 44; *vid.* Ruiz-Gálvez 1995c: 130).

Como en otras poblaciones de la Hispania Céltica los testimonios relativos a una casta sacerdotal organizada al modo de los druidas en las Galias son escasos e imprecisos, hasta el punto de haber negado su existencia (Urruela 1981: 255 ss.; Blázquez 1991: 126-127). En cualquier formación social los rituales colectivos implican la figura de un intermediario - sacerdotes, sacerdotisas, arúspices, magos - aunque también es verdad que estas funciones podían ser desempeñadas por los jefes de los grupos familiares. Sobre estas cuestiones, Marco (1987: 69 ss. y 1993a: 498-500; *vid.* Mangas 1978: 602-603) ha defendido la existencia de un sacerdocio organizado en virtud de interpretaciones derivadas de los textos clásicos - la figura del celtíbero Olíndico, que vaticina la derrota de los romanos al recibir una lanza del cielo (Floro 1,33,13) - de los textos celtibéricos - determinados vocablos referidos a funciones posiblemente sacerdotales - y de la iconografía de algunos vasos pintados de Numancia y Arcóbriga.

---

<sup>337</sup> La interpretación es muy compleja en la medida en que la selección de los tipos es, por lo general, arbitraria. Aún así, las necrópolis celtibéricas parecen evidenciar, en un momento avanzado de su desarrollo, cierta predilección por el ritual, llegando en algunos casos a la destrucción sistemática (Jimeno y Morales 1993: 153, fig. 5; Lorrio 1995: 526).

<sup>338</sup> La tumba 476 de las Cogotas (Cabré 1932: lám. LXI,1) incluye, además de una punta de lanza, un asador doblado.

Si estos caracteres convergen en el entendimiento de un elemento sacerdotal en los procedimientos oraculares y sacrificiales de la Celtiberia, análoga observación podríamos hacer extensible a la Lusitania y la Vettonia; así se desprende de la noticia de Estrabón (3,3,6), según la cual el hieroskópos sería el responsable de realizar el sacrificio adivinatorio entre los lusitanos, y de Plutarco (Quaest. Rom. 83), para quien los sacrificios humanos de los bletonenses respondían a una costumbre regulada por la existencia de leyes públicas. De alguna manera, la existencia de augures encargados de llevar a efecto tales prácticas está reflejando una institucionalización del ritual. Elementos sacerdotales podrían requerir asimismo la práctica de la medicina y el conocimiento de las propiedades de las hierbas y las drogas con fines terapéuticos, como la hierba vettónica, muy utilizada en la antigüedad como antitóxico y citada por los romanos desde el siglo I, a la que se refieren un buen número de fuentes (Plinio N.H. 25,84; Celso med. 5,27) e incluso un libro (de herba vettonica) dedicado a describir sus propiedades (Roldán Hervás 1968-69: 97-98).

Estas relaciones, además, podrían adquirir una significación especial a partir de otra perspectiva: la consideración ritual de los elementos de fuego en las prácticas de banquete funerario, como parece deducirse del instrumental compuesto por asadores, parrillas, morillos, tenazas, trébedes y trípodes recuperados en los cementerios de Las Cogotas (tumbas 476 y 1442) y La Osera (túmulo C de la zona I, tumbas 201/I-II, 436/VI, 514/VI). No son frecuentes y esta singularidad se suele dar en tumbas ricas con armamento y arreos de caballo, por tanto de la élite masculina y tal vez sacerdotal (Cabré et alii 1950: 73-74, 198; Kurtz 1987: 226 ss.; Baquedano y Escorza 1995: 34-35). Con matizaciones; Kurtz (1987: 227) llegó a sugerir un culto doméstico al estilo del culto a los lares en Roma, centrado en el hogar y encomendado al caput familiae. En todo caso creo que la existencia de estos utensilios, que también se constatan en algunas necrópolis celtibéricas (Lorrio 1995: 341-343), podrían revelar rituales más complejos de sacrificio y fuego encomendados a miembros relevantes de la comunidad. Un simple vistazo a la suntuosidad de algunos objetos que acompañan el ajuar sirve para aclarar este aspecto, bien evidenciados en los recipientes bronceos de la tumba 514 y del túmulo C de La Osera. En el mismo sentido los calderos de bronce formarían parte del banquete aristocrático, extensible a otras tumbas (4, 350, 370, 455, 514) y sectores de la necrópolis (Baquedano 1996:

## SOCIEDAD Y ETNIA

cuadro V), donde concurren nuevamente ajuares militares. No en vano, como "puntas de estoques de sacrificios rituales" llegó a sugerir Cabré (et alii 1950: 186) la funcionalidad de dos pequeñas puntas de chuzo que salieron de la tumba 350, una de las más notables del cementerio.

**2.4. Teonimia y Lengua.** La teonimia de la Meseta occidental es uno de los testimonios más importantes que contribuyen a definir la celticidad de sus poblaciones, aunque debamos insistir nuevamente en la cronología tardía (siglos I-III d.C.) de los testimonios conocidos, claro está, con independencia de que éstos hundan sus raíces en época prerromana. Si creo necesario destacar, pues seguramente debió ser objeto de culto entre distintos pueblos de la Céltica hispana, la referencia de Estrabón (3,4,16) a propósito de una divinidad innominada, venerada por los celtíberos y sus vecinos septentrionales, que Marco (1987: 58-59) relaciona con Dis Pater, deidad identificada por César (B.G. 6,18) entre los galos, y que plasmaría la concepción universalista de la religión. Una explicación análoga serviría para la deidad asimilada por Estrabón (3,3,7) al Ares griego, al que los pueblos montañoses ofrecían sacrificios de machos cabríos, caballos y prisioneros. El carácter de este dios encaja muy bien con las connotaciones guerreras, pero también con otras funciones más amplias y protectoras (Marco 1993a: 485, nota 18), habiendo sido relacionado con el Marte indígena, que con la romanización se asimila a Marte o a Júpiter (Blázquez 1991: 50 ss.; vid. Marco 1993a: 494, nota 45).

Salinas (1982a: 69 ss.), a propósito de la organización social de los vettones, cataloga una cuarentena larga de deidades aparecidas en estas tierras, en gran parte indígenas, siendo Júpiter, las Ninfas, Ataecina y Salus los más repetidos (vid. Salinas 1982a-b; Blázquez 1962b, 1975b y 1983). De los teónimos indígenas atestiguados en la zona, unos pocos eran venerados en otros ámbitos de la Hispania indoeuropea y la mayoría estaba formada por deidades locales, bien de carácter tópico o relacionados con accidentes naturales. Naturalmente, hay que suponer que en ocasiones nos hallamos ante nombres y atributos distintos para una misma divinidad protectora (Marco 1987: 57-58). Una breve referencia al panteón permite algunas consideraciones:

(1) En lo tocante a su distribución, habría que apuntar que las menciones de teónimos no son un suceso común en el territorio vetón. La provincia de Cáceres proporciona más de una treintena de divinidades indígenas frente a Salamanca y Avila, apenas representadas (Sayas y López Melero 1991: 110; vid. Díez Asensio 1995). Problemas de distribución similares planteaban las menciones de los grupos familiares o "gentilidades", aunque en sentido inverso, abundando al norte del Tajo (vid. supra) y estando ausentes más al sur y a occidente. Sin duda esto último hay que interpretarlo como un rasgo conservador de la región (de Hoz 1993: 390), pues subsiste en las áreas menos romanizadas y por tanto en la zona nuclear de los vettones. Pero, de algún modo, tal vez eso mismo nos esté marcando los antiguos límites entre las comunidades más celtizadas del grupo Cogotas II respecto de otras periféricas, donde conviven grupos celtas y preceltas, más afines a los lusitanos (Fig. \*).

Estas observaciones enlazan bastante bien con la problemática lingüística y epigráfica que ofrece la dispersión de estos testimonios en la Península Ibérica, con dos áreas bien diferenciadas, la celtibérica y la lusitana, esta última con una lengua indoeuropea de connotaciones más arcaicas conocida a partir de las inscripciones de Arroyo de la Luz (Cáceres), Lamas de Moledo (Viseu) y Cabeço das Fraguas (Guarda), no descartando otras de menor extensión (Tovar 1985)<sup>339</sup>. De este ámbito, en la zona luso-extremeña, proceden la mayor parte de los teónimos conservados, aunque se haya señalado el carácter céltico de los más importantes (García Fernández-Albalat 1990; Marco 1993a: 482), lo que sucedería a partir de la movilidad de las poblaciones hispano-celtas que arriban hasta el extremo occidental (de Hoz 1988 y 1994; Almagro-Gorbea 1993b). No voy a detallar aquí la polémica general que sobre el carácter del lusitano han entablado los especialistas (Tovar 1985; Schmidt 1985; Gorrochategui 1987; Untermann 1987; Villar 1991: 454 ss.; de Hoz 1993: 379 ss.). Ofrece rasgos que podrían relacionarse con las lenguas célticas y otros más autónomos, lo que exige la aparición de nuevos testimonios respecto a los que ahora nos son accesibles.

Sí me parece interesante constatar en tierras vettonas la existencia de rasgos lingüísticos estructuralmente diferentes, que desde luego serían resultado

---

<sup>339</sup> Talaván (Cáceres), Freixo de Numão (Viseu), Mosteiro de Ribeira (Guinzo de Limia, Orense) y Filgueiras (Guimarães) que, de seguir a Tovar (1985: nota 36) podrían adscribirse al lusitano.

## SOCIEDAD Y ETNIA

de diversos aportes (Sayas y López Melero 1991: 96 ss.). Un seguro indicio de celtismo lo constituyen los topónimos en -briga (Untermann 1961; Albertos 1990), atestiguados en la región central y septentrional (Mirobriga, Caesarobriga, Augustobriga, Deobriga), bien es verdad que no siempre antiguos ni relacionados necesariamente con poblaciones prerromanas (de Hoz 1993: 375 ss.). Se ha hecho mención repetidamente a otros testimonios onomásticos extendidos por todo el norte y oeste de la Península; es el caso de la distribución de los antropónimos Celtius, Ambatus, Reburus..., muy frecuentes en el territorio lusitano-vettón, además de la teonimia occidental. Junto a estas evidencias disponemos también de la tésera en lengua celtibérica de Villasviejas en Botija (Almagro-Gorbea y Lorrio 1987: 114) o el pasaje de Plinio (N.H. 4,35,118), indicando el carácter celta de los mirobrigenses de la zona de Ciudad Rodrigo.

Pero, por otra parte, contamos con los topónimos del tipo Bletisam(a) y Salmantica que podrían pertenecer a un substrato distinto y anterior (Tovar 1949: 51-52 y 1958). El primero se ha vinculado con los nombres que mantienen la /p/ indoeuropea (< \*Pletisama), en este caso sonorizada (Tovar 1949: 51-52; vid. de Hoz 1993: 380-384). En la composición del segundo existe un radical, \*sal, y un sufijo, -nt, que forman parte de un grupo de hidrónimos que se pueden incluir en la serie "antiguo-europea" estudiada por Krahe (1954: 48 ss. y 1962), quien ha defendido la mayor antigüedad de estas lenguas precélticas, de las que posteriormente habrían surgido las indoeuropeas occidentales. Cabría así la posibilidad de relacionar el Alteuropäisch con la lengua lusitana, que se habría desarrollado a partir de ahí (Tovar 1977; de Hoz 1993: 389)<sup>340</sup>. En algunos casos el nombre de la ciudad ha podido recibir su nombre de un río, por ejemplo Salmantica, habiéndose supuesto \*Salmantia como antiguo nombre del río Tormes (de Hoz 1986b y 1993: 377-378; vid. Schmoll 1959: 72). Tovar (1958) relacionaba el antiguo nombre de la capital salmantina con la divinidad de carácter acuático Salamati, documentada por una inscripción en S. Martín de Trevejo (Cáceres) (Blázquez 1975b: 146). Otra de las raíces antiguas que forman nombres de ríos es \*ad, que significa desembocadura. Se constata en la hidronimia antigua europea, como Adara = Oder, y en tierras abulenses podríamos relacionarlo con el río Adaja. Por otra parte, en un artículo reciente Canto (1995: 155) ha sugerido la

---

<sup>340</sup> En contra, Villar (1991: 460-466), que atribuye a una penetración más antigua.

posibilidad de relacionar el nombre de los Vettones con la raíz del griego étos y del latín vetus, es decir, "los viejos" o "los antiguos". Los datos no son definitivos pero el nombre de la etnia admite la sospecha de que pertenezca a un estrato lingüístico no indoeuropeo (Untermann 1995: 14).

Las evidencias epigráficas del Suroeste y Andalucía también ofrecen un horizonte lingüístico anterior bastante complejo, con evidentes ramificaciones en Extremadura (Siruela, Almorquí, Monfragüe, Navalvillar de Pela). De un lado, en lo que comúnmente se llaman las inscripciones tartésicas o escritura del SO. - en estelas fechadas en los siglos VII-VI a.C. - se ha sugerido su vinculación a una lengua de tipo indoeuropeo occidental (Correa 1989 y 1992), una parte de cuyos antropónimos tendría su correspondencia en la onomástica lusitano-vettona y también celtibérica. La interpretación no está exenta de críticas y matizaciones (de Hoz 1989; Gorrochategui 1993: 414-415) excepto en el caso del antropónimo a.Co.o.s.i.o.s, de la estela de Almorquí (Cáceres), que podría evidenciar la arribada de gentes procedentes de la Meseta (de Hoz 1993: 366). Otro grupo es el atestiguado en la onomástica de época latina, con topónimos que hacen referencia a un momento anterior. Es el caso de -urgi, como sucede con la ciudad vettona de Lacimurgi (Navalvillar de Pela, Badajoz) transmitida por Ptolomeo (2,5,7), característico de la región tartesio-turdetana pues ocupan todo el valle del Guadalquivir y del Genil (Gorrochategui 1993: 417-418).

La cuestión de las penetraciones indoeuropeas más antiguas en la Península Ibérica y por tanto en la región occidental todavía está insuficientemente explicada. En todo caso, en este contexto conviene hacer referencia al dato esgrimido por de Hoz (1993: 391-392) a propósito de la hipotética relación entre los portadores de los Campos de Urnas y la hidronimia antigua europea, bien implantada en el Noreste (de Hoz 1963). Desde luego la dispersión de los primeros no es coincidente con los testimonios conocidos no célticos, por lo que tal vez han existido distintas arribadas o, mejor aún, hablantes de diversas lenguas. Estos hechos podrían sugerir su vinculación a la cultura pastoril conocida como Cogotas I, extendida en amplios sectores de la Meseta. Sin embargo hoy no se discute el indigenismo de esta cultura, ni tampoco su fuerte arraigo en tradiciones anteriores, situándose el origen del complejo a finales del Bronce Antiguo (Fernández Manzano 1985; Fernández-Posse 1986; Delibes y Romero 1992; Romero y Jimeno 1993:



## SOCIEDAD Y ETNIA

183-184). Esto último implicaría una fecha ante quem para las primeras infiltraciones indoeuropeas, con todo lo problemático que ello fuese (de Hoz 1993: 393). Ante la imposibilidad de decidir entonces la evolución de este substrato, sólo cabe pensar que el bagage lingüístico de las poblaciones occidentales se conservó prácticamente hasta la celtización de las comunidades vettonas, al filo de la mitad del primer milenio, bajo la presión del mundo celtibérico. Su impacto demográfico debió ser limitado pero trajo consigo un modelo socio-económico de alta capacidad expansiva, cuyo aspecto arqueológico más visible fue el aumento de los castros fortificados y de las necrópolis de incineración (vid. cap. \*).

(2) El culto de las divinidades más importantes enlaza con la teonimia lusitano-galaica, cuyo grupo más característico lo forman cuatro teónimos con distintos epítetos (de Hoz 1986c; García Fernández-Albalat 1990; Marco 1993a: 488 ss.): Bandua, etimológicamente relacionada con cohesión, de los dioses "que atan" (de \*bhendh- > banda, con sentido de unir); Cossus, cuyo epíteto Oenaecus señalaría las asambleas de guerreros, como la oenach irlandesa, tal vez celebradas en santuarios; Nabia, vinculada con el agua y el paso al Más Allá, y finalmente Reua, relacionada con la llanura. Nos interesa especialmente el primero, Bandua, como recogen los testimonios de Ciudad Rodrigo (?\*) en Salamanca, Trujillo, Madroñera, y Malpartida de Plasencia en Cáceres (Ferreira da Silva 1986: Est. XII; Blázquez 1991: 64-65, 110-111). Su iconografía de Fortuna-Tyché en la pátera argentea de la colección Calzadilla de Badajoz - Band(ua) Araugel(ensis) - procedente de un lugar indeterminado de Cáceres, ofrece connotaciones protectoras de toda la comunidad y también guerreras (Almagro-Gorbea 1993b: 122). De estos teónimos se ha sugerido la posibilidad de que se trate de apelativos comunes, sinónimos de "divinidad" o "numen" (Untermann 1985: 348 ss.; Ferreira da Silva 1986: 295-296), que además contribuirían, como en el caso de Bandua, a precisar una uniformidad lingüística en la región. El planteamiento en todo caso no es unánime (Encarnação 1988: 266; Marco 1993a: 488-489), insistiéndose en el carácter personal de las deidades.

La veneración de otros dioses característicos de la Lusitania también está atestiguada entre los vettones. Es el caso de Endovelico y Ataecina, que gozaron de gran difusión (Blázquez 1991: 60-62; Marco 1993a: 489-490; Abascal 1995). El primero podría asociarse al Vaelicus del santuario de Postoloboso, próximo al

Raso de Candeleda (Fernández Gómez 1973 y 1986: 966-972). El topónimo del santuario abulense se asemeja bastante bien al significado del sustantivo celta \*uailo- = lobo, que a su vez se relaciona con el teónimo (Albertos 1966: 242). Se ha sugerido a partir de estos testimonios que nos hallemos ante una variante de Sucellus (Marco 1987: 66 y 1993a: 497; vid. Fernández Gómez 1986: 971), divinidad infernal y funeraria con cuyo emblema, la piel de lobo, sabemos vestían los heraldos de algunas poblaciones indígenas (Appiano Iber. 48; Blázquez 1983: 275). Así se explica también la asociación de dicho animal con las fratrías guerreras, como los Lupercales romanos o los Ülfenhnr o "pieles de lobo" germanos, comparables a otros Männerbunde de sociedades primitivas, pues el lobo era en la mitología indoeuropea el animal del Más Allá (Alföldi 1974: 69 ss., 107 ss.; MacCone 1987; Peralta 1991 y tesis\*; Almagro-Gorbea y Alvarez-Sanchis 1993: 214-215).

El culto de Ataecina en Hispania se extendió por las regiones orientales de la provincia de Lusitania, bien implantada entre el Tajo medio y el Guadiana con un total de treinta y cinco inscripciones (Abascal 1995: 34 ss., 89-91, fig. 55), varias de ellas en territorio vettón: Talavera de la Reina/Caesarobriga y Caleruela en Toledo, El Gordo, Herguijuela, Santa Ana y Salvatierra de Santiago en Cáceres. La interpretatio de que parece ser objeto esta diosa con la clásica Proserpina, de connotaciones infernales, sugiere que tendría un carácter similar (Blázquez 1991: 61), pero la evidencia epigráfica demuestra que ambos cultos tenían áreas específicas de desarrollo, por lo que el dato no debe ser del todo generalizable (Abascal 1995: 97). Se ha señalado, por otra parte, un carácter agrícola en el culto a la diosa, atestiguado en la representación de un ramo en alguna de las inscripciones (Leite de Vasconcellos \*: 161 ss.; Salinas 1982a: 74-75) e incluso trabajos recientes sugieren para la misma atributos de divinidad lunar (García-Bellido 1991: 71). En el culto a la diosa se vinculan las cabras, de las que se conservan varios exvotos en bronce en los Museos de Evora y Cáceres (Blázquez 1991: 62). En tal sentido, un testimonio de interpretación dudosa es el que ofrece Fernández Gómez (1986: 966) a propósito de una cabrita de cerámica hallada en la necrópolis de El Raso de Candeleda.

Ataecina se muestra bajo un elenco de diferentes denominaciones siendo el epíteto Turobrigensis el más abundante, dato que inclina a pensar que la sede del

## SOCIEDAD Y ETNIA

culto fue la ciudad de Turobriga, que según Plinio (N.H. 2,14) pertenecería a la Beturia Céltica. Con todo, los testimonios epigráficos lusitano-vettones son abundantes y traspasan en buena medida este marco de referencia (Sayas y López Melero 1991: 110). Sobre estas y otras cuestiones Abascal (1995: 101-105), en un reciente y exhaustivo trabajo, ha sugerido la posibilidad de que Turobriga fuera un pequeño enclave dentro del territorium de Emerita Augusta, próximo al templo de Sta. Lucía del Trampal (Alcuéscar, Cáceres) donde se hallaron catorce altares dedicados a la diosa. Utilizando estos datos García-Bellido (1991: 69 ss. y 1995b: 143-145) relacionaba este santuario con el descrito por las fuentes literarias como el lucus Feroniae (Agennius Urbicus, de controversiis 37), por lo que la denominación de Feronia se debería a la interpretatio Romana de la divinidad indígena. Su carácter de protectora de las aguas y la abundancia de manantiales en El Trampal invita a otorgar este mismo atributo a Ataecina (García-Bellido 1995b: 145). Otras dos evidencias documentales, la cita de Prudencio (Perist. 3,186), que se refiere a Mérida como clara colonia Vettoniae y un epígrafe votivo hallado en Caleruela (Toledo), dedicado a la diosa por un turobrigense reclutado en la caballería vettona (Bassus Turobri(gensis), eques alae Vettonum, aram posit Ataecinae; votum soluit m(erito) [...])<sup>341</sup>, sirven a Abascal para albergar la sugestiva idea de que la ciudad en cuestión fue vettona; por tanto Ataecina pudo tener allí la condición de divinidad tutelar. La delimitación meridional de los vettones continúa siendo un problema geográfico aún no resuelto, dada la ambigüedad que deparan los textos antiguos (vid. infra) y su correspondencia con los arqueológicos, pero estos datos son suficientes para garantizar la extensión que debió tener el culto en la región.

(3) La mayor de las veces nos encontramos con deidades locales restringidas a una pequeña región o poblado, de las que sólo se conocen muy pocos o un único testimonio (Sayas y López Melero 1991: 112, nota 62). Así sucede con la inscripción votiva de Oliva de Plasencia en Cáceres, diis Laribus Gapeticorum gentilitatis (CIL II, 804). La dedicatoria nos ilustra sobre el vínculo que existe entre la divinidad y el grupo familiar. Las deidades que aquí se infieren de la expresión diis laribus se han interpretado como divinidades indígenas protectoras de la comunidad (Salinas 1982a: 72-73) pero la dedicación a los Lares ejemplifica

---

<sup>341</sup> La relación bibliográfica sobre este testimonio es importante y me remito a Abascal (1995: 89, nota 236).

bien el sincretismo al que condujo la romanización (Blázquez 1991: 68 ss., 109 ss.; vid. Etienne 1973). Esta asimilación del panteón indígena a través de la interpretatio es mucho más explícita en el caso del dios Eaecus, a través de la forma Iupiter Solutorius Eaecus, bien documentada al sur de la Sierra de Béjar donde pudo ubicarse el santuario vetton (Salinas 1982a: 77).

Conocemos además otros casos en los que la divinidad se ha relacionado con un accidente geográfico o una localidad determinada. Por ejemplo la inscripción deo Salamati documentada en San Martín de Trevejo (Cáceres) (Blázquez 1962b: 188), teónimo que se ha relacionado con el hidrónimo Salmatia, por lo que la dedicación haría referencia al río, donde reside la divinidad (Blázquez 1975b: 146; Sayas y López Melero 1991: 113; vid. supra). En Ruanes, cerca de Trujillo, apareció un ara dedicada a Reueanabaraecus (CIL II, 685). Probablemente el nombre del lugar ha surgido a partir del teónimo, que protege al grupo que se asienta en él (Salinas 1982a: 71-72).

El teónimo Trebarune, de clara etimología indoeuropea, se ha explicado a partir del celta aunque su fonética parece compatible con diversos grupos lingüísticos (de Hoz 1993: 371; vid. Untermann 1985; Gorrochategui 1993: 422; Villar 1993-95). En todo caso su distribución, en la Beira portuguesa y Coria (Blázquez 1983: 486; Marco 1993a: 491-492), nos remite de nuevo al ámbito lusitano-vetton y a relacionarlo con la divinidad lusitana Trebopala del Cabeço das Fraguas. En ambos casos se trata de divinidades femeninas acuáticas que personifican fenómenos acuíferos locales - como charcas o arroyos donde abreva el ganado - asociados específicamente a una comunidad determinada (Villar 1993-95: 370-371 y 380-381).

### **3. Fuentes, etnia y arqueología: elementos de identidad vettona y la cuestión de los límites.**

La aparente cohesión que presentan los Vettones en el marco inicial de la conquista romana, tal y como se desprende de las fuentes grecolatinas, no debe entenderse "sensu stricto" como una entidad territorial y política uniforme, sino una solución a la falta de conocimiento directo por parte de los autores clásicos de

## SOCIEDAD Y ETNIA

las diferentes comunidades que lo integran, toda vez que sus noticias sobre el poblamiento indígena resultan globales y poco precisas. Una primera aproximación a las fuentes históricas escritas, en particular Livio (35,7,8; 35,22,8), Apiano (Iber. 10,56; 10,58; 12,70), César (B.C. 1,38,1-4) y Lucano (4,4-10), nos presenta a los Vettones como un pueblo que participa, junto al resto de las culturas de la Meseta, en los acontecimientos bélicos que se suceden durante los dos últimos siglos a.C. y que en aquellos momentos ocupaba una parte de lo que será, desde época augustea, la provincia de Lusitania. Justo inmediatamente antes de esta nueva etapa pueden establecerse las siguientes consideraciones (Fig. \*):

(1) La Meseta occidental ofrece a finales de la Edad del Bronce unas bases culturales relativamente homogéneas, sin apenas rasgos comarcales diferenciadores.

(2) Desde el siglo VII a.C. parecen confirmarse ciertos indicadores culturales que vienen a introducir una suerte de dualidad en el territorio, agrícola en la cuenca sedimentaria y preferentemente ganadera en la región montañosa suroccidental, ámbito este último donde los romanos hallarán asentados a los vettones.

(3) Esta tendencia se consolida en la segunda Edad del Hierro iniciándose, además, un proceso de regionalización en áreas más pequeñas articulado a partir de los castros. Concurren desde este momento diversos aspectos de la cultura material, como la cerámica con decoración incisa a peine o la escultura zoomorfa, que hay que identificar necesariamente con el grupo "Cogotas II", o de los vettones históricos (Martín Valls 1985: 115 ss.; 1986-87: 70 ss.). Por primera vez, contamos con elementos suficientes como para plantear la cuestión étnica.

Cuando aparecen las menciones más antiguas sobre los vettones en las fuentes (Livio 35,7,8), esto es, a partir de los acontecimientos que se suceden en los años 193-192 a.C. (Roldán Hervás 1968-69: 93-94)<sup>342</sup>, nos encontramos

---

<sup>342</sup> Los acontecimientos se refieren a la campaña del pretor M. Fulvio dirigida contra una coalición de vettones, vacceos y celtíberos en torno a Toletum. No obstante existe una mención en las fuentes (Nepote Hamilcar, 4,2) que describe la muerte de Amílcar (229-228 a.C.) en lucha con los vettones y que se viene excluyendo por errónea, argumentando que el general cartaginés no debió sobrepasar el territorio oretano (Schulten 1935: 13; Roldán Hervás 1968-69). No existe una

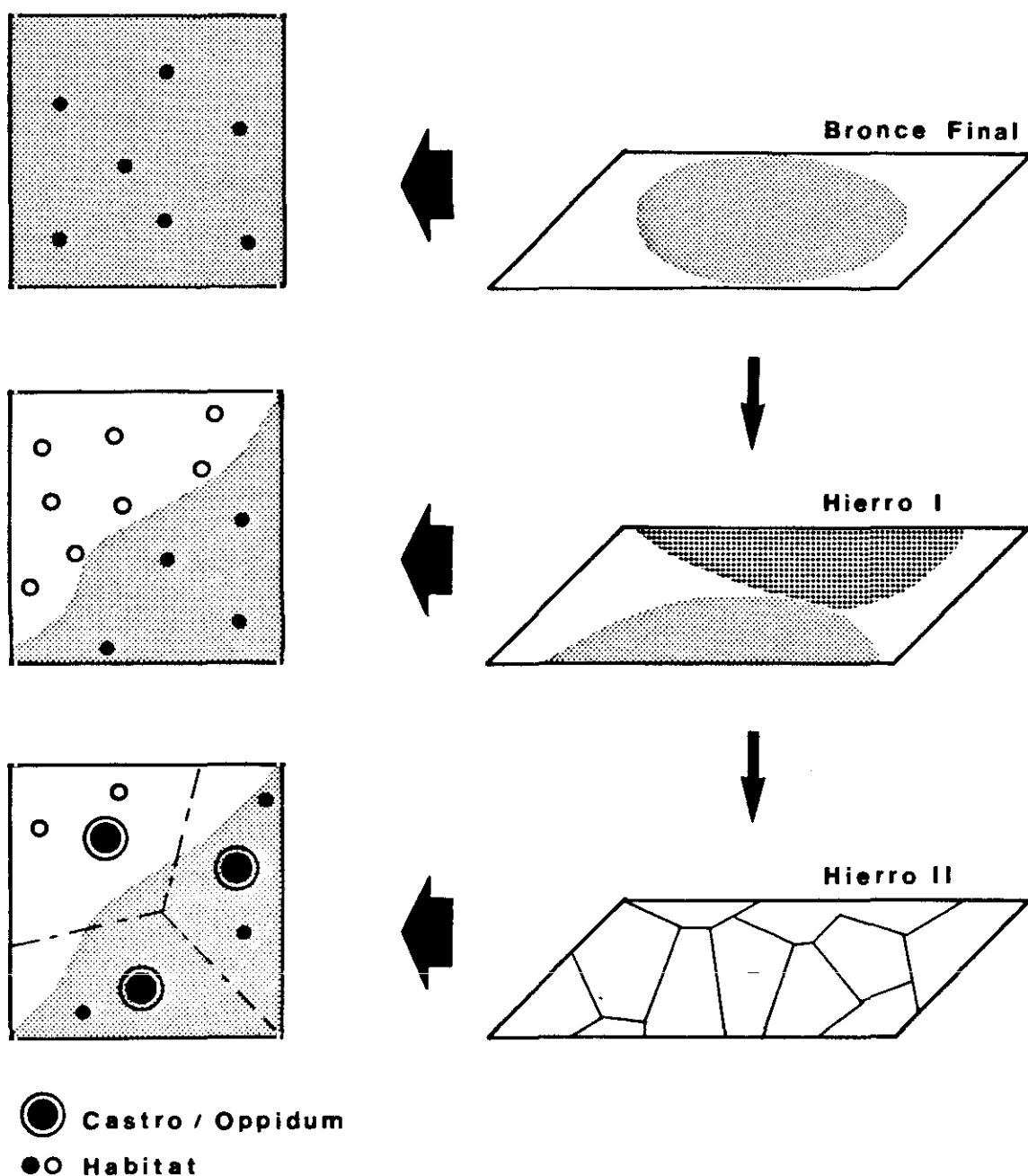


Fig. 82. Reconstrucción teórica de la evolución general del poblamiento en el occidente de la Meseta durante el primer milenio a.C..

valoración suficientemente detallada sobre este problema y otras interpretaciones (Canto 1995: 155) no descartan la noticia en vista de la rápida expansión cartaginesa en Hispania. Capítulo aparte es la expedición anibállica del 220 a.C. a Salmentica testimoniada en diversas fuentes (Bejarano 1955: 89 ss.). Con independencia de la doble asignación, vaccea y vettona, que se hace de la ciudad, parece obvio que los cartagineses cruzaron territorio vetton.

## SOCIEDAD Y ETNIA

con diversos territorios organizados donde el oppidum parece ser, en la mayor parte de las áreas, el elemento básico. Del contenido de las fuentes geográficas se desprende que los vettones ocupaban en este momento un amplio territorio en torno al río Tajo (Plinio N.H. 3,19; 4,113: (...) circa Tagum vettones; Estrabón 3,3,1; 3,3,3), extendiéndose al norte casi hasta el Duero, donde limitaban con los vacceos y celtíberos (Estrabón 3,3,2; 3,4,12), e incluso con el propio río, que separaba a éstos de los astures (Plinio N.H. 4,112: (...) dein per Arevacos Vaccaeosque disternatis ab Asturia Vettonibus). Al sur del Tajo las cadenas montañosas de San Pedro, Montánchez y Guadalupe posiblemente separaban a vettones, lusitanos y celtici. Los primeros tal vez llegaron al Guadiana por una pequeña zona, si nos remitimos a la ciudad de Lacimurqi o Lacimurga (Navalvillar de Pela, Badajoz) transmitida por Ptolomeo (2,5,7). No disponemos de elementos de juicio precisos para los límites oriental y occidental, lindando con carpetanos y lusitanos, pero la atribución étnica de Obila y Salmantica a los vettones (Ptolomeo 2,5,7) podría ser un primer punto de referencia. De todo lo anterior puede deducirse que el territorio, en su conjunto, estaba integrado en la Ulterior desde época republicana (Mangas 1985b: 28, 31-32; Hernando Sobrino 1995).

Concretar aún más los límites de la geografía que ocupan no es tarea fácil, hablamos siempre de la época que nos transmiten las fuentes y no de estadios anteriores. Además, cuando es posible identificar de modo fehaciente ciertas zonas éstas no tienen por qué reflejar una ocupación uniforme. La adscripción territorial de cualquier etnia está sujeta a cambios en el espacio y en el tiempo; un territorio puede quedar fijo como marco de referencia pero las variaciones que se pueden dar en el mismo no tienen por qué ceñirse a sus límites (Burillo 1992: 196; Ruiz 1992: 112-115). Es por ello por lo que creemos de sumo interés prestar atención, a partir de la identificación de los Vettones en las fuentes clásicas, a la correlación entre los diferentes elementos de la cultura material y los datos del grupo étnico cuyo nombre nos han legado las fuentes literarias romanas.

Como es sabido, Roldán Hervás (1968-69: 100 ss.) aborda en un trabajo ya clásico la cuestión de los límites, con una exhaustiva descripción del recorrido teniendo en cuenta el contenido de las fuentes geográficas - Estrabón y Plinio fundamentalmente (vid. supra) - los accidentes naturales que pudieron intervenir como términos de referencia - con particular atención a los ríos más caudalosos -

la distribución de las esculturas de verracos conocidas hasta la fecha de su trabajo y la lista de ciudades proporcionada por Ptolomeo<sup>343</sup>; de algunas apenas sabemos nada y no puede establecerse su ubicación (Cottaeobriga, Ocelon, Manliana, Deobriga), de otras pocas sólo existen referencias geográficas aproximadas (Lancia Oppidana-Sierra de la Estrella, Lama-Plasencia-Baños de Montemayor) y el resto se identifica con relativa facilidad (Salmantica-Salamanca, Capara-Ventas de Cáparra en Cáceres, Obila-Avila, Augustobriga-Talavera la Vieja, Lacimurgi-Navalvillar de Pela), lo cual tampoco significa que estén exentas de problemas (Roldán Hervás 1968-69: 88-92; Sayas y López Melero 1991: 77-79, notas 3 a 6). Habida cuenta su dispersión y según se desprende de los límites vettones, lo primero que esto nos plantea es la incorporación de otros importantes núcleos urbanos en la región. Es el caso de Bletisama (Ledesma), Mirobriga (Ciudad Rodrigo), Turgalium (Trujillo), Alea (Alia, al este de Guadalupe), Caesarobriga (Talavera de la Reina), Urunia-Iruña en Fuenteguinaldo y tal vez \*\*Caurium (Coria), citando sólo aquellos cuyos nombres antiguos nos son conocidos por otras fuentes y es posible identificar (Roldán Hervás 1968-69: 106; Tovar 1976: 247-248; Salinas 1982a: 38-39; González-Conde 1986).

En lo sustancial me voy a remitir al estudio monográfico de Roldán Hervás pero con algunas matizaciones, incorporando la información arqueológica más reciente que ha deparado el poblamiento castreño, la estatuaria zoomorfa y la cerámica a peine.

De este a oeste puede decirse que la frontera norte discurriría por la comarca agrícola de La Moraña y las estribaciones septentrionales de la sierra de Avila, siguiendo luego el curso del río Tormes hasta su desembocadura en el Duero. El trayecto de este último río por el territorio vettón es no obstante un punto difícil de dilucidar. Probablemente haya que prolongar el límite algo más al norte, ya en la provincia de Zamora y al oeste de la mansio vaccea de Sabaria - cerca del pueblo actual de Cubo del Vino - abarcando la comarca del Sayago hasta llegar al Duero a la altura del Esla. En este sentido es muy significativa la abundancia de esculturas y castros fortificados próximos a esta línea del Duero,

---

<sup>343</sup> Una primera aproximación a este aspecto, tomando en consideración las variables arriba citadas, ya fue expuesto en el siglo pasado por Joaquín Rodríguez (1879: 50-71). El trazado que ofrece el autor sobre la geografía de los Vettones contiene algunos errores, pero aún así supone una de las primeras síntesis sobre este tema.

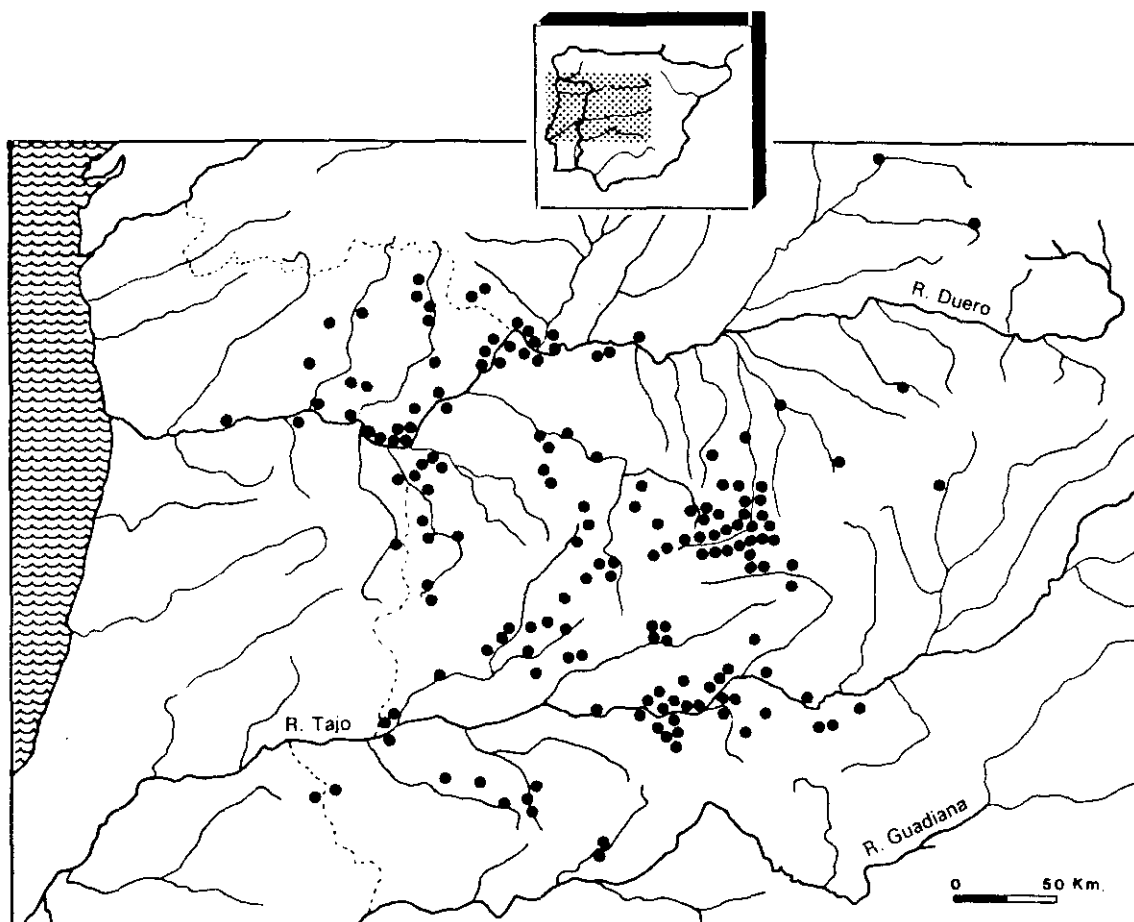


## SOCIEDAD Y ETNIA

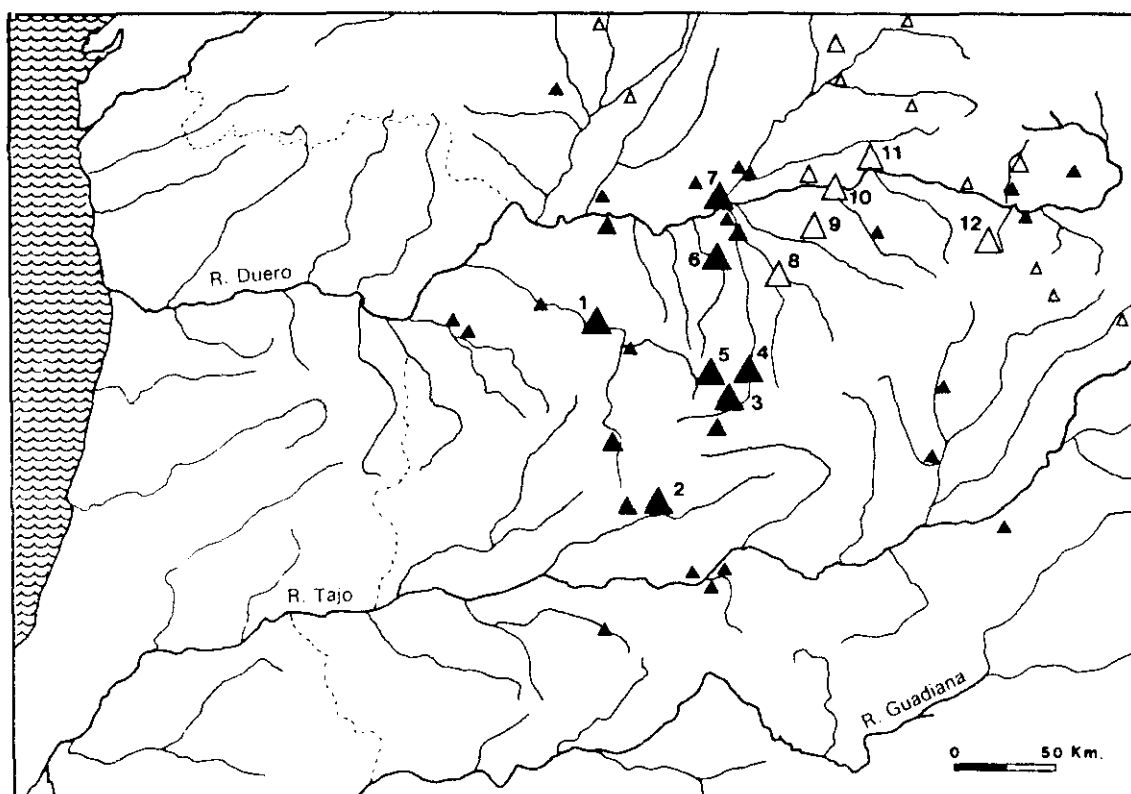
en torno a Fariza, Villardiegua de la Ribera y Moral de Sayago; el mismo argumento vale por supuesto para otras etnias en la margen opuesta, como evidencian los despoblados de Picote, Villalcampo y Muelas del Pan. Otro importante dato estriba en la geología paleozoica del río, con un notabilísimo encajamiento en el occidente de la provincia (Los Arribes), que debió ser determinante en la configuración fronteriza de la zona. Exactamente en el espigón formado por el Duero y el Esla se situaría el triple confín entre astures, vacceos y vettones (Esparza 1987: 136-137; González-Cobos 1989: 48-49, 58-59), aunque sobre este punto hay quienes prefieren seguir la línea del Tormes, como defendiera inicialmente Roldán Hervás (1968-69: 101; Solana 1991: 15, 22; Sayas y López Melero 1991: 79-80; Sánchez Moreno, e.p.).

El vacío de referencias literarias dificulta fijar de manera aproximada el límite occidental, que se extendería aproximadamente por la actual frontera hispano-portuguesa, en ningún caso más allá del río Coa. La entidad de los castros que jalonan de norte a sur el oeste de la provincia de Salamanca (Santonja 1991: 26-27), desde Nuestra Señora del Castillo en Pereña hasta Irueña (Urunia) en Fuenteguinaldo, son suficientes a mi modo de ver para casi garantizar la existencia de una división étnica con los lusitanos en torno a los ríos Coa y Agueda, aunque si esta no existiese la distribución de los verracos nos llevaría a la misma conclusión. Este último hecho es fundamental (Roldán Hervás 1968-69: 104), en la medida en que los testimonios escultóricos más occidentales conocidos, Almofala y Castelo Mendo en la Beira Alta, Barquilla y La Redonda en Salamanca, no traspasan la línea de los ríos citados.

Por supuesto que esta misma explicación podría ser válida para el límite suroccidental, pero aquí la ubicación de algunas ciudades conocidas, tanto vettonas (Capara) como Lusitanas (Rusticana-término de Galisteo, Norba Caesarina-Cáceres) (Ptolomeo 2,5,6-7, y falta Cáceres\*\*) facilitan el trayecto; éste se prolongaría siguiendo el río Agueda, las estribaciones meridionales de la sierra de Gata y el oeste de Plasencia, hasta arribar en la cuenca del Tajo. Desde allí una línea teórica continuaría entre Cáceres y Trujillo hasta la sierra de Guadalupe. No debe extrañar que la ausencia de verracos al oeste del trazado sea la nota dominante. Algunos hallazgos recientes en las comarcas de Alcántara y Valencia de Alcántara trasgreden lo dicho - la excepción que confirma la regla - pero



● ESCULTURA ZOOMORFA



▲ De 1 a 5	△ De 1 a 5
PEINE INCISO ▲ De 6 a 20	PEINE INCISO-IMPRESO △ De 6 a 20
▲ Más de 20	△ Más de 20

Fig. 83. Dispersion de los verracos (arriba) y de la ceramica a peine (abajo).

## SOCIEDAD Y ETNIA

difícilmente su tipología es comparable al resto. En este contexto también es interesante hacer referencia a la inscripción lusitana de Arroyo de la Luz (Cáceres) (Tovar 1985), la más oriental de los testimonios conocidos y a escasa distancia del territorio en cuestión.

Existe cierto consenso en aceptar la extensión de los vettones prácticamente hasta la margen derecha del Guadiana. Sin embargo la cuestión entra en conflicto con la escasa distribución de verracos en la zona y la ausencia de otros elementos arqueológicos que a duras penas trasgreden el sur del Tajo, problema que consideraré a continuación. Por el contrario una explicación paralela vale según creo para la frontera oriental, que iría desde la sierra de Altamira y los Montes de Toledo a buscar la línea del Tajo, en un punto cercano al este de Caesarobriga (Talavera de la Reina), para seguir en dirección Norte entre las sierras de Gredos y Guadarrama, remontando el río Alberche, y dibujar así una línea sensiblemente igual al límite actual de las provincias de Avila y Madrid. Las sólidas evidencias epigráficas y arqueológicas aportadas por González-Conde (1986) implican admitir que el límite entre vettones y carpetanos cruzaba nítidamente de norte a sur el occidente de la provincia de Toledo. Siquiera sea a título de inventario podemos mencionar el reciente hallazgo de una escultura en S. Martín de Pusa (Alvarez-Sanchís 1993b) que se viene a unir a los verracos de Carrascalejo, Torrecilla de la Jara, Alcaudete de la Jara, Las Herencias, Talavera de la Reina o Castillo de Bayuela. Al oeste de esta línea la abundancia de verracos está clara, más intensa en las provincias de Avila y Cáceres. Algunos ejemplares rebasan el límite (Gálvez, Totanés y Argés) pero son minoritarios.

En Avila, el trazado continuaría con las piezas que jalonan las ricas dehesas del oriente provincial hasta el valle de Amblés: Guisando, Gemiguel, Alamedas Altas, Bernuy Salinero, Santo Domingo de las Posadas... Proliferan en la zona castros fortificados - Real de San Vicente, Castillo de Bayuela, Ulaca, La Mesa de Miranda, Las Cogotas, Avila-Obila - cuya historia arqueológica conocemos lo suficiente como para deducir el protagonismo histórico de una comarca que concentró a la población y que pudo alcanzar una relativa alta densidad de poblamiento. Resulta cuanto menos interesante comprobar que el trazado en esta zona es coherente con el límite oriental del conventus Emeritensis, al oeste de Guadarrama, que seguiría el cauce de los ríos Alberche, Cofio (<cofinium,

"frontera") y Voltoya, hasta unirse con el límite sur del conventus Cluniensis, no lejos de Adanero (Hernando Sobrino 1995: 88-89; vid. Knapp 1992: 6-7). Este último, que coincide con la demarcación provincial de Avila y Segovia y por tanto con los vacceos (González-Cobos 1989: 48), continuaría por Arévalo y Madrigal de las Altas Torres en Avila y Fuentesauco en Zamora, hasta alcanzar la desembocadura del Esla (Mangas 1985b: 34). De hecho a partir de las comarcas agrarias de La Moraña y la Tierra de Arévalo, en el norte de la provincia abulense, el poblamiento protohistórico es más exiguo, algo que ya habíamos constatado en la primera Edad del Hierro. El dato puede ser significativo y así suponer, razonablemente, un espacio de transición hasta conectar con las ciudades vacceas más meridionales - es el caso de Cauca-Coca - y su proyección hasta el Duero.

Si las evidencias de que disponemos son relativamente sólidas como para deducir los límites norte, este y oeste de la región, la cuestión se diluye cuando abordamos el trazado meridional. Las fuentes no vinculan a los vettones con el Anas, aunque una fuente posterior (Prudencio peristeph., 3) relaciona a éstos con la ciudad de Emerita.

Para el extremo suroriental se puede recurrir entonces a la discutida ciudad vettona de Lacimurga o Lacimurgi transmitida por Ptolomeo (2,5,7), originariamente identificada en el cerro Cogolludo (Navalvillar de Pela, Badajoz), en la orilla derecha del Guadiana, a partir del hallazgo de un ara romana que habla de un Genio Lacimurgiae (Roldán Hervás 1968-69: 91) y en donde recientes prospecciones han permitido constatar la importancia de los restos arqueológicos sobre todo a partir de los siglos II-I a.C. (Aguilar y Guichard 1995)<sup>344</sup>. Existe, sin embargo, la mención de una Lacimurga en Plinio (3,14), adscrita a la Baetica con el cognomen de Constantia Iulia, que el autor relaciona con los célticos procedentes de Lusitania que habitaban la región de la Beturia. Estos desacuerdos entre los textos, así como la revisión de algunos materiales epigráficos, han provocado una controversia a la hora de identificar el núcleo urbano del cerro Cogolludo con la Lacimurgi vettona de Ptolomeo (Roldán Hervás 1968-69: 91;

---

<sup>344</sup> Su límite este es posible situarlo en las proximidades de Valdecaballeros, gracias a un término augustal del 73 d.C. que fija los límites entre la ciudad citada y los habitantes de Ucubi (Vaquerizo 1986: 130-133; Stylow 1986: 307-311). El hecho de que tanto el núcleo urbano de Lacimurga como un terminus de su territorio se encontraran al norte del Guadiana significa que, al menos en esta zona y en este momento, el límite entre las provincias de la Lusitania y la Bética corría al norte del río (Stylow 1986: 310).

## SOCIEDAD Y ETNIA

Canto 1989: 183 ss.; Sayas y López 1991: 78-79), frente a la betúrica y céltica de Plinio (Sáez 1992-93: 100-105; Aguilar y Guichard 1995: 30-39). Se ha considerado incluso la posibilidad de que se tratara de la misma ciudad (Bosch Gimpera 1932: 504). La identificación es todavía problemática a falta de documentos epigráficos precisos y la controversia sigue aún vigente, pero parece razonable pensar que la ciudad pliniana, de relacionarse con el núcleo en cuestión, quedaría ostensiblemente alejada del resto de los poblados de la Beturia Céltica (Berrocal-Rangel 1992: 39, fig. 2).

No me detengo en este aspecto que ha sido ampliamente discutido y en el que juega un papel importante más que la interpretación conjunta de los documentos epigráficos, lingüísticos y arqueológicos, una postura de principio, en función de la validez que cada uno decida otorgar a los textos plinianos y ptolemaicos. Desde luego, de ser cierta la atribución del cerro Cogolludo y extender de este modo el territorio vettón hasta la orilla derecha del Guadiana, no sólo debe hacerse con la incertidumbre inherente a una población fronteriza. Nos pondría ante un hecho cronológico posterior, es decir, la posibilidad de una estrategia administrativa en donde la Vettonia no se corresponde estrictamente a la etnia prerromana en origen, sino algo más independiente. En relación con lo dicho ha de ponerse en relación, y además con un valor mucho más directo:

(a) La heterogenidad de los documentos arqueológicos. La distribución de los verracos de mediano y gran tamaño y de las cerámicas incisas a peine abunda en las altas tierras de Avila, Salamanca y norte de Cáceres. A la vista de lo cual, debería sospecharse que ambos elementos delatan la pujanza del grupo Cogotas II en un marco geográfico y temporal bastante preciso, entre los siglos V y III a.C.. Eso mismo nos llevaría a considerar una relación genética con las necrópolis extensas y los castros fortificados con piedras hincadas, aunque todavía habrá que deslindar posibles diferencias que subyacen en el modelo. En todo caso, al sur del Tajo y en este mismo momento pueden apreciarse tendencias contrapuestas: la cerámica a peine apenas está representada en el territorio (La Coraja) mientras la pintada a torno denota una mayor afinidad con las poblaciones ibéricas (Botija). La documentación arqueológica encuentra asimismo réplicas adecuadas en las esculturas de verracos - Villasviejas del Tamuja, Torrequemada, Madrigalejo - cuyos vínculos formales y decorativos están en deuda con la escultura meridional,

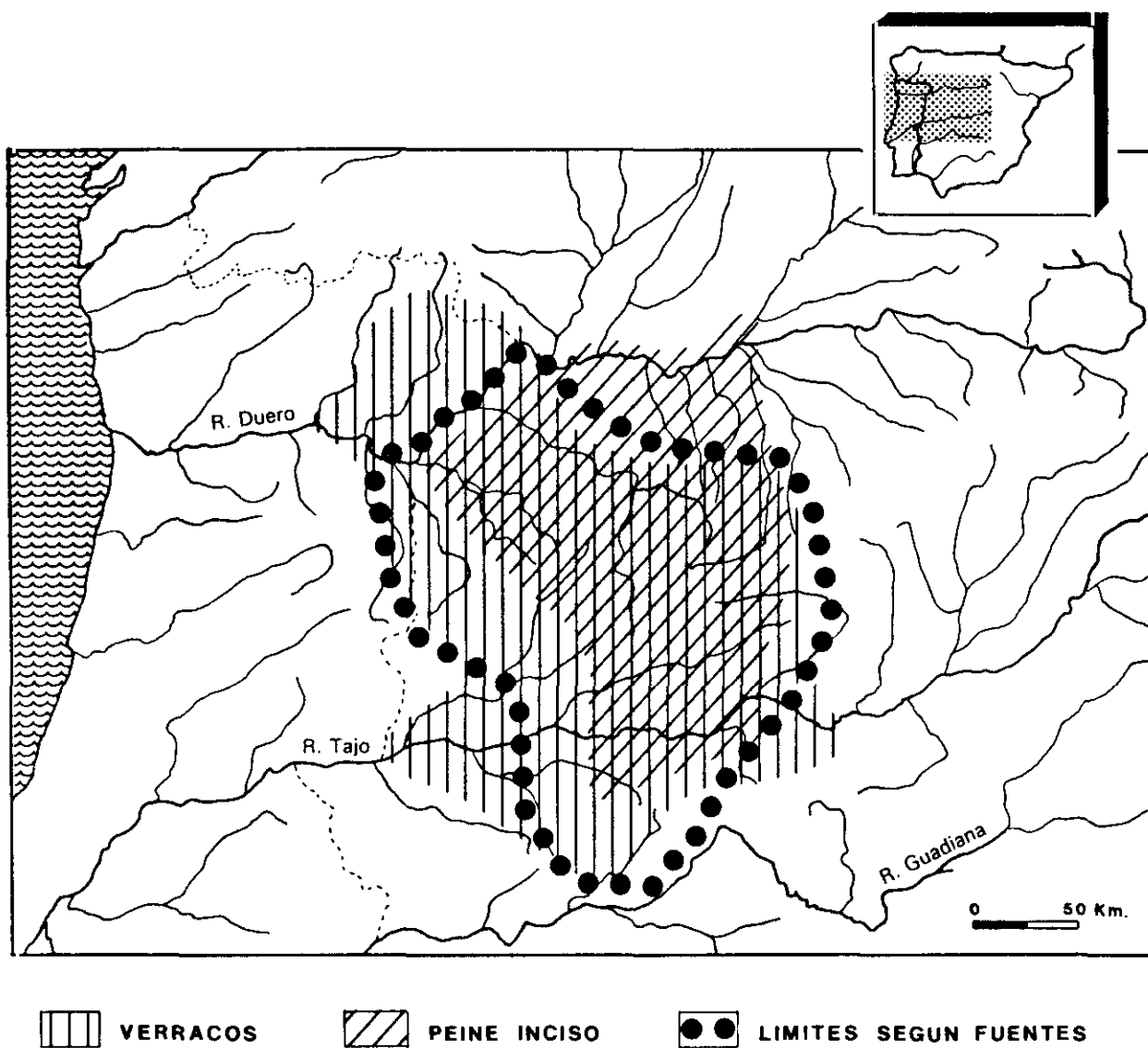


Fig. 84. Límites de los Vettones según las fuentes clásicas, distribución de la escultura zoomorfa y de la cerámica a peine de técnica incisa atendiendo a las áreas de mayor densidad.

## SOCIEDAD Y ETNIA

lo que no deja de plantear problemas a no ser que se acepte en este momento una divisoria en torno a las márgenes del Tajo/Almonte.

Los resultados obtenidos en la necrópolis con armas de El Romazal I, en Villasviejas del Tamuja (Hernández Hernández y Galán 1996: 112 ss.), evidencian lo tardío del impacto céltico en la zona, aún más explícito en el caso de la ceca celtibérica de Tamusia identificada en el mismo yacimiento y otros testimonios lingüísticos (de Hoz 1993: 392 y 1995: 10; García-Bellido 1995a: 267-271) que evidencian el desplazamiento hasta esta zona de pequeños grupos hispano-celtas en las postrimerías de la conquista. En un marco más general esta expansión es la que documenta Plinio (N.H. 3,13-14), al recordar que los celtici de la Bética procedían de los celtíberos de Lusitania con su lengua, religión y los nombres de sus poblaciones.

(b) La atribución del suelo en época romana, con traslados forzosos de las poblaciones indígenas y la adscripción o restitución de núcleos urbanos a una u otra etnia (Salmantica, Sentice), contrariedades que se explican en parte al tratarse de ciudades fronterizas. La mención de Prudencio a comienzos del siglo V d.C. (Perist. 3,186), que se refiere a Mérida como clara colonia Vettoniae - pero recordando que al menos Estrabón (3,2,15) la designa túrdula - y la argumentación expuesta por Abascal (1995: 101 ss.), según la cual Turobriga sería ciudad vettona adscrita al territorio emeritense, nos pondría así ante una nueva realidad y en relación con la administración. Igual o más importante aún son los documentos epigráficos que se refieren a la Vettonia como demarcación financiera en la posterior provincia de Lusitania, avanzado el Imperio (Roldán Hervás 1968-69: 93, 98-100). Tal es el sentido que se desprende de la serie procurator Lusitaniae et Vettoniae (CIL II, 484, 1178, 1267; CIL VI, 31856) y de un tabularius provinciae Lusitaniae et Vettoniae (CIL II, 485).

Resumiendo, las evidencias arqueológicas permiten individualizar un territorio con entidad propia entre las cuencas del Tormes/Duero y el Tajo, que cabe considerar como el área nuclear de la Vettonia desde el siglo V a.C. hasta los comienzos de la conquista, hecho que además se corresponde bastante bien con la dispersión de los genitivos de plural. La celtización del substrato no fue uniforme entre los propios vettones, como avalaría por ejemplo la desigual dispersión del

ritual funerario. Pero la geografía sigue siendo aún más restringida que la postulada por la lingüística y las fuentes clásicas, que reflejarían un estadio no anterior a la transición de los siglos III-II a.C.. Estas fechas podrían considerarse post quem para algunos desplazamientos celtibéricos en la región meridional del Tajo, que tal vez impliquen otros traslados migratorios de vettones llegados del norte coincidiendo con la fase de esplendor que conocen los oppida en este momento. La designación étnica de estas tierras a los vettones, en torno a las sierras de Montánchez y Guadalupe y su proyección hasta el Guadiana, podría tener aquí y a partir de este momento una explicación más coherente.

Aunque los patrones de asentamiento parecen intuir una cierta atomización en el territorio, la estructura fronteriza a partir del s. III a.C. parece haber alcanzado un cierto grado de consolidación, pudiendo rayar incluso con el modelo de una formación étnica (Alvarez-Sanchis, e.p. \*). Así se infiere de la distribución de las cerámicas incisas a peine y las esculturas de verracos (Fig. \*). Desde luego conviene llamar la atención en el solapamiento geográfico que presentan ambas manifestaciones y en la similitud, no exenta de pequeños matices, que también se desprende de la información ofrecida por la epigrafía y los testimonios literarios, ya de cronología posterior, sobre los límites geográficos de la Vettonia.

No es baladí suponer según esto que el marco territorial de estas comunidades en las postrimerías del cambio de Era, si exceptuamos la particular definición histórica que implica la frontera sur, estaba prácticamente configurado desde los Bárquidas. No en vano, los romanos captaron bien la entidad de esta región en el Alto Imperio, citada como demarcación propia junto a Lusitania antes de la división tripartita de Hispania.



## IX.

### CONCLUSIONES

A la vista de los datos aportados, no cabe duda que el solar originario de la cultura vettona se circunscribe a los rebordes montañosos del Sistema Central, abarcando las altas tierras de Avila, Salamanca y el valle medio del Tajo. La documentación arqueológica testimonia asimismo que la formación de esta etnia se gestó a lo largo de un proceso histórico que hunde sus raíces en las comunidades del Bronce Final y de la primera Edad del Hierro. Actuarían no sólo las relaciones que se establecen con las poblaciones orientalizantes a partir del siglo VII a.C. sino también el substrato indígena de Cogotas I, muy enraizado en la zona, alguno de cuyos castros se ha adelantado a dicho proceso. De cualquier manera, la consolidación definitiva de estos grupos tuvo lugar al filo de la mitad del primer milenio a.C. y fue paralelo al proceso socio-económico que conocieron otras poblaciones del interior en el marco general de la celtización. En términos arqueológicos este desarrollo se reconoce por la expansión del ritual incinerador, la metalurgia del hierro, la adopción del torno de alfarero y la potenciación de algunos asentamientos que, convertidos en auténticos oppida, acabarán diluyéndose con la conquista romana.

He argumentado que todo este proceso se dio paulatinamente y que hoy podemos reconocer ciertos estadios de esa dinámica en diferentes momentos y lugares de la Vettonia. Ilustraré este último apartado de conclusiones prestando especial atención a las trayectorias de continuidad y de cambio cultural. Para ello utilizaré la evidencia que nos proporciona el poblamiento, cuyos castros constituyen la piedra angular de todo el sistema.

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

(1) A finales del segundo milenio a.C. los grupos de Cogotas I venían manteniendo unas formas de vida más o menos homogéneas a partir de sus rasgos más señalados: asentamientos temporales de cabañas simples, las características cerámicas de excisión y boquique, un ritual funerario no bien representado de inhumación en fosa con escasos ajuares y una economía de subsistencia basada en la ganadería y en una agricultura incipiente de cereal. Este panorama sugiere un patrón de vida doméstico y escasamente organizado a nivel territorial.

Sin embargo, los datos que poseemos sobre el tipo de hábitat no son unánimes. Casi la mitad de los hábitats conocidos en el suroeste de la Meseta que han proporcionado materiales del Bronce Final coinciden con los emplazamientos de la Edad del Hierro. Tal sucede en casos como El Berrueco, Sanchorreja, Las Cogotas, El Raso de Candeleda, Ledesma, la Corvera o Arroyo Manzanas. Se trata casi siempre de lugares altos y de difícil acceso, en terrenos de pastizales y con buena visibilidad sobre el entorno. Es decir, no sólo existieron más y mayores asentamientos en este período que en cualquiera de los precedentes en la Edad del Bronce. Al mismo tiempo, encontramos núcleos cuyas secuencias de ocupación empiezan a testimoniar un nivel de vida algo más estable y un patrón de poblamiento que marcará la pauta en siglos posteriores. Es sobradamente sabido que la documentación arqueológica plantea algunos problemas a la hora de establecer su seriación. La causa estriba en la perduración de algunos elementos cerámicos y metálicos así como en la descontextualización de una parte considerable de los hallazgos. Con todo y con ello, el carácter nada provisional de unos pocos establecimientos es posible valorarlo teniendo en cuenta:

- las secuencias estratigráficas, que testimonian una evolución sin solución de continuidad hasta los niveles de la Edad del Hierro,
- vallados y cerramientos de piedra, que evidencian una demarcación consciente del espacio,
- estructuras de habitación de piedra y barro, que contrastan con las habituales chozas de entramado vegetal apoyadas sobre postes,
- elementos suntuarios, como fíbulas de codo, hachas de talón o de

## CONCLUSIONES

apéndices laterales, armas y objetos de oro, que denotan la existencia de élites y su participación en los circuitos de intercambio mediterráneo y atlántico.

Una vez que ha podido comprobarse la coincidencia entre una parte de estos poblados de Cogotas I en altura y la inauguración de la Edad del Hierro, la arqueología empieza a vislumbrar una mayor fijación de estas comunidades sobre el territorio. Administran las rutas del cobre y el estaño, por las que discurre el ganado y otras mercancías, y sobre las que confluirá directamente el comercio orientalizante. Sabemos además de la existencia de yacimientos estacionales emplazados en el llano y sin preocupaciones defensivas, que teóricamente abastecen a los primeros. Ello equivaldría a decir que existe una incipiente jerarquización entre asentamientos (Almagro-Gorbea y Fernández-Galiano 1980: 116) o, por lo menos, una dualidad en el hábitat que no debe ser sino trasunto de una compleja explotación del paisaje (Delibes 1995a: 80).

(2) Estas poblaciones tienen desde los siglos IX-VIII a.C. un desarrollo propio, con una importante impronta del mundo orientalizante, que se mantiene prácticamente hasta mediados del milenio, justo cuando nuevos influjos del área celtibérica se extienden por toda la región. En términos generales la primera Edad del Hierro conlleva una importante transformación de las poblaciones de la zona, que no fueron ajenas al impacto fenicio y al colapso de los mercados atlánticos, estos últimos incrementando la producción de objetos bronceos para hacer frente a la nueva situación (Rowlands 1980: 45-46). El resultado es una realidad mucho más fragmentada, siendo durante esta fase cuando comienza a vislumbrarse en el occidente de la Meseta una frontera política y económica. El substrato indígena opone en tal sentido una dualidad, acuñada en la disparidad geográfica de los territorios ocupados:

- de un lado la emergencia, en torno a la cuenca media del Duero, de un número muy considerable de hábitats permanentes de pequeño y mediano tamaño, dotados excepcionalmente de defensas, que explotan de manera sistemática los ricos suelos aluviales del entorno. Esta facies, que se conoce con el nombre de Grupo Soto, permite definir la primera Edad del Hierro en el Centro y Occidente de la Submeseta Norte.

- de otro, las antiguas ocupaciones que jalonan los rebordes montañosos al sur de la cuenca. No responden al modelo habitual de asentamiento agrícola y un peso más específico de la ganadería es perfectamente asumible. El patrón resulta más disperso y entre otras causas debe relacionarse con el nivel de investigación, pero lo que sí parece reconocerse en el registro arqueológico es que una parte muy considerable de aquellos poblados del Bronce Final que no se encastillan son ahora abandonados.

A los rasgos señalados más arriba, hay que añadir la progresiva desaparición de las cerámicas excisas y de boquique y su sustitución por una tradición de vasos con finas incisiones, que hay que relacionar con la génesis de las cerámicas peinadas, además de platos y cuencos con pintura bícroma, una metalurgia incipiente de hierro y una reestructuración de la arquitectura doméstica, más estable, donde el uso mayoritario de la piedra y el adobe está en función de la geología local. Que una parte de los yacimientos del Bronce Final se localicen en el entorno inmediato de varios de los poblados de la facies Soto, que los más antiguos enlacen con la tradición constructiva de Cogotas I, como evidencian ocupaciones poco estables, y que la metalurgia que practican sus gentes sea la propia del Bronce Final III, asimilable al horizonte Baiões-Vénat (Delibes y Romero 1992: 243-245; Romero y Jimeno 1993: 195-196), nos confirma en la idea de una evolución sin solución de continuidad.

Paralelamente, debe llamarse la atención sobre la arribada del comercio tartésico a través de la vía de la Plata y el valle del Jerte, que seguramente a partir del 700 a.C. demanda ganado, metales y tal vez esclavos en las regiones septentrionales. Este contexto se ve refrendado por un conjunto de importaciones muy específicas destinadas a una clientela que accede a esos mercados como requisito para el establecimiento de alianzas y relaciones comerciales. Queda abierta la cuestión sobre el impacto social de estos intercambios y el bagage material directamente afectado, como así se ha propuesto para no pocos aspectos de la arquitectura y la cultura material del grupo Soto (Martín Valls y Delibes 1978a: 228-229; Romero 1992: 207; Romero y Jimeno 1993: 199). En todo caso, los estímulos mediterráneos no fueron los mismos en cada zona y han podido funcionar con distinta intensidad. Recordemos en este sentido la dispersión individualizada que tienen ciertos elementos entre el Duero y el Tajo, asociados a

## CONCLUSIONES

la vestimenta, al banquete funerario, al ritual de libación y al culto religioso, además de la difusión de nuevas tecnologías.

Ejemplo de ello serían las fíbulas de doble resorte y los broches de cinturón de placa calada y de un garfio, que seguramente indican cambios en el vestir asociados a un estatus elevado; asadores y calderos, que enfatizan el rol del ganado como elemento de riqueza; alabastrones y aryballoi de pasta vítrea, que resaltan el uso del perfume; o jarros tartésicos y aguamaniles de bronce, probablemente utilizados en libaciones de carácter funerario. La difusión de la metalurgia del hierro parece estar asegurada en Sanchorreja y El Berrueco en una fecha cercana al 800 a.C. o incluso antes (Almagro-Gorbea 1993a). Se trata de cuchillos, navajas de afeitar, escoplos y punzones, que implican un cierto conocimiento de su funcionalidad y tecnología, probablemente asociado a la figura del especialista itinerante. A una fase posterior corresponderían algunas cerámicas pintadas inspiradas en modelos del mediodía peninsular y la arribada de las primeras cerámicas a torno, que se vienen relacionando con el horizonte Ibérico Antiguo.

Este encuentro indígena-cultura orientalizante, materializado sólo a nivel de ciertas élites, llegó a tener territorios de influencia político-económica manifestado en unos pocos centros de tradición del Bronce Final, que garantizan las vías de paso y los vados. Así se ha sugerido para El Berrueco y Sanchorreja, que controlan el acceso a la Meseta y sugieren una economía de objetos de prestigio, y es probable también que en El Raso de Candeleda, al otro lado del Sistema Central, como avalan algunos materiales recogidos en las inmediaciones. Esta interpretación sería asimismo consistente con la práctica de los matrimonios mixtos o intercambios de mujeres de alto rango en la cuenca del Tajo (Ruiz-Gálvez 1992: 238-239), bien evidenciado en la tumba de El Carpio, en los bronce de Las Fraguas (Las Herencias) o en los tesoros áureos de Villanueva de la Vera. En otras palabras, relaciones exogámicas con el hinterland extremeño en una zona "de frontera", que posibilitan pactos políticos y comerciales entre territorios cada vez más definidos.

Parece lícito afirmar, entonces, que es a partir de los siglos VII-VI a.C. cuando comenzamos a disponer de elementos suficientes para poder plantear la

cuestión étnica. Los mapas de distribución dibujan bastante bien los límites en torno a estos centros territoriales situados en las cuencas del Adaja, Tormes, Tiétar y Tajo. Es más, la coincidencia del área nuclear de estos sitios de la primera Edad del Hierro con los vettones del Hierro pleno permite suponer que las comunidades occidentales situadas en las vegas citadas fueron los antepasados inmediatos de los vettones históricos, por lo que en este sentido esas poblaciones pueden denominarse protovettonas o vettonas antiguas.

(3) A mediados o finales del siglo V a.C. asistimos a lo que se podría denominar fase plena de la Edad del Hierro y por tanto de la cultura vettona, que básicamente supone una prolongación de la etapa anterior como evidencia el discurrir estratigráfico de algunos yacimientos, pero con varios hechos muy significativos. Por causas aún no bien explicitadas, entre las cuales habría que considerar la caída del comercio tartésico, las crisis internas en las estructuras de poder y la presión de poblaciones celtibéricas, tanto si implican o no movimientos humanos, se produce un fuerte reajuste en el paisaje social de los grupos del Primer Hierro con el traslado o abandono de una parte de los centros de riqueza más importantes y una disminución drástica de las importaciones orientalizantes. Las élites guerreras incluyen nuevos modos de explotación de la tierra y su fuerte crecimiento les hará extenderse en los siglos inmediatos hacia el sur y occidente de la Vettonia. Una breve mención de los hechos más novedosos que inauguran esta etapa podría resumirse en virtud de:

- un incremento muy importante, superior al 70%, en el número y tamaño de asentamientos, que además se fortifican,
- la difusión del ritual de incineración, asociado en Avila y Cáceres a necrópolis extensas, bien diferenciadas y con acusadas distinciones de riqueza,
- la introducción del torno de alfarero, que ha podido arribar a mediados del siglo IV a.C. vinculado a funciones concretas de la economía y del ritual de estas poblaciones,
- un desarrollo de la metalurgia del hierro, estimulado por la amortización de armamento y otros objetos en los cementerios,

## CONCLUSIONES

Ahora bien, el fenómeno no parece tener un carácter inmediato, ni siquiera general, y en términos étnicos presenta algunos matices significativos. Por una parte, nos encontramos con que pueden existir variables como las distintas orientaciones económicas que pueden crear modelos de hábitat funcionalmente diferenciados. Así se infiere del poblamiento en los valles de Ambles, Tajo y Yeltes/Huebra. Por otra, la evidencia arqueológica de las tradiciones funerarias, pues se advierten matices en el ritual, en la tipología de los enterramientos y en los ajuares que podrían expresar rasgos propios de los distintos grupos. Si todas estas asunciones son correctas, es evidente que estamos siendo testigos de una transformación muy significativa respecto a la fase anterior, en la medida en que los emplazamientos vettones representan una nueva estrategia de ocupación del territorio, además de un ostensible y gradual crecimiento demográfico que ha podido funcionar con distinta intensidad en cada área. Ante tales evidencias ¿los datos permiten asegurar que se trata básicamente de penetraciones étnicas o, por el contrario, nos hallamos ante un fenómeno exclusivo de "conversión" de la población local a favor de los nuevos ritos y gustos estéticos ?.

La lectura de los datos hasta ahora expuestos nos ha llevado a reconstruir una compleja y gradual evolución, que como hemos visto ofrece desiguales situaciones entre el ocaso del mundo de Cogotas I y la vitalización de las comunidades vettonas al socaire de la cultura celtibérica. Mi convicción es que hay un modo más importante de contemplar todo este proceso histórico, en la medida en que existe una coincidencia sustancial entre los distintos sitios y momentos analizados. La intensificación agrícola de la Prehistoria tardía aparejó, de hecho, una paulatina identificación entre determinadas poblaciones y regiones específicas. Esta situación no habría sido posible si, desde finales del segundo milenio a.C., no se hubiera desarrollado una red de intercambios a gran escala que favoreciese la difusión de nuevas ideas y tecnologías (Almagro-Gorbea 1989; Ruiz-Gálvez 1991 y 1992). La elevada cronología que presentan algunos yacimientos de tipo Soto al sur del Duero - como San Pelayo en Martinamor o La Mota en Medina del Campo - y el hecho de valorar su situación geográfica en relación con las vías naturales que conectan la Meseta con el Mediodía peninsular, justificaría la temprana llegada de objetos de prestigio pero sobre todo de ideas que están irrumpiendo en la tradición de las comunidades del Bronce. El proceso se vería asimismo refrendado

cuando, a partir de los siglos X-IX a.C., disponemos de evidencias de asentamientos más prolongados dotados de muralla (Sanchorreja, El Berrueco), fenómeno fácilmente rastreable en gran parte del continente europeo, inmerso en un proceso de explotación intensiva del paisaje (Harding 1987; Wells 1989).

Todo parece indicar por lo tanto que en el transcurso de la primera mitad del primer milenio a.C. el hábitat castreño se ha integrado dentro de ese ciclo agrícola, y así empezamos a encontrar una asociación regular entre los castros y un área de poblamiento más o menos estable. La significación de estos núcleos fue marcada de una forma identificable visualmente con la creación de límites y murallas, e incluso si se admite el contexto doméstico de algunas inhumaciones en el mundo de Cogotas I (Esparza 1990a: 130 ss.) y sobre todo de la cultura Soto (Romero y Jimeno 1993: 196; Morales y Liesau 1995: 511), éstas encontrarían una justificación en la apropiación simbólica del suelo (Bradley 1990; Brück 1995). Admitido esto, se plantearía la posibilidad de que las poblaciones móviles del Bronce Final consagraran algunos lugares en alto a través del territorio previamente existente, ofreciendo un punto focal para ulteriores desarrollos en el paisaje. Su construcción contribuiría además a reforzar las distinciones entre grupos que habitan un mismo territorio. Desde ese substrato local se producirían entonces evoluciones independientes, que explicarían la emergencia de distintas entidades culturales en el transcurso de los siglos VIII-VI a.C. En la génesis de estos grupos intervinieron influjos externos - tartésicos, atlánticos y continentales - pero estas aportaciones no explican por sí solas las diferentes facies regionales, que dependerán de la respuesta de las comunidades indígenas y de la adecuación de sus modos de vida a los nuevos estímulos (Almagro-Gorbea y Ruiz Zapatero 1992: 491-494).

La impresión que uno obtiene de los datos disponibles es que los asentamientos protovettones se desarrollaron independientemente, incluyendo períodos de disfrute y abandono o de una mayor y menor actividad, hasta la emergencia de nuevos centros a partir de los siglos V-IV a.C.. La actividad de sitios emblemáticos como Sanchorreja o Cancho Enamorado cesó con el tiempo mientras otros, como Las Cogotas, La Mesa de Miranda o Salamanca fueron intensamente ocupados, conocieron distintas fases de amurallamiento y llegaron a convertirse en importantes centros de distribución regional. Por qué unos pocos



## CONCLUSIONES

tuvieron más éxito que otros y pervivieron durante más tiempo no es una cuestión fácil de responder. La significación ritual de alguno de ellos con anterioridad a su amurallamiento, su ubicación estratégica en las redes de comunicación o las posibilidades agropecuarias del entorno podrían orientarnos en este sentido.

Cunliffe (1990: 334) ha interpretado este mismo proceso al valorar la emergencia de los castros fortificados de la Edad del Hierro en el sur de Inglaterra como el resultado de un cambio gradual en los sistemas de propiedad de la tierra. Defiende una transformación importante entre finales del segundo milenio a.C. y una fecha en torno a los siglos VI-V a.C. que traería consigo la conversión de tierras explotadas comunitariamente en espacios cerrados, que a partir de ahora enfatizan derechos individuales o de grupo. En nuestro caso, teniendo en cuenta el nuevo modelo de ocupación de asentamientos y necrópolis, la estructura podría ser bastante coincidente, tanto en la esfera de los vivos como en la de los muertos. Traducido a otros términos, este hecho implica el paso de un sistema donde el prestigio descansa en el control del comercio y de las vías de intercambio (ca. 1200-500/400 a.C.) a otro donde el poder emana, sobre todo y cada vez más, de la posesión de la tierra y de los medios básicos de producción.

La necesidad de definir nuevos territorios en la segunda Edad del Hierro sugiere por tanto un mayor énfasis en la capacidad productiva de la tierra, exacerbada quizás por un incremento de población. No se trata sólo de que haya mejores o peores suelos, sino de la tecnología necesaria para hacerles frente. Admitido esto, se podría asociar el desarrollo de los castros vettones con parcelaciones importantes en el paisaje que incluyen esas relaciones de poder. Idéntica interpretación se infiere entonces de la localización de las esculturas de verracos, un factor que además es un informante étnico de primera instancia (Alvarez-Sanchís 1994 y e.p.; Alvarez-Sanchís y Ruiz Zapatero e.p.). La significación económica de algunos pastos fue marcada desde el siglo IV a.C. de una forma identificable arqueológicamente a través de estas representaciones, por lo que resulta inevitable asociar su emplazamiento con el desarrollo de un marco "legal" que está gestionando y limitando el acceso a recursos ganaderos básicos, en comarcas que pudieron alcanzar una relativa alta densidad de poblamiento. Su construcción distingue al grupo familiar y refuerza una indiscutible posición de privilegio.

Si la lectura social que se desprende de todo esto debe interpretarse como un acto deliberado diseñado a establecer una autoridad sobre la tierra, es muy probable que esa condición se viese acrecentada a partir de una organización social jerarquizada de tipo gentilicio, bien evidenciada en las necrópolis vettonas de Avila y Cáceres. El nuevo paisaje funerario hay que vincularlo a los cambios que se están sucediendo en las prácticas agropecuarias y en la transmisión de la herencia. Una observación interesante que afecta a estos depósitos es la aparición de grupos de enterramientos diferenciados y de equipos normalizados en los ajuares, tanto en las panoplias guerreras como en las decoraciones de las armas y las cerámicas a peine, lo que de alguna manera denota identidades de familia, de estatus social y de etnia. La simbología de estos equipos y espacios funerarios es difícilmente mensurable pero, de alguna manera, avalan tradiciones culturales en regiones específicas que comparten unas mismas costumbres. Dicho de otro modo, nos informan sobre la estructura social del grupo, del asentamiento y del territorio.

Con todo este planteamiento, el antiguo marco explicativo de migraciones e invasiones resulta inoperante, siendo diversos los elementos de cultura material que sostienen un continuum en el transcurso del primer milenio a.C.. En mi opinión, ello no supone negar desplazamientos de distinta naturaleza, no necesariamente importantes en términos demográficos pero sí de fuerte impacto cultural (Ruiz Zapatero 1991 y 1995). Hay evidencias tardías a favor de incursiones célticas en las fuentes clásicas (Plinio N.H. 3,13-14), tal vez pequeños grupos de guerreros con el significado de una migración tribal. Tampoco habría que olvidar la difusión de la lengua e ideología, al menos en gentes pertenecientes en origen a una misma comunidad lingüística (de Hoz 1993: 392). Pero, sin ningún menoscabo para los testimonios escritos, lo que sí creo que debe plantearse en bastantes casos es la especificidad de tales aportaciones (Almagro-Gorbea 1992 y 1993b: 146-147, 156-158; Lorrio 1995: 399 ss.).

La celtización impuso ante todo una nueva organización social y económica que proporcionó a las poblaciones vettonas una mayor capacidad de expansión y cohesión. Hay que pensar obligatoriamente, pues, que esas mayores densidades de castros y las nuevas estrategias de subsistencia fueran consecuencia, entre otras muchas cosas, de la eficaz difusión de tecnologías agrarias y de la metalurgia del hierro, que permiten explotar con éxito los suelos duros de la región y

## CONCLUSIONES

garantizar de este modo un poblamiento estable. Pero sobre todo conviene dejar claro que el paisaje resultante es producto de la consolidación de un proceso que arranca desde bastante más atrás, como legitima la actividad social de algunos asentamientos. Esta explicación no requiere necesariamente la presencia de nuevas élites, según lo que se sabe de su propia evolución local. Estamos ante un desarrollo endógeno pero muy receptivo a los estímulos externos llegados del área celtibérica, que además se han visto favorecidos por un medio ambiente pastoril similar y ciertas afinidades de substrato (Almagro-Gorbea 1993b: 154). El mismo argumento vale por supuesto para los contactos seculares que nuestra región viene manteniendo con el mundo ibérico, como delatan algunas armas y objetos de los ajuares (Baquedano 1996) o la inspiración formal de la plástica zoomorfa, que sin duda facilitarían la asimilación de otros elementos y tecnologías llegados por vía mediterránea, entre las que se incluiría el torno y el hierro.

(4) Este proceso alcanza su culminación en los siglos previos al cambio de era (250/200 - 50 a.C.), especialmente tras el impacto que debió representar la presión cartaginesa y la posterior conquista de la Meseta por Roma. Coincidiendo con este momento, unos pocos castros vettones se habían convertido en importantes centros de actividad social, política y económica, imbricados en territorios mejor definidos que tal vez conllevan formas incipientes de organización estatal. Por sus implicaciones históricas y arqueológicas, son especialmente interesantes los casos de Salmantica, Augustobriga, Las Cogotas, La Mesa de Miranda, Ulaca o El Raso de Candeleda. En buena parte de ellos nos encontramos con importantes modificaciones desde el punto de vista del tamaño y de las defensas. Dos criterios funcionales pueden servirnos de punto de partida:

- evidencias de relaciones jerárquicas y especialización entre los sitios. En términos teóricos supone la culminación de un proceso que opone dos sistemas diferentes: estructuras territoriales de la primera Edad del Hierro frente a un sistema nuclearizado en oppida que se alimenta de pequeñas comunidades satélite,
- evidencias de una compleja organización interna, que reflejaría la existencia de áreas funcionales distintas y posiblemente jerarquizadas: barrios diferenciados, encerraderos de ganado, áreas de servicios colectivos e

industriales, sitios destinados al culto, etc.

Los cambios en la cultura material se observan a diferentes niveles: imposición definitiva de la cerámica a torno de técnica ibérica, con alfares industriales que emplean hornos de altas temperaturas y una mano de obra especializada; un amplio utillaje de hierro agrario y artesano, que impone sistemas complejos de producción; una arquitectura doméstica compartimentada, que redundaba en un sistema de trabajo organizado; y la perfección de los sistemas defensivos, que asimilan en no pocos casos la poliorcética helenística transmitida por iberos, púnicos y romanos (Moret 1991: 42). La impresión global que se desprende de todo ello es la de una economía pujante que apunta a un modelo de organización "urbana". Una disminución muy significativa de evidencias funerarias y la consiguiente disolución de los vínculos de parentesco podría relacionarse también con la evolución de estos hábitats hacia el nuevo sistema. Así se ha sugerido en varias ocasiones para justificar la llamativa desaparición del armamento en las necrópolis celtibéricas (Ruiz-Gálvez 1990; Almagro-Gorbea y Lorrio 1991), aunque el modelo no es homogéneo, como evidencian sin ninguna duda las necrópolis arévacas (Lorrio 1995: 476 ss.) y también vettonas, si por tal entendemos el cementerio de El Romazal I, en Villasviejas del Tamuja (Hernández Hernández y Galán 1996: 112 ss.). Por tanto, es probable que existan aspectos no suficientemente valorados que compliquen todavía más el panorama arqueológico.

Sin embargo, hasta ahora nos estamos moviendo en un nivel de excesiva generalidad. De algunos asentamientos se conocen los primeros momentos de instalación, pero el proceso de transformación de estas comunidades en otras más complejas sigue siendo poco claro. Una cuestión particularmente importante, porque es previa al planteamiento de todo este esquema, es la de si todas estas modificaciones responden a un proceso de evolución interna o, por el contrario, a un cambio en el modelo de sociedad, detrás de la cual estaría la mano de Cartago y Roma. La cuestión ha dado lugar a una cierta polémica, centrada sobre todo en la identificación del concepto teórico de oppidum en el registro arqueológico (Buchsenschutz 1988; Ralston 1992; Woolf 1993) y en los factores que determinaron la emergencia de estos grandes centros urbanos (Collis 1984; Wells 1984; Cunliffe 1994). La verdad es que en este caso tropezamos con un

## CONCLUSIONES

problema de terminología que condiciona nuestra organización de los datos (Almagro-Gorbea 1994a: 14 ss., 31), es decir, la consideración de que los oppida no fueron creaciones ex novo a fines de la Edad del Hierro sino el resultado de la creciente vitalización de los castros y de la capacidad de alguno de ellos de controlar un territorio mayor y más jerarquizado. La documentación arqueológica de Las Cogotas, La Mesa de Miranda o la capital salmantina, permiten entrever la existencia de asentamientos que ya eran grandes centros cuando arribaron a la zona los grupos citados (Martín Valls et alii 1991; Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 1995) e implican que el comercio inter-regional ya era un factor importante en los siglos IV y III a.C. Sólo a finales de ese período este panorama arqueológico cabe superponerlo a la realidad histórica, que estimularía todavía más el proceso. La cuestión, por tanto, implica que en los últimos siglos antes del cambio de era se están operando cambios trascendentales en la Meseta occidental, y que deben considerarse tanto a la luz de la dinámica de las comunidades indígenas como de factores externos:

(a) Estos asentamientos vienen proporcionando desde el siglo IV a.C. numerosas pruebas de la producción de hierro, de la fundición de bronce, de la fabricación de cerámica, de la confección de tejidos y de la talla en piedra, que demuestran que las manufacturas se harían a una escala nunca alcanzada con anterioridad (Martín Valls 1985; Martín Valls y Esparza 1992). Un aspecto muy importante de esta intensificación sería la existencia de un comercio inter-regional que explicaría el desplazamiento de productos a grandes distancias y la evidencia de artesanos itinerantes. Por ejemplo, en el caso particular de los cementerios vettones podemos servirnos de los testimonios aportados por la tipología de las espadas de antenas y de frontón, los puñales de tipo Monte Bernorio y dobleglobular, falcatas, broches, braseros rituales, cerámicas griegas y otros objetos que corroboran amplios contactos con los grupos celtibéricos de la Meseta Oriental y las poblaciones ibéricas de la Alta Andalucía y el Levante. Buena parte de las panoplias célticas vettonas fueron comunes en el espacio y en el tiempo, aunque determinadas asociaciones hacen factible considerar una relativa evolución en el sector. El armamento más antiguo podría ponerse en relación a lo observable en los cementerios del Alto Tajo-Alto Jalón a partir del 450/400 a.C., sincrónicamente al desarrollo de las cerámicas peinadas. Tal vez desde mediados del siglo IV a.C. y con toda seguridad a finales de la centuria estas necrópolis se

vitalizan intensamente, coincidiendo con el desarrollo de los grupos arévaco y vacceo en el Alto y Medio Duero, que a partir de ahora serán un referente básico en la forja de armas y herramientas. La concentración de estas materias en yacimientos específicos demuestra por tanto lugares de intercambio a nivel de élites y momentos de auge en la cultura material.

Algunos signos visibles que explican por qué esta intensificación económica tiene lugar a partir de este momento ya se han valorado y están en relación directa con el creciente énfasis en la capacidad productiva de los suelos, de manera que las áreas que evidencian una mayor densidad de poblamiento han podido configurar sistemas de parcelación de pastos y cultivos. La necesidad de adquirir excedentes alimenticios para facilitar el acceso a las redes de comercio habría conducido a una expansión de la actividad agrícola y ganadera. Estos excedentes estimularían a su vez la producción especialista en las áreas más favorecidas en recursos naturales. En el extremo occidental de la Meseta, en tierras salmantinas, tenemos el excepcional ejemplo de los castros fortificados del Yeltes/Huebra. El sector se vitaliza intensamente en este momento al amparo de los recursos mineros que rodean los asentamientos, responsables, en última instancia, de un modelo de ocupación concentrado. Otros ejemplos en el mismo sentido nos lo proporcionan los establecimientos de la vega del Tajo, cuya lógica interna se explicaría sobre todo por las posibilidades hortícolas de la llanura aluvial, y del valle abulense de Amblés, seguramente con un elemento pastoral mucho más fuerte que justifica la posición de los castros en las estribaciones serranas. Estos contrastes, inevitablemente escasos, son suficientes a mi modo de ver para plantear en cada región un diferente patrón de poblamiento y una diferente especialización socio-económica.

Un hecho especialmente interesante que conecta con lo anterior son los estilos artísticos, bien evidenciados en la escultura zoomorfa, la cerámica a peine y la decoración de ciertos tipos de armas y objetos metálicos. Que talleres diferentes desarrollen tradiciones formales y decorativas distintas podría ser un buen reflejo del deseo de estos grupos de demostrar etnicidad y competencia a través de estos símbolos visuales. La tipología de los verracos tiene suficiente entidad para acreditar lo dicho, pudiendo reconocerse ejemplares pertenecientes a centros que se especializan en determinados repertorios. Este sería el caso de los

## CONCLUSIONES

grandes toros con soporte central del valle de Amblés. Es más, este proceso también podría tener su reflejo en las relaciones de poder entre asentamientos vecinos. En especial pienso en las cerámicas a peine que aparecen en Las Cogotas y La Mesa de Miranda, distantes a escasos 20 Kms.. Un detallado análisis de las decoraciones demuestra no sólo motivos comunes de la tradición cerámica a nivel regional, sino marcadas diferencias estilísticas a nivel de asentamiento, es decir, identidades de sitios que se reconocen como distintos. Otro tanto cabría decir con respecto al ritual funerario, que si bien coinciden en los aspectos básicos de la cremación, ofrecen tradiciones distintas, como lo demuestra el uso de estructuras tumulares y ajuares con abundantes ofrendas en la Osera, frente al cementerio vecino, con una urna por tumba y campo de estelas. De ser así, podemos encontrarnos con que por debajo de una agrupación étnica bien definida geográficamente, existen oppida con un poder de decisión que se empieza a revelar independiente.

De la lectura de estos últimos datos podrían extraerse algunas consideraciones relativas al problema que plantea la relación etnia-ciudad, y que debemos situar desde un punto de vista arqueológico con anterioridad a la llegada de Roma:

- en primer lugar, la existencia de una unidad poblacional bien definida en el Suroeste de la Meseta durante la Edad del Hierro, ocupando el solar originario de los Vettones históricos que testimonian las fuentes,
- un segundo rango vertebrado en agrupaciones tribales menores, que confluyen en comarcas específicas, con un patrón de ocupación, social y económico, también específico,
- una última categoría vinculada al oppidum, como elemento jerarquizador del territorio, que empieza a ofrecer rasgos de comunidades que se diferencian y reconocen como distintas, pero compartiendo las mismas tradiciones e idéntica cultura material.

Resumiendo, un desarrollo social y económico de estas características favorecería una situación conflictiva y un fuerte nivel de competencia entre las

distintas poblaciones a nivel de sitio y de comarca. En este contexto es fácil entender entonces el énfasis en la búsqueda de emplazamientos defensivos y la construcción de murallas, como avala el dato de que cerca del 70% de los yacimientos conocidos en la región se fortifiquen. Y de parecida manera habría que interpretar la existencia de fosos y piedras hincadas. Desconocemos qué criterios han llevado a escoger una u otra fórmula defensiva, pero el hecho más sobresaliente es que algunos castros están empezando a comportarse como verdaderos centros urbanos, y eso, de algún modo, implica un riesgo en la estructura tribal del territorio. Por tanto, a finales del siglo III a.C. el sistema socio-económico había alcanzado tal grado de complejidad, que la transformación parecía inevitable.

(b) La creación de un nuevo mercado en el contexto de la Segunda Guerra Púnica y la subsiguiente conquista de Hispania por Roma modificó el desarrollo autóctono del proceso. Un sistema de comercio a gran escala con el mundo mediterráneo implicaría hacer frente a una extraordinaria demanda de metales, ganado, sal y otras materias primas, además de ofrecer una inagotable fuente de recursos humanos susceptibles de inversión como mercenarios y esclavos (Roldán Hervás 1993; Mangas 1995). Sabemos que con frecuencia se exigía el pago de tributos a ciudades celtibéricas y lusitanas mediante la entrega de hombres, lana de oveja, pieles de buey, oro y plata (Diodoro 33,16; Livio 34,46; 41,7). Como contrapartida, llegaron a la Meseta productos como el vino, el aceite de oliva, perfumes, telas o cerámicas de lujo. En relación con los siglos III y II a.C. podrían datarse algunas cerámicas campanienses en nuestra región, bien evidenciadas en Coca, Toro, Salamanca, Las Cogotas, La Mesa de Miranda y Villasviejas del Tamuja (Martín Valls *et alii* 1991: 157; Martín Valls y Esparza 1992: 272; Hernández Hernández *et alii* 1989: 126-127). La relevancia de la nueva etapa se vería igualmente refrendada con el numerario romano. De ello dan fe algunos denarios republicanos de El Berrueco y El Raso de Candeleda, que podrían llevarse a comedios y finales de la segunda centuria a.C. (Morán 1924: 23; Fernández Gómez 1986: 444 ss.), aunque el valor de estos documentos sigue siendo relativo dado su carácter *post quem*.

Es verdad que la reconstrucción arqueológica no nos proporciona una información suficientemente detallada sobre los mecanismos de difusión, el valor



## CONCLUSIONES

y el volumen de los productos utilizados en estas primeras fases del proceso. Y nos sentiríamos justificados en suponer que una parte de las mercancías itálicas apenas alcanzaron las tierras del interior. De todas maneras, las importaciones más mencionadas en las fuentes antiguas no dejan vestigios materiales y su impacto debió ser muy importante desde el punto de vista comercial. Por ejemplo, el hecho de que el vino o el aceite se transportara en ánforas por vía marítima y fluvial, llegando en algunos casos hasta el interior (Botija), no excluye el empleo de otros recipientes más utilitarios, como barriles de madera y pieles de animales, ambos sistemas mencionados para la Europa Templada (Wells 1988: 138; Cunliffe 1994: 79). Este argumento sería asimismo válido para determinadas cerámicas romanas e ibéricas, que serían importadas no tanto por el valor del recipiente como por el contenido del mismo.

El problema planteado por estos testimonios es importante porque permite valorar un dato que, si bien ofrece algunas dificultades en su interpretación funcional, es una referencia básica para este momento. Me refiero a la cerámica a torno. Los primeros ejemplares de fabricación local podrían remontarse en tierras vettonas a la segunda mitad del siglo IV a.C (Fernández Gómez 1972: 275-278), gracias a la cronología aportada por varias copas griegas de barniz negro asociadas a esta cerámica en la necrópolis de El Raso. Sin embargo, el grueso de la cerámica a torno debe llevarse inequívocamente a finales de la tercera centuria y sobre todo a los siglos II-I a.C., ofreciendo entonces un variado repertorio de formas, tamaños y decoraciones. Se constatan alfares industriales en centros como Las Cogotas que prueban una producción estandarizada y un nivel de especialización que debió ser exclusivo (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1995). Por tanto, si la implantación masiva del nuevo modelo fue rápida a partir de este momento, quiere ello decir que los factores socio-económicos resultaron mucho más cruciales que los estrictamente tecnológicos, justo cuando las comunidades vettonas empezaron a actuar en ámbitos de mercado que requerían de una producción surtida para una demanda amplia y exigente.

Otro aspecto importantísimo, difícilmente valorable por ahora, fue el papel jugado por el ejército romano como potencial mercado demográfico, ya desde las primeras campañas en la región a comienzos del siglo II a.C.. En cualquier caso, puede afirmarse que la disponibilidad de nuevos productos de importación y las

manufacturas obtenidas en los talleres de los oppida estimuló a los campesinos a producir más excedentes alimenticios. Una indicación de este proceso podría ser la emergencia de pequeños asentamientos abiertos de fondo de valle dedicados a las tareas agrícolas, y es posible que nuevas relaciones de servidumbre con los más grandes.

Todos estos datos permiten suponer una intensificación de la producción que distorsionó los antiguos sistemas de intercambio y un modelo de economía excedentaria que sólo podía llevarse a cabo con el conocimiento pleno de los procesos industriales, con una mano de obra sustancialmente mayor y a través de una organización del poder centralizado. En consecuencia, una parte de los yacimientos fortificados perdieron su primacía a favor de otros pocos, aquellos cuyo desarrollo se vio especialmente favorecido por su localización en las principales rutas de comunicación y sus facilidades de aprovisionamiento. Este proceso aceleró aún más la tendencia a aglutinarse en oppida, máxime cuando el conflicto entre indígenas estaba ya planteado desde un siglo antes.

Igual o más importante aún son los costes sociales. No se puede excluir que la riqueza de estos centros atrajera a gentes de distintas comarcas que aumentarían peligrosamente el nivel de competencia para acceder a los nuevos mercados. Estos cambios debieron ocasionar tensiones en las relaciones de propiedad y son esenciales para entender la desmembración de los grupos parentales en la Meseta, tradicionalmente vinculados a territorios menores, y el advenimiento de un nuevo sistema de relaciones impersonales, exclusivamente de interés económico (Jimeno y Arlegui 1995: 121). En este contexto hay que entender en primer lugar el atesoramiento privado de joyas, vajillas y monedas, pues testimonian arqueológicamente elementos de estatus que sustituyen al armamento como símbolo social (Delibes *et alii* 1993: 454-460; Almagro-Gorbea 1994a: 32). Por supuesto, en el extremo contrario habría que situar prácticas como el bandidaje, el robo de ganado y traslados migratorios bien atestiguados en las fuentes (Diodoro 5,34,5-6; Estrabón 3,3,5), situación agravada por las guerras lusitanas, celtibéricas y posteriormente civiles. En relación con la construcción y ampliación de hábitas en los siglos II-I a.C. se han llegado a valorar fenómenos de sinecismo en ciudades celtibéricas (Almagro-Gorbea y Lorrio 1991: 37), como en otras áreas de la Europa Céltica (Frey 1984); es decir, ciudades que concentran

## CONCLUSIONES

contingentes de poblaciones menores acorde a sus intereses. Una referencia explícita, caracterizadora de la nueva situación en las postrimerías de la conquista, podría ser la imposición de grupos célticos al sur del Tajo, como se deduce de la ceca celtibérica de Tamusia en el castro extremeño de Botija (García-Bellido 1995a: 267-271), lo que encajaría bastante bien con el testimonio de Plinio (N.H. 3,13-14) que sitúa a celtas y celtíberos en Lusitania. El mismo argumento podría valer también para explicar la designación étnica de estas tierras a los vettones, tal vez alguna ciudad - Lacimurga (Ptolomeo 2,5,7) - en la margen derecha del Guadiana y en fechas tardías.

Pero el sistema sólo contó con unas pocas décadas de desarrollo independiente. La dominación romana condicionó las características del hábitat indígena, estimulando entre otros factores especialmente tres hechos que actuarían de forma interrelacionada: (1) la ordenación del territorio en función de los usos agrícolas del suelo, (2) un centralismo político y administrativo sin precedentes en la región y (3) el papel de los campamentos militares, que resultó de enorme importancia como foco y estímulo para el desarrollo urbano.

Hasta qué punto estos cambios afectaron las estrategias de subsistencia y la explotación intensiva del paisaje no es fácil de explicar, pero hay dos hechos desde el punto de vista arqueológico que pueden resultar muy significativos. El primero y más importante es el testimonio que ofrecen los asentamientos fortificados, cuya historia arqueológica conocemos lo suficiente como para deducir que, o bien coinciden con áreas agrícolas y ricas en recursos, situación que garantiza en no pocos casos la continuidad de la vida en estos hábitats; o bien ocupan posiciones defensivas y ganaderas, con repercusiones más bruscas en el poblamiento. Así parece indicarlo la relativa dualidad que se observa en tierras abulenses y salmantinas (Martín Valls 1971b: 138), donde el progresivo despoblamiento de los oppida del valle de Amblés en época sertoriana contrasta con la continuidad de algunos castros occidentales durante el Imperio - Las Merchanas, Yecla la Vieja, Saldeana - que sin duda habrá que relacionar con las explotaciones mineras (Salinas 1992-93: 179-180). Por supuesto cabe sospechar que la ocupación romana de otras ciudades distribuidas en las vegas en los siglos I a.C. y I d.C., caso de Augustobriga, Caesarobriga, Salmantica o la propia Obila, pueda razonablemente ser asociada con la relevancia agrícola del entorno. Puede

por tanto afirmarse que Roma potenció con fines económicos núcleos de nueva creación y otros preexistentes, con lo que una parte del sistema indígena siguió operando junto con un modelo de ocupación descentralizado de pequeñas granjas y aldeas.

De la misma forma, en la nueva función y estilística de los verracos de cronología altoimperial hay que ver según creo la plasmación simbólica de todo este proceso. Los grupos familiares vettones construyeron estos monumentos como símbolo de estatus y para legitimar sus derechos sobre los pastos, pero al cambiar la sociedad y las relaciones de poder pudieron perder parte de su significación original. Si ahora nos encontramos con monumentos funerarios inspirados en las esculturas indígenas y próximos al oppidum romanizado de Avila, este cambio podría sugerir un mayor énfasis en las explotaciones agrícolas y en el mundo urbano en general, propiciadas por los asentamientos abiertos y las ciudades del valle.

Todos estos elementos serán constitutivos de un nuevo paisaje y de una manera totalmente diferente de percibirlo, proceso que culminará a partir del siglo II d.C. con la urbanización del campo a través de las villae y otras instalaciones rurales. En todo caso, la edad de oro de los castros y oppida vettones había llegado a su fin, y el estudio arqueológico de los indígenas romanizados ofrece otras implicaciones que trascienden el marco fijado en este trabajo.

## APENDICE I. CATALOGO SISTEMATICO DE LAS ESCULTURAS ZOOMORFAS DE LA MESETA

Reunimos aquí la totalidad de las esculturas de toros y verracos conocidas en el oeste peninsular. Muchas de ellas han sido publicadas en los últimos años y otras se encuentran todavía inéditas o en curso de publicación. Su ordenación es alfabética, respetando la división administrativa actual en provincias y términos municipales. Con cada escultura se recogen los siguientes datos: procedencia original y circunstancias del hallazgo, una breve descripción de la pieza, dimensiones (largo x alto x ancho) y bibliografía. Para un comentario más exhaustivo, me remito a las referencias de autores y a la caracterización general de los tipos.

### PROVINCIA DE AVILA

#### 1. AREVALO

Procedencia: Desconocida. Se conserva en la casa del General Ríos.  
Descripción: Toro (151 x 65 x 40 cm.). Tipo 3. Granito. Presenta rotas la cabeza y las extremidades, las delanteras desde su arranque y las posteriores a la altura de las rodillas.  
Bibliografía: Gómez Moreno 1904: 154; Arias *et alii* 1986: 25, nº 1; López Monteagudo 1989: 53, nº 1, lám. 1.

#### 2. AREVALO

Procedencia: Desconocida. Se encuentra empotrado en la torre de la iglesia de San Miguel.  
Descripción: Toro (72 x 42 x 37 cm.). Tipo 4. Granito. Visible sólo por el lado derecho. Le falta la cabeza y parte de la grupa.  
Bibliografía: Martín Valls 1974: 77; Arias *et alii* 1986: 25, nº 2; López Monteagudo 1989: 53, nº 2, lám. 1.

#### 3. AREVALO

Procedencia: Desconocida. Se encuentra empotrado en la base de la torre de la iglesia de San Miguel.  
Descripción: Toro. Tipo 4. Granito. Visible sólo por el lado derecho. Le falta la cabeza y el cuello.  
Bibliografía: Maríné 1995: 309.

#### 4. AREVALO

Procedencia: Desconocida. Se encuentra reutilizada sirviendo de banco en una calle de la localidad.  
Descripción: Inclasificable. Granito. La pieza (?) se encuentra muy alterada.  
Bibliografía: Inédita.

#### 5. AVILA

Procedencia: Desconocida. Formaba parte del lienzo de la muralla. Se conserva en el Museo Provincial de Bellas Artes.  
Descripción: Toro (120 x 95 x 53 cm.). Tipo 4. Granito. Le falta la cabeza y parte del cuello.  
Bibliografía: Martín Valls 1974: 76, lám. IV-2, fig. 2,2; Arias *et alii* 1986: 55, nº 31; López Monteagudo 1989: 53, nº 3, lám. 1.

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

### 6. AVILA

Procedencia: Desconocida. Formaba parte del lienzo de la muralla. Se conserva en el Museo Provincial de Bellas Artes.  
Descripción: Toro (75 x 70 x 38 cm.). Tipo 3. Granito. Le falta la cabeza y el cuello, estando bien conservado el resto.  
Bibliografía: Arias et alii 1986: 61, nº 36; López Monteagudo 1983: 414, nº 3 y 1989: 53-54, nº 4, lám. 2.

### 7. AVILA

Procedencia: Desconocida. Formaba parte del lienzo de la muralla. Se conserva en el Museo Provincial de Bellas Artes.  
Descripción: Toro (90 x 42 x 31). Tipo indeterminado. Granito. Muy deteriorada. Sólo conserva la parte correspondiente al tronco y el arranque de los antebrazos traseros.  
Bibliografía: Arias et alii 1986: 59, nº 34; López Monteagudo 1983: 414-415, nº 4 y 1989: 54, nº 5, lám. 2.

### 8. AVILA

Procedencia: Desconocida. Formaba parte del muro oeste del cementerio viejo. Se conserva en el Museo provincial de Bellas Artes.  
Descripción: Toro (70 x 45 x 36). Tipo 4. Granito. Le falta la cabeza y el cuello.  
Bibliografía: Martín Valls 1974: 76, lám. IV-1, fig. 2,1; Arias et alii 1986: 59, nº 35; López Monteagudo 1989: 54, nº 6, lám. 2.

### 9. AVILA

Procedencia: Desconocida. Formó parte del lienzo de la muralla. Se conserva en el Museo Provincial de Bellas Artes.  
Descripción: Cerdo (70 x 52 x 45 cm.). Granito. Estado deplorable, conservando la mitad posterior del tronco y el arranque de los antebrazos.  
Bibliografía: Arias et alii 1986: 57, nº 33; López Monteagudo 1983: 416, nº 6 y 1989: 54, nº 7, lám. 2.

### 10. AVILA

Procedencia: Desconocida. Formó parte del lienzo de la muralla. Se conserva en el Museo Provincial de Bellas Artes.  
Descripción: Toro (176 x 79 x 48 cm.). Tipo 2. Granito. Presenta rotas las extremidades delanteras, a la altura de los antebrazos, y traseras, a la altura de las rodillas.  
Bibliografía: Arias et alii 1986: 57, nº 32; López Monteagudo 1983: 416-417, nº 7 y 1989: 54, nº 8, lám. 3.

### 11. AVILA

Procedencia: Desconocida. Formó parte del lienzo de la muralla. Se conserva en la Delegación de Hacienda.  
Descripción: Cerdo (202 x 90 x 73 cm.). Tipo 1. Granito. La escultura se conserva completa a excepción de la peana.  
Bibliografía: Arias et alii 1986: 39, nº 15; López Monteagudo 1983: 417, nº 8 y 1989: 55, nº 9, lám. 3.

### 12. AVILA

Procedencia: Desconocida. Formó parte del lienzo de la muralla. Se conserva en el Museo Provincial de Bellas Artes.  
Descripción: Toro (63 x 44 x 28 cm.). Tipo 3. Granito. Se conserva completa a excepción de la cabeza y el cuello. En el costado derecho lleva grabada una inscripción funeraria latina, que López Monteagudo (1989: 126) fecha a partir del año 100 d.C. y propone la siguiente lectura: D(is) M(anibus) Vari.  
Bibliografía: Fita 1913a: 541; Arias et alii 1986: 65, nº 39; López Monteagudo 1989: 55, nº 10, lám. 4.

### 13. AVILA

Procedencia: Desconocida. Formó parte del lienzo este de la muralla. Se conserva en el Museo Provincial de Bellas Artes.  
Descripción: Toro (79 x 50 x 28 cm.). Tipo 3. Granito. Carece de cabeza y cuello, estando las extremidades rotas a la altura de las rodillas y corvejones. Ofrece una inscripción funeraria latina en el dorso y costado derecho. López Monteagudo (1989: 127) la fecha en el siglo II d.C. y propone la siguiente lectura: D(is) M(anibus) S(acrum) / Cadano Caburiq(um) / Balarus pat(er) / [... ] f(ilio) f(aciendum) c(uravit).  
Bibliografía: Fita 1913a: 537; Arias et alii 1986: 67, nº 40; López Monteagudo 1989: 55, nº 11, lám. 4.

### 14. AVILA

Procedencia: Desconocida. Formó parte del lienzo este de la muralla. Se conserva en el Patio de la Catedral.  
Descripción: Toro (93 x 54 x 57 cm.) Tipo 2. Conserva la mitad anterior del tronco, cabeza y antebrazos. Ambos costados llevan una inscripción funeraria latina, precedida de un tridente, que López Monteagudo (1989: 128) fecha en el siglo II d.C., proponiendo la siguiente lectura. Lado izquierdo: (tridente) D(is) M(anibus) [s(acrum)] / Reburus / Maqil / on[is f(ilius)]. Lado derecho: [h(ic)] s(itus) e(st). Mat(er) f(aciendum) c(uravit) / S(it) t(ibi) t(erra) l(euis).  
Bibliografía: Fita 1913b: 232-233; Arias et alii 1986: 37, nº 13; López Monteagudo 1989: 55, lám. 4, nº 12, lám. 4.

### 15. AVILA

Procedencia: Desconocida. Se conserva en el Claustro de la Catedral.  
Descripción: Toro (93 x 55 x 45 cm.). Tipo 3. Granito. Tiene las extremidades partidas a la altura de las rodillas y

## CATALOGO GENERAL

- carece de cabeza y cuello.  
Bibliografía: Arias et alii 1984: 35 y 1986: 35, nº 11; López Monteagudo 1989: 55-56, nº 13, lám. 5.
- 16. AVILA**  
Procedencia: Desconocida. Se conserva en el patio de la Catedral.  
Descripción: Toro (67 x 30 x 40 cm.). Tipo 3. Granito. Conserva la mitad posterior del tronco y las extremidades a la altura de las rodillas.  
Bibliografía: Arias et alii 1986: 37, nº 12; López Monteagudo 1983: 419, nº 12 y 1989: 56, nº 14, lám. 5.
- 17. AVILA**  
Procedencia: Desconocida. Se conserva en el Museo Provincial de Bellas Artes.  
Descripción: Cerdo (170 x 83 x 55 cm.). Tipo 1. Granito. Pieza muy erosionada. Tiene el hocico roto y las extremidades anteriores y posteriores a la altura de las rodillas y corvejones.  
Bibliografía: Arias et alii 1986: 67-69, nº 41; López Monteagudo 1983: 420 y 1989: 56, nº 15, lám. 5.
- 18. AVILA**  
Procedencia: Desconocida. Se conserva empotrada en el lienzo nordeste de la muralla.  
Descripción: Toro. Tipo indeterminado. Granito. Sólo sobresale al exterior la cabeza y parte del cuello.  
Bibliografía: López Monteagudo 1983: 420, nº 14 y 1989: 56, nº 16, lám. 6.
- 19. AVILA**  
Procedencia: Desconocida. Se conserva empotrada en el lienzo oeste de la muralla.  
Descripción: Toro (- x 67 x 37 cm.). Tipo indeterminado. Granito. Sobresale únicamente al exterior la parte posterior de la pieza, que está completa.  
Bibliografía: Rodríguez Almeida 1981: 132-133, nº 45, fig. 56; Arias et alii 1986: 53, nº 28; López Monteagudo 1989: 56, nº 17, lám. 6.
- 20. AVILA**  
Procedencia: Desconocida. Se conserva empotrada en el lienzo oeste de la muralla.  
Descripción: Toro (- x 30 x 33 cm.). Tipo indeterminado. Sólo es visible la parte posterior, que está medio enterrada.  
Bibliografía: Rodríguez Almeida 1981: 132-133, nº 46, fig. 56; Arias et alii 1986: 53, nº 29; López Monteagudo 1989: 56-57, nº 18, lám. 6.
- 21. AVILA**  
Procedencia: Desconocida. Se conserva empotrada en el lienzo este de la muralla, a la derecha de la puerta del Alcázar.  
Descripción: Toro (64 x 58 x 31 cm.). Tipo 3. Granito. Se conserva completa a excepción de la cabeza. Sólo es visible el lateral derecho de la escultura.  
Bibliografía: Rodríguez Almeida 1981: 116, nº 22; Arias et alii 1986: 55, nº 30; López Monteagudo 1989: 57, nº 19, lám. 6.
- 22. AVILA**  
Procedencia: Desconocida. Se conserva empotrada en el lienzo este de la muralla, a la derecha de la puerta del Alcázar.  
Descripción: Toro (72 x - x 28 cm.). Tipo indeterminado. Granito. Visible únicamente el dorso y la parte superior de la cabeza.  
Bibliografía: Arias et alii 1984: 36 y 1986: 51, nº 27; López Monteagudo 1989: 57, nº 20, lám. 7.
- 23. AVILA**  
Procedencia: Desconocida. Se conserva empotrada en el lienzo este de la muralla, a la derecha de la puerta del Alcázar.  
Descripción: Cerdo (62 x 50 x - cm.). Tipo 4. Granito. La escultura está completa, visible únicamente el lado derecho.  
Bibliografía: López Monteagudo 1989: 57, nº 21, lám. 7.
- 24. AVILA**  
Procedencia: Desconocida. Se conserva empotrada en una pared, haciendo esquina, entre la calle de San Segundo y la Plaza de San Vicente.  
Descripción: Cerdo (140 x 58 x 40 cm.). Tipo indeterminado. Granito. Sólo es visible al exterior el dorso y la cara posterior.  
Bibliografía: Arias et alii 1984: 37 y 1986: 75, nº 48; López Monteagudo 1989: 57, nº 22, lám. 8.
- 25. AVILA**  
Procedencia: Desconocida. Se conserva empotrada en la primera hilada de sillares de la Torre de la Iglesia de San Nicolás.

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

- Descripción:** Toro (136 x - x 43 cm.). Tipo indeterminado. Granito. Sólo sobresale al exterior el dorso y la cara posterior.
- Bibliografía:** Arias et alii 1984: 37 y 1986: 73-75, nº 47; López Monteagudo 1989: 57-58, nº 23, lám. 8.
- 26. AVILA**
- Procedencia:** Desconocida. Se conserva empotrada en un muro de la cripta de la Iglesia de Santa Teresa.
- Descripción:** Toro (84 x 46 x 31 cm.). Tipo indeterminado. Granito. Es visible el dorso y la cara posterior.
- Bibliografía:** Arias et alii 1986: 75, nº 49; López Monteagudo 1989: 58, nº 24, lám. 8.
- 27. AVILA**
- Procedencia:** Desconocida. Se conserva en el Patio del Torreón de los Guzmanes.
- Descripción:** Toro (148 x 115 x 60 cm.). Tipo 2. Granito. Se conserva completa a excepción del plano frontal de la cabeza, que se advierte roto.
- Bibliografía:** Ballesteros 1896: 76; Arias et alii 1986: 49, nº 25; López Monteagudo 1989: 58, nº 25, lám. 9.
- 28. AVILA**
- Procedencia:** Desconocida. Se conserva en el Palacio de los Verdugo.
- Descripción:** Toro (110 x 54 x 41 cm.). Tipo 3. Granito. Tiene deteriorada la parte frontal de la cabeza y las extremidades se advierten rotas por encima de las rodillas.
- Bibliografía:** Ballesteros 1896: 64, 76; Arias et alii 1986: 87, nº 60; López Monteagudo 1989: 58, nº 26, lám. 9.
- 29. AVILA**
- Procedencia:** Desconocida. Se conserva en el Palacio de Abrantes.
- Descripción:** Cerdo (190 x 104 x 63 cm.). Tipo 1. Granito. Está completa y en buen estado, advirtiéndose en el lado posterior derecho varios signos en zig-zag y una inscripción funeraria latina en el espacio existente entre las extremidades delanteras, que López Monteagudo fecha en el siglo I d.C. proponiendo la siguiente lectura: Burro / Magil / onis f(ilio).
- Bibliografía:** Hübner 1869: 413; Arias et alii 1986: 29, nº 5; López Monteagudo 1989: 58-59, nº 27, lám. 9.
- 30. AVILA**
- Procedencia:** Desconocida. Estuvo en el Palacio de los Dávila y hoy se conserva en el Museo Arqueológico Nacional.
- Descripción:** Cerdo (180 x 87 x 60 cm.). Tipo 1. Granito. La pieza está completa y en buen estado, advirtiéndose varios signos en zig-zag grabados sobre la pierna derecha delantera.
- Bibliografía:** Rada y Delgado 1883: 95-96; Arias et alii 1986: 135, nº 108; López Monteagudo 1989: 59, nº 28, lám. 10.
- 31. AVILA**
- Procedencia:** Desconocida. Se conserva en el Museo Arqueológico Nacional, procedente del Palacio de los Dávila o de Abrantes.
- Descripción:** Toro (150 x 87 x 40 cm.). Tipo 2. Granito. La pieza está completa a excepción de la parte delantera de la cabeza.
- Bibliografía:** Rada y Delgado 1883: 96; López Monteagudo 1989: 59, nº 29, lám. 10.
- 32. AVILA**
- Procedencia:** Desconocida. Se conserva en la Casa de los señores de Albertos, que formaba parte del Palacio de los Dávila.
- Descripción:** Cerdo (154 x 73 x 61 cm.). Tipo 1. Granito. Tiene la grupa rota en su cara posterior y carece de pedestal.
- Bibliografía:** Arias et alii 1986: 33, nº 8; López Monteagudo 1983: 425, nº 20 y 1989: 59-60, nº 30, lám. 11.
- 33. AVILA**
- Procedencia:** Desconocida. Se conserva en la Casa de los señores de Albertos.
- Descripción:** Toro (138 x 60 x 52 cm.). Tipo 2. Granito. Ha desaparecido parte de la cabeza y las extremidades se hallan rotas a la altura de las rodillas.
- Bibliografía:** Arias et alii 1986: 31, nº 7; López Monteagudo 1983: 426, nº 21 y 1989: 60, nº 31, lám. 11.
- 34. AVILA**
- Procedencia:** Dehesa de Bascarrabal. Fue extraído en la propia finca, donde se conserva actualmente.
- Descripción:** Cerdo (142 x 88 x 41 cm.). Tipo 1. Granito. Está completa aunque presenta alterada la cabeza.
- Bibliografía:** Arias et alii 1984: 35 y 1986: 33, nº 9; López Monteagudo 1989: 60, nº 32, lám. 11.
- 35. AVILA**
- Procedencia:** Dehesa de Guterreño. Se conserva en el jardín de la misma finca.
- Descripción:** Toro (116 x 90 x 44 cm.). Tipo 4. Granito. La pieza está completa aunque algo deteriorada la parte



## CATALOGO GENERAL

- delantera de la cabeza.  
Bibliografía: Arias et alii 1984: 35 y 1986: 41, nº 17; López Monteagudo 1989: 60, nº 33, lám. 12.
- 36. AVILA**  
Procedencia: Dehesa de Guterreño. Se conserva en el jardín de la misma finca.  
Descripción: Toro (107 x 61 x 46 cm.). Tipo 3. Granito. Presenta las extremidades rotas a la altura de las rodillas.  
Bibliografía: Arias et alii 1984: 35 y 1986: 43, nº 18; López Monteagudo 1989: 60, nº 34, lám. 12.
- 37. AVILA**  
Procedencia: Dehesa de Guterreño. Se conserva en el jardín de la misma finca.  
Descripción: Toro (100 x 63 x 46 cm.). Tipo 4. Granito. La pieza está completa.  
Bibliografía: Arias et alii 1984: 35 y 1986: 43, nº 19; López Monteagudo 1989: 60-61, nº 35, lám. 12.
- 38. AVILA**  
Procedencia: Dehesa de Guterreño. Se conserva en el jardín de la misma finca.  
Descripción: Toro (120 x 80 x 60). Tipo 4. Granito. El ejemplar está completo.  
Bibliografía: Arias et alii 1984: 35 y 1986: 45, nº 20; López Monteagudo 1989: 61, nº 36, lám. 13.
- 39. AVILA**  
Procedencia: Dehesa de Guterreño. Se conserva en la misma dehesa, en el paraje denominado "Los Bonales".  
Descripción: Toro (94 x 52 x 45 cm.). Tipo 4. Granito. Ha perdido la cabeza y el cuello.  
Bibliografía: Arias et alii 1984: 35 y 1986: 45, nº 21; López Monteagudo 1989: 61, nº 37, lám. 13.
- 40. AVILA**  
Procedencia: Dehesa de Guterreño. Se conserva en la misma dehesa, en el paraje denominado "Navatinteros".  
Descripción: Toro (105 x 61 x 46 cm.). Tipo 3. Granito. Tiene rotas las extremidades por debajo de las rodillas.  
Bibliografía: Arias et alii 1984: 35 y 1986: 47, nº 22; López Monteagudo 1989: 61, nº 38, lám. 13.
- 41. AVILA**  
Procedencia: Dehesa de Guterreño. Se conserva en la misma dehesa, en el paraje denominado "La Nava".  
Descripción: Toro (100 x 42 x 49 cm.). Tipo indeterminado. Granito. Presenta rotas la cabeza y las extremidades desde su arranque.  
Bibliografía: Arias et alii 1984: 35 y 1986: 47, nº 23; López Monteagudo 1989: 61, nº 39, lám. 14.
- 42. AVILA**  
Procedencia: Dehesa de Guterreño. Se conserva en la misma dehesa, en el paraje denominado "Cañada del Fresno".  
Descripción: Toro (113 x 54 x 60 cm.). Tipo 3. Granito. Presenta rotas la cabeza y las extremidades, por encima de las rodillas.  
Bibliografía: Arias et alii 1984: 35 y 1986: 49, nº 24; López Monteagudo 1989: 61, nº 40, lám. 14.
- 43-45. AVILA**  
Procedencia: Desconocida. Se trata de tres ejemplares que fueron picados como grava para la construcción de la carretera Ávila-Salamanca.  
Descripción: Tipos indeterminados.  
Bibliografía: Arias et alii 1984: 35 y 1986: 137, nº 111.
- 46. AVILA**  
Procedencia: Desconocida. Se conserva en una casa a las afueras de Torrelaguna (Madrid), en la carretera en dirección a Alcalá de Henares.  
Descripción: Toro (110 x 75 x 38 cm.). Tipo 4. Granito. La escultura está completa a excepción de la cabeza.  
Bibliografía: Alvarez-Sanchis 1993b: 158-159, fig. 2,3, lám. 1A.
- 47. AVILA**  
Procedencia: Hallada en el solar de la ciudad, en unas labores de construcción. Se conserva en una casa privada, en paradero desconocido.  
Descripción: Toro (?). Tipo indeterminado. Granito.  
Bibliografía: Inédita (F. Fabián com. pers.).
- 48. EL BARRACO**  
Procedencia: Hallada en el solar del pueblo o en sus inmediaciones. Se desconoce su paradero, pero es probable que fuera embutida en alguna construcción.  
Descripción: Toro (?). Tipo indeterminado. Granito.  
Bibliografía: González Dávila 1596; Gómez Moreno 1983: 39.

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

### 49. EL BARRACO

Procedencia: Hallada recientemente en las inmediaciones, al desmontar una cerca. Se conserva en el Ayuntamiento local. Debe tratarse de una de las dos piezas conocidas de antiguo en el pueblo.  
Descripción: Toro (100 x - x - cm.). Tipo 4. Granito.  
Bibliografía: González Dávila 1596; Gómez Moreno 1983: 39; Fabián 1993: 284.

### 50. BERNUY-SALINERO

Procedencia: Finca La Serna. Se conserva en la Dehesa de El Pinar, en el término municipal de Avila.  
Descripción: Toro (148 x 72 x 55 cm.). Tipo 2. Granito. Presenta rotas las extremidades delanteras y traseras, por debajo y por encima de las rodillas respectivamente.  
Bibliografía: González Dávila 1596; Arias et alii 1986: 73, nº 46; López Monteagudo 1989: 61-62, nº 41, lám. 14.

### 51. BERNUY-SALINERO

Procedencia: Finca La Serna. Se conserva en la Dehesa de El Pinar, en el término municipal de Avila.  
Descripción: Toro (111 x 50 x 46 cm.). Tipo 3. Granito. Se encuentra muy deteriorada, con las extremidades rotas a la altura del vientre.  
Bibliografía: González Dávila 1596; Arias et alii 1986: 71, nº 44; López Monteagudo 1989: 62, nº 42, lám. 15.

### 52. BERNUY-SALINERO

Procedencia: Finca La Serna. Se conserva en la Dehesa de El Pinar, en el término municipal de Avila.  
Descripción: Toro (114 x 58 x 58 cm.). Tipo 3. Granito. Se encuentra muy deteriorada, con las extremidades rotas por encima de las rodillas.  
Bibliografía: González Dávila 1596; Arias et alii 1986: 69-71, nº 43; López Monteagudo 1989: 62, nº 43, lám. 15.

### 53. BERNUY-SALINERO

Procedencia: Finca La Serna. Se desconoce su paradero actual.  
Descripción: Tipo indeterminado.  
Bibliografía: González Dávila 1596; Gómez Moreno 1983: 40.

### 54. BERNUY-ZAPARDIEL

Procedencia: Hallada en el despoblado de San Juan de la Torre, próxima a la localidad de Bernúy-Zapardiel. Se desconoce su paradero actual.  
Descripción: Tipo indeterminado.  
Bibliografía: González Dávila 1596; Gómez Moreno 1983: 41; Arias et alii 1986: 142.

### 55. BONILLA DE LA SIERRA.....

Procedencia: Hallada sobre el Val de Corneja. Se desconoce su paradero.  
Descripción: Tipo indeterminado.  
Bibliografía: González Dávila 1596; Ballesteros 1896: 74; Arias et alii 1986: 141.

### 56. CANDELEDA

Procedencia: Pantano del Rosarito, al sur del castro de El Raso de Candeleda. Se conserva en Candeleda, en el lugar denominado La Nava.  
Descripción: Toro (166 x 79 x 47 cm.). Tipo 2. Granito. Presenta erosionada la cabeza y las extremidades rotas por encima de las rodillas.  
Bibliografía: Molinero Pérez 1958: 21; Arias et alii 1986: 87-89, nº 61; López Monteagudo 1989: 62, nº 44, lám. 15.

### 57. CANDELEDA

Procedencia: Castro de El Raso. Escultura hallada en las inmediaciones del yacimiento pero destruida hace años.  
Descripción: Tipo indeterminado. Granito.  
Bibliografía: Fernández Gómez et alii 1990: 49; Fernández Gómez y López Fernández 1990: 116.

### 58. CANDELEDA

Procedencia: En el sitio conocido como "El Cercado", al sureste de la Cabeza de la Laguna y a un km. del castro de El Raso. En paradero desconocido, fue aprovechada como material de construcción en una casa del pueblo. No descarto que se trate de la misma pieza que la anterior.  
Descripción: Tipo indeterminado. Granito.  
Bibliografía: Fernández Gómez et alii 1990: 54; Fernández Gómez y López Fernández 1990: 116.

### 59. CANDELEDA

Procedencia: Hallada en la ladera al pie del castro del Castillejo de Chilla. Se conserva en el mismo sitio, cerca de unas estructuras de piedra.  
Descripción: Toro (180 x 100 x - cm.). Tipo indeterminado. Granito. Se trata probablemente de un ejemplar

## CATALOGO GENERAL

inacabado, habiéndose practicado diversos rebajes para conformar los cuartos traseros, la panza y la papada del toro.

Bibliografía: Inédita (com. personal de L.C. San Miguel).

### 60. CANDELEDA

Procedencia: Hallada al sur del castro del Castillejo de Chilla. Se desconoce su paradero actual.

Descripción: Toro (?). Tipo indeterminado. Granito. No descarto que se trate de la misma pieza reseñada en el apartado anterior.

Bibliografía: Inédita (com. personal de F. Fabián).

### 61. CANDELEDA

Procedencia: Hallada en las proximidades del Santuario de Nuestra Señora de Chilla. Formaba parte de un cercado que delimitaba una finca del pago de "El Rodeo-El Descansadero. Se conserva en el Bar Los Duendes, propiedad de D. Francisco Calvet, en la carretera del Santuario a unos 5 km. al noroeste de Candeleda.

Descripción: Toro (68 x 35 x 25 cm.). Tipo 5. Granito. la pieza está prácticamente completa pero sin peana. Muestra una rotura en el cuarto anterior derecho y en la papada.

Bibliografía: Inédita (com. personal de L.C. San Miguel).

### 62. CARDEÑOSA

Procedencia: Castro de Las Cogotas, hallada a la izquierda del camino que conduce a la entrada superior del segundo recinto del poblado, a unos 40 m. de distancia y junto a la zona de piedras hincadas. Se conserva en la Plaza de Calvo Sotelo en Avila.

Descripción: Cerdo (176 x 118 x 66 cm.). Tipo 1. Granito. La pieza está completa y en excelente estado de conservación.

Bibliografía: Paredes Guillén 1888: 147; Cabré 1930: 7, 9, 11, 17, 39-40, lám. IX; López Monteagudo 1989: 62-63, nº 45, lám. 16.

### 63. CARDEÑOSA

Procedencia: Castro de Las Cogotas. Hallada junto a la escultura anterior. Se conserva en el Museo Provincial de Bellas Artes de Avila.

Descripción: Toro (255 x 103 x 70 cm.). Tipo 1. Granito. Pieza de grandes proporciones pero fragmentada en varios trozos, correspondiendo a los cuartos traseros, el tronco y, probablemente, la cabeza que publicara Cabré en la misma Memoria (1930: 12, lám. X) pero cuyo paradero se desconoce. Las extremidades delanteras están rotas por encima de las rodillas y las posteriores por debajo. Ambas presentan por el lado derecho unos signos grabados horizontales y oblicuos.

Bibliografía: Ballesteros 1896: 76; Cabré 1930: 7, 9, 11-12, 17, 39-40, lám. X; López Monteagudo 1989: 63, nº 46, lám. 16.

### 64. CARDEÑOSA

Procedencia: Castro de Las Cogotas. Hallada junto a la escultura anterior. Se desconoce su localización actual, a excepción de la basa y extremidades, que se conservan, sirviendo de banco, en la casa nº 14 de la calle Real de Cardenosa.

Descripción: Toro (160 x 136 x - cm.). Tipo 1. Granito. La pieza estaba completa a excepción de la cabeza, conservándose el cuello. Fue rota horizontalmente.

Bibliografía: Ballesteros 1896: 76; Cabré 1930: 7, 11-12, 17, 39-40, lám. X; López Monteagudo 1989: 63, nº 47, lám. 17.

### 65. CARDEÑOSA

Procedencia: Castro de Las Cogotas. Hallada en la zona de piedras hincadas y cerca de las anteriores. Se conserva en el Museo Provincial de Bellas Artes de Avila.

Descripción: Cerdo (117 x 45 x 36 cm.). Tipo 2. Granito. La pieza está bastante desbastada. Tiene la cabeza deteriorada y las extremidades están rotas por encima de las rodillas y los corvejones.

Bibliografía: Arias *et alii* 1986: 65, nº 38.

### 66. CARDEÑOSA

Procedencia: Castro de Las Cogotas. Hallada en una pequeña vaguada, al sur del campo de piedras hincadas y a escasos 50 m. del camino que conduce al segundo recinto fortificado. Se conserva en el mismo lugar.

Descripción: Toro (188 x 112 x 45 cm.). Tipo 2. Granito. Está completa pero se trata de una escultura a medio hacer.

Bibliografía: Alvarez-Sanchis 1993b: 159.

### 67. CEBREROS

Procedencia: Puerto de Cebros. Se desconoce su paradero actual.

Descripción: Tipo indeterminado.

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

Bibliografía: Paredes Guillén 1902: 355; Arias et alii 1986: 141.

### 68. EL FRESNO

Procedencia: Desconocida.

Descripción: Toro (?). Tipo indeterminado. Granito. El hallazgo es reciente (F. Fabián, com. pers.), pero podría corresponderse con la escultura citada por Paredes Guillén a finales del siglo pasado.

Bibliografía: Paredes Guillén 1888: 147.

### 69. CHAMARTIN DE LA SIERRA

Procedencia: La escultura yacía en el lugar denominado "El Palomar", antes de llegar al río Riondo y muy cerca del castro de la Mesa de Miranda. Se conserva en la plaza de Chamartín de la Sierra.

Descripción: Toro (194 x 71 x 63 cm.). Tipo 1. Granito. Le falta el morro y las extremidades se encuentran rotas por encima de las rodillas.

Bibliografía: Cabré et alii 1932: 21; Molinero 1933: 434, lám. V; López Monteagudo 1989: 63, nº 48, lám. 17.

### 70. CHAMARTIN DE LA SIERRA

Procedencia: La escultura yacía en el cauce del río Riondo, en el sitio denominado "Puente Muñochas", camino de Villafior y muy cerca del castro de la Mesa de Miranda. Se conserva en Avila, en la calle de Fuentes Claras.

Descripción: Toro (123 x 60 x 53 cm.). Tipo 2. Granito. Carece de cabeza, cuello y dorso hasta la cruz. Las extremidades delanteras están rotas por debajo de la rodilla y las traseras por encima de la misma.

Bibliografía: González Dávila 1596; Molinero 1933: 434, figs. 6-7; López Monteagudo 1989: 64, nº 49, lám. 18.

### 71. CHAMARTIN DE LA SIERRA

Procedencia: En el camino de Chamartín a Villafior, antes de llegar a la bifurcación para Villafior y para las Navas, a poca distancia del castro de La Mesa de Miranda. La escultura se conserva en el mismo lugar, empotrada en una cerca.

Descripción: Inclasificable (122 x 51 x 46 cm.). Granito. Se encuentra muy deteriorada. Carece de cabeza y extremidades desde su arranque.

Bibliografía: Cabré et alii 1950: 33-34; Arias et alii 1986: 89-91, nº 63; López Monteagudo 1989: 64, nº 50, lám. 18.

### 72. CHAMARTIN DE LA SIERRA

Procedencia: Castro de La Mesa de Miranda, en el interior del tercer recinto amurallado. Se conserva en el mismo sitio.

Descripción: Toro (132 x 64 x 51 cm.). Tipo 2. Granito. Ha perdido la cabeza, la mitad posterior del tronco y las extremidades anteriores. Tal vez pertenezca a esta pieza la cabeza (30 x 35 x 34 cm.) colocada junto a la escultura siguiente.

Bibliografía: Molinero 1933: 434; Cabré et alii 1950: 33, lám. XVIII, 2; López Monteagudo 1989: 64, nº 51, lám. 18.

### 73. CHAMARTIN DE LA SIERRA

Procedencia: Castro de La Mesa de Miranda, en el interior del tercer recinto amurallado y cerca de la puerta principal. Se conserva en el mismo sitio.

Descripción: Inclasificable (100 x 50 x 25 cm.). Granito. Está partido en dos. Las extremidades se advierten rotas desde su arranque y carece de cabeza, pues la que aparece junto a los fragmentos no parece corresponderse por su tamaño.

Bibliografía: Cabré et alii 1950: 34; Arias et alii 1986: 91, nº 64-65; López Monteagudo 1989: 64, nº 52, lám. 19.

### 74. MARTIHERRERO

Procedencia: Huerto del Colegio de Educación Especial Santa Teresa, en el pago denominado el Palomar o Palomarejo, entre el arroyo del mismo nombre y la carretera que conduce a Martiherrero. Apareció enterrado junto a los tres ejemplares siguientes y varios bloques de granito con restos de cenizas y un reducido ajuar romano. Se conserva en el mismo Colegio.

Descripción: Toro (125 x 59 x 45 cm.). Tipo indeterminado (3-4). Granito. Se encuentra muy erosionado, faltándole las extremidades desde su arranque.

Bibliografía: Martín Valls y Pérez Herrero 1976: 69; Arias et alii 1986: 97, nº 70; López Monteagudo 1989: 64-65, nº 53, lám. 19.

### 75. MARTIHERRERO

Procedencia: Huerto del Colegio de Educación Especial Santa Teresa. Se conserva en el mismo Colegio.

Descripción: Toro (126 x 69 x 43 cm.). Tipo 4. Granito. La escultura está completa y en buen estado.

Bibliografía: Martín Valls y Pérez Herrero 1976: 69; Arias et alii 1986: 95-97, nº 69; López Monteagudo 1989: 65, nº 54, lám. 20.

### 76. MARTIHERRERO

## CATALOGO GENERAL

- Procedencia: Huerto del Colegio de Educación Especial Santa Teresa. Se conserva en el mismo Colegio.  
Descripción: Toro (160 x 63 x 52 cm.). Tipo 2. Granito. presenta el morro deteriorado y las extremidades rotas por encima de las rodillas.  
Bibliografía: Martín Valls y Pérez Herrero 1976: 69; Arias et alii 1986: 95, nº 68; López Monteagudo 1989: 65, nº 55, lám. 20.

### 77. MARTIHERRERO

- Procedencia: Huerto del Colegio de Educación Especial Santa Teresa, sito en el pago denominado El Palomar. Se conserva en el mismo Colegio.  
Descripción: Toro (157 x 73 x 62 cm.). Tipo 2. Granito. Las extremidades anteriores están partidas por debajo de las rodillas y las traseras por encima. En el costado derecho se advierte una inscripción funeraria latina, cuyas características epigráficas permiten llevarla a los siglos II-III d.C. (Martín Valls y Pérez Herrero 1976: 71). López Monteagudo (1989: 129) da la siguiente lectura: [D(is)] M(anibus) s(acrum) / Titillo [...] / Titullus / [...] M(emoriam) C(ausa).  
Bibliografía: Martín Valls y Pérez Herrero 1976: 70-71; Arias et alii 1986: 93, nº 67; López Monteagudo 1989: 65, nº 56, lám. 21.

### 78. MARTIHERRERO

- Procedencia: Finca El Palomar o El Palomarejo. Sin duda se trata del mismo sitio donde se localizaron "in situ" las anteriores. Paradero actual desconocido.  
Descripción: Tipo indeterminado. Granito.  
Bibliografía: Ariz 1607; Gómez Moreno 1983: 40.

### 79. MARTIHERRERO

- Procedencia: Finca Flor de Rosa. Paradero actual desconocido.  
Descripción: Tipo indeterminado. Granito. La proximidad entre éste sitio y el anterior no excluye el hecho de que se trate de la misma pieza con nombres distintos.  
Bibliografía: González Dávila 1596; Gómez Moreno 1983: 40; Arias et alii 1986: 141.

### 80. MARTIHERRERO

- Procedencia: Finca de la Torre de Pedro Serrano. Paradero actual desconocido.  
Descripción: Tipo indeterminado. Granito.  
Bibliografía: Ariz 1607; Gómez Moreno 1983: 40.

### 81-83. MARTIHERRERO

- Procedencia: Finca de San Miguel de las Viñas. Se citan un total de tres ejemplares procedentes del mismo sitio. Paradero actual desconocido.  
Descripción: Tipos indeterminados. Granito.  
Bibliografía: Martín Carramolino 1872: 462; Gómez Moreno 1983: 40; Arias et alii 1986: 142.

### 84. MEDINILLA

- Procedencia: Al pie del Cerro del Berrueco, en el área de "Las Paredejas", junto al yacimiento del mismo nombre. Se conserva en la localidad salmantina de Puente del Congosto.  
Descripción: Cerdo (86 x 65 x 45 cm.). Tipo 1. Granito. Sólo conserva la mitad posterior del tronco y los cuartos traseros, partidos por debajo de los corvejones.  
Bibliografía: Morán 1946: 93; Arias et alii 1986: 135, nº 109; López Monteagudo 1989: 66, nº 57, lám. 21.

### 85. MINGORRIA

- Procedencia: Mingorría. Se conserva delante de la Ermita de la Virgen.  
Descripción: Cerdo (174 x 88 x 52 cm.). Tipo 1. Granito. Está completo pero muy erosionado en toda su superficie.  
Bibliografía: González Dávila 1596; Arias et alii 1986: 97-99, nº 71; López Monteagudo 1989: 66, nº 58, lám. 22.

### 86. MIRUEÑA DE LOS INFANZONES

- Procedencia: Desconocida. Se conserva empotrado haciendo esquina en la casa nº 30 de la calle Dr. González Marcos, en Mirueña de los Infanzones.  
Descripción: Inclasificable. Pueden ser dos ejemplares aunque no es seguro al estar cubiertos con una capa de cemento.  
Bibliografía: Arias et alii 1986: 137, nº 113; López Monteagudo 1989: 66, nº 59.

### 87. MUÑANA

- Procedencia: Hallada en el solar del pueblo o en sus inmediaciones. Se desconoce su paradero actual.  
Descripción: Tipo indeterminado.  
Bibliografía: González Dávila 1596; Gómez Moreno 1983: 40; Arias et alii 1986: 141.

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

### 88. MUÑOCHAS

- Procedencia: Hallada en el solar del pueblo o en sus inmediaciones. Estuvo durante un tiempo en la Ermita de San Anastasio y luego desapareció. El hallazgo reciente de un ejemplar en el pueblo (Fabián, com. pers.) podría relacionarse con dicha noticia.
- Descripción: Toro (?). Tipo indeterminado. Granito.
- Bibliografía: Ariz 1607; Gómez Moreno 1983: 40.

### 89. MUÑO GALINDO

- Procedencia: Yacía en el paraje conocido como "Campo del Toro", al sur del pueblo. Se conserva en la Dehesa de La Fresneda, en Tornadizos de Avila.
- Descripción: Toro (167 x 97 x 65 cm.). Tipo 2. Granito. El ejemplar está completo pero muy erosionado.
- Bibliografía: Molinero 1958: 21; Arias *et alii* 1986: 121, nº 94; López Monteagudo 1989: 66, nº 60, lám. 22.

### 90. MUÑO GALINDO

- Procedencia: Hallada en el solar del pueblo. Se conserva en Avila, junto a la fachada del Palacio de los Verdugo.
- Descripción: Toro (231 x 125 x 67 cm.). Tipo 1. Granito. las extremidades están partidas por debajo de las rodillas.
- Bibliografía: Ballesteros 1896: 64, 76; Arias *et alii* 1986: 85-87, nº 59; López Monteagudo 1989: 66-67, nº 61, lám. 23.

### 91. NARRILLOS DE SAN LEONARDO

- Procedencia: Hallada en el solar del pueblo. Se conserva en la puerta de la Iglesia.
- Descripción: Toro (155 x 75 x 44 cm.). Tipo 2. Granito. Escultura muy erosionada, con el cuerpo cubierto de cazoletas. Las extremidades están rotas, las delanteras desde su arranque y las traseras por debajo de las rodillas.
- Bibliografía: Gómez Moreno 1983: 40; Arias *et alii* 1986: 99, nº 72; López Monteagudo 1989: 67, nº 62, lám. 23.

### 92. NARRILLOS DE SAN LEONARDO

- Procedencia: Hallada en el sitio conocido como "Las Moras". Se desconoce su paradero actual.
- Descripción: Toro. Tipo indeterminado. Granito.
- Bibliografía: Gómez Moreno 1983: 40.

### 93. NARRILLOS DEL REBOLLAR

- Procedencia: Hallada en Narrillos o en el vecino término de Benitos. Se desconoce su paradero actual.
- Descripción: Tipo indeterminado.
- Bibliografía: Cabré *et alii* 1950: 34; Molinero 1958: 21; Arias *et alii* 1986: 141.

### 94. EL OSO

- Procedencia: Hallada en el solar del pueblo. Se conserva en la plaza, frente a la Iglesia.
- Descripción: Cerdo (114 x 106 x 48 cm.). Tipo 1. Granito. La pieza está completa a excepción de la cabeza.
- Bibliografía: Hernández Hernández 1982: 226, lám. III, fig. 1; Arias *et alii* 1986: 99-101, nº 73; López Monteagudo 1989: 67, nº 63, lám. 24.

### 95. PADIERNOS

- Procedencia: Finca de La Huerta del Arroyo. Se conserva en Padiernos, en casa de D. Hipólito Muñoz.
- Descripción: Toro (118 x 90 x 43 cm.). Tipo 3. Granito. Le falta la cabeza y parte del cuello. Las extremidades están rotas, las delanteras por debajo de las rodillas y las traseras por encima.
- Bibliografía: Arias *et alii* 1984: 36 y 1986: 101, nº 74; López Monteagudo 1989: 67, nº 64, lám. 24.

### 96. PAPATRIGO

- Procedencia: Hallado a dos Km. del pueblo, en un terreno en la margen derecha de la carretera de Papatrigo a San Pedro del Arroyo. Se conserva en la misma localidad, en casa de D. Luis Garcinúñez.
- Descripción: Toro (64 x 50 x 40 cm.). Tipo 4. Granito. Carece de cabeza y cuello.
- Bibliografía: Arias *et alii* 1984: 36 y 1986: 101, nº 75; López Monteagudo 1989: 67, nº 65, lám. 24.

### 97. RIOFRIO

- Procedencia: Dehesa de La Pavona. Se conserva en el jardín de la casa, a la altura del km. 13 de la carretera Avila-Burgohondo, a la izquierda en esta dirección.
- Descripción: Toro (134 x 68 x 40 cm.). Tipo 3. Granito. La pieza está completa aunque erosionada en toda su superficie.
- Bibliografía: Arias *et alii* 1986: 109, nº 83; López Monteagudo 1983: 437-38, nº 38 y 1989: 68, nº 66, lám. 25.

### 98. RIOFRIO

- Procedencia: Finca Gemiguel. Se conserva en el mismo lugar, a unos 12 km. de Avila y a la derecha de la carretera en dirección a Burgohondo, empotrada en las paredes de la casa junto a varios bloques prismáticos de

## CATALOGO GENERAL

granito. Todos los verracos que se describen a continuación y hallados en la finca, aparecen reutilizados en la misma construcción.

**Descripción:** Toro (111 x 52 x - cm.). Tipo 4. Granito. Sólo sobresale al exterior, parcialmente, el costado izquierdo.  
**Bibliografía:** Cinco de los 11 ejemplares aparecidos en el caserío ya fueron mencionados por Martín Carramolino (1872: 462; vid. Gómez Moreno 1983: 40). Para esta pieza en particular, véase Martín Valls 1974: 78, lám. V-1 y López Monteagudo 1989: 68, nº 67, lám. 25.

### 99. RIOFRIO

**Procedencia:** Finca Gemiguel. Se conserva en el mismo lugar, embutida como la anterior en las paredes de la casa.  
**Descripción:** Toro (102 x 90 x 38 cm.). Tipo 4. Granito. La pieza está completa, pero sólo sobresale al exterior el costado derecho y la parte posterior.  
**Bibliografía:** Martín Valls 1974: 76-78, 81-82; Arias et alii 1986: 107, nº 82; López Monteagudo 1989: 68, nº 68, lám. 25.

### 100. RIOFRIO

**Procedencia:** Finca Gemiguel. Se conserva en el mismo lugar, embutida como las anteriores en las paredes de la casa.  
**Descripción:** Toro (78 x 37 x 30 cm.). Tipo 4. Granito.  
**Bibliografía:** Martín Valls 1974: 76-78, 81-82; López Monteagudo 1989: 68, nº 69, lám. 26.

### 101. RIOFRIO

**Procedencia:** Finca Gemiguel. Se conserva en el mismo lugar, embutida como las anteriores en las paredes de la casa.  
**Descripción:** Inclasificable (115 x 54 x 27 cm.). Granito. Sólo es visible el lateral izquierdo.  
**Bibliografía:** Martín Valls 1974: 76-78, 81-82; Arias et alii 1986: 105, nº 79; López Monteagudo 1989: 68-69, nº 70, lám. 26.

### 102. RIOFRIO

**Procedencia:** Finca Gemiguel. Se conserva en el mismo lugar, embutida como las anteriores en las paredes de la casa.  
**Descripción:** Toro (121 x 58 x 38 cm.). Tipo indeterminado. Granito. Está fragmentado y sólo deja visible la zona correspondiente al dorso y la cara posterior.  
**Bibliografía:** Martín Valls 1974: 76-78, 81-82; Arias et alii 1986: 105, nº 80; López Monteagudo 1989: 69, nº 71, lám. 26.

### 103. RIOFRIO

**Procedencia:** Finca Gemiguel. Se conserva en el mismo lugar, embutida como las anteriores en las paredes de la casa.  
**Descripción:** Toro (130 x 41 x 36 cm.). Tipo indeterminado. Granito. Sólo es visible el lomo y la cara posterior.  
**Bibliografía:** Martín Valls 1974: 76-78, 81-82; Arias et alii 1986: 103, nº 76; López Monteagudo 1989: 69, nº 72, lám. 27.

### 104. RIOFRIO

**Procedencia:** Finca Gemiguel. Se conserva en el mismo lugar, embutida como las anteriores en las paredes de la casa.  
**Descripción:** Toro (102 x 38 x 30 cm.). Tipo indeterminado. Granito. Sólo es visible el lomo y la cara posterior.  
**Bibliografía:** Martín Valls 1974: 76-78, 81-82; Arias et alii 1986: 103, nº 78; López Monteagudo 1989: 69, nº 73, lám. 27.

### 105. RIOFRIO

**Procedencia:** Finca Gemiguel. Se conserva en el mismo lugar, embutida como las anteriores en las paredes de la casa.  
**Descripción:** Inclasificable (80 x - x 25 cm.). Granito. Sólo es visible el lomo.  
**Bibliografía:** Martín Valls 1974: 76-78, 81-82; Arias et alii 1986: 103, nº 77; López Monteagudo 1989: 69, nº 74, lám. 27.

### 106. RIOFRIO

**Procedencia:** Finca Gemiguel. Se conserva en el mismo lugar, embutida como las anteriores en las paredes de la casa.  
**Descripción:** Inclasificable (117 x 50 x 27 cm.). Granito. Sólo se aprecia el dorso.  
**Bibliografía:** Martín Valls 1974: 76-78, 81-82; López Monteagudo 1989: 69, nº 75, lám. 28.

### 107. RIOFRIO

**Procedencia:** Finca Gemiguel. Se conserva en el mismo lugar, en el suelo junto a la casa donde se hallan embutidos los anteriores.  
**Descripción:** Inclasificable (63 x - x - cm.). Granito. Sólo se conserva un trozo correspondiente a los cuartos traseros.  
**Bibliografía:** Martín Valls 1974: 76-78, 81-82; Arias et alii 1986: 107, nº 81; López Monteagudo 1989: 69, nº 76, lám. 28.

### 108. RIOFRIO

**Procedencia:** Finca Gemiguel. Se desconoce su paradero actual.

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

Descripción: Inclasificable (99 x 48 x 40 cm.). Granito. Sólo conservaba la parte correspondiente al tronco.  
Bibliografía: Martín Valls 1974: 76-78, 81-82; Arias et alii 1986: 139, nº 114; López Monteagudo 1989: 70, nº 77, lám. 28.

### 109. SAN JUAN DE LA NAVA

Procedencia: A poca distancia del pueblo, en un cerro junto al camino a Navaluenga. Se desconoce su paradero actual.  
Descripción: Toro. Tipo indeterminado. Granito. Gómez Moreno llegó a verlo completo y de gran tamaño, pero nada más puede decirse.  
Bibliografía: González Dávila 1956; Gómez Moreno 1983: 39; Arias et alii 1986: 142.

### 110. SAN MIGUEL DE SERREZUELA

Procedencia: Paraje conocido como "La Romarina". Se desconoce su paradero actual.  
Descripción: Toro (246 x 161 x 64 cm.). Tipo 1. Granito. Se conserva completa y en excelente estado.  
Bibliografía: Serrano 1957: 109; Arias et alii 1986: 136, nº 110; López Monteagudo 1989: 70, nº 78, lám. 29.

### 111. SAN MIGUEL DE SERREZUELA

Procedencia: Hallada en las inmediaciones del pueblo. Se conserva en Ávila, en el Instituto de Enseñanza Media Alonso de Madrigal.  
Descripción: Toro (37 x 62 x 40 cm.). Tipo indeterminado. Granito. Sólo conserva la cabeza y parte del cuello.  
Bibliografía: Blanco Freijeiro 1984: 8; Arias et alii 1986: 51, nº 26.

### 112. SANTA MARIA DEL ARROYO

Procedencia: Desconocida. Se conserva en la Plaza del Ayuntamiento.  
Descripción: Toro (104 x 50 x 37 cm.). Tipo 4. Granito. la pieza está completa pero muy erosionada.  
Bibliografía: Gómez Moreno 1983: 40; Arias et alii 1986: 109, nº 84; López Monteagudo 1989: 70, nº 79, lám. 29.

### 113. SANTO DOMINGO DE LAS POSADAS

Procedencia: Desconocida. Se conserva junto a la fachada del Ayuntamiento.  
Descripción: Toro (153 x 41 x 53 cm.). Tipo 3. Granito. La pieza está muy desbastada, con las extremidades delanteras rotas desde su arranque, y las traseras por debajo de las rodillas.  
Bibliografía: González Dávila 1956; Arias et alii 1986: 111, nº 85; López Monteagudo 1989: 70, nº 80, lám. 30.

### 114. SANTO DOMINGO DE LAS POSADAS

Procedencia: Alquería Los Yezgos. Se desconoce su paradero actual.  
Descripción: Tipo indeterminado. Granito.  
Bibliografía: González Dávila 1956; Ballesteros 1896; Gómez Moreno 1983: 41.

### 115. SOLANA DE RIOALMAR

Procedencia: Desconocida. Se conserva formando parte de una tapia, en el lado derecho del camino vecinal, aproximadamente a un km. al sur del pueblo.  
Descripción: Toro (?) (72 x 52 x 37 cm.). Tipo 4. Granito. Se trata de una posible escultura inacabada que conserva el tronco y la peana.  
Bibliografía: Inédita.

### 116. SOLOSANCHO

Procedencia: Junto a un manantial conocido como "Fuente del Oso", al pie del castro de Ulaca. Se conserva en la Plaza de la Iglesia.  
Descripción: Toro (208 x 87 x 57 cm.). Tipo 1. Granito. Le falta el hocico y las extremidades se advierten rotas por encima de las rodillas. En la nalga derecha se diseña un grabado en zig-zag.  
Bibliografía: Ballesteros 1896: 76; Arias et alii 1986: 111-113, nº 86; López Monteagudo 1989: 70-71, nº 81, lám. 30.

### 117. SOTALVO

Procedencia: Finca Las Suertes. Se conserva en la Escuela de Capacitación Agraria de San Fernando de Henares (Madrid).  
Descripción: Toro (124 x 55 x 40 cm.). Tipo 3. Granito. Tiene la cabeza erosionada, el hocico roto y las extremidades partidas por encima de las rodillas, aunque han sido reconstruidas con cemento.  
Bibliografía: Molinero 1958: 21; Arias et alii 1986: 133, nº 107; López Monteagudo 1989: 71, nº 82, lám. 31.

### 118. SOTALVO

Procedencia: Finca Las Suertes. Se conserva en la Escuela de Capacitación Agraria de San Fernando de Henares (Madrid).  
Descripción: Toro (138 x 71 x 53 cm.). Tipo 3. Granito. Tiene las extremidades partidas por debajo de los antebrazos, habiendo sido reconstruidas con cemento. Conserva la parte posterior de la basa.



## CATALOGO GENERAL

Bibliografía: Molinero 1958: 21; Arias et alii 1986: 133, nº 106; López Monteagudo 1989: 71, nº 83, lám. 31.

### 119. SOTALVO

Procedencia: Hallado en el término municipal. Se conserva en Almuñécar (Granada), en casa de D. Noberto González.  
Descripción: Toro (175 x 82 x 57 cm.). Tipo 2. Granito. Tiene las extremidades anteriores rotas por encima de las rodillas y las posteriores por debajo.

Bibliografía: Molinero 1958: 21; Arias et alii 1986: 131, nº 105; López Monteagudo 1989: 71, nº 84, lám. 31.

### 120. EL TIEMBLO

Procedencia: Cercado de los Toros de Guisando, al pie del cerro del mismo nombre. Se conserva en el mismo lugar.  
Descripción: Toro (264 x 129 x 83 cm.). Tipo 1. Granito. La escultura está completa, enterrada la basa a la altura de las pezuñas, y en buen estado de conservación. En el anca derecha se advierten varios grabados horizontales y en zig-zag y sobre el costado izquierdo restos de una inscripción latina, seguramente funeraria. López Monteagudo (1989: 130) ofrece la siguiente lectura: [...] / Gaia F. [...].

Bibliografía: González Dávila 1596; Arias et alii 1986: 113, nº 87; López Monteagudo 1989: 71-72, nº 85, lám. 32.

### 121. EL TIEMBLO

Procedencia: Cercado de los Toros de Guisando, al pie del cerro del mismo nombre. Se conserva en el mismo lugar.  
Descripción: Toro (278 x 140 x 81 cm.). Tipo 1. Granito. La escultura está casi completa, enterrada la basa a la altura de las pezuñas, pero bastante deteriorada. Falta la extremidad anterior izquierda y parte de la grupa. En el anca derecha posterior se advierten varios grabados horizontales y en zig-zag.

Bibliografía: González Dávila 1596; Arias et alii 1986: 115, nº 88; López Monteagudo 1989: 72, nº 86, lám. 32.

### 122. EL TIEMBLO

Procedencia: Cercado de los Toros de Guisando, al pie del cerro del mismo nombre. Se conserva en el mismo lugar.  
Descripción: Toro (277 x 145 x 77 cm.). Tipo 1. Granito. La escultura está completa, enterrada la basa a la altura de las pezuñas, y en buen estado de conservación aunque algo deteriorado el flanco izquierdo. En el anca derecha se advierten varios grabados horizontales y en zig-zag y sobre ambos costados restos de inscripciones latinas, siendo ilegible el izquierdo. Para el lado derecho, López Monteagudo (1989: 130) ofrece la siguiente lectura: [...] / [...] mal(t)er / [...] f(aciendum) c(urauit).

Bibliografía: González Dávila 1596; Arias et alii 1986: 115, nº 89; López Monteagudo 1989: 72, nº 87, lám. 33.

### 123. EL TIEMBLO

Procedencia: Cercado de los Toros de Guisando, al pie del cerro del mismo nombre. Se conserva en el mismo lugar.  
Descripción: Toro (275 x 141 x 87 cm.). Tipo 1. Granito. La escultura está completa, enterrada la basa a la altura de las pezuñas, y en buen estado de conservación aunque algo deteriorada, sobre todo la cabeza. En el anca derecha se advierten varios grabados horizontales y en zig-zag y sobre el costado derecho una inscripción funeraria latina. López Monteagudo (1989: 130-131) la fecha en el siglo I d.C. y ofrece la siguiente lectura: Longinus / Prisco, Cala / etig(um), patri, f(aciendum), c(urauit).

Bibliografía: González Dávila 1596; Arias et alii 1986: 117, nº 90; López Monteagudo 1989: 72-73, nº 88, lám. 33.

### 124. TORNADIZOS DE AVILA

Procedencia: Dehesa de La Fresneda. Se conserva en un estanque próximo a la casa de la dehesa.  
Descripción: Toro (200 x 90 x 43 cm.). Tipo 2. Granito. La cabeza está deteriorada y las extremidades rotas por debajo de las rodillas.

Bibliografía: Gómez Moreno 1983: 40; Arias et alii 1986: 123, nº 96; López Monteagudo 1989: 73, nº 89, lám. 34.

### 125. TORNADIZOS DE AVILA

Procedencia: Dehesa de La Fresneda. Se conserva en el jardín de la casa de la dehesa.  
Descripción: Toro (95 x 66 x 51 cm.). Tipo 4. Granito. La pieza está muy deteriorada y ha perdido la mitad superior del tronco, incluida la cabeza.

Bibliografía: Arias et alii 1984: 35 y 1986: 121, nº 95; López Monteagudo 1989: 73, nº 90, lám. 34.

### 126. TORNADIZOS DE AVILA

Procedencia: Dehesa de la Alameda Alta. Se conserva en Avila, en el jardín del palacio de Abrantes.  
Descripción: Toro (110 x 53 x 40 cm.). Tipo 3. Granito. La pieza está completa aunque ha perdido la parte anterior de la cabeza.

Bibliografía: Martín Carramolino 1872: 32; Arias et alii 1986: 31, nº 6; López Monteagudo 1989: 73, nº 91, lám. 34.

### 127. TORNADIZOS DE AVILA

Procedencia: Dehesa de la Alameda Alta. Se conserva en Avila, en el jardín del palacio de Abrantes.  
Descripción: Cerdo (170 x 90 x 56 cm.). Tipo 1. Granito. La pieza está completa y en buen estado.  
Bibliografía: Martín Carramolino 1872: 32; Arias et alii 1986: 27, nº 3; López Monteagudo 1989: 73-74, nº 92, lám. 35.

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

### 128. TORNADIZOS DE AVILA

Procedencia: Dehesa de la Alameda Alta. Se conserva en Avila, en el jardín del palacio de Abrantes.  
Descripción: Toro (200 x 81 x 56 cm.). Tipo 1. Granito. La pieza está completa salvo el pedestal y la parte inferior de las extremidades, que han sido reconstruidas.  
Bibliografía: Martín Carramolino 1872: 32; Arias et alii 1986: 27, nº 4; López Monteagudo 1989: 74, nº 93, lám. 35.

### 129. TORNADIZOS DE AVILA

Procedencia: Dehesa de la Alameda Alta. Se conserva en Avila, en el Parador Nacional Raimundo de Borgoña, antiguo Palacio de Benavites.  
Descripción: Toro (104 x 59 x 37 cm.). Tipo 3. Granito. La pieza está completa.  
Bibliografía: Cabré 1930: 40; Arias et alii 1986: 69, nº 42; López Monteagudo 1989: 74, nº 94, lám. 35.

### 130. TORNADIZOS DE AVILA

Procedencia: Dehesa de la Alameda Alta. Se conserva en Avila, en la Plaza de Concepción Arenal.  
Descripción: Toro (103 x 55 x 35 cm.). Tipo 3. Granito. La pieza está muy erosionada, faltándole parte de la cabeza.  
Bibliografía: Cabré 1930: 40; Arias et alii 1986: 39, nº 14; López Monteagudo 1989: 74, nº 95, lám. 36.

### 131. TORNADIZOS DE AVILA

Procedencia: Dehesa de la Alameda Alta. Se conserva en Avila, en el jardín del Palacio del Marqués de Santo Domingo.  
Descripción: Toro (137 x 72 x 45 cm.). Tipo 4. Granito. La pieza está completa pero muy erosionada.  
Bibliografía: Cabré 1930: 40; Arias et alii 1986: 77, nº 50; López Monteagudo 1989: 74-75, nº 96, lám. 36.

### 132. TORNADIZOS DE AVILA

Procedencia: Dehesa de la Alameda Alta. Se conserva en Avila, en el jardín del Palacio del Marqués de Santo Domingo.  
Descripción: Toro (166 x 67 x 47 cm.). Tipo 2. Granito. Las extremidades anteriores están partidas por encima de la rodilla y las posteriores lo están por debajo.  
Bibliografía: Cabré 1930: 40; Arias et alii 1986: 77, nº 51; López Monteagudo 1989: 75, nº 97, lám. 37.

### 133. TORNADIZOS DE AVILA

Procedencia: Dehesa de la Alameda Alta. Se conserva en Avila, en el jardín del Palacio del Marqués de Santo Domingo.  
Descripción: Toro (128 x 77 x 37 cm.). Tipo 4. Granito. La pieza está completa aunque la cabeza muy deteriorada. Lleva en el costado izquierdo una inscripción funeraria latina, que López Monteagudo (1989: 131-132) fecha en el siglo I d.C. y da la siguiente lectura: Cauru[s...]/Mu[...f(i)lius]?/an(norum) XXVI [...].  
Bibliografía: Cabré 1930: 40; Martín Valls 1974: 78-79; Arias et alii 1986: 81, nº 54; López Monteagudo 1989: 75, nº 98, lám. 37.

### 134. TORNADIZOS DE AVILA

Procedencia: Dehesa de la Alameda Alta. Se conserva en Avila, en el jardín del Palacio del Marqués de Santo Domingo.  
Descripción: Toro (116 x 86 x 49 cm.). Tipo 4. Granito. La pieza está completa aunque la cabeza algo deteriorada.  
Bibliografía: Cabré 1930: 40; Arias et alii 1986: 79, nº 53; López Monteagudo 1989: 75, nº 99, lám. 37.

### 135. TORNADIZOS DE AVILA

Procedencia: Dehesa de la Alameda Alta. Se conserva en Avila, en el jardín del Palacio del Marqués de Santo Domingo.  
Descripción: Toro (77 x 46 x 33 cm.). Tipo 3. Granito. La cabeza está algo deteriorada y las extremidades rotas por encima de las rodillas.  
Bibliografía: Cabré 1930: 40; Arias et alii 1986: 79, nº 52; López Monteagudo 1989: 75, nº 100, lám. 38.

### 136. TORNADIZOS DE AVILA

Procedencia: Dehesa de la Alameda Alta. Se conserva en Avila, en el jardín del Palacio de Travesedo.  
Descripción: Toro (138 x 70 x 57 cm.). Tipo 4. Granito. La pieza está completa.  
Bibliografía: Cabré 1930: 40; Arias et alii 1986: 81-83, nº 55; López Monteagudo 1989: 75-76, nº 101, lám. 38.

### 137. TORNADIZOS DE AVILA

Procedencia: Dehesa de la Alameda Alta. Se conserva en Avila, en el jardín del Palacio de Travesedo.  
Descripción: Toro (145 x 61 x 37 cm.). Tipo 2. Granito. Tiene el hocico roto y las extremidades están partidas por encima de las rodillas.  
Bibliografía: Cabré 1930: 40; Arias et alii 1986: 83, nº 56; López Monteagudo 1989: 76, nº 102, lám. 38.

### 138. TORNADIZOS DE AVILA

Procedencia: Dehesa de la Alameda Alta. Se conserva en Avila, en el jardín del Palacio de Travesedo.  
Descripción: Toro (180 x 87 x 60 cm.). Tipo 2. Granito. Tiene el hocico roto y las extremidades están partidas por debajo de las rodillas.  
Bibliografía: Cabré 1930: 40; Arias et alii 1986: 83-84, nº 57; López Monteagudo 1989: 76, nº 103, lám. 39.

## CATALOGO GENERAL

### 139. TORNADIZOS DE AVILA

Procedencia: Dehesa de la Alameda Alta. Se conserva en Avila, junto a la puerta del Palacio de Travedo.  
Descripción: Toro (170 x 87 x 52 cm.). Tipo 2. Granito. Tiene la cabeza muy deteriorada y las extremidades están partidas por debajo de las rodillas.  
Bibliografía: Cabré 1930: 40; Arias et alii 1986: 85, nº 58; López Monteagudo 1989: 76, nº 104, lám. 39.

## 140. TORNADIZOS DE AVILA

**Procedencia:** Dehesa de la Alameda Alta. Se conserva en la misma dehesa, junto a la casa de labor.

**Descripción:** Toro (140 x 88 x 48 cm.). Tipo 4. Granito. La pieza está erosionada pero completa. En el costado izquierdo ostenta una inscripción funeraria latina, que López Monteagudo (1989: 132) lee así: [...] / [...] / /an(norum) XX. T [...].

**Bibliografía:** Cabré 1930: 40; Arias et alii 1986: 119, nº 92; López Monteagudo 1989: 76-77, nº 105, lám. 39.

### 141. TORNADIZOS DE AVILA

Procedencia:	Dehesa de la Alameda Alta. Se conserva en la misma dehesa, junto a la casa de labor.
Descripción:	Toro (123 x 78 x 55 cm.). Tipo 4. Granito. La pieza está erosionada y la cabeza rota.
Bibliografía:	Cabré 1930: 40; Arias et alii 1986: 117-119, nº 91; López Monteagudo 1989: 77, nº 106, lám. 40.

## 142. TORNADIZOS DE AVILA

Procedencia:	Dehesa de la Alameda Alta. Se conserva en la misma dehesa, junto a la casa de labor.
Descripción:	Toro (100 x 69 x 51 cm.). Tipo 4. Granito. La pieza está erosionada pero completa. Sobre el costado izquierdo ostenta restos de una inscripción latina. Rodríguez Almeida (1981: 153, nº 71) da la siguiente lectura: <u>VIVIROS?</u> .
Bibliografía:	Cabré 1930: 40; Rodríguez Almeida 1981: 153, nº 71; López Monteaquedo 1989: 77, nº 107, lám. 40.

### 143. TORNADIZOS DE AVILA

Procedencia:	Dehesa de la Alameda Alta. Se conserva en la misma dehesa, empotrada en la pared de un pajar.
Descripción:	Toro (93 x 55 x - cm.). Tipo 4. Granito. La pieza está erosionada y muy desbastada pero completa. Sobresale al exterior el frente y el lateral derecho.
Bibliografía:	Cabré 1930: 40; Arias et alii 1986: 140, nº 117; López Monteagudo 1989: 77, nº 108, lám. 40.

#### 144. TORNADIZOS DE AVILA

Procedencia:	Dehesa de la Alameda Alta. Se conserva en la misma dehesa, empotrada en la pared de un pajar a ras del suelo.
Descripción:	Toro (85 x 70 x 42 cm.). Tipo 4. Granito. La pieza está casi completa, la cabeza algo desbastada. Sobresale al exterior el lateral izquierdo.
Bibliografía:	Cabré 1930: 40; Arias et alii 1986: 140, nº 116; López Monteagudo 1989: 77, nº 109, lám. 41.

### 145. TORNADIZOS DE AVILA

Procedencia:	Dehesa de la Alameda Alta. Se conserva en la misma dehesa, empotrada en la pared de un pajar.
Descripción:	Inclasificable (103 x 35 x 47 cm.). Granito. Sólo queda visible el basamento y la parte posterior.
Bibliografía:	Cabré 1930: 40; Arias et alii 1986: 140, nº 119; López Monteagudo 1989: 78, nº 110, lám. 41.

## 146. TORNADIZOS DE AVILA

Procedencia:	Dehesa de la Alameda Alta. Se conserva en la misma dehesa, empotrada en la pared de un pajar a ras del suelo.
Descripción:	Inclasificable (107 x - x 37 cm.). Granito. Sólo queda visible el dorso.
Bibliografía:	Cabré 1930: 40; Arias et alii 1986: 140, nº 118; López Monteagudo 1989: 78, nº 111, lám. 41.

### 147. TORNADIZOS DE AVILA

Procedencia: Dehesa de la Alameda Alta. Se conserva en la misma dehesa, empotrada en una cerca.  
Descripción: Toro. Granito. Sólo queda visible el lado derecho y ha perdido la cabeza.  
Bibliografía: Cabré 1930: 40; Arias *et alii* 1986: 139, nº 115; López Monteagudo 1989: 78, nº 112, lám. 42.

### 148. TORNADIZOS DE AVILA

Procedencia:	Cerro de los Garduños. Se conserva en la Fuente de Navaltoro, en el mismo término municipal.
Descripción:	Toro (132 x 58 x 54 cm.) Tipo 2. Granito. Carece de cabeza y las extremidades están partidas desde su arranque.
Bibliografía:	Arias <i>et alii</i> 1984: 36 y 1986: 123, nº 97; López Monteagudo 1989: 78, nº 113, lám. 42.

### 149. VICOLOZANO

Procedencia: Vicolozano. Se conserva en la dehesa de El Pinar (Ávila).  
Descripción: Cerdo (180 x 90 x 54 cm.). Tipo 1. Granito. La pieza está completa y en buen estado aunque algo erosionada. La basa está enterrada.

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

Bibliografía: Gómez Moreno 1983: 40; Arias et alii 1986: 71-73, nº 45; López Monteagudo 1989: 78, nº 114, lám. 42.

### 150. VICOLOZANO

Procedencia: Hallada en el solar del pueblo. Se conserva en el mismo término, sobre el muro de una casa en la margen izquierda de la carretera N-110 en dirección a Avila, a la altura del km. 106,300.

Descripción: Toro (120 x 54 x 38 cm.). Tipo 3. Granito. Presenta las extremidades rotas a la altura de las rodillas.

Bibliografía: Gómez Moreno 1983: 40; Arias et alii 1986: 125, nº 98; López Monteagudo 1989: 78-79, nº 115, lám. 43.

### 151. VILLANUEVA DEL CAMPILLO

Procedencia: Paraje conocido como "Campo del Toro" o "Los Tejares". Se conserva en el mismo sitio.

Descripción: Cerdo (67 x 62 x - cm.). Tipo indeterminado. Granito. Está semienterrado y sólo es visible el lado derecho.

Bibliografía: Hernández Hernández 1982: 223; Arias et alii 1986: 125, nº 99; López Monteagudo 1989: 79, nº 116, lám. 43; Larrén 1990: 249.

### 152. VILLANUEVA DEL CAMPILLO

Procedencia: Paraje conocido como "Campo del Toro" o "Los Tejares". Se conserva en el mismo sitio.

Descripción: Toro (250 x 243 x 150 cm.). Tipo 1. Granito. Ejemplar de gran tamaño al que le faltan los dos tercios posteriores, pero conservando íntegra la peana. Está semienterrado y sólo es visible el lado derecho.

Bibliografía: Hernández Hernández 1982: 223; Arias et alii 1986: 127, nº 100; López Monteagudo 1989: 79, nº 117, lám. 43; Larrén 1990: 249.

### 153. VILLATORO

Procedencia: Villatoro. Se conserva en la plaza de la Iglesia.

Descripción: Toro (141 x 80 x 55 cm.). Tipo 2. Granito. La pieza está prácticamente completa, aunque la cabeza algo erosionada.

Bibliografía: González Dávila 1996; Arias et alii 1986: 127, nº 101; López Monteagudo 1989: 79, nº 118, lám. 44.

### 154. VILLATORO

Procedencia: Villatoro. Se conserva en la plaza de la Iglesia.

Descripción: Toro (153 x 97 x 45 cm.). Tipo 2. Granito. La pieza está prácticamente completa, advirtiéndose roto el hocico y muy erosionada en general.

Bibliografía: Gómez Moreno 1983: 39-40; Arias et alii 1986: 129, nº 102; López Monteagudo 1989: 79, nº 119, lám. 44.

### 155. VILLATORO

Procedencia: Villatoro. Se conserva en la plaza de la Iglesia.

Descripción: Cerdo (127 x 67 x 40 cm.). Tipo 2. Granito. Presenta la cabeza muy deteriorada y las extremidades rotas por encima de las rodillas.

Bibliografía: Gómez Moreno 1983: 39-40; Arias et alii 1986: 129, nº 103; López Monteagudo 1989: 79-80, nº 120, lám. 45.

### 156. VILLAVICIOSA

Procedencia: Villaviciosa. Se conserva en el jardín del Castillo de la misma localidad.

Descripción: Toro (162 x 78 x 59 cm.). Tipo 2. Granito. Carece de cabeza y las extremidades están rotas por debajo de las rodillas.

Bibliografía: Ballesteros 1896: 76; Arias et alii 1986: 131, nº 104; López Monteagudo 1989: 80, nº 121, lám. 45.

### 157. VILLAVICIOSA

Procedencia: Villaviciosa. Se desconoce su paradero actual.

Descripción: Toro. Tipo indeterminado. Granito.

Bibliografía: Molinero 1958: 21, lám. IXC; Gómez Moreno 1983: 23; Arias et alii 1986: 140-141.

## PROVINCIA DE BEIRA ALTA

### 158. ALMOFALA

Procedencia: Hallado junto a la Ermita de San Andrés, a unos 3 km. de Almofala, Concelho de Figueira Castelo Rodrigo. Se conserva en el mismo lugar.

Descripción: Cerdo (112 x 66 x 60 cm.). Tipo 2. Granito. Le falta parte de la cabeza y las extremidades están rotas a la altura de las rodillas.

## CATALOGO GENERAL

**Bibliografía:** Vasco Rodrigues 1958: 394; Santos Júnior 1975: 398-399, nº 1; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR74; López Monteagudo 1989: 80, nº 122, lám. 46.

### 159. ALMOFALA

**Procedencia:** Hallado junto a la Ermita de San Andrés, a unos 3 km. de Almofala, Concejo de Figueira Castelo Rodrigo. Se conserva en el mismo lugar.

**Descripción:** Cerdo (134 x 119 x 60 cm.). Tipo 2. Granito. La escultura está completa pero tiene roto el hocico.

**Bibliografía:** Vasco Rodrigues 1958: 394; Santos Júnior 1975: 399, nº 2; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR75; López Monteagudo 1989: 80-81, nº 123, lám. 46.

### 160. CASTELO MENDO

**Procedencia:** Hallada en el camino que conduce al castro, donde se asienta la población actual, Castelo Mendo, en el Concejo de Almeida.

**Descripción:** Cerdo (125 x 94 x 46 cm.). Tipo 2. Granito. El ejemplar está muy desbastado aunque prácticamente completo, a excepción del hocico.

**Bibliografía:** Vasco Rodrigues 1958: 393; Santos Júnior 1975: 373 ss., nº 2; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR77; López Monteagudo 1989: 81, nº 124, lám. 47.

### 161. CASTELO MENDO

**Procedencia:** Hallada en el camino que conduce al castro, donde se asienta la población actual, Castelo Mendo, en el Concejo de Almeida.

**Descripción:** Cerdo (138 x 80 x 58 cm.). Tipo 2. Granito. La escultura está muy desbastada, faltándole parte de la cabeza.

**Bibliografía:** Vasco Rodrigues 1958: 393; Santos Júnior 1975: 373 ss., nº 1; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR76; López Monteagudo 1989: 81, nº 125, lám. 47.

### 162. PAREDES DA BEIRA

**Procedencia:** Hallada a la entrada de Paredes da Beira, Concejo de S. João Pesqueira. Se conserva en la misma localidad.

**Descripción:** Cerdo (134 x 79 x 44 cm.). Tipo 3. Granito. Presenta roto el hocico y las extremidades por debajo de rodillas y corvejones. En el lado izquierdo del dorso ofrece una inscripción latina, que López Monteagudo (1989: 133) lee así: ATEROECON.

**Bibliografía:** Campos Ferreira y Figueiredo 1978: 340-345; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR81; López Monteagudo 1989: 81, nº 126, lám. 48.

## PROVINCIA DE BEIRA BAJA

### 163. MARVÃO

**Procedencia:** Marvão. Se conserva en el Museo local.

**Descripción:** Cerdo. Tipo indeterminado. Granito. Sólo se conserva un fragmento del hocico.

**Bibliografía:** Inédita.

## PROVINCIA DE BURGOS

### 164. LARA DE LOS INFANTES

**Procedencia:** Castro de Lara de los Infantes. La escultura fue hallada en el recinto inferior del poblado, en el interior de una sepultura. Se conserva en el Museo Arqueológico Provincial de Burgos.

**Descripción:** Toro (53 x 37 x 22 cm.). Tipo 5. Caliza. La escultura está muy desbastada. Carece del tercio posterior y las extremidades están rotas a la altura de las rodillas.

**Bibliografía:** Martínez Burgos 1935: 22; Martín Valls y Abásolo 1969: 329-330; López Monteagudo 1989: 82 nº 127, lám. 48.

### 165. TARDAJOS

**Procedencia:** Castro de Tardajos, entre los ríos Arlanzón y Urbel. Actualmente se halla desaparecida.

**Descripción:** Cerdo. Tipo indeterminado.

**Bibliografía:** González Salas 1952: 218; López Monteagudo 1989: 82, nº 128.

## PROVINCIA DE CACERES

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

### 166. AHIGAL

Procedencia: La escultura procede de la zona conocida como "Las Canchorras" o "Canchorrilla", donde confluye el arroyo Palomero con el río Alagón. Se conserva en el Museo local.  
Descripción: Cerdo (52 x 40 x 28 cm.). Tipo indeterminado. Granito. Le falta la mitad anterior del cuerpo.  
Bibliografía: González Cordero et alii 1988: 20.

### 167. AHIGAL

Procedencia: Hallada en el sitio conocido como "El Cinojal", junto al arroyo Palomero. Se conserva en el Museo local.  
Descripción: Cerdo. Tipo indeterminado. Granito.  
Bibliografía: Álvarez-Sanchis 1993b: 165, nota 10.

### 168. ALCANTARA

Procedencia: Finca La Bicha. Se desconoce su paradero actual.  
Descripción: Tipo indeterminado. Granito.  
Bibliografía: González Cordero et alii 1988: 20-21.

### 169. ALCANTARA

Procedencia: Finca Retamar, próximo a la fuente conocida como "El Garrovillano". Paradero actual desconocido.  
Descripción: Se trata de un bloque de granito con varios rebajes simulando la figura de un toro (?) (250 x - x - cm.). Tal vez se trate de una escultura a medio hacer.  
Bibliografía: Montano 1987: 44.

### 170. ALCANTARA

Procedencia: Castro de Castillejo de la Orden, a unos 200 m. de la puerta principal. Se conserva en el mismo sitio.  
Descripción: Cerdo (?) (110 x - x - cm.). Tipo indeterminado. Granito. La pieza está prácticamente sin desbastar y no es seguro que se trate de una escultura.  
Bibliografía: Álvarez-Sanchis 1993b: 165, nota 10; Martín Bravo 1996: 452.

### 171. ALMARAZ

Procedencia: Se conservaba un posible ejemplar en el puente de Almaraz, que después desapareció.  
Descripción: Tipo indeterminado.  
Bibliografía: Ramón y Fernández-Oxea 1950: 57; González Cordero et alii 1988: 28.

### 172. ARROYO DE LA LUZ

Procedencia: Arroyo de la Luz. Estuvo un tiempo sobre el puente viejo del río Pontones. Se desconoce su paradero actual.  
Descripción: Cerdo. Tipo indeterminado. Granito.  
Bibliografía: González Cordero et alii 1988: 21.

### 173. BAÑOS DE MONTEMAYOR

Procedencia: En el solar de la población. Hallada cuando se estaban realizando obras en el balneario. Actualmente se encuentra desaparecida.  
Descripción: Cerdo. Tipo indeterminado.  
Bibliografía: Ramón y Fernández-Oxea 1950: 57; González Cordero et alii 1988: 21; López Monteagudo 1989: 82, nº 129.

### 174. BERROCALEJO

Procedencia: Berrocalejo, aunque no hay constancia segura de su existencia.  
Descripción: Tipo indeterminado.  
Bibliografía: Ramón y Fernández-Oxea 1950: 57; González Cordero et alii 1988: 28.

### 175. BOTIJA

Procedencia: Castro de Las Villasviejas del Tamuja. Apareció en el recinto norte del yacimiento. Se conserva en el Museo Provincial de Bellas Artes de Cáceres.  
Descripción: Cerdo (97 x 60 x 34 cm.). Tipo 2. Granito. La pieza está completa y en buen estado si se exceptúan las extremidades posteriores, desbastadas por los laterales.  
Bibliografía: Mérida 1924: 43; Ramón y Fernández-Oxea 1950: 57; López Monteagudo 1989: 82-83, nº 130, lám. 49.

### 176. BOTIJA

Procedencia: Castro de Las Villasviejas del Tamuja. Apareció en el recinto sur del yacimiento, cerca de la puerta. Se conserva en el Castillo de Monroy.  
Descripción: Toro (76 x 40 x 40 cm.). Tipo 2. Granito. Tiene roto el morro y las extremidades a la altura de las rodillas. Podría asociarse a un fragmento de peana con el arranque de las extremidades publicado por

## CATALOGO GENERAL

- Bibliografía:** Martín Valls (1970: 448), que hoy se conserva en una cerca del castro.  
García Jiménez 1984: 56-58; González Cordero et alii 1988: 21-22, nº 3; López Monteagudo 1989: 83, nº 131, lám. 49.
- 177. BOTIJA**  
**Procedencia:** Castro de Las Villasviejas del Tamuja. Apareció en el recinto sur del yacimiento, cerca de la puerta. Se conserva en el Castillo de Monroy.  
**Descripción:** Cerdo (70 x 55 x 45 cm.). Tipo 2. Granito. Ha perdido la mitad posterior del tronco y las extremidades traseras.  
**Bibliografía:** García Jiménez 1986: 61-67; González Cordero et alii 1988: 21, nº 2; López Monteagudo 1989: 83-84, nº 132.
- 178. BOTIJA**  
**Procedencia:** Yacía sirviendo de pasadera en uno de los vados del río Tamuja, dos km. al sur del castro de Las Villasviejas. Se conserva en el mismo lugar.  
**Descripción:** Inclasificable (155 x 62 x - cm.). Granito. Sólo conserva el tercio posterior y el arranque de las extremidades. Debió tratarse de un ejemplar de gran tamaño.  
**Bibliografía:** García Jiménez 1987: 139, 142; González Cordero et alii 1988: 22, nº 5; López Monteagudo 1989: 84, nº 133, lám. 50.
- 179. BOTIJA**  
**Procedencia:** Yacía junto a la anterior, sirviendo de pasadera en uno de los vados del río Tamuja, dos km. al sur del castro de Las Villasviejas. Se conserva en el mismo lugar.  
**Descripción:** Cerdo (95 x 52 x 36 cm.). Granito. Tipo 2. La cabeza está deteriorada y las extremidades rotas, desde su arranque las delanteras y a la altura de los corvejones las traseras.  
**Bibliografía:** García Jiménez 1987: 139, 143; González Cordero et alii 1988: 22, nº 4; López Monteagudo 1989: 84, nº 134, lám. 50.
- 180. BOTIJA**  
**Procedencia:** Yacía junto a las anteriores, sirviendo de pasadera en uno de los vados del río Tamuja, dos km. al sur del castro de Las Villasviejas. Se conserva en el mismo lugar.  
**Descripción:** Inclasificable. Granito. Carece de cabeza y extremidades.  
**Bibliografía:** López Monteagudo 1989: 84, nº 135.
- 181. CACERES**  
**Procedencia:** Desconocida. Se conserva en el Museo Provincial de Bellas Artes de Cáceres.  
**Descripción:** Cerdo (75 x 29 x 22 cm.). Tipo 2. Granito. La pieza está muy deteriorada, con el hocico rota y las extremidades partidas a la altura de las rodillas.  
**Descripción:** Ramón y Fernández-Oxea 1950: 71; González Cordero et alii 1988: 22-23, nº 2; López Monteagudo 1989: 84, nº 136, lám. 50.
- 182. CAPARRA**  
**Procedencia:** Finca Monte de Moheda, a un km. al sur de Cáparra. Se conserva en la misma finca, en la casa del dueño.  
**Descripción:** Cerdo (215 x 90 x 55 cm.). Tipo 1. Granito. Se advierten las extremidades rotas a la altura de las rodillas y los corvejones. Sobre el lomo presenta una inscripción de dos líneas: L.IULI... / AN.....  
**Bibliografía:** González Cordero et alii 1988: 23.
- 183. CARRASCALEJO DE LA JARA**  
**Procedencia:** Dehesa El Toconal, muy cerca de la demarcación entre las provincias de Cáceres y Toledo. Se conserva en la misma dehesa, al pie de la casa-labranza.  
**Descripción:** Cerdo (172 x 80 x 49 cm.). Tipo 1. Granito. Tiene roto el hocico y las extremidades por debajo de las rodillas y corvejones.  
**Bibliografía:** Jiménez de Gregorio 1950: 106; González Cordero et alii 1988: 27-28, nº 3; López Monteagudo 1989: 84-85, nº 137, lám. 51.
- 184. CORIA**  
**Procedencia:** Hallada en la Finca Cozuela, sita en la orilla derecha del río Alagón, a 8 km. de Coria. Se conserva en Coria, en casa de D. Arturo Ballesteros.  
**Descripción:** Cerdo (73 x 35 x 26 cm.). Tipo 3. Granito. Escultura muy desbastada. Tiene el hocico roto, carece de la mitad posterior y las extremidades delanteras están fragmentadas a la altura de las rodillas.  
**Bibliografía:** Martín Valls 1970: 447, lám. I; González Cordero et alii 1988: 23; López Monteagudo 1989: 85, nº 138, lám. 51.

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

### 185. JARAIZ DE LA VERA

- Procedencia: Paraje conocido como "La Estufa", a 2 km. de Jaraíz de la Vera, junto a la carretera que une este núcleo urbano con Jarandilla. Se conserva en el Instituto de Bachillerato de Jaraíz.
- Descripción: Cerdo (50 x 70 x - cm.). Tipo 2. Granito. Sólo se conserva la mitad posterior, con las extremidades partidas a la altura de los corvejones.
- Bibliografía: Soria 1979; García Jiménez 1987: 139-140, 144; López Monteagudo 1989: 85, nº 139, lám. 51.

### 186. MADRIGALEJO

- Procedencia: Yacía enterrada en una finca bañada por el río Rucas, 3 km. al oeste de Madrigalejo. Se conserva en el Museo Provincial de Bellas Artes de Cáceres.
- Descripción: Cerdo (105 x 35 x 32 cm.). Tipo 2. Granito. Tiene el hocico algo desbastado y las extremidades están rotas, las delanteras desde su arranque y las traseras a la altura de los corvejones.
- Bibliografía: Ramón y Fernández-Oxea 1950: 63-64; González Cordero et alii 1988: 23-24, nº 1; López Monteagudo 1989: 85-86, nº 140, lám. 52.

### 187. MADRIGALEJO

- Procedencia: En el paraje conocido como "Casa del Hito" o "Toro del Hito", en la dehesa Boyal, 3 Km. al norte de Madrigalejo. Se conserva en el Museo Provincial de Bellas Artes.
- Descripción: Toro (150 x 60 x 45 cm.). Tipo 2. Granito. Está muy desbastada, carece de cabeza y tiene rotas las extremidades por encima de las rodillas.
- Bibliografía: Ramón y Fernández-Oxea 1950: 64-69; González Cordero et alii 1988: 24, nº 2; López Monteagudo 1989: 86, nº 141, lám. 52.

### 188. MALPARTIDA DE PLASENCIA

- Procedencia: Finca El Castillejo. Se desconoce su paradero actual.
- Descripción: Cerdo. Tipo indeterminado. Granito.
- Bibliografía: Hernández Hernández 1982: 214 y 219.

### 189. MONTEHERMOSO

- Procedencia: Hallado en el solar del pueblo. Se conserva en la misma localidad, en casa de Dña. Rufina Fuentes.
- Descripción: Cerdo (73 x 35 x 24 cm.). Tipo indeterminado. Se encuentra muy deteriorada, advirtiéndose rotos el hocico y las extremidades desde su arranque. Lleva grabada una inscripción funeraria latina sobre el costado derecho. López Monteagudo (1989: 133-134) ofrece la siguiente lectura: Andelitia Mallaei / ni, filia), h(ic), s(it)a, e(st), s(it), t(ibi), t(erra), l(evis) / Pelanilus... ) ali, filius) / uxlori...
- Bibliografía: Roldán Hervás 1968-69: 105; González Cordero et alii 1988: 24-25; López Monteagudo 1989: 86, nº 142, lám. 53.

### 190. PASARON

- Procedencia: Dehesa del Berrocal de Plasencia, en el sitio conocido como "Cruz del Cerro" o "Cerro del Verraco". Actualmente se halla desaparecida.
- Descripción: Toro. Tipo indeterminado. Granito.
- Bibliografía: Mérida 1924: 43; González Cordero et alii 1988: 25; López Monteagudo 1989: 86, nº 143.

### 191. PLASENCIA

- Procedencia: Dehesa de Valcorchero, al norte de Plasencia, junto a la carretera Cáceres-Salamanca y cerca del "Puente Colgado", por donde pasa el ferrocarril. Paradero desconocido.
- Descripción: Cerdo. Tipo indeterminado. Granito.
- Bibliografía: Sánchez Paredes 1956: 9; González Cordero et alii 1988: 25; López Monteagudo 1989: 86-87, nº 144.

### 192. REBOLLAR

- Procedencia: Hallada en un castro junto al río Jerte y cercano al pueblo. Se desconoce su paradero actual.
- Descripción: Cerdo. Tipo indeterminado. Granito.
- Bibliografía: González Cordero et alii 1988: 26.

### 193. SEGURA DE TORO

- Procedencia: Finca El Toro, al lado del camino que sube al pueblo. Se conserva en la plaza de la misma localidad.
- Descripción: Toro (220 x 124 x 73 cm.). Tipo 1. Granito. La escultura está muy desbastada. Tiene roto el hocico y las extremidades delanteras, por encima de las rodillas. No conserva la peana.
- Bibliografía: Morán 1923: 95; González Cordero et alii 1988: 25, nº 1; López Monteagudo 1989: 87, nº 145, lám. 53.

### 194. SEGURA DE TORO

- Procedencia: Se encontró embutida en la pared de un cercado, desde donde se trajo al Museo Provincial de Bellas Artes de Cáceres.



## CATALOGO GENERAL

- Descripción: Cerdo (120 x 61 x 48 cm.). Tipo 2. Granito. La escultura está muy desbastada. Falta parte de la cabeza y las extremidades están rotas desde su arranque.
- Bibliografía: Mérida 1924: 42; González Cordero et alii 1988: 25-26, nº 2; López Monteagudo 1989: 87, nº 146, lám. 53.

### 195. TALAVERA LA VIEJA

- Procedencia: Muy cerca de la Ermita, en dirección al pueblo anegado hoy por las aguas del pantano de Valdecañas. Paradero desconocido.
- Descripción: Cerdo (280 x - x - cm.). Tipo 1. Granito. Carecía de cabeza y las extremidades estaban partidas a la altura de rodillas y corvejones.
- Bibliografía: Hermosilla y Sandoval 1796: 345, 348; López Monteagudo 1989: 87, nº 147; Aguilar-Tablada 1996: 120.

### 196. TALAVERA LA VIEJA

- Procedencia: Muy cerca de la Ermita, en dirección al pueblo anegado hoy por las aguas del pantano de Valdecañas. Paradero desconocido.
- Descripción: Toro (200 x - x - cm.). Tipo 1. Granito. Carecía de cabeza y las extremidades estaban partidas a la altura de las rodillas.
- Bibliografía: Gómez de Castro 1527; Hermosilla y Sandoval 1796: 345, 348; López Monteagudo 1989: 87-88, nº 148; Aguilar-Tablada 1996: 120.

### 197. TALAVERA LA VIEJA

- Procedencia: Muy cerca de la Ermita, en dirección al pueblo anegado hoy por las aguas del pantano de Valdecañas. Paradero desconocido.
- Descripción: Toro (115 x - x - cm.). Tipo 2. Granito. Carecía de cabeza y de la parte correspondiente a los cuartos traseros. Las extremidades anteriores estaban partidas por debajo de las rodillas.
- Bibliografía: Hermosilla y Sandoval 1796: 345, 348; López Monteagudo 1989: 88, nº 149; Aguilar-Tablada 1996: 120.

### 198. TORREQUEMADA

- Procedencia: Finca Las Mezquitas, en el paraje conocido como "El cementerio". Se conserva en Cáceres, en el Instituto de Grado Medio "El Brocense".
- Descripción: Cerdo (92 x 59 x 30 cm.). Tipo 2. Granito. La pieza presenta muy desbastado el lateral derecho y rotas las extremidades posteriores por encima de los corvejones.
- Bibliografía: García Jiménez 1986: 85-86; González Cordero et alii 1988: 26; López Monteagudo 1989: 88, nº 150, lám. 54.

### 199. TRUJILLO

- Procedencia: En las inmediaciones de la carretera Cáceres-Trujillo, cruce de Plasenzuela. Estuvo durante un tiempo en la Venta de la Matilla, en el mismo sitio. Paradero actual desconocido, aunque es posible que fuera rota para embutirla en alguna de las construcciones de la Venta.
- Descripción: Tipo indeterminado. Granito.
- Bibliografía: Roso de Luna 1909: 526; González Cordero et alii 1988: 26-27.

### 200. VALDELACASA DE TAJO

- Procedencia: Hallada en una finca de los alrededores del pueblo. Se conserva en casa de D. Eusebio Domínguez.
- Descripción: Cerdo (150 x 67 x 43 cm.). Tipo 3. Granito. La pieza está muy desbastada. Tiene roto el hocico y las extremidades desde su arranque.
- Bibliografía: Ramón y Fernández-Oxea 1950: 60-61; González Cordero et alii 1988: 27; López Monteagudo 1989: 88-99, nº 151, lám. 54.

### 201. VALENCIA DE ALCANTARA

- Procedencia: Hallada en el paraje conocido como El Canchal del Corchero. Se conserva en el mismo sitio.
- Descripción: Toro (200 x 150 x 100 cm.). Tipo 2 (?). Granito. La pieza está prácticamente sin desbastar y podría tratarse de una escultura inacabada.
- Bibliografía: El Periódico de Extremadura (19/Abril/1995, última pág.).

### 202. VILLAR DEL PEDROSO

- Procedencia: Se halló en la misma población formando parte del empedrado de una calle. Se conserva delante de la casa de Dña. Joaquina Bautista.
- Descripción: Cerdo (118 x 63 x 36 cm.). Tipo 2. Granito. Tenía rotos el hocico y las extremidades por debajo de rodillas y corvejones. Hoy presenta un aspecto aún más desbastado, faltando las extremidades desde su arranque. En el costado derecho tiene una inscripción funeraria latina, que López Monteagudo (1989: 134) lee así: [...] / (h(ic) s(itus)) est. Ba[...u]x(or) e[...]a / [...]. En el costado izquierdo parece haber restos

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

de otra inscripción totalmente ilegible.  
Bibliografía: Ramón y Fernández-Oxea 1950: 62; González Cordero et alii 1988: 27, nº 2; López Monteagudo 1989: 89, nº 152, láms. 54-55.

### 203. VILLAR DEL PEDROSO

Procedencia: Hallada en el solar del pueblo, estuvo durante años sirviendo de pie para el yunque de un herrador, hasta ser posteriormente destruida para hacer una pared.  
Descripción: Cerdo. Tipo indeterminado. Granito.  
Bibliografía: Ramón y Fernández-Oxea 1950: 58; González Cordero et alii 1988: 27, nº 1; López Monteagudo 1989: 89, nº 153.

### 204. VILLAR DEL PEDROSO

Procedencia: Hallada en la linde del "Valle del Verraco", junto a una laguna utilizada tradicionalmente como abrevadero, cien metros al oeste del arroyo Cagancha y dos km. al suroeste de Villar del Pedroso. Se conserva en el mismo sitio.  
Descripción: Cerdo. Tipo indeterminado. Granito. En el lomo tiene una inscripción de dos líneas totalmente ilegible.  
Bibliografía: Jiménez de Gregorio 1953: 377; González Cordero et alii 1988: 28, nº 5; López Monteagudo 1989: 89, nº 154.

### 205. VILLAR DEL PEDROSO

Procedencia: Dehesa La Oliva, en un cerro conocido como "Toro Mocho", entre este término y el de Valdelacasa. Se conserva delante de la casa de labor.  
Descripción: Cerdo (155 x 152 x 53 cm.). Tipo 1. Granito. La escultura está completa a excepción del hocico.  
Bibliografía: Ramón y Fernández-Oxea 1950: 61-62; González Cordero et alii 1988: 27-28, nº 4; López Monteagudo 1989: 89-90, nº 155, lám. 55.

### 206. VILLAR DEL PEDROSO

Procedencia: Dehesa La Oliva, hallado a 300 m. del río Tajo y 110 m. al norte de la casa-labranza. Se conserva en el mismo sitio.  
Descripción: Cerdo (145 x 80 x 43 cm.). Tipo 1. Granito. La escultura está muy desbastada. Carece del tercio posterior y tiene rotos el hocico y las extremidades delanteras por debajo de las rodillas.  
Bibliografía: Jiménez de Gregorio 1953: 373; López Monteagudo 1989: 90, nº 156, lám. 55.

## PROVINCIA DE DOURO LITORAL

### 207. SANTA MARINHA DO ZÊZERE

Procedencia: Hallado en un castro cerca de la feligresía de Zêzere, Concejo de Baião. Se conserva en el Museo de Martins Sarmento de Guimarães.  
Descripción: Toro (60 x 26 x - cm.). Tipo 5. Tiene el hocico roto y las extremidades partidas a la altura de las rodillas.  
Bibliografía: Leite de Vasconcelos 1905: 286; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR78; López Monteagudo 1989: 90, nº 157, lám. 56.

## PROVINCIA DE LUGO

### 208. MONTERROSO

Procedencia: Monterroso. Paradero actual desconocido.  
Descripción: Cerdo. Cabeza exenta (?). Granito.  
Bibliografía: Blanco Freijeiro 1984: 2, nota 2; Acuña 1992: 22.

## PROVINCIA DE MINHO

### 209. BARBEITA

Procedencia: Castro de Assunção, en la feligresía de Barbeita, Concejo de Monção. Se conserva en el mismo sitio.  
Descripción: Cerdo. Tipo indeterminado. Granito. Se trata de un fragmento de tronco.  
Bibliografía: Matos da Silva 1988: 75, nota 5, cuadro I, BR87.

### 210. BARBEITA

## CATALOGO GENERAL

Procedencia: Castro de Assunção, en la feligresía de Barbeita, Concejo de Monção. Se conserva en el mismo sitio.  
Descripción: Cerdo. Cabeza exenta (?). Granito.  
Bibliografía: Matos da Silva 1988: 75, nota 5, cuadro I, BR88.

### 211. PADERNE

Procedencia: Castro de Paderne, en la feligresía del mismo nombre, Concejo de Melgaço. Hallada embutida por su parte posterior, en la cara interna de la pared de una de las viviendas del castro. Paradero actual desconocido.  
Descripción: Cerdo (32 x 15 x 12 cm.). Cabeza exenta. Granito. La pieza está completa y ofrece por la parte posterior un trozo de piedra para embutir en la pared.  
Bibliografía: Leite de Vasconcelos 1934: 39; López Cuevillas 1951: lám. I,a; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR79; López Monteagudo 1989: 90-01, nº 158.

### 212. SANDE

Procedencia: Castro de Sabroso. Se conserva en el Museo de Martins Sarmiento en Guimarães.  
Descripción: Cerdo (33 x 20 x - cm.). Cabeza exenta. Granito. La pieza está completa pero partida en dos por el hocico, y ofrece por la parte posterior un trozo de piedra para embutir en la pared.  
Bibliografía: Martins Sarmiento 1879: 122; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR1-2; López Monteagudo 1989: 91, nº 159, lám. 56.

## PROVINCIA DE ORENSE

### 213. BEMBIBRE

Procedencia: Castro de Eirexairo o Vila de Sén, situado a unos 300 m. del pueblo de Bembibre, Ayuntamiento de Viana do Bolo. Se conserva en el Museo Arqueológico de Orense.  
Descripción: Cerdo (73 x - x - cm.). Cabeza exenta. Granito. Está en buen estado y ofrece por la parte posterior un bloque de piedra para embutir en la pared.  
Bibliografía: Fernández Fúster 1946: 353; López Monteagudo 1989: 91, nº 160, lám. 57; Acuña 1992: VII.

### 214. CASTRELO DO VAL

Procedencia: Castro de Cabanca o Casteliño, sito a un km. de la carretera Verín-Laza, en dirección a Nocedo y a la izquierda. Se desconoce su paradero actual.  
Descripción: Cerdo. Cabeza exenta. Granito.  
Bibliografía: Fernández Fúster 1946: 349; Taboada 1949: 9-10; López Monteagudo 1989: 91-92, nº 161.

### 215. FLORDERREY VELLO

Procedencia: Castro del Florderrey Vello, 400 m. al noreste del pueblo del mismo nombre, adscrito al Ayuntamiento de Villardeviós. Durante años estuvo sobre una pared en la encrucijada de dos caminos, hasta ser finalmente destruida.  
Descripción: Cerdo. Cabeza exenta. Granito.  
Bibliografía: Macías 1913: 261; Taboada 1949: 10-11; López Monteagudo 1989: 92, nº 162.

## PROVINCIA DE PONTEVEDRA

### 216. LA GUARDIA

Procedencia: Castro de Santa Tecla. Se conserva en el Museo de la Sociedad Pro-Monte Santa Tecla.  
Descripción: Toro (?) (17 x 25 x 16 cm.). Cabeza exenta. Granito. La pieza está muy erosionada.  
Bibliografía: Calvo 1914; Fernández Fúster 1946: 353; López Monteagudo 1989: 92, nº 163, lám. 57.

### 217. LA GUARDIA

Procedencia: Castro de Santa Tecla. Apareció reaprovechada en las reconstrucciones del grupo VII del poblado. Se conserva en el Museo de la Sociedad Pro-Monte Santa Tecla.  
Descripción: Toro (?) (21 x 14 x 14 cm.). Cabeza exenta. Granito. Se encuentra muy desbastada y tiene el morro roto.  
Bibliografía: López Monteagudo 1973: 341 y 1989: 92-93, nº 164, lám. 57.

### 218. PUENTEAREAS

Procedencia: Castro de Troña. Apareció reutilizada en la muralla del poblado.  
Descripción: Cerdo (38 x - x - cm.). Cabeza exenta (?). La pieza parece completa pero muy desbastada.  
Bibliografía: Hidalgo 1987: 34 ss. y 50.

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

### PROVINCIA DE SALAMANCA

#### 219. BARQUILLA

Procedencia: Hallada en las inmediaciones del pueblo. Se desconoce su paradero actual.  
Descripción: Cerdo. Tipo indeterminado. Granito.  
Bibliografía: Morán 1926: 51; Maluquer 1956a: 50; López Monteagudo 1989: 93, nº 165.

#### 220. BERROCAL DE SALVATIERRA

Procedencia: Berrocal de Salvatierra. Fue destruida en 1926.  
Descripción: Tipo indeterminado. Granito.  
Bibliografía: Morán 1926: 52; López Monteagudo 1983: 515.

#### 221. CIUDAD RODRIGO

Procedencia: Hallada probablemente en las inmediaciones de la ciudad, a la salida del puente que cruza el Agueda. Se conserva en la plaza frente al castillo de Enrique II, hoy Parador Nacional de Turismo.  
Descripción: Cerdo (200 x 78 x 63 cm.). Tipo 1. Granito. La escultura está completa aunque presenta muy erosionada la zona frontal de la cabeza.  
Bibliografía: Lantier 1918: 38; Maluquer 1956a: 60; López Monteagudo 1989: 93, nº 166, lám. 58.

#### 222. CONTIENSA

Procedencia: Contienza (Villarmayor). El padre Morán llegó a ver sus fragmentos embutidos en una pared. Se desconoce su paradero actual.  
Descripción: Cerdo. Tipo indeterminado. Granito.  
Bibliografía: Morán 1933: 260; Maluquer 1956a: 120; López Monteagudo 1983: 515.

#### 223. FUENLABRADA

Procedencia: Del sitio conocido como "Valle del Cebón". Se conserva roto, empotrado en una pared.  
Descripción: Cerdo. Tipo indeterminado. Granito.  
Bibliografía: Morán 1926: 5; Maluquer 1956a: 59; López Monteagudo 1989: 93, nº 167.

#### 224. FUENTEGUINALDO

Procedencia: Castro de Iruña. Fue localizada en el interior del recinto y en el extremo suroeste del poblado. Se conserva en el mismo sitio.  
Descripción: Toro (250 x 120 x 76 cm.). Tipo 1. Granito. La escultura está prácticamente completa pero rota en varios pedazos.  
Bibliografía: Lantier 1918: 39; Maluquer 1956a: 63; López Monteagudo 1989: 94, nº 168, lám. 58.

#### 225. FUENTEGUINALDO

Procedencia: Castro de Iruña. Fue localizada en el interior del recinto y en el extremo norte del poblado. Se desconoce su paradero actual, aunque es probable que se conserve en el mismo yacimiento.  
Descripción: Cerdo (103 x 47 x - cm.). Tipo indeterminado. Granito. Tenía rota la cabeza.  
Bibliografía: Lantier 1918: 39; Maluquer 1956a: 63; López Monteagudo 1989: 94, nº 169.

#### 226. GALLEGOS DE ARGANÁN

Procedencia: Hallada en el solar del pueblo. Se conserva en el Museo Provincial de Bellas Artes de Salamanca.  
Descripción: Cerdo (198 x 90 x 60 cm.). Tipo 1. Granito. La pieza está completa aunque algo desbastada en el costado derecho.  
Bibliografía: Morán 1933: 260; Maluquer 1956a: 66; López Monteagudo 1989: 94, nº 170, lám. 59.

#### 227. GALLEGOS DE ARGANÁN

Procedencia: Desconocida, pero podría relacionarse con el castro de la Plaza. Se conserva en la Casa municipal de Cultura de Ciudad Rodrigo.  
Descripción: Cerdo. Tipo indeterminado. Granito.  
Bibliografía: Martín Benito y Martín Benito 1994: 128.

#### 228. JUZBADO

Procedencia: Dehesa de Olmillos, a la derecha de la carretera en dirección a Salamanca. Se conserva en el mismo sitio.  
Descripción: Toro (125 x 86 x 45 cm.). Tipo 3. Granito. La pieza está entera a excepción de la cabeza que está rota.  
Bibliografía: Morán 1946: 117; Maluquer 1956a: 69; López Monteagudo 1989: 95, nº 171, lám. 59.

#### 229. LA REDONDA

Procedencia: En el paraje conocido como "Molino caído". Se conserva en el Museo Provincial de Bellas Artes de

## CATALOGO GENERAL

- Salamanca.  
Descripción: Cerdo (139 x 71 x 45 cm.). Tipo 1. Granito. Carece de cabeza y las extremidades están rotas por debajo de las rodillas y corvejones.  
Bibliografía: Morán 1923: 95; Maluquer 1956a: 94; López Monteagudo 1989: 95, nº 172, lám. 59.

### 230. LARRODRIGO

- Procedencia: Hallada en el solar del pueblo. Estuvo durante años empotrada en los cimientos de una casa próxima a la Iglesia. Se conserva en casa de D. Benjamín Núñez.  
Descripción: Cerdo (118 x 69 x 39 cm.). Tipo 3. Granito. La escultura está muy erosionada pero completa. Sobre el costado izquierdo ostenta una inscripción funeraria latina que Martín Valls y Frades Morera (1981: 195-197) fechan en el siglo II d.C. y leen del siguiente modo: Tuginocio / an(norum) XXXV.  
Bibliografía: Martín Valls y Frades Morera 1981; López Monteagudo 1989: 95, nº 173, lám. 60.

### 231. LEDESMA

- Procedencia: Hallada en las cercanías de las escuelas, al sur de la villa y al pie de las murallas. Se conserva en una de las calles de Ledesma.  
Descripción: Cerdo (142 x 67 x 61 cm.). Tipo 1. Granito. Tiene rotas la cabeza y las extremidades por debajo de los antebrazos.  
Bibliografía: López Monteagudo 1983: 506, nº 134 y 1989: 95-96, nº 174, lám. 60; Benet et alii 1991: 117.

### 232-235. LEDESMA

- Procedencia: Halladas cerca de la puerta septentrional de la ciudad. Fueron echadas al río y desaparecieron.  
Descripción: Se trata de un conjunto de cuatro ejemplares, de tipología indeterminada.  
Bibliografía: González Dávila 1596; Gómez Moreno 1983: 48; Benet et alii 1991: 117.

### 236. LUMBRALES

- Procedencia: Hallada a 45 m. de la entrada principal del castro de las Merchanas, en la zona de piedras hincadas. Se conserva en Lumbrals.  
Descripción: Cerdo (127 x 52 x 40 cm.). Tipo 2. Granito. La escultura se encuentra muy desbastada. Ha perdido el hocico y las extremidades prácticamente desde su arranque.  
Bibliografía: Morán 1926: 41, 50; Maluquer 1956a: 80; López Monteagudo 1989: 96, nº 175, lám. 61.

### 237. LUMBRALES

- Procedencia: Lumbrals (?). Es probable que proceda del castro de las Merchanas. Se conserva en Lumbrals, en la puerta de una casa próxima a la Iglesia.  
Descripción: Cerdo (120 x 84 x 41 cm.). Tipo 2. Granito. La escultura está completa y en buen estado.  
Bibliografía: Gómez Moreno 1904: 136; Maluquer 1956a: 72; López Monteagudo 1989: 96, nº 176, lám. 61.

### 238. MASUECO

- Procedencia: Escultura hallada 1 km. al norte del pueblo, en la salida hacia Aldeadávila y junto al antiguo camino de Corporario. Se conserva en el Museo Provincial de Bellas Artes de Salamanca.  
Descripción: Cerdo (134 x 65 x 45 cm.). Tipo 1. Granito. La pieza está muy desbastada. Ha perdido la cabeza y parte del cuello. Las extremidades se advierten rotas a la altura de las rodillas y corvejones. El costado izquierdo ostenta en la parte superior una inscripción latina, totalmente ilegible.  
Bibliografía: Morán 1926: 51; Maluquer 1956a: 88; López Monteagudo 1989: 96-97, nº 177, lám. 61.

### 239. MEMBRIBE

- Procedencia: En el paraje conocido como "Los Lázaros", entre Membribe y Veguillas. En paradero actual desconocido.  
Descripción: Tipo indeterminado.  
Bibliografía: Ballesteros 1896; Paredes Guillén 1888: 135, 144; Maluquer 1956a: 88-89.

### 240. MONLEON

- Procedencia: Hallada en el solar del pueblo. Se conserva junto a la puerta de la muralla.  
Descripción: Cerdo (183 x 80 x 50 cm.). Tipo 1. Granito. La pieza está muy desbastada. Carece de cabeza y las extremidades se advierten rotas por debajo de los antebrazos.  
Bibliografía: Morán 1926: 50; Maluquer 1956a: 89; López Monteagudo 1989: 97, nº 178, lám. 62.

### 241. PALOMARES

- Procedencia: Palomares. Se desconoce su paradero actual.  
Descripción: Tipo indeterminado.  
Bibliografía: Morán 1933: 260 y 1940: 18; López Monteagudo 1983: 515.

### 242. PEÑAPARDA

- Procedencia: Hallada a la salida del pueblo en dirección a El Payo. La escultura fue destrozada y utilizada en el

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

engravado de la carretera.  
Descripción: Cerdo. Tipo indeterminado. Granito.  
Bibliografía: Maluquer 1954: 141, nota 64; López Monteagudo 1989: 97, nº 179.

### 243. ROBLIZA DE COJOS

Procedencia: Junto al dolmen de Santa Teresa. Paradero actual desconocido.  
Descripción: Inclasificable (- x 39 x 63 cm.). Granito.  
Bibliografía: Morán 1935: 10, lám. II A (descrita como piedra de molino o pila); López Monteagudo 1989: 97, nº 180, lám. 62.

### 244. SALAMANCA

Procedencia: Hallada en el solar de la ciudad o en sus inmediaciones. El Fuero de la población del siglo XIII (Tít. XLVIII) y otras fuentes posteriores (Villar y Macías 1887: 30-31) sitúan la escultura al principio del puente romano, en la ribera próxima a la ciudad. Se conserva actualmente en el centro del puente.  
Descripción: Toro (210 x 157 x 70 cm.). Tipo 1. Granito. Ha perdido la cabeza. El resto del cuerpo está partido por la mitad aunque reconstruido. Conserva el tercio delantero del pedestal original.  
Bibliografía: González Dávila 1596; Maluquer 1956a: 101-102; López Monteagudo 1989: 97-98, nº 181, lám. 62; Martín Valls *et alii* 1991: 145-147, 153-155.

### 245. SAN FELICES DE LOS GALLEGOS

Procedencia: Hallada en el solar del pueblo o en sus inmediaciones. Se conserva junto a la Ermita.  
Descripción: Cerdo (118 x 80 x 50 cm.). Tipo 2. Granito. La escultura está muy erosionada y le falta la cabeza.  
Bibliografía: Morán 1926: 51; Maluquer 1956a: 106; López Monteagudo 1989: 98, nº 182, lám. 63.

### 246. SANTIBAÑEZ DE BEJAR

Procedencia: Hallada a un km al suroeste del pueblo. Se conserva en los jardines de la Ermita de la Patrona.  
Descripción: Cerdo (179 x 62 x 47 cm.). Tipo 1. Granito. La pieza está muy desbastada, advirtiéndose rotas la cabeza y las extremidades desde su arranque.  
Bibliografía: Maluquer 1956a: 109; López Monteagudo 1989: 98, nº 183, lám. 63.

### 247. TABERA DE ABAJO

Procedencia: Dehesa Berrocal de Padierno. Se conserva en el mismo sitio.  
Descripción: Toro (257 x 135 x 50 cm.). Tipo 1. Granito. La escultura está completa y en buen estado.  
Bibliografía: Morán 1919: 63; Maluquer 1956a: 52; López Monteagudo 1989: 98, nº 184, lám. 63.

### 248. EL TEJADO

Procedencia: Yacía en un prado ("Prado del Toro"), al sur del cerro de El Berrueco, entre el yacimiento de Los Tejares y la población actual. Sus fragmentos se conservan embutidos en un cerro próximo a la Fuente del Colorín.  
Descripción: Toro de grandes dimensiones. Tipo 1. Granito.  
Bibliografía: Morán 1924: 5; Maluquer 1956a: 115-116; López Monteagudo 1989: 98-99, nº 185.

### 249-251. EL TEJADO

Procedencia: Aparecieron en el mismo sitio donde fue embutido el toro anterior, al sur del cerro de El Berrueco, entre el yacimiento de Los Tejares y la población actual.  
Descripción: Toros. Tipo indeterminado. Granito. Sus fragmentos indican la presencia de al menos tres ejemplares.  
Bibliografía: Maluquer 1956a: 115-116.

### 252. TORDILLOS

Procedencia: Tordillos. Se desconoce su paradero actual.  
Descripción: Tipo indeterminado.  
Bibliografía: Morán 1940: 18; López Monteagudo 1983: 515.

## PROVINCIA DE SEGOVIA

### 253. COCA

Procedencia: Hallada en el solar de la ciudad. Se conserva en el castillo de Coca.  
Descripción: Cerdo (93 x 58 x 56 cm.). Tipo 2. Granito. Tiene roto el hocico y las extremidades anteriores por debajo de los codos. La mitad posterior del cuerpo aparece embutida en la pared interna de la muralla del castillo.  
Bibliografía: López de Ayala-Alvarez de Toledo 1913: 364; Molinero 1954: 12; López Monteagudo 1989: 99, nº 186, lám. 64.

## CATALOGO GENERAL

### 254. COCA

- Procedencia: Hallada en el solar de la ciudad. Se conserva en la Puerta de la Villa.
- Descripción: Cerdo (132 x 57 x 48 cm.). Tipo 2. Granito. La escultura está erosionada, advirtiéndose rotas las extremidades por debajo de las rodillas y los corvejones. En el costado derecho ostenta una inscripción latina. López Monteagudo (1989: 135) propone la siguiente lectura: T[... ] tu [... ] / in [... ] ic / P(onendum) c(urauit).
- Bibliografía: Gómez de Somorrostro 1820: 97; López de Ayala-Alvarez de Toledo 1913: 364; López Monteagudo 1989: 99, nº 187, lám. 64.

### 255. COCA

- Procedencia: Hallada en el solar de la ciudad. Se conserva en la Puerta de la Villa.
- Descripción: Cerdo (136 x 50 x 42 cm.). Tipo 2. Granito. La escultura está muy desbastada, tiene el hocico roto y ha perdido las extremidades prácticamente desde su arranque.
- Bibliografía: Ceán Bermúdez 1832: 169; López de Ayala-Alvarez de Toledo 1913: 364; López Monteagudo 1989: 99, nº 188, lám. 65.

### 256. SEGOVIA

- Procedencia: Desconocida, aunque es probable que proceda del solar de la ciudad. Se conserva en la Plaza de San Martín.
- Descripción: Toro (220 x 87 x 69 cm.). Tipo 1. Granito. Tiene roto el morro y las extremidades por debajo de las rodillas.
- Bibliografía: Bosarte 1804: 29; Martín Valls 1974: 71-72, 81; López Monteagudo 1989: 99-100, nº 189, lám. 65.

### 257. SEGOVIA

- Procedencia: Hallada en el solar de la ciudad. Se conserva en la Plaza de San Martín.
- Descripción: Cerdo (150 x 80 x 50 cm.). Tipo 1. Granito. Tiene el hocico roto y las extremidades están partidas por debajo de las rodillas y los corvejones.
- Bibliografía: Gómez de Somorrostro 1820: 104; Molinero 1954: 12; López Monteagudo 1989: 100, nº 190, lám. 66.

### 258. SEGOVIA

- Procedencia: Hallada en el solar de la ciudad. Se conserva en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid.
- Descripción: Cerdo (185 x 90 x 46 cm.). Tipo 1. Granito. La pieza está prácticamente completa, aunque el costado izquierdo aparece muy desbastado y no conserva el pedestal original. En el costado derecho se advierte un grabado en forma de "landa" inclinada.
- Bibliografía: Bosarte 1804: 29; Molinero 1954: 12; López Monteagudo 1989: 100, nº 191, lám. 66.

### 259. SEPULVEDA

- Procedencia: Hallada en las inmediaciones de la ciudad. Paradero desconocido.
- Descripción: Toro. Tipo indeterminado. Granito.
- Bibliografía: Molinero 1949: 569; López Monteagudo 1989: 100, nº 192.

## PROVINCIA DE TOLEDO

### 260. ALCAUDETE DE LA JARA

- Procedencia: Finca El Cortijo. Yacía enterrada junto a la casa de la huerta. Se conserva a muy pocos metros del lugar de su hallazgo.
- Descripción: Cerdo (186 x 78 x 72 cm.). Tipo 1. Granito. Está muy desbastada, advirtiéndose rotos el morro, el tercio posterior y las extremidades a la altura de las rodillas y los corvejones.
- Bibliografía: Jiménez de Gregorio 1947: 78-80; Ramón y Fernández-Oxea 1959: 118; López Monteagudo 1989: 101, nº 193, lám. 67.

### 261. ALCOLEA DE TAJO

- Procedencia: Finca El Bercial, en terrenos dedicados a pastos y cercanos a una cañada. Se conserva en la casa de labor.
- Descripción: Cerdos (116 x 80 x 54 cm.). Tipo 3. Granito. Ostenta la particularidad de ofrecer dos ejemplares labrados conjuntamente en un mismo bloque de piedra y unidos por el costado. El conjunto está completo aunque muy erosionado, sobre todo las cabezas.
- Bibliografía: Jiménez de Gregorio 1950: 105-106, nota 3; Ramón y Fernández-Oxea 1959: 119-120; López Monteagudo 1989: 101, nº 194, lám. 67-68.

### 262. ALCOLEA DE TAJO

- Procedencia: Finca El Bercial, en terrenos dedicados a pastos y cercanos a una cañada. Se conserva en la casa de

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

labor.  
Descripción: Cerdo (105 x 59 x 32 cm.). Tipo 3. Granito. La escultura se halla muy desbastada. Sólo conserva el tronco y el arranque de las extremidades.  
Bibliografía: López Monteagudo 1989: 101, nº 195, lám. 68.

### 263. ALCOLEA DE TAJO

Procedencia: Caserío El Rincón. Se conserva en el mismo sitio.  
Descripción: Inclasificable (200 x 60 x - cm.). Granito. Se encuentra muy desbastada, advirtiéndose rotas las extremidades desde su nacimiento.  
Bibliografía: Álvarez-Sanchís 1993b: 160.

### 264. ARGES

Procedencia: Argés. Se encontraba formando parte de una valla, cerca del actual cementerio. Forma parte de una colección particular, cuyo paradero se desconoce.  
Descripción: Cerdo. Tipo indeterminado. Granito.  
Bibliografía: Álvarez-Sanchís 1993b: 160.

### 265. CALZADA DE OROPESA

Procedencia: Hallada en el solar del pueblo, entre los materiales de derribo de un corral. Se conserva en la finca El Ejido, en el mismo término municipal.  
Descripción: Cerdo (84 x 40 x 27 cm.). Tipo 3. Granito. Le falta la cabeza y las extremidades a la altura de las rodillas y los corvejones.  
Bibliografía: Ramón y Fernández-Oxea 1959: 118-119; López Monteagudo 1989: 101-102, nº 196, lám. 69.

### 266. CASTILLO DE BAYUELA

Procedencia: Castro de Castillo de Bayuela, junto al acceso, en la antigua cañada de las merinas. Se conserva en la Plaza del pueblo.  
Descripción: Toro (170 x 100 x 50 cm.). Tipo 2. Granito. La pieza está completa y en buen estado a excepción del morro, que se advierte roto. En el costado derecho se aprecia grabada una inscripción. Rodríguez Almeida (1955: 267) lee P., y López Monteagudo (1989: 136) C.D.  
Bibliografía: Ceán Bermúdez 1832: 65; Rodríguez Almeida 1955: 267; López Monteagudo 1989: 102, nº 198, lám. 69.

### 267. CASTILLO DE BAYUELA

Procedencia: Castro de Castillo de Bayuela, junto al acceso, en la antigua cañada de las merinas. Durante un tiempo estuvo en una cerca que hay en la rampa de acceso al castro. Se conserva en el pueblo.  
Descripción: Toro (130 x 63 x 46 cm.). Tipo 2. Granito. Se advierten rotas la cabeza y las extremidades a la altura de las rodillas. En el costado derecho ostenta una inscripción actualmente ilegible.  
Bibliografía: Ceán Bermúdez 1832: 65; Rodríguez Almeida 1955: 267; López Monteagudo 1989: 102, nº 199, lám. 70.

### 268. CASTILLO DE BAYUELA

Procedencia: Castro de Castillo de Bayuela, junto al acceso, en la antigua cañada de las merinas. Se conserva empotrada en una cerca que hay en la rampa de acceso al castro.  
Descripción: Toro (110 x 40 x - cm.). Tipo indeterminado. Granito. Se advierten rotas la cabeza y las extremidades a la altura de las rodillas. En el costado derecho ostenta una inscripción actualmente ilegible.  
Bibliografía: López de Ayala-Alvarez de Toledo 1959: 53; López Monteagudo 1989: 102-103, nº 200, lám. 70.

### 269. CASTILLO DE BAYUELA

Procedencia: Castro de Castillo de Bayuela. Apareció embutida en la muralla del castro, donde todavía se conserva.  
Descripción: Toro (?). Tipo indeterminado. Granito.  
Bibliografía: Jiménez de Gregorio 1992: 14.

### 270. GALVEZ

Procedencia: Hallada a 3 km. de la localidad citada, no muy lejos del llamado "Cerro de las Tinajas", junto a un antiguo camino que conducía a Puebla de Montalbán. Se conserva en una de las aulas de la Cámara Agraria del pueblo.  
Descripción: Toro (72 x 40 x 32 cm.). Tipo 3. Granito. La pieza se encuentra muy desbastada. Le falta la cabeza y tiene rotas las extremidades desde su arranque.  
Bibliografía: Álvarez-Sanchís 1993b: 160, fig. 2,4.

### 271. LAS HERENCIAS

Procedencia: Finca El Gamito Alto, cerca del arroyo del Pueblo. Se conserva en Alcaudete de la Jara.  
Descripción: Cerdo (120 x 74 x 43 cm.). Tipo 2. Granito. Le falta la cabeza y las extremidades se advierten rotas, las



## CATALOGO GENERAL

delanteras por debajo de las rodillas y las posteriores por encima de los corvejones.

Bibliografía: Jiménez de Gregorio 1950: 107; Ramón y Fernández-Oxea 1959: 118; López Monteagudo 1989: 103, nº 201, lám. 70.

### 272. LAS HERENCIAS

Procedencia: Finca Santa Paula. Se encontró en la margen izquierda del arroyo Valdemorales, en un pequeño ribazo, no lejos de la casa-labranza. Se conserva en el mismo sitio.

Descripción: Cerdo (144 x 73 x 40 cm.). Tipo 1. Granito. Le falta la cabeza y las extremidades se advierten rotas, las delanteras a la altura de las rodillas y las posteriores prácticamente desde su arranque.

Bibliografía: Jiménez de Gregorio 1950: 107; Ramón y Fernández-Oxea 1959: 118; López Monteagudo 1989: 103, nº 202, lám. 71.

### 273. LAS HERENCIAS

Procedencia: Finca Santa Paula. Se conserva en el mismo sitio.

Descripción: Cerdo (?). Tipo indeterminado. Granito.

Bibliografía: Jiménez de Gregorio 1992: 17.

### 274. LUCILLOS

Procedencia: Hallada en el solar de la ciudad, en la calle del Barranquillo. Se desconoce su paradero actual.

Clasificación: Cerdo. Tipo indeterminado. Granito.

Bibliografía: Jiménez de Gregorio 1992: 18.

### 275. OROPESA/EL TORRICO

Procedencia: Finca Valdepalacios, en las inmediaciones de la casa-labranza. Se conserva en el mismo sitio.

Descripción: Cerdo (122 x 58 x 42 cm.). Tipo 3. Granito. Le falta parte de la cabeza y las extremidades se advierten rotas por debajo de las rodillas y los corvejones.

Bibliografía: Jiménez de Gregorio 1950: 105; Ramón y Fernández-Oxea 1959: 118; López Monteagudo 1989: 103, nº 203, lám. 71.

### 276. PUEBLA DE MONTALBAN

Procedencia: Hallada en el paraje conocido como "Vega de los Caballeros", en el sitio de Cerrecín, junto a la margen derecha del Tajo. Se conserva en el Museo de Santa Cruz de Toledo.

Descripción: Toro (85 x 85 x - cm.). Tipo 3. Granito. Está completa, exceptuando la cabeza y el cuello.

Bibliografía: Martín Aragón 1977: 91-92; López Monteagudo 1989: 103-104, nº 204, lám. 71.

### 277. SAN MARTIN DE PUSA

Procedencia: Hallada a raíz de unas obras efectuadas en el sótano del Palacio de los Marqueses de Zugasti, donde todavía se conserva.

Descripción: Cerdo. Tipo indeterminado. Granito.

Bibliografía: Alvarez-Sanchis 1993b: 160-162.

### 278. TALAVERA DE LA REINA

Procedencia: Desconocida. Se conserva empotrada en la muralla, en la fachada norte de la Torre del Polvorín.

Descripción: Toro (47 x 75 x 43 cm.). Tipo indeterminado. Granito. La pieza está muy desbastada y sólo queda visible el tercio anterior. Le falta la cabeza y las extremidades anteriores están partidas a la altura de las rodillas.

Bibliografía: Fernández Guerra 1862: 48; Paredes Guillén 1902: 356; López Monteagudo 1989: 104, nº 205, lám. 71.

### 279. TALAVERA DE LA REINA

Procedencia: Hallada en las inmediaciones de una gravera municipal de Talavera la Nueva. Se conserva en el Museo de Santa Cruz de Toledo.

Descripción: Cerdo (170 x 112 x 65 cm.). Tipo 1. Granito. La pieza está prácticamente completa. Presenta muy alteradas la cabeza y la cara posterior. Consta de peana original, aunque las extremidades están rotas, las delanteras por debajo de las rodillas y las traseras a la altura de los corvejones.

Bibliografía: Alvarez-Sanchis 1993b: 160, fig. 2,1, lám. 2A.

### 280. TALAVERA DE LA REINA

Procedencia: Hallada junto con la anterior en las inmediaciones de una gravera municipal de Talavera la Nueva. Se desconoce su paradero actual.

Descripción: Cerdo (?). Tipo indeterminado. Granito.

Bibliografía: Alvarez-Sanchis 1993b: 160.

### 281. TALAVERA DE LA REINA

Procedencia: Dehesa La Alcoba. Fue hallada en la gravera municipal o en sus alrededores, cerca de donde proceden

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

los dos ejemplares anteriores. Se conserva junto a la fachada de la puerta principal del caserío, en la pila del abrevadero.

- Descripción: Cerdo (150 x 55 x 43 cm.). Tipo 3. Granito. Tiene roto el hocico y las extremidades, las traseras desde su arranque y las delanteras a la altura de las rodillas. Por las dimensiones y las características de la pieza pudiera tratarse del ejemplar citado por López de Ayala-Alvarez de Toledo (1959: 43-44, nº 72), que López Monteagudo (1989: 102, nº 197) da por desaparecido. Véase la pieza siguiente del catálogo.
- Bibliografía: Álvarez-Sanchis 1993b: 160, fig. 2,2, lám. 28.

### 282. TALAVERA DE LA REINA

- Procedencia: Dehesa La Alcoba/Casar de Talavera. Apareció junto al camino de Talavera a Pinar de la Alcoba e inmediata a una cruz de piedra que allí había. Desaparecida (?).
- Descripción: Cerdo (147 x 52 x - cm.). Tipo indeterminado. Granito. Tenía rotos el hocico y las extremidades.
- Bibliografía: López de Ayala-Alvarez de Toledo 1959: 43-44, nº 72; López Monteagudo 1989: 102, nº 197.

### 283. VALDEVERDEJA

- Procedencia: Desconocida. Se conserva en la colección de D. Luis Jiménez de la Llave.
- Descripción: Cerdo (80 x 42 x - cm.). Tipo indeterminado. Granito.
- Bibliografía: López de Ayala-Alvarez de Toledo 1959: 288, nº 370; López Monteagudo 1989: 104, nº 206; Jiménez de Gregorio 1992: 27.

### 284. TORRALBA DE OROPESA

- Procedencia: Hallada en el solar de la ciudad. Se conserva en la Plaza de la Iglesia.
- Descripción: Cerdo (165 x 90 x 70 cm.). Tipo 1. Granito. Está prácticamente completa, advirtiéndose algo alterado el hocico. Presenta inacabada la labor del plinto.
- Bibliografía: Ceán Bermúdez 1832: 119; López de Ayala-Alvarez de Toledo 1959: 356, nº 450; López Monteagudo 1989: 104, nº 207, lám. 72.

### 285. TORRALBA DE OROPESA

- Procedencia: Hallada en el solar de la ciudad. Se conserva en la Plaza de la Iglesia.
- Descripción: Cerdo (100 x 62 x 40 cm.). Tipo 2. Granito. Sólo se conserva la mitad anterior, advirtiéndose rotos el hocico y las extremidades por debajo de las rodillas.
- Bibliografía: López de Ayala-Alvarez de Toledo 1959: 356, nº 450; López Monteagudo 1989: 104-105, nº 208, lám. 72.

### 286. TORRALBA DE OROPESA

- Procedencia: Hallada en el solar de la ciudad. Se conserva junto a una casa de la calle de Santa Ana, frente a la Plaza de la Iglesia.
- Descripción: Cerdo (165 x 88 x 42 cm.). Tipo 1. Granito. Está completa y en muy buen estado. En el costado derecho presenta una inscripción funeraria latina que López Monteagudo (1989: 136) fecha en el siglo I d.C. y, a partir de la información proporcionada por G. Alföldy, ofrece la siguiente lectura: Caco Turi [filiu] / Tancinus lib(ertus) pat(rono) / p(ionendum) c(uravit).
- Bibliografía: Ceán Bermúdez 1832: 119; López de Ayala-Alvarez de Toledo 1959: 355-356, nº 449; López Monteagudo 1989: 105, nº 209, lám. 72.

### 287. TORRALBA DE OROPESA

- Procedencia: Hallada en el solar de la ciudad. La escultura fue llevada por su dueño a la Finca Valdepalacios (EL Torrico). Se desconoce su paradero actual.
- Descripción: Cerdo. Tipo indeterminado. Granito.
- Bibliografía: Jiménez de Gregorio 1992: 26.

### 288. TORRECILLA DE LA JARA

- Procedencia: Hallada en el labrantío conocido como "Los Arenales", en una ladera a medio km. del caserío, a la derecha del camino que va a los Navalmoreales y cercano al río Sangrera. Se conserva en casa de D. Marcial González, en Torrecilla.
- Descripción: Cerdo (100 x 52 x 40 cm.). Tipo 2. Granito. Falta el tercio posterior de la pieza, tiene roto el hocico y las extremidades anteriores se advierten rotas a la altura de las rodillas.
- Bibliografía: Relaciones Topográficas 1576; Jiménez de Gregorio 1950: 106-107; López Monteagudo 1989: 105, nº 210, lám. 73.

### 289. TORRECILLA DE LA JARA

- Procedencia: Hallada en las canteras inmediatas al pueblo. Se conserva en casa de D. Joaquín Muñoz, en Torrecilla.
- Descripción: Cerdo (122 x 67 x 37 cm.). Tipo indeterminado. Granito. Está muy desbastada, carece de cabeza y las extremidades están rotas por debajo de los antebrazos.
- Bibliografía: Relaciones Topográficas 1576; Jiménez de Gregorio 1950: 107; López Monteagudo 1989: 105, nº 211,

## CATALOGO GENERAL

lám. 73.

### 290. TOTANES

- Procedencia:** Hallada en las inmediaciones del pueblo, en una cañada que se dirige del Puerto Marchés a los Montes de Toledo. Se conserva en la Plaza de la Iglesia.
- Descripción:** Toro (119 x 38 x 31 cm.). Tipo 3. Granito. Está en buen estado y prácticamente completa, a excepción de la peana y las pezuñas.
- Bibliografía:** López de Ayala-Alvarez de Toledo 1959: 377, nº 471; Guínez y Castelo 1976: 13-14; López Monteagudo 1989: 105-106, nº 212, lám. 73.

### 291. TOTANES

- Procedencia:** Hallada en las inmediaciones del pueblo, en una cañada que se dirige del Puerto Marchés a los Montes de Toledo. Fue destruida, formando parte del asfalto de la Plaza de la Concepción.
- Descripción:** Cerdo. Tipo indeterminado. Granito.
- Bibliografía:** López de Ayala-Alvarez de Toledo 1959: 377, nº 471; Guínez y Castelo 1976: 13-14; López Monteagudo 1989: 106, nº 213.

## PROVINCIA DE TRAS-OS-MONTES

### 292. AÇOREIRA

- Procedencia:** Desconocida. Se conserva en el Museo Etnológico de Belém.
- Descripción:** Cerdo (33 x 27 x 12 cm.). Tipo 4. Selenita. La pieza está completa a excepción de la cabeza.
- Bibliografía:** Leite de Vasconcelos 1913: 29; Santos Júnior 1975: 482-483; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR42; López Monteagudo 1989: 106, nº 214, lám. 74.

### 293. AGUA REVES E CASTRO

- Procedencia:** Existió un ejemplar embutido en la pared de una de las casas de la villa. En paradero desconocido.
- Descripción:** Cerdo (?). Tipo indeterminado. Granito.
- Bibliografía:** Carvalho da Costa 1706; Santos Júnior 1977: 6, nota 1.

### 294. ALGOSIHNO

- Procedencia:** Desconocida. Fue destruida.
- Descripción:** Toro (?) (100 x 50 x - cm.). Tipo indeterminado.
- Bibliografía:** Alves 1934: 543; Matos da Silva 1988: Quadro I, BRD54; Santos Júnior 1975: 455-456; López Monteagudo 1989: 106, nº 215.

### 295. BRAGANÇA

- Procedencia:** Hallada probablemente en el solar de la ciudad. Se conserva en la misma villa.
- Descripción:** Cerdo (206 x 71 x 62 cm.). Tipo 1. Granito. Se encuentra muy desbastada, advirtiéndose alterado el hocico y rotas las extremidades a la altura de las rodillas y los corvejones.
- Bibliografía:** Castro Lopo 1895: 236; Santos Júnior 1975: 377-382; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR3; López Monteagudo 1989: 107, nº 216, lám. 74.

### 296. CABANAS DE BAIXO

- Procedencia:** Hallada en el paraje conocido como "Olival dos Berrões", un km. al sur del castro de Castelo de Cabeça Boa y muy cerca de la población de Cabanas de Baixo, en el Concelho de Moncorvo. Se conserva en el Museo Etnológico de Belém.
- Descripción:** Cerdo (117 x 50 x 38 cm.). Tipo 3. Granito. Tiene rotos el hocico y las extremidades, las delanteras desde su arranque y las traseras a la altura de los corvejones.
- Bibliografía:** Tavares 1895: 127; Santos Júnior 1975: 459-460; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR45; López Monteagudo 1989: 107, nº 217, lám. 75.

### 297. CABANAS DE BAIXO

- Procedencia:** Hallada junto a la anterior en el paraje conocido como "Olival dos Berrões", un km. al sur del castro de Castelo de Cabeça Boa y muy cerca de la población de Cabanas de Baixo, en el Concelho de Moncorvo. Se conserva en el Museo Etnológico de Belém.
- Descripción:** Cerdo (97 x 52 x 35 cm.). Tipo 3. Granito. Se encuentra muy desbastada. Carece de hocico y de cuartos traseros. Las extremidades anteriores están partidas a la altura de las rodillas.
- Bibliografía:** Tavares 1895: 127; Santos Júnior 1975: 457-459; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR44; López Monteagudo 1989: 107, nº 218, lám. 75.

### 298. CABANAS DE BAIXO

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

- Procedencia:** Hallada junto a las anteriores en el paraje conocido como "Olival dos Berrões", un km. al sur del castro de Castelo de Cabeça Boa y muy cerca de la población de Cabanas de Baixo, en el Concelho de Moncorvo. Se conserva en el Museo Etnológico de Belém.
- Descripción:** Cerdo (110 x 58 x 45 cm.). Tipo 3. Granito. Sólo conserva la mitad delantera, advirtiéndose rotas las extremidades desde su arranque.
- Bibliografía:** Tavares 1895: 127; Santos Júnior 1975: 462-463; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR47; López Monteagudo 1989: 107, nº 219, lám. 75.

### 299. CABANAS DE BAIXO

- Procedencia:** Hallada junto a las anteriores en el paraje conocido como "Olival dos Berrões", un km. al sur del castro de Castelo de Cabeça Boa y muy cerca de la población de Cabanas de Baixo, en el Concelho de Moncorvo. Se conserva en el Museo Etnológico de Belém.
- Descripción:** Cerdo (98 x 74 x 38 cm.). Tipo 3. Granito. Está completa y en buen estado, aunque tiene el hocico roto.
- Bibliografía:** Tavares 1895: 127; Santos Júnior 1975: 466-467; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR50; López Monteagudo 1989: 108, nº 220, lám. 76.

### 300. CABANAS DE BAIXO

- Procedencia:** Hallada junto a las anteriores en el paraje conocido como "Olival dos Berrões", un km. al sur del castro de Castelo de Cabeça Boa y muy cerca de la población de Cabanas de Baixo, en el Concelho de Moncorvo. Se conserva en el Museo Etnológico de Belém.
- Descripción:** Cerdo (140 x 80 x 44 cm.). Tipo 3. Granito. Se advierten las extremidades rotas, las traseras desde su arranque y las delanteras por debajo de las rodillas.
- Bibliografía:** Tavares 1895: 127; Santos Júnior 1975: 463-465; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR48; López Monteagudo 1989: 108, nº 221, lám. 76.

### 301. CABANAS DE BAIXO

- Procedencia:** Hallada junto a las anteriores en el paraje conocido como "Olival dos Berrões", un km. al sur del castro de Castelo de Cabeça Boa y muy cerca de la población de Cabanas de Baixo, en el Concelho de Moncorvo. Se conserva en el Museo Etnológico de Belém.
- Descripción:** Cerdo (103 x 60 x 36 cm.). Tipo indeterminado. Granito. El ejemplar se encuentra muy desbastado, faltándole la cabeza y las extremidades delanteras. Las traseras están rotas por debajo de los corvejones.
- Bibliografía:** Tavares 1895: 127; Santos Júnior 1975: 460-461; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR46; López Monteagudo 1989: 108, nº 222, lám. 76.

### 302. CABANAS DE BAIXO

- Procedencia:** Hallada junto a las anteriores en el paraje conocido como "Olival dos Berrões", un km. al sur del castro de Castelo de Cabeça Boa y muy cerca de la población de Cabanas de Baixo, en el Concelho de Moncorvo. Se conserva en el Museo Etnológico de Belém.
- Descripción:** Cerdo (103 x 88 x 52 cm.). Tipo indeterminado. Granito. Sólo se conserva el tronco.
- Bibliografía:** Tavares 1895: 127; Santos Júnior 1975: 465-466; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR49; López Monteagudo 1989: 108-109, nº 223, lám. 77.

### 303-311. CABANAS DE BAIXO

- Procedencia:** "Olival dos Berrões", un km. al sur del castro de Castelo de Cabeça Boa. Se desconoce su paradero actual y las circunstancias del hallazgo.
- Descripción:** Se trata de un conjunto de nueve pequeñas esculturas representando cerdos. Morfología indeterminada (tipo 5?). Granito.
- Bibliografía:** Tavares 1895: 127-128; Santos Júnior 1985: 33-35; Matos da Silva 1988: Quadro I, BRD56-64.

### 312. COELHO

- Procedencia:** Castros de Mau o Castrihã, aunque no es seguro. Se conserva junto a la Iglesia.
- Descripción:** Cerdo (130 x 50 x 46 cm.). Tipo 3. Granito. No tiene cabeza y las extremidades están rotas por debajo de los antebrazos.
- Bibliografía:** Alves 1934: 545; Santos Júnior 1975: 384-385; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR4; López Monteagudo 1989: 109, nº 224, lám. 77.

### 313. DUAS IGREJAS

- Procedencia:** Castro Senhora do Monte (?), en las afueras del pueblo y junto a la Iglesia, Concelho de Miranda do Douro.
- Descripción:** Cerdo (67 x 31 x 23 cm.). Tipo 4. Granito. Tiene rotos el hocico y las extremidades, las delanteras por encima de las rodillas y las traseras por debajo de los corvejones.
- Bibliografía:** Santos Júnior 1975: 439-440; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR34; López Monteagudo 1989: 109, nº 225, lám. 77.

### 314. FAILDE

## CATALOGO GENERAL

- Procedencia: Hallada en el solar del pueblo. Se conserva en el Museo do Abade de Baçal en Bragança.  
Descripción: Cerdo (127 x 53 x 32 cm.). Tipo 3. Granito. Tiene rotos el hocico y las extremidades, las delanteras desde su arranque y las traseras a la altura de los corvejones.  
Bibliografía: Pereira Lopo 1910: 333; Santos Júnior 1975: 383-384; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR5; López Monteagudo 1989: 109, nº 226, lám. 78.

### 315. FORNOS

- Procedencia: Hallado en el paraje conocido como "Cabeço de Escouradal", feligresia de Fornos, Concelho de Freixo de Espada-à-Cinta. Se conserva en el Museo Etnológico de Belém.  
Descripción: Cerdo (126 x 82 x 39 cm.). Tipo 3. Granito. Se trata de una escultura inacabada, advirtiéndose rotas la cabeza y las extremidades delanteras desde su arranque. Sobre el cuarto posterior izquierdo lleva grabada una T capital.  
Bibliografía: Leite de Vasconcelos 1913: 613-614; Santos Júnior 1975: 420-423; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR7; López Monteagudo 1989: 109-110, nº 227, lám. 78.

### 316. FREIXO DE ESPADA-A-CINTA

- Procedencia: Hallada en el castro de Santa Luzia, situado unos dos km. al sur de la localidad de Freixo, en la margen derecha del arroyo Coraceira. Se conserva en el Museo Antropológico de Porto.  
Descripción: Cerdo (23 x 16 x 11 cm.). Tipo 4. Granito. Carece de cabeza y extremidades, las delanteras desde su arranque y las traseras a la altura de los corvejones.  
Bibliografía: Santos Júnior 1963: 398-401 y 1975: 406-407, nº 2; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR11; López Monteagudo 1989: 110, nº 228, lám. 78.

### 317. FREIXO DE ESPADA-A-CINTA

- Procedencia: Hallada junto a la anterior en el castro de Santa Luzia. Se conserva en el Museo Antropológico de Porto.  
Descripción: Cerdo (23 x 15 x 11 cm.). Tipo 4. Granito. Le falta parte de la cabeza y las extremidades, las delanteras desde su arranque y las traseras a la altura de los corvejones.  
Bibliografía: Santos Júnior 1963: 401 y 1975: 407-408, nº 3; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR12; López Monteagudo 1989: 110, nº 229, lám. 78.

### 318. FREIXO DE ESPADA-A-CINTA

- Procedencia: Hallada junto a las anteriores en el castro de Santa Luzia. Se conserva en el Museo Antropológico de Porto.  
Descripción: Cerdo (19 x 10 x 10 cm.). Tipo 4. Granito. Sólo conserva el tronco y el arranque de las extremidades.  
Bibliografía: Santos Júnior 1963: 398 y 1975: 406-407, nº 1; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR10; López Monteagudo 1989: 110, nº 230, lám. 78.

### 319. FREIXO DE ESPADA-A-CINTA

- Procedencia: Hallada junto a las anteriores en el castro de Santa Luzia. Se conserva en el Museo Antropológico de Porto.  
Descripción: Cerdo (31 x 27 x 15 cm.). Tipo 4. Granito. Le falta la cabeza y las extremidades anteriores. Las posteriores están rotas a la altura de las pezuñas.  
Bibliografía: Santos Júnior 1975: 414-415, nº 11; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR20; López Monteagudo 1989: 110, nº 231, lám. 79.

### 320. FREIXO DE ESPADA-A-CINTA

- Procedencia: Hallada junto a las anteriores en el castro de Santa Luzia. Se conserva en el Museo Antropológico de Porto.  
Descripción: Cerdo (18 x 21 x 20 cm.). Tipo 4. Granito. Sólo conserva, parcialmente, los cuartos traseros.  
Bibliografía: Santos Júnior 1975: 415-416, nº 13; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR22; López Monteagudo 1989: 110-111, nº 232, lám. 79.

### 321. FREIXO DE ESPADA-A-CINTA

- Procedencia: Hallada junto a las anteriores en el castro de Santa Luzia. Se conserva en el Museo Antropológico de Porto.  
Descripción: Cerdo (27 x 17 x 13 cm.). Tipo 4. Granito. Le falta la cabeza y las extremidades, las delanteras desde su arranque y las posteriores por debajo de los antebrazos.  
Bibliografía: Santos Júnior 1975: 415, nº 12; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR21; López Monteagudo 1989: 111, nº 233, lám. 79.

### 322. FREIXO DE ESPADA-A-CINTA

- Procedencia: Hallada junto a las anteriores en el castro de Santa Luzia. Se conserva en el Museo Antropológico de Porto.  
Descripción: Cerdo (53 x 30 x 27 cm.). Tipo 4. Granito. Tiene rotas la cabeza y las extremidades, las delanteras desde

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

su arranque y las traseras a la altura de los corvejones.  
Bibliografía: Santos Júnior 1975: 416-417, nº 15; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR24; López Monteagudo 1989: 111, nº 234, lám. 79.

### 323. FREIXO DE ESPADA-A-CINTA

Procedencia: Hallada junto a las anteriores en el castro de Santa Luzia. Se conserva en el Museo Antropológico de Porto.  
Descripción: Cerdo (31 x 30 x 19 cm.). Cabeza exenta. Granito. Está muy erosionada pero completa, a excepción de la parte posterior por donde iría embutida en la pared.  
Bibliografía: Santos Júnior 1975: 416, nº 14; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR23; López Monteagudo 1989: 111, nº 235, lám. 79.

### 324. FREIXO DE ESPADA-A-CINTA

Procedencia: Hallada junto a las anteriores en el castro de Santa Luzia. Se conserva en el Museo Antropológico de Porto.  
Descripción: Cerdo (47 x 24 x 21 cm.). Tipo 4. Granito. La escultura está muy erosionada pero prácticamente completa, a excepción de las extremidades, que están rotas a la altura de las rodillas y los corvejones.  
Bibliografía: Santos Júnior 1975: 408-409, nº 4; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR13; López Monteagudo 1989: 111, nº 236, lám. 79.

### 325. FREIXO DE ESPADA-A-CINTA

Procedencia: Hallada junto a las anteriores en el castro de Santa Luzia. Se conserva en el Museo Antropológico de Porto.  
Descripción: Cerdo (49 x 31 x 18 cm.). Tipo 4. Granito. No tiene cabeza y las extremidades están rotas por encima de las rodillas y los corvejones.  
Bibliografía: Santos Júnior 1975: 409-410, nº 5; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR14; López Monteagudo 1989: 111-112, nº 237, lám. 80.

### 326. FREIXO DE ESPADA-A-CINTA

Procedencia: Hallada junto a las anteriores en el castro de Santa Luzia. Se conserva en el Museo Antropológico de Porto.  
Descripción: Inclasificable (26 x 23 x 26 cm.). Granito. Sólo conserva un fragmento de tronco.  
Bibliografía: Santos Júnior 1975: 411-412, nº 7; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR16; López Monteagudo 1989: 112, nº 238, lám. 80.

### 327. FREIXO DE ESPADA-A-CINTA -- -- --

Procedencia: Hallada junto a las anteriores en el castro de Santa Luzia. Se conserva en el Museo Antropológico de Porto.  
Descripción: Inclasificable (22 x 22 x 14 cm.). Granito. Sólo se conserva el tercio posterior con el arranque de las extremidades.  
Bibliografía: Santos Júnior 1975: 412-413, nº 8; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR17; López Monteagudo 1989: 112, nº 239, lám. 80A.

### 328. FREIXO DE ESPADA-A-CINTA

Procedencia: Hallada junto a las anteriores en el castro de Santa Luzia. Se conserva en el Museo Antropológico de Porto.  
Descripción: Inclasificable (20 x 12 x 10 cm.). Granito. Sólo se conserva la mitad posterior con el arranque de las extremidades.  
Bibliografía: Santos Júnior 1975: 413, nº 9; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR18; López Monteagudo 1989: 112, nº 240, lám. 80B.

### 329. FREIXO DE ESPADA-A-CINTA

Procedencia: Hallada junto a las anteriores en el castro de Santa Luzia. Se conserva en el Museo Antropológico de Porto.  
Descripción: Inclasificable (30 x 17 x 9 cm.). Granito. Le falta la cabeza y las extremidades delanteras. Las traseras se advierten rotas por debajo de los antebrazos.  
Bibliografía: Santos Júnior 1975: 414, nº 10; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR19; López Monteagudo 1989: 112, nº 241, lám. 80C.

### 330. FREIXO DE ESPADA-A-CINTA

Procedencia: Hallada junto a las anteriores en el castro de Santa Luzia. Se conserva en el Museo Antropológico de Porto.  
Descripción: Cerdo (22 x - x - cm.). Cabeza exenta. Granito. Sólo conserva el hocico.  
Bibliografía: Santos Júnior 1975: 410-411, nº 6; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR15; López Monteagudo 1989:

## CATALOGO GENERAL

112, nº 242, lám. 80.

### 331. FREIXO DE ESPADA-A-CINTA

Procedencia: Castro de Santa Luzia. Se desconoce su paradero actual.  
Descripción: Cerdo. Tipo indeterminado. Granito.  
Bibliografía: Santos Júnior 1985: 33; Matos da Silva 1988: Quadro I, BRD55.

### 332. FREIXO DE ESPADA-A-CINTA

Procedencia: Hallada en el sitio conocido como "Cabezo de Coraceira", unos 500 m. al suroeste del castro de Santa Luzia.  
Descripción: Toro (33 x 21 x - cm.). Tipo 5. Granito. Le falta la cabeza y las extremidades están rotas a la altura de las rodillas y los corvejones.  
Bibliografía: Santos Júnior 1977: 7, nº 1; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR25; López Monteagudo 1989: 112, nº 243, lám. 80.

### 333. FREIXO DE ESPADA-A-CINTA

Procedencia: Hallada junto a la anterior en el sitio conocido como "Cabezo de Coraceira", unos 500 m. al suroeste del castro de Santa Luzia.  
Descripción: Cerdo (24 x 15 x - cm.). Tipo 4. Granito. Está muy desbastada, advirtiéndose rotas las extremidades delanteras a la altura de las rodillas y las traseras por debajo de los corvejones.  
Bibliografía: Santos Júnior 1977: 7-8, nº 2; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR26; López Monteagudo 1989: 112-113, nº 244, lám. 81.

### 334. FREIXO DE ESPADA-A-CINTA

Procedencia: Hallada junto a las anteriores en el sitio conocido como "Cabezo de Coraceira", unos 500 m. al suroeste del castro de Santa Luzia.  
Descripción: Cerdo (42 x 24 x - cm.). Cabeza exenta. Granito. Está prácticamente completa.  
Bibliografía: Santos Júnior 1977: 8, nº 3; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR27; López Monteagudo 1989: 113, nº 245, lám. 81.

### 335. FREIXO DE ESPADA-A-CINTA

Procedencia: Hallada junto a las anteriores en el sitio conocido como "Cabezo de Coraceira", unos 500 m. al suroeste del castro de Santa Luzia.  
Descripción: Cerdo (14 x 14 x - cm.). Cabeza exenta. Granito. Sólo conserva el hocico.  
Bibliografía: Santos Júnior 1977: 8-9, nº 4; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR28; López Monteagudo 1989: 113, nº 246, lám. 81.

### 336. FREIXO DE ESPADA-A-CINTA

Procedencia: Hallada junto a las anteriores en el sitio conocido como "Cabezo de Coraceira", unos 500 m. al suroeste del castro de Santa Luzia.  
Descripción: Inclasificable (18 x 17 x 15 cm.). Se trata de un fragmento de tronco.  
Bibliografía: Santos Júnior 1977: 9-10, nº 5; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR29; López Monteagudo 1989: 113, nº 247, lám. 81.

### 337. FREIXO DE ESPADA-A-CINTA

Procedencia: Hallada en un labrantío del "Cabezo de Coraceira", al suroeste del castro de Santa Luzia.  
Descripción: Inclasificable (16 x - x - cm.). Sólo conserva los cuartos posteriores, advirtiéndose rotas las extremidades por encima de los corvejones.  
Bibliografía: Santos Júnior 1981a: 113-115; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR31.

### 338. FREIXO DE ESPADA-A-CINTA

Procedencia: Hallada junto a la anterior en un labrantío del "Cabezo de Coraceira", al suroeste del castro de Santa Luzia.  
Descripción: Inclasificable (10 x - x - cm.). Se trata de un fragmento de tronco.  
Bibliografía: Santos Júnior 1981a: 115-117; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR32.

### 339. FREIXO DE ESPADA-A-CINTA

Procedencia: Hallada en el "Cabezo de Coraceira", al suroeste del castro de Santa Luzia. Se conserva en el Museo Municipal de Bragança.  
Descripción: Inclasificable (34 x - x - cm.). Granito.  
Bibliografía: Matos da Silva 1988: Quadro I, BR82.

### 340. FREIXO DE ESPADA-A-CINTA

Procedencia: Hallada en el "Cabezo de Coraceira", al suroeste del castro de Santa Luzia. Se conserva en el Museo

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

Municipal de Bragança.  
Descripción: Inclasificable (26 x - x - cm.). Granito. El fragmento podría formar parte de la pieza anterior.  
Bibliografía: Matos da Silva 1988: Quadro I, BR83.

### 341. FREIXO DE ESPADA-A-CINTA

Procedencia: Hallada en el "Cabezo de Coraceira", al suroeste del castro de Santa Luzia. Se conserva en el Museo Municipal de Bragança.  
Descripción: Inclasificable (20 x - x - cm.). Granito. Este fragmento y los dos siguientes podrían pertenecer a una misma pieza.  
Bibliografía: Matos da Silva 1988: Quadro I, BR84.

### 342. FREIXO DE ESPADA-A-CINTA

Procedencia: Hallada en el "Cabezo de Coraceira", al suroeste del castro de Santa Luzia. Se conserva en el Museo Municipal de Bragança.  
Descripción: Inclasificable (32 x - x - cm.). Granito.  
Bibliografía: Matos da Silva 1988: Quadro I, BR85.

### 343. FREIXO DE ESPADA-A-CINTA

Procedencia: Hallada en el "Cabezo de Coraceira", al suroeste del castro de Santa Luzia. Se conserva en el Museo Municipal de Bragança.  
Descripción: Inclasificable (21 x - x - cm.). Granito.  
Bibliografía: Matos da Silva 1988: Quadro I, BR86.

### 344. FREIXO DE ESPADA-A-CINTA

Procedencia: Hallada en el interior de una vivienda, al sureste del castro de Santa Luzia. Se conserva en la Cámara Municipal de Freixo.  
Descripción: Cerdo (63 x 33 x 33 cm.). Tipo 4. La escultura está muy desbastada. Tiene rotas la cabeza y las extremidades a la altura de las rodillas y los corvejones.  
Bibliografía: Santos Júnior 1978: 335-340; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR30; López Monteagudo 1989: 113, nº 248, lám. 81.

### 345. LIGARES

Procedencia: Hallada en una viña en la margen del río de la quinta de São Tiago, feligresía de Lígares, Concelho de Freixo de Espada-à-Cinta. Antiguamente se ubicó en el sitio una capilla dedicada a Santiago. Se conserva en casa de D. António Júlio Carapuça Piles.  
Descripción: Cerdo (31 x 14 x - cm.). Tipo 4. Granito. La escultura está completa a excepción de la peana.  
Bibliografía: Santos Júnior 1977: 13-14; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR33; López Monteagudo 1989: 113-114, nº 250, lám. 82.

### 346. LIGARES

Procedencia: Hallada en una viña en la margen del río de la quinta de São Tiago, feligresía de Lígares, Concelho de Freixo de Espada-à-Cinta. Antiguamente se ubicó en el sitio una capilla dedicada a Santiago. Se conserva en el Museo do Abade de Baçal de Bragança.  
Descripción: Toro (49 x 30 x 22 cm.). Tipo 5. Granito. La escultura está completa a excepción de la cabeza. En el costado derecho lleva grabada una T capital.  
Bibliografía: Santos Júnior 1975: 418-420; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR8; López Monteagudo 1989: 116, nº 259, lám. 84.

### 347. MALHADAS

Procedencia: Hallada en el solar del pueblo. Se conserva sobre el tejado de una casa que hay frente a la Iglesia.  
Descripción: Toro (50 x - x - cm.). Tipo 5. Granito. La pieza está completa y en buen estado.  
Bibliografía: Alves 1934: 546; Santos Júnior 1975: 441; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR35; López Monteagudo 1989: 114, nº 251, lám. 82.

### 348. MAZOUÇO

Procedencia: Hallada en las inmediaciones de la capilla de Santa Ana, muy cerca del castro de Pícao da Raposa, junto al río Duero. Se conserva en la misma capilla.  
Descripción: Cerdo (55 x - x - cm.). Cabeza exenta (?). Granito. La cabeza se conserva prácticamente completa y ofrece un plano de fractura en el extremo posterior.  
Bibliografía: Santos Júnior 1981a: 101 ss; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR9.

### 349. MONCORVO

Procedencia: Castro de Baldoeiro. Se desconoce su paradero actual.  
Descripción: Toro (45 x - x - cm.). Cabeza exenta.



## CATALOGO GENERAL

**Bibliografía:** Alves 1934: 640; Santos Júnior 1975: 479-482; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR43; López Monteagudo 1989: 114, nº 252.

### 350. MURÇA DE PANOIAS

**Procedencia:** Es probable que proceda del vecino castro de Cadaval, junto al río Tinhela, aunque no es del todo seguro. Se conserva en la plaza de Murça.

**Descripción:** Cerdo (186 x 110 x - cm.). Tipo 1. Granito. La escultura está prácticamente completa a excepción de la peana.

**Bibliografía:** Carvalho da Costa 1706: 292; Santos Júnior 1975: 362-371; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR80; López Monteagudo 1989: 114, nº 253, lám. 82.

### 351. PARADA DE INFANÇOES

**Procedencia:** Desconocida, aunque no se descarta su relación con los castros de Mau (?) o Cidadelhe (?), próximos a la población. Se conserva en el atrio de la Iglesia parroquial.

**Descripción:** Toro (167 x 86 x 46 cm.). Tipo 2. Granito. La escultura está completa y en buen estado a excepción de un pequeño rebaje que se advierte en el lomo.

**Bibliografía:** Tavares 1895: 127; Santos Júnior 1975: 385-390; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR6; López Monteagudo 1989: 114-115, nº 254, lám. 82.

### 352. PARADA DE INFANÇOES

**Procedencia:** Desconocida. Se desconoce su paradero actual.

**Descripción:** Cerdo. Tipo indeterminado. Granito.

**Bibliografía:** Alves 1934: 544-545; Matos da Silva 1988: Quadro I, BRD65; Santos Júnior 1975: 387-389, nº 1; López Monteagudo 1989: 115, nº 255.

### 353. PARADA DE INFANÇOES

**Procedencia:** Desconocida. Habría sido llevada con posterioridad al Vale da Porca. Se desconoce su paradero actual.

**Descripción:** Cerdo. Tipo indeterminado. Granito.

**Bibliografía:** Santos Júnior 1975: 387-389, nº 2 y 1985: 35; Matos da Silva 1988: Quadro I, BRD66.

### 354. PICOTE

**Procedencia:** Castro de Castelar. Hallada en el interior de un recinto circular al que se llegaba por un corredor. Se conserva en el Museo do Abade de Baçal de Bragança. Santos Júnior (1981c) también da la noticia de un verraco hallado en La Coruña y en un contexto similar al de Picote, cuya existencia no pudo ser confirmada.

**Descripción:** Cerdo (147 x 68 x 50 cm.). Tipo 1. Granito. La escultura está completa a excepción de la cabeza.

**Bibliografía:** Santos Júnior 1963: 395-396 y 1975: 424-438; Matos da Silva 1988: BR36; López Monteagudo 1989: 115, nº 256, lám. 83.

### 355. PICOTE

**Procedencia:** Castro de Castelar. Se conserva en la Colección Santos Júnior.

**Descripción:** Cerdo (34 x 23 x 10 cm.). Tipo 4. Granito. Le falta la cabeza y las extremidades se advierten rotas desde su arranque.

**Bibliografía:** Santos Júnior 1975: 438-439; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR37; López Monteagudo 1989: 115, nº 257, lám. 83.

### 356. TORRE DE DONA CHAMA

**Procedencia:** Castro de San Bras (?), aunque no es seguro. Se conserva en la plaza de la localidad.

**Descripción:** Cerdo (167 x 109 x 55 cm.). Tipo 1. Granito. La escultura está completa aunque presenta algo alterado el hocico.

**Bibliografía:** Castro Lopo 1895: 237; Santos Júnior 1975: 442-448; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR38; López Monteagudo 1989: 115-116, nº 258, lám. 83.

### 357. TRALHARIZ

**Procedencia:** Hallada al plantar una viña, en el sitio conocido como Quinta da Ribeira, muy cerca de Tralhariz, Concejo de Carrazeda de Ansiães. Se desconoce su paradero actual. En el mismo lugar también aparecieron restos de tejas y cerámicas pintadas.

**Descripción:** Cerdo. Tipo indeterminado. Granito.

**Bibliografía:** Santos Júnior 1975: 394-395; Matos da Silva 1988: Quadro I, BRD53.

### 358. VILA DE SINOS

**Procedencia:** Hallada junto a varias sepulturas en el atrio de la Iglesia de Vila de Sinos, Concejo de Mogadouro. Se conserva en el Museo Abade de Baçal en Bragança.

**Descripción:** Cerdo (34 x 26 x 17 cm.). Tipo 4. Granito. La escultura está completa a excepción de la cabeza, que

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

sólo se conserva parcialmente.

Bibliografía: Alves 1938: 765; Santos Júnior 1975: 453-454; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR40; López Monteagudo 1989: 113, nº 249, lám. 81.

### 359. VILA DE SINOS

Procedencia: Hallada como la anterior junto a varias sepulturas en el atrio de la Iglesia de Vila de Sinos, Concelho de Mogadouro. Se conserva en el Museo Abade de Baçal en Bragança.

Descripción: Toro (63 x 47 x 23 cm.). Tipo 5. Granito. La escultura está completa y en muy buen estado.

Bibliografía: Santos Júnior 1975: 454-455; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR41; López Monteagudo 1989: 116, nº 260, lám. 84.

### 360-364. VILA DE SINOS

Procedencia: Halladas en una sepultura en el atrio de la Iglesia de Vila de Sinos, Concelho de Mogadouro. Se desconoce su paradero actual.

Descripción: Se trata un grupo aproximado de cuatro ó cinco pequeños ejemplares representando cerdos y morfología indeterminada (tipo 4?). Granito.

Bibliografía: Santos Júnior 1985: 35; Matos da Silva 1988: BRD68-72.

### 365. VILA DE SINOS

Procedencia: Desconocida. Se conserva embutida en la casa de D. Manuel José Falcão.

Descripción: Cerdo. Tipo indeterminado.

Bibliografía: Santos Júnior 1985: 35; Matos da Silva 1988: BRD67.

### 366. VILA DE SINOS

Procedencia: Desconocida. Se conserva en el atrio de la Iglesia.

Descripción: Cerdo (113 x 57 x 36 cm.). Tipo 3. Granito. Tiene rotos el hocico y las extremidades desde su arranque.

Bibliografía: Alves 1934: 545; Santos Júnior 1975: 451-453; Matos da Silva 1988: BR39; López Monteagudo 1989: 116, nº 261, lám. 84.

### 367. VILA FLOR

Procedencia: Castro de Nossa Senhora da Assunção. Hallado en la vertiente sur del yacimiento. Se conserva en el Museo de Vila Flor.

Descripción: Cerdo (150 x 131 x 48 cm.). Tipo 1. Granito. La escultura se conserva completa pero partida en varios trozos que se han restaurado. Tiene roto el hocico.

Bibliografía: Santos Júnior 1975: 484-486; Matos da Silva 1988: Quadro I, BR51; López Monteagudo 1989: 116-117, nº 262, lám. 84.

### 368. VILA VELHA DA SANTA CRUZ DA VILARIÇA

Procedencia: Castro de Derruía (?). Se desconoce su paradero actual.

Descripción: Cerdo. Tipo 4. Granito.

Bibliografía: Santos Júnior 1981b: 156 ss.; Matos da Silva 1988: Quadro I, BRD73.

## PROVINCIA DE ZAMORA

### 369. ABELON

Procedencia: Halladas en el solar del pueblo, al abrirse los cimientos para construir la nueva casa rectoral. Se trata de varias figuras de pequeño tamaño que aparecieron en el interior de diversas sepulturas. Paradero actual desconocido.

Descripción: Toros. Tipo 5 (?). Granito.

Bibliografía: Sevillano 1978: 36; López Monteagudo 1989: 117, nº 263.

### 370. ALMARAZ DE DUERO

Procedencia: Estuvo embutida entre los materiales de construcción de la Ermita de San Pelayo, a unos 2,5 km. al sureste de Almaraz, junto al Duero, e inmediata al conocido santuario protohistórico. Paradero actual desconocido.

Descripción: Toro de pequeñas dimensiones. Tipo 5 (?). Arenisca. Conserva el tronco y la cabeza.

Bibliografía: Benito y Grande 1992: 43.

### 371. CAMPILLO

Procedencia: En las inmediaciones de la citada localidad.

Descripción: Cerdo. Cabeza exenta (?). Granito.

Bibliografía: Martín García y García Diego 1990: 35, nota 44.

## CATALOGO GENERAL

### 372. FARIZA

- Procedencia: Castro de Fariza. Hallada en el interior de una sepultura de la ermita del castillo. Paradero actual desconocido.  
Descripción: Toro. Tipo 5 (?). Granito.  
Bibliografía: Diego Santos 1955: 36 ss.; López Monteagudo 1989: 117, nº 264.

### 373. MADRIDANOS

- Procedencia: Madridanos. Se encuentra en una colección particular, en paradero desconocido.  
Descripción: Toro (60 x 30 x - cm.). Tipo 5. Arenisca. La pieza está completa a excepción de las extremidades, que se advierten rotas a la altura de las rodillas y los corvejones.  
Bibliografía: Martín García y García Diego 1990: 27, lám. 3, fig. 4.

### 374. MORAL DE SAYAGO

- Procedencia: Halladas a la salida del pueblo, hacia el oeste. Se trata de un conjunto de pequeñas esculturas habidas en varias sepulturas. Se desconoce su paradero actual.  
Descripción: Cerdos. Tipo 4 (?). Granito.  
Bibliografía: Garnacho 1875; Gómez Moreno 1927: 29; López Monteagudo 1989: 117, nº 265.

### 375. MUELAS DEL PAN

- Procedencia: Castro de San Esteban. La escultura estaba reutilizada formando parte del lienzo meridional de la muralla del poblado. Se conserva en la plaza del Ayuntamiento.  
Descripción: Toro (138 x 55 x 34 cm.). Tipo 3. Granito. Tiene parcialmente roto el morro y las extremidades desde su arranque. Sobre el dorso ostenta una inscripción funeraria latina. Martín Valls y Delibes (1982: 49) dan la siguiente lectura: Calpurnio / Capitonis / filio an(norum) LX.  
Bibliografía: Martín Valls y Delibes 1982: 48-50; López Monteagudo 1989: 117-118, nº 266, lám. 85; Martín García y García Diego 1990: 29.

### 376. MUELAS DEL PAN

- Procedencia: Castro de San Esteban. Se conserva en el mismo lugar.  
Descripción: Toro (44 x - x 22 cm.). Tipo 5. Granito. Le falta la cabeza y las extremidades se advierten rotas por debajo de los antebrazos.  
Bibliografía: Martín Valls y Delibes 1982: 48; López Monteagudo 1989: 118, nº 267; Martín García y García Diego 1990: 31, lám. 7, fig. 15.

### 377. MUELAS DEL PAN

- Procedencia: Castro de San Esteban. Se conserva en el Museo Provincial de Zamora.  
Descripción: Toro (34 x - x 21 cm.). Tipo 5. Granito. Sólo conserva la mitad posterior.  
Bibliografía: Martín Valls y Delibes 1982: 48; López Monteagudo 1989: 118, nº 268; Martín García y García Diego 1990: 31, 33.

### 378. MUELAS DEL PAN

- Procedencia: Castro de San Esteban. Apareció empotrada en un muro cercano al yacimiento. Se conserva en el depósito municipal de Muelas.  
Descripción: Toro (85 x 45 x - cm.). Tipo 3. Arenisca. Sólo conserva la cabeza y la mitad anterior del tronco.  
Bibliografía: Martín García y García Diego 1990: 29, lám. 7, fig. 13.

### 379. MUELAS DEL PAN

- Procedencia: Castro de San Esteban. Se conserva en el depósito municipal de Muelas.  
Descripción: Toro (19 x 18 x - cm.). Cabeza exenta (?). Granito.  
Bibliografía: Martín García y García Diego 1990: 31, lám. 7, fig. 14.

### 380. MUELAS DEL PAN

- Procedencia: Castro de San Esteban (?). Se conserva en el Museo Provincial de Zamora.  
Descripción: Toro (27 x 14 x - cm.). Tipo indeterminado. Granito. Se trata de un fragmento correspondiente a la parte delantera inferior.  
Bibliografía: Martín García y García Diego 1990: 33.

### 381. PINO

- Procedencia: Cerro de San Gil, en un yacimiento próximo al pueblo y con materiales romanos. La escultura fue hallada en el interior de una sepultura.  
Descripción: Toro. Tipo indeterminado. Paradero actual desconocido.  
Bibliografía: Gómez Moreno 1927: 36; López Monteagudo 1989: 118, nº 269.

### 382. SAN VITERO

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

- Procedencia: Desconocida, aunque se conocen varios castros en las inmediaciones (Esparza 1987: 373). Se conserva junto a la iglesia parroquial.
- Descripción: Toro (120 x 100 x 62 cm.). Tipo 1. Granito. Sólo se conserva la mitad delantera, apreciándose rotas las extremidades por debajo de los antebrazos.
- Bibliografía: Gómez Moreno 1927: 10-11; López Monteagudo 1989: 118, nº 270, lám. 86; Martín García y García Diego 1990: 27, 29, lám. 4, fig. 6.

### 383. SEJAS DE ALISTE

- Procedencia: Cerro Los Barreros. Probablemente se halló en la ladera oriental del yacimiento. La escultura fue rota para embutirla en el muro de una casa.
- Descripción: Toro. Tipo 5 (?). Granito.
- Bibliografía: Sevillano 1978: 262-263; Esparza 1987: 128; López Monteagudo 1989: 118, nº 271.

### 384. TORO

- Procedencia: Desconocida, aunque el análisis del tipo granítico de la escultura pondría de manifiesto que procede de la zona de Avila (Martín Valls 1974: 81). Se conserva en Toro.
- Descripción: Toro (250 x 95 x 66 cm.). Tipo 1. Granito. Le falta el morro y las extremidades están rotas por debajo de los antebrazos.
- Bibliografía: Ceán Bermúdez 1832: 189; Martín Valls 1974: 70-72, 81; López Monteagudo 1989: 118-119, nº 272, lám. 86; Martín García y García Diego 1990: 27, lám. 3, fig. 5.

### 385. VILLALAZAN

- Procedencia: Finca El Alba, asociada a un yacimiento que ha proporcionado materiales romanos y de la Edad del Hierro. Se conserva en el Museo Provincial de Zamora.
- Descripción: Cerdo (53 x - x - cm.). Tipo 4. Arenisca. Tiene las extremidades rotas desde su arranque.
- Bibliografía: Sevillano 1978: 316-317; López Monteagudo 1989: 119, nº 273, lám. 86; Martín García y García Diego 1990: 25, lám. 2, fig. 2.

### 386. VILLALCAMPO

- Procedencia: Castro de Santiago. Se desconoce el lugar exacto y las circunstancias del hallazgo. Se conserva en el Museo Provincial de Zamora.
- Descripción: Toro (52 x 33 x 20 cm.). Tipo 5. Granito. Tiene rota la cabeza y las extremidades, desde su arranque las delanteras y a la altura de los corvejones las traseras. Ofrece una inscripción funeraria en el costado derecho, que López Monteagudo (1989: 138) lee así: MO[...]/BO[...].
- Bibliografía: Diego Santos 1955: 38 ss.; López Monteagudo 1989: 119, nº 274, lám. 87; Martín García y García Diego 1990: 33, lám. 5, fig. 8.

### 387. VILLALCAMPO

- Procedencia: Castro de Santiago. Se desconoce el lugar exacto y las circunstancias del hallazgo. Se conserva en el Museo Provincial de Zamora.
- Descripción: Toro (40 x 25 x 13 cm.). Tipo 5. Granito. La escultura está completa aunque tiene el morro roto.
- Bibliografía: Diego Santos 1955: 38 ss.; López Monteagudo 1989: 119-120, nº 275, lám. 87; Martín García y García Diego 1990: 31, lám. 6, fig. 11.

### 388. VILLALCAMPO

- Procedencia: Castro de Santiago. Se desconoce el lugar exacto y las circunstancias del hallazgo. Se conserva en el Museo Provincial de Zamora.
- Descripción: Toro (64 x 30 x 24 cm.). Tipo 5. Granito. La escultura tiene rota la cabeza y las extremidades faltan a la altura de las rodillas y los corvejones.
- Bibliografía: Diego Santos 1955: 38 ss.; López Monteagudo 1989: 120, nº 276, lám. 87; Martín García y García Diego 1990: 33, lám. 6, fig. 10.

### 389. VILLALCAMPO

- Procedencia: Castro de Santiago. Se desconoce el lugar exacto y las circunstancias del hallazgo. Se conserva en el Museo Provincial de Zamora.
- Descripción: Toro (106 x 30 x 28 cm.). Tipo 3. Granito. Sólo conserva la cabeza y las extremidades. En el costado derecho ofrece una inscripción funeraria latina. López Monteagudo (1989: 138) da la siguiente lectura, que fecha en el siglo II d.C.: D(is) M(anibus) S(acrum) Frontoni / Aureli. filio vixit an(nis). XXII.
- Bibliografía: Diego Santos 1955: 38 ss.; López Monteagudo 1989: 120, nº 277, lám. 87; Martín García y García Diego 1990: 29.

### 390. VILLALCAMPO

- Procedencia: Hallada a un km. al norte del castro de Santiago. Se conserva empotrada en la pared de una casa del pueblo.

## CATALOGO GENERAL

- Descripción: Toro (58 x 25 x - cm.). Tipo 5. Granito. Conserva la cabeza y el tronco, advirtiéndose rotas las extremidades por debajo de los antebrazos.
- Bibliografía: Martín Valls y Delibes 1982: 67; López Monteagudo 1989: 120, nº 278, lám. 88; Martín García y García Diego 1990: 31.

### 391. VILLALCAMPO

- Procedencia: Hallada en el castro o en sus inmediaciones. Estuvo durante un tiempo en una casa del lugar, pero se desconoce su paradero actual.
- Descripción: Toro (?). Tipo indeterminado. Granito.
- Bibliografía: Martín Valls y Delibes 1982: 67.

### 392. VILLARDIEGUA DE LA RIBERA

- Procedencia: Hallada en el castro de San Mamede o en sus inmediaciones. Se conserva junto a la Iglesia parroquial de Villardiegua.
- Descripción: Toro (212 x 117 x 38 cm.). Tipo 1. Granito. La escultura está completa y en buen estado.
- Bibliografía: Gómez Moreno 1927: 28-29; Martín Valls 1974-75: 283; López Monteagudo 1989: 120-121, nº 279, lám. 88; Martín García y García Diego 1990: 25, 27, lám. 2, fig. 3.

### 393. VILLARDIEGUA DE LA RIBERA

- Procedencia: Castro de San Mamede. Se conserva en la pared exterior de una casa muy cerca de la Iglesia parroquial de Villardiegua.
- Descripción: Toro (22 x 21 x 9 cm.). Cabeza exenta. Granito. Está completa y en buen estado. En el extremo posterior presenta un trozo de mayor diámetro para ir embutida en la pared.
- Bibliografía: Morán 1946: 131; Martín Valls 1974-75: 283-284; López Monteagudo 1989: 121, nº 280, lám. 88; Martín García y García Diego 1990: 33 y 35.

### 394. VILLARDIEGUA DE LA RIBERA

- Procedencia: Castro de San Mamede. Aparecido en Villardiegua de la Ribera al reformar una antigua vivienda.
- Descripción: Toro (62 x 27 x - cm.). Tipo 5. Granito. Las extremidades se advierten rotas por encima de las rodillas. Este ejemplar podría ser el mismo que cita Gómez Moreno (1927: 29), sin peana, procedente de la Ermita de San Mamede y trasladado a Villardiegua.
- Bibliografía: Benito et alii 1987; Martín García y García Diego 1990: 31, lám. 6, fig. 12.

### 395. VILLARDIEGUA DE LA RIBERA

- Procedencia: Castro de San Mamede. Aparece reaprovechada en uno de los cercados próximos a la entrada del poblado.
- Descripción: Toro (122 x 68 x 43 cm.). Tipo indeterminado. Granito. La pieza no es segura pero parece tratarse de una escultura a medio hacer. Sólo es posible discernir el perfil lateral derecho.
- Bibliografía: Alvarez-Sanchis 1993b: 159-160, fig. 2,5, lám. 1B.

El hallazgo en las recientes excavaciones del castro zamorano de San Esteban, en Muelas del Pan, de más de una docena de piezas reutilizadas en la muralla, en la fase tardorromana del yacimiento (F. Fabián y H. Larrén, com. pers.), implica un nuevo elenco que se añade al ya publicado (véase nº 375-380 del catálogo). Los datos que disponemos sobre estas representaciones y su cuantía exacta son todavía escasos e imprecisos, motivo este por el cual habremos de abordar su estudio en un catálogo posterior. Con todo, no resulta exagerado afirmar que el corpus de toros y verracos conocido supera ampliamente hoy los cuatro centenares de piezas. Tenemos además la noticia de cinco nuevas esculturas, cuya existencia no ha podido ser por ahora confirmada: un toro, actualmente conservado en la localidad granadina de Capileira aunque trasladado desde Avila según el testimonio de los vecinos del pueblo (Alvarez-Sanchis 1993b: 165, nota 10), un verraco procedente de una finca de Santa María del Tiétar (Avila), es muy probable que de factura reciente (L.C. San Miguel com. pers.), otro hallado en Piedralaves pero destruido, y dos esculturas oriundas de Avila pero llevadas al Monasterio de San Antonio (La Cabrera, Madrid) por Jiménez Díaz. Desaparecieron al cabo de un tiempo y podrían conservarse en el término de Torrelaguna (A. Dávila, com. pers.).

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

## APENDICE II.

**MATRIZ DE DATOS DEL ANALISIS DE CORRESPONDENCIAS:  
ESCULTURAS DE TOROS**

[illegible]

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

```

45  001000100011000100010101010110001010001100100011000
46  000100010011000010101010101010010010100101010101010
47  0001000100110000101010011101000010010000101010101010
48  0001000100110000101010011101000110010100101010101010
49  0001000100110000000000000000000110100100101010101010
50  001001000010001100000100000010001010001100101010100
51  01000100010100000000000000000000000000000000101010101
52  010001000101000010000001000010001100001101001100101
53  001000100001000001101001010100001101000101000101000
54  010001000101000100101001010101001011000101010101001
55  010001000100001010000000000000001100001100101101001
56  010001000100010100101001010100101011000100101011001
57  001001000001000010101001010100101101000100100101000
58  010001000100010010001001010100101011000101010101010
59  010001000100010100010001010100101101000100101010101
60  010001000101000000101001010100101101000011001100100
61  010000100100010010011010010100101011000100101010101
62  001001000000001100101010010101001010010100100100000
63  001000100000001010101010010100001101000100110011000
64  001000100001000010101001100101001011000101001101000
65  010001000100010010011001010100101010001010101010101
66  01000100010001010000000000000000101101000010101010101
67  010001000100010100011001010100101011000010101010101
68  01000000100010100000000000000000000000000000101010101
69  01000100010001010000000000000000000000000000101010101
70  010001000100001010100101010110001011000101010100000
71  0001000100100010001010011101000110010000001001000001
72  001000100101000000011001010110001010000010101010101
73  001001000101000000010101010110001100001010101011001
74  001000100001000000000000000000000000000000011010101000
75  000010000000010000100110010100001010000000110000000
76  1000010000000001001101010101001001101000101000100000
77  001001000000000100100000000000000000000000011000101000100000
78  00010001001100000100100000000000000000000001101000101010
79  100010001000001100100101011000001010001010101010100
80  00010001001000100010001000011001000100001000000001000101
81  000001000101000000000000000000000000000000010000010001101001010101
82  00010001001000100000000000000000000000000001100110010110
83  000100100011000100101001100101010010001100101011001
84  000100100010100001101010101001001010001101000100000
85  0010001000110000101000101001000101100010110001010101010
86  01000000100001000000000000000000000000000001011001100101
87  01000100010000110010101010101000001010010010100100001
88  1000000010000010000000000000000000000000000100010101010100
89  0010010000010000101010011101010001010001101001101001
90  10001000100000100000000000000000000000000001010000101010101
91  100010001000001100100110011001001101000100100101010101
92  0100010000000011001010010101000011010001001000100010000
93  00010010001000000010100110010100110000000010000000000
94  000100100010100001100001100101001010001101000100000
95  10001000000000001000000010000000001101000010100010000
96  10001000100000110010100101010000110000101010101010101
97  1000100000000010000000000000000000000000000101000011001100100
98  0100010000000000100101001011000001100100010100010000
99  10000000100000010010100101010000100000000000100100000
100 00010100001100010010101010100101010010100100101010101

```

- Variables:

A. Longitud  
B. Anchura

K. Representación de la papada  
L. Tablas en cuello y papada



## ANALISIS DE CORRESPONDENCIAS

C. Altura	M. Espinazo
D. Tipo de pedestal	N. Posición del rabo
E. Cara superior del tronco	O. Organos genitales
F. Testuz	P. Antebrazos delanteros
G. Mandíbula	Q. Rodillas delanteras
H. Orejas	R. Antebrazos traseros
I. Cornamenta	S. Rodillas traseras
J. Ojos	T. Pezuñas

- Esculturas (los números entre paréntesis indican su correspondencia con el catálogo):

1. Arévalo (1)	51. Tornadizos de Avila (125)
2. Arévalo (2)	52. Tornadizos de Avila (126)
3. Avila (5)	53. Tornadizos de Avila (128)
4. Avila (6)	54. Tornadizos de Avila (129)
5. Avila (8)	55. Tornadizos de Avila (130)
6. Avila (10)	56. Tornadizos de Avila (131)
7. Avila (12)	57. Tornadizos de Avila (132)
8. Avila (21)	58. Tornadizos de Avila (133)
9. Avila (27)	59. Tornadizos de Avila (134)
10. Avila (28)	60. Tornadizos de Avila (135)
11. Avila (31)	61. Tornadizos de Avila (136)
12. Avila (33)	62. Tornadizos de Avila (137)
13. Avila (35)	63. Tornadizos de Avila (138)
14. Avila (36)	64. Tornadizos de Avila (139)
15. Avila (37)	65. Tornadizos de Avila (140)
16. Avila (38)	66. Tornadizos de Avila (141)
17. Avila (39)	67. Tornadizos de Avila (142)
18. Avila (40)	68. Tornadizos de Avila (143)
19. Avila (46)	69. Tornadizos de Avila (144)
20. Bernuy-Salinero (50)	70. Vicolozano (150)
21. Bernuy-Salinero (51)	71. Villanueva del Campillo (152)
22. Bernuy-Salinero (52)	72. Villatoro (153)
23. Candeleda (56)	73. Villatoro (154)
24. Cardeñosa (63)	74. Villaviciosa (156)
25. Cardeñosa (64)	75. Lara de los Infantes (164)
26. Chamartín de la Sierra (69)	76. Botija (176)
27. Chamartín de la Sierra (70)	77. Madrigalejo (187)
28. Martiherrero (74)	78. Segura de Toro (193)
29. Martiherrero (75)	79. Santa Marinha do Zézere (207)
30. Martiherrero (76)	80. Fuenteguinaldo (224)
31. Martiherrero (77)	81. Juzbado (228)
32. Muñogalindo (89)	82. Salamanca (244)
33. Muñogalindo (90)	83. Tabera de Abajo (247)
34. Narrillos de San Leonardo (91)	84. Segovia (256)
35. Padiernos (95)	85. Castillo de Bayuela (266)
36. Papatrigo (96)	86. Puebla de Montalbán (276)
37. Riofrío (97)	87. Totanés (290)
38. Riofrío (99)	88. Freixo de Espada-à-Cinta (332)
39. San Miguel de Serrezuela (110)	89. Parada de Infanções (351)
40. Santa María del Arroyo (112)	90. Ligares (346)
41. Sto. Domingo las Posadas (113)	91. Vila de Sinos (359)

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

- |                               |                                      |
|-------------------------------|--------------------------------------|
| 42. Solosancho (116)          | 92. Muelas del Pan (375)             |
| 43. Sotalvo (117)             | 93. San Vitero (382)                 |
| 44. Sotalvo (118)             | 94. Toro (384)                       |
| 45. Sotalvo (119)             | 95. Villalcampo (386)                |
| 46. El Tiemblo (120)          | 96. Villalcampo (387)                |
| 47. El Tiemblo (121)          | 97. Villalcampo (388)                |
| 48. El Tiemblo (122)          | 98. Villalcampo (389)                |
| 49. El Tiemblo (123)          | 99. Villalcampo (390)                |
| 50. Tornadizos de Avila (124) | 100. Villardiegua de la Ribera (392) |

### MATRIZ DE DATOS DEL ANALISIS DE CORRESPONDENCIAS: ESCULTURAS DE CERDOS

1	0010010010100101100110010110101010101001
2	0010010011010001100110000110001000100000
3	1000000101010010010101000000100101010001
4	0010010010101010101010100110101010101010
5	0010010101010010100110011010101010101010
6	0010010001010010100110010010101001101010
7	0010100101000100000000001010100101101001
8	0010010011001010101010101010101010101010
9	0100100100100001000001101010011000101000
10	0010010101000110010110010010011001011010
11	00100100110000000000000000110100110101010
12	0010010011000101100101010110101001101010
13	0010010011010010100110101010101001101010
14	0100100001000001000001011010011000100000
15	01000100001000100000000100110011010010100
16	01000100101000100000000101010010101011001
17	0100100100100010000000010110010101010101
18	00000101001000100000000100110010101010101
19	0100100000110001000000101010000100011000
20	010010010011001010011010101010011010100010
21	01001001000100101001101000000110100000010
22	0100100000010010010110101010001000100000
23	0010010010010010010001100010000100010000
24	00100100000101010100110101010010110010100
25	0100100000010010010110100000001000000000
26	0100100000010010101010101010101000100010100
27	0100100100010010100010001010011001100010
28	00101000000101001010001100110000100100000
29	01001001001000001010010100110010110011000
30	00100100101000100000000100101010110011010
31	001001001101001010011001011001100110101010
32	00100100110100101010101010011001100110101010
33	00101000000100001000000100110101000100100
34	0100100100100110011010010110100101010101
35	001001000001000000000000010110101000100000
36	01001000000000010000001101010011001101000
37	01001001010010101001101001100110011001101010
38	00101000000100000000000100110001000100100
39	00001001001000001000000010110010101010101
40	01001001001100011000000101100110011000000
41	00100100000100010100010101010101000101000

## ANÁLISIS DE CORRESPONDENCIAS

42	0010100010101010100110010110101010101000
43	0100000101010001010001010101100101010101
44	0100100000100001000000000101100100010100
45	0100100100100101010001100110100101010100
46	0010010100000001010110100101100101101001
47	0000100000010010011010100000010101000000
48	0010100100100101011010100110010110010101
49	10010010001000000000000000110010101010101
50	0010010000100001000100100110100101010100
51	0100100100101010100101101010100100010000
52	0100100100101010100101101010100101011001
53	01001000001100101010101001001001001010000
54	01001000000000010000001100110000000010100
55	1001000000100001010101010000000100010000
56	0100100000010010100101000110000100010000
57	1001001000000001000000100110000100010100
58	1001001000100001010101010101010100010100
59	1001001000100010000000100101000100010100
60	1000101000100001000000100010010100010100
61	1001001000100101010101000101010101010100
62	10010010000000001000000100101010110010000
63	10000010000000001000001010101000100010000
64	1000101000100000000000000001100101010100
65	1000001000101001010101100101010101010101
66	001001001010101010011010100110100101011001
67	00100101010000000000000010110010110011001
68	0010010010110010010100010110100101011001
69	1001001000100010000001100110100101011001
70	0100100000101010000001100110000100010000
71	0100100010101001010110100101100101011001
72	1001000000010010010110101001000100010000

- Esculturas (los números entre paréntesis indican su correspondencia con el catálogo):

1. Avila (11)	36. Lumbrales (236)
2. Avila (17)	37. Lumbrales (237)
3. Avila (23)	38. Masueco (238)
4. Avila (29)	39. San Felices los Gallegos (245)
5. Avila (30)	40. Coca (254)
6. Avila (32)	41. Segovia (257)
7. Avila (34)	42. Segovia (258)
8. Cardeñosa (62)	43. Alcolea de Tajo (261)
9. Cardeñosa (65)	44. Alcolea de Tajo (262)
10. Mingorría (85)	45. Oropesa (275)
11. El Oso (94)	46. Torralba de Oropesa (284)
12. Tornadizos de Avila (127)	47. Torralba de Oropesa (285)
13. Vicolozano (149)	48. Torralba de Oropesa (286)
14. Villatoro (155)	49. Açoreira (292)
15. Almofala (158)	50. Bragança (295)
16. Almofala (159)	51. Cabanas de Baixo (296)
17. Castelo Mendo (160)	52. Cabanas de Baixo (299)
18. Castelo Mendo (161)	53. Cabanas de Baixo (300)
19. Paredes da Beira (162)	54. Cabanas de Baixo (301)
20. Botija (175)	55. Duas Igrejas (313)
21. Botija (177)	56. Failde (314)
22. Cáceres (181)	57. Freixo de Espada-à-Cinta (316)
23. Cáparra (182)	58. Freixo de Espada-à-Cinta (317)

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

- |                                   |                                    |
|-----------------------------------|------------------------------------|
| 24. Carrascalejo de la Jara (183) | 59. Freixo de Espada-á-Cinta (319) |
| 25. Coria (184)                   | 60. Freixo de Espada-á-Cinta (322) |
| 26. Madrigalejo (186)             | 61. Freixo de Espada-á-Cinta (324) |
| 27. Torrequemada (198)            | 62. Freixo de Espada-á-Cinta (325) |
| 28. Valdelacasa de Tajo (200)     | 63. Freixo de Espada-á-Cinta (333) |
| 29. Villar del Pedroso (202)      | 64. Freixo de Espada-á-Cinta (344) |
| 30. Villar del Pedroso (205)      | 65. Ligares (345)                  |
| 31. Ciudad Rodrigo (221)          | 66. Murça de Panoias (350)         |
| 32. Gallegos de Argañán (226)     | 67. Picote (354)                   |
| 33. La Redonda (229)              | 68. Torre de Dona Chama (356)      |
| 34. Larrodrigo (230)              | 69. Vila de Sinos (358)            |
| 35. Ledesma (231)                 | 70. Vila de Sinos (366)            |
|                                   | 71. Vila Flor (367)                |
|                                   | 72. Villalazán (385)               |

### - Variables:

- |                               |                                 |
|-------------------------------|---------------------------------|
| A. Longitud                   | J. Espinazo                     |
| B. Anchura                    | K. Rabo                         |
| C. Altura                     | L. Organos genitales            |
| D. Tipo de pedestal           | M. Posición de las extremidades |
| E. Cara anterior de la cabeza | N. Antebrazos delanteros        |
| F. Orejas                     | O. Rodillas delanteras          |
| G. Mandíbula                  | P. Jamones                      |
| H. Colmillos                  | Q. Corvejones                   |
| I. Ojos                       | R. Pezuñas                      |

## ANALISIS DE CORRESPONDENCIAS

## BIBLIOGRAFIA

- Abad, M. (1995): *Aproximación a la economía monetaria en la provincia de Avila durante la Edad Antigua*. En M<sup>a</sup>.P. García-Bellido y R.M. Sobral Centeno (eds.), La Moneda Hispánica. Ciudad y Territorio. Anejos de Archivo Español de Arqueología, XIV: 207-214.
- Abad, L. y Mora, G. (1979): *Una nueva "cabeza cortada" en Extremadura*. Homenaje a C. Callejo Serrano. Cáceres: 21-30.
- Abascal, J.M. (1995): *Las inscripciones latinas de Santa Lucía del Trampal (Alcuéscar, Cáceres) y el culto de Ataecina en Hispania*. Archivo Español de Arqueología, 68: 31-105.
- Abásolo, J.A. y García Rozas, R. (1990): *Sobre las estelas zamoranas y su ornamentación*. Actas del Primer Congreso de Historia de Zamora, tomo II: 545-559.
- Abásolo, J.A. y Ruiz Vélez, I (1976-77): *El yacimiento arqueológico de Castrojeriz. Avance al estudio de las cerámicas indígenas*. Sautuola, II: 263-280.
- Abásolo, J.A.; Ruiz, I. y Pérez, F. (1983): *Castrojeriz I: El vertedero de la Colegiata*. Noticiario Arqueológico Hispánico, 17: 191-319.
- Acuña, F. (1992): El arte castreño del Noroeste. Cuadernos de Arte Español, 38. Historia 16. Madrid.
- Adouze, F. y Buchsenschutz, O. (1989): Villes, villages et campagnes de l'Europe Celtique. Paris.
- Aguilar, A. y Guichard, P. (1993): *Lacimurga. La ciudad antigua y su entorno*. Revista de Arqueología, 144: 32-38.
- (1995): La ciudad antigua de Lacimurga y su entorno rural. Badajoz. Colección Arte-Arqueología, nº 14.
- Aguilar-Tablada, B. (1996): Augustobriga: poblamiento prerromano y romano en la cuenca media del Tajo (s. V a.C.-II d.C.). Memoria de Licenciatura inédita. Universidad Complutense de Madrid.
- (1997): *Augustobriga. Una ciudad romana bajo las aguas*. Revista de Arqueología, 190: 38-47.
- Aguilera y Gamboa, E. (1911): Páginas de la Historia Patria por mis excavaciones arqueológicas. Vol. III. Obra inédita.
- Albertos, M<sup>a</sup>.L. (1966): La onomástica personal primitiva de Hispania: Tarraconense y Bética. Acta Salmanticensia 13, Salamanca.
- (1975): *Organizaciones suprafamiliares en la Hispania Antigua*. Boletín del Seminario de Arte y Arqueología, 40-41: 5-66.

## BIBLIOGRAFIA

- (1979): Vettones y lusitanos en los ejércitos imperiales. Homenaje a C. Callejo Serrano. Cáceres: 31-45.
- (1983): Onomastique personnelle indigène de la Péninsule Ibérique sous la domination romaine. En W. Haase (ed.), Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt II, 29, 2, Berlin: 853-892.
- (1990): Los topónimos en -briga en Hispania. Veleia, 7: 131-146.
- Alekhsin, V.A. (1983): Burial Customs as an Archaeological Source. Current Anthropology 24 (2): 137-149.
- Alexander, J. (1972): The beginnings of Urban Life in Europe. En P.J. Ucko, R. Tringham y G.W. Dimbley (eds.), Man, Settlement and Urbanism. Duckworth, Londres: 843-850.
- Alfaro, C. (e.p.): Vías pecuarias y romanización en la Península Ibérica. En P. Cressier y J. Gómez-Pantoja (coords.), Aspectos del pastoreo en la Península Ibérica (Enero 1996). Casa de Velázquez, Madrid.
- Alföldi, A. (1974): Die Struktur des voretruskischen Römerstaates. Heidelberg.
- Almagro-Basch, M. (1935): El problema de la invasión céltica en España, según los últimos descubrimientos. Investigación y Progreso, 9: 180-184.
- (1939): La cerámica excisa de la primera Edad del Hierro de la Península Ibérica. Ampurias, 1: 138-158.
- (1952): La invasión céltica en España. En R. Menéndez Pidal (Dir.), Historia de España, I, 2: 1-278.
- Almagro-Gorbea, M. (1973): Pozo Moro: una nueva joya del Arte Ibérico. Bellas Artes, 28: 11-14.
- (1974a): Los tesoros de Sagrajas y Berzocana y los torques de oro macizo del occidente Peninsular. Actas del III Congreso Nacional de Arqueología. Porto: 259-282.
- (1974b): Orfebrería del Bronce Final en la Península Ibérica. El tesoro de la Abía de la Obispalía, la orfebrería tipo Villena y los cuencos de Axtroki. Trabajos de Prehistoria, 31: 39-100.
- (1974c): Los asadores de bronce del Suroeste. Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, LXXVII (1): 351-395.
- (1977): El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura. Biblioteca Prehistórica Hispana, XIV. Madrid.
- (1983): Pozo Moro. El monumento orientalizante, su contexto socio-cultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica. Madrider Mitteilungen, 24: 177-293 y láms. 12-34.
- (1985): La celtización de la Meseta: estado de la cuestión. † Congreso de Historia de Palencia. Palencia: 313-338.
- (1986-87): Los Campos de Urnas en la Meseta. Zephyrus, XXXIX-XL: 31-47.
- (1987a): El Bronce Final y el Inicio de la Edad del Hierro. 130 Años de Arqueología Madrileña. Madrid: 109-120.

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

- (1987b): Origen y significado de la escultura ibérica. Escultura Ibérica. Especial monográfico de Revista de Arqueología: 48-67.
  - (1989): Arqueología e Historia Antigua: el proceso protoorientalizante y el inicio de los contactos de Tartessos con el Levante mediterráneo. Estudios sobre la Antigüedad en Homenaje al profesor Santiago Montero Díaz. Anejos de Gerión, II: 277-288.
  - (1990): El período orientalizante en Extremadura. La Cultura Tartésica y Extremadura. Mérida, Cuadernos Emeritenses 2: 85-126.
  - (1991a): El mundo orientalizante en la Península Ibérica. Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici, vol. II. Roma. Consiglio Nazionale delle Ricerche: 573-599.
  - (1991b): Los Celtas en la Península Ibérica. En VV.AA., Los Celtas en la Península Ibérica. Madrid. Revista de Arqueología, número monográfico: 12-17.
  - (1991c): La necrópolis de Medellín. Influencia fenicia en los rituales funerarios tartésicos. I-IV Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica. Ibiza: 233-243.
  - (1991d): Las necrópolis ibéricas en su contexto mediterráneo. En J. Blázquez y V. Antona (coords.), Congreso de Arqueología Ibérica: Las Necrópolis. Serie Varia I. Madrid: 37-75.
  - (1992): El origen de los Celtas en la Península Ibérica. Protoceltas y Celtas. Pólis, 4: 5-31.
  - (1993a): La introducción del hierro en la Península Ibérica. Contactos precoloniales en el período protoorientalizante. Complutum, 4: 81-94.
  - (1993b): Los Celtas en la Península Ibérica: origen y personalidad cultural. En M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), Los Celtas: Hispania y Europa. Madrid, Actas: 121-173.
  - (1994a): Urbanismo de la Hispania "Céltica". Castros y Oppida del centro y occidente de la Península Ibérica. En M. Almagro-Gorbea y A.M. Martín Bravo (eds.), Castros y Oppida en Extremadura. Complutum, Extra 4. Madrid: 13-75.
  - (1994b): Saunas iniciáticas, termas celtibéricas y culto imperial. Mélanges Raymond Chevallier. Université de Tours, Caesarodunum XXVIII: 139-153.
  - (1995a): From Hillforts to Oppida in "Celtic" Iberia. En B. Cunliffe y S.J. Keay (eds.), Social Complexity and the Development of Towns in Iberia: from the Copper Age to the second century AD. London, Proceedings of the British Academy, vol. 86: 175-207.
  - (1995b): Iconografía numismática hispánica: jinete y cabeza varonil. En M<sup>a</sup>.P. García-Bellido y R.M. Sobral Centeno (eds.), La Moneda Hispánica. Ciudad y Territorio. Anejos de Archivo Español de Arqueología, XIV: 53-64.
  - (1996a): Ideología y Poder en Tartessos y el Mundo Ibérico. Real Academia de la Historia. Discurso leído el día 17 de Noviembre de 1996. Madrid.
  - (1996b): Sacred Places and Cults of Late Bronze Age Tradition in Celtic Hispania. Archäologische Forschungen Zum Kultgeschehen In Der Jüngerer Bronzezeit Und Frühen Eisenzeit Alteuropas. (Ergebnisse eines Kolloquiums in Regensburg, Oktober 1993). Universität Regensburg: 43-79.
- Almagro-Gorbea, M. y Alvarez-Sanchis, J.R. (1993): La "Sauna" de Ulaca: saunas y baños



## BIBLIOGRAFIA

iniciáticos en el mundo céltico. Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra, 1: 177-253.

Almagro-Gorbea, M.; Benito, J.E y Dávila, A. (1994): Las secuencias del Ecce Homo (Henares) y del valle del Tajuña: un ensayo de interpretación. Actas del IV Encuentro de Historiadores del Valle del Henares. Alcalá de Henares: 17-38.

Almagro-Gorbea, M. y Dávila, A. (1989): Ecce Homo. Una cabaña de la primera Edad del Hierro. Revista de Arqueología, 98: 29-38.

- (1995): El área superficial de los oppida en la Hispania "céltica". Complutum, 6: 209-233.

Almagro-Gorbea, M.; Domínguez, A. y López-Ambite, F. (1990): Cancho Roano. Un palacio orientalizante en la Península Ibérica. Madrid Mitteilungen, 31: 251-308.

Almagro-Gorbea, M. y Fernández Galiano, D. (1980): Excavaciones en el Cerro Ecce Homo (Alcalá de Henares, Madrid). Madrid.

Almagro-Gorbea, M. y Gran-Aymerich, J. (1991): El Estanque Monumental de Bibracte (Borgoña, Francia). Madrid, Complutum Extra 1.

Almagro-Gorbea, M. y Lorrio, A. (1987): La expansión céltica en la Península Ibérica: una aproximación cartográfica. I Simposium sobre los Celtíberos. Institución Fernando El Católico, Zaragoza: 105-122.

- (1991): Les Celtes de la Péninsule Ibérique au IIIème siècle av. J.-C. Actes du IX Congrès International d'études celtiques (Paris 1991), première partie: Les Celtes au III siècle avant J.-C. Paris. Etudes Celtiques XXVIII: 33-46.

- (1992): Representaciones humanas en el arte céltico de la Península Ibérica. II Symposium de Arqueología Soriana, I: 411-451.

Almagro-Gorbea, M. y Martín Bravo, A. (1994): Medellín 1991. La ladera norte del cerro del Castillo. En M. Almagro-Gorbea y A.Mª. Martín (eds.), Castros y Oppida en Extremadura. Madrid. Complutum Extra 4: 77-127.

Almagro-Gorbea, M. y Ruiz Zapatero, G. (1992): Paleoetnología de la Península Ibérica. Reflexiones y perspectivas de futuro. En M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum, 2-3: 469-499.

Almagro-Gorbea y Torres, M. (e.p. \*): Las fibulas de jinete y caballito.

Alonso, P. (1995): El territorio de explotación económica de una comunidad de la Edad del Hierro: Las Cogotas. Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología (Vigo 1993). Vigo, vol II: 431-436.

Alonso, P. y Benito-López, J.E. (1991-92): Figuras zoomorfas de barro de la Edad del Hierro en la Meseta Norte. Zephyrus, XLIV-XLV: 525-536.

- (1992): Una cabeza de caballo procedente del castro de Las Cogotas (Cardeñosa, Avila). Trabajos de Prehistoria, 49: 365-372.

Alonso Fernández, J. (1981): Distribución geográfica y características de los suelos españoles. Estudios de Geografía. Homenaje a Alfredo Floristán. Pamplona: 19-27.

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

Altares, J. y Misiego, J.C. (1992): *La cerámica con decoración a peine de la necrópolis de Carratiermes (Montejo de Tiermes, Soria)*. II Symposium de Arqueologia Soriana, I. Soria: 543-558.

Alvarez Rojas, A. y Gil Montes, J. (1988): *Aproximación al estudio de las vías de comunicación en el primer milenio antes de Cristo en Extremadura*. Trabajos de Prehistoria, 45: 305-316.

Alvarez-Sanchís, J.R. (1990a): *Los "verracos" del Valle del Amblés (Avila): del análisis espacial a la interpretación socio-económica*. Trabajos de Prehistoria, 47: 201-233.

- (1990b): *La formación del registro arqueológico: las necrópolis celtibéricas del Alto Duero - Alto Jalón*. En F. Burillo (coord.), Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los Celtiberos. Institución Fernando el Católico, Zaragoza: 337-341.

- (1990c): *Recensión del libro de G. López Monteagudo, Esculturas Zoomorfas Celtas de la Península Ibérica*. Anejos de Archivo Español de Arqueología, X, 1989. Trabajos de Prehistoria, 47: 413-415.

- (1991): *La producción doméstica*. En VV.AA., Los Celtas en la Península Ibérica. Revista de Arqueología, número monográfico. Madrid: 76-81.

- (1993a): *Los castros de Avila*. En M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), Los Celtas: Hispania y Europa, Actas, Madrid: 255-284.

- (1993b): *En busca del verraco perdido. Aportaciones a la escultura zoomorfa de la Edad del Hierro en la Meseta*. Complutum, 4: 157-168.

- (1994): *Zoomorphic Iron Age sculpture in western Iberia: symbols of social and cultural identity?*. Proceedings of the Prehistoric Society, 60: 403-416.

- (1995): *Esculturas de verracos y etnicidad en el contexto de la romanización*. XXII Congreso Nacional de Arqueología (1993, Vigo). Vigo, vol. II: 343-347.

- (e.p.\*): *Los Vettones. Etnia e identidad cultural*. En M. Almagro-Gorbea (Dir.), Los Celtas en la Meseta: orígenes y nuevas interpretaciones. Universidad Internacional Menéndez Pelayo (Octubre-1993, Cuenca).

Alvarez-Sanchís, J.R. y Ruiz Zapatero, G. (e.p.\*): *Paisajes de la Edad del Hierro: Pastos, ganado y esculturas en el valle de Amblés (Avila)*. II Congreso de Arqueología Peninsular (Zamora, Septiembre 1996).

Alves, F.M. (1933): Guía Epigráfico do Museo do Abade de Baçal. Bragança.

- (1934): Memórias Histórico-Arqueológicas do Distrito de Bragança, IX. Porto.

- (1938): Memórias Arqueológico-Históricas do distrito de Bragança, Etnologia e Arte. Tomo X. Bragança.

Amberger, G. (1985): Studien über frühe Tiernochenfunde von der Iberischen Halbinsel. München.

Aranegui, C. (1975): *La cerámica gris monocroma. Puntualizaciones sobre su estudio*. Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia, 11: 333-379.

Aranguez, B. (1945): Exterior de las máquinas animales. Madrid.

## BIBLIOGRAFIA

d'Arbois de Jubainville, H. (1893): *Les Celtes en Espagne*. Revue Celtique, 14: 357-395.

- (1894): *Les Celtes en Espagne*. Revue Celtique, 15: 1-61.

Argente, J.L. (coord.) (1990): Tiernes. Guía del Yacimiento y Museo. Junta de Castilla y León, Soria.

- (1994): Las fibulas de la Edad del Hierro en la Meseta Oriental. Valoración tipológica, cronológica y cultural. Excavaciones Arqueológicas en España, 168. Madrid.

Arias, P.; Domínguez, M<sup>a</sup>.N., López, M. y Sánchez, J. (1984): *Introducción al estudio de las esculturas zoomorfas de la provincia de Avila*. Cuadernos Abulenses, 1: 13-37.

Arias, P.; López, M. y Sánchez, J. (1983): *La cultura de los verracos*. Revista de Arqueología, 28: 18-27.

- (1986): Catálogo de la escultura zoomorfa protohistórica y romana de tradición indígena de la provincia de Avila. Institución Gran Duque de Alba. Avila.

Ariz, L. (1607): Historia de las grandezas de la ciudad de Avila. Cuarta parte, Origen de los Estradas. Luis Martínez Grande, Alcalá de Henares (ed. facsímil de T. Sobrino, Caja General de Ahorros, Avila, 1978).

Armendáriz, J. (1989): *Estudio de los materiales de Sanchorreja procedentes de excavaciones antiguas*. Cuadernos Abulenses 12: 71-126.

Arnold, B. (1991): The material culture of social structure: rank and status in Early Iron Age Europe. Ann Arbor, U.M.I.

Arribas, A.; Pareja, E.; Molina, F.; Arteaga, O. y Molina, F. (1974): Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce "Cerro de la Encina", Monachil (Granada). (El corte estratigráfico nº 3). Excavaciones Arqueológicas en España, 81. Madrid.

Aubet, M.E. (1975): La Necrópolis de Setefilla en Lora del Río, Sevilla. Programa de Investigaciones Protohistóricas, II. Barcelona.

- (1983): *Aspectos de la colonización fenicia en Andalucía durante el s. VIII a.C.. En P. Bartolini (ed.), Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*. Roma: 815-824.

- (1984): *La aristocracia tartéssica durante el período orientalizante*. Opus III: 445-468.

- (1990): *El impacto fenicio en Tartessos: las esferas de interacción*. La Cultura Tartéssica y Extremadura. Mérida, Cuadernos Emeritenses 2: 29-44.

- (1994): Tiro y las colonias fenicias de occidente. Crítica. Edición ampliada y puesta al día. Barcelona.

Balado, A. (1987): *La secuencia protohistórica del yacimiento de Almenara de Adaja (Valladolid)*. Boletín del Seminario de Arte y Arqueología, LIII: 169-177.

Ballester, I.; Fletcher, D.; Pla, E.; Jordá, J. y Alcocer, A. (1954): Corpus Vasorum Antiquorum. Cerámica del Cerro de San Miguel de Liria. Madrid.

Ballesteros, E. (1896): Estudio Histórico de Avila y su territorio. Tipografía de Manuel Sarachaga,

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

Avila.

Baquedano, I. (1990): *Elementos relacionados con el caballo en tumbas inéditas de la Osera (zona II)*. En F. Burillo (coord.), Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los Celtiberos. Institución Fernando el Católico, Zaragoza: 279-286.

- (1996): *Elementos de filiación mediterránea en Avila durante la I y II Edad del Hierro*. Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología, 36: 73-90.

- (e.p.\*): *Las cerámicas de la zona I de La Osera (Chamartín de la Sierra, Avila). Algunas consideraciones sobre la introducción del torno en la Meseta*. En M. Almagro-Gorbea (Dir.), Los Celtas en la Meseta: orígenes y nuevas interpretaciones. Universidad Internacional Menéndez Pelayo (Octubre-1993, Cuenca).

Baquedano, I. y Escorza, C.M. (1995): *La estadística y su aplicación en Arqueología. El ejemplo de las necrópolis vettonas*. Revista de Arqueología, 176: 26-37.

- (e.p.\*): *Estructura espacial de una necrópolis vettona de la II Edad del Hierro: la zona I de la Osera (Chamartín de la Sierra, Avila). Algunas consideraciones sobre la distribución del registro funerario*. Complutum \*

Barfield, L. y Hodder, M. (1987): *Burnt mounds as saunas and the prehistory of bathing*. Antiquity, 61: 370-379.

Barranco, D. (1993): En busca de las raíces de Villanueva del Campillo. Institución "Gran Duque de Alba". Avila.

Barrett, J.C. (1994): Fragments from Antiquity -an archaeology of social life in Britain, 2900-1200 BC. Blackwell, Oxford.

Barrett, J.C.; Bradley, R. y Green, M. (1991): Landscape, Monuments and Society. The prehistory of Cranborne Chase. Cambridge University Press, Cambridge.

Barril, M.M. (1992): *Instrumentos de hierro procedentes de yacimientos celtibéricos de la provincia de Soria en el Museo Arqueológico Nacional*. Boletín del Museo Arqueológico Nacional, X: 5-24.

Barrio, J. (1986-87): *Elementos arquitectónicos del poblado prerromano de la Plaza del Castillo de Cuéllar (Segovia)*. Zephyrus, XXXIX-XL: 169-177.

- (1988): Las cerámicas de la necrópolis de Las Erijuelas. Cuéllar (Segovia). Diputación Provincial de Segovia.

- (1993): *Estratigrafía y desarrollo poblacional en el yacimiento prerromano de la Plaza del Castillo (Cuéllar, Segovia)*. En F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (eds.), Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca media del Duero. Junta de Castilla y León, Valladolid: 173-212.

Barrio Aldea, C. (1992): *El Oso. Un poblado de altura en la Sierra de San Vicente*. Actas de las Primeras Jornadas de Arqueología de Talavera de la Reina y sus tierras. Toledo: 301-305.

Barrios, A. (1995): *Historiografía general abulense*. En M. Mariné (coord.), Historia de Avila I. Prehistoria e Historia Antigua. Institución Gran Duque de Alba, Avila: XXXI-LXXII.

Barroso, R.M<sup>a</sup>. (1993): *El Bronce Final y la transición a la Edad del Hierro en Guadalajara*. Wad-Al-

## BIBLIOGRAFIA

*Hayara*, 20: 17-37.

Bejarano, V. (1955): *Fuentes antiguas para la historia de Salamanca*. *Zephyrus*, VI: 89-119.

Belén, M. y Escacena, J.L. (1992): *Las comunidades prerromanas de Andalucía Occidental*. En M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica*. Complutum, 2-3: 65-87.

Bellido, A. y Cruz, P.J. (1993): *Notas sobre el yacimiento protohistórico de Sieteiglesias (Matapozuelos, Valladolid)*. En F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (eds.), *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca media del Duero*. Junta de Castilla y León, Valladolid: 263-277.

Bello, J.M.; Criado, F. y Vázquez Varela, J.M. (1982): *Sobre la cultura megalítica y los caminos antiguos en Galicia*. *El Museo de Pontevedra*, XXXVI: 3-21.

Benet, N. (1990): *Un vaso pintado y tres dataciones de C-14 procedentes del cerro de San Pelayo (Martinamor, Salamanca)*. *Numantia*, III: 77-93.

- (1993): *Salamanca*. *Numantia*, 4: 333-350.

Benet, N.; Jiménez, M.C. y Rodríguez, M.B. (1991): *Arqueología en Ledesma, una primera aproximación: la excavación en la plaza de San Martín*. En M. Santonja (coor.), *Del Paleolítico a la Historia*. Junta de Castilla y León. Museo de Salamanca: 117-136.

Benito, L. y Grande, R. (1990): *"San Pelayo", santuario rupestre de Almaraz de Duero (Zamora)*. *Studia Zamorensia*, XI: 9-23.

- (1992): *Santuarios Rupestres Prehistóricos en las Provincias de Zamora y Salamanca*. Edición patrocinada por Iberdrola. Zamora-Salamanca.

- (1994): *Nuevos santuarios rupestres prehistóricos en las provincias de Zamora y Salamanca*. *Zephyrus*, XLVII: 113-131.

Benito, L.; Grande, R.; Martín, R.; García, A.J. y Lera, J.C. (1987): *El castro de San Mamede, en Villardiega de la Ribera (Zamora): nuevos descubrimientos arqueológicos*. *Studia Zamorensia*, VIII: 41-51.

Benzecri, J.-P. (1973): *L'analyse de correspondances* (volumen 2 de *L'analyse des données*). Dunod, Paris.

Berrocal-Rangel, L. (1992): *Los pueblos célticos del suroeste de la Península Ibérica*. Complutum, Extra 2. Madrid.

- (1994): *El Altar Prerromano de Capote. Ensayo etno-arqueológico de un ritual céltico en el Suroeste peninsular*. Excavaciones Arqueológicas en Capote. Beturia Céltica II. Madrid.

- (1995): *Arqueología de las fortificaciones griegas (III). Repercusión entre los iberos, púnicos y celtas*. *Revista de Arqueología*, 166: 25-35.

Bietti Sestieri, A.M.<sup>a</sup>. (1992): *The Iron Age Community of Osferia dell'Osa. A study of socio-political development in central Italy*. Cambridge University Press. Cambridge.

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

Bintliff, J.L. (1977): Natural environment and human settlement in prehistoric Greece. BAR, Supp. Series, 28. Oxford.

Blanco Freijeiro, A. (1965): El ajuar de una tumba de Cástulo. Oretania, 19: 7-60.

- (1984): Museo de los verracos celtibéricos. Boletín de la Real Academia de la Historia, CLXXXI, cuaderno 1: 1-60.

- (1988): Las estatuas de verracos y las fibulas zoomorfas celtibéricas. Espacio, tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua, I: 69-78.

Blanco García, J.F. (1986): Coca Arqueológica. Gabinete de Numismática del Museo Arqueológico Nacional, Madrid.

- (1988): Coca Arqueológica. Revista de Arqueología, 81: 46-55.

- (1992): El complejo alfarero vacceo de Coca (Segovia). Revista de Arqueología, 130: 34-41.

Blasco, M<sup>a</sup>.C. (1983): Un nuevo yacimiento del Bronce madrileño: el Negralejo (Rivas-Vaciamadrid, Madrid). Noticiario Arqueológico Hispánico, 17: 43-150.

- (1992): Etnogénesis de la Meseta Sur. En M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum, 2-3: 281-297.

Blasco, M<sup>a</sup>.C. y Alonso, M.A. (1985): Cerro Redondo. Fuente el Saz del Jarama. Excavaciones Arqueológicas en España, 143. Madrid.

- (1986-87): Paralelos arquitectónicos entre la Meseta Norte y el Alto Tajo durante la II Edad del Hierro. Zephyrus, XXXIX-XL: 159-168.

Blasco, M<sup>a</sup>.C. y Barrio, J. (1992): Las Necrópolis de la Carpetania. En J. Blázquez y V. Antona (coords.), Congreso de Arqueología Ibérica. Las Necrópolis. Universidad Autónoma de Madrid. Serie Varia 1: 279-312.

Blas Cortina, M.A. de (1984-85): El molde del castro leonés de Gusendos de los Oteros y las hachas de apéndices laterales curvos peninsulares. Zephyrus, XXXVII-XXXVIII: 227-296.

Blázquez, J.M<sup>a</sup>. (1957): La economía ganadera de la España Antigua a la luz de las fuentes literarias Griegas y Romanas. Emérita, XXV: 159-184.

- (1959): Chevaux et dieux dans l'Espagne antique. Ogam, 11: 21-35.

- (1962a): Cabezas inéditas del castro de Yecla (Salamanca). VII Congreso Nacional de Arqueología (Barcelona 1960). Zaragoza: 217-226.

- (1962b): Religiones Primitivas de Hispania, I: fuentes literarias y epigráficas. Madrid.

- (1968): Cáparra III. Excavaciones Arqueológicas en España, 67. Madrid.

- (1975a): Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente. Universidad de Salamanca. Salamanca (2<sup>a</sup> edición).

- (1975b): Diccionario de las religiones prerromanas de Hispania. Madrid.

## BIBLIOGRAFIA

- (1978): Economía de la Hispania Romana. Bilbao.
  - (1983): Primitivas religiones ibéricas II. Religiones prerromanas. Madrid.
  - (1991): Religiones en la España Antigua. Cátedra, Madrid.
- Blázquez Cerrato, C. (1995): Sobre las cecas celtibéricas de Tamusia y Sekaisa y su relación con Extremadura. Archivo Español de Arqueología, 68: 243-258.
- Bolviken, E.; Helskog, E.; Helskog, K; Holmosen, I.M.; Solheim, L. y Bertelsen, R. (1982): Correspondence analysis: an alternative to principal components. World Archaeology, 14 (1): 41-60.
- Boos, A. (1989): "Oppidum" im Caesarischen und im Archäologischen Sprachgebrauch - Wider sprüche und probleme. Acta Praehistorica et Archaeologica, 21: 53-73
- Bosarte, D. (1804): Viaje Artístico a Segovia. Madrid.
- Bosch Gimpera, P. (1919): Las bichas y verracos ibéricos. Hojas Selectas, XVIII: 8-16.
- (1921): Los celtas y la civilización céltica en la Península Ibérica. Boletín de la Sociedad Española de Excursiones, 29: 248-300.
  - (1929): El estado de la investigación de la escultura ibérica. Boletín de la Real Academia de la Historia, XCIV: 27-132.
  - (1932). Etnología de la Península Ibérica. Barcelona.
  - (1942): Two Celtic Waves in Spain. Proceedings of the British Academy, XXVI: 1-126.
  - (1944): El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España. Mexico.
- Boyer-Klein, A. (1987): Análisis palinológico de muestras recogidas en "El Cerco". Apéndice I. En A. Esparza, Los Castros de la Edad del Hierro del Noroeste de Zamora. Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo. Zamora: 393.
- Bradley, R. (1982): The destruction of wealth in Later Prehistory. MAN, 17: 108-122.
- (1990): The passage of arms. An archaeological analysis of hoards and votive deposits. Cambridge Univ. Press. Cambridge.
  - (1991): Rock art and the perception of Landscape. Cambridge Archaeological Journal, 1 (1): 77-101.
- Bradley, R.; Criado Boado, F. y Fábregas Valcarce, R. (1994): Rock art research as landscape archaeology: a pilot-study in Galicia, northwest Spain. World Archaeology, 25(3): 374-391.
- Brück, J. (1995): A place for the dead: the role of human remains in Late Bronze Age Britain. Proceedings of the Prehistoric Society, 61: 245-277.
- Brun, P. (1987): Princes et Princesses de la Celtique. Le Premier Age du Fer (850-450 av. J.C.). Errance, Paris.
- (1991): Systèmes économiques et organisations sociales au premier âge du Fer, dans la zone

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

Nord-Alpine. En A. Duval (ed.), Les Alpes a l'Age du Fer. Revue Archéologique Narbonnaise. Supplément 22: 313-332.

Bruneaux, J.L. (1988): The Celtic Gauls: Gods, Rites and Sanctuaries. Seaby, London.

Buchenschutz, O. (1988): Oppidum. En A. Leroi-Gourhan (ed.), Dictionnaire de la Préhistoire. Paris, 125.

- (1991): "Viereckschanzen" et sanctuaires dans l'Europe celtique. En J.L. Bruneaux (dir.), Les sanctuaires celtiques et leur rapports avec le monde méditerranéen. Actes du Colloque de St. Riquier (8 au 11 novembre 1990). Paris: 106-111.

Buchenschutz, O. y Ralston, I.B.M. (1988): En réalisant la Guerre des Gaules. Aquitania Supplément, 1: 383-387.

Buol, S.W.; Hole, F.D. y Mc. Cracken, R.J. (1973): Soil Genesis and Classification. The Iowa State University Press.

Burillo, F. (1980): El valle medio del Ebro en época ibérica. Contribución a su estudio en los ríos Huerva y Jiloca Medio. Zaragoza.

- (1987): Sobre el origen de los celtiberos. I Simposium sobre los Celtiberos. Institución Fernando el Católico. Zaragoza: 75-93.

- (1989-90): La crisis del ibérico antiguo y su incidencia sobre los campos de urnas finales del Bajo Aragón. Kalathos, 9-10: 95-124.

- (1992): Substrato de las etnias prerromanas en el Valle del Ebro y Pirineos. En M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum, 2-3: 195-222.

- (1993): Aproximación a la arqueología de los celtiberos. En M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), Los Celtas: Hispania y Europa. Actas, Madrid: 223-253.

- (coord.) (1995): Poblamiento Celtibérico. III Simposio sobre los Celtiberos, Institución Fernando el Católico. Zaragoza.

Burillo, F.; Aranda, A.; Pérez, J. y Polo, C. (1995): El Poblamiento Celtibérico en el Valle Medio del Ebro y Sistema Ibérico. En F. Burillo (coord.), Poblamiento Celtibérico. III Simposio sobre los Celtiberos, Institución Fernando el Católico, Zaragoza: 245-264.

Büsing, H. (1982): Metrologische Beiträge. Jahrbuch des Deutschen Archäologischen Instituts, 97: 1-45.

Cabello, R. (1991-92): La cerámica pintada de la II Edad del Hierro en la cuenca media del Tajo. Norba, 11-12: 99-128.

Cabero, V.; Cascos, C. y Calonge, G. (1987): Estructura y dinámica de los paisajes vegetales. En A. Cabo y F. Manero (dirs.), Geografía de Castilla y León. 3. Los Espacios Naturales. Ambito, Valladolid: 77-116.

Cabo, A. y Manero, F. (dirs.) (1987): Geografía de Castilla y León. 3. Los Espacios Naturales. Ambito, Valladolid.



## BIBLIOGRAFIA

- (dirs.) (1990), Geografía de Castilla y León. 8. Las comarcas tradicionales. Ambito, Valladolid.
- Cabré, J. (1920): Falsificaciones ibéricas en Avila. Coleccionismo, 98.
- (1929): Cerámica de la segunda mitad de la época del Bronce en la Península Ibérica. Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnología y Prehistoria, VIII: 205-245.
- (1930): Excavaciones en Las Cogotas. Cardenosa (Avila). I. El Castro. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 110. Madrid.
- (1931): Tipología del puñal en la cultura de Las Cogotas. Archivo Español de Arte y Arqueología, VII: 221-241.
- (1932): Excavaciones en Las Cogotas. Cardenosa (Avila). II. La Necrópoli. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 120. Madrid.
- (1937): Decoraciones hispánicas II. Broches de cinturón de bronce damasquinados con oro y plata. Archivo Español de Arte y Arqueología, XIII: 93-126.
- (1939-40): La Caetra y el Scutum en Hispania durante la Segunda Edad del Hierro. Boletín del Seminario de Arte y Arqueología, VI: 57-83.
- (1944): Dos lotes de objetos de mayor importancia de la sección arqueológica anterromana del Museo Arqueológico de Sevilla. Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales (Madrid 1945): 130 ss. \*
- Cabré, J. y Cabré, M<sup>a</sup>.E. (1933a): La espada de antenas tipo Alcácer-do-Sal y su evolución en la necrópoli de La Osera, Chamartín de la Sierra, Avila. Homenagem a Martins Sarmiento: 85-90.
- (1933b): Datos para la cronología del puñal de la cultura de Las Cogotas. Archivo Español de Arte y Arqueología, 25: 37-45.
- Cabré, J.; Cabré, M<sup>a</sup>.E. y Molinero, A. (1950): El Castro y la Necrópolis del Hierro Céltico de Chamartín de La Sierra (Avila). Acta Arqueológica Hispánica, V. Madrid.
- Cabré, J.; Molinero, A. y Cabré, M.E. (1932): La necrópoli de La Osera. Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria, XI: 21-52.
- Cabré, M<sup>a</sup>.E. (1951): La más bella espada de tipo Alcácer do Sal de la necrópolis de la Osera. Revista de Guimarães, LXI: 249-262.
- (1990): Espadas y puñales de las necrópolis celtibéricas. En F. Burillo (coord.), Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los Celtiberos. Institución Fernando el Católico, Zaragoza: 205-224.
- Cabré, M<sup>a</sup>.E. y Baquedano, I. (1991): La guerra y el armamento. En VV.AA., Los Celtas en la Península Ibérica. Revista de Arqueología, número monográfico. Madrid: 58-71.
- Cabré, M<sup>a</sup>.E. y Morán, J.A. (1977): Fíbulas en las más antiguas necrópolis de la Meseta Oriental Hispánica. Revista de la Universidad Complutense (Homenaje a García y Bellido, III), XXVI, 109: 109-148.
- (1984): Notas para el estudio de las espadas de tipo Arcóbriga. Juan Cabré Aquiló (1882-1982). Encuentro de Homenaje. Zaragoza: 151-162.

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

- (1990): *Pinzas ibéricas caladas "tipo Cigarralejo" en la necrópolis de La Osera (Ávila)*. Verdolay, 2: 77-80.

Calo Lourido, F. (1983): *Arte, decoración, simbolismo e outros elementos da cultura material castrexa. Ensaio de síntese*. En G. Pereira (ed.), Estudos de Cultura Castrexa e de Historia Antiga de Galicia. Imp. Universitaria. Santiago de Compostela: 159-185.

Calonge, G. (1995): *Interpretación de los resultados de las investigaciones medioambientales y arqueológicas y su relación con el pretérito espacio físico vacceo del valle medio del Duero*. En G. Delibes, F. Romero y A. Morales (eds.), Arqueología y Medio Ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio. Junta de Castilla y León. Valladolid: 529-539.

Calvo, I. (1914): *Exploraciones arqueológicas. Citanias gallegas*. Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 31: 63 ss. \*

Campos, R. (1949a): *Arbucale, la Numancia betónica*. Ejército, 108.

- (1949b): *¿Dónde está Arbucale, la Numancia betónica?* Ejército, 109.

Campos Ferreira, A. y Figueiredo, M.<sup>a</sup>.C. (1978): *O "Porco da Pedra" de Paredes da Beira*. Trabalhos de Antropologia e Etnologia, XXIII (2-3): 340-345.

Campos Palacín, P. (1984): Economía y energía en la dehesa extremeña. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación. Madrid.

Canto, A.M.<sup>a</sup>. (1989): *Colonia Iulia Augusta Emerita: consideraciones en torno a su fundación y territorio*. Gerión, 7: 149-205.

- (1995): *Extremadura y la Romanización*. Arqueología en Extremadura: 10 años de descubrimientos. Extremadura Arqueológica IV: 151-178.

Capalvo, A. (1986): *El léxico pliniano sobre Hispania. Etnonimia y designación de asentamientos urbanos*. Caesaraugusta, 63: 49-67.

Carballo, L.X. y Fábregas, R. (1991): *Dataciones de Carbono 14 para Castros del Noroeste Peninsular*. Archivo Español de Arqueología, 64: 244-264.

Cardozo, M. (1990): Citânia de Briteiros e Castro de Sabroso. Sociedade Martins Sarmento (11<sup>a</sup> edición). Guimarães.

Caro Baroja, J. (1943): *Regímenes sociales y económicos de la España Prerromana*. Revista Internacional de Sociología, 1: 176 ss.

- (1990): Los Pueblos de España. Ediciones Istmo (sexta edición), Tomo I. Madrid.

Carvalho da Costa, A. (1706): Corografia Portuguesa e descripçam topografica do famoso reyno de Portugal. Vol I. Lisboa.

Casanovas, A. (1992): *La utilització de pedres i elements gravats com a fites i indicadors de límits territorials. Aportacions documentals*. Gala. Revista d'Arqueologia i Antropologia, 1: 143-152.

Castro, P.V. (1986): *Organización espacial y jerarquización social en la necrópolis de Las Cogotas (Ávila)*. Arqueología Espacial, 9: 127-137.

## BIBLIOGRAFIA

Castro, P.V.; Mico, R. y Sanahuja, M<sup>a</sup>.E. (1995): Genealogía y cronología de la "Cultura Cogotas I". (El estilo cerámico y el grupo de Cogotas I en su contexto arqueológico). Boletín del Seminario de Arte y Arqueología, LXI: 51-118.

Castro García, L. de (1971): La necrópolis de Pallantia. Palencia.

Castro Lopo, J. de (1895): Excursão à Torre de D. Chama. O Arqueólogo Português, I: 232 ss.

Ceán Bermúdez, J.A. (1832): Sumario de las antigüedades romanas que hay en España. Madrid.

Celestino, S. (1995): El período orientalizante en Extremadura. Arqueología en Extremadura: 10 años de descubrimientos. Extremadura Arqueológica, IV: 67-89.

Celestino, S. et alii\*\* (e.p.): La influencia orientalizante en la cultura de Cogotas. El yacimiento de Pajares (Villanueva de la Vera). París.

Celestino, S.; Enríquez, J.J. y Rodríguez Díaz, A. (1992): Paleoetnología del área extremeña. En M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum, 2-3: 311-327.

Celestino, S. y Jiménez, J. (1993): El Palacio-Santuario de Cancho Roano, IV. El sector norte. Badajoz.

Celestino, S. y Martín, A. (e.p.\*): Cogotas y Tartessos: la configuración cultural de la Vettonia. II Congreso de Arqueología Peninsular (Zamora 1996). \*\*\*\* confirmar que el artículo se publicó.

Celis, J. (1993): La secuencia del poblado de la Primera Edad del Hierro de "Los Cuestos de la Estación", Benavente (Zamora). En F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (eds.), Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca media del Duero. Junta de Castilla y León, Valladolid: 93-132.

Cerdeño, M<sup>a</sup>.L. y Cabanes, E. (1994): El simbolismo del jabalí en el ámbito celta peninsular. Trabajos de Prehistoria, 51 (2): 103-119.

Cerdeño, M<sup>a</sup>.L. y García Huerta, R. (1990): Las necrópolis de incineración del Alto Jalón y el Alto Tajo. En F. Burillo (coord.), Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los Celtíberos. Institución Fernando el Católico, Zaragoza: 75-92.

Cerrillo, E. (1994): Leyenda y Arqueología de las ciudades prerromanas: Caparra. Leyenda y arqueología de las ciudades prerromanas de la península ibérica. Ciclo de Conferencias (Noviembre 1993). Museo Arqueológico Nacional, vol II, Madrid: 149-158.

Cerrillo, E.; Fernández, J.M. y Herrera, G. (1990): Ciudades, territorios y vías de comunicación en la Lusitania meridional española. Les villes de la Lusitanie Romaine. París: 52-72.

Cianca, A. de (1595): Historia de la vida, invención, milagros y translación de S. Segundo, primero Obispo de Avila. Luis Sánchez. Madrid.

Ciprés, P. (1993): Guerra y Sociedad en la Hispania Indoeuropea. Anejos de Veleia, Series Minor 3. Vitoria.

Civantos, E. (1993): La cerámica ibérica, gris y con barniz rojo de la necrópolis de La Coraja (Aldeacentenera. Cáceres). En J.F. Rodríguez Neila (coord.), Actas del I Coloquio de Historia Antigua

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

de Andalucía, vol I. Córdoba: 283-297.

Clarke, D.L. (1972): *A provisional model of an Iron Age Society and its settlement system.* En D.L. Clarke (ed.), Models in Archaeology. Methuen, London: 801-869.

Coffyn, A. (1985): Le Bronze Final Atlantique dans la Péninsule Ibérique. De Boccard. Paris.

Collis, J. (1984): Oppida. Earliest Towns North of the Alps. Dept. of Prehistory and Archaeology. University of Sheffield.

Conde, L. et al. (1966): Los suelos de la Provincia de Avila. E. 1:200.000. Centro de Edafología y Biología Aplicada de Salamanca. Instituto de Orientación y Asistencia Técnica del Oeste. Avila.

Correa, J.A. (1989): *Posibles antropónimos en las inscripciones en escritura del S.O. (o tartesia).* Veleia, 6: 243-252.

- (1992): *La epigrafía tartesia.* En D.Hertel y J.Untermann (eds.), Andalusien zwischen Vorgeschichte und Mittelalter. Köln: 75-114.

Costa, J. (1983): Colectivismo agrario en España. (1ª edición en 1898). Guara Ed., 2 vols., Instituto de Estudios Agrarios, Pesqueros y Alimentarios. Zaragoza.

Crespo, Mª.L. y Cuadrado, M.A. (1990): *Dos nuevos yacimientos de tipo "pico buitres" en el valle del Henares.* Wad-Al-Havara, 17: 67-93.

Criado, F. (1988): *Mamoas y Rozas: panorámica general sobre la distribución de los túmulos megalíticos gallegos.* Trabalhos de Antropología e Etnología, 28: 151-160.

Criado, F.; Fábregas, R. y Vaquero, X. (1990-91): *Concentraciones de túmulos y vías naturales de acceso al interior de Galicia.* Portugalia, XI-XII: 27-38.

Cristóbal, R. (1986): Estudio territorial en torno al Ecce Homo (Alcalá de Henares, Madrid). Tesis de Licenciatura leída en la Universidad Complutense. Inédita.

Crumley, C.L. (1974): Celtic Social Structures. Ann Arbor, Museum of Anthropology, University of Michigan.

Cuadrado, E. (1966): *Repertorio de los recipientes rituales metálicos con "asas de manos" de la Península Ibérica.* Trabajos de Prehistoria, XXI.

- (1975): *Un tipo especial de pinzas ibéricas.* XIII Congreso Nacional de Arqueología (Huelva 1973). Zaragoza: 667-670.

- (1987): La necrópolis ibérica de El Cigarralejo (Mula, Murcia). Bibliotheca Praehistorica Hispana, XXIII. Madrid.

Cuadrado, A. y San Miguel, L.C. (1993): *El urbanismo y la estratigrafía del yacimiento vacceo de Melgar de Abajo (Valladolid).* En F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (eds.), Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca media del Duero. Junta de Castilla y León, Valladolid: 303-334.

Cubero, C. (1995): *Estudio paleocarpológico de yacimientos del valle medio del Duero.* En G. Delibes, F. Romero y A. Morales (eds.), Arqueología y Medio Ambiente. El primer milenio a.C. en

## BIBLIOGRAFIA

el Duero medio. Junta de Castilla y León. Valladolid: 371-394.

Cunliffe, B.W. (1974): Iron Age communities in Britain. Archaeology in Britain. Londres y Boston.

- (1976): The origins of urbanization in Britain. En B.W. Cunliffe y T. Rowley (eds.), Oppida: the beginnings of urbanism in Barbarian Europe. B.A.R. S.S. 11, Oxford: 135-162.

\*\* ojo, confirmar título de Cunliffe y Rowley pues muchos lo citan de manera distinta

- (1984): Danebury. An Iron Age Hillfort in Hampshire. Vol I. The excavations 1969-1978: the site. Council for British Archaeology RR 52. London.

- (1985): Aspects of urbanisation in northern Europe. En F. Grew y B. Hobley (eds.), Roman Urban Topography in Britain and the Early Empire. Council for British Archaeology RR 59: 1-5. London.

- (1988): Greeks, Romans and Barbarians. Spheres of Interaction. London.

- (1990): Before Hillforts. Oxford Journal of Archaeology, 9 (3): 323-336.

- (1994): After Hillforts. Oxford Journal of Archaeology, 13 (1): 71-84.

- (1995): Diversity in the Landscape: The Geographical Background to Urbanism in Iberia. En B.W. Cunliffe y S.J. Keay (eds.), Social Complexity and the Development of Towns in Iberia: from the Copper Age to the second century AD. Proceedings of the British Academy, vol. 86: 5-28. London.

Cunliffe, B.W. y Rowley, R.T. (eds.) (1976): Oppida: the beginnings of urbanism in Barbarian Europe. B.A.R., S.S. 11. Oxford.

Chapa, T. (1980): La escultura zoomorfa ibérica en piedra. Tomos I-II. Tesis Doctoral. Universidad Complutense de Madrid.

- (1986): Escultura ibérica: una revisión de sus interpretaciones. Trabajos de Prehistoria, 43: 43-60.

- (1987): Escultura zoomorfa ibérica. Escultura Ibérica. Especial monográfico de Revista de Arqueología. Madrid: 106-113.

- (\*): La escultura ibérica como elemento delimitador del territorio. \*\*\*\*\* (eliminar también asterisco del archivo tesis2, nota 31.

Cherry, J.F. (1988): Pastoralism and the role of animals in the Pre- and Protohistoric economies of the Aegean. En C.R. Whittaker (ed.), Pastoral Economies in Classical Antiquity. The Cambridge Philological Society, Supp. vol. 14: 6-34.

Daubigney, A. (ed.) (1993): Fonctionnement Social de l'Âge du Fer. Opérateurs & Hypothèses pour la France. Cerde Girardot. Lous-le-Saulnier.

Delibes, G. (1978): Una inhumación triple de facies Cogotas I en San Román de la Hornija (Valladolid). Trabajos de Prehistoria, 35: 225-250.

- (1983a): Una interesante fíbula del Bronce Final del Cerro del Berrueco (Salamanca). Revista de Guimaraes, XCI: 3-13.

- (1983b): Un conjunto de lanzas de bronce de Cisneros, Palencia. Homenaje al Prof. Martín

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

Almagro Basch, II. Madrid: 69-79.

- (1995a): Avila. Del Neolítico al Bronce. En M. Mariné (coord.), Historia de Avila I. Prehistoria e Historia Antigua. Institución Gran Duque de Alba, Avila: 23-90.

- (1995b): La pintura rupestre. En M. Mariné (coord.), Historia de Avila I. Prehistoria e Historia Antigua. Institución Gran Duque de Alba, Avila: 93-102.

Delibes, G. y Del Val, J. (1990): Prehistoria reciente zamorana: del Megalitismo al Bronce. Actas del Primer Congreso de Historia de Zamora, tomo II. Zamora: 53-99.

Delibes, G. y Esparza, A. (1989): Los tesoros prerromanos de la Meseta Norte y la orfebrería celtibérica. El Oro en la España Prerromana, número monográfico de Revista de Arqueología. Madrid: 108-129.

Delibes, G.; Esparza, A.; Martín Valls, R. y Sanz, C. (1993): Tesoros celtibéricos de Padilla de Duero. En F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (eds.), Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca media del Duero. Junta de Castilla y León, Valladolid: 397-470.

Delibes, G. y Fernández Manzano, J. (1981): El castro protohistórico de "La Plaza" en Cogeces del Monte (Valladolid). Reflexiones sobre el origen de la fase Cogotas I. Boletín del Seminario de Arte y Arqueología, XLVII: 51-70.

- (1983): Calcolítico y Bronce en tierras de León. Lancia, 1: 19-82.

- (1991): Relaciones entre Cogotas I y el Bronce Final Atlántico en la Meseta Española. En Ch. Chévilot y A. Coffyn (Dirs.), L'Age du Bronze Atlantique. Actes du I Colloque du Parc Archéologique de Beynac (10-14 Sept. 1990). Beynac et Lazenac: 203-212.

Delibes, G.; Fernández Manzano, J. y Celis, J. de (1992-93): Nuevos "Ganchos de Carne" Protohistóricos de la Península Ibérica. Tabona, VIII (2): 417-434.

Delibes, G.; Fernández Manzano, J. y Rodríguez Marcos, J.A. (1990): Cerámica de la plenitud Cogotas I: el yacimiento de San Román de la Hornija (Valladolid). Boletín del Seminario de Arte y Arqueología, LVI: 64-105.

Delibes, G. y Fernández-Miranda, M. (1986-87): Aproximación a la cronología del grupo Cogotas I. Zephyrus, XXXIX-XL: 17-30.

Delibes, G. y Martín Valls, R. (1982): El tesoro de Arrabalde y su entorno histórico. (Guía de la Exposición, Zamora, Mayo 1982). Zamora.

Delibes, G.; Rodríguez Marcos, J.A. y Santonja, M. (1991): Cuatro hallazgos de oro de la edad del Bronce en la Meseta Norte. Trabajos de Prehistoria, 48: 203-213.

Delibes, G. y Romero, F. (1992): El último milenio a.C. en la Cuenca del Duero. Reflexiones sobre la secuencia cultural. En M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum, 2-3: 233-258.

Delibes, G.; Romero, F.; Escudero, Z.; Sanz, C.; San Miguel, L.C.; Mariscal, B.; Cubero, C.; Uzquiano, P.; Morales, A.; Liesau, C. y Calonge, G. (1995): El medio ambiente durante el primer milenio a.C. en el valle medio del Duero. Consideraciones finales. En G. Delibes, F. Romero y A. Morales (eds.), Arqueología y Medio Ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio. Junta de

## BIBLIOGRAFIA

Castilla y León. Valladolid: 543-582.

Delibes, G.; Romero, F. y Morales, A. (1995): Arqueología y Medio Ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio. Junta de Castilla y León. Valladolid.

\*\* ojo 1995 a y b

Denh, W. (1972): "Transhumance" in der westlichen Späthallsttkultur ?. Archäologisches Korrespondenzblatt, 2: 125-127.

Desbordes, J.M. (1971): Un problème de géographie historique: le Mediolanum chez les Celtes. Revue Archéologique du Centre, 10: 187-201.

Díaz, A. (1976): La cerámica de la necrópolis celtibérica de Luzaga (Guadalajara) conservada en el Museo Arqueológico Nacional. Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 79: \*

Diego Santos, F. (1954): Las nuevas estelas astures. Boletín del Instituto de Estudios Asturianos, XXIII: 461-491.

- (1955): Cuatro esculturas zoomorfas. Boletín del Instituto de Estudios Asturianos, XXIV: 38-48.

Díez Asensio, J. (1995): Teonimia indígena en las tierras meridionales del Duero medio. Hispania Antigua, XIX: 7-14.

Díez de Velasco, F. (1985): Balnearios y dioses de las aguas termales en Galicia romana. Archivo Español de Arqueología, 58: 69-97.

- (1992): Divinités des eaux thermales dans le Nord-Ouest de la Provincia tarraconensis et dans le Nord de la Provincia Lusitania: Une approche au phénomène du thermalisme romain dans l'Occident des provinces Ibériques. En R. Chevallier (ed.), Les eaux thermales et les cultes des eaux en Gaule et dans les provinces voisines. Caesarodunum, 26: 133-149.

Domínguez de la Concha, A. (1995): Areas onomásticas en el SO. peninsular. En M. Ruiz-Gálvez (ed.), Ritos de Paso y Puntos de Paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final Europeo. Complutum, Extra 5. Madrid: 115-128.

Domínguez Monedero, A.J. (1984): La escultura animalística contestana como exponente del proceso de helenización del territorio. Arqueología Espacial, 4. Teruel: 141-160.

- (1985): Algunas interpretaciones en torno a la religiosidad de los pueblos prerromanos del área cántabro-astur. In memoriam A. Díaz Toledo. Granada: 53-64.

Dorado, B. (1776): Compendio Histórico de la ciudad de Salamanca. Salamanca.

Duby, G. (1968): Rural Economy and Country Life in the Medieval West. Edward Arnold. London.

Dumézil, G. (1977): La religione romana arcaica. Milano.

Dupré, M. (1988): Palinología y Paleoambiente. Nuevos datos españoles. Referencias, Trabajos varios, 84. Servicio de Investigación Prehistórica. Diputación Provincial de Valencia.

Duval, A. (1984): Du 'hill-fort' à l'oppidum: fonctions du site et rôle du rempart. Les Celtes en Belgique et le nord de la France. Revue du Nord, LXVI: 279-281.

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

Duval, P.M. y Kruta, V. (1975): L'habitat et la nécropole à l'âge du Fer en Europe occidentale et centrale. L. Honoré Champion. Paris.

Edmondson, J.C. (1990): *Romanization and urban development in Lusitania*. En T. Blagg y M. Millett (eds.), The Early Roman Empire in the West. Oxbow Books, Oxford: 151-178.

- (1992-93): *Creating a provincial landscape: Roman imperialism and rural change in Lusitania*. En J.G. Gorges y M. Salinas (eds.), El medio rural en Lusitania Romana. Formas de hábitat y ocupación del suelo. Studia Historica, Historia Antigua X-XI, Salamanca: 13-30.

Encarnaçao, J. de (1988): *Divindades indígenas peninsulares: problemas metodológicos do seu estudo*. Estudios sobre la Tabula Siarensis. Madrid: 262-276.

Enríquez, J.J. (1981): *Dos falcatas ibéricas y un puñal de la provincia de Cáceres en el Museo Arqueológico Provincial de Badajoz*. Revista de Estudios Extremeños, XXXVII: 47-56.

- (1990): *El Bronce Final extremeño y su relación con la cultura tartésica*. La Cultura Tartésica y Extremadura. Cuadernos Emeritenses, 2. Museo Nacional de Arte Romano, Mérida: 63-84.

- (1991): *Apuntes sobre el tesoro del Bronce Final llamado de Valdeobispo*. Trabajos de Prehistoria, 48: 215-224.

Escudero, Z. (1988): *Cultura celtibérica en el Soto de Medinilla*. Revista de Arqueología, 89: 32-41

Escudero, Z. y Sanz Minguez, C. (1993): *Un centro alfarero de época vaccea: el Horno 2 de Carralaceña (Padilla/Pesquera de Duero, Valladolid)*. En F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (eds.), Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca media del Duero. Junta de Castilla y León, Valladolid: 471-492.

Esparza, A. (1980): *Nuevos castros con piedras hincadas en el borde occidental de la Meseta*. Actas do I Seminário de Arqueologia do Noroeste Peninsular (Guimarães 1979), II, Guimarães: 71-86.

- (1982): *Reflexiones sobre el castro de Monte Bernorio (Palencia)*. Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses, 47: 395-408.

- (1983a): *Joyas celtibéricas de Zamora en el Museo Británico*. Boletín del Seminario de Arte y Arqueología, 49: 39-45.

- (1983b): *Sobre el límite oriental de la Cultura Castreña*. II Seminario de Arqueología del Noroeste (Santiago de Compostela 1980). Madrid: 103-119.

- (1984): *Los castros de Zamora occidental y Trás-os-Montes oriental: hábitat y cronología*. Portugalia, IV-V (Actas do Colóquio Inter-Universitário de Arqueologia do Noroeste, Porto 1983). Oporto: 131-146.

- (1987): Los Castros de la Edad del Hierro del Noroeste de Zamora. Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo. Zamora.

- (1990a): *Sobre el ritual funerario de Cogotas I*. Boletín del Seminario de Arte y Arqueología, LVI: 106-143.

- (1990b): *La Edad del Hierro en Zamora*. Primer Congreso de Historia de Zamora, tomo II. Zamora: 101-126.



## BIBLIOGRAFIA

- (1991): Tradición y modernidad en el estudio de las necrópolis celtibéricas. Argrítica, 1: 17-19.
- (1991-92): Cien años de ambigüedad: sobre un viejo tipo de fibulas de la Edad del Hierro de la Meseta Española. Zephyrus, XLIV-XLV: 537-552.
- Esteban Ortega, J. (1993): El poblado y la necrópolis de "La Coraja", Aldeacentenera - Cáceres. El proceso histórico de la Lusitania Oriental en época prerromana y romana. Cuadernos Emeritenses, 7. Mérida: 55-112
- Esteban Ortega, J.; Sánchez Abal, J.L. y Fernández, J.M. (1988): La necrópolis del castro del Castillejo de la Orden, Alcántara (Cáceres). Consejería de Educación y Cultura. Cáceres.
- Etienne, R (1958): Le culte imperial dans la péninsule ibérique. BEFAR, 191. Paris.
- (1973): Les syncrétismes religieux dans la Péninsule Ibérique a l'époque impériale. Les syncrétismes dans les religions grecque et romaine. Paris: 153 ss.\*
- Ettlinger, E. (1960): Les conditions naturelles des légendes céltiques. Ogam, 12: 101-112.
- Fabián, J.F. (1986-87): El Bronce Final y la Edad del Hierro en "El Cerro del Berrueco" (Ávila-Salamanca). Zephyrus XXXIX-XL: 273-288.
- (1988): El dolmen del Prado de las Cruces, Bernuy Salinero (Ávila). Revista de Arqueología, 86: 32-42.
- (1993): Ávila. Numantia, 4: 283-294.
- Falcón, M. (1867): Salamanca Artística y Monumental. Salamanca.
- Felgueiras, G. (1985): Rotineirismo da suinicultura popular (resenha histórica, arqueológica e etnográfica). Trabalhos de Antropologia e Etnologia, 25 (1): 63-94.
- Fernández Duro, C. (1882): Memorias históricas de la ciudad de Zamora, su provincia y obispado. I. Madrid.
- Fernández Fúster, L. (1946): La citania de Santa Tecla en La Guardia (Pontevedra). Archivo Español de Arqueología, 19: 353 ss.\*
- Fernández Gómez, F. (1972): Objetos de origen exótico en el Raso de Candeleda (Ávila). Trabajos de Prehistoria, 29: 273-294.
- (1973): El Santuario de Postoloboso (Candeleda, Ávila). Noticiario Arqueológico Hispánico. Arqueología, II: 175-270 y 36 láms.
- (1979): Un tesorillo de plata en el castro de El Raso de Candeleda (Ávila). Trabajos de Prehistoria, 36: 379-304.
- (1986): Excavaciones Arqueológicas en el Raso de Candeleda (I-II). Institución Gran Duque de Alba. Ávila.
- (1989): Orfebrería indígena en época prerromana. El Oro en la España Prerromana, número monográfico de Revista de Arqueología. Madrid: 82-89.

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

- (1991): *Acerca de la periodización de la Edad del Hierro en la Meseta*. Revista de Arqueología, 120: 6-7.

- (1995): *La Edad del Hierro*. En M. Mariné (coord.), Historia de Avila I. Prehistoria e Historia Antigua. Institución Gran Duque de Alba, Avila: 105-269.

Fernández Gómez, F. y López Fernández, M.T. (1990): *Secuencia cultural de El Raso de Candeleda (Avila)*. Numantia, III: 95-123.

Fernández Gómez, F.; López Fernández, M<sup>a</sup>.T. y López Fernández, M<sup>a</sup>.R. (1990): *A propósito de una exposición. Los pioneros de la arqueología en el Raso de Candeleda*. Cuadernos Abulenses, 13: 43-77.

Fernández-Guerra, A. (1853): *Antiguallas de Cadalso de los Vidrios, Guisando y Escalona. Cartas a un amigo*. Semanario Pintoresco Español: 297-299; 308-309 y 313-315.

- (1862): *Discurso de contestación a D. Eduardo Saavedra. Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública de Don Eduardo Saavedra, el día 28 de Diciembre de 1862*. Imprenta de Manuel Galiano. Madrid.

Fernández Manzano, J. (1985): *La Edad del Bronce. La consolidación de la metalurgia y sus implicaciones socio-económicas*. En J. Valdeón (ed.), Historia de Castilla y León. I. La Prehistoria del Valle del Duero. Valladolid: 54-81.

- (1986): *Bronce Final en la Meseta Norte española: el utillaje metálico*. Monografías, Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León. Soria.

Fernández Martínez, V.M. (1984): *La combinación estadística de las fechas de Carbono-14*. Trabajos de Prehistoria, 41: 349-359.

- (1985): *La seriación automática en Arqueología: introducción histórica y aplicaciones*. Trabajos de Prehistoria, 42: 9-49.

- (1994): *La cronología arqueológica y sus problemas*. Actas del II Congreso de Historia de Andalucía. (Córdoba 1991): 49-58.

Fernández Martínez, V.M. y García de la Fuente, M. (1991): *El tratamiento informático de datos funerarios cualitativos: análisis de correspondencias y algoritmo ID3 de Quinlan*. En V.M. Fernández Martínez y G. Fernández López (eds), Aplicaciones Informáticas en Arqueología. Complutum, 1: 123-131.

Fernández-Miranda, M. y Pereira, J. (1992): *Indigenismo y orientalización en la tierra de Talavera*. Actas de las Primeras Jornadas de Arqueología de Talavera de la Reina y sus tierras. Toledo: 57-93.

Fernández-Posse, M<sup>a</sup>.D. (1981): *La cueva de Arevalillo de Cega (Segovia)*. Noticiario Arqueológico Hispánico, 12: 45-84.

- (1982): *Consideraciones sobre la técnica de Boquique*. Trabajos de Prehistoria, 39: 137-159.

- (1986): *La Cultura de Cogotas I*. Homenaje a Luis Siret (1934-1984). Sevilla: 475-485.

- (1986-87): *La cerámica decorada de Cogotas I*. Zephyrus, XXXIX-XL: 231-237.

## BIBLIOGRAFIA

Ferreira da Silva, A.C. (1986): A Cultura Castreja no Noroeste de Portugal. Museu Arqueológico da Citânia de Sanfins. Paços de Ferreira.

Figueiral, I. (1990): Le Nord-Ouest du Portugal et les modifications de l'écosystème, du Bronze Final à l'époque romaine, d'après l'anthracanalyse de sites archéologiques. Universidad de Montpellier, II.

Fita, F. (1888): Avila. Boletín de la Real Academia de la Historia, XIII: 332-338.

- (1910): Epigrafía ibérica y griega de Cardeñosa (Avila). Boletín de la Real Academia de la Historia, LVI: 291-301.

- (1913a): Nuevas lápidas romanas de Santiesteban del Puerto, Berlanga (Badajoz), Avila y Retortillo (Salamanca). Boletín de la Real Academia de la Historia, LXII: 529-545.

- (1913b): Nuevas lápidas romanas de Avila. Boletín de la Real Academia de la Historia, LXIII: 232-240.

- (1913c): Nuevas inscripciones ibéricas descubiertas en la provincia de Avila. Boletín de la Real Academia de la Historia, LXIII: 350-363.

Fita, F. y Fernández-Guerra, A. (1880): Recuerdos de un viaje a Santiago de Galicia. Imprenta de los Señores Lezcano y Comp<sup>a</sup>. Madrid.

Flórez, E. (1758) España Sagrada. Theatro Geographico-Historico de la Iglesia de España. Vol XIV (33 vols., 1747-1782). Oficina de Antonio Marín, Madrid.

Fossing, P. (1940): Glass vessels before Glass-blowing. Copenhagen.

Foucart, T. (1982): Analyse Factorielle: programmation sur microordinateurs. Masson, Paris.

Fowler, P. (1981): The farming of prehistoric Britain. Cambridge Univ. Press. Cambridge.

de Francisco, J. (1989): Conquista y Romanización de Lusitania. Universidad de Salamanca.

Frankenstein, S. y Rowlands, M.J. (1978): The internal structure and regional context of Early Iron Age society in south-western Germany. Bulletin Institute of Archaeology, 15: 73-112.

Frey, O.H. (1976): Du Premier style au Style de Waldalgesheim. Remarques sur l'évolution de l'art celtique ancien. En P.-M. Duval y C.F.C. Hawkes (eds.), Celtic Art in Ancient Europe. Five Protohistoric Centuries. L'Art Celtique en Europe protohistorique: débuts, développements, styles, techniques. Seminar Press. London, New York, San Francisco: 141-165.

- (1984): Die Bedeutung der Gallia Cisalpina für die Entstehung der Oppida-Kultur. Studien zur Siedlungsfragen der Latènezeit. Veröffentlichung des vorgeschichtliches Seminars Marburg, 3: 1-38.

Fuidio, F. (1934): Carpetania Romana. Editorial Reus S.A., Madrid.

Galán, E. (1989-1990): Naturaleza y Cultura en el mundo celtibérico. Kalathos, 9-10: 175-204.

- (1993): Estelas, Paisaje y Territorio en el Bronce Final del Suroeste de la Península Ibérica. Universidad Complutense, serie Complutum Extra 3. Madrid.

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

Galán, E. y Martín, A.Mª. (1991-92): Megalitismo y zonas de paso en la cuenca extremeña del Tajo. Zephyrus, XLIV-XLV: 193-205.

Garcés, I. y Junyent, E. (1989): Fortificación y defensa en la I Edad del Hierro. Piedras hincadas en Els Vilars. Revista de Arqueología, 93: 38-49.

Garcés, I. et alii\*\* (1991): El sistema defensivo de Els Vilars (Arbeca, Les Garrigues). Simposio Internacional d'Arqueologia Ibérica (Manresa 1990). Manresa: 183-197.

García, M. y Urteaga, M. (1985): La villa medieval y el poblado de la Edad del Hierro en La Mota (Medina del Campo, Valladolid). Noticiario Arqueológico Hispánico, 23: 61-140.

García y Bellido, A. (1966): Tessera hospitalis del año 14 de la Era hallada en Herrera de Pisuerga. Boletín de la Real Academia de la Historia, vols. 159, 166: 149 ss.\*\*

- (1970): EL "Tartéssios Chalkós" y las relaciones del SE. con el NO. de la Península en la época tartéssica. VI Congreso Internacional de Minería. León, vol. I: 31-45.

García-Bellido, Mª.P. (1974): "Tesorillo" salmantino de denarios ibéricos. Zephyrus, XXV: 379-395.

- (1991): Las religiones orientales en la Península Ibérica. Testimonios numismáticos I. Archivo Español de Arqueología, 64: \*

- (1995a): Célticos y Púnicos en la Beturia según los documentos monetales. Celtas y Túrdulos: La Beturia. Cuadernos Emeritenses, 9. Mérida: 256-292.

- (1995b): Moneda y territorio: la realidad y su imagen. Archivo Español de Arqueología, 68: 131-147.

García Carrillo, A. A. y Encinas, M. (1990): Cerámicas incisas del conjunto funerario 44-45 de la necrópolis de las Esperillas (Santa Cruz de la Zarza, Toledo). En F. Burillo (coord.), Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los Celtíberos. Institución Fernando el Católico, Zaragoza: 317-326.

García Fernández-Albalat, B. (1990): Guerra y religión en la Gallaecia y la Lusitania antiguas. La Coruña.

García Garrido, M. y Pellicer, J. (1983-84): Dos tésseras de hospitalidad, celtibéricas, en plata. Kalathos, 3-4: 149-154.

García-Hoz, Mª.C. y Martínez, J. (1990): Nueva escultura zoomorfa de piedra. Revista de Arqueología, 109: 12-13.

García Huerta, M.R. (1990): La Edad del Hierro en la Meseta Oriental: El Alto Jalón y el Alto Tajo. Madrid, Colección Tesis Doctorales 50/90. Universidad Complutense de Madrid.

García Jiménez, S. (1984): Una nueva escultura zoomorfa hallada en Botija. Cuadernos de Grado Medio "El Brocense". Cáceres: 56-58.

- (1986): Un nuevo verraco aparecido en Botija (Cáceres). Primeras Jornadas sobre manifestaciones religiosas en la Lusitania. Cáceres: 61-67.

- (1987): Nuevas esculturas zoomorfas aparecidas en la provincia de Cáceres. Cuadernos de Grado Medio (I.B. "El Brocense"), 5: 135-145.

## BIBLIOGRAFIA

- (1993): *Esculturas zoomorfas de influencia ibérica en la provincia de Cáceres*. En J.F. Rodríguez Neila (coord.), Actas del I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía, vol I. Córdoba: 299-307.

García Morales, M<sup>a</sup>. (1983): *Bibliografía básica para la Prehistoria y Arqueología de la provincia de Salamanca*. Salamanca. Revista Provincial de Estudios, 9-10: 113-127.

García Quintela, M.V. (1991): *El sacrificio adivinatorio céltico y la religión de los lusitanos*. Polis, 3: 25-37.

- (1992): *El sacrificio lusitano: estudio comparativo*. Latomus, 51 (2): 337-354.

García-Soto, E. (1988): *La necrópolis de San Martín de Ucero (Soria)*. En F. Burillo, J.A. Pérez y M<sup>a</sup>.L. de Sus (eds.), Celtiberos. Zaragoza: 87-94.

- (1990): *Las necrópolis de la Edad del Hierro en el Alto Valle del Duero*. En F. Burillo (coord.), Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los Celtiberos. Institución Fernando el Católico, Zaragoza: 13-38.

García-Soto, E. y Castillo, B. (1990): *Una tumba excepcional de la necrópolis celtibérica de Ucero (Soria)*. En F. Burillo (coord.), Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los Celtiberos. Institución Fernando el Católico, Zaragoza: 59-64.

García-Soto, E. y De la Rosa, R. (1990): *Aproximación al estudio de las cerámicas con decoración "a peine" en la Meseta Norte*. En F. Burillo (coord.), Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los Celtiberos. Institución Fernando el Católico, Zaragoza: 305-310.

- (1992): *Cerámicas con decoración "a peine" en la provincia de Soria*. II Symposium de Arqueología Sorianá. Diputación Provincial de Soria: 343-365.

Garnacho, T.M. (1875): Sobre antigüedades de Zamora. Zamora.

- (1878): Breve noticia de algunas antigüedades de la ciudad y provincia de Zamora. Zamora.

Garrido, J.P. (1970): Excavaciones en la Necrópolis de La Jova, Huelva, 1<sup>a</sup> y 2<sup>a</sup> campañas. Excavaciones Arqueológicas en España, 71. Madrid.

Gimeno Fabregat, T. (1974): *Acerca del verraco ibérico del Museo de Tortosa*. Miscelánea Arqueológica. XXV Aniversario de los cursos internacionales de Prehistoria y Arqueología de Ampurias. T. I. Barcelona: 353-355.

Ginouvés, R. (1962): Balaneutiké. BEFAR 200, Paris.

Goldstein, L. (1981): *One dimensional Archaeology and multidimensional people. Spatial organization and mortuary analysis*. En T.C. Chapman, Kinnes y Randsborg (eds.), Archaeology of Dead. Cambridge University Press. Cambridge: 53-69.

Gómez, A. y Sanz Mínguez, C. (1993): *El poblado vacceo de Las Quintanas, Padilla de Duero (Valladolid): Aproximación a su secuencia estratigráfica*. En F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (eds.), Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca media del Duero. Junta de Castilla y León, Valladolid: 335-370.

Gómez de Castro, A. (1527): Carta donde cuenta el viaie que hizo a Plasencia a ver a su Obispo D. Pedro Ponce de León, dando razón de algunas antigüedades (Biblioteca Nacional, Ms. 13009, fol.

96).

Gómez de Somorrostro, A. (1820): Acueducto y otras antigüedades de Segovia. Madrid.

Gómez de Soto, J. (1991): Le fondeur, le trafiquant et les cuisiniers. La broche d'Amathonte de Chypre et la chronologie absolue du Bronze Final Atlantique. En Ch. Chévillet y A. Coffyn (Dir.), L'Age du Bronze Atlantique. Actes du I Colloque du Parc Archéologique de Beynac (10-14 Sept. 1990). Beynac et Lazenac: 369-373.

Gómez Moreno, M. (1904): Sobre arqueología primitiva en la región del Duero. Boletín de la Real Academia de la Historia, XLV: 147-160.

- (1927): Catálogo Monumental de España. Provincia de Zamora. Madrid.

- (1949): Misceláneas. Madrid.

- (1967): Catálogo Monumental de España. Provincia de Salamanca. Madrid.

- (1983): Catálogo Monumental de España. Provincia de Avila, (edición revisada). Avila.

Gómez Pantoja, J. (1993): Buscando a los pastores. I Congreso de Arqueología Peninsular. Trabalhos de Antropología e Etnología, XXXIII (3-4): 445-459.

- (1995): Pastores y trashumantes de Hispania. En F. Burillo (coord.), Poblamiento Celtibérico. III Simposio sobre los Celtiberos, Institución Fernando el Católico. Zaragoza: 495-505.

González-Cobos, A.M. (1989): Los Vacceos. Estudio sobre los pobladores del valle medio del Duero durante la penetración romana. Bibliotheca Salmanticensis, Dissertationes 5. Universidad Pontificia de Salamanca.

González-Conde, M<sup>a</sup>.P. (1986): Elementos para una delimitación entre Vettones y Carpetanos en la provincia de Toledo. Lucentum, V: 87-93.

González Cordero, A.; Alvarado, M.; Barroso, F. (1988): Esculturas zoomorfas de la provincia de Cáceres. Anas, 1: 19-33.

González Cordero, A.; Alvarado, M. de y Blanco, J.L. (1993): Las joyas orientalizantes de Villanueva de la Vera (Cáceres). Trabajos de Prehistoria, 50: 249-262.

González Cordero, A.; Hernández, M.; Castillo, J. y Torres, N. (1990): Las necrópolis del Cardenillo y de Pajares en Madrigal de la Vera y Villanueva de la Vera (Cáceres). La influencia meseteña al norte de Extremadura. Studia Zamorensia, XI: 129-160.

González Cordero, A. y Quijada, D. (1991): Los orígenes del campo araúelo y la iara cacereña y su integración en la prehistoria regional. Navalmoral de la Mata.

González Dávila, G. (1596): Declaración de la antigüedad del toro de piedra de la puente de Salamanca y de otros que se hallan en otras ciudades y lugares de Castilla. Juan y Andrés Renaut, Salamanca.

- (1606): Historia de las antigüedades de la ciudad de Salamanca. Salamanca.

González Prats, A. (1979): Cerámicas de incrustación de la Primera Edad del Hierro en la Sierra de Crevillente (Alicante). XV Congreso Nacional de Arqueología (Lugo 1977). Zaragoza: 655-666.

## BIBLIOGRAFIA

González Rodríguez, M<sup>a</sup>.C. (1986): Las unidades organizativas indígenas del área indoeuropea de Hispania. Veleia, anejo n<sup>o</sup>. 2. Vitoria.

González Rodríguez, M<sup>a</sup>.C. y Santos Yanguas, J. (1984): Arrinconamiento de poblaciones en época prerromana y altoimperial. Actas de las II Jornadas de Metodología y Didáctica de la Historia. Cáceres: 47-57.

González Salas, S. (1952): Informe. Noticiario Arqueológico Hispánico, I: 218.

González-Tablas, F.J. (1980): Las pinturas rupestres de Peña Mingubela (Ávila). Zephyrus, XXX-XXXI: 43 ss. \*

- (1981): Los castros de Ávila. La Cultura de las Cogotas. Revista de Arqueología, 11: 6-9.

- (1983): Los Castillejos de Sanchorreja y su incidencia en las culturas del Bronce Final y de la Edad del Hierro en la Meseta Norte. Salamanca. Serie Resúmenes de Tesis Doctorales, Universidad de Salamanca.

- (1985): La necrópolis de Trasguña: aproximación al estudio de la estructura social de Las Cogotas. Norba, 6: 43-49.

- (1986-87): Transición a la Segunda Edad del Hierro. Zephyrus, XXXIX-XL: 49-57.

- (1989): Los niveles superiores de Sanchorreja. La Primera Edad del Hierro en el borde meridional de la Meseta. Trabajos de Prehistoria, 46: 117-128.

- (1990): La necrópolis de "Los Castillejos" de Sanchorreja. Su contexto histórico. Acta Salmanticensis, 69. Salamanca.

- (1991): Los Castillejos (Sanchorreja). Museo de Ávila 1986/1991. Exposición del 18 de mayo al 31 de Julio de 1991. Museo Provincial, Ávila: 28-32.

González-Tablas, F.J.; Arias, L. y Benito, J.M. (1986): Estudio de la relación relieve/sistema defensivo en los castros abulenses (fines de la Edad del Bronce-Edad del Hierro). Arqueología Espacial, 9. Teruel: 113-125.

González-Tablas, F.J. y Fano, M.A. (1994): El fenómeno de la muerte en Cogotas I: una propuesta metodológica. Zephyrus, XLVII: 93-103.

González-Tablas, F.J.; Fano, M.A. y Martínez, A. (1991-92): Materiales inéditos de Sanchorreja procedentes de excavaciones clandestinas: un intento de valoración. Zephyrus, XLIV-XLV: 301-329.

González-Tablas, F.J. y Larrén, H. (1986): Un yacimiento del Bronce Medio en Zorita de los Molinos (Mingorría, Ávila). Cuadernos Abulenses, 6: 61-80.

Goody, J. (1982): Cooking, cuisine and class. Cambridge Univ. Press. Cambridge.

Gorrochategui, J. (1987): En torno a la clasificación del Lusitano. Studia Palaeohispanica. Actas del IV Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas (Vitoria 1985). Vitoria: 77-91. (= Veleia 2-3).

- (1993): Las lenguas de los pueblos paleohispánicos. En M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), Los Celtas: Hispania y Europa. Actas, Madrid: 409-429.

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

Goudineau, Ch. y Kruta, V. (1980): *Y a-t-il une ville protohistorique ?* En G. Duby (ed.), Histoire de la France urbaine. Seuil, Paris: 139-231.

Goudineau, Ch. y Peire, Ch. (1993): Bibracte et les Eduens. Paris.

Green, M. (1986): The Gods of the Celts. Alan Sutton, Gloucester.

- (1989): Symbol and Image in Celtic Religious Art. Routledge, London.

- (1992): Animals in Celtic Life and Myth. Routledge, London-New York.

Greenacre, M.J. (1981): *Practical Correspondence Analysis*. En V. Barnett (ed.), Interpreting multivariate data. John Wiley and sons, Chichester: 119-146.

Griño, B. de (1986-87): Los puñales del tipo Monte Bernorio-Miraveche. Zephyrus, XXXIX-XL: 297-306.

- (1989): Los puñales de tipo Monte Bernorio-Miraveche. Un arma de la Segunda Edad del Hierro en la Cuenca del Duero. B.A.R., Int. Series 504. Oxford.

Guarido Casado, G. (1966): Historias de la Villa de Nuez y otras de Aliste y Alba. Tip. Heraldo de Zamora. Zamora.

Guínez, L. y Castelo, M. (1976): Esculturas zoomorfas en Totán (Toledo). Boletín Informativo de la Sociedad Española de Amigos de la Arqueología, 5: 13-14.

Gutiérrez Palacios, A. (1955): Resumen de la campaña de excavaciones de 1950 en Ulaca (Solosancho). Noticiario Arqueológico Hispánico, II: 195-196.

Guyonvarc'h, Ch.J. (1960): Notes d'Etymologie et de Lexicographie Celtiques et Gauloises. Ogam, 12: 185-197.

Harbison, P. (1968): Castros with Chevaux-de-Frise in Spain and Portugal. Madridrer Mitteilungen, 9: 116-147.

- (1979): Celtic Migrations in Western Europe. Actas del II Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica. Salamanca: 225-235.

- (1988): Pre-Christian Ireland. From the First Settlers to the Early Celts. Thames and Hudson. London.

Harding, A. (1976): Bronze Age agricultural implements in Bronze Age Europe. En G. de Sieveking, I. Longworth, K.E. Wilson (eds.), Problems in economic and social Archaeology. London, Duckworth: 513-521.

- (1987): Social and Economic Factors in the Origin and Development of the Urnfield Cultures. En E. Plesl y J. Hrala (eds.), Die Urnenfelderulturen Mitteleuropas. (Symposium Liblice 1985). Praha: 37-41.

- (1989): Interpreting the evidence for agricultural change in Late Bronze Age in Northern Europe. En H-A. Nordström y A. Knappe (eds.), Bronze Age Studies. Transactions of the British-Scandinavian Colloquium in Stockholm (May 1985). Historiska Museum Studies, 5. Stockholm: 173-181.



## BIBLIOGRAFIA

- Härke, H. (1982): *Early Iron Age hill settlement in West Central Europe: patterns and developments*. Oxford Journal of Archaeology, 1 (2): 187-211.
- Harrison, R.J. y Moreno, G. (1990): *Moncín: una secuencia cultural de la Edad del Bronce (Borja, Zaragoza)*. Cuadernos de Estudios Borjanos, XXIII-XXIV: 13-28.
- Harrison, R.J.; Moreno, G. y Legge, A.J. (1987): *Moncín: poblado prehistórico de la Edad del Bronce (II)*. Noticiario Arqueológico Hispánico, 29: 7-102.
- Haselgrove, C. (1995): *Late Iron Age society in Britain and North-West Europe: Structural transformation or superficial change ?*. En B. Arnold y D.B. Gibson (eds.), Celtic Chieftdom, Celtic State. The evolution complex social systems in Prehistoric Europe. Cambridge University Press. Cambridge: 81-87.
- Hedeager, L. (1992): Iron Age Societies. From tribe to state in northern Europe, 500 BC to AD 700. Blackwell, Oxford.
- Henderson, J. (1991): *Industrial Specialization in Late Iron Age Britain and Europe*. The Archaeological Journal, 148: 104-148.
- Heredero, R. (1993): *Casas circulares y rectangulares de época vaccea en el yacimiento del Cerro del Castillo (Montealegre)*. En F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (eds.), Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca Media del Duero. Junta de Castilla y León, Valladolid: 279-302.
- Hermosilla y Sandoval, I. (1796): *Noticia de las ruinas de Talavera la Vieja*. Memorias de la Real Academia de la Historia, I: 345-363.
- Hernández Hernández, F. (1970): *Excavaciones en el castro de las Villasviejas del Tamuja, en Botija (Cáceres)*. XI Congreso Nacional de Arqueología \*: 431-437.
- (1976): La cultura de los castros en el occidente de la Meseta. Resumen de la Tesis Doctoral. Universidad de Salamanca.
- (1981): *Cerámica con decoración "a peine"*. Trabajos de Prehistoria, 38: 317-326.
- (1982): *La escultura zoomorfa del occidente peninsular*. Trabajos de Prehistoria, 39: 211-239.
- (1991): *Las necrópolis del poblado de Villasviejas (Cáceres)*. I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990). Extremadura Arqueológica, II: 255-267.
- (1993): *El yacimiento de Villasviejas y el proceso de romanización*. El proceso histórico de la Lusitania Oriental en época prerromana y romana. Cuadernos Emeritenses, 7. Mérida: 113-143.
- (1994): *La necrópolis de "El Romazal", Plasenzuela (Cáceres)*. Homenaje a Jose María Blázquez, vol II. Madrid: 257-270.
- Hernández Hernández, F. y Galán, E. (1996): *La necrópolis de "El Mercadillo" (Botija, Cáceres)*. Extremadura Arqueológica VI, Cáceres.
- Hernández Hernández, F.; Rodríguez, M.D. y Sánchez, M.A. (1986-87): *Hallazgo "in situ" de unos útiles de trabajo*. Zephyrus, XXXIX-XL: 419-425.

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

- (1989): Excavaciones en el Castro de Villasviejas del Tamuja (Botija, Cáceres). Editora Regional de Extremadura. Mérida.
- Hernández Vera, J.A. (1983): *Difusión de elementos de la cultura de Cogotas hacia el Valle del Ebro*. I Coloquio sobre Historia de La Rioja, Cuadernos de Investigación. Historia IX (1): 65-79.
- Hernando Sobrino, M<sup>a</sup>. del R. (1994): Indigenismo y romanización en la provincia de Avila. Tesis Doctoral inédita. Universidad Complutense de Madrid.
- (1995): *La integración del territorio oriental de los vettones en el marco administrativo-provincial romano*. Hispania Antiqua, XIX: 77-93.
- Hidalgo, J.M. (1987): *El castro de Troña: noticia preliminar de las excavaciones arqueológicas de 1981*. Gallaecia 9/10: 27-60.
- (1989): *Castro de Troña (Ponteareas, Pontevedra)*. Arqueoloxia, Informes, 1: 42-44.
- Hill, J.D. (1995): *The Pre-Roman Iron Age in Britain and Ireland (ca. 800 B.C. to A.D. 100): An Overview*. Journal of World Prehistory, 9 (1): 47-98.
- Hodder, I. (1982a): Symbols in action. Cambridge University Press. New Studies in Archaeology. Cambridge.
- (1982b): *Sequences of Structural Change in the Dutch Neolithic*. En I. Hodder (ed.), Symbolic and Structural Archaeology. Cambridge University Press. New Directions in Archaeology. Cambridge: \*\*
- Hodkinson, S. (1988): *Animal husbandry in the Greek polis*. En C.R. Whittaker (ed.), Pastoral Economies in Classical Antiquity. The Cambridge Philological Society, Supp. vol. 14. Cambridge: 35-74.
- de Hoz, J. (1963): *Hidronimia antigua europea en la Península Ibérica*. Emerita, 31: 227-242.
- (1986a): *La epigrafía celtibérica*. Reunión sobre epigrafía hispánica de época romano-republicana. Zaragoza: 43-102.
- (1986b): *El nombre de Salamanca*. En A. Cabo y A. Ortega, Salamanca. Geografía. Historia. Arte. Cultura. Salamanca: 11-18.
- (1986c): *La religión de los pueblos prerromanos de Lusitania*. Primeras Jornadas sobre manifestaciones religiosas en la Lusitania. Cáceres: 31-49.
- (1988): *Hispano-Celtic and Celtiberian*. En G.W. MacLennan (ed.), Proceedings of the First North American Congress of Celtic Studies (Ottawa 1986). Ottawa: 191-207.
- (1989): *El desarrollo de la escritura y las lenguas de la zona meridional*. En M.E. Aubet (ed.), Tartessos. Barcelona: 523-587.
- (1993): *Testimonios lingüísticos relativos al problema céltico en la Península Ibérica*. En M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), Los Celtas: Hispania y Europa. Actas, Madrid: 357-407.
- (1994): *Castellum Aviliobris. Los celtas del extremo occidente continental*. Festschrift für Karl Horst Schmidt. Indogermanica et Caucasica. Berlin-New York: 348-362.

## BIBLIOGRAFIA

- (1995): *Las sociedades celtibérica y lusitana y la escritura*. Archivo Español de Arqueología, 68: 3-30.

Hübner, E. (1869): Corpus Inscriptionum Latinarum. II. Berlín

- (1888): La Arqueología en España. Tipolitografía de los sucesores de Ramírez y Cía, Montaner, Barcelona.

- (1892): Supplementum. II. Berlín.

Ibarrondo, J.M. (1973): *En torno al ídolo de Miqueldi*. II Semana Internacional de Antropología Vasca. (Abril 1971), Burgos: 515-517.

Iglesias, L.; Rodríguez, M<sup>a</sup>.B. y Marcos, M.S. (1991): *Arqueología y Prehistoria de Salamanca: Intervenciones y bibliografía actualizada*. En M. Santonja (coord.), Del Paleolítico a la Historia. Junta de Castilla y León. Museo de Salamanca: 175-201.

Ingold, T. (1986): The appropriation of Nature. Manchester Univ. Press. Manchester.

- (1993): *The temporality of the landscape*. World Archaeology, 25(2): 152-174.

*Inventario Arqueológico de la Provincia de Avila*. Museo de Avila. (Informe inédito).

*Inventario Arqueológico de la Provincia de Toledo*. Diputación Provincial. (Informe inédito).

*Inventario Arqueológico de la Provincia de Salamanca*. Museo de Salamanca. (Informe inédito).

Jacobsen, H. (1984-85): *Urbanisation processes in prehistoric societies. A discussion*. Universitetes oldsaksamling Arbok: 99-109.

Jäger, K-D. y Lozek, V. (1982): *Environmental conditions and land cultivation during the Urnfield Bronze Age in Central Europe*. En A. Harding (ed.), Climatic change in Later Prehistory. Edinburgh Univ. Press. Edinburgh: 162-178.

Jankuhn, H. (1969): Vor- und Frühgeschichte vom Neolithikum bis zur Völkerwanderungszeit. Deutsche Agrargeschichte 1. Stuttgart.

Jiménez Avila, J. y González-Cordero, A. (e.p.\*): *Referencias culturales en la definición del Bronce Final y el período Orientalizante de la Cuenca del Tajo (Yacimiento de Talavera la Vieja, Cáceres)*. II Congreso de Arqueología Peninsular (Zamora 1996). \*\*\*\* confirmar que el artículo se publicó

Jiménez de Gregorio, F. (1947): *Hallazgos arqueológicos en La Jara*. Boletín de la Real academia de Bellas Artes de Toledo: 74 ss. \*

- (1950): *Hallazgos arqueológicos en la Jara*. Archivo Español de Arqueología, 23: 105-109.

- (1953): *Hallazgos arqueológicos en La Jara*. VI. Archivo Español de Arqueología, 26: 371-379.

- (1966): *Hallazgos arqueológicos en la provincia de Toledo*. Archivo Español de Arqueología, 38: 174-186. (\* o es el vol 39?)

- (1992): *Aproximación al mapa arqueológico del occidente provincial Toledano*. Actas de las

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

Primeras Jornadas de Arqueología de Talavera de la Reina y sus tierras. Servicio de Arqueología, Diputación Provincial de Toledo.

Jiménez Navarro, E. (1943): Figuras animalistas del Cerro de los Santos. Ampurias, V: 95-108 y X láms..

Jimeno, A. (1984a): Los Tolmos de Caracena (Soria). Campañas de 1977, 1978 y 1979. Nuevas bases para el estudio de la Edad del Bronce en la zona del Alto Duero. Excavaciones Arqueológicas en España, 134. Madrid.

- (1984b): Estado actual de la investigación del Eneolítico y la Edad del Bronce en la provincia de Soria. Actas del I Symposium de Arqueología Soriana (Soria 1982). Soria: \*

Jimeno, A. y Arlegui, M. (1995): El Poblamiento en el Alto Duero. En F. Burillo (coord.): Poblamiento Celtibérico. III Simposio sobre los Celtiberos, Institución Fernando el Católico. Zaragoza: 93-126.

Jimeno, A. y Fernández Moreno, J.J. (1985): Los Quintanares de Escobosa de Calatañazor (Soria). Algunos aspectos sobre la transición de la Edad del Bronce a la del Hierro. Revista de Investigación del Colegio Universitario de Soria (Geografía e Historia), IX (3): 49-66.

- (1991): Los Tolmos de Caracena (Soria). Campañas 1981 y 1982. Aportación al Bronce Medio de la Meseta. Excavaciones Arqueológicas en España, 161. Madrid.

- (1992): El poblamiento desde el Neolítico a la Edad del Bronce: constantes y cambios. II Symposium de Arqueología Soriana, I: 69-101.

Jimeno, A. y Morales, F. (1993): El poblamiento de la Edad del Hierro en el Alto Duero y la necrópolis de Numancia. Complutum, 4: 147-156.

Joffroy, R.; Chaume, B. y Paris, R. (1986): Le musée archéologique du Châtillonnais. Société archéologique et historique. Châtillon-sur-Seine.

Julia, D. (1965): Les monuments funéraires en forme de demi-cylindre dans la province romaine de Tarragonaise. Mélanges de la Casa de Velázquez, I: 29-72.

Kalb, Ph. (1974-77): Uma data de C-14 para o Bronze Atlântico. O Arqueólogo Português, série III, 7-9: 141-144.

- (1990): Zum Keltenbegriff in der archäologie der Iberischen Halbinsel. Madriider Mitteilungen, 31: 338-348.

Kehoe, D.P. (1990): Pastoralism and agriculture. (Recensión del libro de C.R. Whittaker (ed.), Pastoral Economies in Classical Antiquity. The Cambridge Philological Society, Supp. vol. 14). Journal of Roman Archaeology, 3: 386-398.

Kendall, D.G. (1971): Seriaton from abundance matrices. En F.R. Hodson, D.G. Kendall y P. Tautu (eds.), Mathematics in the archaeological and historical sciences. Edinburgh Univ. Press.: 215-252.

Klein, J. (1979): La Mesta (Estudio de la Historia Económica Española, 1273-1836). Madrid, Alianza Editorial.

Knapp, R.C. (1977): Aspects of the Roman experience in Iberia (206-100 B.C.). Valladolid

## BIBLIOGRAFIA

- (1992): Latin Inscriptions from Central Spain. University of California Press. Berkeley & Los Angeles, California.

Kornemann, E. (1942): Oppidum. Real Encyclopedie der classischen Altertumswissenschaft, 18 (1): 708-726.

Krahe, H. (1954): Sprache und Vorzeit. Heidelberg.

- (1962): Die Struktur der alteuropäischen Hydronymie. Wiesbaden.

Krämer, W. (1958): Manching, ein vindelikisches Oppidum an der Donau. En W. Krämer (ed.), Neue Ausgrabungen in Deutschland. Berlin: 175-202.

Kristiansen, K. (1994): The Emergence of the European World System in the Bronze Age: Divergence, Convergence and Social Evolution during the First and Second Millenia B.C. in Europe. En K. Kristiansen y J. Jensen (eds.), Europe in the First Millenium B.C.. Sheffield Archaeological Monographs 6. Sheffield: 7-30.

Kruta, V. (1986): Le corail, le vin et l'Arbre de la vie: observations sur l'art et la religion des Celtes du V au I siècle avant J.-C. Etudes Celtiques, XXIII: 7-32.

- (1993): El arte céltico. En M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), Los Celtas: Hispania y Europa, Actas, Madrid: 431-450.

Kuna, M. (1993): Social system of the Iron Age as reflected on the microregional level. En A. Daubigney (ed), Fonctionnement Social de L'Âge du Fer. Opérateurs & Hypothèses pour la France. Cerde Girardot, Lous-le-Saulnier: 227-230.

Kurtz, W.S. (1980): Un asa de bronce procedente del Castro de Las Cogotas (Cardeñosa, Avila). Archivo Español de Arqueología, 53: 163-174.

- (1985): La coraza metálica en la Europa protohistórica. Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología, 21: 13-23.

- (1986-87): El armamento en la necrópolis de Las Cogotas (Cardeñosa, Avila). Zephyrus, XXXIX-XL: 445-458.

- (1987): La necrópolis de Las Cogotas. Volumen I: Ajuares. Revisión de los materiales de la necrópolis de la Segunda Edad del Hierro en la Cuenca del Duero (España). B.A.R., Int. Series, 344. Oxford.

- (1995): Lo Céltico en el contexto de la arqueología europea. Celtas y Túrdulos: La Beturia. Cuadernos Emeritenses, 9. Mérida: 11-48.

Ladero, M.A. (1982): Las ferias de Castilla. Siglos XII a XV. Cuadernos de Historia de España, LXVII-LXVIII: 269-347.

Lantier, R. (1918): Inventaire des monuments sculptés préchrétiens de la Péninsule Ibérique, I. Paris.

Lantier, R. y Breuil, H. (1930): Villages Pré-romains de la Péninsule Ibérique. Revue Archéologique XXXII, 209-216.

Larrén, H. (1990): Provincia de Avila. (Arqueología preventiva y de gestión 1984-1988). Numantia.

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

III: 243-250.

Larruga, E. (1792): Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España. Tomo XX, Madrid.

Lauk, H.D. (1976): Tierknochenfunde aus bronzezeitlichen Siedlungen bei Monachil und Purullena (Provinz Granada). Studien über Frühe Tierknochenfunde aus der Iberische Halbinsel, 6.

Le Roux, P. (1982): L'Armée romaine et l'organisation des provinces ibériques d'Auguste a l'invasion de 409. Paris.

Le Roux, P. y Tranoy, A. (1974): Contribution à l'étude des régions rurales du N.O. hispanique au Haut-Empire: deux inscriptions de Penafiel. III Congresso Nacional de Arqueologia (Porto 1973). Porto: 249-258.

Leal, A.P. (1875): Portugal antigo e moderno. Vol 6. Lisboa.

Leite de Vasconcellos, J. (1905-1913): Religiões de Lusitania (I-III). Lisboa.

- (1934): Castros Lusitânicos. O Arqueólogo Português, 29: 31-49.

Lenerz-de Wilde, M. (1991): Iberia Celtica. Archäologische Zeugnisse keltischer Kultur auf der Pyrenäenhalbinsel. Stuttgart.

Lomas, F.J. (1980a): Pueblos celtas de la Península Ibérica. En VV.AA., Historia de España Antigua I. Protohistoria, Cap. III, Ed. Cátedra, Madrid: 83-110.

- (1980b): Instituciones Indoeuropeas. En VV.AA., Historia de España Antigua I. Protohistoria, Cap. IV, Ed. Cátedra, Madrid: 111-126.

López, S. y Santos, J. (1985): Alabarda y puñales de lengüeta y remaches procedentes del SO de la Cuenca del Duero. Zephyrus, XXXVII-XXXVIII: 255-264.

López de Ayala-Alvarez de Toledo, J. (Conde de Cedillo) (1913): Coca, patria de Teodosio el Magno. Sus monumentos arqueológicos. Boletín de la Real Academia de la Historia, 53: 364 ss. \*

- (1959): Catálogo Monumental de la Provincia de Toledo. Toledo.

López Cuevillas, F. (1951): Esculturas zoomorfas y antropomorfas de la cultura de los castros. Cuadernos de Estudios Gallegos, 19: 177-203.

López García, P. (1986): Estudio palinológico del Holoceno español a través del análisis de yacimientos arqueológicos. Trabajos de Prehistoria, 43: 143-158.

López Melero, R.; Sánchez Abal, J.L. y García Jiménez, S. (1984): El bronce de Alcántara. Una dedición del 104 a.C.. Gerión, 2: 264-323.

López Monteagudo, G. (1973): Cabeza zoomorfa inédita del castro de Santa Tecla (La Guardia, Pontevedra). XII Congreso Nacional de Arqueología (Jaén 1971). Zaragoza: 341-344.

- (1977): La diadema de San Martín de Oscos. Homenaje a García Bellido. Revista de la Universidad Complutense, XXVI (109), tomo III. Madrid: 99-108.

- (1979): Particularidades escultóricas de los verracos. XV Congreso Nacional de Arqueología (Lugo

## BIBLIOGRAFIA

1977. Zaragoza: 721-734.

- (1982): Las esculturas zoomorfas "célticas" de la Península Ibérica y sus paralelos polacos. Archivo Español de Arqueología, 55: 3-30.

- (1983): Expansión de los "verracos" y características de su cultura. Universidad Complutense. Madrid.

- (1989): Esculturas zoomorfas celtas de la Península Ibérica. Anejos de Archivo Español de Arqueología, X. Madrid.

Lorenz, H. (1985): Regional organization in the western Early La Tène province: the Marne-Mosel and Rhine-Danube groups. En T.C. Champion y J.V.S. Megaw (eds.), Settlement and Society. Aspects of West European Prehistory in the first Millenium B.C.. University of Leicester: 109-122.

Lorrio, A. (1988-89): Cerámica gris orientalizante de la Necrópolis de Medellín (Badajoz). Zephyrus, XLI-XLII: 283-314.

- (1990): La Mercadera (Soria): organización social y distribución de la riqueza en una necrópolis celtibérica. En F. Burillo (coord.), Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los Celtiberos. Institución Fernando el Católico: 39-50. Zaragoza.

- (1993): El armamento de los celtas hispanos. En M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), Los Celtas: Hispania y Europa, Actas, Madrid: 285-326.

- (1994): La evolución de la panoplia celtibérica. Madridrer Mitteilungen, 35: 212-257.

- (1995): Los Celtiberos: Etnia y Cultura. Universidad Complutense. Tesis Doctoral inédita. Madrid.

Lucas, A.T. (1989): Cattle in Ancient Ireland. Studies in Irish Archaeology and History. Boethius Press, Kilkenny.

Llanos, A. (1972): Cerámica excisa en Alava y provincias limítrofes. Excavaciones Arqueológicas en España, V: 81-98.

- (1983): Campos de depósitos en hoyos y depósitos en cuevas. Museo de Arqueología de Alava. Vitoria. (Comprobar, ¿es un libro? \*\*)

- (1992): Conformación de las etnias prerromanas en Alava, Bizkaia y Gipuzcoa. En M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum, 2-3: 431-447.

Llobera, M. (1996): Exploring the topography of mind: GIS, social space and archaeology. Antiquity, 70: 612-622.

Llorente, J.M. (1990): Las penillanuras de Zamora y Salamanca.

En A. Cabo y F. Manero (dirs.), Geografía de Castilla y León. 8. Las comarcas tradicionales. Ambito, Valladolid: 177-211.

MacCone, K.R. (1987): Hund, Wolf und Krieger bei den Indogermanen. En W. Meid (ed.), Studien zum indogermanischen Wortschaft. Innsbruck: 101-154.

MacDowell, D.M. (1986): Spartan Law. Edinburgh.

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

Macías, M. (1913): La epigrafía latina en la provincia de Orense. Bol. Com. Prov. Monum. Orense, 88: 260 ss. \*

Maderuelo, M. y Pastor, J.M. (1981): Excavaciones en Reillo, Cuenca. Noticiario Arqueológico Hispánico, 12: 161-185.

Madoz, P. (1845-1850): Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar. 16 vols. Madrid.

Magny, M. (1982): Atlantic and Sub-boreal: dampness and dryness? En A. Harding (ed.), Climatic Change in Later Prehistory. Edinburgh Univ. Press. Edinburgh: 33-43.

Maluquer, J. (1951): De la Salamanca primitiva. Zephyrus, II: 61-72.

- (1954a): El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra. Estudio Crítico-1. Pamplona. Excavaciones en Navarra IV.

- (1954b): Pueblos Celtas. En R. Menéndez Pidal (Dir.), Historia de España, Tomo I, vol. 3, Madrid: 5-194.

- (1956a): Carta Arqueológica de España. Salamanca. Salamanca.

- (1956b): La técnica de incrustación de Boquique y la dualidad de tradiciones cerámicas en la Meseta durante la Edad del Hierro. Zephyrus, VII: 179-206.

- (1957): La cerámica pintada hallstática del nivel inferior del castro de Sanchorreja (Ávila). Zephyrus, VIII: 286-287.

- (1958a): El castro de Los Castillejos de Sanchorreja. Ávila-Salamanca.

- (1958b): Excavaciones Arqueológicas en el Cerro del Berrueco (Salamanca). Acta Salmanticensis XIV-1. Salamanca.

- (1968): Excavaciones arqueológicas en el castro de "Las Merchanas" (Lumbrerales, Salamanca). Pyrenae, 4: 101-128.

- (1981): El Santuario Protohistórico de Zalamea de la Serena (Badajoz). En J. Maluquer y M<sup>a</sup>.E. Aubet (eds.), Andalucía y Extremadura. Barcelona: 225-409.

Maluquer, J.; Celestino, S.; Gracia, F. y Munilla, G. (1986): El Santuario Protohistórico de Zalamea de la Serena. Badajoz. III. 1983-1986. Programa de Investigaciones Protohistóricas XVI. Barcelona.

Maluquer, J.; Gracia, F. y Munilla, G. (1988): Alto de la Cruz, Cortes de Navarra. Campañas 1986-87. Trabajos de Arqueología Navarra, 7: 326-330.

Mangas, J. (1978): Religiones indígenas en Hispania. Historia de España Antigua. II. Hispania romana. Madrid: 579-611.

- (1985a): La conquista del Valle del Duero por los romanos. En J. Valdeón (ed.), Historia de Castilla y León. II. Romanización y Germanización en la Meseta Norte. Ambito, Valladolid: 8-25.

- (1985b): La administración pública romana. En J. Valdeón (ed.), Historia de Castilla y León. II. Romanización y Germanización en la Meseta Norte. Ambito, Valladolid: 26-45.



## BIBLIOGRAFIA

- (1995): *Economía de la Hispania Republicana. Historia de España 3. De Aníbal al emperador Augusto. Hispania durante la República Romana.* Historia 16. Madrid: 86-107.

Mangas, J. y Carrobes, J. (1992): *La ciudad de Talavera de la Reina en época romana. Actas de las Primeras Jornadas de Arqueología de Talavera de la Reina y sus Tierras.* Servicio de Arqueología. Diputación provincial de Toledo: 95-113.

Manrique, M.A. (1980): *Instrumentos de Hierro de Numancia conservados en el Museo Numantino (Soria).* Ministerio de Cultura. Madrid.

Marco, F. (1986): *El dios céltico Lug y el Santuario de Peñalba de Villastar. Estudios en Homenaje al Dr. Antonio Beltrán Martínez.* Zaragoza: 731-759.

- (1987): *La religión de los Celtiberos. I Simposium sobre los Celtiberos.* Institución Fernando el Católico. Zaragoza: 55-74.

- (1993a): *La religiosidad en la Céltica hispana. En M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), Los Celtas: Hispania y Europa.* Actas, Madrid: 477-512.

- (1993b): *La individuación del espacio sagrado: testimonios culturales en el Noroeste hispánico. En M. Mayer y J. Gómez Pallares (eds.), Religio Deorum. Actas del Coloquio Internacional de Epigrafía (Culto y Sociedad en Occidente).* Editorial AUSA, Sabadell: 317-324.

Marchand, C. (1991): *Sanctuaires picards et territoire. En J.L. Bruneaux (dir.), Les sanctuaires celtiques et leur rapports avec le monde méditerranéen.* Actes du Colloque de St. Riquier (8 au 11 novembre 1990). Paris: 14-19.

Mariné, M. (1995): *La época romana. En M. Mariné (coord.), Historia de Avila I. Prehistoria e Historia Antigua.* Institución Gran Duque de Alba, Avila: 273-327.

Mariné, M. y Ruiz Zapatero, G. (1988): *Nuevas investigaciones en Las Cogotas. Una aplicación del 1% cultural. Revista de Arqueología,* 84: 46-53.

Mariscal, B. (1995): *Análisis polínico de los yacimientos de la Edad del Hierro de El Soto de Medinilla (campana 1989-1990) y el Cerro de La Mota en Medina del Campo, Valladolid. En G. Delibes, F. Romero y A. Morales (eds.), Arqueología y Medio Ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio.* Junta de Castilla y León. Valladolid: 337-350.

Mariscal, B.; Cubero, C. y Uzquiano, P. (1995): *Paisaje y recursos del valle del Duero durante el primer milenio antes de Cristo a través de la Paleoetnobotánica. En G. Delibes, F. Romero y A. Morales (eds.), Arqueología y Medio Ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio.* Junta de Castilla y León. Valladolid: 417-454.

Martín Aragón, J. (1977): *Hallazgos arqueológicos de La Puebla de Montalbán. Toletum,* 88: 91-92.

Martín Benito, J.I. (1988): *Excavaciones arqueológicas en el Teso del Cuerno (Forfoleda, Salamanca, España). Arqueología (Grupo de Estudios Arqueológicos de Porto),* 18: 131 ss.

Martín Benito, J.I. y Jiménez, M.C. (1991): *En torno a una estructura constructiva en un campo de hoyos de la Edad del Bronce de la Meseta Española (Forfoleda, Salamanca). Zephyrus,* XLI-XLII: 263-281. (\* confirmar año)

Martín Benito, J.I. y Martín Benito, J.C. (1994): *Prehistoria y Romanización de la Tierra de Ciudad*

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

Rodrigo. Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo/Centro de Estudios Mirobrigenses. Salamanca.

Martín Bravo, A.M<sup>a</sup>. (1991): Aproximación a la economía de los castros del norte de Extremadura. Gerión, Estudios en Homenaje al Dr. Michel Ponsich. Anejos III: 169-180.

- (1993): El poblamiento de la comarca de Alcántara (Cáceres) durante la Edad del Hierro. Complutum, 4: 337-360.

- (1994): Los castros del occidente de la provincia de Cáceres. En M. Almagro-Gorbea y A.M. Martín Bravo (eds.), Castros y Oppida en Extremadura. Complutum, Extra 4. Madrid: 243-286.

- (1996): Las Sociedades de la Edad del Hierro en la Alta Extremadura. Tesis Doctoral. Universidad Complutense de Madrid.

Martín Carramolino, J. (1872): Historia de Avila, su provincia y obispado, Tomo II (3 vols.). Juan Aguado, Madrid.

Martín de la Cruz, J.C. y Pertines, M. (1994): La cerámica a torno de los contextos culturales de finales del II milenio a.C. en Andalucía. Actas del I Congreso de Arqueología Peninsular. Porto: 335-345.

Martín García, R. y García Diego, A.J. (1990): Aproximación al estudio de la escultura zoomorfa de la provincia de Zamora: los verracos. Studia Zamorensia, XI: 17-37.

Martín Jiménez, J.L. (1919): Una estación prehistórica en Yecla de Yeltes. Boletín de la Real Academia de la Historia, 75: 399-415.

Martín Valls, R. (1965): Investigaciones arqueológicas en Ciudad Rodrigo. Zephyrus, XXVI-XXVII: 71-98.

- (1970): Hallazgos arqueológicos en Coria. Boletín del Seminario de Arte y Arqueología, 36: 447-\*

- (1971a): Protohistoria y Romanización de los Vettones. Tesis Doctoral inédita. Universidad de Valladolid.

- (1971b): El castro del Picón de la Mora (Salamanca). Boletín del Seminario de Arte y Arqueología, XXXVII: 125-144.

- (1973a): Insculturas del castro salmantino de Yecla de Yeltes: nuevos hallazgos y problemas cronológicos. Boletín del Seminario de Arte y Arqueología, XXXIX: 81-103.

- (1973b): Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora. Boletín del Seminario de Arte y Arqueología, XXXIX: 403-414.

- (1974): Variedades tipológicas en las esculturas zoomorfas de la Meseta. Studia Archaeologica, 32: 69-92.

- (1974-75): Una escultura zoomorfa de la Cultura Castreña del Noroeste en la provincia de Zamora. Cuadernos de Estudios Gallegos, XXIX: 281-287.

- (1976): Nuevos hallazgos arqueológicos en Ciudad Rodrigo. Zephyrus, XXVI-XXVII: 373-388.

- (1979): Novedades epigráficas del castro de Yecla de Yeltes (Salamanca). Estudios dedicados a

## BIBLIOGRAFIA

Carlos Callejo Serrano. Cáceres: 499-510.

- (1982): *La necrópolis del castro de Yecla de Yeltes. Datos arqueológicos y epigráficos para su estudio*. Zephyrus, XXXIV-XXXV: 181-201.

- (1983): *Las insculturas del castro salmantino de Yecla de Yeltes y sus relaciones con los petroglifos gallegos*. Zephyrus, XXXVI: 217-231.

- (1984): *Prehistoria Palentina*. En J. González (Dir.), Historia de Palencia I. Edades Antigua y Media. Madrid: 15-53.

- (1985): *Segunda Edad del Hierro. Las culturas prerromanas*. En J. Valdeón (ed.), Historia de Castilla y León. I. La Prehistoria del Valle del Duero. Ambito, Valladolid: 104-131.

- (1986-87): *La Segunda Edad del Hierro: consideraciones sobre su periodización*. Zephyrus, XXXIX-XL: 59-86.

Martín Valls, R. y Abásolo, J.A. (1969): Notas de Arqueología Burgalesa. Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología, 33-34: 329-333.

Martín Valls, R.; Benet, N. y Macarro, C. (1991): Arqueología de Salamanca. En M. Santonja (coord.), Del Paleolítico a la Historia Museo de Salamanca: 137-163.

Martín Valls, R. y Delibes, G. (1973): Recientes hallazgos cerámicos en la fase Cogotas I en la Provincia de Salamanca. Boletín del Seminario de Arte y Arqueología, XXXIX: 395-402.

- (1975a): *Problemas en torno a la primera Edad del Hierro en el sector occidental de la Meseta Norte*. XIII Congreso Nacional de Arqueología (Huelva 1973). Zaragoza: 545-550.

- (1975b): *Hallazgos Arqueológicos en la provincia de Zamora (II)*. Boletín del Seminario de Arte y Arqueología, XL-XLI: 445-476.

- (1975c): *El poblado protohistórico del Cerro de San Andrés en Medina de Rioseco*. Archivos Leoneses, 57-58: 195-202.

- (1976a): *Sobre la cerámica de la fase Cogotas I*. Boletín del Seminario de Arte y Arqueología, XLII: 5-18.

- (1976b): *Hallazgos Arqueológicos en la provincia de Zamora (III)*. Boletín del Seminario de Arte y Arqueología, XLII: 411-440.

- (1977): *Hallazgos Arqueológicos en la provincia de Zamora (IV)*. Boletín del Seminario de Arte y Arqueología, 43: 291-319.

- (1978a): *Die Hallstatt-zeitliche Siedlung von Zorita bei Valoria la Buena (Prov. Valladolid)*. Madridrer Mitteilungen, 19: 219-230.

- (1978b): *Hallazgos Arqueológicos en la provincia de Zamora (V)*. Boletín del Seminario de Arte y Arqueología, XLIV: 321-346.

- (1979a): *Un puñal de la Edad del Bronce hallado en El Mirón (Avila)*. Revista de Guimaraes, LXXXIX: 327-\*)

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

- (1979b): Hallazgos Arqueológicos en la Provincia de Zamora (VI). Boletín del Seminario de Arte y Arqueología, 45: 125-147.

- (1980): Hallazgos Arqueológicos en la Provincia de Zamora (VII). Boletín del Seminario de Arte y Arqueología, 46: 119-128.

- (1981): Hallazgos Arqueológicos en la Provincia de Zamora (VIII). Boletín del Seminario de Arte y Arqueología, 47: 153-186.

- (1982): Hallazgos Arqueológicos en la Provincia de Zamora (IX). Boletín del Seminario de Arte y Arqueología, 48: 45-70.

Martín Valls, R. y Esparza, A. (1992): Génesis y evolución de la Cultura Celtibérica. En M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum, 2-3: 259-279.

Martín Valls, R. y Frades Morera, M.J. (1981): Un verraco con inscripción latina en Iarrodriago (Salamanca). Numantia, 1: 195-198.

Martín Valls, R. y Pérez Herrero, E. (1976): Las esculturas zoomorfas de Martiherrero (Ávila). Boletín del Seminario de Arte y Arqueología, XLII: 67-88.

Martínez Burgos, M. (1935): Catálogo del Museo Arqueológico Provincial de Burgos. Madrid.

Martínez Navarrete, M.I. y Méndez Madariaga, A. (1983): Arenero de Soto: yacimiento de fondos de cabaña del horizonte Cogotas I. Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas, 2: 183-254.

Martins Sarmiento, F. (1879): Acerca das excavações de Sabroso. A Renascença (Porto): 118 ss.

Matos da Silva, M.<sup>o</sup> de F. (1988): Subsídios para o estudo da Arte Castreja. A cultura dos berrões: ensaio de síntese. Revista de Ciências Históricas, III: 57-94.

Megaw, J.V.S. (1985): Meditations on a Celtic hobby-horse: notes towards a social archaeology of Iron Age art. En T.C. Champion y J.V.S. Megaw (eds.), Settlement and Society. Aspects of West European Prehistory in the first Millenium B.C.. University of Leicester: 161-191.

Megaw, J.V.S. y Simpson, D.D.A. (1981): Introduction to British Prehistory. Leicester.

Mérida, J.R. (1924): Catálogo Monumental de España. Provincia de Cáceres. Madrid.

Méndez Madariaga, A. y Velasco, F. (1984): La Muela de Alarilla. Un yacimiento de la Edad del Bronce en el valle medio del río Henares. Revista de Arqueología, 37: 6-15.

Menéndez, J. y Florschütz, F. (1961): Contribución al conocimiento de la historia de la vegetación en España durante el Cuaternario. Estudios Geológicos, 17: 83-99.

Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación (1983): Mapa de Cultivos y aprovechamientos de la provincia de Cáceres. Escala 1:200.000. Dirección General de la Producción Agraria. Madrid.

- (1983): Mapa de Cultivos y aprovechamientos de la provincia de Toledo. Escala 1:200.000. Dirección General de la Producción Agraria. Madrid.

- (1983): Mapa de Cultivos y aprovechamientos de la provincia de Ávila. Escala 1:200.000. Dirección General de la Producción Agraria. Madrid.

## BIBLIOGRAFIA

- (1984): Mapa de Cultivos y aprovechamientos de la provincia de Salamanca. Escala 1:200.000. Dirección General de la Producción Agraria. Madrid.
- Misiego, J.C.; Marcos, G.J.; Sarabia, F.J.; Martín, J. y Martín, F.J. (1993): Un horno doméstico de la primera Edad del Hierro de "El Soto de Medinilla" (Valladolid) y su análisis por ATD. Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología, LIX: 89-111.
- Mohen, J.P. (1980): L'Age du Fer en Aquitaine. Mémoires de la Société Préhistorique Française, 14. Paris.
- Moitrieux, G. (1994): Les sculptures gallo-romaines d'Audun-le-Tiche (Moselle). Latomus 53 (2): 366-375.
- Molina, F. (1978): Definición y sistematización del Bronce Final y Tardío en el sudeste de la Península Ibérica. Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada, 3: 193-232.
- Molina, F. y Arteaga, O. (1976): Problemática y diferenciación en grupos de la cerámica con decoración excisa en la Península Ibérica. Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada, I: 175-214.
- Molinero, A. (1933): El castro de la Mesa de Miranda (Chamartín-Avila). Boletín de la Academia de la Historia, CII: 421-439.
- (1949): Excavaciones arqueológicas antiguas y modernas en Duratón (Segovia). Estudios Segovianos, 2-3: 569 ss.\*
- (1954): De la Segovia Arqueológica. Segovia.
- (1958): Los yacimientos de la Edad del Hierro en Avila y sus excavaciones arqueológicas. Institución Alonso de Madrigal. Avila.
- Solano, M.C. (Marqués de Monsalud) (1901): Citanias extremeñas. Revista de Extremadura, 3: 6-13.
- Montano, C. (1987): Aproximación al estudio de los sepulcros megalíticos de Alcántara. Anales de ADECO (Asociación de Estudios Comarcales). Cáceres: 29-58.
- Morales, A. (1977): Los restos animales del castro de Medellín. En M. Almagro-Gorbea, El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura. Biblioteca Prehistórica Hispana, XIV: 513-519. Madrid.
- (1994): Los mamíferos de Medellín 1991 (Badajoz). Análisis arqueofaunístico comparado del corte 2. En M. Almagro-Gorbea y A.Mª. Martín Bravo (eds.), Castros y Oppida en Extremadura. Complutum Extra 4. Madrid: 129-141.
- Morales, A. y Liesau, C. (1995): Análisis comparado de las faunas arqueológicas en el valle Medio del Duero (prov. Valladolid) durante la Edad del Hierro. En G. Delibes, F. Romero y A. Morales (eds.), Arqueología y Medio Ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio. Junta de Castilla y León. Valladolid: 455-511.
- Morán, C. (1919): Investigaciones acerca de Arqueología y Prehistoria de la región salmantina. Salamanca.

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

- (1922): Epigrafía Salmantina. Salamanca.
- (1923): Alrededores de Salamanca. Salamanca.
- (1924): Excavaciones Arqueológicas en el Cerro del Berrueco (Medinilla, Avila, El Tejado y Puente de Congosto, Salamanca). Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 65: 3-24 y XIV láms..
- (1926): Prehistoria de Salamanca. O Instituto, 73. Coimbra.
- (1933): Salamanca en la Prehistoria. Homenagem a Martins Sarmento. Sociedade Martins Sarmento. Guimarães: 257-260.
- (1935): Excavaciones en dólmenes de Salamanca y Zamora. Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 135. Madrid.
- (1940): Mapa Histórico de la Provincia de Salamanca. Salamanca.
- (1942): Toros y Verracos de la Edad del Hierro. Archivo Español de Arqueología, XV: 249-251.
- (1946): Reseña histórico-artística de la provincia de Salamanca. Acta Salmanticensia, II (nº 1). Salamanca.
- Morel, J.P. (1981): Céramique campanienne: les formes. Bibliothèque des Écoles Françaises d'Athènes et de Rome. Roma.
- Moreno, F.J. (1990): Notas al contexto de Arroyo Manzanas (Las Herencias, Toledo). Actas del I Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo. Diputación Provincial de Toledo: 277-308.
- Moreno Núñez, J.I. (1992): Avila y su Tierra en la Baja Edad Media (siglos XIII-XV). Junta de Castilla y León. Avila.
- Moret, P. (1991): Les fortifications de l'Age du Fer dans la Meseta Espagnole: origine et diffusion des techniques de construction. Melanges de la Casa de Velázquez, XXVII (1): 5-42.
- Muñoz, J. (1953): El Jano de Candelario. Zephyrus, IV: 69-73.
- Museo de Avila (1987): Pioneros de la arqueología abulense. Junta de Castilla y León. Avila.
- Nash, D. (1976): The growth of urban society in France. En B.W. Cunliffe y R.T. Rowley (eds.), The beginnings of urbanization in Temperate Europe. B.A.R. S.S. 11: 95-133. Oxford.
- (1985): Celtic territorial expansion and the Mediterranean world. En T.C. Champion y J.V.S. Megaw (eds.), Settlement and Society. Aspects of West European Prehistory in the first Millenium B.C.. University of Leicester: 45-67.
- Navascués, J.M. (1963): Caracteres externos de las antiguas inscripciones salmantinas. Los epitafios de la zona occidental. Boletín de la Real Academia de la Historia, CLII: 159-223.
- (1966): Onomástica salmantina de época romana. Boletín de la Real Academia de la Historia, CLVIII: 181-230.
- Negueruela, I. (1990-1991): Aspectos de la técnica escultórica ibérica en el siglo V a.C.. Lucentum, IX-X: 77-83.

## BIBLIOGRAFIA

- Neraudau, J.P. (1979): La jeunesse dans la littérature et les institutions de la Rome républicaine. Paris.
- Noché, A. (1973): De la notion d'oppidum dans les cités gauloises. Ogam, 22-25: 45-48.
- Nowotny, E. (1931): Metrologische Nova. Klio, 24: 247-294.
- Núñez Sobrino, A. (1982): El verraco de Narahío. El Museo de Pontevedra, XXXVI: 393-401.
- Olaetxea, C.; Peñalver, X. y Valdés, L. (1990): El Bronce Final y la Edad del Hierro en Gipuzkoa y Bizkaia. Munibe, 42: 161-165.
- Oliveira Jorge, S. (1988): O Povoado da Bouca do Frade (Baião) no quadro do Bronze Final do Norte de Portugal. Porto. G.E.A.P. (Oliveira es apellido ?\*\*, En la bibliogr. de Delibes/Romero y de Ruiz-Gálvez aparece citado como Jorge\*\*)
- Ongil, M<sup>a</sup>.I. (1986-87): Los poblados de ribero. Análisis territorial. Zephyrus, XXXIX-XL: 321-328.
- (1991): Villasviejas del Tamuja (Botija, Cáceres). El Poblado (1985-1990). I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990). Extremadura Arqueológica, II: 247-253.
- Ortego, T. (1983): La necrópolis Arévaca de La Revilla (Soria). XVI Congreso Nacional de Arqueología: 573-583. \*
- Orton, C. (1988): Matemáticas para arqueólogos. Alianza Editorial, Madrid.
- Paixão, A.C. (1983): Uma nova sepultura com escaravelho da necrópole proto-histórica do Senhor dos Mártires (Alcácer do Sal). O Arqueólogo Português, serie IV, vol 1: 273-286.
- Palol, P. de (1963): Trigos prehistóricos en el Valle del Pisuerga. El asentamiento céltico de "El Soto de Medinilla". Felipe II: 9-12.
- (1966): Estado actual de la investigación prehistórica y arqueológica en la Meseta castellana. IX Congreso Nacional de Arqueología (Valladolid 1965). Zaragoza: 29-33.
- (1982): Guía de Clunia. Valladolid (5ª edición).
- Palol, P. de y Wattenberg, F. (1974): Carta Arqueológica de España. Valladolid. Valladolid.
- Palomar Lapesa, M. (1957): La onomástica personal prelatina de la antigua Lusitania. Acta Salmanticensia 10. Salamanca.
- Pare, C. (1991): "Fürstensitze", Celts and the Mediterranean World: Developments in the West Hallstatt Culture in the 6th and 5th Centuries BC. Proceedings of the Prehistoric Society, 57 (2): 183-202.
- Paredes Guillén, V. (1888): Historia de los Framontanos Celtiberos desde los más remotos tiempos hasta nuestros días. Imprenta El Cantón Extremeño. Plasencia.
- (1902): Esculturas protohistóricas de la Península Ibérica. Revista de Extremadura: 356 ss. \*
- Paris, P. (1903): Essai sur L'Art et l'industrie de L'Espagne primitive. 2 Vols. Paris.

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

- (1910): Promenades Archéologiques en Espagne. Le Musée Archéologique National de Madrid. Paris.
- Pastor, M. (1983): Algunas observaciones sobre la estructura económica de la Andalucía prerromana. Actas del I Congreso de Historia de Andalucía. Prehistoria y Arqueología. Córdoba: 161-173.
- Pauli, L. (1978): Der Dürrnberg bei Hallein III. Münchner Beiträge zur Vor- und Frühgeschichte 18.
- Pavón, I. (1995): La Edad del Bronce. Arqueología en Extremadura: 10 años de descubrimientos. Extremadura Arqueológica IV: 35-65.
- Paz Escribano, M. de (1980): La necrópolis céltica de El Atance (Guadalajara). Wad-Al-Hayara, 7: 35-51.
- Pearson, G.W. (1987): How to cope with calibration. Antiquity, 61: 98-103.
- Peña Santos, A. de la (1985-86): Tres años de excavaciones arqueológicas en el yacimiento galaico-romano de Santa Tegra (A Guarda-Pontevedra): 1983-1985. Pontevedra Arqueológica II: 157-189.
- (1992): El primer milenio a.C. en el área gallega: génesis y desarrollo del mundo castreño a la luz de la arqueología. En M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum, 2-3: 373-394.
- (e.p.): Muerte y Transfiguración. Una perspectiva socioeconómica para la transición Bronce-Hierro en el área galaica., III Congreso Gallaecia (A Guarda, Mayo 1993).  
\* todavía en prensa?
- Peña Santos, A. de la y Rey, J.M. (1993): El espacio de la representación. El arte rupestre galaico desde una perspectiva territorial. Pontevedra. Revista de Estudios Provinciais, 10: 11-50.
- Peralta, E. (1990): Las cofradías guerreras indoeuropeas en la España antigua. El Basilisco, 3: 49-66.
- (1991): Confréries guerrières indo-européennes dans l'Espagne ancienne. Etudes Indo-Européennes, 10: 71-123.
- Peralta, E. (\*tesis)
- Perea, A. (1990): Orfebrería Prerromana. Arqueología del Oro. Consejería de Cultura, Dirección General de Patrimonio. Madrid.
- Pereira, J. (1988): La cerámica pintada a torno en Andalucía entre los siglos VI y III a.C. Cuenca del Guadalquivir. Universidad Complutense de Madrid.
- (1989): Nuevos datos para la valoración del hinterland tartésico. El enterramiento de la Casa del Carpio (Belvis de la Jara). En M<sup>a</sup>.E. Aubet (coord.), Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir. Sabadell: 395-409.
- (1990): Presencia de elementos orientalizantes en el sector occidental de la Carpetania. Toledo y la Carpetania en la Edad Antigua. Colegio Universitario de Toledo: 41-54.
- Pereira Lopo, A. (1910): Uma jornada arqueológica. O Arqueólogo Português, XV: 328 ss.



## BIBLIOGRAFIA

- Pérez de Barradas, J. (1929): La Colección prehistórica Rotondo. Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnología y Prehistoria, VIII: \*
- Pérez Casas, J.A. (1990): Las necrópolis de incineración en el Bajo Jalón. En F. Burillo (coord.), Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los Celtíberos. Institución Fernando el Católico. Zaragoza: 111-121.
- Pinho, J. de (1933): Considerações sobre a religiosidade dos citanienses de Briteiros e Sabroso. Homenagem a Martins Sarmento. Sociedade Martins Sarmento. Guimaraes: 292-297.
- Plácido, D.; Mangas, J. y Fernández-Miranda, M. (1992): Toletum. En F. Coarelli, M. Torelli y J. Uroz (coord.), Conquista romana y modos de intervención en la organización urbana y territorial. Dialoghi di Archeologia, 1-2: 263-274.
- Plog, S. (1980): Stylistic Variation in Prehistoric Ceramics. Cambridge University Press. Cambridge.
- Posac, C.F. (1953): Solosancho (Avila). Noticiario Arqueológico Hispánico, 1: 63-74.
- de Prada, M. (1986): Nuevas aportaciones al repertorio de los recipientes rituales metálicos con "asas de manos" en la Península Ibérica. Trabajos de Prehistoria, 43: 99-142.
- Priego, M.C. (1984): Actividades de la sección arqueológica del Museo Municipal durante 1983. Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas, 3: 193-201.
- (1986): Datación por el método del C-14: la Fábrica de Ladrillos (Getafe, Madrid). Villa de Madrid, 89-9 (3-4): 132.
- Priego, M.C. y Quero, S. (1983): Actividades de la sección arqueológica del Museo Municipal durante 1982. Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas, 2: 285-314.
- Pryor, F. (1996): Sheep, stockyards and field systems: Bronze Age livestock populations in the Fenlands of eastern England. Antiquity, 70: 313-324.
- Puig y Larraz, G. (1883): Descripción física y geológica de la provincia de Zamora. Memorias de la Comisión del Mapa Geológico de España, XI. Madrid.
- Quesada, F. (1989): Armamento, guerra y sociedad en la necrópolis ibérica de "El Cabecico del Tesoro" (Murcia, España). B.A.R., Int. Series, 502 (1). Oxford.
- (1991): El armamento ibérico. Tesis Doctoral inédita. Universidad Autónoma de Madrid.
- (1993): Soliferrea de la Edad del Hierro en la Península Ibérica. Trabajos de Prehistoria, 50: 159-183.
- Quintana, J. (1993): Sobre la secuencia de la Edad del Hierro en Simancas. En F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (eds.) (1993): Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca media del Duero. Junta de Castilla y León. Valladolid: 67-91.
- Rada y Delgado, E. (1883): Catálogo del Museo Arqueológico Nacional. Tomo I. Madrid.
- Raftery, B. (1993): Celtas, cultura y colonización: reflexiones sobre la Edad del Hierro en Irlanda. En M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), Los Celtas: Hispania y Europa. Actas, Madrid: 91-120.

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

Ralston, I.B.M. (1992): Les enceintes fortifiées du Limosin. Les habitats protohistoriques de la France non méditerranéenne. Ed. de la Maison des Sciences de l'Homme. Paris.

Ramón y Fernández Oxea, J. (1950): Nuevas esculturas zoomorfas prehistóricas en Extremadura. Ampurias, XII: 55-78.

- (1959): Nuevos verracos toledanos. V Congreso Nacional de Arqueología (Zaragoza 1957). Zaragoza: 118-120.

Ramos Loscertales, J.M. (1942): Hospitio y clientela en la España céltica. Notas para su estudio. Emerita, 10: 308-337.

Rapin, A. (1993): Destructions et mutilations des armes dans les nécropoles et les sanctuaires au Second Age du Fer: Réflexions sur les rituels et leur description. Les Celtes en Normandie. Les rituels funéraires en Gaule (III-I a. J.-C.). Rev. archéol. Ouest., Supplément, 6: 291-298.

Redman, Ch. L. (1990): Los orígenes de la civilización. Desde los primeros agricultores hasta la sociedad urbana en el Próximo Oriente. Crítica. Barcelona.

Redondo, J.A. (1985): Restos de una antigua ordenación social y territorial: las gentilidades vettonas en la provincia de Cáceres. Norba, 6: 29-41.

- (1993): Organizaciones suprafamiliares vettonas. El proceso histórico de la Lusitania Oriental en época prerromana y romana. Cuadernos Emeritenses, 7. Mérida: 38-53.

Redondo, J.A.; Esteban Ortega, J. y Salas, J. (1991): El castro de La Coraja de Aldeacentenera (Cáceres). I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990). Extremadura Arqueológica, II: 269-282.

Redondo, J.A. y Esteban Ortega, J. (1992-93): El hábitat rural indígena en la provincia de Cáceres: problemática de su estudio.

En J.G. Gorges y M. Salinas (eds.), El medio rural en Lusitania Romana. Formas de hábitat y ocupación del suelo. Studia Historica, Historia Antigua X-XI. Salamanca: 161-175.

Relaciones Topográficas (1576): Relación de Torrecilla. Copia existente en la Academia de la Historia.

Renfrew, C. y Zubrow, E.B.W. (eds). (1994) : The Ancient Mind. Elements of Cognitive Archaeology. C.U.P. Cambridge.

Ringrose, T. (1988): Correspondence analysis as an exploratory technique for stratigraphic abundance data. Computer and Quantitative Methods in Archaeology. BAR, Int. Series 393, Oxford: 3-14.

Rivero, M<sup>a</sup>.C. (1974): Algunas cerámicas ibéricas decoradas del "Castro Plaza del Tercio" (Torrecillas de la Tiesa, Cáceres). Zephyrus, XXV: 351-377.

Rodríguez, J. (1879): La Vettonia. Imprenta de Fortanet, Editor. Madrid.

Rodríguez Almeida, E. (1955): Contribución al estudio de los castros abuleses. Zephyrus, VI: 257-271.

- (1981): Avila Romana. Caja General de Ahorros y Monte de Piedad. Avila.

## BIBLIOGRAFIA

Rodríguez Colmenero, A. (e.p. \*): Corpus-Catálogo de inscripciones rupestres de época romana del cuadrante noroccidental de la Península Ibérica. Santiago de Compostela.

Rodríguez de Amelta, D. (1481): Tractado que se llama compilación de las batallas campales. Madrid.

Rodríguez Díaz, A. (1989): La Segunda Edad del Hierro en la Baja Extremadura: problemática y perspectivas en torno al poblamiento. Saguntum, 22: 165-224.

- (1990): Continuidad y ruptura cultural durante la Segunda Edad del Hierro en Extremadura. La Cultura Tartésica y Extremadura, Cuadernos Emeritenses, 2. Mérida: 127-162.

- (1994): El Valle Medio del Guadiana, "Espacio de Frontera" en la Protohistoria del Suroeste (II). Saguntum, 27: 107-124.

- (1995a): El Valle Medio del Guadiana, "Espacio de Frontera" en la Protohistoria del Suroeste (III). Saguntum, 28: 111-130.

- (1995b): Extremadura Prerromana. Arqueología en Extremadura: 10 años de descubrimientos. Extremadura Arqueológica IV: 91-121.

Rodríguez Díaz, A. y Enríquez, J.J. (1992): Necrópolis protohistóricas en Extremadura. En J. Blánquez y V. Antona (Coord): Congreso de Arqueología Ibérica: Las Necrópolis. Universidad Autónoma de Madrid, Serie Varia, 1: 531-562.

Roldán Hervás, J.M. (1968-69): Fuentes antiguas para el estudio de los Vettones. Zephyrus, XIX-XX: 73-106.

- (1971): Iter ab Emerita Asturicam. La vía de la plata. Salamanca.

- (1993): Los Hispanos en el ejército romano de época republicana. Acta Salmanticensia. Universidad de Salamanca.

Romero, F. (1976): Las cerámicas policromas de Numancia. Valladolid.

- (1980): Notas sobre la cerámica de la Primera Edad del Hierro en la cuenca media del Duero. Boletín del Seminario de Arte y Arqueología, XLVI: 137-153.

- (1984): La Edad del Hierro en la provincia de Soria. Estado de la cuestión. Actas del I Symposium de Arqueología Soriana (Soria 1982). Soria: 51-121.

- (1991a): Los castros de la Edad del Hierro en el norte de la provincia de Soria. Studia Archaeologica, 80. Valladolid.

- (1991b): El artesanado y sus creaciones. En VV.AA., Los Celtas en la Península Ibérica. Revista de Arqueología, número monográfico. Madrid: 82-91.

- (1992): Los antecedentes protohistóricos. Arquitectura de piedra y barro durante la Primera Edad del Hierro. En J.M. Báez Mezquita (coord.), Arquitectura popular de Castilla y León. Bases para un estudio, Valladolid: 175-211.

Romero, F. y Jimeno, A. (1993): El valle del Duero en la antesala de la Historia. Los grupos del Bronce Medio-Final y Primer Hierro. En M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), Los Celtas:

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

Hispania y Europa. Actas, Madrid: 175-222.

Romero, F. y Misiego, J. (1995): La Celtiberia Ulterior. Análisis del substrato. En F. Burillo (coord.), Poblamiento Celtibérico. III Simposio sobre los Celtiberos, Institución Fernando el Católico. Zaragoza: 59-81.

Romero, M.<sup>a</sup>.V.; Romero, F. y Marcos, G.J. (1993): Cauca en la Edad del Hierro. Consideraciones sobre la secuencia estratigráfica. En F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (eds.), Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca media del Duero. Junta de Castilla y León, Valladolid: 223-261.

Romero, F. y Ruiz Zapatero, G. (1992): La Edad del Hierro. Problemas, tendencias y perspectivas. II Symposium de Arqueología Soriana (Soria 1989). Vol. I, Soria: 103-120.

Romero, F. y Sanz Mínguez, C. (1992): Representaciones zoomorfas prerromanas en perspectiva cenital. Iconografía, cronología y dispersión geográfica. II Symposium de Arqueología Soriana, I. Soria: 455-471.

Romero, F.; Sanz, C. y Escudero, Z. (eds.) (1993): Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca media del Duero. Junta de Castilla y León, Valladolid.

Roos, A.M. (1982): Acerca de la antigua cerámica gris a torno de la Península Ibérica. Ampurias, 44: \*

Rosen-Przeworska, J. (1962): Les sculptures de Sleza et le problème celtique en Pologne. Bulletin de l'Académie Polonaise des Sciences, 25: 1-25.

Roso de Luna, M. (1901): Poblaciones celto-lusitanas o citanias cacereñas. Boletín de la Real Academia de la Historia, 38: 422-424.

- (1904): Sobre las citanias extremeñas. Boletín de la Real Academia de la Historia, 45: 507-510.

- (1908): Protohistoria extremeña. Boletín de la Real Academia de la Historia, 52: 140-151.

- (1909): Arqueología extremeña. Un nuevo verraco prehistórico. Boletín de la Real Academia de la Historia, 54: 526.

Ross, A. (1967): Pagan Celtic Britain. Studies in Iconography and Tradition. London.

Rowlands, M.J. (1980): Kinship, alliance and exchange in the European Bronze Age. En J. Barret y R. Bradley (eds.), The British Later Bronze Age. BAR - British Series, 83, Oxford: 15-55.

Rowlands, M.; Larsen, M. y Kristiansen, K. (eds.) (1987): Centre and Periphery in the Ancient World. Cambridge University Press. London.

Ruiz, A. (1992): Etnogénesis de las poblaciones pre-romanas de Andalucía Oriental. En M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum, 2-3: 101-118.

Ruiz, A. y Molinos, M. (1993): Los Iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico. Crítica, Barcelona.

Ruiz, A.; Rísquez, C. y Hornos, F. (1992): Las necrópolis Ibéricas en la Alta Andalucía. En J. Blánquez y V. Antona (Coord): Congreso de Arqueología Ibérica: Las Necrópolis. Universidad

## BIBLIOGRAFIA

*Autónoma de Madrid, Serie Varia, 1:: 397-430.*

Ruiz-Gálvez, M. (1984): La Península Ibérica y sus relaciones con el Círculo Cultural Atlántico. Universidad Complutense. Tesis Doctorales 139/84, 2 vols. Madrid.

- (1985-86): El mundo celtibérico visto bajo la óptica de la "Arqueología Social". Una propuesta para el estudio de los pueblos del Oriente de la Meseta durante la Edad del Hierro. Kalathos, 5-6: 71-106.

- (1988): Oro y política. Alianzas comerciales y centros de poder en el Bronce Final del Occidente peninsular. Espacio, Tiempo y Forma, Serie I, Prehistoria, 1: 325-338.

- (1989): La orfebrería del Bronce Final. El poder y su ostentación. El Oro en la España Prerromana, número monográfico de Revista de Arqueología. Madrid: 46-57.

- (1990): Propuesta para el estudio e interpretación de las necrópolis sin armas. En F. Burillo (coord.), Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los Celtíberos. Institución Fernando el Católico, Zaragoza: 343-347.

- (1991): Songs of a Wayfaring Lad. Late Bronze Age Atlantic exchange and the building of the regional identity in the west Iberian Peninsula. Oxford Journal of Archaeology, 10 (3): 277-306.

- (1992): La novia vendida: orfebrería, herencia y agricultura en la protohistoria de la Península Ibérica. SPAL, 1: 219-251.

- (1995a): Depósitos del Bronce Final: ¿Sagrado o profano? ¿Sagrado y, a la vez, profano?. En M. Ruiz-Gálvez (ed.), Ritos de Paso y Puntos de Paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final Europeo. Complutum, Extra 5. Madrid: 21-32.

- (1995b): Cronología de la Ría de Huelva en el marco del Bronce Final de Europa Occidental. En M. Ruiz-Gálvez (ed.), Ritos de Paso y Puntos de Paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final Europeo. Complutum, Extra 5. Madrid: 79-83.

- (1995c): El significado de la Ría de Huelva en el contexto de las relaciones de intercambio y de las transformaciones producidas en la transición Bronce Final/Edad del Hierro. En M. Ruiz-Gálvez (ed.), Ritos de Paso y Puntos de Paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final Europeo. Complutum, Extra 5. Madrid: 129-155.

Ruiz-Gálvez, M. y Galán, E. (1991): Las Estelas del Suroeste como hitos de vías ganaderas y rutas comerciales. Trabajos de Prehistoria, 48: 257-273.

- (e.p.): Rutas ganaderas, trasterminancia y caminos antiguos: el caso del suroeste peninsular entre el Calcolítico y la Edad del Hierro. En P. Cressier y J. Gómez-Pantoja (coords.), Aspectos del pastoreo en la Península Ibérica (Enero 1996). Casa de Velázquez, Madrid.

Ruiz Mata, D. (1984-85): Puntualizaciones sobre la cerámica pintada tartésica del Bronce Final - estilo Carambolo o Guadalquivir I -. Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid, 11-12 (1): 225-243.

Ruiz Zapata, B. (1995): Análisis polínico del yacimiento de "Soto de Medinilla". Campaña de 1986-87 en el poblado vacceo. En G. Delibes, F. Romero y A. Morales (eds.), Arqueología y Medio Ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio. Junta de Castilla y León. Valladolid: 351-356.

Ruiz Zapatero, G. (1982): Cerámica de Cogotas I en la Serranía Turolense (La Muela de Galve). Bajo

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

Aragón, Prehistoria, IV: 80-83.

- (1984): *Cogotas I y los primeros "Campos de Urnas" en el Alto Duero*. Actas del I Symposium de Arqueología Soriana (Soria 1982). Soria: 171-185.

- (1985): Los Campos de Urnas del NE. de la Península Ibérica. Universidad Complutense. Madrid.

- (1988a): Recensión del libro de A. Esparza, *Los Castros de la Edad del Hierro del Noroeste de Zamora*. Instituto de Estudios Zamoranos, 1987. Trabajos de Prehistoria, 45: 359-361.

- (1988b): *L'Escola Paleoeconómica de Cambridge*. En X. Ballestín *et alii* (eds.), Corrents Teòrics en Arqueologia. Ed. Columna, Barcelona: 62-81.

- (1989a): 100 años de arqueología soriana. En J.L. Argente (coord.), Diez años de arqueología soriana (1978-1988). Museo Numantino. Junta de Castilla y León, Soria: 9-21.

- (1989b): Centro y periferia: la Europa bárbara y el Mediterráneo en la Edad del Hierro. Trabajos de Prehistoria, 46: 331-340.

- (1991): ¿ Quienes eran los Celtas ?. En VV.AA., Los Celtas en la Península Ibérica. Revista de Arqueología, número monográfico. Madrid: 6-11.

- (1992): Comercio protohistórico e innovación tecnológica: la difusión de la metalurgia del hierro y el torno de alfarero en el NE. de Iberia. Gala. Revista d'Arqueologia i Antropologia, 1: 103-116.

- (1993): El concepto de Celtas en la Prehistoria europea y española. En M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), Los Celtas: Hispania y Europa. Actas, Madrid: 23-62.

- (1995): El substrato de la Celtiberia Citerior. El problema de las invasiones. En F. Burillo (coord.), Poblamiento Celtibérico. III Simposio sobre los Celtiberos, Institución Fernando el Católico. Zaragoza: 25-40.

Ruiz Zapatero, G. y Alvarez-Sanchis, J.R. (1995): *Las Cogotas: Oppida and the Roots of Urbanism in the Spanish Meseta*. En B. Cunliffe y S.J. Keay (eds.), Social Complexity and the Development of Towns in Iberia: from the Copper Age to the second century AD. Proceedings of the British Academy, vol. 86. London: 209-236.

\*\*\* citar ¿ ponencia Baeza ?

Ruiz Zapatero, G. y Burillo, F. (1988): *Metodología para la Investigación en Arqueología Territorial*. Munibe, supl. 6: 45-64.

Ruiz Zapatero, G. y Chapa, T. (1990): *La arqueología de la muerte: perspectivas teórico-metodológicas*. En F. Burillo (coord.), Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los Celtiberos. Institución Fernando el Católico. Zaragoza: 357-372.

Ruiz Zapatero, G. y Lorrio, A. (1988): Elementos e influjos de tradición de "Campos de Urnas" en la Meseta Sudoriental. I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. Toledo, Tomo III: 257-267.

- (1995): La muerte en el norte peninsular durante el primer milenio a.C.. En R. Fábregas, F. Pérez y C. Fernández (eds.), Arqueologia da Morte na Península Ibérica desde as Orixes ata o Medievo. Biblioteca Arqueohistórica Limia, Serie Cursos e Congresos 3. Xinzo de Limia: 223-248.

## BIBLIOGRAFIA

Ruiz Zapatero, G.; Lorrio, A. y Martín, M. (1986): Casas redondas y rectangulares de la Edad del Hierro. Aproximación a un análisis comparativo del espacio doméstico. Arqueología Espacial, 9. Teruel: 79-101.

Rynne, E. (1972): Celtic stone idols in Ireland. En C. Thomas (ed.), The Iron Age in the Irish Sea Province. Council for British Archaeology, Research Report 9: 79-98.

Sacristán de Lama, J.D. (1986): La Edad del Hierro en el Valle Medio del Duero. Rauda (Roa, Burgos). Junta de Castilla y León. Universidad de Valladolid.

Sacristán de Lama, J.D.; San Miguel, L.C.; Barrio, J. y Celis, J. (1995): El poblamiento de época celtibérica en la cuenca media del Duero. En F. Burillo (coord.): Poblamiento Celtibérico. III Simposio sobre los Celtiberos, Institución Fernando el Católico. Zaragoza: 337-367.

Sáez, P. (1992-93): Nuevas perspectivas en relación a la ordenación territorial del sur de la Lusitania española. En J.G. Gorges y M. Salinas (eds.), El medio rural en Lusitania Romana. Formas de hábitat y ocupación del suelo. Studia Histórica. Historia Antigua, vol X-XI. Salamanca: 99-108.

Salac, V. (1993): Production and Exchange during the La Tène period in Bohemia. Journal of European Archaeology, 1 (2): 73-99.

Salas, J. (1985): Notas acerca de la Augustobriga vettona (actual Talavera la Vieja, Cáceres). Norba, 6: 51-66.

Salinas, M. (1982a): La organización tribal de los Vettones. Ediciones Universidad de Salamanca.

- (1982b): La religión indígena del Oeste de la Meseta: los vettones. Studia Zamorensia, 3: 325-340.

- (1983): La función del hospitium y la clientela en la conquista y romanización de Celtiberia. Studia Historica, I (1): 21-41.

- (1986): Conquista y Romanización de la Celtiberia. Salamanca.

- (1990): El colectivismo agrario de los vacceos: Una revisión crítica. Primer Congreso de Historia de Zamora. Tomo II. Prehistoria e Historia Antigua. Zamora: 429-435.

- (1992-93): El poblamiento rural antiguo de la provincia de Salamanca: Modelos e implicaciones históricas. En J.G. Gorges y M. Salinas (eds.), El medio rural en Lusitania Romana. Formas de hábitat y ocupación del suelo. Salamanca. Studia Historica, Historia Antigua X-XI: 177-188.

- (1994): Onomástica y sociedad en la epigrafía antigua de las provincias de Salamanca y Avila. Zephyrus, XLVII: 287-309.

San Miguel, L.C. (1993): El poblamiento de la Edad del Hierro al occidente del valle medio del Duero. En F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (eds.), Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca Media del Duero. Junta de Castilla y León. Valladolid: 21-66.

Sanches, M<sup>a</sup> de J. y Santos, B. do (1987): Levantamento arqueológico do Concelho de Mirandela. Portugalia, VIII: \*

Sánchez, D. (sin fecha): Exploraciones y excavaciones en Irueña. Informe inédito. Museo de Salamanca.

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

Sánchez Abal, J.L. y García Jiménez, S. (1988): La ceca de Tamusia. Actas del Primer Congreso Peninsular de Historia Antigua. Vol. II, Santiago de Compostela: 149-190.

Sánchez Belda, A. (1983): La raza bovina Avileña-Negra Ibérica. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación. Madrid.

Sánchez Cantón, F.J. (1927): Viaje de un humanista español a las ruinas de Talavera la Vieja. Archivo Español de Arte y Arqueología, III: 221-227.

Sánchez Gómez, L.A. (1991): Savago. Ganadería y comunalismo agropastoril. Caja España, Zamora.

Sánchez Moreno, E. (1995a): Historia y Arqueología de los Vetones. Una aproximación crítica. Memoria de Licenciatura inédita. Universidad Autónoma de Madrid.

- (1995b): El origen de los vetones en la historiografía española del siglo XX. ¿ Implantación o formación ?. Espacio, Tiempo y Forma. Historia Antigua, Serie II, 8: 475-499.

- (1995-96): El caballo entre los pueblos prerromanos de la Meseta Occidental. Studia Historica. Historia Antigua, 13-14: 207-229.

- (e.p.): La cuestión de los "límites" y "fronteras" en los pueblos prerromanos de la Península Ibérica: el caso de los vetones y su marco territorial. Preactas del III Congreso Peninsular de Historia Antigua, (Vitoria, Julio 1994), Universidad del País Vasco.

Sánchez-Palencia, F.J. y Fernández-Posse, M<sup>a</sup>.D. (1985): La Corona y el Castro de Corporales I. Truchas (León). Campañas de 1978 a 1981. Excavaciones Arqueológicas en España, 141. Madrid.

Sánchez Paredes, A. (1956): Rebate arqueológico en torno a un verraco protohistórico. Plasencia.

Santonja, M. (1987): Anotaciones en torno al megalitismo del occidente de la Meseta (Salamanca y Zamora). El Megalitismo en la Península Ibérica. Madrid: 199-210.

- (1991): Comentarios generales sobre la dinámica del poblamiento antiguo en la provincia de Salamanca. En M. Santonja (coord.), Del Paleolítico a la Historia. Museo de Salamanca: 13-31.

Santonja, M. y Alcalde, G. (1982): Aspectos de la ocupación humana antigua del cañón de La Horadada (Palencia). Boletín de la Institución Tello Téllez de Meneses, 47: 339 ss. \*\*

Santos Júnior, J.R. dos (1940): Sobrevivência folclórica dos berroes da Vilarica. Congresso do Mundo Português. Tomo II, Lisboa: 368-371.

- (1963): "Berroezinhos" do Castro de Santa Luzia (Freixo de Espada-à-Cinta). Homenaje al profesor Pedro Bosch Gimpera. México: 395-402.

- (1975): A Cultura dos Berroes no Nordeste de Portugal. Trabalhos de Antropologia e Etnologia, 22 (4): 353-515.

- (1977): Novos elementos da remota zoolatria em Trás-os-Montes. Trabalhos de Antropologia e Etnologia, XXIII (1): 5-18.

- (1978): Mais um berrao da zona do castro do Monte de Santa Luzia (Freixo de Espada-à-Cinta). Trabalhos de Antropologia e Etnologia, 23 (2-3): 333-340.



## BIBLIOGRAFIA

- (1981a): Mais três berrões proto-históricos de Freixo de Espada-à-Cinta. Trabalhos de Antropologia e Etnologia, XXIV (1): 101-120.
- (1981b): Um perdido berrão trasmontano assinalado por um grande arqueólogo. Trabalhos de Antropologia e Etnologia, XXIV (1): 156-159.
- (1981c): Notável berrão proto-histórico aparecido algures na Galiza. Trabalhos de Antropologia e Etnologia, XXIV (1): 159-164.
- (1985): A cultura dos berrões proto-históricos fundamente radicada em Trás-os-Montes. Trabalhos de Antropologia e Etnologia, XXV (1): 31-40.
- Santos Villaseñor, J. (1989): "La Aldehuela", Zamora. Resumen de la tercera campaña de excavación. Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florian de Ocampo, Zamora: 171-180.
- (1990): Un yacimiento de la Primera Edad del Hierro, con cerámicas pintadas, en la Aldehuela (Zamora). Actas del Primer Congreso de Historia de Zamora. Zamora, Tomo II: 225-239.
- Santos Yanguas, J. (1978): Contribución al estudio de los restos de formas de dependencia en el área céltica peninsular en época romana. Memorias de Historia Antigua, II: 137-145.
- Sanz Mínguez, C. (1990a): Metalisteria prerromana en la Cuenca del Duero. Una propuesta secuencial para los puñales de tipo Monte Bernorio. Boletín del Seminario de Arte y Arqueología, LVI: 170-188.
- (1990b): Rituales funerarios en la necrópolis celtibérica de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid). En F. Burillo (coord.), Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los Celtiberos. Institución Fernando el Católico. Zaragoza: 159-170.
- (1993): Uso del espacio en la necrópolis celtibérica de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid): cuatro tumbas para la definición de una estratigrafía horizontal. En F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (eds.), Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca media del Duero. Junta de Castilla y León. Valladolid: 371-396.
- Sanz Mínguez, C. (1995) \*\*\*\*\*Tesis
- (e.p.\*): La cerámica a peine. Nuevos datos para la definición de un estilo impreso en el grupo vacceo. II Congreso de Arqueología Peninsular (Zamora 1996).
- Sayans, M. (1964): Dos cabezas célticas y una romana de Plasencia. VIII Congreso Nacional de Arqueología (Sevilla-Málaga 1963). Zaragoza: 265-271.
- Sayas, J.J. (1993): Algunas consideraciones sobre cuestiones relacionadas con la conquista y romanización de las tierras extremeñas. El proceso histórico de la Lusitania Oriental en época prerromana y romana. Cuadernos Emeritenses, 7. Mérida: 191-233.
- Sayas, J.J. y López Melero, R. (1991): Vettones. En J.M. Solana (ed.), Las entidades étnicas de la Meseta norte de Hispania en época prerromana. Anejos de Hispania Antiqua. Universidad de Valladolid: 75-123.
- (1992): Sobre la colonia Norba Caesarina. En F. Coarelli, M. Torelli y J. Uroz (coord.), Conquista romana y modos de intervención en la organización urbana y territorial. Dialoghi di Archeologia, 1-2: 251-261.

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

Schmidt, K.H. (1985): A contribution to the identification of Lusitanian. Actas del III Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas (Lisboa 1980). Salamanca: 319-341.

Schmoll, U. (1959): Die Sprachen der vorkeltischen Indogermanen Hispaniens und das Keltiberische. Wiesbaden.

Schubart, H. (1971): Acerca de la cerámica del Bronce Tardío en el Sur y Oeste peninsular. Trabajos de Prehistoria, 28: \*.

Schubert, F. (1983): Neue Ergebnisse zum Bebauungsplan des Oppidums von Manching. Bericht der Römisch-Germanischen Kommission, 64: 5-19.

Schüle, W. (1969): Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel. Berlin, Madrider Forschungen 3.

Schulten, A. (1914): Numancia I. Die Ergebnisse der Ausgrabungen 1905-1912. Munich.

- (1935): Las guerras de 237-154 a. de J.C.. Fontes Hispaniae Antiquae III. Barcelona.

- (1937): Las guerras de 154-72 a. de J.C.. Fontes Hispaniae Antiquae IV. Barcelona.

- (1945): Historia de Numancia. Barcelona. Colección histórica Laye.

- (1952): Estrabón. Geografía de Iberia. Fontes Hispaniae Antiquae, VI. Barcelona.

- (1959-1963): Geografía y Etnografía antiguas de la Península Ibérica. I, 1959 y II, 1963. Madrid.

Schwappach, F. (1976): L'art ornemental du "Premier style" celtique. En P.-M. Duval y C.F.C. Hawkes (eds.), Celtic Art in Ancient Europe. Five Prehistoric Centuries. L'Art Celtique en Europe protohistorique: débuts, développements, styles, techniques. Seminar Press. London, New York, San Francisco: 61-110.

Seco, M. y Treceño, F.J. (1993): La temprana "iberización" de las tierras del sur del Duero a través de la secuencia de "La Mota", Medina del Campo (Valladolid). En F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (eds.), Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca media del Duero. Junta de Castilla y León. Valladolid: 133-171.

Serrano, A. (1957): Observaciones sobre la distribución geográfica de la escultura zoomorfa prerromana. Zephyrus, VII: 103-110.

Sevillano, V. (1978): Testimonio Arqueológico de la Provincia de Zamora. Zamora.

Sherrat, A. (1993a): What would a Bronze-Age World System look like?. Relations between temperate Europe and the Mediterranean in Later Prehistory. Journal of European Archaeology, 2 (1): 1-56.

- (1993b): Core, periphery and margin: perspectives on the Bronze Age. En S. Stoddart y C. Mathers (eds.), Development and decline in the Mediterranean Bronze Age. Sheffield Univ. Press. Sheffield.

Sierra, J.M. y San Miguel, L.C. (1995): Las cañadas como medio de comunicación entre los asentamientos vacceos. En F. Burillo (coord.), Poblamiento Celtibérico. III Simposio sobre los Celtiberos, Institución Fernando el Católico. Zaragoza: 389-398.

## BIBLIOGRAFIA

- Snodgrass, A. (1980): *Iron and early metallurgy in the Mediterranean*. En T.A. Wertime y J.D. Muhly (eds.), The coming of the Age of Iron. New Haven-London: 335-374.
- Solana, J.M. (1991): *Las entidades étnicas de la Submeseta septentrional en época prerromana: el marco territorial*. En J.M. Solana (ed.), Las entidades étnicas de la Meseta norte de Hispania en época prerromana. Anejos de Hispania Antiqua. Universidad de Valladolid: 13-38.
- Sopeña, G. (1987): Dioses, Ética y Ritos. Aproximaciones para una comprensión de la religiosidad entre los pueblos celtibéricos. Zaragoza.
- Sopranis, J.A. y Martín-Rocha, M.V. (1955): *Informe de la campaña de exploración en los Toros de Guisando en diciembre de 1946*. Noticiario Arqueológico Hispánico, II: 57-60.
- Soria, V. (1979): *Hallazgos arqueológicos recientes en Extremadura*. XV Congreso Nacional de Arqueología (Lugo 1977). Zaragoza: \*
- Sotillo, J.L. y Serrano, V. (1985): Producción Animal. I- Etnología Zootécnica. Tomos I-II. Tebas Flores, Madrid.
- Stary, P.F. (1994): Zur Eisenzeitlichen Bewaffnung und Kampfesweise auf der Iberischen Halbinsel. Madrider Forschungen 18. Berlin.
- Stylow, A.U. (1986): *Apuntes sobre epigrafía de época flavia en Hispania*. Gerión, 4: 285-311.
- Taboada, J. (1949): *La Cultura de los Verracos en el Noroeste Hispánico*. Cuadernos de Estudios Gallegos, IV: 5-26.
- Talve, J. (1960): *Bastu och Torkhus i Nordeuropa*. Nordiska Museets Handlingar, 53.
- Taracena, B. (1929): Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño. Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 103. Madrid.
- (1941): Carta Arqueológica de España. Soria. Madrid. CSIC. Instituto Diego Velázquez.
- Tavares, J. A. (1895): *Arqueologia do Distrito de Bragança*. O Arqueólogo Português, I: 126-129.
- Terán, M. de; Solé Sabarís, L. y Vilá, J. (1987): Geografía Regional de España. Ariel (5ª edición), Barcelona.
- Thomas, R. (1989): *The Bronze-Iron transition in Southern England*. En M.L. Stig Sorensen y R. Thomas (eds.), The Bronze Age/Iron Age transition in Europe. British Archaeological Reports, Int. Series 483. Oxford: 263-286.
- Tilley, CH. (1994): A Phenomenology of Landscape. Berg Publishers. Oxford.
- Tovar, A. (1947): *Notas sobre la fijación de las migraciones indoeuropeas en España*. Boletín del Seminario de Arte y Arqueología, 13: 21-35.
- (1948): *El bronce de Luzaga y las téseras de hospitalidad latinas y celtibéricas*. Emerita, XVI: 75-91.
- (1949): Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas. Buenos Aires.

## JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

- (1957): *Las invasiones indoeuropeas, problema estratigráfico*. Zephyrus, 8: 77-83.
- (1958): *Topónimos con -nt- en Hispania y el nombre de Salamanca*. Acta Salmanticensia, II: 95-116.
- (1976): Iberische Landeskunde. Lusitanien. Verlag Valentin Koerner. Baden-Baden.
- (1977): Krahes alteuropäische Hydronymie und die westindogermanischen Sprachen. Heidelberg.
- (1985): *La inscripción del Cabeço das Fráguas y la lengua de los lusitanos*. Actas del III Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas (Lisboa 1980). Salamanca: 227-253.
- Ulbert, G. (1984): Cáceres el Viejo. Ein spätrepublikanisches Legionslager in Spanisch-Extremadura. Madrider Beiträge, 11. Mainz.
- Untermann, J. (1961): Sprachräume und Sprachbewegungen im vorrömischen Hispanien. Wiesbaden (resumen en español en Archivo de Prehistoria Levantina, 10, 1963: 165-192).
- (1965): Elementos de un atlas antroponímico de la Hispania Antigua. Bibliotheca Praehistorica Hispanica, VII. Madrid.
- (1985): *Los teónimos de la religión lusitano-gallega como fuente de las lenguas indígenas*. Actas del III Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas (Lisboa 1980). Salamanca: 343-363.
- (1987): *Lusitanisch, Keltiberisch, Keltisch*. Studia Palaeohispanica. Actas del IV Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas (Vitoria 1985). Vitoria: 57-76. (= Veleia 2-3).
- (1995): *Lengua y poblamiento prerromano en el territorio celtibérico*. En F. Burillo (coord.), Poblamiento Celtibérico. III Simposio sobre los Celtíberos, Institución Fernando el Católico. Zaragoza: 7-24.
- Urbina, D.; Urquijo, C.; García, O. y Sánchez, A. (1992): *Introducción al estudio de las fuentes de abastecimiento de hierro en el yacimiento prerromano de Arroyo Manzanas*. Actas de las Primeras Jornadas de Arqueología de Talavera de la Reina y sus tierras. Toledo: 307-319.
- Urbina, D.; Urquijo, C.; Sánchez, A. y Ortiz, G. (1994): *Arqueología y yacimientos minerales en el occidente de los Montes de Toledo*. Zephyrus, XLVII: 257-272.
- Urruela, J. (1981): *Religión romana y religión indígena: el problema del sacerdocio en los pueblos del norte*. La religión romana en Hispania. Madrid: 255-262.
- Uzquiano, P. (1995): *El valle del Duero en la Edad del Hierro: el aporte de la Antracología*. En G. Delibes, F. Romero y A. Morales (eds.), Arqueología y Medio Ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio. Junta de Castilla y León. Valladolid: 395-416.
- VV.AA. (1985): Estructura socio-económica de la provincia de Ávila. Institución Gran Duque de Alba. Ávila.
- VV.AA. (1993): Atlas de España. Tomo II. Servicio de Estudios del Departamento Cartográfico de Aguilar. El País-Aguilar, Madrid.
- Valdés, L. (1994): *Las estelas del santuario protohistórico de Gastiburu, Arrazua, Vizcaya. Aproximación al mundo estilístico de los Caristios (s.II- a.J.C.)*. En C. de la Casa (ed.), V Congreso

## BIBLIOGRAFIA

Internacional de Estelas Funerarias. (Soria 1993). Soria: 139-145.

Valiente, S. (1987): La IIª Edad del Hierro en el Valle Medio del Tajo. Tesis Doctoral. Universidad Autónoma de Madrid.

Valiente Malla, J. (1984): Pico Buitre (Espinosa de Henares, Guadalajara). La transición del Bronce al Hierro en el Alto Henares. Wad-Al-Hayara, 11: 9-58.

Vaquerizo, D. (1986): Epigrafía romana de la Siberia extremeña. Revista de Estudios Extremeños, 42 (1): 115-133.

Varenne, J. (1981): Les indo-européens. En Y. Bonnefoy (dir.), Dictionnaire des mythologies et des religions des sociétés traditionnelles et du monde antique. Paris: 557-562.

Vasco Rodrigues, A. (1958): O culto da ganaderia a sul do Douro Português. Revista de Guimaraes, LXVIII: 393-396.

Vázquez Varela, J.M. (1973): Bases paleontológicas para el estudio de la ganadería de la cultura castreña. Compostellanum, XVIII, 1-4: 309-316.

de la Vega, M. (1992): Aspectos religiosos en Talavera de la Reina y su tierra en época romana. Actas de las Primeras Jornadas de Arqueología de Talavera de la Reina y sus tierras. Toledo: 335-348.

Vela Cossío, F. (1995): Para una Prehistoria de la vivienda. Aproximación historiográfica y metodológica al estudio del espacio doméstico prehistórico. Complutum, 6: 257-276.

Vigil, M. (1973): Edad Antigua. En A. Cabo y M. Vigil, Historia de España. Tomo I, Alfaguara, Madrid: 187 ss.\*

Villar, F. (1991): Los indoeuropeos y los orígenes de Europa. Madrid.

Villar, F. (1993-95): Un elemento de la religiosidad indoeuropea: Trebarune, Toudopalandaigae, Trebopala, Pales, Vispálā. Kalathos, 13-14: 355-388.

Villar y Macías, M. (1887): Historia de Salamanca. Salamanca.

Wagner, C.G. (1995): Fenicios y autóctonos en Tartessos. Consideraciones sobre las relaciones coloniales y la dinámica de cambio en el suroeste de la Península Ibérica. Trabajos de Prehistoria, 52 (1): 109-126.

Wattenberg, F. (1959): La región vaccea. Celtiberismo y romanización en la Cuenca Media del Duero. Bibliotheca Praehistorica Hispana, II. Madrid.

- (1960): Los problemas de la Cultura Celtibérica. I Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica (Septiembre 1959). Pamplona: 151-177.

- (1963): Las cerámicas indígenas de Numancia. Bibliotheca Praehistorica Hispana, IV. Madrid.

- (1978): Estratigrafía de los Cenizales de Simancas (Valladolid). Valladolid. Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid, 2.

Wells, P.S. (1983): Rural economy in the Early Iron Age. Excavations at Hascherkeller, 1978-1981.

JESUS R. ALVAREZ-SANCHIS

*American School of Prehistoric Research, Bulletin 36.*

- (1984): Farms, Villages and Cities. Commerce and Urban Origins in Late Prehistoric Europe. Cornell University Press. Ithaca.

- (1988): Granjas, Aldeas y Ciudades. Comercio y orígenes del urbanismo en la protohistoria europea. Ed. Labor. Barcelona.

- (1989): *Intensification, entrepreneurship, and cognitive change in the Bronze - Iron Age transition.* En M.L. Sorensen y R. Thomas (eds.), The Bronze Age-Iron Age Transition in Europe: aspects of continuity and change in European societies c. 1200 to 500 B.C.. British Archaeological Reports, Int. Series 483. Oxford: 173-193.

- (1990): *Iron Age Temperate Europe: Some Current Research Issues.* Journal of World Prehistory, 4 (4): 437-475.

Werner, S. (1990): La cerámica pintada geométrica del Bronce Final y de la Primera Edad del Hierro. Madrid.

Whittaker, C.R. (ed.) (1988): Pastoral Economies in Classical Antiquity. The Cambridge Philological Society, Supp. vol. 14. Cambridge.

Wilkes, J. (1974): *Boundary stones in Roman Dalmatia, I. The Inscriptions.* Arheoloski Vestnik, 25: 258-259.

Woolf, G. (1993): *Rethinking the Oppida.* Oxford Journal of Archaeology, 12 (2): 223-234.

Yll, R. (1995): *Análisis polínico de los yacimientos de la Edad del Hierro de Soto de Medinilla, La Era Alta y La Mota (Valladolid).* En G. Delibes, F. Romero y A. Morales (eds.), Arqueología y Medio Ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio. Junta de Castilla y León. Valladolid: 357-370.

Zaccagnini, G. (1983): *Patterns of mobility among Ancient Near Eastern Craftsmen.* Journal of Near Eastern Studies, 42: 245-264.

Zvelebil, M. y Rowley-Conwy, P. (1986): *Foragers and Farmers in Atlantic Europe.* En M. Zvelebil (ed.), Hunters in Transition. Cambridge University Press. Cambridge: 67-93.